

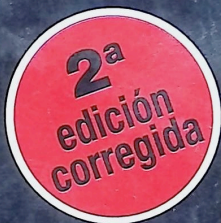


Mil y una noches

TRADUCCIÓN DE:

SALVADOR PEÑA MARTÍN

TOMO I



- ✱ Premio Nacional a la Mejor Traducción (España, 2017)
- ✱ Premio Internacional "Turjuman" a la Mejor Editorial Extranjera (Emiratos Árabes-Sharjah, 2017)
- ✱ Premio Sociedad Española de Estudios Árabes a la Mejor Traducción del Árabe (2017)
- ✱ Premio Internacional "Sheikh Hamad" de Traducción (Qatar, 2016)





VERBUM  NARRATIVA

MIL Y UNA NOCHES

serie **Letras Árabes**

Dirigida por: ABDUL H. SADOON

آداب عربية

Serie dedicada a difundir lo mejor de la literatura árabe clásica y contemporánea, con traducciones directas del árabe al español. Además de ediciones bilingües árabe-español y abordajes de temas propios de la cultura y la literatura árabes.

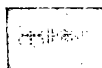
Mil y una noches

TOMO I

ESTUDIO PREVIO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE:
SALVADOR PEÑA MARTÍN

 EDITORIAL
VERBUM

ESTA OBRA HA SIDO TRADUCIDA EN EL MARCO DEL PROGRAMA DE TRADUCCIÓN CLÁSICOS ÁRABES DE LA ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO (UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA), DIRIGIDO POR LUIS MIGUEL CAÑADA



Título original: ألف ليلة وليلة Alf layla wa-layla

© Del estudio previo, la traducción y las notas: Salvador Peña Martín

© Prólogo: Luis Alberto de Cuenca

© Imagen de portada: Said Messari

© Primera edición: Editorial Verbum, S. L., 2016

© Segunda edición: Editorial Verbum, S. L., 2018

Tr.* Sierra de Gata, 5

La Poveda (Arganda del Rey)

28500 - Madrid

Teléf.: (+34) 910 46 54 33

e-mail: info@editorialverbum.es

<https://editorialverbum.es>

I.S.B.N. (Tomo I): 978-84-9074-392-8

I.S.B.N. (Obra completa en IV tomos): 978-84-9074-616-5

Depósito Legal: M-2667-2018

Diseño de cubierta: A partir del grabado original de Said Messari: *Amuletos* (Madrid, 1993)

Preimpresión: Origen Gráfico, S. L.

Printed in Spain / Impreso en España

Fotocopiar este libro o ponerlo en red libremente sin la autorización de los editores está penado por la ley.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

TOMO I

«Noches de Arabia», Luis Alberto de Cuenca	11
«Lo múltiple y lo uno en las <i>Mil y una noches</i> », Salvador Peña Martín	13
El rey Shahriar y su hermano Shahzamán	53
El <i>yinn</i> y la joven	55
El burro y el buey	57
El mercader y el <i>ifrit</i>	60
El primer anciano	61
El segundo anciano	64
El tercer anciano	66
El pescador	67
El <i>yinn</i> encerrado en la vasija	69
El ministro del rey Jonán y el sabio Royán	71
El rey Sindbad	74
El príncipe y la hembra de <i>gul</i>	75
Los peces de colores	84
El ganapán y las tres jóvenes	91
El primer mendigo	104
El segundo mendigo	108
El envidiado que perdonó al envidioso	114
El tercer mendigo	123
El mancebo del subterráneo	125
Los diez jóvenes y el venerable anciano	130
Zubeida, primera de las tres jóvenes	135
Los que se tomaron de piedra	136
Amina, segunda de las tres jóvenes	141
Las tres manzanas	148
Nureddín y su hermano Shamseddín	153
El sastre, el jorobado, el judío, el despensero y el cristiano	187
El comisionista cristiano	190

El joven manco.....	192
El dispensero	199
El mercader de los pulgares mochos.....	200
El médico judío.....	205
El joven de Mosul	206
El sastre	211
El cojo y el barbero de Bagdad	212
El barbero de Bagdad y sus seis hermanos	222
El primer hermano del barbero	223
El segundo hermano del barbero.....	225
El tercer hermano del barbero.....	227
El cuarto hermano del barbero.....	229
El quinto hermano del barbero.....	231
El sexto hermano del barbero.....	236
Los dos ministros, en que se menciona a Buena Compañía	241
Gánim hijo de Job, y Pan de Corazones	268
El primer esclavo	270
El segundo esclavo	271
El tercer esclavo	274
El rey Ómar Ennumán y sus dos hijos, Mal Hubo y Brillo del Orbe	287
Parlamento de Dicha del Tiempo sobre las diversas ciencias y disciplinas.....	336
Anécdotas de califas	338
El beduino y el califa Almansur	338
Ómar Aljattab y la mujer de la marmita.....	341
Ómar Aljattab y el pastor	342
Ómar Aljattab y sus sirvientes	342
Ómar Aljattab y su hija Hafsa.....	342
Parlamento sobre la formación del ser humano y las virtudes.....	342
Abdállah hijo de Shaddad en su lecho de muerte	342
Ómar hijo de Abdelaziz, y su tía Fátima hija de Marwán.....	343
Ómar hijo de Abdelaziz en su lecho de muerte.....	343
Ómar hijo de Abdelaziz, las ovejas y los lobos.....	344
Ómar hijo de Abdelaziz en el púlpito de adobe.....	344
Ómar hijo de Abdelaziz y el almohadón.....	344
Ómar hijo de Abdelaziz y los peregrinos.....	345
Ómar hijo de Abdelaziz y sus hijos.....	345
La admonición de Hisham hijo de Abdelmálek	345
El rey Ómar Ennumán, la anciana y las cinco doncellas	362
La primera joven que venía con la anciana	363
Discurso sobre la amistad	363
Principios para jueces	364
La segunda joven que venía con la anciana	365
Anécdotas de ascetas.....	366
La tercera joven que venía con la anciana	367
Discurso sobre la ascesis.....	367

La cuarta joven que venía con la anciana.....	368
Discurso sobre virtuosos	368
La quinta joven que venía con la anciana	369
Discurso sobre ascetas y piadosos	369
El parlamento de la anciana	370
Discurso sobre juristas, teólogos y otros personajes píos	370
El hombre piadoso de Jerusalén.....	393
Suleimán Shah y su hijo Corona de Reyes	421
Aziz y Aziza	432
El mujeriego arruinado	512
Hammad el Fazarí y los dos hermanos	520

Noches de Arabia

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)

Las mil y una noches. He ahí un rótulo de lujo en cualquier colección de clásicos. Su aparición en francés a comienzos del siglo XVIII, merced a los buenos oficios de Antoine Galland, supuso una auténtica conmoción en las letras europeas. Puede decirse que existe un antes y un después de *Las mil y una noches* de Galland en la literatura occidental, que se vio enormemente afectada (para mejor) por ese conjunto de relatos enhebrados en torno a una historia-marco de sultanes decapitadores y favoritas expertas en el arte de la narración, que constituye, a mi parecer, junto a la mezquita de Córdoba, la máxima aportación del genio islámico a la cultura universal.

Permítanme que me ponga hiperbólico, que no me pare en barras a la hora de celebrar las excelencias de esa obra imperecedera, pero es que *El libro de las mil noches y una noche* se lo merece todo y mucho más. Mi entusiasmo contrasta con el de la gran mayoría de estudiosos de la literatura árabe en los países musulmanes, que consideran las *Noches* como un divertimento popular sin mayor trascendencia y que no le conceden la importancia angular que le otorgamos en Occidente. Y es que fue gracias a los buenos oficios del citado viajero y orientalista francés Jean-Antoine Galland (1646-1715) como esa abigarrada colección de cuentos y de fábulas se introdujo con éxito en las bibliotecas de toda Europa. La versión de Galland vio la luz en doce volúmenes que se publicarían entre 1704 y 1717 y ejercerían una influencia extraordinaria en las letras occidentales. Baste decir que una de las tres o cuatro mejores novelas de todos los tiempos, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, del conde polaco Jan Potocki, aparecida a comienzos del siglo XIX, no hubiese existido jamás sin el hipotexto de eso que los ingleses, con Sir Richard Francis Burton a la cabeza, han dado en rotular *Noches de Arabia*, o sea, *Arabian Nights*.

Por si fuera poco, el gran Borges ha hablado mucho y bien de las *Noches* y de sus traductores (véase, por ejemplo, su precioso ensayo «Los traductores de las *1001 Noches*», inserto en *Historia de la eternidad*, Buenos Aires, Editorial Vial y Zona, 1936). Se acerca Borges en su *paper* a los más destacados traductores occidentales de *Las mil y una noches*, dedicando especial atención al citado capitán Burton, al doctor Mardrus y al alemán Enno Littmann, pero citando con asiduidad al inevitable Galland, al islamizado Edward W. Lane y a los alemanes Gustav Weil, Max Henning y Felix Paul Greve, entre otros. De Joseph-Charles Mardrus (1868-1939), intelectual franco-libanés nacido en El Cairo, nos dice Borges: «Con una persistencia no indigna de Cecil B. DeMille, [Mardrus] prodiga [en su versión francesa de las *Noches*, publicada entre 1898 y 1904] los visires, los besos, las palmeras y las lunas».

En español, además de la versión de Cansinos, que ha perdido fuelle en los últimos años por el casticismo un tanto *démodé* de su lenguaje, contamos con la del académico de la Real Academia de la Historia Juan Vernet, que vio la luz en tres volúmenes de la colección «Clásicos Planeta» y ha sido reimpresa varias veces. Pero no había hasta la fecha una traducción que ubicase *Las mil y una noches* en el lugar que le corresponde en el mundo hispanohablante del

siglo XXI. Ha correspondido llevar a cabo esa labor al arabista Salvador Peña, profesor de la Universidad de Málaga, que ha realizado una tarea titánica para desentrañar todas las claves del texto original, ahora dispuesto en perfecto estado de revista y lectura para las nuevas generaciones. La de Salvador Peña va a ser, estoy seguro de ello, la traducción definitiva de las *Noches* al castellano hasta el día de hoy, la más precisa, la más fiel y, al mismo tiempo, la más elegante y legible que se haya publicado nunca en la lengua de Cervantes. La he conocido desde el comienzo de su gestación, y me consta su probidad insuperada en todos los aspectos que rodean una versión. Hasta los numerosos versos que jalonan, aquí y allá, el original árabe han sido objeto de una versión métrica en español por parte del Prof. Peña, que no ha vacilado a la hora de entregarse por completo a un trabajo que supone un eslabón importantísimo en la cadena de las traducciones de las *Noches* a nuestra lengua.

La versión de Salvador Peña es, para mí, la consecución de un deseo largamente acariciado y nunca satisfecho del todo antes de su labor. *Las mil y una noches* merecían una versión como la suya, que rinde culto al texto original sin traicionarlo nunca, pero que nos ofrece la posibilidad de acceder a él en un español niquelado y diáfano, de nuestros días y de siempre, pendiente siempre de reflejar la desnuda oralidad del relato árabe y, a la vez, atento al adorno retórico cuando este existe en su modelo. No me queda más que felicitar al brillante arabista andaluz que ha sido capaz de organizar una fiesta lingüística tan hermosa y tan perdurable, y felicitarme por haber tenido la feliz oportunidad de participar en ella activamente con estas breves y entusiastas líneas preliminares.

Madrid, 5 de julio de 2016

Lo múltiple y lo uno en las *Mil y una noches*¹

SALVADOR PEÑA MARTÍN

«Contar es encantar»

GABRIELA MISTRAL

«Llena, pues, de palabras mi locura»

FEDERICO GARCÍA LORCA

«No, no era la noche paridora de astros»

JOSÉ LEZAMA LIMA

«tan distinto de las balas verbales

que silbaban antes a mi alrededor»

MIGUEL CASADO

Rubén Darío, tras visitar la Exposición Universal de París de 1900, dio cuenta de sus impresiones con las siguientes palabras²:

Yo hacía mis obligatorias visitas a la Exposición. Fue para mí un deslumbramiento miliunanochesco, y me sentí más de una vez en una pieza, Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y daimio, siamés y cowboy, gitano y mujick; y en ciertas noches contemplaba en las cercanías de la torre Eiffel, con mis ojos despiertos, panoramas que solo había visto en las misteriosas regiones de los sueños.

El párrafo no solo nos transmite cómo vivió el gran poeta nicaragüense el acontecimiento parisino, sino asimismo su visión de la obra que nos ocupa, *Mil y una noches* (*Noches*, en adelante), donde, además del elemento onírico, encuentra Darío una multiplicidad de experiencias de los más diversos personajes reales y ficticios, de muy distintas procedencias geográficas y extracción social. Acaso lo más llamativo sea el que, para hablar de lo «miliunanochesco», Darío tenga que recurrir al recurso literario que se ha llamado, desde Leo Spitzer, «enumeración caótica»³, esa suerte de lluvia de referentes heterogéneos, propia de las poesías europeas de vanguardia, pero también de las *Noches*, esa narración de narraciones que ha pasado de la tradición literaria árabe al corpus indiscutido de los clásicos universales.

Más adelante, avanzado ya el siglo XX, Jorge Luis Borges recurre también a lo que él mismo prefería llamar «enumeración dispar» para hablar de las *Noches*, en su poema «Metáforas de *Las mil y una noches*»⁴:

La primera metáfora es el río.

Las grandes aguas. El cristal viviente

¹ El presente estudio se enmarca en el proyecto de I+D «La traducción de clásicos en su marco editorial: una visión transatlántica», ref. FF12013-41743-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, Barcelona: Maucci, 1915 [referencia tomada de la versión electrónica, en *Biblioteca virtual Cervantes* (última consulta: 19-09-2015)].

³ Leo Spitzer, *La enumeración caótica en la poesía moderna*, trad. Raimundo Lida, Buenos Aires: Coni, 1945.

⁴ Jorge Luis Borges, *Historia de la noche* (1977), *Obras completas, 1976-1985*, Barcelona: Círculo de lectores, 1993, págs. 63-64.

Que guarda esas queridas maravillas
 Que fueron del islam y que son tuyas
 Y mías hoy. El todo poderoso
 Talismán que también es un esclavo;
 El genio confinado en la vasija
 De cobre por el sello salomónico;
 El juramento de aquel rey que entrega
 Su reina de una noche a la justicia
 De la espada, la luna, que está sola;
 Las manos que se lavan con ceniza;
 Los viajes de Simbad, ese Odiseo
 Urgido por la sed de su aventura,
 No castigado por un dios; la lámpara [...].

La imagen de la multiplicidad la proporciona, y llevada hasta extremos difícilmente superables, la propia obra, las *Noches*, en una de las también múltiples historias que contiene, en la que, por motivos que el lector descubrirá en su momento, se ofrece una enumeración mucho más dispar o caótica que las anteriores, y de la que adelantamos aquí un solo fragmento:

En esta talega, que es mía y de nadie más, guardo una loriga, espadas de ancha hoja, varios arsenales y un millar de carneros de retorcidos cuernos; así como un aprisco para el ganado y más de mil perros ladrones; junto con huertos y viñas, arboledas en flor y aromático monte bajo, higueras y manzanos, imágenes y espectros, redomas y vasijas; amén de novias y bellas cantantes, bodas, bullicio y algazara; amplios territorios, partidas de triunfantes guerreros, que muy de mañana salen armados de espadas y vistosas lanzas, de arcs y flechas, y llevo asimismo a los amigos y camaradas, a los seres más queridos y a los compinches; pero también celdas de castigo y cuadrillas de bebedores, un *tanbur* y varios *neys*⁵, banderas y estandartes, rapaces, mozuclas y recién casadas, y, además, buen número de esclavas dotadas para la música, a saber: cinco abisinias, tres indias, cuatro medineas, veinte rúfies, cincuenta turcas, setenta persas, ochenta curdas y noventa georgianas; pero también llevo el Tigris y el Éufrates, una red de pescador, el mechero y la mecha, la antiquísima ciudad de Iram de las Columnas, pescadores, establos, mezquitas y casas de baños, un albañil, un carpintero con su tablones y sus clavos, un esclavo negro con su flauta, un comandante de caballería con sus hombres, ciudades y metrópolis, cien mil dinares, la ciudad de Cufa y la provincia de Alanhar, veinte arcones llenos de telas, cincuenta almacenes rebosantes de víveres, Gaza y Ascalón, el espacio que media entre Damietta y Asuán, los palacios de Cosroes Anushirwán y del rey Salomón, el terreno comprendido entre Wadi Numán y la región del Jorasán, así como Balje Ispahán y las tierras que van desde la India hasta Níger y el Sudán; a más de lo anterior, y así Dios alargue la vida de su señoría, en la talega llevo unas cuantas almillas, telas para turbantes, amén de mil afiladas navajas de afeitar [...].

La anterior enumeración aparece en la historia de «Ali el Persa», que se desarrolla entre las noches 295 y 296, y bien podría servir como metáfora de las *Noches* generada en la misma obra. Una suerte de *mise en abîme* donde el propio libro, del que es trasunto la mencionada «talega», deja constancia de la multiplicidad que encierra. Y es que la obra no solo se divide en un millar y una noches, precedidas de unos antecedentes; sino que contiene más de dos centenares de historias, en las que aparece un millar largo de poemas, que alternan con heteróclitos géneros prosísticos, y componen una selección de textos árabes escritos a lo largo de varios siglos, ocho como mínimo. Por las *Noches* desfilan innumerables personajes, y se abordan diversos asuntos desde cambiantes perspectivas ideológicas y artísticas, y también –hay que reconocerlo– con no siempre pareja calidad literaria. De las *Noches* puede afirmarse, al mismo tiempo y sin faltar a la verdad, que es una

⁵ Instrumentos musicales, muy conocidos en la tradición musical de Oriente Medio; el *tanbur*, de percusión, y el *ney*, de viento.

obra árabe o bien con profundas raíces en otras tradiciones literarias, que es un ejemplo de literatura culta pero también popular, que ofrece diversos grados de imbricación entre la lengua hablada y la lengua escrita. Y podríamos seguir adelante en el recuento de multiplicidades, de heterogeneidades. Pero no es necesario. Las señaladas bastan para ponernos frente al otro aspecto de la paradoja que plantean las *Noches*. Pues, a pesar de todo, hemos de considerarlas una obra, una unidad. Todo indica, y lo veremos con cierto detenimiento, que ha de ser así. No se trata de una mera acumulación de «cuentos árabes», tal como sugería el primer traductor de la obra, Antoine Galland (1646-1715), al llamar a esta *Les mille et une nuits, contes arabes*. O, mejor dicho, no se trata solo de una acumulación de relatos. Durante las últimas décadas literatos, artistas y estudiosos han ido concediendo cada vez más importancia a la que Mario Vargas Llosa llama «la historia principal» (término preferible al más usual de «historia marco»), la de Shahriar (*Shahriyār*⁶) y Shahrazad (*Shahrazād*), que confiere su unidad al libro («una estructura de cajas chinas, historias que brotan de historias y se descomponen en historias», según el propio Vargas Llosa⁷), junto con otra serie de artificios, como, para empezar, y por encima de todos, la propia división en noches.

Aunque este no sea el lugar adecuado para dilucidar, con precisión, la naturaleza narratológica de las *Noches*, sí que debemos afrontar el asunto, como mínimo en la medida en que el modo en que se conciba la obra puede que tenga (como así ocurre en efecto) consecuencias en ciertas decisiones relativas a su traducción. También volveremos a ello más abajo. De cualquier modo, dilucidar, al menos hasta cierto punto, la naturaleza de las *Noches* como obra, como unidad, es un paso previo obligado antes de entrar a considerar ciertos aspectos fundamentales del libro, tales como su origen y desarrollo, su contenido y mensaje, y su impacto y pervivencia. Con ese fin podemos recurrir de nuevo a Vargas Llosa, un gran conocedor y admirador del fenómeno de las *Noches*, que ofrece el siguiente resumen de estas⁸ (del que se ha omitido, en la siguiente cita, el relato de lo que ocurre al final, para no desvelar el desenlace de la trama):

Permítame que le refresque la memoria sobre la articulación de las historias entre sí. Para librarse de ser degollada como le ocurre a las esposas del terrible Sultán, Scherezade le cuenta historias y se las arregla para que, cada noche, la historia se interrumpa de tal modo que la curiosidad de aquél por lo que va a suceder —el suspenso— le prolongue la vida un día más. [...] ¿Cómo se las ingenia la hábil Scherezade para contar de manera enlazada, sin cesuras, esa interminable historia hecha de historias de la que pende su vida? Mediante el recurso de la caja china: insertando historias dentro de historias [...].

Es probable que, si no supiéramos que hablamos de un clásico de la literatura pre-moderna, calificásemos una historia como la que el gran escritor peruano acaba de sintetizar (una mujer utiliza una estrategia de orden psicológico para librarse de una muerte violenta) como novela de suspense (o «suspense»). No lo hacemos para no incurrir en anacronismo, y porque hay otros aspectos de la obra que resultarían eclipsados si nos limitamos a una tal caracterización. Sea como sea, lo que importa subrayar ahora es que la obra compuesta con los elementos descritos

⁶ Para facilitar que los lectores interesados reconstruyan la grafía árabe original, se ofrecen romanizaciones académicas de nombres y términos de acuerdo con el sistema que apoyó la revista *Arabica* y que ha adoptado tanto la norma DIN como la Real Academia de la Lengua (Madrid).

⁷ Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, Barcelona: Penguin Random House (Debolsillo), 2015 [edición original de 2002], pág. 166.

⁸ Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, Barcelona: Penguin Random House (Debolsillo), 2015 [edición original de 1997], pág. 106.

por Vargas Llosa existía ya durante la segunda mitad del siglo X d. C. y que dicha obra, a pesar de sus transformaciones y enriquecimientos, siguió siendo la misma, en lo esencial, hasta que se constituyó la recensión decimonónica en que se basa la versión castellana que a continuación se ofrece. Veámoslo con mayor detenimiento.

1. GÉNESIS Y FORMACIÓN DE *MIL Y UNA NOCHES*

Entre noviembre de 2012 y abril de 2013 el Instituto del Mundo Árabe de París mantuvo una exposición sobre las *Noches*, en la que, a más de proyecciones fílmicas y archivos sonoros, se ofrecían a la curiosidad de los visitantes libros, pinturas, fotografías y carteles de versiones o reflejos de la obra, y una variada multitud de objetos relacionados con el mundo referencial de esta: monedas, armas, instrumentos de música, joyas, lámparas, vasijas, diversas piezas de mobiliario (entre ellas, un lecho acaso parecido al lecho volador, que no alfombra, que se describe en una de las historias)⁹. Una de las piezas más interesantes de la exposición era sin duda un grupo de hojas, muy maltratadas, en papel de lino, cuyo contenido escrito correspondía al comienzo de las *Noches* en una versión inicial de la historia que antes hemos oído resumir a Vargas Llosa, si bien con ciertas variantes, por ejemplo en los nombres propios de los personajes principales; así, Shahrāzād (*Šahrāzād*) se llamaba inicialmente Shirazād (*Šīrāzād*), y en el de la propia historia, cuyo título en aquel entonces era *Mil noches* (una menos, pues, que en la versión «definitiva»). Lo más importante es la datación de aquellas breves páginas manuscritas, afortunadamente salvadas, pues parece aceptable que su escritura se sitúe en el siglo IX d. C. La noticia del maravilloso hallazgo la dio, en 1949, Nabia Abbott, una arabista de la Universidad de Chicago¹⁰. Ello venía a confirmar la antigüedad de la obra. Ya contábamos con dos testimonios, en fuentes escritas fiables, de la existencia de una versión, llamada asimismo *Mil noches*, a la que hacían referencia sendos autores bagdadíes del siglo X: Ibn al-Nadīm y al-Mas'ūdī, el segundo de los cuales, además, no deja lugar a dudas acerca de otro importante hecho: la obra llamada *Mil noches*, con el contenido que conocemos, se gestó en Iraq, sí, pero era en realidad una traducción del persa, de una obra llamada *Hazār Afsāna*, esto es, *Mil historias*, cuyo original se ha perdido, y que dio lugar a una primera versión árabe llamada *Alf ḥurāfa*, o sea, *Mil ficciones*. Este es, pues, el origen de las *Noches*: una serie de relatos persas a la que vinieron a unirse posteriormente otras historias o ciclos de historias asimismo traducidos del persa, tales como la historia de «Sindbad de los Mares» (noches 536 y siguientes en nuestra versión) y la de «El rey Yaliad, su hijo Ward Jan y su ministro Shimās» (noches 899 y siguientes)¹¹.

De *Mil ficciones*, libro compuesto en torno a los siglos VIII-IX, donde se ofrecía una traducción de una obra persa anterior, pasamos, pues, a un libro en árabe, elaborado en Iraq, que se llama inicialmente *Mil noches*, pero que, ya a mediados del siglo XII¹², lleva el nombre con que

⁹ Élodie Bouffard y Anne-Alexandra Joyard (dir.), *Les mille et une nuits* [catálogo de la exposición], París: Hazan-Institut du Monde Arabe, 2012.

¹⁰ Nabia Abbott, «A ninth-century fragment of the "Thousand Nights": new light on the early history of the *Arabian Nights*», *Journal of Near Eastern Studies* 8 (1949), págs. 129-164.

¹¹ Véase Abū l-Ḥasan 'Alī al-Mas'ūdī, *Murūğ al-dahab wa-ma'ādin al-awḥar*, ed. Yūsuf As'ad Dāğir, Beirut: Dar al-Andalus, 1981, vol. 2, pág. 251.

¹² Salomon Goitein, «The oldest documentary evidence for the title *Alf layla wa-layla*», *Journal of the American Oriental Society* 78 (1958), págs. 301-302.

se conoce en la actualidad: *Alf layla wa-layla*, traducido tradicionalmente al castellano como *Las mil y una noches* o *Las mil noches y una noche*, pero que aquí estamos simplificando, con afán de fidelidad al original, en *Mil y una noches*. La obra siguió engrosándose con diversas historias árabes. A un primer bloque iraquí, el más antiguo, vinieron a sumarse historias egipcias de en torno a los siglos XIII-XIV, al menos, y, por último, una serie de elementos de redacción posterior, hasta, de nuevo como mínimo, el siglo XVII. De lo tardío de algunas historias es indicio la mención de inventos modernos, como determinadas piezas de artillería, o instituciones sociales, tales como los cafés, que aparecen en la historia de «Luna del Tiempo y la esposa del joyero» (noche 966), situándonos en un ambiente más propio del imperio otomano que de la época dorada de la Bagdad abasí:

Sabed, señor, que soy un derviche de los que van recorriendo el mundo y que, en cierta ocasión, entré en Basora. Era viernes por la mañana. Enseguida me llamó la atención el que, aun estando todas las tiendas abiertas y repletas de las más diversas mercancías, así como de comida y bebida, no hubiese nadie en ninguna de ellas, ni hombre ni mujer, ni zagal ni muchacha. Recorrí las calles y los mercados, y nada, ni un solo ser vivo, ni aun perros o gatos, y no se oía el menor ruido. Admirado por ello, me dije: "¿A dónde habrán ido los habitantes de esta ciudad, con sus perros y sus gatos? ¿Qué habrá hecho Dios de ellos?". Como tenía hambre, me serví un pan, que aún estaba caliente, en una tahona; entré luego en la tienda de un accitero, y me comí el pan bien untado en grasa y miel. De allí fui a un puesto de bebidas, de las que me serví a mi antojo. Luego, al ver un café abierto, entré y vi unas cuantas cafeteras en la lumbre, llenas de café, pero, de nuevo, ni un alma.

Sin embargo, con la mera constatación de la génesis persa-árabe de las *Noches* estamos muy lejos de dar cuenta cabal de un fenómeno que ha sido mucho más complejo. Desde el siglo XIX se sabe de elementos de origen indio presentes entre los relatos de Shahrazad, y se han señalado muy llamativas coincidencias con obras romanas, bizantinas y babilónicas¹³. Junto a estas posibles influencias extra-árabes en la génesis de algunas historias o elementos de estas, que, al fin y al cabo, son hechos de importancia relativa; en la historia de las *Noches* es necesario registrar otra intervención foránea, más reciente. Fatema Mernissi, la brillante escritora marroquí, fallecida mientras se redactaban estas líneas, escribió un libro llamado, en castellano, *El harén en Occidente*, donde se abordan tanto el impacto de las *Noches* en Europa como una comparación entre la situación de las mujeres en las sociedades islámicas y las occidentales, y escribe lo siguiente¹⁴:

No es de extrañar que las elites árabes, a menudo financiadas por el gobernante despótico, condenaran *Las mil y una noches* a permanecer inmersas en la tradición oral durante siglos y evitaran los méritos necesarios para convertirse en herencia escrita hasta el siglo XIX, ¡cien años después que los europeos, que lo habían puesto por escrito allá por 1704 (fecha de la primera traducción)! ¡Ninguno de los primeros editores era árabe!

La fecha mencionada, 1704, corresponde a la publicación de la primera entrega de *Les mille et une nuits*, la versión francesa de la obra por Antoine Galland (1646-1715), de quien ya hemos hablado. Galland, un orientalista y anticuario de la Picardía, vinculado a la presencia

¹³ Véase Robert Irwin, *The Arabian Nights: A companion*, Londres: Tauris Parke, 1994, *passim*, quien indica que, para la historia principal de Shahrazad se han sugerido antecedentes tanto juínicos como bizantinos; que algún elemento de «Sindbad de los Mares» deriva de Luciano, y que hay influencias de Plauto en la también mencionada historia de «El joven Luna del Tiempo y la esposa del joyero», y subraya que son evidentes los ecos de la epopeya de Gilgamesh en la historia de Buluquías, que se desarrolla a partir de la noche 486, dentro del ciclo «Aventuras de Hásch Karimeddin».

¹⁴ Fatema Mernissi, *El harén en Occidente*, trad. Inés Belaustegui Trias, Madrid: Espasa, 2003 (2ª ed.), pág. 70.

diplomática francesa en el imperio otomano, fue en efecto, el «descubridor» de las *Noches* para los públicos lectores de lenguas europeas (solo dos años más tarde se publicaba en inglés una versión de la suya del árabe, dando inicio a una larga serie de traducciones y adaptaciones que ha seguido hasta nuestros días), pero, curiosamente, de algún modo también para los árabes. En su trabajo contó Galland con un manuscrito, de los siglos XIV o XV¹⁵, donde se cuenta la historia de Shahrazad y Shahriar, en las líneas que conocemos, pero con mucha menor extensión de la que alcanza en las ediciones derivadas de las extensas recensiones del XIX (de las que deriva la presente versión)¹⁶. Galland, que significativamente subtituló su versión *Contes arabes*, como hemos dicho, obtuvo un gran éxito en la sociedad francesa del momento, tanto que, cuando se quedó sin manuscritos árabes de los que obtener más «cuentos árabes»¹⁷, recurrió a un llamativo expediente. En 1709 conoció a un sacerdote maronita sirio, Hanna Diab (*Ḥannā Diyāb*), quien, según Galland, le relató más de una decena de cuentos tradicionales, que el orientalista francés anotó resumidamente¹⁸. Aquellas notas, muy amplificadas y con los recursos literarios de la hora, le sirvieron para redactar nuevos materiales, entre los que se hallaban algunas de las más célebres historias de las *Noches*. Borges refiere así el caso¹⁹:

A este oscuro asesor –de cuyo nombre no quiero olvidarme, y dicen que es Hanna– debemos ciertos cuentos fundamentales, que el original no conoce: el de Aladino, el de los Cuarenta Ladrones, el del príncipe Ahmed y el hada Peri Banú, el de Abulhasán el dormido despierto, el de la aventura nocturna de Harún Arras-hid, el de las dos hermanas envidiosas de la hermana menor. Basta la sola enumeración de esos nombres para evidenciar que Galland establece un canon, incorporando historias que hará indispensables el tiempo, y que los traductores venideros –sus enemigos– no se atreverían a omitir.

Este, el de la colaboración entre Galland y Diab, fue el primer episodio en una larga serie de recursos inesperados, supercherías, manipulaciones y falsificaciones que, durante los siglos XVIII y XIX, sobre todo, han acompañado a las *Noches*. El siguiente jalón en esta complicada historia es el de las primeras publicaciones «orientales» y en imprenta de las *Noches*: las dos de Calcuta (1814 y 1839) y la de Bulaq (1835), que constituyen la base de lo que modernamente se identifica como versión completa, tanto en árabe como en las lenguas de las distintas traducciones. Más avanzado el siglo XIX, en 1887, Hermann Zotenberg publicó los resultados de su examen de las ediciones Calcuta II (la de 1839) y Bulaq. Su conclusión fue que ambas provenían de una misma recensión, que él llamó, en francés, «la redaction moderne d'Egypte» y que los especialistas en las *Noches* designan, en inglés «Zotenberg's Egyptian Recension» (ZER). Para nosotros tiene

¹⁵ *The Thousand and One Nights from the earliest known sources*, ed. Muhsin Mahdi, Leiden: Brill, 1984; Heinz Grotzfeld, «The age of the Galland manuscript of the *Nights*: numismatic evidence for dating a manuscript?», *Journal of Arabic And Islamic Studies* 1 (1996-97), pp. 50-64.

¹⁶ Del manuscrito que sirvió de punto de partida a Galland hay una cuidada versión castellana: *Las mil y una noches, según el manuscrito más antiguo conocido*, trad. Dolores Cinca Pinós y Margarita Castells Criballés, Barcelona: Destino, 1998.

¹⁷ Existe una útil versión contemporánea, preparada por Jean-Paul Sermain y Aboubakr Chraïbi, *Les mille et une nuits, contes arabes*, París: Flammarion, 2004.

¹⁸ Sylvette Larzul, «Further considerations on Galland's *Mille et une nuits*: a study of the tales told by Hannā», en Ulrich Marzolph (ed.), *The Arabian Nights in Transnational Perspective*, Detroit: Wayne State U. P., 2007, págs. 17-31.

¹⁹ Jorge Luis Borges, «Los traductores de *Las mil y una noches*», *Historia de la eternidad* [1936], *Obras completas, 1923-1936*, op. cit., pág. 431. La sugestión literaria de este Hanna Diab no ha pasado desapercibida a otro de los grandes especialistas en las *Noches*, Abdellattah Kilito, *La curiosidad prohibida: leyendo 'Las mil y una noches'*, trad. Marta Cerezales, Madrid: Turner, 2011, pág. 81.

una especial importancia aquí, ya que es la base a partir de la cual se ha elaborado la traducción que a continuación se ofrece, tanto por su amplitud y fidelidad como porque ZER, acaso elaborada a partir de un solo manuscrito egipcio hoy perdido²⁰, es asimismo la base de lo que se entiende en las sociedades árabes contemporáneas como texto íntegro de las *Noches*. La recensión árabe puesta en imprenta en el siglo XIX constituye, pues, el original de las *Noches* como fenómeno literario en su marco árabe. De ZER derivan, en efecto, las dos ediciones comerciales, libanesas ambas, más extendidas en la actualidad²¹. Aunque es preciso recordar que también en el siglo XIX, a partir de 1825, Maximilian Habicht publicó en Breslavia otra versión árabe en extenso a partir de un manuscrito tunecino de cuya autenticidad han dudado los especialistas²².

Por mucho que hayamos resumido la complicada historia textual de las *Noches*, una conclusión se desprende con toda nitidez: la de la multiplicidad de capas, artífices, procedencias y actuaciones que es menester tener presentes. Estamos hablando de un original múltiple, cuya acogida en las sociedades que lo vieron nacer fue también dispar: rápidamente puesto en forma de libro de papel y tenido en cuenta por los intelectuales de la época clásica de la literatura árabe, como lo es en la actualidad, ha tenido que sufrir (y sufre) también la displicencia, el desprecio y la censura de determinados grupos sociales. Por otra parte, si bien es cierto que ha persistido la idea preconcebida de que en las *Noches* hallamos cuentos de tradición oral, lo que en cierta medida debe de ser cierto, también lo es que algunos de los datos considerados hasta aquí apuntan también hacia la literatura escrita y transmitida por el libro y el papel. La multiplicidad de épocas y de artífices (no siempre fiables) implicados en la elaboración de la obra hace de las *Noches* un caso único en la historia de la literatura universal.

2. CONTENIDOS DE *MIL Y UNA NOCHES*

Volvamos a la autobiografía de Rubén Darío, ahora para recordar cómo relata el comienzo de un episodio amoroso suyo, pues de nuevo recurre el poeta centroamericano a la obra que nos ocupa²³:

Una noche oí cantar a una niña. Era una adolescente de ojos verdes, de cabello castaño, de tez levemente acaramelada, con esa suave palidez que tienen las mujeres de Oriente y de los Trópicos. Un cuerpo flexible y delicadamente voluptuoso, que traía al andar ilusiones de canófora [...]. Me enamoré desde luego; fue el «rayo» como dicen los franceses. Nos amamos. [...] Entonces, en la hora tibia, dos manos se juntan, dos cabezas se van acercando, se hablan con voz queda, se compenetran mutuas voliciones, no se quiere pensar, no se quiere saber si se existe, y una voluptuosidad miliunanochesca perfuma de esencias tropicales el triunfo de la atracción y del instinto.

²⁰ Según R. Irwin, *The Arabian Nights Companion*, op. cit., pos. 870-7 (versión digital).

²¹ Me refiero a la de Dār al-Kutub al-Ilmiyya (Beirut, 2005, 4ª ed.), derivada, a lo que parece, de Calcuta II, y la de Dār Šādīr (Beirut, 1999), más cercana a la de Bulaq, y que me ha resultado de mucha utilidad para elaborar mi versión.

²² La historia textual de las *Noches*, incluido el episodio del «Handschrift aus Tunis» en el que Habicht afirmó haberse basado, la expone con gran precisión y admirable economía de palabras Dwight F. Reynolds, «*A Thousand and One Nights: a history of the text and its reception*», en Roger Allen & D. S. Richards (eds.), *Arabic Literature in the Post-Classical Period*, Cambridge University Press, 2006, págs. 270-291 y 445-446.

²³ *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, op. cit. [referencia tomada de la versión electrónica, en *Biblioteca virtual universal* (última consulta: 14-05-2015)].

Aunque no sea fácil precisar qué significa en las anteriores líneas «miliunanochesca» como adjetivo de «voluptuosidad», y tal vez haya que entenderlo como un epíteto informativamente redundante de la idea del placer carnal (¿no sería, según esto, y para Rubén Darío, la voluptuosidad casi necesariamente «miliunanochesca»?), el hecho es que el relato está lleno de referencias a las *Noches*. La misma descripción del objeto del deseo, que es una persona muy joven (como muy jóvenes habrían de ser muchos de los participantes en las ensöñaciones eróticas que ofreció Pier Paolo Pasolini en *Il fiore delle Mille e una notte*, de 1974), no es ajena a las convenciones de las *Noches*, que están presentes en todo el párrafo, tanto en sí mismas como a través del filtro de la recepción orientalista. Y es que las *Noches*, según indica acertadamente D. F. Reynolds²⁴, acabaron convirtiéndose a finales del siglo XIX —el texto de Darío es de comienzos del XX— en «un vehículo en que podían inscribirse las fantasías eróticas occidentales». Y de ahí deriva uno de los riesgos de simplificación de la obra, de reducción indebida a lo uno de lo que es múltiple, que podemos correr. Apenas es necesario acudir a más ilustraciones, pero acaso valga la pena traer a la memoria una más. En el largometraje *La naranja mecánica* (1971), de Stanley Kubrick, cuando el protagonista tiene una ensöñación erótica, y a pesar de que la ambientación y el contenido anecdóticos son bíblicos, la música que se oye (a todo volumen, como en todo el film) es la melodía que se repite una y otra vez en la celebrísima suite sinfónica *Sheherazada* (1888), de Nicolái Rimski-Kórsakov, evidentemente derivada de las *Noches*, pero pasada por el filtro orientalista del momento.

Aunque sea preciso no dejarnos apabullar por el contenido erótico, abiertamente carnal, de la obra, que es uno entre otros muchos elementos, y solo aflora en determinados momentos de un número limitado de historias, lo cierto es que ha ejercido un poderoso influjo y sigue teniendo su peso en la edición, traducción y recepción de la obra, tanto en las sociedades árabes como fuera de ellas. Comenzando con la propia versión árabe del texto, un examen atento de las versiones comerciales que están actualmente en circulación revela enseguida que la censura ha ejercido su influencia en fragmentos de referencia abiertamente sexual. Así, en la historia de «Ibrahím y Hermosa», que se desarrolla entre las noches 952 y 959, la primera vez en que el joven protagonista consigue ver a su amada, esta ejecuta una sugestiva danza. Una de las versiones árabes contemporáneas, la que nos ha servido como principal fuente en este punto, relata, en la noche 957, lo ocurrido del siguiente modo²⁵, haciendo explícitas las alusiones carnales, que marcamos con cursivas:

Luego, cuando las diez doncellas concluyeron su danza, fueron a su ama y, rodeándola, le rogaron: «¡Ay, señora, cuánto nos gustaría que danzascis antes de que acabe la reunión! Solo así será cabal nuestra alegría y podremos afirmar que no hemos conocido día mejor que este». Ibrahím se dijo para sí: «Sin duda las puertas del cielo se han abierto y Dios ha atendido a mi plegaria». Las esclavas le besaron los pies a su ama e insistieron: «Nunca os hemos visto, señora, tan distendida como en esta ocasión...». Y así siguieron, rogándole y suplicándole con machaconería, *hasta que la joven Hermosa se fue quitando cuanto encima llevaba, salvo una camisa tejida en oro y ornada de piedras preciosas. Sus senos sobresalian como dos granadas; su rostro resplandecía, descubierto, como la luna llena en la noche catorcena del mes. Ibrahím la vio realizar unos pasos que le eran desconocidos, acompañándolos de movimientos originales, que hacían olvidar el baile de las burbujas en las copas de vino, recordando más bien el ondear de turbantes.*

²⁴ D. F. Reynolds, «A Thousand and One Nights», *op. cit.*, pág. 291.

²⁵ *Aff layla wa-layla*, ed. Dār Šādir, *op. cit.*, vol. 2, pág. 592.

Mientras que en otra de las versiones contemporáneas más extendidas se elimina sin más el fragmento sobre el cuerpo de la joven²⁶:

[...] hasta que la joven Hermosa se fue quitando cuanto encima llevaba, salvo una cumisa tejida en oro y ornada de piedras preciosas. Sus senos sobresalían como dos granadas; su rostro resplandecía, descubierto, como la luna llena en la noche catorcena del mes.

No es un hecho singular. Si bien la técnica utilizada no es siempre la mera eliminación de lo carnal. Así, en la historia de «Hasan el orfebre», que Shahrazad relata entre las noches 778 y 831, volvemos a encontrarnos con una escena parecida. Un personaje masculino, el protagonista, tiene ocasión de contemplar, sin ser visto, a un grupo de atractivas muchachas (que le habían parecido aves, pues venían volando), y en la noche 786, según la versión sin censurar, leemos²⁷:

Las aves se posaron sobre un copudo y vistoso árbol, en torno al cual comenzaron a revolotear. Hasan no tardó en advertir que una de ellas era más hermosa que las demás y que estas la rodeaban como si quisieran servirla. Y no solo eso, pues, para su sorpresa, vio el orfebre desde su escondite que el ave más distinguida picoteaba a las otras, como si su dueña y señora fuese. Poco después fueron las aves a acomodarse en el estrado de palo áloe. Todas y cada una se abrieron la piel con las garras y salieron de los que resultaron ser unos trajes de plumas en que venían envueltas no diez aves, sino diez doncellas, tan hermosas que a la misma luna dejaban en ridículo. Tras despojarse de sus trajes, las virginales damiselas se metieron en el estanque y se bañaron entre juegos y bromas. La principal les arrojaba agua a las demás y hacía como si quisiera ahogarlas, lo cual llevaba a las otras nueve a huir de ella sin atreverse nunca a pagarle con la misma moneda. Cuando Hasan miró con atención a la que llevaba la voz cantante, perdió del dominio de su entendimiento y comprendió que la joven dama era el motivo por el cual las princesas *yinn*s²⁸ le habían prohibido abrir aquella puerta. Rendido cayó, pues, de amor el joven orfebre al contemplar aquel dechado de hermosura y garbo, cumplida talla y proporción, que ante sus ojos se desplegaba mientras la muchacha jugaba en el agua y salpicaba a las demás. Hasan se lamentaba de no hallarse entre ellas.

El problema, lógicamente, lo plantea el pasaje de la desnudez. En este fragmento, el que acabamos de leer, no solo no se oculta el hecho, sino que se detalla. Por el contrario, en la otra versión, donde ha actuado alguna forma de censura, se ha rebajado mucho la carnalidad con ciertas transformaciones. Veamos los dos pasajes consecutivamente, para compararlos mejor²⁹:

Tras despojarse de sus trajes, las virginales damiselas se metieron en el estanque y se bañaron entre juegos y bromas.

Tras quitarse los trajes de plumas, quedaron las virginales damiselas revestidas de unos trajes con abalorios, y se sentaron en la hierba fresca.

Es necesario puntualizar que si bien las *Noches* es obra que podía resultar inmoral a los ojos de los sectores «biempensantes» de Europa y América, no destaca de manera particular, en su contexto de producción, por su contenido erótico. Todo lo contrario. Robert Irwin subraya la existencia de obras como *Nuzhat al-albāb fī-mā lā yū ad fī kitāb*, del cairota de origen tunecino

²⁶ *Alf layla wa-layla*, ed. Dār al-Kutub al-'Ilmiyya, op. cit., vol. 4, pág. 614.

²⁷ Esta es la versión que hallamos en *Alf layla wa-layla*, Calcuta II, vol. 4, pág. 29, que coincide con la que hallamos en una de las versiones comerciales vigentes: *Alf layla wa-layla*, ed. Dār Šādīr, op. cit., vol. 2, pág. 332.

²⁸ Sobre los *yinn*s (o genios) hablaremos por extenso poco más abajo.

²⁹ Loc. cit., y *Alf layla wa-layla*, ed. Dār al-Kutub al-'Ilmiyya, op. cit., vol. 4, pág. 381.

Aḥmad ibn Yūsuf al-Tifāṣī –de la que hay versión castellana, de Ignacio Gutiérrez de Terán³⁰–, compuesta durante la primera mitad del siglo XIII, y donde sí se acumulan anécdotas de orden sexual relatadas con escasas restricciones morales³¹. Tengamos esto en cuenta junto con el hecho de que, si atendemos a las *Noches* en general, no cabe duda de que los relatos bélicos abundan mucho más que los auténticamente carnales. Así puede observarse, por ejemplo, en un texto que acabó incorporándose a las *Noches*, por más que su origen fuese ajeno a estas, según, de nuevo, Irwin³², la larga historia de «Garib y Ayib», que comienza a relatarse en la noche 624. La carnalidad, desde luego, no es el asunto principal de las *Noches*, ni por su frecuencia ni por su trascendencia. Pero es más. La obra entra a veces en el asunto desde una perspectiva que bien podría calificarse de moralizante o incluso pacata. Baste recordar las loas a la castidad recogidas en varios relatos breves, abiertamente ejemplarizantes, que se recogen en las noches 465 y siguientes. O cómo incluso en la poesía, donde no es difícil toparse con pasajes eróticos exentos de tapujos o hasta obscenos, nos hallamos con ciertas composiciones, como la que aparece en la noche 773, en el curso de la historia de «Ardashir y Vida de Almas», y donde se contempla una visión casta del erotismo. Es así, en efecto, como hay que entender los dos últimos versos del poema, donde se alaba de manera indirecta un amor apasionado que no se «mancha» de carnalidad:

Avanzada la noche me visita mi amigo;
hasta que toma asiento, puesta en pie lo recibo.
«Amor mío –le digo–, colmo de mi esperanza,
¿a estas horas me vienes?, ¿no te da miedo nada?».
«No estoy libre de miedos, mas Amor –me contesta–
es el señor de mi alma, todo mi ser domeña».
Largo rato pasamos entre abrazos y besos;
nos sabemos seguros: nadie va a sorprendernos.
Con las cabezas altas luego nos levantamos,
y, aunque nos sacudimos, no es por estar manchados.

En contraposición a lo erótico como supuesto eje central de las *Noches*, varios especialistas han optado por señalar la importancia del Sino o el Destino («*Fate*», ya que se trata de estudiosos de lengua inglesa). Tal es la opinión de los dos tratadistas que acabamos de mencionar: Irwin afirma que «el Destino, aunque invisible, es un personaje principal en las *Noches*»³³; mientras que, para Reynolds³⁴, los temas fundamentales de la obra son las relaciones entre hombres y mujeres, el poder de la narración en sí misma, esto es, del propio contar historias, y las «vicisitudes del destino». Ciertamente la importancia del sino (o, mejor, del «Sino», con mayúscula, pues se trata de una entidad sacralizada) y la posibilidad o imposibilidad de volverse contra él, difícilmente se exagerarán entre los elementos más destacados de las *Noches*, y, desde luego, están muy por encima de la carnalidad, vista desde cualquier perspectiva. La lectura de la obra confirma, no cabe duda, que la tensión entre lo dado y la posibilidad de cambio está siempre en un primer plano desde el mismo planteamiento de la historia y del meollo de la trama: Shahrazad lucha por acabar con la costumbre asesina de Shahriar. En cierto modo, vistas desde esta perspectiva, las *Noches*

³⁰ Al-Tifāṣī, *Esparcimiento de Corazones*, Madrid: Gredos, 2003.

³¹ R. Irwin, *The Arabian Nights Companion*, op. cit., pos. 2897 (versión digital).

³² Op. cit., pos. 1606-26 (versión digital).

³³ Op. cit., pos. 3428-9 (versión digital).

³⁴ D. F. Reynolds, «A Thousand and One Nights», op. cit., pág. 274.

se plantean (*mutatis mutandis*) como una respuesta narrativa a la cuestión de si es cierto, como afirmaba el optimista lema florentino, que «Virtú vince Fortuna». Precisamente hablando de los humanistas europeos del renacimiento³⁵, el historiador británico Allan Bullock destaca que uno los principales temas por ellos discutidos era³⁶:

[...] el conflicto entre los caprichos de la fortuna (que ya no se veía en términos de la Providencia cristiana) y la *virtú* humana (que tampoco era vista en términos de virtud cristiana), que se negaba a someterse a aquélla. Humanistas como Alberti insisten en que los hombres pueden vencer los caprichos de la fortuna.

La carnalidad presente en las *Noches* y el que hayamos vinculado a estas, hasta cierto punto, con las tradiciones humanistas no debe, ni mucho menos, hacer creer que la obra es ni antirreligiosa, ni inmoral o incluso amoral. Todo lo contrario. Estamos ante un libro de hondas preocupaciones éticas vistas desde una perspectiva islámica. La cuestión es, de nuevo, que se hace necesario entrar en la dinámica de lo uno y lo múltiple. La moral islámica está presente en casi toda la obra, siempre que entendamos que dentro de la moralidad islámica han cabido distintas perspectivas. Y algunas de estas, a veces muy discordantes entre sí, están presentes en la obra. El lector debe prepararse a leer un libro donde se despliegan distintas actitudes ante la religión, la moral, la relación entre los distintos grupos confesionales, y, desde luego, el modo en que el ser humano se acerca a la posibilidad del placer. La obra es una unidad, desde luego, pero al mismo título que lo es, por ejemplo, una gran ciudad, donde es posible encontrar de todo, por decirlo de manera coloquial. La religiosidad de las *Noches*, que recorre casi todas sus páginas, y muy a menudo de manera más que explícita, desde el preámbulo al colofón, es obvia para todo aquel que se acerque al texto. Y, sin embargo, no creo que esa sea la imagen imperante de las *Noches* ni un aspecto que la crítica especializada haya destacado, con alguna excepción, muy relevante, como el libro de Muhsin J. al-Musawi, *The Islamic context of the Thousand and one nights*, un excelente ensayo, pero sorprendentemente tardío en el panorama de estudios sobre las *Noches*, ya que se publicó en 2009³⁷.

Muy en conexión con el tratamiento de la moralidad y con las transformaciones de las circunstancias de una persona, sobre todo con el cambio social, está la importancia del personaje que podríamos asimilar al arquetipo del *trickster*, el embaucador, pícaro o malandro³⁸ (*naṣṣāb*, por lo general, en árabe) que es sin duda, y de modo manifiesto, una de las figuras clave en las *Noches*. Dado que se trata de personajes muy diestros, no solo en lo que a la acción se refiere, sino también y principalmente a la palabra, conviene que comencemos preguntándonos si no es la misma Shahrazad una representante destacada de *trickster* literario. Tanto si es así como si no,

³⁵ Numerosos son los estudios que se han dedicado a las confluencias entre el humanismo que surge en Europa a finales de la Edad Media y las corrientes paralelas que alcanzan su máximo esplendor en la Bagdad del siglo X, coincidiendo, pues, con la primera difusión de las *Noches* como libro. Véanse, entre otros, los trabajos de Mohammed Arkoun, *L'humanisme arabe au IV^e siècle*, París: Vrin, 1982; Lenn E. Goodman, *Islamic Humanism*, Oxford University Press, 2003; Joel L. Kraemer, *Humanism in the Renaissance of Islam*, Leiden: Brill, 1992.

³⁶ Allan Bullock, *La tradición humanista en Occidente*, trad. Enrique Fernández-Barros, Madrid: Alianza, 1989, pág. 32.

³⁷ Muhsin Jasim al-Musawi, *The Islamic context of the Thousand and one nights*, Nueva York: Columbia University Press, 2009.

³⁸ Sobre el *trickster* desde una perspectiva no solamente literaria, véase Carl Gustav Jung, «Acercas de la psicología de la figura del *trickster*», en *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, trad. Carmen Gauger, Madrid: Trotta, 2010, págs. 239-256.

lo que resulta obvio es que abundan en la obra personajes que los especialistas han asimilado a los pícaros y que, en consecuencia, el lector de las *Noches* tiene asegurada cierta inmersión en el mundo del malevaje árabe-islámico pre-moderno. Este mundo o submundo de embaucadores y forajidos ha cautivado la atención de R. Irwin, el tratadista de las *Noches* de quien hemos recogido varias opiniones. Y creo que el interés está justificado, ya que la «picaresca» o el malevaje que da su inconfundible sello a varias de las historias que relata Shahrazad ofrecen claves para la interpretación de la obra y para cualquier reflexión acerca de los asuntos principales: el cambio social, la fuerza de la palabra como forma (o arma) de persuasión o engaño, la crítica de lo establecido. Entre estas historias se cuentan algunas de las más singulares como «El Breas y el Salmueras», que se desarrolla entre las noches 930 a 940) o la última del libro, «El remendón Maaruf»; pero, en especial, el ciclo de la inefable «Dalila la Bribona», que comienza en la noche 698, al parecer inspirada por un personaje acaso real, conocido en la Bagdad del siglo X³⁹.

La presencia de historias de malevaje, de personajes que pueden situarse en los bajos fondos de su sociedad, remite a la contraposición entre el mundo de la penuria y la necesidad, de un lado, y el de la molicie y la abundancia, de otro. Las *Noches* ofrecen, a este respecto, la figura arquetípica del pescador que depende, para alimentar a su familia, de la captura del día y que, en consecuencia, sufre los embates del Sino, y acaso es favorecido por este. Muy pronto, en la noche 3, comienza la historia de «El pescador», quien, antes de tener un contacto con un *yinn* que cambiará su suerte, declama:

Tú, que la ruina buscas, de tinieblas rodeado:
 si de nada te sirve, ¿por qué te afanas tanto?
 ¿No ves que el pescador, por buscarse sustento,
 se aventura en el mar con los astros por techo,
 y con valor afronta los golpes de las aguas
 con los ojos clavados de la red en la panza;
 por que acaso la noche le ilumine un pescado,
 cuya boca el mortal gancho haya atravesado,
 para que se lo compre quien, guardado del frío,
 de noche duerme en casa, bien comido y tranquilo;
 quien, tras sereno sueño, descansado despierta,
 habiendo disfrutado de una hermosa gacela...?
 Unos viven felices mientras que otros sufren;
 lo que pescan los pobres les da a los ricos lustre.

La contraposición entre los estratos sociales, de entre los libres (esto es, el mundo ajeno a los esclavos), más o menos favorecidos por sus circunstancias, determina muchos aspectos de las *Noches*. En primer lugar, es menester que nos respondamos acerca del origen social de la obra en su conjunto y de las historias que la componen. El punto de partida de las *Noches* hay que situarlo sin duda en estratos favorecidos: letrados, para empezar, y con acceso a la traducción del acervo persa. No es casual que en algunos de los componentes del total se aprecien los rasgos inequívocos del género llamado espejo de príncipes, tal como ocurre, en especial, en el ciclo de «El rey Yaliad, su hijo Ward Jan y su ministro Shimás», que comienza en la noche 899. Pero las *Noches*, se sabe desde hace siglos, pueden haberse nutrido asimismo de variedades populares de la literatura, o, como mínimo, han estado en contacto con formas de entretenimiento dirigidas a grupos desposeídos de la fortuna y el poder. La narración de historias en estos casos puede

³⁹ R. Irwin, *The Arabian Nights Companion*, op. cit., pos. 2564-5 (versión digital).

considerarse una forma de evasión, la facilitación de ensueños de riqueza, poder y placer que compensan de una situación difícil. Esto sirve para explicar parte de las incoherencias e incluso errores contenidos en algunas historias. A menudo se describen viajes, objetos, costumbres que el narrador ha podido desear, que constituyen la materia de su soñar despierto, pero de los que no tiene conocimiento directo ni indirecto fiable.

La repetida intervención de *yinns* o «genios» (según se ha dicho tradicionalmente en la tradición hispana del cuento oriental, a partir del francés *génies*), facilita, por un lado, la contraposición entre ricos e indigentes, y, por otro, el acceso a un mundo de fantasía desbordada, que ha sido, además del erotismo, una de las reducciones a lo uno de la multiplicidad de las *Noches*, desde que Galland las puso en circulación en Europa. Los *yinns*, originados en el Corán, donde aparecen como hecho de fe, constituyen uno de los rasgos «miliunanoscos» por excelencia. Y de las *Noches* han pasado a la narrativa contemporánea universal, y no solo a la literatura juvenil, como ocurre en la trilogía histórico-fantástica de Ana Alonso y Javier Pelegrín, titulada precisamente *Yinn*⁴⁰, sino asimismo a la novela para público adulto, por así decir, con casos notables y tan recientes que el trasvase de las *Noches* a la literatura universal contemporánea parece asegurado para el futuro inmediato, gracias a novelas recientes como las de Helene Wecker y Salman Rushdie⁴¹. Creados del fuego y no del barro como los humanos, dotados de raciocinio y lenguaje, capaces de volar o transformarse a voluntad en otros seres, pero sometidos a la voluntad de Salomón, quien, para castigarlos, los encerraba en vasijas que arrojaba al fondo del mar, se conoce como *yinns* o «genios» a ciertos seres, a veces indistinguibles de los ángeles (caídos o no), que constituyen –hay que remacharlo– un hecho de fe en las representaciones islámicas del universo, pues su existencia deriva de la revelación coránica; por más que desde perspectivas ajenas se los considere meras entidades fantásticas. En la presente traducción hemos optado por verter el término valiéndonos de una adaptación del término árabe original: *yinn* (*inn*), para soslayar las asociaciones con tres conceptos que ha venido cubriendo el término «genio» en castellano: 1) los *genii* de la religión romana, que son presencias divinas⁴²; 2) los genios de nuestro teatro barroco: figuras alegóricas del bien y el mal enfrentadas dialécticamente⁴³, y 3), en diversas tradiciones simbólicas (y muy cerca de la noción en el teatro barroco), el genio entendido como el acompañante de cada ser humano, «su doble, su demonio, su ángel guardián, su consejero, su intuición o la voz de una conciencia supraracional»⁴⁴. Y es evidente que los *yinns* de las *Noches* nada tienen que ver con estas tres nociones. Por otra parte, el uso del término árabe *yinn* está en

⁴⁰ Las tres entregas son: Ana Alonso y Javier Pelegrín, *Fuego azul, Luna roja y Estrella dorada*, Madrid: Anaya, 2011, 2012 y 2013.

⁴¹ La primera obra, la de Helene Wecker, *The Golem and the Jinni*, Harper Collins, 2013 (versión castellana: *Los viajeros de la noche*, trad. Isabel Margeli, Barcelona: Tusquets, 2014), sigue las trayectorias, en la Nueva York de finales del XIX, de una *gólem* y un *yinn*, lo que permite poner en contigüidad las tradiciones judía e islámica; la novela de Salman Rushdie, *Two Years, Eight Months and Twenty-Eight Days*, Penguin Random House, 2015, retoma no solo a los *yinns*, sino otras diversas referencias a las *Noches*, en el usual tráfago de historias y personajes del literato británico.

⁴² Véase Jörg Rüpke (ed.), *A Companion to Roman Religion*, Chichester: Blackwell, 2007, pág. 182. Así considerados, es decir, como presencias divinas, los *genii* romanos estaría mucho más cerca de la noción de *hadra* en teología islámica que de la de *yinn*.

⁴³ Véase Melchora Romanos, «Teatro histórico y evangelización en *El gran Príncipe de Fez* de Calderón de la Barca», en AISO, *Actas V*, Madrid: Iberoamericana, 1999, págs. 1142-50.

⁴⁴ Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, trad. M. Silvar y C. Bado, Barcelona: Herder, 2007, s. v.

consonancia con la fidelidad a los términos árabes que suele guardarse, en la presente versión, respecto a los otros sinónimos, no muy claramente diferenciados, con que se designa en la presente obra a los *yinns*: *ifrītis*, *mārids* (insurgentes), *shayātīn* (satanes), *abālīs* (*iblis*es, diablos) y *awns* (lugartenientes)⁴⁵. Mientras que por *ifrīt*, *satān* e *iblis*⁴⁶ se suele entender un *yinn* particularmente poderoso y acaso agresivo, con *mārid* se alude a la condición de rebelde a la voluntad divina; *awn*, por último, es un término menos frecuente y apenas diferenciado de los anteriores.

Los *yinns*, desde luego, nos conectan directamente con el bloque de la tradición mágica salomónica⁴⁷, con toda la riqueza que supone en materia de símbolos (la estrella de seis o cinco puntas), creencias (poder de un humano sobre los demás seres vivos) y objetos maravillosos (anillos, esteras que vuelan gracias al impulso de los vientos). Las prácticas mágicas son frecuentes en las *Noches*, a veces con la denuncia por el narrador de impostura hacia quienes las llevan a cabo. Entre todas ellas seguramente destaca la geomancia, método de adivinación derivado de milenarias creencias chinas y donde la arena o trazos que la recuerdan tienen un papel principal. La presencia de estas actividades en la obra se debe no solo a que posibilitan, en el registro de la fantasía, la transformación deseada de las circunstancias, sino a que se han venido, de hecho, practicando con no escasa frecuencia en las sociedades árabes pre-modernas. También en la literatura realista contemporánea procedente del Norte de África u Oriente Medio, o incluso de los territorios que en su día pertenecieron al imperio otomano⁴⁸, se reflejan prácticas mágicas similares a las que veremos en las *Noches*. Pero hay una diferencia: en Bagdad, El Cairo, Alejandría, Basora, etc., o sea en los escenarios de la obra que nos ocupa, entre los siglos IX y XVII, por restringir al máximo el lapso de tiempo, la magia y sus prácticas (elaboración de talismanes, celebración de ceremonias propiciatorias, actividades de adivinación...) no eran ni mucho menos marginales, sino que estaban amparadas por los círculos del poder y muchos letrados gozaban de amplia credibilidad y se basaban en un corpus elaborado de doctrinas, fundamentos filosóficos y protocolos. Y, aunque tal vez se eche de menos en las *Noches* un tratamiento algo más ilustrado de este ámbito del conocimiento y la creencia, de vez en cuando hallamos reflejo sugestivo de todo ello, como cuando leemos, en la noche 951, en la historia de «Harūn Arrashid y Abu l-Hasan de Orán:

[...] y emprendí viaje hacia *Bábel*, la antigua Babilonia. Al llegar, pregunté por el venerable Saúdallah y me guiaron hasta él. Así que hubo él aceptado y recibido los cien mil dinares y los obsequios, le entregué la pieza de cornalina. El sabio anciano hizo venir a un lapidario, y este le dio la forma de amuleto que ya conocéis. Pero aún hubieron de transcurrir siete largos meses, que el venerable Saúdallah pasó en acecho de los astros, en espera del momento propicio para realizar su labor, la cual consistió en trazar sobre la cornalina, ya trabajada, los signos mágicos que habéis tenido ocasión de ver. Cuando el amuleto estuvo listo, se lo llevé a nuestro rey.

⁴⁵ Los términos árabes, con sus correspondientes plurales, son: *ʿifrīt*, plural *ʿafārīt*; *mārid*, pl. *marada*; *šayṭān*, pl. *šayṭān*; *iblis*, pl. *abālīs*, y *awn*, pl. *aʿwān*.

⁴⁶ Tanto *satān* como *iblis*, en sus usos comunes, derivan de términos que designan al ser maligno por excelencia en el islam (*Šayṭān*, *Iblīs*).

⁴⁷ La relación entre Salomón y los *yinns* se aborda expresamente en *Mil una noches* varias veces, especialmente en la noche 567.

⁴⁸ Prácticas mágicas pueden hallarse, por señalar solo un solo ejemplo, en Tahar Ben Jelloun, *El retorno*, trad. Malika Embarck López, Madrid: Alianza, 2011.

3. ESTILOS, GÉNEROS, TEXTOS

Junto con los artífices de historias en lengua persa u otras, distintas de la árabe, las *Noches* son sin duda el resultado de las dotes literarias de un número indeterminado de autores, de distintas épocas y zonas geográficas (es de suponer que la mayoría de Oriente Medio). Lamentablemente hemos de considerar que dichos autores de historias o ciclos de historias, así como el principal responsable, si es que lo hubo como tal, de la armazón de la obra en su conjunto unitario siguen siendo desconocidos, aunque la literatura especializada ha venido señalando la intervención de varias figuras sobresalientes en la elaboración del libro. Para empezar, el sabio, judío de origen, especialista en el Corán y las tradiciones coránicas, Wahb ibn Munabbih (m. antes de 737), que habría sido, según señaló en el siglo XIX el rabino alemán Joseph Perles⁴⁹, la fuente o transmisor de las historias de israelitas que aparecen en la obra⁵⁰. En segundo lugar, el gran filólogo 'Abd al-Malik al-Aṣma'ī (m. 828), de cuya labor como transmisor de historias se da fe en las *Noches*⁵¹, a quien volveremos enseguida. Y, por último, Abū 'Abd Allāh al-Ḥaṣīyārī (m. 942), un reputado practicante del *adab* o buenas letras, que habría compilado una gran parte de las historias⁵². Con todo, hemos de seguir afirmando que las *Noches* es una obra anónima y de autoría múltiple. Entre los autores o transmisores de lo que nos disponemos a leer hubo individuos de variada formación y, al parecer, de heterogénea posición social.

Pero conviene subrayar que, junto a autores de extracción popular, que proveyesen a cuentacuentos profesionales, la autoría de una parte de las historias corresponde a auténticos hombres⁵³ de letras, como los que acabamos de mencionar. Centrémonos en el mencionado Abū Sa'īd 'Abd al-Malik al-Aṣma'ī, uno de los principales impulsores de la filología y lexicografía árabes, que vivió entre los siglos VIII y IX, y que aparece como personaje principal en el relato que comienza en la noche 686. No sería en absoluto descabellado pensar que algunas de las historias provengan de él, o, como mínimo, que fue en los círculos de los que el gran arabista francés Régis Blachère llamaba «logógrafos»⁵⁴ («logographes», en francés, refiriéndose a antólogos de poesía, recopiladores de anécdotas y lexicógrafos) donde se generó una parte de los materiales de las *Noches*. En los últimos versos de un poema citado en la propia obra, en la noche 822, se habla de al-Aṣma'ī como contador de historias por excelencia:

Eseucha como debes de mi pasión las nuevas;
no te impidan seguir las prisas o la pereza.

⁴⁹ En su libro *Zur Rabbinischen Sprach- und Sagenkunde*, publicado en Breslavia, en 1873.

⁵⁰ Véanse las noches 348 y siguientes.

⁵¹ Véanse las noches 686-7, 693 y 822.

⁵² Véase, al respecto, y entre otros trabajos, al-Ṭāhir Aḥmad Mukkī, *Al-qiṣṣa al-qaṣīra: dirāsa wa-muḥtārāt*, El Cairo: Dār al-Ma'ārif, 1977, pág. 41.

⁵³ El término «hombre» se utiliza en su sentido genérico. La participación de mujeres de la autoría de la obra, asunto que merecería atención, no puede descartarse, si bien plantea la duda de su excepcionalidad en las sociedades donde la obra se elaboró.

⁵⁴ Régis Blachère, «Les savants irakiens et leurs informateurs bédouins aux IIe-IVe siècles de l'hégire», en *Mélanges offerts à William Marçais*, París: Maisonneuve, 1950, págs. 37-48; «Problème de la transfiguration du poète tribal en héros de roman "courtois" chez les "logographes" arabes du IIe/IXe siècle», *Arabica* 8 (1961), págs. 131-136; «Influences héréditaires et problèmes posés par la recension de la poésie archaïque», en George Mukdisi (ed.), *Arabic and Islamic Studies in Honor of Hamilton A. R. Gibb*, Leiden: Brill, 1965, págs. 141-146.

Te trufaré el relato de leyendas e historias:
creerás que el Asma'i te lo cuenta en persona.

El mero hecho de que el nombre de Abū Sa'īd al-Aṣma'ī se mencione debe ponernos en guardia ante la extendida –y no muy precisa– idea de que las *Noches* pertenecen a la cultura popular, y más en concreto, a las manifestaciones orales de esta. La afirmación es aceptable solo en medida poco importante. En este breve recorrido hemos tenido ya ocasión de comprobar que nos hallamos ante una manifestación de la cultura libresca, de literatura en papel y traducida. Más aún, la simple lectura de la obra revela la presencia evidente de discursos teológicos y antropológicos que emergen, sin asomo de parodia, en algunas de las historias, por ejemplo, en el ciclo ya mencionado de «El rey Yaliad, su hijo Ward Jan y su ministro Shimás» o, alternatively, «El soberano, sus ministros y su grey», que se desarrolla entre las noches 899 y 930. Se trata de un conjunto de historias (*exempla*), discursos y debates que comparte el modelo narrativo de las *Noches* (una historia principal en la que se van encadenando relatos contados con un fin determinado), y donde hallamos razonamientos como el siguiente, de la noche 914:

Cuando Dios creó al ser humano con la verdad, lo hizo amante de esta, y no había necesidad de arrepentimiento ni castigo. Y así siguieron las criaturas humanas hasta que el Altísimo los dotó del alma, gracias a la cual se perfeccionaba la condición humana, aun a riesgo de que quedase esta a expensas de los diversos deseos y apetitos; esa es la razón de que hablemos de alma concupiscente. Fue así como se produjo la irrupción de la mentira y su entremezclamiento con la verdad, si bien el Todopoderoso infundió al ser humano el amor a esta, o sea, a la verdad. Pero el ser humano, tras alcanzar tan alto grado de perfección, se apartó, al desobedecer, de la verdad, y quien de la verdad se aparta cae, sin más remedio, en la falsedad y la mentira.

Y, sin embargo, en contraposición con los elementos libresco e ilustrados, la misma obra parece dar testimonio del destino oral y popular de algunos de los relatos. Considérese el final de la noche 878, donde leemos:

Y la cosa era que la muchacha, María de los Cíngulos, la esclava, era en realidad hija del rey de los francos, señor de dominios vastos, y donde abundan las industrias, las maravillas y las arboledas tanto como en la misma Constantinopla. Y los hechos que llevaron a la princesa a salir de la corte de su padre son tan extraordinarios que requieren un relato ordenado, de modo que quien lo oiga no solo se solace, y mucho, sino que se vea llevado de la más intensa emoción.

Pero importa dejar claro que, incluso cuando se trate, en algunos casos, de relatos destinados a su ejecución oral pública, y aunque el germen de algunos de ellos sea una historia inicialmente oral, lo que nos vamos a encontrar con frecuencia son una suerte de guiones preparados para que los cuentacuentos los utilicen como punto de partida para sus performances, dejando, pues, lugar a adiciones improvisadas y a adornos por medio del gesto u otros recursos⁵⁵. A esto, al teatro de un solo actor, parece apuntar, en la noche 960, el comienzo del relato que le hace al califa Abu l-Hasan del Jorasán, quien se diría que adopta fórmulas propias de los cuentacuentos para solicitar la atención de sus espectadores, que van a recibir la información no solo por el oído sino también por la vista:

⁵⁵ Esta, que es la conclusión que parece derivarse sola de un examen detenido del texto, es la opinión asimismo de D. F. Reynolds, «*A Thousand and One Nights*», *op. cit.*, pág. 273.

Sepa el Comendador de los Fieles, a quien Dios sustente con Su Socorro y rodee con las mejores muestras de Su Disposición, que no ha habido en toda Bagdad nadie que haya llevado vida más desahogada y muelle que mi padre y yo mismo. Y mucho me gustaría que nuestro señor el califa me prestase su entendimiento, su oído y su vista, de modo que pueda yo explicar el motivo de lo que ha suscitado su cólera.

Un buen ejemplo de guion preparado (o, al menos, muy apto) para que el cuentacuentos improvise e imposte las voces de los personajes, haga gestos para imitar actitudes o acompañar los movimientos del personaje de que se trate, podría ser la historia de «Ali el Azogue de El Cairo», que comienza en la noche 708, y del que podemos citar un expresivo fragmento, del principio de la historia, para no «destruirla»:

Se levantó Ali, salió a la calle y emprendió una larga caminata por El Cairo, que no le valió sino para redoblarle el malestar y la inquietud. Pasó por delante de una taberna y se dijo: «Entra y emborráchate». Entró, pues, vio que había hasta siete filas de bebedores, y dijo: «Yo bebo solo, tabernero». El dueño lo condujo a una habitación vacía. Allí le sirvió el vino y Ali bebió hasta olvidarse de sí mismo. Salió luego de la taberna y recorrió su caminata por la ciudad. Una calle lo condujo a otra y así al que llaman Camino Bermejo. Todo el mundo se iba apartando a su paso, tal era el temor que inspiraba. De pronto vio Ali el Azogue a un aguador, que iba ofreciendo su preciado líquido sirviéndose de un cantarillo y voceando: «¡Válgame Quien todo lo restituye! De la pasa se saca el mejor vino... Así te dé su amor quien te es querido... Al sabio corresponde el mejor sitio...». El Azogue le dijo: «¡Eh, tú! Ven y dame de beber». El aguador se lo quedó mirando y le tendió el cantarillo. El Azogue se mojó los labios, agitó el recipiente y arrojó el contenido al suelo. El aguador le preguntó: «¿No tenías sed?». El Azogue dijo: «Dame agua». El hombre le llenó el recipiente. El Azogue lo tomó, lo agitó y tiró el contenido al suelo. Por tercera vez ocurrió lo mismo y el aguador le dijo: «Si no quieres beber, vete». El Azogue le ordenó: «Dame agua». El uzacán le llenó el cantarillo y se lo tendió. El *espabilao* se lo bebió entero y le entregó un dinar al aguador. Este lo miró con desdén y dijo: «¡En buena hora, en buena hora, jovencuelo! Unos son poca cosa y otros, grandes personas...».

R. Irwin señala⁵⁶, con gran acierto, que el término árabe equivalente al castellano «historia» o «relato» (o al inglés «story» o «tale», etc.), tanto en la lengua contemporánea como en las *Noches*, esto es, *hikāya*, significaba originalmente mítica, y el investigador inglés recuerda el ejemplo de los *meddahlar* o cuentacuentos turcos, que actuaban en la Estambul otomana sentados en un café y provistos de un pañuelo que les servía para acondicionar su voz a las necesidades de la historia contada. El carácter de guiones pensados para performances basadas tanto en lo oído como en lo visto determina sin duda ciertos rasgos estilísticos de al menos una parte de las historias de las *Noches*. Esto podría explicar la presencia de párrafos donde se introducen datos de escaso interés, pero que podían permitir al *hakawātī* o narrador oral hacer determinados gestos o acompañarse de sonidos que él mismo emitía, con el fin de ambientar convenientemente el relato. Eso podría explicar asimismo el estilo caracterizado «por el ritmo rápido y los bruscos cambios» que recuerdan al cómic, según la afortunada idea de A. Kilito⁵⁷; ya que el cuentacuentos podía siempre valerse de su inventiva para suplir lo que el guion dejaba en mero esquema. Pero, por encima de todo, ello podría dar razón de las repeticiones (a veces un tanto enojosas) que se observan en muchas historias. Ocurre, por ejemplo, en la de «El Breas y el Salmueras», que comienza en la noche 930. Ya muy avanzado el relato, en la noche 939, uno de los protagonistas

⁵⁶ R. Irwin, *The Arabian Nights Companion*, op. cit., pos. 1904-5 (versión digital). Véase también Serafin Fanjul, *Literatura popular árabe*, Madrid: Editora Nacional, 1977, pág. 173, donde se señala que, en origen, el término significa «imitar».

⁵⁷ A. Kilito, *La curiosidad prohibida*, op. cit., pág. 64.

hace en voz alta un resumen detenido de lo que ha pasado hasta entonces. Esto podría deberse a la previsión de que algunos asistentes a la performance puedan haber perdido el hilo de la historia, que acaso se prolonga durante varias sesiones, por falta de memoria o por no haber estado presentes en algún momento previo.

Pero hay otro aspecto de las *Noches* que destaca a poco que se ojee la obra. Me refiero al continuo engaste, al reiterado taraceo, dentro de muchas de las historias, de textos tales como cartas, inscripciones de todo tipo, pero, sobre todo, de poemas o fragmentos poéticos. Nótese, con todo, que la noción de texto poético puede cubrir a las otras dos, o sea las cartas y las inscripciones, ya que no es inusual que las misivas y asimismo los epígrafes, de los tipos más diversos, vayan en verso. Las cartas que se ofrecen como parte de la narración son tantas que bien puede decirse que hay historias donde se desarrolla con gran cuidado el género narrativo epistolar. El caso más destacado lo ofrece la de «Ardashir y Vida de Almas», que comienza en la noche 719, y donde el joven protagonista intercambia con su amada una larga serie de epístolas en verso. Pero lo más frecuente es que los poemas aparezcan en el curso de la narración de las historias, para describir a algún personaje o dar cuenta de la situación, o bien que se los ponga en boca de los personajes que se expresan con versos (y a veces los cantan). De este modo, en la obra se ofrecen en torno a 1300 poemas o fragmentos poéticos, bien compuestos expresamente para la narración en que aparecen, bien procedentes de la obra de poetas ajenos a las *Noches*. El resultado es un corpus cuantitativamente muy considerable de poesía árabe, en el que se recogen textos de entre, como mínimo, los siglos VII y XVII, y en los que dominan dos temas, a menudo combinados: la inevitabilidad del Sino y los anhelos amorosos, en gran medida infelices (nostalgia, rechazo...). Veamos algunos ejemplos. Los poemas sobre lo prescrito por el Sino, o bien por los Días o las Noches, suelen adoptar un aire sapiencial, y transmiten casi siempre un mismo mensaje de aceptación absoluta de las vicisitudes, que no siempre está en consonancia con la actitud de los personajes principales de las historias, los cuales sí se esfuerzan por cambiar sus circunstancias. Los dos breves poemas que siguen aparecen en las noches 11 y 824:

Deja que el viento sople como quiera,
acepta lo que el Sino haya prescrito.
Nada te alegre y nada te entristezca,
pues todo en este mundo es fugitivo.

Los Días no temías pues que te eran propicios;
inconsciente vivías de la maldad del Sino.
Ileso de las Noches, te confiaste en exceso,
mas la desgracia accecha de la noche en lo quieto.

En cuanto a los versos en que se combinan la acción del Sino y los males de amor, baste como ilustración el siguiente, extraído de la noche 377:

Apartada me tienen de mi amor a la fuerza,
y he gustado en la cárcel, del dolor el acibar.
El pecho me quemaron con lacerantes llamas
el día en que a mi amado quitaron de mi vista.
Mi cárcel es alcázar de inexpugnables muros
en la escarpada roca de una remota isla.
Si lo que pretendían era que lo olvidase,

lo cierto es que más lo amo desde que estoy reclusa.
 ¿Cómo voy a olvidarlo, si el amor que le tengo
 en su radiante rostro comienza y se origina?
 Las jornadas transcurren de dolor en angustia,
 y no ha habido una noche que no pase en vigilia.
 En echarlo de menos paso mi soledad,
 y solo su recuerdo me ofrece compañía.
 Me pregunto si el Sino, después de mis pesares,
 querrá a mi corazón devolverle la dicha.

Pero, como queda dicho, el tema central y reiterado es el de los anhelos amorosos contrariados, tal como puede observarse en un solo ejemplo de los muchos posibles, unos versos extraídos de la noche 798:

¿Os habréis rebujado como yo ante el amor?
 ¿Será vuestro cariño como el que os tengo yo?
 ¡Dios la pasión destruya! No hay nada más amargo;
 con toda el alma espero del amor el rechazo.
 Por más lejos que estemos, en una u otra parte,
 siempre tengo a la vista vuestro hermoso semblante;
 y sin cesar me acuerdo de vuestro paradero...
 De la tórtola el canto me conmueve por dentro;
 de zurear no descansa, llamando a su pareja,
 y con ello acrecienta mi nostalgia y mi pena.
 Mis ojos continúan anegados de lágrimas
 por quienes me han dejado sin su vista y compañía.
 No hay momento del día en que no los añore,
 y acordándome de ellos se me llega la noche.

Textos semejantes al anterior, de contenido e imágenes rutinarios, se repiten una y otra vez a lo largo de las *Noches*, donde no siempre encontramos ejemplos destacados de la labor de los grandes poetas árabes, como sí ocurre con los siguientes versos, del bagdadí del siglo IX, conocido como el Hijo del Rumf (Ibn al-Rūmī), o sea, del Bizantino, citados anónimamente en la noche 963:

Lo abrazo y no consigo que se calmen mis ansias;
 más cerca quiero estar que en un sencillo abrazo.
 Busco en sus frescos labios agua para este fuego,
 pero con cada beso noto que más me abraso.
 Hasta que no se fundan en una las dos almas,
 nadie podrá decir que me ha visto curado.

Llegados a este punto, es necesario precisar que las *Noches* no ofrecen, ni por su calidad ni por su representatividad, una auténtica selección de la poesía árabe, comparable a las que podemos encontrar en compilaciones de la poesía española tal como se han ofrecido en varias obras célebres. No era eso lo que se pretendía, si bien el corpus reunido es abundante y en muchos aspectos significativo. Se trata, por el contrario, de poesía incidental, compuesta o traída a colación en la medida en que contribuye a los fines narrativos de la obra. Ahora bien, el que las *Noches* no ofrezcan una verdadera antología de la poesía árabe, pero sí un corpus abundantísimo de esta, idea que no hemos visto plasmada en ningún sitio, debería hacer que nos preguntásemos si la

obra es una colección de cuentos o historias, o algo diferente. Es hora ya de que nos preguntemos por la verdadera naturaleza del libro cuya versión se ofrece a continuación.

4. ¿QUÉ ES *MIL Y UNA NOCHES*?

La técnica de la caja china, noción de la que, como veíamos al principio, se vale Vargas Llosa para describir la estructura de la obra, dificulta un recuento preciso de los relatos que esta contiene⁵⁸. Con todo, puede afirmarse que en las *Noches* se suceden no menos de doscientas cincuenta historias. Una vez más, pues, hemos de enfrentarnos al problema de lo múltiple y lo uno. También vimos al principio cómo Galland, al subtitular su versión «contes arabes», estaba de algún modo dando a entender que las *Noches* son una colección de cuentos, que, en su marco de recepción francés y luego europeo, acabaron por asimilarse a la categoría de cuentos de hadas o infantiles o, más tarde, fantásticos o eróticos. Y es posible que, al menos por lo que hace a la recepción «occidental» de la obra, esa percepción se viera favorecida por las corrientes folkloristas del siglo XIX. Pero es claro que la obra no es plenamente comparable con las compilaciones de cuentos populares, al modo de las realizadas por los hermanos Grimm en su momento o las que siguen apareciendo con una u otra finalidad⁵⁹, y ello, a pesar de que la visión siga siendo reforzada desde los medios más autorizados. La revista francesa de las «artes de la palabra», *La grande oreille*, dedicó un excelente monográfico a la obra, en 2012, y lo hacía bajo el título general de *Les mille et une nuits, contes de l'Orient rêvé*, describiendo, pues la obra como una pluralidad de «cuentos del Oriente soñado»⁶⁰. De ese modo, si bien parece haber habido un «aggiornamento», por haberse incorporado la visión crítica hacia el orientalismo (no es el Oriente real, sino solo el soñado), permanece inalterada la percepción heredada de A. Galland. Y esto no es privativo del ámbito francés. Dos de las obras colectivas más sobresalientes sobre las *Noches*, aparecidas en los últimos años, fueron publicadas por la Wayne University, en Detroit (Michigan, Estados Unidos), dentro de su colección «Series in Fairy-Tale Studies»⁶¹ (Serie Estudios sobre Cuentos de Hadas). El hecho puede que sea meramente anecdótico. Es acaso indiferente que estudios novedosos o compilaciones de escritos destacados sobre las *Noches* aparezcan bajo el sello de una asociación dedicada a la cultura oral o en una serie académica sobre los cuentos de hadas. Indiferente, siempre que ello no afecte a nuestra percepción de la obra. Y es esto lo que podría estar en juego.

Los estudiosos llevan décadas ofreciendo definiciones de la obra que no se apartan demasiado de la idea de Galland. S. D. Goitein hablaba, así, de un «fabuloso almacén de cuentos po-

⁵⁸ Un solo ejemplo ayudará a que se entienda mejor el problema. Dentro de «Sindbad de los Mares», el propio protagonista relata siete viajes. No está claro si hemos de considerar todo el ciclo una sola historia u ocho, si, además de las correspondientes a cada viaje, enumeramos también la historia principal de Sindbad, el «hombre-relato», por emplear el afortunado término de Tzvetan Todorov, *Poétique de la prose (choix), suivi de Nouvelles recherches sur le récit*, Paris: Seuil, 1980.

⁵⁹ Piénsese, por mencionar solo dos casos en Italo Calvino, *Cuentos populares italianos*, trad. Carlos Gardini, Madrid: Siruela, 1990, o Kevin Crossley-Holland, *Cuentos populares británicos*, trad. Menchu Gutiérrez, León: Gaviota, 1991.

⁶⁰ *La grande oreille, la revue des arts de la parole* (Malakoff: D'Une Parole à l'Autre), 52 (diciembre de 2012): *Les Mille et une nuits, contes de l'Orient rêvé*.

⁶¹ Ulrich Marzolph (ed.), *The Arabian Nights Reader*, Detroit: Wayne State University Press, 2006, y Ulrich Marzolph (ed.), *The Arabian Nights in Transnational Perspective*, Detroit: Wayne State University Press, 2006.

pulares de diversos países, pueblos y estratos sociales»⁶². Más adelante R. Irwin se expresaba en términos no muy lejanos: «la antigua colección oriental de historias», si bien, en la misma obra, afina un poco más y sostiene que las *Noches* son «como mucho, solo parcialmente una colección de cuentos populares. En gran medida, se trata de una composición literaria deliberada»⁶³. Se diría que cierta insatisfacción en cuanto a la naturaleza de las *Noches* está presente entre los estudiosos desde hace décadas, o, al menos, la necesidad de expresar que la obra es algo más de lo que viene diciéndose. Otro de los principales especialistas actuales en las *Noches*, el alemán Ulrich Marzolph, se refería a estas con las siguientes palabras, que traduzco⁶⁴:

El más ingenioso mecanismo puesto en práctica por la humanidad para integrar los más diversos materiales narrativos en un conjunto coherente; una colección con el potencial suficiente para combinar cuentos e historias de orígenes, fuentes y géneros dispares; una miscelánea, un auténtico mutante en lo que atañe al contenido narrativo.

Una y otra vez tenemos la impresión de que los «contes» de Galland o los «Erzählungen» de Enno Littmann, el gran traductor alemán de la obra, no bastan, como conceptos meramente agregados, para dar la medida de esta. Si se tratara de una simple colección serían difíciles de explicar las repeticiones de anécdotas (relatadas con variantes) o ciertas irregularidades en el nivel de calidad. Para dar cuenta de lo que podríamos denominar «el secreto» de la obra⁶⁵, se han hecho recientemente varias propuestas. Peter Heath sostiene⁶⁶ que, aunque las *Noches* constituyen una obra individual, «también podemos verlas como un microcosmos de la literatura popular árabe y, hasta cierto punto islámica, durante la Edad Media», razonamiento que parece integrarse en una corriente que ha venido considerando, desde hace siglos, la obra como la más adecuada puerta de acceso al Oriente islámico. Pero es preciso reconocer que ni la clave orientalista ni la erótica ni la feérica, a las que nos hemos referido antes, bastan para desvelar el secreto ni para explicar a qué se debe la honda admiración que por las *Noches* han asegurado sentir grandes artistas y literatos. Otra vía para solucionar el problema puede ser tratar de verla desde los ojos de estos. En 1999 el *New York Times* puso en marcha una suerte de encuesta entre destacados nombres de distintas especialidades para preguntarles cuál había sido la mejor manifestación o hecho de su campo de especialidad durante el milenio que estaba a punto de acabar. La autora británica A.

⁶² Solomon D. Goitein, «The oldest documentary evidence for the title *Alf layla wa-layla*», *Journal of the American Oriental Society* 78 (1958), págs. 301-302 [reproducido en U. Marzolph (ed.) *The Arabian Nights Reader*, op. cit., págs. 83-86, véase pág. 83: «the Arabian Nights, that fabulous storehouse of folktales from many countries, peoples, and social layers»].

⁶³ R. Irwin, *The Arabian Nights Companion*, op. cit., pos. 4922, y 3764-6 (versión digital); respectivamente, «the ancient oriental story collection»; «the Nights is, as best, only partly a collection of folktales. It is to a significant extent a deliberate literary composition».

⁶⁴ Ulrich Marzolph, «Preface», en U. Marzolph (ed.), *The Arabian Nights in Transnational Perspective*, op. cit., pág. IX.

⁶⁵ La inquietud sobre cuál sea «el secreto» de las *Noches* se la debo al editor libanés Sulciman Bakhti, quien me dirigió la pregunta en comunicación personal (Toledo, septiembre de 2014); le quedo agradecido por su lucidez al plantearme tan fecunda cuestión.

⁶⁶ Peter Heath, «Romance as genre in *The Thousand and One Nights*», *Journal of Arabic Literature*, 18 (1987), págs. 1-21, y 19 (1988), págs. 3-26 [reproducido en U. Marzolph (ed.) *The Arabian Nights Reader*, op. cit., págs. 170-225, véase pág. 171; la traducción es mía].

S. Byatt⁶⁷ respondió que, para ella, la mejor historia del milenio, era la de Shahriar y Shahrazad, es decir, la «historia principal» de las *Noches*, por recurrir de nuevo al término de Vargas Llosa. Elogios mayúsculos como este solamente se entienden si de algún modo se ha percibido que las *Noches* no son simplemente una compilación de relatos.

Todo indica que el término «novela» podría resultar desajustado, por aparentemente anacrónico, para las *Noches* entendida como obra única, pero lo cierto es, en mi opinión, que no hay otro que le convenga mejor, incluso aunque desde la perspectiva narratológica y de la historia de la literatura pueda resultar extraño hablar de novela para un texto que ya estaba en lo fundamental gestado y desarrollado en el siglo XII. Entre las muchas definiciones posibles de novela, tomemos una de un novelista, la de Michel Houellebecq, en una de las suyas⁶⁸: «Las páginas que siguen constituyen una novela; es decir, una sucesión de anécdotas en las que yo soy el héroe». Hemos de hacer dos salvedades: 1) que las anécdotas que se suceden en las *Noches* no son vividas, sino referidas, o sea, contadas por Shahrazad, y 2) que habría que discutir si el héroe (bueno, heroína) es la propia Shahrazad, o si no será más bien Shahriar, el destinatario de las historias, que cambia gracias a estas. Precisamente hablando de las *Noches*, el gran orientalista y helenista austriaco, Gustave E. von Grunebaum, establecía una diferencia fundamental entre la novela griega de la Antigüedad y la novela moderna⁶⁹: según él, la primera se ocupaba de sucesos, mientras que la moderna se interesa principalmente por los desarrollos humanos, por las transformaciones que pueden experimentar. Precisamente la idea del movimiento (tanto espacio-temporal como psicológico) es la clave que señala, para las *Noches*, Richard van Leeuwen, el especialista en literatura árabe y traductor al neerlandés de la obra, en uno de los ensayos contemporáneos más innovadores de las últimas décadas⁷⁰. ¿Es, pues, descabellado concluir que estamos ante algo muy cercano a una novela de suspense psicológico, pero, eso sí, elaborada en un contexto islámico⁷¹ pre-moderno?

Dejando el terreno movedizo de los tecnicismos narratológicos, hay otro modo de enfocar el asunto. Puede sostenerse que las *Noches* son una obra como tal, esto es, una colección de historias, sí, pero dispuestas en una unidad superior y eficiente, habida cuenta de que a la unidad se le ha atribuido algún mensaje general de cierta trascendencia. Según Vargas Llosa⁷², «la pasión más universalmente compartida por los personajes [de las *Noches*] es, junto a la de disfrazarse y cambiar de identidad, la de escuchar y decir historias, evadirse de la realidad en un espejismo de ficciones». El consuelo del entretenimiento en sí mismo queda varias veces reflejado en el libro. Así, en la noche 767, el protagonista de la historia que se está desarrollando, Sable de Reyes

⁶⁷ A. S. Byatt, «Narrate or Die: why Scheherazade keeps on talking», *The New York Times Magazine*, 1999 [versión electrónica, en nytimes.com/library (última consulta: 30-09-2015)].

⁶⁸ Michel Houellebecq, *Ampliación del campo de batalla*, trad. Encarna Castejón, Barcelona: Anagrama, 1999, pos. 130 (versión digital).

⁶⁹ Gustave E. von Grunebaum, «Greek form elements in the *Arabian Nights*», *Journal of the American Oriental Society* 62 (1942), págs. 277-92 [reproducido en U. Marzolph (ed.) *The Arabian Nights Reader*, op. cit., págs. 137-69, véase pág. 144; la traducción es mía].

⁷⁰ Richard van Leeuwen, *The Thousand and One Nights: Space, travel and transformation*, Londres-Nueva York: Routledge, 2007.

⁷¹ Recuérdese que la idea del «contexto islámico» de las *Noches* es el punto de partida del ensayo de M. J. al-Musawi, *The Islamic context of the Thousand and one nights*, op. cit.

⁷² M. Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, op. cit., pág. 166.

(Sayf al-Mulūk), después de haber pasado por varias y graves calamidades, ve un espectáculo de unos monos que danzan para su anfitrión, y el narrador nos dice: «Admirado quedó con todo ello Sable de Reyes, al punto que llegó a olvidarse de todos sus pesares». Otras vías posibles de evasión se exploran en las *Noches*. Es memorable en este aspecto la historia de «El mujeriego arruinado», que se desarrolla a partir de la noche 142, donde se narra la efectividad evasiva del hachís. Pero, desde luego, la obra que nos ocupa se muestra como un entusiasta halago de las virtudes vicarias y transformadoras del lenguaje. Uno de los motivos por los que las *Noches* han llegado a ser tan fascinantes para nuestros contemporáneos, más en concreto, para quienes se muestran sensibles a la estética y las preocupaciones post-modernas (Naguib Mahfuz, Orhan Pamuk, Salman Rushdie, Héctor Abad Faciolince) ha sido el que la propia obra incluya entre sus elementos explícitos la meta-ficción, esto es, cierta reflexión acerca del sentido que tiene el narrar historias. Ello, en efecto, forma parte de la imagen que la obra ofrece de sí misma, como puede comprobarse en las líneas finales de la noche 106, en el curso de la historia de hechos peregrinos que se desarrolla a partir de las aventuras del rey Ómar Ennumán ('Umar al-Nu'mān) y sus descendientes:

Varios días pasaron con sus noches, y Brillo del Orbe, que no había dejado de dolerse de sus muchos pesares, dijo: «Me gustaría oír noticias de otras gentes, relatos de la vida de reyes, historias de enamorados. Acaso con ello quiera Dios aliviarme las penas, y acaben mi llanto y mi duelo». El ministro Dandán repuso: «Si lo que necesitáis, majestad, para aliviar vuestro pesar es oír relatos de reyes, sucesos extraordinarios de tiempos remotos e historias de enamorados y demás, nada más fácil que ello, pues en vida de vuestro difunto padre no tenía yo otra ocupación más continuada que la de contar historias y recitar poemas. De modo que esta noche os voy a referir una historia de amor apasionado». No bien hubo oído Brillo del Orbe estas palabras quedó su corazón pendiente de la promesa, y no pudo ocuparse en otra cosa más que en esperar que se hiciera de noche. Cayeron por fin las sombras y el joven rey, sin apenas creérselo, de lo impaciente que estaba, ordenó que encendieran lámparas y velas, y dispusiesen la comida, la bebida y los pebeteros que la ocasión requería. Todo estuvo listo de inmediato. Mandó entonces llamar a ministro Dandán, quien respondió a la llamada sin demora, y luego a Bahram, Rostam, Tarkush y al Gran Chambelán, que acudieron también de inmediato. Y, cuando todos estuvieron en su presencia, Brillo del Orbe dijo al ministro Dandán: «La noche se ha cernido ya sobre nosotros y nos ha cubierto con sus espesos ropajes. Cuéntanos, pues, las prometidas historias». «De mil amores, majestad», replicó el ministro.

Y la confianza en el lenguaje, en el discurso, en el ejercicio de las dotes persuasivas, ha formado parte del imaginario compartido por autores clásicos árabes, cuya pertenencia al canon nadie discute. Recordemos un solo caso, suficientemente explícito, plasmado en unos versos del gran poeta sirio del siglo XI, Abū l-'Alā' al-Ma'arrī, quien, en una de las elegías de su primer diván, dejó una secuencia en la que nos interesan los dos últimos versos (puestos en cursivas)⁷³:

Al difunto Abu Hamza, al pfo, al moderado,
al hombre de intelecto, le ha dado alcance el Tiempo;
al alfaquí cuya obra concedió a Numán
la gloria que escapó de Nábiga a los versos;
muy poco, después de él, objeto al iraqí
el hiyazí, que queda a su arbitrio sujeto;
*a un orador locuaz, que, entre lobos y leones,
transmitiese a la fiera la bondad del cordero; [...].*

⁷³ Se trata de la casida nº 43 de la edición comentada de *Saqf al-zand*, ed. Taha Huséin *et alii*, El Cairo: Al-Hay' al-Misriyya, 1945; traducción, de quien firma estas páginas, en Abu l-Alá al-Ma'arrī, *Chispa de encendedor*, Madrid: Verbum, 2016, pág. 150.

El hecho de que ese género de preocupaciones (los efectos del discurso, la integración de materiales dispersos en una unidad superior, de coherencia engañosamente endeble) domine algunas notables obras⁷⁴ de lo que en la literatura árabe medieval se conoce como *ádab*⁷⁵, bajo el que se clasifican auténticos clásicos reconocidos, nos devuelve a la cuestión de si las *Noches* han podido ser marginadas por quienes mantenían las fronteras del canon literario árabe. Del asunto, del que oímos hablar más arriba a Fatema Mernissi, se ha ocupado R. Irwin, quien justifica el desdén con que la obra ha sido tratada por su contenido fantástico y porque su lengua no coincide siempre con el árabe estándar, por estar contaminada de rasgos «vulgares»⁷⁶. El propio Irwin y asimismo Teresa Garulo⁷⁷ apuntan otra posible razón: las *Noches* podrían haber visto su prestigio comprometido porque el género de historias que ofrecen era muy del gusto de grupos sociales marginales o marginalizados, como mujeres y niños. A esto mismo parece apuntar la propia obra, de manera humorística, en la historia de «Sable de Reyes y Bella sin Par», que comienza en la noche 756, y que desarrolla una historia dentro de una historia. El esclavo de un gran señor consigue para este el manuscrito de una maravillosa narración, pero el hombre de letras que se la vende lo hace con ciertos requisitos, pues le dice:

Has de saber, hijo mío, que las condiciones que te pongo son: que no la leas nunca en plena calle, que no sean tus oyentes mujeres ni doncellas de servicio, pero tampoco esclavos ni gente simple ni chiquillos; debes, por el contrario, darla a conocer a personas tales como reyes, ministros o comandadores, y asimismo a quienes tengan sólidos conocimientos, exegetas de la Sagrada Escritura, etc.

Lógicamente estas palabras pueden (y deben, con toda probabilidad) entenderse en sentido irónico y contrario a lo que se está afirmando. Habrá que concluir que el destino de al menos una parte de esas historias es, como ya dijimos, la performance por algún narrador profesional, al que, según parece, atendían esclavos, mujeres y chiquillos. De cualquier modo, hemos visto ya indicios de que la obra no ha sido siempre despreciada por los letrados árabes medievales. Y lo cierto es que la valoración efectiva de un libro no es nunca unánime en el seno de una sociedad, o ni siquiera en la misma sociedad a través de los tiempos. El hecho de que autores árabes contemporáneos de primera talla sean fervientes admiradores de las *Noches* indica que, como no podía ser de otro modo, ha habido y hay distintos grados de aceptación de la obra. Pero otro tanto ha ocurrido y sigue ocurriendo fuera de las sociedades árabes. Limitémonos a recordar solo dos ejemplos, que añadir a los que ya hemos ido viendo, de cómo las *Noches* forman parte indudable del horizonte de la «gran» literatura árabe contemporánea. El primero nos lo ofrece el iraquí de origen palestino, ʿAbd al-Rahmān al-ʿAbdī (1919-94), quien, en su autobiografía, *El primer pozo*, deja testimonio de la importancia que las *Noches* tuvieron en su desarrollo intelectual, mencionando y citando por extenso algunas de las historias de Shahrazad⁷⁸. Por otro lado, prueba fehaciente

⁷⁴ Pienso especialmente en el *Kitāb al-Aḡānī*, de Abū l-Faraj al-Iṣṣahānī y en *Muḥādḍarat al-abrār*, de Ibn ʿArabī.

⁷⁵ El *ádab* era el género literario que englobaba obras donde, gracias a una estructura relativamente endeble y abierta, que permitía digresiones y yuxtaposiciones, cabía casi cualquier tipo de saber, pero siempre dentro del horizonte islámico. El término y su uso, al menos en una de sus vertientes (la más tradicional), aparece en la noche 61.

⁷⁶ R. Irwin, *The Arabian Nights Companion*, op. cit., pos. 1485-6 y 1836-7 (versión digital).

⁷⁷ Teresa Garulo, «Las mil y una noches», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid: Gredos, 2009, págs. 786-9 (véase pág. 786).

⁷⁸ Yahra Ibrahim Yahra, *El primer pozo: capítulos de una autobiografía*, traducción de María Luz Comendador y Luis Miguel Cañada, Guadarrama: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1998, págs. 220 y ss.

de lo que decimos es la obra de la iraquí Nazik al-Malaika (1923-2007), una de las principales renovadoras de la poesía árabe contemporánea, cuyo poema «Utopía perdida», según la versión de Manuel Jiménez Lucena, comienza con una equiparación virtual entre la mitología griega y el mito de Shahrzad y sus narraciones⁷⁹:

Allí donde Shahrzad recordaba
historias que cantó mil noches
donde envió la luz Diana
y Narciso al sol veneró su sombra
allí está la Utopía en la niebla
de un crepúsculo sin parecido [...]

Una vez establecido que autores árabes contemporáneos de mucho relieve respetan las *Noches* como gran literatura, por así decirlo, hemos de preguntarnos si realmente podemos considerar la obra como un auténtico clásico, como un elemento del canon indiscutible de la literatura universal. A favor de una respuesta afirmativa contamos con opiniones explícitas, de las que me limitaré a recoger algunas. En primer lugar, contamos con la opinión del cubano José Lezama Lima (1910-1976), quien propuso, en la publicación periódica de su país *Lunes de Revolución* (20 de junio de 1960) una lista con las diez obras más importantes de la literatura universal. Eran las siguientes: la Biblia; la *Odisea*, de Homero; los *Diálogos*, de Platón; la *Metafísica*, de Aristóteles; la *Summa Theologica*, de Tomás de Aquino; *La divina comedia*, del Dante; el *Quijote*, de Cervantes; *La tempestad* y *El Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare; las *Mil y una noches*, y el *Diario* de José Martí⁸⁰. Más recientemente, el colombiano William Ospina se diría que ha ido un paso más allá. Partiendo seguramente de su buen conocimiento de Borges, habla de las enciclopedias, menciona una lista de obras que tienen tanto o más prestigio que estas («la Biblia, el *Tao te King*, los Upanishads, *La Divina Comedia*, El Corán, *El Quijote*, *Las mil y una noches*, las obras de Shakespeare, de Hölderlin o de Emily Dickinson») y afirma tajantemente que estas obras ofrecen no solo «un catálogo cósmico», «sino la idea de una condensación, de una síntesis. Nos acercamos a esos libros clásicos con una mezcla de temor reverencial y de expectativa mágica, y siempre encontramos en ellos más de lo que esperábamos»⁸¹. Si del castellano pasamos al portugués, nos encontramos con las siguientes palabras de José Saramago, contenidas en su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidade de Brasília; en las cuales vuelve a quedar patente que las *Noches* forman parte del patrimonio universal⁸²:

Disse tanto, disse romance, e essa relação, esse percurso, essa viagem por espaços, mundos e tempos, desde os poemas homéricos a Marcel Proust ou James Joyce, passando pelas *Mil e Uma Noites*, pelas epopeias indianas, pelas parábolas dos livros sagrados, pelo *Cântico dos Cânticos*, pelas fábulas milésicas, pelo *Ano de*

⁷⁹ Nuzik al Malaika, *Astillas y ceniza*, ed. de Manuel Jiménez Lucena, Madrid: Alfalfa, 2010, pág. 21.

⁸⁰ Araceli García Carranza, «Toda una biblioteca implícita en la obra de José Lezama Lima», *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí* 1-2 (2006), págs. 19-23.

⁸¹ William Ospina, *La escuela de la noche*. Bogotá: Norma, 2008 (cito por la versión digital, Bogotá: Mondadori, 2013, posiciones 662-666).

⁸² José Saramago, «Discurso do escritor», con motivo de su nombramiento como Doutor Honoris Causa en la Universidade de Brasília; en el sitio web de esta: <http://www.unb.br/unb/itulos/saramago.php> (última consulta: 30-4-2016).

Ouro, pelas canções de gesta [...], pela *Guerra e Paz* [...], até agora, até aqui - essa viagem começou um dia, em voz e em grito, à sombra de uma árvore, ou no interior de uma gruta, ou num acampamento de nômadas à luz das estrelas, ou na praça pública, ou no mercado, e depois houve alguém que escreveu [...], escrevendo sempre, dispondo palavras em silêncio, infinitamente repetindo, infinitamente variando.

Acabamos de ver que William Ospina concede a las *Noches* un rango que debemos considerar superior entre la producción escrita de la humanidad. En esa línea, conviene recalcar las opiniones de Fernando Pessoa sobre la obra que nos ocupa, en su *Libro del desasosiego*, pues, además de reflexionar —un poco al modo de Vargas Llosa— sobre su estructura narrativa, va también un paso más allá y plantea la posibilidad de que las *Noches* sea un modelo apropiado para comprender lo esencial de la existencia humana⁸³:

Estoy casi convencido de que nunca estoy despierto. No sé si sueño cuando vivo o si vivo cuando sueño, o si el sueño y la vida no son para mí sino cosas mezcladas [...]. He reparado muchas veces que ciertos personajes novelescos gozan para nosotros de una importancia que nunca podrían alcanzar los conocidos y amigos [...]. Y tal cosa me hace soñar la pregunta de si no será todo en este mundo un entremezclado de sueños y novelas, como cajas dentro de otras cajas mayores [...], siendo todo una historia de historias, como *Las mil y una noches*, recorriendo ficticiamente la noche eterna.

Tales actitudes admiradas hacia las *Noches* no son, desde luego, privativas de escritores iberoamericanos como los que acabamos de mencionar y citar. Vamos a seguir comprobándolo.

5. IMPACTO E INFLUENCIAS MÚLTIPLES

Transcurrido más de un siglo desde que se publicase la versión de Galland, en 1832, Stendhal registró en su autobiografía, *Souvenirs d'égotisme*, una afirmación rotunda sobre la obra: «Les Mille et une nuits que j'adore occupent plus d'un quart de ma tête». Es difícil hacerse una idea cabal de lo que quería decir el gran escritor francés⁸⁴. Pero, se interprete como se interprete, el que las *Noches* «ocupasen más de una cuarta parte de su cabeza» significa, al menos, que Stendhal tenía el libro que nos ocupa muy presente y que, de algún modo, juzgaba que sus eventuales lectores lo conocerían de sobra, lo que nos consta por otros medios. No intento, pues, mostrar que, para las letras decimonónicas (o europeas o universales) las *Noches* constituyan un hecho dado y relevante, sino plantear hasta qué punto esa evidente presencia ha ejercido un influjo efectivo en el horizonte artístico. Muy poco después de que Stendhal se expresara con esa contundencia, en la década siguiente, dos narradores destacados, Théophile Gautier y Edgar Allan Poe, se embarcan ambos, cada uno por su lado y con solo tres años de diferencia, en una misma labor: escribir una continuación de la historia de Shahriar y Shahrazad, dándole un final distinto del que tenía en la obra original⁸⁵. Ahora bien, ¿no debemos entender que en ambos casos se trata de pa-

⁸³ Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, trad. Manuel Moya, Tegucigalpa (Tenerife): Baile del Sol, 2014, § 360.

⁸⁴ Sobre el sentido de la afirmación, véase Dominique Julien, «Stendhal en morceaux», *Nineteenth-Century French Studies* 21 (1992-93), págs. 27-41.

⁸⁵ Los relatos llevaban casi el mismo título, si bien en lenguas distintas: «La mille et deuxième nuit» (1842) y «The Thousand-and-Second Tale of Schéhérazade» (1845). Ese concepto, el de «la noche 1002», no es, con todo, privativo de Gautier y de Poe. Joseph Roth fue autor de una novela llamada *Die Geschichte von der 1002. Nacht* (1939), y Fernando Sánchez Dragó ha utilizado la expresión «La noche 1002» con sarcasmo, para hablar de la situación bélica en la Siria actual (*El mundo*, 30 de julio de 2012).

rodias de las *Noches*, poco más que un juego libresco, que por su propia existencia da muestras de que el impacto del libro que nos ocupa podría haber llegado ya a cierto anquilosamiento? Dicho de otro modo: la admiración que han sentido, según hemos visto, hacia las *Noches* autores de la talla de Borges o Vargas Llosa ¿se debe a recuerdos de infancia, a afanes eruditos y caprichosos de escritor profesional, a alguna forma indefinida de fingimiento o emulación o esnobismo? Debería bastarnos recordar que, mucho después de clausurado el paisaje de la cultura europea decimonónica, en 1974, Pier Paolo Pasolini realizó su film, ya nombrado: *Il fiore delle Mille e una notte*, que supone, aun en ausencia de Shahrazad por cierto⁸⁶, una contribución decisiva para hacer de las *Noches* un clásico con plena vigencia en la modernidad.

Pero no es necesario que abandonemos la literatura propiamente dicha. A lo largo de la que sin duda es una de las últimas grandes novelas por ahora escritas, *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust (1871-1922) multiplica las referencias, más o menos anecdóticas, a las *Noches*. Pero, cuando la obra se aproxima a su fin, en el séptimo y último volumen, *El tiempo recobrado* (1927, póstumo, pues), la gran obra árabe que nos ocupa adopta unas proporciones mayores de las que corresponderían a un mero repositorio de anécdotas y figuras. Proust, sin duda, se tomaba las *Noches* muy en serio. Recordemos el fragmento del discurso final del narrador de *El tiempo recobrado* donde se hace referencia a la propia obra que llega a su fin, en la admirable versión de Carlos Manzano⁸⁷:

Lo que yo debía escribir era otra cosa, más larga y para más de una persona: larga de escribir. De día, como máximo, intentaría dormir. Si trabajaba, sería sólo de noche, pero necesitaría muchas noches, tal vez cien, tal vez mil, y viviría con la ansiedad de no saber si el dueño de mi destino, menos indulgente que el sultán Sheriar, por la mañana, cuando interrumpiera mi relato, tendría a bien aplazar mi condena a muerte y me permitiría proseguir la noche siguiente.

Esta cuasi-identificación (o parangón) del narrador proustiano con Shahrazad casa bien con la mitificación de esta en el arte y la literatura universales contemporáneos. Mitificación que, en lo que afecta a nuestro razonamiento aquí, supone el haber hallado un claro elemento unificador de la multiplicidad de las *Noches*. Shahrazad retoma su lugar de símbolo literario árabe, a todos los efectos, incluidos los del canon, cuando en 1934 el gran escritor egipcio Tawfiq al-Hakim publica su pieza dramática del mismo nombre que la contadora de las *Noches*⁸⁸. Y, por su parte, el superrealista belga, René Magritte (1898-1967) le dedica al personaje una serie de pinturas (1947-1950) tituladas «Schéhérazade», con elementos que parecen sugerir el poder evocador del discurso hablado, junto con una femineidad artificial. Si damos un paso adelante y pasamos de la fábula principal a los elementos de las fábulas dentro de la fábula, podemos recordar otro personaje que, junto con su anécdota, ha fascinado a varios autores. Me refiero al ficticio Harún Arrashid (basado en el verdadero califa abbasí de ese nombre, como se sabe), que aparece una y otra vez en las *Noches*, formando trío con su ministro, Yááfar el Barmekí (*Ġa'far ibn Yahyà al-Barmakī*), y su «guardaespaldas», Masrur (*Masrūr*), y que, para combatir el in-

⁸⁶ En este caso, la unidad de las varias historias que se ofrecen (que, recordémoslo, se presenta en italiano como *Il fiore delle Mille e una notte*) le garantiza una determinada visión política de la sexualidad.

⁸⁷ Marcel Proust, *El tiempo recobrado*, trad. Carlos Manzano, Barcelona: RBA, 2014, pos. 5889 (versión digital).

⁸⁸ Hay versión castellana: Tawfiq al-Hakim, *Sherezada, poema dramático en siete cuadros*, trad. Pedro Martínez Montávez, Madrid: Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1977.

somnio y la ansiedad, tiene la costumbre de salir, con estos, disfrazados todos de mercaderes, a recorrer por la noche las calles de Bagdad, tal como se relata muy pronto por primera vez, en la noche 10:

Y en esto llamaron de nuevo a la puerta, y la dama portera se levantó para ver quién era. El hecho era, majestad –siguió contando Shahrásad–, que el califa Harún Arrashid había salido aquella noche de su palacio, descoso de ver y oír lo que hubiese de nuevo, y acompañado, como solía, de Yáafar el Barneki, su ministro, y de Masrur, el sirviente que ejecutaba las venganzas del califa, o sea, su verdugo y guardacspaldas. El califa y su compañía tenían la costumbre de disfrazarse con ropa de mercaderes, y, en su recorrido por la ciudad, sus pasos los habían llevado hasta aquella casa. Oyeron los sonos de la música y el califa dijo a Yáafar, su ministro: «Quiero que entremos en esa casa y veamos a los que cantan y tocan». «Esos –respondió Yáafar– están ya borrachos, Comendador de los fieles, y podrían ocasionarnos algún perjuicio». «Tenemos que entrar –insistió el califa–, de modo que ya puedes estar inventándote algo para que nos sea posible». «Por supuesto», contestó Yáafar, que se adelantó y llamó a la puerta.

Harún Arrashid, el califa que recorre disfrazado las calles de su ciudad es elemento destacado en dos novelas mayúsculas: la ya nombrada *En busca del tiempo perdido*, de M. Proust, y, más recientemente, *El libro negro* de Orhan Pamuk, obra esta donde los elementos tomados de las *Noches* son variados y seguramente esenciales⁸⁹. J. L. Borges, por su parte, utiliza al Harún Arrashid de las *Noches* como imagen para nada menos que el misterio cristiano de la Encarnación, en su poema «Juan I: 14»⁹⁰:

Reflejan las historias orientales
La de aquel rey del tiempo, que sujeto
A tedio y esplendor, sale en secreto
Y solo, a recorrer los arrabales
Y a perderse en la turba de las gentes
De rudas manos y de oscuros nombres;
Hoy, como aquel Emir de los Creyentes,
Harún, Dios quiere andar entre los hombres
Y nace de una madre, como nacen
Los linajes que en polvo se deshacen,
Y le será entregado el orbe entero,
Aire, agua, pan, mañanas, piedra y lirio [...].

No menos memorable es la historia gráfica «Ramadán», de Neil Gaiman⁹¹, donde se ofrece una anécdota, directamente inspirada por las *Noches*, con Harún Arrashid como personaje principal, pero cuyo recorrido alternativo sirve para ofrecer una sugestiva explicación a la disyuntiva entre la realidad y la fantasía. Otros muchos personajes, anécdotas o seres han pasado de las *Noches* a la ficción universal. Sería prolijo y acaso ocioso tratar de hacer un recuento ni mera-

⁸⁹ Véase la reseña, titulada «Tales of the City», que en su día le dedicó a la versión inglesa de la novela Robert Irwin, en *Times Literary Supplement*, 7 de julio de 1995.

⁹⁰ Jorge Luis Borges, *El otro, el mismo* [1964], *Obras completas, 1964-1975*, Barcelona: Círculo de lectores, 1993, pág. 51. (En el fragmento citado, por cierto, creo distinguir, además de la anécdota del recorrido nocturno, otros tres elementos que podrían estar emparentados con las *Noches*: la secuencia «rey del tiempo»; la referencia a «los linajes que en polvo se deshacen», que evocan los desarrollos del tema *Ubi sunt* en las *Noches*, y la enumeración dispar del último verso recogido.)

⁹¹ Forma parte de la serie *The Sandman*, con textos de Neil Gaiman, e ilustraciones de P. Craig Russell *et alii*, vol. 5: *Desesperación*, sin mención de traductor, Barcelona: Planeta D'Agostini, 2010, págs. 9-39.

mente representativo. Ya hemos observado cómo en novelas muy recientes, las de H. Wecker y S. Rushdie, se perpetúa la vigencia literaria de los *yinns*. Aunque, sobre todo en la segunda de estas obras, abundan los recursos humorísticos, ninguna de ambas puede considerarse una parodia. Sí que lo era, por el contrario, la serie de televisión *I Dream of Jeannie* (1965-70, en España *Mi bella Genio*)⁹², donde, como ocurre también en las dos novelas a las que acabo de aludir, se sitúa a un individuo de la clase de los *yinns* en un ambiente contemporáneo y occidental. Menos relevantes que estos, que los *yinns* o genios, pero no menos interesantes, son los *guls*, seres caracterizados por su fortaleza y fiereza, por su tendencia a vivir en lugares solitarios y, sobre todo, por su costumbre de consumir carne humana, que han seguido un curioso recorrido en la fantasía universal. Antes incluso del advenimiento del islam, la figura del *gul* (*gūl*) aparece en la poesía de Arabia, asociada a los horrores que encuentran quienes viajan por el desierto. El poeta apodado Ta'abbat Šarran (El del mal bajo el brazo), ya en el siglo VI, habla en más de una ocasión de *guls*, como puede comprobarse en la versión de la siguiente pieza por parte de Mahmud Sobh, que traduce *gul* como «ogro»⁹³:

Me encontré con un ogro que iba deprisa transitando por un páramo tan plano que parecía una clara
página en blanco y le dije: «Tú y yo tenemos mucho en común: ambos somos fatigados viajeros. Déjame, pues,
libre el camino».

Él, sin embargo, se lanzó contra mí con toda su fuerza
y yo me apresuré a herirle fiero con mi afilada espada yemení.

Los *guls* aparecen con frecuencia en las *Noches*, en un contexto ya totalmente islamizado. El más notable de todos es Saadán, el *Gul* de la Montaña, que tiene un papel importante en «Garib y Ayib», la larga historia donde se mezclan las guerras religiosas con la más desbordada fantasía, que se desarrolla entre las noches 624 y 650. Su primera mención tiene lugar en la noche 628:

[...] así que Garib le hubo referido toda su historia al anciano de la cueva, este le dijo: «Loco debes de estar, Garib, para haber venido tú solo en busca del *Gul* de la Montaña». «Mirad, señor, que me acompañan no menos de doscientos jinetes». «Aunque trajeses diez millares, nada podrías contra él. ¿No sabes que, cuando lo nombran dicen: "el *Gul* Antropófago, librenos Dios de él"? Es descendiente de Cum e hijo de Hindi, el que pobló la India y le dio nombre. Hindi fue precisamente quien comenzó a llamarlo Saadán el *Gul*. Desde su mocedad, hijo mío, fue un bravucón impenitente, un satanás insurrecto que no comía otra cosa que hijos de Adán. Su padre le prohibió que continuase con tan execrable costumbre, pero él, lejos de obedecer, se mostró aún más recalcitrante. Hindi, su padre, acabó, después de muchas fatigas y batallas, desterrándolo de la India, y el *Gul* de la Montaña vino a esta tierra, donde se fortificó y ha vivido como saltador de caminos, pero buscando siempre el refugio de su alcázar en esta torrentera. Ha tenido cinco hijos, todos descomunales y violentos, capaces todos de habérselas con mil paladines, y, con la riqueza que ha acumulado, en metal, botines, ovejas, caballos, camellos y vacas, podría, si quisiera, taponar el torrente. Mucho temo por ti, Garib... Le pido, pues, a Dios que te ayude con la sagrada fórmula de la Unidad. Recuérdalo, hijo: cuando acometas a infieles no olvides decir: "¡Dios es más grande!", ya que estas palabras los debilitan».

De su contexto árabe original el *gul* pasó a *Vathek*, la novela gótica que William Beckford publicó en 1786. Y, antes de influir decisivamente en la creación del *zombie* cinematográfico moderno a partir de *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Dead*, 1968), de

⁹² Hay versión comercial, accesible, de la primera temporada al menos: *Mi bella Genio*, Cinema International Media, 2014.

⁹³ Mahmud Sobh, *El diván de la poesía árabe oriental y andalusí*, Madrid: Visor, 2012, pág. 29.

George A. Romero, los *guls* habían aparecido, parcialmente desvirtuados, en dos films británicos de calidad discutible: *El resucitado* (*The Ghoul*, 1933), de T. Hayes Hunter, y la norteamericana *The Mad Ghoul* (1943), de James P. Hogan⁹⁴. Mucho más recientemente la serie japonesa de *manga* (desde 2011) y posteriormente de *anime* (desde 2014), conocida como *Tokyo Ghoul*, ideada por Sui Ishida, se centra en un adolescente, metamorfoseado en *gul*, que ha de afrontar su condición de antropófago. La relación de las *Noches* con la ficción (literaria o cinematográfica) se va afianzando, pues, a través de los aspectos fantásticos de la obra, descubiertos para la pantalla ya en el excelente film mudo *El ladrón de Bagdad* (*The Thief of Baghdad*, 1924), de Raoul Walsh, uno de los más notables «cuentos orientales» basados en las *Noches* y convertidos en sueño hecho realidad, gracias al teatro o al cine, y que, en algunos casos (no, desde luego, en el citado), derivan de la parodia o adolecen de consistencia artística e incluso de interés. Mención aparte merece la pieza teatral *Kismet* (1911), de Alfred Knobloch (o Knoblauch), un «cuento oriental», tan influido por las *Noches*, a través de la versión inglesa de Richard Burton, que incluso toma de esta el empleo de la prosa rimada. *Kismet* acabó convirtiéndose en un notable musical, con ese mismo título (1953) y enseguida en un film, *Un extraño en el paraíso* (1955), de Vincente Minnelli y Stanley Donen, a partir de un libro de Charles Lederer y Luther Davis, y música de Robert Wright y George Forrest a partir de partituras de Alexander P. Borodín (1833-87). Las *Noches* han sido, bien en su totalidad, bien por medio de algunos de sus personajes o motivos, genuinos o derivados, una fuente fecunda para el cine comercial contemporáneo. Baste pensar en las múltiples adaptaciones de Aladino, y de Sindbad de los Mares, varias de ellas muy conocidas.

6. EN CONCLUSIÓN: LAS *MIL* Y UNA *NOCHES* ENTRE NOSOTROS

No creo incurrir en exageración interesada si afirmo que la lengua castellana y el presente siglo XXI ofrecen a las *Noches* un ámbito que de ningún modo le es ajeno a la obra. Acabamos de hablar de Sindbad de los Mares. Otro Sindbad de las *Noches*, ahora un sabio de corte, es personaje principal de un ciclo de historias enmarcadas o «textos integrados»⁹⁵ que se conocen como «El rey, su hijo, la concubina y los siete ministros» o «Sobre las muchas argucias de las mujeres». Dicho ciclo constituye, como se sabe, la fuente del *Sendebâr* o *Libro de los engaños e los asayamientos de las mugeres* de la literatura castellana. Se trata de una colección de *exempla*, de origen indio, que se tradujo al castellano a mediados del siglo XIII⁹⁶. Este fue uno de los primeros y más notables episodios de lo que podemos llamar «mudejarismo literario», retomando el término que brillantemente acuñó Américo Castro, en su clásico *España en su historia*⁹⁷ y ha difundido Francisco Márquez

⁹⁴ Ambas, conjuntamente, las ha puesto en circulación L'Atelier 13 Pictures, 2014.

⁹⁵ La segunda denominación, «textos integrados», para las historias dentro de historias, la tomo de Pablo Brescia y Evelia Romano (eds.), *El ojo en el caleidoscopio*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (Textos de Difusión Cultural), 2006.

⁹⁶ La obra es bien conocida en el panorama de las letras castellanas; véase A. D. Deyermond, *Historia de la literatura española I*, trad. Luis Alonso López, Barcelona: Ariel, 1976, págs. 178-181, y, para las complejidades de la transmisión y parentesco de los textos implicados, María Jesús Lacarra, «Entre el *Libro de los engaños* y los *Siete visires*: las mil y una caras del *Sendebâr* árabe», en Aboubakr Chraïbi y Carmen Ramírez, *Les mille et une nuits et le récit oriental en Espagne et en Occident*, París: L'Harmattan, 2009, págs. 51-74.

⁹⁷ Américo Castro, *España en su historia*. Buenos Aires: Losada, 1948.

Villanueva en más de un escrito seminal⁹⁸. Por otra parte, lo que llevamos dicho, sobre todo en los dos puntos anteriores, nos permite concluir que las visiones contemporáneas de las *Noches* han supuesto un sustancial paso adelante respecto a la que estaban extendidas durante los siglos XVIII, XIX y buena parte del XX. Proust, Borges, Vargas Llosa, Byatt, Pamuk y otros muchos nos han ayudado a entender lo que las *Noches* representa o puede llegar a representar. Y lo interesante es que esas visiones renovadas no anulan del todo las anteriores. Un ejemplo evidente lo proporcionan las reescrituras concebidas como adaptaciones infantiles de la obra, de las que me limitaré a mencionar una, a título de ejemplo, la que reune las adaptaciones de textos por parte de Núria Ochoa, con vistosas ilustraciones de Inés González & Radu, para una colección de libros infantiles muy difundida. Se trata de una breve selección que incluye dos de las llamadas historias huérfanas que añadió Galland: «Alf Babá y los cuarenta ladrones» y «Aladino y la lámpara maravillosa», junto con «El caballo de ébano», para la que sí existe un original árabe en ZER; pero curiosamente enmarcadas en la historia principal, la de Shahrazad y Shahriar, con leves indeterminaciones en cuanto al detonante de la locura de este, pero sin grave trastorno de lo relatado para aminorar lo violento de lo narrado⁹⁹:

Hace mucho tiempo, el sultán de Bagdad descubrió que su esposa le había traicionado. A partir de entonces no volvió a confiar en ninguna otra mujer y decidió que todas las noches se casaría con una distinta y al amanecer la condenaría a morir.

El rememorar, a través de una de sus múltiples versiones, el comienzo de las *Noches* es acaso el modo más apropiado para ir cerrando estas páginas. Lo cual no me evita reconocer que las cierro en falso, pues ni mucho menos está todo dicho o hecho al respecto. Se multiplican los indicios de que estamos ante una verdadera y renovada eclosión del interés por las *Noches*, cuyo impacto se hace cada vez más extenso y profundo. Mientras comienzo a redactar estas páginas introductorias me llega la noticia de que el premio Goncourt correspondiente al año 2015 ha recaído en la novela de Mathias Enard publicada ese mismo año, *Boussole*¹⁰⁰. A juzgar por la proliferación de importantes obras influidas por las *Noches*, o derivadas de estas, durante la presente década y la anterior, no creo que sea descabellado afirmar que la «novela de Shahriar», si se me permite llamar así a la obra, está hallando su verdadero *kairós* en este comienzo del tercer milenio. El mito de Shahrazad no ha perdido nada de su fuerza, como tampoco los valores simbólicos de la noche. La transcendencia de la narración (la acción de narrar) como creadora de realidades, la tensión entre lo vivido y lo imaginado, los problemas derivados del reconocimiento de la alteridad son todas cuestiones palpitantes en la actualidad, signos de nuestro tiempo, sobre los que se asienta asimismo *Mil y una noches*.

7. NOTAS SOBRE LA PRESENTE VERSIÓN

El texto que sigue es el resultado de siete años de persistente e intenso trabajo consagrado a elaborar una traducción completa y directa del árabe que cumpliera con una serie de requisitos,

⁹⁸ Francisco Márquez Villanueva, Francisco, *Orígenes y sociología del tema celestinesco*. Barcelona: Anthropos 1993; y «On the concept of mudejarismo», trad. Nicola Stapleton. En Ingram, Kevin (ed.). *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and Beyond*. Leiden-Boston: Brill, 2009, págs. 23-49.

⁹⁹ *Las mil y una noches*, adaptación de Núria Ochoa, Madrid: Santillana, 2007, pág. 3.

¹⁰⁰ Mathias Enard, *Boussole*, París: Actes Sud, 2015, donde precisamente el impacto de *Mil y una noches* en las letras y artes francesas tiene su importancia en la trama.

caracterizados, en conjunto, por el respeto que merece una obra literaria clásica que se toma en serio como tal, y por el deseo de equilibrio. Equilibrio entre el afán de ofrecer el texto más completo posible, pero garantizando lo genuino de los relatos incluidos; equilibrio entre el rigor y la legibilidad de un texto en buena medida concebido desde su origen para el disfrute; equilibrio entre la necesidad de restituírle al lector la información necesaria, y la erudición gratuita. Pretende ser, además, una versión a la altura de estas primeras décadas del siglo XXI¹⁰¹, en la medida en que toma en cuenta los progresos registrados en la traducción de esta obra, así como los avances en investigación al respecto y los nuevos horizontes en contacto entre sociedades muy diversas a través de los textos de una y los lectores de otra.

La primera dificultad que afronta un traductor de las *Noches* es la elección del original del que ha de partir. Dado que se trata de una obra que, como hemos visto, se generó, en parte, en traducciones de otras lenguas y se estuvo elaborando durante siglos, y a falta de manuscritos que ofrezcan versiones no cercenadas o fragmentarias del texto original (si es que puede hablarse de tal cosa, tratándose de una obra que estuvo abierta hasta, al menos, el siglo XVII), lo más próximo que tenemos a un texto fiable es la recensió egipcia, de la que hemos hablado.

Las dos ediciones decimonónicas, en lengua árabe, que de ella dependen, la de Bulaq (1835) y las de Calcuta (1814 y 1839), ofrecen, cada una por su lado, razones para que se las tenga en cuenta. La segunda, la de Calcuta (en su segunda edición), es sin duda más completa y fiable, pero la de Bulaq es la que más alcance e impacto ha encontrado entre los lectores de árabe contemporáneos, un dato que no hay que desdeñar. La solución ha sido, en la busca del equilibrio deseado, partir de la recensió de Bulaq, pero enmendando o completando el texto, cuando ha sido necesario, con el texto de Calcuta¹⁰².

Una gran parte de los elementos que componen la obra son versos. Un millar largo de poemas o fragmentos poéticos, heterogéneos, le dan a la obra una de sus más notables características. Junto a la poesía, que, como es lógico, se atiene a las normas de la métrica árabe clásica, el texto incluye un número no desdeñable de pasajes en prosa rimada, así como refranes, donde los juegos con las semejanzas y reiteraciones de sonidos y secuencias formales son la norma.

El uso de la rima no es un mero pretexto en la literatura árabe pre-moderna. Basta con examinar dichos refranes para llegar a la conclusión de que se ha mantenido la creencia de que algún

¹⁰¹ Obsérvese que las versiones previas del árabe al castellano aparecieron hace ya más de medio siglo: la de Rafael Cansinos Assens, en 1954-55; la de Juan Vernet, en 1964, y la de Juan A. G. Larraya y Lconor Martínez, en 1965.

¹⁰² A falta de una edición crítica rigurosa de la recensió egipcia, he contado con una edición antigua del texto de Būlāq: la de al-Maḥbūa al-ʿĀmira, en El Cairo, 2ª edición, 1308 de la hégira / 1890-1 después de Cristo, que he confrontado a veces con la de al-Maḥbūa a al-Saʿīdiyya, también de El Cairo, seguramente en 1935. Ambas son accesibles en la Red (en *Internet Archive*), a diferencia de lo que ocurre con la edición original de Būlāq, propiamente dicha, a la que no he tenido acceso. El texto se ha confrontado de manera sistemática con la edición comercial que publicó en 2008 Dār Sādir, de Beirut, la más extendida (de entre las no censuradas), entre los lectores árabes actuales. Pero he tenido que completar el original, de manera muy significativa, con el texto de Calcuta II, esto es, la edición de W. H. MacNaghten de 1839, que se halla asimismo en la Red (el mismo sitio mencionado). Como, de cualquier modo, el original seguía presentando lecturas dudosas, amén de frecuentes erratas, he recurrido, para solventar algunos pasajes, a otras dos versiones comerciales recientes: la de Dār al-Kutub al-ʿIlmiyya, de Beirut, fechada en 2005, que procede de la edición de Calcuta, pero donde faltan numerosos pasajes, cercenados; y la de Dār Maktabat al-Hayāt, de Beirut una vez más, sin fechar, donde, a pesar de que está gravemente dañada por la censura, sí que se encuentran originales relativamente cuidados de los poemas. Las demás ediciones árabes consultadas (como la de al-Anīs, de Argel, fechada en 2005; o la electrónica, de Kutub ʿArabiyya, sin data ni localización) apenas han servido para comprobar que el atractivo comercial que la obra sigue ejerciendo no tiene que implicar, ni mucho menos, rigor textual.

tipo de sabiduría se abre camino a través de las coincidencias acústicas de la paronomasia y la rima. Únase a ello el hecho de que muchos de los poemas recogidos son letras de canciones y, más aún, el que algunas historias se basan en la facilidad de ciertos personajes para habérselas con la rima.

La presente versión, en consecuencia, trata de ofrecer, en primer lugar, pero solo cuando el pasaje lo requiere, asonancias en breves pasajes prosísticos, ya sean refranes o fórmulas narrativas. Y, en segundo lugar, y esto siempre, poemas que, también en castellano, mantengan las restricciones de la métrica. Se ha imitado el pertinaz patrón bímembre de la poesía árabe premoderna, y ello, por uno de dos procedimientos: o bien recurriendo a pareados, o bien reproduciendo el patrón original de secuencias monorrimas alternas.

El texto árabe sólo ofrece dos tipos de grandes divisiones internas, las que marcan la transición entre la prosa y la poesía, a causa de la especial disposición de los versos (junto con alguna otra posible marca), y las que indican el paso de una noche a la siguiente. Es cierto que con frecuencia aparecen titulillos al comienzo de las historias o ciclos de historias, pero —y esto es importante— no siempre.

La división en historias resulta en extremo problemática, ya que muy a menudo la inclusión de los titulillos entraña alguna violencia al texto. Pero no es solo eso. Hay, además, contradicciones entre el modo en que los personajes principales se refieren a las historias que cuentan y los titulillos que se ofrecen. En tercer lugar, si bien es posible saber dónde comienza un relato, no sabemos siempre dónde habría que situar su fin. Y, como queda indicado, no son excepcionales las historias cuyo comienzo no se marca de ningún modo en el original.

Dicho de otro modo, la verdadera unidad de división de las *Noches* son precisamente las noches, y a ellas nos atenemos en el cuerpo del texto. Sin embargo, para facilitar la consulta o búsqueda de una historia, los comienzos de cada una de ellas se marcan en el texto con versales, y sus títulos se ofrecen en nota al pie, lo cual permite respetar el curso de la narración, que quedaría gravemente alterada con unos titulillos incompletos e inexactos, y que hemos de considerar artificiales y seguramente añadidos por los editores.

No hay, pues, párrafos como tales en el texto original. Algunas traducciones, como la alemana de E. Littmann y la italiana que coordinó F. Gabrieli, se atienen a ello y es muy limitado el uso que hacen del punto y aparte. Dado que la falta de esas pausas responde solo a una costumbre generalizada en los textos árabes premodernos, y, que, en consecuencia, no se trata de una opción estilística o una consciente técnica narrativa, en la presente versión se ha optado por pautar la narración con puntos y aparte, si bien limitándolos en número a las exigencias mínimas del castellano.

Relacionado con los valores simbólicos del lenguaje está el uso que se hace de los nombres propios de persona a lo largo de la obra. La regla general ha sido mantener (romanizados y con pronunciación figurada desde la perspectiva del castellano) aquellos nombres que han sido y siguen siendo usuales en árabe, como es el caso de «Ómar» (*Umar*), pero traducir aquellos que, compuestos usualmente por más de una palabra, resultan ajenos al catálogo de antropónimos y que, además, pueden llevar una carga simbólica que debe tener presente el lector durante la historia de que se trate; por ejemplo, «Bienquerer», para *Tawaddud* o «Luz de la Senda» para *Nūr al-Hudà*.

Por motivos más pegados a la realidad de las tramas que se relatan, se han traducido también los apodos, a menudo humorísticos, o todas las denominaciones, casi siempre ofensivas, que se aplicaban a los esclavos (por ejemplo, «Alcanfor» para un esclavo de raza negra). Las sociedades retratadas, o a veces distorsionadas, estaban extremadamente jerarquizadas. A ello se debe el que

hayamos recurrido al uso de «vos» o a la tercera persona, como fórmula de tratamiento, cuando ha sido necesario. Para los gustos actuales resulta difícil de aceptar que un esclavo tutee al califa.

También en un intento de reflejar la visión del mundo de las sociedades en que se generó el original se ha hecho un uso generoso –seguramente abusivo desde nuestra perspectiva actual y desde las estrictas normas ortográficas– de las mayúsculas para iniciar términos cuyos conceptos se entienden de un modo u otro sacralizados por sus valores religiosos.

El título original de la obra, *Alf layla wa-layla*, indica, con toda sencillez un número preciso de noches, en un sintagma indeterminado. Esto, en castellano actual, se expresa «mil una noches», sin artículo previo, «las», dado que en árabe no se ha expresado la determinación. Pero, asimismo, sin la conjunción copulativa «y», ya que, aunque sí está presente en el árabe (*wa-*), ello se debe a que, en dicha lengua sí es necesaria la conjunción después de los millares, del mismo modo que lo es en otras lenguas como el portugués, pero no en castellano contemporáneo (decimos «dos mil dieciséis», y no «*dos mil y dieciséis»). En el título de la obra la persistencia de «las» e «y» solo se explica por influencia del francés a través de la traducción de A. Galland: *Les mille et une nuits*.

Considero, pues, que *Las mil y una noches*, es un calco del francés que habría convenido esquivar, si la versión se adaptase a los usos actuales de la lengua, ya que la secuencia «mil y una» o «una y mil», que podemos emplear en expresiones como «mil y un viajes» o «una y mil veces», perfectamente válidas por supuesto, no significan un número preciso, sino, más bien, una cantidad subjetivamente elevada. Así, «mil y una noches» no significa exactamente 1001 noches, sino muchísimas noches.

Y es el caso que el número de noches en que se desarrolla la acción de la obra sí es, con precisión, de 1001. Un primer argumento en contra de una versión «mil una noches» sería que el título *Las mil y una noches* está asentado en castellano. Eso es solo en parte cierto, ya que, junto a esa alternativa, la tradición nos ofrece otra: la seguida tanto V. Blasco Ibáñez en su traducción, como M. Vargas Llosa en su reescritura de la obra para el teatro: *Las mil noches y una noche*¹⁰³. Creo, pues, que sería lícito y hasta adecuado llamarla, en consonancia con el original, y sin más, «Mil una noches».

Pero estos asuntos no son nunca sencillos. Si bien parece indiscutible que el artículo «las» no responde a ningún motivo, y no tiene sustento en el original, lo cierto es que a favor del mantenimiento de la conjunción «y» hay dos buenos argumentos. Por un lado, tenemos el adjetivo, bastante extendido en castellano a ambos lados del Atlántico, «miliunanochesco». Y por otro, el hecho de que la secuencia «mil y» se ha empleado en estadios anteriores de esta lengua para numerales precisos, por ejemplo en «año de mil y setecientos», como puede leerse en documentos de la época; el sabor arcaizante de la expresión está en consonancia con la obra original y con la versión por la que aquí se ha optado. Traduzco, en consecuencia, *Mil y una noches*.

Málaga, febrero-mayo de 2016

¹⁰³ Por cierto, también calcada del francés, del título por el que optó J.-C. Mardrus: *Les mille nuits et une nuit*.

Bibliografía selecta¹⁰⁴

- AL-RAWI, AHMED. «The mythical ghoul in Arabic culture», *Cultural Analysis* 8 (2009), págs. 45-69.
- ARIAS TORRES, J. P.; FERRA GRACIA, M. C.; PEÑA MARTÍN, S. *Arabismo y traducción: entrevistas con J. M. Fórneas, J. Cortés, M. Cruz Hernández, J. Vermet, L. Martínez, P. Martínez Montávez, M. L. Serrano*. Madrid: CSIC, 2003.
- BENSILAMA, PIERRE. *La psychanalyse à l'épreuve de l'islam*. París: Flammarion, 2002.
- BIETTELHEIM, BRUNO. *The Uses of Enchantment: The meaning and importance of fairy tales*. Nueva York: Random House, 1976.
- BORGES, JORGE LUIS. *Obras completas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1992-93.
- BOUFFARD, ÉLODIE; JOYARD, ANNE-ALEXANDRA (dir.). *Les Mille et une nuits*. París: Hazan-Institut du Monde Arabe, 2012.
- CAMPIBELLI, JOSEPH. *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito*, trad. Daniela Negrete y Luisa Josefina Hernández. México: Fondo de Cultura Económica, 2015².
- CANSINOS ASSENS, RAFAEL. «Estudio literario-crítico de *Las mil y una noches*», en *Libro de las mil y una noches*, trad. Rafael Cansinos Assens. México: Aguilar, 1954, vol. I, págs. 11-410.
- CASTELLÀ, MARGARITA. «Entorn de la traducció al català de *Les mil i una nits*», *Quaderns: Revista de traducció* 9 (2003), págs. 13-23.
- CHAULEFF-ACHOUR, CHRISTIANE (ed.). *À l'aube des Mille et une nuits. Lectures comparatistes*. Vincennes: Presses Universitaires, 2012.
- CHRAÏBI, ABOUHAKR; RAMÍREZ, CARMEN. *Les mille et une nuits et le récit oriental en Espagne et en Occident*. París: L'Harmattan, 2009.
- CINCA I PINÓS, DOLORS. «Las mil y una noches: un mito vigente», en Fernández Parrilla, Gonzalo, y Ferra García, Manuel C. (eds.). *Orientalismo, exotismo y traducción*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 209-15.
- CINCA I PINÓS, DOLORS. *Oralitat, narrativa i traducció: reflexions a l'entorn de Les mil i una nits*. Universitat Autònoma de Barcelona, 2005.
- CORREA RAMÓN, AMELINA. «"Intermedio de las Mil y una noches": una cala orientalista en la obra de Enrique Díez-Canedo», *Cauce: Revista de Filología y su Didáctica* 22-23 (1999-2000), págs. 39-47.
- FERRÍN, EMILIO G. «El islam de Borges», *Philologia Hispalensis* 7 (1992), págs. 84-93.
- FISHERN, EVELYN. «Readings and re-readings of Night 602», *Variaciones Borges: Revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges* 18 (2004), págs. 35-42.
- FUDGE, BRUCE. «More translators of The Thousand and One Nights», *Journal of the American Oriental Society* 136, 1 (2016), págs. 135-146.
- FUDGE, BRUCE. «Underworlds and Otherworlds in The Thousand and One Nights», *Middle Eastern Literatures* 15, 3 (2012), págs. 1-16.
- FRANÇOIS, CYRILLE. *Les Mille et une nuits et la littérature moderne (1904-2011)*. Tesis doctoral. Université de Cergy-Pontoise, 2012.
- GARILLO, TERESA. «Las mil y una noches», en Lafarga, Francisco; Pegenaute, Luis (eds.). *Diccionario histórico de la traducción en España*. Madrid: Gredos, 2009, págs. 786-9.
- GAUCH, SUZANNE. *Liberating Shahrazad: Feminism, Postcolonialism and Islam*. University of Minnesota, 2007.
- GHAZZUL, FÉRAL. *Nocturnal Poetics: The Arabian Nights in comparative context*. El Cairo: The American University, 1996.
- GONZÁLEZ TRIVIÑO, ANA ELIJA. «Los velos de Scherezada: censura y seducción en las traducciones de *Las mil y una noches*», *Anuario de Letras Modernas* 14 (2007-08), págs. 13-23.
- HOGENDIJK, JAN P. «A new look at the barber's astrolabe in the Arabian Nights», en VROELIJK, A.; HOGENDIJK, Jan P. (eds.). *O Ye Gentlemen: Arabic Studies on Science and Culture in Honour of Remke Kruk*. Leiden: Brill, 2007, págs. 65-76.
- IRWIN, BONNIE D. «What's in a frame? The medieval textualization of traditional storytelling», *Oral Tradition* 10, 1 (1995), págs. 27-53.
- IRWIN, ROBERT. *The Arabian Nights: A companion*. Londres: Tauris, 2004².

¹⁰⁴ Se ofrecen, junto con los trabajos de mayor valía e impacto, otros acaso menos ambiciosos, pero que representan las corrientes e intereses de los especialistas, en general, o afectan particularmente al ámbito hispano. Téngase en cuenta que las obras colectivas que se mencionan incluyen a veces escritos de gran calidad, que no se mencionan aparte.

- JULLIEN, DOMINIQUE. «Ailleurs ici: Les Mille et Une Nuits dans À la Recherche du Temps Perdu», *Romanic Review* 79, 3 (1988), págs. 466-75.
- JULLIEN, DOMINIQUE. «The figure of the Jew in A Thousand and One Nights», en MEDDEB, Abdelwahab; STORA, Benjamin. *A History of Jewish-Muslim Relations from the Origins to the Present Day*. Princeton University Press, 2013, págs. 955-61.
- KENNEDY, PHILIP F.; WARNER, MARINA (eds.). *Scheherezade's Children: Global encounters with the Arabian Nights*. Nueva York-Londres: New York University Press, 2013.
- KILITO, ABDELJATTIL. *La curiosidad prohibida: leyendo 'Las mil y una noches'*, trad. Marta Cerecizales. Madrid: Turner, 2011.
- KILITO, ABDELJATTIL. *L'oeil et l'aiguille, essai sur Les mille et une nuits*. París: La Découverte, 1992.
- KOBZOSOVÁ, KATARINA. «The changing value of The Thousand and one Nights and its influence on modern and contemporary Arabic literature», *Græcolatina et Orientalia* 33-34 (2012), págs. 161-175.
- KREYENBROEK, PHILIP G.; MARZOLPI, ULRICH (eds.). *Oral literature of Iranian Languages*. Nueva York: I. B. Tauris, 2010.
- LABIAN, RIMA. *Les figures mythiques dans Les Mille et une nuits*. París: L'Harmattan, 2013.
- LEEUWEN, RICHARD VAN. «The narrative sources of Tawfiq al-Hakim's *Shahrazad: The Thousand and One Nights*», *Documenta* 22, 4 (2004), págs. 343-58.
- LEEUWEN, RICHARD VAN. *The Thousand and One Nights: Space, travel and transformation*. Londres-Nueva York: Routledge, 2007.
- LEEUWEN, RICHARD VAN. «Translation and referentiality: the European translations of the Thousand and One Nights», en Fernández Parrilla, Gonzalo, y Feria García, Manuel C. (eds.). *Orientalismo, exotismo y traducción*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 191-207.
- Les Mille et une nuits. Contes de l'Orient rêvé*, monográfico de *La Grande Oreille*, Malakoff: D'une Parole à l'Autre, número 52, diciembre de 2012.
- Les Mille et une nuits. Genèse d'un chef-d'œuvre*, monográfico de *Qantara. Magazine des cultures arabe et méditerranéenne*, París: Institut du Monde Arabe, número 86, enero de 2013.
- MARZOLPI, ULRICH (ed.). *The Arabian Nights in Transnational Perspective*. Wayne State University Press, 2007.
- MARZOLPI, ULRICH (ed.). *The Arabian Nights Reader*. Detroit: Wayne State University Press, 2006.
- MARZOLPI, ULRICH; VAN LEEUWEN, Richard; WASSOUF, Hassan. *The Arabian Nights Encyclopedia*. Santa Barbara (California)-Denver (Colorado)-Oxford (Gran Bretaña): ABC-CLIO, 2004.
- MÉNÉNDEZ PELAYO, MARCELINO. «Un cuento de *Las mil y una noches*, un libro de cordel y una comedia de Lope», en Saavedra y Moragas, Eduardo (ed.). *Homenaje a D. Francisco Codera en su jubilación del profesorado (estudios de erudición oriental)*. Zaragoza: M. Escar, 1904, págs. 483-511.
- MÉNÉNDEZ PELAYO, MARCELINO. *Orígenes de la novela, volumen I*. Madrid: Gredos, 2008 [publicación original de 1905].
- MIENISSI, FATEMA. *El harén en Occidente*, trad. Inés Belaustegui Trias. Madrid: Espasa, 2003².
- MONTANON, ALAIN (dir.). *Dictionnaire littéraire de la nuit*. París: Honoré Champion, 2013.
- AL-MUSAWI, MUHSIN JASIM. *The Islamic context of The Thousand and one nights*. Nueva York: Columbia University Press, 2009.
- NAVARRO DURÁN, ROSA. «Elementos de relatos árabes en la obra de Cervantes», *Garoza* 7 (2007), págs. 207-20.
- OUYANG, WIN-CHIN; VAN GELDER, GERT (eds.). *New Perspectives on Arabian Nights: Ideological variations and narrative horizons*. Abingdon: Routledge, 2005.
- PERA MARTÍN, SALVADOR. «La recepción iberoamericana de las Mil y una noches», *Castilla: Estudios de literatura* 8 (2017), págs. 27-61.
- PINAULT, DAVID. *Story-telling Techniques in the Arabian Nights*. Leiden: Brill, 1992.
- RAMÍREZ DEL RÍO, JOSÉ. «Borges, al-Mundir de Hira y La lotería de Babilonia», *Variaciones Borges: Revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges* 16 (2003), págs. 69-78.
- RAMÓN GUERRERO, RAFAEL. «Erotica y saber a propósito de un cuento de *Las Mil y Una Noches*», *Mirabilia* 1 (2001), págs. 87-103.
- RIENHOLDS, DWIGHT F. «A Thousand and One Nights: a history of the text and its reception», en Allen, Roger; Richards, D. S. (eds.). *Arabic Literature in the Post-Classical Period*. Cambridge University Press, 2006, págs. 270-291 y 445-446.
- SAGARZAZU, MARÍA ELVIRA. «Introducción», en ANÓNIMO, *Las mil y una noches*, Buenos Aires: Colihuc (Clásica), 2015 (4ª reimp.). págs. IX-CXXIV.

- RUBANOVICH, JULIA. *Orality and Textuality in the Iranian World*. Leiden-Boston: Brill, 2015.
- SALLIS, EVA. *Sheherezade through the Looking Glass: The Metamorphosis of the Thousand and One Nights*. Londres-Nueva York: Routledge, 1999.
- TOIDOROV, TZVETAN. *Poétique de la prose (choix), suivi de Nouvelles recherches sur le récit*, Paris: Seuil, 1980.
- VARGAS LILOSA, MARIO. *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Penguin Random House, 2015.
- VILADRICH, MERCE. «La belleza oriental a los nits de Bagdad de Xahrazad», en CARABÍ, Angels; SEGARRA MONTANER, Marta (eds.). *Belleza escrita en femenino*. Universitat de Barcelona, 1998, págs. 31-8.
- WARNER, MARINA. *Stranger Magic: Charmed states & the Arabian Nights*. Londres: Chatto & Windus, 2011.
- WEBER, EDGAR. «La Ville de Cuivre, une ville d'al-Andalus», *Sharq al-Andalus : Estudios Árabes* 6 (1989), págs. 43-81.

MIL Y UNA NOCHES



En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso

Loado sea Dios, Sustentador de los mundos, y desciendan sobre el mejor de Sus enviados, nuestro señor y maestro Mahoma, así como sobre la familia de este y sus primeros adeptos, bendición y paz perennes y constantes hasta el Día de la Retribución.

El proceder de los antiguos se torna lección para los modernos, pues, cuando un ser humano conoce las experiencias de los demás, puede aplicárselas a sí mismo, y, por tanto, escarmentar con las tradiciones y sucesos de las naciones pretéritas. Alabado sea Quien ha hecho de la tradición de los antiguos lección para otros pueblos.

Entre dichas lecciones se hallan las historias tituladas *Mil y una noches*, que abundan en hechos peregrinos y ejemplos.

CUENTAN¹ –pero Dios lo sabrá mejor por ser, como es, omnisciente y en extremo santo y generoso– que hace ya mucho, en tiempo y época pretéritos, hubo un magnífico soberano de la dinastía sasánida, que contaba con un nutrido ejército y una muchedumbre de pajes, siervos y escoltas, y cuyo imperio se extendía hasta la India, la China y sus confines. Dicho rey tenía dos hijos, uno mayor y otro menor, ambos esforzados campeones, pero más el primogénito, quien llegó a reinar en su territorio con irreprochable equidad, lo que le granjeó el cariño de todos sus súbditos. Lo llamaban rey Shahriar, y al benjamín, Shahzamán, señor de Samarcanda de los Persas. Durante veinte años todo fue según la recta Disposición de Dios. Ambos permanecieron en sus países y dominios, cada cual en el suyo, gobernando con justicia en la mayor placidez, hasta el día en que Shahriar, como sintiera nostalgia de su hermano menor, ordenó a su ministro que partiese hacia la corte de este y lo convocase a su presencia. Así hizo el ministro, que alcanzó sin contratiempo su destino y entró donde el benjamín. Le transmitió el saludo de su hermano y le hizo saber que este lo echaba de menos y deseaba que lo visitase. Shahzamán respondió que lo haría de muy buen grado. Se aprestó para el viaje; mandó que sacaran sus tiendas, sus camellos y sus mulos, convocó a sus escuderos y mozos, encargó a su ministro el gobierno del país durante su ausencia, y partió hacia el de su hermano mayor. Pero, ya mediada la noche, al recordar que había olvidado algo, dio media vuelta y regresó a palacio, donde encontró a su esposa tendida en su propia cama, o sea, la del rey, y abrazada a uno de los esclavos negros. Al ver esto, el mundo entero ennegreció ante él, y se dijo: «Si esto ha ocurrido nada más salir yo de la ciudad, ¿qué no habría llegado a hacer esta malnacida cuando me hubiese ausentado largo tiempo donde mi hermano?». Desenvainó la espada, los acometió a ambos y los mató en la misma cama. Al poco volvió a su ser, dio nueva orden de partir y ya no detuvo su marcha hasta que llegó a la corte de su hermano. Este, Shahriar, que había engalanado la ciudad en honor de su hermano menor, salió a su encuentro y lo recibió lleno de júbilo. Hechos los honores, se sentaron ambos a departir a su gusto; pero el recién llegado Shahzamán se acordó de lo ocurrido con su esposa, y fue tal su pesar que le mudó la color y se abatió. Su hermano, al verlo tan desanimado, pensó que ello se

¹ Comienza «El rey Shuhriar y su hermano Shuhzamán».

debería a la lejanía de su país y su reino, y lo dejó estar sin preguntarle nada. Luego, al cabo de unos días, Shahriar, el mayor, le dijo:

—Veo, hermano, que estás abatido y con la color demudada.

—Tengo, he de reconocerlo —le repuso Shahzamán—, el alma herida.

Pero nada más añadió; no le contó lo que había visto hacer a su esposa. Y Shahriar añadió:

—Quiero, hermano, que salgas conmigo de caza, y acaso se te alegre el corazón.

Pero Shahzamán no quiso acompañar a su hermano mayor, y este, Shahriar, salió, él solo, a cazar. En el palacio había unas celosías que daban al huerto, y estaba el hermano menor mirando a través de ellas cuando, de pronto, se abrió la puerta de la residencia, por donde salieron veinte siervas y veinte esclavos, entre quienes venía la esposa de Shahriar, mujer de singular belleza. Fueron caminando hasta un surtidor y, después de desnudarse, se sentaron todos juntos. Entonces la mujer del rey llamó:

—¡Masud!

Y un esclavo negro se le acercó, se abrazaron ambos y yacieron juntos. Lo mismo hicieron los demás esclavos con las doncellas, y así siguieron, entre besos y abrazos, copulaciones y trasegar de vino, hasta el final de la jornada. Al hermano del monarca, con cuanto había visto, se le aliviaron la humillación y el pesar, y se dijo: «Verdaderamente, lo que a mí me ha pasado no es tan grave... ¡Esto es mucho peor que lo mío!». Y volvió a comer y a beber como antes. Poco después volvió su hermano de la cacería; se saludaron ambos, y al rey Shahriar no le pasó inadvertido que su hermano Shahzamán había recobrado la color, que por sus mejillas corría otra vez la sangre y le había pasado la desgana, pues ya comía con apetito. Sorprendido por ello, le dijo:

—Estabas pálido, con la color perdida, y ahora veo que la has recobrado. Dime a qué se debe.

—El porqué de mi palidez te lo declararé ahora, pero te ruego que me dispenses de contarte cómo he recuperado la color.

—Empieza —lo apremió Shahriar— contándome por qué estabas tan pálido y abatido, para que lo oiga.

—Cuando enviaste, hermano —respondió Shahzamán—, a tu ministro con el mensaje de que me echabas en falta, hice los preparativos del caso y salí de mi ciudad, pero de pronto me di cuenta de que había olvidado en palacio la alhaja que te he regalado. Volví, pues, y me encontré a mi esposa con un esclavo negro yaciendo en mi cama. Los maté a los dos y vine a tu lado, sin dejar de pensar en lo ocurrido. A eso se debía que estuviese yo demudado y débil. En cuanto al motivo de que haya recobrado la color, te ruego que me dispenses de decírtelo.

Pero, cuando su hermano hubo oído estas palabras, lo conminó:

—¡Juro por Dios que me has de declarar por qué te ha vuelto la color!

Shahzamán le contó entonces cuanto había presenciado, y Shahriar le dijo:

—Quiero verlo con mis propios ojos.

—Pues haz —le aconsejó Shahzamán— como si volvieras a irte de caza, y, tras ocultarte conmigo, podrás verlo todo y cerciorarte por ti mismo.

Y al punto dio el rey la orden de partida. Salieron los soldados y plantaron las tiendas extramuros. Shahriar se unió a ellos, pero, después de esperar un poco en su tienda y decirles a sus mozos que nadie debía molestarlo, se disfrazó y regresó sin ser visto a palacio, donde lo esperaba su hermano. Y con este se sentó ante la celosía que daba al huerto. Allí estuvieron un rato hasta que las siervas, encabezadas por su señora, entraron con los esclavos, hicieron como su hermano

le había contado y así siguieron hasta la oración de la tarde. El rey Shahriar, a quien le voló la razón de la cabeza al ver lo que vio, dijo a su hermano:

—Vamos, emprendamos el camino. De nada nos sirve el reinar mientras no comprobemos si otros han pasado por lo mismo que nosotros. Acaso fuera mejor morir que vivir con este pesar.

A lo que Shahzamán accedió. Salieron ambos por una puerta secreta y no detuvieron su marcha, durante días y noches, hasta llegar a un árbol que había en medio de una pradera, junto al cual, muy cerca del mar salado, brotaba un manantial. Bebieron ambos de este y se sentaron a descansar. TRANSCURRIDO QUE HUBO UNA HORA² de las claras del día, el mar empezó de pronto a alterarse y de él surgió una columna negra que llegaba hasta el cielo y se movía hacia la pradera. En cuanto los dos hermanos, según cuenta el transmisor de esta historia, vieron aquello, treparon asustados a la copa del árbol, que era muy alto, y desde allí divisaron lo que ocurría. Y era que un *yinn*³ de elevada estatura, fuerte complexión, pecho ancho y buena cabeza, sobre la que trafa un arca, salía a tierra firme e iba derecho hacia el árbol al que habían trepado Shahriar y Shahzamán. El *yinn* se sentó debajo, abrió el arca y sacó de ella un cofre, que también abrió. Del cofre salió una muchacha más graciosa que el sol luciente, según las palabras del poeta:

Si de noche la veis, el día empieza,
y con su luz se alumbra la arboleda.
El sol, de su belleza al alba nace,
y la luna por ella sola sale.
A sus pies se prosterna el universo,
cuando se deja ver, rasgado el velo.
Y, si en su predio fulgen los relámpagos,
los párpados derraman lluvia a cántaros⁴.

Y el transmisor de esta historia afirma que el *yinn*, tras contemplarla unos instantes, le dirigió la palabra:

—Quisiera, señora de las bien nacidas, a quien rapté la noche misma de su boda, dormir un poco.

Y, apoyando la cabeza en las rodillas de la muchacha, el *yinn* se quedó dormido. La joven entonces alzó la vista hacia la copa del árbol y vio a los dos reyes, que allí seguían. Retiró la cabeza del *yinn* de sus rodillas, la colocó en el suelo, se puso en pie bajo el árbol y les dijo a los dos hermanos haciéndoles señas:

² Comienza «El *yinn* y la joven». (A partir de aquí, y como ya se hizo al iniciar la historia principal, se indicará en nota el comienzo de nuevas historias o secciones importantes de estas; solución preferible a la ruptura del curso de la narración con la adición de titulillos que interfieren tanto en la forma del texto como en los aspectos narrativos de este. Con todo, y para facilitar la lectura y la consulta, los comienzos de historias o secciones se marcan con versales y quedan registrados en un índice al final del libro.)

³ Tal como se explicó en la introducción, los *yinns* (término que en la actualidad parece preferible al tradicional de «genios», derivado del francés *génies*) son seres de cuya existencia se hace eco el propio Corán. En *Mil y una noches* aparecen muy a menudo; sobre su naturaleza y su relación con Salomón, véase, más adelante, noche 567. Se ha optado por una versión más cercana al original árabe (*yinn*) para esquivar la coincidencia del término «genio» con conceptos propios de la mitología romana, donde designan a entidades divinas que acompañan a un lugar o grupo de personas (se habla, así, del «genio del pueblo romano»), por una parte, y, por otra, del imaginario literario del barroco español, singularmente el reflejado en el teatro de Pedro Calderón de la Barca, donde «genios» son las figuras alegóricas de cualidades humanas, tales como el bien y el mal.

⁴ Esta última doble imagen se asienta sobre un lugar común en la poesía árabe arcaica y clásica: el poeta, que recuerda con nostalgia a su amada, se emociona al ver, de noche en el desierto, los relámpagos que alumbran el cielo por la parte donde ella debe de hallarse, y se echa a llorar.

–Bajad, no tengáis miedo de este *ifrit*.

–Por Dios os rogamos, señora –dijo uno de los dos hermanos–, que nos eximáis de ello.

–Pues yo por Dios os insisto –contestó ella– en que bajéis ahora mismo, ya que, si no lo hacéis, despertaré a este *ifrit*, quien, a buen seguro, os dará la peor de las muertes.

Movidos por el miedo, bajaron los dos soberanos hasta donde estaba la joven, quien, aún de pie, les dijo:

–Metédmelas los dos ahora mismo, ¡y bien metidas!, que, si no, despertaré a este y os enteraréis de lo que es bueno...

Tan asustado estaba el rey Shahriar que le dijo a su hermano Shahzamán:

–Haz, querido, lo que te ha ordenado esta joven dama.

–Tú primero, hermano –respondió el benjamín, al tiempo que comenzaban ambos a lanzarse significativas miradas.

–¿A qué viene –dijo la muchacha– tanta miradita? Os digo que, si no os acercáis a mí y me obedecéis, despertaré a este *ifrit* y os las veréis con él.

De manera que, impulsados por el miedo que el temible *yinn* les infundía, los dos reyes hicieron lo que la joven quería de ellos. Y, cuando hubieron terminado, esta les dijo:

–¡Eh, vosotros, despertad! –y de su faltriquera sacó una bolsa de la que, a su vez, sacó un atado con quinientos setenta anillos. Y les preguntó:

–¿Sabéis lo que es esto?

–No –repusieron ellos.

–Todos los dueños de cada uno de estos anillos han holgado conmigo sin que este cornudo de *ifrit* se enterase. Dadme, pues, también vosotros los anillos.

Los dos monarcas y hermanos le dieron los anillos que llevaban puestos, y ella añadió:

–Este *ifrit* me raptó la noche misma de mi boda y me puso en un cofre, luego metió el cofre en un arca sobre la que echó siete cerrojos y me depositó en el fondo del estrepitoso mar, donde las olas no cesan de chocar; sin saber que, si una mujer quiere algo, no hay fuerza capaz de detenerla. Ya lo dijo el poeta:

A las mujeres no creas,
ni te afecten sus promesas,
que sus contentos y enfiados
proviene de entre sus piernas.
Maldad esconden sus sayas,
falso es el amor que muestran;
de José⁵ el cuento previene
contra lemeninas tretas,
¿y no engañó el diablo a Adán
valiéndose de una de ellas?

»O –prosiguió la joven dama– como dijo otro:

⁵ Según el Corán, XII (José), 21-34, el profeta José (o Yúsuf, en árabe) se resistió a los intentos de seducción de la esposa de Putifar, quien lo había comprado como esclavo; la mujer, desairada, trató de hacer creer a su marido que José había querido forzarla. El relato coránico ha dado lugar a una leyenda, retomada una y otra vez en las literaturas islámicas, donde se subraya la belleza atribuida a José y la conducta apasionada de la mujer, a quien se llama Zulcica, tanto en reelaboraciones islámicas como en versiones judías extracanónicas.

A quien ama no le echas en cara su pasión,
pues no más lograrías avivar el amor.
Si yo algún día quedo de una mujer prendado,
sin duda aguantaré lo que han sufrido tantos.
De admiración es digno todo aquel que, siendo hombre,
de redes de mujer haya salido incólume.

Todas estas palabras dejaron admirados a los dos hermanos, que se dijeron uno a otro:

—Si este, aun siendo *ifrit*, tiene que sufrir una desgracia peor que la nuestra, bien podemos consolarnos.

Regresaron los dos a la ciudad del rey Shahriar y entraron en palacio, donde este mandó que les cortaran el cuello a su esposa y a las siervas y esclavos. Y desde entonces Shahriar tomaba cada día como esposa a una joven doncella; le tocaba, como suele decirse, la cara, o sea, que la desvirgaba, y la mataba esa misma noche. Tal fue el arreglo que ideó y mantuvo durante tres años. Los padres de familia, incapaces de seguir aguantando aquello, huyeron con sus hijas, de modo que no quedó en la ciudad una sola muchacha que pudiese soportar aquel atropello. Así las cosas, el rey ordenó a su ministro que le trajese a una joven, tal como era su costumbre. El ministro salió y buscó, pero no encontró a ninguna. Volvió, pues, a su casa, contrariado, afligido y temeroso de lo que el soberano haría con él. El ministro tenía dos hijas, la mayor de las cuales se llamaba Shahrazad, y la menor, Duniazad. La primera, Shahrazad, que tenía leídos tratados, crónicas, vidas de reyes antiguos y noticias de naciones del pasado —mil volúmenes afirmaban que había reunido, acerca de pueblos desaparecidos, de reinos pretéritos y de poetas—, preguntó al ministro:

—¿Cómo es que os veo, padre, demudado, vencido por el desasosiego y los pesares? Recordad las sabias palabras del que dijo:

Que no se pena por siempre
el que sufre ha de saber:
igual que acaban las dichas,
pasan las penas también.

El ministro, al oír a su hija hablar de ese modo, le contó, de principio a fin, cuanto le había pasado.

—Padre mío —dijo ella—, os ruego encarecidamente que me caséis con el rey; pues, o bien me salvaré o bien seré rescate de las hijas de los fieles de Dios, a quienes tengo el propósito de librar de la muerte.

—No debes, por Dios te lo pido, arriesgar tu vida —dijo el padre.

—No hay más remedio —respondió ella.

—Temo —dijo el ministro— que te ocurra como les ocurrió al burro y al buey con el terrateniente.

—¿Y qué fue, padre —preguntó Shahrazad—, lo que les ocurrió?

—HUBO UNA VEZ, HIJA MÍA⁶ —comenzó a contar el ministro—, un terrateniente, rico tanto en bienes raíces como en bestias, con esposa e hijos, y a quien Dios, el Supremo, había infundido la ciencia de las lenguas de los animales y las aves. Vivía el tal en su hacienda, donde tenía un burro y un buey. Pues bien, cuando el buey iba adonde el burro, veía que el lugar estaba bien barrido

⁶ Comienza «El burro y el buey».

y regado, que en el pesebre no faltaban la paja y la cebada cernidas y que el animal solía estar echado muy a su gusto; de tarde en tarde lo montaba el amo por algún imprevisto, pero enseguida lo devolvía a su lugar de descanso. Cierta día —prosiguió el ministro de Shahriar y padre de Shahrazad— el hacendado oyó que el buey le decía al burro: «¡Qué vida tan regalada la tuya! Ya me ves a mí, agotado a todas horas, y tú ahí, tan a tus anchas, con tu cebada cernida, y eso que solo en contadas ocasiones has de servir al amo, pues se limita a montarte y volver, mientras que yo estoy siempre arando y moliendo». A lo que el burro respondió: «Yo te voy a decir, amigo buey, lo que has de hacer. Cuando vayas a salir al campo y te echen el yugo al cuello, tú tiéndete y no te levantes por más que te peguen, y, si te levantarás, tírate al suelo otra vez. Cuando vuelvan a ponerte, según tienen por costumbre, cáscaras de habas, tú ni las toques, como si estuvieras desganado; deja de comer y de beber un día o dos, o hasta tres, y ya verás cómo descansas de tanta fatiga y esfuerzo». Todo esto lo oyó el hacendado. Al día siguiente, el servidor que este tenía a su cargo para las labores del campo, le dio su forraje al buey, y el animal casi ni lo probó, y, cuando quiso llevárselo a arar, lo encontró como desmayado. El terrateniente le dijo entonces: «Llévate al burro y ara con él todo el día, en su lugar». Y así lo hizo el arriero: estuvo arando hasta la puesta del sol con el asno. Cuando, al final de la jornada, este volvió, el buey le agradeció su mucha amabilidad, que le había valido para descansar de sus fatigas todo el día. El burro no le respondió, arrepentido de sus palabras.

Al tercer día el labrador volvió a servirse de este último para arar, desde la salida hasta la puesta del sol. El burro volvió exhausto y con el cuello en carne viva. El buey le mostró su reconocimiento, y el asno dijo: «Yo estaba tan a gusto, y solo por metomentodo he salido perdiendo. Pero voy, de cualquier modo, a contarte —añadió— algo por tu bien, y es que he oído a nuestro amo decir: “Si el buey no se levanta de su sitio, llevadlo al carnicero para que lo degüelle y saque piezas de su piel”; de modo que estoy preocupado por lo que te pueda pasar. Tómallo como un consejo mío, y buenas noches». El buey, después de darle otra vez las gracias, exclamó: «¡Pues mañana saldré con ellos!»; dicho lo cual, comió de la paja que le habían puesto hasta que su lengua topó con el fondo del pesebre. Todo esto volvió a oírlo el mercader, quien, al alumbrar el nuevo día, salió con su mujer y ambos se dirigieron al establo, donde se sentaron. Vino el arriero y salió con el buey. Cuando este vio a su amo, movió el rabo con frenesí, se tiró varios pedos de alegría y echó a galopar. Al hacendado le entró tal ataque de risa que, echándose hacia atrás, tocó casi el suelo con la nuca. Su mujer le preguntó: «¿A qué vienen esas risotadas?». Él repuso: «Es por algo que he visto y oído, pero no puedo confiártelo, pues moriría». Ella le dijo: «¿A mí con esas? Ahora mismo me vas a contar de qué te estabas riendo, te cueste lo que te cueste». «¡Que no! Que no puedo decírtelo, pues me va la vida en ello». «Lo que pasa es que te estabas riendo de mí, lo sé», replicó la esposa, y siguió insistiéndole, hasta que el terrateniente, por no oírlo más, dio su brazo a torcer. De manera que llamó a sus hijos y mandó por el juez y los escribanos, para dictar su testamento antes de revelar su secreto y morir. Y es que, aun después de haber cumplido él los ciento veinte años, seguía teniéndole un gran amor a su mujer, que era prima suya, por parte de padre, y madre de sus hijos.

»El terrateniente —siguió refiriéndole a Shahrazad su padre— mandó luego por su familia y los vecinos, y les contó su historia: que cuando le revelase a alguien su secreto moriría. Todos los allí presentes le dijeron a la esposa: «Por Dios os rogamos que cejéis en vuestro empeño, para que no muera vuestro esposo y padre de vuestros hijos». Pero ella contestó: «¡Ni pensarlo!, no pienso

ceder; que me lo diga aunque tenga que morirse». Con eso zanjó el asunto. En ese momento el hacendado se levantó y fue al establo, para lavarse antes de contarles a todos su secreto y morir. Y resulta que el hombre tenía un gallo, señor de cincuenta gallinas, y asimismo un perro, a los que oyó el terrateniente conversar. El perro, en efecto, le dijo al gallo, en tono de reconvención: «Muy contento te veo a pesar de que nuestro amo está a punto de entregar el alma...». «¿Cómo es eso?», preguntó el gallo. El perro se lo explicó todo, y el gallo exclamó: «¡Es que a nuestro amo le falta seso! Cincuenta esposas tengo yo; a unas las tengo contentas, y a otras, disgustadas; pero todas, mal que bien, han de apañarse. Él, sin embargo, con una sola no sabe cómo arreglárselas... Le bastaría agarrar unas varas de morera, entrar donde la mujer y pegarle hasta matarla o hasta que se arrepintiera y ya no le preguntase nada más». Cuando el hacendado hubo oído las palabras que el gallo le dirigió al perro, volvió a sus cabales y se resolvió a darle una paliza a su mujer. Y el rey –le advirtió a Shahrazad su padre, llegando al fin de su relato– acabará haciendo contigo como hizo el terrateniente con su esposa.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—Pues que el hombre –siguió relatándole el ministro a su hija– cortó unas varas de morera, entró en la habitación, las escondió allí y le dijo a su esposa: «Ven, pasa tú sola, que pueda revelarte mi secreto sin que los demás me vean morir». Entró la mujer, el marido cerró la puerta con cerrojo y la golpeó hasta que ella cayó al suelo, sin sentido. Luego la esposa le dijo: «Me he arrepentido»; le besó muy contrita las manos y los pies, y salieron ambos de la habitación. Todos los presentes, incluida la familia de ella, se alegraron mucho y continuaron bien en lo sucesivo, hasta que se los llevó la muerte.

Shahrazad, aun después de oír el relato de su padre, siguió en sus trece:

—No hay más remedio, padre.

El ministro entonces preparó a su hija a toda prisa y la llevó a palacio. Shahrazad, por su parte, le había ya recomendado a su hermana Duniazad lo siguiente:

—Cuando vaya adonde el rey, te mandaré llamar. Una vez que estés a mi lado y veas que el soberano ha satisfecho su necesidad conmigo, dime: «Hermana, cuéntanos una historia maravillosa de las tuyas, que nos ayude a velar esta noche». Y yo te contaré una que, si Dios quiere, será nuestra salvación.

Se presentó, pues, el ministro con su hija ante el rey. Este, al verla, se alegró y dijo:

—Veo que me has traído lo que me hace falta.

—Sí –respondió el padre de la joven.

Más tarde, cuando el rey quiso satisfacerse, Shahrazad se echó a llorar, y él le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Sepa vuestra majestad –contestó– que tengo una hermana pequeña de quien me gustaría despedirme.

El rey mandó entonces por la hermana. Acudió esta, abrazó a Shahrazad y se sentó en el suelo, junto al lecho. Shahriar entonces desvirgó a la mayor. Cumplido lo cual, se sentaron los tres juntos, a conversar, y Duniazad le dijo a Shahrazad:

—¿Por qué no nos cuentas, hermana, haznos el favor, una historia que nos ayude a velar esta noche?

—De mil amores lo haría, si el rey me lo permitiese –respondió ella.

Cuando el rey, que estaba inquieto, oyó estas palabras, se alegró ante la perspectiva de oír una historia.

Y había caído ya **la noche 1** cuando Shahrazad dijo:

—TENGO NOTICIA, BIENAVENTURADO REY⁷, de que hubo un mercader, a quien no faltaban capital ni negocios por todo el país. Un día tomó su montura y se puso en camino para cerrar un trato. Cuando el calor apretó, se sentó debajo de un árbol, echó mano de su avío y se comió un mendrugo de pan y un dátíl. Cuando acabó de comerse el dátíl, tiró el hueso, y de repente apareció un *ifrit* de gran estatura, que, espada en mano, se le acercó y le dijo: «Levántate para que te mate como tú has matado a mi hijo». El mercader le preguntó: «¿Cómo he podido yo matar a vuestro hijo?». «El hueso del dátíl que te has comido le ha dado en el pecho, ocasionándole la muerte en ese mismo instante», repuso el *ifrit*. El mercader exclamó: «¡De Dios somos y a Él volvemos! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Si lo he matado, habrá sido por causa de una distracción mía, y os ruego que me perdonéis». El *yinn* repuso: «Pues te tengo que matar». Lo atrajo hacia sí, lo derribó y alzó la espada para matarlo. El mercader entonces se echó a llorar, exclamó: «¡A Dios confío mi destino!» y recitó:

«Tiempos hay arriesgados y seguros,
y días, ora claros, ora oscuros.
A quien se queja, di, de lo imprevisto:
"No hagas nunca de menos al peligro".
Si el viento, desatado un día sopla,
bosques enteros con su furia asola,
y, si mugre cubre la faz marina,
perlas hay esparcidas por sus simas.
Si el Tiempo de tu suerte se ha burlado
y del largo penar sufres los daños,
recuerda que al sol solo y a la luna,
de entre los astros, los eclipses nublan,
y, de las plantas, verdes sean o secas,
solo a las que dan frutos apedrean.
¡Bien hiciste al gozar de tus momentos
sin dejarte vencer por el reccelo!».

Mientras el mercader acababa de recitar los versos, el *yinn* le dijo: «Abrevia, pues voy a matarte de cualquier modo». «Habéis de saber, mi señor *ifrit* —dijo el mercader—, que soy hombre endeudado, que tengo propiedades y capital, hijos, esposa y garantías de las que responder. Os ruego, pues, que me permitáis ir a mi casa; yo le daré a cada uno lo suyo y luego me comprometo solemnemente a volver a vos a primeros de año, para que hagáis conmigo lo que os plazca. Y sea Dios garante de lo que digo». El *yinn*, con la certeza de que podía fiarse de él, le dejó marchar. Volvió entonces el mercader a su lugar, donde concluyó cuanto tenía pendiente y cumplió con sus compromisos. Les contó a su esposa e hijos lo que le había pasado; ellos lloraron, y lo mismo hicieron todos sus parientes, así como sus otras mujeres y retoños. El mercader les dio consejos

⁷ Comienza «El mercader y el *ifrit*».

para el futuro y pasó con ellos lo que quedaba del año. Al cabo del cual, tomó su mortaja bajo el brazo y se dispuso a partir, muy a su pesar; no sin antes despedirse de su esposa, de sus vecinos y de toda su gente, que formaron gran griterío y alboroto a su alrededor. Se puso, pues, en camino y no paró hasta llegar al huerto donde había tenido lugar su encuentro con el *yinn*. Era el primer día del año nuevo. Y estaba el mercader allí sentado, llorando por su desgracia, cuando llegó a él un venerable anciano que traía una gacela encadenada. El recién llegado le dirigió al mercader el saludo de la paz, o sea, el *salam*⁸; le deseó larga vida y le preguntó: «¿Por qué estáis aquí sentado, solo, en este lugar que es refugio de *yinns*?». El mercader le contó su historia con el *ifrit*, y el de la gacela, muy admirado, le dijo: «No hay duda, amigo, de que sois hombre de sólidos principios religiosos, y vuestra historia, tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría. Estoy resuelto a quedarme con vos —añadió, sentándose a su lado— hasta ver en qué acaba todo».

Y con él se quedó el anciano de la gacela, departiendo. A pesar de ello, el mercader, abrumado por su situación, se dejó llevar del miedo, de la pena y la zozobra. En esto se acercó a ellos un segundo anciano, que venía con dos galgos de color negro, y, después de saludarlos, les preguntó por el motivo de que estuvieran sentados en aquel lugar, siendo como era refugio de *yinns*. Ellos le contaron todo, y apenas se les había unido el de los galgos cuando se les acercó un tercer caminante, también de provecta edad, como los anteriores, que traía una mula torda. Los saludó, les preguntó por qué estaban allí sentados y ellos le contaron toda la historia, que sería ocioso repetir ahora. Y en esto se levantó, en medio de aquel terreno, un gran torbellino, que comenzó a moverse hacia ellos. No tardó el polvo en disiparse, dejando al descubierto al mismo *yinn*, que volvía con la espada desnuda en la mano y echando chispas por los ojos. Llegó hasta donde ellos, se acercó al mercader y le ordenó: «Levántate para que te mate como tú mataste a mi hijo, la prenda de mis entrañas». Atribulado por esas palabras, el mercader se echó a llorar, y, con él, dejaron también oír sus lamentos y sollozos los tres ancianos. Pero el primero de ellos —prosiguió Shahrazad—, el que venía con la gacela, recuperó la compostura, le besó la mano al *ifrit* y le dijo: «Escuchadme, mi señor *yinn*, qué digo, corona de los reyes de los *yinns*: si yo os contare mi historia con esta gacela, y os pareciese maravillosa, ¿me concederéis un tercio de la sangre de este mercader?». «Así se hará —repuso el *yinn*—: si me cuentas la historia y me parece maravillosa, te concederé un tercio de la sangre del mercader».

PUES SABED, SEÑOR *IFRIT*⁹ —dijo entonces el primer anciano—, que esta gacela es prima mía, hija del hermano de mi padre, de mi misma carne y sangre, pues; que la desposé siendo ella de tierna edad, y con ella viví unos treinta años sin que me hiciera padre. Tomé, por ello, una concubina, quien sí me dio un hijo varón, que más parecía la luna llena, pues eran hermosos sus ojos, finas sus cejas y proporcionados todos sus miembros. El muchacho fue medrando hasta que cumplió los quince años. Un día me surgió, por causa de cierta operación comercial, un viaje a otra ciudad, y hacia allá partí. Mi prima, o sea, esta gacela, que había aprendido la magia y la hechicería desde niña, convirtió a mi hijo en un becerro y a su madre, la sierva, en una vaca, y se los entregó al pastor. Cuando volví, al cabo de la larga temporada que pasé viajando, pregunté

⁸ A lo largo de toda la obra son muy frecuentes las referencias a la fórmula árabe islámica de salutación o *salam*: *assalamu aléikum*, esto es, «la paz sea con vos(otros)», cuyo uso u omisión puede ser muy significativo en determinadas ocasiones, como se irá viendo.

⁹ Comienza la historia de «El primer anciano».

por mi hijo y por la madre de este, y mi esposa me dijo: «Tu concubina ha muerto, y tu hijo ha huido, no sé a dónde».

Durante un año —prosiguió el anciano de la gacela— estuve en mi casa, sin salir, con el corazón triste y los ojos llorosos, hasta que llegó la sagrada Fiesta del Sacrificio, y, con esa ocasión, mandé llamar al pastor y le encargué una vaca cebada. Él me la trajo, o sea, me trajo una vaca que era en realidad mi concubina, hechizada por esta gacela que aquí veis. Me arremangué, tomé el cuchillo y me apresté a degollarla, pero la vaca comenzó a chillar y a llorar con gran angustia. La solté, movido por la compasión, me levanté y ordené al pastor que la sacrificara por mí. Él entonces la degolló y la desolló, pero no encontró en ella grasa ni carne, sino solo piel y hueso. Me arrepentí entonces, ya demasiado tarde, de haberla matado, se la di al pastor y le dije que me trajese un ternero cebado. Él me trajo a mi hijo, convertido en ternero por encantamiento, el cual, nada más verme, rompió la cuerda, se frotó contra mí y se echó a llorar. Como aquello me conmovió, le dije al pastor: «Tráeme otra vaca y deja vivo a este ternero». Entonces mi prima, o sea, esta gacela, me dijo a voces: «¡Cómo! ¡Tienes que degollarlo! Por fuerza has de matarlo este día tan señalado. ¡Es que no sabes que en la Fiesta Grande hay que sacrificar lo mejor? Y, este ternero es el más cebado y lustroso». «Pero piensa —repuse yo— en la vaca que acabo de degollar porque tú me lo dijiste... ¡Buena decepción nos hemos llevado! ¡Qué provecho hemos sacado de ella? Nada en absoluto, ¿verdad? ¡Ojalá no la hubiese degollado! Ahora no voy a consentir que me obligues a matar a este ternero». A lo que ella repuso: «¡Como que hay un solo Dios y como que es Clemente y Misericordioso, que has de degollarlo hoy, y, si no lo haces, dejaré de ser tu mujer, y tú mi marido!». Al oír estas palabras, cuyo verdadero propósito se me ocultaba, me volví hacia el ternero y empuñé el cuchillo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana exclamó:

—¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

—No tanto —repuso ella—, ni mucho menos, como lo que os contaré la noche que viene si el rey me dejase vivir.

A lo que el rey, dirigiéndose a sí mismo, dijo:

—De ningún modo pienso matarla, para poder oír lo que falta de la historia.

Se quedaron los tres dormidos y pasaron la noche abrazados. Ya de mañana, Shahriar fue a la sede de su gobierno, adonde acudió el ministro, con la mortaja para su hija bajo el brazo. El rey pasó el día resolviendo litigios, nombrando a unos y deponiendo a otros de sus cargos, sin informar de nada de lo ocurrido a su ministro, quien, al cabo, se llevó una gran sorpresa. El consejo de gobierno, más tarde, concluyó su jornada cotidiana y el rey Shahriar volvió a palacio.

Y, cuando ya caía **la noche 2**, Duniazad le dijo a su hermana Shahrazad:

—Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando, la del mercader y el *yinn*.

—De mil amores la acabaré, si su majestad me concede su permiso —respondió ella.

—Puedes hablar —le dijo el rey.

—Tengo noticia —prosiguió, pues, Shahrazad—, rey bienaventurado y juicioso soberano, de que al mercader se le ablandó tanto el corazón al ver llorar al ternero que dijo al pastor: «Vuelve a

dejar a este ternero con los animales». El *yinn* seguía expectante la maravillosa historia; de modo que el anciano de la gacela avanzó en su relación:

Todo esto ocurría, mi señor y rey de reyes entre los *yinns*, en presencia de mi prima y esposa, que miraba y me seguía instigando: «¡Degüella a ese ternero, que está bien cebado!». Pero, como a mí no me resultó posible hacerlo, le ordené al pastor que se lo llevara, y así lo hizo él. Al día siguiente estaba yo tranquilamente en mi casa cuando el pastor vino a mí y me dijo: «Señor, mucho me honraría daros una noticia que sin duda os ha de alegrar». «Adelante», dije yo. «Ilustre mercader y señor mío –dijo él–, soy padre de una hija que, siendo aún una niña, aprendió magia de una anciana que teníamos en casa. Pues bien, ayer, cuando me disteis el ternero, entré con él donde mi hija, quien se cubrió el rostro y se echó a llorar; aunque luego, riéndose, me preguntó: “¿En tan poco me tenéis, padre, que entráis con varones extraños donde yo me hallo?”. Yo le pregunté: “¿Dónde están esos varones, y por qué has llorado primero y luego te has reído?”. Ella me contestó: “Ese ternero que traéis es el hijo de nuestro patrono, pero bajo el encantamiento de su esposa, que los hechizó a él y a su madre, la concubina. Por eso me he reído. Y, si he llorado, ha sido por la madre del muchacho, a quien el patrono ha degollado”. Mucho me admiraron sus palabras –prosiguió el pastor–, y, no bien he visto que clareaba el día, he venido a vos para contaroslo».

Cuando oí, mi señor *yinn*, las palabras del pastor, salí con él, embriagado sin haber catado vino, por la mucha alegría que me dio, y así seguí hasta que llegué a su casa. La hija del pastor me dio la bienvenida, me besó la mano, y, a continuación, el ternero se me acercó y se frotó de nuevo contra mí. Entonces le pregunté a la hija del pastor: «¿Es verdad lo que dices de este ternero?». Ella repuso: «Sí, mi señor, es vuestro hijo, la prenda más preciada de vuestras entrañas». Le dije: «Muchacha, si lo liberas, tuyas son todas las bestias y demás propiedades más que están al cuidado de tu padre». Ella sonrió: «No es, señor, riqueza lo que deseo. Pongo, sin embargo, dos condiciones: la primera, que me caséis con él, y la segunda, que me permitáis encantar y retener en su nueva condición a quien lo hechizó a él, pues, de lo contrario, nunca estaréis a salvo de su perfidia». Cuando oí, mi señor *yinn*, las palabras de la hija del pastor, le prometí: «Te daré ciertamente a mi hijo, además de todos los bienes que están al cuidado de tu padre. En cuanto a la sangre de mi prima, lícito es que dispongas asimismo de ella». Cuando la hija del pastor hubo oído mis palabras, tomó una taza, la llenó de agua, pronunció un conjuro y asperjó con ella al ternero, diciendo: «Si Dios te creó ternero, mantén tus atributos y no cambies; pero, si te han encantado, vuelve a tu primera naturaleza». Y el ternero al punto se sacudió y se tornó humano. Me eché entonces –prosiguió el anciano de la gacela– en brazos de mi hijo: «Cuéntame, por Dios te lo pido, todo lo que mi prima hizo contigo y con tu madre». Él me relató lo que les había sucedido y yo le dije: «Hijo mío, Dios te ha enviado a la persona que podía liberarte y restituir tu derecho». Al poco, mi señor *yinn*, le di a mi hijo por esposa, en efecto, a la hija del pastor; quien convirtió, por encantamiento, a mi prima en esta gacela y me explicó: «Mirad, señor, que ha adoptado una forma y apariencia vistosas, de las que de ningún modo pueden suscitar rechazo ni repugnancia». Después de eso la hija del pastor permaneció con nosotros días y noches, noches y días, hasta que el Altísimo la eligió para Sí. Mi hijo, al verse viudo, emprendió viaje a la India, que es precisamente el país de este pobre hombre con quien habéis tenido, señor *yinn*, vuestros más y vuestros menos. Yo entonces tomé conmigo a esta gacela, mi prima, y me puse en camino, en busca de noticias de mi hijo. Y mis pasos me han traído hasta este lugar, donde me he encontrado con estos buenos hombres. Les he preguntado, y, al saber lo ocurrido a este mercader,

me he sentado a ver en qué paraba la cosa. Y esa es mi historia. El *yinn* no tuvo más remedio que reconocer: «Una historia maravillosa. Te concedo un tercio de su sangre». Entonces –continuó Shahrazad– se adelantó el segundo anciano, el de los dos galgos, y dijo:

SABED, SEÑOR ENTRE LOS SOBERANOS DE LOS *YINNS*¹⁰, que estos perros son mis dos únicos hermanos. Que cómo puede ser, os preguntaré. Pues yo os lo voy a contar. Murió mi padre y nos dejó en herencia tres mil dinares. Abrí tienda y me dediqué a comprar y vender, y lo mismo hicieron mis hermanos. Uno de ellos, el mayor, vendió cuanto poseía por mil dinares, adquirió género para lanzarse al comercio y partió de viaje. Un año entero pasó lejos de nosotros, con las caravanas. Y un día estaba yo en mi tienda cuando ante mí se detuvo un mendigo. Le dije: «Dios te ayude, buen hombre», a lo que él respondió entre lágrimas: «Veo que no me reconoces». Al darme cuenta de que no era otro que mi hermano, me levanté, lo recibí con los brazos abiertos y lo invité a pasar al interior de la tienda, donde le pregunté cómo había llegado a aquella situación. Él me contestó: «No me preguntes, hermano, pues los negocios son como son, y las circunstancias no las elige uno». Lo acompañé entonces a los baños, le di un traje completo mío para que se vistiera y lo alojé en mi casa. Saqué luego cuentas de lo que había yo vendido y me encontré con que había ganado mil dinares, que, sumados a lo que al principio tenía, suponían un monto de dos mil. Dividí aquella suma a partes iguales con mi hermano y le dije: «Hazte cuenta de que no te marchaste ni tuviste que estar lejos de tu tierra». Él aceptó gustoso lo que yo le entregaba y abrió tienda.

Pasado que hubo un tiempo, mi segundo hermano, que es este otro perro, vendió cuanto tenía con la intención de emprender asimismo viaje de negocios. Tratamos de impedirselo, pero él hizo oídos sordos y se marchó con una cuadrilla de mercaderes. Un año entero estuvo ausente, hasta que un día vino a mí reducido también a la condición de pordiosero, como el otro. Yo le dije: «¿No te aconsejé, hermano, que no debías emprender viaje?». Él se echó a llorar: «Ay, hermano, era lo que Dios, el Santo, el Excelso, me tenía reservado. De nada sirvieron aquellas sabias palabras tuyas, y ahora estoy arruinado; no me queda ni un solo dírham en la bolsa y, como puedes ver, carezco hasta de una decente camisa con que cubrir mi desnudez». Pues sepa mi señor *yinn* que yo entonces lo tomé del brazo, lo acompañé a los baños, le ofrecí un traje nuevo de los míos y lo llevé a mi tienda. Después de haber comido y bebido juntos, le dije: «Voy a calcular las ganancias que haya hecho estos años, y todo lo que exceda del capital inicial lo repartiré contigo». Ajusté la cuenta y hallé que disponía de un total de dos mil dinares; loé, por ello, al Altísimo, y, muy satisfecho, repartí aquella suma a medias con mi hermano, quien también abrió tienda.

Pero pasado un tiempo –prosiguió el de los galgos– mis dos hermanos quisieron emprender un nuevo viaje y que yo los acompañara. Yo, que no quería, les pregunté: «¿Qué habéis ganado en vuestros viajes para que yo desee unirme a vosotros?». Ellos insistieron, pero yo no me avine. Y, en lugar de viajar, mantuvimos nuestros negocios durante un año, sin que ellos dejaran de proponerme que partiéramos, a lo que yo siempre me negaba. Transcurrido que hubieron otros cinco, accedí a irme con ellos, pero les propuse: «Vamos a contar el dinero que tenemos entre los tres». Para mi sorpresa ellos no disponían de nada; se lo habían gastado todo por su mucha afición a la comida, la bebida y los placeres. En lugar de decirles nada ni hacerles reproche alguno, me dispuse a calcular cuál era el monto total del dinero y bienes con los

¹⁰ Comienza la historia de «El segundo anciano».

que podía contar. Y, como quiera que disponía yo a la sazón de seis mil dinares, les dije: «Con tres mil dinares contamos para mercadear». Y enterré los otros tres mil, para que no me pasara a mí como antes a ellos, sino que pudiéramos, aun en el peor de los casos, abrir de nuevo las tiendas. A ellos les pareció bien, y yo repartí entre nosotros los tres mil que no enterré, mil para cada uno. Hicimos acopio de género y de los pertrechos necesarios para el viaje, fletamos una embarcación y partimos. Un mes entero estuvimos navegando hasta que llegamos a cierta ciudad donde vendimos nuestra mercancía con una ganancia del diez por uno. Cuando ya íbamos a reemprender la travesía, nos encontramos, a la orilla del mar, a una doncella con la ropa hecha jirones, quien me besó la mano y me dijo: «Señor, ¿me haríais una merced por la que, a buen seguro, recibiríais recompensa?». «Sí –le dije yo–, podéis contar con mi favor y merced, incluso aunque queden sin retribuir». «Casaos conmigo, señor –repuso la joven–, y llevadme a vuestro país, pues a vos me entrego; hacedme esa merced, que bien sabré yo pagarosla, y tened por seguro que no os defraudaré». Al oír sus palabras, se me ablandó el corazón ante lo que era un Decreto de Dios, el Santo, el Excelso. De manera que la tomé a mi cargo, la vestí, la alojé lo mejor que pude a bordo, puse a su disposición cuanto era menester y la honré. Al hacernos a la mar, mi corazón le había tomado tanto afecto que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Tan absorto estaba que me olvidé de mis hermanos, quienes, envidiosos de mi suerte, codiciaban mis ganancias con tal ardor que ni pegaban ojo por las noches. Lo cierto es que mis mercancías se habían multiplicado, y ellos, al ver mi riqueza, ansiaban quedarse con todo. Hablaron, pues, de acabar conmigo y adueñarse de lo mío: «Matemos a nuestro hermano, y toda la riqueza será nuestra». Satanás les embelleció lo que planeaban, y una noche vinieron a mí mientras dormía junto a mi desposada y me arrojaron al mar. Despertó ella, se sacudió y resultó ser una *ifrit*. Me rescató del agua y me llevó a un lugar en la costa; me dejó y se ausentó por poco tiempo.

A la mañana siguiente –prosiguió el anciano de los galgos– volvió la joven y me dijo: «Soy yo, vuestra mujer, quien os ha traído aquí salvándoos de una muerte cierta, con la venia del Altísimo. La verdad es que mi condición es la de *yinn*, y nada más veros, mi corazón se enamoró de vos en Dios; porque habéis de saber que creo en Él y en Su Enviado, a quien Dios bendiga y dé la paz. Me acerqué, pues, a vos con la apariencia bajo la que me visteis y me desposasteis. Ahora os he salvado de morir ahogado, y estoy furiosa con vuestros hermanos, a quienes voy a matar». Cuando oí su historia, me quedé admirado, le di las gracias por lo que había hecho y le dije: «Quitarles la vida a mis hermanos no me parece bien». Le conté lo que me había pasado con ellos, de principio a fin, y, después de oír mis palabras, dijo: «Esta misma noche volaré hasta donde estén, hundiré su embarcación y los haré morir». «¡No, por Dios –exclamé–, no hagáis eso! ¿No dice el refrán: “sé compasivo con quien te hizo mal; bastante tiene ya con su maldad”? Además, de todas maneras, hermanos míos son». «Tengo que matarlos», insistió la *yinn*, y yo seguí intentando aplacarla. Al cabo de un rato salió volando llevándome con ella y me dejó en la terraza de mi casa. Abrí las puertas y desenterré las monedas que había ocultado. Presenté luego mis respetos a unos y otros, compré género nuevo y volví a abrir la tienda. Cuando, ya de noche, volví a mi casa, me encontré con estos dos perros, allí atados. Nada más verme, se levantaron ambos, vinieron a mí y se echaron a llorar. Entonces oí a mi esposa decir: «Son vuestros hermanos». «¿Y quién les ha hecho eso?», pregunté. Ella repuso: «Les mandé a mi hermana, que los dejó como veis. Y así seguirán hasta dentro de diez años». Pues bien, mi señor *yinn*, venía yo de camino en busca de mi cuñada, para que libere a mis hermanos, que llevan ya diez años en ese estado, cuando vi a este

honrado mercader, que me contó lo que le había ocurrido. Y no he querido dejar de presenciar la suerte que corría. Esa es mi historia.

—El *yinn* —prosiguió Shahrazad— no tuvo más remedio que reconocer que la historia era maravillosa y dijo, por tanto: «Te concedo un tercio de su sangre». Y tengo noticia de que entonces se adelantó el tercer anciano, el de la mula, y le dijo al *yinn*: «Voy a contaros, mi señor *ifrit*, una historia aún más maravillosa que las anteriores, y, si quedáis conforme, habréis de otorgarme el resto de la sangre del mercader, con lo que habrá satisfecho el precio de su delito». «En eso quedamos», contestó el *yinn*.

PUES SABED, SEÑOR Y CAUDILLO DE LOS *YINNS*¹¹ —comenzó a contar el anciano—, que esta mula era antes mi esposa. Hace ya tiempo, y por motivos que no vienen al caso, hube de emprender un viaje que me tuvo fuera un año entero, al cabo del cual regresé a ella de noche, y me la encontré en la cama con un esclavo negro: ambos se dirigían palabras galantes, se hacían arrumacos, se refan, se besaban, se entregaban a la querella de cuerpos. Cuando mi mujer me vio, se levantó a toda prisa, se me acercó con un cantarillo de agua sobre la que pronunció ciertas palabras, y me asperjó diciendo: «Sal de esa forma y toma la de un perro», y, en efecto, al punto me convertí en perro. Ella me echó entonces de la casa, salí por la puerta y anduve vagando hasta que llegué a la tienda de un carnicero. Me acerqué y empecé a comer de los huesos que allí había. El hombre luego me llevó a su casa. Cuando la hija del carnicero me vio, se cubrió el rostro y le dijo: «¿Venís, padre, con un varón y lo metéis en casa?». «¿Dónde está ese varón?», preguntó el padre. «A ese perro —respondió ella— lo ha encantado su mujer y yo puedo liberarlo». El carnicero dijo: «Debes hacerlo, hija mía». La muchacha tomó un cantarillo con agua, pronunció sobre ella ciertas palabras y me asperjó diciendo: «Sal de esa forma y torna a la tuya propia». Volví, pues, a mi primera condición, la humana, le besé la mano a mi benefactora y le dije: «Quiero que encantantes a mi esposa como ella me encantó a mí». La muchacha me dio un poco de aquella agua y me dijo: «Cuando la veas dormida, aspérgjala con esta agua y se convertirá en lo que a ti mejor te parezca». Y así lo hice. La encontré dormida, y la asperjó diciendo: «Sal de esa forma y toma la de una mula», y es, desde entonces, esta que veis con vuestros propios ojos, sultán y caudillo de los reyes de los *yinns*. El anciano se volvió entonces hacia la mula y le preguntó: «¿Es cierto lo que he contado?». La mula movió la cabeza asintiendo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras. Su hermana Duniazad exclamó:

—¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

—No tanto —repuso ella—, ni mucho menos, como lo que os contaré la noche que viene si el rey me dejase vivir.

—No pienso, desde luego —se dijo el rey para sí—, matarla, pues deseo seguir oyendo lo que cuenta, que es maravilloso.

Y durmieron, abrazados, hasta la mañana siguiente. El rey salió hacia la sede de su gobierno, adonde acudieron también el primer ministro y los mandos del ejército. Se abrió la sesión, y el soberano resolvió, puso, depuso, prohibió y ordenó hasta el final de la jornada. Se disolvió entonces el consejo y el rey Shahriar regresó a sus estancias.

¹¹ Comienza la historia de «El tercer anciano».

Y, cuando ya caía la **noche 3**, y el rey hubo satisfecho su necesidad con Shahrazad, la hermana de esta, Duniyazad, dijo:

—Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando.

—De mil amores —repuso Shahrazad, retomando su relato—. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el anciano de la mula terminó su historia, que resultó ser aún más maravillosa que las dos anteriores, el *yinn*, muy emocionado, le concedió el tercio que quedaba de la sangre del mercader, a quien dejó libre. El hombre se acercó entonces a los tres ancianos y les dio las gracias, a lo que ellos respondieron deseándole la paz y dándole sus parabienes por que hubiera salido indemne de aquel trance, y cada uno de ellos se marchó a su país. Pero aún más maravillosa, si cabe —prosiguió Shahrazad—, es la historia del pescador.

—¿Y cuál —preguntó Shahriar— es la historia del pescador?

—TENGO NOTICIA¹², bienaventurado rey —contestó Shahrazad, iniciando un nuevo relato—, de que hubo un pescador, hombre entrado ya en años, con esposa y tres hijos, y de condición humilde. Tenía por costumbre echar la red cuatro veces al día, ni más ni menos. Un día, a primera hora de la tarde, se acercó a la costa, dejó su cesta en el suelo, se subió los faldones de la camisa para meterse en el agua, lanzó la red y esperó paciente a que se asentara en el fondo. Al cabo de un rato juntó las cuerdas y notó el peso. Trató de tirar de ellas y, al ver que no podía, se fue tierra adentro con un extremo, plantó una estaca y allí lo ató. A continuación se desnudó y, esforzándose con denuevo bajo las aguas, consiguió al fin sacar la red. Muy contento, se vistió de nuevo, fue hacia ella y se encontró con que dentro había un asno muerto que, encima, había desgarrado la red. Al verlo, se entristeció y exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso!». Luego añadió: «¡Vaya ganancia la mía!», y declamó estos versos:

«Tú, que la ruina buscas, de tinieblas rodeado:
si de nada te sirve, ¿por qué te afanas tanto?
¿No ves que el pescador, por buscarse sustento,
se aventura en el mar con los astros por techo,
y con valor afronta los golpes de las aguas
con los ojos clavados de la red en la panza;
por que acaso la noche le ilumine un pescado,
cuya boca el mortal gancho haya atravesado,
para que se lo compre quien, guardado del frío,
de noche duerme en casa, bien comido y tranquilo;
quien, tras sereno sueño, descansado despierta,
habiendo disfrutado de una hermosa gacela...?
Unos viven felices mientras que otros sufren;
lo que pescan los pobres les da a los ricos lustre».

Pronunciado que hubo estas palabras, se dijo a sí mismo: «¡Venga, no desfallezcas, y Dios te ayude a no perder la noble entereza!», y recitó:

«Si el infortunio aprieta, cúbrete con la túnica
de la noble entereza de quienes no se turban.
Solución a tus penas, de los hombres no esperes,
mas pídele al Clemente que castigue a los crueles».

¹² Comienza «El pescador».

A continuación sacó de la red al asno muerto, la estrujó bien y la extendió. Al cabo de un rato bajó otra vez a la orilla, lanzó la red invocando a Dios y esperó paciente a que se asentara en el fondo. Luego tiró de ella y notó que pesaba y costaba moverla, más aún que la vez primera. Creyendo que ahora sí habría peces, ató las cuerdas, se desnudó y buceó alrededor de la red hasta que consiguió sacarla a tierra; pero se encontró con que dentro había una gran tinaja llena de arena y barro. Cuando vio aquello se entristeció, y recitó las palabras del poeta:

«Días crueles, ¡hasta ya!
¿No podéis tener piedad?
Ni la suerte me ha tocado
ni me socorren mis manos;
salgo a buscar mi sustento
y menos que nadu encuentro.
El torpe a los astros llega
y el sabio eclipsado queda».

Se deshizo de la tinaja, estrujó y limpió la red, pidió perdón a Dios por sus pecados y volvió al mar por tercera vez. Lanzó la red y esperó paciente a que se asentara en el fondo; luego tiró de ella, y lo único que encontró fueron restos de loza, botellas rotas y huesos. El pescador, muy disgustado, repitió entonces las palabras del poeta:

«En lo que hace al Destino ni sueltas ni sujetas,
y nada garantizan el cálamo y las letras.
Si sabes que el azar la dicha la reparte,
disfruta con lo tuyo; lograr más no pretendas...
Mientras que alcanza cimas quien menos lo merece,
al más inteligente su suerte lo condena.
Preferible es la muerte que seguir en un mundo
que enaltece a los patos y al gavilán desdeña.
Cuando hasta el más inútil se hace el amo de un reino,
no extraña que el mejor luche con la miseria.
Hay aves que al alcance tienen cuanto apetecen,
y otras que, por vivir, han de cruzar la tierra».

Luego, levantando los ojos al cielo, exclamó: «¡Bien sabéis, Dios mío, que yo nunca lanzo la red más de cuatro veces, y hoy ya van tres!» y, pronunciando de nuevo Su santo Nombre, lanzó la red y esperó paciente a que se asentara en el fondo. Pasado un tiempo trató de tirar de ella, y, al comprobar que le resultaba imposible moverla, exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!», y recitó:

«¿Qué clase de existencia llevo?
Solo me ofrece sufrimientos.
Si al alba se muestra risueña,
es que con la noche habrá penas...
Pero, cuando buscan dichosos,
hacia mí se vuelven los ojos».

Volvió, pues, a desnudarse y buceó alrededor de la red hasta que consiguió sacarla a tierra. La abrió y se encontró con que dentro había una vasija de latón, llena y con un tapón de plomo

en el que habían estampado el Sello de nuestro señor Salomón¹³ hijo de David, con ambos sea la paz. Cuando el pescador vio aquello, se dijo, muy contento: «La venderé en el mercado del cobre, y me darán no menos de diez dinares de oro». Al moverla la notó pesada, y, tras comprobar que estaba herméticamente cerrada, se preguntó: «¿Qué habrá dentro? Tengo que abrirla y ver lo que contiene; me lo echaré en la alforja y lo venderé». Sacó entonces un cuchillo con el que consiguió desprender el plomo que sellaba la vasija; la puso sobre el suelo y la sacudió para que cayera lo que hubiese dentro. Pero, en lugar de caer nada, lo que le extrañó mucho, de la vasija empezó a salir un humo que ascendió hasta lo más alto del cielo y luego se movió por la faz de la tierra. Salió el humo todo junto, y se convirtió en un *ifrit*, cuya frente, aun con los pies hincados en el polvo del suelo, topaba con las nubes. La cabeza le abultaba más que la cúpula de un gran edificio, sus manos parecían perchas de marinos y sus piernas mástiles; la boca, más que boca, era una cueva, los dientes rocas, las narices calderos y los ojos luminarias; todo, bajo una abundante mata de pelo gris desordenado.

El pescador, al ver a aquel *ifrit* descomunal, se echó todo él a temblar, los dientes le crujieron, se le secó la saliva y se le nubló la vista. Cuando el temible *yinn*, por su parte, vio al pescador, dijo en voz alta: «No hay más que un Dios y Salomón es Su profeta¹⁴». Y luego añadió: «¡Profeta de Dios, os ruego que no me matéis! No volveré a llevaros la contraria ni a desobedecer vuestras órdenes». El pescador le preguntó: «¿Cómo es que dices, *yinn* insurrecto, “Salomón es el profeta de Dios”, por más que Salomón hace ya mil ochocientos años que murió, y ahora estamos al final de los tiempos? Cuéntame tu historia y dime a qué se debe que estuvieras en esa vasija». El *ifrit*, al oír estas palabras, exclamó: «¡No hay más que un Dios! ¡Tengo un importante anuncio que hacerte, pescador!». «Algo bueno será, ¿no?», preguntó el pescador. «Que voy a darte –dijo el *yinn*–, en este punto y hora, la peor de las muertes». El pescador dijo: «Pues por ese anuncio mereces, por muy jefe de los *ifrīts* que seas, perder la protección divina. ¡Ay de ti! ¿Por qué has de matarme? ¿Qué puede impulsarte a acabar conmigo, siendo yo quien te ha liberado de la vasija, quien te ha salvado del fondo del mar y te ha puesto sobre tierra firme?». Pero el *ifrit* no se inmutó: «Dime qué muerte prefieres o, en otras palabras, cómo quieres que te mate». El pescador volvió a preguntar: «¿Y qué culpa he cometido yo para llevarme semejante castigo?», a lo que el *ifrit* repuso: «Oye mi historia, pescador». Y el pescador: «Habla, pero que tus palabras sean breves, porque el alma se me sale casi por las narices». El *ifrit* le relató lo siguiente:

SABE, PESCADOR¹⁵, que soy uno de los *yinns* que, con Sajr, mi distinguido congénere, se rebelaron contra Salomón hijo de David, con ambos sea la paz. Mi señor Salomón entonces envió a su ministro, Ásaf hijo de Barjás, a buscarme, y este, valiéndose de una treta, se las arregló

¹³ A Salomón, reconocido como profeta en el Corán, la tradición islámica le atribuye la posesión de un anillo o sello que le confería poder sobre los *yinns*. Varios pasajes coránicos, tales como XXVII (Las hormigas), 17, y XXX-VIII (*Sad*), 36-37, hablan, en efecto, de demonios y *yinns* a su servicio, junto con el viento, las aves y los humanos. En cuanto a la inscripción o grabado de dicho sello, hay, al menos, dos versiones: una tradición, coincidente con lo relatado aquí, afirma que llevaba el nombre de Dios (ya fuese el conocido, *Allah*, ya el desconocido, de gran valor para algunas corrientes esotéricas); otra, en contraste, sostiene que llevaba una estrella de seis puntas, símbolo, que, en consecuencia, se ha utilizado con profusión en sociedades islámicas por las virtudes protectoras que se le suponen.

¹⁴ Esta declaración reproduce la profesión de fe islámica («No hay más que un Dios y Mahoma es Su enviado»), pero ajustándola, según la lógica del relato, al tiempo de Salomón, cuya misión profética era lo más reciente que el *yinn* podía conocer cuando fue encerrado.

¹⁵ Comienza la historia de «El *yinn* encerrado en la vasija».

para conducirme, humillado, a la presencia del profeta y rey. Cuando Salomón me vio, Le pidió a Dios socorro contra mí, y me recomendó que tuviera fe y me sometiese a su obediencia, a lo que yo me negué. Mandó entonces que trajeran esta vasija, me encerró en ella y la selló con un tapón de plomo sobre el que estampó el Nombre Más Grandioso. Hecho esto, los *yinns*, obedeciendo sus órdenes, me cargaron y arrojaron al mar. Allí pasé cien años, al cabo de los cuales me dije: «Si alguien me salva lo haré rico para siempre». Pasaron otros cien y nadie me salvó. Doscientos años llevaba ya, pues, encerrado, cuando me dije: «Quien me salve tendrá todos los tesoros de la tierra», pero nadie me salvó. Transcurridos cuatrocientos años más, me dije de nuevo: «A quien me salve le concederé tres ducados», pero nadie me salvó. Llevado entonces de la ira, me prometí que mataría a quien, a partir de ese momento, me salvara, dejándole elegir, eso sí, cómo había de morir. Tú me has salvado, y yo, en consecuencia, te he preguntado qué muerte prefieres.

Cuando el pescador—siguió contando Shahrázad—hubo oído las palabras del *ifrit*, se lamentó: «¡Qué cosa, Dios mío! ¡Y yo he tenido que venir a salvarte precisamente ahora! Déjame vivir y que Dios te deje vivir a ti; no me mates, no sea que Dios le permita a alguien matarte a ti». «No tengo más remedio que quitarte la vida; dime ya cómo quieres morir», fue la respuesta del *ifrit*. De esta manera el pescador se cercioró de lo que le esperaba, y el *yinn* insinuación se reafirmó en su intención. Pero el primero insistió: «Perdóname la vida, ya que te he liberado». «Precisamente por haberme salvado es por lo que te voy a matar», repuso el *ifrit*. Entonces dijo el pescador: «¿De manera que te hago un bien, maestro de los *yinns*, y tú me pagas con una iniquidad? No andaba descaminado quien dijo:

Los favores que hicimos con males nos pagaron;
tal es el proceder de las almas rastreras.
El mismo premio obtiene quien ayuda a un extraño
que el infeliz que quiso socorrer a la hiena¹⁶».

Al oír esto, dijo el *ifrit*: «No sigas haciéndote ilusiones, porque te tengo que matar». El pescador rumió para sus adentros: «Este es un *yinn* y yo un ser humano. Dios me ha concedido el pleno uso de la razón; voy, pues, a arreglármelas para acabar, valiéndome de mi astucia y mi entendimiento, con un ser que con tanta maldad se conduce». Y a continuación le preguntó al *yinn*: «¿Estás resuelto a matarme?» «Sí», dijo el otro. «Pues, antes, voy a preguntarte una cosa, y, por el Nombre Más Grandioso, que grabado está en el Sello de Salomón, te conmino a que me digas la verdad». «Te la diré—aseguró el *ifrit*, quien, al oír hablar del Nombre Más Grandioso, se turbó y conmovió—. Pregunta, pero sé breve». «¿Cómo puede ser—le preguntó el pescador—que estuvieras dentro de esa vasija, si en ella no te cabría ni un pie ni una mano, tanto menos todo tú entero?». «¿Es que no te crees—preguntó el *ifrit*—que yo estaba encerrado en esa vasija?». El pescador contestó: «No, no me lo creo, ni me lo creeré nunca hasta que lo vea con mis propios ojos».

¹⁶ El relato del hombre que socorrió a la hiena es un equivalente del refrán «cría cuervos y te sacarán los ojos» y se ha utilizado en la literatura islámica para recomendar precaución a la hora de hacer favores. El mismo Muhyiddín Ibn al-Árabi, el gran místico marroquí que vivió entre los siglos XII y XIII, se extiende sobre la cuestión, mostrándose partidario de tales precauciones, y recoge unos versos que debían de ser conocidos, donde se cuenta la historia y se hace explícita la moraleja (*Mulhádarat al-abrar wa-musámarat al-ajyar*, Beirut: Dar Sâder, s.d., vol. II, pág. 160): «Quien a desconocidos favorece / se expone al mismo fin que el de la hiena. / La acogió al encontrarla ante su umbral, / leche le dio a beber de sus camellas, / y, cuando con el tiempo hubo medrado, / descuartizó a su salvador la fiera. / Así es como pagan los ingratos / la ayuda que otros por bondad les prestan».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 4**, Duniyazad dijo a su hermana:

—Acaba, si no estás dormida, la historia que nos estabas contando.

Shahrazad reanudó su relato:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el pescador le dijo al *ifrit* que de ningún modo se creería su historia si no lo vefía con sus propios ojos dentro de la vasija, el *yinn* se sacudió de repente y se convirtió en humo, que, primero, ascendió por el aire y luego se concentró y fue metiéndose poco a poco en el recipiente hasta que estuvo todo dentro. El pescador se apresuró entonces a cerrar la vasija con el sello de plomo; hecho lo cual le dijo al *yinn* a voces: «¡Elige ahora tú la muerte que prefieras! Te voy a arrojar al mar, y me voy a construir una casa en este lugar, y a cuantos se acerquen a pescar les advertiré que en el fondo hay un *ifrit* desaforado, que da a elegir entre las distintas maneras de morir a quien quiera que lo haya sacado de su prisión».

Cuando el *ifrit* oyó estas palabras, trató de salir, pero no le fue posible, por estar bajo el influjo del Sello de Salomón. Y, comprendiendo que el pescador le había procurado la más despreciable, sucia e infame suerte que un *yinn* puede sufrir, dijo: «¡Pero si estaba bromeando contigo!». «¡Mientes, vil *ifrit*!», fue la respuesta del pescador, quien cargó con la vasija y se encaminó hacia las aguas. El *yinn* exclamó: «¡No, no!», a lo cual repuso el pescador: «¡Sí, sí! ¡No hay más remedio, no hay más remedio...!». El insurrecto entonces, bajando la voz, como quien se humilla, preguntó: «¿Qué vas a hacer conmigo, pescador?». El hombre repuso: «Te voy a tirar al agua; puede que hayas pasado mil ochocientos años en el mar, pero ahora voy a hacer que en él te quedes hasta la Última Hora. ¿No te dije: «Déjame vivir y que Dios te deje vivir a ti, y no me mates, no sea que Dios te mate a ti»? Pero tú, como si tal cosa. Hiciste oídos sordos, y lo único que querías era perjudicarme a mí, a tu benefactor. Bueno, pues Dios te ha puesto en mis manos y has caído en mi engaño». El *ifrit* dijo: «¡Ábreme, para que pueda hacerte bien!». A lo que el pescador respondió: «Me estás mintiendo, malnacido. ¿No ves que nos pasa lo mismo que al ministro del rey Jonán y al sabio Royán?». El insurrecto preguntó. «¿Y qué fue lo que les pasó al ministro del rey Jonán y al sabio Royán?». El pescador entonces —prosiguió Shahrazad— contó lo siguiente:

SABE, *IFRIT*, QUE HACE MUCHO TIEMPO¹⁷ hubo en la ciudad de Fars, del país de Rumán, un monarca al que llamaban rey Jonán, inmensamente rico y poderoso, que disponía de nutridas tropas y sirvientes de todas las razas. Pero este rey tenía el cuerpo cubierto por un vitiligo contra el que nada habían podido ni médicos ni sabios, todos cuyos brebajes, polvos y pomadas habían resultado inútiles. Nada, no había cura, le decían. A la ciudad del rey Jonán llegó un hombre de provechosa edad a quien llamaban el sabio Royán, buen conocedor de los tratados griegos, persas, latinos, árabes y siríacos, muy versado tanto en medicina como en las ciencias de los astros, cuyos fundamentos y reglas dominaba, tanto para provecho como para daño. Pocos secretos guardaban para él, en efecto, las propiedades de las plantas, las secas y las frescas, las ponzoñosas y las curativas. Tenía, por si con esto no bastaba, amplios conocimientos de filosofía y de otras muchas disciplinas y artes.

¹⁷ Comienza «El ministro del rey Jonán y el sabio Royán».

Al cabo de unos días de su llegada a la ciudad, el sabio Royán tuvo noticia del rey y del vi-
tligo con que Dios lo estaba poniendo a prueba, y en cuyo tratamiento habían fracasado todos los
médicos y expertos. El sabio, tras enterarse de ello, pasó la noche ocupado en sus pensamientos,
y, en cuanto amaneció la mañana, alumbrando con su luz y resplandor, y el sol al Profeta, Ornato
de los agraciados, saludó¹⁸, el sabio se puso sus mejores ropas y entró donde el rey Jonán. Tras
besar el suelo, desearle a este que no cesaran su prosperidad y buenaventura, y lisonjearlo con
admirable facundia, se presentó a sí mismo y añadió: «Tengo, mi señor, noticia de la desgracia
que vuestra majestad sufre en el cuerpo, y de que son muchos los médicos que no han hallado
medio de acabar con ella. Yo voy a tratárosla, insigne soberano, sin que tengáis que ingerir nin-
gún brebaje ni untaros pomada alguna». Muy admirado por lo que acababa de oír, el rey Jonán
exclamó: «¡No sé cómo lo conseguirás! Pero te prometo que, si me curas, te haré rico a ti y a tus
descendientes, te concederé generosas mercedes, todo lo que desees será tuyo, estarás a mi lado
y te querré bien». Le obsequió ricos ropajes y otros dones, e insistió: «¿Es verdad que me libra-
rás de esta enfermedad sin medicamentos ni pomadas?». «Por cierto que sí —respondió Royán—:
vuestra majestad sanará sin sufrir molestias ni fatigas». Aún más asombrado, dijo el rey: «Todo lo
que para mí determines, sabio, se hará en cualquier momento del día. Pero date tanta prisa como
puedas». «Así se hará», fue la respuesta de Royán.

El sabio bajó de donde el rey, y en la ciudad alquiló una casa, donde, además de sus libros,
puso sus medicamentos y sus drogas. Más tarde, valiéndose de estos y sus muchos conocimien-
tos, ahuecó un mazo de los de jugar al polo, o, por mejor decir, la empuñadura a la que se sujeta
el mazo con que se le da a la pelota. Cuando lo tuvo listo, subió a palacio, entró a la presencia
del soberano, besó el suelo ante él y le encargó que fuese con su montura al campo de polo. Al
rey lo acompañaron sus comendadores, chambelanes, ministros y demás gerifaltes del reino. Y,
no bien se hubo sentado el monarca junto al campo de juego, se presentó ante él Royán el Sabio,
quien le entregó el artilugio que había preparado: «Tomad, mi señor, este mazo, empuñadlo así
como veis, moveos por el campo y golpead la pelota con energía hasta que os sude la palma de
la mano, para que el medicamento os pase al resto del cuerpo. Cuando acabéis de jugar y notéis
los efectos del remedio, habéis de volver a vuestro palacio, tomar un buen baño, lavaros a con-
ciencia y echaros luego a dormir. Con ello os habréis curado y restablecido». Recibió, pues, el
rey Jonán el mazo de manos del sabio, lo agarró con firmeza y montó su cabalgadura. Lanzaron
la pelota y el soberano corrió tras ella, la alcanzó y la golpeó fuerte valiéndose del mazo, cuya
empuñadura tenía bien asida. Y así siguió hasta que el sudor le corrió por la palma y por todos
los miembros, lo cual permitió que el medicamento se le propagara por todo el cuerpo, como
tenía previsto el sabio Royán. El cual indicó de nuevo al soberano que volviese a su palacio y se
lavase de inmediato. Así lo hizo el rey Jonán, quien ordenó que dejaran libres los baños. Fámulos
del servicio y siervos armados porfieron por ver quién era el más diligente en los preparativos del
aseo y vestido del egregio monarca. Este, el rey Jonán, entró en los baños, se lavó a conciencia
y se vistió; salió luego, se trasladó a caballo al pabellón donde tenía sus estancias y se echó a
dormir. El sabio Royán, por su parte, volvió a su casa, donde pasó la noche. Al día siguiente, de
mañana, subió adonde el rey y solicitó audiencia, que le fue concedida. Entró, besó el suelo ante
el soberano y declaró:

¹⁸ El original emplea una muy elaborada fórmula en prosa rimada.

«De teneros por padre la elocuencia se ufana;
 nadie más en el orbe tamaña gloria alcanza.
 La irradiación que emana de tan regio semblante
 borra del peor acaso las tenebrosidades.
 De relucir no cesa vuestro rostro risueño,
 para hacer invisible la dura faz del Tiempo.
 De vos he recibido tan cumplidos regalos
 como los que reciben de las nubes los campos.
 ¡Largueza ilimitada, corona de grandeza;
 vuestra regia existencia toda cumbre supera!».

Cuando el sabio –siguió contándole el pescador al yinn encerrado en la vasija– acabó de declamar el poema, el rey se puso en pie, lo estrechó entre sus brazos, lo sentó a su lado y le donó, de su propio vestuario, las más suntuosas prendas. Y es que el día anterior, cuando el rey salió del baño, se había mirado el cuerpo y comprobado que el vitiligo le había desaparecido sin dejar rastro, que tenía la piel tan pura y blanca como el nácar. Esto le dio gran contento y lo alivió de todo el pesar que le oprimía el pecho. De modo que, como queda dicho, a la mañana siguiente, entró el soberano en su salón, se sentó en su solio real, y a su presencia acudieron los chambelanes y mandatarios, así como el sabio Royán. Cuando el rey lo vio, se levantó enseguida, fue hacia él y lo sentó a su lado. Mesas con suculentos manjares estaban ya dispuestas, y el sabio comió con el monarca y con él siguió toda la jornada. Al caer la noche el rey le entregó al sabio la suma de dos mil dinares, amén de nuevas túnicas, telas y otros ricos presentes; le hizo montar en su propio corcel, y el sabio volvió a su casa. El rey Jonán no salía de su asombro por lo que el otro había hecho: «Me ha curado la piel toda sin untarme pomada alguna... ¡Esto sí que es sabiduría! He de colmar de honores y agasajar a este hombre, y hacer de él mi continuo contentillo y compañero». Y aquella noche el rey Jonán la pasó feliz y contento, libre ya de su enfermedad.

A la mañana siguiente el monarca salió de sus estancias privadas y se sentó en su trono; delante de él estaban, de pie, los principales del reino, y, a su derecha e izquierda, comendadores y ministros, todos estos sentados donde les correspondía. Hizo que compareciese el sabio Royán, el cual accedió, en efecto, al salón del trono y besó el suelo ante el rey. Este se levantó, sentó al sabio a su lado como la vez anterior, comió con él, le deseó larga vida y volvió a regalarle prendas de ropa y otros valiosos objetos, y no dejó de conversar con él hasta que cayó la noche. El rey mandó entonces que le hicieran entrega de cinco suntuosos mantos, así como mil dinares, y el sabio se marchó a su casa, muy agradecido. Al día siguiente, también por la mañana, el rey fue a la sala del gobierno, donde se sentó, como siempre, rodeado de los comendadores, ministros y chambelanes.

Y afirma el transmisor de la presente historia que el rey Jonán tenía un ministro malcarado y resentido; vil, avaro y envidioso; dispuesto por su natural al rencor y a la inquina. Cuando este ministro vio que el rey había admitido a su privanza al sabio Royán y lo había colmado de regalos, sintió envidia y comenzó a abrigar los peores deseos contra él. Y es que, como suele decirse, «donde hay vida, hay envidia»; o, también: «Maldad siempre hay en el alma; si el señor de ella hace gala, los humildes se la guardan». Pues bien, aquel ministro se puso en pie ante el rey, besó el suelo y dijo: «Majestad, señor de nuestra hora y nuestro tiempo, cuya beneficencia alcanza a todos nosotros, quisiera daros un buen consejo, tal que si me lo callara y os lo ocultara sería yo un hijo de mala madre. Si mi señor me ordena hablar, se lo declararé». El rey, incómodo con este preámbulo, preguntó: «¿Y cuál es tu consejo?». «Como decían, señor de nuestra era, los antiguos

paganos, “quien no se anda con tiento pierde el favor del Tiempo”. He tenido ocasión de ver cómo vuestra majestad se ha volcado en atenciones hacia su peor enemigo, quien solo busca la ruina del reino. He visto cómo vuestra majestad le concede mercedes, cómo lo agasaja sin medida, cómo lo admite a su más íntima privanza. Y temo por vuestra egregia persona». El rey, tan inquieto ya que palidecía, preguntó: «¿Y quién es, según tú, ese enemigo mío a quien he concedido mercedes?». «Señor, si estáis dormido, os ruego que despertéis; me refiero al sabio Royán». El rey contestó: «Royán es mi amigo y la persona a quien más aprecio tengo, pues me ha curado con algo que solo tuve que tomar en mi mano, librándome así de una enfermedad contra la que nada habían podido tantos médicos. Nadie hay en esta era como él, ni al este ni al oeste. ¿Cómo te atreves a hablar así contra Royán? Desde el mismo día de hoy le voy a asignar unas rentas de mil dinares al mes; y la verdad es que, si le diera parte de mi reino, aún me estaría quedando corto. Lo que te mueve es la envidia, tal como sé que le ocurrió al rey Sindbad. Relatan –aunque Dios lo sabrá mejor– que...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana exclamó:

–¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

–No tanto –repuso ella–, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejara vivir.

A lo que el rey se dijo:

–No pienso matarla, para poder oír lo que quede de la historia, que es maravillosa.

Se quedaron luego los tres dormidos, y pasaron la noche abrazados. Ya de mañana, el rey fue a la sede de su gobierno, donde presidió la sesión de su consejo. Resolvió, puso y depuso, prohibió y ordenó hasta el final de la jornada, cuando se disolvió el consejo y pudo volver a su residencia. El día llegó a su fin y el rey satisfizo su necesidad con la hija del ministro.

Y, cuando ya caía la noche 5, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el pescador, el rey Jonán dijo a su ministro: «A ti, ministro, te ha entrado envidia de este sabio y quieres que lo mate, de lo que yo me arrepentiría, tal como el rey Sindbad se arrepintió de haber matado al halcón». El ministro dijo: «Perdonadme, rey de nuestra era, pero ¿cómo fue eso?». El soberano relató lo siguiente:

SE CUENTA, PERO DIOS LO SABRÁ MEJOR¹⁹, que hubo un rey de los persas, amante del ejercicio y el aire libre, de la caza y la montería, que tenía un halcón adiestrado del que no se separaba ni de día ni de noche. Tan es así que dormía con el ave apoyada en su muñeca, y, cuando salía de caza, lo llevaba siempre consigo, provisto de una taza de oro que le pendía al ave del cuello, para que de ella bebiera. Pues bien, estaba un día el rey tranquilamente sentado cuando el maestro cetrero se presentó ante él y le dijo: «Majestad y señor de nuestra era, es hora ya de salir de caza». El rey se aprestó para partir, y se colocó, como solía, el halcón en la muñeca. Empezaron la marcha y llegaron a una torrentera donde plantaron la red, en la que no tardó en caer una gacela. El rey exclamó: «¡A quien la deje escapar lo mato!». La gacela en ese instante se alzó

¹⁹ Comienza «El rey Sindbad».

sobre sus cuartos traseros y dobló los delanteros bajo su pecho, como si quisiera besar el suelo ante el soberano. Este fue a inclinarse entonces sobre el animal, que, dando un salto por encima de la cabeza del rey, huyó perdiéndose de vista por los matorrales. El soberano se volvió hacia sus hombres y se dio cuenta de que estaban haciéndose señas y mirándolo a él: «Ministro, ¿qué están murmurando esos?». El ministro contestó: «Repiten lo que vuestra majestad ha dicho, que quien deje escapar a la gacela hallará la muerte». «Por mi propia cabeza juro –repuso el rey– que le daré alcance y volveré con ella». Y, no bien lo hubo dicho, salió en persecución de la gacela y no se detuvo hasta alcanzarla. El halcón voló hacia la presa y comenzó a darle picotazos en los ojos hasta dejarla ciega y sin sentido. Por su parte, el rey tiró la maza, le acertó y el animal cayó derribado. El ilustre cazador desmontó, degolló a la gacela, la desolló y la colgó del arzón de su silla. Era –prosiguió el rey Jonán– la hora más calurosa del día, y el lugar, un secarral donde no había ni gota de agua; el rey tenía sed y también su caballo. El soberano dirigió la vista hacia un punto y vio un árbol del que goteaba una suerte de grasa derretida; se acercó y, con la mano enguantada en cuero, tomó la taza que pendía del cuello del halcón y la llenó con aquel líquido, que se acercó a la boca. El ave le dio un golpe a la taza con el pico y la volcó. Tomó el rey de nuevo la taza, que volvió a llenar, y, creyendo que el halcón también tenía sed, se la ofreció, pero el ave hizo lo mismo: darle con el pico y volcarla. Irritado con el halcón, el rey tomó por tercera vez la taza y se la ofreció a su caballo, pero el halcón volvió a volcarla, ahora con un ala. El soberano exclamó: «¡Dios te confunda, ave de mal agüero! ¡Me has impedido beber a mí, luego a ti mismo y por último al caballo!», y de un golpe de espada le cercenó las alas al halcón, que levantó la cabeza, como si quisiera indicarle: «¡Mirad lo que hay sobre el árbol!». El rey alzó en efecto los ojos y vio que sobre el árbol había una serpiente, y que lo que se derramaba era su veneno. El rey, arrepentido de haberle cortado las alas al halcón, se puso en pie, montó su caballo y, cargando con la gacela, regresó al lugar donde habían plantado la red, y una vez allí le lanzó la carne del animal al cocinero. «¡Toma, prepárala!», le ordenó. Hecho lo cual, se sentó en su silla con el halcón en las manos. El ave soltó un estertor y murió. El rey gritó entonces de pena y de dolor, por haber matado al halcón que lo había librado de una muerte segura. Y esa es la historia –concluyó el rey Jonán– del rey Sindbad.

Cuando el ministro hubo oído las palabras de su señor, le preguntó: «¿Y qué he dicho yo para que su egregia majestad se lo tome tan a mal? Lo único que me mueve es mi inquietud por la suerte que podáis correr. Considerad, mi señor, que, si me hacéis caso, os salvaréis, y, si no, pereceréis como pereció el ministro que quiso engañar a cierto príncipe». Y relató lo siguiente:

SEPA VUESTRA MAJESTAD²⁰ que hubo un rey cuyo hijo era muy dado a la caza y la montería. Dicho soberano tenía un ministro a quien ordenó que velase por su hijo en todo momento. Cierta vez salió el príncipe de caza, y con él, el ministro de su padre. Una vez que la partida se hubo alejado de palacio, vieron sus componentes un animal de gran tamaño, y el ministro dijo al príncipe: «¡Vuestra es la presa: id por ella!». El joven salió detrás hasta desaparecer él mismo y perder el rastro del animal por aquellos parajes. Sin saber qué hacer ni a dónde ir, vio de pronto, en la punta del camino, a una doncella llorando, a quien preguntó: «¿Quién sois?». «Soy la hija –repuso ella– de cierto rey de la India; iba por estas soledades cuando me entró sueño, caí del ca-

²⁰ Comienza «El príncipe y la hembra de *guls*». De los *guls*, que en la noche 765 veremos que se definen como «los ogros que se alimentan de carne humana», y a los que en la noche 551 se tilda de «demoníacos», hemos hablado por extenso en la introducción.

ballo y quedé sin sentido, y ahora estoy sola y perdida». Conmovido por las palabras y situación de la joven, el príncipe la subió a la grupa de su montura y prosiguió la marcha. Al pasar junto a unas ruinas, la muchacha le dijo: «Señor, tengo que hacer una necesidad». Él la dejó bajar y alejarse. Al ver que tardaba y tras haberla esperado por un tiempo, se fue a su zaga y la alcanzó, sin ser notado. Se dio cuenta entonces de que la muchacha era en realidad una hembra de *gul* que les estaba diciendo a sus crías: «Hijos míos, os he traído a un muchacho bien gordo». «¡Sí, madre, trádnoslo, que nos lo zampemos entero!», le respondieron ellos. Cuando el príncipe oyó aquello, viendo la muerte tan cerca, se echó a temblar de miedo y volvió sobre sus pasos. Salió entonces la *gul*; lo vio allí, tan aterrorizado que se estremecía todo él, y le preguntó: «¿Qué es lo que te asusta tanto?». «Tengo miedo –respondió él– de lo que cierto enemigo mío pueda llegar a hacerme...». «Me has dicho que tu padre es rey». «Así es». «Entonces –dijo la *gul*–, ¿por qué no le das a tu enemigo algo de dinero para que se quede contento?». «Mi enemigo no se va a conformar con dinero ni riquezas, sino con mi vida. Por eso tengo miedo: soy hombre perdido». La *gul* repuso: «Si estás perdido como dices, pídele a Dios socorro contra quien te quiere mal, y Él te evitará toda perturbación». El príncipe alzó los ojos al cielo: «¡Vos, Quien a los necesitados respondéis, siempre que con fe Os lo piden, y les evitáis toda perturbación, asistidme contra mi enemigo, apartadlo de mí, ya que todo lo podéis!». Cuando la *gul* oyó aquellas palabras, se apartó del príncipe, quien volvió adonde su padre y le contó lo sucedido. Y el rey hizo responsable al ministro del peligro en que el joven se había visto, y lo mató.

Y el ministro del rey Jonán dijo, a modo de conclusión: «Tenga vuestra majestad la certeza de que, cuanto más os fieis del sabio Royán, más pie le estaréis dando a que os haga daño; pues cuanto más generoso seáis con él y más cerca lo tengáis, tanto más fácil le será a él planear vuestra muerte. ¿No habéis visto cómo os ha curado la piel? Temed, pues, que acabe con vos valiéndose de un objeto que os ponga en la mano». A esto repuso el rey Jonán: «Me parece que tienes razón, ministro...; sí, acaso tus advertencias sean adecuadas. Ese sabio bien puede ser un agente de alguno de mis enemigos y haberse acercado a mí con la intención de acabar conmigo. Y, si es cierto que me curó valiéndose de algo que toqué, bien podría matarme incluso con algo que me diera a oler». Luego el rey le preguntó: «Ministro, ¿qué conviene, pues, hacer?». «Mandad por él ahora mismo, hacédle venir y, cuando llegue, cortadle el cuello. Así os libraréis del mal que pueda ocasionaros y os quedaréis tranquilo. Antes de que él os traicione, traicionadlo vos a él, majestad», aconsejó el ministro envidioso. «Sí, tienes razón, ministro, no me cabe duda», admitió el rey Jonán. Llamó entonces el monarca al sabio, que acudió contento a su presencia, sin saber lo que el Altísimo tenía decretado para él. Ya lo dijo el poeta:

Lo que esté por venir algún día, no temas;
¿Acaso no confías en Quien tendió la tierra?
Torcer la voluntad no hay criatura que pueda
de Quien Sus ricos dones a Su creación no niega.

Por su parte, el sabio Royán recitó ante el monarca los siguientes estos versos laudatorios:

«Si algún día las gracias no os diese, como debo,
de nada servirían mis prosas ni mis versos.
Me habéis, sin yo pedirlos, concedido regalos,
que siempre, sin excusa, puntuales me han llegado.

¿Y no iba yo a laaros como bien merecéis,
en secreto y en público, por vuestro gran valer?
Bendita sea por siempre vuestra noble largueza,
que los hombros me carga y mi labia aligera».

A los que enseguida añadió, a propósito de los decretos divinos:

«Deja tus cuitas estar,
ponte en manos de tu sino,
que a la vuelta del camino
las penas olvidarás.

¡Cuántas veces de un revés
has sacado beneficio!
Lo que Dios haya querido
considéralo tu bien».

Y en esta misma vena:

«Ponlo todo en las manos del Sabio, del Experto,
y del dolor del mundo descárguese tu pecho.
Mira que a tus deseos no se somete nada,
y que Dios tiene siempre la última palabra».

Y asimismo:

«Debes sobrellevar tu pesar con paciencia,
e impedir que las ansias te perturben el ánimo.
Dichosos quienes viven sin inquietud ninguna;
los designios humanos resultan siempre vanos».

Bien, pues cuando el sabio Royán se hubo presentado ante el rey, este le dijo: «¿Sabes por qué te he hecho comparecer ante mí?». El sabio repuso: «Lo que los ojos no ven solo Dios, el Supremo, lo conoce». «Te he traído para matarte», dijo el rey. Conternado por estas palabras, el sabio preguntó: «¿Y por qué va a matarme vuestra majestad? ¿Cuál es la culpa que se me imputa?». «Me han informado –contestó el rey– de que eres un agente de mis enemigos y has venido con la intención de acabar conmigo. Pero voy a ser yo quien tome la delantera». Dicho lo cual, el rey le dio una voz a su verdugo: «Córtale el cuello a este traidor, líbranos de su maldad». El sabio rogó: «Dejadme vivir y que Dios os deje vivir a vos; no me matéis, no sea que Dios os mate a vos», y a continuación –siguió contando el pescador– le dirigió las mismas palabras que yo te dirigí antes a ti, *ifrít*, para que me dejaras vivir. Pero, igual que tú antes, tampoco el rey Jonán se dejó conmovir, pues le contestó al sabio Royán: «No estaré a salvo más que si te mato, ya que, si me curaste con algo que tomé en mi mano, también podrías matarme con algo que me des a oler o por cualquier otro procedimiento». «¿Esta es, majestad –dijo el sabio–, la recompensa que me dais, pagarme el bien con mal?». «Tengo que matarte ahora mismo», insistió el rey. Cuando el sabio tuvo la certeza de que su fin estaba cerca, se echó a llorar y lamentó haberle hecho el bien a quien no lo merecía. Sobre este tema, el de las precauciones que se han de tomar, dijo el poeta:

Sensatez a Maimuna no diréis que le sobra,
por más que fue su padre la cordura en persona,
a quien jamás se vio, ni en seco ni en mojado,
andar a la ligera, por no dar un mal paso.

El verdugo se acercó entonces al sabio, le vendó los ojos, desenvainó su espada y dijo: «¡Cuando su majestad lo ordene!». Por su parte, el sabio le rogó de nuevo al rey, entre lágrimas: «Dejadme vivir y que Dios os deje a vos vivir; no me matéis, no sea que Dios os mate a vos», y recitó:

«Seguro que mi muerte contentará a los viles;
la causa de mi ruina fue dar un buen consejo.
Si vivo, cambiaré, y, si es mi último día,
sírvale al bondadoso de efectivo escarmiento».

El sabio insistió: «¿Es esta la recompensa que me dais, el mismo pago que se llevó el cocodrilo?». El rey preguntó: «¿Y cuál es la historia del cocodrilo?». «No puedo —repuso el sabio— contarosla ahora, en la situación en que me hallo. Pero, por Dios os lo suplico, perdonadme la vida, y así el Supremo se la perdone a vuestra majestad». Dicho lo cual, el sabio volvió a echarse a llorar con gran amargura. Entonces se levantó uno de los privados del rey y dijo: «Señor, concededme la sangre de este hombre, porque no le hemos visto cometer culpa alguna con vuestra majestad, sino que, al contrario, os ha curado de vuestra enfermedad, contra la que nada pudieron médicos ni sabios». «Vosotros —dijo el rey— no sabéis por qué mato a este hombre, pero voy a deciroslo: si le perdono la vida, puedo darme por muerto con toda certeza. Quien me curó de mi enfermedad con algo que toqué puede perfectamente matarme con algo que me dé a oler. Temo que acabe conmigo a cambio de algún estipendio que le tengan prometido, porque debe de ser un agente de alguien que me quiere mal. Solo si lo mato podré quedarme tranquilo». El sabio volvió a suplicar: «Perdonadme la vida y que Dios os la perdone a vos; no me matéis, no sea que Dios os mate a vos».

Y sabe, *ifrit* —continuó el pescador, dirigiéndose al *yinn*, que seguía encerrado en la vasija—, que, cuando el sabio tuvo por cierto que el rey iba a matarlo, le dijo: «Majestad, si no hay modo de evitar que me matéis, os pido que me deis algo de tiempo, para que pueda bajar a mi casa, poner orden en lo mío, dejar dichas mis últimas voluntades, y asimismo regalar mis libros. Tengo uno en especial que legaré a vuestra majestad para que lo guarde, como oro en paño que es, en la biblioteca de palacio». «¿Y qué libro es ese?», preguntó el rey. «Sería imposible —contestó el sabio— daros cuenta cabal de todo su contenido... Baste con decir que la menor de las virtudes que encierra es la siguiente: una vez, majestad, que me hayáis mandado decapitar, abrid el libro por la tercera hoja y leed la tercera línea de la página que quede a vuestra izquierda, y al punto mi cabeza empezará a hablar y contestará cuantas preguntas le hagáis». El rey, en el colmo del asombro y estremeciéndose de la emoción, preguntó: «¿Tu cabeza hablará después de que te la haya cortado?». «Sí, majestad, en virtud de prodigiosas fuerzas», contestó el sabio, a quien el rey mandó ir bajo vigilancia.

El sabio volvió, pues, a su casa, y todo aquel día y el siguiente los pasó resolviendo sus asuntos, y, cuando hubo terminado, compareció en el consejo que se celebraba ante el trono regio. Otro tanto hicieron los comendadores, ministros, chambelanes, gobernadores y demás

gerifaltes, en número tal que más parecían las flores de un vergel. El sabio, pues, entró donde el rey y se paró ante él, con un libro viejo y un frasquito de perfumista en el que había unos polvos. Royán se sentó y dijo: «Traedme un plato». Se lo trajeron y el sabio volcó en él los polvos, que extendió con cuidado. Entonces, dirigiéndose al rey, dijo: «Tomad este libro, majestad, pero no hagáis nada antes de cortarme la cabeza. Cuando me la hayáis cercenado, ponedla en este plato y ordenad que la restrieguen bien contra estos polvos; con ello se cortará la hemorragia. Luego abrid el libro». El rey ordenó que le cortaran el cuello al sabio. El verdugo se levantó y le dio un tajo en la nuca; luego tomó la cabeza, la colocó en el plato y la restregó contra los polvos. En ese instante volvió en sí la cabeza del sabio Royán y dijo: «Ahora puede abrir el libro vuestra majestad». El soberano fue entonces a abrirlo, pero se encontró con que las hojas estaban pegadas unas con otras. Se puso, pues, el dedo en la boca, se mojó la punta con saliva, y fue pasando las hojas una a una: la primera, la segunda y la tercera, que solo pudo ir despegando con esfuerzo. Cuando llegó a la sexta hoja, sin haber encontrado escritura de ninguna clase, exclamó: «¡Aquí no hay nada escrito, sabio!». «Seguid hojeándolo un poco más», dijo el decapitado. Así lo hizo el rey. Y, apenas había despegado otras tres hojas, el veneno con que estaba el libro untado se le propagó por el cuerpo. El monarca, ya entre convulsiones, exclamó: «¡Me has envenenado!». El sabio Royán recitó:

«Proceden en sus vidas como si eternos fuesen,
pero todo dominio se desvanece siempre.
Si justicia impartieran, hallarían justicia;
mas son viles tiranos, que el Sino tiraniza.
El día ha de llegar en que hablarán los hechos:
"¡Vaya esto por aquello! Y ha sido justo el Tiempo..."».

Y en el momento –fue concluyendo el pescador– en que el sabio Royán terminó de hablar el rey cayó muerto. Sabe, pues, *ifrit*, que, si el rey Jonán hubiese dejado vivir al sabio Royán, también Dios le habría dejado vivir a él; pero, como no quiso y ordenó que lo mataran, Dios lo mató a él. Aplícate, pues, el cuento: si me hubieses dejado vivir, Dios te dejaría vivir a ti.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana Duniyazad exclamó:

–¡Qué grato es lo que cuentas!

–No tanto –repuso ella–, ni mucho menos, como lo que os contaré la noche que viene si el rey me dejase vivir.

A gusto y contentos durmieron aquella noche. Ya de mañana salió el rey hacia la sala del trono, y, cuando se disolvió el consejo, regresó a palacio y se reunió con los suyos.

Y, cuando ya caía **la noche 6**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el pescador le hubo dicho al *ifrit*: «Si me hubieses perdonado la vida, te dejaría yo ahora vivir a ti, pero, como todo lo que querías era matarme, voy a tirarte al agua y a dejarte morir encerrado en la vasija»; el *yinn* insurrecto dijo a grandes voces: «¡Dios quiera que no lo hagas, pescador! ¡Concédeme la vida y no me tomes en cuenta mis palabras! Es cierto que quise perjudicarte; sé tú ahora magnánimo. Seguro que co-

noces el refrán que reza “sé bondadoso con quien te hizo mal, bastante tiene ya con su maldad” y otros muchos parecidos. No hagas como hizo Umama con Átika». «¿Y qué fue –preguntó el pescador– lo que les pasó?». El *ifrit* repuso: «No es este momento de historias, pues estoy encarcelado; si quieres que te lo cuente, habrás de soltarme». «¡Ni hablar! Ya me he decidido –insistió el pescador– a arrojarte al mar; no hay modo de que te libres. Yo te pedí compasión, te supliqué, y tú, dale que dale con matarme... Y eso que yo no había incurrido en culpa alguna ni te perjudiqué en lo más mínimo. ¡Todo lo contrario! Fue un bien lo que te hice al sacarte de tu prisión. De modo que, al portarte conmigo como te has portado, he sabido que eres perverso de raíz. Y ten presente que, si te arrojo al mar, lo haré solo para que esté advertido quien pueda encontrarte, te eche al agua otra vez y en el fondo te quedes hasta que te llegue tu hora, después de haber sufrido terribles tormentos». El *ifrit* suplicó: «Déjame libre, pues este es tiempo de hombres cabales. Me comprometo a no hacerte mal, sino a favorecerte de modo duradero». El pescador le hizo prometerle que, si lo soltaba, no recibiría de él daño alguno, sino favores, y cuando hubo comprometido al *yinn* por la fe, pues lo obligó a jurar por el Nombre Más Grandioso, lo liberó.

El humo comenzó entonces a elevarse hasta que salió todo y tomó la forma de un *ifrit* de muy mala pinta, que le dio a la vasija tal puntapié que salió esta despedida con fuerza y vino a caer en las aguas. Cuando el pescador vio aquello, tuvo la certeza de que su muerte estaba próxima, se orinó encima y dijo: «No es buena señal». Pero hizo de tripas corazón y se dirigió al *yinn*: «Bien sabes, *ifrit*, que Dios, el Supremo, dijo en el Corán: “Cumplid los pactos, pues se os preguntará por ellos”. Te has comprometido conmigo y jurado que no me traicionarás. Si ahora rompes tu promesa, recibirás el castigo de Dios, Quien es celoso, Quien es paciente pero no olvida. Recuerda que te dije lo mismo que el sabio Royán al rey Jonán: “Déjame vivir y que Dios te deje vivir a ti”». El *yinn* soltó una risotada, echó a andar y ordenó: «Sígueme, pescador». Y así lo hizo este.

Sin saber, pues –continuó Shahrazad–, si se salvaría o no, el pescador se fue detrás del *ifrit*, y, alejándose de los límites de la ciudad, subieron primero un monte y luego bajaron a un espacioso terreno, en medio del cual había una alberca llena de agua. El *ifrit* se paró al borde y le ordenó al pescador que echara la red. El hombre miró hacia la alberca, donde había peces de distintos colores: blancos, rojos, azules y amarillos. Admirado por ello, el pescador lanzó la red y al tirar de ella vio que acababa de pescar cuatro peces, cada uno de un color distinto. El pescador se alegró y el *ifrit* le dijo: «Llévaselos al rey, regáloselos, y él te hará rico. Y por Dios te pido que aceptes mis disculpas, pues era grande mi desconcierto después de haber pasado en el fondo del mar mil ochocientos años. No olvides que, en esta alberca, debes pescar solo una vez al día, y queda con Dios». Dicho esto, el *yinn* golpeó con los pies la tierra, y esta se abrió y lo engulló.

El pescador tomó el camino de la ciudad, asombrado por cuanto le había sucedido con el *ifrit*. Sin soltar la captura, entró en su casa y buscó una jofaina; la llenó de agua y puso en ella los peces, que comenzaron a bullir. Se colocó luego la jofaina en la cabeza y se dirigió hacia el palacio real, como el *ifrit* le había indicado. Logró acceder a presencia del rey y le ofreció los cuatro peces. El soberano no salía de su asombro con el regalo del pescador, pues no había visto en su vida nada como aquello, ni en atributos ni en apariencia; y dijo: «Entregadle esos peces a la sierva cocinera», refiriéndose a cierta esclava que le había regalado el rey de los bizantinos hacía tres días, y cuyos platos aún no había él probado. De modo que el ministro ordenó a la cocinera que los friera y añadió: «Mujer, el rey te manda un recado: “Mis lágrimas las guardo para la

adversidad; hoy danos tú solaz con tus buenas artes". Acaban de traerle este regalo a su majestad». Trasladado el mensaje, el ministro volvió junto al rey, quien le ordenó que le entregase al pescador la suma de cuatrocientos dinares. Así lo hizo el ministro, y el pescador, guardándose el oro en la alforja, se dirigió hacia su casa. Hizo el camino corriendo a todo correr; se caía, se levantaba, volvía a tropezar y pensaba que estaba viviendo un sueño. Se detuvo para comprar lo que los suyos necesitaban y con ello se presentó ante su esposa.

Lo anterior, por lo que respecta al pescador. En cuanto a la esclava cocinera, sepase que tomó los peces, los limpió y puso la sartén al fuego. Dejó que el pescado se hiciera por un lado y, cuando estuvo listo, le dio la vuelta. En ese preciso instante se rajó la pared de la cocina y de ella salió una joven dama de esbelta cintura, cumplidos miembros, mejilla tersa, ojos como de azabache...; muy agraciada, en fin, de rostro y admirable en su figura. Venía tocada de una tela de seda azul con flecos y se adornaba de zarcillos en las orejas, un par de brazaletes en las muñecas y anillos con piedras preciosas en los dedos. Traía, además, en la mano, una vara de junco, que clavó en la sartén diciendo: «Decidme, peces: ¿os mantenéis fieles al pacto?». La cocinera, al ver esto, se desmayó. La de la vara repitió sus palabras dos veces, y los pescados, sacando las cabezas de la sartén, dijeron: «Sí, sí», y declamaron al unísono:

«Si quieres regresar, regresamos contigo;
si abandonar prefieres, también te seguimos».

La misteriosa visitante volcó la sartén y salió por donde había entrado. La pared de la cocina volvió a soldarse y, poco después, se despertó la esclava, que vio los cuatro peces más negros que un tizón. La cocinera recordó entonces las conocidas palabras, que venían que ni pintadas para la ocasión: «No bien entraron en batalla se les quebraron las lanzas», y estaba aún echándose las culpas de lo sucedido cuando el ministro se le plantó, cuan alto era, junto a la cabeza y le preguntó: «¿Y el pescado frito para su majestad?». La esclava se echó a llorar y le contó lo sucedido. El ministro, asombrado, exclamó: «¡Esto es un portento!», e hizo venir al pescador, a quien ordenó: «¡Tráenos, pescador, cuatro peces como los primeros!». El hombre fue a la alberca, lanzó la red, tiró de ella y se encontró con cuatro peces como los de la otra vez, que le llevó al ministro. Este se los entregó a la esclava: «Fíelos delante de mí para que pueda ver por mí mismo lo que pasa». La cocinera limpió el pescado y lo puso en la sartén. Pero al punto se rajó la pared y apareció la misma muchacha, vestida como la vez anterior y con la misma vara, que clavó en la sartén diciendo: «Decidme, peces: ¿os mantenéis fieles al antiguo pacto?». Los cuatro pescados levantaron las cabezas y declamaron al unísono:

«Si quieres regresar, regresamos contigo;
si abandonar prefieres, también te seguimos».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 7**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando hubieron hablado los peces, la joven volcó la sartén con la vara, salió por donde había entrado y la pared volvió a soldarse. El ministro

entonces, parado donde estaba, dijo: «Esto no podemos ocultárselo a nuestro señor»; fue adonde el soberano y le contó cuanto había presenciado. «Yo también tengo que verlo con mis propios ojos», fue la respuesta del rey. De modo que envió a buscar al pescador, le ordenó que le trajese cuatro peces más, y le concedió un plazo de tres días. El pescador fue a la alberca, pescó de nuevo y le llevó sin demora su captura al rey, quien le entregó cuatrocientos dinares. El monarca a continuación se dirigió al ministro: «Haz la fritura tú, aquí mismo, delante de mí». «Dicho y hecho», contestó el ministro, e hizo que le trajesen la sartén, donde colocó las cuatro piezas, después de limpiarlas. Empezó a freírlas y, cuando les dio la vuelta, se rajó la pared y de ella salió un esclavo negro, grande como un toro, tanto que cualquiera lo habría tenido por un superviviente del extinto y fiero pueblo de los adfes²¹. En la mano traía una rama verde y preguntó, con cuidada y turbadora dicción: «Decídme, peces, ¿los mantenéis fieles al antiguo pacto?». Los peces levantaron las cabezas, respondieron: «¡Sí, sí, seguimos siendo fieles!», y declamaron al unísono:

«Si quieres regresar, regresamos contigo;
si abandonar prefieres, también te seguimos».

Entonces el esclavo se acercó a la sartén, la volcó y se marchó por donde había entrado. El ministro y el rey miraron y vieron que los pescados se habían chamuscado, y el soberano, atónito, exclamó: «¡No podemos quedarnos con los brazos cruzados! Algo raro tiene que haber detrás de esos peces», y mandó que hicieran venir de nuevo al pescador. Cuando este compareció, le preguntó el rey: «¿De dónde has sacado esos peces? ¡Y cuidado con mentirme!». El pescador repuso: «De una alberca entre cuatro alcores, más allá de la gran montaña que domina vuestra ciudad, mi señor». El rey volvió a preguntar: «¿A cuántos días de distancia?». «A media hora solamente, majestad», contestó el pescador. Cada vez más extrañado, el rey dio la orden de que su guardia se dispusiese a salir de inmediato, mientras el pescador no paraba de maldecir, para sus adentros, al *ifrit*.

Los expedicionarios se pusieron en marcha, alcanzaron uno de los alcores y desde allí bajaron a un espacioso terreno que les era desconocido. Pasmados quedaron todos con aquel espacio que se abría entre cuatro promontorios y donde los peces eran de cuatro colores: rojo, blanco, amarillo y azul. El rey detuvo la marcha y preguntó a su séquito y guarnición: «¿Alguno de vosotros conocía esta alberca y este lugar?». Los militares contestaron que no, y, para mayor seguridad, les preguntaron uno por uno a los más viejos de la partida, quienes sentenciaron: «En este paraje no se ha visto jamás alberca alguna». «Pues yo juro que no volveré a entrar en mi ciudad ni a sentarme en el solio de mi reino hasta que no averigüe la verdad sobre esta alberca y estos peces», aseguró el rey, y dispuso que todos hiciesen alto en los alrededores, orden que obedecieron de inmediato. A continuación mandó llamar a su ministro, que era hombre experto, razonable, juicioso y sabio, y le dijo: «Esta noche pienso quedarme solo para averiguar cuanto pueda sobre la alberca y los peces. Tú te sentarás a la puerta de mi tienda y les dirás a los comendadores, ministros, chambelanes y a cualquiera que pregunte: "El rey está indispuesto y me ha ordenado que no permita entrar a nadie", de manera que quede en secreto lo que voy a hacer». A esto no pudo el ministro, como es lógico, oponerse. El rey se quitó sus galas y, armado de su

²¹ Los adfes son una antigua tribu mencionada el Corán; su epónimo es Ad, un gigante de la stirpe de Sem, y estaba asentada en la ciudad de Iram, a la que se hace frecuente referencia en *Mil y una noches*. Los adfes recibieron castigo por no hacer caso al profeta Hud, que quiso convertirlos de la idolatría.

espada, logró abandonar el campamento sin ser advertido. Y no paró de andar durante toda la noche. Tampoco al hacerse de día se detuvo, sino que prosiguió su marcha hasta que el calor sofocante lo obligó a descansar. Volvió luego a emprenderla, y caminó todo aquel día con su noche, hasta que, con las primeras luces, distinguió a lo lejos un punto más oscuro. Muy contento, se dijo: «Tal vez encuentre a alguien que me informe sobre la alberca y los peces».

Al acercarse más advirtió que era un palacio levantado en piedra negra, reforzada con planchas de hierro, y que uno de los dos batientes de su puerta de entrada estaba abierto. Satisfecho por ello, el rey se detuvo ante la puerta y la golpeó con suavidad, pero no oyó nada. Volvió a llamar, por segunda y tercera vez, ahora con mayor firmeza, sin obtener respuesta. Dio luego un cuarto golpe, más enérgico todavía, y, al no oír a nadie, se dijo: «Debe de estar vacío». Infundiéndose ánimo a sí mismo, traspasó la puerta que daba a la galería y gritó a grandes voces: «¡Ah del palacio y quienes lo habitan! Soy un forastero, un transeúnte. ¿Tendréis algunos víveres que me ayuden a seguir mi camino?», y repitió sus palabras dos veces más, sin obtener ningún resultado. Se armó, pues, de valor y, tratando de serenarse, avanzó por las sucesivas antesalas hasta llegar al interior del palacio, donde no encontró a nadie. Estaba, sin embargo, dispuesto para ser habitado. En su mismo centro había una fuente sobre la que se alzaban cuatro leones de oro bermejo, que lanzaban por las bocas agua como perlas y gemas; todo ello rodeado de aves, que no podían escapar gracias a la red, también de oro, que habían tendido sobre el patio para ese fin. El rey, al mismo tiempo que asombro, sintió pesar por no ver a nadie que pudiese darle noticias de la alberca, los peces, los alcornoques y el propio palacio. Y allí se sentó, en aquel patio al que daban varias puertas, a meditar. Enseguida oyó el lamento de un corazón triste, al que siguieron estos versos:

«Ocultarlo quería, pero bien que se muestra,
y en mis ojos el sueño se transforma en desvelo.
¡Ah Amor me dirijo, pues que me da tormentos:
"Ni me endulzas la vida, ni en paz vivir me dejas".
Piedad merece el joven fuerte que se doblega
de dolor, el pudiente que pierde su sustento.
¿Qué hará, si en la batalla, se ve en riesgo el arquero,
y, al ir a disparar, se le rompe la cuerda?
¿Cómo podrá escapar de la crueldad del Sino
quien afrontar no sabe pesares y peligros?».

Cuando el rey hubo oído aquellos lamentos, se puso en pie y fue hacia el lugar de donde provenían. Se encontró con una cortina echada, que daba a una gran estancia. Alzó la cortina y vio tras ella a un hombre sentado en un diván o tarima que se alzaba un codo por encima del suelo. Se trataba de un joven agraciado, de proporcionados miembros y elocuente lengua, frente tersa, mejilla sonrojada y un lunar en medio de esta como una rodela de ámbar. Se acomodaba, pues, a la descripción del poeta:

La frente y los cabellos de aquel grácil muchacho
son las luces y sombras del mundo que habitamos.
Nunca nada más lindo se ha visto que el lucero
que chispea entre las rosas, bajo aquel ojo negro²².

²² Los dos últimos versos adoptan la forma, usual en la poesía árabe clásica, de la adivinanza: el lucero es el lunar, y las rosas, las mejillas.

Reconfortado con el encuentro, el rey dirigió el saludo de la paz al joven, quien permaneció sentado, con el cuerpo cubierto por un manto de seda bordada en oro y un aire de tristeza. Desde su asiento le devolvió el saludo, con gran cortesía, y añadió: «Disculpád, mi señor, que no me levante». El rey dijo: «No tenéis por qué disculparos, joven señor. Más bien debo yo explicaros que me acojo a vuestro asilo impulsado por una necesidad imperiosa, y es que deseo recabar noticias de la alberca, los peces de colores y este palacio. Os ruego, pues, que me las deis, y asimismo me expliquéis la razón de vuestra soledad y llanto». Al oír estas palabras, el joven rompió a llorar con tal desgarró que casi se ahogaba, y recitó:

«A quien tranquilo en dormirar insístele,
mientras con sus vaivenes sigue el Tiempo:
"De Dios el Ojo no conoce el suño,
y nadie más que Dios por siempre existe"».

Versos a los que enseguida añadió:

«Ponte en manos, confiado, de Quien rige al Destino;
y afronta tus pesares tal y como te vengan.
De lo que ocurrir pueda no busques los motivos,
pues todo lo decide la santa Providencia».

Asombrado por todo aquello, el rey le preguntó: «¿Pero por qué lloráis?». «¿Cómo no voy a llorar hallándome en mi situación?», preguntó a su vez el joven, y, alargando la mano hasta el borde de su manto, lo alzó dejando ver que, desde la cintura hasta los pies, era todo él de piedra; mientras que desde el ombligo hasta el nacimiento del cabello tenía el cuerpo de cualquier ser humano. Cuando el recién llegado monarca vio en qué estado se hallaba su anfitrión, se entristeció mucho y, después de manifestar su dolor, dijo: «Sabed, joven amigo, que no hacéis sino añadir cuitas a mis cuitas, pues si venía yo intrigado por los peces, ahora me abruma la inquietud que por vos siento. ¡Ay! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Pero daos prisa, os lo ruego, contadme cuanto antes vuestra historia». El joven: «Habéis de prestarme vuestra entera atención». El rey: «Vuestra es, desde luego». El joven: «Pues sabed, que la historia de esos peces y la mía propia es tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría».

ELLO ES, MI SEÑOR²³ —comenzó a relatar el joven hechizado—, que mi padre fue rey de esta ciudad. Se llamaba Mahmud, y era de todos conocido como señor de los Cuatro Oasis, o sea, estos cuatro alcores o promontorios que nos circundan; dominios sobre los que reinó durante setenta años, al cabo de los cuales murió. Accedí yo entonces al poder supremo y me casé con la hija de mi tío, el hermano de mi padre. La dama me profesaba un amor tan grande que, cuando me alejaba de su lado, dejaba ella de comer y de beber. Así, a salvo de cualquier daño, permanecí durante cinco años, hasta que cierto día, ausente mi esposa porque había ido a los baños, le ordené al cocinero que nos preparara algo de cenar. Luego entré en este pabellón y me eché donde ahora mismo estoy, con dos esclavas a quienes encargué que me abanicaran; una se sentó a mi cabeza y la otra a mis pies. Inquieto por la ausencia de mi prima y esposa, no conseguía yo dormir. Aunque tenía los ojos cerrados, mi alma seguía despierta, por lo que oí que la sierva sentada a mi

²³ Comienza «Los peces de colores».

cabeza le decía a la otra: «¡Pobre señor nuestro, amiga Masuda, tan buen mozo como es! ¡Qué desgracia que esté casado con esa!». La otra respondió: «Sí, tienes razón, ¡maldiga Dios a las adúlteras! Verdaderamente una persona como nuestro amo, tan modoso él, no es pareja adecuada para esa furcia, que pasa las noches fuera de la cama de su marido». La que estaba a mi cabeza dijo: «Nuestro señor es tan necio, por no llamarlo de otro modo, que ni ha querido preguntar por sus ausencias». La otra repuso: «¡Ni se te ocurra volver a insinuar tamaña barbaridad! ¿Cómo puede el pobre saber lo que hace la señora, que no deja ni un cabo suelto...? No hagas como si no supieras nada de la bebida que nuestro señor se toma cada noche, antes de acostarse. ¿O es que no estás enterada de que ella le pone beleño²⁴, y nuestro señor se queda tan profundamente dormido que está ausente del mundo? ¿Cómo entonces va a adivinar el pobre a dónde va su mujer y lo que allí hace? Bien se encarga ella de que nuestro señor se tome el brebaje, y solo entonces se cambia de ropa y se perfuma la pervertida; luego se ausenta hasta el alba y, cuando vuelve, le hace aspirar al marido por la nariz unos sahumerios que ella misma prepara y lo despiertan».

Cuando hube oído las palabras de las esclavas, las luces se me tornaron sombras, y eso que aún no se había hecho de noche. Enseguida vino mi prima y esposa de los baños, pusimos la mesa, cenamos y pasamos nuestra hora larga departiendo, como teníamos por costumbre. Pidió luego ella que me trajeran la bebida que solía yo tomar antes de acostarme. Me ofreció el vaso y yo, aunque no lo quería, tuve que fingir que me lo bebía como hacía siempre. De manera que lo vacié en mi faltriquera y me tendí a esperar. Poco después fingí que me había quedado dormido y ella exclamó: «¡Eso: duérmete, duérmete toda la noche y ojalá no vuelvas a levantarte! ¡Cómo te aborrezco! ¡Qué harta estoy de vivir a tu lado! ¿Cuándo se dignará Dios a llevarse tu alma?». Dicho lo cual, se levantó, se atavió con sus mejores ropas, se perfumó, se ciñó mi espada, franqueó la salida del pabellón y salió. Yo, por mi parte, me levanté y la seguí. Mi esposa cruzó el mercado y llegó a la puerta de la ciudad. Pronunció ciertas palabras en un idioma que no comprendí, cayeron los cerrojos por sí solos, se abrió la puerta, salió y siguió su camino; siempre conmigo a su zaga, pero sin que ella lo notase. Hasta que, pasando por donde la escombrera, llegó a una fortaleza donde había una construcción de adobe rematada en cúpula. Mi prima y esposa franqueó la puerta y entró, y yo me subí a lo alto de la cúpula, desde donde podía mirar.

Pude así ver que el lugar donde entraba era la vivienda de un esclavo negro. Tenía este unos labios tales que podía limpiar de polvo los guijarros, el de arriba como un cobertor y el de abajo como un tapiz; se cubría el cuerpo de andrajos propios de un mendigo y yacía sobre un exiguo montón de paja. Mi prima besó la tierra ante los pies del esclavo, y este, levantando la cabeza, exclamó: «¡Pero bueno...! ¿Por qué has tardado tanto? Han venido los negros, mis primos, a visitarme, han bebido cuanto les ha venido en gana y cada cual ha estado con su coima. Yo, sin embargo, no he querido catar la bebida, ¡por culpa tuya!». «Señor mío –contestó ella– y amado de mi corazón, ¿no sabéis que estoy casada con mi primo, en cuya imagen odio a la creación entera y hasta a mí misma me aborrezco? Si no temiera por vos, no volvería a salir el sol sin que yo redujese la ciudad entera a ruinas que habitaran zorros y lobos, donde solo se oyera graznar de cuervos y ulular de búhos; ni una sola piedra dejaría sobre otra, pues todas las haría trasladar has-

²⁴ En árabe, *banch*, que es el nombre del *Hyosciamus niger*; el término aparece con frecuencia en *Mil y una noches*, para designar somníferos o narcóticos que unos personajes administran a otros. Puede que no siempre haya que entenderlo en sentido muy estricto, pues acaso se trate de algún otro agente de origen vegetal, o bien de una mezcla, como ocurre a comienzos de la noche 314, donde el beleño (o *banch*, si es que no lo es) se mezcla con opio.

ta más allá de Monte Qaf²⁵». El esclavo exclamó: «¡Mientes, maldadista! Yo te juro por la valía de los negros, que, dicho sea de paso, no es como la de los blancos, que si llegas otra vez tarde, no volverás a estar a mi vera, ni volveré a ponerme encima de ti, felona. Te crees que puedes hacer conmigo lo que te venga en gana, ¿eh, perra maloliente? Con la blanca más perdida y despreciable tenía yo que ir a toparme...». Tras oír aquellas palabras –prosiguió el joven príncipe– y visto con mis propios ojos lo que allí ocurría, el mundo se llenó de tinieblas ante mí y no supe en qué lugar paraba mi espíritu. Mi prima se levantó y, sin parar de llorar y de rebajarse, le decía a su amado: «¡Amor mío, fruta fresca de mi corazón, a nadie tengo más que a vos! ¿Qué sería de mí, tesoro mío, luz de mis ojos, si me apartarais de vuestro lado?», y llorando y suplicando siguió hasta que el esclavo se mostró indulgente. Mi prima entonces, ya más contenta y de pie ante su amado, se quitó la ropa, incluida la interior, prenda a prenda, y preguntó: «Señor, ¿tenéis algo que pueda comer vuestra sierva?». Él contestó: «Destapa esa olla; verás que contiene un guiso de huesos de ratones; cómetelos masticándolos bien. Luego ve a esa escupidera en la que encontrarás cerveza, y bétetela». Ella, en efecto, comió y bebió de lo que allí había, y, después de lavarse las manos y la boca, se acercó al montón de paja donde estaba el esclavo, y, desnuda como la parió su madre, se tendió a su lado bajo sus mismos andrajos y jirones. Perdida casi la conciencia por lo que acababa de ver, bajé de lo alto del tejado, entré en el cuarto y empuñé la espada que mi prima había traído consigo, con la intención de matarlos a ambos. Acometí primero al esclavo asestándole en el cuello un golpe tal que creí haber acabado con él.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras. Pasaron juntos la noche, y, cuando clareó la mañana, el rey fue a la sede de su gobierno, donde el consejo estuvo reunido toda la jornada. Shahriar luego regresó a su palacio, y Duniazad le dijo a su hermana:

–Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando.

–De mil amores –respondió Shahrazad.

Y, cuando ya caía la noche 8, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven hechizado siguió contándole su historia a su huésped, el rey:

Cuando le asesté el tajo al esclavo, para matarlo, no le corté la arteria, sino solo la piel, la carne y la nuez. Creí haberle dado muerte, pues soltó un ruidoso estertor, pero estaba yo equivocado. Mi prima se removió en el lecho. Salí de allí enseguida y, ya en mi pabellón, me fui a descansar. Con las claras del día mi prima, que había devuelto la espada a su sitio, vino a despertarme. Al punto me di cuenta de que se había cortado el pelo y que vestía ropa de duelo. Me dijo: «No te opongas, primo, a lo que voy a hacer, pues he tenido noticia de que mi madre ha fallecido,

²⁵ El Monte Qaf es una montaña circular (de ahí tal vez que, con mayor realismo, hable de «los montes Qaf» F. M. Pareja, *Islamología*, Madrid: Razón y Fe, 1952-54, pág. 693), que rodea al mundo material y se halla a gran distancia de este; de gran trascendencia en la simbología mística islámica (véase Annemarie Schimmel, *Las dimensiones místicas del islam*, trad. A. López Tobajas y M. Tabuyo, Madrid: Trotta, 2002, pág. 439), en contextos como el presente representa el lugar más remoto imaginable. En *Mil y una noches* las referencias principales al Monte Qaf están en la noche 495, en un contexto cercano a la escatología popular islámica, y en la noche 658, como lugar donde habitan los *yinn*s.

a mi padre lo han matado en el yihad, y también mis dos hermanos han pasado a mejor vida, uno por una picadura y el otro por un mal paso que ha dado; no puedo sino llorar mi dolor». Ocul-tándole lo que pensaba, le respondió: «Haz lo que mejor te parezca; yo no me voy a oponer». Ella siguió con su pena, sus llantos y sus lamentos durante un año entero, al cabo del cual me dijo: «Quiero construirme en los terrenos de palacio un mausoleo rematado en cúpula, donde pueda quedarme a solas con mi dolor; lo llamaré Casa de las Penas». «Haz –le respondí– lo que te dé la gana». De modo que mandó levantar un monumento a su duelo, un sepulcro cobijado por una cúpula, y allí trasladó y alojó al esclavo, que seguía impedido y de nada podía ya servirle a mi prima. Si bien era capaz de beber, no había vuelto a hablar desde que lo herí, por más que siguiera alentando, pues el plazo de su muerte aún no se había cumplido. Mi prima iba al monumento dos veces al día, a primera hora de la mañana y al atardecer. Se metía dentro y lloraba junto al esclavo, lamentaba la suerte de este y le daba bebida y sopas. Esto se repitió cada mañana y cada noche hasta que hubo transcurrido el segundo año, sin que yo dejase de observarla. Un día entré de improviso donde ella, y la encontré llorando y dándose de bofetadas en el rostro, mientras se desahogaba: «¿Por qué me habéis dejado tan sola, prenda de mi alma? Habladme, vida mía, decidme algo, mi amor». Y recitó:

«Me habéis dejado sola, sola y agonizante,
con este corazón que es incapaz de amar.
Trasladad mis despojos y dadles sepultura
cerca de donde estéis, allá adonde vayáis.
A los pies de mi tumba llamadme por mi nombre,
y al instante mis huesos responderos sabrán».

Luego, sin parar de llorar:

«El día del encuentro todo se habrá cumplido;
mas, si me desdenáis, se torcerá mi sino.
Amedrentada duermo, rodeada de amenazas,
pero más que salvarme quiero vuestra compañía».

Y todavía añadió:

«Una vida de gloria disfrutar yo podría;
cual los grandes Cosroes²⁶, tener poder y mando.
Pero para muy poco todo eso me valdría
si alejada de vos hubiese de gustarlo».

Cuando acabó –prosiguió el joven hechizado– de pronunciar estas palabras y de derramar un sinnfín de lágrimas, le dije: «Basta ya, prima, de tanto duelo; de nada va a servirte el mucho llorar». «No quieras impedirme que haga mi voluntad; si veo que tratas de ponerme trabas, me mataré y se acabará todo», me contestó ella. Opté entonces por callar en adelante y dejarle hacer a su antojo, y mi prima persistió en sus llantos y lamentos durante un año más. Luego, cuando ya se había cumplido el tercero, entré un día en nuestras estancias de muy mal humor por cierto

²⁶ Se entiende que Cosroes, en plural, designa al conjunto de los emperadores persas de la dinastía sasánida, aunque se los agrupe a todos bajo el nombre de Cosroes Anushirwán, el emperador del siglo VI, que aparecerá más abajo en otras historias.

inconveniente, que vino a agravar aquella tensión continua. Y de manos a boca me topé con ella. Iba mi prima y esposa camino del monumento, como tan a menudo hacía, y diciendo en alta voz: «Ni una palabra me diré, mi señor. ¿Cuánto tiempo más habré de esperar vuestra respuesta?». A continuación recitó:

«¿Que está marchito, tumba, quien yo bien quiero es cierto,
que de existir dejó su tierna donosura?
¿Y cómo es que tú, tumba, sin ser vergel o cielo,
cobijo sabes darme al junco y a la luna?».

Al oír aquellos versos y desvaríos, me irrité aún más de lo que estaba, exclamé, sin poder ya contenerme: «¿Hasta cuándo va durar esto?», y recité:

«¿Que está marchito, tumba, quien yo bien quiero es cierto,
¿que de existir dejó su contrahacha figura?
¿Y cómo tú, tumba, sin ser poza o puchero,
cobijo sabes darme al tizne y la basura?».

Al oír mi chanza, dio mi prima un respingo y me espetó: «¡Cuidado con lo que dices, perro! Bien sé yo que tú eres el causante de mi desdicha, que heriste al amado de mi corazón, que acabaste con su juventud y conmigo. ¡Ay, Dios mío! ¡Tres años lleva ya a mitad de camino entre la vida y la muerte!». «¡Sucia ramera, buscona, folladora de esclavos! Sí, en efecto, yo fui quien lo hizo», le respondí yo, y, sin más, tomé la espada, la desenvainé y, blandiéndola en mi mano, me fui para mi esposa con la intención de darle muerte. Cuando ella oyó mis palabras y me vio resuelto a matarla, se echó a reír y dijo: «¡Quita, perro! Bien sé yo que lo pasado pasado está, y lo que está muerto no vuelve a la vida, pero Dios me ha dado poder sobre el culpable de que me estén consumiendo el corazón las incesantes llamas de un fuego inextinguible». Se plantó luego ante mí, pronunció unas palabras que no comprendí y exclamó: «Que en virtud de mi magia, se te vuelva de piedra la mitad del cuerpo!». Y en ese mismo instante me transformé en lo que ahora veis. Medio vivo y medio muerto, no pude ya volver a moverme, ni para sentarme ni para levantarme. No contenta con eso, mi prima encantó también la ciudad y, con ella, los mercados y campos. Mis dominios estaban habitados por cuatro grupos: musulmanes, cristianos, judíos y zoroastras²⁷, y a todos los encantó; los peces blancos son los musulmanes; los azules, los cristianos; los rojos, los zoroastras, y los amarillos, los judíos. E igualmente hechizó los Cuatro Oasis, que se convirtieron en los cuatro alcores en medio de los cuales está la alberca que conocéis. Hecho todo ello, se ha dedicado a torturarme a diario. Me da cien azotes con un látigo de piel,

²⁷ La voz «zoroastra», aceptada en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, Barcelona: Espasa, 2014, s. v., designa al seguidor del zoroastrismo o mazdeísmo, esto es la religión predicada por Zoroastro o Zaratustra y en la que se rinde culto a la divinidad Ahura Mazda (véase Pedro Rodríguez Santidrián, *Diccionario de las religiones*, Madrid: Alianza, 1989, s. v.; y, para una exposición detallada, Jenny Rose, *Zoroastrianism: An introduction*, Londres: I. B. Tauris, 2011). Como se verá, los zoroastras o mazdeístas y lo que representan, como antigua religión irania, desplazada o reducida por el islam, tienen un importante papel en el entramado de ideas expresadas en *Mil y una noches*. Obsérvese que en la presente historia, al describir la sugestiva alberca y sus peces de cuatro colores se pone a los zoroastras en pie de igualdad con los musulmanes, cristianos y judíos.

hasta hacerme sangrar, y luego me pone, bajo estos ropajes, una camisa de pelo que me cubre la parte superior del cuerpo.

Acabado su relato, se echó a llorar el joven y luego dijo unos versos:

«Con paciencia, Dios mío, Vuestra Orden y Decreto,
para satisfaceros, sin quejas sobrelevo,
No tengo más sostén, dictada la Sentencia,
que la santa familia del último profeta».

El rey volvió a decirle al joven hechizado: «Añadís cuitas a mis cuitas por más que me hayáis aliviado parte de mi pesar», y luego le preguntó: «¿Dónde está esa mujer y dónde la morada del esclavo herido?». «El esclavo –repuso el príncipe– yace en el enterramiento del pequeño edificio rematado en cúpula que habéis visto, y ella se sienta a diario en la sala que hay delante. Cuando va de camino hacia allá, no bien ha salido el sol, se llega a mí, me desnuda y me da un centenar de azotes. Yo me lamento, grito; pero, inmovilizado como estoy, no puedo defenderme. Cuando acaba de administrarme el castigo, le lleva al esclavo bebida y sopa. Volverá de nuevo mañana, con las claras del día». El rey exclamó: «¡Os aseguro, joven amigo, que voy a haceros un servicio tan memorable que pasará a la historia!». Y se sentó a departir con el encantado hasta que fue noche cerrada. Esperó luego pacientemente hasta que apuntó el alba, cuando se quitó el manto, se ciñó la espada y fue adonde el esclavo. Allí vio las velas y lámparas, el incienso y los ungüentos. Se acercó al herido y lo mató de un golpe certero; se lo echó a la espalda y lo llevó al pozo, donde lo arrojó. Volvió luego al monumento, se puso la ropa del esclavo y se acostó en el lecho que hacía las veces de sepulcro, con la espada desenvainada, tan larga como era, a su lado. Al cabo de un rato acudió al pabellón, como solía, la desvergonzada hechicera. Entró en la estancia de su primo, lo desnudó y comenzó a azotarlo. Él se quejó: «¡Ay! ¿No es bastante ya? ¡Ten compasión de mí, prima!». «¿Tuviste tú compasión de mí? ¿Me dejaste vivir, tranquila y contenta, con mi amado?», preguntó ella, y lo siguió azotando hasta perder las fuerzas. Le puso luego la camisa de pelo y la tela por encima, y bajó adonde el esclavo con el vaso de bebida y el cuenco de sopa. Entró en la cavidad que había bajo la cúpula, se lamentó, exclamó entre lágrimas: «¡Habladme, señor y dueño mío!», y recitó:

«Me mata vuestra frialdad...
¿Cuánto más he de llorar?
Mucho dura ya el desvío:
sí me odiáis, estáis cumplido...».

Luego, sin dejar de llorar, volvió a suplicarle: «Habladme, señor, os lo ruego». El rey entonces, bajando el tono de su voz, torciendo la lengua e imitando el habla de los negros, exclamó: «¡Ay, ay! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!». Cuando ella oyó estas palabras, gritó de alegría y se desmayó. Al poco volvió en sí y preguntó: «¿Os habéis curado, mi señor?»; a lo que el rey fingiendo debilidad en la voz contestó: «¡No mereces, maldadada, que te hable!». «¿Cómo puede ser eso?», preguntó ella. El rey disfrazado dijo: «Te pasas la vida pegándole a ese y, como no para de gritar y pedir socorro, no puedo ni pegar ojo. Está siempre suplicando y pidiéndole a Dios que haga algo contra ti. ¡Y da unas voces...! Por eso no me he curado, porque no conozco la paz ni el reposo. ¿Y tú aún esperas que tenga ganas de hablar contigo?». «Pues ahora mismo

–aseguró ella–, y con vuestra venia, lo libro del encantamiento». «Sí, líbralo y danos descanso de una vez», dijo el supuesto esclavo. «¡Ahora mismo!», repitió la mujer mientras salía del monumento. Ya en las estancias del palacio, la esposa infiel llenó de agua una taza, pronunció sobre ella ciertas palabras y el agua borboteó y rompió a hervir como un guiso al fuego. Asperjó a su marido con unas gotas, musitó algo incomprensible y exclamó: «¡Por las palabras que acabo de pronunciar, sal de esa forma y vuelve a la tuya propia!». No bien hubo dicho esto, el joven se sacudió, se puso en pie y, muy contento por su liberación, dijo: «Doy testimonio de que hay un solo Dios y de que Mahoma es Su enviado». La mujer entonces le ordenó a grandes voces: «¡Vete y no vuelvas, o te mataré!». El joven salió de allí, y la mujer volvió al monumento, bajó adonde creía que seguía el esclavo y dijo: «Señor, salid para que pueda contemplar vuestra hermosura». La respuesta volvió a llegarle en voz muy débil: «Estarás contenta, ¿verdad? Pues entérate de que te has ocupado solo de las ramas, pero no de la cepa...». «¿Y cuál es, amor mío, mi único señor, la cepa?», preguntó ella. La voz contestó: «¡Pues las gentes de esta ciudad y de los Cuatro Oasis! No hay noche en que los peces no alcen la cabeza para pedirle a Dios contra ti y contra mí. ¿Cómo voy a curarme así? Ve ahora mismo y libéralos. Cuando lo hayas hecho, vuelve aquí y, tomándome de la mano, me ayudarás a levantarme, pues casi me he recuperado del todo». Al oír las palabras del rey, a quien ella tenía por su amado, la mujer exclamó dichosa: «¡Lo que vos digáis, mi señor!». Y echó a correr muy contenta hacia la alberca, de donde tomó un poco de agua». Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 9**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la hechicera tomó un poco de agua de la alberca y pronunció sobre ella ciertas palabras incomprensibles. Los peces comenzaron al punto a bullir, sacaron las cabezas, y de golpe se tornaron humanos. De este modo se rompió el hechizo sobre los habitantes de la ciudad, que recobró la vida. Los mercados se animaron de nuevo, cada ciudadano retomó su industria u oficio, y los oasis volvieron a su natural. La hechicera regresó enseguida al lado del rey, a quien seguía tomando por el esclavo, su amado, y le dijo: «Dadme, tesoro mío, vuestra noble mano para que os la bese». Él respondió con baja y bien impostada voz: «Acércate, acércate más», y, cuando ella así lo hizo, el rey empuñó su afilado hierro, la atravesó de pecho a espalda y la partió en dos mitades. Hecho esto, salió del monumento y se encontró con el príncipe, que lo estaba esperando. El soberano le dio sus parabienes, y el joven le besó la mano muy agradecido. El rey le preguntó: «¿Os quedaréis en esta vuestra ciudad o me acompañaréis ahora a la mía?». El príncipe: «¿Sabéis, señor de nuestra era, la distancia que hay de aquí a vuestra ciudad?». El rey: «Poco más de dos jornadas y media». El príncipe: «Majestad, si estáis dormido, despertad: de aquí a vuestra ciudad hay un año como poco; si llegasteis en dos días y medio fue porque la ciudad estaba encantada. Sabed, con todo, señor, que no tengo intención de apartarme de vuestro lado ni un instante». El rey, satisfecho con estas palabras, exclamó: «¡Alabado sea Quien en ti me ha concedido al hijo que no tengo!». Muy contentos ambos, echaron a andar hacia el gran salón del palacio. Una vez allí, el joven desencantado informó a los principales de su reino que lo aprestaran todo para el viaje, pues se había decidido a cumplir con la sagrada Peregrinación. Cuando hubieron hecho los preparativos del caso, que les llevaron

diez días, el joven se llegó al rey, cuyo corazón ardía de nostalgia por su ciudad, de donde faltaba desde hacía ya un año, y emprendieron ambos camino, con una guarnición de cincuenta siervos armados, y bien provisto de regalos.

Y durante un año entero marcharon, de día y de noche, hasta que por fin llegaron, sanos y salvos, a la ciudad del rey, a quien salieron a recibir el ministro y los mandos militares, que ya desesperaban de ver otra vez a su señor. Se adelantaron los principales del reino, besaron el suelo ante el monarca y le dieron la bienvenida. El rey entró, se sentó en su trono y le contó a su ministro todo lo ocurrido. Cuando el ministro lo hubo oído, se acercó al joven príncipe y le dio sus parabienes. El soberano luego repartió obsequios y mercedes, y dijo al ministro: «Tengo que ver al pescador que trajo los peces». Mandaron, pues, a buscar al hombre gracias a quien se había liberado la ciudad de los Cuatro Oasis. Cuando el rey lo tuvo ante sí, le regaló una suntuosa túnica de su guardarropa y, queriendo saber de él, le preguntó si tenía hijos. Como el pescador le contestara que sí, que un varón y dos hembras, el rey tomó a una de ellas por esposa, y el joven príncipe a la otra. En cuanto al hijo varón, el soberano se hizo cargo de él y lo nombró tesoroero. Más tarde comunicó a su ministro que lo enviaba a la ciudad del joven, o sea, a los Oasis Negros²⁸, cuyo gobierno le concedía, y adonde partiría acompañado de los cincuenta siervos armados, que portarían regalos para todos los gerifaltes. El ministro le besó a su señor las manos y emprendió viaje, en tanto que el rey y el joven príncipe vivieron tranquilos a partir de entonces. El pescador, por su parte, llegó a ser el hombre más rico de su época y padre de dos hijas casadas, hasta que murieron, con sendos esposos de sangre regia.

—Pero, desde luego —prosiguió Shahrazad—, esto no es tan maravilloso, dónde va a parar, como lo que le ocurrió al ganapán.

—¿Y qué fue —preguntó Duniazad— lo que le ocurrió al ganapán?

—HUBO EN BAGDAD²⁹ —comenzó a contar Shahrazad— un hombre que era soltero y se ganaba la vida llevando bultos de un sitio a otro. Y estaba el tal cierto día en el mercado, apoyado en su capacho, cuando ante él se paró una mujer que venía ataviada con un manto a la usanza de Mosul, en seda y con doble orla de canutillo dorado. La mujer se descubrió la cara dejando ver sus ojos negros, y unas pestañas y cejas suaves y de perfectos contornos. La dama dejó pasar unos segundos y dijo con toda la dulzura de su timbre y en lengua culta: «Toma tu capacho y sígueme». Sin apenas poder creérselo, el ganapán agarró el capacho; exclamó: «¡Día venturoso, día señalado!», y la siguió hasta que llegaron a la puerta de una casa. La dama llamó y salió un cristiano. Ella le entregó un dinar y recibió a cambio una orza aceitunera del mejor vino, que colocó en el capacho, diciendo: «Carga esto y sígueme». El porteador volvió a exclamar: «¡Este sí que es un día bendito!», se puso el capacho en la cabeza y la siguió. La mujer se paró luego en una frutería donde compró manzanas sirias, membrillos *osmaníes*, melocotones de Ammán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, pepinos del Nilo, limones egipcios, toronjas *sultaníes*, dátiles, albahaca, orégano, alheña, manzanilla, amapolas, violetas, flor de granado y rosas silvestres, y lo colocó todo en el capacho del porteador diciendo: «Carga esto también». Así lo hizo él, y la siguió hasta que la joven dama se detuvo donde el carnicero: «Córtame diez libras de carne», le dijo. El hombre cortó la carne. La dama pagó y, después de envolver la carne en hojas de plátano, la colocó

²⁸ El paso de «Cuatro Oasis» a «Oasis Negros» es del original.

²⁹ Comienza «El ganapán y las tres jóvenes».

en el capacho diciendo: «Carga esto también». Así lo hizo él y la siguió hasta que ella se paró en el puesto de los aperitivos y golosinas. Compró pistachos bastantes para una larga velada, uvas pasas de Tihama y almendras, y le dijo al ganapán: «Carga esto y sígueme». Él volvió a ponerse el capacho en la cabeza y la siguió hasta que la dama se detuvo en la confitería, donde compró una plancha entera de dulces de todas las variedades: masa frita con miel, tanto en lazos como en triángulos, con semillas de abelmosco, bien rellenos estos y recubiertos de gelatina de almendras; pastillas de limón y «de Maimón», «peines de Zéinab», «dedos» y «bocaditos de juez», y lo colocó todo en el capacho. El ganapán le dijo: «Si me hubieseis advertido, habría traído un mulo en que llevar todo esto». Ella sonrió, le dio una palmada en el hombro y le dijo: «Camina a buen paso, habla lo menos que puedas, y, si Dios quiere, serás bien recompensado». A continuación se detuvo en el droguero, al que compró diez frascos de aguas perfumadas: de rosas, de azahar, de nenúfar, de sauce egipcio, etc.; también apartó dos panes de azúcar, un hisopo de abelmosco para el agua de rosas, romero macho, palo áloe, ámbar gris y almizcle, así como velas de Alejandría, y lo colocó todo en el capacho diciendo: «Sígueme». Así lo hizo el ganapán, y ambos emprendieron el camino que los condujo a una casa muy vistosa, de excelente fábrica y considerable altura, con un portón de dos batientes, en ébano reforzado con planchas de oro bermejo.

La joven dama se detuvo ante el portón, se apartó el velo de la cara y llamó con suavidad. Al poco se abrieron los dos batientes. El porteador miró con curiosidad a quien había acudido a abrir y vio a una dama también joven, de talla media y busto generoso; bella, garbosa y bien proporcionada; con la frente tan clara como la mañana, ojos propios de una gacela y cejas cual medialunas de ramadán; mejillas de amapola y una boca que más parecía el Sello de Salomón; el óvalo de su cara nada tenía que envidiarle, en esplendor, al mismísimo plenilunio; sus senos eran como dos granadas bien avenidas, y sobre su vientre se plegaba, cual impronta de escribano, la fina tela de su vestido, dejando adivinar un ombligo en que habría podido verterse una onza entera de aceite de moringa. No exageró, pues, el poeta que la cantó:

¡Es el luciente sol, la luna llena,
el azahar del alcázar, la alhucema!
Jamás como en sus rasgos y cabello
nácares y azabaches se fundieron.
Aunque le envidie la color del pómulo,
la Belleza se suma a mis clogios.
Si camina, me hacen feliz sus nalgas,
mas su cintura me suscita lágrimas.

Esta segunda dama dejó, según afirma el transmisor de esta historia, al ganapán tan estupefacto, que a punto estuvo de caérsele al mozo el capacho de la cabeza. Y exclamó: «¡No he tenido en mi vida un día más colmado de bendiciones!». «¡Bienvenidos!», les dijo, desde el otro lado del dintel, la dama portera a la intendente, o sea, la recién llegada, y al ganapán que acompañaba a esta. Y los tres fueron hasta un amplio salón, de admirable plano y ornato, con pequeñas estructuras y surtidores, asientos corridos, tapices y cámaras ocultas por cortinajes. En medio de todo había un lecho de sabina con perlas y gemas engastadas, donde, bajo un mosquitero sin desplegar, en raso rojo, con perlas del tamaño de avellanas a modo de botones, reposaba una joven dama

de ojos babilonios³⁰ y talante filosófico, esbelta cual letra *álif*, perfumada de ámbar gris, con unos labios de cornalina más dulces que el azúcar, y un rostro que avergonzaría al mismo sol luciente, pues emulaba a los perladados astros o al aljófár de Arabia. Esta tercera dama descendió del lecho y avanzó, cimbreándose, hasta el centro de la sala, donde estaban las otras dos, a quienes preguntó: «¿Qué hacéis ahí paradas? Venga, aliviad la cabeza de ese pobre porteador». Se acercaron entonces la intendente por delante y la portera por detrás y, con la ayuda de la tercera, la que del lecho acababa de levantarse y era a todas luces la principal de la casa, aliviaron en efecto al porteador vaciando su capacho y poniéndolo todo en su lugar. Hecho lo cual, le entregaron nada menos que dos dinares de reluciente oro al mozo. «Vete en paz, porteador», le dijeron. Él se quedó mirando a las jóvenes damas, a quien tantas prendas físicas y morales adornaban, y no recordó haber visto nada mejor, sin que le pasara, además, por alto que no había entre ellas varón alguno. Miró a continuación la bebida, las frutas, los ramilletes de olor y cuanto habían acopiado para una buena velada, y, admirado por todo ello, se resistía a marcharse. La joven le preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Es que te parece poco lo que te hemos pagado?», y, dirigiéndose a su hermana, añadió: «Anda, dale otro dinar». El porteador exclamó: «¡Nada de eso, mi señora! ¿Cómo va a parecerme poco lo que me habéis dado? Si yo, aun con suerte, no gano más de dos monedillas de plata... Son vuestras señorías quienes me preocupan: cómo vivís aquí solas, sin varones que os hagan compañía y os entretengan. Bien sabéis que un minarete no se tiene más que sobre cuatro ángulos, o, como también suele decirse, que el número mínimo para un banquete son cuatro comensales, y a vosotras os falta el cuarto. Además, el bienestar de las mujeres no es completo más que con los hombres. Y ya lo dijo el poeta:

La armonía requiere que haya cuatro instrumentos:
un címbalo, un laúd, un flautín y un salterio.
Alhelíes y mirto, coronarias y rosas:
ramillete perfecto que te alegra las horas.
Amantes y buen vino, riquezas y un vergel:
con eso se conforme quien feliz quiera ser.

»Vosotras —continuó el ganapán— sois solo tres, de manera que os falta un cuarto, que ha de ser hombre juicioso e inteligente, hábil y discreto». Las tres jóvenes quedaron muy impresionadas con la perorata del ganapán, y una de ellas contestó, con el asentimiento de las otras: «¿Y dónde vamos a encontrar a ese mirlo blanco? Como jóvenes damas que somos, nos da miedo

³⁰ Esta adjetivación de los ojos ha dado lugar a problemas de lectura, y por tanto de traducción, del texto de *Mil y una noches*. Si nos atenemos a la letra árabe, se trata de una calificación derivada del nombre de *Bábel* (con acentuación grave, en árabe), la ciudad iraquí, que se corresponde con la Babel bíblica y la Babilonia de la Antigüedad. Dado que Bábel, o tal vez sería mejor decir Babilonia, se asocia con el ejercicio de la magia (como veremos más adelante, en la noche 951), habría que concluir que «babilonios» significa aquí mágicos, fascinantes. Pero el problema no es tan sencillo. En las noches 866 y 870 veremos que los ojos de cierto personaje reciben una calificación muy particular, si nos atenemos a la letra, ya que, en esos lugares, se habla no de «ojos babilonios», sino de «ojos de bulbul», en referencia, si no se trata de una mera confusión, al bulbul o ruiseñor árabe (a menudo mencionado en la obra, por cierto). Esa confusión posible provendría de la gran similitud de las grafías árabes para babilonio (*babil*) y «bulbuli» (*bulbul*) o propio del bulbul, que, sobre todo en la letra manuscrita pueden pasar por la misma palabra. Pero, por más que pueda parecer más razonable evocar los ojos de un ave que la alusión a las prácticas de una ciudad de la Antigüedad, el hecho es que la calificación «mirada babilonia» (*tarf babil*) se registra en la gran literatura árabe, fuera de las *Mil y una noches*, por ejemplo en el poeta andalusí del siglo X Ibn Hanī (véase *Diwān*, ed. Kárum al-Bustani, Beirut: Dar Sáder-Dar Beirut, 1964, pág. 165).

confiar nuestros secretos a quien no pueda guardarlos. En alguna antología hemos leído que el Hijo de Athumam dijo en cierta ocasión:

Preserva bien tus secretos:
declararlos es perderlos.
Si ni en el pecho te caben,
¿cómo va a guardarlos nadie?

»Por su parte —siguió la dama—, al célebre Abu Nuwás se le atribuye este dístico:

A quien sus pensamientos divulga entre la gente
habría que quemarle con un hierro la frente».

Oídas las palabras de las jóvenes, dijo el porteador: «Pues en mí, por vuestras vidas lo juro, tenéis a un hombre juicioso y leal, lector de sesudos tratados y muy versado en crónicas y anales, que en todo momento sabe poner de manifiesto lo hermoso y ocultar lo feo. Actúo, en fin, como dice el poeta:

Personas hay discretas y amantes del silencio:
con quicnes son cabales no corres ningún riesgo.
Conmigo los secretos viven en una casa
donde llaves perdidas no abren puertas cerradas».

Las muchachas oyeron con atención los versos y el argumento que ilustraban y contestaron: «Como bien puedes ver, hemos hecho grandes gastos en este lugar. ¿Con qué puedes tú compensarnos? Desde luego, no vamos a consentir que te quedes con nosotras a pasar la velada, contemplar nuestros radiantes rostros y amanecer feliz a nuestro lado, que es sin duda lo que a ti te gustaría, si no contribuyes con algo tangible». Y la que mandaba sentenció, a modo de resumen: «Razón tenía quien acuñó el refrán: “amor sin convite no vale un ardite”». A lo que añadió la portera: «Si la bolsa traes llena, únete a la compañía; mas, si la traes vacía, vete ahuecando el ala». Pero entonces terció la intendente: «¡Dejadlo tranquilo, hermanas! Bastante noble ha sido. Cualquier otro ya nos habría incomodado de una u otra forma. Y lo que pueda él gastar lo pagaré yo gustosa». El ganapán se alegró con estas palabras, besó el suelo y reconoció: «La verdad es que las primeras monedas que me he ganado hoy han sido las vuestras». La dueña de la casa, o sea, la que hacía nada estaba recostada, le dijo: «Solo podrás quedarte con una condición: que seas educado y serio, y no hagas preguntas sobre lo que no te concierne, pues, de lo contrario, te apalcaremos y te echaremos». «Acepto con mucho gusto —dijo el porteador—: ya no tengo lengua». Ellas respondieron: «Bienvenido seas, entonces; puedes quedarte». La intendente se ciñó la cintura, alineó los frascos, filtró el vino, dispuso los manjares junto al estanque y trajo cuanto podían necesitar. Sirvió luego el vino y se sentó junto a las otras dos; y lo mismo hizo el huésped, que se creía en un sueño. La misma dama, la del mercado y las compras, se sirvió una copa de un cuenco de madera y se la bebió, operación que repitió dos veces más. A continuación les sirvió a sus hermanas, y, por último, llenó la copa y se la entregó al ganapán, al tiempo que declamaba:

«Bebe y goza de venturas,
que el vino los males cura³¹».

El ganapán tomó la copa y, después de dar las gracias, recitó también:

«Vino beben los contentos,
y su dicha llega al cielo».

A lo que añadió:

«Bebe solo con gente de confianza,
de casta conocida y raíz sólida.
Que el vino, como el viento, por do pasa
olor recoge, a flores o a carroña».

El huésped volvió a besarles las manos a sus anfitrionas, siguió dándole sorbos a su copa, y, cuando ya se tambaleaba por efecto de la bebida, recitó:

«Beber sangre la Ley tiene prohibido,
salvo que sea la sangre del racimo.
No dejéis de servirme de esa sangre,
que yo daré por vos mi alma en rescate».

La joven volvió a llenar la copa y se la tendió, primero, a la mediana, quien la tomó de sus manos, le dio las gracias y bebió; y luego a la dama que había estado recostada en el lecho. Y, cuando esta hubo bebido, volvió la intendente a servirle vino al ganapán. Este hizo como antes: besó el suelo ante su benefactora, le dio las gracias y dijo:

«Llenadme otra vez la copa,
no escatiméis en bebida:
¡otra copa rebosante
del agua que da la vida!».

El porteador se arrimó a la dueña de la casa, le dijo: «Propiedad vuestra soy, señora, vuestro vasallo, vuestro siervo», y volvió a recitar:

«De pie al lado de tu puerta
han visto a un esclavo tuyo,
que a tu bondad y largueza
quisiera rendir saludo».

A lo que ella respondió diciendo: «Bebe, y que el vino te siente bien y te ayude a transitar por los senderos de la salud». Él tomó la copa, le besó la mano a la dama y entonó estos versos:

«Algo tan rojo y vivo le di cual sus mejillas,
que ardía y crepitaba cual si fuese una tea.

³¹ Primer poema de alabanza al vino que aparece en la obra. Hay una larga tradición báquica en la literatura árabe, sustentada no solo por el tópico poético, sino también en costumbres efectivas y convicciones. No de otro modo puede explicarse el razonamiento etimológico, común entre los filólogos árabes medievales, que vincula a la viña (*karm*) con la generosidad (*káram*).

Cuando le robé un beso, me preguntó entre risas:
"¿Mejilla es la bebida que das a quien cortijas?"
"Tomad y bebed -dijo-, que solo son mis lágrimas,
con mi alma y unas gotas de mi sangre mezcladas".

Ella le respondió:

«Si sangre por mi causa tus párpados derraman,
dámela, compañero, que no me faltan ganas».

La dama tomó la copa, la apuró y fue a echarse junto a sus hermanas. Y así siguieron las tres, entre bailes, risas, cantos y poemas, en compañía del ganapán; y así siguió este con ellas, entre arrumacos y dulces besos, mordiscos y roces, apretujones, toques y languideces. Que si le daban a probar un bocado, que si una de ellas lo atraía hacia sí, que si la otra le propinaba un pescozón, que si la tercera le tendía un ramillete de olor... Hasta que la bebida les arrebató el buen sentido y se adueñó de ellos. Entonces se levantó la portera, se quitó la ropa y, cubriéndose solo con la mata de cabello que a propósito se soltó, se metió en el estanque para jugar. Tomó un poco de agua en la boca y salpicó con ella al invitado. Se lavó bien los distintos miembros y entre los muslos, y salió del agua para echarse en el regazo del ganapán, a quien preguntó: «Amigo mío, ¿cómo se llama esto?», señalándose sus partes. El porteador respondió: «¿Vuestra vagina?». Ella dijo: «¡Pero qué oigo...! Vergüenza debería darte», y, agarrándolo del cuello, comenzó a golpearlo. Él se quejó: «¡Bueno está ya! Se llama vulva». «No, no es ese su nombre», dijo ella. Él probó de nuevo: «¿Vuestro conejo?». «No, tampoco», dijo ella. «¿Vuestro chochito?», preguntó él, y volvió a recibir una lluvia de golpes que le molieron la nuca y el cuello. De modo que decidió preguntarle: «¿Y entonces cómo se llama?». A lo que ella repuso: «Albahaca de los caminos». El porteador exclamó: «¡Bendita sea la albahaca de los caminos!», e hicieron circular el cuenco y la copa. Se levantó luego la segunda, se quitó la ropa, se metió en el agua e hizo como la primera. Al salir se echó también en el regazo del porteador y, señalándose sus partes, le preguntó: «Dime, luz de mis ojos, ¿cómo se llama esto?». «Vuestro coñito», dijo él. «¿No tienes reparo en emplear ese lenguaje?», lo reprendió la joven, y le dio tal palmada que resonó en toda la estancia. El porteador se aventuró: «¿Será entonces albahaca de los caminos?». «No», dijo ella, mientras los golpes y pescozones arreciaban. «¿Pues cómo se llama?», preguntó el joven. «Hojitas tiernas de espino», repuso ella. La joven dama se echó una tela por encima y se sentaron todos, juntos de nuevo, a conversar y seguir bebiendo. Al ganapán le dolían la nuca y los hombros de tantos golpes como le habían propinado. Un buen rato estuvo la copa circulando hasta que la mayor de las tres damas, la dueña de la casa, que era la más hermosa, se despojó de cuanto encima llevaba. El ganapán se echó la mano a la nuca y, mientras se la frotaba con las manos, la dama se lanzó al estanque para darse un baño. Mientras buceaba y se lavaba, el huésped no podía dejar de mirarla, pues la tenía ante sí en todo su esplendor. Desnuda como la parió su madre, parecía el creciente; mientras que su rostro relucía más que el plenilunio o una soleada mañana. El ganapán, pues, le miró el tallo y los senos, así como aquellas pesadas nalgas que se ondulaban bajo el agua y, después de lanzar algunas exclamaciones, recitó:

«Quien tu figura con la rama tierna
compara, yerra el símil y difama;

las ramas gustan solo engalanadas,
y tu belleza, si desnuda, aumenta».

Salió luego la dama del estanque y se echó en el regazo del porteador, a quien igualmente preguntó: «Dime, jovencuelo, ¿esto cómo se llama?», señalándose sus partes. «¿Albahaca de los caminos?», preguntó el mozo. «Frío, frío», dijo la dama. «¿Vuestra vagina?». «¡Uy, uy!», exclamó la bella al tiempo que le daba un buen coscorrón al joven, que siguió probando con otros nombres sin mejores resultados. Hasta que el porteador preguntó: «Bueno, ¿y entonces cómo se llama?». La mayor de las tres repuso: «Se llama la fonda de Saladino». Él exclamó: «¡Bendita seas, fonda de Saladino!». La dama se vistió de nuevo y volvieron a beber. Al cabo de un rato se levantó el porteador, se desnudó y bajó al estanque, donde su miembro viril se deslizaba por la superficie del agua. Después de lavarse, tal como habían hecho las tres damas, salió y se tendió en el regazo de la señora de la casa, dejando descansar los brazos sobre los muslos de la portera, y las piernas en los de la intendente, y, señalándose sus partes, preguntó: «¿Cómo se llama esto, mis señoras?». Las damas se echaron a reír de tan buena gana que rodaron por el suelo, y respondieron: «¡El pene!». «¡No!», exclamó él, y le dio a cada una un mordisco. «¡El rabo!», dijeron las muchachas entonces. «¡No!», volvió a contestar él, robándole a cada cual una caricia en los senos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 10**, Duniazad le dijo a Shahrazad:

—Acaba, hermana, lo que nos estabas contando.

—De mil amores —respondió Shahrazad, y prosiguió su relato—. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que las muchachas siguieron probando: que si «tu verga», que si «tu falo»..., mientras él las besaba, mordía y abrazaba, y ellas no paraban de reír. Hasta que le preguntaron: «Bueno, ¿pues cómo se llama?». Él repuso: «Pues se llama el mulo zangolotino, que pasta albahaca de los caminos, mordisquea hojitas tiernas de espino y pernocta en la fonda de Saladino». Ellas se tiraron por el suelo de la risa, y, cuando se recuperaron, volvieron a beber y a disfrutar de la mesa puesta en tan buena compañía.

Y así siguieron hasta que se les hizo de noche. Entonces le dijeron al porteador: «Bueno, ya puedes irte en paz, amigo: date la vuelta y muéstranos la anchura de tu espalda». Él suplicó: «Por Dios juro que más me cuesta salir de vuestra casa que del mundo de los vivos. Vamos a unir la noche con el día, y vuelva luego cada uno a sus asuntos». La intendente lo apoyó: «Hacedme ese favor, hermanas: dejémosle pasar la noche con nosotras y divirtámonos con él, pues quién sabe cuándo volveremos a toparnos con otro mozo que tenga tanto desparpajo y donaire». Entonces le dijeron al porteador: «Podrás pasar la noche entre nosotras si te sometes a rajatabla a la norma siguiente: por más que te sorprenda lo que llegues a ver, no preguntes por ello ni por su causa». «Acepto», contestó él. «Levántate —añadieron las muchachas— y lee en voz alta lo que está escrito sobre esa puerta». El ganapán se acercó a la puerta indicada, y sobre ella encontró escrito con pan de oro: «*Si no quieres oír lo que no te conviene, en lo que no te importa procura no meterte*». El porteador aseguró: «Podéis dar fe de que yo nunca me meto donde no me llaman». Dicho esto, se levantó la intendente a preparar algo de comer, encendieron velas en las que clavaron píldoras de

ámbar gris y palo áloc, y se sentaron a seguir disfrutando de su mutua compañía y del recuerdo de los ausentes, ante una mesa puesta donde no faltaba la fruta más fresca y apetecible ni, por supuesto, la bebida. Comieron, pues, de nuevo y bebieron, se contaron anécdotas y se gastaron bromas, engañaron con sus risas al tiempo que pasaba, y en esto oyeron llamar a la puerta. Sin inmutarse ni dejar lo que entre manos se traían, la dama portera se levantó y fue a ver quién era. Y enseguida volvió diciendo: «¡Ya está completa nuestra dicha para la noche! En la puerta hay tres forasteros, persas diría yo, de alguna cofradía de mendigos, todos bien rasurados y los tres tuertos del ojo izquierdo. ¡Una coincidencia portentosa! Vienen, según me han aclarado, de paso, de tierras bizantinas, lo que debe de ser cierto, pues salta a la vista que han estado de viaje. Acaban de llegar a Bagdad por primera vez en su vida y han llamado a la puerta porque, al no encontrar sitio alguno donde pasar la noche, han decidido solicitarle al amo de esta casa que les preste la llave del establo o de algún cobertizo, por ruinoso que esté, pues se les ha hecho tarde y, según su expresión, “no conocen a nadie que les dé cobijo”. Y os aseguro, hermanas, que tienen, los tres, unas hechuras tan cómicas que, si los dejamos pasar, nos hartaremos de reír». No tuvo que granjearse mucho más la simpatía de sus dos hermanas, pues estas le dijeron enseguida: «Déjales entrar, pero ponles la condición de que no hablen de lo que no les concierne y así no habrán de oír lo que no les conviene». La joven se retiró satisfecha y al poco volvió acompañada de los tres tuertos, que traían, en efecto, los mentones y los bigotes rasurados. Los tres hombres saludaron y se quedaron donde estaban, con la expresión mohína, arredrados por la timidez. De manera que las jóvenes anfitrionas se levantaron, les dispensaron una calurosa bienvenida y los invitaron a sentarse.

Los mendigos miraron a su alrededor y se hallaron en una mansión distinguida, donde todo estaba pulcro y bien dispuesto, y abundaba el verdor. Observaron asimismo las velas encendidas, el humo de los incienso que por el aire ascendía, los pistachos y las pasas, la fruta fresca, así como a las tres doncellas, y exclamaron de común acuerdo: «¡Qué maravilla, Dios mío!». Repararon luego en el ganapán y se dieron cuenta enseguida de que estaba borracho; después de mirarlo unos segundos pensaron que sería uno de ellos y así lo expresaron: «Será un mendigo como nosotros, persa o quién sabe si árabe beduino, que nos hará compañía». Cuando el porteador oyó estas palabras, se levantó y, mirándolos de hito en hito, les dijo a los recién llegados: «Participad de la reunión sin tanta curiosidad. ¿Es que no habéis leído lo que hay escrito encima de la puerta? Bonita cosa es que se deje entrar en casa a unos pobres de solemnidad como vosotros y no tardéis ni un instante en sacar a pasear a la sin hueso...». A lo que los rasurados contestaron: «Dios nos perdone nuestra falta, y a vuestra entera disposición quedamos». Las muchachas rompieron a reír y se dijeron quedamente: «Ahora nos vamos a divertir de lo lindo con todos estos». Hicieron buenos oficios entre uno y otros, y les trajeron alimento a los recién llegados, que dieron buena cuenta de todo y se unieron después al grupo. La portera se encargó de darles de beber. Circuló la copa y el ganapán les dijo a los mendigos: «Hermanos, ¿tenéis alguna historia o chascarrillo que nos divierta a todos?». Ya más entonados, los tres forasteros pidieron instrumentos de música. La portera les trajo entonces un pandero de Mosul, un laúd iraquí y un címbalo persa. Los mendigos se pusieron de pie; uno tomó el pandero, otro el laúd y el tercero el címbalo, y comenzaron a tocar, y, como quiera que las muchachas se les uniesen cantando, formaron entre todos un buen estruendo.

Y en esto llamaron de nuevo a la puerta, y la encargada de abrir se levantó para ver quién era. El hecho era, majestad –siguió contando Shahrazad–, que el califa Harún Arrashid había salido aquella noche de su palacio, deseoso de ver y oír lo que hubiese de nuevo, y acompañado, como solía, de Yáafar el Barmekí, su ministro, y de Masrur, el sirviente que ejecutaba las venganzas del califa, o sea, su verdugo y escolta. El califa y sus acompañantes tenían la costumbre de disfrazarse con ropa de mercaderes, y, dejándose llevar por sus pasos, en su recorrido por la ciudad, habían llegado a aquella casa. Oyeron los sones de la música y el califa dijo a Yáafar, su ministro: «Quiero que entremos en esa casa y veamos a los que cantan y tocan». «Esos –respondió Yáafar– están ya borrachos, Comendador de los Fieles, y podrían ocasionarnos algún perjuicio». «Tenemos que entrar –insistió el califa–, de modo que ya puedes estar inventándote algo para que podamos». «¡Oigo y obedezco!», contestó Yáafar, que se adelantó y llamó a la puerta. Acudió la portera, abrió, y el ministro, tras inclinar la cabeza, le dijo: «Señora, somos mercaderes, de Tiberíades, llevamos en Bagdad diez días, por negocios nuestros, y paramos en un *jan*³². Pero esta noche nos ha invitado un amigo nuestro, hombre de negocios también, y hemos estado en su casa; nos ha dado de cenar y luego hemos disfrutado de su compañía. Acabada la reunión, nos hemos despedido y salido, bien entrada la noche, a una ciudad en la que somos forasteros, por lo que no hemos sido capaces de dar con la posada. De vuestra noble generosidad esperamos que nos permitáis pernoctar en vuestra casa. Dios os lo pagará». La portera los miró atentamente y le pareció que, en efecto, eran respetables mercaderes. Entró, pues, donde sus dos hermanas, intercambió con ellas pareceres, y las otras dos le dijeron que los hiciese pasar. Volvió a la puerta la dama y les franqueó el paso a los supuestos mercaderes. Estos le preguntaron, con gran corrección: «¿Entramos, pues, con vuestro permiso?». «Sí, adelante», dijo la joven.

Y en la casa entraron el califa, Yáafar y Masrur. Al verlos, se levantaron las otras dos damas para acogerlos y servirlos: «¡Muy bienvenidos sean nuestros huéspedes! Solo os ponemos una condición: que no habléis de lo que no os concierne para no tener que oír lo que no os conviene». «Conformes», dijeron ellos, y se sentaron a beber y a disfrutar de la compañía. El califa miró a los mendigos y reparó, con asombro, en que los tres eran tuertos del ojo izquierdo, y luego observó a sus jóvenes anfitrionas, cuya belleza y donosura lo dejaron en suspenso. Reanudada, pues, la convivial charla, las muchachas se acercaron al califa para servirle bebida, pero él se excusó: «Estoy resuelto a emprender la sagrada Peregrinación, de modo que no me uniré a vuestras libaciones». Entonces se levantó la dama portera y le trajo, en una vistosa bandeja de latón decorada, un cuenco de porcelana fina; vertió un poco de agua de sauce y en ella dejó que se disolviera nieve mezclada con azúcar. El califa le dio las gracias y pensó: «Mañana sin más remedio tengo que recompensarla por haberme tratado tan bien». Y todos se enfrascaron en la animada charla.

Cuando la bebida hubo hecho su efecto, se levantó el ama de la casa para servir a sus huéspedes. Luego tomó de la mano a la intendente y le dijo: «Hermana, vamos a satisfacer nuestra deuda». «Muy bien», respondió la otra. En esto se levantó también la portera y, después de tirar las cáscaras de los frutos secos y renovar los aromas e incensos, dejó libre el centro de la sala. Invitó luego a los tres mendigos a que se acomodaran a un lado del patio porticado, en un asiento corrido; mientras que se llevó al califa y a los acompañantes de este a un extremo de la estancia,

³² Un *jan* era una posada, con dependencias adecuadas para alojar a mercaderes, cuartos para sus monturas y almacenes para sus mercaderías; el equivalente oriental a las alhóndigas del medievo ibérico.

los sentó en otro banco y allí los dejó. La dama se dirigió luego al porteador: «A ti te hemos tomado cariño... Tú ya no eres un extraño, sino alguien de la casa». El porteador se levantó, se ciñó bien la túnica y preguntó: «¿Qué queréis?». «Quédate donde estás», fue la respuesta de la joven. Entonces la intendente colocó con gran diligencia una tarima en medio de la sala, abrió una cámara y dijo al ganapán: «Ayúdame». El porteador entonces vio a dos perras negras con sendas correas en los cuellos. A instancias de su anfitriona, el ganapán condujo a los dos animales al centro de la sala. La dueña de la casa se remangó un poco, tomó un látigo y le dijo al porteador: «Tráeme a una de las dos». El ganapán arrastró de la cadena a una de las perras, que lloraba y movía la cabeza mirando a la joven dama. Esta comenzó a golpear en la cabeza al animal, que aullaba lastimosamente. La joven siguió azotándola hasta que se le cansaron los brazos; tiró luego el látigo y atrajo hacia su pecho a la perra, cuyas lágrimas enjugó y cuya cabeza besó. Luego volvió a decirle al porteador: «Llévatela y tráeme a la otra». Él se la trajo, y la joven hizo como con la primera. El califa, cada vez más inquieto, y con el corazón partido de la pena, le hizo visajes a Yáafar, queriendo indicarle que preguntase qué ocurría. Pero el ministro le contestó, también con gestos, que mejor sería guardar silencio. Poco después la dueña de la casa se dirigió a la portera: «Haz lo que tienes que hacer», a lo que esta repuso: «Muy bien». Entonces la dueña de la casa se subió a la tarima, que era de sabinas, recubierta de planchas de oro y plata, y les dijo a las otras dos: «A ver qué tenéis para mí». La portera subió asimismo a la tarima, mientras que la intendente entró en una habitación de la que salió con una bolsa de raso ornada de cintas verdes y dos solecillos de oro. Se detuvo ante la dueña de la casa, abrió la bolsa, extrajo un laúd, y así que hubo afinado sus cuerdas, entonó:

«Devolvel a mis ojos su perdido descanso
y decíme dó para mí extraviado sentido.
Cuando del amor hice mi domicilio fijo,
al sueño desterré muy lejos de mis párpados.

"La sensatez -me dicen- ha tiempo que has perdido".
"En sus ojos buscad -les contesto- la causa".
Yo ya le he perdonado mi sangre derramada,
puesto que yo le impuse de verterla el fastidio.

En mi alma se reflejan los soles de su cara,
que en mi pecho alimentan el crepitante fuego.
Del agua de la vida que en él gastó el Eterno
se aprecian los destellos en sus sonrisas albas.

Si ante mí lo mencionan, al punto recupero
la añoranza y el llanto, la pasión y las quejas.
Cuando al agua me acerco, vislumbro su silueta,
y aun sin beber se ahítan mis frustrados anhelos».

A lo que añadió:

«Los sentidos me embota su mirar, que no el vino,
y el sueño de los ojos me arrancan sus desvíos;
de su cuello el perfil me entona, que no el néctar,
y no me alegra el mosto, sino sus buenas prendas.

Los rizos de sus sienes la entereza me usurpan
y me hace hervir la sangre lo que esconde su túnica».

Cuando la joven dama, la dueña de la casa, hubo oído esto, exclamó: «¡Dios sea tu médico!», se rasgó los vestidos y cayó al suelo desmayada. Y, al descubrirse el cuerpo, el califa notó las marcas que en este había de golpes y latigazos, y quedó pasmado. La portera le roció el rostro de agua a la desvanecida y la cubrió con una suntuosa túnica que trajo a ese efecto. Los presentes, tras haber visto todo aquello, se preguntaron, con el ánimo alterado, a qué se debería lo que acababan de presenciar, y cuál sería la historia. El califa le preguntó a Yáafar, su ministro: «¿Has visto las marcas de golpes que tiene esa mujer? Ante algo así no puedo callarme. No descansaré hasta que no averigüe qué le ha pasado a esa joven y qué ocurre con las dos perras negras». «Mi señor –respondió Yáafar–, nos han puesto una condición: que no hablemos de lo que no nos concierne si no queremos oír lo que no nos conviene». La dueña de la casa se dirigió de nuevo a la intendente y le dijo: «Vuelve a cumplir, hermana, con lo que se me debe». Entonces se levantó la intendente, tomó el laúd, se lo apoyó en el seno y comenzó a pulsarlo con las yemas de los dedos, al tiempo que entonaba:

«¿De qué razonamientos me serviré en mis quejas?
¿Quién, si de Amor me pierdo, con tanto me guiará?
¿Quién será el mensajero, dado que yo no puedo,
que mis penosas cuitas consiga trasladar?
Después de haber perdido de mi pecho al amado,
el mundo no me ofrece sino duelo y pesar.
Cuando a término llega la presencia de ánimo,
no queda más salida que el pecho desahogar.
De mis dolientes ojos podéis estar ausente,
pero en mi corazón tendréis siempre un hogar.
¿Mantendréis con firmeza la promesa que hicisteis
a quien nunca, y os consta, incurrió en deslealtad?
Mientras yo me consumo, de nostalgia transida,
acaso a vos os lleva la distancia a olvidar.
Del Hacedor espero que nos exija cuentas
el día en que nos junte para el Juicio Final».

Cuando la otra dama oyó estos versos, se rasgó el vestido como hizo la vez primera, lanzó un grito y cayó al suelo desmayada. La tañedora de laúd se levantó y fue a traerle una túnica nueva no sin antes rociarle la cara con agua. La joven se levantó, se acomodó en la tarima y dijo a la intendente: «Haz lo que debes, sigue cantando, que ya solo queda una voz que oír». La intendente afinó el laúd y entonó:

«Me mata vuestra frialdad;
¿cuánto más he de llorar?
Mucho dura ya el desvío:
si me odiáis, estáis cumplido...
Húgale el Sino justicia
a quienes reciben críticas.
Nadie sabe que mutasteis,
vos, tan letal con los leales...
¿Cómo no os voy a temer,
si al pacto no os atenéis?

Venguen a quien desamor
el descanso le robó.
Es ley de amor: sufro afrenta,
y él alcanza recompensa.
Yo os quise con delirio;
mi rival ha de fingirlo».

Y afirma el transmisor de la historia que, cuando la dama portera hubo oído el poema, lanzó un grito, se rasgó el vestido hasta los bajos y cayó al suelo, desmayada; y, al descubrirse el cuerpo, se le vieron marcas de azotes, como a su hermana. Los mendigos dijeron: «Ojalá no hubiésemos entrado nunca en esta casa. Más nos habría valido pasar la noche al raso, junto a los vertederos, pues no habríamos de vernos ante un cuadro de los que parten el corazón...». El califa se dirigió a ellos: «¿Cómo es eso?». «Pues porque –le respondieron ellos– lo que está ocurriendo nos tiene con el alma en vilo». El califa preguntó: «¿Es que no sois de la casa?». Respondieron: «¡Qué va! Creemos que el único que vive aquí es el hombre que está con vosotros». El portador aseguró: «¡Juro por Dios que, aunque he crecido en Bagdad, no he entrado en esta casa antes de esta misma noche! El que aquí me veáis se debe a asombrosas razones que no son del caso». Los otros contestaron: «Pues convencidos estábamos de que pertenecías a la casa, pero ahora vemos que estás en la misma posición que nosotros». El califa dijo entonces: «Somos siete hombres, y ellas, tres mujeres solas. Les preguntaremos qué es lo que ocurre, y si no nos responden de grado, les haremos hablar a la fuerza». Todos estuvieron de acuerdo, excepto Yáfar, el ministro: «No me parece bien. Lo mejor será dejarlas en paz, ya que somos huéspedes en su casa y nos han puesto una condición a la que debemos atenernos. Dentro de poco amanecerá y cada uno de nosotros tomará su camino». Luego, haciéndole visajes con los ojos al califa, añadió: «No falta ni una hora, y, con el nuevo día, podréis hacer que comparezcan las tres ante vos y obligarlas a que os cuenten su historia». Pero el califa no se conformó: «A mí ya no me queda más paciencia, y ellas no cesan de añadir despropósito al desatino». Poco después se preguntaron: «¿Y quién va a hablar con ellas?», a lo que uno de los mendigos contestó: «Pues este joven», refiriéndose al ganapán.

En ese momento la dueña de la casa les preguntó: «Eh, vosotros, ¿qué estáis tramando?». El ganapán se puso en pie y dijo: «Por Dios os conjuro, señora, que nos aclaréis lo que pasa con las dos perras, cuál sea el motivo de que primero las castigaseis para luego besarlas entre lágrimas, y asimismo nos digáis por qué ha recibido azotes vuestra hermana. Esa es nuestra pregunta, para la que solicitamos respuesta que agradeceremos. Sin más por el momento, a vuestros pies queda vuestro humilde servidor». La dueña de la casa les preguntó a todos: «¿Ha hablado este en nombre de todos vosotros?». «Sí», respondieron todos, salvo Yáfar, que guardó silencio. La muchacha entonces añadió: «Dios es testigo de que nos habéis causado, a pesar de la hospitalidad que os hemos dispensado, un innegable perjuicio. Bien os hemos recalcado la condición de que no debíais meteros en lo que no os importa... ¿No os ha bastado con que os abramos la puerta de nuestra casa y con nuestras espléndidas atenciones? Pero la culpa no es vuestra, sino de quien os ha traído a nosotras». Dicho esto se arremangó, dio tres patadas en el suelo y exclamó: «¡Depri-sa!», y en esto se abrió la puerta de uno de los aposentos, de donde salieron siete esclavos, altos y fuertes como torres, con las espadas desenvainadas. La muchacha les ordenó: «¡Maniatad a estos lenguaraces y luego amarradlos a unos con otros!». En cuanto lo hubieron hecho, los esclavos le

dijeron a la iracunda joven: «Dadnos, recatada dama, permiso para que les cortemos el cuello», a lo que ella repuso: «Dejadles vivir un poco más, para que pueda preguntarles por sus circunstancias antes de que los degolléis». El ganapán suplicó: «¡Por Dios os lo ruego, señora, no me matéis por una culpa que no he cometido yo! Ellos todos son los que han faltado a su palabra y errado, pero no un servidor. ¡Qué feliz habría sido nuestra noche si no hubiesen aparecido esos mendigos, capaces de reducir a escombros la ciudad más populosa...!». Y recitó:

«El mostrarse clemente honra al patricio,
y más si el perdonado es un plebeyo
¡Tened, por Dios, piedad, por nuestro afecto,
que merecen buen fin buenos principios!».

Cuando el ganapán acabó sus versos, la joven dama se echó a reír.
Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 11**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la joven, después de haberse refido a sus anchas en pleno acceso de ira, se acercó al grupo y dijo: «Id dándome noticia, cada uno de lo vuestro, pues solo os queda una hora de vida, y, a no ser que seáis personas principales, por vuestra noble alcurnia o por tener mando y gobierno, dad por cierta vuestra muerte inminente». El califa saltó: «¡Ay de ti, Yáafar! Dile quiénes somos, o, de lo contrario, nos matará». «Ese sería solo uno de los premios que nos merecemos», contestó Yáafar. «La ironía —observó el califa— está fuera de lugar en los momentos difíciles. Cada cosa a su tiempo». La muchacha se dirigió a los mendigos: «¿Vosotros tres sois hermanos?». «No, nada de eso —dijeron ellos—. Lo que nos une es nuestra condición de menesterosos y extranjeros». Ahora la muchacha se dirigió a uno de ellos: «¿Naciste tuerto?». «No —respondió—, pero me ocurrió un suceso peregrino a resultas del cual perdí el ojo, y la historia de ese revés mío es tal que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría». La muchacha les preguntó luego al segundo y tercer mendigos, que le respondieron de manera semejante, y entre los tres añadieron: «Cada uno de nosotros es de un lugar y, siendo como somos todos de sangre regia, hemos tenido mando sobre nuestros súbditos y siervos; lo que podríamos contaros es, por ende, admirable, y nuestro destino, fuera de lo común». El transmisor de la historia afirma que la dama, dirigiéndose ahora a los siete, les indicó: «Bien, pues contad uno por uno vuestra historia, poniendo de manifiesto el motivo de que hayáis llegado hasta aquí. Hecho esto, que cada cual se alise el cabello y tome su camino». El primero en hacer uso de la palabra fue el ganapán: «Yo, señora, soy porteador de oficio, y la dama intendente me ha traído, *portándome*, por así decirlo, de un lugar a otro, pues del vinatero me llevó a la carnicería, luego al verdulero, luego al puesto de los aperitivos y golosinas, luego a la confitería, luego al droguero, y, por último, a esta dignísima casa, donde he vivido con mis señoras lo que hemos vivido, ni más ni menos. Con eso concluyo mi historia, y, sin nada más que añadir por el momento, os besa los pies vuestro seguro servidor». La dueña de la casa, sin poder contener la risa, le ordenó: «Pues lo dicho: alísate el cabello y márchate». «De

ningún modo pienso marcharme sin haber oído antes las historias de mis compañeros», contestó él. Entonces dio un paso al frente el primero de los tres mendigos, quien comenzó su relación.

PUES SABED, SEÑORA³³ –dijo–, que el motivo de que me falte un ojo y de que lleve el mentón rasurado es que mi padre era rey y tenía un hermano, rey también, pero en otra ciudad. Y se dio la coincidencia de que mi madre me parió el mismo día en que nació mi primo, o sea, el hijo del hermano de mi padre. Pasaron los años, lunares y solares, y los días, y fuimos creciendo ambos. Yo visitaba a mi tío a menudo y me quedaba con él varios meses. En cierta ocasión en que lo visité recibí de mi primo los mayores agasajos: sacrificó ovejas en mi honor, filtró vino y nos sentamos a beber juntos. Cuando el licor nos hubo hecho efecto, me dijo: «Primo, necesito tu concurso para un asunto de gran importancia, y te encarezco que no te pongas a lo que voy a pedirte que hagas». «De mil amores», repuse yo. Después de hacerme jurar por lo más sagrado, se levantó a toda prisa y se ausentó por poco rato, transcurrido el cual volvió precediendo a una mujer, adornada, perfumada y cubierta de telas de gran valor. Con la dama siempre detrás, mi primo me miró y me dijo: «Toma contigo a esta mujer y vete delante de mí al cementerio que voy a indicarte». Me dio, en efecto, las señas, que yo conocía. «Entra con ella en el camposanto y espérame allí», añadió. Como no podía negarme a cumplir sus deseos por el juramento con el que acababa de comprometerme, tomé conmigo a la mujer, y juntos fuimos hasta llegar al cementerio, y allí nos sentamos a esperar tranquilamente, hasta que llegó mi primo con una palangana de agua y una bolsa en la que traía yeso y una azuela. Con esta en la mano se acercó a un sepulcro en medio del camposanto y se aplicó a desmontarlo. Quitó primero las piedras, que dejó a un lado, y luego comenzó a cavar sirviéndose de la azuela. Al cabo de un rato llegó hasta una plataforma, del tamaño de una trampilla, bajo la que resultó haber una escalera abovedada. Mi primo se volvió hacia la mujer, le hizo una señal y le dijo: «Ahora te corresponde a ti elegir», y ella comenzó a descender por la escalera. Entonces mi primo se dirigió a mí: «Hazme el favor completo, primo. Cuando yo haya bajado, vuelve a colocar la plataforma y cúbreala de tierra tal como estaba. El yeso que hay en la bolsa y el agua de la palangana son para que hagas una masa y recompongas el círculo de piedras. Déjalo tal como lo encontramos, para que nadie se dé cuenta de lo que ha pasado ni pueda decir aquello de “nuevo por fuera y viejo por dentro”, porque llevo ya un año trabajando en esto sin que nadie más que Dios lo sepa. Este era el asunto para el que te necesitaba. ¡No permita Dios –añadió– que nadie te lllore, primo mío!». Y descendió por la escalera.

Desaparecido que hubo de mi vista, me puse a la labor: volví a colocar la plataforma y seguí las instrucciones de mi primo hasta dejar el sepulcro como nos lo encontramos. Cuando hube terminado, regresé, en un estado parecido al de quien ha bebido más de la cuenta, al palacio de mi tío, que había salido de caza. Dormí, pues, aquella noche, y, al despertar la mañana siguiente, recordé lo que había ocurrido entre mi primo y yo, y me arrepentí de mi actuación cuando, desde luego, ya de nada servía arrepentirse. Me ilusioné pensando que acaso había sido un mal sueño, y con esa idea pregunté a unos y otros por mi primo, pero nadie pudo decirme dónde se hallaba. Volví al cementerio, con la intención de hallar el sepulcro, pero no pude distinguirlo, y hasta que cayó la noche seguí buscándolo sin resultado. De modo que volví a palacio, sin haber comido ni bebido, con la mente absorta en mi primo, de quien nada había vuelto a saber. Mi desazón era tal que no pude conciliar el sueño en toda la noche. A la mañana siguiente volví al camposanto,

³³ Comienza «El primer mendigo».

pensando en lo ocurrido. Me lamenté de haberle hecho caso a mi primo y examiné todos los sepulcros sin hallar el que me interesaba. Siete días estuve buscándolo en vano. La zozobra que sentía era tal que casi me volví loco, y no encontré otro modo de consolarme que regresando a casa, con mi padre.

Cuando me hallaba ya cerca de la ciudad, unos hombres que estaban apostados junto a la puerta de la muralla se me vinieron encima, me redujeron y me ataron las manos a la espalda. Mi sorpresa fue mayúscula, ya que yo era el príncipe, el hijo del soberano, y ellos, criados de mi padre y siervos míos. El miedo que ya me sobrecogía se encendió cuando me pregunté qué podía haberle ocurrido a mi padre. Muchas veces traté de sonsacarles a quienes me prendieron el motivo de lo que habían hecho conmigo, pero guardaron silencio. Al cabo de un rato uno de ellos, que era criado en mi casa, dijo: «A vuestro padre lo han traicionado los Días: la guardia se ha revuelto contra él, el ministro lo ha matado, y estábamos esperando a que aparecierais vos». Ausente yo de este mundo a causa de las noticias sobre la suerte que mi padre había corrido, me condujeron ante el ministro que había matado a mi padre y con quien yo mantenía una enemistad que venía de largo, ocasionada por mi mucha afición a tirar con la ballesta de bodoques. Ello es que un día estaba yo parado en la azotea de mi palacio cuando vi que cierta ave se posaba en la del ministro, que allí estaba en ese momento. Quise darle al ave, pero fallé el tiro y el bodoque impactó en un ojo del ministro, que fatalmente perdió. Como dijo el poeta:

Deja que el viento sople como quiera,
acepta lo que el Sino haya prescrito.
Nada te alegre y nada te entristezca,
pues todo en este mundo es fugitivo.

O, como dijo otro:

Nuestros pasos están todos escritos,
y previsto el camino que seguimos.
Quien la muerte en un sitio ha de encontrar
en ningún otro quiera agonizar.

A pesar de haber perdido un ojo por mi culpa –continuó el mendigo–, nada pudo hacer el ministro contra mí, puesto que mi padre era el rey. Tal era la causa de nuestra enemistad. De manera que, cuando comparecí ante él, ordenó que me cortaran el cuello. Yo traté de defenderme: «¿Vas a matarme sin haber cometido culpa alguna?». «¿Qué mayor culpa que esta?», repuso él señalándose el ojo vacío. «Eso fue sin querer», dije yo. «Pues si tú lo hiciste sin querer –contestó él– yo lo hago queriendo». Y añadió: «Traedlo ante mí». Así lo hicieron. Me pusieron ante el ministro y él me sacó el ojo izquierdo con su propio dedo, dejándome tuerto como me veis. Ordenó que me maniataran y metieran en una jaula, y luego le dijo a su verdugo: «Hazte cargo de él, saca tu espada, empuñala y llévatelo fuera de la ciudad; mátalos y que las alimañas se coman su cuerpo». El verdugo obedeció la orden de su nuevo señor y se hizo cargo de mí. Una vez fuera de la ciudad me sacó de la jaula, maniatado y con grillos en los pies, y ya se disponía a quitarme la luz de los ojos, cuando yo, sin poder contener las lágrimas, recité estos versos:

«Por coraza te tuve contra enemigos lanzas,
y de todas has sido la mejor afilada.

Cualquier calamidad que sufriera mi diestra
la afrontaba creyendo que eras mi mano izquierda.
No dejes que te hicran de rivales las críticas,
y lluevan sobre mí las flechas enemigas...
Y si de una emboscada me vieras salir muerto,
no quieras pronunciarte: guarda, sin más, silencio».

Y luego otros similares:

«De buenos compañeros quise hacerme coraza,
que luego al enemigo, y no a mí, protegieron.
Por infalibles flechas, letales, los tenía,
y de pleno acerté: en el pecho me hirieron.
"Limpios –me repetían– están nuestros designios";
y era la verdad pura: limpios de todo afecto.
"Un anhelo –juraban– solamente nos guía",
y ninguno mentía: dejarme medio muerto».

Cuando el verdugo, que lo había sido de mi padre, y a quien yo había hecho muchas mercedes, hubo oído mis versos, exclamó: «¿Y qué, mi señor, voy a hacer yo, que no soy más que un siervo al que se dan órdenes...?». Pero enseguida se desdijo y rectificó: «Os habéis ganado el seguir vivo; pero no volváis a esta tierra, pues vos moriríais, y yo con vos. Ya lo dijo el poeta:

Busca tu salvación cuando el peligro adviertas
¡y dúclase la casa, de quien fuera su dueño!
Puedes estar seguro: hallarás otra tierra,
pero una nueva vida no te la dará el Cielo.

Que alguien soporte un yugo de buen grado no se entiende,
contando, como cuenta, con la amplitud del orbe.
El pescuezo del león no llega a endurecerse
si de quien lo somete no huye cuando es joven».

Después que el verdugo hubo pronunciado estas palabras –prosiguió el mendigo–, le besé las manos, pero no creí haberme salvado hasta que me vi lejos de aquel lugar. En poco tuve la pérdida del ojo, dado que, al menos, seguía vivo. Empecé entonces viaje hacia la ciudad de mi tío, a quien, poco después de llegar, conté cuanto le había ocurrido a mi padre y por qué había perdido yo un ojo. Él se echó a llorar amargamente y dijo: «No vienes sino a aumentar mis cuitas y quebrantos, pues tu primo lleva ya varios días desaparecido, sin que yo ni otros hayamos tenido de él noticia», y siguió llorando hasta que se desmayó. Cuando volvió en sí, dijo: «Angustiado me tiene, hijo mío, lo que haya podido ocurrirle a tu primo; y ahora vienes tú a acrecentar mi dolor con cuanto habéis sufrido tu padre y tú». Quiso entonces administrarme un remedio para el ojo, pero al comprobar que se me había quedado como una nuez vana, no pudo sino decirme: «Bueno, más vale perder un ojo que la vida...». Yo entonces, incapaz de seguir guardando silencio sobre mi primo, que era su hijo, le conté a mi tío todo lo que sabía. Él se puso muy contento al oírlo y me dijo: «Muéstrame el sepulcro». «Ojalá supiera –dije yo– dónde está, pero fui varias veces después de aquello a buscarlo sin resultado». Nos acercamos luego mi tío y yo al cementerio, miré a derecha e izquierda y esta vez reconocí el sepulcro. Muy satisfechos, entramos ambos, quitamos la tierra, levantamos la plataforma y descendimos no menos de cincuenta escalones

hasta llegar al fondo de la escalera. En ese momento se levantó un humo cegador. Mi tío pronunció entonces las palabras que le quitan el miedo a quien las pronuncia: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso!»; echamos a andar de nuevo y llegamos a una sala que estaba llena de harina, grano, comestibles y diversos enseres. Vimos que en medio de la sala había una cortina corrida delante de un lecho. La descorrí mi tío, y se encontró con su hijo y la mujer que lo había acompañado hasta allí abajo, abrazados y carbonizados, como si los hubieran arrojado a un horno. Al ver aquello, mi tío le escupió a su hijo en lo que fue su cara y exclamó: «¡Te lo mereces, cerdo inmundo! Tal es el tormento que has hallado en esta vida, pero en la otra sufrirás otro peor y más duradero».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 12**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el primer mendigo siguió contándole a la joven dama su historia, a la que asimismo prestaba atención todo el grupo, incluidos el califa Harún Arrashid y su ministro Yáfar el Barmeki:

Mi tío golpeó con el zapato a su hijo, que yacía allí tendido, negro y carbonizado. Aquello me sorprendió y me entristeció sobremanera por mi primo, que se había tornado, junto con la mujer, un tizón consumido. De modo que exclamé: «¡Por Dios os lo pido, tío: cálmese vuestro corazón, que conmovido me tiene la suerte de vuestro hijo, carbonizado en los brazos de esa dama! ¿No tiene ya bastante con ello, tenéis que darle además con el zapato?». Él repuso: «Tu primo, querido sobrino, estaba prendado desde que era chico de su hermana, que es esta que aquí ves. Yo le prohibí que se acercara a ella, diciendo para mis adentros: “¡Solo son niños...!”. Pero, cuando crecieron, llegó a mis oídos, sin que pudiese creerlo, que se habían prestado ambos a lo más execrable. Tu primo recibió de mí una tremenda regañera: “¡Guárdate mucho de perpetrar actos abominables que nadie se ha atrevido a cometer antes que tú, ni cometerá después! De lo contrario, quedaremos por siempre marcados entre los reyes, por la vergüenza y la ignominia, y los viajeros propalarán nuestra historia. Te lo advierto: si te atreves a cometer tamaño pecado, mi cólera contra ti me llevará a matarte». Y, dicho esto, tomé medidas para alejarlos al uno de la otra e impedir que se encontrasen a solas. Pero ella, la malnacida, estaba también perdidamente enamorada, y Satanás supo abrirse camino hasta ellos. Cuando tu primo se enteró de cómo trataba yo de alejarlo de su hermana, se construyó este escondite bajo tierra; lo proveyó de comida, tal como ahora puedes verlo tú mismo, y, aprovechando que yo había salido a cazar, trajo aquí a su hermana. Pero Dios, alabado sea, penetró hasta estas profundidades y los quemó a ambos. ¡Más terrible y duradero será su tormento en el otro mundo!». Se echó entonces a llorar, y yo con él. Al poco añadió: «Tú eres ahora mi hijo, mi compensación por este, a quien maldigo». Yo me quedé meditando —prosiguió el primer mendigo— en este mundo y sus vicisitudes: cómo el ministro de mi padre había matado a este y ocupado su lugar, cómo me había yo quedado tuerto, y asimismo en todos los terribles sucesos que mi primo había vivido, y no pude sino llorar con gran desconsuelo. Al cabo de un rato subimos ambos, mi tío y yo, colocamos la plataforma en su sitio, la cubrimos de tierra, dejamos el sepulcro como lo encontramos y volvimos a casa.

Y apenas acabábamos de sentarnos cuando oímos redobles de tambor y timbal, toques de cornetas, alboroto de muchedumbre, rechinar de bridas, relinchos y galope de caballos, y el mundo se llenó todo de estruendo y del polvo que levantaban los cascos de las nobles bestias. Atónitos nos quedamos. Mi tío preguntó qué ocurría y le dijeron: «A vuestro hermano lo ha matado su ministro; este ha formado un bien pertrechado y copioso ejército, compuesto de militares, soldados de leva y fieros beduinos, en número tal que, por exceder a los granos de la arena, no hay fuerza capaz de contenerlo, y ha atacado la ciudad, que estaba desprevenida. Los ciudadanos no han podido plantarles cara y se han rendido». Mi tío halló la muerte en la defensa de la ciudad y yo no tuve más remedio que huir a los arrabales, mientras para mis adentros decía: «Si caigo en manos de ese hombre, me matará». Los motivos de pesar e inquietud se me amontonaban; recordé cuanto les había pasado a mi padre y a mi tío, y no sabía bien qué hacer. Pues, si me dejaba ver, las gentes de la ciudad y los soldados de mi padre me reconocerían y no cesarían hasta matarme. Y no encontré otra vía de salvación que rasurarme el mentón y el bigote. Así lo hice, cambié mis ropas y salí de la ciudad rumbo a esta de Bagdad, deseoso de salvarme y con la esperanza de que alguien me llevase ante el Comendador de los Fieles, califa, y por tanto vicario, del Amo de los mundos, para poder contarle cuanto me ha ocurrido. Y esta misma noche he llegado, perplejo y sin saber a dónde dirigirme. Enseguida me he encontrado con este mendigo que estaba parado en la calle, lo he saludado y le he dicho: «Soy forastero, un extraño en este lugar». «Yo también», me ha respondido él. Y en esas estábamos cuando este tercer compañero se ha acercado a nosotros, nos ha saludado y dicho a su vez: «Soy forastero, un extraño». «Extraños somos nosotros también», le hemos contestado. Hemos echado los tres a andar; al poco han caído las sombras de la noche, y los divinos Designios nos han traído a vosotros. Pues bien, ese es el motivo de que esté rasurado y tuerto.

La joven dama le dijo «Pues alísate el pelo y márchate». «De ningún modo —respondió el mendigo— pienso marcharme sin haber oído antes las historias de mis compañeros». Todos quedaron admirados, y el califa le dijo a Yáafar, su ministro: «No tengo conocimiento de nada como lo que le ha ocurrido a este mendigo». Entonces dio un paso al frente el segundo de los tres mendigos, quien, después de besar el suelo, contó lo siguiente:

TAMPOCO YO SOY, SEÑORA³⁴, tuerto de nacimiento, y mi historia es tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría. Sabed que soy rey e hijo de rey, que me aprendí el Corán en sus siete recensiones canónicas, que estudié diversos libros de la boca de sus propios autores, maestros de Ciencia Sagrada todos ellos, y me instruí asimismo en el saber de las estrellas y en los dichos de los poetas. Adquirí, en suma, tales conocimientos en el conjunto de las disciplinas del intelecto que aventajé a mis coetáneos, y mis escritos alcanzaron tal preponderancia entre los más doctos que mi nombre traspasó los límites de mi patria. Las noticias de mi saber se propalaron, así, entre los soberanos de otros reinos, y llegaron a oídos del rey de la India, quien, a través de mi padre, me convocó a su presencia. Su mensaje me llegó acompañado de generosos regalos, dignos solo de reyes. En respuesta a ello, mi padre puso a mi disposición seis embarcaciones y nos hicimos a la mar. Un mes enteró duró nuestra travesía. Llegado que hubimos a tierra, sacamos los caballos que venían con nosotros a bordo, cargamos diez camellos con otros tantos fardos de presentes e iniciamos

³⁴ Comienza «El segundo mendigo».

la marcha. Pero, de pronto, se alzó una espesa polvareda que cubrió todos aquellos lugares y, oscureciendo el cielo por los cuatro puntos cardinales, permaneció durante largo rato. Al cabo se disipó dejando al descubierto a sesenta jinetes, bravos, amenazadores, armados hasta los dientes. Al mirarlos con atención nos dimos cuenta de que se trataba de árabes³⁵ salteadores de caminos, y, cuando ellos vieron que éramos un grupo reducido y traíamos aquellos fardos, cuyo contenido había de ser por fuerza valioso, se nos vinieron encima enarbolando sus armas. Les hicimos gestos con las manos y les dijimos: «Formamos una delegación que se dirige al emperador de la India; no nos hagáis daño». «Ni estamos en sus territorios –contestaron ellos– ni bajo su jurisdicción». Mataron entonces a algunos de los nuestros; mientras que otros huyeron, yo entre ellos, después de recibir heridas no leves, y aprovechando que los árabes estaban muy ocupados con las riquezas y regalos. Seguí, pues, adelante, sin saber a dónde dirigirme. Yo, que había llevado una vida de gloria y esplendor, me veía ahora hasta tal punto humillado. Mis pasos me condujeron a la cima de un monte y me metí en una cueva de la que no salí hasta el día siguiente. Reemprendí entonces la marcha y no me detuve hasta llegar a una ciudad fortificada y bien provista, por la que el frío invierno ya había pasado y donde a la sazón se asentaba la primavera. Todo estaba florecido, las corrientes de agua corrían plétóricas y las aves canoras dejaban oír sus voces. Era, pues, tal como la pintó el poeta:

Ciudad que nada teme, por la calma regida;
adornado refugio, pleno de maravillas.

Mucho me alegré por ello, agotado como estaba después de tanto caminar, vencido por la zozobra y consumido por el miedo. Mi suerte había cambiado, y, sin saber cómo había de conducirme, recurrí a un sastre por delante de cuya tienda pasé. Le dirigí el *salam*, él me contestó, me recibió con naturalidad y me preguntó cuál era la causa de mi extrañamiento. Yo le conté cuanto me había pasado, de principio a fin. Él, pesaroso por mí, me aconsejó: «No le reveléis a nadie quién sois, pues temo que el rey de esta ciudad, el mayor enemigo de vuestro padre, quiera vengarse de él en vuestra persona». Me trajo luego alimento y bebida, de los que dimos buena cuenta juntos; pasamos un buen rato de charla, y, ya bien entrada la noche, me señaló un sitio en un lado de la tienda y, tras ofrecirme lecho y cobertor, me brindó el cobijo que tanta falta me hacía. Al cabo de tres días me preguntó: «¿Conocéis algún oficio con el que podáis ganáros la vida?». «Soy –le repuse– erudito, sabio, hombre de letras, calígrafo y aritmético». «Pues la vuestra es industria sin mercado en nuestro país; en la ciudad no encontraréis a quien sepa de ciencias ni de letras, sino solo de dineros», dijo él. «La verdad –reconocí yo– es que no sé hacer otra cosa». Él entonces me recomendó: «Pues ceñíos la cintura, tomad un hacha y una sogá y dedicaos a buscar por el campo leña con la que os podáis sustentar hasta que Dios os procure mejor salida. Pero, sobre todo, no le digáis a nadie quién sois, si no queréis morir». Me procuró, pues, un hacha y una sogá, y me envió a unos leñadores con su recomendación. Salí con ellos y recogí cierta cantidad de leña, me la cargué en la cabeza y la vendí por medio dinar. Gasté una parte en comida y lo demás lo guardé.

³⁵ Esta es la vez primera en que aparecen, en *Mil y una noches*, salteadores de caminos que reciben la calificación de *árab*, o sea, literalmente «árabes», gentilicio que tal vez pudiera precisarse más, de modo que se entienda como «árabes beduinos». El asunto no está del todo claro, pues, lógicamente, el idioma árabe dispone de términos específicos para designar a los beduinos.

Así seguí durante cosa de un año, hasta que cierto día fui, como tenía por costumbre, al campo. Me interné por una arboleda donde vi que abundaba la leña. Me acerqué a un árbol y comencé a cavar en derredor para descubrir sus raíces. De pronto el hacha dio contra una anilla de cobre, limpié la tierra y me encontré con una plataforma de madera. La levanté y vi que debajo había una escalera, que, a su vez, me condujo hasta una puerta. Al traspasarla me adentré en un palacio de buena fábrica donde encontré a una dama cual esa perla reluciente de la que hablan; por cuyo influjo se borran del corazón las cuitas, la zozobra y la desgracia; cuyas palabras bastan para curar las heridas, y que es capaz de sorberle el seso al hombre más juicioso y avezado. De talla media, con los senos prominentes, cutis suave, perlada tez y agraciado porte... El sol de su rostro relucía contra la noche de sus guedejas, y el brillo de sus dientes reverberaba en las láminas límpidas de sus hombros. Se le ajustaban, pues, las palabras del poeta:

Mechones de azabache, cintura recogida,
nalgas como dos dunas, finura de moringa.

O, asimismo:

Para acabar con mi vida
han hecho los cuatro alianza:
frente clara, pelo negro,
cuerpo fino y tez rosada.

Fue verla y prosternarme, en mi fuero interno, ante su Creador por la cumplida hermosura con que solo Él la había formado. La dama me miró y preguntó: «¿Sois humano o *yim*?». «Humano», le repuse. «¿Y quién –volvió a preguntar– os ha traído a este lugar donde llevo veinticinco años sin haber visto a un solo descendiente de Adán?». Sus palabras me supieron a agua dulce, y le repuse: «Mi buena estrella ha guiado mis pasos para que acaso me libre de mis cuitas y zozobra», y le conté de principio a fin cuanto me había pasado. A ella le pesó mi situación, lloró y dijo: «Yo también os voy a contar mi historia. Sabed que soy hija de Efitamos, rey de la India Ulterior y señor de las Ínsulas del Ébano, quien me desposó con el hijo de su hermano. Pero la misma noche de mi boda me secuestró un *ifrit* llamado Yiryís hijo de Rajmós, sobrino por vía materna del mismísimo diablo, el señor Iblís³⁶. El tal *ifrit*, Yiryís, me trajo volando a este lugar y me proveyó luego de cuanto pudiera yo necesitar, a saber, joyas, túnicas, paños, utensilios, comida, bebida y lo demás. Desde entonces viene a verme cada diez días. Duerme aquí conmigo esa noche y se va por donde ha venido, ya que me raptó contra la voluntad de su clan. Si bien me tiene dicho que, si alguna vez me sobreviene, a la hora que sea, de día o de noche, cualquier imprevisto o dificultad, basta con que pase mi mano por esas dos líneas que hay escritas en este nicho que aquí veis. Y cierto es, pues basta con que alce la mano en esa dirección y ante mí tengo ipso facto a mi temible raptor. Como hace cuatro días que estuvo de visita y faltan otros seis para que vuelva, ¿qué os parece si os quedáis a mi lado cinco días y os marcháis la víspera de su llegada?». «Bien me parece», le dije yo. Muy contenta, se puso en pie, me tomó de la mano y me condujo, a través de una puerta abovedada, a unos agradables y vistosos baños. Me quité la ropa,

³⁶ Una perspectiva teológica y antropológica sobre Iblís, desde el islam, se expone más adelante, en la noche 914: una nobilísima criatura, un ángel que se revolvió contra la divinidad y, tras ser rebajado en su rango, incita al ser humano a la desobediencia.

y lo mismo hizo ella. Después de haberse aseado, salió mi bella anfitriona de los baños, tomó asiento en un estrado y me invitó a acomodarme a su lado. Luego me trajo un licor almizclado, que me dio a probar, así como diversos alimentos. Después de comer y conversar me dijo: «Dormid y descansad, pues estaréis agotado». Y así lo hice yo, señora mía: me quedé dormido olvidándome de cuanto me había pasado, y muy agradecido por cierto a aquella dama. Al despertar me la encontré frotándose los pies, y le pedí a Dios por ella. Al cabo de un buen rato de charla me dijo: «No sabéis la opresión que en el pecho he sentido aquí sola, bajo tierra, sin nadie a quien dirigirle la palabra durante veinticinco años. ¡Alabado sea Quien os ha enviado a mí!». Y recitó:

«Si con tiempo os hubieseis anunciado,
el corazón habríamos dispuesto,
el ojo y la mejilla ante el encuentro,
por que marchar pudieseis sobre párpados...».

Cuando oyó aquellos versos, le di las gracias, conmovido. El amor se había abierto paso hacia mi corazón, y mis cuitas y zozobra habían volado. Estuvimos luego departiendo junto a la mesa puesta hasta que oscureció, y a su lado pasé una noche como no había conocido en toda mi vida. Amanecimos muy felices, y nuevas dichas estuvimos uniendo a las anteriores hasta el mediodía. Entonces, tan ebrio ya que no sabía lo que me hacía, al punto de que me tambaleaba, le pregunté: «¿Quieres, salada, que te saque de aquí abajo y te libre de ese *yinn*?». Ella se echó a reír y dijo: «Confórmate y no digas nada más. El *ifrit* tendrá su día de cada diez y tú, los nueve restantes». A lo que yo, más borracho que una cuba, repuse: «¡En este mismo punto y hora voy a destrozarte ese nicho en que están las letras grabadas para que acuda el *ifrit* y darle muerte, pues estoy resuelto a matarlos a todos!». Al oír mis palabras, ella palideció, me rogó que no hiciera tal cosa, sentenció: «De sabios es protegerse de lo que lleva a la muerte», y recitó:

«Quisieras retrasar la despedida...
¡De nada sirven quejas ni reproches!
Decepcionar es propio de la vida,
y de las amistades, los adioses».

Sus palabras, con todo, cayeron en saco roto y, dicho que hubo los anteriores versos, le propiné un fuerte puntapié al nicho.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 13**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el segundo mendigo tuerto siguió relatándole su historia a la joven dama:

Al propinarle la patada al nicho, todo fueron tinieblas, truenos y rayos. Hubo una gran sacudida y el mundo entero pareció cerrarse sobre sí mismo. La embriaguez se me fue de golpe y le pregunté a mi anfitriona: «¿Qué pasa?». Ella exclamó: «¡El *ifrit*, que ya está aquí! ¿Es que no te lo advertí? Bien sabe Dios que con esto me haces mucho daño... ¡Pero ahora sálvate, vete por donde entraste!». Tan asustado estaba yo que olvidé recoger mi calzado y mi hacha. Y, cuando, aún en el segundo escalón, me volví para localizarlos, vi que la tierra se abría dando

paso a un *ifrit* de temible aspecto, que bramó: «¿A qué viene esa sacudida con la me has dado un susto de muerte? ¿Puede saberse qué te ha pasado?». «Nada –repuso ella–; es solo que me ha dado por beber algo que me aliviase la ansiedad, y, al ir a levantarme para terminar lo que estaba haciendo, era tal la pesadez de mi cabeza, que me he dado de bruces con el nicho». «¡Mientes, mujerzuela!», exclamó el *ifrit*, quien, al mirar a un lado y otro, había visto mi calzado y mi hacha. Entonces dijo: «Esos son los enseres del humano que habrá estado visitándote...». La mujer lo negó: «¿Cómo? Ahora mismo estoy viendo esos objetos por primera vez. Lo más seguro es que los hayas traído colgados tú mismo». «¡Eso es una soberana estupidez –prorrumpió el *ifrit*–, con la que no lograrás engañarme, furcia!». La desnudó, la amarró a cuatro estacas y comenzó a torturarla para que reconociese la verdad. Y, como no podía yo soportar el oír su llanto, acabé de subir los peldaños temblando de miedo. Cuando llegué arriba del todo, volví a colocar la plata-forma como estaba, la cubrí de tierra y lamenté haber hecho cuanto hice. Me acordé de la mujer y de su belleza, de cómo la estaría entonces castigando aquel malnacido, de los veinticinco años que la pobre llevaba encerrada, de que yo era el culpable de lo ocurrido... Me acordé también de cómo, aun siendo hijo de rey, me había tenido que hacer leñador. Mi vida, pues, había vuelto a ensombrecerse tras un breve lapso de claridad, y recité:

«Hasta que a tu sepulcro te conduzca el Destino,
días conocerás ya indulgentes ya rígidos».

Eché a andar y no paré hasta que llegué adonde mi benefactor, el sastre, a quien encontré esperándome como sobre ascuas: «He pasado la noche inquieto por vos, temiendo que os hubiese atacado una fiera o Dios sabe qué... ¡Cómo me alegro de veros a salvo!», me dijo. Después de agradecerle sus desvelos por mí, me fui a mi rincón y comencé a meditar sobre cuanto había ocurrido, reprochándome mi indiscreción, que me había llevado a golpear el nicho. Y pensando en ello seguía cuando entró el sastre y me dijo: «En la tienda hay un hombre de cierta edad, persa a lo que parece, que os busca. Trae vuestra hacha y vuestro calzado; se los ha enseñado a los sastres diciéndoles: “He salido al oír la llamada a la oración del alba y me he encontrado con estos objetos; como no sé a quién pertenecen, espero que me llevéis hasta él”, y así lo han hecho ellos, que han reconocido vuestra hacha. El persa está ahora sentado en la tienda; salid, pues, dadle las gracias y recuperad lo que es vuestro». Al oír aquello fue tal mi zozobra que a buen seguro se me mudó el color. No tuve, sin embargo, tiempo para nada más, ya que de pronto se abrió el suelo y emergió el anunciado forastero. Era, desde luego, el *ifrit*, quien, después de torturar inútilmente a la mujer, pues nada había esta reconocido, tomó mis enseres y le dijo: «Como que me llamo Yiryís y soy de la estirpe de Iblís, que he de encontrar al dueño de esta hacha y este calzado». Luego, valiéndose de engaños, había ido a los sastres y así me encontró. Bueno, pues sin esperar ni un instante más, me raptó y echó a volar llevándome consigo; luego descendió y se metió en la tierra, todo, sin que yo pudiera ni tentarme la ropa. Volvió de nuevo a subir, siempre conmigo en su poder, hasta la morada en que ya había estado, y allí vi a la mujer, desnuda, estaquillada y chorreando sangre. Mientras los ojos se me anegaban de lágrimas, el *ifrit* la agarró, la incorporó y le dijo: «¡Aquí tienes, ramera, a tu enamorado!». Ella, después de mirarme, aseguró: «No lo conozco, es la primera vez que lo veo». «¿No ha bastado –le preguntó el *ifrit*– con el castigo que ya has recibido para hacerte confesar?». «No lo he visto en mi vida, y Dios manda que no digamos mentiras para perjudicar a otro», contestó ella. El *ifrit* entonces le propuso: «Pues si no

lo conoces, toma esta espada y córtale el cuello». La mujer tomó la espada, vino hacia mí y se plantó muy cerca de mi cabeza. Yo entonces le hice un significativo gesto con las cejas, mientras las lágrimas no cesaban de rodarme por las mejillas. Ella se puso en pie, me hizo a su vez un gesto casi imperceptible y dijo en voz muy queda: «Todo esto es culpa tuya». Yo quise hacerle entender que era tiempo de perdonar. Tal era mi mensaje, expresado no con palabras, sino por mi circunstancia:

Sin que la lengua actúe, traducen mis miradas,
lo que mi corazón bien escondido guarda.
En el mismo momento que, llorando, la vi
mis ojos declararon, locuaces, mi sentir.
Con los ojos transmite mi amada lo que quiere,
y, apenas muevo un dedo, al vuelo me comprende.
De nuestras cejas solas nos valemos los dos:
aun estando en silencio, sabe expresarse Amor.

Ella, señora, comprendiendo mis gestos, arrojó al suelo la espada y dijo, dando un paso atrás: «¿Cómo voy a cortarle el cuello a quien no me ha hecho mal alguno, a quien ni siquiera conozco? La sagrada Ley que profeso me impide actuar de ese modo». El *yinn* le espetó: «No puedes matar a tu amante por el simple hecho de que has pasado con él la noche, y veo que eso es bastante para que no te importe afrontar el castigo que te impondré. Te niegas a confesar, ¿eh, ramera? Bien dicen que la compasión solo se da entre seres de la misma especie...». El *ifrit* se volvió entonces hacia mí y me preguntó: «Con certeza, humano, que tú tampoco conoces a esta mujer, ¿o me equivoco?». Dije: «No, no la había visto hasta ahora mismo». El *ifrit* me tendió la espada y me dijo: «Si le cortas el cuello, te liberaré y no volveré a molestarte, pues me habré asegurado de que, en efecto, no la conoces». «De acuerdo», le dije. Tomé la espada en mis manos, avancé con determinación y, cuando ya la alzaba, la dama, valiéndose, de nuevo, de sus solos gestos y miradas, vino a decirme: «Si yo en nada te he fallado, ¿cómo me das tú tan mal pago?». Y yo, también sin pronunciar palabra, le repuse: «Dispuesto estoy a entregar por ti la vida». Éramos, en suma, la viva representación de lo que dijo el poeta:

Los amantes se dicen, tan solo con los ojos,
cuanto en sus corazones de bueno o malo pasa.
Lo que afirman los párpados a menudo es subroso,
y en extremo locuaces pueden ser las miradas.
Cuanto este con las cejas, y nada más, escribe
aquella lo interpreta solo con las pestañas.

Los ojos —continuó el segundo mendigo tuerto— se me llenaron de lágrimas; solté la espada y dije: «Enérgico *ifrit* y esforzado paladín, si esta mujer ha faltado a la razón y a la Ley de Dios, no es lícito cortarme a mí la cabeza. Pero ¿cómo voy a cortársela yo a ella si no la he visto en mi vida? No haré tal ni aunque la Muerte me tienda su devastadora copa». El *ifrit* repuso: «Bien sabéis los dos apoyaros el uno al otro..., pero yo os lo voy a cobrar, y no os saldrá barato». Tomó la espada y le asestó a la muchacha, en una mano, un tajo tal que se la cortó, y luego hizo lo mismo con la otra mano, el pie derecho y, por último, el izquierdo; de manera que acabó cercenándole los cuatro miembros de otros tantos golpes, mientras yo lo presenciaba todo con la certidumbre de que iba a morir. En esto, vino ella a lanzarme una mirada que no se le escapó al *ifrit*: «¡Acabas

de serme infiel con los ojos!», le gritó a la mujer, y le cortó la cabeza. Hecho lo cual, se volvió a mí y me explicó: «Según nuestra ley, matar a la esposa adúltera es lícito. A esta mujer la rapté, a sus doce años de edad, la noche misma de su boda, y no ha conocido a otro hombre que yo. Desde entonces he venido a visitarla, ataviado con ropas de persa, una noche de cada diez. Y nada más cerciorarme de que me ha traicionado le he dado muerte. En cuanto a ti, aún no estoy seguro de que seas el amante con quien me ha traicionado. Pero, como no puedo dejar que te vayas sin más, te doy a dar a elegir el castigo que prefieras». Yo, señora, respiré al oír esto, ansioso como estaba de salir sano y salvo; de modo que le pregunté: «¿Y qué es lo que puedo elegir?». «Te permito – me contestó– que elijas en qué te vas a convertir cuando te encante; en otras palabras, si prefieres transformarte en perro, en burro, en mono...». «Lo que yo ansío –le dije– es que me concedáis vuestro perdón. Si lo hacéis, Dios os recompensará el no haber maltratado a un hombre piadoso y buen cumplidor de la Ley, que ningún daño os ha hecho».

Y añadió: «Lo más adecuado que podríais hacer sería perdonarme, TAL COMO EL ENVIDIADO PERDONÓ AL ENVIDIOSO³⁷». «¿Y cómo fue eso?», preguntó el *ifrit*. Dije entonces:

Afirman, maese *ifrit*, que en cierta ciudad había dos hombres que vivían pared con pared. Uno de ellos envidiaba al otro y le tenía tanta ojeriza como sea posible imaginar. Y cuanto más envidiaba el envidioso más crecía su envidia, tanto que dejaba a veces de comer y no disfrutaba de lo mejor del sueño. Al envidiado, por su parte, todo le iba de perlas, y cuanto más lo envidiaba su vecino, mejor le salía a él todo. Sin embargo, sabedor el envidiado de los sentimientos del otro, de su desmesurada ojeriza, decidió alejarse de aquel vecindario poniendo tierra de por medio. «¡A todo estoy dispuesto a renunciar por causa de este hombre...!», exclamaba. Se trasladó, pues, el envidiado a otra ciudad y allí compró un terreno donde había un antiguo pozo, junto al cual se construyó un cenobio adonde llevó cuanto era menester, y se consagró al culto del Dios único. A él acudieron ascetas y mendigos de aquí y de allá, y su fama se extendió por toda la ciudad e incluso fuera de ella, de modo que su vecino, el envidioso, tuvo noticia de todo el bien que estaba haciendo, y se decidió a visitarlo, igual que hacían, por cierto, los principales de la comarca. El envidioso entró, pues, en el cenobio, y su vecino, el envidiado, salió a dispensarle la más calurosa y efusiva de las acogidas. El envidioso le dijo: «La razón de mi viaje es que tengo una buena nueva que comunicarte... Levántate, pues, y caminemos un rato». El envidiado se levantó, tomó de la mano al envidioso y fueron andando hasta los límites del recinto. El envidioso dijo: «Ordénalos a tus discípulos que se retiren, cada cual a su celda, pues lo que he de decirte es secreto y no debe llegar a oídos de nadie». El envidiado les dijo a sus discípulos: «Entrad en vuestras celdas». Ellos le obedecieron, y ambos siguieron caminando hasta que llegaron al antiguo pozo. El envidioso entonces empujó al envidiado, que cayó al fondo sin que nadie se diese cuenta. Salió luego el envidioso del cenobio y tomó su camino creyendo que había matado a su antiguo vecino. Pero el pozo estaba habitado por *yinns*, que alzaron al envidiado con sus manos y lo depositaron en una roca. Uno de ellos les preguntó a los demás: «¿Sabéis quién es este?». «No», respondieron. «Este –explicó el *yinn* que había hablado– es el hombre envidiado que, huyendo de quien le tenía envidia, se vino a vivir a nuestra ciudad, fundó este cenobio, y nos hace la vida más llevadera con sus rezos y lecturas santas. Pues bien, ha venido a verlo quien tanto lo envidiaba, se ha reunido con él

³⁷ Comienza «El envidiado que perdonó al envidioso», historia que no figura en la recensión de Bulaq, pero sí en la de Calcuta, de donde la tomo.

y, valiéndose de engaños, lo ha arrojado a nuestra morada, el pozo. Y da la casualidad de que esta noche ha llegado la fama de este hombre piadoso al rey de la ciudad, que está resuelto a visitarlo mañana por causa de su hija». Los demás le preguntaron: «¿Y qué le pasa a su hija?». «Pues que está posesa –fue su respuesta–, en concreto, por nuestro congénere Maimón hijo de Dámdam. ¡Y lo cierto es que el remedio para esa posesión no podría ser más sencillo!». Uno de los *yims* preguntó entonces: «¿Y cuál es ese remedio?». «El gato negro de este hombre piadoso –repuso el primero– tiene, al final de la cola, un rodal blanco del tamaño de un dírham, ¿verdad? Pues basta con quitarle siete pelos blancos y hacer con ellos un sahumerio para que la hija del rey se libre del *yinn* insurrecto, que la dejará en paz para siempre». Y todo esto, mi señor *ifrit* –prosiguió el segundo mendigo–, lo oyó el envidiado. Bien, pues al día siguiente, nada más apuntar el alba, los ascetas fueron en busca de su superior, a quien, para su sorpresa, vieron salir del pozo, lo cual los movió a mayor veneración por él, si cabía. El cenobita se fue muy resuelto hacia el gato, al que arrancó siete pelos del mechón blanco que tenía en el rabo. Cuando el sol ya se había alzado en su recorrido por el cielo, se presentó el rey con su cortejo militar; entró en el cenobio con los grandes de su reino y ordenó a la guardia que esperase fuera. El soberano pasó luego adonde estaba el cenobita, quien lo recibió con los brazos abiertos y le preguntó: «¿Queréis que os diga, mi señor, por qué habéis venido a mí?». «Sí», repuso el rey. «Habéis venido –afirmó el hombre de Dios– a visitarme con la intención de pedirme por vuestra hija». El rey exclamó: «¡Sí, así es, venerable maestro!». El cenobita envidiado dijo: «Mandad por ella, y, si Dios quiere, sanará enseguida». Muy contento con estas palabras, el rey envió a sus servidores, que trajeron a la princesa maniatada y oculta por un velo. El cenobita la sentó, desplegó delante de ella una cortina, sacó los pelos del gato y los quemó. El ser que habitaba en la cabeza de la princesa soltó un alarido y la abandonó al instante. La muchacha recobró de inmediato el juicio, se cubrió el rostro y preguntó: «¿Qué está pasando, quién me ha traído a este lugar?». El soberano, contento como no lo había estado en su vida, besó los ojos de su hija y las manos del venerable maestro. Luego se volvió hacia los principales de su reino y preguntó: «¿Qué merece quien ha curado a mi hija?». «Que vuestra majestad la case con él», contestaron. «Tenéis razón», dijo el rey. Los casó, pues, y de esa manera el envidiado se convirtió en el yerno del monarca. Al cabo de un tiempo murió el ministro del reino, y el soberano preguntó: «¿A quién nombraremos ministro?». «A vuestro yerno», contestaron, y el envidiado pasó a ser ministro. Al cabo de un tiempo murió el monarca, y preguntaron: «¿A quién haremos rey?». Contestaron: «Al ministro», y el envidiado que se hizo cenobita se convirtió en mandatario máximo, soberano y gobernante. Y cierto día dio la casualidad de que iba este, el nuevo monarca, con sus comandadores, ministros y otros gerifaltes, a lomos de su montura, cuando cerca de él pasó el envidioso. Los ojos del envidiado se posaron, pues, en quien tanta ojeriza le había tenido, y dirigiéndose a uno de sus servidores le ordenó: «Tráeme a ese hombre sin atemorizarlo». El escudero se ausentó y volvió, al cabo de un rato, con el vecino envidioso. El rey ordenó: «Dadle veinte mizcales de mi tesoro, cargadle veinte fardos de mercancías y poned a su servicio a un guardia que lo escolte hasta su tierra». Mirad, pues, señor *ifrit*, cómo perdonó el envidiado al envidioso que tanto daño había llegado a hacerle. El envidiado, primero, se vio obligado a marcharse de su casa, y aun así fue el envidioso a buscarlo y lo arrojó a un pozo con la intención de matarlo. Pues, con todo y con eso, el envidiado al final no solo no le pagó mal con mal, sino que, además de perdonarlo, lo favoreció con largueza.

Luego –continuó el segundo mendigo– me deshice, señora, ante el *ifrit* en incesante llanto y recité:

«Con quienes se equivocan muestra benevolencia,
que el conceder perdón es propio del sensato.
Haz gala sin medida de tu talante noble,
dado que yo mis culpas todas he confesado.
Quien quiera recibir de lo Alto remisión
ha de ser, con los débiles, generoso y magnánimo».

Y añadió: «¡Pobre de mí, qué gran injusticia...!». Pero el *ifrit*, insensible a mis razones, dijo: «No vale la pena que te extiendas más. Que vaya a matarte descártalo, no tengas miedo; que te perdone es algo que no debes ansiar, y que te hechice es inevitable». Entonces se rajó la tierra y el *yinn* echó a volar llevándose consigo; alcanzó tal altura que pude ver el mundo, allá abajo, como si fuese un charco, y así seguimos hasta que me posó en la cima de un monte. Tomó entonces un poco de tierra, sobre la que musitó unas palabras y me roció con ella diciendo: «¡Abandona tu forma y conviértete en mono!», y en ese mismo instante me transformé en un mono de cien años. Cuando me vi bajo aquella espantosa forma, lloré por mi alma, me lamenté de la tiranía del Tiempo y comprendí que el curso de los acontecimientos no está en manos de nadie. Descendí por la ladera del monte, hasta la llanura, y no detuve mi marcha durante un mes hasta que llegué a orillas del mar salado, donde decidí procurarme descanso. De pronto vi que, mar adentro, había una embarcación que, con el viento a favor, se dirigía hacia tierra. Me escondí detrás de una roca, muy cerca del agua, y, llegado el momento, subí a bordo. Oí que uno decía: «¡Echadlo de aquí, que es de mal agüero!»; otro añadió: «¡Vamos a matarlo!», y un tercero: «Con esta espada voy a dar cuenta de él», al tiempo que empuñaba su arma. Yo entonces me eché a llorar derramando abundantes lágrimas, lo que movió al capitán a compadecerse de mí: «Mercaderes, ese mono ha buscado asilo en mi barco, y yo se lo doy. Ahora está bajo mi protección; que nadie se atreva a tocarle un pelo». A partir de ese momento el capitán se hizo cargo de mí, y yo, que comprendía sus palabras cuando hablaba, me puse a su servicio, resolviéndole cuantas necesidades se le iban presentando, con lo que no tardé en granjearme su afecto. Nos fueron propicios los vientos, y, al cabo de cincuenta días, atracamos en una enorme ciudad, tan populosa que solo el Altísimo habría sido capaz de calcular el número de quienes la habitaban. Nada más arribar y echar el ancla recibimos la visita de unos siervos que bajo sí tenía el monarca de aquella ciudad. Subieron, pues, a bordo, saludaron a los mercaderes y dijeron: «Nuestro rey, quien os da la bienvenida y sus parabienes, os envía este rollo de papel con el encargo de que cada uno de vosotros escriba en él una línea. Habéis de saber que nuestro soberano tenía un ministro calígrafo que pasó a mejor vida, y su majestad tiene prometido y jurado que le dará el cargo a quien muestre el mismo dominio del arte de la caligrafía que el difunto». Uno de los siervos les entregó a los mercaderes el rollo, cuyas dimensiones no bajarían de las diez brazas de largo por una de ancho, y todos cuantos sabían escribir fueron uno tras otro trazando una línea de escritura. En ese momento yo, que seguía bajo forma de mono, me levanté y les quité el rollo de las manos. Ellos, temiendo que lo hiciera pedazos y lo arrojase al agua, se vinieron hacia mí con la intención de matarme, pero les di a entender por gestos que yo también quería pasar la prueba. El capitán les dijo: «Dejadle escribir: si hace garabatos, ya le daremos alcance y el merecido castigo, pero, si de verdad resulta que puede escribir, lo adoptaré como hijo, pues nunca he visto a un mono mejor dotado de entendimiento,

y, además, calígrafo». Yo me hice entonces con el cálamo, lo mojé en tinta y empecé a trazar, sirviéndome de la letra cursiva *riqá*, que doté de todos sus diacríticos, los siguientes versos:

Si escritas tiene el Tiempo las virtudes,
sin registrar están sus muchos méritos.
¡No quiera Dios dejarnos nunca huérfanos
de quien hu apadrinado a muchedumbres!

Luego escribí en estilo *rihaní*, estilizado y diminuto:

Su cálamo a los climas abastece
para colmar de dones a los mundos.
Ni el caudaloso Nilo emula el rumbo
con que sus dedos por doquier extiende.

Y a continuación en el estilo *thúluth*, como si del título de un libro se tratase:

Todos nosotros somos mortales escribanos
cuyas composiciones sabrá guardar el Tiempo.
En el papel no dejes ni el más mínimo trazo
que, cuando resucites, te conduzca al lamento.

Y luego, en *nasjí*, como si fuese el texto de un manuscrito:

El temido presagio de alejarnos
un día nos lo impuso, fiero, el Tiempo.
A la boca acudí, pues, del tintero,
para que hablase con su lengua el cálamo.

Y luego en estilo *tumar*, propio de la más alta cancillería:

Nadie llega a califa para siempre;
pregunta, si lo dudas, al primero.
Planta los brotes que de bien posees,
y, cuando mueras, seguirán viviendo.

Y, por último, en vertical *muháqqaq*:

Del liberal tintero de la gloria,
servís solo para dar contento,
y escribid con la tinta del benévolo,
a quien procura el cálamo la honra.

Y les entregué el rollo de papel. Escribieron su línea de escritura quienes aún no lo habían hecho, y los visitantes se lo llevaron de inmediato al rey. Cuando este hubo examinado lo que allí había escrito, le gustaron tanto mis trazos que dejó de apreciar toda letra que no fuese la mía. Dijo por ello a sus próximos: «Id ahora mismo en busca de tan excelente calígrafo, ponédle esta suntuosa túnica, montadlo en una mula y traedlo a mi presencia a los sonos de una banda». Ellos sonrieron al oír las palabras del soberano, quien exclamó muy irritado: «¡Malditos seáis! ¿Os doy una orden y vosotros os chanceáis de mí?». «No nos reímos –dijeron ellos– de las palabras de vuestra majestad, sino por cierto motivo». El rey: «¿Qué?». Los siervos: «Lo que ocurre, nuestro

señor, es que eso no lo ha escrito un ser humano, sino un mono que pertenece al capitán de la embarcación que acaba de llegar». El rey: «¿Es cierto lo que decís?». Los siervos: «¡Sí! Por la gloria de vuestra majestad lo juramos». Muy admirado con lo que oía y llevado de su impulso, dijo el rey: «¡Pues quiero comprar ese mono!», y envió al barco a unos emisarios con la mula, el traje completo y la banda de música, y las siguientes instrucciones: «Ponedle esta ropa, subidlo a lomos de una mula y traédmelo». Fueron, pues, al barco, donde el capitán les dejó hacerse cargo de mí, me pusieron el traje y me subieron a lomos de la mula. La ciudad se puso patas arriba, del asombro que les causó verme... Cuando, al cabo de un rato me llevaron ante el rey y lo vi, besé tres veces la tierra ante sus pies. Me mandó sentarme y yo me senté sobre mis tobillos. Todos los presentes, pero aún más el rey, se admiraron de mis buenos modales. Entonces el soberano ordenó que se marchasen todos, de manera que solo quedamos, además de su majestad y yo mismo, el eunuco y un siervo de corta edad. Luego el rey ordenó que trajeran de comer, y pusieron una mesa en la que había cuanto el capricho pueda apetecer y los ojos apreciar: no solo carnes de seres a los que el pasto alimenta, sino de los que han volado por el cielo y se han apareado en nidos, perdices, codornices y toda clase de volatería. El rey me indicó que me sirviera. Yo me levanté, besé siete veces el suelo ante sus pies y me senté a comer junto a él. Terminamos, y, después de lavarme las manos, tomé tintero y cálamo, y escribí estos versos:

Delante ante los pollos que en el puchero yacen;
 llora los muslos fritos, las fuentes de faisanes,
 junto con las perdices que la vida entregaron,
 la sartén de mollejas, las verduras con carne...
 El corazón me asolan los mixtos de pescado,
 servidos con su salsa sobre finos hojaldres,
 y un delicioso asado, de chuparse los dedos...
 ¿La grasa y el adobo? ¡Memorable contraste!
 A mano tengo siempre brazaletes y ajorcas;
 ¡mas que no falten guisos por si acuciara el hambre!
 La vida me devuelven la jovial compañía
 y platos bien colmados, servidos en cendales.
 A mí mismo me digo: resiste, ten paciencia,
 que no todos los días te abruman con sus males.

Y luego:

¡Pescuezos de carnero: de mis males remedio...!
 ¡Bandejas de confite: de mi esperanza meta...!
 ¡Cuánto sufre mi pecho por una mesa puesta
 donde tiemblen *kunafas*, con su miel y su sebo!

Y asimismo:

No ceso ni un instante, *kunafa*, de añorarte:
 vivir sin ti no puedo, de ti nunca me aburro.
 ¡Seas tú siempre, *kunafa*, día y noche, mi condumio,
 empapado que te haya la lluvia del jarabe!

Esto escrito, me levanté y fui a sentarme un poco más allá. El rey contempló los versos que había yo trasladado al papel, y, después de leerlos, se preguntó perplejo: «¿Cómo puede un

mono ser tan buen calígrafo y tener tal dominio de la lengua árabe? Este es, sin duda, el mayor de los portentos...». Luego le trajeron al monarca un vino añejo en una botella de cristal cincelado. Después de echar un trago él mismo, me invitó a beber. Yo besé el suelo, bebí y escribí sobre el recipiente mismo, como si fuera el propio licor el que hablara:

Para obligarme a hablar, me pusieron al fuego,
y, al verme resistir, todos se sorprendieron.
Por hacerme homenaje, munos me transportaron
y me dieron mil besos de beldades los labios.

Y también:

«Escánciame otra vez –dijo el alba a la noche–
del néctar que al más subio convierte en el más torpe;
de esc que tú conoces, que es tan puro y tan limpio
que distinguir no es fácil la vasija del vino».

El rey leyó los versos, se estremeció y exclamó: «¡Si un ser humano atesorara tales talento y formación, estaría por encima de todos los de su tiempo!». A continuación le trajeron al soberano un juego de ajedrez, y me preguntó: «¿Sabes jugar?», a lo que yo asentí con la cabeza. Me acerqué, coloqué las fichas, echamos dos partidas y las dos veces le gané. Mientras el rey volvía a su admirado desconcierto, tomé yo un pedazo de papel y escribí la siguiente descripción del juego que improvisé en ese instante:

Dos milicias de día entre sí pugnan,
con renovado ahínco, ardor y celo,
hasta que, al abatirse la negrura,
se acuestan todos en el mismo lecho.

En el colmo ya de la estupefacción al leer estos versos, ordenó el rey a uno de sus fámulos: «Ve adonde tu ama y dile: “Su majestad quiere que vayáis”, y tenga así ocasión mi querida hija, la doncella Bella sin Par, de contemplar a este mono maravilloso». El eunuco salió y volvió al punto con su ama, la princesa, quien, nada más verme, se cubrió el rostro y dijo: «¿Cómo se os ha ocurrido, padre, llamarme para que me vea un varón extraño?». «Hija mía –repuso el monarca–, aquí no estamos más que este pequeño siervo, el eunuco que te educó, este mono y yo, que soy tu padre. ¿Por qué, pues, te cubres el rostro, Bella sin Par?». «Este mono –dijo ella– no es tal, sino un varón sabio e inteligente, y de sangre real, por más señas, ya que es hijo del rey Imar, señor de las Ínsulas Interiores del Ébano, y lo ha encantado el *ifrít* Yiryís, que es de la misma estirpe de Iblís, reciente asesino de su propia mujer, la hija del rey Efitamos». Sorprendido por las palabras de la princesa, el rey me miró y preguntó: «¿Es cierto lo que dice?», a lo que yo asentí, al tiempo que me echaba a llorar. El rey se volvió hacia su hija y le preguntó: «¿Y tú cómo has sabido que está hechizado?». «Padre mío –dijo ella–, de niña tenía conmigo a una vieja astuta y avezada en las artes ocultas, que me enseñó la magia. Yo, lejos de olvidarme de aquello, me he ido perfeccionando y ya domino hasta ciento setenta capítulos del Gran Libro de la Hechicería, el más insignificante de los cuales consiste en que puedo trasladar las piedras de esta vuestra ciudad hasta más allá de Monte Qaf, y luego llevarla toda ella a alta mar y convertirla a sus habitantes en peces». «Entonces por Dios te conjuro –dijo su padre–, hija mía: libera a este joven para que

pueda hacerlo ministro mío. Si tienes esa virtud, que yo desconocía, devuélvelo a su ser para que pueda asociarlo a mí, pues sin duda es ingenioso y sensato». «De mil amores», repuso ella, y enseguida tomó un cuchillo con el que trazó un círculo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 14**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el segundo de los tres mendigos siguió diciéndole a la joven dama:

Sabed, señora, que la hija del rey tomó un cuchillo sobre el que había grabados ciertos nombres hebreos, y con él trazó, en medio del palacio, un círculo donde escribió asimismo unos nombres y signos mágicos, al tiempo que pronunciaba ensalmos y recitaba frases diversas, unas comprensibles y otras incomprensibles. Al cabo de un rato todo el palacio se oscureció de tal manera que pensamos que el mundo se había cerrado sobre nosotros. De repente se nos vino encima el *ifrit* en su apariencia más terrible: brazos como pértigas, piernas cual remos y unos ojos que semejaban antorchas de incandescente fuego. Todos nos asustamos, salvo la princesa, quien exclamó: «¡Sabes que no eres bienvenido!», a lo que el *ifrit* repuso: «¡Traidora! ¿Cómo te has atrevido a faltar al juramento? ¿Es que no acordamos no interferir el uno en los asuntos del otro?». «¿Y qué derecho —preguntó ella— tienes tú, maldonado, a reclamar nada?». «Ahora vas a recibir lo tuyo...», repuso amenazador el *ifrit*, y, adoptando la forma de un león de desmesuradas fauces, acometió a la muchacha. Esta, sin perder un instante, se arrancó un pelo de la cabeza y,teniéndolo entre sus dedos, musitó unas palabras, y el pelo se convirtió en una afilada espada, con la que partió al león en dos. Pero, como quiera que la cabeza de la fiera se convirtiese en un alacrán, la princesa se transformó, a su vez, en una descomunal sierpe que la emprendió contra el execrable ser, y ambos trabaron violento combate. Entonces el alacrán se transformó en águila, y la serpiente, en buitre, y este salió en persecución del águila. Parecía que no iban a cansarse nunca, pero poco después el águila se tomó gato negro y la muchacha, lobo. Y ambos, después de perseguirse un buen rato por el palacio, acabaron enzarzándose en una frenética lucha, de la que a punto estaba ya el gato de salir derrotado cuando se transformó en una granada madura y de buen tamaño. La granada cayó en un estanque que allí había, pero, al ir el lobo a por ella, se levantó en el aire por encima del palacio, sobre cuyo suelo cayó reventándose con tal fuerza que se desprendieron todos sus granos y salieron de uno en uno despedidos por la solería. El lobo se tornó gallo al punto, para poder ir picoteándolos todos, uno a uno. Ocurrió, sin embargo, que, en virtud de la divina Disposición, un grano quedó oculto junto al surtidor. El gallo empezó a cantar, a aletear, a hacernos señales con el pico, pero no entendimos lo que nos quería decir; soltó entonces tal alarido que creímos que, por su efecto, el palacio entero se nos caería encima. El gallo recorrió luego todo el lugar hasta que pudo ver el grano que había quedado oculto a un lado de la fuente y se precipitó sobre él para comérselo. En ese mismo instante el grano fue a caer al agua del estanque y se transformó en un pez que comenzó a nadar por debajo de la superficie. El gallo, en consecuencia, se convirtió en un pez de mayor tamaño, que se zambulló en persecución del otro y así estuvieron, sin que pudiéramos verlos, durante un buen rato. De pronto oímos un grito

que nos sobrecogió, tras el cual emergió el *ifrit* convertido en una hoguera que lanzaba lenguas de fuego por la boca y llamaradas y humo por las narices y los ojos; a lo cual respondió la muchacha convirtiéndose asimismo en una gran brasa.

Los demás quisimos meternos en el agua, por miedo a morir abrasados. El rey exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! ¡De Dios somos y a Él volvemos! En mala hora le encargué a mi querida hija que liberara al mono. He sido yo quien le ha impuesto la onerosa tarea de enfrentarse a ese *ifrit* maldonado, contra el que nada podrían todos sus congéneres. ¡Ojalá nunca hubiésemos conocido a ese mono, Dios lo maldiga a él y al día en que vino! Por querer hacerle un bien, por servir al Altísimo, por querer librarlo de la magia, nos vemos ahora en este trance...». Yo, mientras tanto, señora, con la lengua atada como la tenía, era incapaz de decir nada. De repente nos dimos cuenta de que el *ifrit* gritaba bajo las llamas y se venía a nuestro lado, en la galería porticada, lanzando fuego contra nosotros. La muchacha lo siguió de inmediato y comenzó a lanzarle a él también llamaradas, de modo que nos alcanzaron las chispas tanto de uno como de otra; pero, mientras que las de la muchacha no nos hacían daño, las del *yinn* sí que nos lastimaron. A mí, que seguía en forma de mono, me dio una en un ojo y me lo vació; otra le dio al rey en la cara, abrasándole la parte inferior, o sea, no solo el mentón, sino también el cielo de la boca y la fila entera de los dientes de abajo; una tercera alcanzó en el pecho al eunuco, y el pobre murió abrasado en ese punto y hora. Convencidos estábamos ya el rey y yo de que íbamos a morir de inmediato, cuando oímos una voz que exclamaba: «¡*Alláhu ákbar!* ¡Dios es más grande! ¡Él nos abre todas las puertas y nos ayuda, al tiempo que abandona a quienes se revuelven contra la Ley de Mahoma, señor y cima de la humanidad!». Era la princesa, que había reducido al *ifrit* a un montón de cenizas.

La joven se acercó a nosotros y dijo: «Traedme una taza de agua», y así lo hicimos. Ella entonces, tomándola entre sus manos, pronunció ciertas palabras incomprensibles, me asperjó con el agua y dijo: «¡En virtud del Único y Verdadero, y en virtud de Su Nombre Más Grandioso, libérate y toma tu primera forma!». Yo me sacudí al punto y volví a mi condición humana, como era al principio, aunque tuerto de un ojo. La muchacha exclamó: «¡El fuego, padre, el fuego! Ya no viviré más... No estoy acostumbrada a combatir con *yinns*. Si él hubiese sido humano, lo habría matado enseguida... Solo desfallecí cuando se dispersaron los granos de la granada y hubo que ir picoteándolos, pues se me escapó el grano donde se había refugiado el espíritu del *yinn*. Si me lo hubiese comido, habría muerto él de inmediato, pero yo desconocía lo que la Providencia tenía decretado... ¿Cómo iba yo a prever que el *yinn* irrumpiría y entablaríamos una violenta guerra por tierra, aire y agua? Y eso que yo lo resistí, pues cada vez que él recurrió a un ardido, lo superé yo. Hasta que él abrió la puerta del fuego. Y son muy pocos los que, una vez abierta esa puerta, se han salvado. Sin el auxilio de la Providencia no habría podido abrasarlo antes que él a mí, justo cuando trataba yo de comprometerlo con la Ley de la rendición absoluta a Dios. Ya me muero... ¡Dios os consolará, padre, dándoos otra hija!». Y así siguió, pidiendo socorro contra el fuego hasta que una chispa negra le subió al pecho y de allí hasta el rostro. En ese instante rompió a llorar y declaró: «Doy testimonio de que hay un solo Dios y de que Mahoma es Su enviado», dicho lo cual la vimos convertida en un montón de cenizas, al lado del que había dejado el *ifrit*.

Muy tristes nos dejó a todos, y a mí, deseando haber estado en su lugar y no haber visto cómo aquel agraciado rostro de quien, por hacerme tan gran favor, había sido aniquilada, se

convertía en ceniza. Pero la Sentencia de Dios es inapelable... Cuando el soberano vio a su hija reducida a un montón de cenizas, se arrancó lo que le quedaba de barba, se dio bofetadas y se rasgó las vestiduras; yo hice lo mismo, y los dos lloramos juntos. Poco después acudieron los chambelanes y principales del reino, quienes se encontraron a su soberano desposeído de sí mismo y junto a dos montones de ceniza. Asombrados por ello, dieron vueltas alrededor del rey un buen rato. Cuando este recobró su presencia de ánimo, les contó lo que le había pasado a su hija con el *ifrit*. La impresión que se llevaron todos fue tremenda. Las mujeres y esclavas dejaron oír sus gritos, y con ellos comenzó el duelo, que duró siete días. El rey ordenó luego que construyesen sobre las cenizas de su hija un gran monumento rematado en cúpula, donde encendieron velas y lámparas. En cuanto a las cenizas del *ifrit*, las esparcieron por el aire impetrando la maldición de Dios. Hecho todo esto, el soberano contrajo una enfermedad que a punto estuvo de ocasionarle la muerte y le duró un mes, transcurrido el cual, ya sano y con la barba crecida, me mandó llamar y me dijo: «Toda la vida, joven, la pasamos felices, libres de preocupaciones, hasta que llegaste tú, trayéndonos la desgracia. Ojalá nunca te hubiésemos conocido, ojalá nunca hubiésemos visto tus feos rasgos, pues, si ahora estamos hundidos en la miseria, es por culpa tuya. Me vi, primero, privado de mi hija, que valía ella sola más que cien varones, y, además, por causa de aquel fuego, me quedé sin muelas y perdí a mi fámulo. Cierto es, sin embargo, que nada pudiste hacer para evitarlo. Todo ocurrió porque así lo tenía Dios decretado para ti y para nosotros, y alabado sea siempre el Altísimo, Quien permitió que mi hija perdiera la vida por salvarte a ti. Sal, pues, joven, de mi país. Bastante hemos tenido ya con la desgracia que nos has traído. Pero, como formaba parte de lo que Dios nos tenía reservado a ti y a nosotros, puedes irte en paz. Quedas, eso sí, advertido: si regresas y te vuelvo a ver, te mataré. ¡Vete, vete de una vez!».

De manera, señora –prosiguió el segundo de los tres mendigos–, que me fui de allí, sin apenas creer que me había salvado y sin saber qué rumbo tomar. Al ánimo se me vino cuanto me había sucedido: cómo puede huir sano y salvo de los saltadores y cómo hube de caminar durante un mes. Recordé también que entré desamparado en aquella primera ciudad, que me encontré con la mujer que vivía bajo tierra, que me salvé del *ifrit* a pesar de que estaba resuelto a matarme. Todas mis vicisitudes, pues. Alabé a Dios y me dije: «Más vale perder un ojo que la vida...». Antes de salir de la ciudad fui a los baños, me afeité la barba, me vestí con un hábito de saco negro y emprendí la marcha como pobre de Dios, mendicante y peregrino. Desde entonces, mi señora, no ha habido día en que no haya llorado al recordar las desgracias que hay tras este ojo vacío. Y, al acordarme de todo ello, sin poder evitar las lágrimas, recito:

«Bien lo sabe el Altísimo: de pesar no me tengo;
mi vida no consiste sino en males sin cuento.
Pero yo aguantaré mientras aguantar pueda,
y hasta que Él no ejecute Su divina Sentencia.
Sufiré mi derrota sin romper mi silencio,
como el calor aguantan quienes marchan sedientos,
y hasta que el mundo sepa que mis tristes desdichas
son, amén de abundantes, más acres que el acibar.
Los piadosos resisten con noble mansedumbre,
pues lo que Dios decreta sin excepción se cumple.
Mis arcanos más íntimos tienen su fiel intérprete:
lo que en el pecho late no ha de quedar latente.
En mi lugar los montes se tornarían migas,

no arderían las llamas, los vientos cesarían.
A quienes en su vida solo miel han probado
días les llegarán más que la tuera amarga».

Recorrí luego diversas regiones y entré en distintas urbes, hasta que me encaminé hacia esta Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, con la esperanza de acceder al Comendador de los Fieles y poder referirle cuanto me había ocurrido. Y a Bagdad he llegado al atardecer, cuando me he topado con este primer hermano, que estaba parado en la calle y tan perplejo como yo mismo. Después de saludarlo, he estado conversando con él hasta que ha llegado el tercero, quien nos ha dicho: «La paz sea con vosotros. Soy forastero, un extraño». «Nosotros también –le hemos respondido–, y recién llegados en esta bendita noche». A andar hemos echado los tres juntos, sin que ninguno supiese la historia de los otros dos, y los divinos Designios han guiado nuestros pasos hasta vosotros. Tal es la causa de que esté rasurado y tuerto, señora mía.

La dama le dijo: «Tu historia es singular. Alísate el pelo y márchate». «De ningún modo –respondió el mendigo– pienso marcharme sin haber oído antes la historia de mi compañero». Entonces dio un paso al frente el tercero y último de los mendigos, quien contó lo siguiente:

NO ES MI HISTORIA, DISTINGUIDA SEÑORA³⁸, como las de mis compañeros, sino aún más extraordinaria. Y lo digo porque, mientras que ellos han sufrido las pruebas que tuvo a bien imponerles la Providencia, en mi caso, el motivo de que lleve el mentón afeitado y me falte un ojo es que fui yo mismo quien atrajo sobre sí al Decreto divino y a mi corazón las cuitas. Mi padre era rey, y, cuando murió, accedí a su solio y puse mi empeño en gobernar a mis súbditos con sabiduría, justicia y munificencia. Mi mayor afición han sido siempre los viajes marinos, lo que no es de extrañar, ya que mi ciudad está sita en el litoral, no lejos de numerosas e importantes islas y territorios costeros. Contaba yo en la mar con cincuenta embarcaciones para el comercio, y otras tantas, más pequeñas, para el recreo; así como con ciento cincuenta más, dispuestas para el combate y el yihad. Deseoso, pues, de recorrer aquellas islas, apresté diez embarcaciones, con víveres para un mes entero, y emprendí viaje. La noche que siguió a la vigésima jornada comenzaron a soplar sobre nosotros vientos contrarios, la mar se alteró de tal manera y las olas entrecucharon con tal ímpetu que desesperamos de seguir con vida. Sobre nosotros se abatió una impenetrable oscuridad, y me dije: «El temerario no merece alabanza ni aunque se salve», y le rezamos y suplicamos al Altísimo. Pero los vientos siguieron soplando y las olas chocando entre sí hasta que apuntó el alba, cuando se calmó la tempestad. Pudimos así arribar a una de las islas. Bajamos a tierra, guisamos algo y comimos. Permanecimos allí dos días, transcurridos los cuales reiniciamos la travesía y estuvimos navegando por espacio de otros veinte. Sobre nosotros volvieron a soplar vientos contrarios y el capitán quiso cerciorarse sobre el estado de la mar. De modo que el marino oteador recibió la orden de examinar con atención cuanto pudiese divisar. Subió al mástil, descendió y le dijo al capitán: «Señor, a estribor he visto bancos de peces; luego he mirado más allá y a lo lejos he divisado algo negro que de vez en cuando se volvía blanco». Cuando el capitán, que era el decano de los marinos de mi reino, hubo oído las palabras, arrojó al suelo su turbante, se mesó la barba y exclamó dirigiéndose a todos: «¡Podemos darnos por muertos!, ¡ni uno de nosotros se salvará!», y prorrumpió en amargo llanto, que enseguida se nos contagió a los demás. Yo le ordené: «Dinos, capitán, qué es lo que ha visto el

³⁸ Comienza «El tercer mendigo».

oteador». Él respondió: «Sabad, mi señor, que nos perdimos cuando soplaron aquellos vientos contrarios que no se calmaron hasta las claras del día. Tras dos días en tierra, seguimos a la deriva nueve días más, sin que haya soplado el viento que nos permita retomar nuestro rumbo. Pero esta mañana hemos ido a toparnos con una formación rocosa que emerge del fondo de la mar y recibe el nombre de Montaña de la Magnetita, hacia la cual nos arrastran las aguas, para nuestra desgracia. En ese lugar las embarcaciones se desensamblan, pues todos los clavos se salen, van hacia dicho peñasco y a él quedan adheridos. Ello se debe a que el Altísimo ha dotado a la piedra magnetita de la misteriosa propiedad de atraer al metal. En la montaña, que tenemos ya muy cerca, hay, así, tal cantidad de hierro como solo Dios puede saber, dado que, desde tiempos antiguos, han sido muchas las embarcaciones que se han desintegrado en su proximidad. Más allá de estas aguas hay una cúpula de azófar que se tiene sobre diez columnas, y sobre la cual hay un jinete montado a lomos de una yegua, ambos de cobre; el jinete lleva en la mano una lanza, del mismo metal, y el pecho cubierto por una placa de plomo en la que hay grabados ciertos nombres y signos mágicos. Pues bien, majestad, mientras ese jinete siga a lomos de su montura seguirán desensamblándose todas las embarcaciones que pasen cerca de él, las tripulaciones perecerán y todo el hierro que lleven se quedará adherido al peñasco. La única salvación consiste en que ese jinete caiga de su montura». Al acabar su explicación, señora, el capitán, a pesar de ser hombre bragado y de gran experiencia, prorrumpió de nuevo en un llanto tan desconsolado que a ninguno nos cupo la menor duda de que nuestro fin estaba próximo, de modo que comenzamos a despedirnos unos de otros. A la mañana siguiente nos hallábamos aún más cerca de la Montaña de la Magnetita, y las aguas seguían arrastrándonos a ella con fuerza irresistible. Cuando nuestros barcos estaban ya bajo ella, se abrieron, y todos los clavos y el hierro que llevábamos salió como despedido, mientras dábamos vueltas en torno al peñasco. Así estuvimos hasta el final del día, cuando, destruidas ya nuestras embarcaciones, la mayoría de nosotros se ahogó, mientras que unos pocos lograron salvarse. Fueron, de cualquier modo, muchos más los que perecieron; y en cuanto a los supervivientes, sabed que nada supieron de la suerte de los demás, ya que las olas y los vientos los llevaron a cada cual por su lado. A mí me preservó Dios para el penar, el tormento y la desgracia que le pluguieron. La cosa es que me agarré a una tabla que el viento y las olas arrastraron hasta la montaña, hacia cuya cima me encaminé valiéndome de los a modo de escalones que en ella había labrados. Una vez allí, invoqué el nombre de Dios.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 15**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el tercer mendigo siguió relatándole su historia a la joven dama, así como a quienes en la casa estaban reunidos, que seguían maniatados mientras los esclavos, de pie junto a ellos, mantenían las espadas enhiestas sobre sus cabezas:

Invoqué luego el sagrado Nombre de Dios, Le recé y Le supliqué, al tiempo que iniciaba mi camino hacia la cima de la montaña, aferrándome a los salientes y oquedades que en ella encontré. Dios serenó el viento en aquella hora y me ayudó en mi ascensión. Alcancé, por fin,

la cumbre sin contratiempos, de lo que me alegré sobremanera. Mi único empeño era llegar a la cúpula donde, nada más entrar, realicé dos *råkaas*³⁹ dándole gracias a Dios por haber llegado a salvo. Luego me quedé dormido, bajo la misma cúpula y, en sueños, oí una voz que me decía: «Hijo de Jasib, cuando despiertes, cava un hoyo bajo tus pies y encontrarás un arco de cobre y tres flechas de plomo sobre las que se han grabado signos mágicos. Tómalos y dispara contra el jinete que está en lo alto de la cúpula, para que las gentes descansen de esta terrible calamidad. En cuanto hayas alcanzado al jinete, este se precipitará al mar al mismo tiempo que el arco caerá de tus manos; recupéralo y entiérralo donde haya caído. Hecho todo esto, subirá el nivel de las aguas marinas, que cubrirán la montaña, y aparecerá una pequeña embarcación donde vendrá un individuo, también de cobre, pero distinto del jinete al que habrás alcanzado con el proyectil. Se acercará a ti, provisto de un remo. Sube, pues, al bote, sin invocar el nombre de Dios, y el individuo te recibirá y remarará durante diez días hasta que te lleve al Mar de la Tranquilidad. Una vez allí, encontrarás a quien sabrá llevarte a tu tierra. Pero recuerda que todo esto se cumplirá siempre que no invoques el nombre del Supremo».

Me desperté entonces y, siguiendo con diligencia las instrucciones de la voz, me dirigí a orillas de la mar y desde allí disparé contra el jinete; le alcancé y se precipitó al agua, al mismo tiempo que el arco caía de mis manos. Lo recogí y, no bien lo había enterrado, comenzó la mar a agitarse y a subir hasta que cubrió la montaña en la que aún seguía yo. Poco después vi un bote que hacia mí venía, por lo que alabé, para mis adentros, al Altísimo. La embarcación llegó hasta mí, tripulada por un individuo de cobre de cuyo pecho pendía una lámina de plomo con ciertos nombres y signos mágicos grabados. Me acomodé en el bote sin pronunciar una sola palabra, y el de cobre remó durante un día y otro y otro, hasta que, cumplidos los diez, divisé Costa de Tranquilidad. Tan contento me puse que invoqué el Nombre de Dios; proclame Su unicidad diciendo «No hay más que un solo Dios», y Su trascendencia exclamando «¡Dios es más grande!». Nada más haber dicho todo esto, el autómatas me arrojó del bote y, dando media vuelta, volvió a dirigirse a alta mar. Yo, que era buen nadador, nadé durante todo el día, hasta que, caída ya la noche, se me agotó la fuerza de los brazos y se me extenuaron los hombros de modo tal que me tuve por perdido. Mientras recitaba, pues, la profesión de fe, con la certidumbre de que iba a morir, la mar se agitó con el tempestuoso viento, y una ola de la altura de un castillo me arrastró y me despidió con fuerza contra el litoral, para lo que Dios quisiera hacer de mí. Me adentré un poco más en tierra firme, me quité la ropa, la retorcí bien, la tendí en el suelo y allí mismo pasé la noche. A la mañana siguiente, después de vestirme, miré a mi alrededor. Vi que me encontraba en una suerte de vega, de modo que la rodeé y me di cuenta de que me hallaba en un islote. «¡Cada vez que me libro de una calamidad, caigo en otra aún mayor!», exclamé. Seguí yo pensando en mi sino y deseando la muerte, cuando divisé un barco en el que venía gente. Me puse en pie y me subí a un árbol. VI ENTONCES QUE LA EMBARCACIÓN⁴⁰ atracaba y de ella bajaban diez esclavos provistos de palas. Caminaron hasta llegar al centro de la isla, y en un punto determinado cavaron hasta descubrir una plataforma. Levantaron y abrieron la trampilla que en esta había, regresaron a la embarcación y comenzaron a acarrear pan, harina, grasa, miel, ovejas y cuanto pudiera precisar

³⁹ Una *råkaa* es una serie de movimientos, actitudes y recitaciones fijas, de que se compone cada acto de oración ritual (véase noche 441).

⁴⁰ Comienza una nueva historia, «El mancebo del subterráneo», título que me permito añadir, pues en las ediciones comerciales no suele aislarse la historia como tal.

quien en el subterráneo viviera. Y así estuvieron los esclavos, yendo y viniendo de la embarcación a la plataforma, hasta que hubieron transportado toda la carga de víveres. A continuación desembarcaron una vez más trayendo consigo ropa de la mejor calidad. Los acompañaba ahora un venerable anciano, vencido ya por el paso del tiempo, que venía ataviado con un manto de color azul que los vientos movían ora a poniente ora a levante. Era tal como dijo el poeta, poniéndose en su lugar:

La sacudida recibí del Tiempo,
que es, ya se sabe, potente y violento.
Sin fatigarme caminaba antaño;
hoy resoplo sin dar un solo paso.

El anciano, además, venía de la mano de un mancebo vaciado del molde mismo de la donosura y vestido con la túnica de la perfecta elegancia; tan agraciado, en fin, que bien podría haber dado lugar a merecidas antonomasias y refranes. Un junco fresco que al corazón embelesaba y quitaba el sentido... Con razón dijo de él el poeta:

Para con él compararlo,
trajeron a la Belleza,
quien, después que vio al mancebo,
se moría de vergüenza.

«¿Has visto algo igual, Belleza?»,
preguntaron, por herirla;
pero ella, sin inmutarse,
dijo: «Jamás en la vida».

Pues bien, señora, el grupo fue caminando hasta llegar a la plataforma de la que se sirvieron todos para descender y desaparecer de mi vista. Abajo estuvieron un buen rato hasta que los vi salir de nuevo, a todos, o sea, al anciano y los esclavos, pero sin el mancebo. Cerraron la trampilla, cubrieron la plataforma y, después de dejarlo todo como estaba, regresaron al barco y se hicieron a la mar. Bajé entonces del árbol y fui hasta donde estaba acumulada la tierra, que volví a trasladar con mucho esfuerzo hasta que la hube removido toda. Dejé así al descubierto la plataforma, que era una madera del tamaño de una piedra de molino. Levanté la trampilla y vi que debajo había una escalera de caracol en piedra. Muy admirado por ello, bajé peldaño a peldaño hasta llegar a un espacio abierto que daba acceso a una suerte de vergel, luego a otro y luego a otro, así hasta completar el número de treinta y nueve. En cada uno de aquellos huertos vi árboles, riachuelos, frutos y diversas maravillas, tales que resultaría fatigoso describir en detalle⁴¹. A continuación había una morada muy limpia, cubierta de alfombras y sedas, donde se hallaba el mancebo a quien había visto antes, reclinado en una alta tarima. Descansaba sobre un almohadón redondo y sostenía un abanico en su mano; ante él había dispuestos varios ramilletes de hierbas aromáticas y otras fuentes de perfume. Estaba completamente solo. Cuando me vio, se le demudó la color; yo le dirigí el *salam*, el saludo de la paz, y le dije: «¡Descanse vuestro ánimo! No temáis, que todo irá bien... Soy humano, como vos; un príncipe, hijo de rey, y los divinos Designios me han conducido a vos para que os acompañe en este retiro. ¿Cuál es vuestra historia? ¿Por qué

⁴¹ En este punto se interrumpe bruscamente, en las ediciones que dependen de Bulaq, la historia del mancebo.

motivo habéis de vivir aislado y bajo tierra?». Cuando el joven se hubo asegurado de que yo era uno de su misma condición y aproximado rango, se alegró, recobró la color, me invitó a que me acercara y exclamó: «¡Mi historia, hermano, es de todo punto maravillosa...! Mi padre se dedica al comercio de alhajas. El suyo es un negocio lucrativo bien establecido: tiene esclavos propios, amén de otros mercaderes que trabajan a su servicio, y estos viajan por cuenta de mi padre en embarcaciones que extienden el negocio hasta los países más lejanos. Los suyos son tratos y capitales de grandes proporciones... Yo soy su único hijo. Pues bien –prosiguió el mancebo–, una noche soñó mi padre que tendría un hijo y que este moriría prematuramente, de modo que despertó dando grandes voces y llorando con amargura. A la noche siguiente mi madre quedó encinta de mí. A partir de esa fecha, que quedó registrada, pasaron los días y mi madre me trajo por fin al mundo, para gran contento de mi padre. Este organizó banquetes y dio de comer a los pobres, por haber tenido descendencia al final de sus días. Reunió luego a astrólogos, expertos en calendarios, sabios en materia de cronología y eruditos en genealogías y nacimientos; quienes, después de sacarme el horóscopo, le dijeron: “Vuestro hijo vivirá hasta los quince años, cuando está predestinado a verse en gravísimo peligro. Si llegara a salvarse, moriría de viejo. La causa de su muerte, según nuestros cálculos revelan, será la siguiente: en el Mar de la Perdición se encuentra la Montaña de la Magnetita, en cuya cima hay un jinete a lomos de una yegua de cobre. El jinete, de cuyo pecho pende una lámina de plomo, caerá de su montura, y, al cabo de cincuenta días, morirá vuestro hijo. Su matador será el mismo que derribe al jinete, y es un príncipe llamado Ayib hijo de Jasib”. Grande fue –continuó el mancebo– la zozobra de mi padre, quien me dio la mejor crianza y educación hasta que cumplí los quince años. A los diez días de mi aniversario recibió la noticia de que el jinete había caído al mar, y de que lo había derribado el príncipe Ayib, hijo del rey Jasib. Y, por miedo a que este me matara, me trajo aquí mi padre. Tal es mi historia y el motivo de mi soledad».

Asombrado por su relato, me dije para mis adentros: «¡Yo soy quien ha hecho lo que este joven dice! Pero jamás lo mataré». Y, en voz alta: «Bastante habéis perdido ya, demasiado habéis sufrido... Pero, Dios mediante, no volveréis a padecer angustia ni temor algunos. Me quedará a vuestro lado durante un tiempo, os serviré y luego reemprenderé mi camino. Os haré, en suma, la espera más soportable estos días, y, cuando hayan transcurrido, podréis ponerme al cuidado de algunos siervos de vuestro padre para que me acompañen en mi viaje de regreso». Y me senté con él, a conversar, hasta que cayó la noche. Me levanté entonces y encendí una vela con la que prendí las lámparas. Luego volvimos a sentarnos ante una opípara cena que concluimos con unos dulces, y seguimos charlando hasta que se consumió buena parte de la noche. Él se quedó dormido, yo lo tapé, me levanté y me eché también a descansar.

A la mañana siguiente calenté un poco de agua y llamé al mancebo con cuidado. Cuando despertó, me acerqué a él con el agua caliente; se lavó la cara y exclamó: «¡Qué buen regalo me ha hecho Dios! Os prometo que, cuando salga de este trance y me libre de ese Ayib hijo de Jasib, haré que mi padre os recompense. Si, por el contrario, muero, la paz sea con vos». «¡No llegue nunca –exclamé– el día en que recibáis daño! Ojalá Dios me dé a mí la muerte antes». Traje entonces algo de comida y desayunamos. Encendí después un oloroso incienso, preparé el tablero de *mancala* y estuvimos jugando un rato. Por la noche volví a encargarme de encender las lámparas; luego me senté a su lado y estuvimos charlando hasta altas horas de la madrugada, cuando él se quedó dormido. Lo tapé y me eché yo también a descansar. Así pasaron, señora, los

días y las noches, y mi corazón se fue llenando de afecto hacia el mancebo, hasta que, libre de mis congojas, me dije a mí mismo: «¡Los astrólogos mintieron! Bien sabe Dios que jamás le daré muerte». Y así seguimos: yo lo servía, comíamos juntos y charlábamos, hasta que llegó el día treinta y nueve. Cuando cayó, pues, la noche que hacía el número de cuarenta el muchacho, muy contento, dijo: «Alabemos, hermano, a Dios, que me ha librado de la muerte y me ha colmado de bendiciones gracias a tu llegada y compañía. ¡A Dios le pido que te devuelva a tu tierra, como deseas! Pero quisiera, hermano, que me calentaras un poco de agua para que pueda darme un baño y lavarme todo el cuerpo». «¡De mil amores!», le contesté y le calenté una gran cantidad de agua, en la que lo ayudé a sumergirse. Le lavé bien todo el cuerpo, con harina de altramuces, le froté los miembros, lo serví, le puse ropa limpia y le preparé un mullido lecho, en el que se tendió a descansar, como suele hacerse después del baño, y me dijo: «Hermano, corta un melón y prepara un licuado con azúcar cande». Entré, pues, en la cámara, donde encontré un buen melón, lo puse en una bandeja, y le pregunté: «¿Tenéis, mi señor, un buen cuchillo?». «Ahí está —dijo él—, en ese estante, encima de mí». Movido por la prisa, tomé el cuchillo y lo saqué de su vaina. Di un paso atrás y tropecé con tal mala suerte que fui a caer sobre el muchacho sin soltar el cuchillo, el cual ejecutó lo que estaba escrito desde la Eternidad, ya que se clavó en el corazón del chico. Murió en el acto. Cuando, al soltar su último estertor, me di cuenta de que estaba muerto y de que había sido yo quien lo mató, lancé un alarido, me abofeteé la cara, me rasgué las vestiduras y exclamé: «¡De Dios somos y a Dios tornamos...! ¡Oíd, sumisos al Altísimo! A este muchacho le quedaba una sola noche para que pasase el peligro que, según le habían pronosticado astrólogos y sabios, se extendería cuarenta días. Su plazo final estaba en mis manos... ¡Ojalá me hubiese muerto yo antes de ir a cortar ese melón! ¡Desgracias y sofocos, no más que desgracias y sofocos! Pero lo que Dios ha dispuesto ha de cumplirse siempre...».

Sabedor, pues, de que había sido yo en efecto quien dio muerte al mancebo, me puse en marcha de inmediato. Ascendí a la superficie valiéndome de la escalera, volví a amontonar la tierra, dejándola tal como la encontré, y miré hacia la mar. No muy lejos divisé una embarcación que se aproximaba. Lleno de miedo, pensé: «Llegarán enseguida, se encontrarán al muchacho muerto y, al saber que he sido yo quien ha puesto fin a su vida, me matarán a mí». Busqué, pues, un árbol alto, trepé y me escondí en su copa. No llevaba allí mucho cuando vi desembarcar a los esclavos, con quienes venía el anciano padre del muchacho. Llegaron al lugar donde se amontonaba la tierra, la removieron, descendieron y se encontraron al mozo dormido, con la cara reluciente por efecto del baño y la ropa limpia, pero con un cuchillo clavado en el pecho. Gritaron, lloraron, se abofetearon los rostros y profirieron toda clase de lamentos. El anciano perdió el sentido, y, al cabo de un buen rato, como los esclavos creyeron que su amo no sobreviviría al muchacho, envolvieron a este en sus propios vestidos, tendieron sobre él un manto de seda y regresaron al barco. El anciano volvió en sí, cuando se hubieron ido, y, después de mirar a su hijo, que allí yacía muerto, volvió a golpearse el rostro y a arrancarse los pelos de la barba. Su dolor por la muerte del muchacho era tal que cayó de bruces y volvió a prorrumpir en llanto mientras se echaba tierra por la cabeza. Todo esto ocurrió mientras yo permanecía en el árbol, tratando de ver lo que ocurría. Mi corazón había encanecido, mucho antes que mi cabeza, por las muchas penas que había tenido que afrontar. De modo que recité:

«¡Cuántas mercedes del Señor se ocultan
a las inteligencias más agudas!
¡Cuán a menudo la aflicción del día
se torna, con la noche, en alegría!
Serena calma sigue al temporal
que nos colmó de miedo y ansiedad».

El anciano, mi señora, siguió desvanecido hasta el ocaso. Entonces volvió en sí, miró a su hijo y comprobó que había sucedido lo que tanto temiera. Se golpeó con saña cabeza y rostro y recitó:

«El corazón, de pesos abrumado, se espanta;
los párpados no cesan de verter acres lágrimas.
¡Cuán lejos, mi Señor, quienes amo quedaron!
Y otra vía no encuentro sino echarlos en falta...
Si no hubieran llegado nunca a verte mis ojos,
que sufrir no tendrían ahora la desgracia.
Ningún descanso encuentra mi pobre corazón,
que ha sido pasto inerte de inextinguibles llamas.
¡Ay de aquellos momentos, dichosos y fugaces,
cuando estábamos todos juntos en nuestra casa!
Mas de la muerte el ángel nos apuntó con su arco,
y sus flechas certeras a quien buscan alcanzan.
Mil veces preferible sería que la muerte
con nuestra relación de una vez acabara.
Os ruego, no digáis que es demasiado tarde.
no tratéis de quitarme mis magras esperanzas.
¿O es que no ha de alumbrar una vez más el día
que la dicha perdida devuelva a nuestra casa,
y sea como fue, antes de que la flecha
que todo lo destroza nuestra suerte alcance?
Flecha que, con gran tino, alcanzó el mejor blanco:
el de quien se merece la más sólida fama.
Me refiero a mi hijo, del que, antes que estos versos,
los acontecimientos a las claras hablaban.
Por estar otra vez, mi querido, contigo,
en este mismo instante dicra de grado el alma.
Si vocalizo "luna", se oculta tras las nubes;
si "sol", hacia el ocaso su marcha hace más rauda.
Las raíces profundas de los tristes recuerdos,
por más que yo quisiera, no hay modo de arrancárlas.
Del envidioso el ojo, que nunca se distrae,
observa, satisfecho, el fruto de su hazaña⁴²».

Dicho esto, el anciano dejó escapar un último suspiro al tiempo que el espíritu le salía del cuerpo. Los esclavos, lamentando desde lo más hondo la lastimosa muerte de su señor, se echaron tierra sobre la cabeza y, sin dejar de llorar, trasladaron su cadáver a la embarcación y lo

⁴² Traduzco esta larga elegía, ausente de la recensión de Bulaq y las ediciones de ella derivadas (y cuyo contenido se ajusta solo deficientemente con la historia, pero no más de lo que ocurre con otros poemas), a partir de la segunda edición de Calcuta, y completándola con la que puede hallarse en la edición comercial contemporánea de Dar al-kutub alilmia.

depositaron junto al de su hijo. Soltaron luego las velas y desaparecieron de mi vista. Bajé del árbol, volví al subterráneo y pensé en el muchacho, y, al ver sus pertenencias, recité:

«Me embarga tal nostalgia al ver sus trazas
que sus terrenos riego con mis lágrimas,
y a Quien dictó de su partida el "¡Sea!"
pido que su regreso me conceda».

Salté de la morada subterránea y, por espacio de un mes, me dediqué a recorrer la isla durante el día para volver a meterme bajo la plataforma a la caída de la tarde. Día tras día observaba yo los confines de la isla, y, transcurrido que hubo el mes, me di cuenta de que la marea había ido bajando por poniente, tanto que me ya me era posible buscar mi salvación. Atravesé buceando las aguas marinas que aún quedaban y alcancé la tierra firme de la costa, donde me hallé ante una extensión de dunas en que hasta las patas de un camello habrían quedado inmovilizadas, hundidas hasta las rodillas. Pero, sacando fuerzas de flaqueza, conseguí cruzar la arena. Vi entonces una suerte de fuego cuyas llamas relumbraban con fuerza a lo lejos, y hacia allá me dirigí con la esperanza de encontrar alivio a mis dificultades. Y recité:

«Acaso quiera el Tiempo tomar un nuevo rumbo
y llevarme a buen puerto, lejos del infortunio».

AL ACERCARME⁴³, reparé en que se trataba de un palacio fortificado con una puerta de latón, tan lisa y bien pulida que, cuando el sol brillaba, relumbraba más que el fuego. Contento por haberlo visto, me senté ante la entrada del edificio. Y no bien lo hube hecho, aparecieron diez jóvenes, acompañados de un venerable anciano. Los jóvenes iban de punta en blanco, pero eran todos tuertos del ojo izquierdo. Este rasgo que todos compartían me sorprendió mucho. Cuando me vieron, me saludaron y me preguntaron si estaba bien y cuál era mi historia. Yo les conté las desgracias que me habían acaecido, y ellos, admirados por mis palabras, me acogieron y me acompañaron al interior del palacio. En una sala de este había diez estrados, cada uno con su lecho y su cobertor azul, y, en medio de todos ellos, un estrado más pequeño, pero semejante a los demás, también con un cobertor azul. Nada más entrar, cada uno de los jóvenes subió a su estrado, mientras que el anciano se paró junto al más pequeño, que estaba en medio de los demás, y dijo: «Siéntate aquí, joven, y no preguntes por nuestras circunstancias ni por el motivo de que estemos todos tuertos». Dicho esto, fue dándole a cada uno de los demás, incluido yo mismo, dos recipientes, uno con comida y otro con agua. Luego se sentaron todos y comenzaron a hacerme preguntas sobre todo lo que me había ocurrido; yo les fui respondiendo como mejor pude hasta que hubo pasado la mayor parte de la noche. Entonces dijo uno de los jóvenes: «Hora es ya, venerable maestro, de que recibamos nuestra justa retribución». «Cierto es», repuso el anciano, quien se levantó y entró en una cámara, de la que regresó trayendo sobre la cabeza diez platos, tapados por otros tantos, de color azul, que distribuyó entre los jóvenes. A continuación encendió diez velas y levantó los platos que hacían las veces de tapaderas. Debajo de cada uno había una cantidad de ceniza, polvo de carbón y restos negros de marmita. Los jóvenes todos se arremangaron y se tizaron las caras. Luego se abofetearon los rostros, se dieron de puñadas en el pecho,

⁴³ Comienza «Los diez jóvenes y el venerable anciano», o, alternativamente, «Los diez tuertos».

se rasgaron las vestiduras y comenzaron a decir: «¡Con nuestra comodidad jugó la curiosidad!». Y así siguieron casi hasta las claras del día, cuando el anciano les calentó agua, y los jóvenes se lavaron y se pusieron ropa limpia.

Todo esto, señora –prosiguió el tercer y último mendigo–, me desconcertó sobremanera, y, como dudase de mi propio juicio, me sentí tan lleno de inquietud que olvidé cuanto me había ocurrido a mí. Al cabo, incapaz de guardar silencio, les dije: «Sois sin duda, y gracias al Cielo, personas en sus cabales; sin embargo, todo eso que habéis hecho es propio de quien no está cuerdo. Tengo, pues, que pedirlos, por lo que os sea más querido, que me declaréis por qué motivo os falta un ojo y por qué os tiznáis la cara con ceniza y hollín». Muy decididos, me contestaron: «No te dejes llevar de tu inexperiencia, joven, y no vuelvas a pedirnoslo», y, dicho esto, se levantaron, y otro tanto hice yo. Vino entonces el anciano con la comida. Dimos buena cuenta de ella y estuvimos de sobremesa hasta la madrugada. Aquella noche hicieron lo mismo que la anterior. Así seguimos durante un mes, y, al cumplirse este, volví a decirles: «Si no ponéis fin a mis cavilaciones, jóvenes amigos, dándome cuenta del motivo de que os tiznéis la cara con hollín, os dejaré de inmediato». A lo que ellos respondieron: «Lo mejor es que sigamos guardando nuestro secreto, pues, si te lo desveláramos, te tornarías uno de nosotros». «Tiene que ser como digo –respondí–. De lo contrario, dejad que emprenda viaje hacia los míos y pueda así descansar de todo esto. Píes, ¿para qué os quiero?, como suele decirse, o asimismo: ojos que no ven, corazón que no siente».

Ellos sacrificaron un carnero y, después de desollarlo, me dieron un cuchillo y la piel del animal, y me indicaron que me envolviera en ella y la cosiera desde dentro. Y añadieron: «Luego recibirás la visita de un ave de descomunal tamaño, un *roj*⁴⁴, que te tomará en sus garras y volando te llevará hasta la cima de cierta montaña. Sal de la piel del carnero, sin cuidado, pues el ave, al verte, se asustará y huirá. Camina luego por espacio de media jornada y te verás ante un castillo de extraña apariencia. Entra en él y tu deseo se cumplirá, pues lo que nos has visto hacer y el que seamos tucos se debe todo a que nosotros también estuvimos en ese castillo. Eso nos ahorrará el tener que contarte uno por uno nuestra experiencia». Muy contento quedé yo con aquellas palabras.

Hicimos, pues, lo que acababan de decirme; vino la descomunal ave, me llevó consigo y me dejó en una montaña. Salió de la piel que me envolvía y entré en el castillo, donde me encontré con cuarenta doncellas que eran como cuarenta lunas, tales que nadie podría haberse cansado de mirarlas. Ellas, no más verme, me dijeron todas: «Muy bienvenido seáis, señor; hace ya un mes que os esperamos con impaciencia. Loado sea Quien nos concede a todos lo que merecemos». Luego me llevaron a un alto estrado donde me invitaron a sentarme, y me dijeron: «Hoy sois nuestro señor y dueño, y nosotras, vuestras siervas, y, como tales, quedamos a vuestra entera disposición. Ordenadnos, pues, lo que os venga en gana, que os obedeceremos». Atónito quedé por todo ello. Trajeron luego alimentos y comimos todos juntos, y, cuando nos hubimos saciado, me sirvieron la bebida. Mientras yo seguía en mi sitio, rodeado por las jóvenes, cinco de ellas se levantaron, tendieron una estera y alrededor dispusieron ramilletes odoríferos, fruta fresca y frutos secos en generosas cantidades. Trajeron luego el vino y nos sentamos todos a beber. Sacaron laudes con los que acompañar sus poemas y cantos, y las vasijas y copas comenzaron a circular

⁴⁴ Con diferentes grafías, «roc», «rokh», «ruj», etc., el término designa un ave fantástica, cuyos rasgos se irán describiendo en esta y sucesivas historias de *Mil y una noches*.

entre nosotros. La alegría que experimenté fue tal que me olvidé de todos los pesares del mundo. «¡Esto sí que es vida!», exclamé. Y así seguimos hasta que llegó la hora de irse a dormir. «Elige ahora a cualquiera de nosotras, la que prefieres para que duerma contigo esta noche», me dijeron. Yo me decidí por una de ellas, agraciada de rostro, con los ojos y los cabellos color de azabache, dientes separados, perfectas prendas y unidas cejas; tal que más parecía un espigado junco o una varita de espliego; aunque mejor sería decir que la joven era en suma motivo más que suficiente para perder la cabeza. No en balde dijo de ella el poeta:

Necedad es hablar de finas ramas
y es error compararla con gacelas,
que ni soñar podrían con su garbo,
ni escanciar de sus bocas dulce néctar,
y a las que faltan esos ojos negros
que son a un tiempo mi prisión y flechas.
¿Cómo por ella no beber los vientos
si ardores de chiquillo me despierta?

La miré y le dije:

«No tiene mi mirada otro objetivo,
mi mente de otra cosa no se ocupa.
Solo existe en el mundo su hermosura;
por ella me debato y agonizo...».

Me levanté, pues, me fui con ella y pasé una noche como no he vivido otra. A la mañana siguiente me llevaron al baño, me lavaron y vistieron con la ropa más suntuosa. Luego me trajeron de comer y de beber. Las copas circularon de mano en mano hasta la noche, cuando elegí a otra de ellas, muy salada y de perfectas formas; de quien dijo el poeta:

Dos pomos lleva al pecho sellados con almizcle;
sus ojos los preservan ciertos proyectiles.

Con ella pasé la noche más hermosa. Y, por no ser en exceso prolijo, mi señora, os diré que así seguí, llevando con aquellas cuarenta jóvenes la vida más muelle y regalada, durante un año entero. Cuando este llegó a su término, me dijeron: «Ojalá no os hubiésemos conocido, pues acaso no os guste lo que hemos de deciros», palabras a las que siguió el llanto de todas. Muy sorprendido, les pregunté: «¿Pues qué pasa?». «Somos –respondieron ellas– hijas de reyes y permanecemos en este lugar un año entero, comiendo, bebiendo disfrutando y cantando, hasta nuestra siguiente ausencia. Tal es nuestra costumbre. Y ahora, cuando ya es tiempo de que nos marchemos, tememos que contravengáis nuestras instrucciones. Ello es que os hacemos entrega de las llaves del palacio, donde hay cuarenta puertas; de ellas podéis abrir hasta treinta y nueve, pero guardaos mucho de abrir la que hace el número de cuarenta». «De ningún modo la abriré», les contesté yo. Una de ellas se adelantó, me abrazó sin poder reprimir las lágrimas y recitó:

«Si vos y yo algún día volvemos a estar juntos,
el Tiempo sonreirá, por más que sea ceñido.

Si otra vez vuestros ojos me alumbraran los míos,
tendría que eximir de todo a mi destino».

Yo le repuse, asimismo, con unos versos:

«Propósitos me trajo, cuando me dijo adiós,
de un pecho que incendiaban las llamas del amor.
De perlas derramadas y cornalina roja
se hizo para el cuello la más preciada joya⁴⁵».

Al verlas llorar de aquel modo, les juré que por nada del mundo abriría yo aquella puerta, y, después de cumplir con los deberes de la despedida, salieron y se marcharon a toda prisa, dejándome solo en el palacio. Cuando ya caía la tarde, abrí la primera puerta, la traspasé y me hallé en una morada que era como un paraíso. Había un huerto con árboles de intenso verde y sazonados frutos; se oía el trinar y gorjear de pájaros, y el rumor de aguas que corrían presurosas. Todo aquello me calmó los ánimos. Caminé entre los frondosos senderos, aspiré las fragancias de las flores, oí el canto que las aves elevaban en alabanza del Único, del Todopoderoso. Me admiré del tinte bicolor de la piel de la manzana, donde se alternan el rojo y el amarillo, tal como dijo el poeta:

Del amor los dos tintes la manzana reúne:
el del amado pómulo con la tez de quien sufre.

Luego me recreé en los membrillos y aspiré su aroma, que deja en mal lugar al almizcle y al ámbar gris. Razón tuvo el poeta que dijo:

Para la humanidad es el membrillo
el fruto que domina el primer rango.
Aunque huelva a abelmosco, sabe a vino;
es redondo, cual luna, mas dorado.

Me fijé después en las ciruelas, que son como rubíes hechos pulpa, y salí de aquel lugar dejando la puerta de la cámara como la encontré. Al día siguiente abrí otra puerta, entré y me hallé en un gran terreno donde crecían altas palmeras, discurría una copiosa corriente de agua y abundaban rosas y jazmines, mejorana y narcisos, cuyos aromas esparcía la brisa y a mí me comunicaron intensa placidez. Al abrir, más tarde, la tercera puerta, me encontré con una espaciosa sala, de marmóreos muros multicolores, con distintas gemas engastadas, y donde había dispuestas jaulas de sándalo y palo áloe en las que cantaban el ruiseñor y el pichón, el mirlo, la tórtola y el nubo canoro, lo cual me atemperó y calmó de tal manera que me quedé allí dormido hasta el amanecer. Abrí después la cuarta puerta, que daba acceso a una gran mansión en la que había cuarenta hornacinas abiertas, y donde vi tal cantidad y calidad de perlas, rubíes, topacios, esmeraldas y otras indescriptibles piedras que no pude sino exclamar para mí mismo: «¡No creo que ningún rey tenga nada igual en su cámara de los tesoros!».

Y, con el ánimo de nuevo calmado, pensé que me había convertido en el soberano de mi era, y que todos aquellos caudales eran un favor que Dios me concedía y venían a sumarse a

⁴⁵ La imagen es convencional en la poesía árabe clásica: las perlas son lágrimas y las cornalinas, gotas de sangre.

las cuarenta beldades que bajo mi mano tenía. Y así seguí, pasando de un lugar a otro hasta que transcurrieron treinta y nueve días, período durante el cual había abierto otras tantas puertas, de manera que solo me quedaba la que hacía el número de cuarenta, que me habían prohibido abrir. Me resultaba imposible, señora, pensar en otra cosa, y, para mi desgracia, Satán me infundió la idea de abrirla, a la que no pude resistirme aunque solo quedaba un día para que se cumpliera el plazo fijado. De manera que fui hacia aquella puerta. Nada más abrirla percibí un olor tan penetrante que me tiró por el suelo, desmayado. Desperté al cabo de un buen rato y, sacando fuerzas de flaqueza, traspasé el dintel y entré. Me hallé entonces en una sala con el suelo cubierto de azafrán, iluminada por lámparas de oro, y donde había dos grandes incensarios, llenos ambos de una mixtura de palo álce, ámbar gris y miel. Y vi un caballo tan negro como la noche más lóbrega. Delante de la noble bestia había dos comederos de cristal, uno con semillas de ajonjolí descascarillado, y el otro, con agua de rosas perfumada de abelmosco. El caballo estaba amarrado y embreado, y llevaba una silla de oro bermejo. Al verlo, exclamé: «¡Buena montura esta!», y, trastornado aún por Satán, lo saqué y lo monté. El animal, sin embargo, no se movió ni un ápice. Tomé entonces la fusta y le asesté un buen latigazo, a resultas del cual la bestia, soltando un relincho tan sonoro como un trueno, desplegó las alas y echó a volar, perdiéndose por el cielo durante cosa de una hora.

El caballo volante se posó por fin en una azotea donde me tiró al suelo, y me asestó con la cola un golpe tan desgraciado que me saltó un ojo, cuya esfera me quedó colgando encima de la mejilla, y, sin más, huyó. Al bajar de la azotea me encontré con los diez jóvenes tuertos, que exclamaron al verme: «¡En mala hora has llegado!». Yo, con todo, les pregunté: «¿Puedo ahora unirme a vuestro grupo, sentarme con vosotros y llenarme la cara de hollín?». Ellos contestaron: «¡De ningún modo! Y ya puedes estar marchándote». Me alejé de ellos con el corazón contrito y lágrimas en los ojos, y exclamé: «¡La curiosidad vino a acabar con mi vida de placer y molicié!». Me rasuré la barba y me lancé a recorrer el mundo. Y, como quiera que Dios me tenía escrita la salvación, después de haber recorrido Sus caminos he llegado en el día de hoy a esta Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, donde me he encontrado con estos dos tuertos, a quienes, después de dirigirles el *salam*, he dicho: «Soy forastero, un extraño». «Nosotros también somos extraños», me han respondido ellos. Este es, pues, señora, el motivo de que me veáis tuerto y con la barba rasurada.

La joven dama, o sea, la dueña de la casa, le dijo, como a los anteriores: «Pues alisaos el pelo y marchaos». «De ningún modo —respondió el mendigo— pienso marcharme sin haber oído antes la historia de estos». La muchacha entonces se dirigió al Comendador de los Fieles, a su ministro Yáfar y a Masrur y les ordenó: «Dadme noticia de lo vuestro». Yáfar se adelantó y contó lo mismo que le había contado a la joven portera cuando llegaron a la casa. Cuando la muchacha hubo oído sus palabras dijo: «Bien, pues os regalo a cada uno la vida de los demás».

Salieron todos —prosiguió Shahrazad—, y ya en el callejón, el califa les dijo a los tres mendigos: «¿A dónde vais a ir a estas horas, cuando aún no ha roto el alba?». Ellos contestaron: «No sabemos a dónde podemos ir...». «Venid —les dijo el califa— con nosotros y os daremos alojamiento», y luego, dirigiéndose a Yáfar: «Hazte cargo de los tres esta noche, y llévalos a todos ante mí mañana, para que podamos tomar buena nota de lo ocurrido», y Yáfar cumplió, como no podía ser de otro modo, la orden del califa. Este, por su parte, volvió a sus palaciegas estancias, donde no le fue posible conciliar el sueño lo que restaba de noche. A la mañana siguiente se sentó en

el trono, recibió a los principales del reino y ordenó a Yáafar: «Tráeme a las tres muchachas con sus dos perras y a los tres mendicantes». Yáafar se levantó, dispuesto a cumplir la orden. Y, en efecto, poco después hizo entrar a las tres jóvenes, resguardadas de miradas curiosas con telas, y el propio Yáafar les dijo a estas: «Os hemos perdonado a causa del buen trato que nos dispensasteis sin conocernos. Ahora os hago saber que estáis ante el quinto califa de los Abbasfes, Harún Arrashid, hermano de Musa Alhadi, hijo de Almahdi Muhámmad, hijo de Abu Yáafar Almansur, hijo de Muhámmad, hermano de Assafah, hijo de Muhámmad. Y no hace falta que os recuerde que al Comendador de los Fieles hay que decirle la verdad en todo momento». Cuando las tres muchachas hubieron oído las palabras de Yáafar, que hablaba en nombre del mismo califa, la mayor de ellas dio un paso al frente y dijo: «Comendador de los Fieles, mi historia es tal que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 16**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la mayor de las tres damas, de nombre Zubeida, se adelantó en presencia del califa y relató lo siguiente:

MI HISTORIA ES CIERTAMENTE EXTRAORDINARIA⁴⁶. Sepa el Comendador de los Fieles que estas dos perras negras son hermanas mías. Éramos tres, hijas todas del mismo padre y la misma madre, mientras que estas dos jóvenes damas, la portera y la intendente, son también hermanas mías, pero hijas de otras dos mujeres distintas. Cuando mi padre murió, dejó en herencia cinco mil dinares, legado al que vinieron a unirse, poco después, los tres mil que dejó mi madre, pues apenas sobrevivió a su marido. Yo, que era la más joven de las tres hermanas, recibí un legado de mil dinares. Mis hermanas se casaron ambas a no mucho tardar. Y así seguimos, durante un tiempo, hasta que sus maridos iniciaron tratos comerciales. Cada uno de ellos recibió mil dinares de su esposa, y emprendieron viaje todos juntos, dejándome a mí sola durante los cuatro años que duró su ausencia. Mis cuñados perdieron todo el dinero hasta arruinarse y abandonaron en tierra extraña a mis hermanas, que enseguida acudieron a mí con las trazas de los indigentes. Primero vino la mayor, a quien no reconocí. Cuando por fin vi en ella a mi hermana, y muy asombrada por su aspecto, pues venía envuelta en harapos y tocada de un velo sucio y viejo, le pregunté: «¿Qué te ha pasado?», a lo que ella repuso: «De nada sirven ahora las explicaciones y los reproches, querida hermana. Lo que ha ocurrido a fin de cuentas es que el Cálamo ha puesto por escrito la Sentencia de Dios». Le mandé entonces a los baños, la vestí de nuevo, y le dije: «Hermana, eres mayor que yo, de manera que ocupas para mí el lugar de nuestros padres. La herencia que recibimos fue una bendición de Dios. En tus manos pongo, ya que mi situación es holgada y te aprecio tanto como a mi propia persona, las rentas que me ha generado mi lote, las cuales te bastarán para vivir». Le dispensé, pues, el mejor trato posible y ella siguió bajo mi techo durante un año entero, al cabo del cual mi capital le había reportado también a ella pingües ganancias.

⁴⁶ Comienza la historia de «Zubeida, primera de las tres jóvenes».

Casi nos habíamos olvidado –prosiguió Zubeida, la primera de las tres jóvenes damas– de nuestra tercera hermana, cuando esta acudió a mí vestida con harapos aún más miserables que los que trajo la mayor. Con ella me mostré aún más complaciente y espléndida. Y así seguimos, hasta que un día me dijeron ambas: «El matrimonio es lo mejor para nosotras, y ya no queremos esperar más». «Hermanas –les respondí–, ¿cómo podéis pensar así siendo tan escasos los hombres buenos en estos tiempos? ¿No habéis tenido ya experiencia, y muy mala, del matrimonio?». Pero no pude convencerlas y acabaron casándose las dos, sin mi beneplácito, pero a mis expensas y bajo mi protección. Se fueron, pues, ambas con sus maridos, junto a quienes permanecieron solo por corto espacio de tiempo, ya que los dos hombres, que las habían engatusado, les quitaron cuanto tenían, las abandonaron y emprendieron viaje por su cuenta. De nuevo acudieron a mí mis hermanas, desnudas y en actitud contrita: «No nos riñas –me dijeron–, pues aunque eres menor que nosotras, nos ganas en inteligencia. Te prometemos que nunca volveremos a hablar de matrimonio. Tómanos como siervas tuyas y danos a comer de tu pan». Yo les contesté: «Bienvenidas sois hermanas; nada más preciado hay para mí que vosotras dos», y, dicho esto, las besé a ambas y las acogí con toda generosidad.

Así estuvimos durante todo un año, transcurrido el cual me resolví a fletar un barco con rumbo a Basora. Conseguí, en efecto, una gran nave que llené de mercancías y de cuanto pudiera ser menester, y les pregunté a mis hermanas: «¿Preferís quedaros en casa hasta que vuelva yo, o venir conmigo?». «Nos vamos contigo –contestaron ellas–, pues no queremos separarnos de ti». De modo que emprendimos viaje juntas, una vez hube yo dividido mi dinero en dos mitades, una de las cuales me llevé conmigo, mientras que dejaba oculta la otra: «Así tendremos de donde sacar provecho si surge algún imprevisto», me dije. La travesía se había ya prolongado durante varios días con sus noches cuando la embarcación perdió el rumbo y al capitán le resultó imposible retomar, de modo que nos internamos, sin saberlo, en aguas que no eran las que pretendíamos. Con todo, el viento nos fue favorable durante diez días, al cabo de los cuales el oteador subió al mástil y al punto bajó exclamando: «¡He entrevisto una ciudad que más parece una tórtola!». Todos nos pusimos muy contentos, y al cabo de un rato avistamos, en efecto, una ciudad. «¿Cómo se llama –le preguntamos al capitán– esa ciudad a la que estamos a punto de llegar?». «No tengo la menor idea –contestó él–, pues ni la he visto antes ni en toda mi vida he surcado estas aguas. Pero, ya que ha sido nuestro sino el salvarnos, lo mejor es que desembarquéis vuestra mercancía y la visitéis. Si surge la posibilidad del negocio, vended y sacad buen provecho; si, por el contrario, no le encontráis salida a vuestro género, podremos al menos descansar todos un par de días, y, tras aprovisionarnos, reemprenderemos viaje».

DE ESTA MANERA ARRIBAMOS⁴⁷ a aquel lugar, donde se internó el capitán y, al cabo de una hora, volvió diciendo: «¡Ea, desembarcad e internaos en la ciudad! ¡Admiraos de la creación de Dios y guardaos de Su justa ira!». Desembarcamos, pues, nos encaminamos hacia la ciudad, y, al llegar ante una de las puertas de esta, vi a varios individuos armados de bastones. Me acerqué a ellos y me encontré con que sus cuerpos eran, no de carne, sino de piedra negra. Entramos en la ciudad y vimos que todos cuantos allí estaban se habían convertido también en masas de piedra negra, inerte. Sin salir de nuestro asombro, recorrimos las calles del mercado y comprobamos que la mercancía seguía allí, al igual que el oro y la plata. «Algo muy fuera de lo común ha de

⁴⁷ Comienza «Los que se tomaron de piedra».

ser la causa...», nos dijimos, muy poco contrariados por cierto. Y nos dispersamos por la ciudad, ocupándose cada cual de las telas y demás riquezas que iba encontrando. Yo, por mi parte, subí a la fortaleza, que encontré intacta. Entré en el palacio real y vi que todos los recipientes eran de oro y plata; encontré después al soberano sentado en su trono, rodeado de sus chambelanes, lugartenientes y ministros, y vestido con ropajes tales que a cualquiera habrían dejado atónito. Me acerqué y comprobé que el trono estaba engastado de piedras preciosas y perlas, una de las cuales relucía como una estrella. Vi asimismo que el rey llevaba puesta una tela recamada en oro y que en torno a él había no menos de cincuenta siervos vestidos de diversas clases de seda y armados de espadas desnudas. Anonadada por cuanto mis ojos veían, me introduje en las estancias del harén, cuyas paredes estaban tapizadas en seda ornada con hilo de oro, y encontré a la reina, vestida con una túnica recamada de perlas finas, tocada de una corona de pedrería y con el cuello adornado de gargantillas y collares. Todas aquellas joyas y ropa valiosa seguían inalteradas, mientras que ella, la reina, se había transformado en piedra negra.

Encontré luego una puerta abierta. La abrí y vi una escalera de siete peldaños, que me condujo a una estancia con las paredes en piedra noble, y el suelo cubierto de alfombras doradas, donde vi una tarima en madera de enebro, con perlas y gemas engastadas. Noté que en un determinado punto brillaba una luz, y hacia ella fui. No tardé en darme cuenta de que era una alhaja del tamaño de un huevo de avestruz, que resplandecía en la superficie de un solio de no muy grandes dimensiones que también brillaba como si de una lumbrera se tratase y cuya luz se unía a la que despedía la joya. El suelo estaba allí cubierto de una variedad de sedas tales que aturdíen. Muy admirada, pues, por todo ello, vi que en aquel lugar había también varias velas prendidas, por lo que me dije a mí misma: «Alguien tiene que haberlas encendido». Avancé, pues, hasta llegar a hasta otra estancia, y me puse a inspeccionar por aquí y por allá, tan asombrada por cuanto llevaba visto que ni me acordaba de mí misma. El tiempo pasó sin que lo advirtiese y acabó por llegar la noche. Quise entonces salir, pero no pude hallar la puerta, de manera que volví sobre mis pasos hacia la sala de las velas encendidas. Me eché en el lecho que allí había y me tapé con un cobertor después de recitar unos fragmentos del Corán. Quería dormir, pero me era imposible. Mi inquietud crecía.

Mediada la noche, oí a alguien salmodiar el Libro Sagrado con voz hermosa y bien modulada. Muy aliviada por ello, miré en dirección a una de las cámaras, de donde parecía venir la voz, y vi que tenía la puerta entornada. La abrí, me introduje en la sala y miré a mi alrededor. Enseñada me di cuenta de que se trataba de un oratorio, pues vi el mihrab, lámparas colgantes y una alfombra de rezo desplegada en la que estaba sentado un apuesto joven, ante una copia abierta del Sagrado Corán. Cómo podía ser—me pregunté—que solo él se hubiese salvado entre todos los habitantes de la ciudad. Me acerqué a él y le dirigí el saludo de la paz, que él me devolvió después de levantar la vista. «Por el Libro de Dios —le rogué—, que estáis salmodiando, os pido que respondáis a mi pregunta». Él sonrió: «Contadme vos primero, sierva de Dios, el motivo de que hayáis llegado hasta aquí, y yo os daré cumplida respuesta». Le conté mi historia, que él escuchó con gran atención, y le pregunté por lo ocurrido en la ciudad. «No tengáis tanta prisa», dijo él, cerrando el ejemplar del Corán, que guardó en un gran estuche de brocado. Luego me indicó que me sentara con él. Al mirarlo me di cuenta de que era tan hermoso como el plenilunio, de que sus gestos eran elegantes y mesurados, de que resultaba tan dulce como un pilón de azúcar, de que tenía el talle fino, las mejillas tersas y el rostro resplandeciente. Se diría, pues, que a él y no a otro se referían los versos:

*Tras el ocaso el sabio observa el ciclo,
y ve en dos mantos al manco enuelto.*

*Observa cómo Géminis le ofrece
las perlas que el contorno le engalanan.
Los cabellos Saturno le ennegrece
y el Auriga lunares le regala.*

*Marte presta a sus pómulos color,
el Arquero apostado está en sus párpados,
su inteligencia es de Mercurio don
y Alcor le evita acoso de malvados.*

*De estupor el astrónomo se llena,
y la luna, del ciclo, al fin, se adueña.*

Dios sin duda lo había cubierto con la túnica de la más extraordinaria belleza, tal como dijo el poeta:

*Por su encumbrada cuna, por su intachable estirpe,
juro, por su bondad y su sincera lengua:
que su aroma supura con creces al almizcle
y que vaho de ámbar gris exhala su presencia.
¡Si hasta los claros rayos que el propio sol emite
recortes de sus uñas tornarse prefirieran...!*

Y en ese instante le lancé una mirada que había de acarrearle mil pesares, ya que prendió todos los fuegos de mi corazón. «Señor mío, contestad a lo que os he preguntado», le dije. «De mil amores lo haré –fue su respuesta–. Sabed, sierva de Dios, que esta es la ciudad de mi padre, de toda su familia y su pueblo. Él es el rey que sentado estaba, convertido en piedra, en el trono ante el que habéis tenido que pasar. En cuanto a la reina que también habréis visto, es mi madre. Ambos eran zoroastras, adoradores del fuego, y no del Rey Único y Todopoderoso, de manera que juraban por el fuego y por la luz, por las sombras y el ardor, por el firmamento que no cesa de girar. Mi padre no había tenido hijo alguno hasta que le nací yo cuando él había alcanzado ya su edad proveya. Me criaron, pues, hasta que crecí, sin que yo conociese otra cosa que la dicha. En casa teníamos a una anciana que, para sus adentros, profesaba el islam y adoraba al Dios único y a Su enviado, mientras que, en apariencia, no se distinguía de mi familia en la fe. Mi padre la tenía en gran estima por la lealtad y continencia que la adornaban, y le dispensaba sus favores con gran largueza, convencido de que la mujer era de su mismo credo. Cuando alcancé la edad del juicio, mi padre me confió a ella, diciéndole: “Tómalo a tu cargo, enséñale todos los aspectos de nuestra Ley, esmérate en educarlo y sírvelo en lo que puedas”. La anciana pasó, en efecto, a ser mi preceptora, pero lo que me enseñó fue la Ley de la sumisión al Dios único, con todos los requisitos para alcanzar la pureza, incluidos el modo de hacer las abluciones y de cumplir con la oración ritual, y, además, me hizo memorizar el Sagrado Corán. Cuando dio por concluida mi instrucción, la anciana me dijo: “Debéis ocultarle todo esto a vuestro padre; no le digáis ni una palabra, pues os mataría”. Y así lo hice yo, de modo que mi padre no supo nada de aquello. Pero al cabo de pocos días la anciana murió, mientras mis conciudadanos se mostraban cada vez más contumaces en su error, más impíos y extraviados. Así las cosas, un día se oyó una voz como un

trueno en plena tormenta, que se hacía oír de todos, y decía: "¡Gentes de esta ciudad, dejad de adorar al fuego y adorad, en su lugar, al Rey Único y Todopoderoso!". Muy asustados, se congregaron todos ante mi padre, su rey, y le preguntaron: "¿Qué era esa terrible voz que tanto nos ha impresionado?". Él les contestó: "No os impresione la voz, ni os asuste, ni os lleve a abandonar vuestra Ley", palabras que le bastaron para convencer a sus súbditos, que persistieron durante un año más en su ímpio culto al fuego. Hasta que, cumplido este plazo, volvieron a oír la misma voz, y así, tres veces a lo largo de otros tantos años. Y, como no abandonaban sus costumbres, cayó sobre ellos la cólera del Cielo, un día al despuntar el alba, cuando se tornaron de piedra negra, ellos todos, así como sus bestias de carga y sus rebaños. Solo yo me libré. Desde que ocurrió aquella desgracia no he dejado de cumplir con la preceptiva oración, de ayunar y de recitar el Corán. Harto estoy, con todo, de tanta soledad, de vivir como vivo, sin nadie que me haga compañía». Entonces yo le dije: «¿Por qué, joven, no os venís conmigo a la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, donde os será posible encontraros con los sabios y los peritos en la Ley, y aprender de ellos cuanto queráis? Yo me pondría a vuestro servicio, a pesar de que soy señora de mi gente, y gobierno sobre varones de mérito, lacayos y mozos. He llegado en un navío mercante, que yo misma fleté y que los divinos Designios han traído a esta ciudad. Así es como hemos podido tener conocimiento de todo esto y como nos ha tocado en suerte el encontrarnos», y no dejé de insistirle en que se viniese conmigo hasta que accedió.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 17**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Zubeida no dejó de ponderarle al doncel su propuesta de que la acompañase, hasta que, vencida por el sueño, se quedó dormida a los pies del joven, sin poder creerse la felicidad que experimentaba.

Y la dama siguió refiriéndole al califa:

A la mañana del siguiente día entramos en cámaras y depósitos para hacer acopio de lo que, pesando poco, valiese mucho. Luego bajamos de la fortaleza a la ciudad, donde salieron a nuestro encuentro los esclavos y el capitán, que andaban buscándome. Al verme, se alegraron y me preguntaron por el motivo de mi ausencia. Les describí cuanto había visto y les conté la historia del príncipe y el motivo de que los habitantes de la ciudad se hubiesen transformado. Asombrados quedaron por mis palabras. Luego, cuando mis hermanas, es decir, estas dos peras, me vieron con aquel joven, me envidiaron, se dejaron llevar de la inquina y comenzaron a planear el modo de hacerme daño. Cuando volvimos a embarcar yo no cabía en mí de gozo, más que nada por ir en compañía del joven. Hubimos de esperar un poco, pero no tardó el viento en sernos propicio, de modo que desplegamos velas y partimos. Mis hermanas se sentaron a nuestro lado, iniciaron una conversación y me dijeron: «¿Qué piensas hacer, hermana, con ese agraciado doncel?», a lo que yo repuse: «Mi intención es desposarlo». Luego me dirigí a él: «Señor mío, quisiera que no me llevaseis la contraria en lo que voy a proponeros, y es que, una vez hayamos llegado a Bagdad, mi patria chica, me ofreceré a vos como legítima sierva y esposa con todas las de la Ley; vos seréis mi cónyuge y en mí tendréis vuestra familia». «Lo que vos digáis», contestó él. «Me basta

—dije yo, hablándoles ahora a mis hermanas— con él; vosotras dos podéis quedaros con todas estas riquezas». «¡Muy bien dicho!», exclamaron ellas, pero abrigan malas intenciones contra mí.

Mientras tanto, seguíamos navegando gracias a vientos favorables, que nos permitieron pasar del Mar del Miedo al Mar de la Seguridad. Al cabo de unos días de travesía nos aproximamos a Basora, cuyos edificios avistamos poco antes de que cayera la tarde. Cuando ya estábamos todos durmiendo, mis hermanas se levantaron y se las arreglaron para arrojarlos por la borda al príncipe y a mí, junto con nuestros lechos. Como mi compañero no sabía nadar, Dios anotó su nombre en el registro de los caídos. Para mí, sin embargo, y aunque más me habría valido ahogarme con él, tenía el Altísimo escrita la salvación, pues, nada más caer a las aguas, me proveyó de una tabla a la que me agarré. Las olas hicieron lo demás, lanzándome más y más allá, hasta que me dejaron en la costa de una extensión de tierra, por donde no paré de caminar durante toda la noche. Cuando se hizo de día, vi un camino sobre el cual podían distinguirse huellas humanas y que llevaba al interior de aquel territorio. Salió el sol, sequé mis vestidos a su calor, comí de los frutos que por allí encontré, bebí agua y reemprendí mi camino. Ya estaba cerca de la ciudad cuando de repente vi que me salía al paso, desde lo más espeso de un palmeral, una culebra, que, zigzagueando, se me aproximaba a toda prisa, y a la que perseguía, con letales intenciones sin duda, un reptil o dragón, de mucho mayor tamaño. La más pequeña de ambas bestias, la perseguida, venía extenuada. Me compadecí de ella, tomé del suelo una piedra y le aplasté la cabeza al dragón, que murió en el acto. La que yo creía culebra desplegó entonces dos alas que tenía y echó a volar por los aires, lo que me dejó asombrada; pero, vencida por el cansancio, me quedé dormida allí mismo durante cosa de una hora.

Al despertar me encontré con que a mis pies había una doncella, que me los apretaba suavemente. Volví en mí y, sintiéndome avergonzada ante aquella desconocida, le pregunté: «¿Quién eres y qué es lo que te mueve?». Ella exclamó: «¡Qué pronto te has olvidado de mí! Acabas de hacerme un impagable favor al matar a mi enemigo, pues soy la culebra a la que libraste de aquel dragón, *yinn* en realidad, igual que yo, y encarnizado rival mío, de quien tú, y solo tú, me has salvado. Luego salí volando por los aires y llegué a la embarcación de la que te arrojaron tus hermanas, trasladé todo cuanto en ella había a tu casa y la hundí. A tus dos hermanas las he convertido en sendas perras negras, pues sé todo lo que te ha ocurrido con ellas. El doncel, sin embargo, se ahogó». Dicho esto, la *yinn* nos transportó a mí y a las dos perras hasta mi casa, en cuya azotea nos dejó. Comprobé que todas las riquezas que venían en barco estaban allí, sin que nada se hubiese perdido. La que había sido culebra me dijo: «Por la inscripción del Sello de Salomón te juro que, si no les das a cada una de esas dos perras trescientos azotes al día, vendré, te hechizaré y tomarás tú también su forma». «Así lo haré», repuse yo. Y, desde entonces, Comendador de los Fieles, no he dejado de administrarles ese castigo a las dos perras, aun compadeciéndome de ellas. Mis hermanas saben bien que no tengo más remedio que hacer lo que les hago, y me disculpan. Y esa es toda mi historia.

Pasmado dice quien refiere la historia que quedó el califa con lo que acababa de oír. A continuación le preguntó el Comendador de los Fieles a la segunda joven por qué tenía aquellas marcas de golpes por el cuerpo. Y esta, Amina de nombre, la portera de la casa adonde fue el ganapán, refirió lo que sigue:

SEPA NUESTRO SEÑOR EL CALIFA⁴⁸ que mi padre, al morir, me dejó una gran fortuna. Pasado que hubo un tiempo de su fallecimiento, contraí matrimonio con un hombre que era el más dichoso de su tiempo, y junto a quien pasé un año entero, hasta que entregó el alma. De él heredé ochenta mil dinares en oro, con arreglo a lo que la ley establece para la viuda; quedé, pues, en situación más que desahogada, de lo cual cundió la noticia. Encargué entonces que me confeccionaran diez trajes, cada uno por valor de mil dinares. Pues bien, estaba yo cierto día sentada en mi casa cuando recibí la visita de una anciana de rostro chupado, cejas despobladas, ojos reventones, dientes rotos, sombría catadura, mirada legañosa, cabeza polvorienta, pelo blanquecino, cuerpo sarnoso, tronco inclinado, tez macilenta, mocos colgantes y encogido cuello. Coincidía, pues, con la imagen que el poeta pintó:

Maldiga Dios a esa vieja,
que al mismo diablo enseñara
la maldad que él desconoce,
sin tener que usar palabra.
¡Mil mulos gobernaría
con solo un hilo de araña!

O, como dijo otro:

Vieja nacida ya bruja,
en todo lo inicuo experta...
Gusto le daban de niña
por detrás, que era mozueta;
holgó sin trabas de adulta,
y ahora ejerce de alcahueta.

Entró la anciana, me saludó y dijo: «Tengo a mi cargo a una joven huérfana que anoche celebró sus esponsales. Me dirijo a vos con el fin de que obtengáis premio y recompensa eternos asistiendo a su boda, y os lo pido porque a la pobre me le desfallecen los ánimos, y no tiene más socorro que el que prestarle quiera el Altísimo, pues a nadie podemos recurrir en esta ciudad, donde a nadie conocemos», dicho lo cual se echó a llorar y comenzó a besarme los pies, al tiempo que recitaba los siguientes versos:

«Que vengáis es un honor:
de eso no nos cabe duda.
Buscar quien os sustituya
sería equivocación».

Me sentí conmovida por todo aquello y llena de simpatía hacia la muchacha, de modo que le dije a la anciana: «De acuerdo, estaré al lado de la moza por amor al Rostro Divino, y escogeré obsequios para ella de entre mis propias telas y alhajas». La anciana, muy contenta, restregó la cabeza contra mis pies, sin parar de besármelos, y respondió: «Dios os compense con lo mejor y colme vuestros anhelos tanto como a mí me ha restablecido el corazón. Pero no os apresuréis: preparaos como conviene, que yo vendré a buscaros al anochecer»; y, después de besarme la mano, se marchó. Yo me levanté, me arreglé, lo preparé todo, y al rato volvió a venir la vieja,

⁴⁸ Comienza la historia de «Amina, segunda de las tres jóvenes».

quien dijo: «Ya han acudido las damas del vecindario, a quienes he anunciado vuestra presencia. Se han puesto todas muy contentas y os esperan, señora». Terminé de arreglarme y salí acompañada de mis esclavas. Llegamos luego a un callejón donde soplaba una suave brisa, y allí vimos el pórtico de una mansión que, levantándose sobre el polvo, llegaba hasta las mismas nubes, pues la remataba una majestuosa cúpula de mármol. Llegamos a la puerta, llamó la anciana, nos abrieron y vimos un corredor con el suelo cubierto de alfombras, y de cuyas paredes colgaban lámparas encendidas y velas que ardían entre piedras preciosas. Sobre el dintel de la puerta, ya en el lado interior, se leía la siguiente inscripción:

*Casa soy levantada para las alegrías,
el solaz y el descanso mientras dure la vida.
Una fuente os ofrezco cuyas aguas risueñas
tienen el beneficio de sanar mil dolencias,
y manan al resguardo del generoso nimbo
que componen la datia, la murta y el narciso.*

Llegamos al final del corredor, donde había otra puerta a la que volvió a llamar la anciana. Abrieron y nos encontramos con un segundo corredor, alfombrado, cubierto de sedas y de cuyas paredes colgaban también lámparas y velas encendidas. Desembocaba en una sala, como no se ha visto otra. En medio había una tarima en madera de enebro, con perlas y gemas incrustadas, sobre la que habían tendido un mosquitero de raso, y de allí salió una joven como la luna, que exclamó: «¡Bienvenida seáis, hermana! Al acudir a mi lado colmáis todos mis deseos», y recitó los siguientes versos:

*«Si supiese la casa quién entra por su puerta,
a besar se lanzara por donde los pies pisan,
y, aun siendo, como es, muda, cantara de alegría
por la grata visita que de orgullo la llena».*

Luego tomó asiento y me dijo: «Tengo un hermano que os ha visto en varios saraos y festejos, y es un joven más hermoso que yo misma. Se ha enamorado de vos perdidamente, y le ha entregado a esta anciana unas monedas de plata para haceros venir a esta casa. No hace falta que os detalle, pues bien lo conocéis, cuál ha sido el ardor que la mujer ha empleado para que pudiéramos reunirnos. Mi hermano quiere desposaros según la Ley divina y la Tradición de Su enviado; nada malo hay en lo que es lícito». Cuando oí sus palabras y me vi encerrada en la casa, le respondí a la joven dama: «Sea como decís». Muy satisfecha, dio ella una palmada y se abrió una puerta, por la que entró un joven de impecable atuendo, guapo y de buen porte, elegante y distinguido, con unas cejas que dos arcos de flechas parecían y unos ojos que hechizaban con lícita magia. Era, pues, como lo cantó uno de sus admiradores:

*Un rostro que diríase el creciente,
ornado por las perlas del deleite.*

O como lo describió otro con notable acierto:

*¿Cómo hacerle justicia? ¡Alabado sea Dios,
el Hacedor supremo, su único Creador!*

En su ser se reúnen tan sugestivas prendas
que en todas las criaturas intenso amor despierta.
Fue la propia Belleza quien dibujó sus rasgos;
no hay nadie más hermoso: no puede estar más claro.

Nada más verlo, mi corazón se inclinó hacia el mozo y quedé de él prendada. Se acercó, se sentó a mi lado y pasamos un rato conversando. La muchacha dio entonces una palmada, y, al abrirse la puerta de un aposento contiguo, entró donde nosotros un juez, que venía acompañado de cuatro escribanos, como era de rigor. Saludaron, tomaron asiento, levantaron acta de mi unión con aquel joven y se marcharon. Él entonces se dirigió a mí diciendo: «Quiero, mi señora, ponerles una condición». «¿Y cuál es, señor, esa condición?», pregunté yo. Él se levantó, me acercó un ejemplar del Sagrado Corán y dijo: «Juradme que no buscaréis a otro que a mí, ni os sentiréis inclinada hacia nadie más». Se lo juré, y él, muy satisfecho, me abrazó. Yo recibí su cariño abriéndole mi corazón. Luego nos pusieron la mesa, y comimos y bebimos hasta hartarnos. Cuando cayó la noche sobre nosotros, nos quedamos a solas, me condujo al lecho, y entre besos y abrazos pasamos la noche, hasta el alba.

Igual hicimos durante un mes, que transcurrió pleno de dicha y alegría, y al cabo del cual le pedí permiso para ir al mercado y comprar unas telas. Él me lo concedió, de manera que me vestí como convenía y, acompañada de la misma vieja, me acerqué al mercado. Entré y me senté en la tienda de un joven comerciante, a quien ella conocía: «El pobre mío –me dijo ella– acaba de quedarse huérfano de padre, quien le ha legado una gran fortuna», y luego, volviéndose hacia a él: «Sacadle a esta joven dama las mejores telas que tengáis». «Dicho y hecho», repuso él. Y, como la vieja se puso a alabar de nuevo al mercader, yo la reconvine: «Ninguna falta hacen tantos elogios, pues lo único que queremos es comprar lo que hace falta y volver a casa». El joven sacó lo que le habíamos pedido y, cuando fuimos a tenderle las monedas de plata con que pagarle, él se negó a recibir nada y dijo: «Vaya hoy como atención mía hacia mis huéspedes». Yo le ordené a la vieja: «Si no acepta el pago, devuélvele las telas». A esto respondió él: «Por lo más sagrado juro que no os cobraré nada, pues todo es un regalo mío a cambio de un solo beso, que vale más para mí que todo el contenido de esta tienda». La vieja le preguntó: «¿Y de qué os va a servir un beso?», pero enseguida añadió: «Ya habéis oído, hija mía, a este chiquillo... Nada malo va a pasaros si, a cambio de un solo beso, os lleváis gratis cuanto veníais buscando». «¿Es que no sabes que me obliga un juramento?», le pregunté yo, y ella repuso: «Dejadle que os bese, sin decir nada; eso en nada os compromete, y a cambio os volveréis a vuestra casa con todo vuestro dinerito...». Y siguió insistiendo hasta que yo acabé, como suele decirse, metiendo la cabeza en el saco, y accedí. Me cubrí, pues, los ojos con la punta del velo para ocultarme de la gente, y el muchacho posó sus labios, por debajo de la fina tela, sobre mi mejilla; pero, después de besarme, me mordió con tal ahínco que me se me llevó parte de la carne. Caí entonces desvanecida sobre la falda de la vieja.

Al volver en mí me encontré con que la tienda estaba cerrada, y la vieja, mostrándose muy compungida, exclamaba: «¿De cosas peores nos ha librado Dios...!», para luego añadir: «Vámonos a casa. Vos haced como si estuvierais indispueta, que yo os traeré la medicina que os curará del mordisco en un periquete». Al cabo de un rato conseguí levantarme, abrumada por la inquietud y el miedo, y volví andando a casa, donde me hice la enferma. A no mucho tardar, cuando ya había anochecido, se presentó mi esposo diciendo: «¿Qué es lo que os ha pasado,

señora, cuando estabais fuera?». «No me encuentro bien, me duele la cabeza», le contesté. Él me miró fijamente, encendió una vela, me la acercó y volvió a preguntarme: «¿Qué es esa herida que tenéis en la parte más delicada de vuestra mejilla?». Le contesté: «He salido con vuestro permiso para comprar unas telas, como sabéis, y se me ha echado encima el camello de un leñador; el animal me ha desgarrado el velo y me ha lastimado la cara. Y es que las calles de esta ciudad son demasiado estrechas...». «Pues mañana mismo iré al corregidor –repuso él– y presentaré una denuncia que dará con todos los leñadores de la ciudad en el patíbulo». A lo que yo exclamé: «¡No vayáis a cargar con esa culpa! Lo que ha ocurrido en realidad es que he montado en un burro, el animal se ha espantado y me he caído con tan mala suerte que una rama me ha herido la mejilla». «Pues mañana –insistió él– iré a ver a Yáfar el Barmekí y le contaré lo que ha pasado, para que ordene matar a todos los acemileros de la ciudad». «¿Es que no vais a dejar –pregunté yo– a nadie vivo por mi causa? Esto me ha sucedido por Designio y Providencia divinos». «No hay más remedio», concluyó él, y, lejos de despreocuparse, se puso bruscamente en pie y empezó a darme voces. Deseosa de librarme de él, le dije lo primero que se me vino a la cabeza, le dirigí palabras hirientes y, no sé bien cómo, acabé por desvelarle lo ocurrido. Él entonces, Comendador de los Fieles, me dijo: «¡Eres una perjura!», y dio una voz, en respuesta a la cual se abrió la puerta y entraron siete esclavos negros. Me sacaron del lecho y me tiraron al suelo. Mi marido le ordenó a uno de ellos que me sujetara los hombros y se echase sobre mi cabeza, y a otro, que, sentándose sobre mis rodillas, me agarrara las piernas. Un tercero, armado con una espada, se me acercó luego y dijo: «Señor, ¿la corto en dos pedazos de un tajo, y que dos de estos se los lleven, cada uno una mitad, y los arrojen al Tigris para que se la coman las carpas? Tal es el castigo que merece quien traiciona la lealtad y no sabe responder al cariño», y recitó los siguientes versos:

«Si por otro mi esposa llegara a enternecerse,
dejar yo la existencia de buen grado querría;
porque la muerte a veces el honor restablece,
y con rival ninguno se comparte la dicha».

Mi marido le ordenó: «¡Acaba con ella, Saad!», y, mientras desenvainaba su espada, el esclavo me dijo: «Confesad vuestra fe, señora, recordad lo que dejáis por resolver y haced vuestras últimas recomendaciones, pues vuestra vida llega a su fin». Yo supliqué: «Sí, buen esclavo, déjame confesar mi fe y dictar mis últimas voluntades», dicho lo cual alcé la cabeza y miré a mi alrededor, considerando la situación en que me hallaba, cómo me veía humillada después de la gloria y el bienestar en que había vivido. Me eché a llorar con gran desconsuelo, y mi esposo, mirándome con ira, recitó:

«Decidle a quien, cansada de mí y mi cariño,
se ha arrojado a los brazos de una nueva afición:
“Lo que hubo entre nosotros quedado ha en el olvido,
ni vos lo soportáis ni es lo que quiero yo”».

Al oír aquello arreció mi llanto y, mirándolo a los ojos, dije:

«Con amor asomasteis en mi alma y acampasteis;
vela y sueño buscabais en mis maltrechos párpados.
De mis ojos y entrañas os habéis adueñado,
y ahora no cesa el llanto, ni hallo en qué solazarme».

Guardar no habéis sabido la constancia debida;
la plaza abandonasteis, ingrato, de mi pecho.
Con fría indiferencia sentisteis mis lamentos,
como el afortunado que no probó desdicha.

Por el Clemente os ruego que grabéis en mi lápida:
"Aquí yacen los huesos de un mártir del amor;
quien, por haber sufrido, sepa de la pasión,
apiádesse, al pasar, de su alma enamorada".

Cuando pronuncié la última palabra de esos versos, me eché a llorar. Él, al oír el poema y ver mi continuado llanto, se irritó aún más y recitó, a su vez:

«A mi amada dejé, mas no por tedio,
y es que incurrió en imperdonable culpa:
al santuario de Amor trajo a un tercero,
y la fe la impiedad no admite nunca».

Volví entonces a echarme a llorar, creyendo que acabaría conmoviéndolo, mientras a mí misma me decía: «Me mostraré sumisa y le hablaré con dulzura para que me perdone la vida, aunque se quede con cuanto poseo»; de modo que, después de quejarme, volví a recitarle:

«Si es despiadado el acto de matar,
más duro es imponer la soledad.
Del peso del amor me habéis cargado...;
¡si yo ni el peso de mi ropa aguanto!
Que mi alma desfallezca lo comprendo;
mas no que os sobrevivan estos miembros».

Y, de nuevo, al concluir el poema, rompí en sollozos. Él se me quedó mirando y, después de increparme e insultarme, recitó, a su vez:

«Me abandonasteis por estar con otro;
me despreciasteis a pesar de todo.
Mas solo no será mío el disgusto:
también vos sufriréis, como yo sufro.
Ahoru mi amor inicia otro camino,
ya que vos misma habéis roto los vínculos».

Pronunciadas estas palabras, le ordenó, a grandes voces, al esclavo: «¡Parte a esa mujer en dos pedazos, pues de nada me sirve ya!». Cuando el sirviente se me acercó, tuve mi muerte por certera y, perdida toda esperanza, me puse en manos de Dios. Pero en ese preciso instante irrumpió la vieja, que se arrojó a los pies de mi esposo, y, besándoselos, le dijo: «Hijo mío, por la crianza que de mí recibisteis, perdonad a esta muchacha, que nada ha hecho para merecer tan mal fin. Sois todavía un chiquillo y temo que sus plegarias contra vos sean oídas por Dios. ¿No dicen, además, que quien mata con violencia con violencia muere? ¿Y qué representa para vos esta descarriada? ¡Apartadla de vuestro lado, de vuestra mente y de vuestro corazón!». Dicho lo cual, la mujer se echó a llorar, y no dejó de suplicarle hasta que él transigió: «La he perdonado, pero he de dejarle alguna marca que le dure de por vida». Entonces ordenó a los esclavos que me

quitaran la ropa, mientras él traía una vara de membrillo con la que comenzó a azotarme. Y, en efecto, no dejó de golpearme en la espalda y los costados hasta que, temiendo yo una vez más por mi vida, caí al suelo sin sentido. Mi esposo entonces ordenó a los esclavos que, en cuanto oscureciera, y llevando a la anciana con ellos, me dejaran en la casa donde yo vivía antes, y así lo hicieron ellos. Yo procuré luego restablecer mi maltrecho cuerpo, y, aun cuando ya hube sanado, las costillas me quedaron cual machacadas con un mazo, como ha podido ver el Comendador de los Fieles. Cuatro meses estuve tratándome con emplastos y ungüentos, y, pasada la convalecencia, me acerqué un día a la mansión donde ocurrió lo que he relatado, y no hallé más que desolación: el callejón entero era una ruina y donde había estado la casa no quedaba más que una pila de escombros. Nunca he sabido por qué. Me decidí entonces a acudir a esta hermana mía de padre, aquí presente, en cuya compañía hallé a las dos perras. Después de dirigirle el saludo de la paz, le conté mi historia sin ahorrarle detalle alguno. Ella exclamó: «¿Y quién está libre de las calamidades que el Tiempo ocasiona? ¡Alabado sea Dios, pues ha permitido que todo acabe sin mayor perjuicio!». Y recitó:

«Es lo propio del Tiempo... No pierdas el aplomo,
si todo lo perdieras o te quedaras solo».

Luego me contó su historia, o sea, cuanto le había ocurrido con esas otras dos hermanas suyas, y con ella me quedé, sin que ninguna de ambas volviese nunca a mencionar el matrimonio. Más adelante se nos unió esta otra joven dama, la intendente, que cada día sale a comprarnos cuanto podemos necesitar. Y así hemos estado, hasta el día de ayer, cuando nuestra hermana salió a hacer las compras, como tenía por costumbre, y nos ocurrió lo que ya sabéis: la llegada del ganapán y de los tres mendigos tuertos, a quienes acogimos en nuestra casa, dimos conversación y tratamos lo mejor que pudimos. Poco más tarde se nos unieron quienes juzgábamos tres comedidos mercaderes de Mosul. Nos refirieron su historia y también les brindamos nuestra compañía, poniéndoles una sola condición. Y, como quiera que no la cumpliesen, les exigimos que nos contaran cuanto les había ocurrido. Ellos nos lo refirieron todo y nosotras los perdonamos. Y ahora, alumbrado que ha la luz del día de hoy, nos hallamos las tres en la egregia presencia de nuestro señor el califa. Con esto llega mi relación a su fin.

Muy asombrado quedó el califa con aquella historia, que pasó a formar parte de las crónicas ciertas y comprobadas que guardaban sus regios archivos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 18**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa dio orden de que la anterior relación se pusiese por escrito y quedara registrada en los archivos de palacio; tras lo cual dijo a la primera joven: «¿Y tienes noticia de la *yinn* que encantó a tus hermanas?». Ella repuso: «Pues la cosa es que me dio un mechón de pelo suyo y me dijo: “Cuando quieras que aparezca, quema un poco y acudiré de inmediato, aunque me halle más allá de Monte Qaf”». «Dame ese mechón», ordenó Harún Arrashid. La muchacha se lo entregó al califa, quien quemó un poco. Y no bien comenzó

a desprenderse el desagradable olor, tembló el alcázar entero y se oyó un gran estruendo seguido de un tintineo. Era la *yinn* que comparecía, la cual, dado que era ferviente musulmana, saludó diciendo: «La paz sea con el Vicario del Altísimo», a lo que este respondió con la fórmula completa: «Y contigo sea la paz de Dios, así como Su misericordia y Sus bendiciones». La *yinn* dijo: «Esta joven plantó el bien en mi vida y yo no sé cómo recompensarla. Lo cierto es que me salvó al dar muerte a quien tan mal me quería, y yo, sabedora de lo que le habían hecho sus hermanas, decidí vengarla convirtiéndolas a ellas en sendas perras, a pesar de que mi primera intención fue la de matarlas, pues temí que pudieran volverse otra vez contra ella. Pero si el Comendador de los Fieles quiere que las libere, así lo haré yo, en honor a nuestro señor, el Vicario de Dios, pues me cuento entre los musulmanes, y a ella misma». El califa le ordenó: «Sí, libéralas, para que podamos ocuparnos de la muchacha golpeada, y, como se confirme que ha dicho la verdad, ya me encargaré yo de cobrarle su sangre a quien injustamente la derramó». La *yinn* repuso: «Yo indicaré al Comendador de los Fieles quién se portó tan mal con esta otra joven, quién la trató con extremada crueldad y se quedó, encima, con su dinero. Y sepa nuestro señor que se trata de alguien muy próximo a la egregia persona del califa». Dicho esto, la *yinn* tomó una taza de agua sobre la que pronunció un sortilegio, asperjó con ella los rostros de ambas perras y dijo: «Volved a vuestra primera forma humana», y ambas volvieron a ser sendas jóvenes humanas, loado sea su Creador. Luego añadió la *yinn*: «Sepa, pues, el Comendador de los Fieles, que quien azotó a la joven es el propio hijo de mi señor el califa, o sea, el príncipe Alamín, hermano de Almamún, quien, había oído de la distinción y belleza de la dama, y recurrió a un ardid para casarse con ella». Y la *ifrit* le refirió todo lo sucedido⁴⁹. Muy asombrado por todo ello, dijo el califa: «Demos gracias a Dios por la liberación, gracias a ti, *yinn*, de las dos perras». Luego hizo comparecer a su hijo Alamín, a quien preguntó por la historia de la joven dama, y el príncipe le respondió con la verdad, o sea, que le confirmó las palabras de la *yinn*. El califa mandó entonces a buscar a los jueces, los escribanos y los tres mendigos. Cuando vinieron, llamó a la primera dama y a sus dos hermanas de padre y madre, las que estuvieron hechizadas bajo la forma de perras negras, y las desposó a las tres con los tres mendicantes, quienes ya le habían contado que eran en realidad soberanos de sus respectivas ciudades, y a quienes el califa nombró chambelanes, dándoles cuanto podían necesitar y alojándolos en el recinto palaciego del califa en Bagdad. Luego devolvió a la muchacha a su hijo Alamín, se renovó el acta de matrimonio entre ambos, la compensó a ella con una gran suma de dinero y ordenó que la mansión derruida se rehiciese mejor aún de lo que fue en principio. El califa, por último, tomó por esposa a la intendente y esa misma noche se fue con ella al lecho. A la mañana siguiente le concedió una vivienda y esclavas que la sirvieran, así como una asignación, y comenzó a construirle una residencia para ella sola. Maravilladas quedaron las gentes de la generosidad, nobleza de carácter y sabiduría del califa, quien dio la orden de que pusieran todo aquello por escrito.

⁴⁹ En este punto sigo la versión usual en las ediciones comerciales actuales, acordes con Bulaq. Por su parte, la versión de Calcuta II se muestra mucho más complaciente con el hijo del califa, pues en esta la *yinn* añade: «Y sus razones tuvo el príncipe para golpearla, ya que le puso como condición el que le jurase por lo más sagrado que había de serle fiel; juramento que la joven quebrantó. Por eso quiso vuestro hijo Alamín darle muerte, pero, temeroso del Altísimo, se contentó con golpearla y la devolvió a su casa, pero Dios lo sabrá mejor». Sin embargo, la justificación de la acción violenta entra en abierta contradicción con el resto de los detalles que la narración ofrece: la actitud de la propia *yinn* y la reacción del califa. De ahí que se haya optado por la versión de Bulaq.

Duniazad le dijo a su hermana Shahrazad:

—Esa historia, hermana, es, sin duda, la más amena y sugestiva que se haya oído. Pero cuenta otra, que nos ayude a pasar lo que nos queda de velada.

Shahrazad repuso:

—Pues en nada quedaría la anterior, comparada con la que os contaré ahora, siempre que el rey me concediese graciosamente su permiso.

—Cuenta tu historia —respondió el monarca—, pero abrevia.

—PUES SEGÚN AFIRMAN⁵⁰ —comenzó Shahrazad su relato—, soberano principal, tanto de nuestro tiempo como de las pretéritas eras, el califa Harún Arrashid mandó llamar una noche a su primer ministro, Yáafar el Barmekí, y le dijo: «Quiero que salgamos esta noche a la ciudad y preguntemos a la gente sencilla por aquellos que ejercen dominio sobre ellos, de modo que podamos destituir a quien se haya granjeado quejas, y, al contrario, recompensar con un cargo más alto a quien se haya ganado el agradecimiento de sus subordinados». «Dicho y hecho», respondió Yáafar, el ministro. Pues bien, una vez que el Comendador de los Fieles y sus acompañantes habituales, Yáafar y Masrur, hubieron salido y comenzado su ronda por las calles del mercado, pasaron por un callejón donde vieron a un anciano, que llevaba en la cabeza una red de pescador y una espuerta, así como un bastón en la mano. El hombre caminaba con lentitud mientras recitaba estos versos:

«Que cres entre los hombres, en razón de tu ciencia,
me dicen unos y otros, noche de luna llena.
La ciencia, les contesto, os la podéis guardar,
porque el saber no es nada sin oportunidad.
Si mi ser ofrecieran, con todos mis saberes,
amén de mis tinteros, cálamos y papeles,
por llevarme empuñado sé que no ofrecerían
ni el reducido precio del sustento de un día.
Considerad del pobre la triste condición,
y veréis que en su vida solo cabe el dolor.
Si en verano se queda de su energía falto,
en invierno ha de estar al brasero pegado.
Por la calle los perros sarnosos lo persiguen,
y con desdén lo tratan los sujetos más viles.
Y, si algún día quiere desahogar su tristeza,
de encontrar un amigo sincero desespera.
¡Son tales en la vida del pobre los tormentos,
que mejor le vendría contarse entre los muertos!».

Cuando el califa hubo oído esta poesía, le dijo a Yáafar: «Fíjate en ese pobre y en los versos que ha recitado, que hablan a las claras de su indigencia», y luego, dirigiéndose al hombre: «¿Cuál es vuestro oficio, maestro?». El viejo contestó: «Pescador soy, señor, y tengo familia. Desde el mediodía llevo fuera de mi casa y Dios no me ha concedido nada con que alimentar a los míos. ¡Ya es odio lo que siento por mí mismo...! Ojalá me muriese en este preciso instante». «¿Y qué os parecería —le propuso el califa— si volvéis con nosotros a la orilla del Tigris y echáis de nuevo la red, esta vez a mi salud y por mi suerte? Lo que saquéis os lo compraré por cien

⁵⁰ Comienza «Las tres manzanas».

dinares». Muy contento con estas palabras, dijo el hombre: «Con mucho gusto iré de nuevo en vuestra compañía». Y, en efecto, volvió a la orilla del río, lanzó la red y esperó un buen rato con paciencia, hasta que tiró de ella y se encontró con un pesado arcón. El califa se adelantó, tentó el contenido de la red y comprobó hasta qué punto era gravosa la carga. Le dio entonces al pescador los cien dinares prometidos y se puso en camino para marcharse. Masrur, el verdugo y escolta del califa, hubo de requerir la ayuda de Yáafar, el ministro, para acarrear el pesado arcón, que entre ambos llevaron, a la zaga del califa, hasta el palacio donde este residía.

Una vez allí, encendieron velas en torno al arcón, que depositaron ante el Comendador de los Fieles. Yáafar tomó la iniciativa y, con la ayuda de Masrur, lo forzó. Dentro hallaron una gran espuerta de palma cosida con hilo de lana roja. Rompieron la costura y vieron un trozo de estera. La levantaron y descubrieron un paño. Este, a su vez, ocultaba el cuerpo de una joven, que más parecía un lingote de plata, muerta y descuartizada. Cuando el califa lo vio, se le saltaron las lágrimas y, mirando a Yáafar, le espetó: «Dime, tú, el más perro de los ministros, ¿esto es lo que ocurre en mi tiempo? ¿Esto? ¿Que matan a las criaturas y las arrojan al río, donde permanecen, convirtiéndose en una pesada carga que de mi cuello penderá hasta el Día de la resurrección? Esas tenemos, ¿eh? ¡Pues por mi honor juro que a quien haya matado a esta joven he de hacerle pagar con la vida! Y a ti —siguió diciéndole, enfurecido, a Yáafar— te juro por el honor de los Abbasfes, de quienes desciendo, que, si no me traes a quien acabó con esta desdichada para que le haga justicia, te haré colgar, y no solo a ti, sino también a cuarenta de tus primos, los Barmekfes, a la puerta de mi palacio». Yáafar solicitó: «Concededme tres días, mi señor». «Cuenta con ellos», respondió el califa.

Y, sin más, salió el ministro de donde su señor y echó a andar por las calles de la ciudad, muy angustiado y diciendo para sus adentros: «¿Y cómo voy a averiguar yo quién mató a la joven? Y, si acuso a otro que no haya tenido culpa, la muerte de ese inocente recaería sobre mí. No sé qué puedo hacer». Y se quedó encerrado en su casa los tres días que tenía de plazo. Al cuarto mandó el califa a un chambelán suyo para que hiciera comparecer a su ministro, y, cuando tuvo a Yáafar ante sí, le preguntó: «¿Dónde está el asesino de la joven?». Yáafar repuso: «¿Acaso tengo yo, Comendador de los Fieles, mano entre los muertos, o modo de adivinar lo desconocido y responder con fundamento a cuanto tengáis a bien preguntarme?». El califa, llevado de la cólera, mandó que lo colgaran de un madero a la entrada de su palacio, y que unregonero vocease por las calles de Bagdad: «Quien desee asistir a la ejecución de Yáafar, ministro del Comendador de los Fieles, y de sus primos, los Barmekfes, a la puerta del palacio califal, que salga y no se prive de ello». Y así fue. La gente acudió de todos los rincones de la ciudad para asistir a la ejecución de Yáafar y los Barmekfes, sin saber de qué eran reos. El califa dio orden de que levantaran el cadalso, ante el cual pusieron en fila a los condenados, mientras el gentío invocaba el bendito nombre de Dios por la suerte que iban a correr Yáafar el Barmekf y sus primos. Ya solo faltaba la orden definitiva del califa... En esto, un joven de agraciado aspecto y cuidados vestidos, rostro cual la luna, ojos de azabache, frente clara, mejillas sonrosadas, bozo moreno, y ornado de un lunar que más parecía un disco de ámbar gris, avanzó a prisa entre la muchedumbre, llegó adonde el ministro, y a este dijo: «Os habéis salvado de este trance, señor de los comendadores y gruta de los pobres, pues yo soy quien mató a la mujer cuyo cadáver encontrasteis en el arcón. Haced, pues, que me ejecuten a mí y pague yo con mi vida la de esa desdichada». Cuando Yáafar oyó las palabras del joven se alegró por sí mismo, pero, al mismo tiempo, se entristeció por el

desconocido. Aún estaban hablando cuando un anciano de proecta edad avanzó entre el gentío, con toda la rapidez que le era dada, hasta que llegó adonde Yáafar y el joven, y, después de desearles a ambos la paz, dijo: «No creáis, señor ministro, las palabras de este joven; quien mató a la joven fui yo, y yo soy, por tanto, quien merece castigo en justa venganza. Mandad prenderme, pues, o dad por seguro que os lo reclamaré cuando nos encontremos en presencia del Altísimo». A esto dijo el joven: «Ya veis, señor ministro, que es un anciano con las facultades mermadas, y no sabe lo que dice. Yo soy quien la mató y quien debe pagar por ello». El anciano se volvió al que acababa de hablar: «Todavía eres joven, hijo mío, y te quedan ganas de vivir en este mundo, mientras que yo estoy harto ya de él. Doy con gusto mi vida por la tuya y la doy también por el ministro y sus primos. Porque quien mató a la joven –añadió, dirigiéndose de nuevo a Yáafar– fui yo, y, en consecuencia, señor ministro, debéis hacermé pagar por ello de inmediato. Ved que no puedo vivir sin ella...».

Asombrado por cuanto acababa de ver y oír, Yáafar, haciéndose acompañar de ambos, fue adonde el califa, besó el suelo y dijo: «Aquí está, Comendador de los Fieles, el asesino». «¿Dónde?», preguntó el califa. «Este joven –repuso Yáafar– afirma que él la mató, pero este anciano lo contradice y se declara autor del crimen. Ambos están ante nuestro señor el califa». Este miró al anciano, primero, y luego al joven y preguntó «¿Quién de vosotros mató a esa mujer?». El joven repuso: «Nadie más que yo», a lo que exclamó el anciano: «¡No, la maté yo!». El califa ordenó a Yáafar: «Pues llévatelos a los dos y que los ejecuten a ambos». «Si el asesino es uno solo –observó Yáafar–, matar también al otro sería injusticia». Entonces volvió a tomar la palabra el joven: «Juro solemnemente, por Quien levantó el cielo y tendió la tierra, que yo maté a esa desdichada, y voy a daros prueba cierta de que así fue», y a continuación les describió en detalle lo que el califa había encontrado. Este quedó convencido de que el joven decía la verdad, y, sin salir de su asombro por ello, le preguntó: «¿Y qué motivo tenías para hacer lo que hiciste, y cómo es que no solo has confesado tu crimen sin recibir un solo golpe, sino que te has presentado por voluntad propia para solicitar que se te haga pagar por ello?». «Sepa el Comendador de los Fieles –comenzó a relatar el joven– que esa mujer era mi esposa y prima, hija de este anciano, que es, pues, mi tío por parte de mi padre. Nos casamos siendo ella virgen, y Dios nos concedió tres hijos varones. Ella me quería bien, me era en todo leal y nada en su conducta me resultaba reprochable. Yo también la amaba. Pero a primeros de este mes se puso tan enferma que hube de traerle a varios médicos, y así conseguí que se recuperara un tanto. Quise entonces que fuese a los baños, pero ella me dijo: “Antes de eso, se me ha antojado otra cosa”. “Habla por esa boca”, le dije, y ella: “Me apetece una manzana, para olerla y mordisquearla”. Oído lo cual, salí de inmediato a buscar manzanas por toda la ciudad y dispuesto a pagar hasta un dinar por una sola, pero fue en vano. Aquella noche la pasé en vela. A la mañana siguiente salí de nuevo a buscar manzanas, mirando incluso por los huertos de la ciudad, pero nada... Al volver a casa, le dije: “Bien sabe Dios, prima, que no me ha sido posible satisfacer tu deseo”. Ella se lo tomó tan a mal que tuvo una recaída aquella misma noche, que yo pasé sin pegar ojo. A la mañana siguiente salí a recorrer los huertos, uno tras otro, y, si bien no hallé lo que buscaba, sí que me topé con un hortelano entrado en años. Le pregunté y me dijo: “Manzanas no vais a encontrar, hijo. De eso no hay más que en el huerto que el califa posee en Basora, pero su hortelano las guarda solo para el Comendador de los Fieles”. Volví luego a casa, junto a mi esposa, y era tanto mi amor por ella que me preparé para emprender un viaje del que volví al cabo de quince días, con tres

manzanas que le compré al hortelano de Basora por tres dinares. Entré adonde mi esposa y se las entregué, pero ella, en lugar de alegrarse, las dejó a un lado, pues la fiebre le había vuelto tras una nueva recaída. Con todo, al cabo de diez días, se curó. Salfé de casa, abrí mi tienda y reanudé mis tratos y negocios.

»Pues bien –prosiguió el joven que se había inculpado–, estaba yo sentado en mi negocio, a primera hora de la tarde, cuando por delante de mí pasó un esclavo negro que venía jugando con una manzana. “¿De dónde has sacado –le pregunté–, mozo, esa manzana, que yo también quiero una?”. Él contestó entre risas: «Mi querida me la ha dado. He estado fuera una temporada y, al volver, me la he encontrado enferma y con tres manzanas. Me ha dicho: ‘El cornudo de mi marido ha ido a por ellas a Basora y me las ha comprado por tres dinares’, y yo me he quedado con esta”. Y sepa asimismo el Comendador de los Fieles que, al oír las palabras del esclavo, el mundo entero ennegreció a mis ojos, de modo que cerré la tienda y, con el juicio arrebatado por la ira, volví a mi casa, donde no encontré más que dos manzanas. “¿Dónde está la tercera?”, le pregunté a mi mujer. “No sé –dijo ella–, ni acertaría a decirlo a dónde ha ido a parar”, palabras que me confirmaron el relato del esclavo. Me levanté entonces, agarré un cuchillo, me abalancé sobre su pecho, la degollé, le cerqué la cabeza y, después de descuartizarla, metí sus miembros en una espuerta; los cubrí con un paño, lo envolví todo en una estera y lo metí en un arcón que cerré con un candado y cargué en mi mula. Fui así hasta el Tigris, donde me deshice de mi carga sin ayuda de nadie. Y por Dios os ruego, Comendador de los Fieles, que os deis prisa en matarme, haciéndole justicia a quien fue mi esposa, pues temo que me la exija ella el Día de la resurrección...». El joven se interrumpió unos instantes, pero enseguida reanudó su relato: «Después de arrojarla a las aguas del Tigris sin que nadie me viese, volví a mi casa, donde me encontré a mi hijo mayor llorando, aunque nada sabía de lo que yo acababa de hacer con su madre. Le pregunté: “¿Por qué lloras?”. Me contestó: “He tomado una de las manzanas que tenía mi madre y he bajado a jugar con ella al callejón con mis hermanos. Entonces ha pasado un esclavo negro muy alto, que, después de quitármela, me ha preguntado: ‘¿De dónde has sacado esa manzana?’. ‘Mi padre –le he dicho yo– la ha traído de Basora para mi madre, que estaba enferma; tres manzanas compró por tres dinares’. Él me la ha quitado. Yo le he pedido una y otra vez que me la devolviera, pero no me ha hecho caso. Me ha pegado y se ha llevado la manzana, y ahora temo que mi madre me pegue también, para castigarme. Me he ido entonces con mis hermanos, hemos salido de la ciudad, del miedo que yo tenía, y, cuando se nos ha hecho tarde, hemos vuelto, pero no sé lo que va a pasar, padre. No le digáis vos nada, por Dios os lo pido, no vaya a ser que se ponga más enferma de lo que está...». Al oír estas palabras de mi hijo, supe que el esclavo había calumniado a mi prima y que su muerte había sido un gran desafuero. Me eché a llorar con gran amargura, y en eso llegó este anciano, o sea, mi tío y padre de mi difunta esposa, a quien le conté cuanto había ocurrido. Él se sentó a mi lado y lloró conmigo, y así seguimos hasta la medianoche. Luego, durante cinco días seguidos, celebramos las exequias, sin dejar de lamentarnos, hasta hoy mismo, de que yo la hubiese matado por culpa de aquel esclavo. Ruego, en suma, al Comendador de los Fieles, que, por respeto a la memoria de sus egregios antepasados, no demore más mi ejecución en justo pago por la muerte de mi esposa». Sin salir de su asombro por estas palabras, el califa exclamó: «¡Vive Dios que al único que voy a matar es a ese esclavo malnacido, y haré, así, una obra que al enfermo curará y al Rey de lo Alto satisfará!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 19**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa Harún Arrashid juró que solo ordenaría la muerte del esclavo, ya que el joven tenía excusa. A continuación el califa se dirigió a su ministro, Yáafar el Barmekí, para decirle: «¡Tráeme a ese esclavo malnacido que ha sido la causa de todo esto! Si no lo haces, morirás tú en su lugar». Yáafar salió del palacio llorando: «¿Cómo voy a hacer para encontrarlo? No siempre se salva el cántaro... La solución no está en mi mano, pero tal vez Quien me salvó la vez primera vuelva a salvarme ahora. Me encerraré en mi casa tres días, y Dios, alabado sea, hará lo que Él quiera». Y, en efecto, se quedó en su casa tres días, y, al cuarto, mandó llamar al juez y a los escribanos, dictó sus últimas voluntades y se despidió de sus hijos. Y sumido en honda tristeza estaba cuando se presentó un emisario del califa, que le dijo: «El Comendador de los Fieles no podría estar más furioso de lo que está, y me envía a vos con el mensaje de que, si no le lleváis al esclavo de inmediato, recibiréis hoy mismo la muerte». Cuando oyó estas palabras, Yáafar se echó a llorar, y lo mismo hicieron sus hijos. Se fue despidiendo de todos, uno por uno. Para el final dejó a su hija pequeña, a quien él más quería. Se acercó, pues, a ella, para darle el último adiós, y, al estrecharla entre sus brazos, el ministro, que seguía llorando, se dio cuenta de que algo abultaba en la faltriquera de la niña. «¿Qué es lo que llevas ahí?», le preguntó. «Una manzana—repuso la pequeña—, que lleva el nombre de nuestro señor el califa. La trajo nuestro esclavo Arrayán hace cuatro días. Se la compré por dos dinares».

Yáafar sintió que le quitaban un peso de encima. Le sacó a la niña la manzana del bolsillo, la miró y, convencido de que aquella tenía que ser la manzana que de todo había sido causa, exclamó: «¡De Vos recibimos el alivio, y antes de lo que pensamos!», y ordenó que le trajeran al esclavo. Cuando ante sí lo tuvo, exclamó: «¡Ay de ti, Arrayán! ¿De dónde sacaste esta manzana?». «Más vale decir verdad que mentiras inventar, según me han enseñado, mi señor. No vayáis a creer que la he robado de vuestra casa, ni de los pabellones o los huertos del califa. Hace ya creo que cinco días me metí por unas callejas y vi a unos niños jugando; uno de ellos tenía esta manzana; se la arrebaté, le pegué y él, llorando, me contó: “Es de mi madre, mozo, que está enferma y le dijo a mi padre que le apetecían unas manzanas; él partió de viaje a Basora, donde compró por tres dinares otras tantas manzanas, y yo he sacado una de ellas para jugar”. El chico se echó a llorar, pero, yo, sin parar mientes en ello, me quedé con la manzana y la traje a casa, donde mi señorita me la compró por dos dinares”. Asombrado quedé Yáafar al oír la historia, pues no había duda de que toda aquella prueba de Dios, incluida la muerte violenta de la joven, la había ocasionado su esclavo Arrayán. Se entristeció, pues, el ministro, dado que este pertenecía a su casa, al tiempo que comenzaba a respirar tranquilo por haberse salvado. Y recitó:

«Quien por mor de un esclavo llegue a temer por sí
no corra ningún riesgo personal por salvarlo;
que el don de la existencia lo da Dios una vez,
mientras que son inúmeros nuestros siervos y esclavos».

Dicho lo cual, fue Yáafar al palacio califal llevando consigo, bien sujeto, al esclavo. Una vez allí le refirió la historia, de principio a fin, al Comendador de los Fieles, y este, cuando se hubo restablecido de su asombro, lanzó una risotada que casi lo tira por los suelos. Luego ordenó que la relación de lo ocurrido pasara a los anales palatinos, de modo que constituyese un ejemplo para los súbditos. Yáafar le dijo entonces: «No os admiréis con esta historia, Comendador de los Fieles, pues no es ni mucho menos tan extraordinaria como la del ministro Nureddín Ali el Cairota y su hermano Shamseddín Muhámmad». El califa preguntó: «¿Cómo puede haber nada más admirable que los hechos de que acabamos de ser testigos?». «Solo accederé a contároslo –respondió Yáafar– si le perdonáis la vida al esclavo». El califa accedió: «Tuya es su sangre». Yáafar, pues, comenzó a contar:

SEPA EL COMENDADOR DE LOS FIELES⁵¹ que hace mucho tiempo gobernó en Egipto un sultán justo y munífico, que a su servicio tenía un ministro juicioso, experimentado, inteligente y resolutivo. Era este último un anciano venerable y padre de dos hijos como dos soles. El mayor se llamaba Shamseddín Muhámmad y el menor, Nureddín Ali. Lo cierto es que este, o sea, el benjamín, aventajaba a su hermano en belleza y donosura, cualidades en las que nadie podía comparársele. De su fama se hizo lenguas el país entero, y había quien se desplazaba desde su tierra solo para poder comprobar cuán agraciado era. Pero llegó el día en que el padre de ambos murió, y el sultán, muy afectado, se hizo responsable de los dos jóvenes, a quienes trajo a su privanza, y, después de agasajarlos con magníficos presentes de los que se desprendió gustoso, les dijo: «Para mí ocupáis el mismo lugar que vuestro padre». Muy satisfechos los dos hermanos, besaron el suelo ante el soberano e iniciaron las exequias por su padre, que se prolongaron por espacio de un mes, concluido el cual se hicieron cargo del ministerio, en el que se turnaban de viernes a viernes, y, cuando el sultán salía de El Cairo, se llevaba consigo a uno de los dos.

Pues bien –siguió refiriendo Yáafar el Barmekí–, ocurrió que el sultán se resolvió a emprender viaje un día en que el turno correspondía al hermano mayor, Shamseddín Muhámmad, el cual, la noche antes, y conversando con Nureddín Ali, dijo a este: «Me gustaría, hermano, que tú y yo nos casáramos en la misma noche». «Haremos –dijo Nureddín– lo que mejor te parezca, pues yo nunca he de llevarte la contraria», con lo cual quedó cerrado el acuerdo. Shamseddín añadió: «Y quiera Dios que desposemos cada uno a una buena doncella, que consumemos el matrimonio la misma noche y que ambas paran el mismo día, y, si Dios lo tiene a bien, que tu mujer dé a luz a un varón, y la mía a una hembra, y los casemos al uno con la otra, como primos por parte de padre que serán». Nureddín entonces preguntó: «¿Y cuánto, hermano, recibirás de mi hijo a modo de arras, es decir, en compensación por tu hija?». El mayor contestó: «Le pediré tres mil dinares, tres huertos y tres haciendas, pues, por debajo de eso, no sería correcto que el joven se comprometiera con mi hija». Al oír estas palabras, saltó Nureddín: «¿Qué clase de compensación sería esa para un hijo mío? ¿Olvidas que somos hermanos y que compartimos el alto ministerio de este sultanato? Lo que tendrías que hacer es ofrecer a tu hija como regalo, sin pensar en compensación alguna. Como bien sabes, el varón es mejor que la hembra; mi hijo será varón, y como tal habrá que apreciarlo, a diferencia de lo que ocurrirá con tu hija». «¿Y qué le pasará a mi hija?», preguntó Shamseddín. «Pues que a ella –respondió el hermano menor– no

⁵¹ Comienza «Nureddín y su hermano Shamseddín». En la presente historia el nombre del personaje femenino principal, Sittelhusn, literalmente «Señora de la Belleza», se ha traducido como Bella sin Par.

llegaremos nunca a contarla entre los comendadores, ¿o qué crees? Tú conmigo estás haciendo como el que pensó que, para librarse de cierta mercancía, lo mejor era subirle el precio. También me recuerdas a quien, al recibir la visita de un amigo que venía a pedirle ayuda, le dijo que se la prestaría, sí, pero al día siguiente; y el otro le repuso:

Quien al necesitado le da largas
le está diciendo: No te daré nada».

A esto respondió Shamseddín: «Veo que te muestras remiso porque tienes a tu hijo en más que a mi hija. Muy falto de juicio debes de andar, por no hablar de tus graves carencias morales, cuando te atreves a decirme que compartimos el ministerio, dado que solo te he asociado conmigo porque me dabas pena y quería que me ayudaras y fueses mi asistente. Sea como sea, y ya puedes decir lo que quieras y donde te parezca, por Dios juro que no casaré a mi hijo con tu hija ni aunque llegue a reportarnos su peso en oro». Al oír estas palabras de su hermano mayor, Nureddín, muy irritado, respondió: «¡Ni yo pienso casar a mi hijo con tu hija!». «Ni yo lo aceptaría —dijo Shamseddín— como esposo para ella. Y, si no fuera porque me dispongo a salir de viaje, te daría una buena lección; pero a mi regreso se hará como Dios disponga y yo te haré ver lo que es un hombre cabal». Aún más se irritó Nureddín con estas últimas palabras de su hermano. Con todo, y a pesar de que su furia ni le dejaba ver cuanto a su alrededor tenía, se guardó para sí sus pensamientos.

Cada uno pasó la noche en un lugar distinto. A la mañana siguiente, el sultán emprendió viaje, cruzó a la otra orilla del río y tomó el rumbo de las pirámides acompañado de su ministro, Shamseddín. El hermano de este, Nureddín, por su parte, pasó la noche tan disgustado como pueda imaginarse, y, cuando apuntó el alba, se levantó y, después de cumplir con la oración correspondiente, fue a su cámara, de donde sacó una pequeña alforja y la llenó de oro. Y, sin poder quitarse de la cabeza las palabras de su hermano, que tanto se había vanagloriado despreciándolo a él, recitó estos versos:

«¡Vete! Que quien replaee no faltará a quien dejas.
Nada mejor que el viaje te ofrece la existencia.
La razón cultivada sabe que el detenerse
es privarse de gloria. ¡Sal de una vez, destiértrate!
Las aguas que se estancan, por fuerza se corrompen;
cristalinas si fluyen, apestan si no corren.
Porque sube y se pone por el cielo la luna,
la esperan impacientes tantísimas criaturas.
Cazar no logra el león que no deja el bosque,
ni en el blanco dan flechas que del arco no salen.
Como tierra es el oro cuando yace en el suelo
y en la selva el palo álce no es más que un simple leño.
El marcharse es la vía que te llevará al triunfo;
sin remedio frucasa quien se aferra al terruño».

No bien hubo acabado de recitar estos versos, Nureddín, el hermano menor, ordenó a uno de sus mozos que le aprestara la mula torda, que era veloz y más alta que una cúpula. Así lo hizo el criado, quien se sirvió de una silla con remaches de oro, estribos de la India y faldones en terciopelo de Ispahán, de modo que el animal más parecía una novia cuando va a desvelarse

ante su esposo. Nureddín le ordenó asimismo que cargase sobre la bestia una alfombra de seda y una estera de rezo, y que bajo esta colocase la mencionada alforja. Luego les dijo a sus mozos y esclavos: «Quiero solazarme fuera de la ciudad. Me voy a Qaliub, donde me quedaré tres días con sus noches. Que ninguno de vosotros me siga, pues deseo estar a solas». Y, sin esperar nada más, subió a lomos de la mula provisto de muy pocos víveres. Salió de El Cairo y tomó el camino que, antes de mediodía, lo condujo hasta la localidad de Belbis, donde se detuvo para descansar él mismo y procurarle reposo a su montura. Comió un poco y se hizo con algunos pertrechos para sí y forraje para la mula. Luego volvió a emprender camino, y, al cabo de dos días, también a eso del mediodía, llegó a las lindes de Jerusalén. Desmontó, descansaron él y la mula, sacó algunos víveres, comió y luego, sobre la alfombra extendida y con la alforja como almohada, se echó a dormir. Aún seguía irritado. Pasó allí la noche, en despoblado, y, a la mañana siguiente, reemprendió la marcha, guiando a su mula hasta Alepo, en una de cuyas fondas paró, y donde permaneció lo bastante para descansar él mismo y darle reposo a su mula. Tres días, así, estuvo en Alepo, y, tras haber respirado aquellos aires, y resuelto a proseguir su marcha, montó de nuevo su mula y partió sin saber bien qué rumbo tomar.

Pero, lejos de detener su marcha, siguió adelante, hasta que una noche llegó a Basora, donde se hospedó en una fonda. Descargó la alforja, tendió en el suelo la alfombra y confió la mula, con su aparejo, al portero, que se hizo cargo del animal. Y dio la casualidad de que en ese mismo instante el ministro del sultán de Basora estaba sentado ante la celosía de su palacio, de manera que pudo ver la mula y los valiosos aparejos y pertrechos que traía. Pensó, pues, que había de ser la montura de algún personaje principal o incluso algún virrey o sultán. Reflexionó sobre ello y, muy intrigado, dijo a uno de sus mozos: «Tráeme a ese portero», y enseguida estaba de vuelta el mozo con el portero, quien besó el suelo ante el ministro, a la sazón un anciano venerable. Este preguntó: «¿Qué puedes decirme del dueño de esa mula?». «El dueño de la mula –respondió el hombre– es un joven de corta edad, persona valiosa y respetable, de familia de mercaderes». Oído lo cual, el ministro se puso en pie, montó su caballo y se encaminó a la fonda, donde buscó al joven. Cuando este, o sea, Nureddín Ali, vio al desconocido que venía hacia él, se levantó para salirle al encuentro y lo recibió con grandes muestras de cortesía. El ministro desmontó y le deseó la paz a Nureddín, quien le dio la bienvenida y le pidió que se sentase. El anciano dignatario preguntó: «¿De dónde vienes, muchacho, y qué es lo que buscas?». Nureddín repuso: «Vengo, señor, de El Cairo, donde mi padre, que falleció no hace mucho, ejercía de ministro». Le refirió luego cuanto le había ocurrido, de principio a fin, y añadió: «Y me resolví a seguir el dictado de mi alma, que me impulsaba a no volver sin haber visto todos los países y ciudades de Dios». El ministro le dijo: «No debes, hijo mío, someterte a los dictados de tu ánimo⁵², pues acabaría aniquilándote. Este país es una ruina, y temo que acabes siendo víctima de las circunstancias». Dicho lo cual, ordenó que cargasen la alforja en la mula, junto con la alfombra y la estera, y se llevó a Nureddín a su propia casa, donde lo alojó en una vistosa estancia.

Una vez el joven instalado, el ministro le dispensó el mejor de los tratos y, como quiera que pronto le tomase vivo afecto, le dijo: «Querido muchacho, soy ya un anciano y no he tenido hijo varón alguno. Dios, en cambio, me concedió la gracia de una hija, cuya hermosura no desmerece

⁵² Del ánimo (o acaso el instinto), entendido como alma concupiscente o volitiva (en árabe, *nafs*), se habla a menudo en *Mil y una noches*; véanse, en especial, lo que se dice en las noches 82, 84, 277, 422, 443, 463, 477, 546, 550, 786 y 914 y siguientes; véanse esos pasajes y las notas respectivas.

de la tuya, y a quien me he negado a entregar a ninguno de los numerosos pretendientes que le han salido. Dado que te profeso un sincero cariño, ¿aceptarías que mi hija estuviera siempre presta a servirte, como la mujer ha de servir a su hombre? Si aceptas, yo le diré a nuestro sultán que eres hijo de un hermano mío; que he mandado a buscarte para que me sustituyas como ministro, y poder yo así quedarme en casa porque ya soy viejo». Cuando Nureddín Ali oyó las palabras del ministro de Basora, bajó la cabeza para meditar un momento y contestó: «¡Por supuesto que sí!». Muy contento con la respuesta, el anciano ordenó a sus mozos que preparasen un banquete y adornasen el gran salón donde celebraban sus bodas los comendadores y altos dignatarios. Luego reunió a sus amigos e invitó a los gerifaltes y grandes mercaderes de Basora, y, cuando acudieron todos, les dijo: «Se me ha muerto un hermano, ministro en Egipto, a quien Dios concedió dos hijos varones, mientras que a mí, como bien sabéis, me ha dado una hembra. Mi difunto hermano me encomendó que casase a mi hija con uno de los dos suyos, a lo que yo accedí; y, como quiera que uno de los muchachos ha alcanzado la edad del matrimonio, me lo ha enviado. Es este joven que aquí veis, a quien he comprometido con mi hija, deseoso de que consumen su unión bajo mi techo, pues, como sobrino mío que es, lo prefiero como yerno antes que a un extraño. Cuando se hayan casado, si él quiere, podrá quedarse conmigo, y, si no, marcharse a su tierra con su esposa». «¡Muy bien que habéis hecho!», exclamaron los presentes, quienes miraron con atención al joven forastero y lo hallaron muy de su agrado. El ministro llamó a los jueces y escribanos, y, así que estos hubieron levantado acta, se procedió a quemar inciensos, entre cuyos efluvios bebieron todos. Asperjaron luego los sirvientes agua de rosas y se marcharon los invitados. Concluida la celebración, el ministro encargó a sus mozos que llevasen a Nureddín Ali a los baños. Les dio, además, una vestimenta suya propia, completa, para el joven, amén de toallas, cuencos, pebeteros y cuanto pudiese hacerle falta. Nureddín salió de los baños y se puso el traje que el ministro le había regalado. Más que un joven apuesto, parecía la misma luna cuando, en la catorcena noche del mes, alcanza su máximo esplendor. Subió a su mula y no se detuvo hasta llegar al palacio de su futuro suegro. Besó a este la mano, y el ministro le dio la bienvenida.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 20**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con el relato de Yáfar el Barmekí, el ministro del sultán de Basora se levantó de su sitio, le dio la bienvenida a Nureddín Ali y le dijo: «Anda y consuma esta noche tu matrimonio; mañana me presentaré contigo ante el sultán, y quiera Dios concederte lo mejor». Y así lo hizo el joven Nureddín, quien aquella noche consumó su matrimonio con la hija del anciano dignatario.

Lo anterior, por lo que se refiere a Nureddín Ali. En cuanto a su hermano Shamseddín Muhámmad, sépase que estuvo de viaje con su señor, el sultán de El Cairo, por espacio de veinte días y, al volver, se encontró con la ausencia de su hermano. Les preguntó entonces a los criados, que le contestaron: «El mismo día en que partisteis con su alteza el sultán, montó él en su mula, enjaezada para viaje, y nos dijo que se iba a Qaliub, que se ausentaría uno o dos días y que nadie debía seguirlo, pues quería estar a solas. Y desde que se fue hasta hoy mismo no hemos vuelto a

tener noticia de él». Shamseddín se malició que había perdido a su hermano, y para sus adentros se dijo: «Tuvo que molestarse conmigo cuando hablamos la noche antes de mi partida. Sí, lo más seguro es que, con el ánimo alterado, decidiera marcharse. Tengo que mandar en su busca». Fue entonces al palacio del sultán y puso a este al corriente de lo sucedido. Luego escribió varios mensajes que envió a sus subalternos por todo el país. Pero Nureddín Ali había hecho un largo trayecto aprovechando la ausencia de su hermano, de manera que los emisarios volvieron sin haber recabado información alguna. Desesperó, pues, Shamseddín de dar con él. «Lo irrité –se dijo– cuando tratamos el matrimonio de nuestros hijos. Ojalá hubiese medido yo mis palabras».

Al cabo de poco tiempo celebró Shamseddín Muhámmad esponsales con la hija de cierto mercader del país, la desposó y consumó el matrimonio. Y coincidió que la noche en que el hermano mayor yacía por vez primera con su esposa fue la misma en que Nureddín consumaba su unión con la hija del ministro de Basora. Ello, por voluntad de Dios, el Supremo, y para que Su Santa Sentencia se ejecutara entre Sus criaturas. De manera que todo ocurrió tal y como los dos hermanos habían deseado, pues asimismo coincidió que las dos esposas quedaron preñadas, y que la de Shamseddín, ministro de Egipto, dio a luz una hija tan hermosa como no se había visto en el país, mientras que la esposa de Nureddín alumbró a un varón que, por sus atributos, sobresalía entre todos los de su tiempo. Era, en suma, tal como dijo el poeta:

Recordemos al mozo cuya dulce saliva
licor es que ni copa ni vasija precisa.
Los efectos del vino, su color y su aroma
encontré en sus mejillas, sus ojos y su boca.

O como dijo otro:

Si la misma Beldad emularlo quisiera,
humillada saldría, corrida de vergüenza.
Y le preguntarían: «¿Pero has llegado a verlo?».
«Sí –les contestaría-. No hay quien le sea parejo».

Y le pusieron por nombre Hasan⁵³, y al cumplirse el séptimo día desde su nacimiento, celebraron convites y solemnes banquetes propios de príncipes. Luego el ministro de Basora tomó consigo a Nureddín Ali y subió con él al palacio del sultán. Cuando se vio ante el soberano, Nureddín besó el suelo y, como era, amén de animoso, agraciado y noble, persona bien dotada para la palabra, repitió las palabras del poeta:

«Ante el mejor juez me hallo que medie entre las partes,
señor que reconoce los puntos cardinales;
quisiera agradecerle sus gloriosas hazañas,
que las cuentas parecen del collar de la Fama,
y besarle las manos, cuyos gloriosos dedos
las llaves son de un cofre de mercedes repleto».

A lo que enseguida añadió:

«No cesen sobre vos del Cielo los regalos,
ni llegue yo a estar nunca de mi señor privado».

⁵³ Que precisamente significa «hermoso».

El sultán se puso en pie, los agasajó a ambos, le dio las gracias a Nureddín por sus palabras y le preguntó a su ministro: «¿Quién es este joven?». «Es mi sobrino, el hijo de mi hermano», repuso el ministro. «¿Y cómo es que nunca he oído hablar de él?», volvió a preguntar el sultán. «Tenía yo, alteza –dijo el ministro–, un hermano que murió dejando a dos hijos varones, el mayor de los cuales ocupó el cargo de su padre como ministro, y este es su benjamín, que se ha venido conmigo. Yo, por mi parte, tenía ya jurado que no casaría a mi hija con otro que él; de modo que, cuando llegó, los desposé. Él, como veis, está en la flor de la edad, mientras que yo me he hecho tan viejo que he perdido la capacidad de otrora. ¡Si hasta oigo con dificultad...! Mi ruego, señor, es que me deis a mí descanso y lo pongáis a él en mi lugar, pues, aparte de ser mi sobrino y mi yerno, es persona adecuada para el cargo, por su buen juicio y resolución». El sultán miró al joven atentamente y, como le causara excelente impresión, aprobó la propuesta de su ministro. Puso, pues, a Nureddín en el cargo de su suegro, le regaló ricas túnicas y una mula de su establo, y le asignó pagas y emolumentos. El joven le besó la mano al sultán, y luego él y el ya depuesto ministro volvieron muy contentos a casa. «¡En su talón traía el recién nacido las bendiciones del Cielo!», exclamaron. Al siguiente día Nureddín fue de nuevo adonde el sultán, besó el suelo ante él y recitó los siguientes versos:

«No hay día que no traiga nuevas dichas,
mal que les pese a viles y envidiosos.
Tan felices reluzcan vuestros días
como los tenga vuestro opuesto lóbrejos».

El sultán le indicó que se sentase en el estrado ministerial, y así lo hizo el joven, que asumió el cargo de su suegro y comenzó a ocuparse de los asuntos y pleitos de los súbditos, tal como los ministros tienen por costumbre. Y el sultán, que no le quitaba ojo, quedó gratamente sorprendido por su determinación, su buen juicio y su desenvoltura. Tanto le complacieron sus maneras que le tomó rápido afecto y decidió admitirlo a su prianza. Cuando el consejo de gobierno concluyó su jornada, Nureddín volvió a su casa y le contó lo ocurrido a su suegro, quien quedó muy satisfecho. Este último, el anterior ministro, se volcó en los cuidados de Hasan, el recién nacido, que fue haciéndose mayor, mientras Nureddín siguió ejerciendo los deberes de su cargo con tal dedicación que no se apartaba, ni de día ni de noche, de su señor. Este, el sultán, en justo pago, le concedió nuevas rentas y emolumentos, y tanto se acrecentaron los caudales de Nureddín que pronto pudo disponer de una flota que dedicó al comercio y a otros menesteres. Y, cuando su hijo Hasan alcanzó la edad de cuatro años, el joven ministro era ya titular de numerosas propiedades, de norias y de huertos, y amo de buen número de siervos y esclavos. Murió entonces el antiguo ministro, el suegro de Nureddín; le dieron sepultura y celebraron en su honor solemnes exequias. A partir de entonces fue Nureddín quien se ocupó de la educación de su hijo hasta que se la confió, al cumplir el garzón los siete años, a un sabio que instaló en su casa para que instruyese al mozaibete. Y el preceptor, en efecto, hizo del mozaibete un entendido en las diversas ciencias y conocimientos, no sin antes haberle hecho memorizar el Sagrado Corán. La formación del joven Hasan duró varios años, a lo largo de los cuales fue Hasan creciendo en donosura⁵⁴, así como en bondad y buen carácter. Era, en fin, tal como dijo el poeta:

⁵⁴ Recuérdese que Hasan significa «hermoso».

Luna en que se reúnen lo huero y lo donoso:
¡si hasta el mismo sol nace de su cara, entre el bozo!
Cuanto de bello existe solo a él pertenece:
¡si hasta nuestro sustento de sus manos procede!

Y, dado que Hasan recibió toda su formación en el hogar paterno, no abandonó la residencia del ministro hasta el día en que este, su padre, Nureddín, lo vistió con las esplendorosas galas que requería la ocasión, lo montó en la mejor mula de su establo y lo llevó consigo a presencia del sultán. Este miró al mancebo, a Badreddín Hasan, hijo de su ministro, y quedó prendado de su donosura. Y no solo él, ya que todos sus súbditos, de igual manera, quedaron deslumbrados desde aquella primera vez en que el mozo pasó entre ellos, en compañía de su padre, camino de palacio. Era tal la apostura de Hasan, tan esbelto su talle, tan armonioso su porte, que nadie dudó que en él se realizaban las palabras del poeta:

Tras el ocaso el sabio observa el ciclo,
y ve en dos mantos al mancebo envuelto.

Observa cómo Géminis le ofrece
las perlas que el contorno le engalanan.
Los cabellos Saturno le ennegrece
y el Auriga lunares le regala.

Marte presta a sus pómulos color,
el Arquero apostado está en sus párpados,
su inteligencia es de Mercurio don
y Alcor le evita acoso de malvados.

De estupor el astrónomo se llena,
y la luna, del ciclo, al fin, se adueña.

Cuando el soberano lo vio, se encariñó al punto de él, lo colmó de mercedes y le dijo al padre: «Ministro, tienes que traerlo todos los días». «Dicho y hecho», repuso Nureddín, y volvieron ambos a su casa. A partir de esa fecha, y hasta que su hijo Hasan cumplió los quince años, el ministro no dejó ni un solo día de presentarse ante el sultán acompañado del mozo. Pero entonces cayó enfermo el ministro Nureddín, por lo que llamó a Hasan y le dijo: «Sabe, hijo mío, que, mientras que en este mundo todas las cosas pasan, en el otro, el del más allá, nada es efímero. Quiero ahora hacerte unas últimas recomendaciones; comprende, pues, lo que voy a decirte y escúchame con todo tu corazón». Y comenzó, en efecto, a aconsejarle que tratase bien a los demás y que no actuara a impulsos del capricho. Pero, mientras esto le iba encargando a su hijo, el moribundo Nureddín se acordó de su hermano y de su patria chica. Lloró con amargas lágrimas la separación de sus seres queridos y recitó:

«¿Cómo se expresará quien sufra la distancia?
¿Qué vía deja abierta, si llega, la añoranza?
¿Quién llevará en volandas tu amoroso lamento
el día en que te falte también el mensajero?».

Luego, en cuanto le fue posible dejar de llorar, se volvió a su hijo y siguió diciéndole: «Escucha, hijo mío, lo que he de decirte antes de darte mis últimas recomendaciones. Ello es que tengo

un hermano de nombre Shamseddín Muhámmad, tío tuyo, por tanto, además de ministro del sultán de El Cairo. Hace ya tiempo me aparté de su lado y dejé nuestro país sin su aprobación. Quiero que traigas ahora un pliego y que escribas lo que te he de dictar». Hasan trajo los avíos de escribir y tomó al dictado cuanto su padre le fue diciendo. Anotó, así, las fechas de la boda de Nureddín, de la consumación de su matrimonio con la hija del ministro, así como el relato de su llegada a Basora y cómo había conocido al ministro de esta. El enfermo, por último, añadió: «Muchos años han pasado desde el día de nuestro enfrentamiento, tantos que me veo ahora incapaz de otra cosa que dejar constancia de todo por medio de este escrito. Quiera Dios tomar a su cargo lo que yo ya no podré hacer». Doblaron luego entre ambos el pliego, lo sellaron y el moribundo Nureddín dijo: «Pon, hijo mío, a buen recaudo lo que acabas de escribir, pues ahí llevas tu origen, alcurnia y abolengo. Y, si algo malo te ocurriera, dirígete a Egipto, identifícate ante tu tío valiéndote del documento, saludalo como Dios tiene mandado e infórmalo de que he muerto lejos de mi tierra y echándolo a él de menos». El joven Badreddín Hasan tomó entonces el documento y lo envolvió en tela encerada, que se cosió por dentro del forro. Luego se echó a llorar por su padre, que lo dejaba siendo él tan joven.

Nureddín entonces le dijo: «Voy a darte, pues, cinco consejos. El primero es que no trates a nadie con familiaridad, y así te librarás del mal que de otros procede, pues, en efecto, en el aislamiento estriba la salvación. A un poeta oí decir:

No hay nadie que merezca tus afectos,
ni amistad fiel que no destruya el Tiempo.
De estar tú solo aprende a disfrutar;
mejor consejo no te puedo dar.

El segundo es que a nadie ultrajes, no vaya a ultrajarte a ti la vida, pues si un día es venturoso, enseguida lo sucede otro desfavorable, y los bienes de este bajo mundo son un préstamo que habremos de devolver intacto. Recuerda estos versos:

¡Calma! Refrena tus pasos,
y hazte ejemplo de buen trato.
La maldad siempre se paga,
pues del Señor nadie escapa.

El tercero es que sepas guardar silencio, y te ocupen tus propios defectos y no los ajenos; bien dicen que quien guarda silencio se zafa de muchos males, y a un poeta oí decir:

El silencio es ornato, de la salvación la tabla,
y, cuando hayas de hablar, mide bien tus palabras.
Si de algo haber callado te arrepentiste un día,
más son de lamentar palabras proferidas.

El cuarto es que te guardes mucho de los licores, pues el beber es padre de las discordias y ocasión propicia para perder el juicio. Sobre ello se ha dicho lo siguiente:

Desde que decidí dejar el vino
no paran los más rectos de alaharme.
El vino te desvía del camino
y te arrastra a un sinfín de disparates.

El quinto y último consejo, hijo mío, es que guardes tus riquezas para que ellas a ti te guarden, y no malgastes tu dinero, no sea que tengas que pedirselo a otros. Sobre esto dijo el poeta:

Muchos son los amigos de quien gasta,
que se van si a su fin llega la plata.

Y dándole consejos a su hijo estuvo el moribundo, hasta que exhaló su último suspiro. En la casa comenzó entonces el duelo, al que se unieron el sultán y todos los comendadores, que asistieron apesadumbrados al entierro, tras el cual se prolongó el luto durante dos meses. El mozo, Badreddín Hasan, se abstuvo, durante ese período de tiempo, de montar, de acudir al consejo de gobierno y de entrevistarse con el sultán. Este se irritó con el muchacho y puso en su lugar a uno de los chambelanes, a quien no tardó en nombrar ministro y darle la orden de que pusiera bajo el sello del sultán todos los bienes raíces del difunto Nureddín Ali. El nuevo ministro y los chambelanes salieron, pues, en dirección a la casa que en su día perteneció al suegro de Nureddín, para precintarla, detener al hijo de este, Badreddín Hasan, y llevarlo a presencia del soberano, para que este hiciese con él lo que mejor le pareciera. Entre los soldados que los acompañaban había un vasallo del anterior y fallecido ministro, Nureddín Ali, y miembro de su séquito. Y, como quiera que dicho vasallo jamás había sufrido menoscabo por parte de su señor, montó en su cabalgadura, cuando se enteró de lo que se fraguaba, y fue a toda prisa adonde Badreddín Hasan, a quien encontró sentado a la puerta de su casa, cabizbajo y con el corazón desolado por la pérdida de su padre. El vasallo descendió de su montura y, después de besarle la mano al afligido joven, le dijo: «Señor e hijo de mi señor, ¡daos prisa, antes de que sea demasiado tarde!». Hasan se echó a temblar y preguntó: «¿Por qué, qué pasa?». «El sultán –dijo el siervo– se ha vuelto contra vos y ha ordenado que vengan a prenderos. Vuestra muerte viene pisándome los talones... ¡Ponéos a salvo cuanto antes!». Hasan le preguntó: «¿Puedo contar con algo de tiempo para entrar en la casa y hacerme con algunos pertrechos imprescindibles?». El vasallo le contestó: «¡Solo salvad vuestra vida!». No bien hubo oído estas palabras, Hasan se levantó y dijo:

«Busca tu salvación cuando el peligro adviertas
¡y dúelase la casa, de quien fuera su dueño!
Puedes estar seguro: hallarás otra tierra,
pero una nueva vida no te la dará el Cielo.

Y no envíes a nadie para que pida auxilio,
pues solo recurrir a tus fuerzas podrás.
No conocen los leones ningún mejor arbitrio
que por su propia suerte la ofensiva lanzar».

Luego se cubrió la cabeza con la orla de su túnica y no dejó de caminar hasta que se vio fuera de la ciudad, donde oyó a la gente decir: «El sultán ha enviado a su nuevo ministro a la casa del difunto Nureddín para que selle todas sus propiedades y detenga a su hijo, Badreddín Hasan, a quien desea dar muerte». Todos se apiadaban del joven, cuyas buenas cualidades eran de sobra conocidas. Cuando Badreddín oyó lo que la gente decía, reemprendió la marcha sin saber a dónde ir, y no dejó de caminar hasta que, llevados por la Providencia, sus pasos lo condujeron adonde reposaban los restos de su padre. Entró en el camposanto y avanzó entre los sepulcros

hasta alcanzar el de Nureddín, junto al que se sentó, después de descubrirse la cabeza, retirando la orla de su túnica, la cual traía bordadas en oro las siguientes palabras:

*Vuestra Faz brilla por siempre
cual los astros o el rocío;
Vuestra Gloria permanece,
por más que pasen los siglos.*

Y estaba allí sentado, ante el sepulcro de su padre, cuando se dejó ver cierto judío de Basora, cuyo oficio era a todas luces el de cambista, pues venía con una alforja cargada de oro. Dicho judío se acercó al muchacho y le preguntó: «¿Cómo es, mi señor, que os veo tan demudado?». Hasan repuso: «Estaba durmiendo, no hace mucho rato, cuando he visto en sueños a mi padre, que me regañaba por no haber venido a visitar su sepulcro; de modo que me he levantado asustado y con la incertidumbre de si podría o no cumplir mi deseo de venir antes de que se hiciera noche». «Sé, mi señor —dijo el judío—, que vuestro padre tenía navegando varias embarcaciones, una de las cuales acaba de atracar. Quisiera compraros el cargamento de la que ya está en puerto por mil dinares». El judío sacó una bolsa llena de oro, contó hasta mil dinares, se los tendió a Badreddín Hasan y añadió: «Ponédmelo por escrito». El joven tomó un papel y redactó:

El que suscribe, Badreddín Hasan el Basorí, hijo del difunto ministro Nureddín Ali el Cairota, ha vendido a Isaac, el Judío, la totalidad de la carga de la primera embarcación de su padre que ha arribado a puerto, por la suma de mil dinares en oro, cantidad que declara haber percibido por adelantado.

El judío recibió el documento, mientras Hasan se quedaba llorando al recordar la gloria y ventura de las que ya había dejado de gozar. Y recitó:

*«No es casa, pues faltáis de ella, la casa,
y el vecino dejó de ser vecino.
En el cielo la luna ya no es la luna,
ni la amistad solaza del amigo.
Abatido, sin vos, devino el mundo,
y el universo, inhóspito y sombrío.
Solo pido que el cuervo del adiós
perdido haya sus plumas y su nido.
Desde aquel día está rasgado el velo
y mi cuerpo ha perdido todo el brío.
¿A ser como antes tomarán las noches,
volveremos en nuestra casa a unirnos?».*

Luego cayó sobre él la noche cerrada y volvió a quedarse dormido junto al lugar donde reposaban los restos de su padre. Al poco salió la luna, cuyo claro iluminó el rostro de Hasan, y este, después de darse la vuelta, siguió durmiendo boca arriba. Aquel camposanto era residencia de *yinn*s fieles a Dios, y, en ese momento, salió una de ellos, una hembra de *yinn*, que se quedó mirando el rostro del joven dormido. Maravillada por su belleza y apostura, exclamó: «¡Alabado sea Dios! ¡Cualquiera diría que ese mozo es uno de los niños del Paraíso...!». Dicho lo cual, la *yinn* ascendió por el aire y se puso a dar unas vueltas, como tenía por costumbre, y vio a un *ifrit* que llegaba volando. Lo saludó deseándole la paz, él contestó de igual modo y la *yinn* le preguntó: «¿De dónde vienes?», a lo que él repuso: «De El Cairo». «¿Quieres venir conmigo —preguntó

ella— a contemplar la belleza de un joven que se ha quedado dormido junto a una tumba?». «Sí», repuso él. Descendieron, pues, hasta el cementerio y la *yinn* preguntó: «¿Has visto algo semejante en tu vida?», a lo que el *ifrit*, después de mirar atentamente al joven, repuso: «¡Alabado sea Aquel a Quien nadie se parece! Es, sin duda, admirable; aunque, habrías de oír, hermana, lo que me gustaría contarte». «Te escucho», dijo la *yinn*. «Pues lo cierto —dijo él— es que hace muy poco he visto a alguien, en Egipto, a la hija del ministro Shamseddín, por más señas, a quien este mozo no podría hacerle sombra. La doncella es, por abreviar, un dechado de belleza, y, sabedor de su existencia, el sultán de Egipto se la ha pedido en matrimonio al padre de la muchacha, el ministro Shamseddín, que le ha respondido: “Aceptad, señor nuestro y soberano, mis disculpas y apiadaos de mis lágrimas. Bien sabéis que mi hermano Nureddín, que era mi socio en el ministerio, nos abandonó y no hemos vuelto a saber de él. El motivo de su partida fue una conversación que conmigo sostuvo acerca del matrimonio de nuestros hijos; conversación, o más bien enfrentamiento, a raíz de la cual se marchó indignado», y le contó al sultán en detalle cuanto había tratado con su hermano. Luego añadió: “Esa fue, pues, la causa de su sinsabor, y yo tengo jurado que solo he de casar a mi hija con el hijo de mi hermano, desde el mismo día en que su madre la parió, hace ahora poco más de dieciocho años. Recientemente he tenido noticia de que mi hermano se casó con la hija del ministro de Basora, de la que tuvo un hijo varón, que es el único hombre con quien he de casar a mi hija, en honor a mi palabra y a mi sangre. Sabed, además, mi señor, que yo he dejado registradas las fechas tanto de mi propia boda, como del día en que supimos que mi mujer estaba encinta y del alumbramiento de esta hija mía, que nació destinada a su primo. A vuestra alteza, quién podría dudarlo, no ha de faltarle otra doncella y aun mejor, pues muchas hay”. Al oír estas palabras de su ministro, el sultán montó en cólera y dijo a grandes voces: “¿Cómo puede ser que un soberano como yo te pida a tí, que eres mi asistente y criado, la mano de tu hija y que tú me la niegues con un pretexto tan endeble? ¡Por la integridad de mi cabeza te juro que voy a darle a esa hija tuya por esposo, y mal que te pese, a alguien muy inferior a mí!”. Bueno —continuó con su relato el *ifrit*—, la cosa es que el sultán tiene a su servicio a un mozo de cuadra tan contrahecho como no cabría más, ya que es doblemente giboso: por detrás y por delante. El sultán mandó que lo trajesen a su presencia, y en ese mismo punto y hora quedaron registrados los esponsales entre ambos, o sea, entre el palafrenero cheposo y la hija del ministro. Y, lo creas o no, hermana, el sultán ha ordenado que se celebren las nupcias y que esta misma noche se consume el matrimonio. Cuando me he alejado de ellos, estaba el palafrenero rodeado por los siervos del sultán, quienes, con velas encendidas en las manos, se burlaban de él a la puerta de los baños. A la hija del ministro, que es, puedo asegurártelo, el ser más parecido a este mozo que haya en el mundo, la he dejado llorosa y sentada entre mujeres, que la alheñaban y peñaban. Y a su padre lo tienen encerrado, para impedirle que se acerque a ella».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 21**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el *yinn* le contó a su congénere y amiga la historia de la hija del ministro de Egipto, a quien el sultán había comprometido con su palafrenero

giboso, y añadió que nadie podía comparársele en belleza a la desafortunada joven, si bien era cierto que aquel doncel del cementerio se le parecía bastante, aun siendo menos hermoso que la joven cairota. La *yinn* respondió: «¡Mientes! Este joven es la persona más hermosa de su tiempo». Pero el *ifrit* insistió: «Te aseguro, hermana, que la muchacha está por encima de este joven, el cual, sin embargo, es el único que merecería unirse a ella, pues la verdad es que, bien mirado, son como dos gotas de agua, tanto que cualquiera diría que son hermanos o primos camales... ¡Qué lástima que la pobre tenga que verse junto a ese jorobado!». «¿Por qué no nos echamos a este mozo a las espaldas –propuso entonces la *yinn*– y lo transportamos adonde la doncella a quien tanto alabas? Así veremos, hermano, cuál de los dos es más hermoso». El *ifrit* estuvo de acuerdo: «Dicho y hecho. Nada mejor podemos hacer que lo que propones. ¡Yo lo llevaré!». Y, en efecto, cargó sobre sí al joven y salió volando con la *ifrita* en pos de él. Y no se detuvieron hasta que llegaron a El Cairo, donde el *yinn* posó a Badreddín en un pozo y lo despertó. Al volver en sí, este último se dio cuenta enseguida de que no estaba ya sobre la tumba de su padre. Miró a derecha e izquierda y comprobó que ni siquiera se encontraba en Basora, que él conocía bien. Y ya iba a soltar un grito cuando el *ifrit* le guiñó un ojo indicándole que guardara silencio. Le entregó luego una esplendorosa túnica que le trajo en ese instante, le ayudó a ponérsela y, al tiempo que le tendía una vela encendida, le dijo: «He sido yo quien te ha traído, con el fin de llevar a cabo una obra que no es contraria a la gloria de Dios. Toma esta vela y ve hacia aquellos baños; mézclate con la gente y sigue con ellos hasta que llegues a la sala de la novia. Deja atrás a los demás y entra sin temor de nadie. Una vez allí, plántate a la derecha del novio, que es un jorobado, y cada vez que se te acerque alguna de las peinadoras que estarán acicalando y alheñando a la novia, o bien alguna de las cantantes o nodrizas, tú mete la mano en la faltriquera y la encontrarás llena de oro. Ve repartiéndolo entre ellas, y descuida, que nunca te faltará. Te repito que no temas nada y que te encomiendes a Quien te creó, pues nada de lo que ocurra dependerá de ti, sino de la Fuerza y el Poder del Altísimo». Badreddín Hasan escuchó con atención las palabras del *ifrit* y se preguntó en voz alta: «¿Y podrá saberse de qué doncella se tratará y en qué manera supondrá eso realizar una buena obra?». Pero echó a andar con la vela encendida. Era cosa de verlo, con su buena planta, que realizaban el fez y el turbante de muselina con que se tocaba, así como el espléndido manto bordado en oro que lo envolvía. Y de tal guisa se encaminó a los baños, ante cuya puerta encontró al jorobado, a lomos de una yegua.

Se unió al cortejo, y cada vez que las cantantes se paraban para que las gratificaran, él se metía la mano en la bolsa, donde encontraba invariablemente una buena cantidad de oro. Tomaba un puñado y lo arrojaba al pandero de las cantantes y la bolsa de las peinadoras, que iban así llenándose de valiosas piezas. Desconcertadas quedaron las cantantes y asombradas las gentes, de la galanura que adornaba al desconocido mozo. El cortejo llegó por fin a la casa del ministro, a cuyas puertas los chambelanes impedían el acceso a la muchedumbre. Las cantantes y peinadoras exclamaron entonces: «¡Ni por pienso entraremos, como no sea acompañadas de este doncel distinguido que nos ha colmado de mercedes! De modo que, si no es en su presencia, la novia quedará sin aviar...». Entraron, pues, con él en la sala nupcial y allí le hicieron sentarse, para gran desazón del novio, el giboso. Las mujeres de comendadores, ministros y chambelanes, que allí se encontraban ya, todas embozadas y cada cual con su buena vela encendida, formaron dos filas y se desplegaron, a derecha e izquierda del estrado y hasta el pasillo que daba a la sala de donde saldría la novia. Cuando las mujeres vieron a Badreddín Hasan, en todo el esplendor de su

hermosura, con aquella cara que brillaba como el creciente de la luna, se sintieron todas atraídas por él. Las cantantes les explicaron: «Este joven tan donoso nos ha llenado las manos de oro del bueno; no perdáis ocasión de servirlo y concededle cuanto os pueda pedir». Las mujeres se agolparon en torno a él y, con sus velas prendidas, contemplaron sus bellos rasgos, que las dejaron pasmadas. Y cada una de ellas deseó hallarse entre los muslos de tan apuesto joven siquiera un rato, o, ya puestas, un año entero. Se descubrieron todas los rostros, perdido como habían ya la compostura, y exclamaron: «¡Bendita la suerte de quien pueda arrimarse a este joven!». Luego maldijeron al mozo contrahecho y a quien quería casarlo con tan linda moza, y lo mismo que alababan a Badreddín Hasan el Basorí denostaban al infeliz corcovado.

Se oyeron entonces los adufes de las cantantes, señal de que llegaban las peinadoras, entre quienes venía la hija del ministro, sahumada, perfumada, vestida, peinada y engalanada con joyas y telas propias de regios tesoros. De cuanto encima llevaba sobresalfan una elegante túnica bordada en oro fino y estampada con figuras de fieras y aves, y un collar que valía por mil, en el que se engarzaban cuentas de las más valiosas gemas, tales como no las han conocido ni los soberanos del Yemen ni los emperadores de Roma. La novia, pues, semejava a la luna plena, cuando se cumple la catorcena noche de su ciclo. Era talmente una huri del Paraíso. ¡Alabado sea Quien la puso entre las demás mujeres, que brillaban cual estrellas mientras que ella era el plenilunio que entre nubes refugie! Como luego la gente se volviera a mirar a Hasan Badreddín, que seguía sentado en su sitio, la novia se dirigió hacia él, cimbreándose, mientras el giboso se alzaba de su asiento con la intención de salir al encuentro de la doncella. Pero esta, sin hacerle el menor caso, se detuvo ante Hasan, su primo hermano, dando lugar a las risas de los circunstantes, que vieron cómo la joven había ido derecha hacia el desconocido mozo, el cual volvió a meter la mano en su bolsillo para sacar un poco más de oro para las cantantes y peinadoras. Estas, muy contentas, exclamaron: «¡Cómo nos gustaría que esta novia fuese para vos!», palabras que él acogió con una sonrisa. A todo esto, el contrahecho palafrenero seguía allí parado, solo como un mono; cada vez que le alargaban una vela encendida, se le apagaba, y cada vez que intentaba hablar, la voz no le salía del gaznate. No tuvo, pues, más remedio que volver a sentarse a oscuras, muy a su disgusto, rodeado del bullicio y de las luces que alumbraban tan admirable lujo y ostentación. Badreddín Hasan miró al malhadado novio, solo en un rincón, en la penumbra, y luego se miró a sí mismo, rodeado de toda aquella gente, que, con las velas encendidas, no le quitaba ojo de encima. Muy admirado por todo ello, posó la mirada en la novia, que resplandecía envuelta en la tela de raso bermejo. Las peinadoras procedieron entonces a ir mostrando a la novia ataviada con siete túnicas diferentes. Y, al desvelarla por vez primera, la joven se mostró tan graciosa y seductora que dejó a todos pasmados de admiración. Era ciertamente tal como de ella dijo cierto destacado vate:

Sol encima de junco, junco encima de duna⁵⁵,
duna que verdes flores de granado engalanan...
El vino de su boca me desfogó las ansias,
y al tenerla delante huján mis calenturas.

⁵⁵ Imágenes convencionales: el sol es el rostro; el junco, el talle, y la duna, las caderas.

La ataviaron luego con una tela de color lapislázuli y la joven avergonzó al mismo plenilunio, con su cabello de azabache, sus mejillas suaves, su irresistible sonrisa, sus turgentes senos, sus delicadas muñecas. La mostraron, pues, por segunda vez y la novia hizo reales las bien concertadas palabras:

Adornada la vi con el color del cielo:
plenilunio de estío sobre ocaso de invierno.

Y cuenta el transmisor de la presente historia que, a renglón seguido, la ataviaron con una nueva tela, y, para embozarla, se sirvieron de los cabellos que a la muchacha le quedaron sueltos. Le caían, así, a ambos lados del rostro varias guedejas trenzadas de puro azabache, tan largas y negras que a las noches más lóbregas recordaban, en tanto que sus ojos lanzaban certeros y letales dardos. Como anillo al dedo le venían los versos:

Envuelta en el embozo de sus propios cabellos,
la doncella inspiraba los más fogosos sueños.
«¿Ocultáis –pregunté– con tinieblas la aurora?».
«No, sino que acompañan al plenilunio las sombras».

La mostraron luego por cuarta vez y la moza pareció el sol luciente, mientras sus melindres de gacela traspasaban los corazones cual saetas. No extrañe, pues, que de ella dijese:

Todos pudieron ver el sonrojo del sol;
y que el cielo, al mirarla, de nubes se cubrió.

Envuelta en su quinto velo, la afable doncella volvió a maravillarlos a todos. Una rama de moringa parecía; una gacela sedienta, con alacranes de pelo reptándole por el blanco cutis, mientras, de entre todos sus encantos, destacaba la carne trémula de sus caderas. No estuvo des-
acertado su panegirista:

La venturosa noche nos trae la luna llena:
los miembros delicados, el talle de una abeja.
El mirar de sus ojos corazones cautiva,
y rubies adornan la piel de sus mejillas.
Las caderas le cubren mil rizos de azabache;
mejor quedarse lejos: veneno tienen de áspides.
Aunque pueda engañaros con su suave langor,
cual duro pedernal sé que es su corazón.
Sus ojos, cual ballestas, lluvia de flechas lanzan
que nunca yerran blanco, mayor sea la distancia.
Ni agarrado a su cinto arrimarme le puedo;
lejos de ella me deja su prominente pecho.
Su belleza le envidian las más hermosas damas,
y al verla se abochornan las ramas más lozanas.

Su sexto atavío fue una tela de color verde oscuro, casi negro, gracias a la cual dejó la moza en ridículo a las más enhiestas y morenas lanzas, y sobrepasó en galanura a las belldades de los cuatro puntos cardinales. Tan a pedir de boca era su esplendor que el mismísimo plenilunio se

iluminaba con la luz de su rostro, y, excediendo como excedía cuanta belleza pueda concebirse, derretía y laceraba a su alrededor los pechos. Por eso le convenían tanto estos versos:

En los ardides más sutiles diestra,
la doncella su luz, al sol le presta.
Envuelta viene en su vistosa túnica,
que al verdor del granado en flor emula.
«¿Cuál es –pregunto– de la prenda el nombre?»,
y ella, con fina lucidez, responde:
«Levanta heridas suelo titularla,
porque pocas no son las que levanta».

Por último, la envolvieron en una rica tela, de un amarillo que a mitad de camino estaba entre el color del azafrán y el del alazor; lo que explica las palabras del poeta:

Envuelta viene en telas de vivo color gualdo,
y suhumada de almizcle, de ámbur gris y de sándalo.
Si a moverse la anima su tallo de doncella,
mollicie le reclaman sus pesadas caderas.
Si a mis brazos quisiera su belleza lanzarla,
cuando amores le pido, sus melindres la paran.

La novia, por su parte, cada vez que abría los ojos, miraba al cielo e imploraba: «¡Haced, Sustentador de los mundos, que ese guapo mozo sea mi marido y libradme del jorobado!». Cuando hubieron acabado con su tarea de descubrir a la novia y presentarla revestida de sus siete atavíos, las peinadoras indicaron a los presentes que ya era hora de que se marcharan. Salieron todos, mujeres y niños, muy contentos, y no quedaron más que Badreddín Hasan y el contrahecho. Las peinadoras entonces se llevaron a la novia a la cámara, para ayudarle a quitarse las joyas y telas preciosas y prepararla para el novio. El mozo de cuadra se acercó entonces a Badreddín Hasan y le dijo: «Señor, nos habéis honrado con vuestra presencia esta noche y colmado de dones, pero ya es hora de que os marchéis, sin que ello quiera decir que os echamos». «Razón tenéis; en el Nombre de Dios me retiro», repuso Hasan, que se puso en pie e inició la retirada. Pero ya en la puerta se topó con el *ifrit*, que le dijo: «¡Quietos, Badreddín, donde estáis! Cuando el jorobado salga para ir al retrete, entra tú y siéntate en la alcoba. Acudirá la novia y tú le dirás que el novio eres tú, que ha sido el rey quien ha urdido el engaño por temor al mal de ojo, y que el contrahecho no es más que uno de los palafreneros de palacio, de quien se ha servido en su ardid. Acércate luego a ella y descúbrele el rostro sin miedo de nadie». Aún estaba Badreddín Hasan hablando con el *ifrit* cuando el palafrenero entró en el retrete y se agachó. El *yinn* salió poco después de la pileta de agua bajo la forma de un ratón y chillando: «¡Iiit!». El jorobado le preguntó: «¿Y tú a qué has venido?». El ratón creció de pronto y se convirtió primero en un gato que maulló: «¡Mia, mia!», y luego en un perro, que soltó varios ladridos: «¡Auh, auh!». Asustado, exclamó el mozo: «¡Fuera de aquí, chuchol!». Pero el perro volvió a aumentar de tamaño y fue como inflándose hasta convertirse en todo un asno que le rebuznó al palafrenero en la misma cara: «¡Ji, jau!». El joven, muy atemorizado ya, pidió auxilio: «¡A mf, gentes de la casa!». Pero el asno, haciéndose aún mayor adquirió el tamaño de un búfalo, por lo que colmó con su presencia aquel pequeño lugar, y entonces empezó a hablar como un ser humano: «¡Ay de ti, jorobado, el más apuesto de los palafreneros!». Al mozo se le pegaron las tripas y cayó de culo en el mismo

orificio de la letrina con toda la ropa puesta, mientras los dientes le castañeteaban. El *ifrit* le dijo: «¿Tan pequeño es el mundo que tenías que ir a casarte con la mujer a quien amo?». Como el palafrenero no pudiera articular palabra, el *yinn* le ordenó: «¡Responde ahora mismo, o te doy la tierra por domicilio!». «Por Dios os juro –contestó el infeliz mozo– que la culpa no ha sido mía. Ellos me han obligado... Y yo no sabía que los búfalos se enamoraban. Pero a la Voluntad de Dios me someto, y a la vuestra, desde luego». A lo cual dijo el *ifrit*: «Por el mismo Dios te juro que si sales de este lugar o dices una sola palabra antes del alba, te mato. Cuando se haga de día, vete por donde has venido, y ni se te ocurra volver a esta casa en toda tu existencia». Dicho esto, tomó el *ifrit* al palafrenero, lo puso patas arriba y lo dejó con la cabeza metida en el agujero de la letrina y los pies al aire, mientras volvía a advertirle: «¡Quédate aquí! Yo te estaré vigilando hasta que amanezca...».

Badreddín Hasan de Basora, por su parte, y mientras el *ifrit* y el palafrenero tenían sus más y sus menos, entró en la casa y se sentó en la alcoba. Al poco hizo su aparición la novia, acompañada de una anciana, que se paró ante la puerta y dijo, creyendo que se dirigía al contrahecho: «¡Levanta, Centella, dispón de tu novia como varón que eres y que Dios os bendiga!». Dicho lo cual, se marchó la vieja y entró la novia en la alcoba. Todos la conocían como Bella sin Par, nombre que a todas luces le hacía justicia, y venía con el corazón destrozado y diciéndose a sí misma: «De ninguna de las maneras voy a permitirle a ese que se me acerque, así me cueste la vida». Llegó al centro de la gran estancia, vio a Badreddín Hasan y exclamó: «¡Querido mío! ¿Aquí habéis seguido todo este rato! Se me ocurrió que tal vez me compartiríais el mozo jorobado y vos...». Badreddín replicó: «¡De ninguna manera! ¿Cómo iba ese jorobado a tener acceso a vos, y cómo iba a ser mi copartícipe a vuestro lado?». La joven preguntó: «Entonces, ¿quién es mi esposo, él o vos?». «Esto lo hemos hecho –explicó Badreddín–, Bella sin Par, para reírnos del mozo. Cuando las peinadoras, las cantantes y, más que nadie, los vuestros repararon en que vuestra extremada belleza quedaría expuesta a las miradas de unos y otros durante vuestro desvelamiento, temieron que fuésemos ambos víctimas del mal de ojo. De manera que vuestro padre contrató los servicios del palafrenero por diez dinares para que nos librase de toda mala intención. ¡Pero ahora ya se ha ido el contrahecho!». Al oír las palabras de Badreddín, Bella sin Par se puso muy contenta, esbozó primero una sonrisa, luego se rio con gran donaire y al cabo dijo: «¡Bien podéis decir que me habéis salvado de un incendio! Tomadme, mi señor, estrechadme contra vuestro pecho», y, como quiera que se levantó la túnica hasta la garganta, y no llevaba nada más debajo, Badreddín pudo verle la vulva y las caderas desnudas. Cuando el joven hubo contemplado la perfección de su cuerpo, sintió que el deseo se movía en él. De modo que se puso en pie, se aflojó y quitó la ropa, se desembarazó de la bolsa de oro que le había dado el judío, con los mil dinares, la envolvió con sus zaragüelles y lo puso todo bajo una punta de la colchoneta. Luego se quitó de la cabeza el tocado, que dejó sobre una silla, y se quedó solo con la camisa, bordada en oro. Bella sin Par se levantó, fue hacia él y lo atrajo hacia sí mientras él hacía otro tanto. Se abrazaron ambos y la joven le rodeó a él la cintura con las piernas. El mozo entonces, bien dispuesta ya la munición, plantó la pieza de su artillería, la apuntó contra la fortaleza y disparó, haciendo caer la torre. Y resultó que la linda joven era perla sin horadar, potranca que no había conocido jinete. La desvirgó, pues, y gozó de su lozanía. Luego volvió a plantar el cañón y a descargarlo, según avanzaba la noche, de proyectiles, hasta un total de quince veces, dejando, de paso, preñada a la joven. Cuando Badreddín Hasan dio por concluido el asalto y la toma, le pasó a su compañera el

brazo bajo el cuello y lo mismo hizo la dulce Bella sin Par. Y así, abrazados, se quedaron ambos dormidos, como vivo ejemplo de lo que dijo el poeta:

Ve a ver a quien amas, y digan lo que quieran;
de envidiosos no obtiene la pasión asistencia.
La creación más hermosa de Dios en este mundo
son dos enamorados sobre su lecho juntos,
en un abrazo unidos, con la dicha por sábana,
y muñecas y brazos como mutuas almohadas.
Cuando de amor dos almas sellan feliz acuerdo,
los demás les responden con el frío acero.
Si algún día te topas con quien su ser te entregue,
su atención y cariño procura devolverle.

Lo anterior, por lo que hace a Badreddín Hasan de Basora y a su prima, la conocida como Bella sin Par. En cuanto al *ifrit*, sépase que le dijo a su congénere, la *ifrita*: «Llevemos de nuevo al doncel adonde se hallaba, y, si no queremos que se nos haga de día, hemos de darnos prisa». Y así lo hicieron: la *yinn* se puso debajo de Hasan, que no llevaba puesta más ropa que su camisa y seguía dormido, y echó a volar, seguida por su amigo el *ifrit*. Y sin novedad comenzaron a surcar los aires hasta que los sorprendió el alba. Se oyó a los almuédanos llamar al sagrado deber de la oración: «¡Hayya alalfalah!», y Dios permitió que los ángeles lanzaran sobre el *ifrit* proyectiles de fuego. Se abrasó así el *yinn*, mientras que su compañera pudo salvarse y descendió, con Badreddín Hasan aún dormido, en el mismo punto y momento en que el certero proyectil acababa con el *yinn*, sin atreverse a ir más allá para no correr la misma suerte. Y quiso el sino por Dios deseado que aquel lugar fuese la ciudad de Damasco, a cuyas puertas dejó la *ifrita* al joven, antes de echar de nuevo a volar. Cuando se hizo de día y se abrieron las puertas de la ciudad, salieron de esta algunos de sus habitantes, que se quedaron mirando al joven allí tendido, tan hermoso, vestido solo con su camisa y su bonete, sin ropa interior ni turbante, profundamente dormido después de lo mucho que había trasnochado. Nada más verlo, exclamaron: «¡Qué dicha la de quien lo haya tenido a su lado esta noche! Aunque el mozo debería haber tenido cuidado y vestirse». Otro añadió: «¡Buena cosa son estos jóvenes de buena familia! Será que ha salido esta noche de la taberna tan borracho que se ha perdido; ha llegado así hasta la puerta de la ciudad y, al encontrársela cerrada, se ha quedado aquí dormido». Mientras segufan los presentes hablando de Badreddín Hasan, vino a soplar sobre él una ráfaga de viento que le levantó el borde de la camisa hasta la cintura, dejándole al descubierto el vientre, un ombligo terso y unos muslos y entrepierna que eran como de cristal. Admirados quedaron todos: «¡Qué maravilla!».

En ese momento vino a despertar Badreddín, que se halló ante la puerta de una ciudad y rodeado de no pocos desconocidos. Asombrado, preguntó: «Decidme, buena gente, ¿dónde estoy y por qué estáis todos a mi alrededor?, ¿qué me queréis?». Ellos le respondieron: «Os hemos visto, al oírse la llamada a la oración, dormido junto a esta puerta, y nada más podemos añadir. Decidnos vos qué habéis hecho esta noche». «La noche –afirmó Badreddín– la he pasado en El Cairo». Uno dijo: «¡Vos habéis tenido que tomar hachís!». Y otro: «¡Poseído parecéis! ¿Cómo, si habéis pasado la noche en El Cairo, puede ser que amanecáis en Damasco?». «¡Por lo más sagrado os juro –aseguró Badreddín– que os he dicho la verdad: ayer estaba en El Cairo y anteayer en Basora!». «¡Qué cosas se le ocurren...!», exclamó uno. «Loco de atar está el mozo», aseveró otro. Y,

mientras le daban palmadas, siguieron hablando entre sí: «¡Qué lástima de juventud perdida!». «No cabe duda de que le falta el juicio...». Luego le dijeron: «¡Venga, volved en vos de una vez!». Badreddín insistió: «¡Os digo que ayer me casé en El Cairo!»; a lo que ellos: «Eso ha tenido que ser un sueño». A pesar de su desconcierto, Badreddín lo negó: «¡No, no ha sido un sueño, bien lo sabe Dios! Pero ¿dónde está el palafrenero contrahecho, y dónde la bolsa de oro que yo traía?; ¿dónde mi túnica y mi ropa interior?». Se levantó entonces, entró en la ciudad y echó a andar por sus calles y mercados. Un cortejo de transeúntes de toda condición se fue formando tras él. Así, hasta que Badreddín entró en la tienda de un cocinero. Este había sido lo que se dice un mañoso, o sease, un *espabilao*, un amigo de lo ajeno; arrepentido de su mala vida, se reformó y abrió aquella tienda. Pero, por mucho que así fuera, no había en Damasco nadie que no le tuviera miedo, de tan feroz y desmesurado como había sido. De manera que, cuando los congregados vieron a Badreddín Hasan entrar en su tienda, se dispersaron todos y temieron por la suerte del joven. Con todo, no bien hubo puesto el cocinero los ojos sobre el forastero y contemplado su extremada apostura, se le llenó el corazón de afecto hacia él, y le preguntó: «¿De dónde sales tú, buen mozo? Cuéntame tu historia, pues ya eres para mí máspreciado que mi propio espíritu». Hasan le contó cuanto le había ocurrido, y el cocinero exclamó: «¡Extraordinario, señor mío Badreddín! Olvida, joven, tus penas, Dios te las alivie pronto, y quédate conmigo, que yo, como no tengo descendencia, te adoptaré como hijo». «Bien que me place, tío⁵⁶», dijo Badreddín. Y al punto salió el cocinero al mercado para comprarle a este ropa de buena calidad. Luego acudieron ambos al juez, ante quien declaró el cocinero ser padre de Badreddín Hasan. Cundió luego por todo Damasco la noticia de que el desconocido era hijo del cocinero, y fue así como el joven se quedó en la tienda, haciéndose cargo de los cobros y bajo la protección del reformado pícaro.

Lo anterior, por lo que a Badreddín Hasan se refiere. En cuanto a Bella sin Par, su prima, sépase que, cuando amaneció y despertó del sueño, no encontró a Badreddín a su lado. Creyó que el joven habría ido al retrete y lo esperó durante un buen rato. En esto llegó su padre, abrumado por cuanto había ocurrido: cómo el rey lo había obligado a casar a su hija, contra la voluntad de esta, con uno de los criados, un palafrenero giboso, para mayor desgracia. Y venía el hombre pensando para sus adentros, mientras se acercaba a la alcoba: «¡Si le ha entregado su cuerpo a ese ser despreciable, yo la mato!». Se paró ante la puerta de la cámara nupcial y llamó a su hija: «¡Bella sin Par!». «¡Ahora mismo, mi señor!», respondió ella, y salió a acoger a su padre, rebosante de alegría. Una vez ante él, hizo una reverencia con el rostro más bello y luminoso que nunca, precisamente por haber pasado la noche abrazada a aquel mancebo, hermoso como un antílope. Cuando el padre la vio así, exclamó: «¡Vergüenza debiera darte, malnacida! ¿Estás contenta con ese mozo deforme?». Al oír las palabras de su padre, Bella sin Par sonrió: «Bastante os habéis reído de mí, vos, padre, y todos los demás, ultrajándome con ese jorobado, que vale menos que los recortes de la uña más chica de mi marido... Con él acabo de pasar la mejor noche de mi vida. No vengáis, pues, a chancearos de mí recordándome lo que no quiero recordar». El padre se llenó de tanta ira que los ojos parecieron teñírsele de azul: «¡Ay de ti! ¿Qué es lo que dices? ¿Que ese contrahecho ha dormido contigo?». «Os pido —respondió ella— por Dios, padre, que no volváis a mencionarlo, ¡maldito sea, él y su padre!, y cese ya la broma, pues bien sé que al mozo lo contratasteis por diez dinares. Él, que ya los habría cobrado, se retiró anoche. Yo, por mi

⁵⁶ «Tío», es decir, hermano del padre, se utiliza como fórmula de respeto.

parte, conducida por las cantantes, entré en la alcoba, y me encontré con mi esposo, quien había llenado de oro fino las manos de los presentes menesterosos. Y he dormido en los brazos de ese joven señor, varón donoso, de ojos negros y cejas juntas...». Cuando el padre oyó estas palabras, las luces que veía se le tornaron sombras y exclamó: «¡Indecente! ¿Qué estás diciendo? ¿Es que has perdido el juicio?». Ella repuso: «Me estáis partiendo el corazón, padre... Mi esposo, el que ha tomado mi cara entre sus manos, ha ido al retrete dejándome aquí, y yo diría que me ha tenido que dejar encinta...». El padre, muy extrañado por todo aquello, entró en la letrina, donde halló al mozo de cuadra con la cabeza plantada en el mismo sumidero y las piernas suspendidas en el aire. Horrorizado, exclamó el ministro: «¡Pero si es el giboso!». Se dirigió, pues, a este, aunque el mozo no le respondió, pensando que sería el *ifrit*.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 22**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que cuando el mozo jorobado oyó hablar al ministro pensó que había de ser el *ifrit*, por lo que decidió no contestarle. ¿Quién sino el *yinn* —pensó— iba a dirigirle la palabra? Entonces, a voz en grito, le espetó el ministro: «¡Habla, o te corto las piernas ahora mismo con esta espada!». El giboso sí respondió esta vez: «Os lo juro, maestro insigne de los *ifrits*: desde que me dejasteis en este lugar no he asomado la cabeza; por Dios os ruego que os apiadéis de mí». «¿Qué es —preguntó el ministro— lo que dices? ¡Yo soy el padre de la novia, y no un *ifrit*, mentecato!». El mozo repuso: «Si no está, entonces, mi vida en vuestras manos ni podéis arrebatarme el alma, lo mejor que podéis hacer es iros por donde habéis venido, antes de que se presente el que me ha dejado como estoy. ¿No sabéis que me han querido casar con la querida de un búfalo, con la arrimada de un *yinn*? ¡Mal dolor le dé a quien tuvo la ocurrencia de emparejarme con ella!». Y así siguió hablando el giboso con el padre de la novia, maldiciendo a quienes habían tramado todo aquel embrollo. Pero el ministro le ordenó tajante: «¡Ponte en pie de una vez y sal de este lugar!». «¿Tan loco me creéis —preguntó el mozo— como para que esté dispuesto a irme con vos sin el permiso del *ifrit*, que bien clarito me dijo: “Cuando se haga de día vete por donde has venido”? Decidme, ¿alumbra ya el sol o no? Porque no puedo irme de donde estoy hasta que el sol no haya salido». El ministro le preguntó: «¿Pero quién te ha metido ahí?». El mozo explicó: «Entré aquí anoche, para hacer mis necesidades, porque ya no me podía aguantar más, y de pronto salió del agua un ratón que chilló y se fue haciendo más y más grande hasta que se convirtió en un búfalo al que oí cómo me hablaba, tal como os estoy oyendo a vos. Idos, pues, señor, y maldiga Dios a la novia y a quien con ella me quiso casar». El ministro extrajo de la letrina al giboso, y este, sin apenas creerse que ya era de día, salió a todo correr en dirección al palacio del sultán para darle cuenta a este de cuanto había ocurrido.

Por su parte, el ministro y padre de la novia entró en la casa sin saber qué pensar sobre su hija, y a esta le ordenó: «Dime, niña, qué es lo que ha pasado aquí». Ella repuso: «Pues que el agraciado joven ante quien ayer me desvelé ha pasado conmigo la noche, me ha desvirgado y yo he quedado encinta. Y, si no me creéis, ved ahí su turbante arrollado sobre una silla y su ropa, bajo los cobertores, con un envoltorio que no sé lo que contiene». El padre entró en la alcoba,

donde encontró el turbante de Badreddín Hasan, su sobrino. Lo tomó entre sus manos, le dio la vuelta y observó: «Este es turbante de príncipes, pero a la moda de Mosul». Reparó luego en el saquillo que iba cosido en el interior del fez y lo desprendió. Pasó por último a examinar la ropa y encontró la bolsa donde iban los mil dinares. La abrió y vio que contenía, además del oro, una hoja de papel. La leyó y comprobó que se trataba del contrato de compraventa a favor de cierto judío y a nombre de «Badreddín Hasan el Basorí, hijo de Nureddín Ali el Cairota». Cuando Shamseddín hubo leído lo que el papel decía, lanzó un grito y se desplomó sin sentido. Al volver en sí, y creyendo entender al menos en parte cuanto había ocurrido, expresó su admiración fervorosa: «¡Solo hay un Dios verdadero, de todo Señor y Dueño!». Luego se dirigió a su hija: «¿Sabes, niña, quién es el joven que te ha tocado la cara, como suele decirse?». «No», contestó ella. «Pues nada menos –dijo el ministro– que el hijo de mi hermano, tu primo, y estos mil dinares son las arras que aporta a vuestro matrimonio. No puedo más que alabar a Dios al pensar cómo ha podido acaecer esto». Dicho lo cual, abrió el saquillo que venía atado al gorro, y vino a encontrar una nota firmada por su hermano Nureddín Ali el Cairota, padre de Hasan Badreddín el Basorí; contempló la firma unos instantes y recitó:

«Es tal, ante estas trazas, mi dolor
que con mi llanto bórnanse las huellas.
Hoy le suplico a Quien nos separó
que a vuestro lado pronto me devuelva».

Leyó entonces con atención la nota que contenía el saquillo, y en la cual venían consignadas la fecha de los esponsales de su hermano con la hija de quien fuese ministro en Basora, así como las del día en que consumó el matrimonio y de otros sucesos de su vida hasta llegar al momento de su muerte, incluido el nacimiento de su hijo Badreddín Hasan. La emoción iba sucediendo a la sorpresa a medida que Shamseddín Muhámmad iba comprobando que los pasos de la vida de su hermano coincidían con los suyos propios punto por punto: los esponsales de ambos se habían celebrado en la misma fecha, los dos habían consumado su matrimonio el mismo día y también habían nacido en idéntica fecha Badreddín, el hijo de su hermano, y su propia hija, Bella sin Par. Tomó, pues, consigo las dos hojas de papel y salió presto adonde el sultán, a quien informó de cuanto había ocurrido, de principio a fin. Muy admirado el soberano, ordenó que dejasen de inmediato constancia escrita de lo acaecido. Hecho esto, el ministro volvió a la casa, a esperar a su sobrino. Pasó así un día, y otro más, y un tercero, y comoquiera que al cabo de una semana el mozo no se dejase ver, exclamó con gran resolución: «¡Lo que me dispongo a hacer no lo ha hecho nadie antes que yo!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 23**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro exclamó: «¡Voy a hacer algo que nunca antes se ha visto!», y, tomando tintero y cálamo, levantó plano y registro de la casa y sus enseres: que la alcoba la tenían acá, que acullá había una cortina de estas y no otras hechuras, que

determinado aparador estaba en tal sitio, y cierto tapiz, en tal otro. Así, hasta que, anotado todo cuanto en la casa había, plegó el papel y dio órdenes de que lo pusieran a buen recaudo, bajo su sello, junto con el turbante y el fez, la túnica y la faltriquera. En cuanto a su hija, cumplido que se hubieron los nueve meses, dio a luz a un niño que más parecía el plenilunio, y es que era parejo a su padre, Badreddín Hasan el Basorí, en hermosura y gracia, en porte y gallardía. Le cortaron el cordón umbilical, le alcoholaron los ojos, lo entregaron a las nodrizas y le pusieron por nombre Ayib⁵⁷, por lo extraordinario de su hermosura. Los días pasaron, y luego los meses, y luego los años. Y, cuando el niño cumplió los siete, su abuelo se lo confió a un alfaquí a quien encomendó que le diese la mejor instrucción. El mozalbete pasó, de esta manera, cuatro años en la escuela, donde se mostró pendenciero y muy dado a ofender a todos. Más de una vez les dijo: «¿Quién de entre vosotros puede compararse conmigo, que soy hijo del ministro del sultán de Egipto?». Los otros chicos fueron entonces a exponerle al maestro sus quejas contra Ayib, y aquel les contestó: «Voy a deciros lo que tenéis que hacer para que se le quiten las ganas de volver a la escuela. Cuando venga mañana, os juntáis todos a su alrededor y os decís unos a otros: "Solo vamos a jugar con quien nos diga cómo se llaman su madre y su padre; si alguno no sabe los nombres de su madre y de su padre, es que es un hijo del pecado y no volverá a jugar con nosotros"». Y, en efecto, a la mañana siguiente fueron, como todos los días, los niños a la escuela, rodearon a Ayib y le dijeron: «No vamos a admitir en nuestros juegos a ningún compañero que no sea capaz de decirnos cómo se llaman su padre y madre». Todos se mostraron de acuerdo y comenzaron a hablar uno por uno. El primero dijo: «Me llamo Máyid; mi madre, Alwa, y mi padre, Izzeddín». Otro hizo lo mismo y luego un tercero. Así, hasta que le llegó el turno a Ayib: «Yo me llamo Ayib; mi madre es la dama Bella sin Par, y mi padre es el ministro Shamseddín». Todos le replicaron: «¡Nada de eso! El ministro no es tu padre», a lo que el mozalbete repuso: «¡Pues claro que es mi padre!». Los niños entonces se echaron a reír y comenzaron a darle palmadas mientras le decían: «¡Tú no sabes quién es tu padre! Vete de aquí porque con nosotros no va a jugar un niño que no sabe cómo se llama su padre», y se apartaron todos de él entre guasas y pullas. Ayib sintió tal congoja que se echó a llorar, y el maestro le preguntó: «¿Te crees de verdad que tu padre es el ministro? Nada de eso, muchacho. Shamseddín es tu abuelo, el padre de tu madre. A tu padre no lo conoces ni tú ni nadie. Que sepas que el sultán casó a tu madre con el mozo de cuerdas, Centella el giboso, pero entonces vinieron unos *yinns*, que se acostarían con ella. Como no sabes quién es tu padre, eres un bastardo, un hijo del pecado, y lo último que puedes hacer es mirar a los otros niños por encima del hombro. ¿No te das cuenta de que hasta el hijo de un modesto tendero conoce a su padre? El ministro no es más que tu abuelo, y a tu verdadero padre no lo conocemos nosotros ni tú tampoco. ¡Vuelve en ti, muchacho!».

Nada más oír estas palabras, Ayib abandonó la escuela y se fue en busca de su madre, para contárselo, pero los sollozos apenas le permitían hablar. A Bella sin Par se le partió el corazón con las palabras que logró entenderle al desconsolado Ayib: «¿Por qué lloras, hijo mío? Cuéntame lo que te ha pasado». El niño le repitió las palabras de sus compañeros y el maestro, y le preguntó: «¿Quién es mi padre?». «Tu padre —contestó ella— es el ministro Shamseddín», a lo que Ayib repuso: «Él no es mi padre; no me mintáis. El ministro es vuestro padre, no el mío. ¡Decidme quién es mi padre! Si no me decís la verdad, me quito la vida ahora mismo con este puñal».

⁵⁷ Literalmente, «maravilloso».

Al entender que el garzón se refería a su verdadero padre, la dama sintió un gran desconsuelo, pues recordaba vívidamente las virtudes de Badreddín Hasan el Basorí y la bendita noche que con él había pasado. Y recitó:

«Al irse me dejaron lleno de amor el pecho,
y ni siquiera sé cuál es su paradero.
Perdiéndolos⁵⁸, perdí toda entereza de ánimo,
con mi buen conformar, mi dicha y mi descanso.
No he vuelto a estar contenta desde aquel triste día;
mis congojas se suceden, no gozo con la vida.
Mis ojos liberaron con su partir de trabas
y ya la mar se anega con mis copiosas lágrimas.
Cuando el deseo de verlos más insistente apremia
y no puedo aguantar la añoranza y la espera,
creo ver en mis entrañas trazados sus contornos,
y, con ellos, anhelos de pasados arbores,
Su continuo recuerdo como un manto me envuelve;
el amor que les tengo con vida me mantiene.
¿De vuestra decisión no volveréis, queridos?,
¿cuánto más durará vuestro duro desvío?».

Luego se echó a llorar y a lamentarse a grandes voces, secundada por su hijo. Entró entonces el ministro, quien, al verlos a ambos tan alterados, se llenó también él de pesar y les preguntó: «¿Por qué lloráis?». Bella sin Par le refirió lo del niño con sus compañeros de escuela, y también el ministro se echó a llorar, por cuanto había ocurrido con su hermano primero y luego con su hija, aunque seguía sin conocer el fondo del asunto. Sin perder un instante, el ministro fue adonde el sultán, entró a su presencia, le contó la historia y le pidió permiso para salir de viaje hacia oriente, con la intención de alcanzar la ciudad de Basora y preguntar por su sobrino, el hijo de su hermano. Le pidió asimismo a su alteza que le firmase salvoconductos para las tierras que habría de atravesar, y así poder traerse a su familiar de donde lo hallase. Dicho esto, se echó a llorar delante del sultán, quien se apiadó y le extendió los documentos del caso. Satisfecho con ello, Shamseddín Muhámmad le pidió a Dios, en voz alta, que guardase al sultán, se despidió de este y regresó a su casa para preparar el viaje. De este modo, y acompañado de su hija y su nieto, partió el ministro. Al tercer día de marcha llegaron a Damasco y quedaron impresionados por sus arboledas y ríos, que tanto celebró el poeta:

Una jornada entera pasamos en Damasco,
que a nadie, a fe del Tiempo, jamás ha defraudado.
A la lóbrega noche se le cubrió la cabeza
de inmaculados brotes sin que se diera cuenta.
Las gotas de rocío sobre las tiernas ramas
eran perlas que el suave vientecillo acunaba.
Los pájaros la página de la alberca leían,
y las nubes ornaban los trazos de la brisa.

⁵⁸ Que se hable en plural del ser amado es una convención poética, justificada seguramente en el decoro; pero derivada, además, de la situación, explotada a menudo en la poesía árabe arcaica, de añoranza provocada por la partida del clan nómada al que pertenece el ser amado.

El ministro Shamseddín decidió plantar las tiendas en el Guijarral. «Vamos a parar aquí –les dijo a sus sirvientes– dos días, para reposar». Los mozos entraron en la ciudad para atender cada cual a sus intereses y gustos. Uno vendía, otro compraba, aquel iba a los baños y el de más allá visitaba la mezquita de los Omeyas, que no tiene par en el mundo entero. También el muchacho, Ayib, se aventuró por la ciudad con la intención de distraerse. Su criado, un eunuco negro muy corpulento, iba detrás del niño, con un bastón en la mano tal que, si lo emplease contra un camello, derribaría a la bestia de un solo golpe. Los damascenos tuvieron así ocasión de admirar a Ayib: su delicado talle, su garbo al andar, sus facciones perfectas; la finura de quien era más sutil que el céfiro, más dulce que el agua cristalina para el sediento, más deseable que la salud para el prudente. Y nadie dejaba de reaccionar al verlo. Todos corrían hasta alcanzarlo, y mientras que unos seguían sus pasos, otros se sentaban en las calles para admirarlo con tranquilidad. Así, hasta que el siervo y su joven amo fueron, por Disposición del Cielo, a detenerse ante la tienda de Badreddín Hasan, quien había heredado el negocio y los haberes del cocinero que en su día lo adoptó. Badreddín Hasan miró a su hijo, tuvo un fuerte pálpito en el pecho, y, como quiera que la sangre llama a la sangre, desde aquel punto y hora amó al mozalbete con toda la fuerza de su corazón. Se daba la circunstancia de que acababa de preparar un dulce de granada, y, movido por aquel amor divino, le dijo: «Sabed, joven señor, que os habéis adueñado de mi corazón y habéis llegado a lo más hondo de mi ser. ¿Queréis entrar a la tienda y aliviarme las penas probando un plato que acabo de preparar?», y, dicho esto, se le llenaron, los ojos de lágrimas, al recordar cómo había sido su vida en el pasado y en qué había quedado todo. Al oír las palabras de su padre, a Ayib se le enterneció el corazón y, dirigiéndose al criado, dijo: «Este hombre me ha llegado al alma. No parece sino que se hubiera separado de un hijo suyo. Aliviémosle, pues, las penas, como él dice, entrando en su tienda y aceptando su invitación. Permita Dios que pueda yo reunirme con mi padre y aliviarle a él también su dolor». El fámulo repuso: «¡No, por Dios, señorito! Eso no es adecuado. Vos, que sois hijo de ministro, no podéis comer en la tienda de un vulgar cocinero. ¿No veis que he de recurrir a este palo para apartar de vos al gentío y que no se os queden mirando? ¿Cómo os voy a dejar entrar ahí?». Badreddín Hasan se dirigió al eunuco, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas: «Lo amo con todo mi corazón». El criado exclamó para sí: «¡Habrás visto la sinrazón!», y luego, dirigiéndose al chico, su amo: «¡No entraréis!». Pero Badreddín Hasan volvió a hablarle al eunuco: «¿Por qué motivo, gran hombre, no quieres que me lleve yo esa alegría? Dímelo, tú, que a la castaña te pareces: negro por fuera, pero con el corazón blanco; tú, a quien tanto han alabado los poetas». El criado se echó a reír: «¿De qué hablas? Explícate, pero no te extiendas demasiado». Hasan entonces recitó estos versos que hacían referencia a un eunuco:

«Su completa lealtad, sus modos intachables
le han dado potestad sobre palacios reales,
amén del mismo harén... ¡Es tan probo doméstico
que acuden a servirle los ángeles del cielo!».

Encantando con estas palabras, el fámulo tomó del brazo a Ayib y entró en la tienda del cocinero. Apartó entonces Hasan una escudilla de granada con almendras y azúcar, mientras exclamaba: «¡Cuánto me honráis con vuestra presencia! Comed, y que os siente bien»; a lo que su hijo respondió: «Siéntate con nosotros y come tú también. Permita Dios que nos reunamos con quien

andamos buscando». «¿Cómo es eso –preguntó Badreddín–, hijo? ¿Siendo tu edad tan tierna ya sufres la ausencia de seres queridos?». Ayib contestó: «Así es, maestro. Herido tengo el corazón por la falta de mi padre. Ese es el motivo de que hayamos emprendido un largo viaje, mi abuelo y yo, que vamos en su busca. ¡Ay...! ¡Ojalá pueda reunirme con él!». El muchacho se echó a llorar, desconsolado, y con él, su padre, quien se acordó de que también él había perdido a su padre y su madre. Al eunuco le dio lástima del cocinero, y comieron los tres juntos hasta hartarse.

Al acabar, se levantaron el mozalbete y su sirviente, y dejaron la tienda de Badreddín Hasan. Este notó que el espíritu se le salía del cuerpo y se iba tras ellos. Incapaz de aguantar ni un solo instante sin la compañía del niño, y eso que aún no sabía que era su hijo, cerró la tienda y los siguió. Caminó a toda prisa y los alcanzó antes de que hubiesen traspasado la Puerta Grande. El eunuco lo vio y le preguntó: «¿Qué quieres, cocinero?». «Cuando os fuisteis de mi lado –repuso Badreddín–, el espíritu se me salió del cuerpo; y, como tenía algo que hacer extramuros, pensé que podía acompañaros, y volver luego a mi tienda». El eunuco se enfadó y le dijo a su joven amo: «¡En mala hora comimos de ese dulce! Fue una buena acción que ahora se nos vuelve en contra... Ese viene detrás de nosotros». Ayib miró y vio al cocinero. El rostro se le puso rojo de la ira, aunque le dijo al criado: «Déjale seguir su camino, que la calle es de todos los siervos de Dios. Pero, eso sí, cuando nos acerquemos a nuestro campamento, si todavía nos sigue, hagamos que se vaya de una vez». Dicho esto, bajó la cabeza y echó a andar, y otro tanto hizo el eunuco. Badreddín los siguió hasta el Guijarral, de lo que se dieron perfecta cuenta el muchacho y su sirviente. Cerca ya del sitio donde habían acampado se volvieron y comprobaron que el cocinero seguía tras ellos. Ayib, muy disgustado, temió, además, que el eunuco fuese a su abuelo con el cuento de lo ocurrido. Miró atrás con atención y, no bien lo hubo hecho, se encontraron sus ojos con los de su padre, que era como un cuerpo vaciado de su espíritu. Pero lo que Ayib vio fueron los ojos de un pervertido, y su irritación creció. De manera que agarró una piedra y la lanzó contra su padre. El proyectil le dio a este en la frente y lo tiró por tierra. Badreddín quedó sin sentido y con la cara chorreándole de sangre. El muchacho y el criado siguieron su camino.

Cuando Badreddín Hasan volvió en sí, se secó la sangre y se vendó la cabeza con un trozo de tela que cortó de su propio turbante. Luego se dijo: «¡Mal me he portado con el muchacho al cerrar la tienda y venir siguiéndolo...! Ha de pensar que lo he querido deshonrar». Y se volvió a su tienda, donde reanudó la tarea. Y, al recordar a su madre, que en Basora había quedado, se echó a llorar y luego recitó:

*«Sinrazón es pedirle justicia a la Ventura;
¿no ves que no la hicieron para que fuese justa?
Vive sin alterarte, y como llegue, la vida,
que justicia y reverses te vendrán con los Días».*

Después de esto siguió Badreddín Hasan de Basora dedicado a vender la comida que él mismo preparaba. En cuanto al ministro del sultán de Egipto, su tío, tras los tres días de descanso en Damasco, reemprendió el viaje en dirección a Homs, donde hizo también parada, y desde allí siguió adelante, muy atento a cuanto a su paso iba encontrando, por si le servía en su búsqueda; y así, hasta que, pasando por Diyar Bakr, Mardin y Mosul, llegó por fin a Basora. Y, no bien se hubo acomodado en esta, fue adonde el sultán para presentarle sus respetos. El sultán lo acogió

con todos los honores y le preguntó por el motivo de su venida. Shamseddín le contó su historia, sin ocultarle que era hermano del malogrado Nureddín Ali. El sultán de Basora le dijo apenado: «Yo quería mucho a Nureddín, estimado amigo; hace ya quince años que murió dejando a un hijo a quien perdimos y de quien no hemos vuelto a saber nada. Pero la viuda, que es hija de quien, antes que Nureddín, se hizo cargo del ministerio, sí que sigue entre nosotros». Cuando Shamseddín oyó que su cuñada seguía viva, se alegró y dijo: «Quisiera, alteza, reunirme con ella». El sultán le dio permiso al instante para que la visitara en la casa del finado, y allí se fue Shamseddín. Se detuvo el forastero ante la que había sido la casa de su hermano, paseó los ojos por cuanto a la vista estaba y besó las piedras del umbral, sin dejar de pensar en su hermano Nureddín Ali, cómo había muerto este en tierra extraña y cuánto lo había añorado él. Y recitó unos versos muy en consonancia con la situación:

«Me acerco a la morada que mi Leila habitara,
y piedras y paredes con veneración beso.
Arde mi corazón; mas no por la morada,
sino por la persona que aquí tuvo aposento».

Traspassó luego el portón, que le dio acceso a un amplio patio. Allí vio un arco levantado en pedernal y mármoles de varios colores que daba acceso a la vivienda. Se internó en esta y la recorrió despacio y sin perder detalle de cuanto había. Llegó así a un muro sobre el que leyó el nombre de su hermano Nureddín, escrito en letras de oro. Se acercó a la inscripción, la besó y se echó a llorar, devastado por la ausencia. Cuando se repuso, recitó:

«Al sol, cuando amanece, pido noticias vuestras,
y al primer fútilazo que anuncia la tormenta.
De noche me maltrata con crueldad la nostalgia,
mas no quiero, al decirlo, despertaros la lástima.
¡Cuánto tiempo ha pasado desde vuestra partida!
El pecho me dejasteis en estado de ruina.
Que pronto se me ofrezca de veros el regalo:
nada mejor podrían anhelar estos párpados.
A nuestros días juntos mis afanes dedico;
en mi alma ya no queda para nadie más sitio».

Siguió luego avanzando hasta que llegó a la cámara de su cuñada, la viuda de su hermano y madre de Badreddín Hasan. La dama, desde que este desapareció, no tenía otra ocupación que llorar y lamentarse. No había tardado mucho, después de la huida de Badreddín, en ordenar que le construyeran un monumento de mármol, que colocó en medio de la gran sala. Y ante dicho túmulo vivió, llorando a todas horas, pues se negaba a dormir en otro lugar. El ministro Shamseddín, pues, se acercó a las estancias de la dama y, parado ante la puerta, pudo oír su voz:

«¿Que está marchito, tumba, quien yo bien quiero es cierto,
que de existir dejó su tierna donosura?
¿Y cómo es que tú, tumba, sin ser vergel o ciclo,
cobijo sabes darme al junco y a la luna?».

Y recitando estaba la inconsolable viuda cuando el ministro Shamseddín se acercó a ella. Le dirigió el saludo de la paz y le comunicó que era el hermano de su difunto esposo. Luego

le relató cuanto había ocurrido, sin ocultarle nada: cómo Badreddín Hasan, el hijo de la dama, después de pasar una noche con su hija, la del ministro, había desaparecido con la mañana. Y añadió: «Mi hija quedó preñada del vuestro y tuvo un niño, vuestro nieto, que está ahora conmigo». Cuando la mujer vio al hermano de su difunto esposo y oyó que su hijo seguía vivo, se levantó, fue hacia su cuñado, le besó los pies y recitó:

«¡Dichoso sea el heraldo que anuncia su llegada,
pues que me ha sorprendido con muy dulces palabras!
Si aceptármelo quiere, le entrego este guñapo:
mi pobre corazón, roto desde hace tanto».

El ministro mandó entonces por Ayib. Cuando el muchacho llegó, su abuela se levantó para recibirlo, lo abrazó y se echó a llorar. Shamseddín le dijo: «No es este tiempo de llanto, sino de que os preparéis para venir con nosotros a Egipto. Quiera Dios que podamos todos reunirnos con vuestro hijo, mi sobrino». «Bien decís», repuso la viuda. Y se puso en pie de inmediato para aprestar enseres, dineros y esclavas, y enseguida lo tuvo todo listo. El ministro Shamseddín fue a despedirse del sultán de Basora, que le ofreció espléndidos presentes para el de Egipto. Y, sin más dilación, partió Shamseddín con los suyos y acompañado de su cuñada. Avanzaron a buen ritmo y no tardaron en llegar a Damasco. Se detuvieron en el Qanún, plantaron las tiendas y el ministro dijo a los suyos: «Pararemos una semana en Damasco para comprarle a su alteza, nuestro señor, recuerdos y objetos de valor». El joven Ayib, por su parte, le dijo al eunuco: «Mozo, me hace falta distraerme un rato... Vayamos al mercado de Damasco y veamos qué se nos ofrece. Podemos también averiguar qué ha sido de aquel cocinero que nos convidó a dulce y a quien descalabramos. ¡Mal le pagamos su generosidad!». «Lo que vos digáis, señorito», respondió el eunuco. De modo que Ayib, atendiendo a la llamada de la sangre, abandonó el campamento, seguido por el eunuco, en dirección a la ciudad. Caminaron sin detenerse hasta donde el cocinero, a quien hallaron de pie ante su negocio. Atardecía, y dio la coincidencia de que el hombre había preparado, también ese día, dulce de granada. Cuando lo tuvieron cerca, Ayib lo miró con cariño en el corazón y advirtió que la pedrada le había dejado una cicatriz en la frente. Y le dijo: «La paz sea contigo, buen hombre. ¿Sabes que me he acordado mucho de ti?». Badreddín se quedó mirando al muchacho, sintió que el afecto le renacía en las entrañas y cómo le palpitaba, desbocado, el corazón. Pero bajó los ojos. Quería que su lengua se pusiese en movimiento, pero no había manera. Al poco, sin embargo, alzó la cabeza, para mirar a su hijo con expresión sumisa, y recitó:

«Cuando a mi amado vi, tras anhelarlo tanto,
perdí tino y dominio de rostro, lengua y párpados.
La cabeza humillé por encumbrarlo a él;
mi sentir a las claras, sin querer, le mostré.
Las quejas y reproches que dispuestas traía
me las hizo olvidar verme en su compañía».

Luego les dijo a ambos: «Aliviadme el corazón probando mi comida. Bien sabe el Altísimo, joven señor, que nada más veros aquella vez se me llenó de afecto el corazón, y que, cuando os alejasteis de mí, creí perder el juicio». Ayib repuso: «Más cierto es que te mostraste muy cariñoso con nosotros, y por eso tomamos contigo un bocado; pero luego tú nos fuiste a la zaga para nuestra deshonra. Ahora, si quieres que entremos, tendrás que jurarme que luego

no nos seguirás. De lo contrario, no volveremos a vernos, pues solo pararemos en esta ciudad una semana, el tiempo necesario para que mi abuelo le consiga unos regalos a nuestro señor, el sultán». Badreddín aseguró: «Podéis contar con ello». Entraron, pues, Ayib y el eunuco en la tienda, y el cocinero les sirvió una escudilla rebosante de dulce de granada. Ayib lo invitó: «Come tú también con nosotros, quiera Dios darnos a todos solaz». Muy contento con estas palabras, Badreddín se sentó con ellos, y comió sin despegar ni un instante los ojos del rostro del muchacho, en quien había volcado todo el cariño que abrigaba. Ayib le dijo entonces: «¿No te he dejado ya claro que tu mucho apego me resulta insoportable? ¡Deja ya de mirarme con tanta fijeza!». Badreddín recitó entonces:

«Secreto amor por vos los corazones guardan;
a buen recaudo está lo que la lengua calla.
Al ver vuestra belleza se avergüenza la luna,
y envidia de vos siente la mañana más pura.
De vuestras buenas prendas testigo seré siempre:
¡si de crecer no cesan los signos elocuentes!
Vuestra boca es el Káulhar donde mi sed abreva,
y en vuestra faz mis ansias buscan la paz eterna».

Badreddín se cuidó de ir acercándoles dulce de granada a la boca, tanto a Ayib como al eunuco. Luego les vertió agua en las manos, para que se lavaran, y se las secó con un paño de seda que llevaba a la cintura, para acabar rociándolos con agua de rosas que guardaba en una redoma. Salió a continuación de la tienda y regresó con dos cantarillas de refresco aderezado con agua de rosas almizclada, que les ofreció a sus huéspedes: «¡Hacedme hasta el final los honores!». Ayib tomó uno de los recipientes, bebió y se lo pasó al criado. Y no dejaron de beber hasta que quedaron saciados y ahitos, con los estómagos más llenos de lo que por costumbre tenían. Se despidieron y se marcharon ambos, a toda prisa, para llegar cuanto antes al campamento. Ayib entró donde su abuela, la madre de su padre. Ella lo besó con mucho cariño, y, como se acordara de su propio hijo, Badreddín Hasan, lanzó un largo suspiro y recitó:

«Si en que habremos de reunirnos
me faltara la confianza,
a la existencia sentido
no pienso que le encontrara.
Solo el amor que te tengo
está vivo en mis entrañas;
bien lo sabe el Hacedor,
a Quien nada se Le escapa».

Luego le preguntó a su nieto, Ayib: «¿Dónde estabas, niño mío?». «En Damasco, en la ciudad», dijo él. La dama se levantó, trajo una escudilla con dulce de granada, que había preparado con poco azúcar e invitó también al fámulo: «Siéntate con tu señor a comer». El eunuco pensó: «¡Cómo vamos a comer ahora, si ya no tenemos ganas!», pero se sentó, como le habían mandado. También Ayib tenía el estómago lleno a rebosar. Tomó, con todo, un poco de pan, lo mojó en la granada y se lo comió. Saciado, como estaba, lo encontró muy poco de su gusto, y así lo hizo saber: «¿Qué es esto tan desabrido?». Su abuela dijo: «¿Con que no te gusta lo que yo misma he preparado, cuando no ha habido mejor cocinera que yo, salvo tu padre, Badreddín Hasan?». Ayib

se justificó: «Pues esta vez no os ha salido redondo, señora. En la ciudad acabamos de estar con un cocinero, y hace un dulce de granada que solo de olerlo da gusto; lo prepara con tanta arte que hasta al empachado le despierta el apetito. La verdad es que, comparado con el dulce de ese hombre, el vuestro, señora, queda en nada». Estas palabras molestaron sobremanera a la abuela, quien miró al criado.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 24**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la abuela de Ayib, al oír las palabras de este, se irritó y, volviéndose al criado, le dijo: «¡Ay de ti! ¿Es cierto que estás llevando al niño a tiendas de cocineros para echarlo a perder?». El eunuco repuso asustado: «No hemos llegado a entrar en la tienda; solo hemos pasado por delante». Pero Ayib lo contradijo: «¡Pues claro que sí hemos entrado, y comido hasta hartarnos, además! ¡Y su dulce es mejor que el vuestro!». La abuela fue a contárselo a su cuñado y le echó la culpa al fámulo, que hubo de presentarse ante su amo. Este, el ministro, le preguntó: «¿Cómo es que has entrado con tu señorito en la tienda de un cocinero?». Llevado de nuevo por el miedo, el criado repuso: «¡Pero si no hemos llegado a entrar!». Ayib volvió a dejarlo en mal lugar: «¿Desde luego que sí! Hemos comido todo el dulce de granada que nos ha apetecido y luego el cocinero nos ha convidado a un refresco con nieve y azúcar». Cada vez más irritado, el ministro volvió a preguntarle al eunuco, que volvió a negarlo. El ministro le dijo entonces: «Si es verdad lo que dices, siéntate a comer delante de nosotros». Quiso, en efecto, el criado comer de lo que le ofrecían, pero, como no podía, soltó el bocado diciendo: «Estoy, mi señor, más que saciado desde ayer». Y así supo el ministro que había comido en lo del cocinero. De modo que les ordenó a los esclavos que tendieran al eunuco en el suelo. Así lo hicieron ellos y el ministro comenzó a asestarle dolorosos golpes. El eunuco pidió socorro e insistió: «¡Es cierto, mi señor, ayer comí más de la cuenta!». Su amo dejó de golpearlo y le ordenó: «¡Di de una vez lo que ha pasado!». «La verdad —fue la respuesta— es que hemos entrado en la tienda del cocinero, que estaba preparando dulce de granada, y nos ha servido una escudilla. Y Dios es testigo de que no he comido, jamás en la vida, nada igual, como tampoco he probado nada peor que lo que me habéis puesto por delante». Muy enfadada, dijo entonces la madre de Badreddín Hasan: «Pues ahora mismo tienes que ir adonde ese cocinero y traer una escudilla de su dulce de granada, para que tu amo lo pruebe y decida cuál de los dos es mejor y más sabroso». «Ahora mismo», repuso el eunuco. La señora le dio entonces una escudilla y medio dinar, y el criado salió hacia la tienda. Una vez allí le dijo al cocinero: «Los de la casa de mi amo han hecho apuestas sobre tu comida, si será o no mejor que el dulce de granada que han hecho allí. Toma, pues, este medio dinar y dame de lo mejorcito que tengas, porque me han hecho degustar muy buenos golpes a cuenta de tus guisos». Badreddín Hasan se echó a reír: «Nadie prepara la granada como mi madre y yo, y ella está ahora en tierras lejanas», y llenó la escudilla de dulce y la remató con agua de rosas y almizcleña. El criado salió con ella a toda prisa y no paró hasta llegar al campamento.

La madre de Badreddín tomó la escudilla, probó el dulce y, al comprobar lo sabroso que era, supo sin lugar a dudas quién lo había preparado. Dio un grito y cayó sin sentido ante el es-

tupor del ministro. La asperjaron con agua de rosas, volvió en sí y dijo: «Si mi hijo está aún en este mundo, ha tenido que ser él quien ha preparado este dulce de granada. Sí, mi hijo Badreddín Hasan, porque, aparte de él, solo yo, que se lo enseñé, lo hago tan bueno». El ministro, alborozado, repuso: «Después de tanto como hemos deseado ver a mi sobrino, ¿será cierto que la vida nos va a procurar el encuentro? Al Altísimo rogamos que así sea». Dicho lo cual y sin perder más tiempo, el ministro se levantó, llamó a grandes voces a los hombres que con él viajaban y les ordenó: «Veinte de vosotros, id a la tienda del cocinero; echadla abajo, atadle las manos con su propio turbante y traédmelo aquí, pero sin hacerle el menor daño». «Así se hará», respondieron. El ministro partió a lomos de su montura hacia la Mansión de la Dicha, que era el nombre con que se conocía la sede del gobierno, y pidió audiencia con el gobernador de Damasco, a quien enseñó los papeles del sultán que consigo traía. El mandatario primero los besó, luego se los llevó a la frente en señal de acatamiento y preguntó: «¿Y contra quién tenéis queja?». «Contra un cocinero», fue la respuesta. Y al punto ordenó el gobernador a sus chambelanes que fuesen a la tienda. Así lo hicieron ellos, pero al llegar vieron que alguien la había demolido, y destrozado cuanto en ella había; pues, mientras el ministro iba a la Mansión de la Dicha, sus hombres habían hecho lo que él les mandó, y allí se quedaron esperando al amo. Badreddín Hasan, mientras tanto, se preguntaba: «¿Qué pueden haber encontrado en el dulce de granada para que me hayan tratado así?». Poco después llegó el ministro de la Mansión de la Dicha, una vez obtenido el permiso del gobernador para apresar a quien lo había ofendido y llevárselo consigo.

Al llegar al campamento, el ministro reclamó al cocinero, a quien le trajeron, maniatado con su propio turbante. Cuando Badreddín Hasan vio a su tío, el hermano de su padre, se echó a llorar con gran desconsuelo y preguntó: «¿Cuál es mi culpa, señor?». El ministro Shamseddín: «Tú eres quien preparó el dulce de granada, ¿verdad?». Badreddín: «Sí, y ¿acaso habéis hallado en el plato algo que me haga acreedor a que me corten el cuello?». «Esa –repuso el ministro– es la pena más leve que mereces». «¿Vais a decirme –preguntó Hasan– cuál es mi culpa?». El ministro repuso: «Sí, a no tardar», y llamó a sus mozos y les dijo: «Traed los camellos». Los hombres se llevaron a Badreddín Hasan, lo metieron en un arcón, que cerraron con cerrojo, y emprendieron todos viaje. Y no detuvieron la marcha hasta que, al llegar la noche, hicieron alto, repusieron fuerzas y sacaron a Badreddín del arcón, pero solo para darle de comer, pues enseguida lo encerraron de nuevo. Reemprendieron la marcha y, al llegar a Qamra, volvieron a sacar al intrigado cocinero. El ministro le preguntó una vez más: «¿Eres tú quien preparó el dulce de granada?». «Sí, mi señor». «¡Pues ponedle grillos en los pies!». Y, en efecto, lo engrillaron, lo metieron otra vez en el arcón y siguieron avanzando hasta llegar a Zabdánfa, ya en las inmediaciones de El Cairo, donde plantaron las tiendas.

El ministro mandó sacar a Badreddín Hasan del arcón, y llamar a un carpintero, a quien dijo: «Corta la silueta de ese hombre en madera». «¿Para qué?», preguntó el atribulado Badreddín Hasan. El ministro repuso: «Te clavaremos en ella y te pasearemos por toda la ciudad». Badreddín preguntó de nuevo: «¿Y por qué vais a hacer esa atrocidad conmigo?». «Por no haberle esmerado –dijo el ministro Shamseddín– en el dulce de granada, al que no pusiste pimienta». «¿Y porque estaba falto de pimienta me hacéis todo esto? ¿No habéis tenido bastante con encerrarme y darme de comer una sola vez al día?». «El castigo que mereces –repuso el ministro– por no haberle puesto pimienta es la muerte, ni más ni menos». Asombrado quedó Badreddín, quien, afligido por la suerte que iba a correr, se quedó sin palabras. El ministro le preguntó: «¿En qué

piensas ahora?». «En mentes –repuso el joven– tan estúpidas como la vuestra, pues, si tuvierais algo de seso, no me haríais todo esto solo porque a un guiso le faltaba pimienta». El ministro explicó: «Tenemos que castigarte para que no vuelvas a las andadas». «La menor de las iniquidades que me habéis hecho sufrir bastaba y sobraba como castigo», se quejó Badreddín, y el ministro concluyó: «Te clavaremos, sin más remedio, en el fantoche». Mientras así hablaban, el carpintero iba haciendo la réplica de Badreddín Hasan, a quien miraba de vez en cuando. Y así siguieron hasta el atardecer, cuando su tío mandó meter a Badreddín otra vez en el arcón y le dijo: «Mañana te clavaremos», y, dicho esto, esperó hasta que supo que el joven se había dormido. Subió entonces a lomos de su montura y con el arcón delante, sobre otra bestia, se encaminó hacia la ciudad.

Llegado que hubo a su casa, le dijo a Bella sin Par, su hija: «Loado sea Quien ha querido reunirse con tu primo. Quiero que hagas cuanto esté en tu mano para dejar, a toda prisa, la casa como estaba la noche de tu boda». La joven les transmitió la orden a las esclavas, que fueron encendiendo las velas. El ministro, por su parte, sacó la hoja de papel donde había consignado el plano e inventario del arreglo y enseres de la casa. Y, de acuerdo con ello, fue dando órdenes a sus sirvientes para que lo pusieran todo en su sitio, de modo que a quien lo viera no le cupiese duda de que aún continuaba en aquella noche de bodas. Para concluir, dispuso el ministro que colocaran el turbante de Hasan donde él mismo lo había dejado, y que otro tanto hicieran con los zaragüelles y la bolsa que el joven metió bajo los cobertores. Cuando todo estuvo listo, el ministro le dio a su hija instrucciones para que se acicalase del mismo modo que lo había hecho en su casamiento. Le ordenó luego que entrase en la alcoba, y concluyó: «Cuando tu primo entre en la cámara dile que ha tardado mucho en las letrinas; luego haz que se acueste a tu lado y quédate hablando con él hasta que se haga de día y descubramos todo este juego». A continuación, y no sin antes tomar nota de la fecha del día, el ministro sacó a Badreddín de la caja, lo liberó de sus grilletes, le quitó la ropa y lo dejó solo en camisa, que era muy fina, y sin zaragüelles. Todo, sin que el joven se diera cuenta, ya que seguía profundamente dormido. Cuando, al cabo, quiso la Providencia que Badreddín viniera a despertar de su sueño, se encontró en un luminoso corredor, y se preguntó a sí mismo: «¿Estaré soñando o me he despertado ya?». Siguió avanzando, hasta llegar a una segunda puerta, y comprobó que se hallaba en la casa donde, hacía años, se desveló la novia. Ahí estaban la alcoba y la cama, así como su turbante y demás pertenencias. La visión de todo ello lo dejó tan asombrado que apenas podía dar un paso sin retroceder otro. Volvió a preguntarse: «¿Esto está ocurriendo mientras duermo o en mi vigilia?», y, después de pasarse la mano por la frente, exclamó: «¡Pero si aquí es donde la novia se desveló ante mí...! ¿Y no estaba yo hace nada metido en un arcón?». Y haciéndose preguntas como esas seguía cuando la dama Bella sin Par alzó una punta del mosquitero y le preguntó: «¿No entráis, mi señor? Demasiado tiempo habéis pasado ya en las letrinas...». Él, al oír estas palabras y ver la cara de la dama, se echó a reír y exclamó: «¡Tengo que estar soñando!». Entró en el cuarto, suspiró y, tras recapacitar sobre todo aquello, se sintió aún más desconcertado, pues no hallaba explicación a lo que ocurría. Luego, al reconocer su turbante, sus zaragüelles y la bolsa con los mil dinares, volvió a hablar en voz alta, atónito: «¡No puede ser...! Tengo que estar soñando...». Bella sin Par le preguntó: «¿Qué os pasa, cómo es que os veo tan confuso? No estabais así al comienzo de la noche». Él sonrió y preguntó: «¿Cuántos son los años que he faltado de vuestro lado?». Ella exclamó: «¡Que siempre estéis sano y el Nombre de Dios os preserve! Pero si habéis salido al retrete hace bien poco, para hacer vuestras necesidades y acabáis de volver... ¿Qué ideas son esas?». Entre risas,

Badreddín contestó: «Decís verdad; solo que, después de dejaros, me venció el sueño en el excusado y soñé que era cocinero en Damasco y que allí viví durante cosa de diez años, hasta que acudió a mi tienda un niño, hijo de algún gran personaje, acompañado de un criado...».

Pero Badreddín, antes de haber terminado su relato y al pasarse una vez más la mano por la frente, notó la marca de la pedrada y exclamó: «¡Creedme, señora, si os digo que todo ocurrió de verdad, pues los efectos de aquel golpe son los propios de los que uno se lleva estando despierto...!». Pero enseguida añadió: «Acaso tuve el sueño cuando nos quedamos dormidos abrazados. Lo cierto es que me he visto viajar a Damasco sin fez ni turbante ni zaragüelles, y trabajando de cocinero...». Se quedó unos instantes en silencio y luego añadió: «Creedme si os digo que me he visto preparando un dulce de granada falto de pimienta... Sí, he tenido que quedarme dormido en las letrinas y soñado todo eso...». Bella sin Par le dijo entonces: «Decidme, os lo ruego, qué más habéis visto en vuestros sueños». Él se lo contó todo en detalle y concluyó: «Y, si no llego a despertarme en ese momento, me habrían clavado sobre un fantoche de madera...». «¿Y eso por qué?», preguntó ella. «Porque le faltaba pimienta —repuso él— al dulce de granada. Y también he visto en sueños que echaban abajo mi casa, que destrozaban todos mis utensilios y me metían en un arcón, y que luego llamaban a un carpintero para que hiciese el fantoche de madera con mi silueta para clavarme. ¡Alabado sea Dios, pues me ha hecho vivir todo eso en sueños y no estando despierto!». Bella sin Par se echó a reír, lo atrajo hacia sí y se abrazaron ambos. De pronto volvió él a exclamar: «¡No puede ser! Todo eso tiene que haber ocurrido mientras estaba despierto... No sé qué pensar de ello ni cuál será la realidad». Y se fue quedando dormido en medio de su confusión, diciendo unas veces: «Lo he visto en sueños», y otras: «No, me ha pasado estando despierto»⁵⁹.

Y así siguió hasta la mañana siguiente, cuando entró en la habitación su tío Shamseddín, el hermano de su padre y ministro, quien le dirigió el saludo de la paz. Badreddín Hasan se lo quedó mirando y exclamó estupefacto: «¡Pero si vos sois quien ordenó que me maniatasen y demolicen mi tienda, quien quería clavarme en un madero, y todo porque un guiso de granada no llevaba bastante pimienta!». El ministro dijo: «Has de saber, hijo mío, que la verdad ha resplandecido y lo que estaba oculto se ha tornado manifiesto. La única verdad es que eres mi sobrino, el hijo de mi hermano Nureddín Ali. Todo lo he hecho para cerciorarme de que eres quien durmió con mi hija aquella noche, y no podía estar seguro más que viéndote reconocer la casa y comprobando que identificabas tu turbante, tus zaragüelles, tu oro y los dos papeles, el que escribiste tú mismo y el del puño y letra de tu padre. Y es que yo no te había visto nunca antes ni te conocía. Sabe, además, que a tu madre la he traído desde Basora». Dicho esto, se acercó a su sobrino, para estrecharlo contra su pecho, y se echó a llorar. Cuando Badreddín Hasan hubo oído las palabras de su tío, lo abrazó y, sin poder salir de su asombro, se echó a llorar de alegría. Su tío siguió luego explicándole: «La causa de todo esto, hijo mío, es lo que pasó entre tu padre y yo», y le relató la

⁵⁹ La similitud con la confusión entre lo vivido y lo soñado, tal como se trata en *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, es llamativa; recuérdese, en el drama clásico español, y entre otros, el fragmento de uno de los parlamentos de Segismundo: «Yo sueño que estoy aquí / destas prisiones cargado, / y soñé que en otro estado / más lisonjero me vi. / ¿Qué es la vida?: un frenesí. / ¿Qué es la vida?: una ilusión, / una sombra, una ficción; / y el mayor bien es pequeño, / que toda la vida es sueño, / y los sueños, sueños son.» (*La vida es sueño*, ed. José M. Ruano de la Haza, Madrid: Castalia, 2000, 2ª ed., pág. 210). La cuestión que queda por dilucidar es si el mensaje espiritual que Calderón transmitía con su anécdota coincide con el que ponen en circulación las *Mil y una noches* en este pasaje.

discusión que provocó el viaje de Nureddín Ali a Basora. Mandó luego el ministro que fuesen a buscar a Ayib, el muchacho. Cuando Badreddín Hasan, su padre, lo vio, no pudo menos que exclamar: «¡Pero si es el que me descalabró!». El ministro exclamó: «¡Es tu hijo!». Hasan se fue hacia él, para abrazarlo, y recitó:

«¡Tanto daño me hizo el separarnos...!
¡Me ha conmovido tan amargo llanto...!
Si nos reunía Dios –fue mi promesa–,
de dolor no hablaría más mi lengua.
Tan fiero fue la dicha en su embestida,
que en llantos me deshice de alegría».

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, se acercó a él su madre, quien, arrojándose en sus brazos, dijo a su vez:

«Enemistad eterna juró guardarme el Tiempo;
a su perjurio habrá de ponerle remedio.
Dado que se han reunido la dicha y los amigos,
al Tiempo le conviene ponerse a su servicio».

Su madre entonces le contó a Badreddín Hasan cuanto le había ocurrido desde que se separaron, y lo mismo hizo él, y ambos le dieron gracias a Dios por verse de nuevo juntos. Luego, al cabo de dos días, fue el ministro Shamseddín adonde el sultán. Entró a presencia de este, besó el suelo ante él y le dirigió el saludo que solo los soberanos merecen. El sultán, muy contento de verlo de nuevo, le dedicó una franca sonrisa, le indicó que se acercase a él y le preguntó por lo que había visto en su viaje y cuanto le había ocurrido. Shamseddín le contó toda la historia, de principio a fin, y su alteza el sultán, muy admirado, dispuso que quedara todo registrado en los archivos, de manera que se convirtiera en historia que perdurase en el tiempo. Luego añadió el sultán: «Loado sea Dios, ya que, habiendo logrado lo que querías, has vuelto sano y salvo a tu país y a los tuyos. Pero tengo que ver a tu sobrino, Badreddín de Basora; tráelo, pues, al consejo mañana mismo». «Así se hará, Dios mediante», repuso Shamseddín, quien, al volver luego a su casa, informó a su sobrino de las ganas que tenía su alteza de conocerlo. Badreddín repuso: «El siervo obedece la palabra de su señor». Y al siguiente día se presentó, en compañía de su tío, ante el sultán, a quien dirigió los más cabales y mejores saludos, tras los cuales recitó:

«El suelo ante vos besan quienes suben de rango
y logran lo que anhelan gracias a vuestra mano.
Los vasallos que en vos cifran sus esperanzas
la gloria en este mundo con rapidez alcanzan».

El rey sonrió y le hizo ademán de que se sentase. Luego le preguntó su nombre, y el joven respondió: «El más despreciable soy de vuestros vasallos; todos me conocen como Badreddín Hasan el Basorí, quien por vuestra alteza pide día y noche». Satisfecho quedó el sultán con estas palabras, pero queriendo medir los conocimientos y formación del recién llegado, le preguntó:

«¿Te sabes algún poema que los lunares cante?». Badreddín Hasan contestó que sí y recitó al punto:

«Cada vez que en mi amado me recreo,
me deshago en sollozos y lamentos.
Un lunar lo embellece, más oscuro
que la pupila o la matriz del pulso».

Mucho agradaron estos versos al sultán, quien, después de bendecir al difunto padre del recién llegado, alabó las dotes de este para la declamación y le pidió más. Badreddín no se hizo de rogar, pues añadió:

«Los lunares los comparan
con semillas de abelmosco.
Mas no es un punto lo que hace
que se rememore un rostro».

El sultán, encantado, exclamó: «¡Dios te bendiga! Sigue, si puedes». Y Badreddín recitó:

«Un grano de perfume perdido entre granates:
tal es ese lunar que os orla la mejilla.
Acceded a mi ruego, ¿por qué sois tan esquivas,
pan de mi corazón, razón por la que late?».

El sultán no cabía en sí de gozo: «¡Magnífico! Y dime ahora, Badreddín, querido, ¿cuántas acepciones tiene en árabe la palabra *jal*?». Badreddín: «Pues, además de "lunar", hay lexicógrafos que le atribuyen hasta cincuenta y siete acepciones, mientras que otros las limitan a cuarenta y nueve». El sultán: «¡Exacto! ¿Y qué puedes decirme acerca de las prendas de belleza?». Badreddín: «Radiante ha de ser el rostro, límpido el cutis, elegante la nariz, hermosos los ojos, graciosa la boca, salada la lengua, fino el talle, armoniosa la apariencia y esplendoroso el cabello. Sobre ello compuso el poeta conocido como Centella del Hiyaz un poema del género didáctico, en metro *ráyaz*, que dice así:

Ha de ser la faz radiante
y la expresión pura y limpia.
Sean melosos los ojos,
y la nariz, larga y fina.
Si boca salada escoges
no ha de fallarte la dicha.
La lengua ha de ser discreta
y la cintura, bien fina.
Mira que el vate es discreto;
presta atención a estas líneas».

La respuesta volvió a dejar más que satisfecho al soberano, quien, muy a gusto en compañía de aquel instruido forastero, siguió preguntándole: «Coméntame el dicho "Más astuto que el zorro fue Shurayh"». Badreddín dijo: «Sepa vuestra alteza, a quien Dios preste Su continuo apoyo, que Shurayh se fue, cuando la peste, de Bagdad a Néyef, donde observó que, al levantarse para orar, se le acercaba siempre un zorro que se paraba a su lado y trataba de imitarlo, distrayen-

do así de la oración a Shurayh. Como viese este que aquello se repetía, se quitó un día la camisa y la colocó sobre una caña, dejando que las mangas colgasen a ambos lados; la ciñó a la altura del tallo, puso encima su turbante y plantó la caña, así arreglada, en el lugar donde tenía por costumbre orar. Cuando el zorro vino como solía, se quedó parado ante el simulacro y Shurayh, acercándosele por detrás, lo agarró. Por eso se dice: "Más astuto que el zorro fue Shurayh".

Cuando, gracias a estas y las anteriores palabras, comprobó el rey cuánto podía enseñarle Badreddín Hasan de Basora, se dirigió al tío de este, Shamseddín Muhámmad: «Tan cumplida es la formación de tu sobrino en artes y letras que no pienso que haya nadie capaz de hacerle sombra en todo Egipto». Badreddín entonces se levantó, se paró ante su alteza el sultán, besó el suelo y se sentó como hacen los esclavos ante su amo; le deseó luego perdurable gloria y le pidió licencia para salir con su tío, el ministro Shamseddín. El sultán dio su venia y ambos volvieron a casa. Badreddín Hasan fue en busca de su mujer, la dulce Bella sin Par, le contó lo sucedido en presencia del sultán, y ella le dijo: «Tenéis ahora ocasión de que os incluya en el círculo de sus contortulios; si lo lográis, os colmaré de dones y regalos, y las luces de vuestra extremada perfección brillarán, por la gracia de Dios, allá donde estéis, sea en la tierra firme o en la mar salada». «Voy a componerle —repuso Badreddín Hasan— un panegírico para que me tome aún más cariño». Su esposa se mostró conforme: «Muy bien pensado; dejad clara la idea, expresadla con elegancia, y estoy segura de que lo complaceréis». De modo que Badreddín de Basora se apartó a un rincón, donde compuso unos versos bien articulados y de hermoso sentido, que son los siguientes:

*Mis elogios suscita quien, a lo alto mirando,
avanza por la senda que los grandes trazaron.
Al reino su justicia procura paz interna
y a crueles enemigos sabe cerrarles puertas.
De su encuentro regresa rico el menesteroso,
y frustrado quien quiere ser cabal en su encomio.
Es mañana radiante cuando tocan las dádivas,
y noche tenebrosa si arrecia la batalla.
Los pechos de sus súbditos munificente adorna
y entre los bien nacidos descuella por sus obras.
¡Háganos Dios el don de prolongar su vida,
y libre lo preserve de trances y perfidias!*

Una vez redactado el poema, se lo envió al rey con uno de los esclavos de su tío Shamseddín, el ministro. El soberano quedó tan contento con el panegírico que se lo leyó a los presentes y estos se hicieron lenguas en alabanza de su autor. Luego el sultán mandó comparecer a Badreddín ante él y le dijo: «Desde el día de hoy te contarás entre mis contortulios y comensales, y recibirás un estipendio de mil monedas de plata al mes». El que fuera cocinero besó tres veces el suelo ante el sultán y le deseó larga vida, y, desde entonces, fue ganándose tal renombre que su fama se extendió por tierras lejanas. Y, en lo sucesivo, todos aquellos, es decir, el ministro, con su hija y su sobrino, el nieto de ambos y la viuda de su hermano, llevaron la más deleitable de las vidas hasta que les fue llegando el que arruina los gozos y a los amigos separa⁶⁰.

⁶⁰ En esta frecuente fórmula hacemos la referencia a la muerte en masculino porque, según puede verse de manera explícita en las historias de las noches 462 y siguientes, el que realiza esa visita definitiva es el Ángel de la Muerte.

Y Yáfar el Barmekí, concluido que hubo su historia, dijo a modo de colofón: «Y esto, Comendador de los Fieles, es lo que les ocurrió al ministro Shamseddín y a su hermano Nureddín».

El califa Harún Arrashid exclamó: «¡Ciertamente es cosa de asombro! Tanto que la relación de esos hechos merece quedar transcrita en pan de oro». Soltó luego al esclavo que había robado la manzana, y al joven viudo le regaló una de sus concubinas, le concedió una asignación que le diese para vivir y lo admitió entre sus contertulios.

Luego dijo la joven dama Shahrazad:

—Pero todavía mejor que esta es la historia del sastre, el jorobado, el judío, el despensero y el cristiano, y cuanto les ocurrió.

El rey Shahriar preguntó:

—¿Y cuál es esa historia?

Y Shahrazad comenzó un nuevo relato:

—TENGO NOTICIA, BIENAVENTURADO REY⁶¹, de que hace mucho tiempo, en época pretérita, hubo en el reino de la China un sastre que, a más de ganarse bien la vida, era amante de la diversión y el canto, y muy dado a salir, en compañía de su esposa, a pasear y solazarse por los más amenos lugares. Pues bien, al volver a su casa cierto día en que habían salido muy de mañana, se encontraron en el camino con un jorobado cuya visión bastaba para suscitar las carcajadas del malhumorado y quitarle las penas al melancólico. El sastre y su mujer se acercaron al hombre para verlo mejor y luego lo invitaron a que los acompañase a su casa para pasar juntos la velada, invitación que el cheposo aceptó. Ya era noche cerrada cuando el sastre fue al mercado, donde compró pescado frito, pan, limones y dulce de leche. Volvió a su casa, sirvió los víveres ante el huésped y empezaron a cenar. La mujer del sastre tomó un buen pedazo de pescado, se lo metió al jorobado en la boca y, mientras se la mantenía tapada con la mano, le dijo: «Tienes que comerte esta tajada de una vez; venga, no tardes». El cheposo se tragó el bocado, pero este traía una recia espina que se le clavó en la garganta y, como había llegado su hora, le ocasionó de inmediato la muerte.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 25**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la mujer del sastre le metió un pedazo de pescado en la boca al giboso, que murió en el acto, pues ya le había llegado la hora. El sastre exclamó: «¡No hay ni fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! ¡Pobre hombre! La muerte le ha llegado de nuestra mano...». La mujer lo reprendió: «¿A qué viene tanto miramiento? Mejor harías en recordar las palabras del poeta:

Consuelo no procuran las quimeras
cuando hace falta resolver problemas.
No conviene sentarse en los rescoldos:
como fuego que son, son peligrosos...».

⁶¹ Comienza el ciclo de «El sastre, el jorobado, el judío, el despensero y el cristiano».

El marido preguntó: «¿Y qué debo hacer?». «Levantaos ahora mismo –repuso ella–, tapadlo con un mantón de seda, tomadlo en brazos y saldremos ahora que es de noche. Yo iré delante y vos, detrás, diciendo a grandes voces: “¡Aquí llevo a nuestro hijo, junto con mi esposa! ¡Al médico vamos para que nos lo cure!”». Y así lo hizo el sastre. Salíó con el jorobado en sus brazos y echó a andar, mientras su esposa se desgañaba: «¡Hijo mío, ponte bueno! ¡Dime dónde te duele! ¿Cómo te habrá entrado la viruela?». De modo que, cuando alguien los veía, comentaba: «Llevan a su hijo, que ha contraído la viruela...». Y así siguieron, preguntando aquí y allá dónde quedaba la casa del médico, hasta que les dieron las señas de uno, judío. Llamaron a la puerta y salió a abrirles una esclava negra. Esta se halló ante un hombre que trafa en brazos a un pequeño y venía acompañado de una mujer. «¿Qué pasa?», preguntó la esclava. «Traemos a nuestro hijo –contestó la mujer del sastre– para que lo vea el médico. Toma este cuarto de dinar, dáselo a tu amo y que baje ahora mismo a ver al niño, que está muy malito». Cuando la esclava subió, la mujer del sastre se coló en el zaguán y le ordenó a su marido: «Deja aquí al jorobado y salgamos por piernas ahora mismo». El sastre puso el cuerpo en el suelo, lo apoyó contra la pared y salió a toda prisa acompañado de su mujer.

La esclava, por su parte, entró donde se hallaba el médico judío y le dijo: «Abajo hay un hombre con su mujer, traen a un enfermo y me han dado un cuarto de dinar para que bajéis y lo tratéis». Satisfecho con el cuarto de dinar, el judío bajó a toda prisa, en la oscuridad, y no más llegar a la planta baja tropezó con el cadáver del jorobado. Exclamó: «¡Por el Santo, por el Señor, por Moisés y los Diez mandamientos, por Aarón, por Josué hijo de Nun...! He tropezado con este paciente, que, a resultas de ello, ha muerto... ¿Cómo haré para sacar el cadáver de casa?». Cargó con él, subió adonde su esposa y le contó lo ocurrido. La mujer lo azuzó: «¿Y qué hacéis ahí parado? ¡Si sigue ahí cuando se haga de día, estamos perdidos! Vamos a subirlo a la azotea y desde allí lo arrojaemos a casa de nuestro vecino, el musulmán, porque, como es quien administra las despensas y la cocina del sultán, en su casa entran a menudo los gatos, para comerse los restos de comida que ahí guarda y los ratones que nunca faltan, y, además, a lo largo de la noche seguro que por las azoteas vecinas se colarán perros que darán buena cuenta de él». De modo que el judío y su esposa subieron a lo alto de la casa con el cadáver del jorobado, que arrojaron, soltándolo de pies y manos, al suelo, donde cayó de pie contra a un muro. Hecho esto, volvieron a bajar.

Y no llevaba mucho tiempo el cadáver del giboso donde cayó cuando el despensero llegó a su casa. Abrió la puerta y ya iba a subir las escaleras, provisto de una vela encendida, cuando vislumbró a un individuo parado en un rincón, al lado de la cocina. El despensero se dijo: «¿Cómo es eso? ¡De modo que quien nos roba la carne y la manteca es un descendiente de Adán...! ¡Y yo, esforzándome por esconderlas de perros y gatos! Ya puedo matar yo a todos los animales del barrio, incurriendo con ello en un pecado contra los pobres bichos, si luego se nos cuela este bajando desde la azotea...». Con una maza le asestó un golpe al cadáver, que se le vino encima; le dio por segunda vez, ahora en el pecho, y el cuerpo se desplomó. El despensero, creyendo que le había ocasionado la muerte, exclamó conmovido: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!», y enseguida, temiendo por sí mismo: «¡Dios maldiga la manteca, la carne y esta noche entera! ¿Cómo ha podido venirle la muerte a este hombre por mi mano?». Se quedó mirando el cadáver y, al verlo contrahecho, le espetó: «No tenías bastante con la chepa, ¿eh? Encima tenías que ser un ladrón de carne y de manteca... ¡Envolvedme, Señor, Protector de todos, en Vuestro hermoso manto!». Y, sin esperar más, se echó el cadáver a los hombros y salió de su casa, cuando

ya la noche estaba muy avanzada. No paró de caminar hasta llegar al comienzo del mercado; una vez allí dejó el cadáver al lado de una tienda, al comienzo de un callejón sin salida, y se marchó.

En esto un cristiano, que era comisionista del sultán y venía borracho, salió en dirección a los baños. Los efluvios de la bebida hablaban por él: «Es casi la hora de laudes y la capilla no está lejos...», mientras avanzaba zigzagueante. Llegó así hasta donde el jorobado y allí se paró a orinar, delante mismo del cadáver. De pronto se dio cuenta de que había alguien más. Y, como quiera que esa noche, hacía unas horas, le habían quitado el turbante, pensó, al ver al jorobado, que este quería arrebatarle el que ahora llevaba puesto. Cerró con fuerza el puño y le asestó al jorobado un buen golpe en el cuello, que dio con él por tierra. El cristiano empezó a llamar a voces al sereno, y, aún bajo los efectos de la bebida, se lanzó sobre el cadáver, al que siguió propinando puñadas y luego trató de estrangular. Llegó entonces el sereno y se encontró con un cristiano moliendo a palos a un musulmán. Preguntó, pues: «¿Qué pasa ahí?». El cristiano repuso: «Este ha querido quitarme el turbante». «¡Déjalo ahora mismo!», le ordenó el sereno. El comisionista se separó del cuerpo inerte, el sereno se acercó y comprobó que se trataba de un cadáver. «¿Cómo se atreve un cristiano a matar a un musulmán?», dijo, a voz en grito. Agarró al cristiano, lo maniató y lo condujo a la residencia del gobernador. El cristiano decía para sí mismo: «¡Válgame el Mesías! ¡Válgame la Virgen! ¿Cómo he podido matarlo? ¡Qué pronto se ha muerto por unas puñadas!». La borrachera había dado paso a la reflexión.

El cristiano y el jorobado pasaron lo que quedaba de noche en las dependencias del gobernador. A la mañana siguiente ordenó este al verdugo que pregonase el crimen, plantase la horca y pusiera debajo al cristiano. El verdugo se acercó al comisionista, le colocó la soga alrededor del cuello, y ya se disponía a colgarlo cuando llegó el despensero del sultán, quien, al ver al cristiano parado bajo el palo de la horca, se abrió paso entre la gente y le dijo al verdugo: «¡No sigas! ¡Yo fui quien lo maté!». El gobernador le preguntó: «¿Y por qué lo mataste?». «Entré anoche—dijo el despensero— en mi casa y lo vi bajar de la azotea, por un canalón, para robarme; lo golpeé con una maza en el pecho y murió. Luego me lo eché a la espalda y vine al mercado, donde lo dejé, en el callejón que sabéis. Bastante tengo ya—siguió diciendo— con haber matado a un musulmán para tener ahora que ver cómo ejecutan a un cristiano por mi culpa... A quien tenéis que ahorcar es a mí». Cuando el gobernador hubo oído estas palabras, mandó soltar al cristiano comisionista y le dijo al verdugo: «Ahorca a este, que ha confesado». El verdugo le retiró al cristiano la soga y se la puso al cuello al despensero, a quien había colocado ya bajo el palo del cadalso. Iba, pues, a ejecutarlo de inmediato cuando el médico judío se abrió paso entre la gente y le gritó al verdugo: «¡No sigas! ¡Fui yo quien lo maté! Lo trajeron a mi casa, muy enfermo, para que le administrase un remedio, bajé a verlo, tropecé con él y murió del puntapié que se llevó. No matéis, pues, al despensero, sino a mí. Si mucho es ya haber matado a un musulmán sin darme cuenta, ¿cómo voy a dejar que otro muera, y esta vez a conciencia?». El gobernador dio la orden de ejecución del médico judío. El verdugo le retiró al despensero de palacio la soga y se la puso al médico en el cuello. Pero entonces llegó el sastre, quien se abrió paso entre la muchedumbre y, dirigiéndose al verdugo, gritó: «¡No sigas! El homicida soy yo. Pasé el día dando un largo paseo, y a la hora de la cena me encontré con el giboso, achispado y cantando muy alegre con su pandero. Lo escuché un rato y luego me lo llevé a casa. Compré luego pescado y nos sentamos a comer; mi mujer le cortó una tajada, le hizo un buen bocado con pan y se lo metió en la boca. El pobre se atragantó y murió al punto. Mi mujer y yo lo llevamos a casa del judío. Salió a abrirnos la esclava y le dije: "Dile a tu amo que en la puerta hay

una mujer y un hombre que traen a un enfermo, y que baje a verlo para recetarle algún remedio". Le di un cuarto de dinar y, cuando ella se fue en busca de su señor, dejé al giboso a un lado de la escalera y nos marchamos mi mujer y yo. Entonces bajó el judío, debió de tropezar con él y creyó haberle dado muerte con el golpe que se llevó». El sastre se volvió hacia el judío y le preguntó: «¿Es cierto lo que digo?». «Sí», repuso el médico. Y, dirigiéndose de nuevo al gobernador, siguió diciendo el sastre: «Soldad, pues, al judío y ahorcadme a mí». Muy admirado con cuanto al jorobado le había ido ocurriendo, el gobernador exclamó: «Este es un suceso de los que pasan a los anales!», y enseguida, dirigiéndose al verdugo: «Suelta al judío y ahorca al sastre por lo que ha confesado». El verdugo se adelantó y rezongó: «Soldamos a uno, lo cambiamos por otro y, al final, no ahorcaremos a nadie...», mientras le ponía la soga al cuello al sastre.

Y hasta aquí, lo referente a todos los demás. En cuanto al jorobado, sépase que, según se decía, era la diversión del rey, y que este no podía pasar sin él. Lo que había ocurrido es que el jorobado se emborrachó y estuvo ausente de palacio aquella noche y la mañana del siguiente día. El rey preguntó por él a sus cortesanos, que le respondieron: «Majestad, el gobernador se ha hecho cargo de su cadáver y ha ordenado que ahorquen a quien lo mató; el gobernador ha asistido a la ejecución, pero se le han presentado unos cuantos más, que han dicho, uno tras otro: "Yo soy quien lo mató", y le han contado al gobernador las circunstancias del crimen». Al oír esto, el rey se dirigió a grandes voces a su chambelán: «¡Vete adonde el gobernador y tráemelos a todos!». Cuando el chambelán llegó al patíbulo, ya se disponía el verdugo a ejecutar al sastre, pero el chambelán de palacio le ordenó: «¡Detente!». El chambelán informó al gobernador de que la causa pasaba a la jurisdicción regia, y, acompañado del gobernador, del cadáver del jorobado en unas andas, del sastre, del judío, del cristiano y del dispensero, volvió a la presencia de su señor. No bien se vio el gobernador ante el soberano, se echó al suelo para besarlo y le contó cuanto había ocurrido. Asombrado quedó el monarca con aquella historia, y, muy impresionado, mandó que la escribiesen con pan de oro. Luego se dirigió a los presentes: «¿Alguien ha oído una historia como la de este pobre jorobado?». Entonces el cristiano dio un paso al frente y dijo: «Majestad, el mejor rey de nuestro tiempo: si me dais vuestra venia, os contaré algo que me ocurrió a mí y que es aún más sorprendente, peregrino y conmovedor que la historia del jorobado». El rey le dijo: «Cuéntanos». El cristiano relató entonces lo siguiente:

SABED, REY DE NUESTRO TIEMPO⁶², que cuando yo llegué a esta tierra venía con mercancías, por negocios, pero estaba escrito que había de quedarme en vuestro reino. Nací en Egipto, soy copto y entre los coptos de Egipto me críe. Mi padre era comisionista, por lo que, cuando alcancé la edad adulta y falleció, me hice también comisionista. Y estaba yo un día sentado en mi sitio cuando se me acercó un joven de excelente presencia y vestido con telas de primera calidad, que venía a lomos de un asno. Al verme me saludó, y yo me levanté en señal de respeto. Él entonces sacó un pañuelo en que traía cierta cantidad de ajonjolí, y preguntó: «¿A cuánto se paga el *ardeb*?». «A cien dírhams», le contesté. «Pues buscaos —dijo él— carretilleros y tasadores de grano y dirígos a la posada de Alyawali, en la puerta de Nasr, donde me encontraréis», y se marchó dejándome la muestra de ajonjolí en el pañuelo. Fui a preguntar entre los compradores al por mayor y conseguí una oferta de ciento veinte dírhams por *ardeb*. Contraté a cuatro carretilleros y fui al encuentro del joven, que estaba esperándome. Nada más verme, se levantó, se acercó al

⁶² Comienza «El comisionista cristiano».

almacén y abrió. Pesamos la semilla y vimos que había un total de cincuenta *ardebs*. El joven me dijo: «Quedaos, por cada *ardeb*, con diez *dírhams* a cuenta del corretaje. Os voy a dar el monto total de la operación para que lo guardéis. Como el importe total son cinco mil *dírhams*, a vos os corresponden quinientos y a mí, cuatro mil quinientos. Cuando tenga vendido todo el género de que dispongo, volveré y me llevaré mi dinero». «Se hará como decís», fue mi respuesta. Le besé las manos y me marché. Aquel día gané mil *dírhams*.

El joven estuvo ausente por espacio de un mes, al cabo del cual regresó y me preguntó: «¿Dónde está el dinero?». «Aquí lo tengo todo, preparado», contesté yo, y añadí: «¿Os quedaréis a comer con nosotros?». Él declinó la invitación y se limitó a decir: «Seguid guardándome lo mío hasta que vuelva». Cuando se hubo marchado, traje las monedas y me senté a esperar. Pero volvió a transcurrir un mes entero sin que se dejase ver. Al cabo entró un día en mi tienda y preguntó: «¿Dónde está el dinero?». Me levanté, lo saludé y le pregunté: «¿No queríais comer algo?». El joven declinó la invitación y volvió a decir: «Seguid guardádomelo; volveré dentro de poco y me lo llevaré». Se marchó y yo me levanté a comprobar que su dinero seguía listo, para cuando me lo reclamase, y me senté a esperar. Transcurrió otro mes. Para mí mismo me dije varias veces: «¡Pues sí que vive tranquilo este mozo!». Pero al cabo del mes se llegó a mí, a lomos de una mula y ataviado con gran lujo. Recién salido de los baños a lo que parecía, solo podía parangonársele la luna cuando alcanza su máximo esplendor. ¡Qué rostro tan hermoso traía, con aquellas mejillas rojas, la despejada frente y un lunar que era como un disco de ámbar gris! No extrañe, por tanto, que de él se dijera:

Luna y sol han coincidido
en una torre del cielo⁶³;
buenas prendas y fortuna
nos ofrece el firmamento.
Verle llegar es oír
de la dicha al mensajero,
pues, amén de ser galano,
tiene el muchacho buen seso.
¿Cómo no robará el alma
quien es en todo perfecto?
¡Bendita sea la criatura
y alabado Quien la ha hecho!

Nada más verlo, me levanté, le besé las manos, rogué por él a Dios y le dije: «¿No os llevaréis, señor, vuestro dinero?». Él contestó: «¿Y qué prisa hay? En cuanto haya terminado unos asuntos de mi interés, vendré a buscarlo», y se marchó. Para mis adentros dije: «La próxima vez tengo que hacer cuanto esté mi mano por convidarlo; no puedo hacer menos después de haber sacado tanto provecho de su capital, pues lo he ido invirtiendo en comprar nuevo género, lo que me ha reportado pingües beneficios...». Pues bien, cuando ya el año llegaba a su fin, vino a mi sitio vestido aún con mayor lujo que las veces anteriores. Por lo más sagrado le pedí que me hiciese los honores de comer conmigo, a lo que él respondió: «A condición de que cuanto gastéis lo descontaréis de mi dinero». «Como queráis», acepté. Le pedí que se sentara y yo me fui a preparar los alimentos, las bebidas y cuanto era necesario para agasajarlo, y se lo serví diciendo:

⁶³ En árabe la misma palabra (*burch*) significa tanto «torre» como «signo de zodiaco».

«Sea en el Nombre de Dios». Él se acercó a la mesa puesta y comenzó a comer conmigo sirviéndome de su mano izquierda, de lo que me admiré⁶⁴. Acabado que hubimos la comida y el dulce, mi huésped se lavó la mano, yo le tendí un paño para que se la secara y nos sentamos a conversar. Entonces me aventuré a preguntarle: «¿Podrías, señor, aliviarme una preocupación? ¿Cómo es que coméis con la mano izquierda? ¿Será que tenéis algo, un dolor en la diestra?». Mis palabras lo llevaron a recitar:

«No esperéis que revele, amigos, mis secretos;
no han de salir mis penas a las claras del día.
Alejarme de Salma no fue voluntad mía,
mas no cabe oponerse del Sino a los decretos».

Dicho lo cual, sacó el brazo de la manga y me dejó ver un muñón. El agraciado joven estaba manco. Ante mi sorpresa, me dijo: «No os admiréis ni penséis que es cosa de pasmo el que haya comido con vos sirviéndome de la mano izquierda, pues lo admirable es en verdad el motivo de que me cortasen la diestra». «¿Y cuál fue ese motivo?», pregunté yo. Él me contó lo siguiente: «SABED QUE VENGO DE BAGDAD⁶⁵, entre cuyos notables se contaba mi padre. Cuando alcancé la edad de la razón, reparé en cuánto hablaban caminantes, viajeros y mercaderes de El Cairo, y no pude quitármelo de la cabeza. De modo que, como al fallecer mi padre me vi dueño de un buen capital, adquirí telas de Bagdad y de Mosul, junto con otras mercaderías valiosas, y, una vez puesto todo en fardos, emprendí viaje. Dios me tenía escrito que todo me saliese bien, hasta que llegué a esta vuestra ciudad...». En este punto el joven se echó a llorar y recitó:

«Es posible que un ciego logre sortear un hoyo
donde cuen los videntes, y hasta los más mañosos.
Una simple palabra que al instruido mata
no consigue al ignaro perturbarle la calma.
Mientras píos creyentes padecen la indignancia,
de idólatras se sabe que nadan en riquezas.
De poco nos valdrán nuestra brega y ardidies,
si hay Quien en todo evento por nosotros decide».

Luego siguió diciendo el mercader manco: «Llegué, pues, a El Cairo, me detuve con mi mercancia ante la posada de Masrur, desaté y descargué los bultos y entré en el establecimiento. Le entregué a uno de los criados que me acompañaban unas monedas de plata para que comprase de comer y me retiré a descansar. Cuando desperté, estuve caminando por la parte que llaman Entre los Dos Palacios. Volví luego y pasé la noche en la posada. A la mañana siguiente abrí un fardo de los que había traído y me dije a mí mismo: «Voy a dar una vuelta por el mercado para ver cómo anda la cosa...». Tomé, pues, unas telas, que cargó uno de mis mozos y salí en dirección a la alcaicería de Guirguis, donde me recibieron los comisionistas, avisados ya de mi llegada. Se hicieron cargo de las telas y lasregonaron, pero el precio máximo que consiguieron no alcanzaba lo que me habían costado. El decano de los corredores me aconsejó: «Voy a deciros, señor, algo que os aprovechará, y es que sigáis el ejemplo de otros mercaderes y vendáis vuestro género a plazo fijo, en presencia

⁶⁴ Como se sabe, la mano izquierda se ha destinado, en sociedades tradicionales, a la higiene personal después de haber realizado determinadas necesidades fisiológicas.

⁶⁵ Comienza «El joven manco».

de un testigo y un cambista. Cobraréis dos veces en semana, cada jueves y cada lunes. De ese modo ganaréis mucho más, hasta el doble de lo que hayáis invertido, y podréis, por añadidura, solazaros visitando El Cairo y su famoso río, el Nilo». «Muy bien que me parece», repuse. Me busqué a dos comisionistas, que me acompañaron a la posada. Se llevaron las telas a la alcaicería y allí se las vendí a los tenderos. Estos me firmaron un documento que entregué luego al cambista, quien me dio también las debidas garantías. Hecho todo esto, me volví a la posada, donde tenía la costumbre de almorzar con mi buen vino, mi tajada de carne de ternera y un poco de dulce de remate. Llegó así el plazo, transcurrido el mes, en que podía empezar a cobrar los beneficios estipulados. De modo que cada jueves y cada lunes iba a sentarme en las tiendas de los mercaderes en telas, adonde acudían el cambista y el escribano, que me traían los pagos en plata.

Cierto día volví a la posada, después de haber visitado los baños, fui a mi cuarto, comí, sin olvidarme de mi ración de vino, y me eché a dormir. A la mañana siguiente, después de tomarme un bocado de gallina y perfumarme, me acerqué a la tienda de un hombre a quien llamaban Badreddín el Hortelano. Nada más verme me dio la bienvenida y me hizo pasar a su tienda, donde departimos un rato. En esto estábamos cuando llegó una mujer, que se sentó a mi lado. Traía el tocado suelto y desprendía fragantes aromas. Su belleza y compostura me impresionaron muy gratamente. Más aún cuando, al levantarse un poco el pañuelo, pude contemplar sus ojos de azabache. La dama saludó a Badreddín, el cual le deseó también la paz y se puso en pie para hablar con ella. Cuando llegaron a mis oídos sus primeras palabras, el amor se adueñó de mi corazón. La mujer preguntó a Badreddín: «¿Tenéis algún corte de tela bordada en oro puro con estampado de fieras?». El mercader le sacó uno de los que yo le había vendido, le pidió a la mujer mil doscientos dirhams y ella dijo: «Me lo quedo; luego os mandaré el dinero». Badreddín contestó: «No puede ser, señora; aquí está el proveedor de la tela, a quien habré de pagarle de inmediato». La mujer saltó: «Vergüenza debería daros. ¿No tengo por costumbre ofrecerlos por cada pieza más de lo que vale, a condición de satisfaceros su importe más tarde?». «Sí –repuso él–, así es; pero hoy no tengo más remedio que cobrarlos en el acto». La dama levantó el corte de tela y se lo tiró a Badreddín el Hortelano al pecho: «¡Los de vuestro oficio no saben reconocer el valor de nadie!», y se levantó para marcharse. Yo sentí que el alma se me iba con ella. Me levanté, me planté ante ella y le dije: «Prestadme, señora, un momento de atención y volved sobre vuestros nobles pasos». Ella se dio la vuelta sonriendo: «En vuestro honor vuelvo»; entró de nuevo y se sentó frente a mí. Yo le dije entonces a Badreddín: «¿A cuánto os sale a vos ese corte?». «A mil cien dirhams, dijo él. «Pues añadidle otros cien –dije yo–, de ganancia para vos. Dadme un papel y os extenderé un recibo». Recibí el corte de tela, firmé el papel y le entregué la pieza a la dama: «Quedáosla e id en paz. Si es vuestro deseo, podéis pagármela a su precio, o, si accedéis, consideradla una atención de mi parte». Ella contestó: «¡Dios os premie vuestra obra, os conceda mi riqueza y os convierta en mi esposo!». El Altísimo acogió su plegaria y yo le dije: «Quedaos, señora, con la pieza y con otra igual que quiero regalaros. Pero os ruego que me dejéis veros el rostro». Así lo hizo ella. Se levantó el velo, y pude contemplar por vez primera aquellas facciones que tantos sinsabores habían de causarme. Ya había perdido yo mi buen juicio por causa del amor. Ella se tapó el rostro de nuevo, tomó el corte de tela, dijo: «No me hagáis, mi señor, echaros de menos», y se marchó.

Me quedé en la tienda hasta el atardecer, rendido de pasión y con el entendimiento ausente. Antes de marcharme le pregunté al tendero por ella. Él satisfizo mi curiosidad: «Es la rica heredera de un comendador que murió no hace mucho y le dejó un capital considerable». Me despedí

de él, salí del mercado y volví a mi posada, donde me sirvieron la cena, que ni probé, pues no podía dejar de pensar en la dama. Quise luego echarme a dormir, pero, como el sueño no me venía, estuve en vela hasta el amanecer. Me levanté entonces, me puse una túnica distinta de la que llevé el día anterior, comí un bocado ligero que acompañé con algo de bebida y me encaminé a la misma tienda. Saludé a Badreddín el Hortelano y me senté con él. Al poco llegó la joven dama, vestida aún con mayor lujo que la víspera y acompañada de una esclava. Se sentó, me saludó, dejando claro que no se dirigía más que a mí, y dijo en árabe culto y con una dulzura como jamás había oído yo: «Enviad conmigo a quien pueda cobrar los mil doscientos dirhams por el corte de tela». «¿A qué tanta prisa?», pregunté yo. «¡Quiera Dios que no nos faltéis nunca!», exclamó ella y procedió a hacerme entrega del importe. Me senté entonces a conversar con la dama, le hice señales elocuentes y ella comprendió que mi deseo era que tuviésemos un encuentro íntimo. Pero enseguida se levantó, dejándome allí con el corazón suspenso.

Salí de la tienda en pos de ella. Enseguida se me acercó una esclava y me dijo: «Venid, señor, a hablar con mi ama». Muy sorprendido, le contesté: «¿Tu ama? Si aquí no me conoce nadie...». Y la esclava: «¡Cuán pronto la habéis olvidado! ¿No os acordáis de mi señora, que acaba de estar en la tienda de Badreddín el Hortelano?». Fui, pues, con la esclava hasta el cubículo del cambista, y, cuando la dama me vio, se apartó conmigo a un rincón y me dijo: «No os apartáis de mi mente y vuestro amor se ha enseñoreado de mi corazón; desde que os vi por vez primera no encuentro modo de dormir ni de comer ni de beber...». «Lo mismo me pasa a mí; más aún, diría yo. Pero no es este momento ahora de quejas...». Como dándome la razón dijo ella: «¿En vuestra casa, amor mío, o en la mía?». «Forastero soy –repuse yo– y no tengo más cobijo que la posada donde paro. Si me concedéis la limosna de recibirme, será completa mi suerte». «Por supuesto –dijo ella–, aunque hoy es viernes y ya tarde; nos faltaría de todo. Dejémoslo, pues, para mañana después de la oración. Cumplid con ella, buscad un acemilero, subid a lomos de su asno y preguntad dónde queda Habbánfa. Al llegar, preguntad de nuevo dónde queda la casa alta de Barakat, el síndico, a quien todos llamaban Abu Shama, por el lunar que tenía. Allí es donde vivo. No tardéis, que estaré esperándoos». Redoblada mi alegría con aquellas palabras, nos separamos y volví a mi posada, donde pasé la noche tan inquieto que, cuando hubieron pasado las horas y apuntó el alba, apenas podía creérmelo.

Me levanté, pues, me cambié de ropa, me perfumé, guardé cincuenta dinares en un pañuelo y salí de la posada de Masrur en dirección a la puerta de Zueila. Iba a lomos de un asno, a cuyo dueño le había dicho: «Llévame a Habbánfa», orden que cumplió de inmediato. A no mucho tardar se detuvo el hombre ante el callejón de Alminqari, donde le di nuevas instrucciones: «Ve y pregunta por la casa del síndico Abu Shama». Al poco volvió diciendo: «Desmontad, que es por aquí», a lo que repuse: «Ve delante de mí hasta que lleguemos a la casa». Cuando estuvimos ante la vivienda le dije: «Vuelve mañana por mí». «Será en el Nombre de Dios», dijo el hombre. Le entregué un cuarto de dinar en oro, y él se lo guardó y se fue. Llamé a la puerta y salieron a abrirme dos mocitas, con los pechos ya formados, que más parecían dos lunas. «Pasad –me dijeron–, que nuestra ama os espera, con tanta impaciencia por veros que no ha pegado ojo en toda la noche». Subí entonces a un salón de alta techumbre, al que daban acceso siete puertas. Tenía forma circular y estaba provisto de amplios ventanales desde donde podía contemplarse un huerto que era una delicia, pues era asiento de árboles frutales de todas clases, por entre cuyos pies discurrían riachuelos saltarines y en cuyas copas cantaban elocuentes aves. El alto salón tenía las

paredes enjalbegadas en blanco regio y de tal modo relucían que casi podía uno verse la cara en ellas. Las paredes estaban rematadas, por arriba, con láminas de oro, y todo el contorno interior del salón lo ornaba un friso con inscripciones en lapislázuli que contenían bellas e iluminadoras imágenes. El piso era de mármol jaspeado y en medio había un surtidor, en cuyas cuatro esquinas brillaban perlas y gemas incrustadas. Alfombras de abigarrada seda y mullidos almohadones cubrían el suelo. Entré y me senté.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 26**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven mercader le siguió relatando su historia al cristiano con las palabras siguientes:

No bien hube entrado y tomado asiento vi que llegaba la joven dama, tocada de una diadema cuajada de perlas y piedras preciosas, y con la piel adornada de dibujos en alheña. Cuando me vio, se me acercó sonriente, me estrechó contra su pecho, juntó su boca con la mía y comenzó a chuparme la lengua. Otro tanto hice yo. Luego dijo: «¿Es cierto que habéis venido o estoy soñando?». Le contesté: «Vuestro siervo soy». Y ella: «¡Sed bienvenido! Desde el día en que os vi no he podido disfrutar del sueño ni gustar la comida». «Lo mismo me ha pasado a mí», dije. Nos sentamos a conversar y yo permanecí con la cabeza baja, por la vergüenza. Al poco rato me fue servida una mesa de los más succulentos platos: carne picada y dorada, salmuera y gallina rellena. Comimos ambos cuanto quisimos, y luego me trajeron el aguamanil con su jofaina y me lavé las manos. Nos perfumamos ambos con agua de rosas y almizcle, y volvimos a ponernos cómodos para seguir conversando. Y recité:

«Si con tiempo os hubiescis unuciado,
el corazón habríamos dispuesto
y mirada y mejillas a su tiempo,
por que marchar pudiesis sobre párpados...».

La dama siguió quejándose de sus quebrantos y yo de los míos. El amor que por ella sentía se había adueñado de mí ser de modo tal que nada valían ya para mí todas las riquezas del mundo. Poco a poco iniciamos los arrumacos y jugueteos, de los que pasamos a las caricias, los abrazos y los apasionados besos. Y así seguimos hasta el atardecer, cuando las esclavas nos sirvieron una cena en la que no faltó detalle. Libando estuvimos luego hasta la medianoche, cuando nos acostamos y al cabo nos dormimos. A su lado pasé toda la noche, que fue la más hermosa de mi vida. A la mañana siguiente me levanté y dejé bajo la cama el pañuelo con las monedas de oro. Luego me despedí para marcharme. Ella se echó a llorar: «¿Cuándo, señor mío, volveré a ver esa cara radiante?». «Volveré a vuestro lado —le dije— a la hora de la cena. Al salir a la calle me topé con el acemilero del día anterior, que ya estaba esperándome en la puerta, y, a lomos de su asno, me llevó a la posada de Masrur. Desmonté, le di al hombre medio dinar y le encargué: «Ven a buscarme a la puesta del sol». «Como mandéis», respondió. Entré en la posada, desayuné y volví a salir para recoger los beneficios de mis telas. Al volver le preparé a mi dama un asado de cordero,

compré un poco de dulce y llamé a un ganapán, a quien di las señas y pagué; hecho lo cual volví a mis asuntos hasta la puesta del sol. Llegó el del asno y con él me fui, después de haber metido otros cincuenta dinares en un pañuelo.

Llegado que hube a mi destino, comprobé que habían lustrado el mármol, abrigado el cobre, rellenado los candiles, encendido las velas, servido los alimentos y clarificado el vino. Nada más verme mi amada, me echó los brazos al cuello: «¡Cuánto os he echado de menos!». Nos pusieron luego la mesa y comimos cuanto quisimos. Las esclavas vinieron a levantarla y a darnos de beber, y entre vino, frutos secos y otros deliciosos placeres estuvimos hasta la medianoche. Fuimos a la alcoba, nos acostamos y dormimos hasta la mañana siguiente. Me levanté, dejé como la vez primera los cincuenta dinares, salí a la calle y allí estaba el acemilero, que me llevó a mi posada. Me eché un rato y, cuando me levanté, me puse a preparar la cena. Dispuse primero una capa de nueces y almendras sobre una base de arroz especiado; salté después un poco de raíz de taro bien cocida junto con alguna otra verdura, y a ello añadí, aparte, fruta fresca, frutos secos y un ramillete aromático⁶⁶. Y lo mandé llevar todo antes de ponerme yo mismo en camino. Envolví los cincuenta dinares del día en el pañuelo, y salí a lomos del asno que trajo el acemilero, como ya tenía por costumbre, en dirección a la casa alta de mi dama. Y así estuve durante una temporada hasta que una noche me acosté, y a la mañana siguiente me di cuenta de que no me quedaba una sola moneda, ni de oro ni de plata. A mí mismo me dije: «Esto ha sido obra de Satanás...», y recité:

«Al pobre la indigencia lo sume en la penumbra;
a su entera existencia le ha llegado el ocaso.
Cuando un sitio abandona, no lo recuerda nadie,
y, cuando vuelve atrás, todo le está vedado.
El zoco entero cruza sin que nadie lo advierta,
y ya en sus soledades se entrega a amargo llanto.
A quien llega a ser pobre —Dios sabe que no miento—
incluso los cercanos lo tratan como a extraño».

Me fui andando hasta Entre los Dos Palacios, y, desde allí, a la puerta de Zueila, donde, como solía ocurrir, se acumulaba tal gentío que apenas había modo de atravesarla. Por divina Decisión vi entonces a un soldado, con el que me apreté sin yo quererlo, de modo que mi mano quedó encima de su bolsillo. Lo palpé y noté que en su interior llevaba un atado, del que me adueñé. El soldado advirtió sin duda que se le había aligerado el bolsillo, se lo tentó, y, al encontrarlo vacío, se volvió hacia mí, levantó una porra que llevaba y me asestó tal golpe en la cabeza que me tiró al suelo. Quienes por allí estaban se arremolinaron a mi alrededor y le pararon los pies al soldado, diciéndole: «¿Os aprovecháis de la aglomeración para emprenderla a golpes con este joven?». El soldado les dijo a grandes voces: «¡Pero si es un ladrón!». Mientras me recuperaba, oí que le decían: «Es un joven de muy buena presencia; seguro que no os ha quitado nada». Unos le daban la razón al soldado y otros le llevaban la contraria. La discusión no parecía llegar a su fin, y algunos tiraban de mí para librarme. En esto determinó la divina Disposición que por allí pasase el gobernador acompañado de varios magistrados. Nada más cruzar la puerta se toparon con la

⁶⁶ Como vemos y seguiremos viendo a lo largo de la obra, la fruta fresca, los frutos secos y las plantas odoríferas son los acompañantes usuales del vino.

muchedumbre agolpada en torno a mí y al soldado, y el gobernador le preguntó a este: «¿Qué pasa aquí?». El soldado repuso: «Por Dios os juro, señoría, que este es un ladrón. Yo llevaba en el bolsillo una bolsa de color azul con veinte dinares y el desgraciado me la ha quitado aprovechando la aglomeración». El gobernador le preguntó: «¿Había alguien más con vosotros?». «No», contestó el soldado. El gobernador le ordenó al oficial, al tiempo que me señalaba: «Que no se escape». Y, como es lógico, quedó al descubierto mi fechoría, pues el gobernador le ordenó al oficial, que ya me tenía retenido: «¡Quítale cuanto lleva encima!». Entre mi ropa hallaron, como no podía ser de otro modo, la bolsa que buscaban. Se la entregaron al gobernador, este la abrió, contó las monedas que contenía y comprobó que eran los veinte dinares de que había hablado el soldado. Muy irritado, el gobernador les ordenó a sus asistentes: «¡Traédmelo aquí!». Cuando me tuvo ante sí, me preguntó: «Di la verdad, joven: ¿has robado esta bolsa?». Bajé la cabeza y pensé: «No puedo decir que no la he robado, puesto que me la han hallado en la ropa; pero, si digo que sí, estoy perdido». Alcé los ojos y le contesté: «¡Sí!». Asombrado por mi respuesta, convocó al gobernador a los testigos de rigor, que dieron fe de mi confesión, pronunciada junto a la puerta de Zueila. Hecho esto, el gobernador le ordenó al verdugo que me cortase la mano, y así lo hizo él, dejándome sin la diestra. Al soldado se le ablandó el corazón e intercedió para que no me matasen. El gobernador se dio por contento y siguió su camino. Las gentes volvieron a congregarse en torno a mí y me dieron un vaso de bebida. El soldado, por su parte, me entregó la bolsa de oro: «Sois un joven de buena presencia, no deberíais andar robando». Recibí el dinero y recité:

«Yo no he sido, buen hombre, en la vida un bandido;
 el robarles a otros no escogí como oficio.
 Pero, tras ser herido por la mala ventura,
 vi crecer a mi lado pena, temor e incuria.
 Fue el Señor, y no yo, Quien disparó la flecha
 que me descoronó de un golpe la cabeza».

Después de darme la bolsa, el soldado se marchó y otro tanto hice yo. Me envolví el muñón en un trapo y me lo guardé en la manga. Maltrecho y demudado quedé, como no podía ser de otra forma, con lo que acababa de ocurrirme. Llegué muy alterado a la casa de mi dama y me lancé sobre el lecho. Ella notó que yo no era el mismo de siempre y me preguntó: «¿Os duele algo? ¿Cómo es que os veo tan demudado?». «Sí, me duele la cabeza; no me encuentro bien», repuse. Tanto la alarmó mi estado que perdí la calma: «No me queméis la sangre, amigo mío. Incorporaos, alzad la cabeza y contadme de una vez qué es lo que hoy os ha pasado, porque vuestro rostro, aun sin palabras, es mucho lo que me dice». «No tengo ganas de hablar», le contesté, y ella, echándose a llorar: «Vuestro afecto se ha debilitado, ¿verdad? Os miro y no veo al joven de otras veces...». Luego siguió llorando y dirigiéndome preguntas que yo no le contestaba. Así, hasta que, al hacerse de noche, me sirvió alimento, pero yo me excusé, por temor a que me viesse comiendo con la mano izquierda: «Ahora no me apetece comer nada». Ella insistió: «Contadme lo que os ha pasado hoy; decidme por qué os veo tan cuitado, con la mente y el corazón transidos de dolor». «Os lo iré contando poco a poco», dije yo. Y ella, mientras me servía de beber: «Tomad esto, que disparará vuestro pesar; bebed y contadme qué os pasa». «Si no hay más remedio —dije yo—, servidme vos mismas». Ella me llenó la copa y yo la apuré. Ella la llenó de nuevo, me la entregó y yo volví a recibirla con la mano izquierda, mientras se me saltaban las lágrimas. Y recité:

«Cuando sobre nosotros Dios decide,
no nos sirve de nada el intelecto.
Sordos nos deja, con el alma ciega;
nos quita el juicio cual si fuera pelo,
y solo nos devuelve la cordura
cuando ya se ha cumplido Su Decreto».

Después de pronunciar estas palabras, tomé de nuevo la copa con la mano izquierda y rompí a llorar. Mi amada lanzó un grito y volvió a preguntar: «¿Por qué lloráis? Me abrasáis el corazón... ¿Y por qué sostenéis la copa con la mano izquierda?». «Me ha salido un absceso en la diestra», contesté, y ella: «Pues sacadla, que os lo reviente». «No es este —dijo yo— buen momento, y no me insistáis porque no voy a sacarla», y volví a beber. Ella siguió escanciándome hasta que la embriaguez me venció y me quedé dormido allí mismo. La joven dama me vio el muñón del brazo derecho, me registró y descubrió la bolsa con el oro. Una tristeza inmensa se adueñó de ella, y doliéndose siguió por mi causa hasta que alumbió la mañana. Cuando desperté, vi que me servía un caldo que había preparado con la carne de cuatro pollos. Me escancié una copa de vino, y yo comí y bebí. Al terminar, dejé la bolsa e hice ademán de marcharme. Me preguntó: «¿A dónde vais?». «A cierto lugar —le contesté— donde podré aliviar mi zozobra». «Quedaos, tomad asiento», dijo ella. Cuando me senté de nuevo, me preguntó: «¿El amor que me tenéis os ha hecho perder todo vuestro dinero y os ha privado de vuestra diestra? A Dios pongo en esta hora por testigo de que no os abandonaré jamás; ya veréis que nada hay más cierto que lo que digo. Dios seguramente habrá acogido mi súplica de que os hiciera mi esposo». Mandó luego venir a los escribanos, a quienes dijo: «Levantad acta de mi matrimonio con este joven, y dad fe de que ya he percibido la compensación en bienes por mi dote». Los escribanos hicieron como les dijo, y ella volvió a ordenarles: «Y dad también fe de que todas las pertenencias que tengo guardadas en esa arca, así como todos mis bienes raíces y esclavas pasan ahora a ser propiedad de este joven, mi esposo». Los escribanos dieron fe de todo ello, y, cuando yo hube aceptado la transmisión y ellos percibido sus emolumentos, se marcharon.

Ya a solas, me tomó la dama del brazo, y me condujo a la cámara donde guardaba la referida arca, que era de gran tamaño, la abrió y dijo: «Mirad lo que hay dentro». Miré y vi un gran número de pañuelos atados. Se explicó: «Este es todo el dinero que me habéis ido dejando. Cada vez que me encontraba con cincuenta dinares en un pañuelo, los envolvía bien y los guardaba en esta arca. Tomad vuestro dinero, que Dios os lo devuelve. Un santo varón os considero desde hoy, pues por mi causa habéis sufrido la pena de perder vuestra diestra. Y no sé cómo corresponderos... Aunque os entregase mi alma, poco sería en comparación con vuestro mérito. Tomad, pues, este dinero —concluyó—, que vuestro es». Así lo hice yo, y junté con el mío todo aquel oro que había ido yo mismo dándole. El corazón se me alegró y se disipó el pesar. Me levanté, la besé y me embriagué con ella. «Habéis dilapidado —dijo— vuestra fortuna y perdido la mano por mi amor. ¿Cómo podría yo compensaros? Bien sabe Dios que ni aunque diese mi alma por vuestro amor sería pago bastante ni saldaría con ello la deuda que con vos he contraído». Luego me preparó un documento con la declaración de todas las preciosas tónicas que poseía, así como de sus joyas y otras pertenencias, y, cuando le hube contado lo ocurrido, pasó la noche en vela, angustiada por mí. Permanecí a su lado, y juntos seguimos durante algo menos de un mes, durante el cual ella fue debilitándose poco a poco, hasta que se le declaró una grave enfermedad. Al cabo de cin-

cuenta días pasó a contarse entre los habitantes del más allá. Preparé su cadáver y le di descanso en la tierra. Encargué las preceptivas recitaciones del Libro Sagrado y repartí limosnas por su memoria. Al volver del cementerio comprobé hasta qué punto eran cuantiosas sus propiedades, en dinero y bienes raíces, además de la partida de ajonjolí que os he vendido. Todo este tiempo lo he pasado cerrando otras ventas, y lo cierto es que hasta hace muy poco no me han hecho efectivos los pagos. Os ruego que no me llevéis la contraria en lo que voy a decir, ahora que ya habéis compartido conmigo vuestros víveres, y es que quisiera regalaros el importe del ajonjolí que me estáis guardando. Esta es, pues, la razón de que haya comido con la mano izquierda.

Tras haber escuchado con atención su relato, repuse: «Me hacéis un gran beneficio a la vez que me honráis». El joven me propuso entonces: «Os encarezco que vengáis conmigo a mi país, pues tanto en El Cairo como en Alejandría he comprado bienes con los que comerciar. ¿Os parece bien?». Acepté la invitación y acordamos que partiríamos a primeros de mes. En los días siguientes vendí el género que me restaba y compré mercancías para el viaje, que emprendí con aquel joven a este su país que es también el vuestro, majestad. El joven vendió cuanto traía y con el producto de su venta se hizo con nuevas partidas que llevó de vuestro país a Egipto. Y así es como mi suerte me ha deparado el estar aquí esta noche, cuando, siendo forastero, me he visto envuelto en este suceso. Tal es, rey de nuestro tiempo, mi historia, que juzgo más extraordinaria que lo ocurrido con el jorobado.

El rey dijo: «De cualquier manera, os van a ahorcar a todos...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 27**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el rey de la China dijo: «Os van a ahorcar a todos...», se adelantó el despensero y dijo: «Si vuestra majestad me da su venia, relataré una historia que me acaeció poco antes de mi encuentro con el jorobado. Y, si mi historia fuera aún más admirable que lo ocurrido a este, ¿nos haría vuestra majestad la gracia de regalarnos nuestras vidas?». El rey contestó: «Tú ve contando, que ya veremos». Y el despensero relató lo siguiente:

PUES SEPA VUESTRA MAJESTAD⁶⁷ que la pasada noche estuve con cierto grupo de honrados siervos de Dios que se reunieron para una recitación del Corán y, a ese fin, convocaron a un número de alfaquies y hombres de religión. Cuando los recitadores hubieron cumplido con su pía tarea, no faltó quien tendiera para todos nosotros el mantel. Y se dio la circunstancia de que, entre las muchas fuentes que sirvieron, venía una de *zurbaya*⁶⁸. Uno a uno fuimos acercándonos para probarla, salvo cierto comensal, que se negó en redondo. Le insistimos para que tomara al menos un bocado, y él nos contestó: «No insistáis más, os lo ruego. Bastante tuve ya con lo que me ocurrió la última vez que probé la *zurbaya*...». Y recitó, como queriendo decírnos con buenos modales que nos metiéramos en nuestros asuntos y lo dejáramos en paz:

⁶⁷ Comienza la historia de «El despensero».

⁶⁸ Guiso agri dulce de carne escabechada, con almendras y comino, que ha sido muy popular en sociedades islámicas pre-modernas, incluida la andalusí.

«Échate al hombro lo tuyo,
ponte en marcha y despídete,
y, si te gusta alcoholarle
los ojos, no te prives...».

Y a continuación:

«Amable has de ser con tu amigo,
pues, si no lo tienes en cuenta,
no estará a sus anchas contigo,
y al final harás que no vuelva».

Después de comer, le rogamos todos: «Decidnos, por lo que más queráis, por qué no habéis querido probar la *zibaya*». «Porque, para comer guiso de escabeche —repuso él—, tengo que haberme lavado las manos cuarenta veces con cenizas de almarjo, cuarenta con cenizas de juncia y cuarenta con jabón; o sea, hasta ciento veinte veces». Nuestro anfitrión ordenó a sus mozos que trajesen agua y todo lo mencionado. Él se lavó tal como había dicho, se acercó a la mesa y, con cierta repugnancia, alargó la mano como con prevención. Tomó un trozo de *zibaya* y comenzó a comer, muy a su disgusto y ante nuestra general extrañeza. La mano le temblaba, y, al levantarla, le asomó el pulgar y pudimos todos ver que lo tenía desmochado, de modo que solo se servía de cuatro dedos. Le preguntamos, pues: «Decidnos por Dios, amigo, ¿cómo es que os falta el pulgar? ¿Lo tenéis así de nacimiento o a causa de algún percance?». Él contestó: «No es, hermanos míos, este pulgar solo, sino también el de la otra mano y asimismo los dos dedos gordos de los pies. Mirad», y nos enseñó el pulgar de su mano izquierda, que tenía igual que el de la diestra, y luego ambos pies, en los que, en efecto, faltaban los primeros dedos de cada uno. Más admirados aún, le dijimos: «Nos falta la paciencia para esperar a que nos contéis la noticia y causa de que os hayan amputado los dos pulgares y ambos dedos gordos de los pies, y de que os tengáis que lavar las manos ciento veinte veces antes de comer *zibaya*». Él entonces nos contó lo siguiente:

SABED QUE MI PADRE⁶⁹ era uno de los mayores mercaderes de Bagdad en tiempos del califa Harún Arrashid, y muy dado a la bebida y a escuchar el laúd. Al morir no dejó herencia alguna. Me ocupé de su entierro y de las recitaciones del Libro Sagrado, y estuve de duelo varios días con sus noches. Luego volví a abrir su tienda y me di cuenta de que, siendo muy pocos los bienes que había dejado, sus deudas eran cuantiosas. Solicité prórrogas a los acreedores, a cuya buena voluntad hube de acogerme, y me entregué a la compra y la venta de viernes a viernes para hacer frente a mis obligaciones recién adquiridas. Así estuve durante un período de tiempo, al cabo del cual pude no solo cerrar las últimas deudas sino asimismo acumular cierto capital. Pues bien, estaba yo un día sentado en mi tienda cuando vi a una joven tan hermosa como nunca me había sido dado ver. Venía ataviada con joyas y las telas más ricas, y a lomos de una mula; un esclavo la precedía y otro la seguía. La joven dejó su montura en el acceso a la alcaicería y entró seguida de un criado, que le rogaba: «¡Volved, señora, y no tratéis con nadie, que vamos a acabar todos en el fuego!», mientras le echaba por encima una toca. La dama miró las tiendas que a su alrededor tenía y ninguna le pareció tan vistosa como la mía. Se encaminó, pues, en dirección adonde yo estaba, siempre seguida del criado; se sentó en mi cubículo y me saludó. Yo nunca había oído voz tan hermosa ni hablar más dulce. Se descubrió ella el rostro y yo le lancé una mirada que habría

⁶⁹ Comienza la historia de «El mercader de los pulgares mochos».

de acarrearle mil pesares. El corazón me quedó al punto suspenso de su amor. Y, sin poder dejar de contemplarla, recité estos versos:

«Decidle a la muchacha del delicado velo:
"La muerte le daría descanso a mi tormento...
Venid a visitarme, devolvedme la vida;
no quede sin limosna la mano que se humilla"».

Ella me contestó con estos otros:

«Si este corazón mío te olvida un solo instante,
pierda yo el corazón, pues no más por ti late.
Si en la hermosura de otro mis ojos se recrean,
de contemplarte el gozo para siempre yo pierda.
Desde que prometí no fallarle a tu amor,
no hay pena que no sufra mi pobre corazón.
De pasión me ha escanciado mi ventura una copa;
triste sino es que a ti no te haya servido otra.
Allá donde te encuentres hallar la muerte quiero
y que frente a tu casa den reposo a mi cuerpo.
Si ante mi tumba quieres mi nombre pronunciar,
mis huesos con gemidos respuesta te darán.
Qué ruego —me preguntan— al Cielo le dirijo:
no haberos ofendido ni a ti ni al Compasivo».

Luego me preguntó: «¿Tenéis, doncel, cortes de tela vistosos?». Le contesté: «Muy pobre es vuestro humilde servidor, señora, pero, si me concedéis algo de tiempo, hasta que lleguen otros tenderos, podré traerlos lo que deseáis». Después, mientras conversábamos, y, según iban pasando los instantes, iba yo ahogándome en las aguas de la pasión que la joven había despertado en mí. A no mucho tardar, cuando abrieron los demás comercios, fui a traerle lo que me había pedido, cinco mil dírham en telas de primera calidad, cuyo coste hube yo de asumir ante quienes de ellas me proveyeron. El criado cargó con la compra y ambos salieron a la puerta de la alcaicería. Una vez allí, sus servidores le sujetaron la mula para que montase y se marcharon todos. La dama no me había dicho de dónde venía ni yo me había atrevido, por vergüenza, a preguntarle. Los mercaderes me reclamaron el importe del género que me habían dejado y yo no tuve más remedio que aplazarles el pago de los cinco mil dírham. Volví a mi casa ebrio de amor. Mis siervos me pusieron de cenar, pero, como al tomar el primer bocado, me acordara de su mucha belleza, me fue imposible seguir comiendo. Me eché luego a descansar, y el sueño no me vino. Así estuve una semana, durante la cual los tenderos me reclamaron lo que les debía, y me dieron otra semana de plazo. Transcurrido que hubo esta, volvió a acudir la joven, montada en su mula y acompañada de su criado y dos esclavos. Después de dirigirme el saludo de la paz me dijo: «Mucho hemos tardado en traerlos el importe de las telas; haced venir a un cambista y podréis cobrar vuestro dinero». Llegó el cambista, y el eunuco le entregó la bolsa con la plata acuñada, que yo recibí sin más novedad. Luego estuvimos hablando un rato hasta que el mercado recobró su animación. Los tenderos que aún no habían acudido abrieron sus negocios y ella me dijo las nuevas compras que quería hacer. Hice como la vez anterior. La proveí de cuanto quería y ella se lo llevó sin decirme nada sobre el precio del género ni sobre su pago.

Después que se hubo marchado, me arrepentí, pues esta vez se había llevado telas por valor de mil dinares. Y, cuando ya se había alejado de mis ojos, me dije: «¿Qué clase de amor es este? Me paga los cinco mil dírham y yo me apresuro a contraer una deuda de nada menos que mil dinares». Temía perder las valiosas telas, el dinero que en ellas habían invertido los demás, y arruinarme yo. «A quien los tenderos –seguí pensando– conocen es a mí, y no a la dama, que se habrá servido de su belleza para engatusarme. Me ha visto joven e inexperto, y se ha reído de un desgraciado que no ha tenido arrestos ni para preguntarle dónde vive». Mi zozobra fue creciendo, y cómo no había de ser así, durante el largo mes que duró su ausencia. Los tenderos me reclamaban una y otra vez su dinero, y, cuando ya no pude darles más largas, me vi obligado a poner en venta el inmueble, y a punto estuve de perderlo todo. Así las cosas, estaba yo un día sentado en la tienda, pensando en mi situación, cuando la vi a la entrada de la alcaicería. Venía derecha hacia mí. Dejé al punto de pensar en mis problemas y olvidé cuanto me rodeaba. La dama me saludó con su hermoso timbre de voz y luego dijo: «Traed la balanza para que podáis pesar el dinero que os debo. Así lo hicimos y cobré con creces el importe de lo que se había llevado. Hecho esto, se entretuvo en hablar conmigo un rato de esto y aquello. Yo no cabía en mí de gozo. De repente me preguntó: «¿Tenéis esposa?». «No –le contesté–, no conozco a mujer», y me eché a llorar. «¿Por qué lloráis?», me preguntó. «No os preocupéis –le dije–, por nada importante». Cuando ya se iban, tomé algunos dinares y se los entregué al criado para que actuara a mi favor. El eunuco se echó a reír: «Aún más enamorada está ella de vos. Las telas no le hacen falta ninguna; todo ha sido porque la tenéis encandilada. Decidle a las claras lo que queréis, que ella no os llevará la contraria». La joven, que me había visto darle al esclavo las monedas de oro, volvió sobre sus pasos y se sentó de nuevo. Yo le dije: «Permitid a este vuestro humilde servidor que se sincere con vos», y le declaré cuanto en mi ánimo había. Satisfecha con lo que había oído, me contestó: «Mi criado os traerá recado mío; haced lo que os diga». Se levantó y se marchó. Yo fui al punto a devolverles lo que les debía a los tenderos, que salieron ganando en el trato.

Cuando ya era demasiado tarde, pues la joven se había alejado de mí, volví a arrepentirme de no haber averiguado nada más de ella, y no pugué ojo en toda la noche. Pero al cabo de unos días vino a verme el criado. Lo recibí con afecto, le pregunté por su ama y él dijo: «Está enferma». «Dímelo todo de ella», lo apremié. «A esta joven –contestó el criado– la crío no otra que la esposa de nuestro señor el califa, Harún Arrashid, la noble Zubeida, y entre las doncellas de esta se cuenta. Un día le comunicó a su señora que le apetecía mucho poder entrar y salir, y obtuvo licencia para ello. Desde entonces ha salido de palacio cuanto le ha placido, pues ha llegado a ser la dama de confianza de la noble *sitt* Zubeida⁷⁰. Baste con decir que ya todos la conocen como la *qahramana* de la esposa del califa, título que, como a buen seguro sabéis, se le otorga a la primera de sus damas de compañía. De vos le ha hablado a nuestra ama, *sitt* Zubeida, y le ha pedido que la case con vos. La señora le ha dicho: “Antes de dártelo en matrimonio, tengo que conocer a ese joven, y solo accederé si lo veo digno de ti”. Queremos, pues, introducirlo en palacio hoy mismo, sin que seáis visto. Si nadie se da cuenta de que entráis, podréis casaros con ella. Si, por el contrario, os descubren, os cortarán el cuello. ¿Qué me decís?». «Iré contigo –repuse yo– y arros-traré las consecuencias, si llega el caso». El eunuco dijo: «Bien, cuando caiga la noche, id a la

⁷⁰ Zubeida, que aparece con frecuencia en *Mil y una noches*, como se irá viendo, era la prima y esposa del califa Harún Arrashid, además de nieta del también califa Almansur, el fundador de Bagdad. Tradicionalmente se la ha cono-cido con el título de *sitt* (vinculado con *sáyida*), esto es, «señora».

mezquita que mandó construir *sitt* Zubeida a orillas del Tigris; rezad y pasad allí la noche». «De mil amores», repuse yo. Así pues, al atardecer me acerqué a la mentada mezquita, donde recé y me quedé a dormir. Ya apuntaba el alba cuando vi a dos criados acercarse en un bote con varios arcones vacíos que dejaron en la mezquita antes de marcharse. Pero no se marcharon todos, pues uno se quedó allí. Lo miré con detenimiento y comprobé que era el que había mediado a mi favor. Al cabo de un rato se presentó la joven, mi enamorada. Me levanté, fui hacia ella y la abracé. Ella me besó y se echó a llorar. Después de conversar un poco, hizo que me metiera en una de las arcas, que cerró sobre mí. Fue luego al eunuco, que traía gran cantidad de enseres, y los fue distribuyendo por los demás arcones, que cerró uno tras otro. Cuando los tuvieron todos listos, los llevaron a la embarcación y pusieron rumbo al palacio de *sitt* Zubeida. Yo comencé a cavilar: «Mis deseos de gozar van a acabar llevándome a la muerte. Seguro que esto no sale bien...». Y me eché a llorar y a pedirle a Dios que me salvara de aquel trance. Los esclavos llegaron por fin al recinto palaciego, donde fueron dejando los arcones, incluido el que yo ocupaba.

Avanzamos por entre una multitud de encargados del harén y guardias, hasta que llegamos a uno, de mayor rango. Despertó de su sueño y le preguntó de destemplada voz a la doncella: «¿Qué es lo que hay en esos arcones?». Mi amada repuso: «Vienen todos llenos de propiedades de *sitt* Zubeida, nuestra ama». «Pues ve abriéndolos uno por uno —ordenó el oficial de los eunucos—, para que examine su contenido». Mi amada quiso evitarlo: «¿Y eso, por qué?». El esclavo gritó con voz atronadora: «¡No me hagáis perder el tiempo, mozuela! ¡Eesos arcones se van a abrir porque lo digo yo...!». Y se vino directo hacia el arcón que yo ocupaba y comenzó a abrirlo. A mí me entró tanto miedo que me oriné encima. Cuando la joven doncella vio los orines, le dijo al guardia: «¡Mira lo que has conseguido! Tú lo que quieres es que nos maten a los dos, a ti y a mí. Para tu conocimiento te diré que has echado a perder no menos de diez mil dinares, pues el arcón contiene varias túnicas multicolores y cuatro cántaras de agua del sagrado pozo de Zémzem. Parte del líquido se ha derramado, gracias a tu ocurrencia, y tiene que haber mojado las telas. No quiero ni pensar, ¡ay, Dios mío!, que se hayan corrido los tintes...». El eunuco se apresuró a decirle: «¡Venga! Llevaos vuestros arcones de una vez. En mala hora los habéis traído...». Los criados volvieron a cargar con los arcones y siguieron adelante, cuando, de repente, oí que uno de los esclavos decía muy alarmado: «¡El califa, el califa!». Yo creí morirme allí mismo y no hallé mejor remedio que exclamar la fórmula de la que nadie puede avergonzarse: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Esta es una desgracia a la que me han conducido mis propios pasos». Enseguida oí la voz del Comendador de los Fieles, que a mi amada preguntaba: «¡Tú! ¿Qué llevas en esos arcones?». La doncella repuso: «Ropa de mi ama, *sitt* Zubeida». «¡Ábrelos ahora mismo!», le ordenó el califa. Al oír esto, y mientras me entraban las más letales angustias, me dije: «Este es, a qué dudarlo, el último día de mi vida en este mundo. Si me salvo, me casaré con ella, cierto es; pero, como me pillen, seguro que me cortan el cuello», y comencé a recitar la profesión de fe. Oí luego la voz de la doncella: «En los arcones van ciertas valiosas posesiones de mi ama, así como prendas de su guardarropa, y bien que me tiene dicho que nadie debe ver su contenido». El califa no se arredró por ello: «Yo tengo que ver lo que contienen». Y les rugió a los esclavos: «¡Traédme los uno por uno!».

Mientras yo me desvanecía, o casi, ante la certidumbre de que mi hora había llegado, los esclavos fueron presentándole a su señor los arcones que mi amada traía consigo. Se los iban abriendo y el califa vio las telas suntuosas, las prendas de ropa y los pomos de perfume que en

ellos venían. A todos les había pasado revista, salvo al que a mí me contenía, y, cuando ya los esclavos iban a echar mano de él, para abrirlo, la doncella se acercó presurosa al califa y dijo: «Este arcón que ante vos tenéis, mi señor, ha de abrirse solo en presencia de la noble Zubeida, ya que contiene sus más íntimos secretos». Al oír esto, el califa ordenó que siguieran adelante con los arcones. Los esclavos alzaron el que a mí me contenía y poco después me depositaron en el gran salón del palacio, entre los demás contenedores de telas y aromas. Seca tenía yo a esas alturas la boca, sin una gota de saliva. Mi amada abrió el arcón, me ayudó a salir y me dijo: «Ya está, amigo mío, nada malo podéis temer. Respirad, pues, tranquilo, cálmese vuestro corazón y sentaos para serenaros antes de que venga *sitt* Zubeida, y esperemos que os conceda mi mano». Me senté como ella me dijo, y poco después vi que llegaban hasta diez vírgenes dispuestas en dos filas, cinco a un lado y cinco a otro, por parejas, y luego a otras veinte, núbiles asimismo, pero con los senos bien formados. Entre ellas venía la propia *sitt* Zubeida, quien apenas podía caminar bajo el peso de las alhajas y valiosas túnicas con que se ornaba.

Cuando la noble dama llegó a su sitio, se dispersaron todas las doncellas. Yo me acerqué y me incliné en señal de profundo respeto. *Sitt* Zubeida me hizo además de que tomase asiento, y así lo hice yo, en el suelo, a sus pies. Me dirigió buen número de preguntas sobre mi oficio y mi linaje, y yo fui respondiéndolas todas. Ella se mostró contenta y le dijo a mi amada: «¡La buena crianza que te hemos procurado no ha sido en balde, muchacha!». Y luego, dirigiéndose a mí: «Ten en cuenta que esta joven es como si fuese hija nuestra. Considérala una prenda valiosa que Dios te deja en depósito». Volví a besar el suelo, más que satisfecho ante la perspectiva de mi matrimonio con la joven. *Sitt* Zubeida me ordenó que me quedase allí, entre ellos, diez días, espacio de tiempo durante el cual unos lacayos se ocuparon de mi servicio, trayéndome la comida y la cena, sin que yo tuviese noticia alguna de mi enamorada. Transcurrido que hubo dicho plazo de tiempo, la noble Zubeida pidió autorización al Comendador de los Fieles para casarme con la doncella, y él se lo concedió, destinándole a mi amada la suma de diez mil dinares. *Sitt* Zubeida mandó venir al juez y a los escribanos y levantaron acta de nuestros esponsales. Sirvieron entonces dulces y otros suculentos manjares, y la alegría se extendió por las demás casas. Así estuvimos otros diez días, y, al cumplirse los veinte desde mi llegada, llevaron a la joven a los baños para que, a continuación, consumáramos nuestro enlace. Con ese motivo se celebró un gran banquete, y entre los manjares que sirvieron había una generosa fuente de *zirbaya*, bien servida de azúcar y bañada en agua de rosas almizclada; junto con diversos platos de gallina, carne picada y dorada y otros alimentos tales que quitaban el sentido. Pues la cosa es que, cuando me acerqué a la mesa, me lancé de inmediato sobre la *zirbaya*, de la que me comí una buena ración. Me limpié las manos, pero se me olvidó lavármelas. Después me quedé sentado hasta que, al caer la noche, encendieron las velas y acudieron las cantantes con sus panderetas; velaron y desvelaron a la novia, y la condujeron en procesión por todo el palacio mientras llovían las gratificaciones en oro.

Acabado el recorrido, la trajeron a mí y la despojaron de cuanto la cubría. Pero, cuando me quedé a solas con ella en el lecho y comencé a acariciarla sin poder creerme que la tenía entre mis brazos, noté el olor que desprendían mis manos y soltó un penetrante grito. De todas partes comenzaron a acudir doncellas, mientras yo me echaba a temblar sin entender lo que ocurría. «¿Qué te ocurre, hermana?», le preguntaron las doncellas. «¡Libradme —exclamó ella— de este perturbado a quien yo creí en sus cabales!». «¿Y qué es —le pregunté yo— lo que os lleva a pensar que no estoy en mi sano juicio?». Ella me contestó con otra pregunta: «¿Cómo se os ha ocurrido,

chalado, más que chalado, comer *zurbaya* y no lavarlos después las manos? Bien sabe Dios –añadió– que no puedo aceptaros, por vuestra falta de sensatez y malos hábitos». Dicho esto, tomó de donde estaba un látigo y cayó sobre mí, golpeándome primero en la espalda y luego en las posaderas, hasta que, molido a palos, perdí la consciencia. Luego les dijo a las doncellas que me llevaran ante el corregidor de la ciudad para que me cortase la mano que no me había lavado después de comer con ella *zurbaya*. Al oír aquello exclamé: «¡No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios! ¿Vais a hacer que me corten la mano porque he comido *zurbaya* y no me he lavado?». Las doncellas intervinieron: «No seas, hermana, tan estricta con él esta vez». Ella repuso: «¡Pues, desde luego, algo tengo que cortarle de sus extremidades!», y, sin más, se marchó y estuve diez días sin verla. Al undécimo volvió a mí y me dijo: «¡Tú, caranegra, jamás seré para tí! ¿Cómo pudiste comer *zurbaya* y no lavarte luego las manos? Aún no doy crédito...». Llamó a voces a las doncellas y estas me maniataron. Mi amada agarró una navaja afilada y me cortó los dos pulgares, así como los dedos gordos de los pies, dejándomelos como veis, amigos. Yo me desmayé, y me detuvieron la hemorragia con unos polvos con que me embadurnaron las heridas. Entonces hice el solemne juramento de no volver a comer *zurbaya* si no me lavaba las manos ciento veinte veces, con almarjo, juncia y jabón. De modo que, cuando me ofrecisteis el plato de escabeche, sentí que me ponía malo y para mis adentros me dije: «Por un plato como este tengo amputados los pulgares y los primeros dedos de los pies», y luego, cuando me insististeis, pensé que tenía que cumplir con mi juramento.

El dispensero del rey concluyó su relato diciendo que, a preguntas de todos los presentes, el joven mercader de los pulgares mochos dijo: «Mi juramento le ablandó el corazón a la joven dama, y aquella noche dormimos juntos. Seguimos luego como estábamos durante un tiempo, hasta que un día me dijo: “Nada saben en la corte de lo que ha pasado entre nosotros. Ningún otro extraño ha traspasado estos muros, y, si vos habéis podido hacerlo, ha sido gracias a la intervención de *sitt Zubeida*”. Y añadió, mientras me entregaba cincuenta mil dinares: “Tomad este oro, salid y comprad para nosotros una casa espaciosa”. Así lo hice yo, y hacia aquella hermosa vivienda trasladé todos sus bienes: el dinero que había ahorrado y las telas y objetos preciosos que había ido juntando. Esta es, pues, señores míos, la causa de que tenga los dedos amputados».

«Terminamos de comer –concluyó el dispensero– y nos marchamos, y no mucho después de eso, la pasada noche, me ocurrió lo que vuestra majestad de sopra sabe con el jorobado. Y hasta aquí ha llegado mi historia, que deseo os haya gustado». El rey contestó: «No es ni mucho menos tan admirable como la historia del jorobado. No voy a tener más remedio que daros muerte a los tres». Pero entonces el judío dio un paso al frente, besó el suelo y dijo: «Quisiera relatarle al primer soberano de nuestra era una historia que sin duda hallará mejor que la del jorobado». El rey de la China dijo: «Veamos, cuéntanos». El médico judío relató entonces:

LO MÁS PEREGRINO⁷¹ que me ocurrió siendo yo joven es lo siguiente. Estaba yo en Damasco, donde aprendí mi noble oficio y comencé a ejercerlo, cuando un día vino a mí un siervo del señor de la ciudad y me dijo: «Venid, que mi amo os requiere». Salí, pues, y me dirigí en compañía del siervo a la casa de su amo. Al entrar pude ver, en medio de la gran sala porticada, un lecho de sabina, con incrustaciones de oro, donde yacía el enfermo a quien había yo de visitar. Se trataba de un joven tan hermoso como no se ha conocido otro. Me senté a su cabecera e hice votos por su

⁷¹ Comienza la historia de «El médico judío».

pronta recuperación, a lo que él respondió con una señal de sus ojos. Sin más, le pedí: «Dadme, señor, vuestra mano». Como él me tendiera la izquierda, yo me dije muy sorprendido: «¿Qué cosa más rara! Un joven tan agraciado, de una familia principal, pero tan falto de modales... ¿Habrás visto? ¡Me ha tendido la mano izquierda!». Le hice un reconocimiento completo y le escribí mis prescripciones. Los días siguientes, hasta contar diez, lo estuve visitando, y, al undécimo, se restableció, de modo que pudo acudir a los baños, donde se lavó y regresó a su casa. El señor de la ciudad se despojó, en agradecimiento, de una de sus túnicas, que me regaló, y, además, me nombró apoderado suyo en el hospital de Damasco. Ahí no quedó la cosa, pues poco después fui en compañía del joven felizmente restablecido a los baños, que vaciaron para nosotros. En el vestidor estábamos cuando se le acercaron los sirvientes para ayudarlo a desvestirse, y, cuando el joven se hubo desnudado, pude ver que le habían amputado, y no hacía mucho, la diestra. Comprendí que esa había sido sin duda la causa de su dolencia, y, muy sorprendido, me llené de pesar por él. Como, además, le vi por el cuerpo marcas de latigazos que al parecer se había tratado con ungüentos, mi asombro fue aún mayor. El joven se dio cuenta, me miró y me dijo: «No os sorprendáis, médico de nuestro tiempo, por mi suerte; os lo contaré todo cuando salgamos de aquí». Salimos sin novedad de los baños y lo acompañé a su casa, donde me ofreció comida y reposo. El joven me propuso: «¿Qué os parece si subimos a la galería, donde estaremos más a nuestro gusto?», y, como le dijese que sí, les ordenó a sus esclavos que nos acondicionasen un espacio en el piso de arriba, y asimismo que nos asaran un cordero y nos sirviesen fruta. Así hicieron. Empezamos a comer y, al ver que se servía de su mano izquierda, le rogué que me contase su historia. Él entonces me relató lo siguiente:

OÍD, MÉDICO DE NUESTRO TIEMPO⁷², el relato de lo que me ocurrió. Sabed que soy de Mosul, de donde era mi abuelo, el cual murió dejando a diez hijos varones, entre ellos, mi padre, el primogénito. Cuando les fue llegando el momento, se casaron uno tras otro, y a mi padre le nació yo, mientras que sus nueve hermanos quedaron sin descendencia. A ello se debió el que, en mis años de mocedad, me moviera yo sin cesar entre mis tíos, a quienes placía mucho mi cercanía. Cuando ya había alcanzado yo la edad adulta, estaba un viernes con mi padre en la mezquita mayor de Mosul, donde asistíamos a la oración comunitaria, acabada la cual se marchó la muchedumbre. Mi padre y mis tíos, sin embargo, prefirieron quedarse allí sentados, departiendo sobre las virtudes de los distintos países y maravillas de las ciudades del orbe. Cuando le llegó el turno a El Cairo, uno de mis tíos dijo: «Los viajeros aseguran que no hay sobre la faz de la tierra nada más hermoso que El Cairo y su río, el Nilo». Aquella afirmación, lejos de pasarme desapercibida, me infundió un gran anhelo por visitar la ciudad que tanto celebraban. No quedó en ello la cosa, pues mi padre añadió, dándole a mi tío la razón: «Quien no ha visto El Cairo no ha visto nada. Su tierra es finísimo oro, y su río, causa de asombro; huríes son las cairotas y palaciegas sus fondas. Siempre se ha dicho que sus saludables aires llevan aromas que en nada dejan al mejor de los incienso. Decir El Cairo es decir el mundo. Acertado estuvo el poeta que la cantó:

De mi parte al Nilo cuéntale
que mi sed no sacia el Éufrates.
Cuando con Yamil me encuentro,
a Buthaina creo estar viendo...

⁷² Comienza «El joven de Mosul».

»Y asimismo el que dijo:

¿Cómo dejar la Gloria, que es El Cairo?,
¿qué otro lugar satiará mi anhelo?
¿De una tierra partir cuyos aromas
ni amadas cabelleras me ofrecieron?
¡Si el bienestar hallé del Paraíso
en su mullido y generoso suelo!
Ciudad que corazón y ojo embelesa,
que maravilla a píos y u perversos...
En sus huertos se esparcen los amigos,
que hermanan la lealtad y muchos méritos.
Si decide, cairota, Dios mi marcha,
recordad nuestro pacto y juramento:
tácito quede del lugar el nombre,
no vayan su perfume a robar céfiros.

»Aunque –prosiguió mi padre–, si tuviera yo algo que destacar de tan insigne ciudad, me decantaría por los atardeceres en sus huertas, que a todos maravillan y procuran placentero solaz».

Todas aquellas descripciones de la gran urbe, sus contornos y celebrado río, que mi padre y mis tíos fueron formulando, me impresionaron sobremanera. Cada cual se fue a su casa, y yo aquella noche, fascinado por El Cairo y Egipto, fui incapaz de conciliar el sueño, y al día siguiente había ya dejado de encontrarles gusto a la comida y la bebida. Al cabo de unos días mis tíos se aprestaron para salir en viaje de negocios hacia la tierra que yo tanto anhelaba. Fui a mi padre y lloré ante él con tanta amargura que hubo de acceder a prepararme a mí también una partida de género. Acordamos, pues, que me llevarían, pero mi padre les dijo a mis espaldas: «No le dejéis llegar hasta Egipto; que venda su mercancía en Damasco». Poco después me despedí de él y salimos de Mosul. Y no interrumpimos la marcha hasta llegar a Alepo, donde paramos unos días antes de seguir rumbo a Damasco, ciudad que apreciamos por sus arboledas, sus corrientes de agua, la fertilidad de su tierra y sus canoras aves: ¡talmente un paraíso donde no faltaba fruta alguna...! Nos hospedamos en una posada de donde mis tíos decidieron que no nos moveríamos hasta que hubiésemos cerrado todos nuestros tratos de venta y compra. Ellos mismos se encargaron de darle salida a mi género, y cada dírrham reportó cinco de ganancia, lo que me alegró mucho. Mis tíos se marcharon a Egipto y yo me quedé en Damasco, donde alquilé, por dos dinares al mes, una casa alta, de factura tan vistosa que no hay lengua capaz de describirla. Allí me dediqué a disfrutar de la buena mesa, valiéndome sin traba alguna del dinero que había ganado.

Y estaba un día a la puerta de aquella vivienda cuando se me acercó una joven, vestida con tanto lujo como nunca había visto yo. Le guiñé un ojo, y ella no solo no se mostró desdenosa, sino que al instante la tuve cruzando el umbral. Entusiasmado me sentí con la victoria que representaba el que la muchacha hubiese accedido a mi invitación. Tras encargarse ella misma de cerrar la puerta por dentro, se despojó de su velo y me dejó ver un rostro de maravillosa belleza. Con el corazón ya prendado de ella, me levanté y traje un servicio completo de comida, fruta y cuanto era menester. Comimos y nos lo pasamos tan bien como pudimos, y, entre jugueteo y jugueteo, bebimos hasta embriagarnos. Luego nos echamos a dormir y con ella pasé la mejor de las noches. A la mañana siguiente quise darle diez dinares, pero ella frunció el ceño, me juró,

muy enfadada, que jamás aceptaría dinero mío, y exclamó: «¡Vaya con los de Mosul! ¿Os habéis creído que vengo en busca de vuestro dinero, ¿eh?». Luego se sacó del bolsillo de la camisa quince dinares, los puso delante de mí y dijo: «Por Dios os juro que si no los aceptáis no volveréis a verme». Tomé yo las monedas y mi enamorada añadió: «Dentro de tres días, cariño mío, vendré a veros a la caída del sol; esperadme y emplead este dinero en comprar lo mismo que ayer». Dicho esto, se despidió y se marchó, llevándose con ella mi buen juicio.

El día fijado acudió a nuestra cita, ataviada con bordados, alhajas y túnicas más valiosas aún que la vez primera. Yo ya tenía dispuesto cuanto requería nuestra velada, de modo que, nada más llegó, comimos y bebimos, y, ya saciados y contentos, nos acostamos. A la mañana siguiente me dio otros quince dinares y se comprometió a volver al cabo de tres días. Hice yo de nuevo acopio de cuanto convenía, y, al cuarto día, reapareció ataviada con telas más suntuosas, si cabía, que las veces anteriores. En un determinado momento me preguntó: «¿Me consideráis bonita?». «¿Bonita? ¡Pues claro que sí!», le contesté. «¿Qué os parecería —preguntó ella— si la próxima vez viniera acompañada de una muchacha, que es más hermosa y joven que yo, para que juegue con nosotros y nos riamos los tres? Mi amiga, que quiere pasar un rato de holganza, pues está triste desde hace tiempo, me ha pedido que la deje acompañarme, y así poder pasar la noche con nosotros, y nos hartemos de reír juntos». «¡Por supuesto que sí! Estaré encantado», le contesté. Cerrado el acuerdo, nos embriagamos y nos echamos a dormir. A la mañana siguiente sacó veinte dinares. «Preparadlo todo contando con que seremos tres en la velada», dijo, se despidió y se marchó. Al cabo de tres días tenía yo ya dispuesto lo necesario para nuestra reunión, tal como habíamos convenido, y, poco después de la caída del sol, apareció mi amiga en compañía de otra joven, que llegó envuelta en su manto. Entraron ambas, se sentaron y, al ver a la desconocida, recité:

«¡Qué velada pasamos tan dichosa,
exentos de la envidia y el mal de ojo!
Para perder el juicio, tenemos
tres razones: pasión, bebida y gozo.
La luna se ocultaba tras un velo,
tremolaba entre telas el retoño;
en los ojos nureisos decían,
florecían rosales en los pómulos.
En compañía de quien yo bien quiero
vivo la vida en bendecido arrobó».

Muy contento de tenerlas conmigo, encendí las velas y les dispense la más alegre acogida. Ambas se despojaron de las telas con que venían ataviadas, y, cuando la más joven se descubrió el rostro, me pareció estar ante el mismo plenilunio. Nunca había visto yo hermosura semejante. Me levanté y les serví de comer y de beber. Dimos buena cuenta de la cena, y yo me dediqué a hacerle los honores a mi nueva amiga, llevándole bocados a la boca y escanciándole el vino que con ella compartí. Aquello debió de suscitar los celos de mi primera amiga, pero esta, ocultándolos, me dijo: «Es guapa, ¿eh? Más salada que yo, ¿verdad?». «Así es», dije yo. «Se me ha ocurrido —propuso— que esta noche durmáis con ella». «Lo haré con sumo gusto», repuse. Mi primera amiga, pues, se levantó y nos preparó el lecho. Y con la nueva amiga pasé la noche entera.

A la mañana siguiente, no más despertar, noté que tenía la mano manchada de sangre. Abrí los ojos y vi que el sol ya brillaba en el cielo. Cuando fui a despertar a la muchacha, su cabeza

cayó rodando, desprendida de su cuerpo. Entendí que la otra la había matado por celos. Después de pensar un poco, me levanté, me quité la ropa e hice, en el suelo de la casa, un hoyo al que arrojé el cuerpo de la muchacha. La cubrí con tierra y volví a colocar el pavimento, que dejé como había estado. Me lavé, me cambié de ropa, tomé el dinero que me quedaba y salí. Fui a ver a mi casero, le pagué un año de alquiler y le anuncié: «Salgo de viaje para encontrarme con mis tíos, los hermanos de mi padre, en Egipto». Salí, pues, de inmediato rumbo a El Cairo, donde me reuní con ellos. Muy contentos al verme, me pusieron al corriente de sus éxitos, ya que habían logrado vender a buen precio todo el género que habían traído, y me preguntaron: «¿Cómo es que has venido?». «Os echaba de menos –repuse– y tenía miedo de gastarme todo el dinero que gané».

Me quedé con ellos un año entero, que dediqué a recorrer aquellas tierras y el famoso río Nilo, disponiendo del dinero que me quedaba, del que gasté sin medida en comer y en beber. Más adelante, cuando ya se acercaba la fecha prevista para emprender regreso, me marché del lado de mis tíos sin decirles nada. «Habrás decidido emprender antes que nosotros el camino», se dijeron. De manera que ellos se marcharon, mientras que yo permanecí en Egipto, sin olvidar enviarle cada año el alquiler a mi casero de Damasco. Tres años completos residí de ese modo en El Cairo hasta que el dinero se me agotó, una vez apartada la cantidad que necesitaba para renovar el alquiler un año más. De manera que volví a Damasco y me instalé en la casa, para satisfacción de su dueño. Entré en la vivienda y limpié a fondo los restos de sangre de la degollada. Al levantar un almohadón me encontré el collar que la pobre había llevado al cuello. Lo tomé en mis manos, lo estuve contemplando y no pude evitar el llanto. Estuve sin salir un par de días, y, al tercero, fui a los baños, donde me cambié de ropa. No me quedaban ya ni monedas de plata.

Poco después fui un día al mercado, inspirado por Satanás, para que se cumpliera lo Decretado. Llevaba conmigo el valioso collar, con la intención de ponerlo en manos de cierto corredor y encargarle que me lo vendiera al mejor precio posible. El hombre se levantó al verme y me invitó a que me sentara a su lado a esperar a que el mercado se animara con el avance del día. El corredor consiguió por su cuenta, sin que yo me enterase, que le tasaran el collar, y resultó ser verdaderamente valioso, pues lo estimaban en nada menos que dos mil dinares. Sin embargo, a mí me dijo: «No es más que un collar de cobre de hechura europea⁷³; me ofrecen mil dirhams». «Sí –le dije yo–, ya lo sé... Se lo mandamos hacer a una conocida nuestra, para reírnos de ella; luego vino a parar a manos de mi mujer, y ahora queremos venderlo. Aceptad la oferta que os han hecho».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 28**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven de Mosul le dijo al corredor: «Aceptad esos mil dirhams que os ofrecen». Pero este último, sospechando que allí había algo turbio, se fue al síndico del mercado y le entregó el collar. El síndico, a su vez, se lo llevó al gobernador y

⁷³ En árabe, «de hechura de los *ifrançh*», o sea, de los «francos», literalmente, término con el que se ha designado, hasta muy recientemente, de manera indistinta a los europeos occidentales, y permanece en el término *lingua franca*.

le dijo: «Este collar me lo robaron de casa, y se lo hemos encontrado a uno que va vestido como los hijos de mercaderes». Y así fue como me vi de pronto rodeado de esbirros que me apresaron y me condujeron ante el gobernador de Damasco. Este me preguntó por el collar y yo le conté lo mismo que al corredor. El gobernador se rio y dijo: «No estás diciendo la verdad». Y, sin más, se me echaron encima los guardias de su séquito, que me desnudaron y dieron de latigazos por todo el cuerpo. Cuando los azotes ya me ardían, grité: «¡Lo robé!». Creí que me convenía confesar un hurto, pues, si decía algo de la muchacha muerta, podían acabar acusándome de haberla matado y ejecutándome por ello.

Confesé que había robado el collar, me cortaron la mano y me cauterizaron el muñón con aceite hirviendo. Caf desmayado y, para que volviese en mí, me dieron de beber. Recogí mi mano y volví a la casa que tenía alquilada. Pero el casero me dijo: «Dado lo ocurrido, debéis ahora buscaros otro sitio: no puedo admitir a un delincuente». Le rogué: «Concededme, señor, un plazo de dos o tres días, para que pueda buscarme un sitio». «Contad con ellos», me dijo, y se marchó. Me dejé caer llorando y pensé en voz alta: «¿Cómo voy a volver ahora a los míos con la mano cortada? Ellos no saben que soy inocente... Acaso Dios disponga ahora otra cosa...», y seguí llorando amargamente. Y tan grande era mi abatimiento que pasé dos días indispuerto, después de que se hubiese marchado mi casero. Al tercero se presentó este acompañado de unos guardias y del síndico del mercado, el que me había acusado del robo. Salí a la puerta y les pregunté: «¿Qué pasa?». Sin concederme un solo instante, me maniataron y me echaron una cadena al cuello, al tiempo que me decían: «El collar que te encontraron resultó ser del señor, ministro y magistrado de nuestra ciudad. Hace tres años que lo echan de menos en su casa, desde el día en que desapareció su hija». Al oír estas palabras, me eché a temblar y me dije: «Me van a matar sin más remedio. Tengo que contarle mi historia al señor de la ciudad. En sus manos está el creermelo y perdonarme, o el condenarme a morir».

Me condujeron, pues, ante el señor de Damasco. Me miró y preguntó: «¿Este es quien trató de vender el collar? El cortarle la mano ha sido un desafuero». Ordenó entonces que detuvieran al síndico del mercado, a quien dijo: «Ahora tendrás que pagarle el precio de sangre por su mano; si no lo haces, mandaré que te ahorquen y me incautará de todos tus bienes», y, a una voz suya, sus asistentes se llevaron a rastras al síndico. Quedé, así, a solas con el señor de la ciudad, una vez me hubieron quitado la cadena y desatado las manos por indicación suya. Me dijo: «Cuéntame, hijo mío, y dime la verdad, cómo llegó ese collar a tu poder», y recitó:

«Sea decir la verdad siempre tu guía,
aunque el decirlo te suponga ruina».

Yo le conté cuanto me ocurrió con mi primera amiga y cómo esta me trajo luego a la más joven, a quien degolló por celos. No le oculté detalle alguno. Al oír mis palabras, meneó él la cabeza, dio una palmada, se puso el pañuelo ante la cara y, tras llorar largo rato, recitó:

«Pesar puro es nuestra vida,
¿quién no vive pesuoso?
Toda alegría se acaba
tras haber durado poco».

Luego se me acercó y dijo: «La primera muchacha era hija mía, a quien tenía yo a buen recaudo. Cuando alcanzó la pubertad la desposé con su primo, el hijo de mi hermano, que vivía en El Cairo, pero el joven murió. Volvió ella a mi lado, pero con las peores mañas de los egipcios bien aprendidas. Pasado un tiempo fue a verte cuatro veces y, a la quinta, te visitó en compañía de su hermana pequeña. Ambas eran hijas de la misma madre y se tenían mucho cariño una a la otra. La mayor no supo guardar el secreto de vuestros encuentros ante su hermana, y un día me pidió permiso para salir con ella, pero volvió sola. Le pregunté por su hermana menor, y entre lágrimas, me contestó: «Nada sé de ella». Luego le confesó a su madre, en secreto, que había degollado a su hermana. Su madre me lo contó a mí y se echó a llorar diciendo: «Bien sabe Dios que no pararé de llorar hasta el día en que me muera». No me cabe duda, pues, hijo, de que cuanto dices es cierto. Y ahora deseo que no te opongas a lo que voy a proponerte, y es que te cases con mi benjamina, que es hija de otra esposa mía y virgen. No tendrás que darme ninguna compensación en arras. Os concederé una asignación de mi peculio y tú ocuparás el mismo lugar que si fueses hijo mío». Contesté: «Se hará como deseáis, señor. ¿Cómo iba yo a imaginarme que íbamos a llegar a esto?». Mandó entonces venir al juez y a los escribanos, y se formalizó nuestro matrimonio. Cohabité yo con mi joven esposa, y mi suegro puso a mi disposición crecidos capitales que habían pertenecido al síndico del mercado. Alcancé de ese modo la más alta posición en Damasco, y, al cabo de un año, murió mi padre. El señor de la ciudad, mi suegro, envió a un hombre de confianza suyo para que me trajese el dinero que heredé de mi padre, y desde entonces llevo una vida regalada.

El médico judío concluyó su relato diciendo: «Admirado de su suerte, pasé tres días con el joven de Mosul, y él me recompensó mis cuidados médicos con una gran suma de dinero. Pasó el tiempo y yo emprendí viaje hacia los dominios de vuestra majestad, donde las cosas me han ido de perlas hasta que me ocurrió lo que bien sabéis con el jorobado». El rey de la China dijo: «Pues no es mejor que la historia del jorobado. Y tengo que mandaros ahorcar a todos, en especial, al sastre, que es la fuente de todo el mal. Pero si ahora —dijo el rey dirigiéndose precisamente al sastre— me contáis una historia más interesante que la del jorobado, os regalo a todos el precio de vuestras culpas». Entonces se adelantó el sastre y relató lo siguiente:

SEPA VUESTRA MAJESTAD⁷⁴, soberano principal de nuestro tiempo, que mi historia es, con creces, más admirable que las anteriores. Ello es que, antes de encontrarme con el jorobado, muy de mañana, había acudido yo a un gran banquete donde nos reunimos maestros de oficios tales como la sastrería, la pañería, la carpintería y otros del mismo jaez. Así que el sol hubo ascendido, acabaron de disponer los alimentos en la mesa, y fue entonces cuando se presentó nuestro anfitrión acompañado de un joven bagdadí, muy agradado, que nos era desconocido. La ropa que traía era de lo mejor, y él mismo era hermoso en extremo, aunque cojeaba. Entró, pues, donde todos estábamos, nos saludó y nos levantamos para acogerlo. E iba el joven a sentarse cuando, al ver entre nosotros a cierto barbero, se abstuvo de hacerlo y se dispuso a marcharse, lo que le impedimos todos con insistentes palabras. Nuestro anfitrión, jurando por lo más sagrado, le rogó: «Decidnos, amigo, a qué se debe que queráis marcharos cuando acabáis de llegar». «Por Dios os pido —contestó el recién llegado— que no queráis detenerme. La causa de que quiera marcharme es la presencia entre vosotros de ese barbero que está ahí sentado». Asombrado por estas palabras, nuestro anfitrión exclamó:

⁷⁴ Comienza la historia de «El sastre».

«¿Cómo puede un joven bagdadí turbarse por la presencia de un barbero!». En este punto nos dirigimos todos al joven: «Contadnos por qué estáis a tal punto malquistado con él». El joven contestó: «Con este barbero, gentes de bien, me ocurrió algo inusitado en Bagdad, que es mi ciudad. Él fue la causa de que se me rompiera esta pierna y de la resultante cojera. Por eso me juré a mí mismo no volver a tomar asiento en lugar alguno donde él se hallase, ni vivir en el mismo país donde él viviese; tan es así que, por su culpa, me marché de Bagdad y me establecí en esta ciudad. La consecuencia ahora de habérmelo encontrado será que esta noche ya no me acostaré en mi cama, sino que emprenderé viaje de inmediato». «Por lo más sagrado –le dijimos todos– os rogamos que nos contéis cuanto con él os pasó». El barbero se puso lívido cuando vio que el joven cojo se disponía a atender nuestro requerimiento y comenzó a relatar lo siguiente:

SABED, GENTES DE BIEN⁷⁵, que mi padre fue uno de los mayores comerciantes de Bagdad y yo, el único hijo que el Altísimo le concedió. De modo que, cuando, poco después de haber alcanzado yo la edad adulta, el Supremo lo acogió en Su seno, me dejó dinero, servidores y fámulos, y enseguida comencé a disfrutar de las ropas más suntuosas y los más suculentos bocados. Bien, pues se daba la circunstancia de que Dios había infundido en mí honda aversión hacia las mujeres. Y, como quiera que cierto día en que iba yo a pie por los callejones de Bagdad, me topé con un grupo de ellas, que venían caminando en sentido contrario, salí huyendo y fui a dar con cierto pasadizo sin salida. Vi al final de este un poyo y me senté a descansar. Al cabo de unos momentos se abrió ante mí una ventana y por ella asomó una joven, hermosa cual luna llena, tal como jamás había yo visto a otra, que comenzó a regar las plantas del arriate que bajo la ventana había.

Miró a un lado y a otro y cerró la ventana ocultándose de mi vista. En ese mismo instante me ardió fuego en el corazón, mi mente se distrajo de todo cuanto no era ella y mi aversión hacia las mujeres se tornó en amor. Y allí me quedé sentado hasta la caída de la tarde, ausente del mundo que me rodeaba, de tan intenso como había sido mi arrebató. Vi entonces llegar al juez principal de la ciudad, a lomos de su montura, precedido de esclavos y seguido de servidores, y, como se bajase para entrar en la casa de donde había asomado la muchacha, comprendí que dicho ilustre magistrado era el padre de esta. Volví a mi casa con gran pesadumbre y me desplomé en mi lecho, abrumado por mis pensamientos. Acudieron entonces mis esclavas, que se sentaron a mi alrededor sin saber lo que me pasaba, ya que nada les conté ni respondí a sus preguntas inquietas. Tan enfermo llegué a estar que fueron no pocos los que vinieron a interesarse por mi estado; entre ellos, cierta anciana, quien, no más poner sobre mí los ojos, comprendió la verdad del caso. Se sentó a mi cabecera, me acarició y dijo: «Decidme, mozuelo, ¿qué os pasa?». Se lo conté y ella exclamó: «¡Acabáramos! Esa es, niño mío, la hija del juez principal de Bagdad, que la tiene a buen recaudo. El sitio donde la visteis es el piso donde tiene sus habitaciones, mientras que su padre ocupa la planta principal. Está sola y yo frecuento la casa. Sabed que yo, y nadie más que yo, puede mediar para que tengáis un encuentro con la moza. ¡De modo que ya os estáis recuperando!». Estas palabras me infundieron ánimos y, haciendo de tripas corazón, puse todo de mi parte para superar mi abatimiento. Los míos se alegraron mucho con ello, y yo, como al poco noté que me respondían los miembros, me convení a mí mismo de que a no mucho tardar recuperaría todo mi vigor.

⁷⁵ Comienza «El cojo y el barbero de Bagdad».

La anciana no tardó mucho en volver a visitarme. Y, cuando la tuve ante mí, me dijo, con el rostro desencajado: «No queráis saber, hijo mío, cómo se ha puesto... Ha sido empezar yo a hablar de lo que vos sabéis y decirme: “Si no cierras la boca ahora mismo, vieja de mal agüero, recibirás de una vez por todas lo que mereces”. De manera que tendré que intentarlo otra vez más adelante». Al oír esto tuve una recaída, pero solo unos días más tarde entró la anciana exclamando: «¡Traigo buenas noticias!», palabras que me devolvieron el alma al cuerpo. «Bien que he de recompensártelo», le dije. La anciana se explicó: «Ayer estuve donde la joven, quien, al verme sin aliento y con los ojos hinchados me preguntó: “¿Cómo es que te veo tan alterada, abuela?”. Yo me eché a llorar y le dije: “¡Ay, niña y señora mía! El muchacho que tan enamorado está de vos y de quien hace bien poco os hablé se halla a las puertas de la muerte por vuestra causa”. Ella entonces, con el corazón ablandado, me preguntó: “¿Y de qué conoces tú a ese joven?”. Yo le dije: “¡Pero si es casi hijo mío y fruto de mis entrañas! Os vio hace unos días en la ventana, mientras regabais, y no más veros esa cara tan hermosa que tenéis cayó rendido de amor. Luego, cuando le conté cómo os pusisteis el otro día, se agravó su estado y ya no hay quien lo mueva de la cama. ¡Ay, Dios! Ya no queda otra sino esperar su muerte...”. Con la expresión cambiada me preguntó: “¿Y todo eso por mí?”. A lo que yo: “Como os lo estoy contando, princesa... ¿Qué me ordenáis ahora?”. “Vete a verlo –dijo ella–, deséale lo mejor de mi parte, dile que yo estoy aún peor que él, y que el viernes que viene, antes de la oración del mediodía, llame a nuestra puerta; yo diré: ‘¡Abrid esa puerta!’, le haré subir, pasaremos un rato juntos y se marchará antes de que mi padre vuelva de la mezquita”. Eso fue lo que me dijo».

No bien acabó la anciana de hablar –prosiguió el joven cojo–, se me pasó todo el dolor que había sufrido y se me alivió la pesadumbre que me oprimía el pecho. Le regalé a la anciana la ropa que llevaba encima y ella se marchó diciendo: «Que el corazón se os alivie». «Ya me he curado», contesté. La gente de mi casa y mis amigos se felicitaron de mi salud recobrada, y yo seguí sin novedad hasta que llegó el viernes. La anciana vino a verme a casa, me preguntó por la salud y le aseguré que nunca en la vida me había encontrado tan lleno de vigor. Fui luego a vestirme y perfumarme, y me senté a esperar el momento en que todos saliesen hacia la mezquita, para acudir a mi cita. La anciana me dijo: «Como tenéis tiempo más que de sobra, os vendría bien pasaros por los baños y cortaros el pelo, más que nada después de haber estado enfermo». «Bien pensado; pero haré primero que me corten el pelo y luego iré a los baños», repuse yo, y sin más ordené a uno de mis mozos: «Vete al mercado y tráeme a un barbero, que sea juicioso y poco entrometido, y no acabe mareándome con su palabrería». El mozo salió y volvió con este hombre que entre vosotros he hallado en tan mala hora.

Entró, pues, el barbero en mi casa y me saludó. Le devolví el saludo y él dijo: «Famélico os veo». Le contesté: «He estado enfermo», y él exclamó: «¡Quiera el Altísimo apartar de vos la zozobra, la desgracia, las cuitas y las penas!». «Dios os oiga», le dije, para zanjar el diálogo, pero él, lejos de callarse, se explayó a gusto: «Contento podéis ponerlos, mi señor, pues acaba de llegaros la salud... ¿Queréis que os corte el pelo solamente o también que os saque un poco de sangre? Sabido es que al piadoso y sabio Hijo de Abbás⁷⁶ se le atribuye el haber dicho: “De setenta males libra el Cielo a quien en viernes se corta el pelo”, y seguro que estáis más que enterado de la afirmación:

⁷⁶ El Hijo de Abbás (o Ibn Abbás), que vivió en el siglo VII d. C., fue un hombre de religión, muy cercano al profeta Mahoma, entre cuyos «Compañeros» se contaba; ha sido siempre célebre por sus conocimientos de todo lo relativo al Corán y a la Tradición islámica; tanto que pasa por ser uno de los iniciadores del *tafsir* o exégesis coránica.

“Quien cada viernes se hace una sangría ahuyenta mal de ojo y melancolía”, que ponen igualmente en boca del Hijo de Abbás y no de otro». «Dejaos –le dije entonces, ya algo molesto– de tanto parloteo y empezad a cortarme el pelo porque no me sobran las fuerzas». Y este hombre que está ahí sentado alargó la mano, sacó un pañuelo y desenvolvió un astrolabio de siete discos que en él traía envuelto. Sin soltar el instrumento, fue al centro de la casa y alzó la cabeza en dirección a los rayos del sol; miró atentamente y dijo: «Pongo en vuestro conocimiento que llevamos ya muy avanzado este día de viernes, que, para mayor abundamiento, es el viernes correspondiente al día décimo del mes de *sáfar* del año 763 de la Hégira⁷⁷, o sea, de la migración de nuestro Profeta –¡con él sean la bendición y la paz!–; año que, por cierto, coincide, según el cómputo de la era alejandrina –así llamada por Alejandro Magno– con el año 7320. Y sabed asimismo, señor, que, según lo determinado por la ciencia aritmética, tenemos en el ascendente a Marte, a siete grados y seis minutos; dándose por lo demás la feliz circunstancia de que Marte se halla en conjunción con Mercurio. Todo ello indica a las claras que cortarse hoy el pelo es muy favorable. Al margen de ello, interpreto asimismo indicios de que deseáis honrar con vuestra presencia a cierta persona, de quien no tengo empacho en declarar que puede sentirse satisfecha, pues los astros le sonríen. Dicho lo anterior, habría algunas palabras más que añadir, pero me las guardaré para mí mismo».

Extrañado ya por todo aquello, le repliqué: «La verdad es que has conseguido incomodarme y bajarme la moral con tu tediosa palabrería, y quién sabe si acaso no me habrás atraído la mala suerte, pues mala sombra no te falta. Lo único que quiero es que me arregles la cabeza, de modo que ponte ahora mismo a cortarme el pelo y deja de hablar de una vez». Pero él, como si nada: «No me cabe duda alguna de que si conociérais la verdadera índole del suceso que sobre vuestro futuro se cierne, me solicitaríais detalles y explicaciones. Pero, yendo al grano, mi dictamen de experto es que en el día de hoy habéis de hacer cuanto con sumo gusto os irá indicando sobre la base de mis cálculos astronómicos». Exclamé: «¡Jamás en la vida me he topado con un barbero que tuviese conocimientos astronómicos! Lo que a estas alturas me ha quedado claro es que eres un maestro de la chacota; y te recuerdo una vez más que te he llamado para que me cortes el pelo, lo que parece darte lo mismo, pues no paras de calentarme la cabeza con tus vanos discursos. ¡Basta ya!». Pero él no se dio por aludido: «Queréis seguramente que os amplíe la información de que dispongo. Y haríais bien en sacar provecho de la presente oportunidad que Dios ha tenido a bien brindaros. Ya que no es solo que los astros tengan para mí pocos secretos, sino que, amén del oficio de barbero, sangrador y sacamuelas, me precio de dominar la alquimia y la magia blanca, así como las ciencias del lenguaje: la sintaxis, la morfología y la lexicografía, junto con la retórica, la estilística y la lógica; así como la aritmética y la geometría, e igualmente el derecho, las tradiciones proféticas y la exégesis escritural⁷⁸. Sabed, señor mío, que me he estudiado en profundidad libros diversos, y los he confrontado con la práctica efectiva, tomando de ello buena nota. Para vuestra tranquilidad os diré que, tras un período de adquisición memorística de las diversas ramas del saber, las he perfeccionado, y desarrollado la pericia técnica correspondiente, y, por último, he conjuntado todos mis saberes con vistas a la elaboración de un todo armónico. Y, como no quiero extenderme demasiado, me limitaré a haceros saber que vuestro señor padre me tuvo siempre en gran estima a causa de mi mucha discreción y prudencia. De ahí, joven

⁷⁷ La fecha equivale al 9 de diciembre de 1361.

⁷⁸ Esta curiosa enumeración de disciplinas, que el barbero incluye en la presentación de su persona, falta en la recensión de Bulag; la tomo de Calcuta.

señor, que los servicios que os voy a prestar os sean de todo punto necesarios, por ser como soy, y a diferencia de lo que antes habéis insinuado, lo menos parecido a un charlatán metomentodo. Prueba elocuente de ello es mi nombre, ya que Tácito el Circunspecto me llaman. En fin, querido y joven amigo, el mejor camino que seguir podéis consiste en dirigir loas a Dios y no llevarme la contraria en nada de lo que os pueda yo indicar, pues lo que os ofrezco son mis certeras, bien fundadas y afectuosas recomendaciones y consejos. Mi deseo, en suma, es permanecer durante un año entero a vuestro servicio, de modo que comprobéis hasta qué punto tengo razón en cuanto sostengo. ¡Ah, y sin cobraros nada por ello!». Tras oír todo aquello no pude sino exclamar: «¡Tú hoy acabarás conmigo! De eso sí que estoy seguro».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 29**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven que acabó quedándose cojo siguió contando su historia con el barbero:

Cuando hubo pronunciado las últimas palabras de su larga perorata, le dije: «Tú hoy acabarás conmigo, de eso estoy seguro». El barbero replicó: «Bien, señor mío, como acabo de anticiparos, mi nombre es Tácito, a causa precisamente de ser persona muy poco dada a la palabrería injustificada; rasgo que, como la noche del día, me diferencia de mis seis hermanos, cuyos nombres no tengo inconveniente en precisaros, para que no quedéis ayuno de su conocimiento. Mi hermano mayor se llama Eulogio, el segundo Facundo, el tercero Gárrulo, el cuarto Jarro de Asuán, por lo de parecer hueco y sin fondo, el quinto Canoro, el sexto Fodolf y el séptimo y último, que, como ya bien sabéis es vuestro humilde servidor, Tácito el Circunspecto⁷⁹, para serviros». Y, como la palabrería insufrible del barbero iba en aumento y amenazaba con ocasionarme un derrame de hiel, le dije a mi mozo: «Dale un cuarto de dinar y que se vaya en paz, pues tampoco me hace tanta falta un corte de pelo...». ¡Para qué dijera yo nada...! El barbero tomó mi orden al mozo como un nuevo pretexto para volver a explayarse: «¡Qué disparate, mi señor! ¡De ningún modo os cobraré sin haberos servido! Y he de serviros, puesto que mi deber es atender a vuestras necesidades, tanto si cobro unas cuantas monedillas de plata como si no, que eso lo mismo me da. Puede que desconozcáis mi valor, pero a mí no se me escapa el vuestro. Mucha era la caridad que vuestro difunto padre, hombre noble y desprendido donde los haya, que en Gloria esté, gastaba con nosotros. Un día, no muy distinto a este de la fecha bendita en que vivimos, mandó vuestro señor padre a buscarme; se hallaba en compañía de algunas otras personas y me dijo: “Sángrame”. Yo entonces me serví de mi astrolabio para hacer mis cálculos y averiguar la posición de los astros, y comprobé que la hora no era propicia, o, en otras palabras, que la sangría podía ocasionarle problemas, y así se lo hice saber a vuestro padre, quien, lejos de contravenirme, se mostró bien dispuesto a hacer lo que yo le indicaba. No pude, pues, sino decir en su alabanza:

“A mi señor acudí
para hacerle una sangría,

⁷⁹ En árabe: Albaqhuq, Alhaddar, Báqbaq, Alkuz, Alaswani, Alashur, Shuqásheq y Assámet Arrazín.

mas comprobé que la fecha
distaba de ser propicia.
Por departir tomé asiento
en su honrosa compañía,
y ante aquel noble auditorio
desplegué la ciencia mía.
Entusiasmado exclamó
por cuanto de mí oía:
‘¿No hay dato que se te oculte,
eres de las ciencias mina!’.
A lo que yo contesté,
confesando su valía:
‘Sin vos, mi señor, yo fuera
una cántara vacía,
pues no solo sois ilustre
y enmendador de desdichas,
sino fuente inagotable
de todas las disciplinas’”.

»Y, vivamente emocionado por mis palabras –prosiguió el locuaz barbero–, vuestro padre le gritó al mozo: “¡Trácele ahora mismo la suma de ciento tres dinares y una suntuosa túnica”; me hizo entrega de todo ello y quedó a la espera de momento más propicio. Llegado que hubo este, yo le saqué la sangre, y tanto él como sus amigos me lo agradecieron vivamente. Y yo, incapaz de contener mi lengua, le dije: “No era menester, mi señor, que me recompensaseis con tan espléndidos regalos. ¡Ciento tres monedas de oro!”. Vuestro difunto padre repuso: “Un dinar es justo pago por el dictamen astronómico, otro en agradecimiento a la agradable charla, el tercero como retribución por la sangría, y los cien restantes y la túnica son respuesta al panegírico”».

Sin poder contenerme, exclamé: «¡Téngale Dios en cuenta a mi padre el haber tratado a alguien como tú!». El barbero, o sea, ese hombre que aquí está en vuestra compañía, se rio y dijo: «Solo hay un Dios y Mahoma es Su enviado; loado sea Quien, sin cambiar Él mismo, puede cambiarlo todo... Os juzgaba inteligente, y, a qué dudarlo, lo sois, pero la enfermedad os ha tenido que trastornar. ¿No dice Dios en Su Libro Sagrado que les tiene reservado el Paraíso a “quienes dominan su ira y perdonan a los demás”? Vos estáis, de cualquier modo, y en lo que a mí respecta, disculpado, aunque me pregunto a qué viene tanta prisa... No se os oculta que vuestro padre no hacía nada sin consultarme a mí, y bien dicen que si a uno le suelen pedir consejo es porque se ha ganado la confianza de los demás. ¿Y no dice el refrán: “Quien de nadie aprender quiere, maestro de otros ser no puede”? ¿Y asimismo: “Antes de dar cualquier paso, pídele consejo al sabio”? Por otra parte, es hecho cierto y comprobado que más experto que yo en los negocios de la vida no encontraréis a nadie. De modo que aquí me tenéis, plantado ante vos sobre mis pies y dispuesto a servirlos. Si a mí no me fastidiáis vos, ¿cómo puedo yo a vos fastidiaros? Paciente seré, de cualquier modo, en pago a las muchas mercedes que de vuestro padre recibí». «Demasiado es ya lo que he tenido que oír de tu boca; lo único que quiero es que me rasures y me dejes en paz», le dije, mostrando mi enfado. Y quise levantarme, pero él ya me había mojado la cabeza.

De nada sirvieron mis palabras, pues el parlanchín enhebró enseguida: «Bien sé que os sentís fastidiado por mi persona, pero no os lo llevaré a mal porque tenéis el entendimiento del chiquillo que aún sois y hasta hace bien poco se me subía a los hombros para que lo llevase yo

a la escuela». En ese punto estalló: «¡Déjate, rabo de burro, de tanta palabrería y vete con viento fresco!», y me rasgué la ropa que llevaba puesta. Cuando me vio actuar de ese modo, agarró la navaja y comenzó a afilarla, pero la operación se prolongó durante tanto tiempo que a punto estuve de perder el juicio. Por fin vi que se acercaba a mi cabeza y que me rasuraba una parte, pero enseguida levantó la mano y dijo: «La prisa, mi señor, es cosa de Satán, mientras que de Dios es propio el saber aguardar», y recitó estos versos:

«El no precipitarse, del buen logro es la llave;
muéstrate bondadoso, que el Señor te es testigo.
No hay mano de criatura que de Su Mano escape,
ni hay sultán que no tema de otro el mayor dominio».

Y prosiguió: «Creo, mi señor que desconocéis mi valía. No olvidéis que bajo mi experta mano han estado las cabezas de reyes y príncipes, de comandadores y ministros, de magistrados y hombres ilustres. De los de mi gremio dijo el poeta:

Los oficios componen un collar
donde el barbero es perla principal.
Aventaja con su arte a toda ciencia
y en su mano del rey tiene la testa».

Volví entonces a insistirle, una vez más: «Haz el favor, hermano, de no meterte donde no te llaman, que bastante me has importunado y molestado ya». «Me va pareciendo –repuso él– que tenéis prisa». «Pues sí: prisa tengo, mucha», dije. Y él: «Daos un respiro, pues la prisa es, como os tengo dicho, cosa de Satán y no puede engendrar sino arrepentimiento y privaciones. Bien dijo el Profeta –con él sea la bendición y la paz–: “Lo que más se aprecia requiere paciencia”. Mucho me daís que pensar, joven señor. Lo que más os conviene en este punto es confiarme cuál es el motivo de vuestra prisa, pues acaso lo que tantas ganas tenéis de hacer no sea tan razonable como pudiera pareceros, y ojalá me equivoque...». Aquí se interrumpió y dijo como para sí mismo: «Tres horas faltan nada más». Soltó malhumorado la navaja, sacó el astrolabio, se fue hacia el sol y se quedó allí parado un buen rato, para volver al cabo y decir: «Tres horas con precisión faltan para la oración comunitaria: ni más ni menos». «Por lo que más quieras, cállate de una vez, que me va a dar algo...», dije. Él volvió a empuñar la navaja, la afiló de nuevo y me afeitó otra parte de la cabeza, mientras decía: «A mal traer me trae vuestra prisa. Bien os haría decirme a qué se debe. Ya os he dicho que vuestro padre no hacía nada sin consultarme antes». Viendo que no me libraba de él, dije para mis adentros: «No falta nada para la oración, y yo tengo que irme antes de que todos salgan de la mezquita; si sigo retrasándome, no sé cómo voy a arreglármelas para entrar en su casa», y, en voz alta: «Abrevia, deja de hablar y de meterte en mis asuntos, pues quiero asistir al convite de unos amigos». Cuando el barbero oyó hablar de convites, no perdió un instante: «¡Quiera Dios que vuestro día sea bendito! Fijaos qué casualidad: ayer mismo me comprometí con unos amigos míos, y se me ha olvidado por completo prepararles algo de comer. Y al oírlo a vos me he acordado. ¡Ay, Dios mío! Qué mal voy a quedar ante mis amigos». «No te preocupes por eso. Como acabo de deciros, hoy estoy invitado, de modo que puedes quedarte con cuanta comida y bebida haya en la casa; eso sí, a condición de que acabes de una vez de raparme la cabeza». Él exclamó: «¡Dios os lo premie! Decidme qué tenéis para que me haga una idea de lo que podré ofrecerles a mis invitados». «Pues hay cinco fuentes de guisos preparados, diez

pollos con costra y un cordero asado», repuse, y él: «Mandad que lo traigan, que yo lo vea». Lo trajeron todo, él lo examinó y dijo: «Falta el vino». «También tengo», dije yo, y él: «¡Pues que lo traigan!». Cuando así lo hicieron, volvió a exclamar: «¡Qué bueno sois! ¡Qué generosidad la vuestra! Pero faltan el incienso y los aromas». Hice entonces que le trajesen un cofre con sándalo, palo álce, ámbar gris y almizcle por valor de cincuenta dinares. A todo esto, el tiempo se iba apretando tanto como mi pecho, de modo que le dije: «¡Quédatelo todo y termina de afeitarme la cabeza, por vida del profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz!». El barbero se mostró dubitativo: «No puedo quedármelo sin haber visto antes el contenido». Le ordené a un mozo que abriera el cofre, y el barbero, dejando a un lado el astrolabio, se sentó en el suelo a inspeccionar los perfumes, inciensos y maderas preciosas que el cofre contenía, con parsimonia tal que a mí se me salía el corazón por la boca.

Al cabo de un rato se levantó, retomó su navaja, me afeitó una parte exigua de la cabeza y recitó:

«Los muchachos imitan a sus padres
tal como el árbol de su cepa sale».

Pero enseguida añadió: «Una duda me asalta, hijo mío: ¿debo agradecerlos a vos o a vuestro difunto padre? Porque el banquete que hoy ofreceré se debe por entero a vuestro mérito y munificencia, y lo cierto es que mis invitados tampoco se merecen tanto. Van a venir Aceitunas el fogonero de los baños, Pelón el de las arencas, Zambo el de las habas, Íkrisha el verdulero, Hamid el basurero, Akárish el lechero, Safid el camellero, Sueid el ganapán, Abu Makáresh el criado de los baños, Qasim el guarda y Karim el mozo de cuadra. A ninguno de ellos, os lo aseguro, podrá tacharlo nadie de pesado, ni de pendenciero, ni de entrometido, ni de importuno, y cada cual o bien sabe echarse un baile o bien recitar unos versos, pero lo mejor es que todos son como vuestro seguro servidor, o sea, quien viste y calza, en lo tocante a circunspección, saber estar y amor al silencio... Aceitunas canta al ritmo del pandero unas coplas que parecen cosa de magia y, cuando menos se lo espera uno, se arranca a bailar aquello de “Ya me llevo, madrecita; traigo sed y mi vasija”. Pelón, por su parte, se las pinta solo para bailotear mientras canta: “Mucho te quejabas, guapa, y digo yo: para qué”, y lo hace con tanta gracia el condenado que no hay quien aguante la risa. Y qué deciros de Hamid, el del burrajo, que es capaz de detener a las aves del cielo con su canto; y no creáis que se limita a ello, pues bien que se marca sus pasos de baile mientras entona: “Lo mejor de mi parienta no lo guarda en una caja”, o bien aquello de: “Si ella no puede venir, a su casa acudo yo”. Y sabed que este Hamid es tan pinturero, desenvuelto y bien plantado que sobre él tengo dicho:

“Por un burrajero muero”⁸⁰
que ya es el dueño de mi alma.
Con tal gracia se cimbréa
que más parece una rana.
La noche en que lo encontré
le dije, transido de ansia:
‘Una hoguera me has prendido,
a ver cómo me la apagas’.

⁸⁰ Este singular poema falta también en la recensión de Bulaq y las ediciones comerciales que de ella derivan.

'Cuando no es burrajo, es leña;
no sé a qué tanto te extrañas'».

Y este locuaz barbero –prosiguió el joven cojo– me fue describiendo uno por uno a sus compañeros de jarana, de modo tal que llevaba a la risa. Luego añadió, como remate: «Lo cierto es que cada uno de mis compadres tiene sus virtudes propias. Pero no es lo mismo, mi señor, oírlo contar que verlo. De modo que, si preferís venir con nosotros, nos hará a todos bien, empezando por vos mismo, pues más os valdría olvidaros de ese convite al que afirmáis querer asistir. Mirad que aún estáis convaleciente de vuestra enfermedad, y podéis acabar viéndoos entre gentes dadas a hablar en exceso y de lo que no les concierne. Quién sabe, puede incluso que topéis con algún entrometido que os perturbe el ánimo, a vos, que aún seguís débil». «Otro día será, Dios mediante», le respondí. Pero él, como no podía ser de otro modo, insistió: «Lo más adecuado es que honréis a mis compadres con vuestra presencia, para que podáis disfrutar de su compañía y os aprovechen sus méritos. No olvidéis lo que decía el poeta:

Disfruta los placcres que te salgan al paso,
que retener el tiempo nunca te será dado».

Desahugué entonces mi furia riéndome, y le dije: «Tú termina tu tarea, que ya me iré yo por mi camino a la paz de Dios, mientras tú te vas al encuentro de tus amigos, que te estarán esperando». «Cuánto me gustaría –dijo él– ponerlos en relación con gente de tanto bien y entre quienes no se cuenta entrometido alguno. Con una sola vez que vierais a mis compadres bastaría para que os olvidaseis de todas vuestras amistades». «¡Quiera Dios que nunca te falten! Tengo sin duda que invitarlos un día», dije yo, y él me propuso: «Si os parece bien, puedo yo perfectamente asistir ahora con vos al convite de vuestros amigos. Bastará que me esperéis un ratito para que yo pueda llevarles lo que me habéis regalado a mis compadres, y empiecen ya a ellos comer y beber, que estarán impacientes. Yo estaré de vuelta en un abrir y cerrar de ojos y os acompañaré adonde tengáis que ir, pues nosotros no somos tan remilgados que deje yo de ir con vos por no otro motivo que el no querer dejarlos solos a ellos». Incapaz de soportar aquello, volví a estallar: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Vete tú con tus amigos, disfruta con ellos, y déjame a mí ir con los míos, que me esperan». Y, como su respuesta fue: «No pienso dejaros ir solo», le dije: «En el sitio adonde voy no podré entrar más que yo». «La verdad –dijo él– es que me va pareciendo que lo que tenéis es una cita con alguna mujer, porque, de lo contrario, me querríais llevar con vos. Pero lo mismo da; soy el más indicado para ayudaros en vuestros propósitos... Aunque, por otra parte, mucho me temo que queráis veros con alguna extranjera, y perdáis con ello el alma. Mirad que estamos en Bagdad, y aquí no se hacen esas cosas... ¡Quial! ¡Bueno es el gobernador...!». Al oír esto, le grité: «¡Alto ahí, maestro del mal! ¿Qué son esas palabras que osas dirigirme?». Él contestó: «No seáis insensato, mi señor; callad que os estáis poniendo a vos mismo en un compromiso, y por favor os pido que no me queráis ocultar nada, pues a mí nada se me escapa y lo único que deseo es poner a mi persona a vuestra entera disposición». Temí entonces que las palabras del barbero llegasen a los oídos de la gente de mi casa y los vecinos. De modo que quedé en silencio durante largo rato. Llegó la hora de la oración, luego la del sermón, y el barbero acabó de afeitarme la cabeza. Satisfecho por ello, le dije: «Ve, pues, a encontrarte con tus amigos y llévate la comida y todo lo demás; yo te esperaré

hasta que vuelvas y así podrás venir conmigo». Trataba yo de engañarlo y así poder marcharme. Pero él me adivinó las intenciones: «Me estáis engañando para iros solo y lanzaros a un desastre del que nunca os recuperaréis. ¡Como Dios es Dios que no habéis de salir antes de que yo haya vuelto y pueda acompañaros, para que sepa en qué acaba vuestro negocio!». Le contesté: «Sea, pero no tardes».

El maldito barbero echó mano de toda la comida, la bebida y los aromas e inciensos que le había regalado y salió de mi casa; se lo entregó a un ganapán para que lo acompañase hasta la suya y se perdió por los callejones. Yo me levanté para ponerme en marcha, justo en el momento en que desde los minaretes se daba la paz del viernes. Me vestí y salí solo a la calle. No tardé en llegar a la casa donde había visto a la muchacha, y me encontré con la anciana que había hecho la tercería, que me estaba esperando. Subimos ambos al piso de arriba, donde tenía sus habitaciones la joven, y, no había hecho yo más que entrar cuando llegó el dueño de la casa, que volvía de la oración. Entró en la vivienda y cerró la puerta de la calle. Me asomé desde la ventana y, para mi sorpresa, vi en la calle a ese malnacido de barbero, sentado junto a la entrada de la casa. «¿Cómo habrá sabido ese satanás dónde encontrarme?», dije para mí. Y coincidió en ese momento, en virtud de un designio querido por Dios —Quien al final habría así de dejarme en evidencia—, que el padre de la joven a quien había ido yo a ver le echó en cara una falta a una de sus esclavas, y esta, al recibir los golpes, se puso a chillar. Al oírlo entró a socorrerla un esclavo, que se llevó también su castigo, a lo que el mozo respondió con más gritos. El barbero, que seguía fuera, creyó que era a mí a quien golpeaban, por lo que comenzó a dar grandes voces, mientras se desgarraba la ropa y se echaba tierra del suelo por encima de la cabeza. Luego optó por intercalar sus alaridos con llamadas de socorro a cuantos por allí estaban: «¡Han matado a mi señor en casa del juez!», decía a voz en grito. De allí se fue adonde yo vivía, sin dejar de desgañitarse y seguido de un tropel de gente, y habló con la gente de mi casa y mis mozos. Sin mediar comprobación alguna, se sumaron ellos también al griterío lamentando mi suerte: «¡Ay de nuestro señor! ¡Pobre de él!». El barbero se quedó con ellos y entre la muchedumbre, haciéndose la ropa jirones, mientras los míos no cesaban en sus lloros. Así, hasta que, encabezados por el barbero y sin cesar de repetir: «¡Nos lo han matado! ¡Nos lo han matado!», se encaminaron todos a la casa donde me encontraba yo.

Cuando el juez oyó aquella algazara, le ordenó a uno de sus mozos que fuese a ver qué pasaba. Salió el criado y volvió enseguida diciendo: «¡Ay, mi señor! En la puerta habrá no menos de diez mil almas, entre mujeres y hombres, que señalan hacia acá sin parar de gritar: “¡Nos lo han matado!”». El juez salió a la entrada de la casa, abrió la puerta y se halló ante un tropel considerable de gente. «¿Qué pasa?», preguntó perplejo. Mis mozos le espetaron sin más: «¡Malnacido! ¡Perro! ¡Puerco! ¡Habéis matado a nuestro amo!». «¿Y qué ha hecho —preguntó de nuevo el juez— vuestro amo para que tuviese yo que matarlo?».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 30**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven cogió siguió relatando su historia:

El juez les preguntó a mis mozos: «¿Y qué ha hecho vuestro señor para que tuviese yo que matarlo? No sé si estáis enterados de que os halláis ante mi casa». El barbero tomó la palabra: «¡Lo habéis molido a golpes!». El juez volvió a preguntar: «¿Y qué ha hecho él para que tenga yo que matarlo, y quién lo ha metido en mi casa y hasta dónde ha llegado? Además, ¿por qué os encabeza este barbero?». Pero este no se amilanó: «¡Le habéis propinado una tunda letal! Yo mismo he oído sus gritos...». «¿Y qué ha hecho él —preguntó el juez por tercera vez— para que me viese en la necesidad de matarlo?». El barbero halló ocasión de extenderse: «¡No os empeñéis en ser un viejo cenizo! El asunto no tiene secretos para mí, que estoy al cabo de la calle de cuanto aquí se cuece. La cosa es que vuestra hija esté enamorada del joven y él de ella, y me consta que, cuando él ha entrado en vuestra casa, habéis mandado a vuestros mozos que lo golpeen. Llegado que hemos a este punto, entre vos y nosotros no puede mediar más que el califa. Ya estáis mandando que saquen el cuerpo de nuestro señor para que se lo entreguemos a los suyos, y hacéldo pronto, si no queréis obligarme a que entre yo en vuestra casa, hasta donde haga falta, para recuperarlo». La vergüenza ante toda aquella gente mantuvo en silencio al juez, quien por fin le dijo al barbero: «Si lo que dices es verdad, entra tú mismo y sácalo». Sin arredrarse lo más mínimo, el barbero se metió en la casa.

Al verlo, quise a toda costa huir, pero no sabía a dónde. Entonces vi que, en la habitación donde me encontraba, había un arcón; me metí en él, lo cerré desde dentro y aguanté la respiración. El barbero subió a la primera planta y se fue derecho a la parte donde yo estaba, y no solo eso, sino que se metió en la misma habitación. Miró a derecha e izquierda y, al no encontrar otra cosa que el arca donde estaba yo metido, cargó con ella. Mientras yo creía perder el juicio por la inquietud, él avanzaba a toda prisa y, como yo estaba seguro de que por nada del mundo me dejaría, abrí el arca, y salí de ella atropelladamente. Me tiré al suelo, y fue así como me lastimé la pierna de mala manera. Pude luego llegar hasta la puerta, donde me encontré ante una aglomeración tal de gente como no había visto en mi vida. Para distraer a cuantos estaban allí congregados, comencé a lanzarles el oro que llevaba guardado en la manga para casos de necesidad, como aquel. Conseguí mi propósito, me lancé como pude a la carrera por los callejones de Bagdad, con ese malnacido de barbero a mi zaga. Lo mismo daba hacia dónde tomara yo, que venía siempre detrás de mí, sin parar de hablar ni un instante: «Han querido arrebatarle a mi señor, pero alabado sea Dios, Quien me ha ayudado a defenderme de ellos, y mi señor se ha librado. Como tenéis, señor, tanta afición por las prisas, a causa de vuestro mal gobierno, os habéis lanzado a ese cúmulo de despropósitos, y, de no haber sido porque Dios os ha concedido mi concurso, no os habrías librado en la vida del desastre al que vos mismo os habéis lanzado. ¿No veis que a punto habéis estado de poneros en muy comprometida situación? Quiera el Altísimo concederme larga vida, de modo que pueda yo estar siempre a vuestro lado para salvaros de todo riesgo. ¡Dios santo, Dios bendito! A punto habéis estado de ocasionarme a mí la muerte con vuestro pésimo proceder... ¡Y aún queréis salir solo! Pero no hemos de echaros en cara vuestra ignorancia, pues os falta el juicio y la serenidad de los hombres cabales».

Me volví hacia él y le pregunté: «¿No has tenido ya bastante? ¿Vas a perseguirme por todos los mercados?», y deseaba de todo corazón morirme con tal de librarme de su presencia. Como no lo conseguí, como no conseguí librarme de él, me metí, lleno de rabia, en una tienda en medio del mercado. Le pedí asilo a su dueño, y este apartó de mí al barbero. Y allí me vi, sentado en un almacén y maliciándome lo peor: «No voy a poder separarme de ese barbero, que va a acabar

pegado a mí día y noche, y no sé de dónde voy a sacar las fuerzas para tener su cara delante a todas horas». De modo que allí mismo decidí mandar por los testigos de rigor, y, cuando vinieron, redacté un documento donde repartía mis bienes entre los míos. Nombré también a un apoderado, a quien ordenaba la venta de la casa y mis demás inmuebles, además de encargarle la custodia de la gente de mi casa. Hecho esto y sin esperar más, emprendí viaje para zafarme de este desgraciado. Fue así como acabé estableciéndome en este vuestro país, donde ya llevo una larga temporada. Y al acudir a vuestra invitación me he encontrado con este mangoneador peligroso, sentado en medio de la reunión. ¿Cómo podría mi corazón estar sereno y yo a gusto entre vosotros, en compañía de quien tanto mal me ocasionó, hasta el punto de que por su culpa cojeo ahora?

Y, dicho todo lo anterior, el joven se negó a sentarse, y nosotros, oído que habíamos con atención su historia con el barbero, le preguntamos a este: «¿Es cierto lo que ha contado?», a lo que este repuso: «Todo se debió a mi buen juicio y a que soy un hombre como Dios manda, pues, de no ser por mi intervención, este joven se habría perdido sin remedio. Si se salvó de un perjuicio mucho mayor, fue solo gracias a mí. Merced de Dios fue, en efecto, el que me tuviese a mí a su lado y acabase solo con una pierna rota, en lugar de sufrir un daño irreparable en el espíritu. Si yo fuese un charlatán, como él pretende, un metomentodo, no habría recibido de mí tan gran favor. Y, para que veáis que soy hombre de pocas palabras y, a diferencia de mis hermanos, muy poco dado a entrometarme, escuchad lo que voy a contaros:

ELLO ES QUE ME HALLABA⁸¹ yo en Bagdad, durante el califato del Comendador de los Fieles Almúntasir Billah⁸², que fue, como bien sabéis, benefactor de pobres y desfavorecidos, y contertulio de sabios y justos. Pues bien, cierto día se irritó el califa con diez individuos, por más señas amigos de lo ajeno, o sea, ladrones y saltadores de caminos, personas de mal vivir, por decirlo pronto, y mandó al regidor de Bagdad que los condujese a todos a su presencia. Cuando el corregidor los hubo detenido, volvió con ellos en una embarcación. Yo los vi y me dije: «Si me uno a ellos, seguro que acabo dándome un buen festín, porque esos han tenido que juntarse para echar el día en la barca, comiendo y bebiendo. ¿Y quién mejor que yo para banquetear con ellos?». De modo y manera que me embarqué yo también y me mezclé con el grupo. Para mi sorpresa, se limitaron a cruzar el río, y en la otra orilla los recibieron los subalternos del gobernador, con grillos que nos pusieron a todos al cuello, a mí incluido. Sea esto prueba, amigos míos, de mi mesura y parquedad en palabras, pues, precisamente por no haber querido yo hablar, nos engrillaron a todos y nos llevaron ante el Comendador de los Fieles Almúntasir.

Este, al vernos, ordenó a su verdugo: «¡Córtales el cuello a los diez!». Y a la faca se puso el hombre: nos sentó en el tapete de la sangre, desenvainó su espada y los fue ejecutando uno a uno, hasta que solo quedé yo. Miró el califa, me vio y le dijo al verdugo: «¿Cómo es que aún solo les has cortado el cuello a nueve?». El verdugo exclamó: «¡No permita Dios que mi señor me mande matar a diez y yo mate solo a nueve!». «Pues yo diría —replicó el califa— que solo has acabado con nueve y que el décimo es ese que tienes delante». El verdugo se reafirmó: «Por la gracia del Comendador de los Fieles que diez han sido». Almúntasir ordenó a sus hombres: «¡Contados!». Los contaron y vieron que el verdugo había ejecutado a diez. El califa entonces

⁸¹ Comienza «El barbero de Bagdad y sus seis hermanos».

⁸² Sigo, como de costumbre, para lo que no suponga una alteración de consecuencias narratológicas, la recensión de Bulah. En la de Calcuta, sin embargo, se da el nombre de otro califa, Almústánsir Billah, que, según observó en su momento Antonio Cesaro, en nota a su traducción italiana del pasaje (*Le mille e una notte*, Turin: Einaudi, 2006 [primera edición, de 1948], vol. I, pág. 190), es el históricamente correcto, si atendemos a la fecha que se facilitó poco más arriba.

me miró y me dijo: «¿Cómo es que te has quedado callado en un trance como este, y a qué se debe que te hallaras en compañía de quienes iban a pagar con su sangre? Me va pareciendo a mí que, a pesar de tus muchos años, no debes de tener muchas luces que digamos».

Al oír las palabras del califa, me decidí a abrir la boca y hablé: «Sepa el Comendador de los Fieles, que todos me conocen como maestro Tácito, y mi sabiduría es considerable, por no hablar de mi criterio mesurado, despierta inteligencia y parquedad de palabras, que solo puedo calificar de ilimitada; que me dedico al oficio de la barbería, y que tengo seis hermanos. Pues bien, transcurrido el día de ayer, que había de ser, como en efecto fue, la víspera de hoy⁸³, y al ver a estos diez embarcarse en el río, me metí entre ellos pensando que se juntaban para algún convite o francachela, aunque pronto salió a la luz que no eran más que unos criminales. Los guardias, que esperándolos estaban, les echaron grillos al cuello, de lo que no me libré yo, confundido como iba con el grupo; y, dado que soy hombre circunspecto, opté por cerrar la boca y no pronuncié palabra. Y ello, en razón de mi cumplida medida. Luego nos han traído a la presencia del Comendador de los Fieles, de quien ha emanado la orden de que se les cortara el cuello a los diez. He quedado así a merced del verdugo, pero sin darme a conocer. ¿No está, pues, de acuerdo nuestro señor el califa en que es mi desmesurada medida la que a punto ha estado de costarme la vida? ¿No ha sido mi altura de miras, propia de un hombre cabal la que me ha impulsado a compartir la suerte de estos infelices? Pero en eso ha consistido siempre mi vida, en una interminable serie de favores y buenas obras, que a menudo no han cosechado otra respuesta que la rudeza y el maltrato».

Bueno, pues cuando el califa hubo oído mis palabras y colegido de ellas que soy hombre de bien, cabal, mesurado, parco en palabras y exento de la curiosidad malsana que me atribuye este joven, a quien, dicho sea de paso, libré de lo peor; digo que, cuando oyó el califa mis bien medidas razones, y después de haberse reído de buena gana, me preguntó: «Y dime, Tácito, ¿tus seis hermanos son tan sabios, instruidos y discretos como tú?». «¡Que se mueran ahora mismo los seis si se los puede comparar conmigo! Lo único cierto es que, a causa de su propensión a la palabrería y de su escasa medida, se han de ver todos y cada uno marcados por una tara: el primero es cojo, el segundo tuerto, el tercero mellado, el cuarto perdió la vista, al quinto le faltan las orejas y la nariz, al sexto, los labios, y el séptimo está bizco⁸⁴. No debería, en cualquier caso, el Comendador de los Fieles tenerme por hablistán o dado a la difamación. Es solo que me veo impelido a mostrar hasta qué punto soy más mesurado que mis hermanos, en cuyas historias se aclarará el motivo de que hayan adquirido las taras que desde entonces arrastran».

Y el barbero locuaz procedió a relatar la historia de su hermano mayor:

SEPA ASÍ EL COMENDADOR DE LOS FIELES⁸⁵ que el primogénito, o sea, el cojo, era sastre en Bagdad y cosía en un entresuelo que le había alquilado un hombre rico. Este, el casero, vivía encima, en el piso principal, mientras que el bajo del inmueble lo ocupaba una tahona. Estaba un día mi hermano el rengó sentado en su tienda, cosiendo, cuando, al levantar la cabeza, vio a

⁸³ ¿De esto se desprende que ha transcurrido un día, sin que el narrador lo haya mencionado?

⁸⁴ Vuelto la lista de la versión original árabe, tal como aparece en la recensión de Bulak. Si tomamos en cuenta lo que dice, hay que concluir que el barbero era bizco. Por otra parte, tal como aparece, la lista contiene varias inconsistencias con las historias que se relatan a continuación. Podría, en consecuencia, pensarse que ha habido o bien alguna confusión por parte del redactor, o que en la versión árabe que seguimos han confluído diversas tradiciones textuales. Con todo, no hay base para descartar que ello pueda formar parte de la caracterización del barbero parlanchín, que ya antes ha faltado a la verdad en varias ocasiones; de modo que estaríamos ante un ejemplo de lo que suele llamarse un narrador no fiable.

⁸⁵ Comienza «El primer hermano del barbero».

una mujer, hermosa cual la luna llena cuando se muestra, asomada al tragaluz de la casa. Estaba mirando a la gente que pasaba. No bien la hubo visto mi hermano, se le quedó el corazón suspenso de amor por ella y se pasó la jornada entera contemplándola, sin ocuparse de su faena. A la mañana siguiente abrió la tienda y se sentó a coser, pero a cada puntada que daba se quedaba un rato observando el tragaluz. Así pasó el infeliz una temporada, sin coser nada que le procurase ni una moneda de plata. Un día acertó el casero a presentarse en la tienda de mi hermano mayor con una tela y le dijo: «Hazme unas camisas con esta pieza». «Dicho y hecho», contestó mi hermano, y se puso a cortar y coser sin parar, y sin probar bocado, hasta que, a la hora de la cena, tenía ya cortadas veinte camisas. Vino entonces el casero y le preguntó: «¿Cuánto va a costarme esto?», a lo que mi hermano no respondió, pues la mujer le indicó por gestos desde el tragaluz, que no le cobrase nada, y eso que al pobre le habría venido bien hasta la menor monedita de cobre. Así siguió tres días, comiendo y bebiendo lo imprescindible, de tan ocupado como estaba con el encargo. Cuando lo tuvo listo subió al piso de arriba para entregarlo.

La cosa era —siguió contándole el barbero al califa— que la mujer le había hablado a su marido de la admiración que mi hermano le tenía, y se habían compinchado para que mi hermano trabajara para ellos, no pagarle nada y reírse, además, de él. Siguieron, pues, haciéndole encargos de sastrería, que mi hermano realizaba con diligencia. No contentos con ello, el casero y su mujer lo embaucaron concertando que se casara con la esclava que ellos tenían sirviendo en su casa. Pues bien, el día en que había de consumarse el matrimonio le dijeron al desdichado: «Si pasas la noche en la tahona verás qué maravilla mañana...». Mi hermano mayor creyó que se lo decían con buena intención, y se pasó la noche entera solo en la tahona. El casero se había confabulado también con el tahonero para que pusiese a mi hermano a mover la muela; de modo que, a eso de medianoche, entró el de la tahona donde dormía el pobre y le dijo: «Con la cantidad de trigo que tengo que moler, y con los dueños reclamándome la harina, le ha dado al buey por quedarse inmóvil. Voy a tener que atarte a ti al palo para me lo muelas», y tuvo, en efecto, a mi hermano accionando el molino hasta casi el alba. Acudió entonces el casero, y vio al pobre sastre atado al palo de la muela y al tahonero propinándole sus buenos azotes. Allí lo dejó y se marchó tan tranquilo.

Luego, con las claras del día, acudió la esclava que él creía iba a ser su esposa, lo desató y le dijo: «Mucho nos ha dolido a mi ama y a mí lo que os ha pasado, pero descuidad, que nos unimos a vuestros padecimientos». Tantos golpes había recibido mi hermano que la lengua no le respondía, por lo que nada pudo contestar. Lo que hizo fue marcharse a su casa, adonde vino a verlo el escribano que había levantado acta de los esponsales. Este lo saludó y le dijo: «¡Quiera Dios bendecir vuestro matrimonio muchos años! De manera que habéis pasado una noche celestial, entre mimos y abrazos, de la cena a la mañana, ¿eh?». «¡Lo que Dios tiene que hacer —repuso mi hermano— es maldecir vuestros embustes, so desalmado! Lo único que he hecho toda la noche ha sido moler en lugar del buey». «Contadme —le dijo el otro, conciliador— lo que ha pasado». Se lo contó mi hermano y el escribano le dijo: «Eso es que vuestra estrella no armoniza con la que rige a la muchacha. Pero no os preocupéis, que, si os parece bien, puedo levantar acta nueva de esponsales con una muchacha cuya estrella sí cuadre con la vuestra». «Mirad a ver si se os ocurre alguna otra compostura...», dijo mi hermano, y con estas dejó al otro para marcharse a su tienda, donde se sentó a esperar a algún cliente que lo sacase de su penuria.

Pero quien acudió a él fue la esclava, que había acordado con su señora un nuevo engaño y le dijo: «Mi ama te echó tanto de menos que ha subido a la azotea para que le veas la cara por el

tragaluz». Y no había acabado de pronunciar estas palabras cuando ya estaba la otra encaramada a lo alto de la casa y preguntándole llorosa a través del tragaluz: «¿Por qué motivo habéis cortado los lazos que nos unen?». Como mi hermano no le respondiese, la mujer le juró que nada había tenido ella que ver con lo ocurrido en la tahona. Al contemplar la belleza de la casera mi hermano se olvidó de todo, aceptó las excusas de esta y, muy contento de volverla a ver, la saludó, charló un rato con ella y volvió a sentarse entre los aparejos de su oficio. Al cabo de un rato reapareció la esclava: «Mi ama os saluda y dice que su esposo va a salir esta noche invitado a casa de unos amigos; en cuanto se haya marchado, podréis subir a nuestra casa y disfrutar con ella de los más grandes placeres toda la noche». Antes de eso el casero le había dicho a su mujer: «Cuando lo vea entrar por la puerta me lo llevo a rastras y lo pongo ante el corregidor», a lo que ella repuso: «Quédate tranquilo, que voy engañarlo de tal modo que será el hazmerreír de toda la ciudad». Mi hermano, huelga decirlo, nada sabía de las mañas femeninas...

De modo que, cuando cayó la tarde, bajó la esclava adonde mi hermano y volvió con él al principal, donde la casera salió a recibirlo: «¡Cuánto os he echado de menos, mi señor!». «Dadme un beso, no me tengáis así», le dijo mi hermano, y nada más pudo añadir pues en este punto lo sorprendió el marido, que se había ocultado en casa de un vecino. Aferró del brazo a mi hermano y le dijo: «Por Dios os juro que no os soltaré hasta que os deje en manos de los alguaciles. Mi hermano se deshacía en súplicas, pero el otro ni las oía, mientras lo llevaba a casa del corregidor, quien mandó azotar al infeliz. Y no fue eso todo, porque luego lo montaron a lomos de un camello y lo pasearon por las calles de la ciudad. Las gentes le gritaban al verlo pasar: «¡Castigo merece quien se mete en alcoba ajena!». Mi hermano se cayó del camello, se rompió una pierna y se quedó cojo. Luego el gobernador lo desterró de la ciudad y él se fue sin saber qué rumbo tomar. Cuando me enteré, fui en su busca indignado, lo alcancé y lo recogí en mi casa, donde no le ha faltado, hasta el día de hoy, qué comer ni qué beber.

Mucho —continuó el barbero— hicieron reír mis palabras al califa, que me alabó: «¡Muy bien, Tácito!», y quiso darme unos presentes. Yo, sin embargo, le repuse: «No puedo aceptar los cumplidos ni mercedes del Comendador de los Fieles antes de haber relatado cuanto les ocurrió a mis otros hermanos, sin que de ello pueda concluirse que me gusta hablar». El califa me dio su venia: «Sí, cuéntame lo que les ocurrió a todos tus hermanos; regálame los oídos siguiendo la senda de quienes saben cultivar el gusto por los detalles». De manera que le conté lo siguiente:

Y SEPA EL COMENDADOR DE LOS FIELES⁸⁶ que mi segundo hermano, Facundo, iba un día a hacer un recado, cuando una anciana le salió al paso y le dijo: «Parad un momento, buen hombre, que voy a haceros una propuesta, y, si os parece bien, la llevamos adelante». Mi hermano se detuvo y la anciana siguió diciéndole: «Voy a indicaros cómo podéis lograr cierto beneficio, si me prometéis no hablar demasiado». «Decidme lo que sea», le dijo Facundo, y ella: «Imaginaos una mansión espaciosa, rodeada de una huerta donde no faltan el agua corriente, la fruta y el buen vino; una cara bonita que mirar, unas mejillas tersas, un talle esbelto que estrechar entre vuestros brazos una noche entera. Si aceptáis mis condiciones, todo ello se cumplirá». Facundo la escuchó con atención y preguntó: «¿Y cómo, señora, es que os habéis dirigido a mí, entre todos los hombres del mundo? ¿Qué habéis visto en mi persona que os ha llamado la atención?». «¿No os advertí —dijo la anciana— que no hablarais demasiado? Limitaos a acompañarme, sin hacer tantas preguntas».

⁸⁶ Comienza «El segundo hermano del barbero».

Y sin más echó a andar la anciana, y mi hermano fue tras ella, ávido por verse como la anciana le había descrito. Llegaron así hasta una mansión de buenas proporciones. Subieron ambos hasta todo lo alto del suntuoso palacete y mi hermano se encontró ante cuatro damiselas como no se han visto otras, que estaban cantando con tal sentimiento que bien habrían podido hacer llorar a las piedras. Una de ellas fue a escanciar una copa de vino. Mi hermano le dijo: «¡Salud!» y trató de servirla. Ella se lo impidió y le ofreció a él la copa; mi hermano la apuró y de repente se llevó un cachete en la nuca, que le propinó la joven. Mi hermano salió de la sala echando pes-tes; la anciana fue detrás de él, animándolo con sus gestos a que volviese a entrar. Así lo hizo mi hermano Facundo, quien se sentó sin decir una palabra, lo que no evitó que le cayese una lluvia de cachetes en la nuca que lo dejó casi sin sentido. Poco después se levantó el pobre para hacer una necesidad y la anciana volvió a seguirlo para decirle: «Aguantad un poco y conseguiréis lo que habéis venido a buscar». «¿Hasta cuándo he de aguantar “un poco”?». «Tomaos otra copa, y ya veréis». Mi hermano volvió a su sitio y tomó asiento; entonces se levantaron las cuatro muchachas, a quienes la anciana ordenó que lo aliviasen de sus ropajes y le asperjaran el rostro con agua de rosas. Así lo hicieron, mientras la más delicada de todas le decía a mi hermano: «¡Dios os conceda la Gloria! En mi casa estáis y, si aguantáis un poco, alcanzaréis lo que buscáis». A esto repuso mi hermano: «Vuestro siervo soy, señora; en vuestras manos me tenéis», y ella: «Sabed que Dios me ha hecho amar el canto por encima de todo, y que quien me obedece consigue lo que busca». La joven dama les ordenó a las otras que cantasen, y así lo hicieron ellas para emoción de todos. Luego la dama dijo a una de las doncellas: «Hazte cargo de tu señor y que quede bien servido; yo estaré con él dentro de poco».

La esclava se acercó a mi hermano, que no sabía lo que ella iba a hacer con él, pero la anciana lo tranquilizó: «Tened paciencia, ya falta poco». Y ya iba mi hermano a dedicarse a la joven cuando la anciana lo interrumpió de nuevo: «Paciencia, señor, que lo único que os falta para conseguir lo que queréis es que os dejéis afeitar la barba». Facundo le respondió: «¿Y cómo voy a consentir en que hagáis de mí mismo un hazmerreír?». La anciana se explicó: «Lo único que la joven desea es que podáis seguir adelante con lo que a punto estáis de iniciar, pues ella no soporta más que los rostros lisos. No desfallezcáis ahora, cuando ya ha nacido en el corazón de la muchacha un intenso amor por vos». Mi hermano fue, en efecto, paciente y dócil. La esclava lo afeitó y lo llevó hacia su joven señora sin un solo pelo en la cara, pues le había rasurado las cejas, los bigotes y la barba, dejándole la piel tan enrojecida que la damisela se llevó un susto al verlo. Pero enseguida estalló la joven en tales carcajadas que casi se cayó de espaldas. Cuando se recobró le dijo a mi hermano: «Os habéis adueñado de mi ser, señor mío, con vuestra buena disposición. Pero ahora os encarezco, por vida mía, que os levantéis y bailéis ante nosotras». Mi hermano se levantó obediente y comenzó a bailar, a lo que la joven dama respondió golpeándolo con los almohadones que por la estancia había esparcidos. Ello fue la señal para que las doncellas emprendieran contra él una incruenta batalla, sirviéndose de naranjas, limones y toronjas, proyectiles que acabaron dando con el desventurado en el suelo.

Los cachetes en la nuca y los impactos en la cara continuaron hasta que la anciana se acercó a él y le dijo: «Estáis en las puertas mismas de vuestro objetivo, pues ya habéis recibido la ración completa de golpes. Solo queda una cosa: cuando la señora se embriaga tiene la costumbre, antes de entregarse a nadie, de quitarse toda la ropa que lleva encima y quedar como la parió su madre. Vos también debéis estar desnudo y perseguirla, pues le gusta correr delante

de sus amantes fingiendo que huye despavorida. Id tras ella por toda la casa, allá adonde ella os lleve, hasta que se os empine el miembro, y entonces se os entregará. ¡Vamos, quitaos toda la ropa!». Mi hermano se levantó y, como ausente del mundo, se quitó cuanto llevaba puesto hasta quedar en pelotas».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 31**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el barbero locuaz siguió relatando la historia de su hermano Facundo con las siguientes palabras:

Cuando la anciana le hubo dicho: «¡Vamos, quitaos toda la ropa!», él, como ausente del mundo, le hizo caso y quedó al instante desnudo. La joven le ordenó entonces: «Corred detrás de mí y seguidme adonde yo os lleve». Y así hicieron. Echó ella a correr y mi hermano fue tras ella. La joven dama iba de estancia en estancia, salía de una y en otra se metía, siempre seguida de mi hermano, de tal modo excitado que llevaba el miembro furiosamente enhiesto. Ella siguió corriendo, y Facundo persiguiéndola hasta que él, sin dejar nunca de correr, oyó que la joven dejaba escapar su voz, como si contuviera la risa. En ese momento se dio cuenta mi hermano de que se hallaba en un callejón del mercado de los peleteros, que estaban pregonando su género. Mercaderes, clientes y transeúntes lo vieron todos de aquella manera: desnudo, con el miembro enhiesto y la cara totalmente rasurada y roja. Comenzaron unos a gritarle y otros a reírse de él, hasta que algunos se pusieron a golpearlo con las pieles y dieron con él en el suelo, donde cayó sin sentido. Lo montaron en un asno y lo llevaron ante el corregidor, quien preguntó qué había pasado. Le respondieron: «Así como lo veis, señor, ha salido este de casa del ministro». El corregidor mandó que le administrasen cien latigazos y lo expulsaran de la ciudad. Yo fui tras él, me lo traje conmigo y lo introduje a hurtadillas en la ciudad; y, desde entonces, me he ocupado de mantenerlo. Conventrá nuestro señor el califa en que, si no fuera yo un hombre cabal, circunspecto y mesurado, no me habría portado tan bien.

POR LO QUE A MI TERCER HERMANO RESPECTA⁸⁷, sepa el Comendador de los Fieles que su nombre es Gárrulo, y que la Providencia y Decreto divinos lo llevaron un día a una casa grande, a cuya puerta llamó con la esperanza de que el amo lo atendiera y le diese algo. Desde dentro preguntó el amo: «¿Quién llama?», pero nadie le contestó. Mi hermano lo oyó enseguida decir de nuevo, ahora en voz bien alta: «¿Quién es?», pero, como mi hermano volviese a guardar silencio, se oyeron los pasos del amo llegándose a la puerta. La abrió y, al ver a mi hermano, le preguntó: «¿Qué quieres?». «Dame algo, Dios os lo pague», contestó mi hermano. El dueño de la casa le preguntó: «¿Eres ciego?». «Sí», repuso mi hermano, y el otro: «Dame la mano», y, como mi hermano se la diese, el amo lo condujo al interior de la casa y subieron cuantos tramos de escaleras había para llegar a la más alta de las azoteas. Mi hermano pensaba que el amo iba a darle algo de comer o una limosna. Cuando estuvieron arriba, el dueño de la casa le preguntó: «¿Qué quieres, ciego?». «Que me deis algo, Dios os lo pague». «Otra vez será», repuso el otro. «¿Y no pudisteis decirme eso—preguntó

⁸⁷ Comienza «El tercer hermano del barbero».

mi hermano— cuando estábamos abajo?». «¡Bajo de toda bajeza eres tú, que no te dignaste a decirme nada cuando llamaste a mi puerta y yo pregunté quién era!», le replicó. Mi hermano volvió a preguntar: «¿Y ahora qué vais a hacer conmigo?». «No tengo —dijo el amo concluyente— nada que darte». Y mi hermano: «Pues bajad conmigo todos esos escalones». «No tienes —dijo el amo— más que volver por donde has venido». El pobre Gárrulo se enfrentó, pues, con los sucesivos tramos de escalera, y, cuando no le quedaban más que veinte escalones para llegar a la puerta, resbaló, cayó y rodó hasta abajo. Se había hecho una buena brecha en la cabeza.

Al alejarse de la casa, sin saber a dónde ir, se le unieron sus dos compañeros de fatigas, ciegos como él. «¿Cómo te ha ido en el día de hoy?», le preguntaron. Después de contarles lo que le había pasado, concluyó: «Me hacen falta, hermanos, algunas de las monedas que tenemos guardadas para hacer frente a unos gastos». El dueño de la casa, que lo había seguido para saber qué era de él, oyó sus palabras, sin que el incauto ciego se diese cuenta de nada. Entró luego mi hermano donde vivía, seguido siempre por el hombre, y se sentó a esperar que viniesen los otros ciegos. Entraron estos, y mi hermano les dijo: «Cerrad la puerta y registrad la casa, no vaya a habernos seguido algún extraño». El dueño de la casa grande oyó esto y se colgó de una soga que en el techo había. Los recién llegados recorrieron la casa entera, tentando sus rincones y, como no encontraron a nadie, volvieron al lado de mi hermano. Sacaron las monedas de plata que tenían guardadas, las contaron, apartaron diez mil dirhams y se repartieron lo que quedaba para las necesidades de cada uno. Hecho esto, volvieron a enterrar los diez mil, se sirvieron comida y se sentaron a dar buena cuenta de ella. Entonces oyó mi hermano un ruido y les preguntó a sus compañeros: «¿Es que ha entrado alguien con vosotros?». Alargó la mano, se topó con la del dueño de la casa grande y exclamó: «¡Sí que ha entrado un extraño!». Los ciegos la emprendieron a golpes con el intruso, y, cuando llevaban ya un buen rato atizándole, comenzaron a gritar: «¡Gentes de Dios, gentes de bien, ha entrado un ladrón en nuestra casa para robarnos el dinero!», lo que congregó a una muchedumbre. El amo de la casa grande, o sea, el que llevó a mi hermano a su azotea, fingió, para poder librarse, ser ciego como los demás y dijo a grandes voces: «¡Que me asista el sultán, que me asista el corregidor, que me asista el comendador, pues tengo que darle a este un buen consejo!». Antes de que se dieran cuenta, estaban ya rodeados por los hombres del corregidor, ante quien los condujeron a todos.

El corregidor les preguntó: «¿Qué tenéis que decirme?», a lo que el dueño de la casa grande repuso: «Escuchadme a mí, señor corregidor: no nos sacaréis la verdad más que castigándonos, de modo que podéis, si bien os parece, empezar por mí y luego seguir con mis compañeros». El corregidor ordenó: «Tended a este y azotadlo», y así lo hicieron. Cuando los azotes le iban ya doliendo más de lo conveniente al hombre, abrió uno de sus ojos, y, luego, así que arreció aún más el dolor, abrió también el otro. El corregidor estalló: «¿Qué mañas son esas, depravado?». «Si me concedéis el perdón —dijo—, os lo cuento todo». La autoridad le dio garantías y él prosiguió: «Somos cuatro y nos hacemos pasar por ciegos para meternos en las casas de los hombres de bien y poder mirar a sus esposas, a quienes, además, nos las arreglamos para sacarles la plata. De ese modo hemos llegado a juntar hasta diez mil dirhams. Pero hoy, al pedirles yo a mis compañeros que me den mi parte, o sea, las dos mil quinientas monedas de plata que me corresponden, ellos me han molido a palos y se han quedado con lo mío. Por eso me pongo en manos de Dios y de vuestra excelencia, que sois sin duda más digno de quedaros con mi parte que estos compañeros

míos. Y ahora, si queréis cercioraros de la verdad de mis palabras, podéis mandar que le den a cada uno de ellos más azotes que a mí, y ya veréis cómo van abriendo los ojos uno tras otro».

Y así lo hizo el corregidor, quien al punto ordenó que azotasen a los ciegos. Empezaron con mi hermano, a quien asestaron tal cantidad de golpes que casi me lo matan. Cuando hubieron terminado, les dijo el gobernador: «¡Sois despreciables! ¿Renegáis de los dones de Dios fingiéndolos ciegos?». Mi hermano le contestó: «Por el sagrado Nombre de Dios juro tres veces que ninguno de nosotros puede ver nada». Esto le valió para que lo azotaran de nuevo hasta que se desmayó. El corregidor volvió a ordenar: «Esperad hasta que vuelva en sí y dadle una nueva tanda de azotes», y dio instrucciones para que los otros recibiesen también no menos de trescientos golpes por cabeza. Mientras se los daban, el que sí veía, o sea, el de la casa grande, les dijo: «Abrid los ojos, que, si no, os seguirán azotando sin clemencia», y, dirigiéndose al corregidor: «Manda, señor, conmigo a alguien que os traiga el dinero, pues estos harán lo que puedan por no abrir los ojos y quedar así en evidencia». Al cabo de un rato el corregidor recibió los diez mil dírham, de los cuales entregó la cuarta parte al de la casa grande, a quien de ese modo reconocía su parte en la suma. Ello, claro está, contra la voluntad de los tres ciegos, a quienes expulsó de la ciudad. Salí yo entonces, Comendador de los Fieles, en busca de mi hermano, le pregunté qué había pasado, él me contó lo mismo que yo acabo de trasladaros, lo metí a hurtadillas en la ciudad y asumí, de por vida, los gastos de su manutención.

El califa se echó a reír y dijo a sus servidores: «Dadle una retribución y que se marche». Pero el barbero replicó: «Bien sabe Dios que nada aceptaré del Comendador de los Fieles hasta no haberle relatado cuanto les ocurrió a mis otros hermanos, de modo que resplandezca la verdad, a saber: que soy hombre de muy pocas palabras». El califa se lo concedió: «Sea, barbero; rezumen nuestros oídos con tu labia y gustemos una pizca más de tu dudosa oportunidad». De modo que el barbero locuaz pasó a contar la historia de otro de sus hermanos:

MI CUARTO HERMANO⁸⁸, Comendador de los Fieles, se quedó tuerto. Era carnicero en Bagdad, donde criaba ganado lanar, que él mismo sacrificaba para vender su carne. Y, como quiera que entre sus clientes se contaban notables y potentados, fue amasando una nada desdeñable fortuna, con la que compró bestias y casas, y así estuvo durante largo tiempo. Hasta que cierto día vino a pasarse por su tienda un anciano de lengua barba que le tendió unos dírham y le dijo: «Dadme la carne que paguen estas monedas». Mi hermano recibió el dinero y le entregó su compra al anciano, que se marchó. A mi hermano le llamó la atención el blanquísimo resplandor de la plata de aquel hombre, por lo que apartó las piezas. Durante cinco meses estuvo el anciano acudiendo a la tienda de mi hermano, y, cuando este recibía los dírham del pago los echaba en una caja especial. Llegó así el día en que quiso hacer uso de aquel dinero para comprar algunas cabezas de ganado, y, cuando abrió la caja, se encontró con que lo que guardaba no eran sino unos discos de metal blanco recortado. Comenzó entonces a abofetearse y a gritar. Quienes por allí estaban se congregaron a su alrededor; él les contó su historia y todos quedaron sorprendidos. Se sobrepuso luego, entró en la tienda y degolló un carnero, que colgó dentro del local. Cortó unas tiras de carne y las expuso fuera, junto a la puerta, mientras se decía a sí mismo: «Tal vez atraiga así al barbudo y pueda echarle mano».

⁸⁸ Comienza «El cuarto hermano del barbero».

No había pasado ni una hora cuando se presentó el anciano con su falsa plata. Mi hermano se levantó y aferró al otro mientras clamaba: «¡Venid a mí, musulmanes! ¡Oíd lo que me ha ocurrido con este depravado!». El anciano lo amenazó: «¿Qué preferís, exponerme a mí a la vergüenza o que yo os difame ante todos?». «¿Y qué vais a decir contra mí?», le preguntó mi hermano. «Que vendéis –dijo el otro– carne humana como si fuese de oveja». Mi hermano exclamó: «¡Maldito seas! ¡Eso es mentira!». «Maldecid mejor –replicó el anciano–, a quien es capaz de tener en su tienda a un ser humano colgado». Mi hermano trató de defenderse: «Si es como decís, podéis disponer de mi sangre y de mis bienes». El anciano dijo a grandes voces, dirigiéndose a cuantos pudieran oírlo: «¡Sabed, buenas gentes, que este carnicero mata a seres humanos y vende su carne como si fuese de oveja! Si queréis cercioraros de que digo la verdad, basta con que entréis en su tienda». Unos cuantos irrumpieron en la carnicería, donde se encontraron con el animal sacrificado, que se había tornado en cadáver de ser humano. Se le vinieron todos entonces a mi hermano encima gritando: «¡Impío, criminal!», y hasta quienes le eran más queridos la emprendieron a puñadas con él. El anciano, el de los discos de metal, por su parte, le vació un ojo de un manotazo.

Entre todos cargaron con el cadáver y se lo llevaron al jefe de los alguaciles, con quien habló el anciano barbudo: «Comendador, este hombre degüella a seres humanos y vende su carne como si fueran ovejas; aquí os lo traemos para que hagáis que se cumpla en él la Justicia de Dios, el Santo, el Excelso». Mi hermano trató de rechazar la acusación, pero el jefe de los alguaciles, sin querer oírlo, mandó en el acto que le diesen quinientos azotes y le requisasen todo el dinero, y, de no ser porque era tan rico, lo habrían matado. Luego lo expulsaron de la ciudad, y a las puertas de esta se vio él, en estado de gran confusión y sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. Pero al final llegó a una gran ciudad donde se avino a trabajar de zapatero. Abrió tienda y comenzó a ganarse así la vida. Hasta que un día iba por la calle y oyó relinchos de caballos. Preguntó a qué se debía aquello y le dijeron: «Es el rey, que sale de caza». Mi hermano se detuvo a ver pasar el cortejo, mientras meditaba en cómo se había visto obligado a cambiar de oficio. De pronto el rey vino a fijarse en el único ojo que a mi hermano le quedaba y, bajando la cabeza, exclamó: «¡Dios me preserve del mal de este día!»; tiró de las riendas de su corcel y dio media vuelta, y con él todos sus soldados. Luego mandó el rey a sus mozos que detuvieran a mi hermano y le administraran castigo de azotes, y así lo hicieron, con tanta saña que a punto estuvo el pobre de morir sin saber por qué.

Volvió a su casa, en lamentable estado, y, cuando se hubo recuperado, fue a preguntarle a un conocido suyo, que era del séquito del monarca. El hombre se rio de buena gana al oír lo sucedido de boca de mi hermano, y le explicó: «Es, hermano, que el rey no soporta a los tuer-tos, y mucho menos a los que están faltos del ojo izquierdo, de los que se libra matándolos». Esto determinó a mi hermano a huir de aquella ciudad, lo que hizo de inmediato, para establecerse al poco en otra donde no había rey. Pasado que hubo el tiempo, un día en que le dio por pensar en su suerte, se alejó de su casa para solazarse. De pronto oyó relinchar de caballos a sus espaldas. Temiéndose lo peor, se dijo: «A punto está de cumplirse la Disposición de Dios», y echó a correr en busca de un lugar donde esconderse, pero no lo hallaba. Fue así como vio, no muy lejos, la entrada a un lugar, cuyo acceso cortaba una puerta fuera de sus goznes. A mi hermano le bastó empujar un poco para que cediera y se vio entonces al comienzo de un largo corredor por el que se internó.

Pero apenas había dado unos pasos cuando dos hombres se le echaron encima diciendo: «¡Loado sea Dios, por habernos permitido apresarte, enemigo de la Ley de Dios! Tres noches seguidas llevamos sin dormir. Y no solo nos has impedido el descanso, sino que nos has dado a probar el gusto de la muerte...». Mi hermano preguntó intrigado: «¿De qué me estáis hablando, buenos hombres?». «Sabemos —dijeron ellos— que nos vigilas y quieres deshonorarnos, como hiciste con el dueño de la casa. ¿No has tenido bastante con hundirlos a él y a los suyos en la miseria? Saca ahora mismo el cuchillo con el que nos amenazas todas las noches». Lo registraron y le encontraron en el cinto la cuchilla de zapatero de la que se servía. Mi hermano les dijo: «Temed a Dios, buenos hombres, y creed que mi historia es extraordinaria». «¿Y qué historia es esa?», le preguntaron. Él comenzó a relatársela con la esperanza de que le dejaran marchar. Pero, en lugar de prestarle atención o de mirarlo siquiera, la emprendieron a golpes con él y le rajaron la ropa que llevaba. Le quedó así el tronco al descubierto y los hombres pudieron verle las marcas de los latigazos, en uno y otro costado. Lejos de calmarse, lo increparon: «¡Dios te maldiga! Esas marcas dan fe de tu mala condición». Y sin más condujeron a mi hermano ante el corregidor. Este le espetó al ver las marcas: «¿Qué no harías, degenerado, para que tuvieran que azotarte? Algo muy grave tuvo que ser», y mandó que le diesen cien latigazos. Cuando se los hubieron administrado, lo montaron en un camello y lo pasearon diciendo: «Este es el castigo que merece quien se mete en las casas de la gente honrada». Pero no le quepa la menor duda a nuestro señor, el Comendador de los Fieles, de que yo, no bien me enteré de cuanto a mi hermano le había ocurrido, me fui a acompañarlo y no me aparté de su lado mientras lo increpaban. Cuando, por fin, se cansaron, lo socorrí, lo metí a hurtadillas en la ciudad y me hice cargo de su manutención, para que no le faltara de qué comer y beber.

EN CUANTO A MI QUINTO HERMANO⁸⁹, sepa el Comendador de los Fieles que se quedó sin orejas porque se las cortaron. Era un hombre muy pobre, que pedía de noche y se gastaba de día cuanto le daban. No he dicho hasta ahora que nuestro padre, persona muy venerable, nos había dejado setecientos dírham en herencia, de manera que a cada uno de nosotros le correspondieron cien. Cuando este hermano mío, el quinto como digo, recibió lo suyo, quedó muy desconcertado y sin saber qué hacer. Pero se le ocurrió que podía comprar cristal y venderlo para ganar más dinero. Y a ello se aplicó, en efecto. Se gastó sus cien dírham en distintos objetos de cristal que colocó sobre una gran canasta y él se sentó al lado, con la espalda apoyada en la pared. Así acomodado, dejó volar su imaginación: «Tengo un capital de cien dírham invertido en todo este cristal; lo venderé por doscientos, que invertiré de nuevo en más cristal, y sacaré cuatrocientos. Pero no me contentaré con tan poco, sino que seguiré comprando y vendiendo hasta hacerme con una cantidad considerable de dinero, de la que me serviré para hacerme con cuantas mercaderías me sea posible: perfumes y todo lo demás, que me llevarán a amasar una gran fortuna. Podré entonces tener una casa lujosa, esclavos y caballos con sillars repujadas en oro; comeré y beberé cuanto quiera, y no habrá cantante alguna en la ciudad a quien no pueda traer a mi casa para oír su melodiosa voz». Todo esto pensaba mi hermano, con la canasta del cristal ante sí.

Y aún siguió haciendo planes: «Pondré a trabajar a todas las casamenteras para que me busquen novia entre las hijas de príncipes y mandatarios, y me casaré seguramente con la hija del ministro, de cuya portentosa belleza he tenido noticia. Mil dinares en oro ofreceré por ella.

⁸⁹ Comienza «El quinto hermano del barbero».

Que a su padre le parece bien, hecho y todos contentos; que no, tanto da, pues me la llevaré a la fuerza, mal que le pese al ministro. Y, cuando sea el amo de una gran casa, me compraré diez criados de corta edad, y vestiré ropajes regios, y tendré una silla de montar de oro con piedras incrustadas. Me desplazaré a lomos de mi corcel, rodeado de mis mozos y espoliques. Y no bien me vea el ministro se levantará zalamero, me hará sentar en su sitio y él se acomodará en un puesto más bajo, a título de suegro mío. Como siempre iré acompañado de dos fámulos provistos de sendas bolsas, cada una con mil dinares, le haré al ministro entrega de los mil dinares en compensación por su hija, y a él le ofreceré los otros mil como muestra de mi consideración, para dejarle bien claro que soy un hombre como Dios manda, desprendido y capaz de reírse del mundo entero. Me iré luego a mi casa, y, si viene a verme alguien de parte de mi mujer, le daré unas monedas de plata y le regalaré alguna de las prendas que lleve yo encima. Y, si al ministro se le ocurre enviarme un regalo, se lo devolveré, por valioso que sea, y me negaré a aceptárselo para que sepan cuánto me precio de mí mismo y en qué alta estima me tengo. Les permitiré que sean ellos quienes me homenajeen en la medida en que mi valía lo exige, y luego los autorizaré a celebrar los esponsales. Adornaré entonces mi casa como convenga, y durante la ceremonia de exposición de la novia, llevaré puestas mis mejores galas y me sentaré en un sitial de brocado, donde permaneceré estático, sin mirar a uno y otro lado, en razón de mi gravedad, inteligencia y señorío. Llegará la novia, cual luna llena, con sus joyas y sus túnicas, y, como resultará evidente que no me la quedará mirando con pasmado embeleso, todos los circunstantes me dirán: “Señor, vuestra mujer y sierva está parada ante vos; dedicadle siquiera una mirada, pues permanecer de pie tanto tiempo puede serle perjudicial”. Después de haberme hecho este ruego, besarán varias veces el suelo ante mis pies, y solo entonces me dignaré a lanzarle a la novia una rápida ojeada, tras la cual quedaré cabizbajo y circunspecto. Se la llevarán y yo me levantaré para cambiarme de ropa y ataviarme con mis más fastuosas galas. Cuando me traigan a la novia por segunda vez, me abstendré otra vez de mirarla hasta que me lo hayan rogado y suplicado. La miraré entonces un instante y volveré a bajar la cabeza, y así permaneceré durante toda la ceremonia».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 32**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el barbero siguió relatando la historia de su quinto hermano, el desorejado:

Y siguió el infeliz desorejado dando curso a su imaginación: «Luego volveré a bajar la cabeza, y así permaneceré hasta el final de la ceremonia de exposición y desvelamiento. Entonces mandaré a algún criado que reparta una bolsa de quinientos dinares entre las peinadoras, a quienes ordenaré que lleven a la novia a la cámara nupcial. Cuando la tenga delante, no la miraré ni le dirigiré palabra, en claro desdén a su persona, para que sepa cuánto me precio de mí mismo. Tendrá que venir su madre, besarme la cabeza y las manos y decirme: “Mirad, señor a vuestra sierva, que tanto desea estar a vuestro lado: dedicadle una palabra que le devuelva la confianza”. Pero, como no le daré respuesta, mi suegra hará denodados esfuerzos por granjearse mi simpatía a base de incesantes reverencias y muestras de sumisión, y acabará diciendo: “Señor, mi hija es

una tierna jovencita que no ha posado sus ojos en hombre alguno; si os ve tan retraído, se le quebrará el ánimo; acercaos, pues, a ella y habladle”. La joven me traerá una copa con vino, de la que querrá darme a beber. Pero yo, que estaré reclinado en un almohadón bordado en oro, la dejaré allí parada, como un pasmarote, sin mirarla siquiera, en razón de mi dignidad y magnificencia, hasta que, viéndome ya la doncella como a un poderoso monarca, me diga: “Mi señor, por lo más sagrado os ruego que no rechacéis la copa que os ofrece la mano de vuestra esclava, pues vuestra esclava soy”. Y, como no habré de contestarle, ella insistirá: “Bebed, os lo suplico”, mientras me acerca la copa a los labios. Pero entonces mi mano caerá sobre su cara, para cruzársela y rechazar con un terminante gesto, como este, su tentativa de congraciarse conmigo». Y, mientras esto se decía para sus adentros, soltó mi hermano una patada que vino a dar con la canasta en el suelo. Todo su contenido se hizo añicos. Visto lo cual, aún se dijo mi hermano: «¡Véase hasta dónde llegan mi grandeza y señorío!».

Y sepa nuestro señor, el Comendador de los Fieles –prosiguió el locuaz barbero–, que, si de mí hubiese dependido, le habría hecho dar mil azotes a ese insensato por someterlo a pública humillación. Pero al poco estaba ya él mismo dándose bofetadas en la cara, rasgándose las vestiduras y rompiendo a llorar. Como se acercaba la hora de la oración comunitaria del viernes, eran muchos los transeúntes que por allí pasaban. Unos se fijaban en él, mientras que otros ni paraban mientes en aquel infeliz que sin nada se había quedado. Y en el mismo lugar seguía sentado y derramando incesantes lágrimas, cuando acertó a pasar por delante de él, también camino de la mezquita, una mujer de extraordinaria belleza. Exhalaba un delicado aroma de almizcle, iba a lomos de una mula con la albarda forrada en brocado de oro y la acompañaban varios fámulos. Cuando la joven vio los cristales rotos y a mi hermano llorando, sintió compasión por él y preguntó a quienes por allí vio qué había pasado. «Se ha puesto ahí –le dijeron– para vender cristal y ganarse la vida, pero se le ha roto todo y ya veis cómo le ha sentado». La joven llamó a uno de sus criados y le dijo: «Dale el dinero que llevas a ese pobre hombre». El criado le entregó un atado de oro a mi hermano. Lo abrió este, vio que contenía no menos de quinientos dinares y a punto estuvo de morirse de la alegría. Luego, y sin escatimar plegarias por la salud de la joven, volvió mi hermano a su casa, rico ya, como tanto había anhelado.

Y no había hecho más que sentarse, para estar tranquilo y recrearse en su suerte, cuando oyó que llamaban a la puerta. Se levantó, abrió y se encontró ante una anciana a quien de nada conocía, que le dijo: «Ya se me ha hecho tarde, hijo, para la oración del mediodía, y aún no he podido hacer mis abluciones. ¿Podría entrar en tu casa para cumplir con lo mandado?». «¡No faltaba más!», le contestó él, que seguía como loco de contento con sus dinares, e hizo pasar a la anciana. Cuando esta acabó de purificarse, fue adonde él estaba sentado y, después de realizar, allí mismo, dos *rakaas*, dirigió una bonita plegaria por mi hermano, quien le dio las gracias y regaló dos dinares. Al ver las monedas de oro, la anciana exclamó: «¡Alabado sea Dios! No sé cómo hay quien os ama cuando tenéis esas trazas de bandido. Quedaos con vuestro dinero y, si no os hace falta, devolvédselo a quien os lo dio por lo del cristal». «¿De qué modo –le preguntó mi hermano– podrá llegar hasta ella?». La anciana repuso: «Se ha prendado de vos; pero sabed que está casada, con un hombre opulento, dicho sea de paso. Llevad con vos todo el dinero que tengáis y, cuando estéis con ella, no escatiméis en cumplidos y piropos, pues así conseguiréis disfrutar de la riqueza y donosura de la dama cuanto gustéis».

Mi hermano, pues, tomó consigo todo el oro y salió con la anciana sin creerse lo que le estaba ocurriendo. Al cabo de un rato de camino llegaron a una gran mansión, a cuya puerta llamó la anciana. Salió a abrirles una esclava cristiana. Entró la anciana e indicó a mi hermano que la siguiera. Enseguida vio este una gran sala de recibimiento, alfombrada y con cortinajes que caían hasta el suelo. Mi hermano se sentó, colocó el oro ante él, se quitó el turbante y se lo colocó en las rodillas. No había tenido tiempo para nada más cuando a sus ojos se presentó una mujer como nunca se ha visto otra, ataviada con las más preciadas telas. Mi hermano se puso en pie y ella, al verlo, se echó a reír sin vergüenza alguna, por la alegría que le daba verlo. Se acercó luego a la puerta y, después de cerrarla, se vino hacia mi hermano y lo condujo, del brazo, a una estancia discreta, tapizada en brocado. Se sentó mi hermano, y, a su lado, la mujer, quien dio inicio con él a unos placenteros juguetes. Pero, transcurrido un tiempo, se puso ella en pie y le dijo: «No os mováis de aquí, que volveré enseguida», y salió. De repente entró en la estancia un esclavo negro, muy corpulento, armado de una espada desnuda de deslumbrante brillo, que dijo a mi hermano: «¡Ay de ti! ¿Quién te ha traído a esta casa, despreciable ser, bastardo, fruto podrido de la indecencia?». Nada pudo contestarle mi hermano, pues la lengua se le trabó. El esclavo lo desnudó y comenzó a castigarlo asestándole golpes con la espada de plano. Más de ochenta le propinó, y solo lo detuvo el ver que mi hermano caía redondo al suelo, con todas las trazas de haber pasado a mejor vida.

El esclavo entonces, apartándose de él, soltó una voz tal que hizo temblar el suelo y resonó por toda la casa: «¿Dónde está la saladora?». Al punto acudió una esclava con un precioso plato de sal blanca, de la que se sirvió para cubrirle a mi hermano las heridas, de modo que no tardó en desprendérsele la piel. Todo, sin que mi hermano se atreviese a mover ni un dedo, para evitar que, al descubrir que seguía vivo, le dieran muerte de verdad. La muchacha se marchó y el esclavo de la espada volvió a dejar oír su vozarrón, para llamar ahora a la anciana; la cual se acercó a mi hermano, lo sujetó por los tobillos y lo arrastró hasta un largo y tenebroso sótano donde arrojó su cuerpo sobre una pila de cadáveres. Allí estuvo mi hermano dos días enteros. Y quiso Dios que la sal fuese la causa de su salvación, ya que le cortó el flujo de sangre. Cuando mi desgraciado hermano se vio lo bastante fuerte para moverse, se levantó, y abrió un ventanuco que en una pared había. Pudo así escapar de aquel sótano de la muerte, y, bajo la protección del Altísimo, fue avanzando por los oscuros corredores en los que se ocultó hasta la mañana siguiente.

Llegado que hubo esta, salió la anciana en busca de una nueva presa, y detrás de ella se escurrió mi hermano sin que la otra se diera cuenta. Llegó el pobre a duras penas a su casa y se curó como mejor pudo. Después de eso mi hermano vigiló de cerca a la anciana, a quien vio tender las redes a un hombre detrás de otro, para ir llevándolos luego a la casa. Mi hermano no hizo ni dijo nada hasta que no se halló sano y con todas las fuerzas recobradas. Buscó entonces un trapo y con él se hizo una bolsa que se sujetó a la cintura. Se disfrazó con ropa de extranjero, de modo tal que nadie pudiera reconocerlo y se escondió una guma entre la ropa. Hizo por encontrarse con la anciana y, cuando la halló, le preguntó con acento también de extranjero: «¿Tendríais, abuela, una balanza en la que pesar novecientos dinares?». La anciana le repuso: «Pues da la casualidad de que un hijo mío es cambista y dispone por ello de todas las balanzas que hacen falta; venid, pues, conmigo, antes de que salga de su casa, que os pueda pesar el oro». «Id vos delante», dijo mi hermano. Echaron, pues, a andar y llegaron hasta la puerta de la mansión que mi hermano conocía, a

cuya puerta llamó la anciana. Salíó a abrirles la mujer, sonrió al verlos y la anciana le dijo: «Buenas carnes os traigo». La mujer tomó a mi hermano del brazo y lo condujo al interior de la casa.

Después de estar un rato sentados, muy a su gusto ambos, la mujer se levantó y le dijo: «No os mováis de aquí, que yo volveré antes de que acordéis». Unos instantes habían transcurrido cuando se presentó el esclavo negro, con su arma desnuda: «¡Ponte en pie, malhadado!». Así lo hizo mi hermano, quien se puso detrás de él, sacó la gumba que trafa escondida y de un certero tajo le cortó la cabeza al esclavo, cuyo cuerpo arrastró hasta el sótano de la otra vez. Hecho esto, dio una gran voz: «¿Dónde está la saladora?». Enseguida acudió, como la vez primera, la esclava con el plato de sal, y, al ver a mi hermano con la espada, salió huyendo. Pero él la alcanzó y le rebanó el cuello. Llamó luego mi hermano: «¡Abuela!». La anciana se presentó de inmediato. «¿No me conocéis, malnacida?», preguntó él. «No, mi señor», repuso ella. «Pues soy –dijo mi hermano– aquel del cristal roto y los dinares, en cuya casa entrasteis para hacer las abluciones y a quien embaucasteis para traerme aquí». «¡Temed a Dios por causa mía!», exclamó la anciana, pero él le asestó tal mandoble que la partió en dos.

Luego fue en busca de la mujer, quien, al verlo, creyó perder el juicio y le suplicó que le perdonase la vida. Así lo hizo mi hermano, quien le preguntó: «¿Cómo acabasteis en compañía de ese negro?». «Yo formaba parte –explicó ella– de la casa de cierto mercader y tenía tratos con la anciana que conocisteis. Esta me dijo un día: “Tenemos una celebración de boda tal como nadie ha visto antes, y me gustaría que no te la perdieras”. Accedí a ir con ella, me puse mis mejores galas, tomé un atado con cien dinares, y la vieja me trajo a esta casa. No había hecho sino entrar cuando el negro se me echó encima, y desde entonces, o sea, desde hace ya tres años, he seguido a su lado, gracias a las tretas de esa bruja». Mi hermano le preguntó: «¿Y guarda algo de valor en la casa?». «¿Algo? Muchísimo –dijo ella– es lo que tiene, y si encontráis el modo de cargar con todo, vuestro será». La mujer lo acompañó a otra estancia donde había varios cofres llenos de bolsas con dinero. Como lo viera perplejo, le dijo la joven: «Salid ahora en busca de quien pueda cargar con todo esto, que yo os esperaré aquí». Mi hermano salió de la casa, se concertó con diez hombres y volvió. Pero, al llegar, vio que la puerta estaba abierta. La mujer y las bolsas habían desaparecido; quedaban solo alguna que otra moneda y pocas telas. Comprendió que la mujer lo había engañado.

Recogió todos los objetos de valor que pudo hallar en las cámaras y arcones, y, vaciada la casa, volvió a la suya, donde durmió contento. Pero a la mañana siguiente halló ante su puerta a veinte soldados, que lo prendieron en el acto: «La autoridad os reclama», y lo llevaron ante el corregidor, quien, nada más verlo, le preguntó: «¿De dónde has sacado las telas que tenías en tu poder?». «Concededme garantías», le solicitó mi hermano. El corregidor le entregó el pañuelo de la salvaguarda, y el infeliz le contó cuanto le había ocurrido con la anciana y cómo la joven había huido al final. «De lo que me llevé –concluyó mi hermano– quedaos vos con lo queráis; me basta con tener de qué comer». El corregidor le exigió todo el dinero y las telas, pero, temiendo que aquello llegase a oídos del sultán, se apropió solo de una parte de las riquezas y le devolvió el resto a mi hermano, a quien, de cualquier manera, ordenó: «Y ahora vete de la ciudad o tendré que ahorcarte». «Dicho y hecho», fue la respuesta de mi hermano. Se marchó, pues, rumbo a tierras lejanas y, cuando iba de camino, lo asaltaron unos ladrones que, además de despojarlo de cuanto consigo llevaba, le cortaron las orejas. Cuando yo me enteré, salí en su busca, le di ropa

que ponerse, y lo traje conmigo a la ciudad, donde lo acogí en mi casa. Muy contento de tenerlo a mi lado, le asigné una cantidad para que pudiese comer y beber.

EN CUANTO A MI SEXTO Y ÚLTIMO HERMANO⁹⁰, sepa nuestro señor, el Comendador de los Fieles, que se quedó sin labios porque se los cortaron. Era un hombre muy pobre, a quien ninguno de los despojos de este caduco mundo había tocado en suerte. Salió, pues, un día a mendigar algo que echarse a la boca, y, yendo por esos caminos de Dios, acertó a ver una suntuosa casa a la que daba acceso un espacioso sendero en cuesta, que desembocaba en una puerta flanqueada por criados, custodios y guardianes. Intrigado, preguntó mi hermano a uno que por allí estaba de quién era la mansión, y el hombre le dijo: «El dueño es de estirpe regia». Se acercó mi hermano a los porteros, para pedirles limosna, y ellos lo sorprendieron al decirle: «Entra y obtendrás del amo lo que buscas». Traspasó, pues, mi sexto hermano la cancela y echó a andar por el empinado sendero. Llegó así al umbral de una mansión tan imponente y refinada como imaginarse pueda, en cuyo interior había un huerto insuperable. El suelo de la vivienda era todo de mármol, y las paredes estaban cubiertas de ricos tapices.

Sin saber a dónde dirigirse, mi hermano llegó al centro de la vivienda y allí encontró a un hombre de agraciado rostro y cuidada barba, quien, al verlo llegar, se levantó, le dio la bienvenida y le preguntó por su estado. Mi hermano se le quejó de sus penosas necesidades. Oír esto el amo y afligirse fue todo uno. Se echó mano de la túnica que puesta llevaba, la desgarró sin contemplaciones y preguntó en voz alta: «¿Puedo yo vivir tranquilo en ningún sitio sabiendo que tú estás pasando fatigas? Aguante me falta para soportar tal cosa». Luego, después de augurarle lo mejor, añadió muy serio: «Para mí serás como el hermano de leche que a mi lado mama». Mi hermano insistió: «No puedo aguantar más, señor; me muero de hambre». El otro ordenó a uno de sus fámulos: «¡Tú, mozo, trae el aguamanil con su jofaina!», y, dirigiéndose a mi hermano: «Acércate, querido mío, y lávate las manos». Dicho lo cual, comenzó el anfitrión a hacer los movimientos de quien se lava las manos, por más que ni una sola gota de agua recibiera. Luego ordenó a sus servidores que les pusieran la mesa; estos fueron y vinieron de un lado para otro, como si estuvieran verdaderamente poniendo una mesa y sirviendo de comer. El rico tomó a su invitado del brazo y lo sentó a su lado, ante aquella simulada mesa, y poco después ya estaba el hombre moviendo la mano y los carrillos como quien come. «Sáciate —le dijo a mi hermano— sin vergüenza ninguna, que el hambre es mala; bien sé yo las penalidades que estás sufriendo».

El invitado se animó también a hacer como que comía, mientras su anfitrión le decía muy convencido: «No dejes, mientras comes, de apreciar la blancura de este pan». Mi hermano se abstuvo de manifestar nada, pero se dijo para sus adentros: «Con un amante de las burlas me he ido a topar», y luego, en voz alta, al amo de la casa: «Razón tenéis, señor: jamás en la vida he visto pan más blanco ni sabroso». El otro explicó: «Me lo amasa y hornea una esclava que compré por quinientos dinares», y luego, en voz más alta: «¡Tú, mozo, tráenos el *sikbach*!», y, dirigiéndose de nuevo a mi hermano: «Verás qué asado de carne con vinagreta de miel: ¡bocado de reyes! Da buena cuenta de él, amigo mío, que quien ha pasado hambre ha de alimentarse bien». Mi hermano puso todo su empeño en mover la mandíbula y fingir que deglutía. Su anfitrión fue pidiendo, uno tras otro, diferentes manjares, y, según fingía que iban llegando, le recomendaba a su casi desmayado huésped que no dejase de probarlo todo. Al cabo de un rato

⁹⁰ Comienza «El sexto hermano del barbero».

ordenó a uno de los sirvientes que hacían las veces de camareros: «¡Mozo, tráenos los pichones rellenos de alcóncigos!», y, de nuevo a mi hermano: «¡Pruébalos porque nunca los habrás catado tan exquisitos!». «Verdad decís –dijo mi hermano–, mi señor: nada ha pasado por mi garganta tan suculento». El amo le acercaba de vez en cuando la mano a la boca, o sea, a la boca de mi hermano, como si fuese a darle alimento en afectuoso gesto, y no paraba de enumerarle y describirle los suculentos manjares que, según él, estaban degustando, uno tras otro. Y el infeliz seguía tan hambriento que se habría dado con un canto en los dientes con solo tener a mano un mal mendrugo de pan de cebada.

El anfitrión insistió: «¿Has probado nunca mejores condimentos que los de este banquete?». «Jamás en la vida», dijo el invitado, y el otro: «Pues come cuanto quieras, sin melindre alguno». «Lo cierto es que ya no tengo más ganas», dijo mi hermano llegado un momento. El anfitrión mandó entonces a sus fámulos que les sirvieran los dulces, y animó al convidado: «Prueba este, que está riquísimo, y prueba, por mi vida, las *kataif*, si te gustan bien aceitosas; toma, cómete esta antes de que se le caiga el jarabe de pasas». «Ojalá no me faltéis nunca, señor», le respondió mi hermano, que pasó a preguntarle por el penetrante aroma almizclado que exhalaban aquellas deliciosas *kataif*. El otro le explicó: «Es costumbre de esta casa, pues mis cocineros saben que yo no apruebo una torta si no lleva su metical de almizcle y su medio metical de ámbar gris». A todo esto, mi hermano seguía moviendo la cabeza y jugando con sus mandíbulas como si estuviera dándose un atracón de dulce. Al rato ya estaba gritándoles el amo de la casa a sus sirvientes que trajeran los frutos secos. Los criados movieron las manos en el aire como si estuviesen trayendo y sirviendo bandejas, y el otro le dijo a mi hermano: «No tengas vergüenza, querido mío, y prueba estas almendras, estas nueces, estas uvas pasas...», y así siguió enumerándole todos los frutos, para concluir: «Come cuanto te apetezca sin miramientos de ninguna clase», a lo que el invitado contestó: «Señor ya estoy más que saciado, no me queda lugar para nada más». Pero el amo de la casa aún le insistió: «Ante una mesa de manjares insuperables te hallas; por lo más sagrado te ruego que no te quedes con pizca de hambre».

Mi hermano pensó en su situación y en la burla que de él estaba haciendo aquel opulento fingidor, y se dijo a sí mismo: «Voy a hacer que se arrepienta ante Dios de su fechoría». Pero su anfitrión aún tenía algo más que ordenarles a sus criados, y fue que les trajesen de beber. Una vez más los mozos movieron las manos en el aire aparentando que les preparaban el servicio del vino, y enseguida estaba el amo haciendo como si le escanciara una copa a su invitado: «Bebe, que no te arrepentirás». «¡Qué generosidad la vuestra, señor!», le dijo mi hermano y fingió beber con gran delectación. El ricachón le preguntó: «¿Te ha gustado?». «Jamás he bebido nada igual», fue la respuesta del desmayado huésped. «Pues sea a tu salud», dijo el amo de la casa, mientras hacía como si bebiere él mismo y le sirviera una segunda copa a mi hermano. Este cumplió con parte de la burla y aparentó empezar a sentirse algo ebrio, y entonces, en un descuido de su anfitrión, levantó el brazo hasta dejar ver el blanco de su axila y le asestó un manotazo en la nuca que resonó por toda la casa. Y, no contento con uno solo, le soltó a renglón seguido un segundo sopapo, que hizo saltar al amo de la casa: «¿Pero cómo te atreves, tú, el ser más despreciable que los mundos habita?». «Señor, no soy –contestó mi hermano– más que vuestro esclavo, a quien colmasteis de gracias al acogerme en vuestra casa, darme vuestro viático y escanciarme vino añejo; esclavo que, bajo los efectos de la embriaguez, ha perdido el dominio de sí atentando contra vos y contra vuestra excelsa posición; mas no me lo tengáis en cuenta

porque no sé lo que me hago». Al oír estas palabras, el rico se rio de buena gana y explicó: «En el largo tiempo que llevo chanceándome de unos y otros, riéndome hasta de los más pintados y sinvergüenzas, no me he topado con nadie, salvo tú, que haya sabido aguantar mi burla hasta el final ni tuviera ingenio bastante para responder a todas mis ocurrencias. Por supuesto que te perdono y, además, te invito a que ocupes un puesto en mi mesa, pero en la de verdad. No quiero que te apartes de mi lado».

Y dio orden de que fueran sacando los platos antes mencionados, ahora reales, que compartió con mi hermano. Después de comer, pasaron a otra sala, donde les sirvieron la bebida en presencia de un grupo de esclavas, cual lunas llenas, que entonaron toda clase de melodías y los entretuvieron con sus buenas artes, mientras los dos hombres siguieron bebiendo hasta que la embriaguez pudo con ambos. El rico disfrutó de la compañía de mi hermano como si de su propio hermano se tratase, le dio muestras de sincero afecto y le regaló una de sus más espléndidas túnicas. A la mañana siguiente retomaron los goces de la mesa y la bebida, y así estuvieron por espacio de veinte años, o sea, hasta que el rico murió. El sultán confiscó todos sus bienes y se los apropió. Mi hermano tuvo por ello que abandonar la región, y cuando llevaba mediado el camino de la huida, le salieron al paso unos beduinos y lo apresaron. El cabecilla lo torturaba y le decía: «Págame bien por tu vida, o te mataré». Mi hermano le decía entre lágrimas: «Por lo más sagrado os juro, noble señor de los árabes, que no poseo bienes ni sé cómo procurármelos. Vuestro prisionero soy, en vuestras manos me hallo; podéis hacer de mí lo que os plazca». Pasó algún tiempo y un día el intrépido beduino se sacó del cinturón un puñal de ancha hoja, tal que, si un camello hubiese querido degollar, le habría rebanado el cuello de arteria sin el menor esfuerzo, y, empuñándolo con su diestra, le cortó a mi hermano los labios y le repitió sus exigencias.

El beduino tenía una hermosa mujer, la cual, no bien salía su marido, se ponía al alcance de mi hermano y lo requería de amores, aunque él se mantenía firme, por temor de Dios. Hasta que cierto día en que ella volvió a intentar seducirlo, él le hizo algunas cariñosas bromas y acabó sentándola en su regazo. En esto llegó el marido y los sorprendió. Al verlos, le dijo a mi hermano: «¡Échate a temblar, sabandija! Ahora quieres beneficiarte a mi mujer, ¿eh? ¡Vaya ocurrencia!». Sacó el puñal y, después de cortarle a mi hermano el miembro viril, lo subió a un camello, lo dejó en la cumbre de una montaña y se marchó. Unos viajeros acertaron a pasar por allí, reconocieron a mi hermano, le dieron de comer y de beber y me hicieron llegar la noticia. Acudí yo entonces en su socorro, me hice cargo de él, lo traje a la ciudad y desde entonces le vengo cubriendo las necesidades. Y, en fin, aquí me tiene ante sí el Comendador de los Fieles; miedo me daba tener que volver a mi casa antes de haber puesto a nuestro señor el califa al corriente de todo, lo que habría entrañado un serio malentendido. En suma, lo que yo quería expresar es que a mis espaldas tengo la suerte de mis seis hermanos, quienes no tienen a nadie más que se ocupe de ellos.

Pues bien, amigos –prosiguió el locuaz barbero–, cuando el Comendador de los Fieles hubo oído mi historia, junto con las de mis hermanos, se echó a reír: «Tienes toda la razón, amigo Tácito: eres hombre de pocas palabras y de ningún modo entrometido. Pero sal ahora mismo de esta ciudad y no vuelvas». Desterrado, pues, de Bagdad, empuñé, primero, un largo viaje por el país y luego me aventuré a recorrer las regiones del mundo, hasta que un día me enteré de que el califa había muerto y su sucesor se había sentado en el solio del poder. Volví, pues, a la ciudad, comprobé ser ciertas las noticias y tuve ocasión de hacerle a este joven todo el bien que en mi mano estuvo. Porque es seguro que, de no ser por mi intervención, habría acabado muerto. Todas sus acusaciones son

infundadas: no es cierto que, como él pretende, sea yo entrometido, locuaz en exceso, inoportuno por naturaleza y falto de gusto. Estaréis, amigos, sin duda, de acuerdo conmigo.

Y el sastre prosiguió, dirigiéndose al rey de la China: «Oída la historia del barbero, de la cual concluimos que era ciertamente hombre falto de discreción y en exceso locuaz, y que, en consecuencia, el joven había recibido de él muy mal trato; lo redujimos entre todos, lo inmovilizamos y, ya más tranquilos, nos sentamos en torno a él. Comimos, bebimos, y el banquete llegó a su fin a pedir de boca. Seguimos luego de tertulia hasta que llamaron a la oración de la tarde, cuando me fui a mi casa, donde mi mujer me echó en cara: "Os habéis pasado el día entero disfrutando de vuestra suerte, mientras yo he tenido que quedarme en casa, sola y triste; si no me sacáis ahora mismo a dar un paseo hasta la noche, conseguiréis que os abandone". De modo que salimos juntos a pasear hasta que se acercó la hora de la cena y decidimos emprender el regreso. Fue entonces cuando nos encontramos con el difunto jorobado, quien, mientras exudaba la bebida que habría trasegado, estaba cantando:

*"Tan fino es el cristal y claro el vino
que, sin que haya remedio, se confunden:
tal vez sea néctar de sutil perfume,
o tal vez copa de fulgente brillo".*

»Lo invité a cenar, él aceptó y yo fui a comprar pescado frito. Volví a mi casa y nos sentamos a comer. Mi mujer hizo un bocado de pan y pescado, se lo metió en la boca al pobre jorobado, se la cerró después y él murió. Cargué con el cuerpo y me las arreglé para dejarlo en casa del médico aquí presente, pero él hizo lo mismo y lo dejó en casa del despensero, quien a su vez se libró de él dejándolo en la calle por donde acertó a pasar el corredor. Y esa es toda la historia. Dígame ahora vuestra majestad si lo que acabo de relatarle no es más peregrino que lo ocurrido con el jorobado». Cuando el rey de la China hubo oído todo aquello, mandó a sus chambelanes que hiciesen a un lado al sastre y trajesen al barbero: «También él ha de estar presente, de modo que no quede yo ayuno de sus noticias. Dé ello pie a la salvación de todos vosotros, y me sea a mí posible darle sepultura, como se merece, a mi malogrado bufón, que lleva un día muerto, y mandar que levanten un mausoleo, en su honor y memoria, pues él y no otro ha dado ocasión a que conozcamos tantas y tan buenas historias».

No tardaron mucho en volver los chambelanes con el barbero, a quien hallaron donde lo seguían teniendo los otros encerrado. Cuando el rey de la China lo tuvo ante sí, vio que se trataba de un hombre de edad muy avanzada (noventa años, por lo menos, tendría); de tez cetrina, barba y cejas blancas, orejas mochas, nariz luenga y aires de grandeza. Después de examinarlo, se echó a reír el monarca: «Quiero, Tácito, que no hagas honor a tu nombre y me cuentes parte de tu historia». El barbero preguntó: «¿Qué hacen aquí, rey de nuestro tiempo, este cristiano, este judío y este musulmán, junto con este enano contrahecho y muerto? ¿Cuál puede ser el motivo, me pregunto, de tan inusitada reunión?». «¿Y a qué viene —dijo el rey— que me hagas tú preguntas a mí?». «Pues viene —repuso el barbero— a mi deseo de que sepáis que no soy un curiosón, uno de esos que se meten en lo que no les importa, y asimismo que soy inocente de la acusación, por algunos mantenida, de que hablo demasiado, de que soy un cañahueca, un vanillocuente o, en otras palabras, que no callo ni debajo de agua. Vamos a ver, digo yo, si me llaman Tácito y me apodan el Circunspecto, a algo se deberá, ¿no? Bien lo expresó el poeta:

Si quieres averiguar
a quién tienes por vecino,
pregúntate de su apodo
cuál puede ser el motivo».

El rey accedió: «Que alguien le cuente a este qué le pasó a mi bufón cuando estaba cenando y luego, ya cadáver, y referirle asimismo los relatos del cristiano, el judío, el despensero y el sastre». Y le contaron todo lo ocurrido, cuya repetición será mejor ahorrarnos. El barbero meneó la cabeza: «¡Qué cosa más rara! Dejadme examinarlo». Destaparon el cuerpo del jorobado, el barbero le tomó la cabeza, se la colocó en el regazo, lo observó con atención y empezó a soltar tales carcajadas que a punto estuvo de partirse en dos. Luego, cuando se hubo recobrado, dijo: «No hay muerte que a algo no se deba, y, desde luego, que la de este enano merece constar en los archivos para que de ella escarmienten quienes en el futuro vuelvan atrás la mirada». Asombrado por estas palabras, el rey ordenó: «Explicanos, Tácito, la razón de lo que dices». El barbero contestó: «En este jorobado, por vuestra gloria, majestad, sigue alentando la vida», y, dicho esto, se sacó el barbero del cinturón un pomo de ungüento con el que le embadurnó al jorobado el cuello hasta que le chorreó. Luego sacó unas pinzas de metal, se las metió por la garganta y le sacó el trozo de pescado con su espina, que mostró a todos. Al poco comenzó el jorobado a levantarse, soltó un sonoro estornudo, y, mientras acababa de volver en sí, se pasó las manos por la cara y dijo: «Doy testimonio de que hay un solo Dios y de que Mahoma –a quien el Altísimo bendiga y dé la paz– es Su enviado».

Atónitos quedaron los presentes por lo que acababan de contemplar con sus propios ojos. El rey de la China se rio hasta desternillarse, y con él, los presentes. Contentísimo estaba el soberano: «¡En mi vida he visto nada más raro!» Luego añadió, dirigiéndose a cuantos allí había reunido: «¡Oídme, gentes de bien, oídme, soldados, ¿habéis visto nunca que un muerto vuelva a la vida? Ahora, que si Dios no nos hubiese proveído del concurso de este barbero, que lo ha reanimado, nuestro bufón no habría tardado en verse en el otro mundo». «¡Maravilla de las maravillas!», exclamaron todos. El rey de la China mandó entonces que pusiesen los hechos sucedidos por escrito, y enseguida comenzaron los cronistas la labor, concluida la cual se archivó el relato en los registros reales. El rey procedió asimismo a entregarles al judío, al cristiano y al despensero valiosas prendas de su guardarropa, en tanto que al sastre, a quien reconcilió con el jorobado, lo puso al frente de su sastrería y le asignó generosos emolumentos. Espléndido se mostró asimismo con el barbero, a quien obsequió una suntuosa túnica; le asignó, además, pagas y estipendios, lo nombró barbero del reino y lo introdujo en el círculo de sus comensales y contertulios. Y siguieron en lo sucesivo disfrutando de la más regalada y serena existencia hasta que les fue llegando a todos el que destruye los gozos y a los amigos separa⁹¹.

–Pero no es esta historia, señor –prosiguió Shahrazad–, más amena y deleitable que la de los dos ministros, en que se menciona a Buena Compañía.

–¿Y cuál es, Shahrazad, esa historia?

La joven contó lo siguiente:

⁹¹ Probablemente hay que entender el Ángel de la Muerte; véase, más abajo, noches 462-4.

—TENGO NOTICIA, BIENAVENTURADO REY⁹², de que en Basora hubo cierto encumbrado virrey que amaba a los pobres y mendigos, se mostraba benigno con sus súbditos todos, y de su propio peculio beneficiaba a quienes eran fieles a Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz. Era tal como dijo el poeta:

Cálamos son sus lanzas, con que traza
líneas de sangre en vivos palimpsestos.
Desde antiguo se alaba al caballero
que con picas vulnera y con palabras.

O, según otro de sus panegiristas:

Cuando al rey lo acometen las tropas enemigas,
mutilando rivales atraviesa sus filas,
y, provisto de hierros, el día en que él ataca,
cual planas de escritura los pechos utiliza.
Un mar donde los barcos avanzan al galope;
las enscñas son velas, y los mástiles, picas.
Que otro como él traería, solemne juró el Tiempo.
Mira que perjurate, Tiempo: ¡Recapacita!⁹³

Dicho soberano era conocido como Muhámmad hijo de Sulcimán el Zainí, y tenía dos ministros: uno se llamaba Almuñ hijo de Sawi, y el otro, Alfadl hijo de Jaqán. Este último, Alfadl, era la persona más honorable de su tiempo, hombre de intachable trayectoria, por quien no había corazón que no sintiese afecto, a quien las más preclaras mentes pedían consejo y por cuya larga vida rezaba el reino, pues tan diligente era para propiciar el bien como enérgico a la hora de eliminar el mal. Por lo contrario, el ministro Almuñ hijo de Sawi detestaba a los seres humanos y, a más de no mostrar inclinación al bien, se regocijaba en favorecer el mal cuanto podía. No extrañe que de él se dijese:

Resultado de espermas muy diversos,
a nacer vino de corrupta raza;
pues Dios en Sus Designios no rechaza
que en un ser solo fluya el mundo entero.

Ambos ministros, el admirable Alfadl y el inicuo Almuñ, tenían, pues, parte en lo que dijo el poeta:

Deté cobijo un noble hijo de noble,
que a los nobles los nobles los engendran.
De un vil hijo de un vil nunca dependas,
que de vil cepa nacen viles brotes.

⁹² Comienza «Los dos ministros, en que se menciona a Buena Compañía», o, alternativamente, «Buena Compañía y Nureddín Ali».

⁹³ Este poema aparece, en una versión más breve, en la recensión de Calcuta; la que aquí se traduce proviene de la edición de Muktubat Alhayat, en Beirut. La secuencia final, «Que otro como él traería, solemne juró el Tiempo. / Mira que perjurate, Tiempo: ¡Recapacita!», que es bastante conocida, se atribuye a un poeta del siglo XII, Umur al Yemení.

De manera que las gentes amaban a Alfadl hijo de Jaqán, en la misma medida en que aborrecían a Almuín hijo de Sawi. Pues bien, estaba un día el virrey Muhámmad hijo de Suleimán el Zainí sentado en el solio de su señorío y rodeado de los principales de su heredad, cuando llamó por su nombre a su ministro Alfadl hijo de Jaqán y le dijo: «Quiero una esclava como no haya otra en nuestro tiempo: perfecta en belleza, sobresaliente por su discreción y a quien todos alaben por sus prendas». Los principales del reino dijeron: «No la encontrará vuestra alteza por menos de diez mil dinares». El virrey dijo entonces a su tesoro: «Lleva diez mil dinares a casa del ministro Alfadl hijo de Jaqán». Mientras el tesoro cumplía la orden del soberano, Alfadl hijo de Jaqán, recibió de este instrucciones de acudir todos los días al mercado para cerciorarse de que los corredores procedían según la siguiente ordenanza: «No ha de venderse esclava alguna cuyo precio alcance los diez mil dinares sin que antes le sea ofrecida al honorable Alfadl hijo de Jaqán, siervo de su alteza el virrey Muhámmad». Y así ocurrió, pues ningún corredor puso esclava de ese precio a la venta sin que el ministro pudiese ejercer el derecho de comprarla. Alfadl estuvo, pues, yendo a diario al mercado durante una larga temporada sin que ninguna esclava llegase a satisfacerle. Pero un día aconteció que uno de los corredores se personó en casa del ministro Alfadl hijo de Jaqán, el cual había ya montado con la intención de acudir a palacio, y recitó los siguientes versos:

«Los huesos algebrasteis del maltratado reino;
en vos, señor ministro, puso Dios Su favor.
Vuestra nobleza basta para avivar a un muerto;
¡quiera el Cielo otorgaros su mejor galardón!».

Luego dijo: «Ya tenemos a la esclava que la regia ordenanza solicita», a lo que respondió el ministro: «¡Pues tráemela!». Salíó el corredor y volvió al poco con una esclava de esbelto talle y busto elevado, ojos negros y tersas mejillas, ataviada con los mejores ropajes. Joven era, de pesadas caderas y cintura fina, cuyo garbo habría avergonzado a las ramas tiernas de la moringa. Sus palabras eran más sutiles que la brisa cuando pasa entre las flores de un vergel de delicias, y de su boca la saliva tenía el fresco dulzor del almíbar. Era, en suma, como dijo el poeta:

Preciadas son cual seda su piel y sus palabras,
pues nunca parloteca ni, menos, desvaría.
El Señor creó sus ojos por que se convirtieran
en vino embriagador para quienes los miran.
¡Así disfrute yo de tu amor al ocaso,
y deme tu solaz, larga y fecunda vida!
Si a la noche da inicio su cabello azabache,
en la hoja de su frente nace la luz del día.

Tan encantado quedó con ella el ministro, no más verla, que al punto preguntó al corredor: «¿Cuál es el precio de esta esclava?». «La puja –contestó– se ha detenido en los diez mil dinares, pero su dueño jura que esa cantidad no le compensa los buenos pollos que la muchacha se ha comido ni lo que él lleva gastado en los maestros que le ha puesto, porque la moza sabe caligrafía, gramática, léxico, exégesis, teoría del derecho, ciencia sagrada, medicina, astronomía aplicada al cómputo del calendario y, además, toca varios instrumentos musicales». El ministro dijo: «Pues tráeme al dueño». Se fue a buscarlo el corredor, y volvió este acompañado de un persa que no

era ya, de tan viejo, más que un montón de huesos dentro de un pellejo. Le cuadraban, pues, los versos:

La sacudida recibí del Tiempo,
que es, ya se sabe, potente y violento.
Sin fatigarme caminaba antaño;
hoy resoplo sin dar un solo paso.

Cuando lo tuvo ante sí, le dijo el ministro: «¿Te contentarías con los diez mil dinares que el virrey Muhámmad hijo de Suleimán el Zainí, está dispuesto a pagar por la esclava?». «Dado que la destináis —dijo el persa— a su alteza, mi deber es entregársela como un obsequio, sin cobrarle nada». Pero el ministro mandó que trajesen el dinero y pesasen la suma de oro estipulada. Hecho lo cual, se dirigió el tratante de blancas al ministro: «Quisiera, mi señor, hablar con vuestro permiso». «Habla que te oiga», dijo el ministro, y el hombre: «Os aconsejo, si me lo permitís, que no la llevéis hoy mismo ante el virrey, pues la muchacha acaba de llegar del viaje y está, con el cambio de aires, fatigada. Lo más conveniente sería que la tuvieseis en vuestro palacio por espacio de diez días para que pueda ella descansar y recobre todo el esplendor de su belleza. Acompañadla a los baños, engalanadla con lujo y conducidla entonces ante su alteza, y ya veréis cómo, de ese modo, el virrey se lleva la mejor de las impresiones». El ministro sopesó las razones del tratante y, como le pareció que se ajustaban a razón, mandó que acondicionaran un aposento en su palacio, donde recluyó a la esclava, dejando dicho que le llevasen comida, bebida y cuanto necesitar pudiera. Y, en efecto, en aquella regalada demora quedó la esclava. Pero era el caso que el buen ministro Alfadl hijo de Jaqán tenía un hijo, de nombre Nureddín Ali, que era como un plenilunio, blanco de tez, con las mejillas sonrosadas cubiertas de moreno bozo y un lunar que más parecía gota de ámbar gris. Mucho se parecía, pues, a otro mancebo a quien cantó el poeta:

Con lanzas se protegen de su cara las rosas:
¿de haberlas alcanzado quién preciarle pudiera!
¿Mas quién alargar osu la mano por tocarlas,
si una mirada sola fue causa de una guerra?
Su duro corazón podría con su talle
trocar por suavidad la inclemente dureza.
¡Ojalá el corazón más delicado fuese
y a quien tan bien lo quiere vida le concediera!
No me censures más; compadece al amante,
de cuyo cuerpo débil hizo la pasión presa.
Culpables son mis ojos, a la par que mi pecho;
ellos tres, que no yo, merecen tu condena.

Nada sabía el joven de lo relativo a aquella esclava, a quien el ministro había hecho ya la siguiente recomendación: «Sabe, hija mía, que te he comprado con el único fin de que seas concubina de su alteza el virrey Muhámmad hijo de Suleimán el Zainí, y que tengo un hijo a quien no se le ha resistido ni una sola de las jóvenes del vecindario. Para guardarte bien de él, procura que no te vea la cara ni oiga tu voz». La esclava repuso: «Lo que vos mandéis», y el ministro se marchó dejándola en su aposento. Al cabo de unos días, y en virtud del Sino por Dios deseado,

la doncella, cuyo nombre era Buena Compañía⁹⁴, fue a los baños que en la casa había, custodiada por otras esclavas, y, después de ataviarse con suntuosas telas que realzaban su belleza, se presentó a la esposa del ministro Alfadl hijo de Jaqán. La honorable dama, al ver que la joven venía de los baños, la saludó diciendo: «¡En la gloria te hayas quedado, Buena Compañía! ¿Has estado a gusto?». «Sí, por supuesto, señora, aunque mejor habría sido si nos hubieseis honrado con vuestra presencia». Y, como quiera que a la dueña de la casa le entraran ganas de bañarse, dijo a sus esclavas: «¡Venga, vamos todas a los baños!». Las jóvenes se levantaron al punto y salieron con su señora, quien dejó, a la puerta de la estancia donde tenían recluida a Buena Compañía, a dos esclavas de corta edad: «¡No dejéis entrar a nadie!», les ordenó. Las muchachitas contestaron: «Como mandéis, señora».

Y estaba Buena Compañía sentada en su aposento cuando por aquellas dependencias de palacio acertó a pasar el guapo hijo del ministro, Nureddín Ali, quien enseguida preguntó por su madre y las demás mujeres. Las dos muchachitas le dijeron: «Se han ido todas al baño». Desde dentro de su aposento oyó Buena Compañía la voz de Nureddín Ali, el hijo del ministro, y se preguntó: «¿Cómo será ese joven a quien no se le ha resistido ni una sola de las jóvenes del vecindario, según me ha dicho su propio padre? ¡Cuánto me gustaría verlo!». Y, sin más, se puso la joven en pie, todavía bajo los estimulantes efectos del baño que había tomado, y se aproximó a la puerta de la estancia. Desde allí pudo comprobar que el hijo del ministro era un joven tan hermoso como el plenilunio. Aquella mirada había de acarrearle a la doncella Buena Compañía mil pesares, pues en ese mismo instante cayeron ambos jóvenes en las redes del amor. El joven se acercó a las dos muchachitas, a quienes ahuyentó de una fuerte voz. Ambas dejaron su puesto de guardia, pero se escondieron donde podían ver lo que ocurría y esperar a que se marchase su señorito. Este se acercó a la puerta del aposento, la abrió y preguntó a la joven doncella: «¿Eres la concubina que mi padre ha comprado para mí?». «Sí», repuso ella. El mancebo se acercó a la muchacha, en un estado similar a la embriaguez, le levantó a esta las piernas y se la arrimó al bajo vientre. Ella se aferró al cuello del muchacho, a quien recibió con besos, jadeos y melindres. Él le chupó la lengua a la muchacha y ella se la chupó al mancebo, quien la desvirgó.

Las dos muchachitas vieron muy silenciosas entrar a su joven señor donde Buena Compañía, silencio que compensaron con los gritos que dieron cuando, después de conseguir lo que quería, salió él huyendo a toda prisa, temeroso de las consecuencias que pudiese acarrearle su acción. Al oír los gritos de las mocitas, salió la dueña de la casa de los baños con tal precipitación que aún le chorreaba el sudor por el cuerpo, y diciendo a voces: «¿A qué viene tanto griterío?». Cerca ya de las dos jóvenes esclavas a quienes había dejado de guardia, exclamó: «¡Ay de vosotras! ¿Qué ha pasado?». «Nuestro señor, Nureddín Ali –le respondieron–, ha venido adonde estábamos y, como nos ha pegado, hemos salido huyendo. Él ha entrado al aposento de Buena Compañía y no sabemos lo que dentro habrá hecho. Luego, como nos hemos puesto a gritar, no le ha quedado más remedio que marcharse a toda prisa». La dueña de la casa entró a ver a Buena Compañía: «¿Qué ha pasado?». «Estaba yo aquí sentada, señora –dijo la esclava–, cuando un mozo muy agraciado ha entrado y me ha preguntado: “¿Eres la concubina que mi padre ha comprado para mí?”; yo le he contestado que sí, porque he creído, os lo juro, señora, que me decía la verdad. Se me ha acercado entonces y me ha abrazado». «¿Y luego te ha hecho algo más?», preguntó la

⁹⁴ En árabe, Anís Alchalíf, literalmente «delcete del contentulio».

señora. Buena Compañía repuso: «Pues sí, me ha dado tres besos». La señora se imaginó el resto: «Y ya no te ha dejado hasta acabar con tu integridad...», dicho lo cual se echó a llorar y a abofetearse la cara, y con ella las esclavas, por temor a que Nureddín acabase degollado por su padre.

Y no habían acabado de llorar y lamentarse todas cuando este, el ministro Alfadl hijo de Jaqán, entró en su casa y preguntó a qué se debía tanto alboroto. Su esposa le pidió: «Prometeme que escucharéis todo lo que he de deciros hasta el final». Dijo él que sí, y ella le contó lo que había hecho su hijo. El ministro, lleno de angustia, se rasgó las vestiduras, se abofeteó con saña y se arrancó mechones enteros de la barba. Su mujer le dijo: «No os acabéis matando aquí mismo, que yo os daré de mi dinero los diez mil dinares que os ha costado». Alfadl hijo de Jaqán, exclamó: «¿Y qué importará eso, insensata? No es el precio de la esclava lo que me preocupa, sino que temo perder toda mi hacienda y hasta la vida». «¿Cómo puede ser eso, mi señor?», preguntó ella. El ministro contestó: «¿Es que no sabéis que estamos siempre bajo la amenaza de ese nuestro enemigo, Almuñ hijo de Sawi? No os quede duda de que, en cuanto se entere de lo ocurrido, le faltará tiempo para presentarse ante su alteza...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 33, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro le dijo a su esposa: «¿Es que no sabéis que estamos siempre bajo la amenaza de ese nuestro enemigo? No bien le llegue la noticia de lo ocurrido se presentará ante el virrey y le dirá: “Vuestro ministro, ese que tanto pretende amarnos, se ha llevado los diez mil dinares de vuestro tesoro y ha comprado una esclava como no se ha visto otra igual; pero, como le ha gustado, le ha dicho a su hijo: ‘Disfrútala tú antes que el virrey’, y el muchacho la ha desflorado. La esclava sigue en su casa”. El virrey entonces le dirá: “¡Mientes!”», pero él le propondrá: “Con la autorización de vuestra alteza irrumpiré en su casa y os traeré a la esclava para que la veáis”. El virrey le dará permiso, y él se nos meterá en la casa, raptará a la esclava y la hará comparecer ante el virrey, quien le preguntará si todo eso es verdad, y la muchacha no será capaz de mentirle. Almuñ entonces dirá: “Bien sabéis, mi señor, que nadie os aconseja mejor que yo, por más que no disfrute del lugar que me corresponde”. El virrey me hará comparecer y todos disfrutarán de verme caer y perder la vida». «Lo que debéis hacer —dijo su esposa— es no contarle nada a nadie, pues todo esto ha ocurrido en la intimidad de nuestro hogar, y poner vuestra suerte en manos de Dios». Con estas palabras se serenó el corazón del ministro, que vio las cosas de otra manera.

Lo anterior, por lo que respecta a Alfadl hijo de Jaqán. En cuanto a su hijo Nureddín Ali, sépase que tan preocupado estaba por las consecuencias de su acto que se pasaba el día entero en los huertos, y solo volvía de noche, a dormir en las estancias de su madre, de donde salía antes del amanecer sin ser visto de nadie. Un mes entero estuvo sin ver el rostro del ministro, a quien un día preguntó su esposa: «¿Es que queréis acabar con la esclava y con el muchacho? Si esta situación se prolonga perderemos a nuestro hijo». «¿Qué hemos, pues, de hacer?», preguntó el ministro. «Quedaos —dijo ella— despierto esta noche y, cuando el chico vuelva, reconciliaos con él y concededle a la esclava, porque se han enamorado. Yo os daré el dinero que ha costado». El

ministro se quedó velando y, cuando su hijo vino, lo agarró, y ya se disponía a cortarle el cuello cuando llegó la madre: «¿Qué vais a hacer con él?». «Degollarlo», respondió Alfadl hijo de Jaqán. Nureddín Ali preguntó a su padre: «¿Tan poco valgo para vos?», a lo que el ministro, con las lágrimas asomándole a los ojos, respondió: «¿Tan poco valen para ti mi hacienda y mi vida?». El joven Nureddín Ali repuso: «Escuchad, padre, las palabras del poeta:

Perdonadme mi error, pues tan prudente sois,
y es propio del prudente conceder el perdón.
Mirad que os lo suplico mirando desde abajo,
pues no espero otra cosa de quien está tan alto».

Y el ministro, que bajo sus rodillas tenía ya el pecho del su hijo, se levantó, aplacado por la compasión. El mancebo, por su parte, se puso en pie y besó la mano de su padre, quien dijo: «Si supiese, hijo mío, que has de ser justo con Buena Compañía, te la concedería». «¿Y cómo —preguntó Nureddín Ali— no voy a ser justo con ella, padre?». «Pues yo te encargo, hijo mío, que no tomes segunda mujer, que no la maltrates y te abstengas de venderla», dijo el ministro, y Nureddín Ali: «Os lo prometo, padre», palabras que reforzó con un solemne juramento por lo más sagrado. El joven renovó luego su relación carnal con Buena Compañía, y permaneció con ella por espacio de un año, en el transcurso del cual acabó el soberano olvidándose de la esclava que había encargado. El otro ministro, Almuñ hijo de Sawi, tuvo noticia de lo ocurrido, aunque nada pudo decir de ello, dado la influyente posición de Alfadl hijo de Jaqán. Pero, así que hubo pasado otro año, entró este último un día en los baños y al salir sudoroso lo alcanzó un mal aire. Hubo por ello de guardar cama, donde se prolongó su desvelo y se agravó su estado. Llamó, pues, a su hijo, Nureddín Ali, y, cuando a su cabecera lo tuvo, le dijo: «Este mundo es caduco, el plazo de la muerte está fijado y todos hemos de apurar el cáliz de la muerte», y recitó estos versos:

«A cada cual le llega su momento postrero...
El Ángel de la Muerte remisión no concede,
ni establece distinguos entre grandes y chicos;
no espere, pues, ninguno que a él solo lo respete.
No ha habido un solo rey capaz de resistirse;
¡ni los mismos profetas perduraron por siempre!».

Luego añadió: «Tres cosas nada más te recomiendo, hijo mío: que temas a Dios, que caíbles las consecuencias de tus actos y que tengas en gran estima a Buena Compañía». El joven dijo: «¿Y quién podrá emularos a vos, padre? Tan reconocido sois por hacer el bien que los predicadores rezan por vos desde los púlpitos». «Ojalá —dijo el moribundo— tenga Dios a bien acogermé en Su seno». Luego hizo la doble profesión de fe⁹⁵, exhaló su último suspiro y pasó a contarse entre los bienaventurados. Por el palacio resonaron desconsolados gritos y lamentos, y la triste noticia del fallecimiento de Alfadl hijo de Jaqán no tardó en llegar al virrey y cundir entre los habitantes de la ciudad. Hasta los niños de tierna edad lloraron por él en las escuelas. Su hijo, mientras tanto, se levantó de su lado y comenzó a preparar las exequias. Al entierro asistieron los comandadores, los ministros, los principales del reino y los habitantes todos de la ciudad.

⁹⁵ Esto es, la confesión de la unicidad absoluta de Dios y la misión de Mahoma.

No faltó el ministro Almuín hijo de Sawi. Cuando el cortejo inició su recorrido desde la casa del difunto, se oyó a uno recitar:

«Palabras dirigí a quien lavó su cuerpo
que eran las espantosas de un cabal consejero:
"Mejor reemplaza el agua que tienes preparada
por las copiosas lágrimas que ha vertido la Fama;
bien puedes prescindir de ungüentos y de aromas,
ya que con el perfume bastará de su honra;
entrégales las andas a los celestes ángeles
que a rendirle han venido su sincero homenaje,
y cárguenlo después hombros de sus congéneres,
que él hasta que murió abrumó de mercedes"».

El joven Nureddín Ali permaneció largo tiempo apesadumbrado por la muerte de su padre. Y estaba un día sentado en su casa cuando llamaron a la puerta. Se levantó, fue a abrir y se encontró ante uno de los comensales y compañeros habituales del difunto. El hombre le besó la mano a Nureddín y exclamó: «¡Quien ha dejado a un hijo en el mundo, que por él hable, es como si no hubiera muerto! Tal fue, con todo, el final que alcanzó incluso al profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz, señor de los antiguos y los modernos. Debéis consolaros, joven amigo, y hacer por olvidar vuestro abatimiento». Nureddín Ali se dirigió a la sala de recibir, adonde hizo llevar todo lo que era menester para poder reunirse con aquel y otros amigos de la casa. Llamó a su esclava y celebró un gran banquete al que invitó a diez hijos de mercaderes. Y desde ese día puso todo su empeño en comer y beber. No bien acababa una de aquellas veladas, ya estaba pensando en la siguiente. Siempre se mostraba espléndido, obsequiando a sus invitados con lo mejor que había, y dispensando regalos y agasajos a diestro y siniestro.

Y, como no podía ser de otro modo, llegó el día en que su administrador entró adonde él estaba y le dijo: «¿No habéis oído, mi señor Nureddín, eso de que "mal acaba el que derrocha"? Bien dijo el poeta:

Yo soy de mis riquezas el guardián más celoso,
pues que son para mí la rodela y la espada.
¿En qué debo emplearlas? ¿En que mis enemigos
aprovechen lo mío y busquen mi desgracia?
¿Que coma de lo mío, y de lo mío beba
quien en toda su vida no ayudó nunca a un alma?
Mis dineros reservo de los viles traidores
que injurias me dedican tan solo a mis espaldas.
Todo, antes que decirle a cualquier desalmado:
"Por uno que me des, tendrás cinco mañana";
para que él al remate, cual si yo fuese un perro,
me muestre su desprecio volviéndome la cara...
A vivir humillado se ve forzado el pobre,
aunque hayan refulgido más que el sol sus hazañas».

Luego añadió: «Tan excesivos despilfarros y espléndidos dones acabarán llevándoos a la más completa ruina». Pero Nureddín Ali lo miró y le dijo: «Ninguna de tus palabras me dice nada; bien habló, por el contrario, quien dijo:

Si avaricioso soy de lo que tengo,
¡no vuelva a levantar los pies del suelo!
A nadie la avaricia da la fama,
ni muere el rico por abrir sus arcus».

Y aún añadió: «Mi deseo, administrador, es que, mientras haya bastante para almorzar, no vengas a importunarme diciéndome que acaso no me llegue para cenar». Se fue, pues, el administrador por donde había venido y, en lo sucesivo, siguió Nureddín Ali gastando y regalando a manos rotas. Si alguno de sus comensales exclamaba en su presencia: «¡Qué bonito es eso!», él contestaba: «Puedes quedártelo». Tanto que si alguno le hubiera ponderado la casa en que vivía se habría desprendido de ella sin más. Ofrecía por norma a sus compañeros dos grandes banquetes al mes, uno al principio y otro al final. Y así siguió durante un año entero, al cabo del cual estaba un día sentado en su casa cuando oyó que su esclava recitaba los siguientes versos:

«Llegaste a imaginar, por tus días propicios,
que siempre te sería beneficioso el Sino.
No siempre gozarás de plácidas jornadas:
las tormentas se gestan en la completa calma».

En el preciso momento en que acababa ella de pronunciar estas palabras llamaron a la puerta. Se levantó Nureddín y, seguido de uno de sus invitados, pero sin darse cuenta de ello, abrió y se encontró con su administrador. «¿Qué nuevas traes?», le preguntó Nureddín. El administrador repuso: «Lo que yo temía que ocurriera, señor, ha ocurrido». «¿Cómo es eso?», preguntó el agraciado joven, a lo que el otro contestó: «Sabed que, de lo que yo tengo a mi cargo, no queda ya nada que valga ni una moneda de plata, qué digo, ni mucho menos que eso. Aquí tenéis los cuadernos de gastos y de haberes». Al oír estas palabras, bajó Nureddín Ali la cabeza y exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!». Cuando el invitado indiscreto, que lo había seguido a hurtadillas para enterarse de lo que ocurría, hubo oído las palabras del administrador, volvió adonde los demás y les dijo: «Atended a lo que os digo: Nureddín Ali se ha arruinado». El anfitrión volvió a la sala y a todos les resultó evidente su expresión de zozobra. Se levantó entonces uno de los comensales, miró a Ali Nureddín y le dijo: «Vais a tener que disculparme, señor, pero no puedo quedarme». «¿Cómo es que hoy no podéis quedaros?», preguntó Nureddín. «Es que esta noche –repuso el convidado– ha de parir mi esposa y yo no puedo dejar de estar junto a ella; me voy a ver cómo está». Nureddín le desató que fuera con Dios. Luego se levantó otro: «Nureddín, distinguido amigo, tengo que ir a casa de mi hermano, que circuncida hoy a su hijo». Y así fueron todos pidiéndole su venia para marcharse, cada uno con una excusa, hasta que Nureddín se quedó solo. Llamó entonces a su esclava y le dijo: «No sabes, Buena Compañía, lo que acaba de ocurrirme», y le refirió las palabras del administrador. La joven le contestó: «Hace ya varias noches me resolví a hablaros de eso, pero os oí recitar:

“Si la vida, rumbosa, te ha dado a manos llenas,
muéstrate liberal antes de que la pierdas,
pues ni el desprendimiento reduce la existencia,
ni el guardar los dineros consigue retenerla”.

»Y al oír –prosiguió la concubina– esas palabras de vuestra boca, decidí callar la mía». «Bien sabes, Buena Compañía, querida –dijo Nureddín–, que todo me lo he gastado en mis ami-

gos, y ellos no van a negarme ahora su socorro». «Temo –previó Buena Compañía– que nada sacaréis de ellos», a lo que Nureddín replicó: «Pues ahora mismo me voy a verlos; tocaré a sus puertas y con lo que seguramente me darán constituiré un capital que me valdrá para dedicarme a los negocios, en lugar de tanto banqueteo y diversión». E hizo como dijo, pues sin más salió de su casa y se encaminó hacia el callejón donde resulta que vivían sus diez más cercanos comensales y contentillos, todos cerca unos de otros. Llegó a la primera puerta, llamó y salió a abrirle una esclava: «¿Quién sois?», le preguntó. Nureddín respondió: «Dile a tu amo que Nureddín está parado a su puerta y os dice: “Vuestro seguro servidor os besa las manos y espera vuestro favor”». La esclava entró en la casa y transmitió las palabras del visitante a su amo, quien le ordenó: «Vuelve y dile que no estoy». La esclava fue a la puerta y le dijo a Nureddín: «Señor, mi amo no está». Nureddín pensó: «Si este es un desalmado, hijo de mala madre, tendré que dirigirme a otro que no lo sea». Se llegó a la segunda puerta, repitió las mismas razones y obtuvo similar negativa. Recordó entonces estos versos:

Quienes siempre te abrieron de sus casas las puertas
ya nunca han de volver a estas benditas tierras.

Y se dijo: «No tengo más remedio que ir probándolos a todos y acaso dé con uno, aunque sea uno solo, que represente dignamente al grupo». Hizo, pues, el recorrido completo, pero ninguno lo dejó pasar de la puerta, ni salió a verlo, ni ordenó que le entregasen un pan. Nureddín recitó:

«En los tiempos boyantes somos como los árboles:
nadie se mueve un paso si hay frutos en las ramas.
Pero, así que la copa de dones se vacía,
todos sin más nos vuelven, cuando nos ven, la cara.
¡Mal hayan cuantos viven en estos nuestros tiempos!
De entre mis diez amigos ni uno solo se salva...».

Volvió luego al lado de su esclava, aún más intranquilo que cuando salió. «¿No os advertí – fueron las primeras palabras de Buena Compañía– que nada sacaríais de ellos?». «Ni uno solo –se quejó él– ha asomado siquiera la cara». La joven le aconsejó: «¡Id vendiendo, señor, los muebles y enseres de la casa, y así tendréis de qué subsistir». Y eso fue lo que hizo él, ir vendiéndolo todo hasta quedarse sin nada. «¿Qué hacemos ahora?», le preguntó entonces a Buena Compañía. Esta le contestó: «Creo, señor, que la única salida que os queda es llevarme ahora mismo al mercado y ponerme en venta. Como bien sabéis, vuestro padre pagó por mí diez mil dinares; quiera Dios que ahora obtengáis al menos una parte de esa cantidad, y, si Dios así lo quiere, volveremos algún día a estar juntos». «Pero si no puedo –protestó él– estar ni una hora sin ti...». «Yo tampoco –dijo la joven–, pero, como suele decirse, la necesidad manda; bien lo expresó el poeta:

Quando el hambre y la sed de verdad nos aprietan
es llegado el momento de no pensar en “éticas”.
No hay nadie que decida seguir cierto sendero
si al hacerlo no piensa que sacará provecho».

Tomó, pues, Nureddín Ali, con las lágrimas rodándole por las mejillas, a Buena Compañía del brazo y recitó:

«Parad y dedicadme una mirada
que me sane, pues ya siento nostalgia.
Mas dejadlo, si os sirve de molestia;
yo pensaré qué hacer con mi tristeza».

La llevó al mercado y la puso en manos del corredor: «Procura tener presente el valor de lo que vas a pregonar». «Soy hombre de principios», dijo el corredor, quien al punto preguntó: «¿No es esta Buena Compañía, la esclava que me compró vuestro padre por diez mil dinares?». «Sí», respondió Nureddín. El corredor fue adonde ya estaban reunidos casi todos los mercaderes. Esperó hasta que hubieron llegado los que faltaban y, para entonces, estaba ya la plaza del mercado rebosante de esclavas de todas las procedencias: turcas, bizantinas, circasianas, georgianas y abisinias. El corredor se colocó en un lugar visible y dijo a grandes voces: «¡Oídme, mercaderes y gentes de caudales! Ni todo lo redondo es nuez, ni todo lo alargado plátano, ni todo lo rojo carne, ni todo lo blanco manteca, ni todo lo claro vino, ni todo lo oscuro dátiles. A esta perla única, mercaderes, no hay suma de dinero que le haga justicia. ¿Cuánto estáis dispuestos a pagar por ella?». Uno de los mercaderes abrió la puja: «Cuatro mil quinientos dinares».

Y dio la coincidencia de que el ministro Almuñ hijo de Sawi, que en el mercado se hallaba, vio a Nureddín Ali parado entre el gentío y se dijo para sí: «¿Qué hará ese ahí, si ya no le queda con qué comprarse una esclava?». Se quedó mirando con atención por ver qué pasaba y pudo oír cómo les pregonaban el género a los mercaderes. Almuñ pensó entonces: «Se habrá arruinado y ha venido con la esclava para venderla. Si así es, mi corazón va a poder reconfortarse», y llamó al corredor. Acudió este presuroso enseguida y besó la tierra ante el ilustre mandatario. «Quiero –dijo el ministro– esa esclava que estás pregonando». Como el hombre no podía negarse, fue por la muchacha y la presentó ante el ministro. Este la miró con detenimiento y quedó al punto prendado de su belleza, de su garbosa figura y sus dulces palabras: «¿Hasta dónde ha subido la puja?». «Han ofrecido cuatro mil quinientos dinares, mi señor», le respondió el corredor, y, como los mercaderes oyeran esta conversación y ya les era imposible subir ni un dírham, se retiraron todos, pues bien sabían de la maldad de aquel ministro. Este miró al corredor y le dijo: «¿Qué haces ahí parado? Ve a por la esclava; me la quedo por cuatro mil dinares y tú te llevas los quinientos restantes de comisión».

El corredor fue a Nureddín Ali y le dijo: «Señor, os habéis quedado sin esclava y sin el dinero de su venta». «¿Por qué?», preguntó él. «No había hecho –dijo el corredor– más que comenzar la subasta, que se ha abierto con una puja de cuatro mil quinientos dinares, cuando se ha dejado caer en la plaza ese miserable abusador, Almuñ hijo de Sawi. Ha visto a la joven y, como le ha gustado, me ha dicho: “Consulta a quien tengas que consultar si accede a darla por cuatro mil quinientos dinares”. Seguro estoy de que ese indeseable sabe que la esclava os pertenece, y si realmente está dispuesto a entregaros la suma acordada por la compra, podríais considerarlo un favor del Cielo. Pero, como sé que es un ventajista, os pronostico que os dará un pagaré para que os lo hagan efectivo sus apoderados, a quienes ordenará enseguida que no os lo liquiden. Cada vez que vayáis a reclamar lo vuestro, os dirán: “Volved mañana”, y así dejarán pasar los días, postergando el pago sin vergüenza alguna de vos, que sois un bendito, y, al final, cuando se harten de vuestras reclamaciones, os dirán: “Dadnos el pagaré”, lo romperán ante vuestras mismísimas narices y os habréis quedado sin nada». Nureddín Ali se quedó mirando al negociante y le preguntó: «¿Y qué puedo hacer, según vos?». «Voy a daros un consejo –dijo el corredor–, y si lo seguís, saldréis

bien parado». «Decídmelo», dijo el joven. «Acercas a mí —explicó el corredor—, cuando me veáis, dentro de unos instantes, en mitad de la plaza, tomar a la esclava de la mano; dadle un manotazo, y decidle: “¡Ay de ti! Ya he cumplido la solemne promesa que te hice de traerte al mercado para que el corredor te sacase a subasta”. Si lo hacéis así, tal vez consigáis que todos crean que solo la habéis traído para cumplir una promesa». «Bien pensado», dijo Nureddín Ali.

El corredor se separó de este, fue al centro de la plaza, tomó de la mano a la esclava y, dirigiéndose al ministro Almuín hijo de Sawi, dijo: «Mi señor, aquí llega su dueño». Nureddín Ali se acercó al corredor, tomó del brazo, con brusquedad, a Buena Compañía, le soltó a esta un manotazo y le dijo: «¿Te has quedado contenta? Ya tienes lo que querías: te he traído al mercado para cumplir mi promesa. Vete ahora a casa y no vuelvas a llevarme la contraria. A mí, desde luego, no me hace falta ninguna el dinero como para tener que venderte, y, de cualquier modo, si hiciera varias partidas con los enseres de la casa sacaría mucho más que por tí». El ministro Almuín hijo de Sawi le preguntó: «¿Acaso os queda algo por vender que valga la pena?», e hizo ademán de arremeter contra él. Ali Nureddín se dirigió a los mercaderes, que lo apreciaban mucho: «Todos habéis sido testigos de su intento de agredirme». El ministro dijo entre dientes: «Si no fuese por vosotros, lo mataría aquí mismo», y todos se hicieron señas unos a otros diciendo: «Que nadie intervenga».

En ese momento Nureddín Ali, haciendo gala de su valentía, tiró del ministro, que seguía sobre su cabalgadura, y dio con él en el suelo. Almuín fue caer en medio del barro, y Nureddín Ali empezó a darle de puñadas, una de las cuales le alcanzó los dientes. Al ministro se le llenó de sangre la barba. Venía este acompañado por diez servidores suyos, quienes, al ver cómo se conducía el joven Nureddín con su amo, echaron mano a sus espadas para acometerlo y herirlo. Pero quienes por allí había, mirando, les aconsejaron: «El uno es ministro y el otro hijo de ministro; a lo mejor se arreglan entre ellos, la toman con vosotros, y quién sabe si os cae algún mandoble y al final acabáis vosotros mal y ellos dos tan contentos... Lo mejor es que no os metáis...». Nureddín Ali acabó de darle las puñadas que en gana le vinieron al ministro, tomó del brazo a su esclava y volvió a su casa. Almuín hijo de Sawi, por su parte, se levantó enseguida del suelo, con la ropa, que fue blanca, teñida ahora de tres colores: el del barro, el de la sangre y el de la ceniza. Al verse de aquella manera, se echó una estera al cuello, tomó dos manojos de esparto y con uno en cada mano echó a andar. Así que estuvo ante el palacio real, comenzó a gritar: «¡Vea vuestra alteza cómo han maltratado a su ministro!». Lo condujeron ante el virrey, quien se lo quedó mirando y, al reconocerlo, le preguntó: «¿Quién te ha dejado así?». Almuín, entre lamentos y sollozos, recitó:

«¿Podrá en vuestra presencia tratarme mal el Tiempo?
Siendo, como sois, León, ¿me devorarán perros?
Si de vuestros estanques los sedientos se ahitan
y vos donáis la lluvia, ¿me agostarán sequías?».

Y añadió: «¿Se aviene a razón el que los más abnegados servidores de vuestra alteza acaben vilipendiados y maltrechos?» «¿Pero quién te ha hecho eso?», preguntó el virrey. «Sepa vuestra alteza—dijo el ministro— que me he acercado hoy al mercado de las esclavas, con la intención de comprarme una cocinera, y allí he visto a una concubina como no se ha visto otra. El corredor me ha dicho que pertenecía a Nureddín Ali hijo de Alfadl hijo de Jaqán, a quien nuestro señor recordará haber entregado en su día la cantidad de diez mil dinares para que le comprase una esclava hermosa. Pues bien, esa y no otra era la esclava; pero, como quiera que le gustase

a Alfadl, este se la entregó a su hijo Nureddín Ali, quien, desde la muerte de su padre, no ha tenido otra ocupación que derrochar su dinero. Y a tal punto ha llegado la cosa que se ha visto obligado a malvender sus bienes raíces y hasta la vajilla de la casa. Luego, al no quedarle nada más de valor, ha acudido al mercado con la esclava para venderla. Se la ha entregado al corredor, quien la ha pregonado y ofrecido en subasta. La puja ha alcanzado los cuatro mil dinares. Yo entonces me he dicho: “Voy a comprársela a nuestro señor el virrey, pues él fue quien pagó por ella”. De modo que le he dicho al joven Nureddín: “Toma, hijo, los cuatro mil dinares que cuesta”, a lo que él me ha respondido: “¡Viejo de mal agüero! Antes se la vendería a un judío o a un cristiano...”. “No la compro –le he explicado– para mí mismo, sino para nuestro señor el virrey, fuente y manantial de todas nuestras mercedes”. Y tan furioso se ha puesto que me ha tirado del caballo, a mí, que soy un viejo, y me ha propinado tal cantidad de golpes que me ha dejado como ahora me ve vuestra alteza. Tal ha sido el pago que me he llevado por querer restituírle al virrey de nuestra era lo que es suyo».

Dicho que hubo lo anterior, se arrojó el ministro al suelo y prorrumpió en amargos sollozos que al poco desembocaron en sacudidas y espasmos. El virrey oyó con atención el relato, y, viendo a su ministro desmoronarse y sufrir aquel acceso, notó que por el entrecejo le brotaba el sudor de la cólera. Guardó silencio unos instantes y miró luego a los altos dignatarios del reino, junto a quienes se hallaban asimismo sus cuarenta guardias armados de espadas, y a estos dijo: «¡Id ahora mismo a la casa de Nureddín Ali hijo de Alfadl, saqueadla y demoledla, y traédme los, a él y a su esclava, maniatados y a rastras!». «Como mandéis», dijeron los guardias, y salieron en busca del joven Nureddín. Y se daba la circunstancia de que el virrey tenía un chambelán, de nombre Alameddín Sánchar, que antes había servido al padre de Nureddín. Cuando dicho chambelán vio cómo se conducía el virrey y que el enemigo de quien fue su señor se aprestaba a acabar con el hijo de este, no pudo con ello, subió a lomos de su montura y salió a toda prisa. Llamó a la puerta de Ali Nureddín y este mismo salió a abrirle; el joven reconoció a su visitante y quiso dispensarle la bienvenida que imponía la cortesía, pero Alameddín lo apremió: «No es tiempo ahora de cortesías ni de cháchara. Oíd las palabras del poeta:

Busca tu salvación cuando el peligro adviertas
¡y dúelase la casa, de quien fuera su dueño!
Puedes estar seguro: hallarás otra tierra,
pero una nueva vida no te la dará el Cielo».

«¿Pues qué ocurre, Alameddín?», preguntó el joven. «Poncos en marcha de inmediato –fue la respuesta del visitante–, salvad vuestra vida y la de vuestra concubina, pues Almuín hijo de Sawi os ha tendido una trampa y, como caigáis en sus manos, os matará. El virrey acaba de ordenar a cuarenta guardias armados de espadas que os prendan a vos y a vuestra esclava. Huid pues, antes de que sea tarde». Y el chambelán le tendió a Nureddín una bolsa de oro. Miró el joven y vio que eran cuarenta dinares. «Tomad esto –dijo Alameddín, explicándose–, señor. Si dispusiera de más, os lo daría de corazón. Pero dejémonos de eso, pues no tenéis tiempo que perder». Entró entonces Nureddín en busca de la esclava, a quien puso al corriente de la situación. La joven se sintió confundida unos instantes, pero enseguida salieron ambos de la ciudad, bajo el manto protector que Dios tendió sobre ellos. Y caminando avanzaron por la vera de las aguas hasta que encontraron una embarcación lista para partir. El patrón, parado sobre la cubierta, estaba dicién-

do: «El que todavía tenga que despedirse, avituallarse o haya olvidado algo, que vaya abreviando, pues estamos a punto de zarpar». Los pasajeros le contestaron: «Nada tenemos ya que hacer, patrón». «Soltad las amarras y recoged las estacas», ordenó él. Nureddín le preguntó: «¿A dónde vais?». La respuesta fue: «A la Casa de la Paz, la ilustre Bagdad».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 34**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, no bien le hubo dicho el patrón de la nave a Nureddín que partían rumbo a Bagdad, subió el joven a bordo, seguido de su fiel esclava. En cuanto se alejaron un poco de la orilla, los marinos desplegaron velas y la embarcación inició su singladura por el Tigris a contracorriente, como si se tratara de un ave que los aires atravesara. Fue como dijo cierto poeta:

Prendado con la imagen de la embarcación quedas,
que alegre surca el mar más veloz que los vientos;
un ave se diría, que sus alas despliega
para precipitarse de las nubes al piélago.

Y así salieron de Basora, con el viento a su favor.

Lo anterior, por lo que Nureddín Ali y Buena Compañía respecta. En cuanto a los cuarenta hombres armados que el virrey envió, sépase que llegaron a casa de Nureddín, echaron abajo las puertas, entraron y recorrieron todas las dependencias sin hallar rastro de los dos fugitivos. Demolieron la casa, volvieron sobre sus pasos y dieron cuenta de todo al virrey, quien les ordenó: «¡Buscadlos allá donde se encuentren!». «Como mandéis», fue la respuesta. Volvió luego a su casa el ministro Almuñ hijo de Sawi, a quien el soberano, tras hacerle un espléndido regalo, aseguró: «Sobre mis hombros tomo el deber de vengarte». El ministro, ya con el corazón tranquilo, rogó a Dios por la larga vida de su virrey, y este dio la orden de que se proclamase el siguiente bando por toda la ciudad:

A los habitantes todos de la noble ciudad de Basora, que Dios guarde. Nuestro señor el virrey ha dispuesto que quien dé con Nureddín Ali hijo de Alfadl hijo de Jaqán, y lo ponga en manos de su alteza, recibirá como recompensa una rica túnica, así como la suma de mil dinares en oro. Por otra parte, todo aquel que, conociendo el paradero del mentado Nureddín, no dé inmediato parte de ello, recibirá ejemplar castigo.

Muchos fueron los que se lanzaron a la búsqueda de Nureddín, pero no dieron con rastro alguno del joven. Este, mientras tanto, llegó sin novedad, y acompañado siempre de la esclava Buena Compañía, a su destino. El patrón del barco anunció: «A la ilustre Bagdad hemos arribado, ciudad segura en la que, tras haberse retirado el frío invierno, está ya bien asentada la primavera. De flores rebosan, pues, ahora los arriates y huertos, por entre cuyos árboles discurren vivaces y cantarines cursos de agua». Nureddín Ali entregó al patrón cinco dinares y abandonó, con Buena Compañía, la embarcación. Echaron a andar, y los divinos Designios los llevaron a una parte de la ciudad donde abundaban los vergeles. Fueron así a parar a un espacio descubierto, bien barrido

y regado, donde había poyos para sentarse y cántaros rebosantes de agua colgados de los muros; todo, bajo un armazón de caña, tan largo como un callejón. En medio de aquel amplio pasaje se hallaba la puerta que daba acceso a uno de aquellos espléndidos huertos, pero estaba cerrada. Nureddín le dijo a Buena Compañía: «¡Qué sitio tan agradable!», a lo que ella repuso: «Sentémonos, señor, un rato en uno de esos poyos». Pasaron a la explanada y, después de lavarse cara y manos, se sentaron, y, acunados por la leve brisa, se quedaron dormidos, pues falta les hacía, a diferencia del Excelso, Quien nunca duerme.

El huerto llevaba el nombre de Quinta de los Encantos, y en su recinto se hallaba el Palacio de Recreo, propiedad todo ello del califa Harún Arrashid, quien allí se reclusa cuando se sentía agobiado. La mansión tenía ochenta ventanas; de sus techos pendían ochenta lámparas, y en su mismo centro había un gran candelabro de oro, también con ochenta brazos. No bien llegaba el califa a aquel palacio, les ordenaba a las esclavas que abriesen todas las ventanas y luego le daba al celebrado músico de su corte, Isaac, apodado el Comensal, por su cercanía de trato con el califa; le daba, digo, instrucciones de que tocase y cantase acompañado de las esclavas. Así era como se le aliviaba el pecho al Comendador de los Fieles y se disipaban sus preocupaciones. El huerto estaba a cargo de un guardés y hortelano, hombre entrado ya en años, a quien todos conocían como el venerable Ibrahím. Hacía algún tiempo había ocurrido que, al salir el provecito guardés a hacer un mandado, se topó con un grupo de paseantes que venían con mujeres dudosas. Indignado por esto, esperó el venerable Ibrahím a que acudiese a la quinta el califa y le contó lo ocurrido. La respuesta del califa fue: «Con quienes halles a la puerta del huerto puedes hacer lo que te plazca».

Aquel día salió también el venerable Ibrahím para hacer un mandado y se topó con los dos jóvenes enamorados, que dormían a la puerta de la quinta cubiertos por el mismo manto, y se dijo: «¿Es que no saben que el califa me ha dado permiso para matar a quien por aquí me encuentre? Aunque a estos voy a darles un escarmiento más liviano, a ver si con ello basta para librarnos de quienes se acercan al huerto con propósitos inmorales». Tomó entonces una vara de palma verde y levantó el brazo hasta dejar visible el blanco de su axila, pues estaba resuelto a golpearlos, aunque para sus adentros se dijo: «¿Cómo, Ibrahím, vas a golpearlos, si nada sabes de ellos? Puede que sean forasteros o hijos del camino a quienes los Designios de Dios han traído hasta aquí. Voy a descubrirles las caras para verlos». Levantó el manto y exclamó: «¡Qué bien parecidos son ambos! No debo pegarles». Rodeó el poyo, le tomó un pie a Nureddín Ali y se lo apretó. El joven abrió los ojos y se encontró ante aquel provecito anciano. Avergonzado, encogió las piernas, se incorporó hasta quedar sentado, tomó la mano del venerable Ibrahím y se la besó. Este le preguntó: «¿De dónde venís, joven?». «Somos forasteros», respondió Nureddín mientras se le escapaba una lágrima. «Sabad, joven —dijo el venerable—, que el mismo Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz, recomendó que se dispensase buen trato a los forasteros. ¿Queréis, hijo, entrar en la quinta y disfrutar de ella para descargar vuestro pecho de pesares?». «¿A quién pertenece, señor, la finca?». «La he heredado de mi familia», dijo el venerable Ibrahím, quien, con estas palabras, pretendía solo tranquilizarlos, de modo que no tuviesen reparo en entrar. Nureddín le dio las gracias, y entraron ambos, él y la esclava, en el huerto, precedidos del venerable Ibrahím.

La puerta estaba a la sombra de un emparrado del que colgaban uvas de distintos colores, pues las había rojas como rubíes y negras como el ébano. Pasaron luego a una pérgola donde vieron frutas, en racimos o no, y donde las aves lanzaban sus melodiosos cantos desde las ramas:

el ruiseñor trinaba, la tórtola dejaba oír su ambiguo zureo, cantaba el mirlo como si alma humana tuviese y la paloma torcaz más parecía un ser ebrio y extático. Los árboles frutales estaban ya en sazón y de cada fruta comestible había un par; albaricoques vieron de tres clases: alcanforados, almendrados, y del Jorasán, y asimismo ciruelas con el color de las mujeres hermosas, cerezas de asombrosa apariencia, brevas rojas, blancas y negras de las mejores especies... Las flores de los árboles semejaban ya perlas, ya corales; en tanto que las rosas eran de un rojo que habría avergonzado a las mejillas de la más bella núbil, y los pensamientos parecían azufre cerca de las llamas; crecían lozanos la murta, el alhelf, el espliego y el ababol. Las hojas de todas las plantas lucían diademas de rocío; reñan las bocas de la manzanilla, y miraban los narcisos fijamente a las rosas con sus ojos africanos; copas semejaban las toronjas, y bolas de oro los limones. Un manto de abigarradas florecillas cubría la tierra, en aquella primavera de inusual esplendor. Susurraban los riachuelos, arrullaban las aves y silbaba la brisa. El año había llegado a su momento de máxima armonía.

El venerable Ibrahím condujo a sus invitados a una sala en la planta superior de la mansión, cuya belleza y abundantes objetos preciosos los dejaron a ambos maravillados. Se sentaron junto a los ventanales, y Nureddín, recordando las pretéritas veladas y banquetes, exclamó: «¡Qué hermoso es este lugar! Me recuerda cuánto he disfrutado, y extingue las brasas de mi tristeza». El venerable anciano a continuación les sirvió la mesa, y los jóvenes comieron lo que apetecieron. Se lavaron, al terminar, las manos, y Nureddín se sentó junto a una celosía desde donde llamó a Buena Compañía. Acudió esta, y desde allí contemplaron los árboles, cargados de toda clase de frutas. Nureddín preguntó entonces a su anfitrión: «¿No tenéis, maestro, nada de bebida? La gente acostumbra a beber después de comer». El anciano les trajo agua fresca azucarada, pero Nureddín le dijo: «No es esa la bebida que me apetece». «No queréis vino...», dijo el venerable. «Pues sí», respondió Nureddín, y el venerable exclamó: «¡Dios nos libre del vino! Hace ya trece años que ni me acerco a él porque el Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz, maldijo a quienes lo consumen, lo prensan o lo transportan». «Oídmeme unas palabras», dijo el joven. «Hablad—respondió el anciano— cuanto queráis». «Si no lo bebéis—preguntó Nureddín— ni lo producís ni lo distribuís ¿os alcanza en algo la maldición?». «No, claro que no», contestó el venerable. «Tomad entonces—dijo Nureddín entregándole cuatro monedas, dos de oro y dos de plata— estos dos dinares y estos dos dirhams, subid en ese asno y, cuando os hayáis alejado, deteneos y al primer hombre que veáis de compras decidle: “Podéis quedaros con estos dos dirhams si me conseguís dos dinares de vino y los cargáis en este asno”. De esa manera ni habréis cargado ni prensado ni comprado vino ninguno, y quedaréis libre de la maldición».

El venerable Ibrahím respondió entre risas: «No he conocido en mi vida a nadie más ingenuo que vos ni oído palabras más discretas». «Ya que os habéis hecho cargo de nosotros, tenéis ahora que asentir y proveernos de cuanto nos haga falta», dijo Nureddín, y el venerable: «Por ahí se accede a la bodega donde se halla la reserva del Comendador de los Fieles; entrad vos mismo y servíos lo que mejor os parezca, pues encontraréis más de lo que podáis desear». Entró, pues, el joven en la reserva califa de vinos, donde encontró un importante número de vasijas, en oro, plata y cristal tallado, con piedras preciosas incrustadas, de las cuales tomó el vino que le pareció y lo vertió en jarras y picheles. Se sirvieron él y la esclava, y bebieron, maravillados por la belleza de cuanto llevaban visto. Se les acercó luego el venerable Ibrahím, para ofrecerles ramilletes aromáticos; pero se fue a sentar lejos de los dos jóvenes, que siguieron bebiendo, alegres

y contentos, hasta que el vino les hizo su efecto: las mejillas se les colorearon, se prolongaban sus recíprocas miradas y fueron sosegándose. El venerable Ibrahím se dijo a sí mismo: «¿Qué hago aquí, sentado tan lejos? ¿Cómo no estoy a su lado? ¿Cuándo voy a disfrutar de nuevo de la compañía de un mancebo y una moza que son como dos lunas?». De modo que se acercó y se sentó a un extremo de la sala. Nureddín le rogó: «Por mi vida, señor, venid con nosotros». Cuando así lo hubo hecho el venerable Ibrahím, Nureddín le llenó una copa y lo invitó: «Bebed y comprobaréis lo delicioso que está». El anciano dijo: «¡Dios me libre! Trece años hace ya que ni lo cato». Desentendiéndose de él, Nureddín apuró su copa y se tendió en el suelo, vencido por los efluvios del licor.

En ese momento miró Buena Compañía al anciano y le dijo: «¿Veis, maestro, cómo me trata?». «¿Qué le pasa, jovencita?», preguntó el anciano. «Siempre –dijo ella– hace lo mismo: después de estar un rato bebiendo se queda dormido y me deja a mí sola, sin nadie con quien compartir la copa. De modo que, si me apetece beber más, ¿quién vuelve a servirme? Y, si canto, ¿quién me escucha?». El venerable Ibrahím, que ya se había sentado a sus anchas y sentía simpatía por la muchacha, que sus penas le confiaba, dijo: «Es cierto, el buen contertulio no debe comportarse de ese modo». La esclava llenó una copa, miró al venerable Ibrahím y le dijo: «Tomadla, por mi vida, y bebed; no me la rechacéis, pues bebiendo conmigo me animaréis». El anciano tendió la mano, recibió la copa y la apuró. La joven la llenó por segunda vez: «Y esta también, señor; no vayáis a dejarla», a lo que él repuso: «No, no puedo beber más; ni una gota tendría que haber tomado». «Por lo más sagrado os lo pido», insistió ella. Él entonces tomó la copa y la apuró. La muchacha le tendió después una tercera, y ya se disponía el anciano a beber de ella cuando Nureddín hizo ademán de incorporarse.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 35**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Nureddín Ali, al tiempo que hacía ademán de incorporarse, dijo dirigiéndose al venerable anciano: «¿Cómo es eso, maestro Ibrahím? ¿No os lo he pedido yo hace unos instantes, por lo más sagrado, y me habéis dicho que no, con la excusa de que lleváis trece años sin probarlo?». El venerable, muy avergonzado, repuso: «No es culpa mía, sino de ella, que se ha empeñado», lo que levantó las risas de Nureddín. Siguieron luego los tres sentados y, en un descuido del anciano, la esclava le dijo en voz baja a su amo: «Bebed, señor, sin tratar de que el anciano se una a nosotros, y nos divertiremos», dicho lo cual sirvió repetidas veces a su señor y le dio de beber. Otro tanto hizo el joven con la esclava, y así estuvieron hasta que el venerable Ibrahím les dijo: «¿Qué clase de velada es esta? ¿Cómo es que no me escanciáis, ya que me he unido a vosotros?». Los dos jóvenes se rieron hasta casi perder el sentido, pero por fin le escanciaron vino al anciano y bebieron los tres. La reunión se prolongó hasta terciada la noche, cuando dijo la esclava: «¿Me permitís, maestro Ibrahím, que encienda una de esas velas que están ahí alineadas?». «Sí, pero solo una», dijo él. La joven se puso en pie, encendió la primera de las velas y siguió después hasta haber encendido las ochenta, hecho lo cual volvió a sentarse. Al cabo de un rato dijo Nureddín: «¿Y qué me concederéis a mí, maestro Ibrahím? ¿Me permitís

que encienda una de esas lámparas?». «De acuerdo –dijo el anciano–, pero solo una de ellas; no sedís díscolo vos también». El joven se levantó y encendió una por una las ochenta lámparas, de modo que la mansión parecfa estar danzando. El venerable Ibrahím, a quien ya habfa vencido la embriaguez, les dijo: «Soy mucho más resistente que vosotros». Se levantó abrió todas las ventanas y volvió a sentarse con ellos a seguir bebiendo y a recitar poemas, de manera que la casa entera se llenó de alegría.

Y quiso Dios, el Oyente, el Informado, Quien para todo establece una causa, que el califa estuviese sentado en esos momentos al claro de luna, ante los ventanales de su residencia, que daban al Tigris. Miró y vio cómo la superficie de las aguas brillaba con destellos reflejados. Se fijó en su quinta y vio que era allí donde resplandecían las velas y lámparas, de cuya luz procedían los destellos. Exclamó entonces: «¡Que venga Yáafar el Barmekí!». Al cabo de un instante estaba Yáafar, el ministro y fiel acompañante del califa, ante el Comendador de los Fieles, que le gritó: «¡Perro de ministro! ¿Acaso me engañas ocultándome lo que ocurre en Bagdad?». «¿A qué se deben esas palabras?», preguntó Yáafar. «Han tenido que quitarme la ciudad. Si no, es imposible que el Palacio del Recreo esté con todas las ventanas abiertas de par en par y exultante de luces de velas y lámparas. ¡Ay de ti, desgraciado! Dime: ¿quién puede tener el poder bastante para hacer eso, si no es porque he perdido el califato?». Yáafar, que ya temblaba, preguntó: «¿Y quién os ha informado de que en el Palacio del Recreo están las velas y lámparas encendidas y las ventanas abiertas?». «Acércate y compruébalo por ti mismo», repuso el califa. Yáafar se acercó adonde estaba el Comendador de los Fieles y desde allí pudo ver que la quinta de su señor más parecfa una hoguera, cuya luz vencía al claro de luna. Y, como quisiera Yáafar exonerar de culpa al guardés, el venerable Ibrahím, pues pensó que el hecho insólito podía deberse a que el anciano lo habría permitido por su propia conveniencia, dijo: «Sabad, Comendador de los Fieles, que el viernes pasado me dijo el venerable Ibrahím: “Mi señor Yáafar, me gustaría poder celebrar un convite con mis hijos, a vuestra salud y a la del Comendador de los Fieles”. “¿Un convite?”, le pregunté yo, y él repuso: “Lo que quiero es obtener el permiso del califa para festejar en el palacio la circuncisión de mis hijos”. Yo le dije: “Celebra lo de tus hijos donde mejor te parezca, y cuando, Dios mediante, vuelva a ver al califa, lo pondré al tanto de lo que vas a hacer”. En eso quedamos, pero a mí se me olvidó informar a mi señor».

El califa dijo: «Consideraba, Yáafar, que habías cometido una falta y ahora veo que son dos: primero, porque no me informaste debidamente, y, segundo, porque no atendiste a lo que de verdad te estaba pidiendo el venerable Ibrahím. Porque, si acudió a ti y te dijo lo que me has contado, fue para pedirte, de manera indirecta, algún dinero con que hacer frente a los gastos. Pero ni tú le diste nada ni me informaste a mí para que pudiese hacerlo yo». «Se me olvidó por completo, mi señor», repuso Yáafar. «Pues por mi estirpe –juró el califa– que el resto de la noche voy a pasarlo junto al venerable Ibrahím, que es persona sin tacha, frecuenta a otros hombres virtuosos, comparte sus alegrías con los pobres y socorre a los necesitados. O mucho me equivoco o esos son los acompañantes que a su lado tendrá esta noche. Debemos ir, desde luego, pues bien puede ser que alguno de ellos dirija al Altísimo una plegaria por nosotros, gracias a la cual obtengamos un bien en este mundo o en el otro. Y, además, es seguro que él y sus seres queridos se alegrarán mucho de verme». «La noche está ya muy avanzada –dijo Yáafar–, Comendador de los Fieles, y ellos deben de estar ya por retirarse». «Hay que ir», dijo tajante el califa. Yáafar guardó silencio sin saber qué hacer. El califa se puso en pie y otro tanto hizo Yáafar. Se les unió

Masrur, el lacayo armado, y salieron los tres, muy circunspectos, de palacio, vestidos a la usanza de los mercaderes. Recorrieron a pie algunas calles de la ciudad y llegaron a no mucho tardar a la puerta de la quinta. El califa, que iba delante, vio que el huerto estaba abierto, lo cual lo sorprendió: «¿Has visto, Yáafar? El venerable Ibrahím ha dejado la puerta abierta hasta estas altas horas de la noche, en contra de su costumbre». Entraron y ya no se detuvieron hasta llegar a la mansión.

El califa dijo: «Antes de subir y presentarme entre ellos, Yáafar, quiero observar, sin ser visto, los dones y carismas de esos venerables varones, porque una cosa es cómo se conducen en público y otra, muy distinta, será su proceder cuando están a solas, y, desde luego, lo que es hasta ahora ni les hemos oído rumor alguno ni a ningún faquir enfrascado en pías recitaciones de los santos Nombres». Miró el califa a su alrededor y, al ver un nogal de buen tamaño, añadió: «Yáafar, quiero trepar a ese árbol, cuyas ramas crecen cerca de las ventanas, para poder verlos». Y como lo dijo lo hizo: se subió Harún Arrashid al árbol y fue pasando de rama en rama hasta que alcanzó la que estaba frente a la ventana. Se acomodó, pues, sobre la rama y desde allí miró hacia el interior del palacio, donde vio a un joven y a una muchacha, hermosos ambos como lunas, jalabado sea Quien los creó!, y vio también al venerable Ibrahím, sentado, con una copa en la mano y diciendo: «¡Dama de las maravillas, beber sin música es ruina! Bien lo expresó el poeta:

Recíbelo contento de esa luciente luna;
la rebosante copa pase de mano en mano,
y al beber no nos falte ni un instante la música:
¿acaso no le silban, cuando abreva, al caballo?».

Al califa, cuando con sus propios ojos vio al venerable Ibrahím comportarse de ese modo, le brotó en el entrecejo el sudor de la cólera. Bajó del árbol y dijo: «No he visto en mi vida, Yáafar, carismas de santos como los de esta noche. Trepa tú también al árbol para que tengas ocasión de presenciar las bendiciones de los varones virtuosos». Desconcertado con estas palabras, trepó Yáafar a la copa del árbol, miró y vio el grupo que componían Nureddín Ali, el venerable Ibrahím, que seguía con su copa en la mano, y la esclava Buena Compañía. Una vez visto aquello, tuvo Yáafar la certidumbre de su propia perdición. Bajó del árbol y se paró ante del Comendador de los Fieles, quien exclamó: «¡Loado sea Dios, Yáafar, por habernos puesto en la manifiesta y pura Vía de la Ley, evitándonos los espantos de quienes siguen las sendas del desatino!». Yáafar estaba tan avergonzado que no pudo articular palabra. El califa siguió: «Me gustaría saber quién les ha permitido el acceso y quién les ha abierto las puertas de mi palacio. Aunque, eso sí, jamás han visto mis ojos a nadie que con ese joven y esa muchacha puedan compararse en hermosura, garbo, talle y proporción». Esperanzado con estas palabras de aprobación, Yáafar repuso: «Verdad dice el Comendador de los Fieles». «Subámonos los dos –dijo el califa– a esa rama y disfrutemos viéndonos».

Treparon, pues, ambos y miraron. En ese momento estaba el venerable Ibrahím diciendo: «El vino me ha hecho perder la compostura: ¡venga a sumarse el placer de la música!», a lo que Buena Compañía apostilló: «Razón tenéis, maestro Ibrahím; completa sería nuestra alegría si tuviésemos algún instrumento que tañer». El venerable Ibrahím se levantó al punto, y el califa le comentó a Yáafar: «¿Qué irá a hacer ahora?». «No sé», dijo el ministro. El venerable salió de la sala y volvió al poco con un laúd, que el califa reconoció, pues pertenecía a Isaac el Comensal: «Si ahora se arranca a cantar esa esclava y no lo hace bien, os cuelgo a todos de un madero; pero,

como cante bien, los perdono a ellos y te cuelgo a ti». «Haced, Dios mío –rezó Yáafar– que cante mal». «¿Por qué?», preguntó el califa. Yáafar repuso: «Para que el Comendador de los Fieles nos cuelgue a todos y nos hagamos compañía unos a otros». Mientras el califa se refa de la ocurrencia, Buena Compañía tomó el laúd, lo afinó y comenzó a ejecutar un aire que el mismo hierro habríafundido, y la perspicacia del más imbécil despertado; aire que acompañó de esta letra:

«Qué lejos han quedado los venturosos días
en que nada en el mundo separarnos podía!
Tal como os retirasteis, también nos retiramos,
y corazones y ojos conocieron quebrantos,
Molestos los rivales porque vino nos diéramos,
nos quisieron ahogados, y “amén” les dijo el Tiempo.
Lo que nos da pavor no es morir en la casa,
sino que nuestros actos nos eche alguien en cara».

El califa dijo: «Jamás en mi vida, Yáafar, he oído una voz que me emocione tanto». El ministro repuso: «A lo mejor a nuestro señor se le ha pasado la irritación...». «Sí, se me ha pasado», dijo el califa, quien descendió del árbol seguido de su acompañante, a quien se dirigió de nuevo: «Quiero subir, sentarme con ellos y oír a esa muchacha cantar». «Si ahora, señor –dijo Yáafar– entráis, les cambiará el humor y, desde luego, el venerable Ibrahím se morirá del susto». «Pues algo tienes que idear –respondió el califa– para que yo me entere de qué es todo esto sin que ellos adviertan mi presencia». Dicho lo cual, se acercaron el califa y Yáafar a la orilla del Tigris a pensar sobre el asunto y desde donde estaban vieron a un pescador que estaba lanzando la red, para sustentarse, bajo las ventanas del palacio. Hacía algún tiempo que el califa, un día en que visitó la quinta, al oír ruidos por aquella parte, le había preguntado al venerable Ibrahím: «¿Qué es lo que se oye ahí abajo?». «Serán pescadores», repuso el venerable. «Pues baja –ordenó el califa– y prohibe que se acerquen». Aquella noche, sin embargo, un pescador de nombre Karim, al ver abierta la puerta de la quinta, se dijo: «Esta es mi ocasión; a ver si tengo suerte con lo que saco»; desplegó la red y la echó al agua mientras recitaba:

«Tú, que la ruina buscas, de tinieblas rodeado:
si de nada te sirve, ¿por qué te afanas tanto?
¿No ves que el pescador, por buscarse sustento,
se aventura en el mar con los astros por techo,
y con valor afronta los golpes de las aguas
con los ojos clavados de la red en la panza;
por que acaso la noche le ilumine un pescado,
cuya boca el mortal gancho haya atravesado,
para que se lo compre quien, guardado del frío,
de noche duerme en casa, resguardado y tranquilo;
quien, tras sereno sueño, descansado despierta,
tras haber disfrutado de una hermosa gacela?
Unos viven felices mientras que otros sufren;
lo que pescan los pobres les da a los ricos lustre».

No bien acababa de recitar el pescador estos versos, oyó que el califa, que lo había reconocido, y estaba parado junto a él, lo llamaba por su nombre: «¡Karim!». El pescador se volvió al punto y, al ver al Comendador de los Fieles, se echó a temblar: «No era mi intención burlar las

disposiciones de nuestro señor el califa, pero la pobreza y las responsabilidades familiares pesan mucho». «Echa la red por mí, a ver si te traigo suerte». Loco de contento, echó el pescador la red y esperó hasta que se asentara en el lecho del río; tiró luego de ella y la sacó llena de incontables peces. Contento con ello también el califa, le ordenó: «Karim, quítate la ropa». Así lo hizo el pescador, cuyo jubón llevaba un centenar de remiendos de la lana más basta, y estaba poblado de una cohorte entera de piojos, de los de rabo, así como de tal cantidad de pulgas que habría podido la prenda recorrer sola la faz de la tierra. Se quitó asimismo el pescador el turbante, que no se había desenrollado en más de tres años; antes bien, le había añadido cuanto jirón de tela había hallado. Mientras el pescador se quitaba cuanto encima llevaba, el califa hizo lo mismo: se fue despojando de las dos telas de seda, una de Alejandría y otra de Baalbek, con que se cubría, así como del manto y la ancha túnica, y, cuando hubo terminado, le dijo al pescador: «Ponte todo esto». El Comendador de los Fieles, por su parte, se puso el jubón y el turbante del pescador, se embozó parte del rostro, y le dijo al pescador: «Tú vuelve a lo tuyo». El hombre le besó los pies al califa en señal de agradecimiento y recitó:

«No podré compensaros vuestros muchos regalos;
nada, para mí dicha, me habéis escatimado.
Mientras esté en el mundo sabré reconocerlo,
y os lo agradecerán, en la tumba, mis huesos».

No bien había terminado Karim de recitar los versos, cuando ya los piojos correteaban por la piel del califa, que se los agarraba a puñados por la nuca y los arrojaba de sf: «¡Ay de ti, pescador! ¿Qué son todos estos piojos?». «Ahora molestan –repuso el hombre–, pero al cabo de una semana dejará nuestro señor de sentirlos, y ni se acordará de ellos». El califa se echó a reír: «¡Ay de ti! ¿Cómo voy a llevar esto sobre el cuerpo?», a lo que el pescador repuso: «Me gustaría decir algo, pero me impone mucho respeto el dirigirme al califa...». «Di lo que quieras», dijo este. «Pues se me ha ocurrido –dijo el pescador, provocando de nuevo la hilaridad del califa–, que tal vez quiera el Comendador de los Fieles aprender a pescar para tener un oficio del que sacar provecho. Si es eso lo que el califa desea, no hay duda de que ese jubón le sienta de maravilla, vamos, que ni hecho adrede para nuestro señor...». Después que se hubo marchado el pescador, el califa tomó todo el pescado, lo cubrió con algunas hierbas y, llevándolo consigo, volvió donde Yáafar, quien lo tomó por Karim el pescador, y, temiendo por él, le dijo: «¿Qué haces aquí, Karim? Quítate de en medio ahora mismo, que el califa está en la quinta esta noche». El Comendador de los Fieles se desternilló de la risa con estas palabras de su ministro, quien preguntó: «¿Podrá ser cierto que sois mi señor, el califa Harún Arrashid?». «Así es –dijo el Comendador de los Fieles–, y tú eres mi ministro, y, aunque hemos venido juntos hasta aquí, ahora no me reconoces. ¿Cómo, entonces, habría de reconocerme el venerable Ibrahím, que, encima, está borracho? Pero tú quédate donde estás hasta que yo vuelva». «Oigo y obedezco», fue la respuesta de Yáafar.

El califa se acercó a la puerta del palacio y llamó. Enseguida se oyó la voz del venerable Ibrahím: «¿Quién llama?». «Yo, maestro Ibrahím». «¿Y quién es “yo”?». «Soy Karim, el pescador. He oído que tenfais invitados y os he traído un pescado excelente, y más fresco, imposible». Como a Nureddín y a la esclava les encantaba el pescado, se les alegró la cara al oír aquello y al punto dijeron: «Abrió, maestro, la puerta y que nos deje el pescado que trae». Abrió, pues, el venerable Ibrahím, y entró el califa en guisa de pescador. Iba este a deshacerse en lisonjas a

modo de saludo, cuando el guardés lo interrumpió: «¡Bienvenido sea el señor fullero, ladrón y jugador! Entra y enséñanos el pescado que traes». Cuando los otros vieron que estaba vivo, pues aún se movía, saltó la esclava: «¡Ese pescado no podría estar más fresco! Ojalá lo hubiese traído ya frito». «Tienes toda la razón», dijo el venerable Ibrahím, y, dirigiéndose al califa: «Pescador, tendrías que habérmelo traído preparado. Ve, fríelo y vuélve», a lo que repuso el califa: «Lo que vos digáis; lo freiré y estaré de vuelta en un periquete». «Eso, no tardes», fue la respuesta del guardés a su señor.

El califa echó a correr y, cuando llegó adonde su ministro, le dijo: «Yáafar, quieren el pescado frito». El Barmekí respondió al punto: «Dádmelo a mí, Comendador de los Fieles, que yo lo freiré». «¡Ni hablar! Por el mausoleo de mis antepasados, los Abbasíes, que lo voy a freír yo con mis propias manos», y fue a toda prisa adonde vivía el hortelano y guardés. Buscó y encontró sin dificultad cuanto era menester, desde la sartén hasta la sal y el tomillo. Se acercó, pues, al hornillo, lo dispuso todo y frió el pescado muy bien frito. Lo colocó sobre una hoja de plátano, arrancó unos limones del huerto y fue a llevarles el resopón a sus destinatarios, el joven, la muchacha y el venerable Ibrahím, quienes dieron buena cuenta de él. Se lavaron las manos, y Nureddín Ali exclamó: «¡A fe, pescador, que te has portado bien con nosotros esta noche!». Se metió la mano en la bolsa, sacó tres dinares de los que le había dado el chambelán en Basora cuando salieron huyendo, y dijo: «Disculpame, pescador... Si te hubiese conocido hace algún tiempo, ten por seguro que te habría aliviado el corazón del peso de la miseria. Pero, dadas las circunstancias, tendrás que conformarte con esto», y le entregó las tres monedas al califa, quien, después de besarlas, se las metió en el bolsillo. Pero, como lo que él deseaba era oír cantar a la esclava, le dijo: «Me honráis con vuestra generosidad, mi señor, pero, si de verdad queréis hacerme una merced, que cante esta esclava para nosotros y pueda yo oír su voz». Nureddín Ali la llamó: «¡Buena Compañía!». «Sí», dijo ella. «Cántanos algo, por mi vida —la instó el joven—, para que te oiga este pescador, que está descándolo». Oído que hubo las palabras de su amo, tomó la muchacha el laúd y, después de afinarlo, lo tañó para acompañar la siguiente letra:

«No bien pulsó el laúd aquella dama,
se llevaron sus dedos nuestras almas.
Embelesó a los sordos con su canto
y hasta los mudos, al final, hablaron».

Ejecutó luego un extraño aire que dejó a todos en suspenso, y cantó:

«En luces se han tornado las tinieblas
porque, pisándolas, honráis las tierras.
De agua de rosas, alcanfor y almizcle,
aromé en vuestro honor mi casa humilde».

Llegados a este punto, se sintió el califa tan conmovido que, sin poder contenerse, empezó a repetir: «¡Eso es un don de Dios! ¡Un don de Dios! ¡Un don de Dios!». Nureddín le preguntó: «Pescador, ¿te gusta la esclava que tan bien tañe el laúd?». «¡Cómo que si me gusta...!», exclamó el califa entusiasmado, a lo que Nureddín repuso: «¡Pues te la regalo! Y es el obsequio de un hombre de bien que no te la reclamará». Dicho lo cual, se puso en pie, tomó un manto y se lo entregó al califa disfrazado de pescador, a quien dio licencia para marcharse

con la esclava. Esta se dirigió al joven: «¿Voy a marcharme, mi señor, sin que os despidáis de mí? Si no hay más remedio, esperad un momento para que pueda al menos deciros adiós». Y recitó estos versos:

«Por alejados que estemos,
os llevaré en las entrañas.
Quiera Dios en un mañana
el reencuentro concedernos».

A los que Nureddín respondió con otros:

«Cuando nuestra despedida
llorando me preguntó:
"¿Qué será ahora de tu vida?"
"En manos queda de Dios"».

Al califa, al oír todo aquello, le faltó coraje para separarlos y, dirigiéndose al joven, le dijo: «¿Os persigue, señor, la justicia o tenéis alguna deuda?». «Lo cierto, pescador —dijo Nureddín—, es que esta esclava y yo mismo podríamos contar una historia tan extraordinaria que si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría». El califa dijo: «¿Y no queréis referir vuestra historia y ponernos al cabo de la calle de todas vuestras circunstancias? Tal vez así, desahogándoos, os sentiríais aliviado; pues, ¿no dicen que cerca está el alivio que de Dios procede?». Nureddín Ali le preguntó: «¿Y cómo prefieres que te la cuente, pescador, en verso o en prosa?». El califa disfrazado repuso: «La prosa es un mero hablar que el verso hace concertar». Bajó entonces Nureddín la cabeza e improvisó:

«Ya no duermo, amigos míos,
pues me aflige la nostalgia.
Tuve un padre cariñoso
que ya vistió la mortaja.
Lo que luego me ocurrió
me acabó partiendo el alma.
Una esclava recibí
con el talle de una rama.
En ella gusté mi herencia
—no quise negarle nada—;
hubo de ponerla en venta
por más que me disgustara,
y un despreciable viejo
la consiguió en la subasta.
Llevado de justa cólera,
le arrebaté a la muchacha.
Quiso el infernal sujeto
lacerarme con sus mañas,
y movido de la furia
lo desharaté a puñadas.
Temiendo las consecuencias,
me parapeté en mi casa.
Un chambelán me previno
de que el virrey me buscaba:

"Temed la envidia —me dijo—;
marchaos si os queréis salvar".
Y tomamos con la noche
el camino de Bagdad.
A un pescador regalé
mi bien único, la esclava:
"Te doy lo que yo más quiero,
con ella te llevas mi alma".

Cuando el joven acabó de recitar su poema, dijo el califa: «Contadme con detalle, señor Nureddín, cuál ha sido vuestro sino», y Nureddín se lo refirió todo, de principio a fin. Una vez que el califa estuvo al tanto de lo sucedido, le preguntó: «¿A dónde tenéis intención de dirigiros ahora?», a lo que el joven contestó: «Ancho es el país de Dios». «Voy a escribiros un documento para que se lo llevéis al virrey Muhámmad hijo de Suleimán el Zainí, quien dejará al punto de buscar vuestro mal».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 36**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el califa le dijo a Nureddín Ali: «Voy a escribiros un documento que entregaréis al virrey Muhámmad hijo de Suleimán, quien no volverá a perjudicaros», el joven Nureddín le respondió: «¿Es que hay en el mundo algún pescador que mantenga correspondencia con virreyes? Eso no ha ocurrido nunca». «No os falta razón, pero yo os explicaré el motivo. Sabed que el virrey y yo estudiamos en la misma escuela, que regentaba cierto clérigo, y que yo era su maestro. Más tarde él alcanzó la ventura del virreinato, mientras que a mí Dios me hizo pescador; pero no ha habido ocasión en que le haya yo escrito solicitándole algo sin que él me lo haya concedido, y lo hará siempre, por más que llegara yo a escribirle mil veces al día». «Bueno, pues escribete y ya veremos», dijo Nureddín. El califa entonces tomó tintero y cálamo, y escribió lo siguiente:

En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

Dicho lo cual: El presente escrito lo dirige Harún Arrashid hijo de Almahdí a Muhámmad hijo de Suleimán, depositario de mi gracia, a quien constituí como representante mío en una de las regiones de mis predios, la ciudad de Basora, que Dios guarde.

Te hago saber que el portador del presente escrito es su excelencia Nureddín Ali hijo de Alfadl hijo de Jaqán, el ministro, y te ordeno que, en el punto y hora en que se persone ante ti, te despojes de la potestad que en ti deposité y permítas que él ocupe tu solio, pues le he conferido a él el mando que en su momento puse en tus manos.

No contravengas esta mi disposición.

Recibe el saludo de la paz.

Le entregó el documento a Nureddín Ali hijo de Alfadl, quien lo besó, se lo colocó en el turbante y emprendió en ese mismo instante viaje. Por su parte, el califa, que aún seguía con las trazas del pescador, hubo de oír que el venerable Ibrahím lo interpelaba con las siguientes palabras: «¡Tú, el más vil de los pescadores! Por dos pescados que no valen ni dos monedillas

has recibido ya tres dinares, y ¿vas a llevarte además una esclava?». Cuando el califa oyó estas palabras, le hizo un gesto a Masrur, su lacayo y guardián protector, que se dejó ver entonces y se plantó, amenazador, ante el anciano. Yáafar, por su parte, había mandado a uno de los mozos de la quinta al palacio califal con el encargo de pedirle al portero ropa para el califa, quien de ella dispuso poco después. El Comendador de los Fieles seguía de pie, viendo lo que ocurría, mientras el venerable Ibrahím, que no se había levantado de su asiento, comenzó a morderse los dedos de la vergüenza, pues por fin había reconocido a su señor, y exclamó pasmado: «¿Estoy dormido o despierto?». El califa lo miró y le dijo: «Maestro Ibrahím, ¿cómo es que te veo en ese estado?». El venerable volvió al punto de su embriaguez, se arrojó al suelo y recitó:

«Perdonadme el desliz que he cometido:
sea el señor generoso con su esclavo.
Una vez que mi culpa he admitido,
¿la absolución podré esperar de mi amo?».

El califa lo perdonó y dio instrucciones de que llevasen a la esclava a palacio. Cuando esta hubo llegado, le asignó una habitación para ella sola y una persona a su servicio, y le dijo: «Sabe que he nombrado a tu señor virrey de Basora; cuando, Dios mediante, le enviemos obsequios, irás tú también con él».

Lo anterior, por lo que respecta a quienes en Bagdad quedaron. En cuanto a Nureddín Ali hijo de Alfadl, sépase que viajó sin descanso hasta que llegó a Basora, y, una vez allí, se encaminó derecho al palacio del virrey. Desde la puerta dio una gran voz y, como lo oyese el virrey, lo mandó traer a su presencia. Entró Nureddín, besó el suelo a sus pies, sacó el documento y se lo entregó. Al reconocer el virrey la letra del Comendador de los Fieles, se puso en pie, besó tres veces el mensaje y dijo: «¡A las órdenes siempre de Dios, ensalzado sea, y de nuestro califa!». Hizo entonces que comparecieran los cuatro jueces y los comendadores con la intención de abandonar su potestad. Cuando el ministro Almuñ hijo Sawi hizo acto de presencia, recibió del virrey el escrito del califa. El ministro, después de leerlo, lo partió en dos, se lo metió en la boca, lo masticó y lo escupió. El virrey le dijo enfadado: «¡Ay de ti! ¿A qué viene eso?». El ministro respondió: «Este no ha estado ni con el califa ni con su ministro, sino que es un astuto apéndice de Satán. Habrá caído en sus manos algún documento escrito por el califa y él ha redactado lo que le ha venido en gana imitando su letra. ¿Cómo vais a renunciar a vuestro cargo, si el califa no os ha enviado a un emisario con su honorable autógrafo? Si esto fuera cierto, ¿no os habría enviado a un ministro o chambelán con sus órdenes? En lugar de eso, aquí tenéis a este miserable, que se presenta solo ante vos». «¿Qué hemos de hacer, pues?», preguntó el virrey. «Dejad en mis manos a este joven —dijo el ministro—, que ya me encargaré yo de hacerlo llegar al chambelán de Bagdad. Si lo que dice es cierto, vendrá sin duda de nuevo provisto de un nombramiento oficial. Si, por el contrario, ha querido engañaros, nos lo enviarán de nuevo con el chambelán y yo le haré pagar sus excesos».

Cuando las palabras del ministro se hubieron apoderado de la mente del virrey, dio este una orden a sus guardias, quienes golpearon a Nureddín hasta dejarlo sin sentido en el suelo. Luego ordenó que le pusieran grilletes en los pies y dio una voz para que acudiera el carcelero. Compareció el hombre, cuyo nombre era Qatit, y el virrey le ordenó: «Llévate a este y métele

en una mazmorra y no pares de castigarlo ni de día ni de noche». «Como vos mandéis», fue la respuesta del carcelero; se llevó a Nureddín, y lo encerró bajo llave. Mandó luego Qatit que barrieran un poyo detrás de la puerta, que lo cubrieran con una alfombra y almohadones, y allí alojó a Nureddín, a quien desató las manos y dispensó el mejor de los tratos. El ministro renovaba cada día su orden de que el joven recibiese una ración de golpes de manos del carcelero, y este fingía cumplir con lo mandado, mientras que, en realidad, lo colmaba de atenciones. Y así pasó Nureddín cuarenta días, transcurridos los cuales llegaron valiosos regalos del califa. Los vio el virrey, a quien gustaron mucho, y consultó con su ministro: «¿No crees que el destinatario de estos regalos es el nuevo virrey?», a lo que el ministro Almuñ hijo de Sawi, contestó: «Tendríamos que haberlo matado el mismo día en que llegó». «Ya lo había yo pensado –dijo el virrey–. Baja y que le corten el cuello». «Lo que vos digáis», repuso el ministro, y añadió: «Mi deseo es hacer pregonar por toda la ciudad que quien desee ver cómo se le corta el cuello a Nureddín Ali hijo de Alfadl podrá hacerlo si se acerca a palacio. Espero que acuda toda la ciudad para que mi corazón se cure y sufran los envidiosos». El virrey accedió: «Haz lo que te parezca».

Bajó, pues, el ministro, más que satisfecho, y encargó al prefecto que se pregonara por toda la ciudad lo que acababa de decirle al virrey. Cuando los habitantes de Basora oyeron al pregonero, se apenaron todos, y lloraron los niños en las escuelas y los tenderos en sus tiendas. Comenzaron las disputas entre algunos por hacerse con un buen sitio desde donde contemplar la ejecución, en tanto que otros fueron a la prisión para acompañar al condenado. El ministro bajó también a la mazmorra escoltado por diez servidores. Qatit el carcelero le preguntó: «¿Qué desea mi señor el ministro?». «Tráeme a ese apéndice de Satán». «Está –dijo el carcelero– en pésimo estado por los muchos golpes que de mí ha recibido». Entró en la prisión y se encontró a Nureddín recitando:

«¿Quién podrá socorrerme en mi congoja?
Para mi enfermedad no hallo el remedio,
y hasta los míos contra mí se tornan.
¡La soledad me arrebató el aliento!

De mi suerte ¿no hay nadie que se duela,
que atienda conmovido a mi llamada?
La idea de morir ya no me pesa:
de ser feliz perdí toda esperanza.

Por el Guía, el Herald, el Elegido,
de cuantos interceden el mejor⁹⁶,
Os solicito compasión, Dios mío,
que me aliviéis y concedáis perdón».

Le ayudó entonces el carcelero a quitarse la ropa limpia, le puso solo dos prendas infectas y se lo entregó al ministro. Nureddín lo miró y entendió que el otro seguía siendo su enemigo y quería, por encima de todo, matarlo; y, echándose a llorar, le advirtió: «¿No teméis las consecuencias de vuestros actos? Recordad lo que dijo el poeta:

⁹⁶ La capacidad intercesora del profeta Mahoma, si bien se ha sustentado en la creencia islámica, tal como muestra este poema, parece entrar en contradicción con el Sagrado Corán, IX (El arrepentimiento), 80.

Insoportables fueron sus diversos caprichos,
pero a poco tardar quedará en el olvido».

Y añadió: «Sabad, ministro, que el Altísimo lleva a término cuanto desea». «¿Es que quieres –le preguntó el otro– asustarme? Antes de que acabe el día de hoy te habré cortado el cuello, mal que les pese a los habitantes de Basora, y, en lugar de atender a tus razones, recordaré lo que dijo el poeta:

Haga el Tiempo su faena,
y acepta la Providencia».

Y añadió: «También estuvo muy acertado el que dijo:

Un día después murió que su enemigo:
su gran anhelo vio por fin cumplido».

Dicho esto, mandó el ministro a sus mozos que montaran a Nureddín en un mulo. Los sirvientes, que no querían hacerlo, le propusieron al atribulado joven: «Dejad que apedreemos al ministro y lo hagamos pedazos, aunque en ello nos vaya la vida». «De ninguna manera», fue la respuesta de Nureddín. Bien dijo, sobre esto, el poeta:

El final de mi vida está ya escrito
y no hay manera de cambiar el día.
Ni el selvático león me mataría
si no ha expirado el plazo concedido».

Y comenzaron a pregonar a Nureddín Ali: «Este castigo, como poco, merece quien falsifica una carta del califa al virrey». Recorrieron Basora entera hasta que lo pararon en el sumidero de la sangre, que habían instalado bajo la ventana del palacio. El verdugo se le acercó y le dijo: «Soy solo un siervo que recibe órdenes; si tenéis alguna necesidad, decídmelo ya para que pueda servirlos, pues vuestra vida llegará a su fin en el momento en que el virrey asome la cabeza por la ventana». El joven miró a uno y otro lado y recitó:

«¿No hay nadie que de mí se compadezca?
Por Dios os lo suplico, respondedme.
Mi vida se termina, llega el fin...;
que alguien me ayude y Dios se lo compense;
alguien que, dándome unas gotas de agua,
el ardor del tormento me modere».

La gente se echó a llorar. El verdugo fue a tomar un poco de agua para tendérsela, pero el ministro se levantó de donde estaba, tiró de un manotazo la vasija, que se hizo añicos, y le dio al verdugo la orden de que le cortara el cuello al condenado. Los basorios comenzaron entonces a darle gritos al ministro y a formar un gran alboroto. Y en esas estaban cuando pudieron todos ver cómo el aire se llenaba de una gran polvareda. Cuando el virrey, que estaba sentado en el interior del palacio, se dio cuenta, dijo a sus servidores: «Averiguad de qué se trata». «Antes habrá que cortar a este el cuello», dijo el ministro, pero el virrey insistió: «Esperaremos hasta ver qué pasa». La polvareda la levantaban Yáfar el Barmekí, ministro del califa, y quienes lo acompañaban, y el motivo de que viniesen era que el califa había estado treinta días sin acordarse

de Nureddín Ali hijo de Alfadl, y sin que nadie le mencionara su nombre, hasta la noche en que se acercó al aposento de Buena Compañía y la oyó llorar mientras recitaba con su delicada voz:

«Vuestra imagen mi mente no abandona
ni se va vuestro nombre de mi boca».

El califa abrió la puerta, entró en el aposento y halló a Buena Compañía deshecha en llanto. Cuando la joven vio al Comendador de los Fieles, se arrojó a sus pies y se los besó tres veces, antes de recitar:

«Nacido en noble cuna y buena hora,
cepa ya de la casta más honrosa:
no olvidéis –os suplico– la promesa
con que adornasteis vuestras muchas prendas».

El califa le preguntó: «¿Quién eres tú?». «Soy –dijo Buena Compañía– el regalo que os hizo Nureddín Ali hijo de Alfadl, y mucho desearía que el califa cumpliera su promesa de enviarme a él junto con los agasajos de honor. Hace ya, mi señor, treinta días que ni degusto el sueño». Hizo entonces el califa comparecer a Yáafar el Barmekí y le dijo: «Nada he oído, desde hace treinta días, de Nureddín Ali hijo de Alfadl, y temo que el antiguo virrey lo haya matado. Pero, por la vida de mi cabeza y el mausoleo de mis antepasados, que si le ha ocurrido algo malo, acabaré con el culpable, aunque sea persona muy cercana a mí. Quiero, pues, que partas de inmediato a Basora para traerme noticias del depuesto virrey Muhámmad hijo de Su-leimán, y de Nureddín Ali hijo de Alfadl». Partió Yáafar el Barmekí de inmediato, y, al llegar a Basora y encontrarse con aquel tumulto y batahola, preguntó: «¿Qué es toda esta bulla?». Quienes por allí había le contaron lo que estaba ocurriéndole a Nureddín Ali hijo de Alfadl. Así que lo hubo oído, se dirigió Yáafar a toda prisa adonde el virrey. Saludó a este y le comunicó que, si a Nureddín Ali le había ocurrido algo malo, el califa se lo haría pagar con su vida al responsable. Ordenó luego Yáafar que recluyeran al virrey y al ministro Almuín hijo de Sawi, y liberaran a Nureddín Ali hijo de Alfadl hijo de Jaqán, a quien sentó en el solio del poder en lugar de Muhámmad el Zainí.

Tres días permaneció en Basora Yáafar el Barmekí, disfrutando de la hospitalidad del nuevo virrey, y, al amanecer del cuarto, dijo a este: «Echo de menos al Comendador de los Fieles». Fue luego adonde Muhámmad el Zainí, el depuesto virrey, y le dijo: «Preparaos para el viaje, pues, en cuanto hayamos cumplido con la oración, tomaremos el camino de Bagdad». «Como mandéis», fue la respuesta del otro. Cumplieron, pues, con la oración de la mañana todos ellos, acompañados del también depuesto ministro Almuín hijo de Sawi, quien ya se lamentaba, para sus adentros, de sus tropelías. Nureddín Ali puso su montura junto a la de Yáafar y emprendieron la marcha rumbo a la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad. Se presentaron ante el califa y, una vez que le hubieron contado lo sucedido, el Comendador de los Fieles fue hacia Nureddín Ali y le dijo: «Toma esta espada y córtale con ella el cuello a tu enemigo». El joven recibió la espada y se acercó a Almuín hijo de Sawi, quien dijo: «Yo he actuado según mi naturaleza; actúa tú según la tuya». Nureddín entonces dejó caer la espada y le dijo al califa: «Sus palabras me han hecho efecto, mi señor». Y recitó:

«Lo confundió la argucia sin que se diese cuenta:
palabras lisonjeras a todo el mundo afectan».

El califa repuso: «Déjalo tú», y, dirigiéndose a su siervo y verdugo: «¡Masrur, córtale el cuello ahora mismo!». Y así lo hizo Masrur, quien acabó de un tajo con la vida de Almuñ hijo de Sawi. El califa dijo luego a Nureddín Ali: «Pídeme un deseo». «Mi señor –respondió Nureddín–, ninguna falta me hace a mí gobernar Basora; lo único que quiero es ver el rostro del Comendador de los Fieles». «De mil amores te mantendré a mi lado», dijo el califa, quien llamó a la esclava, y, así que los tuvo a ambos ante sí, les concedió mercedes, les regaló un palacio en Bagdad, les asignó una renta y pasó a contar a Nureddín entre sus comensales y contertulios. Y este, el hijo de Alfadl hijo de Jaqán, permaneció a su lado hasta que la Muerte lo alcanzó.

–Pero la anterior –añadió enseguida Shahrazad– no es, dónde va a parar, tan amena y sugestiva como la historia del mercader y sus hijos.

–¿Y qué fue lo que les pasó? –preguntó Shahriar.

–TENGO NOTICIA, BIENAVENTURADO REY⁹⁷, de que hace mucho tiempo, en época pretérita, hubo un rico mercader que tenía un hijo que, sobre ser hermoso como el plenilunio en la noche de su máximo esplendor, estaba dotado del más elocuente verbo. Se llamaba Gánim hijo de Job y era conocido con el sobrenombre de Loco de Amor⁹⁸. Tenía este Gánim una hermana de nombre Gracia⁹⁹, a causa de su extremada belleza. Murió el padre y les dejó a ambos considerables bienes en herencia.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 37**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el rico mercader les dejó a los dos hermanos bienes considerables, incluidos cien fardos de la más fina seda y brocado, y buena cantidad de vejigas de almizcle, todo lo cual llevaba la indicación: «Para Bagdad», pues hacia allá había tenido intención de viajar el difunto. Pasado que hubo un tiempo de su fallecimiento, Gánim, el hijo, emprendió, pues, viaje a la Casa de la Paz, la ilustre Bagdad. Eran los tiempos del califa Harún Arrashid. De modo que el joven se despidió de su madre, demás familiares y conocidos, y partió con un grupo de mercaderes, encomendándose a Dios. Y quiso el Altísimo que llegase a su destino sin mayor contratiempo. Ya en Bagdad alquiló para su uso una vistosa casa, cubrió sus suelos de alfombras y almohadones y sus paredes de caros tapices. Descargó los bultos, metió en la cuadra a los mulos y camellos que traía, y se concedió un descanso. Después de recibir a varios mercaderes bagdadíes que acudieron a saludarlo, se echó al hombro una talega en la que llevaba hasta diez cortes de la tela que había traído, cada uno con su precio marcado, y fue a ver a los principales comerciantes de la plaza. Estos lo acogieron con respeto y gran cordialidad, y

⁹⁷ Comienza «Gánim hijo de Job y Pan de Corazones», o, alternativamente, «El mercader y sus hijos».

⁹⁸ Hay un intento deliberado de rima en el nombre y sobrenombres árabes: «Gánim hijo de Ayub, Almutáyan *almasláb*».

⁹⁹ En árabe, *Fitna*, literalmente «seducción».

lo acompañaron a la tienda del síndico. Todo salió a pedir de boca, pues vendió los diez cortes con una ganancia de dos dinares por uno. Muy contento con ello, siguió Gánim vendiendo poco a poco su género. Y así estuvo por espacio de un año.

Al comienzo del siguiente acudió un día al mercado de las telas y se encontró con la puerta cerrada. Preguntó y le dijeron: «Ha muerto uno de los mercaderes y se han ido todos al entierro. ¿No queréis uniros a ellos y ganaros la recompensa del Cielo?». «Por supuesto», repuso Gánim. Preguntó luego de dónde partía el cortejo y le dieron las señas. Realizadas las abluciones de rigor, caminó, junto a los demás tratantes, hasta que llegaron al oratorio, donde rezaron por el muerto. El cortejo, encabezado por los mercaderes, se puso de nuevo en marcha en dirección al cementerio, sin que Gánim se separara de ellos. Llegaron a las puertas del camposanto, ya extramuros, y desde allí fueron caminando lentamente hasta el lugar del enterramiento, donde los deudos del difunto habían plantado la tienda sobre la tumba y colocado velas y lámparas. Enterraron luego al finado y sobre su tumba vinieron a sentarse los recitadores del Corán, y, en torno a ellos, los mercaderes, entre quienes seguía Gánim, más llevado del respeto que de otra cosa. Acomodado entre todos los demás, se dijo en efecto: «No puedo marcharme yo solo, tendré que irme con los demás», pero el grupo continuó escuchando el Corán hasta después de atardecer. Les sirvieron la cena, seguida de dulces, y comieron hasta hartarse. Después de lavarse las manos, siguieron todos donde estaban. Gánim no podía dejar de pensar en su género, en el miedo que le daban los ladrones, y se dijo: «Soy forastero y se sabe que tengo bienes; si paso la noche fuera, vendrán a robármelo todo: el dinero y los fardos». De modo que, temiendo por lo suyo, se levantó y salió del duelo pretextando cierta ocupación inexcusable.

Echó a andar siguiendo las huellas que había dejado la comitiva, y llegó hasta una de las puertas de la ciudad, pero, como ya era medianoche, la halló cerrada. Nadie iba ni venía. Solo se oía el ladrar de los perros y algún que otro aullido de lobo. Se dijo: «¿No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios! ¡Vaya solución! El temer por mi dinero me ha traído hasta aquí y me encuentro con la ciudad cerrada. Ahora es por mi vida por lo que temo...». Se puso a buscar un lugar donde dormir hasta que se hiciera de día, y encontró un sepulcro encerrado entre cuatro muros, con una palmera y una puerta con dintel de piedra que estaba abierta. Y se introdujo en aquel lugar con la intención de dormir, pero, en lugar de sueño, lo que sintió fue estremecido miedo por hallarse solo entre tantas sepulturas. De manera que se levantó, abrió la puerta, miró hacia el camino y vio a lo lejos, donde debía de encontrarse la puerta de la ciudad, una luz que se aproximaba hacia donde él estaba. Muerto de miedo, cerró a toda prisa la puerta del recinto, se subió a la palmera y se ocultó en su copa. La luz seguía acercándose y no tardó en llegar hasta aquel lugar.

Al mirar con atención, distinguió Gánim a tres esclavos, dos de los cuales cargaban un arca, mientras que el tercero llevaba en las manos un hacha y una linterna. Muy cerca ya del sepulcro dijo uno de los que llevaban el arca: «¿Qué te parece, Bienhecho», a lo que el segundo de ambos contestó: «¿Qué me parece qué, Alcanfor?». «¿No hemos estado aquí a la hora de la cena y hemos dejado la puerta abierta?», preguntó el primero. «Sí, tienes razón», dijo Bienhecho. «Pues ahí la tienes ahora—señaló Alcanfor—, bien cerrada y asegurada». El tercero, el portador del hacha y de la luz, a quien llamaban el Suertes, les dijo: «¿Qué poco seso tenéis! ¿Es que no estáis hartos de ver que los campesinos salen de Bagdad y frecuentan este lugar, y luego, cuando anochece, se encierran ahí porque temen que otros negros, como nosotros, se apoderen de ellos y se los coman?». «Dices verdad —respondieron los otros dos—, pero no por eso tenemos menos seso que

tú». «No me creeréis –dijo el Suertes– hasta que entremos en el sepulcro y nos encontremos con alguien. Pero lo más seguro es que quien sea se haya asustado al ver la luz y se haya subido a la palmera». Al oír estas palabras del esclavo se dijo Gánim: «¡Mira qué es listo el esclavo! ¡Mal hayan los negros! ¡Qué perversos y viles son!¹⁰⁰», y poco después: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! ¿Cómo voy a salir de este atolladero?». Los esclavos que llevaban el arca dijeron al del hacha: «Salta la valla, Suertes, que estamos agotados de cargar con esta arca. Cuando nos abras la puerta, te agarramos a uno de los que haya dentro y te lo freímos, ¡palabra! Ya verás: ni una sola gota de su grasa se perderá». El del hacha contestó: «Tengo miedo de algo que he recordado por mis pocas luces. ¿Por qué no arrojamus el arca, ya que es nuestro tesoro, por encima de la puerta?». «Si la tiramos –contestaron los otros dos–, se romperá». El Suertes dijo: «Lo que temo es que dentro del mausoleo haya una partida de ladrones, de los que matan a la gente para quitárselo todo. ¿No habéis oído que al caer la tarde se encierran en sitios como este para repartir el botín?». Los del arca exclamaron: «¡Pues sí que estás falto de entenderas! ¡Cómo va a haberse metido ahí una partida de ladrones!».

Volvieron a cargar con el arca, escalaron el muro, ganaron el interior del mausoleo y abrieron la puerta, mientras el tercer esclavo, o sea, el Suertes, los esperaba al otro lado, con la luz y la hoz, en la que había restos de yeso. Una vez dentro, volvieron a cerrar la puerta, se sentaron y uno de ellos dijo: «Exhaustos estamos, hermanos, de tanto caminar, de tanto cargar y descargar, de tanto abrir y cerrar puertas. Ya es medianoche y nos faltan las fuerzas para abrir la tumba y enterrar el arca. Quedémonos aquí sentados, descansando, las horas que tengamos por delante, y, cuando llegue el momento, nos levantaremos para hacer nuestra tarea. Pero que cada uno cuente a qué se debió que lo castrasen, con cuanto le haya ocurrido, de principio a fin, y ello nos ayudará a pasar la noche».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 38**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que los tres esclavos acordaron: «Que cada uno de nosotros cuente su historia».

Tomó entonces la palabra el primero de ellos, Bienhecho: «Voy a contaros mi historia». «Te escuchamos», dijeron los otros dos. Y él comenzó su relato:

SABED, HERMANOS¹⁰¹, que cuando yo era un crío, a mis cinco años de edad, me sacó de mi país un negrero que me vendió a un soldado. Tenía este una hija de tres años y con ella crecí. Mucho se reían conmigo cuando le hacía yo gracias a la niña, cuando le cantaba y le bailaba. Pasó el tiempo, cumplí yo los doce años y la niña, diez, sin que me apartasen de su lado. Cierta día entré donde la niña, que estaba en un rincón apartado, seguramente después de haber salido de los baños que en la casa había, puesprendía los aromas del perfume y el sahumero, y tenía el

¹⁰⁰ Esta es una de las emergencias más explícitas de racismo en la obra, donde hay otras, como el empleo de nombres humorísticos para nombrar a personas de raza negra, como se comprobará tanto en esta historia, donde los tres esclavos se llaman Bienhecho, Alcanfor y Suertes, como en otras.

¹⁰¹ Comienza la historia de «El primer esclavo».

rostro cual la luna en la catorcena noche del mes. Comenzamos a jugar a uno con la otra y la verga se me puso como una llave de las grandes. La niña me tiró al suelo, donde caí boca arriba, se me sentó encima y se frotó contra mí hasta que se me descubrió el miembro. Cuando ella me lo vio, hinchado a todo hinchar, me lo tomó con la mano y comenzó a restregárselo por los labios de la vulva, por encima de su ropa interior. Llevado de la excitación y la calentura, la abracé contra mi pecho mientras ella enlazaba sus manos alrededor de mi cuello y se apretaba contra mí con todas sus fuerzas. Sin que yo me diese cuenta, saltó mi miembro por encima de su ropa, entró en su vulva y le rompió el himen. Cuando vi lo que había ocurrido, salí huyendo y me refugié donde unos conocidos míos. Entró luego en la estancia la madre y, al ver lo que había pasado, perdió el sentido; pero supo tomar las riendas del asunto, pues le ocultó los hechos a su marido y esperó dos meses. A todo esto, seguían ella y la niña llamándome y haciéndome toda clase de lisonjas para recuperarme, y todo, sin decirle nada al padre de la niña, por el mucho cariño que me tenían. Pasado que hubo un tiempo, la madre prometió a mi amiga con el joven barbero que servía al padre. Fue la propia madre quien la dotó y preparó a la niña para la boda, siempre sin que el soldado, mi amo, tuviese noticia de nada. Mientras se afanaban en los preparativos de la boda, me pillaron un día por sorpresa y me castraron, para que, una vez que la muchacha pasase a vivir con su marido, fuese yo el eunuco que a todos sitios la acompañara. Y así fue en efecto: yo iba delante de ella a todas partes, ya a los baños ya a casa de su padre. Y nadie llegó a enterarse de nada porque la noche de bodas degollaron a una tórtola sobre la camisa de la muchacha. Permanecí a su lado, disfrutando de su belleza y sus encantos en la medida en que me fue posible, pues nunca dejé de besarla y abrazarla. Murieron luego su marido, su padre y su madre. Se hizo cargo de mí entonces el Tesoro público, llegué a este lugar y me convertí en vuestro compañero. Tal fue, pues, la causa de que perdiese mis atributos. Nada más tengo que añadir.

Tomó luego la palabra el segundo esclavo, Alcanfor, quien dijo:

SABED, HERMANOS¹⁰², que era yo un garzón de solo ocho años, pero ya me las arreglaba para echarles a los negreros un embuste al año, con la intención de que acabaran enfrentándose entre sí. Harto de aquello, me confió mi dueño a un corredor para que me pusiera ya en venta. «Aunque —decía el hombre—, ¿quién va a comprar a este esclavo, con el defecto que tiene?». «¿Y qué defecto tiene?», le preguntaban. «Pues que cada año —dijo él— echa un embuste». Con todo, un mercader se acercó al corredor y le preguntó: «¿Cuánto cuesta este esclavo defectuoso?». «Seiscientos dirhams». «Ahí van, más veinte para vos». Cobró el corredor su corretaje y me envió a casa del mercader. Este me dio la ropa que me correspondía, y con él permanecí hasta que comenzó el año nuevo, y empezó bien, y bien siguió, pues fue año de bendiciones y fértil en frutos del campo. Tenían aquellos mercaderes la costumbre de reunirse para comer, y cada vez era uno el que convidaba. Le llegó así el turno a mi amo, quien invitó a los demás a comer en un huerto de la localidad, al que acudieron todos y adonde llevó la comida y cuanto podía ser menester. Se sentaron juntos, comieron, bebieron y disfrutaron de la sobremesa hasta el mediodía. Mi amo entonces echó de menos algo que había dejado en casa y me dijo: «Esclavo, móntate en la mula, ve a casa, dile a mi esposa que te lo dé y vuelve enseguida». Le obedecí y salí hacia la casa, y, cuando ya estaba cerca, me puse a gritar. Todos los vecinos, grandes y pequeños, salieron a ver qué pasaba, y mi ama y sus hijas, que también me habían oído, abrieron la puerta y me preguntaron a qué venía tanto al-

¹⁰² Comienza la historia de «El segundo esclavo».

boroto. Contesté: «Estaba mi amo sentado junto a un muro viejo, con sus compañeros, y se les ha caído encima. Al ver lo ocurrido he montado en la mula y he venido a avisaros». Cuando la mujer e hijos todos de mi amo oyeron mis palabras, comenzaron a gritar y a darse bofetadas, mientras acudían los vecinos. Mi ama la emprendió con los enseres de la casa, que amontonó unos encima de otros, vació las repisas, rompió los platos y las ventanas, y cubrió las paredes de barro y tinte añil, mientras me decía: «¿Pero bueno, Alcanfor! ¿Es que no me vas a ayudar a dismantelar las alacenas, a romper toda la vajilla y la porcelana?». De modo que me uní a ella y la ayudé, primero a vaciar repisas y armarios, y luego a destrozar cuanto en ellos había. Recorrí después la casa entera, hasta las azoteas, destrozando cuanto al paso me salía y sin parar de lamentarme: «¡Ay de mi amo!, ¡ay de mi amo!». Salí luego el ama a la calle con la cara descubierta, pero tocada, seguida de sus hijas e hijos, que me dijeron: «Ve tú delante, Alcanfor, y muéstranos el lugar donde está tu amo muerto y bajo los escombros, para que podamos sacarlo, meterlo en un ataúd, traerlo a casa y celebrar las exequias». Y así hice yo. Eché a andar gritando: «¡Ay, mi amo!», delante de todos los miembros de la familia, que iban con las cabezas y las caras al aire y también gritando: «¡Qué desgracia la nuestra, qué calamidad!». A nuestro paso se nos iban uniendo cuantos nos veían, hombres, mujeres, ancianos, niños y niñas, que avanzaron entre sollozos y bofetadas. Llegamos así hasta la ciudad, donde las gentes nos preguntaron qué había ocurrido. Ellos les repitieron mi historia y todos exclamaron: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Vamos a ver al gobernador para contárselo». Y al gobernador fueron.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 39**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Alcanfor, el segundo de los esclavos negros, siguió relatando su historia:

Fueron todos a la residencia del gobernador y le dieron la noticia. Este montó en su cabalgadura, reunió a un grupo de hombres provistos de palas y espuelas, y se unieron todos al nutrido cortejo que yo encabezaba llorando, gritando, echándome tierra en la cabeza y abofeteándome la cara. Cuando por fin entré en el huerto y me vio mi amo, me preguntó con el rostro demudado, por el sobresalto: «¿Qué es, Alcanfor?, ¿por qué vienes así?, ¿qué es lo que ha pasado?». «¿No me enviasteis —dije yo— a casa para que os trajese lo que os hacía falta? Pues he ido y, nada más entrar, he visto que la pared de la sala se ha hundido toda sobre el ama y vuestros hijos». Mi amo preguntó: «¿Y tu señora, la abuela, se ha salvado?». «Nadie se ha salvado —repuse—, y la primera que ha muerto ha sido la señora». «¿Y mi hija pequeña?». «No, tampoco». «Y la mula que suelo montar, ¿está bien?». «No, amo, las paredes de la casa y las del establo han sepultado a cuantos en la casa estaban, incluidas las ovejas, las cabras y las gallinas, y ahora son todos un amasijo de carne bajo los escombros, de modo que no ha quedado ser vivo alguno». «¿Y tampoco tu señor, el abuelo?». «No, os digo que nadie se ha salvado. La casa es un montón de ruinas, todos sus habitantes se cuentan ya entre los bienaventurados, y de los restos de ovejas, cabras y gallinas están dando buena cuenta los gatos y los perros». Cuando mi amo oyó mis palabras, las luces se le volvieron sombras; perdió el dominio de sí y, como le fuera imposible levantarse, se quedó

donde estaba, con la espalda corva como un lisiado. Se rasgó la ropa, se arrancó a puñados pelos de la barba, se abofetecó la cara y tiró al suelo su turbante. Con tal ímpetu la emprendió consigo mismo que la sangre comenzó a chorrearle por la cara, mientras gritaba: «¡Ay de mis niños!, ¡ay de mi mujer!, ¡qué calamidad! ¿Quién ha pasado por lo que yo estoy pasando?». Sus compañeros, los mercaderes, su unieron a sus gritos, lloraron con él y, doliéndose de su desgracia, se rasgaron también las vestiduras. Salió luego mi amo del huerto, como embriagado, y redoblando la intensidad de las bofetadas que a sí mismo se propinaba. Detrás de él venían sus amigos, los mercaderes, quienes vieron enseguida la gran polvareda y el griterío que venían formando los que llegaban también lamentándose, o sea, el gobernador con los suyos, la muchedumbre de curiosos que se les había unido, por ver en qué quedaba todo aquello, y, desde luego, la familia y vecinos de mi amo, que venían desgañitándose y deshechos en el más doloroso llanto.

Y no tardó mi amo en distinguir entre el gentío a su esposa y a sus hijos. Al verlos, se echó a reír, pasmado por la sorpresa y les preguntó: «¿Cómo estáis?, ¿qué os ha pasado?, ¿y la casa?». Ellos, al mismo tiempo, exclamaron: «¡Gracias a Dios que estáis bueno!» y se abalanzaron sobre él. Los niños de corta edad se le colgaron del cuello: «¡Padre querido! ¿Qué alegría que no os pasado nada!». Su mujer, mi ama, exclamó también: «¡Alabado sea Quien nos permite veros de nuevo sano y salvo!», y, sin salir de su asombro, preguntó, loca de contenta al ver de nuevo el rostro de su marido: «¿En qué ha quedado todo, cómo estáis vos y vuestros amigos?». «¿Y cómo —le preguntó él— estáis todos vosotros y la casa?». La mujer repuso: «¿Nosotros? Todos sanos y sin novedad, y la casa, pues como siempre... Lo único es que vuestro esclavo Alcanfor ha llegado con la cabeza descubierta, la ropa hecha trizas y dando grandes voces: “¡Ay, mi señor!”; y, al preguntarle: “¿Qué ha pasado, Alcanfor?”, nos ha dicho: “Estaba mi amo sentado junto a un muro, se le ha venido encima y ha muerto”. Mi amo les contestó: “Pues a mí acaba de decirme a grandes voces: “¡Ay de mi ama!, ¡ay de los hijos del amo!” y luego, al preguntarle yo, me ha dicho: “Mi señora y vuestros hijos han muerto todos”. Dicho lo cual miró mi amo a su alrededor y me vio no muy lejos, sin turbante, desgañitándose, llorando y echándose tierra en la cabeza. Me dio una voz, me acerqué a él y me gritó: “¡Ay de ti, esclavo maldito, hijo de la gran puta, me cago en tus muertos! ¿Qué fechoría es esa? Pero descuida, que voy a desollarte y arrancarte la carne de los huesos...». Yo le repliqué: «No podéis hacerme nada porque me comprasteis sabiendo cuál era mi defecto y con esa condición, y los que estaban presentes en el momento de la compra testificarán contra vos. ¿O es que no os dijeron que tengo costumbre de echar un embuste al año? Y mirad que lo de hoy ha sido solo media mentira, de modo que, antes de fin de año, puedo todavía soltar la otra media y así completar la que suelto cada año». Mi amo volvió a exclamar: «¡Maldito seas entre todos los esclavos! De modo que no ha sido más que media mentira... ¡y buena ha sido la calamidad que has provocado! Vete de mi lado, que te dejo libre». Pero yo le contesté al instante: «Vos podréis manumitirme, pero yo no me daré por manumitido hasta que no haya transcurrido el año entero y haya podido yo soltaros el medio embuste que me falta. Cuando eso ocurra, llevadme al mercado y vendedme por el mismo precio que os costé y con mi defecto, pero no me manumitéis porque no conozco oficio alguno con el que ganarme la vida. Y sabed que esto que acabo de explicaros es todo con arreglo a la ley y a los dictámenes de los juristas en materia de manumisión».

En esto llegó el tropel de curiosos, vecinos y vecinas, que venían con la intención de acompañar en el duelo, así como el gobernador y sus subordinados. A este se dirigieron entonces mi

amo y sus compañeros los mercaderes para consultarle sobre el asunto de la media mentira. Cuando los presentes supieron que todo era un engaño, sin apenas poder creérselo, me maldijeron e insultaron. Yo me quedé donde estaba, riéndome, y dije: «¿Qué va a hacerme mi amo si me compró a sabiendas de mi defecto?». Más tarde, al llegar mi amo a su casa, se encontró con el estropicio del que yo había sido en gran medida artífice, pues con mis propias manos había destrozado objetos que valían un dineral. Su esposa le dijo: «Alcanfor ha sido quien ha roto la vajilla y la porcelana». Mi amo se enfureció aún más: «¿En mi vida he visto mayor hijo de puta que este esclavo! Y aún dice que solo ha sido media mentira. ¿Qué habría causado una mentira entera suya? Una o dos ciudades sería capaz de arrasarlo...». Y, como su ira contra mí no se calmaba, me llevó al gobernador y recibí tal paliza que me desmayé. Luego, mientras yo seguía sin sentido, mandó llamar al barbero, que me emasculó y cauterizó. Cuando volví en mí y al darme cuenta de que estaba castrado, me dijo mi amo: «Lo mismo que tú me has abrasado el corazón mintiéndome sobre lo que yo más amo en este mundo, te lo he abrasado yo a ti dejándote sin lo que más te importa». Después me vendió, más caro de lo que le costé, por estar castrado. Y desde entonces no he parado de provocar calamidades allá adonde he ido a parar, según me han ido vendiendo, de señor en señor y de notable en notable, hasta que al final fui a dar con mis huesos en el palacio del Comendador de los Fieles, derrotado, debilitado y sin testículos.

Mucho se rieron del relato los otros dos esclavos, que al final exclamaron: «¡Eres más malo que un dolor! De familia te ha de venir... ¡Vaya embuste les echaste!». Luego le dijeron al tercer esclavo: «Cuéntanos tu historia». Y el tercero, el Suertes, dijo al punto: «LO QUE ESTE ACABA DE REFERIR¹⁰³ no va a ninguna parte, primos. Voy a revelarles la causa de mi castración. Y no diré que no fue merecida. Más me tendrían que haber hecho, pues no solo me follé a la mujer de mi amo, sino también a su hijo. Pero mi historia es larga y no es este el momento de contarla en detalle, pues el amanecer está cerca, y, como nos sorprenda la mañana en posesión de esta arca, quedaremos en evidencia y acabaremos perdiendo la vida. Salgamos de todo esto, y, cuando estemos en nuestro sitio, os contaré por qué me cortaron los cojones».

Trepó luego el muro, bajó y abrió la puerta. Entraron los otros dos, pusieron la vela en el suelo y comenzaron a cavar, en medio de cuatro tumbas, un hoyo del tamaño del arca. Alcanfor cavaba y Bienhecho se llevaba la tierra a espaldas. Cuando profundizaron hasta sus cinturas, depositaron el arca en el fondo del hoyo, la cubrieron de tierra y salieron del recinto. Cerraron la puerta y Gánim hijo de Job dejó de verlos. Luego, seguro ya de que se había quedado solo, sintió gran curiosidad por saber cuál sería el contenido del arca. Pero se quedó donde estaba, esperando con paciencia, hasta que percibió las primeras luces del día. Descendió entonces de la palmera y, valiéndose de sus manos, fue quitando la tierra hasta llegar al arca, que sacó del hoyo con mucho esfuerzo. Golpeó con una piedra la cerradura hasta romperla, la abrió, levantó la tapa y se encontró con una muchacha que habría sido narcotizada, pero respiraba con pesadez. Era muy hermosa y estaba cubierta de oro, joyas y pedrería, de tal valor que no habría podido comprarlas ni un virrey. Comprendió Gánim, al verla, que los tres esclavos se habrían confabulado contra ella. Con mucho cuidado sacó a la joven del arca y la tendió boca arriba en el suelo. La muchacha quedó expuesta a la brisa que corría, y el aire le fue llenando los pulmones; comenzó a estornudar, a sorber y a toser, y en una de aquellas acometidas escupió una pastilla de beleño, tal que, si un elefante la hubiese olisqueado, habría dormido dos noches seguidas. La joven abrió los

¹⁰³ Comienza la historia de «El tercer esclavo».

ojos, miró a uno y otro lado y dijo en árabe culto, y como quejándose de la asfixiante situación en que se había hallado: «¿Cómo es eso, viento?, ¿a quienes sufren sequía no traes lluvias y a los demás no alivias?». Luego se dirigió por su nombre a alguna de sus conocidas: «¿Dónde estás, querida Flores del Huerto?», y, como no obtuvo respuesta, miró hacia otro lado y siguió llamando: «¿Y tú, Alba? ¿Y tú, Árbol de Perlas? ¿Tampoco me responderás tú, Luz de la Senda? ¿Y tú, Lucero del Alba, guardarás silencio como ellas? Y vosotras, Solaz, Dulzura, Donosa, ¿también me dejaréis sin respuesta? Habladme, os lo ruego; mirad, amigas, que no estoy bien». Pero nadie respondió. Miró la joven a su alrededor y exclamó: «¡Pobre de mí! ¡Entre tumbas...! Vos, Señor, a Quien nada se oculta de lo que guardan los corazones, Quien premia y castiga en el Día de la resurrección, ¿me haréis saber quién me sacó de entre mis velos y cortinas para enterrarme entre cuatro tumbas?».

Y Gánim, que había asistido inmóvil y en silencio al despertar y primeras palabras de la joven, le dijo: «No os halláis entre los cortinajes de un palacio, pero tampoco en vuestra sepultura. Y aquí me tenéis a vuestra disposición: vuestro humilde servidor, Gánim hijo de Job. Ante vos me ha conducido el único Rey, Quien penetra en todo misterio, para que os salve de este aprieto y haga lo posible por cumplir vuestros deseos». La joven terminó de volver en sí y exclamó: «¡Hay un solo Dios, y Mahoma es Su enviado!». Se colocó luego las manos sobre el pecho y preguntó a Gánim en un susurro: «¿Sabéis, joven, a quien Dios guarde, quién me ha traído a este lugar? Ahora mismo acabo de recobrar la conciencia». Él contestó: «Lo que puedo deciros, señora, es que unos esclavos, tres eunucos negros, cargaron hasta aquí esa arca», y le contó lo ocurrido: cómo se le había hecho de noche cuando iba de camino a la ciudad, lo que le había permitido ser causa de que la joven no pereciese asfixiada. Y a continuación le pidió a la joven que le contase su historia. Ella exclamó: «¡Gracias al Altísimo que he venido a dar con alguien como vos! Voy a meterme en el arca; cerradla vos, hacedme el favor, y salid al camino, y cuando veáis a un arriero con sus mulas, contratadlo y llevadme en el arca a vuestra casa. Una vez allí y ya más tranquila, os contaré mi historia y sabréis de mi boca cuanto ha sucedido». Satisfecho con este arreglo, salió Gánim del recinto cuando ya brillaba el sol en el cielo y las gentes comenzaban con sus cotidianos afanes. Contrató los servicios de uno que pasó con una mula; entraron Gánim y el mulero en el enterramiento y cargaron sobre la bestia el arca, donde la muchacha había vuelto a meterse con la ayuda de su salvador, quien ya estaba rendido de amor por ella. Y tan contento que apenas podía creerse que todo aquello fuese verdad, pues la joven era una esclava que no valdría menos de diez mil dinares, por no hablar ya de las joyas y valiosas telas con que venía ataviada. No tardaron mucho en llegar a su casa, donde, una vez descargada el arca, la abrió de nuevo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 40**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Gánim hijo de Job llegó a su casa con el arca, que abrió enseguida para que saliera la joven. Esta miró a su alrededor y comprobó que se hallaba en un lugar agradable, cubierto de alfombras y tapices de alegres colores; vio asimismo telas dobladas y algunos fardos, por lo que dedujo que su anfitrión era un mercader acomodado. Se

descubrió después el rostro, miró al joven con atención, y tan agraciado le pareció que también ella cayó al punto enamorada. «¿Podéis traer –preguntó la joven– algo de comer para los dos?». «Con mucho gusto», dijo Gánim, quien se acercó al mercado, donde compró cordero asado y una fuente de dulces, así como frutos secos, velas, vino y los aromas que la ocasión requería. Volvió a casa y entró con las compras. Al verlo, la esclava se echó a reír, lo besó, lo abrazó y comenzó a prodigarle caricias, mientras el amor que él ya sentía por ella se iba adueñando de todo su corazón. Comieron luego y prolongaron la sobremesa casi hasta el atardecer, arrobados ambos por el amor, lo que no era de extrañar, pues tenían la misma edad y pareja hermosura. Cuando se hizo de noche, el Loco de Amor, Gánim hijo de Job, se levantó y encendió velas y candiles, y, con la sala bien iluminada, trajo el servicio del vino, hizo los preparativos del caso y se sentaron ambos muy juntos. El joven se encargaba de llenarle a ella la copa y la esclava, de escanciarle a él, mientras ambos jugueteaban, se refán y recitaban poemas. Su dicha fue intensificándose, a medida que iban prendándose el uno de la otra, ¡loado sea Quien los corazones concierta! Y así siguieron hasta poco antes del alba, cuando los venció el sueño, y cada uno de ellos se durmió donde estaba hasta bien entrada la mañana.

Se levantó entonces Gánim y se acercó al mercado, donde compró verduras, carne, bebida y otras cosas. Volvió a casa y se sentaron los dos a comer. Cuando hubieron saciado su apetito, trajo él de beber, y prolongaron la sobremesa entre copas y jugueteos, de modo que no tardaron mucho en enrojecérseles a ambos las sienes y en oscurecérselos los ojos, al tiempo que a Gánim se le hacían irresistibles los deseos de besar a su compañera y dormir con ella. «Señora –le dijo–, concededme un beso de vuestra boca, que me refresque un poco el ardor que en el pecho siento». «Tened –respondió ella– un poco de paciencia, Gánim, dejad que la embriaguez me haga ausentarme de mí misma y podáis así besarme sin que me dé cuenta». Dicho lo cual, se levantó la joven y se quitó la ropa, salvo una camisa ligera y un pañuelo. Gánim insistió: «¿Me concederéis ya lo que os he pedido?». «Lo siento, pero no os va ser posible, por lo que llevo escrito en el pasamano de mi ropa interior». Desconcertado quedó Gánim con la respuesta; pero, aún más ansioso de alcanzar lo que la pasión le reclamaba, recitó:

«Un beso para curarme
pedí a quien mi mal causó.
"No, ni hablar", fue su respuesta.
"Os lo ruego", insistí yo.
"Un beso no ha de ganarse
más que en buena lid de amor".
"¿Por la fuerza?", pregunté.
"Como premio y galardón".
Dormíos ahora tranquilos,
sin preguntar qué pasó;
de las dudas de terceros
se alimenta la pasión.
Y ya lo mismo me da
que lo divulgáis o no».

El deseo del joven se hacía cada vez más punzante, le ardía por dentro, y ella se le resistía diciéndole: «No habréis de llegaros a mí». Y así estuvieron un buen rato, compartiendo copas de vino y razones de amor. Gánim seguía hundiéndose en la agonía de su anhelo, y ella se mostraba

cada vez más firme en su rechazo. Cuando por fin cayó la noche, extendiendo sobre la joven el manto del sueño, se levantó Gánim y encendió las velas, que lo llenaron todo de cálida luz. Volvió al lado de la esclava y le besó los pies, que le supieron a mantequilla fresca. Restregó la cara sobre ellos y suplicó: «Tened piedad, señora, de este prisionero de vuestro amor, de la víctima mortal de vuestros ojos. Sano tenía yo el corazón hasta que os conocí...», y se echó a llorar quedamente. «Os juro, mi señor –repuso la joven–, por la luz de mis ojos, que yo también os amo y que confío en vos, pero os repito que no habréis de llegaros a mí». «¿Y qué lo impide?». «Esta misma noche os contaré mi historia y me entenderéis». Y siguieron jugueteando y riendo hasta que el amor los llevó a juntar sus cuerpos tanto como les fue posible. A partir de entonces comenzaron a dormir juntos, en el mismo lecho, pero siempre que él quería llegar hasta el final, ella se fortificaba. Un mes entero transcurrió de esta manera. Tan enamorados estaban que no podían resistir el impulso de juntarse que a ambos movía por igual. Y una noche, tendidos los dos muy juntos, y ambos bastante ebrios, alargó Gánim la mano y acarició el cuerpo de su amada. El joven dejó que su mano bajara hasta llegar al ombligo de la distinguida esclava, quien despertó en ese momento. Se incorporó ella, se tentó la ropa y, al comprobar que la seguía llevando anudada, volvió a dormirse. Él siguió acariciándola. Su mano llegó hasta el pasamano del calzón y, al tirar un poco, volvió ella a despertar e incorporarse. Como Gánim no retiraba la mano, ella le preguntó: «¿Qué queréis?». «Pasar la noche a vuestro lado y que nada nos neguemos el uno al otro». «Voy a contaros lo que me ha pasado, para que, al conocer mi secreto, veáis que debéis disculparme». «Contadme, os lo ruego».

Se levantó entonces ella el faldón de la camisa, tiró hacia arriba del pasamano del calzón y dijo: «Leed mi señor lo que al borde está escrito». Tomó Gánim el pasamano entre sus dedos y leyó la siguiente leyenda, trazada en caracteres de oro: «*Vuestra soy y mío sois vos, primo del Profeta*¹⁰⁴». Al leer aquellas palabras, retiró Gánim la mano y dijo: «Explicádmelo, os lo ruego». Ella comenzó su relato: «Sabed que pertenezco al círculo íntimo del Comendador de los Fieles, que soy su favorita y que me llaman Pan de Corazones¹⁰⁵. Me criaron y crecí en el palacio del califa, quien, al ver la belleza y hermosura que mi Señor me ha concedido, me tomó grandísimo afecto, me concedió un palacete para mi residencia, puso a mi servicio a diez esclavas y me regaló las joyas que habéis visto. Cierta día en que el califa estaba ausente, en uno de sus viajes, nuestra señora, *sitt* Zubeida, su esposa, fue en busca de una de las esclavas de mi servicio y le dijo: “Cuando tu ama, Pan de Corazones, esté dormida, ponle este comprimido de beleño en la

¹⁰⁴ Por «primo del Profeta» se entiende aquí descendiente del tío de este, Abhás hijo de Abdalmúttalib, epónimo de la dinastía abbasí, que estuvo al frente del califato hasta la caída de Bagdad, en 1258. De modo que la inscripción del pasamano indica que la joven es concubina del Comendador de los Fieles, en este caso Harún Arrashid.

¹⁰⁵ En árabe, *Qut Alqulub*, literalmente «alimento de los corazones», frase de indudables resonancias espirituales, pues tal es el título de una célebre obra de tendencia sufi (*Qut alqulub*), debida a las plumas de Abu Tálch el Mequí, jurista shafecí y destacado místico, que vivió en Bagdad en el siglo X d. C. El término *qalb*, esto es, literalmente, «corazón», se ha utilizado en referencia a la espiritualidad mística islámica. La referencia concreta es difícil de precisar, más aún si ha de hacerse a través de traducciones. Autores de espiritualidad islámica tan destacados como Algazel (en *Almáqsid alasná*, ed. Ahmad Qubhani, Beirut, Dar Alkutub Alilmia, s. d., pág. 60) hablan de *qulub* en contraste con *abdn*, esto es, «cuerpos»; de manera que parecería más adecuado traducir la expresión *qut alqulub*, no «alimento de los corazones», sino «alimento de las almas». Sin embargo, y dado que el texto original que subyace a la expresión deriva seguramente del Corán 26 (Los poetas), 88-9, y 37 (Los alineados), 84, donde se habla de la necesidad de presentarse ante Dios con un «corazón puro» (*qalb salim*), lo más conveniente será retener «corazones» en el nombre de la joven de la historia. Pero, por brevedad y eufonía, traduzco «Pan de Corazones» en lugar de «Alimento de los Corazones».

nariz o échaselo en la bebida. Yo sabré recompensártelo de modo que no te pesará". "De mil amores", contestó la esclava, quien recibió la pastilla de narcótico, muy contenta por la recompensa prometida y porque antes había servido a *sitt* Zubeida. Mi sirvienta se las arregló, pues, para administrarme la droga, y yo fui languideciendo hasta que caí redonda, como enviada a otro mundo. Y, a falta de mejor vía de escape, me metió en el arca, llamó a unos eunucos y sobornó tanto a estos, para que me sacasen del palacio, como a quienes guardaban las puertas para que los dejasen salir con su carga. Eso ocurrió la noche que vos pasasteis encaramado a la palmera. Ya sabéis cómo me dejaron y que vos me salvasteis de una muerte segura, antes de traerme a vuestra casa y colmarme de atenciones. Esta es mi historia, y lo que ignoro es lo que habrá hecho el califa en mi ausencia. Ya sabéis, pues, con quién os encontrasteis en aquel enterramiento. Os ruego que no divulguéis nada de todo esto».

Al oír estas palabras de Pan de Corazones y entender que se hallaba en compañía de la concubina del califa, Gánim dio un paso atrás por respeto a este; se sentó en un rincón apartado y se colmó a sí mismo de reproches. Pensó que había ido a prendarse de una mujer a quien nunca podría llegar a unirse, y fue tal su pena y frustración que no pudo contener las lágrimas. ¡Loado Quien llena de amor los corazones y a los más viles se lo niega! Y el Loco de Amor, Gánim hijo de Job, recitó:

«Nunca reposa el corazón herido
de quien, por mucho amar, perdió su tino.
"¿Qué es amar?", me pregunta un compañero.
"Morir -digo- del más dulce veneno"».

Pan de Corazones fue hacia él, lo estrechó entre sus brazos y, para que no le quedaran dudas del amor que le tenía, se colgó de su cuello y lo besó, mientras Gánim trataba de apartarla de sí por miedo al califa. Se sentaron luego a hablar un buen rato del mar de amores en que se hallaban sumergidos, y, cuando apuntó el nuevo día, se levantó Gánim, se vistió y salió, como tenía por costumbre, hacia el mercado, donde compró lo que le hacía falta. Volvió a casa y encontró llorando a Pan de Corazones, si bien la joven, al verlo, interrumpió su llanto y le sonrió: «¡Cuánto os he echado de menos, alma mía! Si la hora que habéis pasado fuera se me ha antojado un año entero, ¿cómo podría yo soportar que nos separásemos? Ahora que ya sabéis cuánto estoy sufriendo, haced ya lo que tanto deseáis». «¡No, Dios me asista! Eso es algo que nunca ocurrirá. ¿Cómo podría el perro sentarse en el sitio del león? Prohibido me está acercarme a lo que es de mi señor», y, diciendo esto, se apartó Gánim de ella y fue a sentarse a un rincón. Espoleada por su rechazo, la joven se sentó a su lado a jugarle con él. Bebieron juntos hasta emborracharse, y Pan de Corazones, que no deseaba otra cosa más que perder su honra con Gánim, entonó estos versos:

«¿Hasta cuándo ha de sufrir
vuestro desvío mi pecho?
Antílope, aunque os vayáis,
miradme una vez al menos.
¿Cómo podré yo aguantar
vuestro frío desapego?».

Gánim se echó a llorar, y ella lloró al verlo. Y siguieron bebiendo buena parte de la noche, hasta que el joven se levantó y preparó dos lechos separados. Pan de Corazones preguntó: «¿Para

quién es el segundo lecho?». «Este es para mí, y aquel para vos. Así dormiremos de esta noche en adelante, pues lo que es del señor le está vedado al siervo». «Dejémonos de eso, y que sea como esté decretado por los divinos Designios». Pero él no daba su brazo a torcer, lo que redoblaba la pasión de la joven, que trató de convencerlo: «¡Durmamos juntos!». «¡No lo permita Dios!». Pudo Gánim, pues, con ella y durmió solo hasta que apuntó el nuevo día. Pasó el tiempo, tres meses enteros, y Pan de Corazones amaba, según pasaban los días, más y más a Gánim, y más sufría, pues, cada vez que se acercaba al joven, este la rechazaba: «Las pertenencias del amo le están vedadas al siervo». Transida de sufrimiento, recitó la esclava un día:

«¿Cuánto más durará vuestro desvío?
 ¿Quién se empeña de vos en apartarme?
 El arte domináis de la elegancia:
 no conozco, que os fallen, cualidades.
 El descanso, por vos, dejó mis ojos
 y el flujo se me altera de la sangre.
 Rama de espino, sois la rama sola
 a la que no es preciso aproximarse,
 y el cervatillo que al arquero busca.
 Fruto y presa no existen que os escuden.
 ¿De estos nuestros amores, lo más raro?
 Que nueva no tengáis de mis pesares.
 Sentir no quiero celos de mí misma:
 no me dejéis, os ruego, estar delante.
 De que no tenga fin vuestro desvío
 no me oiréis, más que viva yo, quejarme».

Y la situación se prolongó aún durante una temporada, pues Gánim seguía teniendo miedo de acercarse a ella.

Lo anterior, por lo que a Gánim hijo de Job, el Loco de Amor, respecta. En cuanto a *sitt* Zubeida, la esposa del califa, sépase que, después de haber aprovechado la ausencia de este para librarse de Pan de Corazones, no sabía bien qué hacer: «¿Qué le diré al Comendador de los Fieles cuando vuelva y pregunte por ella? ¿Qué le contestaré?», se decía para sus adentros. Llamó, pues, a una anciana de su privanza, le contó su secreto y le preguntó: «¿Qué puedo hacer, ya que Pan de Corazones ha corrido tan extrema suerte por mi causa?». Haciéndose cargo de la situación, la anciana le dijo: «Dado, mi señora, que el Comendador de los Fieles no tardará en volver de su viaje, lo que podéis hacer es llamar a un carpintero y ordenarle que os talle en madera la efigie de un cadáver. Cuando la tengáis, le daréis sepultura y encenderéis las velas y candiles propios de un entierro. Ordenad luego que cuantos en palacio moran vistan el negro color del luto, y dad instrucciones a vuestras esclavas y lacayos de que, en cuanto tengan noticia de que el califa ha regresado, formen cortejos de dolientes por los pasillos. Cuando él entre y pregunte qué ha pasado, le dirán: “Ha muerto Pan de Corazones, Dios os recompense por tan gran pérdida. A nuestra señora, *sitt* Zubeida, le ha dolido tanto el deceso que la ha sepultado en sus propias dependencias”. Cuando él oiga estas palabras, se echará a llorar y todo el mundo vendrá a expresarle sus condolencias. Esa noche velarán los recitadores del Corán cumpliendo con su cometido. Puede que a nuestro señor el califa se le ocurra pensar: “Acaso mi prima Zubeida, movida por los celos, le haya ocasionado la muerte a Pan de Corazones”, o tal vez pueda con él la pasión y mande

que la saquen de su tumba. Si eso ocurriera, no os inquietéis, ni siquiera aunque lleguen a abrir el hoyo donde sepulten a la efigie y la saquen, pues habrán enterrado al simulacro envuelto en lujosas mortajas. Si, aun así, tuviera el Comendador de los Fieles el antojo de ver el cadáver de la joven por última vez, vos podéis impedirselo diciéndole, o haciendo que otra persona le diga: "Verle al cadáver las vergüenzas va contra la Ley de Dios". Él entonces aceptará la muerte de su concubina, mandará que vuelvan a darle sepultura a la efigie y os dará a vos las gracias por vuestros desvelos. Así podréis salir, Dios mediante, de este apuro».

A *sitt* Zubcida le parecieron muy en su punto las palabras de la anciana, a quien recompensó con una túnica de la que se desprendió, amén de entregarle una buena suma de dinero con el encargo de que pusiera el plan en ejecución de inmediato. La anciana, sin perder un instante, buscó a un carpintero para que le tallase la efigie, y, cuando la tuvo lista, se la llevó a *sitt* Zubeida. Esta mandó que amortajaran al simulacro, encendieran velas y candeliles y alfombraran el contorno de la que había de ser la sepultura del pedazo de madera. La distinguida dama vistió de luto y mandó a sus esclavas que hiciesen lo mismo. La noticia de la muerte de Pan de Corazones cundió por palacio. Pasado que hubieron unos días, regresó de su viaje el califa, quien no venía con otro pensamiento que el de reencontrarse con su querida concubina, Pan de Corazones. Pero no bien entró en palacio, y al ver que todos los mozos, fámulos y esclavas iban vestidos de negro, se le quedó helado el corazón. Se dirigió a las estancias de *sitt* Zubeida, a quien también halló de luto. Le preguntó el motivo, y, al decirle ella que Pan de Corazones había muerto, el califa cayó desvanecido. Cuando volvió en sí, preguntó dónde la habían enterrado. *Sitt* Zubeida le contestó: «Sepa el Comendador de los Fieles, que la prematura muerte de la joven me ha dolido tanto que decidí darle sepultura en mis dependencias». El califa, sin quitarse siquiera la ropa de viaje, fue a rendirle visita a Pan de Corazones. Vio que habían cubierto el suelo de alfombras y encendido velas y candeliles, y le dio las gracias a su esposa. Pero no sabía bien si creerse lo que ella le había contado o no. Al cabo pudieron con él las sospechas y dio orden de que abriesen el sepulcro y sacasen al cadáver. Ya iba a quitarle la mortaja para verlo cuando tuvo miedo de Dios, el Supremo. La anciana intervino: «Mejor será dejarla otra vez en su sitio». El califa hizo venir entonces a alfaques y recitadores, y se procedió a la lectura del Libro Sagrado sobre el sepulcro, al lado del cual se sentó él, y tanto lloró que acabó perdiendo el sentido. Un mes entero permaneció junto a la sepultura.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 41**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Comendador de los Fieles visitó a diario la sepultura durante un mes entero. Luego coincidió cierto día que, tras disolverse el consejo y, cuando se hubieron retirado los ministros a sus casas, el califa entró en el serrallo, con la intención de descansar un rato y se tendió, a ese efecto, con una esclava a su cabecera y otra a sus pies. Tras un sueño ligero despertó, abrió los ojos y oyó que la esclava que estaba sentada a su cabecera exclamaba: «¡Qué pena, Juncal!». «¿Pena por qué, Vara de Ben?», preguntó la otra. «Tan poco enterado está nuestro señor de lo ocurrido que se ha pasado un mes entero velando un sepulcro donde no hay

más que una madera tallada». «Lo que me gustaría saber es qué habrá sido de Pan de Corazones». «¿Cómo? ¿Es que no sabes que *sitt* Zubeida la drogó con beleño por mano de una esclava, y que, cuando la pobre perdió la conciencia, la metieron en un arca y mandó a Bienhecho y a Alcanfor que la dejaran en un cementerio?». «¿No querrás decir, Vara de Ben, que Pan de Corazones está muerta?». «¡No! ¡Dios preserve su juventud de la muerte! He oído a *sitt* Zubeida decir: "Pan de Corazones está con un joven mercader de Damasco que se llama Gánim hijo de Job". Cuatro meses lleva ya con él, y, mientras tanto, nuestro señor, llorando y velando una tumba en la que no hay muerto alguno...». Todo esto lo oyó el califa, el cual, enterado ahora del engaño y de que Pan de Corazones llevaba meses viviendo con el tal Gánim de Damasco, se levantó lleno de cólera e hizo comparecer a sus más altos dignatarios. Enseguida se presentó su ministro, Yáafar el Barneki, quien besó el suelo ante los pies del califa. Este le dijo, muy irritado: «Sal ahora mismo, Yáafar, con unos hombres, pregunta dónde vive un mercader damasceno, de nombre Gánim hijo de Job; entrad por la fuerza en su casa, prendedlo y traédme junto con mi concubina Pan de Corazones, a quien le haré pagar bien cara su infidelidad». «Ahora mismo», repuso Yáafar, quien se puso al punto en marcha, acompañado del corregidor y varios hombres armados.

No tardaron en dar con la casa de Gánim, quien acababa de regresar con una olla de carne. Y ya se disponían él y Pan de Corazones a dar buena cuenta de ella, cuando, al levantar la joven un instante la cabeza, se dio cuenta de que la casa la tenían rodeada, como ojo por ojera, el ministro y el corregidor junto con un nutrido grupo de guardias y siervos, todos con las espadas desnudas. En ese instante comprendió la joven que el califa, su señor, tenía ya noticia de su paradero y tuvo certeza de que Gánim y ella misma se hallaban a un paso de la muerte. Pálida y con las bellas facciones desencajadas, le dijo al joven: «Salvad vuestra vida, amado mío». «¿Cómo haré –preguntó él–, si todas mis propiedades y medios de sustento están en esta casa?». «Si os quedáis, dad por seguro que perderéis la vida y la hacienda». «Amor mío, luz de mis ojos, ¿cómo podré salir si tienen la casa rodeada?». «No temáis», lo tranquilizó la joven, quien le quitó a toda prisa la ropa que llevaba y le puso, en su lugar, unos andrajos que encontró; tomó la olla en que vino el guiso de carne y, después de darle al joven instrucciones de que se la colocara en la cabeza, se la llenó de mendrugos de pan y de una escudilla con comida. «Así podréis salir –le dijo–, y no os preocupéis por mí, que ya sabré yo arreglármelas con el califa». Y de esa guisa consiguió Gánim pasar entre quienes lo acechaban, librándose así de tan grave peligro, gracias a la bendición que suponía su pureza de intenciones. Desmontó luego Yáafar, entró en la casa y se encontró con Pan de Corazones, ya acicalada y de punta en blanco, después de haber llenado un arca de oro, alhajas, gemas y otros objetos valiosos. Al ver entrar a Yáafar, el ministro, se levantó Pan de Corazones, besó el suelo antes sus pies y le dijo: «Cúmplase, mi señor, la Sentencia de Dios», a lo que Yáafar repuso: «Nuestro señor el califa me ha encargado que prenda a Gánim hijo de Job». «Pues sabed –dijo la joven– que ha empaquetado sus mercancías y se ha marchado con ellas a Damasco; otra cosa no puedo deciros porque no sé nada más. Quiero rogaros que me guardéis esta arca y la hagáis llegar al palacio del Comendador de los Fieles». «Dalo por hecho», contestó Yáafar, quien mandó que condujesen, con el mayor de los respetos, a Pan de Corazones a la sede del califato, y cargasen el arca.

Echaron primero la casa abajo y luego se dirigieron a la residencia del califa, a quien Yáafar puso al corriente de todo. El Comendador de los Fieles recluyó a Pan de Corazones en una habitación oscura, con una anciana a su servicio, pues estaba convencido de que Gánim habría tenido

trato carnal con su concubina. Le escribió luego el califa al virrey Muḥammad hijo de Suleimán el Zainí, su lugarteniente y apoderado en Damasco, una breve nota en que le decía: «Tan pronto como recibas la presente, toma las medidas necesarias para que el mercader Gánim hijo de Job sea prendido y enviado a mí». Cuando el comendador Muḥammad el Zainí recibió la misiva del califa, la besó y se la colocó en la frente, y dio la orden de que se pregonara por los mercados: «Quien quiera unirse al asalto de la casa de Gánim hijo de Job, que lo haga». Numerosos hombres armados acudieron a la casa, donde encontraron a la madre y a la hermana de Gánim, quienes se habían mandado hacer una suerte de memorial por el ausente, junto al cual poder llorar. Las prendieron a ambas, saquearon su casa sin que las dos mujeres supiesen por qué, y las condujeron ante el virrey, que les preguntó por el paradero de Gánim hijo de Job. «Desde hace un año nada sabemos de él», respondieron ellas, por lo que las volvieron a llevar a su domicilio.

Lo anterior, por lo que hace a la madre y hermana de Gánim. En cuanto al joven mismo, sépase que, al verse privado de todos sus bienes y sin saber qué hacer, lloró por su propia suerte. Con el corazón partido se puso en marcha y no la detuvo hasta que cayó la tarde. Estaba ya desfallecido y con los pies maltrechos por la larga caminata, cuando llegó a cierto poblado. Entró en la mezquita, se sentó en una estera, apoyó la espalda en una pared y allí se quedó a pasar la noche. El corazón le palpitaba por el hambre, y la piel se le había llenado de los piojos que traían los malolientes andrajos. No parecía ser la misma persona. Cuando apuntó la mañana, acudieron a la oración del alba los habitantes de aquella aldea, que lo encontraron allí tirado y desfallecido por el hambre, aunque se advertía que había sido persona de vida regalada. Tan débil y aterido lo hallaron que lo cubrieron con una túnica vieja y con las mangas raídas, y le preguntaron: «¿De dónde venís, forastero y por qué estáis en tan pésimo estado?». Gánim abrió los ojos, los miró y, sin decir nada, se echó a llorar. Uno de ellos cayó entonces en la cuenta de que el desconocido debía de tener mucha hambre; de modo que le trajo un cuenco de miel y dos panes, que Gánim se comió enseguida. Se quedaron con él hasta que salió el sol y entonces se fueron todos, cada uno a lo suyo. Y así siguió, entre aquella gente, por espacio de un mes, a lo largo del cual pasó de la endeblez a la enfermedad. Compadecidos de él, los aldeanos se reunieron para ver qué podían hacer por él y acordaron enviarlo al hospital de Bagdad. Y tratándolo estaban cuando entraron al mismo lugar donde Gánim se hallaba dos mujeres que venían pidiendo y no eran otras que su madre y hermana. Sin reconocerlas, el atribulado joven les ofreció a las mendigas el pan que le habían dejado a él junto a la cabeza. Las dos transeúntes durmieron allí mismo. Al día siguiente llegaron los aldeanos con un camellero y le dieron instrucciones de que cargase a Gánim a lomos de su bestia: «Llévate a este enfermo a Bagdad y, cuando llegues al hospital, déjalo en la puerta, para que lo curen, y Dios te lo pagará». «Lo que digáis», dijo el camellero. Sacaron a Gánim hijo de Job, el Loco de Amor, de la mezquita sobre la misma estera en que estaba echado, profundamente dormido, y lo subieron al camello. Su madre y su hermana se unieron al grupo de quienes observaban el proceso, pero tampoco ahora lo reconocieron. Si bien, al mirarlo con mayor atención, se dijeron una a otra: «Se parece a nuestro Gánim, pero no puede ser».

Cuando el joven fue a despertar, ya iba a lomos del animal. Se lamentó y se quejó, mientras lo miraba la gente de la aldea, así como su madre y su hermana, quienes lloraron por él, aun creyéndolo un desconocido. Partieron ambas hacia Bagdad y no se detuvieron hasta llegar. Tampoco el camellero detuvo su marcha hasta el hospital, a cuya puerta se detuvo solo el tiempo preciso para cumplir con su encargo. Gánim quedó allí tendido hasta la mañana siguiente, cuan-

do las gentes que comenzaron a transitar por el lugar se lo quedaron mirando, impresionados, pues se había quedado tan flaco como un mondadientes. Se formó así, en torno a él, una muchedumbre de curiosos que no dejaron de contemplarlo hasta que llegó el síndico del mercado, quien apartó a los curiosos diciendo: «Voy a ganarme un lugar en el Paraíso ayudando a este infeliz, pues, como lo metan en el hospital, me lo matan en menos de un día». Ordenó, pues, a sus mozos que trasladasen al joven a su casa, donde le pusieron una estera y un almohadón nuevos: El síndico le dijo entonces a su esposa: «Tratadlo lo mejor que podáis». «De mil amores», dijo la mujer, quien se apresuró a calentarle agua con la que le lavó al desdichado joven las manos, los pies y el cuerpo, y le puso una túnica de una de sus esclavas. Le dio luego una copa de vino y lo roció con agua de rosas. El joven despertó en ese momento y, al acordarse de su amada, se renovó toda su aflicción.

Lo anterior, por lo que a Gánim respecta. En cuanto a Pan de Corazones, sépase que, a consecuencia de lo irritado que estaba con ella el califa...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya cafa **la noche 42**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Comendador de los Fieles se había irritado tanto con Pan de Corazones que la recluyó en una habitación oscura. Ochenta días llevaba la joven recluida cuando Harún Arrashid, el califa, acertó a pasar por la puerta. Y oyó la voz de su concubina, quien, tras concluir unos versos, exclamó: «¡Gánim, amor mío! ¡Cuán virtuoso eres y casto! Mucho bien le hicisteis a quien a vos tan mal os pagó, pues guardasteis la honra de quien a vos os humilló y preservasteis el harén de quien a vos y a vuestra familia persiguió. Pero ambos, vos y el Comendador de los Fieles, habréis sin remedio de comparecer ante el Juez supremo, el Justo de toda justicia, el día en que nos convoque a todas Sus criaturas al tribunal donde los ángeles actuarán como testigos». Cuando el califa oyó estas palabras, comprendió que había cometido una injusticia. Regresó, pues, a su residencia y mandó a uno de sus fámulos que fuese por la joven, quien ante su señor compareció con la cabeza gacha, los ojos húmedos y el corazón triste. «Sé, Pan de Corazones —le dijo el califa—, que te consideras maltratada por mí y me achacas el haber sido implacable con quien solo ha procurado mi bien. Dime, ¿quién es ese que ha guardado mi honra y a quien yo he humillado?, ¿quién el que ha preservado mi harén y a cuya familia he ultrajado yo?». Pan de Corazones repuso: «Gánim hijo de Job, quien no me mancilló por respeto al Comendador de los Fieles». Harún Arrashid exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios! Pídemelo que quieras, Pan de Corazones, que yo te lo concederé». «Lo que deseo —aseguró la joven— es estar con mi amado, Gánim hijo de Job». El califa dio la orden de que saliesen a buscarlo y lo trajesen a su presencia. Pan de Corazones preguntó: «¿Me lo concederá el Comendador de los Fieles como esposo, si es que lo encontraran?». «En cuanto lo tenga ante mí os lo concederé, y será el obsequio de un hombre de bien que no ha de volverse atrás», dijo el califa, y Pan de Corazones: «Permítame el Comendador de los Fieles que salga yo en su busca y acaso Dios tenga a bien el juntarnos de nuevo». «Hazlo así, si tal es tu deseo».

Muy contenta con la respuesta del califa, salió Pan de Corazones de palacio con una gran suma de monedas, y lo primero que hizo fue visitar a venerables hombres de religión, en manos de quienes dejó limosnas por el bien de Gánim. Al día siguiente se llegó al mercado de subastas, a cuyo maestro entregó asimismo una buena cantidad de plata: «Repartid de aquí limosna entre los forasteros», fue la instrucción que le dio. Transcurrida una semana acudió al mercado de orfebres y joyeros, donde preguntó por el decano, y le hizo entrega de mil dinares: «Repartid de aquí limosna entre los forasteros». El tal, que era el síndico del mercado, se la quedó mirando: «¿Queréis acercaros a mi casa para conocer a un joven forastero que tenemos recogido? Ya veréis qué bien parecido y discreto es». Se refería, desde luego, al Loco de Amor, Gánim hijo de Job, por más que el bondadoso mercader seguía sin conocer su identidad. Pensaba que se trataría de un pobre desgraciado que no podía hacer frente a sus deudas, o bien de un infeliz enamorado que había perdido a su ser querido. Aquellas palabras del síndico le resonaron en las entrañas a Pan de Corazones, quien, con el corazón en la garganta, le pidió al hombre: «Decidle a alguien que me acompañe a vuestra casa». El decano de los joyeros se lo encargó a un muchacho de corta edad que la llevó adonde paraba el forastero. Pan de Corazones le dio al niño las gracias, entró y saludó a la mujer del joyero. Esta se levantó y, como sabía quién era, besó el suelo ante los pies de la joven. Pan de Corazones le preguntó: «¿Dónde está el joven enfermo a quien tenéis recogido?», y se echó a llorar. «Aquí está, señora. Se nota que es de buena familia». Pan de Corazones miró hacia la estera donde Gánim estaba acostado, lo miró atentamente y le pareció que podía ser él, aunque había enflaquecido y cambiado tanto que no podía estar segura. Sintió, de todas maneras, lástima por él y, echándose a llorar, dijo: «Todos los forasteros son desgraciados, por más notables que en su tierra fuesen». Le preparó algo de beber y unos medicamentos al doliente, y se sentó a su lado un rato.

Subió luego a su montura, volvió a su residencia y siguió, en lo sucesivo, visitando todos los mercados para hallar noticia de Gánim. Pasados unos días, el decano de los joyeros llevó a la madre y a la hermana del Loco de Amor a ver a Pan de Corazones, a quien dijo: «Sabed, dama de bondades, que hoy mismo han llegado a nuestra ciudad una respetable dama y su hija. Se nota que son de buena familia y que han llevado una vida regalada; ahora, sin embargo, visten ropa de pelo, llevan morral al cuello, y tienen los ojos llorosos y el corazón triste. Os las he traído con la esperanza de que les deis vuestro cobijo y las preservéis de la mendicidad, pues son personas de calidad, que no deberían humillarse ante desalmados. Y, si Dios así lo quiere, entraremos vos y yo en el Paraíso por causa de ambas». Pan de Corazones repuso: «Ya habéis despertado, señor, mi afecto hacia ellas. ¿Dónde están?». Él les indicó que pasaran. La joven Gracia y su madre entraron, pues, donde Pan de Corazones, quien comprobó que tenían ambas muy buena presencia. Lloró de lástima por ellas y dijo: «Sin duda son personas favorecidas por la Providencia y en quienes son visibles los efectos de una vida acomodada». El decano de los joyeros y síndico del mercado observó: «A los pobres y menesterosos, señora, los amamos por el premio que recibiremos. Acaso a estas dos señoras les arrebataron lo que tenían y devastaron su casa». Las dos visitantes lloraron entonces con desolada amargura, y, al recordar a Gánim hijo de Job, el Loco de Amor, se hicieron más hondos sus lamentos. Pan de Corazones no tardó en unirse, muy conmovida, a su llanto. Tras reponerse un tanto, la madre exclamó: «¡Quiera Dios devolvernos al lado de mi hijo Gánim!», palabras por las que Pan de Corazones entendió hallarse ante la madre y hermana de su amado. Y la embargó tal emoción que se deshizo en lágrimas hasta perder el

sentido. Al volver en sí dijo a las dos visitantes: «No os preocupéis más. Este es el primer día de vuestra buena ventura, el último de vuestra desgracia».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 43**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Pan de Corazones les dijo a la madre e hija de su amado: «Podéis ya dejar de estar tristes». Dio luego instrucciones al joyero para que las llevara a su casa y encargase a su mujer que las acompañase a los baños, las vistiese con ropas adecuadas y no reparara en gastos para obsequiarlas. Con ese fin entregó al hombre una generosa suma de dinero. Al día siguiente subió Pan de Corazones en su montura y se dirigió a casa del joyero, donde la esposa de este la recibió poniéndose en pie, besándole las manos y alabando su misericordia. Vio entonces a la madre y hermana de Gánim, en quienes, después de haber visitado los baños y cambiarse de ropa, eran ya del todo manifiestas las señales que deja la vida regalada, y se sentó a departir con ellas. Luego le preguntó a la mujer del joyero por el doliente que tenfan recogido. «Sigue igual», respondió la dueña de la casa. «Vayamos a verlo», propuso Pan de Corazones. Se levantaron las cuatro, entraron donde Gánim y se sentaron junto a su lecho. Cuando Gánim hijo de Job, el Loco de Amor, que estaba flaco y demacrado, oyó el nombre de su amada, recobró de pronto las fuerzas, levantó la cabeza de la almohada y llamó: «¡Pan de Corazones!». Ella lo miró y, reconociéndolo, contestó: «Sí, amor mío». «Acercaos a mí», dijo él. «¿Es cierto que sois —preguntó Pan de Corazones— Gánim hijo de Job, el Loco de Amor?». «Sí, soy yo». Al oír esto, cayó Pan de Corazones desmayada. Cuando la madre y la hermana hubieron oído el diálogo, exclamaron: «¡No puede ser!» y también perdieron el sentido. Volvieron luego en sí, y Pan de Corazones dijo al doliente: «¡Alabado sea Dios por habernos juntado a todos!», Le contó cuanto había ocurrido con el califa, y concluyó: «Le aseguré que le había dicho la verdad, y, como él me creyó, quedó muy satisfecho de vuestro proceder y desea veros. Y no solo eso —añadió—, pues el propio califa me ha concedido a vos como esposas». Muy contento se puso Gánim al oír aquello. Pan de Corazones se dirigió ahora a todos los presentes: «No os mováis de aquí hasta que regrese», y, mientras lo decía, se levantó y salió hacia donde residía, de donde volvió enseguida trayendo el arca que se llevó de la casa de Gánim. Sacó una cantidad de monedas de oro y se las entregó al joyero: «Tomad este dinero y compradle a cada uno cuatro trajes completos de la mejor tela, así como veinte pañuelos y todo cuanto puedan precisar».

Llevó luego Pan de Corazones a las dos mujeres y a Gánim a la casa de baños, donde dio instrucciones para que los lavasen, y, después que se hubieron aseado y puesto ropa nueva, les hizo servir a todos caldo de carne, y jarabes de galanga y de manzana. Durante tres días siguió Pan de Corazones en casa del desprendido artesano, donde los alimentó de carne de pollo, nuevos caldos y refrescos de caramelo con especias. Al cuarto día recobraron los tres el ánimo y la vitalidad, y Pan de Corazones los acompañó de nuevo a los baños. Cuando salieron, dispuso que se cambiaran de ropa, los dejó en casa del joyero y síndico, y se marchó ella adonde el califa. Tras besar el suelo ante los pies de este, le hizo saber que ya había aparecido su señor, Gánim hijo de Job, el Loco de Amor, así como su madre y su hermana. El califa ordenó entonces a sus

lacayos: «¡Que me traigan a Gánim!», y el propio Yáafar el Barmekí se encargó de ir por él. Pan de Corazones se le adelantó y, según iba entrando donde Gánim, le dijo: «El califa os ha mandado llamar para que comparezcáis ante él; os recomiendo pureza de lengua, firmeza de corazón y razones cabales». Dicho esto, le puso una túnica suntuosa y le dio un puñado de monedas de oro: «Sed generoso con los sirvientes del califa cuando entréis». Mientras esto le decía la joven, llegó Yáafar, el ministro, a lomos de su mula. Gánim se levantó para recibirlo, le deseó larga vida y besó el suelo ante sus pies, pues aun ahora, cuando tenía a mano la copa de la gloria y lo guiaba su buena estrella, sabía mostrarse humilde. Y, en compañía de Yáafar, llegó Gánim a la sede del Comendador de los Fieles. Entró a la presencia de este y vio allí congregados a ministros, comandadores, chambelanes y lugartenientes, junto con otros principales del reino y personas de autoridad. Era Gánim elocuente de lengua, firme de ánimo, acertado en la expresión y refinado en sus maneras. Bajó al suelo la cabeza y luego, mirando al Comendador de los Fieles, recitó:

«Mí vida doy por tan ilustre rey,
dispensador rumboso de mercedes.
Ante vuestros regalos y fogones
aluviones e incendios palidecen.
Con vuestra posición, renombre y fasto
ni en sueños pudo el César osar verse.
En vuestro umbral refulgen las alhajas
de las coronas de potentes reyes,
que, por haber posado en vos los ojos,
con miedo bajan las altivas frentes.
Pero vos, liberal, puestos de honor
y autoridad a todos concedéis.
En Saturno debierais sentar reales,
que ya les falta espacio a vuestras huestes,
y recibir a los cortejos de astros
que al Todopoderoso pertenecen.
Los bastiones más sólidos cayeron,
no habiendo resistido vuestro temple,
y del mundo hasta el más remoto límite
vuestra justicia y señoría crecen».

Muy bien impresionado quedó el califa ante lo fluido y puro del árabe de Gánim, y lo cabal de sus razones.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 44, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa quedó admirado de la pureza de lengua de Gánim hijo de Job, de su capacidad de versificación y de lo cabal de sus razones, y le ordenó: «Acércate». Gánim le obedeció y el Comendador de los Fieles le dijo: «Cuéntame tu historia, ponme al corriente de todo», y él le refirió lo sucedido de principio a fin, que huelga repetir ahora. Cuando el califa se dio cuenta de que le era sincero, le dijo: «Concédeme la im-

punida¹⁰⁶». Así lo hizo Gánim: «El siervo y cuanto posee a su señor pertenecen». Satisfecho quedó con ello el califa, quien le concedió un palacio para él solo y pingües emolumentos. Gánim alojó en su nueva residencia a su madre y a su hermana, y, como el califa oyese que su hermana Gracia hacía honor, por su belleza, al nombre que llevaba, se dirigió a Gánim para pedirle su mano. El Loco de Amor dijo: «Mi hermana es esclava de nuestro señor el califa, a quien también pertenece este humilde servidor». El Comendador de los Fieles le dio por ello las gracias, le entregó la suma de cien mil dinares y llamó a juez y escribanos para que levantasen acta. Gánim y el califa consumaron sus matrimonios el mismo día, el califa con Gracia y Gánim con Pan de Corazones.

A la mañana siguiente mandó Harún Arrashid que se pusiere por escrito cuanto le había acaecido a Gánim hijo de Job, el Loco de Amor, y se archivare, pues mucho provecho habría de sacarse en el porvenir de la historia, donde se pone de manifiesto cuán inesperados son los Designios de Dios y se ofrece la enseñanza de que conviene estar siempre a disposición de Quien la noche y el día creó.

—PERO AÚN MÁS EXTRAORDINARIA —prosiguió Shahrazad— es la historia del rey Ómar Ennumán y sus dos hijos, Mal Hubo y Brillo del Orbe¹⁰⁷, y cuantas maravillas les ocurrieron.

—¿Y qué fue —preguntó el rey Shahriar— lo que les ocurrió?

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que hubo en la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, antes del califato de Abdelmálek hijo de Marwán¹⁰⁸, un rey llamado Ómar Ennumán. Héroe sin par que había vencido a los descendientes de Cosroes el persa y a los Césares bizantinos; caballero bravo donde los hubiera, imbatible en la arena, y de cuyas narices, cuando se enfurecía, salían llamaradas de fuego. No había región de la que el rey Ómar no se hubiese enseñoreado, ni aldea o urbe que quedasen fuera de su dominio. Dios había puesto en sus manos a todos los siervos, y sus ejércitos habían alcanzado los límites más remotos. Dominó de esta manera el este y el oeste, así como las tierras que entre ambos puntos cardinales quedan: la India y el Sind, la China, el Yemen y el Hiyaz, Abisinia y Sudán, Siria y los dominios de los rumíes o bizantinos, Diyar Bakr, las costas de los mares y los cuatro célebres ríos que por la tierra discurren: el Sir Daria y

¹⁰⁶ De modo que el califa no tuviera que responder ante Dios de las injusticias cometidas con Gánim y su familia.

¹⁰⁷ Comienza aquí una larga novela de aventuras peregrinas, la historia del rey Ómar Ennumán, que se extiende hasta la noche 145, y presenta el rasgo de que los nombres de varios personajes principales son breves frases, terminadas en *-án* y con un significado que puede ser descriptivo, premonitorio o satírico. La pauta la dan el rey Ómar Ennumán, con quien comienza la historia, y su ministro Dandán. Estos dos nombres, que carecen de significado obvio en árabe, permanecen tal cual en la presente versión. Si que se han traducido los de los sucesores del mencionado rey u otras personas asociadas a él: Mal Hubo (*Sharrkán*), Brillo del Orbe (*Dawelmakán*), Solaz del Tiempo (*Nuhtatezzamán*), Resentido (*Gadhán*), Así Fue (*Kannakán*), Tenía Que Ser (*Qudiafakán*) y Burracos Hubo (*Zibkán*). La asonancia continua del original en *-án, -án, -án...*, muy usual en la poesía árabe (incluso la contemporánea), gracias a la recurrencia de nombres con esa terminación, encuentra de cualquier modo camino hacia el texto en castellano, por la repetición necesaria del término «chumbelán», que comparte numerosos contextos con «Ennumán» y «Dandán»; si bien ello se debe a la casualidad, ya que el árabe para «chumbelán» es *háyib*. Por otra parte, aparecen con frecuencia tres nombres supuestamente bizantinos, que se atribuyen a otros tantos personajes cristianos: *Ihriza*, *Afridán* y *Hardub*. Si hubiera que reconstruir los correspondientes nombres, a partir de las reglas de adaptación de los extranjerismos al árabe, tal vez habría que pensar en *Briza*, *Fredón* y *Hardob*, respectivamente; pero, como probablemente se trate de invenciones al servicio de la historia, me limitaré a transcribirlos sin más a partir de la grafía árabe.

¹⁰⁸ El califa omeya de Damasco que murió a comienzos del siglo VIII d. C. El relato que sigue, de cualquier modo, está lejos de presentar rigor histórico, de modo que la precisión del reinado de Abdelmálek no es más que un modo de decir «hace mucho tiempo».

el Amu Daria, el Nilo y el Éufrates. El día llegó en que el rey Ómar Ennumán envió exploradores a los más lejanos lugares habitados para que recabasen noticias. Partieron, los expedicionarios, volvieron y le hicieron saber a su señor que todos los habitantes de aquellos lugares se habían puesto bajo su obediencia y la totalidad de los guerreros acataban su temido mando. El rey Ómar les correspondió con generosos dones, y, dado que era tan noble soberano, hizo llegar hasta el último rincón de la tierra su justicia y su salvaguarda. De todos los puntos cardinales le llegaron al monarca y paladín ricos presentes que vinieron a engrosar aún más sus arcas, rebosantes ya con los impuestos que sus agentes le recaudaban a lo ancho y lo largo de sus vastos predios.

El rey Ómar Ennumán tenía un hijo al que puso por nombre Mal Hubo, pues en efecto llegó a convertirse en una auténtica hecatombe para su era, por el crecido número de heroicos guerreros a quienes subyugó y la copiosa sangre de encarnizados rivales que vertió. A este Mal Hubo, que llamado estaba a heredar la potestad y señorío de su padre, le tenía este un afecto que frisaba con lo imposible. Cuando el príncipe Mal Hubo se hizo un hombre, o sea, cuando alcanzó la edad de los veinte años, permitió Dios que ante él doblaran la cerviz Sus siervos, en razón de la fiera y desnudo de los que ya podía preciarse el bisoño paladín. Su padre Ómar estaba casado, tal como determinan el Libro Sagrado y la Tradición, con cuatro mujeres, tres de las cuales resultaron ser estériles, mientras que de la restante no alcanzó el soberano otro descendiente que el mencionado Mal Hubo. Tenía, sin embargo, el rey Ómar a su disposición a trescientas sesenta concubinas, una para cada día del año, según el cómputo y calendario de los coptos. Para sus concubinas, que eran de cuantas razas hay en el orbe, había hecho construir el rey estancias privadas, todas dentro del recinto de su palacio y fortaleza, y distribuidas en doce casas, una por cada mes. El rey Ómar iba pues, pasando, según transcurrían las noches del año, de estancia en estancia hasta que, después de haber visitado a cada una de sus concubinas, se iniciaba el año siguiente, y vuelta a empezar. Tal fue el arreglo al que se atuvieron durante un largo período de tiempo.

Llegó, pues, como hemos dicho, el príncipe Mal Hubo a alcanzar renombre en todos los confines donde el rey Ómar Ennumán ejercía su firme dominio. Muy satisfecho se sintió de ello el padre, quien, reforzado por los méritos del joven, se creció, si cabía, en su poderío y logró conquistar inexpugnables fortalezas, que le dieron acceso a nuevos territorios. Y quiso el Sino por Dios deseado que, por aquel entonces, quedase encinta una de las concubinas del rey Ómar, quien se alegró sobremanera. «¡Acaso toda mi prole y descendencia se compondrá solo de varones!», exclamó ufano. Mandó luego el monarca que se registrase la fecha del día, y desde entonces prodigó a la concubina singulares cuidados y espléndidas atenciones. Muy cuesta arriba se le hizo aquello a Mal Hubo, para quien la noticia supuso un serio revés.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 45**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Mal Hubo supo que la concubina de su padre estaba encinta, se irritó y exclamó en alta voz: «¡Llega quien me ha de plantar cara en el reino!», y luego, para sí mismo: «Si a esa esclava le nace un varón, lo mataré», pensamiento que para sí se guardó. La concubina era rumí, o sea, una cristiana griega, y le había sido enviada al rey

Ómar como regalo por el soberano de los rumfes, el señor de Cesarea, junto con gran cantidad de objetos preciosos. Su nombre original era Soffa, pero se lo habían arabizado en Saffa, que viene a significar «Pura», y lo cierto es que, entre todas las esclavas, era no solo la más hermosa, sino quien mejor podía hacer gala de su resguardada honra y de su reconocida prudencia. Una mujer era, pues, Soffa de cumplido raciocinio y deslumbrante apariencia, que, cuando el rey fue a pasar con ella la noche, lo sirvió con diligencia y le dijo: «Grande es mi deseo, mi señor, de que el Dios del Cielo conceda de mi vientre a vuestra majestad un hijo varón a quien pueda yo criar enseñándole el buen hacer y la modestia», palabras que agradaron mucho al soberano. Pasó el tiempo, salió Soffa de cuentas, y acudió a la silla de partos. Mujer piadosa como era, rezaba pidiéndole al Altísimo que le concediera un varón virtuoso y le hiciera a ella llevadero el alumbramiento, peticiones que fueron oídas. El rey encargó a uno de sus servidores que le comunicara de inmediato el sexo del ser que la concubina estaba a punto de traer al mundo. También el príncipe Mal Hubo envió a una persona para que le informara.

Dio Soffa por fin a luz, observaron las matronas a la criatura y vieron que era una niña, con un rostro que brillaba más que la luna misma, y dieron de ello cuenta a los presentes. El servidor del rey volvió a este a toda prisa para informarlo, y otro tanto hizo el emisario de Mal Hubo, quien se llevó una gran alegría. Marchado que se habían aquellos dos, dijo Soffa a las parteras: «Esperad un poco, que noto otro ser en mis entrañas». Y, en efecto, tras emitir un fatigado lamento, le vinieron de nuevo a la joven los dolores del parto y volvió a dar a luz. Miraron las parteras y vieron que esta vez había sido un varón, un sol de niño, con la frente de puro nácar y las mejillas sonrosadas. Exultante de gozo, soltó Soffa la placenta mientras todos los presentes, servidores y guardias, se alegraban con ella. Las alórbolas se dejaron oír por todo el palacio y las demás concubinas se llenaron de envidia. No tardó en llegarle la nueva a Ómar Ennumán, quien, congratulándose, se puso en pie al instante y fue a visitar a la recién parida. Le besó primero a esta la cabeza y luego miró con atención al recién nacido. Se inclinó y lo besó también. Las esclavas tocaron panderetas y otros instrumentos musicales. El rey ordenó que impusiesen a los recién nacidos los nombres de Brillo del Orbe al niño, y Dicha del Tiempo a la niña. «Como vos mandéis», le respondieron. Nombró luego el monarca a quienes habían de ponerse al servicio de su concubina y los recién nacidos: nodrizas, fámulos, guardias y amas, a quienes asignó pagos en azúcar, jarabes y ungüentos, amén de otros dones cuya enumeración fatigaría mi lengua y vuestra paciencia. No tardaron en oír los damascenos que su rey había sido padre de dos niños y engalanaron la ciudad, por donde cundieron la alegría y el alborozo. Acudieron los comendadores, ministros y mandatarios a darle al rey Ómar Ennumán los parabienes por su hijo Brillo del Orbe y su hija Dicha del Tiempo. El monarca les agradeció el gesto y, para recompensarlos, les regaló ricas telas y otros objetos, liberalidad que extendió a todos los presentes, tanto a los próceres como al vulgo. Todo siguió su curso con normalidad hasta que hubieron pasado cuatro años, durante los cuales no dejó un solo día el monarca de interesarse por Soffa y los dos pequeños. Transcurrido, pues, ese tiempo, mandó el rey Ómar que le llevasen gran cantidad de joyas, gemas, tónicas y monedas a la madre, a quien encargó que criara bien a sus hijos y les procurase una esmerada educación. A todo esto, el príncipe Mal Hubo seguía ignorando que a su padre le había sido concedido un hijo varón. Enterado solo del nacimiento de la niña Dicha del Tiempo, quedó ayuno de la noticia de Brillo del Orbe, lo que no era de extrañar, ya que el bravo Mal Hubo había pasado los días y luego los años absorto en combatir a los más arrojados campeones y medirse con los mejores jinetes.

Y estaba un día el rey Ómar en su trono cuando entraron los chambelanes, quienes, después de besar el suelo ante él, dijeron: «Han llegado, majestad, emisarios del soberano de los rumíes, señor de la gran Constantinopla, que desean entrar a la presencia de nuestro señor. Si su majestad da su permiso, los haremos entrar; si no, habrán de conformarse y volver por donde han venido». Como el monarca diera su permiso, entraron los emisarios, a quienes el rey Ómar trató con gran consideración, se interesó por ellos y les preguntó la causa de su venida. Los rumíes, después de besar el suelo, dijeron: «A la gloriosa presencia de vuestra majestad, rey de inigualable rango, nos envía el emperador Afridún, señor de Grecia y de los ejércitos cristianos, titular del solio de Constantinopla, para comunicar a vuestra majestad que a día de hoy mantiene encarnizada lucha contra un inveterado pendenciero, a saber, el señor de Cesarea. El motivo de ello es que cierto rey de los árabes fue a topár, en una de sus conquistas, con un tesoro del tiempo de Alejandro Magno; tesoro que le procuró riquezas más allá de todo cómputo y en el que, entre otras muchas cosas, encontró tres dijes esféricos, gordos como huevos de avestruz, hechos de la más pura e incomparable gema blanca. Cada uno de esos dijes lleva grabadas ciertas inscripciones en lengua griega, y los tres tienen incontables virtudes y poderes. Así, es hecho conocido que todo niño que lleva uno de ellos colgado, y mientras no se desprenda de él, no sufre daño alguno ni contrae calenturas. Cuando dicho rey árabe tuvo en su poder los tres dijes y se enteró de cuáles eran sus propiedades ocultas, envió a nuestro señor, el emperador Afridún, valiosos obsequios: objetos preciosos, monedas y los tres dijes. Con ese fin aprestó dos embarcaciones, y en una puso los tesoros y en la otra, a los hombres armados que habían de guardar los valiosos obsequios de cualquier intento de abordaje. Sustentaba, de cualquier modo, la convicción de que nadie osaría atacar sus embarcaciones, por ser él rey indisputado de los árabes, y, sobre todo, dado que las dos embarcaciones habían de ir costeando, en su trayecto hacia el rey de Constantinopla, territorios de vasallos de este. De modo que se hicieron a la mar y, cuando ya estaban cerca de nuestras costas, les salieron al paso hombres al servicio del señor de Cesarea, que se apoderaron de cuantos objetos valiosos llevaban los barcos, o sea, joyas, monedas y demás, incluidos los tres dijes, después de dar muerte a quienes custodiaban el envío. No bien tuvo noticia de ello nuestro señor, su majestad el emperador Afridún, mandó contra ellos a un ejército que salió derrotado. Formó luego otro, más numeroso que el primero, pero también este resultó derrotado. Se encolerizó entonces nuestro señor y juró que él mismo habría de salir al frente de todas sus huestes y no regresaría a Constantinopla hasta haber arrasado no solo Cesarea, sino asimismo cuantos territorios de esta dependan. Venimos, pues, a solicitar del justamente celebrado rey Ómar Ennumán, el del poderoso brazo, que contribuya a la batalla con un cuerpo de ejército suyo que pueda la gloria alcanzar. Nuestro señor el emperador Afridún os envía un obsequio, y ruega que vuestra majestad tenga a bien aceptarlo y prestarle socorro en su bélica empresa». Dicho esto, volvieron los emisarios del soberano de Constantinopla a besar el suelo ante el rey Ómar.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 46, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, así que hubieron transmitido el mensaje del soberano de Constantinopla e informado al rey Ómar del presente que este le enviaba, besaron de nuevo el suelo ante el trono. El obsequio consistía en cincuenta esclavas, escogidas en los territorios de los rumfes, y otros tantos esclavos que venían ataviados con túnicas de brocado ceñidas con cinturones de oro y plata. Cada uno de dichos esclavos traía en la oreja un aro de oro con una perla que valía lo menos mil metales en oro, y lo mismo cada esclava. También las telas con que venían todas ellas ataviadas eran de gran valor y vistosidad. Muy contento el rey con el centenar de esclavos de ambos sexos, aceptó el obsequio, mandó que agasajaran a los emisarios y se quedó reunido con sus ministros para que le aconsejaran qué hacer. Uno de ellos, un venerable anciano cuyo nombre era Dandán, se puso en pie, besó el suelo ante el rey Ómar y dijo: «Lo mejor que vuestra majestad puede hacer es aprestar un copioso ejército y poner al frente a su alteza el príncipe Mal Hubo, de quien seguros servidores somos. Y ello sería el mejor acuerdo por dos razones. La primera es que el rey de los rumfes se ha acogido a vuestra majestad y ha enviado un obsequio que ya se ha aceptado; y la segunda, la consideración de que, supuesto que el enemigo no penetrará de ningún modo en este sagrado reino, si el ejército de vuestra majestad sale ahora en defensa del rey de los rumfes y este sale vencedor, tendrá nuestro señor parte importante en la victoria. Tan señalada noticia cundirá por todos los países y cuando, yendo de litoral en litoral, haya alcanzado a los pueblos de poniente, estos se verán obligados a enviarnos valiosos obsequios, tales como monedas y otros tesoros».

Tan acertado le pareció al rey el consejo de su ministro Dandán que se despojó de su manto para regalárselo y exclamó: «¡Consejeros como tú quisieran todos los reyes...! Lo más conveniente es que vayas tú en la vanguardia del ejército y mi hijo Mal Hubo en la retaguardia». Dicho esto, ordenó el rey Ómar que fuesen en busca del príncipe, su hijo, a quien trasladó las palabras de los emisarios y el parecer del ministro Dandán. Luego le encargó que se portechara de inmediato para la expedición, le recomendó que siguiese en todo momento los consejos de Dandán y le ordenó que escogiera, de entre su tropa, a diez mil jinetes equipados para toda necesidad. Mal Hubo, obediente como siempre a su padre, seleccionó a los diez mil y, habiendo sacado de su palacio una enorme suma de dinero, la distribuyó entre los jinetes, a quienes dijo: «Tres días os doy de plazo». Los soldados besaron el suelo ante sus pies en señal de acatamiento, y salieron para pertrecharse de la mejor manera. Mal Hubo, por su parte, entró en los arsenales y allí se proveyó de cuanto era menester, y otro tanto hizo en las caballerizas, donde seleccionó con cuidadosa precisión monturas y aparejos. Al cabo de tres días, como estaba previsto, salió de la ciudad el ejército y, ya extramuros, se despidió Ómar Ennumán de su hijo Mal Hubo. Besó este el suelo ante el soberano, quien le hizo entrega de siete arcones de monedas. El rey Ómar se acercó luego al ministro Dandán y le encomendó que velase por la tropa de su hijo Mal Hubo. «Mi deseo es siempre el de agradar a vuestra majestad», repuso el avezado ministro después de besar el suelo. Volvió luego a dirigirse el rey a su hijo y le encareció que se dejase aconsejar por Dandán en todo momento. El hijo accedió y el rey Ómar volvió a entrar en la ciudad.

Mal Hubo ordenó a los oficiales que dispusiesen a sus hombres en formación de revista. Eran un total de diez mil jinetes, sin contar a escuderos y espoliques. Terminada la revista, la tropa se puso en movimiento al son de tambores y añafles, mientras se desplegaban las enseñas. Subió Mal Hubo a lomos de su montura, y, a su lado, montó también el ministro Dandán, cuando ya flameaban las banderas sobre sus cabezas. Y, precedidos de los exploradores, iniciaron la marcha y no se detuvieron hasta que, con las últimas luces del día,

hubieron de hacer alto para el necesario reposo. Con las primeras del alba reanudaron la marcha, y así siguieron durante veinte días. Y, cuando el vigésimo primero se cumplía, llegaron a las lindes de una espaciosa vega donde abundaban los árboles y todo género de plantas; y, como quiera que ya habían caído las sombras, Mal Hubo les ordenó que desmontaran e hicieran alto durante tres días. Desmontaron todos, levantaron las tiendas, y los efectivos se distribuyeron a un lado y otro de la llanura, mientras que el ministro Dandán y los emisarios de Afridún, emperador de Constantinopla, se situaban en la zona central del valle. En cuanto al príncipe Mal Hubo, sabed que se detuvo en la retaguardia de la formación y desde allí supervisó cómo descabalgaban sus hombres y montaban el campamento. Cuando todo estuvo listo, dio Mal Hubo rienda suelta a su caballo con la intención de reconocer el lugar y asumir la responsabilidad de velar por el ejército, tal como había prometido a su padre, el rey Ómar. Y es que acababan de entrar en los dominios de los rumíes, territorio enemigo por consiguiente. Iba solo el príncipe, ya que había ordenado a sus esclavos y cuerpo de guardia que acamparan con el ministro Dandán, y no paró de recorrer el valle a lomos de su corcel hasta que, una vez transcurrido el primer cuarto de la noche, se sintió tan cansado y falto de sueño que no le resultaba posible ni espolear a su caballo. Y, como quiera que había desarrollado el hábito de descansar a lomos de este, se quedó profundamente dormido cuando ya no pudo resistir más, sin que por ello dejase el animal de avanzar. Fue así como se introdujo, a altas horas ya de la noche, y siempre llevado de su corcel, en cierto bosque muy tupido, donde Mal Hubo se sobresaltó con el sonido de los cascos de su propia montura.

Despertó, pues, y se halló en una arboleda iluminada por la luna, que a todas partes alcanzaba. Sorprendido al verse en aquel lugar, pronunció el príncipe las palabras de las que nadie debe avergonzarse: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!», pues lo cierto es que, además de sentirse atemorizado por las fieras y alimañas que por allí debía de haber, andaba algo desorientado. Se fijó entonces en que la luna iluminaba, ante él, un prado que el mismísimo Paraíso semejaba. En ese mismo instante oyó dulces palabras en voz alta, pronunciadas por una mujer, en árabe, y una risa tal que habría bastado para sorberle el seso a cualquier hombre. Desmontó Mal Hubo en medio de aquella arboleda y fue bajando hacia el lecho de un río, donde vio el agua correr y a una mujer que decía, en lengua árabe: «¡Voto al Mesías! ¡Eso no ha estado nada bien por vuestra parte! La que diga una palabra más alta que otra habrá de vérselas conmigo, y no será cosa de burla, pues la derribaré por tierra y le amararé las manos con su propio cingulo¹⁰⁹». Mal Hubo siguió acercándose al lugar de donde la voz procedía, y así llegó a la ribera de un río que fluía con rapidez, donde abundaban aves vivaces, gacelas que de la derecha llegaban y bestezuelas ahítas. Todo ello, acompañado del gorjeo de pájaros, que, en sus idiomas, interpretaban los sentidos de la dicha. El lugar, de un sinfín de plantas ornado, recordaba las palabras del poeta:

Mejor luce la tierra si florece,
y si las aguas corren caudalosas.
De Dios se hace patente la gran obra
y nos colma el Creador de Sus mercedes.

¹⁰⁹ El cingulo es marca distintiva de los cristianos, no solo en la presente historia, sino en la obra en general, como se irá viendo.

Miró Mal Hubo con atención y descubrió que se hallaba en los dominios de un monasterio donde sobresalía una fortaleza que, al claro de luna, parecía elevarse hasta el cielo, y a cuyos pies discurría el río cuyas aguas regaban tan feraces vergel y prado. Allí era donde estaba la mujer que había hablado, ante un auditorio compuesto por diez damas que más parecían lunas, engalanadas con tal suerte de alhajas y ricas telas que deslumbraban. De la belleza de aquellas vírgenes hablan con elocuencia los siguientes versos:

La pradera resplandece
con las hermosas doncellas.
Tanta belleza les sobra
que a la tierra se la prestan.
Cuando se mueven ufanas,
como ramas se cimbrean.
Cual de un parral los racimos,
penden sueltas sus guedejas.
Miradas lanzan sus ojos
más letales que saetas.
A los hombres más valientes
dejan muertos retrecheros.

Miró con atención Mal Hubo a aquel grupo de doncellas, entre las cuales destacaba una joven que más parecía el plenilunio, pues tenía finas cejas, despejada frente, largas pestañas y alacranadas sienes. Mujer cabal era y de admirables prendas, muy similar a la que cantó el poeta:

Subyugado me tienen sus miradas
y su talle es afrenta pura lanzas.
Las rosas su esplendente color rojo
al arbol prestaron de su rostro.
Con la luz en contraste de su frente,
de su noche el flequillo al alba viene.

Y el príncipe Mal Hubo oyó que la dama les decía a sus compañeras: «Id saliendo a mi encuentro, que luche con vosotras antes de que se ponga la luna y nos sorprenda la mañana». Y así ocurrió, pues de una en una trataron las otras de plantarle cara, si bien la que había hablado las fue derribando a todas y atándoles las manos con sus cíngulos. Una mujer, ya entrada en años, que estaba delante de la hermosa joven se dirigió a esta, malhumorada: «Te veo muy contenta, bellaca, de haber derribado a las muchachas... ¡Si yo, que ya soy una vieja, las he derribado cuarenta veces! ¿De qué, pues, te ufanas tanto? Si te ves capaz de pelear conmigo, atrévete. ¡Venga! Da un paso al frente, plántame cara y verás lo que tardo en ponerte la cabeza entre los pies...». La joven mostró una amplia sonrisa, por más que en su fuero interno estuviese furiosa, se levantó y dijo: «Decídme, voto al Mesías, doña Calamidades, ¿de verdad queréis luchar conmigo o habláis por hablar?». «Nunca he hablado más en serio», repuso la mayor.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 47**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la muchacha le plantó cara a la mujer mayor, cuyo nombre era Calamidades, con las siguientes palabras: «Decidme, por el Mesías, ¿es verdad que queréis pelear?». «¡Por el Mesías, que quiero pelear!», exclamó la de más edad. «Pues —dijo la joven— levantaos si aún tenéis fuerza». Calamidades se puso furiosa y, mientras se le erizaba el vello de todo el cuerpo, como si de un erizo se tratase, se le plantó enfrente la joven. Calamidades dijo entonces: «¡Solo lucharé contigo desnuda, ramera!», y, dicho esto, se desató el calzón, se metió la mano por debajo de la túnica, se la sacó por la cabeza, y, por último, se ató un gran pañuelo de seda a la cintura, de modo que más parecía una *ifrit* pelona, o manchada serpiente. Así dispuesta, se acercó a la joven: «Haz tú lo mismo». Todo esto ocurría bajo la atenta mirada de Mal Hubo, quien no pudo dejar de refirse para sí al observar las espantables trazas de la mujer mayor, que se quedó parada donde estaba, mientras la joven, con gran parsimonia, se hizo con un gran pañuelo yemení que dobló dos veces. Se desprendió luego de su ropa y al aire dejó dos muslos como de mármol, sobre los que se alzaba una duna de suave cristal enmelado, un vientre sembrado de amapolas con aromas de almizcle y unos senos cual granadas reventonas. La vieja, Calamidades, se le acercó aún más y se enzarzaron ambas. Mal Hubo alzó los ojos al cielo y le rogó a Dios que venciera la joven. Esta se puso bajo la mujer mayor y, agarrándola con la mano izquierda de la cintura, y con la derecha de la garganta, la levantó por lo alto. Calamidades trató de librarse de la presa con que su rival la sujetaba, pero lo único que consiguió fue caer boca arriba y despatarrada. A la vieja se le vio, bajo el claro de luna, todo el vello púbico, y se le escaparon dos sonoros pedos, el primero de los cuales rodó por el suelo, mientras que el segundo humeó por el aire. Mal Hubo se rio tanto de las dos mujeres que cayó por tierra. Se levantó luego, desenvainó la espada y miró a un lado y a otro. Localizó con la mirada a la mujer mayor, rendida y boca arriba, y se dijo: «¡No anduvo descaminado quien te llamó Calamidades!».

El joven príncipe se acercó un poco más para no perder detalle de lo que entre ambas mujeres sucedía. Vio entonces que la joven cubría a la otra con un manto de seda, la ayudaba a vestirse y se disculpaba: «Solo quería, señora, medirme con vos en la lucha, y no era mi deseo ponerlos en aprieto alguno. Si no hubieseis tratado de escapar de mi presa... Pero, en fin, demos gracias a Dios porque nada malo os ha pasado». La otra, muy avergonzada, se puso de pie en silencio, echó a andar y no dejó de avanzar hasta perderse de vista. La hermosa joven quedó de pie entre las demás muchachas, que seguían todas maniatadas y por los suelos. Mal Hubo se dijo: «Toda ganancia tiene su razón de ser. Buena fue mi suerte cuando el sueño me venció y el caballo me trajo a este lugar, donde he encontrado a esta doncella que acaso sea mi botín». Montó luego, espolé a su corcel y este salió disparado cual flecha por tenso arco despedida. A sus lomos, el bravo guerrero cabalgaba con la espada desnuda y diciendo a grandes voces: «¡*Alláhu ákbar!*¹¹⁰». No bien lo hubo visto la hermosa joven, bajó a la orilla del río, cuya anchura era de seis brazos, y lo cruzó de un salto. Plantada en la otra orilla, se dirigió a Mal Hubo, también a voz en grito: «¿Quién sois vos para turbar nuestra alegría? ¿Cómo es que aparecéis con el arma desnuda cual si cargaseis contra un ejército? ¿De dónde venís y a dónde vais? Mirad de ser sincero, pues la

¹¹⁰ Literalmente, «¡Dios es más grande!», proclama de orden teológico que acompaña, entre otras, acciones conjuntas de orden bélico, como las que se irán sucediendo.

verdad ayuda, y guardaos de mentir, que propia de los viles es la falsedad. Habéis tenido que salir del camino esta noche para acabar en un lugar como este, del cual, si lográis salir con bien, podréis sentirnos más que recompensado. Sabed que a este prado donde estáis, al primer grito que demos, acudirán cuatro mil caballeros. De modo que ya podéis decirnos qué queréis. Pues, si lo que venís buscando es que os guiemos en vuestro camino, os guiaremos, y si lo que queréis es ayuda, os la prestaremos».

Mal Hubo repuso: «Vengo de tierras lejanas y soy musulmán. He salido a cabalgar, yo solo, en busca de botín, y nada mejor he encontrado que esas diez doncellas en esta noche clara de luna; mi intención es llevárselas a mis compañeros de armas». «Sabed –respondió la hermosa joven– que no habéis encontrado botín alguno porque esas diez doncellas no son para vos. ¿No os he dicho que el faltar a la verdad equivale a deshonorarse?». A esto replicó Mal Hubo: «Bien dicen que la verdadera inteligencia estriba en aprender de las lecciones que otros reciben¹¹¹». Y ella: «Por el Mesías os juro que, si no temiera ocasionaros la muerte, daría un grito que bastaría para llenar la tierra de caballos y hombres, pero me compadezco de los forasteros. Si lo que buscáis es botín, os ruego que desmontéis, me juréis por vuestra Ley que os acercaréis a mí desarmado y luchemos en buena lid. Si me vencéis, podréis ponerme a lomos de vuestro caballo y llevarnos a todas como botín; si, por el contrario, os derribo yo, dispondré de vos a mi antojo. Jurádmelo, pues temo que queráis engañarme. ¿No se ha dicho siempre: no pongas nunca tu confianza en nadie, quien menos te esperas querrá engañarte? Si me lo juráis, cruzaré a vuestro lado». Ansioso por alcanzarla, dijo Mal Hubo para sus adentros: «Esta no sabe que se las ve con un bravo guerrero...», y luego, dirigiéndose a la joven: «Podéis tomarme juramento, por aquello que más confianza os merezca, de que no me moveré hasta que vos misma me hayáis despojado de mis armas y me digáis: “Venid a luchar”. Solo entonces me acercaré a vos, y, si me vencéis, sabed que poseo riquezas de sobra para pagar mi rescate; si, por el contrario, os venzo yo, me llevaré este gran botín». «Conforme», dijo la joven, y Mal Hubo, un tanto desconcertado: «Conforme estoy yo también, voto al Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz». «Jurad, pues –dijo la hermosa dama–, ahora por Quien insufló los espíritus en los cuerpos y nos proveyó de mandamientos que, si me acometierais con cualquier arma que no sean las fuerzas de vuestro propio cuerpo, moriréis fuera de la Ley del islam». «¿Y si tal juramento me pidiese un juez, ni aunque fuese el mismísimo juez de jueces, no lo prestaría yo!», contestó Mal Hubo. Con todo, juró en los términos que la joven le había exigido.

Ató el bravo musulmán su corcel a uno de los muchos árboles que por allí crecían y, sumido en un piélago de cavilaciones, exclamó, haciendo suyas las palabras del Sagrado Corán: «¡Alabado sea Quien la formó a partir de un execrable líquido¹¹²!». Se desprendió luego de sus armas y, listo ya para enfrentarse en lucha cuerpo a cuerpo con la joven cristiana, dijo a esta: «¡Vadead ahora el río y venid a esta orilla!». La dama repuso: «¡Ni hablar! No esperéis que sea yo quien atravesase el curso de las aguas. Si de verdad queréis luchar, habréis de ser vos quien venga a bus-

¹¹¹ Esta es la significativa contestación de Mal Hubo según la recensión de Calcuta; en tanto que, según Bulaq, su respuesta es una expresión rutinaria, y menos esperable, de piedad religiosa: «¡Dichoso sea quien solo en Dios confía!». He optado por la primera porque también en el importante hecho que se produce a continuación sigo la edición de Calcuta y no la versión cerecnada de Bulaq.

¹¹² La secuencia «un execrable líquido», en clara referencia al esperma, proviene de Corán XXXII (La prosternación), 8, y no de XXII (La peregrinación), 5, como se ha afirmado en alguna de las versiones de la obra.

carne en esta orilla». Mal Hubo se negó en redondo: «Eso no puedo y no voy a hacerlo». «Sea, doncel, iré yo a vos», dijo la intrépida joven, quien se arremangó los faldones y dio un brinco a la otra orilla. Mal Hubo fue hacia ella, se inclinó y dio una fuerte palmada, maravillado ante la extremada belleza de lo que a sus ojos se presentaba: una forma que el Omnipotente había sacado a la luz sirviéndose de las hojas de los *yinns*, luego criada por la Mano de la Providencia y refrescada por las brisas de la Buenaventura, que sobre ella se había cernido desde el mismo instante de su concepción. La joven dama fue hacia él y le espetó: «¡Lucha, musulmán, antes de que rompa el alba!», y se descubrió unos antebrazos más blancos que la nata, gracias a los cuales se iluminó todo aquel paraje. Mal Hubo, muy confuso ya, se inclinó y dio una nueva palmada. Otro tanto hizo la dama y un instante después estaban ambos enzarzados, cuerpo a cuerpo, en encarnizada lucha. El joven le puso a la dama la mano en la esbelta cintura, y las yemas de sus dedos resbalaron y se hundieron en los pliegues de su vientre. El cuerpo se le aflojó al guerrero, quien, parado ante el lugar de los quejidos, y ante la certeza de aquel asiento de la suavidad, se echó a temblar como una caña persa al tempestuoso viento. La luchadora aprovechó para levantarlo, dar con él en tierra y sujetar al vencido enamorado poniéndole en el pecho unas nalgas que más parecían suaves dunas. Mal Hubo apenas podía dominarse. La dama le dijo: «Vosotros, los musulmanes, tenéis por lícito el matar a los cristianos, ¿no es cierto? Decidme, pues, qué os parecería si ahora os mato yo a vos». El paladín repuso: «Que ahora me dieseis muerte sería contrario a la Ley de Dios, ya que nuestro Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz, nos prohibió que, de entre vosotros, diéramos muerte a las mujeres, los niños, los viejos y los monjes, de modo que yo nunca jamás habría querido mataros a vos». La joven dama respondió: «Si tal inspiración divina recibió vuestro Profeta, habrá que pagar en la misma moneda. Levantaos, pues, que os regalo vuestra vida. Ninguna obra buena se hace en vano».

Y, esto diciendo, se levantó la bella del pecho de Mal Hubo, quien también se puso en pie y se sacudió el polvo de la cabeza. Ella al punto, adivinando lo que por las mientes le pasaba al joven, le dijo: «No tengáis vergüenza de lo ocurrido. Si bien reconoceréis que quien se interna en los dominios de los rúmes con la intención de ganar botín y participar en las guerras que enfrentan a unos reyes con otros ha de tener arrestos suficientes para defenderse de una mujer. ¿O es que no habéis oído que a las de mi sexo nos llaman "costillas torcidas", por el modo en que fuimos por Dios creadas?».

Mal Hubo respondió: «No es cuestión de arrestos ni de fuerza, pues lo cierto es que no me han vencido vuestras artes en la lucha, sino vuestra extremada hermosura. De manera que diría mucho de vos el que me concedierais una segunda oportunidad de batirme con vos». La joven se rio: «Contad con esa oportunidad, pero tened en cuenta que, mientras luchamos y hablamos, estas doncellas siguen ahí las pobres, maniatadas y con todos los miembros del cuerpo doloridos. Mejor será que las libere ahora mismo, pues bien pudiera ser que en esa segunda oportunidad que me pedís se prolongue mucho el cuerpo a cuerpo». Y, antes de pronunciar estas últimas palabras, estaba ya la joven dama desatando a sus compañeras, a quienes dijo en la lengua de los rúmes: «Id y refugiaos en lugar seguro hasta que las ansias que este musulmán tiene de echaros mano se aplaquen». Las doncellas se pusieron en movimiento, sin quitarles ojo a los dos rivales, su señora y Mal Hubo, quien, por su parte, no les quitaba ojo a ellas mientras se marchaban. Cuando lo hubieron hecho, volvieron a enzarzarse y no tardaron en estar ambos vientre contra vientre. No bien notó la dama el contacto, alzó a su oponente con la velocidad del rayo, y lo tiró al suelo de nuevo. A Mal Hubo no le quedó más remedio que oír, en tierra y boca

arriba, a la joven: «Levantaos, que os concedo de nuevo la salvaguarda. La vez primera os regalé la vida en honor a vuestro Profeta, por teneros prohibido el que matéis a las mujeres. Ahora quiero ser generosa con vos porque me duelo de veros tan joven, solo y desamparado. Quiero, sin embargo, haceros un encargo y es que, si por ventura hubiese, en el ejército de musulmanes que envía el rey Ómar Ennumán en auxilio del señor de Constantinopla, alguien más fuerte y hábil que vos, me lo enviéis pronto y contra mí lo azucéis, pues la lucha cuerpo a cuerpo tiene sus métodos, técnicas y pericias (de las que, por cierto, no se excluye el engaño), tales como el adelantarse, el dejar ventaja, la presa de piernas, el morder los muslos y asimismo la técnica que llaman *irak* y *shibak*, que bien conocen los versados en tan noble arte». Mal Hubo, muy irritado con la suficiencia de la dama, exclamó: «¡A fe, mi señora, que ninguno de los grandes ases de la lucha que en el mundo han sido, ni el Safadí, ni Muhámmad Qimal, ni el hijo del Saddf en sus tiempos, pararon nunca mientes en esas florituras y teorías que mencionáis! Y os repito que, si me habéis vencido, no ha sido por vuestras fuerzas, sino porque tenéis un trasero que encandila, y, como a nosotros, los iraquíes, nos gustan los buenos muslos y caderas, he perdido el tino y la destreza, pero solo por ese motivo. Pero si queréis pelear de nuevo conmigo, ahora que ya he recobrado el sentido, dadme la tercera y última oportunidad, según es canon y costumbre en esta arte, como sin duda no se os escapa, que ya estoy listo para venceros». La dama dijo: «¿Otra vez queréis morder el polvo? En fin, si ese es vuestro deseo, no tengo inconveniente, pero solo una vez más». Se inclinaron ambos, y se lanzaron a la lucha. Mal Hubo comenzó aplicándose con todo su esfuerzo. La joven dama halló en su contrincante un vigor que no había mostrado antes, y le dijo: «Esta vez sí que os habéis precavido, ¿eh, musulmán?». «Así es, pues ya no me vais a conceder más oportunidades, dado que, cuando os haya vencido, se irá cada cual por su camino». Se rio la joven y, cuando fue él también a soltar una carcajada, lo agarró ella por sorpresa de un muslo y lo tiró al suelo. La joven miró a Mal Hubo, una vez más tendido a sus pies, boca arriba, se rio de buena gana y le dijo: «¿De qué os alimentáis, de salvado? Un capirote de beduino parecéis, que cae al primer tropezón, o un pajarraco que no puede mantenerse en el aire. ¡Ay de vos, malhadado! ¡Venga! Levantaos, id a vuestro campamento de musulmanes y enviadnos a otro que tenga más bríos que vos, que ya nos encargaremos de dar buena cuenta de cuantos árabes, persas turcos o dailamíes se consideren lo bastante fuertes como para plantarnos cara».

Dicho lo cual, volvió a pasar la dama a la otra orilla de un salto limpio y aún añadió entre risas: «Mucho me cuesta, señor mío, separarme de vos, pero estoy convencida de que lo que más os conviene es volver con vuestros compañeros de armas antes de que amanezca, no sea que os sorprendan nuestros caballeros y os traten a lanzazos. Pues, si no sabéis resistiros a las mujeres, ¿cómo podréis enfrentaros a hombres de armas?». Sin saber qué hacer, y mientras ella le daba la espalda para regresar al monasterio, Mal Hubo dijo: «¿Os marcháis, señora, dejando aquí a un pobre forastero con el corazón destrozado de amor?». Ella se volvió riendo: «Decidme qué necesitáis, que yo atenderé a vuestro ruego». «¿Cómo podré —preguntó él—, después de haber pisado vuestra tierra y conocido vuestra gentileza, volver sobre mis pasos sin haber catado los alimentos que en vuestras mesas se sirven, siendo, como soy, vuestro humilde servidor?». Ella repuso: «De viles es negar hospitalidad. Contad, por supuesto, con la nuestra, en el Nombre de Dios. Subid a vuestro caballo y avanzad siguiendo el río, pues sois mi huésped». Muy contento con el resultado del encuentro, se puso Mal Hubo a lomos de su corcel y, siguiendo la gufa de la joven, llegó hasta un puente construido con troncos de álamos y provisto de unas poleas de acero y cerraduras

con ganchos. Miró Mal Hubo hacia el puente y vio que las doncellas que habían luchado con su hermosa guía estaban allí paradas, mirándola. Al llegar a su altura, la hermosa joven que por tres veces lo había vencido se dirigió a una de las doncellas en la lengua de los rumíes: «Vete con él, toma las riendas de su caballo y condúcelo al monasterio». Cruzó Mal Hubo, pues, el puente, precedido por la doncella, y tan asombrado iba por cuanto veía que para sus adentros dijo: «¡Ojalá el ministro Dandán se encontrase a mi lado en este lugar y pudiesen sus ojos ver a estas beldades!», y, luego, dirigiéndose a la joven: «Nos unen ahora, hermosa señora, dos vínculos sagrados: el de la compañía en el camino y el de la hospitalidad que os lleva a acogermos en vuestra casa. Quedo, por tanto, bajo vuestro gobierno y amparo. ¡Cuánto me gustaría que pudieseis venir conmigo a las tierras del islam para que vierais guerreros fieros como leones y supierais quién soy yo!». Estas palabras de Mal Hubo sulfuraron a la dama: «Por el Mesías os aseguro que os consideraba persona juiciosa y discreta, pero ahora veo que vuestro corrupto corazón os lleva a pronunciar palabras que dicta la astucia. ¿Cómo habría yo de hacer lo que me decís? Bien sé que, si llegase a estar en los dominios de vuestro rey, Ómar Ennumán, jamás volvería a ser libre, pues en sus palacios nadie hay que conmigo pueda compararse. Y ello, por más que sé que es señor de Bagdad y del Jorasán, y se construyó doce palacios, tantos como los meses del año, donde viven trescientas sesenta concubinas, con arreglo al número de los días de cada ciclo anual. Si estuviese en su poder, tengo por seguro que jamás me dejaría libre, por vuestra creencia de que os es lícito disfrutar de toda mujer que se halle en situación parecida a la que yo viviría; ¿o es que no hablan vuestros libros de las mujeres cautivas de que podéis disponer a vuestro antojo? Y en cuanto a eso que decís de que me sería dado ver por vez primera a los valerosos musulmanes, por el mismo Mesías os aseguro que volvéis a faltar a la verdad, pues ya he tenido ocasión de ver a aquellos de vuestros soldados que a nuestro suelo están llegando desde anteaer. Nada parecido a formaciones regias he visto entre los vuestros, sino una mera reunión de bandas, como de forajidos. Habéis, por último, dicho que, si fuese con vos, podría yo ver quién sois. Pues yo os respondo que, si os dispenso buen trato, no lo hago por honraros a vos, sino por amor propio. Y, además, a mí nadie me habla con esa superioridad, ¡ni aunque fuese el propio Mal Hubo, hijo del rey Ómar!». Mientras ella pronunciaba estas últimas palabras, se dijo Mal Hubo a sí mismo: «De modo que ella ya tenía conocimiento de la llegada de las tropas, de cómo vienen dispuestas, de que son diez mil los efectivos y de que mi padre los ha enviado conmigo para socorrer al señor de Constantinopla...». Luego, dirigiéndose a su anfitriona, dijo en voz alta: «Yo os conjuro, señora, por las más sagradas de vuestras creencias, a que me declaréis la causa de cuanto está sucediendo, de modo que pueda yo distinguir la verdad de la mentira, y saber, a ciencia cierta, de quién procede el daño». «Pues yo os aseguro —respondió la joven—, por vuestra Ley y vuestras creencias, que, si no fuese porque no quiero poner en entredicho mi nombre, como representante de las mujeres rumíes, no dudaría en correr los riesgos que fuesen precisos para enfrentarme contra los diez mil jinetes. Con mis propias manos mataría a su general, el ministro Dandán, y acabaría derrotando a su paladín, el caballero Mal Hubo, sin que ello me ocasionase vergüenza ni desdoro algunos. Sabed que soy persona instruida, versada en las letras árabes; aunque no he de preciarme ante vos de mi valor, pues bien enterado estáis ya de mi fuerza y maestría en la lucha. Bien segura estoy, además, de que si el mismísimo Mal Hubo estuviese donde vos estáis y le dijese yo: “Saltad ese río”, se declararía incapaz. Al Mesías le pido que me lo ponga delante, en este monasterio, para que pueda medirme con él vestida de hombre, hacerlo cautivo y encadenarlo».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 48**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Mal Hubo oyó aquellas palabras de boca de la joven cristiana, se sintió tocado en su orgullo y lleno de tales ímpetus belicosos que habría querido mostrarse ante ella como en realidad era y acometerla allí mismo, pero en lugar de eso, e impresionado por la extraordinaria belleza de la dama, recitó:

«Así que una beldad un pecado comete,
por ella sus encantos abogan diligentes».

Comenzó entonces la joven a subir la cuesta que a su destino llevaba. Mal Hubo, que iba a su zaga, notó que las nalgas le entrechocaban a la joven cual las olas trémulas del mar, y recitó:

«Mora en su rostro un hábil abogado
que a los pechos heridos restu daños.
Confusos quedan cuantos pueden verla:
"¡Mejor relumbra que la luna llena!"
Para vencer su donosura alcanza
al *ifrit* que atacó al reino de Saba».

Y avanzaron hasta llegar a una puerta con arcada de mármol, que abrió la hermosa joven. Entró esta, seguida de Mal Hubo, y ambos recorrieron un largo pasillo que atravesaba diez bóvedas de arco. En cada una de ellas brillaba, como el mismo sol, la luz de una lámpara de fino cristal tallado. Al final del pasillo recibieron a la dama sus doncellas, que portaban velas perfumadas y venían tocadas de cofias bordadas y enriquecidas con toda clase de gemas. La joven no se detuvo, sino que siguió avanzando, precedida por las doncellas y con Mal Hubo siempre a su zaga, y así llegaron al interior del monasterio. En la estancia principal de este había un número de estrados simétricamente distribuidos en forma de círculo, sobre los que pendían cortinajes con bordados de oro en la parte superior. El suelo del monasterio estaba revestido de mármol jaspeado, y en el mismo centro había un estanque provisto de veinticuatro surtidores de oro por los que salían chorros de agua con argenteos brillos. En el lugar principal de la sala vio Mal Hubo que había un estrado cubierto de regias sedas. La hermosa dama le dijo: «Acomodaos, señor, en ese estrado». Mientras Mal Hubo se sentaba en el estrado, la joven se marchó. Preguntó él a los criados por el motivo de la ausencia y le contestaron: «Ha ido a su dormitorio; pero nosotros quedamos a vuestro servicio, señor». Al cabo de un rato le hizo llegar la joven gran variedad de extraños manjares, de los que Mal Hubo comió hasta hartarse, y, cuando hubo acabado, acudieron a él con un aguamanil y una jofaina, ambos de oro, para que se lavase las manos; lo que hizo el joven guerrero, mientras se preguntaba qué habría sido de sus hombres, pues nada sabía de ellos desde que se alejó del campamento. Recordó también Mal Hubo que había desoído la recomendación de su padre, por lo que comenzó a dudar sobre lo que debía hacer a partir de ese momento. Así lo sorprendió el alba, arrepintiéndose y lamentándose de su propio proceder. Muy ensimismado en sus pensamientos recitó:

«No es la resolución lo que me falta,
mas aturrido me hallo y sin salida.
Si alguien de la pasión me liberase,
para triunfar mis fuerzas bastarían...
En estos extravíos del amor
solo la ayuda me valdrá divina».

Después de pronunciar estos versos tuvo la presencia de ánimo suficiente para contemplar el majestuoso fausto de la estancia. Y en esas estaba cuando, de repente, contó hasta veinte doncellas que llegaban circundando a la hermosa dama, su anfitriona, que era cual la luna llena entre las estrellas. Venía ataviada con un regío brocado y un cíngulo de pedrería que le ceñía la cintura y le destacaba las caderas. Duna de cristal de la que emergía la caña de plata del talle, donde, a su vez, pendían las granadas reventonas de los senos. Al verla, a punto estuvo Mal Hubo de perder el juicio, y, llenándose de imprevisto júbilo, olvidó todas sus preocupaciones, incluido su ejército y la misión que traían. Quedó, pues, extasiado y con los ojos fijos en la dama. Venía esta tocada de una redecilla ornada de perlas y gemas, y avanzaba contoneándose entre sus doncellas, que la ayudaban sosteniéndole los bajos del vestido. Deslumbrado por tan singulares bellezas y donosura, se puso Mal Hubo en pie de un salto, exclamó para sí: «¡Cíngulo de mi perdición!», y recitó:

«Al moverse menca sus rumbosas caderas
la cimbreante juncal bajo los suaves senos.
Mientras que yo me obstino por airearlos al mundo,
ella nuestros amores los pretende secretos.
Un cortejo de esclavas la sigue si se mueve:
del collar es la gema que relumbra en el centro».

La joven lo buscó con la mirada y, cuando lo hubo hallado, lo estuvo mirando largos instantes, como quien desea cerciorarse de algo. Se acercó luego a él y le dijo: «Mucho se honra este lugar con vuestra presencia, Mal Hubo. Decíme, bravo guerrero, ¿cómo habéis pasado lo que restaba de noche desde que nos marchamos dejándoos aquí?». Luego añadió: «Vergonzosa culpa es que falten a la verdad los hijos de los reyes, y más vergonzosa cuanto mayor sea al príncipe. Bien sé yo que sois Mal Hubo, hijo del rey Ómar Ennumán. Basta ya, pues, de fingimientos. No tratéis de ocultaros más de mí ni me hagáis oír palabra alguna que no sea sincera, pues la mentira solo engendra rencor y hostilidad. Ya que la flecha de la Providencia os ha alcanzado, no os quedad más que resignaros y estar contentos». El joven hubo de admitir la verdad: «Sí, es cierto, soy Mal Hubo, con quien el Tiempo se ha ensañado. Lo que hayáis de hacer conmigo, hacedlo ya, os lo ruego, sin más dilación». La joven bajó la cabeza, pensativa, y añadió: «Quedaos tranquilo y alegraos, pues sois mi huésped y ahora nos unen el pan tierno y la sal blanca, la amigable charla y la mutua compañía. Estáis bajo mi protección y salvaguarda; y por el mismo Mesías os juro que, para haceros a vos daño, cualquiera de esta tierra habría de sacarme a mí el alma. Estáis, señor, bajo el amparo del Mesías y bajo el mío propio». Así hablando, se sentó la joven al lado de Mal Hubo, a quien dedicó sus mejores palabras y atenciones. El intrépido guerrero, comprendiendo que, si la dama hubiese querido matarlo, lo habría hecho la noche anterior, dejó de tener miedo. La joven se dirigió luego, en la lengua de los rumíes, a una de sus doncellas, y esta se ausentó un rato, para luego volver con el servicio completo del vino y una mesa repleta de manjares. El príncipe, sin embargo, se abstuvo de tomar nada, pues para sí mismo se dijo: «Puede que hayan

puesto algo en los alimentos». Adivinando lo que su huésped pensaba, aseguró la dama: «Por el Mesías os juro que nada malo hay en esos alimentos; tened por cierto que, si quisiera mataros, lo haría en este mismo instante y abiertamente», y, dicho que hubo esto, se acercó a la mesa y fue probando de cada una de las fuentes. Comió, pues, Mal Hubo, se alegró de ello la joven y se saciaron ambos. Después del lavatorio de manos, mandó la joven dama que trajesen plantas aromáticas y les acercaran el servicio de la bebida, que consistía en un juego de vasijas y recipientes en oro, plata y cristal tallado. Dio, además, instrucciones de que les ofrecieran los más preciados néctares. Cuando lo hubieron dispuesto todo, se sirvió la joven la primera copa y la cató antes que su invitado, como había hecho con la comida. Escanció luego una segunda y se la tendió a Mal Hubo: «Disfrutad, musulmán, de estos momentos gozosos», dijo, y siguieron ambos bebiendo hasta que el joven guerrero perdió el dominio de sí.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 49**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la hermosa joven siguió bebiendo y dando de beber a Mal Hubo hasta que este quedó embriagado, tanto por el vino como por el amor que sentía hacia su anfitriona. Esta ordenó a una de sus doncellas: «Tráenos, Coral, instrumentos musicales». «Ahora mismo», respondió la interpelada, quien volvió poco después con un laúd damasceno, un arpa persa, un *ney*¹¹³ tártaro y un *kanún*¹¹⁴ egipcio. Tomó la dueña de la casa el laúd, tensó sus cuerdas, lo afinó con precisión y se arrancó a cantar con melodiosa voz, más suave que la brisa y más dulce que el agua de Tasnim¹¹⁵:

«Quiera Dios perdonar la sangre derramada
por las flechas letales que tus ojos disparan.
Con frialdad y crueldades me paga quien yo amo,
cual si afecto y clemencia los tuviera vedados.
¡Benditos sean los ojos que por soñar no duermen,
y el corazón que fuegos de pasión estremecen!
Mi muerte has decretado, y te asiste el derecho:
¡ojalá sea mi vida rescate de mi dueño!».

A continuación se fueron levantando una a una las doncellas y le dedicaron a su ama cantos en la lengua de los rufes, que también emocionaron a Mal Hubo. La hermosa anfitriona cantó de nuevo, y, cuando hubo acabado, preguntó al joven guerrero: «¿Habéis comprendido la letra de mi canto?». «No —respondió Mal Hubo—, pero las yemas de vuestros dedos bastan para emocionarme». La joven se rio: «¿Y qué haríais si os cantase en árabe?». Mal Hubo repuso: «Perder el dominio de mí mismo». La muchacha tomó de nuevo el instrumento y, cambiando de aire, entonó:

¹¹³ Es un tipo de flauta, prominente en las músicas de Oriente Medio, muy asociada a la estética sufí y a la poesía islámica durante siglos.

¹¹⁴ Variante medio oriental del salterio: instrumento de cuerdas que se colocó en paralelo al saulo.

¹¹⁵ Una fuente del Paraíso.

«Esta cruel separación
me deja la boca amarga.
Tres desaires he sufrido:
desdén, frialdad y distancia.
Acerbo es perder al mozo
que me dejó cautivada...».

Miró la joven, al terminar, a Mal Hubo y vio que, en efecto, el joven había perdido la conciencia de sí. Una hora permaneció el guerrero desmayado y tendido en el suelo, entre aquellas beldades. Se recobró luego y, al recordar el canto de su anfitriona, no pudo dejar de emocionarse. Volvieron ambos a beber, y ya no dejaron de dedicarse bromas y jugarrear hasta que inició el día la retirada y fue la noche desplegando sus sombrías alas. La anfitriona se puso en pie y se retiró. Preguntó Mal Hubo y le dijeron: «Se ha ido a descansar». «Dios vele por ella», dijo el joven. A la mañana siguiente vino una doncella adonde Mal Hubo: «Mi señora os llama a su lado». Él siguió a la sirvienta y, cuando ya estaban cerca del lugar de destino, las jóvenes formaron un cortejo que siguió al joven entre toques de pandereta y cantos, y así llegaron a una gran puerta de marfil con incrustaciones de perlas y gemas. Al traspasarla se hallaron en una morada, espaciosa y opulenta, cuya principal estancia era un salón tapizado con diversas sedas y provisto de ventanales que se abrían a árboles y corrientes de agua. Había en la casa varias efigies provistas de ciertos artilugios, tales que, cuando el aire se movía en su interior, daban la impresión de estar hablando. La joven dama estaba sentada, mirando las efigies, pero, no bien entró Mal Hubo en la estancia, se levantó, lo tomó de la mano, lo sentó a su lado y le preguntó cómo había pasado la noche. Él impetró la bendición divina sobre su anfitriona, y con ello se inició una animada charla. La dama le preguntó: «¿Sabéis algo de enamorados?». «Sí –repuso él–, algo conozco gracias a la poesía». «Os escucho», dijo la joven, y Mal Hubo recitó:

«Jamás revelaré mi amor por Azza:
después de mil promesas haber hecho.
Quienes, por Dios, del mundo se apartaron,
movidos del temor al Fuego Eterno,
si una sola palabra de Azza oyeran,
cuérian sometidos a su cuerpo».

Cuando hubo oído estos versos, dijo la dama: «El poeta Kutháyer mostró gran maestría cuando ponderaba a Azza, nadie lo duda. Conoceréis también estos otros versos:

«Si con el sol en belleza
compitesc, triunfara Azza.
Ni a las sandalias le llegan
las que defectos le achacan».

Y continuó: «Afirmar que la belleza y donosura de Azza eran extremas. Pero, si conocéis, príncipe, algo de Yamil, os ruego que me lo recitéis». Mal Hubo repuso: «De Yamil lo conozco todo», y recitó:

«Matarme es vuestro desseo,
y yo solo a vos me debo».

Escuchó la dama estas palabras con atención y dijo: «¡Bien traído, príncipe! Pero me gustaría saber qué quería Azza de Yamil cuando este llegó a decirle: "Matarme es vuestro deseo"». «Lo que Azza quería de él era lo mismo que de mí queréis vos, aunque ni con eso tendríais bastante», repuso Mal Hubo suscitando las risas de la dama. Y bebiendo siguieron hasta que reculó el día y vino la noche con su turbiedad. Se retiró entonces la joven a descansar, y lo mismo hizo Mal Hubo, en la estancia que le había sido asignada. A la mañana siguiente acudieron a él las doncellas, con panderetas y otros instrumentos musicales, como tenían por costumbre, besaron el suelo ante él y le dijeron: «Tened la bondad de acompañarnos, pues nuestra señora os llama a su lado». Se levantó Mal Hubo y se encaminó, guiado por las doncellas, que iban tañendo sus instrumentos, a otra residencia, mayor y más suntuosa, donde vio indescriptibles imágenes de aves. Asombrado por las maravillas de aquel lugar, recitó Mal Hubo:

«De collares los frutos robó el guarda:
ensartadas en oro, finas perlas;
hilos argénteos que de fuente brotan,
con la rosa del cutis hecha gema.
Del color de alcoholados ojos zarcos,
su esplendor imitaban las violetas».

Cuando la joven dama vio llegar a Mal Hubo, se levantó de inmediato, lo invitó a sentarse a su lado y le dijo: «¿Sabéis, príncipe, hijo de reyes, jugar al ajedrez?». «Sí –respondió él–, pero no seáis como dijo el poeta:

Al hablar me conmueve la pena el corazón;
los labios se me llenan del néctar del amor.
Quien bien quiero ha propuesto jugar al ajedrez;
hullen blancas y negras, sin que me den placer.
Servirse de la torre, del rey es la estrategia
que, para la victoria, diseñó con la reina.
Pero si verdad dicen de mi amada los párpados,
a ciencia cierta sé que saldré derrotado».

La dama dispuso las piezas y comenzaron a jugar. Mal Hubo, en vez de estar atento al tablero, miraba al rostro a su rival, por lo que acabó moviendo el caballo como si del alfil se tratase y viceversa. La hermosa joven se rio: «Si así es como jugáis, es que sois del todo bisonño», a lo que Mal Hubo repuso: «Es solo la primera partida, no la tengáis en cuenta». Venció la dama, volvió Mal Hubo a disponer las piezas, jugaron y de nuevo lo derrotó la anfitriona por segunda, tercera, cuarta y quinta vez. Ella dijo: «Vencido resultáis en todos los terrenos», y él: «Con alguien como vos, señora, la derrota sabe a victoria». Luego ordenó la dueña de la casa que les pusieran la mesa. Comieron, se lavaron las manos y les trajeron de beber. La dama tomó entonces el *kanún*, que sabía tañer a las mil maravillas, y entonó los siguientes versos:

«El Tiempo ya se pliega, ya se expande;
ora se ondula, ora se hace plano
Celebradlo bebiendo, si podéis
no partir de mí ludo de inmediato».

Y así siguieron, como el día anterior, pero aún más a su gusto, hasta que cayó la noche, cuando la joven se retiró a su gineceo, y a sus estancias Mal Hubo, quien durmió sin novedad hasta la mañana siguiente. Acudieron entonces a él las doncellas como tenían por costumbre, con sus panderetas y demás instrumentos, y lo condujeron adonde se hallaba su anfitriona. Esta, al ver a su invitado, se levantó, lo sentó junto a sí y le preguntó cómo había pasado la noche, a lo que el joven respondió deseándole larga vida. Ella tomó el laúd para acompañar los siguientes versos:

«No huyáis, os lo suplico, del abrazo,
disfrutad su dulcísimo sabor.
Cuando el ocaso, el sol ved que se altera,
pues no puede evitar decir adiós».

En esto llegó a los oídos de ambos un alboroto imprevisto. Miraron y vieron a un tropel de hombres, casi todos caballeros, con sus mozos, que se acercaban, las brillantes espadas desnudas en las manos, exclamando en la lengua de los rumíes: «¡Eres nuestro, Mal Hubo! ¡Date por muerto!». Al oírlo, se dijo Mal Hubo a sí mismo: «Será que esta hermosa dama me ha engatusado para retenerme hasta que viniesen sus hombres, los caballeros con que trató de asustarme. He de reconocer que he sido yo quien por mi propia mano me he puesto en este trance». Se volvió Mal Hubo a su anfitriona, para reconvenirla, y la vio ponerse, con el gesto desencajado, en pie de un salto e ir hacia donde se hallaba el tropel de hombres armados, a quienes preguntó: «¿Quiénes sois?». El caballero que venía al mando contestó con una pregunta: «¿Acaso no sabe vuestra alteza, la perla única del reino, a quién tiene en su casa?». Ella contestó: «No, no lo conozco, ¿quién es?». El caballero dijo: «Es el desolador de países y adalid de jinetes, el príncipe Mal Hubo, el hijo del rey Ómar Ennumán, y sabed que ha conquistado innumerables castillos y no ha habido fortaleza que se le resistiera. La noticia de que aquí se encuentra la ha recibido su alteza el príncipe Hardub de mi señora, la honorable Fatalidad, Madre de la Calamidad –refiriéndose a la vieja también llamada Calamidades–, y el rey, vuestro padre, ha comprobado que, en efecto, les habéis prestado vuestra valiosa ayuda a los gloriosos ejércitos rumíes al capturar a ese león de mal agüero». La joven dama escuchó con atención las palabras del caballero, y, mirándolo fijamente, le preguntó: «¿Cómo te llamas?». «Me llamo Masura y soy hijo de vuestro siervo Mausura hijo de Kashrádeh, caballero entre caballeros», repuso él. «¿Y cómo has osado entrar sin mi permiso?», preguntó ella. «Nadie, mi señora –respondió Masura–, ningún chambelán o guarda, me ha impedido el paso cuando he llegado a vuestra puerta. Antes al contrario, todos vuestros centinelas se han venido con nosotros, en contra de lo que dictan costumbre y sensatez. No es este, alteza, sin embargo, momento para perdernos en palabras. Nuestro señor el rey espera nuestro regreso con ese príncipe, chispa indómita de los ejércitos islámicos, para matarlo, lo que nos evitará el entrar en combates».

Oído que hubo esas palabras, la joven dama reprendió al caballero: «Ese no es modo de hablarme a mí. Doña Calamidades, que ya está vieja, no ha dicho más que una sarta de sandeces. Por el mismo Mesías juro que quien tengo acogido no es Mal Hubo ni ningún pariente suyo, sino un pobre forastero que ha acudido a nosotros en estado de necesidad. Nos ha pedido amparo y se lo hemos concedido, ni más ni menos. Pero lo mismo da, pues, aunque ahora resultara ser cierto, más allá de toda duda, que es, en efecto, Mal Hubo, el príncipe guerrero, no te valdría eso para prenderlo. Mal servicio haría yo a mi honor si os permitiese que os lo llevarais, pues se halla bajo

mi protección. No quieras, pues, Masura, traicionarme en la persona de un huésped mío ni ponerme en entredicho. Vuelve adonde mi señor padre, besa el suelo ante él y dile que Calamidades lo ha informado mal». El caballero Masura no se arredró: «Yo no puedo, doña Ibriza, volver al rey sin este su rival», a lo que respondió la princesa, irritada: «Ya te he dicho que no te corresponde a ti hablarme así. Vete ahora, llévale a mi padre mi respuesta y no te expondrás a más reproche». «Solo saldré de aquí llevándome a Mal Hubo», insistió Masura. La princesa Ibriza, con la color demudada quiso asustar al caballero: «Mide tus palabras, insensato, que mi huésped es capaz de hacerles hincar el pico, él solo, a un centenar de caballeros. Si ahora le preguntarais: “¿Sois Mal Hubo, el hijo del rey Ómar Ennumán?”, él os respondería que sí; pero no por eso deberíais de plantarle cara, pues acabaría sin duda matándote a ti y a cuantos te acompañan. Él se ha acogido a mi amparo y no voy a ponerle inconveniente en que haga uso de sus armas». «No tengo otra salida, mi señora —dijo Masura—; pues, si hiciera como decís para eludir vuestra cólera, incurriría en grave falta ante su majestad. Os aseguro que, en cuanto vea a Mal Hubo, bastará con que les haga una señal a los caballeros que me acompañan para que lo apresen sin demora y lo conduzcan humillado ante su alteza, el príncipe Hardub». Ibriza dijo tajante: «¡No haréis tal! ¡Valiente infamia! Él es un hombre solo y vosotros un centenar. Si queréis luchar contra él, desafiadlo de uno en uno, de modo que mi padre, el rey, sepa quién es el verdadero héroe de entre vosotros».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 50, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la princesa Ibriza dijo al caballero Masura: «Ese hombre, mi acogido, está solo y vosotros sois cien. Batíos con él de uno en uno para que mi padre sepa quién es el verdadero campeón entre vosotros». «Bien decís, señora, voto al Mesías, pero nadie más que yo ha de ser quien se bata con él», dijo el caballero Masura, y la princesa Ibriza le ordenó: «Espera aquí. Le explicaré cuál es la situación y veremos lo que responde. Si acepta, se hará como hemos dicho. Si, por el contrario, se muestra remiso, podéis olvidaros de prenderlo, pues yo misma, mis doncellas y cuantos hay en el monasterio, daremos por él gustosas nuestra vida». La princesa se acercó a Mal Hubo y le contó lo ocurrido. El joven guerrero sonrió al entender que no había sido su anfitriona quien había dado parte de él, sino que la noticia se la había llevado al príncipe Hardub otra persona, sin que ella tuviese nada que ver. De modo que volvió a hacerse reproches a sí mismo: «¿Cómo he podido ponerme a mí mismo a merced de estos rufes?». Y, después de haber oído cuanto la joven Ibriza le trasladó, dijo: «Si me retan de uno en uno, se verán todos ante quien ha de aplastarlos sin dejarles el más mínimo resquicio a que se defiendan. ¿No sería mejor que se batieran conmigo de diez en diez?». Dicho lo cual, se puso en pie de un salto y acudió donde los caballeros, provisto de su espada y de toda su máquina de guerra.

Cuando Masura lo vio aparecer, le salió al paso sin esperar un segundo. Mal Hubo lo acometió como un león y le hincó la espada en el hombro con tal furia que la hoja salió, brillando, después de atravesarle las entrañas al caballero. Al ver aquello, valoró la princesa a Mal Hubo en su justa medida, y comprendió que si ella lo había logrado vencer en la lucha no había sido gracias a su propia fuerza, sino a su belleza y donosura. Se dirigió entonces la dama a los caballeros

y les dijo: «Vengad la muerte de vuestro capitán». Se adelantó entonces el hermano del muerto, un esforzado hombre de armas, que arremetió contra Mal Hubo sin que este tardase mucho en atravesarlo con la espada desde un hombro hasta el vientre, por donde le salió, brillando, el hierro. La dama volvió a exclamar: «¡Tomad, siervos del Mesías, venganza de vuestro compañero!». Y uno a uno fueron batiéndose los caballeros. Mal Hubo puso en práctica con ellos su destreza con el hierro y acabó con cincuenta, ante la atenta mirada de la noble dama. Llegados a ese punto, llenó Dios de pavor los corazones de quienes seguían vivos, los cuales, arredrándose y negándose a trabar singular combate, cargaron contra él todos a la vez. A ello respondió Mal Hubo embistiéndolos, machucándolos a todos y quitándoles no solo el sentido sino también las almas. La princesa Ibriza llamó a sus doncellas y les preguntó: «¿Quién queda en el monasterio?». «Nadie sino los guardas», le respondieron. Y la princesa salió al encuentro del valeroso guerrero musulmán, quien ya había terminado de luchar. Se abrazaron ambos y volvieron al palacio. Por los rincones del monasterio habían quedado algunos de los caballeros escondidos. Cuando ella los vio, se separó de Mal Hubo y volvió al poco con una loriga de apretados ojos, y un hierro de la India en la mano: «¡Voto al Mesías –exclamó– que no he de escatimar mi propia vida con tal de defender a mi huésped, por más que mi nombre se cargue de ignominia entre los rúmfes y los cristianos todos¹¹⁶!». La hermosa joven se dio cuenta de que Mal Hubo había dado muerte a ochenta caballeros y puesto en fuga a otros veinte, por lo que dijo: «¡De vos se precian los caballeros! ¡Cuán grande sois, Mal Hubo!». Él se aplicó a limpiar la sangre de su espada, mientras decía estos versos:

«En batalla me he visto con temibles ejércitos,
cuyos restos sirvieron de alimento a las fieras.
Primero preguntad, si es que queréis mediros,
cuál es la ejecutoria del que habla, en la refriega.
A los leones más bravos los dejé derribados
sobre la superficie de la abrasada tierra».

No bien terminó el joven de recitar, se le acercó la hermosa dama sonriente, le besó la mano y se despojó de su cota de mallas. Mal Hubo le preguntó: «¿Por qué, señora, os habéis puesto la loriga y empuñado vuestra espada?». «Por preservaros de esos bellacos», repuso la princesa, quien luego llamó a los guardas y les preguntó, irritada: «¿Cómo habéis osado franquearles la entrada a hombres de mi padre sin mi permiso?». «No es costumbre, alteza –respondieron ellos–, que os pidamos autorización para darles paso a los enviados del soberano, y mucho menos si se trata de un gran caballero, como era el caso». La dama dijo: «Lo que yo creo es que queréis acabar conmigo y dar la muerte a mi huésped», y, dicho esto, ordenó a Mal Hubo: «Cortadles el cuello». Mal Hubo ejecutó su orden. La princesa se dirigió a sus otros sirvientes: «Más aún merecían», y luego, dirigiéndose de nuevo a Mal Hubo: «Ahora que se os ha desvelado parte de lo oculto, dejadme que os cuente mi historia. Sabed que soy hija de Hardub, el príncipe rúmf de Cesarea, y que me llamo Ibriza. La anciana de nombre Calamidades es mi abuela, madre de mi padre, y ha sido ella quien ha informado a este de vuestra presencia en el monasterio. Y no me

¹¹⁶ Los *rum* o «rúmfes», esto es, los que podemos denominar bizantinos, no eran todos los cristianos de que se tenía noticia, pues estaban, además, los *ifranch* o «francos», término con el que se designaba de modo indiferenciado a los europeos occidentales.

cabe duda de que ahora debe de estar ella tramando un plan para acabar conmigo; pues, al haber sido yo causa de la muerte de los caballeros de mi padre, ha tenido que cundir el rumor de que soy una renegada. Lo más conveniente ahora es que abandone yo esta residencia, dado que tendré a doña Calamidades a mi zaga antes de que me dé cuenta. Pero, para ello, necesitaría que me prestaseis vos la misma ayuda que yo os he prestado, puesto que la hostilidad que entre mi padre y yo se ha declarado se debe a vos y no a otro. Ojalá lo que os digo no os deje indiferente». No cabía en sí de gozo Mal Hubo al oír estas palabras, a las que, por fin aliviado, repuso: «Por Dios os juro que nadie se os acercará mientras mi cuerpo siga alentando. Pero, ¿llevaréis bien el abandonar a vuestro padre y a vuestra gente?». «Sí», contestó ella. Mal Hubo entonces le prestó juramento y se comprometió a corresponderle en su trato. «Con eso –dijo la princesa– se me serena el pecho, aunque tengo un requisito más que ponerlos». «¿Cuál?», preguntó Mal Hubo. «Que os volváis –dijo la princesa– vos de inmediato con vuestro ejército a vuestro país». A esto repuso Mal Hubo: «Sabed, señora, que mi padre, Ómar Ennumán, me ha enviado a combatir con el vuestro a causa de las riquezas de las que se apropió, entre ellas los tres dijes de las bendiciones».

La princesa Ibriza dijo: «Podéis quedaros tranquilo y alegraos, que ahora os lo contaré todo y os haré saber cuál es la causa de nuestra hostilidad hacia el rey de Constantinopla. La cosa es que tenemos una celebración que lleva el nombre de Fiesta del Monasterio. Una vez al año, con esa ocasión, se congregan grandes señores de todas las regiones, así como las hijas de personas principales y mercaderes, todos los cuales, yo entre ellos, permanecen reunidos durante una semana. Pues bien, cuando se declaró la hostilidad entre nosotros, mi padre me prohibió asistir a esa celebración durante siete años. Ocurrió entonces, coincidiendo con una de tales fiestas anuales, que, como era costumbre, llegaron de todas las partes al monasterio las hijas de personas de gran lustre, entre ellas la hija del rey de Constantinopla, la princesa Sofía. Permanecieron todos en el monasterio durante seis días, y al séptimo partieron unos y otros. Sofía dijo entonces: “No pienso volver a Constantinopla más que por mar”. Le aprestaron, pues, una embarcación, en la que se acomodaron ella y los de su séquito; soltaron las velas y se echaron a la mar, donde los sorprendió un tempestuoso viento que los desplazó de la derrota que llevaban. La Providencia y el Designio divinos quisieron que se topasen con una embarcación de cristianos¹¹⁷ que provenía de Costas del Alcanfor y a bordo de la cual venían quinientos francos, bien pertrechados y armados hasta los dientes, los cuales ya llevaban un tiempo navegando. Cuando estos divisaron la vela de la embarcación donde venían Sofía y sus doncellas, variaron su rumbo. Llegaron así hasta la embarcación, la abordaron, la sujetaron con garfios a la suya, soltaron velas y pusieron rumbo al litoral de donde provenían. Pero al poco se les volvió en contra el viento, que los arrastró, con las velas desgarradas, hasta unos arrecifes cerca de nuestras posiciones. Ante el fácil botín que se nos presentaba, los atacamos, los matamos y nos apoderamos de las riquezas y objetos preciosos que en la embarcación traían. En esta venían cuarenta damas, una de ellas, la princesa Sofía; las apresamos a todas y las condujimos a mi padre, sin saber que una de ellas era la hija de Afridún, el señor de Constantinopla. Mi padre seleccionó a diez de ellas, entre las que se hallaba Sofía, y repartió a las demás entre los miembros de su corte. Luego, de entre las diez que para sí se había reservado, apartó cinco y las envió como obsequio a vuestro padre, el rey Ómar, junto con ricas

¹¹⁷ En este punto, como en muchos otros del texto árabe de *Mil y una noches*, se habla, más exactamente de «nazarenos», término no necesariamente despectivo; a diferencia de «rumíes» o «francos», que son más étnicos o políticos, encuadran a grupos estrictamente por razón de fe y las costumbres que esta implica.

piezas de paño, lana y seda rumí. Vuestro padre aceptó el obsequio y, de entre las cinco cautivas esclavizadas, eligió para sí a Sofía, la hija del emperador Afridún. A principios del siguiente año este le envió a mi padre un escrito donde se recogían palabras que mejor será no repetir, le afeaba la conducta y lo amenazaba, diciendo:

Me consta que te apoderaste, hace ya dos años, de una embarcación nuestra que estaba en poder de unos piratas francos. A pesar de que en el barco viajaban, entre numerosas riquezas, mi hija Sofía y otras sesenta jóvenes, no me enviaste a nadie que de ello me informara. Yo, por mi parte, no puedo airear estos asuntos, pues temo quedar infamado entre los reyes por la deshonra de mi hija. He ocultado lo sucedido hasta el presente año, cuando se me han aclarado los hechos. Les he escrito a los piratas preguntándoles por el destino de mi hija y encargándoles que averigüen su estado y paradero, o sea, en manos de qué señor de estas costas se halla. Los corsarios me han asegurado que jamás llegaron a sacar a mi hija de vuestros dominios. De modo que, si no es tu intención mostrarte hostil conmigo ni ponerme en evidencia deshonrando a mi hija, deberás enviármela no bien hayas recibido la presente misiva. Si desobedece mi orden, no tendré más remedio que hacerte pagar tu iniquidad y tropelías.

»Cuando mi padre – siguió contando la princesa Ibriza – se hubo hecho cargo del contenido de la carta, se halló en un aprieto y lamentó haber actuado como lo hizo, pues ignoraba que la princesa Sofía se hallaba entre las esclavas. Devolvérsela a su padre, el emperador Afridún, no era asunto sencillo, pues, tras el tiempo transcurrido, no le era ya posible dirigirse al rey Ómar Ennumán y decirle que había de liberar a la dama, más aún sabedores, como éramos, desde hacía no mucho, que el rey Ómar, vuestro padre, tenía ya descendencia de Sofía, a la sazón su concubina. Después de considerarlo todo, nos dimos cuenta de que, más que un aprieto, la situación era una auténtica desgracia. A mi padre no le cupo otra salida que responderle al emperador pidiéndole disculpas y jurándole por lo más sagrado que desconocía en absoluto que su hija era una de las jóvenes cautivas. A continuación le hacía mi padre saber a Afridún que él mismo había enviado a la joven dama al rey Ómar y que este había tenido con ella descendencia. Cuando el señor de Constantinopla recibió la respuesta de mi padre, se levantó y volvió a sentarse, bramó y espumeó, y dijo: “¿Cómo ha podido ser que mi propia hija se haya convertido en una esclava cautiva que los poderosos se regalan y con la que yacen sin mediar contrato alguno? Por el Mesías y la religión verdadera juro que he de vengarme y lavar la afrenta. De mi respuesta a esta ofensa hablarán las generaciones futuras”. Luego, haciendo gala de paciencia, fue tendiendo una compleja trama, y, cuando lo tuvo todo planeado, envió emisarios a vuestro padre, el rey Ómar Ennumán. Estos le contaron las historias que vos bien conocéis, y, a resultas de ello, vuestro padre os puso al frente de las huestes que os han acompañado, siendo la única intención del emperador Afridún el apoderarse de vos y de los hombres sobre quienes mandáis. Por lo que al asunto de los tres dijes se refiere, los que mencionó Afridún en la carta a vuestro padre, os aseguro que no es tal como lo contó. Lo cierto que esos valiosos objetos los tenía Sofía, que mi padre se los quedó cuando se apropió de ella y las demás cautivas, que luego me los regaló a mí, y en mi poder siguen. Ahora lo que debéis hacer es ir adonde vuestros hombres y hacerlos regresar antes de que se internen en territorios de francos y rumíes, pues si corréis el riesgo, o sea, si os exponéis siguiendo más allá, os encontraréis atrapados, caeréis en manos de vuestros enemigos y ya no os libraréis de su presa hasta el Día de la rendición de cuentas. Me consta que vuestros hombres no se han movido de su sitio, ya que vos los ordenasteis que permaneciesen acampados por espacio de tres días, y, aunque os han echado de menos durante este tiempo, no saben qué hacer».

Cuando el joven guerrero hubo oído este revelador relato, comenzó a inquietarse a partir de varias suposiciones, y, besándole la mano a la princesa Ibriza, dijo: «Alabado sea Dios, Quien me ha concedido a vos y ha hecho posible que, gracias a vuestra intervención, me salve yo y se salven quienes me acompañan. Me cuesta, sin embargo, pensar en apartarme de vuestro lado, pues no sé qué será de vos cuando me vaya». A esto repuso la princesa: «Id vos ahora adonde vuestros hombres y ordenadles que vuelvan sobre sus pasos, y, si traéis con vosotros emisarios, tened buen cuidado de retenerlos, para que solo se sepa de vuestros movimientos cuando os halléis cerca de vuestro destino. Dentro de tres días os alcanzaré y podremos llegar juntos a Bagdad». Luego, cuando Mal Hubo estaba ya dispuesto a partir, la princesa le dijo: «No olvidéis el pacto que hay entre vos y yo», y se levantó para acompañarlo, despedirse de él y abrazarlo con la intención de aplacar la quemazón de sentimientos que la embargaban. La joven se deshizo en llanto con tal desconsuelo que a las mismas piedras derritiera, y derramó lágrimas tan abundantes como un aguacero. Cuando él la vio llorar de aquel modo, creció su congoja, se despidió agotando él también la reserva de lágrimas que sus ojos guardaban, y recitó estos versos:

«Al despedirme de ella, se dedicó mi diestra
a mis lágrimas mientras la abrazaba mi izquierda.
"¿No temes —preguntó— de lo nuestro el escándalo?"
"Solo al adiós —repuse— teme el enamorado".»

Dicho lo cual, se separó Mal Hubo de la princesa Ibriza. Salió del monasterio, recibió su corcel, lo montó y se dirigió hacia el puente. Llegó a este, lo cruzó y se internó en la arboleda, tras la cual alcanzó el prado que ya conocía, donde divisó a tres jinetes. Precaviéndose de ellos, desenvainó la espada y se apartó un tanto del camino. Pero, cuando los tres jinetes se acercaron y pudieron verse unos a otros las caras, los reconoció Mal Hubo. Se trataba del ministro de su padre, el honorable Dandán, que venía acompañado de dos comendadores. Los tres jinetes reconocieron al hijo de su señor, descabalaron, lo saludaron y el ministro Dandán le preguntó por la causa de su larga e imprevista ausencia. Mal Hubo le refirió cuanto le había ocurrido con la princesa Ibriza. El ministro dio las gracias a Dios, y Mal Hubo añadió: «Hemos de marcharnos enseguida de este territorio, pues los emisarios que venían con nosotros han partido para informar a su rey de nuestra llegada, y acaso se nos echen sus ejércitos encima en cualquier momento para apresarnos». Dada esta explicación, mandó Mal Hubo a sus hombres que partieran. Obedecieron su orden de inmediato y avanzaron a marchas forzadas hasta llegar al valle. Los enviados que los acompañaban se habían dirigido, en efecto, adonde su señor para avisarlo de la próxima venida de Mal Hubo, de modo que pudiese aprestar un ejército y echarles mano a él y a su compañía. Mal Hubo, por su parte, siguió avanzando al frente de su tropa durante cinco días, al cabo de los cuales llegaron a un llano donde crecía una extensa arboleda, y allí se detuvieron para reposar. Tras haber descansado se pusieron de nuevo en camino, y ya no se detuvieron hasta que, al cabo de veinticinco días, alcanzaron los lindes de su país. Sabiéndose a salvo, dio Mal Hubo la orden de parar dos jornadas, y al poco salieron las gentes del lugar para obsequiarlos a ellos con viandas y a sus bestias con cumplidas raciones de forraje. Transcurridos los dos días, reemprendieron el camino a Bagdad. Mal Hubo, sin embargo, se quedó donde habían acampado, acompañado de cien jinetes, mientras el ministro Dandán quedaba al frente del grueso del ejército, y, cuando este

llevaba ya un día de camino, Mal Hubo y los cien jinetes montaron y cabalgaron dos leguas hasta cierto puerto de montaña desde donde divisaron una gran polvareda.

Una hora hubieron de permanecer esperando, detenidos a lomos de sus caballos, antes de que la polvareda se aclarase y pudieran ver que la levantaban cien jinetes fieros como leones, cubiertos de hierro de pies a cabeza y armados hasta los dientes, los cuales se acercaron a Mal Hubo y los suyos, y les dijeron a grandes voces: «¡Por Juan y por María! ¡Lo hemos conseguido! Hemos venido a vuestra zaga, a marchas forzadas día y noche, hasta alcanzarlos. Desmontad y entregadnos las armas si queréis que os concedamos el seguir vivos». Mal Hubo, con los ojos fuera casi de sus órbitas y las sienes rojas de inflamación, les respondió: «¡Perros nazarenos! ¿Cómo os atrevéis a acosarnos cuando vamos de regreso a nuestra tierra? Y, no contentos con eso, ¿osáis dirigirnos injuriosas palabras? ¿De verdad creéis que os libraréis de nosotros y volveréis a vuestro país sin sufrir un solo rasguño?». Se dirigió luego a sus hombres: «¡Mantened a raya a esos perros, que no os exceden en número!», y, diciendo esto, desenvainó su espada y cargó contra los enemigos seguido de sus cien jinetes. Los francos los recibieron con corazones más fuertes que la roca. Chocaron guerreros contra guerreros, y cayeron intrépidos luchadores sobre no menos valerosos combatientes. Se trabó, pues, un encarnizado combate de devastadoras consecuencias, que dejaron en nada a las palabras. Y así siguieron, en encarnizada lucha, hasta que reculó el día y vino la noche con su turbiedad, momento en que se destrabaron unos de otros. Se reunió entonces Mal Hubo con los suyos y, después de comprobar que solo cuatro de ellos habían sufrido heridas ligeras, les dijo: «Me paso la vida engolfado en el proceloso mar de la contienda, donde las espadas chocan entre sí como olas, y enfrentándome cuerpo a cuerpo con intratables guerreros, y jamás he encontrado paladines más bravos ni más resistentes que estos a quienes ahora combatimos». Sus hombres le respondieron: «Sabed, alteza, que el jinete que viene al mando de esos francos es hombre de muchos arrestos y certero como nadie en las embestidas. Sin embargo, cada vez que ha tenido a uno de nosotros delante, ha hecho por no herirlo, y a fe mía que, de haberlo deseado, ya podría habernos matado a todos, uno tras otro». Desconcertado por estas palabras, repuso Mal Hubo: «Mañana formaremos para el combate en una línea y nos batiremos con ellos. Somos un centenar de jinetes y Le pediremos ayuda contra ellos al Amo del cielo». Y, tras quedar de acuerdo en ello, durmieron aquella noche. Los francos, por su parte, se juntaron en torno a quien los encabezaba: «Nada hemos conseguido después de un día de lucha». Su comandante les repuso: «Mañana formaremos para el combate en una línea y nos batiremos con ellos de uno en uno, y, tras haber llegado a este acuerdo, pasaron ellos también la noche.

A la mañana siguiente, cuando ya la luz alumbraba y hubo salido el sol sobre cerros y vaguadas, y saludado a Mahoma, Adorno de almas agradadas, montó el príncipe Mal Hubo a lomos de su caballo. Otro tanto hicieron sus cien jinetes y acudieron todos al campo de batalla, donde encontraron a los francos alineados ya para el combate. Mal Hubo se dirigió a los suyos: «¡Ahí tenemos a nuestros enemigos; no dejéis de plantarles cara». Uno de los francos voceó entonces: «¡Batámonos en combates singulares, uno de los vuestros contra uno de nosotros!». Dicho lo cual, se adelantó uno de los hombres de Mal Hubo, se situó con su caballo entre una y otra línea y dijo: «¿Quién se quiere batir conmigo? ¡Un guerrero de verdad, digo, no un haragán sin recursos!». Apenas había dicho esto cuando se adelantó uno de los francos, que montaba un caballo tordo. Venía el jinete cubierto de armas de los pies a la cabeza y provisto de telas de oro, lo cual no impedía apreciar que era barbilampiño. Avanzó hasta situarse entre las dos líneas de combate

y la emprendió a golpes y embestidas con su rival. Lo alcanzó pronto con la lanza y lo derribó del caballo; hizo entonces prisionero al jinete musulmán y lo condujo humillado y vencido al campo de los francos. Muy contentos con él, le impidieron los suyos volver a la palestra, y, en su lugar, enviaron a otro jinete, con quien salió a batirse uno de los musulmanes, hermano del que acababa de ser derrotado. Se plantaron ambos, uno frente a otro, comenzaron a batirse y al poco engañó el franco a su rival retirándose y volviendo a él de nuevo, momento en que le asestó tal golpe con el asta de la lanza que lo tiró del caballo, y lo hizo prisionero. Y así siguieron saliendo los musulmanes, uno tras otro, y a todos los fueron venciendo y cautivando los francos, hasta que, cuando reculó el día y vino la noche con su turbiedad, eran ya veinte los jinetes musulmanes que habían caído en manos de los enemigos. Muy poco gustó aquello a Mal Hubo, quien reunió a los suyos y les dijo: «¿Qué es lo que nos ha ocurrido? Mañana saldré yo a la palestra y les diré que quiero batirme con el jinete que va al mando; averiguaré por qué han entrado en nuestro país y lo advertiré de las consecuencias que tendrá para ellos el combatirnos. Si no se aviene a mis razones, lucharemos con ellos, y, si quiere la paz, paz tendrán». Pasaron la noche después de haber llegado a este acuerdo, y a la siguiente mañana, cuando ya el sol alumbraba, montaron los jinetes de ambos bandos y formaron en dos filas afrontadas. Vio entonces Mal Hubo que la mitad de los francos desmontaban y, colocándose delante de uno de sus jinetes, avanzaban hasta colocarse en medio de la palestra. Miró Mal Hubo con atención y comprobó que aquel jinete era quien los mandaba. Venía ataviado con una túnica de brocado azul, sobre la cual el rostro del caballero semejaba la luna llena cuando se muestra. Se protegía el tal con una loriga de apretados ojos, blandía una espada de la India y venía a lomos de un corcel negro con la frente adornada por un lucero como una moneda de plata. Este jinete franco, que también era barbilampiño, espoléó su corcel hasta situarse a mitad de las dos líneas, señaló con su mano a los musulmanes y dijo en un árabe perfecto: «¡Mal Hubo, hijo de Ómar, conquistador de fortalezas y tierras! ¡Salid a combatir y pelear! ¡Enfrentaos con quien os ha plantado cara! Puesto que vos sois señor de los vuestros y yo de los míos, quien consiga vencer se apoderará de su rival y de los hombres de este». No había terminado de pronunciar estas palabras cuando Mal Hubo, con el corazón rebosante de cólera, condujo a su caballo hasta quedar frente al franco, muy cerca de él. El cristiano arremetió, como un león furioso, contra el joven guerrero musulmán y le asestó un golpe de bravo caballero. Comenzaron así a luchar y embestirse el uno al otro moviéndose por el espacio que dejaban las afrontadas formaciones. Ambos paladines eran cual dos montañas que chocasen o dos océanos de encrespadas olas. Y luchando encarnizadamente continuaron desde las primeras luces del día hasta que vino la noche con su turbiedad, momento en que se desasieron el uno del otro y volvió cada cual con los suyos. Cuando Mal Hubo se reunió con sus hombres aquella noche, les dijo: «Jamás en la vida he visto a un guerrero como este. Tiene un rasgo que no he conocido en ningún otro, y es que, cuando podría asestar una lanzada mortal, vuelve el hierro y golpea con el asta. No sé en qué quedará la cosa entre él y yo, pero os puedo asegurar que me gustaría contar, en mis filas, con guerreros como ese jinete y los suyos».

A la mañana siguiente el mismo jinete franco salió a la palestra para seguir batiéndose con Mal Hubo, quien no se arredró, y al punto estuvieron ambos enzarzados de nuevo en impetuosa lucha, que se prolongó, entre arremetidas y lanzazos, hasta que reculó el día y vino la noche con su turbiedad. Se separaron entonces y volvió cada uno con los suyos, a quienes ambos relataron cómo había sido el encuentro con su rival. Quien comandaba la tropa franca dijo a los suyos:

«Mañana se decidirá». Pasaron allí la noche y, a la mañana siguiente, montaron una vez más ambos guerreros sus cabalgaduras y cargaron uno contra otro. El combate se prolongó hasta mediada la jornada, cuando el franco quiso poner en obra una treta que le salió mal, pues espoléó primero a su caballo para luego tirar con fuerza de la brida. La noble bestia trastabilló y quien lo montaba cayó por tierra. Mal Hubo se inclinó sobre su rival con la intención de herirlo con la espada, y dar con ello fin a la lucha. Pero el franco exclamó: «No es ese, Mal Hubo, el modo de actuar de un caballero, sino más bien la salida propia de quien ya antes ha sido derrotado por mujeres». Cuando Mal Hubo oyó estas palabras de su contrincante dirigió hacia él los ojos, lo miró fijamente y se dio cuenta de que no era sino la princesa Ibriza, con quien tanto había pasado en el monasterio. Al reconocerla, arrojó la espada, besó el suelo ante los pies de la dama y le preguntó: «¿Qué os ha impulsado a actuar de esta manera?». Ella repuso: «Quería probaros en el campo de batalla y ver con mis propios ojos cómo os conducís a la hora de acometer y pelear. Me acompañan mis damas, jóvenes doncellas todas que han sabido plantarles cara a vuestros hombres y domeñarlos. Y, si no llega a ser porque mi corcel ha dado conmigo en tierra, habráis tenido ocasión de ver hasta dónde llegan mi energía y mi firmeza». Sonrió Mal Hubo al oír esto y le dijo: «Alabado sea Dios por que todo haya acabado con bien y haber permitido que me reúna con vos, alteza». La princesa dio a sus damas la orden de preparar la partida una vez hubiesen liberado a los veinte prisioneros musulmanes. Las doncellas obedecieron y besaron el suelo ante su señora. Mal Hubo se dirigió a ellas: «Sois reserva de reyes ante las calamidades», y, dirigiéndose a sus hombres: «¡Saludad a su alteza!». Los jinetes desmontaron y besaron el suelo ante la princesa. Volvieron luego a montar los doscientos jinetes e iniciaron un recorrido de seis días con sus noches, al cabo de los cuales llegaron a su destino, donde Mal Hubo indicó a la princesa Ibriza y sus damas que habían de librarse de sus vestiduras francas.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 51**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mal Hubo dijo a la princesa Ibriza y sus doncellas que habían de cambiar sus vestimentas de francos por las propias de las mujeres rúmfes, y así lo hicieron ellas. Envió entonces Mal Hubo a unos cuantos de sus hombres a Bagdad, para que su padre, Ómar Ennumán, tuviese noticia de su llegada y de que venía acompañado de la princesa Ibriza, hija de Hardub, príncipe de los rúmfes, de modo que pudiese enviar un cortejo de bienvenida. Desmontaron todos en aquel lugar y allí pasaron la noche. A la mañana siguiente el príncipe Mal Hubo y los suyos, junto con la princesa Ibriza y quienes la acompañaban se dirigieron hacia la ciudad, y no tardaron en encontrarse con el ministro Dandán, quien, al frente de un millar de jinetes y por orden del rey Ómar, salía al encuentro de la princesa Ibriza y del esforzado guerrero, su alteza el príncipe Mal Hubo. Cuando la comitiva estuvo cerca de los recién llegados, descendieron todos de sus caballos y besaron el suelo ante los dos príncipes. Los mil jinetes se pusieron al servicio de estos, emprendieron todos la marcha y así llegaron a la ciudad. Una vez en el palacio real, entró Mal Hubo donde su padre, quien se levantó para abrazarlo y preguntarle por el resultado de la expedición. El príncipe le refirió al rey Ómar cuanto le había dicho la princesa

Ibriza, el acuerdo al que habían llegado y cómo esta había partido de su reino, dejando a su padre, y concluyó: «Ella misma ha decidido venir con nosotros y establecerse en nuestra tierra. El señor de Constantinopla quería tendernos una trampa por causa de su hija Sofía, ya que el príncipe Hardub le refirió lo que a esta había ocurrido y cómo fue que os la regaló a vos, padre, sin saber que se trataba de la hija de Afridún, el emperador de Constantinopla. Pues, de haberlo sabido, no os la habría regalado a vos, sino que la habría devuelto a su padre». Y Mal Hubo prosiguió: «De las trampas y asechanzas nos hemos librado solo gracias a la princesa Ibriza, la persona más valiente que jamás hemos visto», y le contó a su padre, en detalle, lo relativo a los dos enfrentamientos singulares que con ella había mantenido: la lucha cuerpo a cuerpo primero y el combate armado en la palestra después. Cuando el rey Ómar hubo oído de su hijo Mal Hubo el relato de lo ocurrido, comenzó a tener a Ibriza en gran estima y deseó conocerla de inmediato. Dispuso, pues, que la gran dama se presentase ante él, para poder hablar con ella. Mal Hubo fue adonde Ibriza y le dijo: «El rey quiere veros». «Ahora mismo», repuso ella, y Mal Hubo la acompañó a la presencia de su padre. Estaba este sentado en su trono y dio la orden de que se marcharan todos los presentes salvo sus eunucos.

Entró, pues, la princesa a la presencia del rey Ómar, besó el suelo ante este y se dirigió a él con gran soltura y discreción. Admirado el rey por la elocuencia de la joven, le agradeció cuanto por su hijo Mal Hubo había hecho y le indicó que tomara asiento. La dama se sentó y se descubrió el rostro. Cuando el rey lo vio, quedó anonadado y, después de concederle a la joven un puesto en su privanza, le asignó un palacio a ella y sus doncellas, así como ricos emolumentos. Luego le preguntó el monarca a la joven princesa por los tres dijes de los que antes hemos hablado. «Los tengo en mi poder, rey de nuestra era», contestó la regia dama, quien se puso en pie, fue a la estancia donde paraba y abrió un arca. De esta sacó un envoltorio en el que venía una cajita de oro, la abrió también y sacó los tres dijes. Volvió al salón del trono, besó los tres valiosos objetos, se los entregó al rey Ómar y se marchó, llevándose consigo el corazón del monarca. Este mandó llamar a su hijo Mal Hubo y, cuando el joven compareció, su padre le entregó uno de los dijes. Mal Hubo le preguntó por los otros dos y el rey le dijo: «Voy a regalarle uno a tu hermano Brillo del Orbe y otro a tu hermana Dicha del Tiempo». Cuando Mal Hubo oyó que tenía un hermano varón, de nombre Brillo del Orbe, cuando él sólo tenía noticia de su hermana Dicha del Tiempo, miró a su padre, el rey Ómar, y le preguntó: «Padre, ¿es que tenéis otro hijo varón que no sea yo?». «Sí, y ya ha cumplido los seis años», respondió el rey, quien añadió que se llamaba Brillo del Orbe y era hermano de la antedicha, habiendo ambos nacido de un mismo vientre. Aunque aquello desagradó en extremo a Mal Hubo, prefirió guardarse para sí su reacción y exclamó: «¡Sea con las bendiciones de Dios, el Altísimo!». Pero dejó caer el dije y se sacudió la ropa. El rey dijo: «¿Cómo es que te veo demudado por la noticia? Bien sabes que heredarás el trono a mi muerte, a lo que se han comprometido los comandadores todos del reino. Y ese es, de los tres dijes, el que a ti te corresponde». Mal Hubo bajó la cabeza, no queriendo, por vergüenza, disputar con su padre. Se puso en pie sin saber cómo conducirse, de tan irritado como se hallaba, recogió el dije, que aceptó, y no detuvo sus pasos hasta que se vio en los aposentos de Ibriza.

Esta, al verlo llegar, se puso en pie y fue hacia él, y tras darle las gracias por todo y pedir por él y por su padre, lo invitó a que se sentara a su lado. Cuando el joven se hubo acomodado, notó ella la cólera en su rostro; de modo que le preguntó cómo estaba y cuál era la causa de su enojo. Mal Hubo la informó de que el rey Ómar Ennumán había tenido, de Sofía, dos hijos, un

varón y una hembra, a quienes había llamado Brillo del Orbe y Dicha del Tiempo, y añadió: «Y les ha dado a ellos dos de los tres dijes; a mí me ha entregado el tercero y lo he aceptado a regañadientes. Acabo de enterarme de que tengo un hermano varón y la cólera me ha asfixiado. Ya sabéis, pues, cuál es el motivo de mis sinsabores, que os he contado en la mayor confianza. Pero hay algo más. Temo que mi padre quiera desposaros, pues he percibido en él el deseo carnal hacia vos. ¿Qué os parece?». La joven repuso: «Vuestro padre no tiene potestad sobre mí y no puede desposarme sin mi consentimiento, y, para tomarme a la fuerza, habría de acabar con mi vida. Por lo que a los tres dijes se refiere, no se me había ocurrido que pudiera vuestro padre regalárselos a sus hijos, pues pensaba que los guardaría en su propio tesoro. Pero, ya que vuestro padre os dio uno de ellos y vos lo recibisteis, quisiera que me lo regalaseis a mí». «Vuestro es», dijo Mal Hubo, y la joven dama concluyó: «No os inquietéis». Pero enseguida añadió: «Lo que yo, por mi parte, temo es que llegue a oídos de mi padre que me hallo entre vosotros, y, para recuperarme, se alfe con el rey Afridún, que verá la ocasión propicia para liberar a su Sofía. Si así ocurre y ambos envían sus ejércitos contra los vuestros, la muerte y la destrucción serían inevitables». Mal Hubo repuso: «Si estáis contenta entre nosotros, mi señora, no penséis más en todos ellos. Pues, aunque se juntaran para acometernos todos los habitantes de la tierra firme y la mar salada, sabríamos vencerlos». La joven dama se avino a medias: «Todo sea para bien. Si seguís dispensándome vuestra liberalidad y buen trato, dad por seguro que permaneceré entre vosotros; si, por el contrario, llegase yo a sentirme ultrajada, no dudéis que me marcharé». Dicho lo cual, ordenó a sus doncellas que trajesen la comida, y ellas lo dispusieron todo. Mal Hubo tomó un frugal bocado y se marchó a sus asuntos sumido en sus pensamientos.

Lo anterior, por lo que a Mal Hubo respecta. En cuanto a su padre, el rey Ómar, sépase que, no bien hubo salido su hijo de la sala del trono, fue a visitar a su dama y madre de sus hijos, Sofía, con los dos dijes. Cuando ella lo vio llegar, se levantó y en pie siguió hasta que el rey se hubo sentado; acudieron entonces los dos niños, Brillo del Orbe y Dicha del Tiempo. El rey los besó a ambos y les colgó a cada uno un dije del cuello. Los pequeños se pusieron muy contentos y le besaron a su padre las manos. Se acercaron luego a su madre, quien, muy satisfecha también, le deseó larga vida al soberano. Este le preguntó: «¿Cómo es, Sofía, que, siendo como sois la hija de Afridún, emperador de Constantinopla, nunca me lo habéis dicho? De haberlo sabido, os habría yo otorgado mercedes con arreglo a vuestro verdadero rango». Sofía respondió: «¿Y qué voy a querer yo, majestad, por encima de lo que ya tengo gracias a la posición que me habéis concedido? Aquí me veo, colmada de vuestra generosidad y vuestros favores, y, junto a todo ello, con el don que Dios me ha hecho de dos hijos, un varón y una hembra». Encantado quedó con estas palabras el monarca, quien tenía en mucho la delicadeza de la dama Sofía al hablar, así como su prudencia y los esmerados modales e instrucción de que siempre daba muestras. Salíó luego de aquellas estancias y mandó que pusieran a disposición de la dama y de sus hijos una residencia entera, y les asignó, además, fámulos, guardianes, maestros de la Ley, sabios, astrólogos, médicos y cirujanos, a todos los cuales prometió pingües emolumentos y obsequios para que se desvelasen por la ilustre dama y sus retoños. Y volvió luego el rey a su palacio, para seguir impartiendo la justicia entre sus súbditos.

Y sépase, asimismo y por otra parte, que el propio rey Ómar apenas ocupaba su alma en otra cosa que no fuese el amor que ya sentía por la joven princesa Ibriza. Día y noche los pasaba llevado de su pasión, y no había velada en que no la visitase para charlar con ella y lisonjearla,

sin obtener de la dama otra respuesta que: «Majestad, rey de nuestra era, no son los hombres lo que en este tiempo me interesa». El ver cómo se le resistía la princesa no tuvo otro efecto que el acendrar su pasión y multiplicarle los dolores que el amor puede llegar a ocasionar. Cuando la situación acabó por agotarle las fuerzas, hizo el monarca venir a su ministro Dandán, a quien confió lo que en su corazón había: cómo se había enamorado de la princesa Ibriza, la hija de Hardub, príncipe rumí de Cesarea, cómo se le resistía la joven y cómo no había él conseguido nada, por más que su amor por ella estaba ya a punto de matarlo. El ministro Dandán le aconsejó: «Cuando sea oscura la noche, tomad una porción de beleño, no menos de un mizcal, visitadla en sus aposentos y sentaos a beber con ella. Al final de la velada tendedle una última copa en la que hayáis puesto el narcótico y ved que la apure. No bien haya alcanzado la dama su dormitorio, le habrá hecho la droga efecto y vos, mi señor, podréis alcanzar lo que tanto anheláis». «¡Ese sí que es buen consejo!», exclamó el monarca, quien de sus alacenas tomó una porción de beleño concentrado, tal que, si lo oliese un elefante, bastaría para tenerlo dormido un año entero. Se guardó el narcótico en la faltriquera y esperó hasta que hubieron transcurrido las primeras horas tras el ocaso. Entró entonces en la residencia de la princesa Ibriza, la cual se puso en pie al verlo llegar y le rogó que se sentase. Tomó ella asiento, y a su lado se acomodó el rey, quien comenzó a hablarle del vino. Ella entonces tendió ante él la mesa de la bebida. Mandó que les encendiesen las velas, y les trajesen el servicio completo, así como los frutos secos, la fruta fresca y cuanto pudieran precisar. El rey comenzó a beber y a servirle vino a la joven Ibriza hasta que la embriaguez se hubo abierto paso hacia ella. Cuando el rey Ómar se dio de ello cuenta, se sacó con cuidado la porción de droga de la faltriquera y la ocultó entre sus dedos. Escanció una copa, se la bebió él mismo, la llenó de nuevo y dejó caer el beleño en el vino sin que la dama se apercibiera. Y el rey dijo: «Tomad, bebed esta». La princesa Ibriza tomó la copa y la apuró. Al cabo de un rato hizo la droga su efecto y la joven perdió la consciencia. El rey se levantó y se acercó a la princesa, que estaba tendida boca arriba. Los zaragüelles se le habían desasido y el aire le levantaba el faldón de la camisa. Cuando el monarca estaba ya a su lado, la pudo contemplar a sus anchas, pues a la cabeza de la dama lucía una vela y otra a sus pies, iluminándole la entrepierna. El rey perdió por ello el juicio y se dejó tentar por Satanás. Incapaz de contenerse, se desató los calzones, cayó sobre la joven y la desfloró. Se levantó luego de encima de ella y fue adonde una de las damas de la princesa, de nombre Coral, y le dijo: «Entra adonde tu ama y mira por ella». La doncella entró y vio a su ama tendida boca arriba y con la sangre corriéndole por los muslos. Tomó Coral un paño y se la enjugó.

A la mañana siguiente acudió Coral de nuevo a la estancia de su señora, a quien lavó la cara, las manos y los pies. Trajo luego agua de rosas y volvió a humedecerle el rostro y la boca. En ese momento soltó la princesa Ibriza un estornudo a resultas del cual regurgitó la porción de narcótico. La joven se lavó, una vez más, la boca y las manos, y preguntó a su doncella: «¿Qué me ha pasado?». Coral le contó que la había encontrado tendida boca arriba con la sangre corriéndole entre los muslos. La princesa comprendió que el rey Ómar la había violado sirviéndose de una treta. Muy abatida por ello, decidió recluirse y dijo a sus doncellas: «No permitáis a nadie que entre a verme; decid que me hallo indispueta, y ya veremos lo que Dios tiene a bien hacer de mí». La noticia de que la princesa Ibriza estaba indispueta no tardó en llegar al rey Ómar, quien comenzó a enviarle bebidas, azúcar y ungüentos. Pasaron meses y la joven seguía encerrada y oculta a todos los ojos. El fuego del rey, mientras tanto, fue apagándose, de modo que su deseo

se calmó y se abstuvo de buen grado de acercársele. La joven había quedado encinta. Al cabo de pocos meses se hizo evidente su embarazo, pues se le abombó el vientre. Perdido que había el gusto por el mundo, dijo la dama a su doncella Coral: «Sabe que no han sido otros quienes me han maltratado, sino que yo he pecado contra mí misma al alejarme de mi padre, de mi madre y de mi reino. El día ha llegado así en que aborrezco el estar viva, pues he perdido el ánimo, la ilusión y la fuerza. Cuando montaba mi caballo, lo hacía con dominio pleno sobre el animal, y ahora no podría ni ponerme a la grupa de otro jinete. Daré a luz dentro de poco y perderé la honra hasta entre mis doncellas. Todos en la corte sabrán que el rey ha fornicado conmigo y se ha llevado mi flor. Si ahora vuelvo a mi padre, ¿con qué cara me pondría ante él, con qué cara entraría en su casa? Bien dijo el poeta:

Nada a lo que agarrarme: ni familia, ni patria,
ni quien venga conmigo, ni copa, ni morada».

Coral repuso: «A vos, mi señora, os corresponde el mandar y a mí, el obedecer». «Hoy mismo –dijo Ibriza– quiero que iniciemos los preparativos para partir en secreto; solo tú has de saberlo. Volveré con mis padres, ya que, cuando la carne se corrompe, no le quedan a una más que los de su sangre. Y haga Dios conmigo lo que Él quiera». «Bien pensado, ama», respondió la doncella. Ibriza comenzó a disponerlo todo, guardándose mucho de manifestarle a nadie su secreto, y esperó unos días hasta que coincidió que el rey salió de caza, y su hijo, Mal Hubo, emprendió un largo recorrido por las fortalezas del reino. Ibriza dijo entonces a su doncella Coral: «Esta noche tengo previsto emprender el viaje, aunque no sé cómo hacer para resistir los divinos Designios, pues ya se acercan las horas del dolor y el parto. Pero lo cierto es que, si sigo aquí cuatro o cinco días más, acabaré dando a luz y ya no podré volver a mi tierra, que es lo que llevo escrito en la frente y está para mí destinado en lo Oculto». Meditó un rato y volvió a decirle a Coral: «Busca a un hombre que nos acompañe en nuestro viaje y nos sirva en el camino, pues yo no tengo fuerzas para llevar armas». La doncella repuso: «No conozco, señora, más que a un esclavo negro al que llaman Resentido. Pertenece al rey Ómar, es valiente y no se separa de la puerta de nuestros aposentos. Desde que su majestad el rey le ordenó que nos sirviera lo hemos colmado de generosas atenciones. Si os parece bien, saldré a la puerta, le hablaré del asunto y, después de darle algún dinero, le diré: “Si deseas quedarte en nuestra tierra, te casaré con quien tú quieras”. Él mismo me ha contado que fue salteador de caminos, de modo que, si acepta, sabrá cómo protegernos». «Tráemelo para que hable con él», dijo la princesa. Salió, pues, Coral y le dijo al esclavo: «Dios te conceda buena ventura, Resentido, si dices que sí a lo que mi señora te va a proponer». Lo tomó de la mano y se presentó con él ante su ama. Y aunque el corazón de esta, nada más ver al esclavo, experimentó aversión hacia él, Ibriza se dijo a sí misma: «La necesidad dicta sus condiciones», y le preguntó: «¿Estás dispuesto, Resentido, a ayudarnos contra las vicisitudes del Tiempo?, y, si te confío mi secreto, ¿me lo guardarás?». Al esclavo, no bien hubo visto a Ibriza y contemplado su belleza, se le llenó el pecho de pasión por ella, y repuso: «No haré, mi señora, sino lo que me mandéis». La princesa le dijo: «Lo que quiero es que, sin pérdida de tiempo, te hagas cargo de mí y de esta mi doncella, que nos aprestes dos monturas y dos bestias de carga de las caballerizas reales, pongas en cada bestia una alforja con dinero y algunas provisiones y partas con nosotras en dirección a nuestra tierra. Si decides quedarte a nuestro lado, te casaremos con la doncella que tú mismo escojas; si no, te daremos lo que quie-

ras y podrás volver bien provisto de las riquezas que sean menester». Resentido, muy contento, contestó: «Yo os serviré, señora, con mis ojos si hace falta; partiré en vuestra compañía, y ahora mismo os preparo las bestias».

Y, en efecto, salió de inmediato, muy satisfecho y diciendo para sus adentros: «He de conseguir lo que me propongo, y, si ellas no se avienen, las mataré y me quedaré con todo lo que lleven». Se guardó estos pensamientos para sí y volvió al cabo de un rato con dos acémilas y tres caballos, en uno de los cuales venía él montado. Se acercó a la princesa Ibriza, le ofreció uno de los caballos, y ella lo montó con unos dolores que apenas podía soportar. Montó también Coral, y partieron los tres bajo la gufa del esclavo. Día y noche cabalgaron hasta llegar a las montañas que había a una sola jornada de su destino. Y, como quiera que le viniesen a Ibriza los dolores del parto, se sintió incapaz de tenerse sobre su montura. Le dijo entonces la noble y joven dama a Resentido: «Ayúdame a desmontar, que me han venido los dolores», y, dirigiéndose a Coral: «Desmonta tú también, siéntate debajo de mí y ayúdame a parir. Descabalaron Coral y Resentido, y este les puso el freno a las monturas. También descendió de su caballo la princesa Ibriza, ausente de este mundo por sus fuertes dolores. Cuando Resentido la vio en el suelo, se le plantó Satanás en la cara, y el esclavo, tras desenvainar la espada y blandiéndola ante el rostro de la dama, le dijo: «Tened compasión de mí, señora, dejadme que yazga con vos». Cuando la princesa oyó estas palabras le dijo: «Solo me faltaban ahora los esclavos negros, después de haber sufrido a los valerosos reyes...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 52**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la princesa Ibriza, después de haberle dicho al esclavo Resentido: «¿He de sufrir también el acoso de los esclavos negros?», añadió aún, con voz a un tiempo quejosa e indignada: «¡Ay de ti! ¿Ese es modo de dirigirte a mí? No vuelvas a hablarme así, y ten por cierto que jamás accederé a lo que quieres, ni aunque me cueste la vida». Sin embargo, al poco añadió: «Espera a que dé a luz a la criatura que llevo en mis entrañas, y, cuando el trance haya pasado, si puedes, haz conmigo lo que te parezca. Mientras tanto te aseguro que, si no te callas ahora mismo, me mataré con mis propias manos y así podré dejar este mundo y descansar de todo». Y recitó:

«Déjame, esclavo, en paz:
bastante he sufrido ya.
Dios reserva a los ahyectos
las penas del Fuego Eterno.
Hacer el mal no me atreva;
no quieras tú rebajarme.
Si en tu acoso perseveras
y el respeto no te arredra,
haré venir a los míos,
que subrán prestarme auxilio...
Ni con espadas del Yemen
logran libertinos verme,

aun libres y nobles siendo.
¿Un esclavo? ¡Mucho menos!».

Cuando Resentido oyó estos versos, hizo honor a su nombre dejándose llevar del odio. Los ojos se le inyectaron en sangre, se le ensombreció el rostro, se le hincharon las narices y le colgó el labio inferior; todo lo cual lo hizo aún más detestable. Y recitó:

«No queráis darme, Ibriza, de la pasión la muerte
con esos vuestros ojos, que más que hierros hieren.
La crueldad que mostráis se está llevando mi alma;
el cuerpo me flaquea, la firmeza me falta.
Hechizado me tiene vuestro mágico verbo;
no sé lo que es buen juicio, me ha ganado el anhelo.
Y, por más que de tropas, vea cubierta la tierra,
¡no podrán impedirme que alcance yo mi meta!».

Ibriza se echó a llorar con gran desconsuelo y dijo: «¿Acaso tu posición te permite, a ti, nacido del pecado y criado en la mancebía, el dirigirme esas palabras? ¿Crees que todas las personas son iguales?». Resentido se encolerizó sobremanera y, acercándose a la noble joven, la acometió con la espada y le asestó una herida mortal. Luego, después de adueñarse del dinero de la desdichada, se puso en marcha, y, conduciendo, delante de sí, el corcel que la princesa había montado, huyó por aquellos montes. La joven, por su parte, quedó tirada en el suelo después de haber parido a un hijo varón. Coral lo tomó en sus brazos, soltó un agudo lamento, se rajó la ropa, se echó tierra en la cabeza y se abofeteó el rostro hasta sangrar. Y exclamó: «¡Qué calamidad! ¿Cómo ha podido morir mi señora, la flor de la caballería, a manos de un insignificante esclavo negro?». Mientras la doncella lloraba, se levantó una polvareda que nubló los cuatro puntos cardinales. La levantaban las nutridas huestes de Hardub, el padre de Ibriza. Y la razón de que se hubiera movilizizado es que dicho príncipe, cuando por fin averiguó que su hija había huido a Bagdad junto con sus doncellas y se hallaba en la corte del rey Ómar, había salido con los suyos a recabar noticias, por si alguien la había visto en los dominios del rey musulmán. Salíó, pues, a preguntarles a cuantos viajeros encontró a su paso. En esto vio el príncipe Hardub, a lo lejos, la partida de tres jinetes que componían su hija, el esclavo Resentido y la doncella Coral. Se puso en marcha hacia ellos, con la intención de preguntarles, y, al verlo venir, el esclavo, que tan mala muerte acababa de dar a la princesa, temió por sí y salió huyendo. Llegó luego la tropa adonde la princesa Ibriza, y el príncipe, su padre, se encontró a esta tendida en el suelo y a la doncella Coral llorándola. Se lanzó Hardub de su caballo y perdió el sentido. Descabalgaron asimismo cuantos caballeros, comandadores y ministros lo acompañaban; montaron las tiendas en aquel abrupto paraje y erigieron un pabellón en forma de cúpula para su señor. Los principales de sus dominios se plantaron en el exterior. Cuando Coral vio a su señor, lo reconoció, y aún fueron más desconsolados sus sollozos y lamentos. Volvió luego el príncipe de su desmayo y preguntó a la doncella qué había ocurrido. Ella le contó la historia y concluyó diciendo: «El que ha matado a vuestra hija es un esclavo negro que pertenece al rey Ómar Ennumán», y le refirió, sin callarse nada, lo que este había hecho con su hija. Cuando Hardub la hubo oído, ennegreció el mundo ante sus ojos y rompió a llorar desesperado. Ordenó luego que trajesen unas andas, colocó en ellas a su hija y partió hacia su palacio en Cesarea.

Una vez allí entró el príncipe adonde su madre, la anciana doña Calamidades y le dijo: «Ved el trato que dan los musulmanes a las jóvenes bien nacidas. El rey Ómar Ennumán ha violado y desvirgado a mi hija, quien, por si no era suficiente, ha muerto a manos de un negro, esclavo de su corte. Por el Mesías juro que he de vengar a mi hija y lavar la afrenta que pesa sobre mi honor, y, si no lo consigo, me mataré sin dudarlo», y rompió en renovado llanto. Su madre, doña Calamidades le dijo: «La culpable de la muerte de tu hija ha sido esa maldita Coral, que siempre la ha detestado secretamente», y añadió: «Que el deseo de venganza no te entristezca, pues por el Mesías juro que he de ir adonde el rey Ómar Ennumán, y no volveré sin haberles dado muerte a él y a sus hijos. No dudes que actuaré como ni los más mañosos paladines podrían y que de mi acción se hablará en todas las regiones. Pero es menester que me obedezcas en cuanto te ordene; solo así alcanzarás tu objetivo». El príncipe se comprometió a ello: «Por el Mesías os juro que no me opondré a nada de lo que decidáis». Calamidades dijo: «Necesitaré que pongas a mi disposición a un grupo de doncellas, núbiles y vírgenes, y asimismo a sabios de entre los más destacados de nuestra era, a quienes colmarás de obsequios y ordenarás que instruyan a las doncellas en ciencia y proceder. Al dedillo han de conocer cómo debe una dirigirse a soberanos y compartir con ellos la mesa. Han de alcanzar, por supuesto, destreza en métrica y versificación, así como en el arte de pronunciar sesudos parlamentos y máximas aforísticas. Dichos sabios han de ser musulmanes, para que puedan enseñarles a las doncellas las gestas de los árabes, la historia de los califas y las noticias de los primeros mandatarios del islam. Prepárate para una larga espera y ármate de paciencia, pues acaso necesitemos hasta diez años. Bien habló el beduino que dijo: “Pocos años son cuarenta para quien vengarse quiera”. Cuando hayamos instruido a las doncellas, estaremos en situación de conseguir lo que deseamos. Sabido es que nuestro enemigo es un mujerico, tanto que a las trescientas sesenta concubinas que ya poseía, añadió el centenar de nuestras jóvenes que acompañaban a mi difunta nieta. Una vez que las doncellas que te solicito dominen las disciplinas y artes que he indicado, emprenderé con ellas viaje». Hardub se alegró sobremanera, le besó la cabeza a la anciana y, sin perder un instante, envió a viajeros y nuncios a las tierras más lejanas para que le trajesen a sabios musulmanes. Y así se hizo. Los enviados del príncipe de los rumfes viajaron a países lejanos donde buscaron a los expertos que su señor requería. Pasado un tiempo, cuando Hardub tuvo ante sí a los sabios y maestros, los agasajó con gran liberalidad, les regaló suntuosas túnicas, les asignó pagas y emolumentos y les prometió mayores riquezas si hacían lo que él les iba a indicar. Luego hizo el monarca que compareciesen las doncellas.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya cafa **la noche 53**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando los sabios y maestros comparecieron ante el príncipe Hardub, este les concedió gran abundancia de dones. Hizo luego venir a las doncellas, se las presentó a los sabios y encargó a estos que las instruyeran en ciencia y protocolo. Los sabios acataron su orden.

Lo anterior, por lo que al príncipe Hardub se refiere. En cuanto al rey Ómar Ennumán, sépase que, cuando volvió de cazar, subió a su residencia y buscó a la princesa Ibriza; pero ni la

encontró ni supo nadie decirle dónde se hallaba. Muy contrariado, se preguntó: «¿Cómo puede haber salido de palacio sin que nadie se haya dado cuenta? ¿Así estaba también mi reino entero? ¿En situación desesperada y sin nadie que lo guardara? No volveré a salir de cacería hasta haber colocado en las puertas a quien pueda hacerse cargo de la integridad de mis dominios». Y la ausencia de la princesa Ibriza lo llevó de la tristeza a la angustia. En esas estaba cuando su hijo Mal Hubo volvió de su viaje y recibió de su padre la noticia de que la ilustre dama había huido mientras él estaba de caza, lo que sumió a Mal Hubo en una gran congoja. A partir de entonces comenzó el rey Ómar a visitar y agasajar a sus hijos pequeños a diario; hizo, además, venir a sabios y maestros para que los instruyeran y les asignó espléndidas pagas a estos. Cuando Mal Hubo se enteró de todo ello, se llenó de celos hacia sus hermanos. La mala sangre que se fue haciendo por esa causa se le traslucía en el rostro, y su salud comenzó a resentirse. Cierta día le preguntó su padre: «¿Cómo es que te veo cada día más lánguido y macilento?». Mal Hubo repuso: «Cada vez, padre, que veo el afecto y atenciones que a mis hermanos dispensáis siento tantos celos, tanta envidia, que a veces temo que podría matarlos y que vuestra respuesta sería matarme a mí por ello. Esa es la causa de la debilidad de mi cuerpo y de que se me haya alterado la color. De vuestra generosidad espero, con todo, que me concedáis alguna de vuestras fortalezas para que pase en ella el resto de mis días; pues razón tenían quienes dijeron: "por no ver a quien más amo, me marcharé de buen grado", y "ojos que no ven, corazón que no siente"», y, dicho esto, bajó pensativo la cabeza. Al oír las palabras de su hijo, lo entendió todo el rey Ómar Ennumán y, para mostrarle su comprensión, le dijo: «Voy a atender a tu deseo, hijo mío. Sabes que no hay en todo el reino fortaleza más importante que Damasco. Tuya es desde este instante». Hizo entonces venir a los escribanos y les ordenó que redactasen el documento de cesión del mando en Damasco a su hijo Mal Hubo, y así lo hicieron. Se acordó que el ministro Dandán acompañaría al joven príncipe, y el monarca le encomendó que velase por los intereses del reino y los asuntos del nuevo gobernador. Y, una vez se hubieron despedido de él su padre, los comandadores y los grandes dignatarios, se puso Mal Hubo, al frente de su ejército, en camino hacia Damasco. Cuando a esta llegó, sus habitantes, que habían engalanado la ciudad para la ocasión, hicieron sonar timbales y trompetas y salieron a recibirlo formando un gran cortejo; muy bien ordenado por cierto, pues quienes ocupaban posiciones a la derecha en el salón del trono, iban también a la derecha en el cortejo, y aquellos a quienes correspondía permanecer a la izquierda, marchaban en ese lado.

Lo anterior, por lo que respecta a Mal Hubo. En cuanto a su padre, Ómar Ennumán, sépase que, poco después de que su hijo mayor, el príncipe Mal Hubo, abandonara la corte de Bagdad, recibió a los preceptores, que le habían pedido audiencia y le dijeron: «Los hijos de vuestra majestad han recibido instrucción en ciencia sagrada, sabiduría y buen gobierno». Mucho se alegró de ello el rey Ómar, quien repartió obsequios entre los sabios con gran liberalidad. Muy satisfecho estaba, en efecto, el soberano de cómo había visto crecer y medrar a su hijo Brillo del Orbe, el cual, a la edad de catorce años, y convertido ya en experto jinete, había puesto sus cinco sentidos en la Ley de Dios y en todo lo relativo al culto que Le es debido. Por otra parte, amaba el joven príncipe Brillo del Orbe a los pobres y a los estudiosos de la ciencia sagrada y el Corán, de modo que todos los habitantes de Bagdad, mujeres y hombres, le profesaban gran cariño. Llegó así el día en que la procesión del bendito Máhmal, o sea, la litera con los sagrados símbolos del islam, había de recorrer Bagdad, encabezando a quienes partían, como motivo de la peregrinación mayor, hacia la honorable ciudad de La Meca, donde tendrían ocasión de visi-

tar la bendita tumba del profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz. Pues bien, cuando el príncipe Brillo del Orbe vio las sedas que forraban la estructura cúbica del Máhmal, anheló unirse a los peregrinos, por lo que entró donde su padre y le dijo: «Vengo a solicitar vuestro permiso para emprender el camino a La Meca». El rey se lo negó: «Espera hasta el año que viene, cuando iremos juntos». Al oír que su padre se lo fiaba para largo, fue el joven príncipe a ver a su hermana Dicha del Tiempo, a quien halló cumpliendo con la oración preceptiva. Esperó a que concluyese y le dijo: «Ardo, hermana, en deseos de peregrinar a la Casa Sagrada de Dios y visitar la tumba del Profeta, con él sean la oración y la paz. Le he pedido permiso a nuestro padre y me lo ha negado, de modo que tengo la intención de reunir algo de dinero y emprender la peregrinación sin que nadie se entere». Su hermana le respondió: «Por Dios te ruego que me lleves contigo; no vaya yo a quedarme sin visitar la bendita tumba del Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz». «Cuando sea noche oscura —respondió el muchacho—, sal de aquí, pero sin decirle nada a nadie». Y, en efecto, a medianoche se levantó Dicha del Tiempo, la gemela del piadoso mancebo, se hizo con algunas monedas, y, vestida de hombre, se dirigió a la puerta del recinto palaciego, donde encontró a su hermano Brillo del Orbe con los camellos dispuestos. Montó este, ayudó a su hermana a hacerlo y partieron ambos, resguardados por las sombras. Se mezclaron con los peregrinos y acabaron situándose a la mitad de la comitiva de los iraquíes. Empezaron así el camino hacia la honorable ciudad de La Meca, adonde Dios les permitió llegar en perfecto estado. Se detuvieron en el monte Arafat, donde cumplieron con los preceptivos ritos, y luego visitaron la tumba del profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz. Hecho todo esto, cuando llegó el momento de volver a su país con los demás peregrinos, el príncipe Brillo del Orbe dijo a Dicha del Tiempo: «Deseo, hermana visitar asimismo la Santa Casa, Jerusalén, y la ciudad del profeta Abraham, el Íntimo de Dios, con él sean la oración y la paz». «Yo también», repuso la joven princesa.

De acuerdo, pues, los hermanos, salió él y pagó para que pudieran ambos unirse a los que marchaban a Jerusalén, hacia donde se pusieron en camino con otros muchos peregrinos. Esa misma noche la joven Dicha del Tiempo tuvo escalofríos y se sintió indispuesta, pero no tardó en restablecerse. Luego fue el muchacho, Brillo del Orbe, quien cayó enfermo, y su hermana no dejó de dispensarle sus cariñosos cuidados. Pero no detuvieron su marcha hasta que llegaron a Jerusalén, donde se agravó el estado del joven príncipe. Se alojaron en cierta posada, donde alquilaron una habitación. Lejos de mejorar, la enfermedad de Brillo del Orbe lo llevó a la consunción y la inconsciencia. Muy apenada por ello, Dicha del Tiempo exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios! Tal ha sido la Sentencia del Altísimo». Y en aquel lugar permanecieron ambos, él cada vez más enfermo, y ella sirviéndolo lo mejor que podía. Fueron así gastando el poco dinero que traían, de modo que al cabo no les quedó ni una moneda de plata. La joven Dicha del Tiempo mandó entonces al mozo de la posada al mercado con una de las telas de su vestuario que consigo había traído de Bagdad. El mozuelo la vendió y la joven princesa tuvo de qué gastar, al menos durante algún tiempo. Pero al poco hubo de hacer lo mismo con otra tela, y así siguió, deshaciéndose de cuanto componía su equipaje, hasta que no le quedó sino una estera hecha trizas. Se echó entonces a llorar la desdichada y repitió las palabras del Sagrado Corán: «La Disposición de todo a Dios pertenece, antes y después». Al cabo de un rato le dijo Brillo del Orbe: «Hermana, me siento algo restablecido y me apetece un poco de carne asada». Ella le contestó: «Me falta, hermano, presencia de ánimo para mendigar por las calles, pero mañana mismo iré a casa de

alguna persona principal y me pondré a su servicio, de modo que tengamos de qué comer». Se quedó unos instantes pensativa y añadió: «Mucho me cuesta dejarte en tu estado, pero no me queda más remedio que salir a buscar nuestro sustento». Su hermano le preguntó: «¿Después de la gloria y el boato en que has vivido siempre, vas a sobrellevar tal humillación? ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso!». Se echó a llorar el muchacho, y su hermana lloró con él mientras le decía: «Somos forasteros; llevamos aquí ya un año entero y nadie ha venido a llamar a nuestra puerta. ¿Hemos de morir de hambre? La única solución es que yo salga, me ponga a servir y gane lo bastante para que podamos alimentarnos hasta que te cures y volvamos a nuestra tierra». Y la muchacha, Dicha del Tiempo, siguió un rato llorando. Luego se levantó, y se cubrió de la cabeza a los pies con un manto de pelo en andrajoso estado que uno de los camelleros había olvidado. Besó a su hermano en la cabeza, lo abrazó, y, muy desconsolada, salió de la habitación sin saber a dónde dirigirse. Su hermano se quedó esperándola con ansiedad. Pero llamaron a la oración vespertina y Dicha del Tiempo no había dado señales de vida. Siguió, pues, Brillo del Orbe esperándola hasta que apuntó el nuevo día y ella seguía sin volver. Dos días enteros transcurrieron. Incapaz de soportarlo más, con el corazón tembloroso por la suerte que podía haber corrido su hermana y lampando de hambre, salió el doliente de la habitación y llamó al mozo de la posada, a quien dijo: «Quiero que me lleves al mercado». El mozo lo cargó a sus espaldas y lo dejó en el mercado.

Los jerosolimitanos se agolparon enseguida a su alrededor y lloraron al ver en qué situación se hallaba. Brillo del Orbe les dio a entender por gestos que tenía hambre, y los allí presentes, con unas monedas de plata que les dio un mercader, le compraron algún alimento y se lo dieron. Lo levantaron luego y lo llevaron a un local donde lo tendieron sobre una estera, dejándole una vasija llena de agua junto a la cabeza. Cuando cayó la noche, se marcharon todos llevándose consigo parte de su penar. A medianoche se acordó el joven de su hermana, creció su debilidad y, ya incapaz de comer y beber, perdió la consciencia. Al verlo así, los transeúntes juntaron tres monedas de plata, y contrataron a un camellero a quien dijeron: «Llévate a este hombre a Damasco y déjalo en el hospital, a ver si allí se cura». «Como digáis», les contestó el camellero, quien pensó: «¿Cómo voy a llevar a este enfermo, que está en las últimas?». De modo que se marchó con el doliente y se ocultó hasta la noche. Llegada esta, fue adonde dejaban los deshechos de la caldera de unos baños y allí, sin más, dejó al infeliz muchacho. A la mañana siguiente vino el fogonero de los baños¹¹⁸ a realizar su tarea y se encontró con Brillo del Orbe en el suelo, tendido boca arriba. El hombre se dijo a sí mismo: «¿Por qué motivo habrán arrojado aquí este cadáver?», mientras le daba con el pie. El joven doliente se movió entonces y el fogonero rezongó: «¿Os tomáis vuestra porción de hachís y luego os echáis a dormir donde mejor os parece...?». Dicho esto, miró al joven a la cara, y se dio cuenta de que no tenía barba y era persona agradecida, por lo que sintió lástima de quien, a todas luces, era forastero y estaba enfermo. El fogonero exclamó entonces: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Mal me he portado con este pobre joven..., y eso que el Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz, nos manda honrar al forastero, y más aún si está enfermo». Se lo echó a las espaldas y lo llevó a su casa, donde encarrió a su esposa que lo atendiese. La mujer le preparó un lecho y le colocó un cojín bajo la cabeza;

¹¹⁸ El oficio de fogonero de los baños implicaba la manipulación de burrajo, el estiércol seco que se usaba como combustible. Se entiende, pues, que era persona que no gozaba de consideración social.

luego calentó agua y con ella le lavó la cara, las manos y los pies. El fogonero, por su parte, fue al mercado y trajo agua de rosas y azúcar; le asperjó el agua de rosas por el rostro y le dio a beber el azúcar desleído en agua. Luego sacó una camisa limpia y él mismo se la puso al desconocido joven. Este percibió el aroma de la salud, por lo que, sintiendo que podía restablecerse, se acodó sobre el cojín. Muy contento por ello, exclamó el fogonero: «¡Gracias a Dios que se está recuperando!», y añadió una plegaria: «Os pido, Dios mío, que, por obra de Vuestros desconocidos Designios, hagáis que este joven recobre salud con mi concurso».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 54**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el fogonero dijo: «Haced, Dios mío, que, en virtud de Vuestros desconocidos Designios, sirvan mis manos a la recuperación de este joven». Durante los tres días siguientes se acercó el fogonero al lecho del doliente con frecuencia; le dio a beber azúcar desleído y aguas de esparto y de rosas, y lo colmó de afectuosas atenciones, hasta que, finalmente, la salud le corrió al joven por el cuerpo y le abrió los ojos. En ese instante coincidió que el fogonero entraba donde Brillo del Orbe, de modo que lo vio sentado en su lecho y con evidentes muestras de estar recobrándose. «¿Cómo os encontráis, joven señor?», le preguntó. El muchacho repuso: «Muy bien, restablecido ya». El fogonero, después de elevar loas al Señor de lo alto, fue al mercado y compró diez pollos, que le llevó a su mujer: «Mátale dos al día, uno por la mañana y otro por la noche». La mujer degolló uno, lo coció, ayudó a Brillo del Orbe a comérselo y le dio a beber el caldo. Cuando el joven hubo terminado, la mujer le trajo agua caliente para que se lavara las manos. Luego se echó de nuevo el joven, con la cabeza apoyada en el cojín, y durmió hasta el atardecer, cuando la esposa del fogonero, que le había cocido otro pollo, lo deshuesó y lo hizo trocitos, fue a su lecho y lo animó diciéndole: «¡Comed, hijo!». Y estaba Brillo del Orbe dando buena cuenta del pollo cuando entró el marido. Se sentó este a la cabecera del convaleciente y le dijo: «¿Cómo os encontráis ahora, joven?». «Alabado sea Dios por mi recuperación. Dios te lo pague con creces». Salió entonces el hombre y volvió con jarabe de violetas y agua de rosas, que le dio a beber. El fogonero trabajaba en los baños por un salario de cinco monedas de plata al día, de los cuales se gastaba a diario una en azúcar, agua de rosas y jarabe de violetas, y otra, en pollos.

El mismo trato afectuoso le dispensó el hombre a Brillo del Orbe por espacio de un mes, al cabo del cual, desaparecidas ya las trazas de la enfermedad, comenzó el joven a sentirse fuerte y sano. Mucho se alegraron de ello sus benefactores. El fogonero dijo entonces a Brillo del Orbe: «¿Queréis venir conmigo a los baños?». «Sí», fue la respuesta del joven. Fue, pues, el fogonero al mercado, y volvió acompañado de un arriero que subió a Brillo del Orbe a lomos de un asno, sobre el cual lo ayudó a sostenerse hasta que llegaron a los baños. El fogonero entró con él, lo dejó sentado en el interior y volvió al mercado donde le compró azúfaifo y harina de altramuces. Volvió y le dijo a Brillo del Orbe: «Lavaos, señor, el cuerpo, invocando el Nombre de Dios», y comenzó a frotarle al muchacho los pies y el resto del cuerpo con el azúfaifo y la harina. Entró entonces un bañero, a quien el gerente de los baños enviaba para que atendiese al joven desconocido. El bañero encontró al fogonero frotándole los pies al muchacho y le dijo: «Eso es ir en con-

tra de la voluntad del gerente», a lo que repuso el fogonero: «El gerente es un alma bendita, que siempre nos ha colmado de beneficios...». El bañero, sin decir nada más, se aplicó a rasurarle a Brillo del Orbe la cabeza. Acabó luego de lavarse el muchacho, y otro tanto hizo el fogonero, y poco después volvió este a su casa con su acogido, a quien ayudó a ponerse una camisa fina y una túnica de las suyas, así como un turbante y un cinturón. Su esposa había degollado y guisado dos pollos. Brillo del Orbe se acomodó en su lecho, y el fogonero deslió el azúcar en agua de rosas y le dio a beber el jarabe. El hombre luego dispuso los alimentos, le fue deshuesando el pollo al muchacho y se lo fue poniendo en la boca al tiempo que le administraba sorbos de caldo. Cuando el joven se sintió saciado, se lavó las manos, alabó al Altísimo por la salud que había recobrado y le dijo al fogonero: «Dios me ha concedido la gracia de encontrarte para que, por obra de tus manos, volviese yo a la vida». «Dejaos de eso –dijo el fogonero– y contadnos cuál es el motivo de que hayáis venido a nuestra ciudad y de dónde venís, pues lo cierto es que distingo en vuestro rostro las señales de la más regalada vida». «Dime tú primero –respondió Brillo del Orbe– cómo diste conmigo y yo contestaré a lo que me preguntas». «Pues os encontré tirado sobre los desperdicios de la caldera cuando, al amanecer, acudí a mis tareas, y, sin saber quién os arrojó allí, os traje a casa. Esa es mi historia». «¡Alabado sea –exclamó Brillo del Orbe– Quien revive los huesos cariados! Has hecho, amigo mío, un gran favor a quien mejor podías, y no dejarás de recoger los frutos. Pero dime, ¿en qué lugar me encuentro?». «En Jerusalén», repuso el fogonero, y esto bastó para que Brillo del Orbe recordase que estaba fuera de su tierra, así como la ausencia de su hermana. Con gran amargura lloró después de contarle al fogonero su historia, y recitó:

«Afflicciones me abruman que soportar no puedo,
y sumido me tienen en el peor desconcierto.
Por más lejos que estéis, ¿no os duele mi dolor,
que hasta en mis enemigos despierta compasión?
¿Qué es lo que de vos quiero? Una sola mirada,
que el calor apugase de estas fogosas brasas.
A mi alma le aconsejo: "Aguarda hasta que vuelvan".
"No me pidas –replica– una vez más paciencia"».

Pronunciado que hubo el muchacho estas palabras, arreció su llanto, y el fogonero le dijo: «No lloréis. Dadle, mejor, gracias a Dios por vuestra recobrada salud». Brillo del Orbe preguntó al fogonero: «¿A qué distancia está Damasco?». «A seis jornadas». «¿Puedes enviarme allí?». «¿Cómo, señor, podría yo permitir que marcharais solo, siendo tan joven como sois? Si estáis decidido a partir, yo iré con vos, y, si mi esposa se aviene y se une a nosotros, me estableceré a vuestro lado, pues mucho me costaría perderos». El buen hombre preguntó luego a su mujer: «¿Quieres venir conmigo a Damasco o prefieres quedarte aquí y esperar a que acompañe a mi señor y regrese? Pues está decidido a emprender viaje, y a mí se me hace muy cuesta arriba el separarme de él. Temo, además, que lo asalten por el camino». Su esposa repuso: «Iré con vosotros». «¡Gracias a Dios!», exclamó el fogonero, quien fue a vender sus cosas y las de su mujer.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 55**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el fogonero y su esposa acordaron emprender viaje a Damasco en compañía de Brillo del Orbe. El fogonero vendió sus enseres así como los de su mujer, se hizo con un asno, montó en este al joven príncipe y partieron los tres. Al cabo de seis días llegaron a Damasco, cuando ya caía la noche. El fogonero se encargó de comprar algo de comer y beber, como tenía por costumbre. Así permanecieron cinco días, y, al sexto, se puso enferma la mujer, quien pasó, al cabo de unos días, a mejor vida. Esto le pesó mucho a Brillo del Orbe, pues ya se había acostumbrado a ella y a sus atenciones. El fogonero, por su parte, se entristeció sobremanera. Brillo del Orbe miró al hombre y, al verlo apenado, le dijo: «No te entristezcas, pues todos hemos de traspasar esa misma puerta». El fogonero miró al joven y repuso: «¡Dios os lo pague, hijo, nos compense a ambos con Sus favores y disipe nuestra tristeza! ¿Queréis que salgamos a pasear por Damasco para distraernos?». «Como mejor te parezca», fue la respuesta del joven. Se levantó, pues, el fogonero, tomó de la mano a Brillo del Orbe y echaron a andar hasta que llegaron a las caballerizas del corregidor. Allí se encontraron con camellos cargados de arcas, alfombras, brocados y otros objetos de gran valor, así como caballos ensillados y camellos de la Bactriana, amén de esclavos domésticos y siervos de guarda, todos muy ajetreados. «¿De quién serán —se preguntó Brillo del Orbe— todos esos esclavos, caballos y telas?», pregunta que trasladó a uno de los fámulos, y este le contestó: «Es el obsequio que el comendador de Damasco se dispone a enviarle al rey Ómar Ennumán junto con el tributo de Siria». Al oír estas palabras, se le llenaron a Brillo del Orbe los ojos de lágrimas y recitó:

«Nadie sabe dar cuenta de la amarga distancia.
Quien sin esperanza una salida no hallará.
No existe el emisario que nos preste su voz,
para nuestros pesares al mundo trasladar.
No me pidáis de nuevo que me mantenga firme:
faltando quienes amo no podré aguantar más».

Y, a continuación:

«De la amada mis ojos registraron la ausencia,
mas en mi corazón tiene plantada tienda.
Desde que su belleza de mi existencia falta
no me ofrecen los días más que amarga nostalgia.
Si que nos reencontremos el Señor tiene a bien,
del sinsabor sufrido, fiel relato le haré».

Recitados estos versos, se echó el joven a llorar, y el fogonero le dijo: «Hijo mío, si ni siquiera confiábamos en que recobrarais la salud... Tranquilízalos, dejad de llorar; no vayáis a sufrir una recaída». Y siguió dedicándole buenas palabras, para consolarlo, mientras Brillo del Orbe no paraba de lamentarse de la lejanía de su casa y su reino, así como de la ausencia de su hermana. Sin que las lágrimas dejaran de fluirle de los ojos, volvió a recitar:

«Toma provisión del mundo,
pues no has llegado a tu meta,
y no olvides que la muerte
a todo ser vivo llega».

La pena y el sufrimiento.
son los frutos de esta tierra,
y vanas las alegrías
que el alma nos embelesan.
A una partida de nómadas
este mundo me recuerda:
en marcha se pone al alba
y a la tarde plantan tienda».

Volvió luego Brillo del Orbe a llorar y a lamentarse por su extrañamiento. También lloró el fogonero, de nostalgia y por la ausencia de su difunta esposa, aunque no por ello cesó en sus intentos de aliviar el pesar del joven durante toda la noche. Cuando, por fin volvió a alumbrar el sol, dijo el fogonero: «Parece que os acordáis mucho de vuestra tierra». Brillo del Orbe repuso: «Así es, y, como no puedo permanecer aquí, me despido de ti en este punto y hora, y a Dios te encomiendo. Me uniré a esa caravana, y en su compañía haré el camino de regreso a mi tierra». «Yo iré con vos —dijo el fogonero—, no puedo abandonaros ahora; el bien que os haya podido hacer quiero completarlo poniéndome a vuestro servicio». Contento el joven ante la perspectiva de que el fogonero hiciese con él su camino, le dijo: «Dios te lo pague con creces». El fogonero salió al punto, compró otro asno y algunas provisiones, y le dijo a Brillo del Orbe: «Montad en este burro mientras estemos de viaje, y, si os cansáis, bajad y caminad un rato», a lo que el joven repuso: «Dios te bendiga y me ayude a mí a compensarte, pues me has hecho el bien que nadie está dispuesto a hacer ni por su propio hermano». Y, cuando cayó la noche, cargaron ambos sus pertenencias y provisiones sobre el asno y partieron.

Lo anterior, por lo que hace a Brillo del Orbe y el fogonero. En cuanto a su hermana, Dicha del Tiempo, sépase que, tras dejar a su hermano en el lecho del dolor, salió de la posada donde ambos paraban, en Jerusalén; bien envuelta en su basto manto, iba con la intención de ponerse al servicio de algún señor y poder así comprarle a Brillo del Orbe la carne asada que tanto le apetecía a este. Ya en la calle, se echó a llorar, pues no sabía a dónde dirigirse. Iba pensando en su hermano y echando de menos a su familia y su tierra. Le rogó a Dios que los librase de la desgracia en que vivían y recitó:

«La pasión se me aviva con la Noche;
la nostalgia redobla mis dolores.
Las entrañas me abrasa la distancia;
Amor me ha reducido a casi nada.
Duele la pena y queman los recuerdos;
las lágrimas divulgan mi secreto.
Estar contigo es lo que más quisiera...,
para ver disiparse mi tristeza.
Mi infierno se alimenta de suspiros;
como amante que soy, sufro castigo.
Demasiados reproches me he llevado
por vivir lo que el Cálamo ha dictado.
He jurado que nunca he de aliviarme,
y es palabra sagrada la de amante.
Sé tú testigo, Noche, de mi historia;
háblales de mi insomnio a los ruspodas».

Y Dicha del Tiempo, la hermana de Brillo del Orbe, siguió caminando por las calles y mirando a un lado y a otro. Y en esto fue a verla un jefe beduino, hombre de edad avanzada, que había llegado del desierto acompañado de otros cinco árabes. El jefe se quedó mirando a Dicha del Tiempo y se fijó en su donosura y en que venía tocada de un manto hecho jirones. Admirado por su belleza, se dijo para sí: «Es una mujer hermosa pero indigente. Ya sea de esta ciudad ya forastera, he de quedármela para mí». La siguió luego un trecho y, cuando el camino llegó a una estrechura, se dirigió a ella: «Jovencita, ¿eres libre o esclava?». Dicha del Tiempo se volvió hacia el desconocido y le dijo: «Por vuestra vida os ruego que no redobléis mis pesares», a lo que el beduino repuso: «Dios me concedió seis hijas, de las cuales se me han muerto cinco, por lo que solo me queda una, la menor. Si me he acercado a ti para preguntarte si eres o no forastera, es porque quisiera llevarte conmigo para que le hagas compañía a mi hija, y pueda ella así distraerse de la pena por la muerte de sus hermanas. Si no tienes a nadie, te llevaré con los míos y serás como una hija para mí». Dicha del Tiempo, al oír esto, se dijo para sí misma: «Acaso este buen hombre me ofrezca la seguridad que necesito», y luego, bajando la cabeza por recato, y en voz alta: «Soy, señor, forastera y tengo un hermano enfermo; iré con vos a vuestra casa con la condición de permanecer con vuestra hija solo de día, y, cuando anochezca, me permitiréis volver con mi hermano. Si aceptáis, iré con vos, pues soy forastera, y, después de llevar una vida regalada, he venido a verme en la más humillante miseria. Mi hermano y yo hemos llegado a Jerusalén procedentes del Hiyaz, y quiero que él sepa en todo momento dónde me hallo». El beduino pensó para sí: «Sin duda he alcanzado lo que buscaba», y luego, en voz alta: «Eso es lo que yo deseo también, niña querida, que le hagas compañía a mi hija durante el día y pases la noche atendiendo a tu hermano; o, si lo preferís, puedes traértelo con nosotros». Y así siguió el beduino, tranquilizándola y dedicándole las mejores palabras, hasta que ella accedió a ponerse a su servicio. El beduino era un saltador de caminos y un traidor a sus compañeros. Hombre dado a la trampa y las argucias, no tenía hijo ni hija algunos, sino que le había contado aquello a la pobre Dicha del Tiempo para engañarla a ella, y para que se cumpliesen los divinos Designios. Y el hombre siguió conversando con la muchacha mientras caminaban hasta las afueras de Jerusalén, donde se reunió con sus compañeros, que tenían los camellos listos para emprender viaje. El beduino montó uno de ellos, puso a su grupa a Dicha del Tiempo y viajaron durante la mayor parte de la noche. La joven comprendió entonces que todo había sido una argucia. Se echó, pues, a llorar y a dar grandes voces, mientras el beduino y los suyos seguían el camino hacia las montañas para ocultarse. Poco antes del alba desmontaron todos y el beduino le dijo a Dicha del Tiempo: «¿A qué viene tanto llanto, muchachita sedentaria?». Y luego, cada vez más irritado: «Por Dios te juro que, como no dejes de llorar, y, con el látigo en la mano, se fue hacia la joven y la emprendió a golpes con ella, mientras decía: «¡Como no cierres la boca, te mato aquí mismo!». Dicha del Tiempo se abstuvo de decir nada más, y, recordando a su hermano y lo enfermo que estaba, lloró en silencio.

Al día siguiente se dirigió al beduino: «¿Cómo has podido engañarme para traermi a estas montañas desiertas? ¿Y qué es lo que quieres de mí?». Con estas palabras se le endureció aún más el corazón al beduino, quien exclamó: «¡Desecho de la ciudad! ¿Es que tienes lengua para

contestarme a mí?»; agarró el látigo y comenzó a golpear en la espalda a la muchacha hasta dar con ella en tierra. Dicha del Tiempo se lanzó a besarle los pies al beduino, quien, si bien dejó de golpearla, comenzó a insultarla y a amenazarla: «¡Por mi capirote te juro que, si te vuelvo a oír hipar, te corto la lengua y te la meto por el coño, desecho de la ciudad!». En lugar de responder, calló entonces la joven, y, muy dolorida por los golpes, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Inclino la cabeza sobre el pecho y consideró su situación: cómo se había humillado después de la grandeza; cuán solo había quedado su hermano enfermo, y lo lejos que estaban ambos de su tierra. Y, mientras abundantes lágrimas le corrían por las mejillas, recitó:

«Vulbe ha sido siempre de natural el Tiempo:
lo que hoy da a manos llenas se llevará mañana.
No hay nada en este mundo que dure para siempre:
de antemano las horas las tenemos contadas.
Yo llevo soportados infortunios sin cuento,
que solo han generado aún mayores desgracias.
Así maldiga Dios la gloria que he vivido,
pues que la humillación tras ella se ocultaba.
Desterrada he de verme, lejos de quien bien quiero,
con mi anhelo frustrado, perdida la esperanza.
Si pasáis por la casa donde otrora viví,
decidle que la fuente fluye aún de mis lágrimas».

Cuando el beduino oyó estos versos, se compadeció de Dicha del Tiempo. Se levantó, se acercó a la joven, le enjugó las lágrimas y le tendió una hogaza de pan de cebada, al tiempo que le decía: «No me gusta que me contesten cuando estoy irritado. A partir de ahora no vuelvas a replicarme con esa desvergüenza, y yo te venderé a un hombre de sólidos principios, como yo mismo, que te dispense buen trato, más o menos como el que de mí vienes recibiendo». «¡Sí, muy bien lo habéis hecho...!», exclamó Dicha del Tiempo. Varias horas después de la atardecida y sintiendo la mordedura del hambre, la joven comió de la hogaza que el otro le había dado, y, a medianoche, mandó el beduino a los suyos que se pusieran de nuevo en marcha.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 56, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el beduino que había engañado a Dicha del Tiempo dio orden de partir. Sus hombres cargaron los camellos; el jefe montó el suyo, con la joven princesa de nuevo a su grupa, y se pusieron en marcha. Tres días duró el viaje, al cabo de los cuales llegaron a Damasco, donde se alojaron en la Posada del Sultán, junto a la Puerta del Rey. Dicha del Tiempo, con el color demudado por el miedo y la fatiga del viaje, se echó a llorar. El beduino se volvió hacia ella y le dijo: «Sedentaria, como no dejes de llorar ahora mismo, te juro por mi capirote que te vendo a un judío». Pronunciado que hubo estas palabras, se levantó el hombre, la tomó de la mano, la dejó en una estancia de la posada y él se fue caminando al mercado. Buscó a los tratantes de esclavas y les dijo: «He traído conmigo a una muchacha, para venderla; su hermano está enfermo, y lo he dejado al cuidado de mi familia, en Jerusalén, para

que lo atiendan hasta que se cure. Desde el día en que el chico enfermó, la muchacha no para de llorar, pues le pesa la separación. Quiero que quien me la compre le dirija palabras afectuosas y le diga: "No te preocupes, tu hermano está con los míos en Jerusalén, recuperándose", y yo le haré una rebaja en el precio». Uno de los tratantes se levantó y le preguntó: «¿Qué edad tiene?». «Es virgen y núbil, inteligente, educada, discreta y de buenas prendas; aunque, desde que mandé a su hermano a Jerusalén, se ha quedado tan cuitada por él que ha perdido lustre», repuso el beduino. El tratante se acercó a este y le dijo: «Voy a ir con vos, jefe árabe, y os compraré esa doncella que tanto alabáis por su discreción, su recato y su belleza. Os daré lo que me pidáis, pero de manera condicional. Si aceptáis mis requisitos, os pagaré lo que valga en dinero contante y sonante; si no, os la devolveré». El beduino repuso: «Tan a vuestro agrado la hallaréis que bien podréis ofrecerla en palacio. Y a mí podéis ponerme las condiciones que mejor os parezcan. Sí, amigo. Ofrecéd-sela al virrey Mal Hubo, el hijo del rey Ómar Ennumán, señor de Bagdad y del Jorasán. Seguro que le gusta, os la compra y vos os lleváis vuestra buena ganancia». «Da la casualidad —dijo el tratante— de que tengo un asunto que resolver en palacio: necesito que el virrey me escriba una recomendación para su padre, Ómar Ennumán. Si me acepta la esclava, podéis contar con que os pese de inmediato el oro que me cueste». «Acepto de buen grado», dijo el beduino, y fueron los dos, caminando, al lugar donde se hallaba Dicha del Tiempo. El jefe beduino se acercó a la puerta de la estancia y la llamó: «¡Rescatada!», pues ese era el nombre que le había puesto. Cuando la joven lo oyó, se echó a llorar y guardó silencio. El beduino se volvió hacia el tratante: «Ahí dentro la tenéis a vuestra disposición; acercaos a ella, miradla a la cara y decidle, con la amabilidad de que seáis capaz, lo que os he indicado». El tratante entró donde Dicha del Tiempo y al poco se dio cuenta de que ciertamente se trataba de una joven de extraordinaria belleza, cualidad que sin duda realzarían unos buenos conocimientos de la lengua árabe. Y se dijo: «Si de verdad es como me la ha descrito el beduino, conseguiré que el virrey me pague lo que le pida», y luego, dirigiéndose a ella: «La paz sea contigo, muchacha. ¿Cómo estás?» Ella contestó: «Todo estaba trazado en el Libro». Lo miró luego con atención, vio a un hombre de digna apariencia y cuyas facciones inspiraban confianza, y se dijo: «Debe de haber venido a comprarme. Si trato de resistirme, seguiré en manos de ese desalmado beduino, que acabará matándome a golpes. De cualquier modo, ese hombre tiene buenas trazas y me tratará mejor que ese salvaje, y, como seguramente habrá venido a oírme hablar, lo mejor que puedo hacer es contestarle con corrección».

Todo esto lo pensaba Dicha del Tiempo con los ojos gachos. Alzó luego la vista hacia el visitante y añadió con voz dulce: «¡Y con vos sea la paz, así como la misericordia de Dios y Sus bendiciones! Dicho sea esto, ante todo, en cumplimiento de lo prescrito por el Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz. En cuanto a vuestro interés por mi actual situación, he de deciros, señor, si queréis conocerla, que solo se la desearíais a vuestros peores enemigos». Pronunciadas estas palabras, volvió Dicha del Tiempo a guardar silencio. Cuando el mercader la hubo oído hablar, se puso como loco de contento, volvió con el beduino y le preguntó: «¿Cuánto cuesta? No hay duda de que esta joven es persona de alto rango». El beduino estalló, muy irritado: «¡Ya me la habéis echado a perder! ¿A qué viene eso de que es persona de alto rango, cuando pertenece a la chusma? Ya no os la vendo». Estas palabras hicieron ver al tratante cuán falto de mollera andaba el beduino, de modo que trató de serenarlo: «Tranquilizaos, amigo, que yo os la compro aun con ese defecto que decís». «¿Y cuánto me pagáis por ella?», preguntó el beduino. «Al recién nacido —repuso el mercader— no le pone el nombre más que su padre... Decid vos cuánto pedís». «No,

no –insistió el beduino–, hablad vos». El tratante dijo para sí: «Este, por si no bastara con lo rudo que es, tiene seca la mollera. Esta muchacha no es solo que tenga valor, sino que me ha cautivado el corazón con su dominio del árabe culto y su hermosura. Si, además, ha recibido instrucción, no cabe esperar mejores prendas, ni podrá pedir más quien la compre. De lo que no cabe duda es de que este no sabe cuánto vale la doncella»; y, dirigiéndose en voz alta al beduino: «Por ella os pagaré, jefe árabe, doscientos dinares limpios para vos, o sea, aparte de la garantía y los derechos reales». El beduino, furioso de nuevo, respondió: «¡Idos por donde habéis venido, señor mío! Por doscientos dinares no os vendería ni los andrajos que lleva puestos. Prefiero conservarla a mi lado para que les dé de comer a los camellos y mueva el cereal», y, dirigiéndose a Dicha del Tiempo: «¡Ven acá, apestosa! Ya no te vendo». Se volvió luego al tratante y le dijo: «Bien sabe Dios que os consideré persona experta. Pero ahora os juro por mi capirote que, como no os apartéis de mí en este instante, tendréis que oír lo que no os placará». El tratante pensó: «Este beduino está mal de la cabeza... Si estuviera en su sano juicio no diría "Os juro por mi capirote" una y otra vez. De cualquier modo, desconoce el verdadero valor de la muchacha, por lo que no puedo ser yo quien le haga una oferta justa. Un cofre entero de joyas haría falta para pagar lo que esta muchacha vale, y yo, desde luego, no dispongo de tanto. Pero si consigo que hable él, le pagaré lo que me pida, así sea mi capital entero». De manera que le dijo al beduino: «No os precipitéis, jefe árabe, y decidme: ¿qué telas le guardáis a esta joven?». El beduino repuso: «¿Y qué falta le hacen las telas a esta piltrafa de esclava? Tened por cierto que el manto con que se envuelve le basta y le sobra». «Con vuestro permiso –dijo el mercader– voy a descubrirle el rostro y examinárselo como suele hacerse al comprar una esclava». «Haced –contestó el beduino– como mejor os parezca, Dios guarde vuestra juventud. Examinadla por fuera y por dentro, y, si queréis, quitadle la ropa y vedla como la parió su madre». El mercader exclamó: «¡Dios nos asista! Solo quiero verle la cara», y se acercó a la joven, intimidado ante su mucha donosura.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 57**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el tratante de esclavas se acercó a Dicha del Tiempo, intimidado por su hermosura, se sentó a su lado y le dijo: «¿Cómo os llamáis señora?». «¿Me preguntáis –dijo ella– por mi nombre actual o por el que tenía antes?». «¿Es que tenéis un nombre nuevo y un nombre viejo?», preguntó el hombre, y ella repuso: «Así es, pues mi nombre era antes Dicha del Tiempo y ahora, Pesar del Tiempo». Al tratante, cuando oyó estas palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas y le preguntó: «¿Es cierto que tenéis un hermano doliente?». «Así es, señor –repuso ella–, enfermo está en la Santa Casa, Jerusalén, pero el Tiempo nos ha separado». Desconcertado ante lo dulce del hablar de la joven, se dijo el tratante: «No miente, pues, el beduino...». Dicha del Tiempo pensó en su hermano, de cuyo estado actual nada sabía, después de haberlo dejado en el lecho del dolor; recordó asimismo lo que a ella misma le había ocurrido con el beduino y lo lejos que se hallaba de su madre, su padre y su reino, y, mientras le caían las lágrimas por las mejillas, y entre grandes suspiros, declamó:

«Allá donde te encuentres, quiera Dios protegerte;
a ti que lejos paras, pero en mi pecho habitas.
Sea Dios por esos mundos el vecino solícito
que de mal y pesares te preserve la vida.
Mis ojos se quedaron pendientes de tu imagen,
y abiertas, de las lágrimas me dejaste las vías.
¿Qué parajes escoges para plantar la tienda?,
¿por qué sendas y trochas alientas y transitas?
Si agua viva compartes con majuelos y espinos,
sabe que de las lágrimas solas mi sed se abita.
Si al tenderte en tu lecho te entregas al descanso,
te diré que el insomnio sobre el mío crepita.
Todo salvo tu ausencia, serena lo soporto;
de todo lo demás no se me da una higa».

Cuando el tratante oyó estos versos, se echó a llorar y tendió la mano para enjugarle las lágrimas de las mejillas a Dicha del Tiempo, quien, cubriéndose el rostro, exclamó: «¡Ni se os ocurra, señor!». Cuando el beduino, que estaba sentado poco más allá, observándolo todo, vio que la joven se tapaba la cara, creyó que estaba impidiéndole al comprador que la examinara. De modo que se levantó de un brinco, se acercó a la desdichada, alzó el correa de camello que traía en la mano, y la golpeó con tal fuerza entre los hombros que Dicha del Tiempo cayó de cara al suelo. Los guijarros le rajaron una ceja. Al notar que la sangre le corría por la mejilla, gritó la joven, e incapaz de levantarse prorrumpió en llanto. Otro tanto hizo el mercader, quien dijo para sí: «He de comprar esta doncella, aunque me cueste su peso en oro, para librarla de este desaprensivo». Mientras Dicha del Tiempo seguía casi inconsciente, se puso el tratante a insultar al beduino. Cuando la joven acabó de volver en sí, se secó la sangre y las lágrimas del rostro, se vendó la frente y, levantando los ojos hacia el cielo, se dirigió, con el corazón contrito, a su Señor y recitó:

«Merece lástima la bien nacida
que cayó por sevicias en desgracia,
y entre copiosas lágrimas exclama:
"¡Cambiar no puedes lo que el Sino dicta!"».

Dicha del Tiempo se volvió hacia el tratante y le dijo en voz queda: «Os suplico por lo más sagrado, señor, que no me dejéis en manos de este desalmado que a Dios no conoce. Si he de pasar una noche más bajo el mismo techo que él, me dará muerte con mis propias manos. Libradme, pues, de él, y así os libre el Altísimo de cuanto temáis en este mundo y en el otro». El mercader se levantó y dijo al beduino: «Ya que no es quedaros con esta joven lo que os interesa, jefe árabe, vendédmela por el precio que vos mismo estiméis». El beduino repuso: «Sí, pagadme lo que valga y quedáosla. De lo contrario, me la llevaré al forrajeo y la dejaré recogiendo estiércol y dándoles de comer a los camellos». «Os doy —dijo el tratante— cincuenta mil dinares». El beduino repuso: «¡Ábranos Dios una salida!», a lo que el tratante dijo, subiendo su oferta: «Setenta mil dinares». El beduino volvió a exclamar: «¡Ábranos Dios! Eso no cubre el capital que en ella tengo invertido, ya que de mi mano se habrá ya comido cosa de noventa mil dinares en panes de cebada». «Vos, junto con toda vuestra familia, qué digo, y hasta vuestra tribu entera —dijo el mercader— no os habéis comido en toda vuestra ni mil dinares en cebada. Pero os voy a decir mi última palabra, y, si no la aceptáis, iré ahora mismo al corregidor, os denunciaré y os quedaréis

sin la muchacha». «Hablad», dijo el beduino, y el tratante: «Cien mil dinares». La respuesta del beduino fue: «Os la vendo por ese precio, que me valdrá para comprar sal...». El tratante se echó a reír, fue a su casa, juntó el dinero y se lo entregó al beduino. Este lo recibió diciéndose: «Saldré de inmediato hacia Jerusalén, encontraré al hermano de la joven, lo traeré y lo venderé también». Y, en efecto, subió a su montura y emprendió viaje. Una vez en la Casa Santa, Jerusalén, fue a la posada y preguntó por el hermano, pero no dio con él. El tratante, por su parte, recibió a Dicha del Tiempo, la cubrió con una túnica suya propia y la llevó a su casa.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 58**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el tratante recibió a la joven Dicha del Tiempo de manos del beduino, le puso a la princesa sobre los hombros un manto que él llevaba y se la llevó a su casa, donde le entregó los más espléndidos ropajes. La llevó luego al mercado, donde le compró un puñado de alhajas que guardó en un hatillo de brocado. Se lo tendió a la joven y le dijo: «Todo esto es para vos¹¹⁹, y lo único que deseo es que, cuando os conduzca ante el virrey, le hagáis saber el precio que por vos he pagado, por más que reconozco que es muy poco para vuestros merecimientos, y, si accede a comprarlos, no dejéis de contarle cuanto por vos he hecho. Pedidle luego un salvoconducto con su sello para que pueda yo ir a ver a su padre, su majestad Ómar Ennumán, señor de Bagdad y del Jorasán, de modo que no me cobre aranceles sobre mis telas ni demás mercancías». Como, al oír estas palabras, se echara Dicha del Tiempo a llorar amargamente, el tratante le dijo: «He advertido, señora, que siempre que menciono Bagdad, se os saltan las lágrimas. ¿Será que tenéis allí a algún ser querido? Si es mercader o incluso aunque no lo sea, decidme de quién se trata, pues conozco a todos los mercaderes de la ciudad y a otras muchas personas; y, si queréis enviarle un mensaje, yo se lo haré llegar». La joven repuso: «Lo cierto es que no conozco a mercaderes ni a gente de otra condición, sino al rey Ómar Ennumán, señor de Bagdad». Cuando el tratante oyó esto, se regocijó tanto que le vino la risa. Para sí se dijo: «Ya está todo a mi favor», y luego, en alta voz: «¿Es que ya os han ofrecido a él?». «No me han ofrecido —contestó ella—, sino que me crie junto a su hija, por lo que el rey me tiene en gran estima y me cuenta entre las mujeres de su privanza. De modo que, si deseáis una carta de recomendación para el rey Ómar, traedme tintero y papel, que yo misma os la escribiré. Cuando lleguéis a Bagdad entregádsela en mano a su majestad y decidle: “Dicha del Tiempo, la joven de palacio, que ha sufrido los embates de las Noches y los Días, hasta el punto de ser vendida como esclava, envía a vuestra majestad sus más respetuosos y mejores saludos”. Cuando, dicho esto, el rey os pregunte por mi paradero, decidle que estoy en la residencia del virrey de Damasco». Maravillado el tratante del dominio del árabe culto que la joven mostraba, le tomó aún más cariño y le dijo: «Me parece a mí que han querido sacar partido de vuestro mucho talento y hacer un negocio redondo. ¿Os sabéis el Sagrado Corán?». La joven repuso: «Sí, por supuesto, y también

¹¹⁹ El tratante, a pesar de que ha adquirido a la joven como esclava, se dirige expresamente a ella con la fórmula de tratamiento «mi señora» (*sayyidati*, en árabe).

he recibido alta instrucción en filosofía y medicina. Me sé al dedillo los *Prolegómenos al conocimiento* y el *Comentario a los Aforismos de Hipócrates*, por el sabio Galeno, a partir de los cuales escribí yo misma un escolio. Me he estudiado la *Tádhkira*, he comentado el *Burhán* y conozco a fondo los *Mufradat* de Abén Albaitar. He discutido asimismo el *Canon* de Avicena, y he aprendido el arte de los grimorios y los cuadrados mágicos. Soy experta en figuras geométricas y en la ciencia de los volúmenes. Mis conocimientos de gramática son muy profundos, conozco a fondo las principales obras de la escuela jurídica shafé y memorizado gran cantidad de tradiciones proféticas. He mantenido discusiones con renombrados sabios y pronunciado discursos sobre las distintas ramas del conocimiento. He compuesto, además, obras sobre lógica, retórica, álgebra y dialéctica. No me faltan conocimientos asimismo ni en los saberes esotéricos ni sobre el cómputo del calendario religioso. Y puedo aseguraros, señor, que domino y comprendo los fundamentos de todas esas ciencias y disciplinas. Si me facilitaseis –añadió– tintero y papel, os redactaría un escrito que os entretendría en vuestros viajes y os libraría de pesados volúmenes». El mercader, al oír esto, expresó su jubilosa aprobación exclamando en lengua farsi: «¡*Baj baj!*»¹²⁰, y enseguida añadió: «¡Afortunado quien os tenga en su palacio!». Le trajo tintero, papel y un cálamo de cobre, y, así que le hubo puesto todo ello delante, besó el hombre el suelo ante la joven en señal de reconocimiento. Tomó entonces Dicha del Tiempo el pliego y el cálamo, y escribió los versos siguientes¹²¹:

*A estos mis ojos, que cerrar no puedo,
¿el arte de velar les enseñaste?
Tu memoria me aviva dentro un fuego:
¿será el amor, que recordarte me hace?*

*Llegaron a su fin las libaciones,
de cuyo néctar no llegué a saciarme.
Y ya no tengo sino un solo amigo:
el viento, que noticias tuyas trae.*

*Sin apoyo y sostén nada perdura;
ni las rocas resisten, con ser duras...*

Tras redactar los anteriores versos, escribió la joven en aquel mismo pliego estas sentidas frases:

Y lo dice quien, dominada por el continuo pensar y enflaquecida por los desvelos, pues, saltándole luces en la oscuridad, ni distinguir puede la noche del día, se agita en el lecho de la distancia y se alcohola los ojos con los pinceles del insomnio; quien no cesa de observar los astros y de acechar a las tinieblas, consumida por el continuo meditar en unos sucesos que sería oneroso detallar; quien, en fin, no ha hallado más ayuda que el llanto.

A continuación añadió estos otros versos:

*Si oigo al alba una tórtola en su rama,
mueve un letal ardor en mis entrañas.*

¹²⁰ La expresión, que viene a significar «¡excelente!», era usual en la corte hughadí de los primeros califas abbasíes, hasta el punto de que se inscribía en las acuñaciones monetarias, dando a entender que la calidad del metal había sido comprobada.

¹²¹ De los dos escritos que la joven ha ofrecido, esto es, la carta de recomendación y el que bastaría para entretener al tratante en sus viajes, Dicha del Tiempo redacta el primero.

*Si lamentos me llegan apenados,
la nostalgia redobla mis quebrantos.
A quien no siente compasión me quejo:
ya abandona mi espíritu este cuerpo.*

Volvieron a llenársele de lágrimas los ojos, pero aún escribió un tercer poema:

*El día que te fuiste me abandonó la fuerza,
y el descanso dejó de visitar mis párpados.
Te guiaré con mi voz para que puedas verme:
cuerpo no has conocido como el mío de flaco.*

Luego, al final de la plana, escribió: «*Estas palabras las dice quien, lejos de su gente y de su patria, tiene tristes corazón y alma, vuestra servidora por siempre, Dicha del Tiempo*». Dobló el pliego y se lo entregó al tratante, quien lo recibió, lo besó y leyó su contenido. Regocijado exclamó: «¡Loado sea Quien os formó de la nada!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 59**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo concluyó su escrito y se lo entregó al mercader, quien, después de recibirlo, lo leyó, y exclamó: «¡Loado sea Quien os creó!». Luego le quiso dispensar tan esmerado trato que se pasó la jornada entera agasajándola. Al atardecer salió el hombre al mercado, de donde le trajo a la joven algunos alimentos, y a continuación la llevó a los baños, donde le dijo a una empleada: «Cuando termines de lavarle la cabeza, ayúdala a vestirse y mándame recado». «Como digáis», dijo la mujer. Trajo entonces el tratante alimentos, fruta y velas, y lo dejó todo en un poyo de los baños. Cuando la moza de estos terminó su labor lavando a Dicha del Tiempo, la vistió con muchos miramientos. Salió la princesa y se sentó en el poyo, donde halló la mesa dispuesta. Comieron ambas, la joven y la mujer de los baños, y dejaron los restos para la portera. Aquella noche la pasó Dicha del Tiempo en casa del tratante, pero lejos de donde él dormía. Cuando el hombre despertó, fue adonde la princesa y le ofreció una camisa fina, un paño que le había costado mil dinares, una túnica turca con brocado de oro y unas pantuflas con bordados en oro bermejo y cubiertas de perlas y pedrería. Le adornó luego las orejas con unos zarcillos circulares de perlas, que costaban mil dinares, y le puso al cuello una gargantilla de oro y un collar de ámbar que le caía sobre los senos y le llegaba casi hasta el ombligo. En dicho collar, que no valía menos de tres mil dinares, venían ensartadas diez esferas y nueve medias lunas; cada media luna traía engastada un zafiro, y cada esfera, un rubí del Badajshán. Todo el equipo con que la proveyó costaba, pues, una gran suma de dinero. El tratante le recomendó que se acicalase lo mejor que pudiera, y, en cuanto la joven estuvo lista, salieron ambos a la calle, donde el mercader echó a andar delante de ella. Cuando los damascenos la veían, quedaban todos atónitos ante su belleza y exclamaban: «¡Bendito sea Dios, el mejor de los creadores! ¡Afortunado quien consiga tenerla a su vera!». Y no detuvieron ambos la marcha, siempre con el tratante abriendo paso, hasta que entraron en la residencia del virrey Mal Hubo.

El mercader besó el suelo ante este y dijo: «Traigo a vuestra alteza, bienaventurado príncipe, un singular e incomparable regalo, en el que se unen lo bello y lo benéfico». «Quiero juzgar después de haber visto», dijo el joven virrey. Salíó el mercader y volvió con la princesa, a quien mandó detenerse ante Mal Hubo. No más verla este, llamó la sangre a la sangre, por más que hubiesen vivido casi siempre separados el uno de la otra. Mal Hubo, como se recordará, se limitó en su momento a oír la noticia de que tenía una hermana llamada Dicha del Tiempo y un hermano de nombre Brillo del Orbe, noticia que irritó en extremo al bravo guerrero, pues, como ya se dijo más arriba, vio en peligro su derecho al trono.

Pues bien, el tratante le dijo al presentársela: «A más de su extraordinaria belleza y donosura, tales que no tienen comparación en nuestra era, y a la vista están, sepa su alteza el virrey que esta joven domina todas las ciencias religiosas, mundanas, políticas y aritméticas». Mal Hubo repuso: «Recibe el precio que por ella hayas pagado, déjala aquí y vete a tus asuntos». «Como vuestra alteza disponga —dijo el tratante—. ¿Y puedo solicitar de nuestro bienaventurado príncipe un documento que me exima a perpetuidad del pago de diezmos y aranceles en mis tratos comerciales?». Mal Hubo dijo: «Dalo por hecho. Pero dime: ¿cuánto has pagado por ella?». «Cien mil dinares —repuso el tratante—, y otros cien mil que he gastado en vestirla y equiparla». «Voy a pagarte aún más», dijo Mal Hubo, quien llamó a su tesorero y le ordenó: «Entrégale a este mercader trescientos veinte mil dinares». A continuación hizo el joven virrey venir a los cuatro jueces y les dijo: «Declaro que manumito a esta mi esclava, aquí presente, y desecho desposarla». Los jueces redactaron el acta de manumisión y luego la de esponsales. Hecho esto, esparció el príncipe y virrey entre los presentes abundante oro, que fámulos y mozos se apresuraron a recoger. Después mandó Mal Hubo que le escribiesen al tratante un documento, en virtud del cual, y con arreglo a su solicitud, se le eximiera del pago de tasas y aranceles en sus operaciones comerciales, y lo guardase de todo mal en sus territorios; y asimismo que le diesen en obsequio telas de su propiedad.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 60**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mal Hubo mandó que le expidieran al mercader, de acuerdo con su petición, un documento que lo exonerara a perpetuidad del pago de tasas, diezmos y aranceles por sus operaciones comerciales, y que asimismo lo preservase de cualquier perjuicio. Además, ordenó que le lo obsequiasen espléndidamente. Se marcharon luego quienes estaban presentes, y solo siguieron ante el virrey los jueces y el tratante. Mal Hubo dijo a los jueces: «Me gustaría que oyeráis hablar a esta joven dama, para comprobar que la ciencia y formación que el mercader le atribuye son conformes a la verdad». Los jueces respondieron: «Nada hay que objetar a ello». Mandó entonces el virrey que tendiesen un telón, para que de un lado quedasen él mismo y quienes con él se hallaban, y, del otro, la joven dama y las demás mujeres del palacio, que se apiñaron en torno a ella y le besaron las manos y los pies, pues ya sabían que el virrey la había desposado. Las mujeres formaron un círculo alrededor de Dicha del Tiempo, se pusieron a su servicio y la descargaron de parte de los atavíos con que seguía engalanada, y así

podieron admirar su belleza y donosura. Las esposas de los comandadores y ministros oyeron que el virrey Mal Hubo había comprado una concubina que no tenía rival en belleza, ciencia y formación, que había pagado por ella la suma de trescientos veinte mil dinares contantes y sonantes, y que, después de manumitirla, había hecho levantar acta de sponsales con ella; hecho lo cual había ordenado a los cuatro jueces que examinaran a la joven. Las mujeres pidieron, pues, permiso a sus maridos y acudieron a palacio. Al llegar, encontraron a Dicha del Tiempo rodeada de servidoras. Ella, por su parte, no bien las vio entrar se levantó para recibirlas, movimiento que imitaron las esclavas, y las acogió con grandes muestras de consideración y una gran sonrisa en los labios. Ganada así la simpatía de las visitantes, Dicha del Tiempo las fue invitando a sentarse, a cada una donde le correspondía. Las mujeres de los comandadores y ministros, admiradas de la belleza y donosura, la discreción y las maneras de la joven dama, se dijeron unas a otras: «De ningún modo es una concubina, sino una princesa de sangre regia». Siguieron luego ponderando la valía de Dicha del Tiempo y al final le dijeron: «Habéis venido, señora nuestra, a iluminar nuestra ciudad y a honrar nuestro país. El reino es vuestro, el palacio es vuestro y nosotras, vuestras servidoras. Por el mismo Dios os rogamos que no nos privéis de vuestros favores y de la contemplación de vuestra belleza», palabras que les agradeció Dicha del Tiempo. Todo esto ocurría mientras el telón seguía echado, separando a la hermosa princesa y a las mujeres que la acompañaban, del virrey Mal Hubo, los cuatro jueces y el tratante.

Poco después se dirigió a ella Mal Hubo y le dijo: «Oídme, distinguida dama de nuestra era: el mercader aquí presente os atribuye conocimientos vastos y una concienzuda formación, y asegura que sois versada en todas las ciencias, incluida la de las estrellas. Hacednos oír, de cada materia, un breve parlamento». Al oír esto dijo Dicha del Tiempo:

DE MIL AMORES, ALTEZA¹²². La primera materia es la que corresponde a la política, a la formación de príncipes y a cuanto conviene a los responsables del derecho y el gobierno, así como a la moralidad, que han de preservar. Sepa vuestra alteza que toda la actividad de las criaturas de Dios tiende a la religión y al mundo, y que, si no es por medio del mundo, nadie puede alcanzar las metas de la religión. Este mundo nos ofrece los dones que jalonan nuestra vía de acceso al más allá, y no hay modo de que reine el orden en la tierra, si no es gracias a las obras de quienes lo habitamos. Por otro lado, la actividad de los seres humanos tiene cuatro modalidades: el principado, el comercio, la agricultura y la industria. El principado exige el ejercicio máximo del arte de la política y la más efectiva sagacidad, puesto que es el eje del florecimiento de este mundo, el cual es, como he dicho, la vía que nos lleva al más allá. Pues, en efecto, Dios, el Supremo, ha dispuesto que este mundo sea, para Sus adoradores, el viático del viajero que se dirige a la meta por todos deseada. Cada cual debe tomar, de dichos dones mundanos, solo en la medida en que puedan ayudarle a llegar a Dios, sin pretender nunca su propia satisfacción. Si en la consecución de los dones nos condujésemos todos en observancia de la justicia, cesarían por siempre las rivalidades. Pero el acceso a los bienes del mundo se ha regido siempre por la violencia y la concupiscencia. Y, dado que esto provoca el surgimiento de rivalidades, los seres humanos necesitan un poder establecido, capaz de instaurar la justicia y mantener el buen orden de las cosas. Lo cierto es que, si los reyes no pusieran barreras entre unos seres humanos y otros, el fuerte acabaría por dominar al débil. Con razón dijo Ardashir: «La religión y el rey siempre van juntos; la religión

¹²² Comienza el «Parlamento de Dicha del Tiempo sobre las diversas ciencias y disciplinas».

es el tesoro, y el rey, su guardián». De modo que tanto las leyes dictadas desde antiguo como el entendimiento natural indican que los seres humanos han de contar con un poder establecido que aparte al maltratador del maltratado, que defienda, con la justicia, al débil del fuerte, e impida que los violentos y los tiranos abusen de los demás. Y sepa asimismo vuestra alteza –prosiguió Dicha del Tiempo– que la bondad de un lapso de tiempo es proporcional a la bondad moral del gobernante que como tal ejerza. Ya lo dijo el profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz: «Entre los seres humanos hay dos clases de personas cuya bondad o maldad determina la bondad o maldad de otros muchos: los sabios y los príncipes». Asimismo afirmó cierto sabio:

Tres tipos hay de reyes: el rey de religión, el rey que guarda lo inviolable y el rey de pasiones. El rey de religión, en primer lugar, exige que su grey se mantenga fiel a su fe, lo que le exige ser el más piadoso de todos, ya que se constituye en modelo en materia religiosa; sus súbditos le deben obediencia en cuanto sea conforme a los preceptos de la Ley sagrada, y ello, por más que pueda verse en la necesidad de conceder la misma estima al irritado que al contento, con tal de que todo se someta a los divinos Designios. En segundo lugar, el rey que guarda lo inviolable es el que se encarga de los asuntos de la religión y del mundo, y exige a sus súbditos que cumplan la Ley y guarden el común honor; este soberano sabe conciliar el cálam con la espada, y así, cuando alguien se revuelve contra lo dictado por el cálam, el rey tiene ordenado que la desviación sea corregida con el filo de la espada, y de esta manera se hace justicia entre toda la grey. En tercer y última lugar, el rey de pasiones es el que, ajeno a la religión, sigue solo los dictados de su propia concupiscencia sin temer el embate de su Señor, de Quien recibió el gobierno, por lo que su reino se encamina a la destrucción y él mismo acaba, a causa de su insolente contumacia, en el infierno.

También han dicho los sabios: «El rey necesita a muchos, y muchos necesitan a uno»; por ese motivo el soberano ha de conocer a sus súbditos en profundidad, para convertir sus disensiones en acuerdos, extender entre ellos la justicia y colmarlos de favores. Y sepa igualmente vuestra alteza que Ardashir, tercer rey de los persas, reinó sobre todos los climas de la tierra; los dividió en cuatro secciones, y a cada una de ellas asignó un sello. El primer sello era el de la mar, el buen orden¹²³ y la defensa, y sobre él mandó grabar la palabra «Encomendadas»; el segundo era el de los impuestos y capitaciones, y llevaba la inscripción «Fábrica»; el tercero era el de abastos, y llevaba inscrito «Afluencia», y el cuarto y último era de la administración penal y llevaba la leyenda «Justicia». Estos usos siguieron vigentes entre los persas hasta el advenimiento del islam. Cosroes, por su parte, le escribió a su hijo cuando este se hallaba en cierta campaña militar: «No seas demasiado pródigo con tus hombres, para que no crean poder prescindir de ti...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 61**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo prosiguió su parlamento ante el virrey de Damasco recordando las palabras que Cosroes le dirigió a su hijo en una misiva:

¹²³ En árabe, *shurta*; esto es, el mantenimiento del orden social, que correspondería a los cuerpos de seguridad en el Estado moderno.

No seas demasiado pródigo con tus hombres, para que no crean poder prescindir de ti, ni demasiado duro con ellos, de modo que se hastíen de tu gobierno. Muéstrate con ellos generoso sin excesos, haz que aprendan tus dones, sé pródigo cuando los tiempos lo permitan y no los sometas a privaciones en las dificultades.

SE CUENTA¹²⁴, por otra parte –prosiguió Dicha del Tiempo–, que un beduino se presentó ante el califa Almansur y le dijo, refiriéndose a la relación del rey con sus súbditos: «Uno ha de procurar que su perro vaya detrás, siguiéndolo». Cuando Almansur oyó estas palabras, se irritó, pero Abu l-Abbás el Tusí le dijo: «Es de temer, Comendador de los Fieles, que, si alguien tiene un perro a quien no cuida como es debido, el animal dejará a su amo, y en cuanto otro le muestre un trozo de pan se irá detrás de él». La ira de Almansur se aplacó, pues entendió que el beduino no iba desencaminado. De modo que ordenó que le entregasen a este un obsequio. Y sepa asimismo vuestra alteza que el califa Abdelmálek hijo de Marwán le dio a su hermano Abdelaziz los siguientes consejos cuando lo mandó a Egipto: «No descuides a tus escribanos ni a tus chambelanes, pues de lo fijo te informarán los primeros, mientras que los segundos te tendrán al día de las ocasiones y festividades. En cuanto a tu ejército, de él sabrás según lo que gastes». Y el califa Ómar Aljattab, Dios esté de él satisfecho, cuando admitía a alguien a su servicio, le ponía cuatro condiciones, a saber: no montar rocines, no llevar ropa suntuosa, no comer del botín y no dejar la oración canónica para más tarde. Se ha dicho y repetido que no hay capital más beneficioso que el entendimiento, ni mejor fruto del entendimiento que el buen gobierno y resolución, ni más loable resolución que el temor de Dios, ni mejor compañía que las personas de bien, ni más precisa balanza que la educación, ni mayor beneficio que el divino, ni mejor comercio que las buenas obras, ni más productivo rédito que el premio de Dios, ni recato más envidiable que el saber detenerse en los límites de la Tradición, ni ciencia que supere a la reflexión, ni más loable devoción que cumplir los preceptos establecidos, ni economía más lucrativa que la moderación, ni honor que supere el conocimiento. Únase a todo lo anterior la máxima: «Conserva cabeza y vientre con sus contenidos, y recuerda la muerte y la devastación». Ali hijo de Abu Táleb, Dios esté de él satisfecho, afirmó: «Temed el mal que de las mujeres proviene y estad ante ellas en guardia; no les pidáis consejo para ningún asunto, pero no os mostréis remisos con ellas, no vaya a ser que comiencen a tramar». Y también se le atribuye: «Quien se aparta de la moderación acaba perdiendo el seso». Y Ómar Aljattab, Dios esté de él satisfecho, afirmó lo siguiente:

Mujeres hay de tres clases: en primer lugar, la devota y temerosa de Dios, capaz de afecto y buena paridora, que ayuda a su hombre contra las vicisitudes y no a las vicisitudes contra su hombre; en segundo lugar, está la mujer que sirve para dar a luz, pero para nada más, y, en tercer y último lugar, aquella que, por voluntad del Altísimo, se convierte en cadena al cuello de su marido. También hay tres clases de hombres: primero, el juicioso que gusta de formarse su propia opinión; segundo, el aún más juicioso que, cuando se ve ante un asunto cuyas consecuencias se le escapan, acude a quienes tienen opinión formada y sigue sus consejos, y, tercero, el que no sabe a qué atenerse, pues ni puede por sí propio hallar la vía adecuada ni atiende a quien desea y podría guiarlo.

La justicia, por otro lado, alteza, es necesaria en toda situación; ved que hasta las concubinas la precisan. El ejemplo que suele esgrimirse es el de los saltadores de caminos, quienes, aunque viven de maltratar a los demás, han de ser justos entre sí, y saben cuál es el deber de cada uno y cómo han de repartirse sus botines; pues, de lo contrario, no podrían mantener organiza-

¹²⁴ Comienzan varias «Anécdotas de califas», la primera de las cuales es «El beduino y el califa Almansur».

ción ninguna. En suma, por encima de todas las virtudes están la nobleza y la rectitud. El poeta lo expresó certeramente:

Entre todos destaca por su juicio y su rumbo;
pero a ti emularlo no ha de costarte mucho.

Y otro dijo:

La templanza y el perdón
acatamiento despiertan,
y no deben lamentarse
los que actúan con franqueza.
Quienes por su oro pretenden
de admiración ser enseñaza,
sepan que la gloria alcanza
solo el que gusta largueza.

Y aún siguió Dicha del Tiempo hablando del desempeño del principado, hasta que los presentes hubieron de reconocer: «Nunca hemos visto a nadie hablar con tanta propiedad sobre el buen gobierno como esta dama, quien acaso quiera obsequiarnos con un parlamento sobre otra materia». Dicha del Tiempo oyó estas palabras y, entendiendo lo que querían de ella, comenzó de nuevo a hablar: «El ámbito del recto proceder y las buenas maneras, el *ádab*, es casi ilimitado¹²⁵, pues afecta a todas las perfecciones. Es hecho de todos admitido que en cierta ocasión enviaron los Banu Tamim una delegación al califa Muáwiya entre cuyos miembros se contaba Abu Bahr Aláhnaf hijo de Qais. Entró el chambelán de Muáwiya a la presencia de este para ver si quería recibir a los delegados, y le dijo: «Una delegación de Iraq desea entrar a la presencia del Comendador de los Fieles para hablar con nuestro señor el califa; ógalos este, si bien le parece». Muáwiya ordenó: «Mirad quién está en la puerta». «Los Banu Tamim» le contestaron, y el califa dio su aprobación: «Que entren». Entraron, pues, los Banu Tamim, y entre ellos, Abu Bahr, a quien se dirigió Muáwiya: «Acércate, Abu Bahr, que pueda oír tus palabras. Dime –añadió el califa cuando lo tuvo cerca–, ¿qué consejo tienes para mí?». «Arreglaos el cabello y el bigote, cortaos las uñas, depílaos las axilas, afeitaos el pubis y pasaos el *siwak* por los dientes, pues en ello hay setenta y dos virtudes, y no olvidéis que acudir el viernes a los baños es expiación por lo sucedido a lo largo de la semana».

Pero, como Shahrzad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

¹²⁵ Esta es la primera vez que se menciona el término *ádab* en la obra y, como se verá a continuación, se ofrece un ejemplo de la miscelánea de *exempla*, aforismos y razonamientos autorizados, que por tal se entiende en la literatura árabe tradicional. Si bien es cierto que, tanto aquí como en otras historias, nos encontramos con una versión del *ádab* que no es más que la expresión de un ideal de conducta a través de anécdotas; el término resulta en extremo difícil de definir o de traducir. Podrían proponerse, como equivalentes, varios términos españoles, ninguno de los cuales resultaría inadecuado, pero que tampoco bastarían por sí solos para cubrir todos los elementos del pensamiento y el proceder humanos a los que hace referencia el término árabe en cuestión. No es descabellado, así, afirmar, que *ádab* significa «letras» o «buenas letras» («*belles lettres*»), «literatura», «humanidades» o «filología», pero también, más en la línea que se usa en *Mil y una noches*, «formación», «educación», «decoro», «etiqueta» o «modales». No estamos, pues, muy lejos del concepto griego de *paideia*, igualmente rico en contenido e implicaciones, y, en consecuencia, difícil de traducir con precisión.

Y, cuando ya caía **la noche 62**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo prosiguió su parlamento con las palabras siguientes:

Abu Bahr, pues, le aconsejó al califa Muáwiya: «Pasaos el *sivak* por los dientes, pues en ello hay setenta y dos bendiciones, y recordad que el baño que se toma el viernes sirve de expiación por lo que uno ha hecho durante la semana». «¿Y qué consejo—preguntó Muáwiya—te das a ti mismo?». Abu Bahr repuso: «Parar con firmeza los pies en el suelo, moverlos con serenidad y vigilarlos con los ojos». «¿Cómo procedes cuando entras donde están tus inferiores?». «Bajo la cabeza por vergüenza, les dirijo el saludo de la paz, hago caso omiso de lo que no me concierne y hablo poco». «¿Y cómo procedes cuando entras donde tus iguales?». «Escucho lo que dicen, y, si ellos se explayan, me abstengo de imitarlos». «¿Y cómo procedes cuando te hallas ante tus principales?». «Les dirijo el saludo de la paz sin hacer gesto alguno y espero la respuesta; si buscan mi cercanía, me acerco, y, si ellos se apartan, me aparto yo también». «¿Y cómo procedes con tu esposa?». «Excusadme de eso, Comendador de los Fieles». «Te conjuro a que me lo digas». «Extremo la bondad, muestro cercanía y no soy remiso en gastos, ya que la mujer fue creada de una costilla torcida». «¿Y cómo procedes cuando quieres yacer con ella?». «Le hablo para que se serene y la beso en los labios para que se conmueva, y, cuando me hallo en el estado que huelga describir, la tiendo boca arriba y, en cuanto la gota ha llegado a sus entrañas, digo, refiriéndome a esta: “Bendecidla, Dios mío, no la dejéis baldía, y dadle la mejor de las formas”; luego me levanto y voy a purificarme; primero dejo que el agua corra por mis manos y luego me la derramo por el cuerpo; por último, le doy a Dios las gracias por Sus dones». El califa Muáwiya se mostró muy satisfecho: «¡Qué bien has hablado! Dime ahora lo que necesitas». «Lo que necesito es que os comportéis con vuestros súbditos como el temeroso de Dios que sin duda sois, y os mostréis justo con todos por igual», repuso Abu Bahr, quien, sin más, se levantó y dejó el salón del consejo de Muáwiya. Cuando hubo salido, este exclamó: «¡Aunque en Iraq estuviese él solo, bastaría!».

Y Dicha del Tiempo concluyó su parlamento diciendo: «Esto ha sido una muestra de los frutos del *ádab*, que a todos nos enseña cómo hay que proceder. Y sepa asimismo vuestra alteza que Muáqib estuvo al frente del tesoro durante el califato de Ómar Aljattab...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 63**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo prosiguió su parlamento con las siguientes palabras:

Sepa vuestra alteza que Muáqib tuvo a su cargo el tesoro durante el califato de Ómar Aljattab, y que, en cierta ocasión, vio al hijo del califa y le dio una moneda de plata del tesoro. El propio Muáqib dio cuenta de lo ocurrido: «Después de entregarle el *dírhām* al muchacho me fui a mi casa, y estaba yo tranquilamente sentado cuando se presentó un enviado del califa, a cuya presencia me dirigí temeroso. Me presenté ante él, y me dijo, con el *dírhām* en la mano: “¡Ay de ti, Muáqib! Algo sé que te afecta”. Pregunté: “¿Qué es ello, Comendador de los Fieles?”, a lo que me respondió: “Pues que, en razón de este *dírhām*, habrás de entrar en litigio con toda la

comunidad de Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz, el Día de la resurrección". Más tarde ocurrió, alteza, que Ómar le escribió a Abu Musa el Asharí diciéndole: «A la recepción de la presente misiva dales a los siervos de Dios lo que les corresponda y tráeme el resto», encargo que Abu Musa cumplió a pies juntillas. Luego, cuando Othmán accedió al califato, le escribió este asimismo a Abu Musa mandándole lo mismo. Abu Musa ejecutó la orden y acudió acompañado de Ziyad. Cuando Abu Musa depositó los tributos ante Othmán, se acercó el hijo de este y tomó un dírham. Como Ziyad se echase a llorar, Othmán le preguntó: «¿Por qué lloras?». Ziyad respondió: «Una vez le trajeron a Ómar Aljattab los tributos y, cuando se los pusieron delante, se acercó su hijo, tomó un dírham, y el califa ordenó al punto que se lo quitaran de las manos. Ahora, por el contrario, no veo que nadie le quite a vuestro hijo la moneda de la que se ha adueñado». Othmán exclamó: «¿Y dónde encontraremos a otro Ómar?».

Por otra parte –prosiguió Dicha del Tiempo–, Zayd, hijo de Áslam, TRANSMITIÓ UN RELATO¹²⁶ de su padre, quien dijo: «Salí una noche con el califa Ómar y vimos cerca de nosotros una hoguera. Ómar dijo: "Deben de ser, Áslam, unos viajeros con frío". Nos encaminamos hacia ellos y, al llegar, nos encontramos con una mujer que estaba atizando el fuego, sobre el que había colocado una marmita, y, junto a ella, dos niños, que se quejaban. Ómar los saludó: "La paz sea con vosotros, gentes de la luz –pues quería evitar decir gentes del fuego¹²⁷–. ¿Qué os pasa?". La mujer contestó: "Tratamos de protegernos del frío y de la noche". "Y estos –preguntó el califa señalando a los niños–, ¿por qué se quejan?". "Tienen hambre", dijo la mujer. El califa volvió a preguntar: "¿Y qué hay en la olla?". La mujer dijo: "Un poco de agua, para que se callen. Ya le pediré cuentas Dios al califa Ómar Aljattab el Día de la resurrección...". El propio Ómar preguntó: "¿Y qué sabe Ómar de lo que os pasa?". La mujer le contestó con otra pregunta: "¿Y cómo es que se hace cargo de los asuntos de los demás y luego se despreocupa?". El califa vino adonde yo estaba y dijo: "Vamos", y a toda prisa me llevó hasta la Casa de abastos, de donde sacó un costal de harina y un tarro de grasa. Luego me ordenó: "Cárgamelo todo a la espalda". "Yo –le dije al punto– lo llevaré por vos, Comendador de los Fieles". "¿Cargarás tú –dijo él– con mis culpas el Día de la resurrección?". De modo que le eché la carga a la espalda y volvimos, de nuevo a toda prisa, al lugar donde habíamos encontrado a la mujer. El califa Ómar descargó el costal, sacó un poco de harina y le dijo: "Yo te iré dando". Luego sopló él mismo para avivar el fuego, y, como tenía una lengua barba, vi cómo se la traspasaba el humo. Luego, cuando se hubo cocido la harina, tomó Ómar una porción de grasa, la echó a la marmita y le dijo a la mujer: "Sácales de comer, que yo se lo iré enfriando". Y así hicieron, hasta que todos hubieron comido hasta saciarse. Le dejó a la mujer los alimentos que quedaban y a mí me dijo: "Llorar de hambre los he visto, Áslam..., pues no quise alejarme sin haber averiguado la causa de la hambre que vi"».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 64, dijo Shahrazad:

¹²⁶ Comienza «Ómar Aljattab y la mujer de la marmita».

¹²⁷ Seguramente para evitar que se entendiese zorrustrus.

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo prosiguió su parlamento del siguiente modo:

SE CUENTA ASIMISMO¹²⁸ que Ómar Aljattab pasó junto a un esclavo pastor y, como quiso comprarle una oveja, este le dijo: «No son mías». El califa afirmó: «Entonces tú eres lo que voy buscando», y, dicho esto lo compró y lo manumitió. El pastor elevó una plegaria: «Dios mío, ya que me habéis concedido la liberación menor, concededme también la mayor y definitiva, que es la más valiosa». Del califa Ómar Aljattab CUENTAN TAMBIÉN¹²⁹ que alimentaba a sus sirvientes a base de leche, mientras que él comía los alimentos más groseros; que los vestía de finas telas, mientras que él se contentaba con los paños más bastos; que les daba, en fin, a todos no solo lo que merecían, sino más aún. Una vez, después de entregarle a un hombre la suma de cuatro mil dírham, aún añadió mil más, y, cuando le preguntaron: «¿Os mostraréis con vuestro hijo tan generoso como con este hombre?», él repuso: «Sabed que el padre de este hombre se mantuvo firme en la batalla de Úhud». Y SABEMOS¹³⁰, gracias al testimonio de Alhasan, que un día en que Ómar Aljattab volvía con una gran cantidad de dinero, se le acercó su hija Hafsa, la viuda del Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz, y le dijo: «Eso pertenece en derecho, Comendador de los Fieles, a vuestra parentela». El califa repuso: «Dios, en efecto, ha encomendado que se atienda a los derechos de la parentela, pero no a costa de los bienes de los sumisos a Dios. Habrás agradado a los nuestros, hija mía, pero has irritado a tu padre», y Hafsa se marchó arrastrando los faldones. Y el hijo de Ómar contó lo siguiente: «Mucho tiempo llevaba implorándole al Altísimo que me permitiese ver en sueños a mi difunto padre. Cuando por fin mi deseo se cumplió, lo vi, enjugándose el sudor de la frente. Le pregunté: «¿Cómo estáis, padre?». Él repuso: «Si no fuese por la misericordia de Dios, tu padre se habría perdido».

Dando por terminada esa parte de su discurso, dijo la princesa Dicha del Tiempo dirigiéndose a su hermano Mal Hubo, el virrey de Damasco:

ESCUCHAD AHORA, bienaventurado príncipe, el segundo apartado de la segunda materia, que es la formación del ser humano y las virtudes, donde se contienen¹³¹ los dichos de los discípulos del Profeta y otros creyentes virtuosos. Dijo, así, el célebre Hasan el Basorí: «Ningún alma de entre los descendientes de Adán sale de este mundo sin lamentarse de tres cosas: el no haber disfrutado de cuanto logró juntar, el no haber visto cumplidas sus esperanzas y el no haber aprestado viático suficiente para lo que le espera». Y en cierta ocasión le preguntaron a Sufián: «¿Puede un hombre conjugar el ascetismo con la riqueza?». «Sí —repuso él—, si sabe aguantar en la prueba y dar las gracias cuando recibe». Y CUENTAN¹³² que cuando a Abdállah hijo de Shaddad le llegó su última hora, hizo comparecer a su hijo Muhámmad y le hizo las siguientes recomendaciones: «Veo, hijito mío, que el Ángel de la Muerte ya me está llamando. Teme a tu Señor en lo oculto y en lo público, da gracias a Dios por Sus dones y sé franco en todo momento. Pues el agradecimiento trae consigo más dones, y el temor de Dios es el mejor viático para el definitivo Retorno¹³³, como bien dijo el poeta:

¹²⁸ Comienza «Ómar Aljattab y el pastor».

¹²⁹ Comienza «Ómar Aljattab y sus sirvientes».

¹³⁰ Comienza «Ómar Aljattab y su hija Hafsa».

¹³¹ Comienza el «Parlamento sobre la formación del ser humano y las virtudes».

¹³² Comienza «Abdállah hijo de Shaddad en su lecho de muerte».

¹³³ O sea, la resurrección.

No es más feliz quien junta más dinero,
sino aquel que su afán pone en el Cielo.
Temer a Dios es la certera vía,
sí quieres alcanzar eterna dicha».

Escuche ahora vuestra alteza –prosiguió Dicha del Tiempo– las siguientes anécdotas, que pertenecen a la segunda sección de la primera materia. CUANDO ÓMAR HIJO DE ABDELAZIZ¹³⁴ accedió al califato, fue a los suyos, les requisó las propiedades y las depositó en la Casa del tesoro. Los Omeyas acudieron a la tía del nuevo califa, Fátima hija de Marwán, quien le envió un mensaje a su sobrino: «He de veros». Esa misma noche vino a su encuentro Fátima, a quien el califa ayudó a bajar de su montura. La visitante tomó asiento y el nuevo califa le dijo: «A vos os corresponde hablar, ya que sois vos quien ha mostrado tener una necesidad; decidme, pues, lo que queréis». Su tía Fátima repuso: «No, la palabra os corresponde a vos, ya que penetráis lo que se oculta al entendimiento». El califa dijo: «Dios, el Supremo, envió al profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz, en un rasgo de misericordia con los mundos y para que fuese tormento de quienes lo merecen. Dios le fue propicio en todo, hasta que lo acogió en Su seno...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 65**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo prosiguió su parlamento diciendo:

Entonces dijo Ómar hijo de Abdelaziz: «Dios, el Supremo, envió al profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz, en un rasgo de misericordia con los mundos y para que fuese tormento de quienes lo merecen. Dios le fue propicio en todo, hasta que lo acogió en Su seno, y dejó en su lugar un río que ahitaría la sed de Sus siervos. Fue en ese momento cuando Abu Bakr se hizo cargo del califato. El río siguió su curso y el califa actuó de modo que contentó a Dios. Vino luego Ómar Aljattab, quien realizó las mejores obras que un hombre de bien pueda llevar a cabo y se esforzó cuanto pudo. Más tarde, cuando Othmán accedió al califato, del río se desgajó un canal, y cuando le llegó el turno a Muáwiya fueron varios los canales por los que el agua fluyó, y así siguió ocurriendo con los sucesivos Omeyas: Abdelmálek, Alwalid y Sulcimán, hasta que el Poder vino a parar a mí, que he querido restablecer la situación original del río». Su tía Fátima dijo: «Yo solo quería hablar con vos y recordaros algo, pero, si esa es vuestra palabra, no tengo nada más que añadir». Regresó la anciana a los Omeyas, sus parientes y del califa, que la habían enviado, y les dijo: «Saboread ahora a gusto las consecuencias de vuestra decisión, pues erais vosotros quienes querfais a un nuevo Ómar Aljattab».

Y SE CUENTA ASIMISMO¹³⁵ –prosiguió Dicha del Tiempo– que, cuando al mentado califa, el omeya Ómar hijo de Abdelaziz le llegó la hora de la muerte, reunió a sus hijos en torno a sí, y Máslama, hijo de Abdelmálek, quien estaba también presente, le preguntó: «¿Cómo vais a dejar,

¹³⁴ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz, y su tía Fátima hija de Marwán».

¹³⁵ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz en su lecho de muerte».

Comendador de los Fieles, a vuestros hijos en la indigencia, siendo como sois quien ha de proveer a su sustento? Nada os impide, estando en vida, el darles, de la Casa del Tesoro, lo suficiente para que no pasen estrecheces antes de que todo lo allí reunido vaya a parar a manos de vuestro sucesor». El moribundo califa le lanzó a Máslama una mirada entre irritada y sorprendida, y dijo: «Mientras he gozado de vida, Máslama, les he negado esa fuente de beneficios; ¿cómo, pues, voy a hacerlos unos desgraciados al morir? Voy a decirte algo, Máslama. Mis hijos se cuentan o bien entre quienes obedecen a Dios, el Supremo, y, si es así, ya los proveerá el Altísimo; o bien entre quienes desobedecen a su Señor, y en ese caso, ten por seguro, Máslama, que no seré yo quien los ayude a perseverar en su ingratitud y rebeldía. Recuerda, Máslama, que hace tiempo asistimos juntos, tú y yo, al entierro de uno de mis parientes, los Omeyas Marwaníes. Poco después me ocurrió verlo en sueños sufriendo uno de los castigos del Altísimo, lo cual me turbó y llenó de miedo. Me comprometí entonces con Dios a no actuar como él en caso de acceder al califato, y, dado que me he pasado la vida esforzándome por cumplir mi compromiso, confío en obtener el perdón de mi Sustentador». A esto replicó Máslama: «Yo también asistí al entierro de un hombre, y, concluida la ceremonia, me ocurrió soñar con él, y lo vi vestido entero de blanco en un ameno huerto por donde discurrían varios riachuelos; se me acercó y me dijo: “Todos, Máslama, deben actuar como hice yo, de modo que alcancen esta misma meta”».

Y otras muchas historias hay como las anteriores. CIERTA PERSONA¹³⁶, digna de total confianza, relató lo siguiente: «Durante el califato del omeya Ómar, hijo de Abdelaziz me dedicaba yo a ordeñar ovejas, y un día coincidí con un pastor entre cuyo ganado vi unos lobos, si bien los tuve por perros, ya que nunca había visto yo un lobo en mi vida. De manera que le pregunté: “¿Te sirven bien esos perros?”. El pastor me contestó: “No son perros, sino lobos”. “¿Y cómo puede ser –volví a preguntar– que unos lobos estén con el rebaño sin hacerles nada a las ovejas?”. El hombre contestó: “Cuando la cabeza está sana el cuerpo entero está sano”. Y EN CIERTA OCA-SIÓN¹³⁷ pronunció el califa omeya Ómar el sermón, subido a un púlpito de adobe, y, tras elevar loas a Dios, dijo: «Mirad: sed virtuosos en vuestro fuero interno para que, en lo exterior y públi-co, seáis virtuosos. Manteneos al margen de lo mundano. Sabed que, desde Adán, no hay nadie vivo entre los muertos. Murieron Abdelmálek y quienes lo precedieron, como habrá de morir Ómar, que os habla, y quienes vengan después».

UN DÍA LE PREGUNTÓ MÁSLAMA¹³⁸: «¿Qué os parece, Comendador de los Fieles, si os po-nemos un almohadón para que os reclinéis?». Ómar contestó: «Temo que ese almohadón sea un pecado que del cuello me penda hasta el Día de la resurrección», y al poco soltó un estertor y se desplomó sin sentido. Fátima, al verlo, llamó enseguida: «¡Máriam, Muzáhim, vosotros todos, mirad lo que le ha pasado al Comendador de los Fieles!», y ella misma, después de echarle agua en la cara, se echó a llorar. Volvió el califa en sí y, al ver a Fátima tan desconsolada, le preguntó: «¿Por qué lloras, Fátima?». Ella repuso: «Al veros, Comendador de los Fieles, tendido entre nosotros, pensé en el momento en que os hallaréis tendido ante el propio Dios, el Santo, el Ex-celso, a la hora de la muerte, cuando abandonéis este mundo y nos dejéis. Por eso me he echado a llorar». «No sigas, Fátima, ya has dicho bastante», repuso el califa, quien quiso levantarse, pero, instantes después de haberse incorporado, volvió a caer. Fátima lo estrechó entre sus brazos

¹³⁶ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz, las ovejas y los lobos».

¹³⁷ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz en el púlpito de adobe».

¹³⁸ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz y el almohadón».

y exclamó: «¡Más valéis para mí, Comendador de los Fieles, que mi padre y mi madre! ¡Todos juntos no valemos ni para dirigiros la palabra!».

Y Dicha del Tiempo siguió dirigiéndose a su hermano Mal Hubo y a los cuatro jueces.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 66**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo siguió dirigiéndose a su hermano Mal Hubo, sin saber que lo era, en presencia de los cuatro jueces y del tratante:

Con lo siguiente, alteza, concluye la segunda sección de la primera materia. **SABED QUE EL CALIFA**¹³⁹ omeya Ómar hijo de Abdelaziz escribió a los peregrinos:

Pongo a Dios por testigo, este mes sagrado, en el país inviolable, este día de la peregrinación mayor, de que soy ajeno a los abusos y agresiones que podáis sufrir de mis servidores, pues ni los he ordenado ni los he pretendido ni he tenido noticia de ellos. Mantengo, así, la esperanza de obtener el perdón, dado que nadie ha contado con mi permiso para abusar de nadie. Ahora bien, como yo soy responsable de la suerte que corran unos y otros, declaro que a ninguno de mis servidores que no se haya atendido a lo que establecen las Escrituras y la Tradición se le debe obediencia en tanto no vuelva a transitar por la vía de lo legítimo.

También se sabe que el mismo Ómar, de quien Dios esté satisfecho, dijo en una ocasión: «No me gustaría dejar de sufrir a la hora de la muerte, pues tal es el último motivo de retribución al que puede el siervo de Dios aspirar». Y CIERTA PERSONA¹⁴⁰ digna de confianza relató sobre él lo siguiente: «Entré un día donde el Comendador de los Fieles, Ómar, hijo de Abdelaziz. Tenía ante sí doce monedas de plata y mandó que las depositaran en el Tesoro. Le dije: “Comendador de los Fieles, habéis hecho pobres a vuestros hijos, que se ven ahora en la indigencia. ¿No podríais disponer que les diesen algo a ellos y a los demás necesitados de vuestra casa?”. El califa me respondió: “Acércate a mí”. Cuando estuve a su lado, añadió: “Lo que acabas de decir, eso de que, dado que he empobrecido a mis hijos, debería atenderlos a ellos y a los demás indigentes de mi casa en sus necesidades, no es acertado, ya que Dios es mi vicario en lo que a mis hijos y a los pobres de mi casa concierne. Quien de ellos se ha de encargar. Y sabe que los de mi familia o bien se encuentran entre los temerosos de Dios, a quienes nuestro Sustentador no tardará en proporcionar una salida digna, o bien entre quienes permanecen en el pecado, y a esos no voy a fortalecerlos yo”. Dicho esto, mandó que los hicieran venir ante él. Eran doce varones. El califa los miró con atención, los ojos se le llenaron de lágrimas y dijo: “Vuestro padre está en una disyuntiva: o bien os hace ricos y acaba en el Infierno, o bien permite vuestra pobreza y acaba en el Paraíso. Y entrar en el Paraíso es, para vuestro padre, preferible a que vosotros os hagáis ricos. Levantaos e idos, pues he puesto vuestro futuro en manos de Dios”».

POR SU PARTE, JÁLED HIJO DE SAFUÁN¹⁴¹ contó lo siguiente: «Fui, en compañía de Yúsuf, hijo de Ómar, a ver al califa Hisham, hijo de Abdelmálek, el cual, cuando llegamos, salía con

¹³⁹ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz y los peregrinos».

¹⁴⁰ Comienza «Ómar hijo de Abdelaziz y sus hijos».

¹⁴¹ Comienza «La admonición de Hisham hijo de Abdelmálek».

su parentela y sus criados. Descendió de su montura y le plantaron las tiendas. Luego que los presentes hubieron tomado asiento, me acerqué yo bordeando la alfombra, lo miré a la cara y, cuando mis ojos se encontraron con los suyos, exclamé: “¡Multiplique Dios las gracias de que os ha colmado, Comendador de los Fieles, os encamine bien en la resolución de los deberes que os ha encomendado y no enturbie nunca vuestra alegría! No puedo ofreceros, señor, consejo más elocuente que el relato de los hechos y dichos de los soberanos que os han precedido”. El califa se arrellanó en su asiento y contestó: “Habla, que te oiga, hijo de Safuán”. “Sepa –le dije– el Comendador de los Fieles, que cierto rey salió un día, como nuestro señor ha hecho, a estos mismos terrenos, pero tiempo ha, y preguntó a quienes sentados en torno a él estaban: ‘¿Acaso sabéis de nadie con mayores méritos que los míos, de nadie que haya repartido dones tan espléndidos como los que he yo concedido?’. En su presencia se hallaba uno de esos pocos individuos que pueden dar fe de la Verdad, que a ella responden y de cuya senda no se desvían, el cual le contestó: ‘Vuestra majestad ha planteado una grave cuestión. ¿Tengo su venia para contestar?’. El rey se la concedió y aquel hombre dijo: ‘¿Qué cree vuestra majestad, que su situación actual es permanente o pasajera?’. Como el rey le contestase que pasajera, el hombre continuó: ‘Y, a pesar de saberlo, veo que disfrutáis de algo que, siendo tan efímero, os ha de exponer a una rendición de cuentas cuyo resultado será definitivo. ¿Cómo, me pregunto, es que estáis empeñando todo vuestro ser por algo tan exiguo?’. El rey preguntó entonces: ‘¿Y cómo he de proceder para que mi destino sea el mejor posible?’. El hombre contestó: ‘Podéis o bien permanecer en vuestro trono y obedecer a Dios, el Supremo, o bien cubriros el cuerpo de andrajos y consagrarlos a adorar a vuestro Sustentador hasta que os llegue la hora. Si queréis, al alba vendré a buscaros’. Y, en efecto, al alba del siguiente día tocó el hombre a la puerta del rey, el cual se había despojado de su corona y estaba listo para partir abandonándolo todo, de tan efectiva como había sido la admonición recibida”. Al oír este relato se echó a llorar el califa Hisham, y fueron tantas las lágrimas por él derramadas que la barba entera le mojaron. Luego mandó que lo librasen del boato de que se rodeaba y se recluyó en su palacio». Y se sabe que más tarde fueron los clientes y servidores del califa adonde Jáled, hijo de Safuán, y le dijeron: «¿Es ese el modo de tratar al Comendador de los Fieles? Le habéis agitado la fiesta y amargado la vida...».

Dicho lo anterior, añadió Dicha del Tiempo dirigiéndose a Mal Hubo: «Pero son, alteza, tantos los consejos que a esta materia pertenecen, que me resulta imposible dar cuenta de todos ellos en una sola sesión».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 67, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo dijo a Mal Hubo: «Tantos son los consejos y máximas de esta materia que no me es posible recordarlos todos en una sola sesión; pero con el transcurso de los días, príncipe de nuestra edad, todo bien se irá cumpliendo...». Los cuatro jueces afirmaron entonces: «Alteza, esta doncella es la maravilla de nuestro tiempo, la perla única de todas las edades. Nuestra opinión es que jamás hemos oído nada semejante». Dicho lo cual, pidieron por el virrey y se marcharon. Mal Hubo se volvió a sus criados

y les dijo: «Apresuraos a tenerlo todo listo para la celebración; preparad fuentes de comida de todas las clases», y ellos se pusieron al punto a cumplir con la orden. A continuación pidió el virrey a las esposas de comandadores, ministros y demás altos dignatarios que no se marchasen, para que pudiesen asistir a la ceremonia del desvelamiento y a la boda. Y no bien hubo caído la tarde desplegaron sobre los manteles cuanto pudiera a los apetitos satisfacer y a los ojos deleitar, y todos los asistentes comieron hasta saciarse. Mandó luego el virrey que concurriesen todas las cantantes de Damasco. Acudieron estas y se les unieron las concubinas del virrey que dominaban el arte del canto y la música. Por fin, cuando con la entrada de la noche reinaron las sombras, los fámulos iluminaron con velas encendidas ambos lados del camino que iba de la fortaleza al palacio, por donde avanzaron comandadores, ministros y demás gerifaltes. Las peinadoras se hicieron cargo de la joven Dicha del Tiempo para acicalarla y vestirla, pero vieron que ciertamente no necesitaba afeites ningunos. Mal Hubo entró en los baños y, cuando salió, se sentó en su estrado, desde donde presenció la exposición de la novia. Le quitaron a la joven parte de sus ropajes al tiempo que le daban los consejos acostumbrados antes de la noche de bodas. Se encerró luego Mal Hubo a solas con su esposa, le tocó la cara, como suele decirse, y esa misma noche quedó la joven encinta, de lo que informó enseguida a su esposo. Muy contento Mal Hubo con la noticia, dio a los sabios la orden de que registrasen la fecha del embarazo.

A la mañana siguiente se sentó el virrey en su solio, donde recibió la visita de los principales del reino, que venían a expresarle sus parabienes. Mal Hubo llamó luego a su secretario y le ordenó que escribiese una carta a su padre, el rey Ómar Ennumán, anunciándole que había comprado una esclava adornada con las prendas de la ciencia y la sabiduría, que conocía cuanto es menester. Añadió que se disponía a enviarla a Bagdad, para que visitase a su hermano Brillo del Orbe y a su hermana Dicha del Tiempo, y explicaba asimismo que había manumitido a la joven, la había desposado y ella había quedado encinta la misma noche de bodas. Redactada la carta, puso en ella su sello y la despachó con un correo. Este, el portador de la misiva, tardó un mes entero en volver con la respuesta, que entregó a su señor, el virrey. Este, tras la fórmula de encabezamiento de rigor, «*En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso*», y, como remitente: «*Del desconcertado y abatido rey Ómar Ennumán, perdedor de sus hijos y desplazado de su tierra, a su hijo Mal Hubo*», leyó lo siguiente:

Sabe que, después de tu partida, el mundo entero se ha confabulado contra mí de tal modo que ya no puedo soportarlo más, ni tengo intención de sobrellevar en silencio mis pesares. El motivo de ello es que salté un día de caza, después de que Brillo del Orbe me pidiese licencia para emprender viaje de peregrinación al Hiyaz, licencia que le negué, no sin prometerle que lo emprenderíamos juntos al cabo de uno o dos años, pues temía que le ocurriese algo malo si marchaba él solo. La expedición de caza me tuvo fuera de palacio durante un mes...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 68, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el rey Ómar Ennumán seguía diciéndole a su hijo en la carta que le dirigió:

... La expedición de caza me tuvo fuera de palacio durante un mes, al cabo del cual volví y me encontré con que tu hermano y tu hermana se habían hecho con algún dinero y salido a escondidas con los peregrinos. Cuando supe lo ocurrido, sentí que el mundo se me venía encima, pero me resolví a esperar con paciencia hasta que regresaran los peregrinos. Cuando por fin volvieron estos, les pregunté por mis dos hijos, tus hermanos, a quienes tanto ansiaba ver de nuevo, pero nadie supo darme de ellos noticia. Desde ese día llevo ropa de duelo, tengo roto el corazón, he perdido el sueño y me ahogo en mis propias lágrimas.

A continuación añadía unos versos:

*Faltan, mas su recuerdo permanece;
en lo mejor de mí tienen su albergue.
El anhelo de verlos me da vida,
y duermo porque en sueños me visitan.*

La carta concluía con las siguientes palabras: «Os envío el saludo de la paz, a ti y a quienes están a tu lado, sabedor de que harás cuanto puedas por recabar noticias de tus hermanos, ya que de ello dependen nuestra honra y mi contento». Cuando Mal Hubo leyó la misiva, se entristeció por su padre, pero se alegró por la desaparición de sus hermanos. Tomó el pliego de papel y entró donde su esposa, Dicha del Tiempo; sin saber que era su hermana, del mismo modo que ella ignoraba el lazo de sangre que la unía a aquel hombre que iba a visitarla tan a menudo en su alcoba. Pasaron así los meses y, cuando la joven estuvo cumplida, se sentó en la silla del parto. Dios se lo puso fácil, y Dicha del Tiempo dio a luz a una niña. La recién parida mandó llamar a Mal Hubo, y, en cuanto este acudió, le dijo: «Esta es vuestra hija; ponadle el nombre que queráis». El virrey repuso: «La costumbre es ponerles nombre a los hijos al séptimo día de su nacimiento». Dicho esto, se inclinó Mal Hubo sobre su hija para besarla, y vio que la pequeña llevaba al cuello uno de los tres dijes que consigo trajo, de tierras rúmes, la malograda princesa Ibriza. Al ver aquella alhaja en el cuello de su pequeña, casi perdió Mal Hubo el dominio de sí. Transido de cólera, clavó los ojos en el colgante y lo miró con atención. Aquel era uno de los tres dijes propiciatorios, lo había reconocido más allá de toda duda. Miró entonces a Dicha del Tiempo y le preguntó: «¿De dónde has sacado este dije, esclava?». Ella replicó: «Soy vuestra señora y la de cuantos habitan en este palacio. ¿No os da vergüenza llamar esclava a una princesa, a la hija de un rey? Se acabó, no pienso callar más. Sabed que habláis con Dicha del Tiempo, la hija del rey Ómar Ennumán». Cuando Mal Hubo la oyó decir aquello, se echó a temblar y bajó la cabeza.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 69**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que a Mal Hubo se le estremeció el pecho y le cambió el color, se echó a temblar todo él, y clavó los ojos en el suelo. Comprendió que Dicha del Tiempo era su hermana de padre, y había quedado como ausente. Al volver en sí, se admiró de lo ocurrido y, sin darse a conocer, le preguntó a la joven: «¿Es cierto, señora, que sois la hija del rey Ómar Ennumán?». «Así es», dijo ella. «¿Y cuál es el motivo de que hayáis dejado a vuestro padre y vuestra casa?». Dicha del Tiempo le refirió lo ocurrido: cómo había dejado a su hermano,

Brillo del Orbe, enfermo en Jerusalén, y cómo la raptó el beduino que la vendió al tratante. Convencido, pues, de que su esposa y madre de su hija era, al mismo tiempo, hermana suya de padre, Mal Hubo se dijo: «¿Cómo he podido casarme con ella? Lo que haré será desposarla con uno de mis chambelanes, y, si la cosa se descubre, pretenderé haberla repudiado antes de consumar el matrimonio». Levantó la cabeza y dijo, en tono lastimoso: «Dicha del Tiempo, eres mi hermana, y a Dios le pido perdón por la gran culpa en que hemos incurrido. Yo soy Mal Hubo, primogénito del rey Ómar Ennumán». Dicha del Tiempo, tras mirarlo con detenimiento y haciéndose cargo de la situación, prorrumpió en llanto y, fuera de sí, comenzó a abofetearse el rostro, y exclamó: «¡Es un pecado abominable! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué les diré a mi padre y a mi madre si me preguntan por esta hija que me ha nacido?». «La única solución –repuso Mal Hubo– es que te cases con mi chambelán y críes a nuestra hija en casa de quien será tu esposo. Así ocultaremos la verdad de lo ocurrido». Dicho esto, trató él de tranquilizarla besándola en la frente, y ella le preguntó: «¿Y qué nombre le pondremos a la niña?». «La llamaremos Tenía que Ser», dijo el virrey, quien, al poco y según habían acordado, casó a su hermana con su chambelán, en cuya casa se instalaron la madre y la hija. Esta, la pequeña, creció bajo los continuos cuidados de Dicha del Tiempo y las esclavas, que estaban siempre atentas a la pequeña, administrándole jarabes y ungüentos. Mientras sucedía todo lo anterior, el joven príncipe Brillo del Orbe, es decir, el tercer hermano, seguía con el fogonero en Damasco. Un día llegó un correo del rey Ómar Ennumán, con una carta para el virrey Mal Hubo. Recibió este la misiva, la abrió y leyó, después de la fórmula de encabezamiento:

Sabe, querido virrey, que de tal modo me sigue embargando la tristeza por verme separado de mis hijos, que apenas me tiendo para dormir. El insomnio es, pues, mi compañía constante. Envíanos, a la recepción de la presente, la recaudación de los tributos y, con ella, a la esclava que compraste y con quien al final contraíste matrimonio, ya que deseo verla y oír sus palabras. Se da la circunstancia de que hemos recibido la visita de una virtuosa anciana que viene de tierras rúmlas acompañada de cinco núbiles instruidas en todo lo que un ser humano debe conocer, tanto en materia de ciencia y sabiduría como en modos de proceder. Dicha anciana y sus jóvenes acompañantes exceden toda posible descripción; son, por decirlo en pocas palabras, un pozo de saber. No bien las vi quedé de ellas prendado y desee tenerlas en mi palacio como propiedad mía, pues no hay rey que disponga de nada semejante. Le pregunté, pues, a la anciana por el precio de las cinco doncellas, y me contestó: «No se las venderé a vuestra majestad por menos del montante del tributo de Damasco». La verdad es que el tributo de Damasco es un precio bajo para lo que en realidad valen, pues solo una de ellas ya debería valorarse en esa suma. De modo que asentí a lo que la anciana pedía; las he traído a mi palacio y ahora son mías. No tardes mucho en enviarme el tributo para que la anciana pueda volver a su tierra. Y no olvides enviarnos a tu esclava, pues quiero compararla con las cinco nuevas.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 70**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la carta que el rey Ómar Ennumán dirigió a su hijo concluía con las siguientes palabras: «*Y no olvides enviarnos a tu esclava, de modo que podamos compararla con las cinco mías en presencia de los sabios. Si la tuya sale vencedora, te la devolveré acompañada del tributo de Bagdad*». Después de haber leído la carta, fue Mal Hubo en

busca de su chambelán, su cuñado ahora, y le dijo: «Haz que venga la esclava con quien te casé». Compareció Dicha del Tiempo, su hermano la puso al tanto de las peticiones de su padre y le preguntó: «¿Cuál crees, hermana, que debe ser nuestra respuesta?». «Tú eres quien debe pensarlo», respondió la joven. Pero al poco, y ya que añoraba a su gente y su patria, añadió: «Envíame con mi esposo, el Primer Chambelán, de modo que pueda contarle a nuestro padre que el beduino me raptó y me vendió al tratante, que este me vendió a ti y luego tú me manumitiste y me casaste con tu chambelán». «Así se hará», dijo Mal Hubo, quien, después de poner a su hija al cuidado de las nodrizas y criadas, preparó el tributo y ordenó a su chambelán que partiese hacia Bagdad con la joven dama y el producto de la recaudación. «Como vuestra alteza disponga», fue la respuesta del Chambelán. El virrey ordenó que trajesen un palanquín en que pudiesen viajar a su gusto Dicha del Tiempo y el propio Chambelán. Redactó luego una carta que entregó a este y se despidió de su hermana, de quien había recibido el dije, que ahora pendía del cuello de su pequeña hija, sujeto a una cadena de oro puro. Tras la puesta del sol de ese mismo día partió el Chambelán. Y coincidió que el joven Brillo del Orbe y el fogonero habían salido esa misma noche a dar un paseo. En esto vieron camellos y mulos cargados, así como teas y antorchas encendidas. Brillo del Orbe preguntó a uno qué eran aquellos fardos y a quién pertenecían, y el hombre le contestó: «Es el tributo de Damasco, que le es enviado al rey Ómar Ennumán, señor de Bagdad». Brillo del Orbe volvió a preguntar: «¿Y quién va al frente del convoy?». «El Primer Chambelán, que se ha casado con la esclava sabia». Al oír esto, se echó a llorar Brillo del Orbe, pues se había acordado de su madre, de su padre, de su hermana y de su patria. De modo que le dijo al fogonero: «No voy a quedarme aquí, sino que me uniré a esa caravana y así, paso a paso, llegaré a mi tierra». «Ya quise, como recordaréis –contestó el fogonero– quedarme tranquilo cuando decidisteis partir de Jerusalén a Damasco. No voy, pues, ahora a dejaros solo en vuestro viaje a Bagdad. No os abandonaré hasta que hayáis alcanzado vuestro destino». «Bien que me place», dijo Brillo del Orbe.

El fogonero se puso manos a la obra de inmediato. Cinchó el asno y cargó las alforjas de provisiones; se fajó él mismo y quedó a la espera del paso del convoy, que llegó enseguida, encabezado por el Chambelán, a lomos de una camella de silla y rodeado por guardianes de a pie. Brillo del Orbe montó el asno y dijo al fogonero: «Sube conmigo». «No montaré con vos –repuso el fogonero–, sino que iré sirviéndoos a vuestro lado, como espolique». «Tienes que ir montado –dijo Brillo del Orbe–, al menos un rato». «Ya montaré, si me canso...», repuso. Luego le dijo Brillo del Orbe: «Ya verás, hermano, cómo te tratará mi familia cuando lleguemos». Marchando estuvieron hasta que salió el sol, y, cuando el calor arreció, ordenó el Chambelán que parasen. Desmontaron todos, descansaron y les dieron de beber a los camellos. Al refrescar se volvieron a poner en camino, y, al cabo de cinco días, llegaron a Hama, a orillas del Orontes. Desmontaron y permanecieron allí tres días.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 71, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que pararon en Hama tres días, transcurridos los cuales reemprendieron la marcha hasta que llegaron a otra ciudad, donde volvieron a detenerse

tres días. Se pusieron de nuevo en camino y, al llegar a Diyar Bakr, y, como ya era perceptible la brisa que de Bagdad soplabla, el joven Brillo del Orbe recordó a su hermana Dicha del Tiempo, a su familia y su patria, y se preguntó cómo se presentaría ante su padre sin su hermana. Se echó a llorar, se quejó con gran amargura y recitó:

«Mucho va ya durando, mis amigos, la espera
sin que nadie me venga con buenas nuevas vuestras.
Cual centellas pasaron nuestras jornadas juntos:
¡ojalá la añoranza no se prolongue mucho!
Tomad y ved mi mano, examinad mi cuerpo;
aunque no desespero, cierto es que desfallezco.
"Búscute –me aconsejan– algo que dé solaz".
"La muerte –les contesto– quizás me lo dará».

El fogonero le dijo: «Dejaos de quejas y llantos, que estamos cerca de la tienda del Cham-belán». Brillo del Orbe repuso: «Los versos me ayudan a extinguir las brasas de mi corazón». «Por Dios os encarezco –replicó el fogonero– que os dejéis de penas hasta que os veáis en vuestra tierra; una vez allí, haced lo que queráis, que mi concurso no ha de faltáros». «No pienso desistirme...», dijo el joven, quien volvió la cara en dirección a Bagdad. La luna brillaba, y la princesa Dicha del Tiempo, mientras tanto, no había pegado ojo en toda la noche, porque no podía olvidarse de su hermano Brillo del Orbe, a quien tan cerca tenía sin saberlo. Angustiada por la suerte que este podía haber corrido, se echó la joven a llorar, y, al tiempo que se desahogaba, oyó a su hermano recitar los siguientes versos, que el llanto entrecortaba:

«Del Yemen brillan relámpagos¹⁴²
y mis penas iluminan.
Antaño tuve un amigo
que me escanciaba la dicha.
¿Querrá devolverme el Cielo
a su dulce compañía?
No me censures, rival,
¿no ves que Dios me castiga
con la ausencia de un amigo,
y del Tiempo las sevicias?
Todo gozo desconozco
desde aquel aciago día,
cuando tuve que apurar
el cáliz de las mil cuitas.
Me llega la muerte, amigo,
y mis ansias no se alivian.
Años de mi mocedad,
¿no ha de volver la alegría?
¿No han de cumplirse los sueños
después de tanta desdicha?
¿Quién ayuda a un forastero
condenado a la vigilia;
que, habiendo sido feliz,

¹⁴² Los relámpagos que se ven brillar en la noche del desierto son poderosos símbolos, en los que se mezclan la nostalgia y la esperanza, y muy usuales en la poesía árabe desde antes del islam. Véase Ali Ahmad Hussain, *The Lighting-Scene in Ancient Arabic Poetry*, Wiesbaden: Harrassowitz, 2009.

se pasa solo la vida?
Cruel cayó sobre nosotros
la mano de la injusticia...».

Cuando el muchacho terminó de recitar el poema, soltó un terrible grito y cayó desmayado. Dicha del Tiempo, por su parte, y como queda dicho, no podía conciliar el sueño aquella noche, de tanto como echaba de menos a su hermano. De modo que, al oír aquella voz en la noche, se serenó, se levantó, carraspeó y llamó a un eunuco. Este le preguntó: «¿Qué se os ofrece, señora?». «Id –repuso Dicha del Tiempo– y traedme a quien ha recitado esos versos».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 72, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Dicha del Tiempo oyó la poesía de su hermano, llamó al eunuco principal y le ordenó: «Sal y tráeme a quien ha declamado esos versos». El fámulo repuso: «Yo no he oído nada, y todo el mundo está dormido». «Pues sal a ver –dijo la princesa–, y aquel a quien halles despierto será el que ha recitado los versos». El eunuco no halló despierto más que al fogonero, pues Brillo del Orbe seguía desmayado. Cuando el fogonero vio al eunuco de pie, encima de su cabeza, se asustó. «¿Eres tú –le preguntó el eunuco– quien ha recitado unos versos que han llegado a oídos de mi señora?». El pobre hombre pensó que la gran dama se había molestado al oír el poema, y repuso asustado: «Juro por Dios que no he sido yo!». «¿Y quién –insistió el eunuco– los ha dicho entonces? Tú tienes que saberlo puesto que estabas despierto». El fogonero, con miedo por lo que pudiera ocurrirle a Brillo del Orbe, dijo para sí: «Puede que este eunuco acabe haciéndole algún mal», y, dirigiéndose al otro: «No tengo la menor idea». «Estoy seguro –replicó el eunuco– de que mientes, pues aquí el único que estaba sentado y despierto eres tú». El fogonero insistió: «Te digo la verdad; el que ha recitado esos versos ha sido uno que pasaba por el camino, y me ha despertado y desvelado, Dios lo castigue por ello». El eunuco entonces dijo: «Pues, si algo sabes, dime quién es, para que lo lleve al palanquín de mi señora, o bien llévaselo tú». «Vete tú ahora –contestó el fogonero–, que yo iré en su busca». El eunuco se marchó y entró donde su ama, a quien dijo: «Nadie lo conoce, era uno que iba de paso», y la joven guardó silencio. Más tarde, cuando Brillo del Orbe volvió en sí, vio que la luna había alcanzado la mitad del cielo y recibió una bocanada de la brisa del alba. Como esto le llenase el corazón de angustias y pesares, se aclaró la garganta para decir unos versos, pero el fogonero le preguntó: «¿Qué vais a hacer?». «Quiero –repuso Brillo del Orbe– recitar unos versos que me sofoquen la hoguera que en el pecho me arde». «No sabéis –dijo el fogonero– que me he librado de la muerte porque he sabido tratar al eunuco...». «¿Qué ha pasado? Dímelo». «Pues que, mientras estabais desvanecido, señor, se ha acercado un sirviente, armado de una vara de almendro. Se ha puesto a mirar las caras de los que dormían buscando al recitador de versos, y, como no ha encontrado a nadie despierto más que a mí, me ha preguntado y le he tenido que decir que el de las poesías había sido uno que pasaba por el camino. Él entonces se ha ido, y Dios me ha salvado de una muerte segura, pero me ha dicho: «Si lo oyes de nuevo, tráenoslo». Al oír estas palabras, se echó Brillo del Orbe a llorar y luego exclamó: «¡Nadie va a impedirme recitar! Yo recitaré, y que pase lo que tenga que pasar, porque estoy cerca de mi tierra

y no se me da dos higas de nadie». «Lo que vos queréis –replicó el fogonero– es perder la vida». «He de recitar, y recitaré». «Este es el punto –dijo el fogonero– en que hemos de separarnos, a pesar de que mi intención era seguir a vuestro lado hasta que entráseis en la ciudad y os reunierais con los vuestros. En más de un año y medio que habéis estado conmigo no os he ocasionado daño alguno... ¿Por qué tenéis que ponerlos a recitar ahora, cuando no podemos estar más fatigados y faltos de sueño, y todos a nuestro alrededor necesitan reposar y dormir?». Brillo del Orbe se mantuvo firme: «No voy a cejar en mi empeño», y, conmovido por sus pesares, los exteriorizó por medio de los versos siguientes:

«Detente aquí y saluda
del campamento a los restos;
no sería de extrañar
que te contestasen ellos.
Y si las lóbregas sombras
de la noche te dan miedo,
alumbró tú las tinieblas
con las ascuas de tu pecho.
Cual culebra me picó
de su barba el bozo enhiesto;
pero a mí no me importaba,
y le respondí mordiendo.
Luego, muy a mi pesar,
tuve que salir del huerto,
para eludir la condena
que viene, eterna, del Cielo».

Y a continuación improvisó:

«Nuestros menores mandatos
los obedecía el Tiempo;
nadie conoció un lugar
más delicioso que el nuestro.
Volver quisiera a la casa
y revivir los momentos
en los que el *brillo* y la *dicha*
se juntaban satisfechos».

Al terminar lanzó Brillo del Orbe tres grandes voces y cayó desmayado; el fogonero se levantó y lo tapó. Cuando Dicha del Tiempo oyó aquellos versos donde se mencionaba su propio nombre, Dicha, y el de su hermano, Brillo, y se hacía alusión a unos años tan dulces como los que ambos hermanos habían pasado juntos, se echó a llorar, y, en cuanto se consoló un poco, volvió a llamar al eunuco: «¡Ay de tí! Quien recitó antes ha vuelto a recitar ahora, y lo he oído muy cerca de aquí. Por Dios te juro que, si no me lo traes, te denunciaré al Chambelán, quien te mandará azotar y te despedirá. Toma estos cien dinares, dáseles al recitador y dile con amabilidad que venga, sin hacerle daño alguno. Si sigue negándose, dale los mil dinares que contiene esta bolsa, y, si aun así, no quiere venir, déjalo en paz; pero averigua dónde para, a qué se dedica y de dónde es. Luego vuelve aquí sin perder un instante».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 73, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dicha del Tiempo mandó por segunda vez al eunuco en busca de quien había recitado los versos, diciéndole: «Si lo encuentras, tráemelo por las buenas». Salíó el eunuco, y se puso a mirar entre quienes venían en la caravana, se deslizó entre ellos y los halló a todos dormidos. Fue adonde el fogonero y lo vio sentado y con la cabeza descubierta. Se acercó a él, lo tomó de la mano y le dijo: «Tú eres quien ha estado recitando versos». Temiendo por su vida, respondió el fogonero: «No, jefe, no he sido yo». «No te dejaré —replicó el eunuco— hasta que me digas entonces quién ha sido, pues no puedo volver a mi ama sin él». Al oír esto, temió el fogonero por la vida de Brillo del Orbe y, echándose a llorar, dijo: «Por Dios te juro que no he sido yo, sino un transeúnte que iba de camino. Y no cometes una injusticia conmigo, que soy un forastero de Jerusalén, ¡sea Abraham con vosotros!». «Levántate —ordenó el eunuco—, ven a ver a mi ama y dile todo eso tú mismo, pues a nadie más que a ti he visto despertar». El fogonero preguntó: «¿No has venido y me has encontrado en el mismo sitio que antes porque sabías dónde estoy? Nadie puede moverse sin que la guardia lo detenga. Vuelve, pues, con tu ama, que, si yo vuelvo a oír a alguien recitando un solo verso, sea cerca o lejos, nadie más que yo se enterará», y, dicho esto, le besó la cabeza al eunuco para ganarse su voluntad. Se alejó este un corto trecho y se puso a dar vueltas, y, como tenía miedo de volver a su señora sin haber obtenido nada, se escondió lo más cerca que pudo del fogonero. Se acercó este a Brillo del Orbe y lo despertó: «Incorporaos, que os cuento lo que ha pasado». El joven, incorporándose, replicó: «Déjame tranquilo; a mí no me importa nadie, pues estoy muy cerca de mi tierra». El fogonero se quejó: «¿Siempre tenéis que hacer lo que os dé la gana sin parar mientes en los demás? Temo por vuestra vida y por la mía. Por Dios, no volváis a recitar un solo verso antes de llegar a vuestra ciudad. No me esperaba yo esto de vos. ¿No sabéis que la esposa del Primer Chambelán, que debe de estar enferma o cansada, quiere castigaros por haberla despertado? ¿Cuántas veces tiene que enviar a su eunuco?». Sin prestar la más mínima atención a las palabras del fogonero, alzó Brillo del Orbe la voz por tercera vez y recitó:

«De censores ya estoy harto:
¿no me dejarán en paz?
Sus inútiles reproches
me empujan a no cejar.
Me acusan de estar contento;
¿no he de estarlo al regresar?
El amor me mata, y dicen:
«Feliz y contento estás»;
«Ufano vuelves», comentan.
Nunca aciertan los demás...
Sin ti me ronda la muerte:
no te olvidaré jamás.
A nadie he someteme
que censure el puro amar».

Y, como el eunuco estaba por allí escondido, oyéndolo todo, no bien hubo acabado Brillo del Orbe de recitar cuando lo tuvo sobre sí. El fogonero huyó al punto y se ocultó lejos de allí, a ver en qué paraba todo. El eunuco saludó al joven: «La paz sea con vos, señor». «Y contigo sea la paz, y la misericordia de Dios y sus bendiciones», contestó Brillo del Orbe.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 74**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Brillo del Orbe y el eunuco se hubieron dirigido el saludo de la paz, dijo el último: «Vengo a buscaros, señor, por tercera vez porque mi señora quiere veros». «¿Y de dónde ha salido esa perra —dijo Brillo del Orbe a grandes voces— para exigir que vaya a verla? ¡Dios la confunda a ella y a su marido!», y se lanzó a soltarle improperios al eunuco. Este se vio en la imposibilidad de responderle, pues su ama le había encomendado que de ningún modo lo incomodase ni tratara de llevarse por la fuerza, y que, si no quería ir, le entregase los cien dinares. De modo que el emisario se dirigió al irritado joven con la mayor consideración: «Es cierto, hijo mío; no nos hemos acercado a vos como es debido, pero lo único que pretendo es que vuestros propios y nobles pasos os conduzcan a mi señora y luego regreséis sano y salvo. Tengo, además, para vos, una buena noticia». Al oír estas palabras, se levantó el joven y avanzó entre la gente, seguido por el fogonero, quien iba vigilando y diciéndolo para sus adentros: «¡Lástima de juventud perdida! Mañana mismo lo ahorcarán...», y luego: «¡Qué indigno sería que ahora dijese que he sido yo quien lo ha empujado a recitar esos poemas!». Brillo del Orbe, por su parte, siguió al eunuco, que lo condujo adonde su ama. Se asomó el sirviente al interior del palanquín y dijo a esta: «Os he traído, señora, a quien queréis ver; es un joven agraciado y en quien se aprecian trazas de vida regalada». El corazón le dio un vuelco a Dicha del Tiempo, quien dijo: «Pues que recite de nuevo, para que pueda oírlo de cerca, y luego preguntale cómo se llama y de dónde es». Salió, pues, el eunuco: «Recitad, señor, algún poema, que lo oiga mi ama, y decidme cómo os llamáis, de dónde sois y cuál es vuestra condición». «Con mucho gusto. Pero, ya que me has preguntado, te diré que ya no tengo nombre, mis huellas se han borrado y mi cuerpo consumido. Mi historia es tal que debería grabarse con agujas en el interior de los ojos. Y aquí estoy, como quien, ebrio o aquejado de un mal crónico, ha perdido el dominio de sí y, sin saber qué rumbo tomar, acaba ahogándose en el mar de las dudas». Cuando Dicha del Tiempo oyó estas palabras, se echó a llorar y, sin poder parar de lamentarse, ordenó al eunuco: «Preguntale si vive lejos de sus seres amados, como su madre y su padre». El eunuco transmitió la pregunta y Brillo del Orbe respondió: «Así es, he perdido la compañía de todos ellos, pero a quien más añoro es a mi hermana Dicha del Tiempo, de quien el cruel Sino me arrancó». La joven princesa exclamó al punto: «¡No quiera Dios que quienes se aman vivan separados!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 75**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Dicha del Tiempo oyó las palabras de su hermano, exclamó: «¡Quiera Dios reunir a quienes se aman!», y, dirigiéndose de nuevo al

eunuco, le ordenó: «Dile que nos recite unos versos sobre la pérdida de los seres amados». El eunuco transmitió el mensaje, y Brillo del Orbe, después de suspirar varias veces, recitó:

«Ella acaso no sabe que yo le pertenezco,
y a mí me faltan nuevas sobre su paradero.
¿Les habrá ido bien? ¿Seguirán todos vivos?
Continúa desazón es del amante el sino».

Y a continuación:

«Se han vuelto lejanía los abrazos estrechos,
y en desdén se han tomado los fragantes encuentros.
A secarse no han vuelto de lágrimas mis ojos
ni la hoguera se apaga que me consume el pecho.
Molestos los rivales por nuestras libaciones,
nos quisieron ahogados, y "amén" les dijo el Tiempo.
Días como este de hoy, que es dolor y quebranto,
fueron de nuestras risas felices compañeros.
Del Huerto las mil flores, de Káuthar la corriente
trocamos por lavazas y el árbol del Infierno».

Y luego de verter unas lágrimas:

«Ante el Hacedor juró que, si a mi casa vuelvo
y con Dicha del Tiempo, mi hermana, me reencuentro,
feliz he de vivir el resto de mis días,
de núbiles doncellas en buena compañía,
al ocase arrullado del laúd por las notas;
teniendo siempre a mano la teta de la copa
para, al tiempo, sorber de los labios más rojos,
en un ameno huerto, a orillas de un arroyo».

Cuando el joven terminó de recitar estos poemas, Dicha del Tiempo, que los había oído con atención, alzó la cortina de su palanquín, lo miró a la cara y supo que era él y no otro. «¡Hermano mío, Brillo del Orbe!», exclamó. Él levantó los ojos y, al reconocerla, exclamó a su vez: «¡Hermana mía, Dicha del Tiempo!». Ella se arrojó en los brazos del joven, quien la atrajo hacia sí, y ambos cayeron desmayados. Asombrado quedó el eunuco cuando los vio de aquella guisa; buscó algo con que cubrirlos y esperó a que volvieran en sí. Cuando, en efecto, recuperaron ambos el sentido, se alegró tanto Dicha del Tiempo que se le borraron todas las penas, y recitó:

«Enemistad eterna juró guardarme el Sino;
no le va a quedar otra que enmendar su perjurio.
Los días han venido prestos a mi socorro;
¡dese prisa el heraldo, haga el anuncio público!
En su cuello mi boca se encontró con la Gloria,
pues las aguas del Káuthar sorbió en un beso suyos».

Cuando el joven Brillo del Orbe hubo oído estos versos, estrechó a su hermana contra su pecho, y fue tan intensa su alegría que de sus ojos no paraban de fluir las lágrimas, mientras recitaba:

«Tal daño me causó nuestra separación
que no pude evitar el deshacerme en lágrimas.
"Si nos reúne el Tiempo –juré solemnemente–,
no volveré jamás a hablar de la nostalgia".
Tanto me ha conmovido la inesperada dicha,
que al llanto no he podido ponerle firmes trabas.
Ya tristes ya contentos, se hacen agua mis ojos:
la costumbre del llanto se me ha hecho inveterada».

Se sentaron ambos junto al palanquín y, tras un rato de silencio, dijo la joven: «Ven, entra en el palanquín y cuéntame qué ha sido de ti todo este tiempo, que luego te referiré yo mi historia». «Cuenta tú primero», replicó Brillo del Orbe. Y así hizo la joven, quien le relató cuanto le había ocurrido desde que se separó de su hermano, en la posada de Jerusalén. Cómo pasó del beduino al tratante que la vendió al hermano de ambos, Mal Hubo. Cómo este la manumitió, se casó con ella y consumó el matrimonio. Cómo el rey Ómar, al saber de la recién casada, había solicitado su presencia. Y la joven concluyó su relato diciendo: «¡Alabado sea Quien me ha concedido el tenerte de nuevo conmigo! Tal como salimos de casa de nuestro padre volvemos ahora, los dos juntos. Nuestro hermano Mal Hubo me ha casado con su chambelán para poder enviarme a nuestro padre. Y eso es todo. Cuéntame tú ahora lo que te ha sucedido». Y Brillo del Orbe se lo refirió todo, de principio a fin. Cómo Dios le había concedido la merced del fogonero, quien lo venía sirviendo de día y de noche. Ella alabó la generosidad del hombre, y Brillo del Orbe añadió: «Ese fogonero, hermana, me ha tratado con mayor generosidad que la que un padre tendría con sus hijos. Ha pasado hambre para que yo comiese, se ha desollado los pies para que yo fuera a lomos de una montura... Mi vida entera ha estado en sus manos». «Dios mediante –repuso Dicha del Tiempo–, se lo compensaremos lo mejor que podamos». Llamó entonces la joven dama al eunuco, quien compareció al punto y besó la mano del recién llegado. Su ama le dijo: «Te has ganado una recompensa por la alegría que me has propiciado, ¡bendito sea tu rostro! Como gracias a ti me he reunido con mi hermano, puedes quedarte con la bolsa de monedas que te he dado antes. Ve ahora a traerme a tu señor». Muy contento fue el eunuco adonde el Chambelán, a quien dijo que su ama quería verlo. Lo acompañó al palanquín y allí se encontró con su esposa, acompañada del joven. Dicha del Tiempo le contó lo que a ambos había ocurrido de principio a fin, y concluyó diciendo: «Sabed, pues, Chambelán, que no os habéis llevado a una concubina, sino a la hija del rey Ómar Ennumán, pues, en efecto, soy la princesa Dicha del Tiempo y este, mi hermano, el príncipe Brillo del Orbe». Cuando el Chambelán hubo oído toda la historia, que creyó a pies juntillas, entendió que se había convertido en el yerno del rey Ómar Ennumán. De modo que se dijo: «Ahora mi destino cierto es el hacerme con algún virreinato». Se volvió entonces hacia Brillo del Orbe y lo felicitó por su buen estado de salud y la feliz reunión. Luego mandó a sus eunucos que le preparasen al joven príncipe una tienda, así como buena montura. Dicha del Tiempo dijo: «Ya estamos muy cerca de nuestra tierra. Me quedaré a solas con mi hermano, descansaremos juntos y nos saciaremos el uno del otro antes de llegar a nuestro destino, pues llevamos demasiado tiempo separados». «Como queráis ambos», repuso el Chambelán, y, antes de marcharse, mandó que les trajesen velas y toda clase de dulces, así como tres suntuosos trajes para Brillo del Orbe, quien se encaminó al palanquín restablecido en toda su valía. Su hermana le dijo a su marido, antes de que este saliera: «Ordénale al eunuco que traiga al fogonero, le apreste

un caballo y le sirva de comer por la mañana y por la noche; y, sobre todo, no dejes que nos abandone». El Chambelán, pues, encomendó al eunuco la tarea, y el sirviente salió, acompañado de sus mozos, en busca del fogonero, a quien encontró al final del convoy, con el asno preparado y dispuesto a marcharse. Las lágrimas le corrían por las mejillas, de miedo por su propia suerte y de tristeza por separarse de Brillo del Orbe. «Yo le di –se decía el hombre a sí mismo–, sin salirme del sendero de Dios, mis buenos consejos; pero él no me hizo caso... ¿Qué habrá sido de él?». No había acabado de pronunciar estas palabras cuando vio al eunuco parado de nuevo a su lado y rodeado esta vez de varios mozos. Al verlo se le mudó al fogonero el semblante.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 76**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, mientras el fogonero aparejaba su asno para huir, se preguntó, pensando en Brillo del Orbe: «¿Qué le habrá pasado?». Y no había hecho más que decirlo cuando se le plantó al lado el servidor del Chambelán, rodeado de sus mozos. Muerto de miedo, temblando todo él, quiso explicarse el fogonero a sí mismo lo ocurrido: «Eso es que, sin importarle cuanto de bueno he hecho por él, les ha dicho a estos que yo soy tan culpable como él de los versos pronunciados...». El eunuco le dijo entonces a grandes voces: «¡Dime ahora, embustero, quién era el que recitaba poemas! ¿Cómo te atreviste a ocultarme la verdad? ¡Si era el señor con quien venías! A Dios pongo por testigo de que no me despegaré de tu vera hasta que hayamos entrado en Bagdad y correrás la misma suerte que el dichoso recitador». Cuando el fogonero oyó esto, dijo para sí: «¡Lo que tanto temía ha pasado!», y recitó:

«Ocurrió lo que temía...
¡Dios nos da y quita la vida!».

El eunuco se dirigió a los mozos: «¡Bajadlo del asno!». Bajaron, pues, al fogonero del animal, le ayudaron a subir al caballo que traían y, montado en él y rodeado por los mozos, recorrió el hombre todo el convoy. El eunuco les había dicho: «Si le falta un solo pelo de la cabeza, os las veréis conmigo. Tratadlo bien y no lo humilléis». El fogonero, sin embargo, al verse rodeado por los mozos, desesperó de seguir vivo y dijo al eunuco: «Mirad, jefe, que no tengo hermanos ni parientes, y ese joven no me toca nada; soy un pobre fogonero, de los que sirven en los baños, y me lo encontré enfermo, tirado entre los montones de burrajo». El fogonero siguió avanzando entre lágrimas y ajustándose mil cuentas a sí mismo, mientras el eunuco, que no se apartaba de su lado, lejos de explicarle la situación, le decía: «Despertasteis a mi ama con vuestras poesías, tú y ese joven, pero descuida, que ya está todo en su punto». El eunuco iba riéndose de él, para sus adentros. Cuando desmontaron, les trajeron de comer y ambos comieron de la misma escudilla. Luego ordenó al eunuco a sus mozos que les sirvieran, a él y al fogonero, unos vasos de sirope disuelto en agua fresca, de los que dieron buena cuenta juntos. A pesar de todo, el fogonero no paraba de llorar, por el miedo que tenía, por la pena que le daba verse sin Brillo del Orbe y por cuanto les había ocurrido entre extraños. En marcha de nuevo el convoy, iba el eunuco del palanquín, para ponerse al servicio de su señora y el hermano de esta, al fogonero, para observarlo. Los dos hermanos reanudaron el relato de lo sucedido y sus quejas, y así siguieron hasta que alcanzaron las proximidades de su tierra. Tres días de camino, en efecto, los separaban de Bagdad.

La caravana se detuvo al atardecer y para descanso de todos, y los viajeros no se movieron de donde estaban hasta la mañana siguiente, cuando, al ir a retomar el camino, vieron una gran polvareda, tan espesa que parecía ser otra vez de noche. El Chambelán ordenó: «¡Tranquilos! No carguéis todavía las bestias». Montaron él y sus esclavos y se dirigieron hacia la polvareda. Cuando estuvieron lo bastante cerca, comprobaron que la levantaba un ejército tan numeroso como las aguas de la mar, con sus oriflamas y banderas, sus tambores, sus jinetes y bravos soldados de a pie. Asombrados quedaron al verlo el Chambelán y los suyos, hacia quienes partió de inmediato un destacamento compuesto de quinientos jinetes, que al punto superaron a los esclavos del Chambelán, en una proporción de cinco a uno. El Chambelán les dirigió la palabra: «¿Qué ocurre, y de dónde viene este ejército que tan hostil se nos muestra?». Le respondieron preguntándole a su vez: «¿Y quién sois vos, de dónde venís y a dónde os dirigís?». «Soy el Chambelán del virrey de Damasco, el príncipe Mal Hubo, hijo del rey Ómar Ennumán, señor de Bagdad y del Jorasán. De parte de mi señor vengo, con los tributos recaudados y obsequios para su padre, que está en la corte». Al oír estas palabras, los jinetes se desembozaron y, echándose a llorar, dijeron: «Su majestad Ómar Ennumán ha pasado a mejor vida. Lo han envenenado... Pero id adelante, no temáis, y entrevistaos con su gran ministro, nuestro señor Dandán». Al oír estas palabras, prorrumpió el Chambelán en amargo llanto y exclamó: «¡Hemos viajado en balde!», y, en compañía de los suyos, siguió llorando sin parar de avanzar, hasta que todos se mezclaron con el destacamento de jinetes. Una vez que llegaron adonde el ministro, le pidieron sus servidores autorización para que el Chambelán se entrevistase con él, y Dandán accedió. Ordenó este, además, que levantaran las tiendas, se acomodó en un estrado, en medio de la suya, e indicó al Chambelán que tomara asiento. Así que el auxiliar de Mal Hubo se hubo sentado, le preguntó Dandán por su posición y el motivo de su viaje, y su interlocutor lo informó de que era el Chambelán del virrey de Damasco y venía con ricos presentes para el rey Ómar y el tributo recaudado. En cuanto el ministro Dandán oyó mentar al rey, se echó a llorar y explicó: «A su majestad lo han envenenado. Su muerte ha suscitado el enfrentamiento de los súbditos con motivo de su sucesión, y sin duda se habrían matado unos a otros de no ser porque lo impidieron los grandes del reino, los nobles y los cuatro jueces. Al final convinieron todos que aceptarían sin rechistar lo que determinaran estos, o sea, los cuatro jueces. Pues bien, la decisión ha sido que nos encaminemos a Damasco, nos dirijamos al virrey Mal Hubo y lo invistamos con el poder sobre el reino que su padre ostentaba; aunque había otros, partidarios de su segundo hijo, que decían: "Se llama Brillo del Orbe y tiene una hermana de nombre Dicha del Tiempo. Hace cinco años partieron hacia el Hiyaz y nadie ha vuelto a saber de ellos"». Cuando el Chambelán hubo oído todo esto, comprobó que todo lo relativo a su esposa era cierto, y, aunque lo había apenas la noticia del deceso, se sentía muy satisfecho por traer consigo, en el convoy, al príncipe Brillo del Orbe, quien sin duda sucedería a su padre en el trono de Bagdad.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 77, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el Chambelán hubo oído la noticia de la muerte del rey Ómar Ennumán, se entristeció, pero, al mismo tiempo, se alegró por su esposa y por el hermano de esta, Brillo del Orbe, quien acaso ocupara a su llegada el trono de Bagdad. Miró el Chambelán al ministro y le dijo: «¡Esto es extraordinario! Sabed, señor ministro, que con este encuentro os ha aliviado Dios de vuestras fatigas. Todo va a saliros a pedir de boca y sin que tengáis que mover un dedo, pues el Altísimo os devuelve, con mi llegada, a Brillo del Orbe y a su hermana Dicha del Tiempo». Encantado con la noticia, dijo el ministro: «Contadme, Chambelán, la historia de los dos hermanos y decidme cuál ha sido la causa de su larga ausencia». Le relató primero el Chambelán lo ocurrido a Dicha del Tiempo y cómo se había convertido en su esposa, y luego la historia de Brillo del Orbe. Cuando el Chambelán hubo acabado su relato, convocó el primer ministro a comandadores, ministros y altos mandos militares, a quienes puso al corriente de las novedades. Mucho se alegraron ellos, maravillados por la feliz coincidencia. Luego, todos juntos, se presentaron ante el Chambelán y se pusieron a su servicio, de lo que dieron muestra besando el suelo ante él. En ese momento se acercó el ministro Dandán y se paró ante el Chambelán, quien promovió, para ese mismo día, una solemne reunión del Consejo. Él y el ministro Dandán se sentaron en un estrado y, delante de ellos, los comandadores y gerifaltes, según su rango. Deslicieron azúcar en agua de rosas, sirvieron el ligero sirope resultante y bebieron todos. A continuación, y tras las pertinentes consultas, dieron orden de que se volviera a poner en marcha el grueso del ejército, al que los allí reunidos se unirían tras la sesión. Los comandantes besaron el suelo ante el Chambelán y montaron bajo las enseñas de guerra, que encabezaban la columna. Luego, acabadas las conversaciones entre los grandes del reino, y como habían previsto, subieron ellos también a sus monturas y salieron a la zaga del ejército. El Chambelán se acercó al ministro Dandán y le dijo: «Creo que lo mejor sería que me adelantase yo a todos, para preparar el terreno, como corresponde, al nuevo rey, esto es, anunciarle vuestra inmediata llegada y que lo habéis preferido antes que a su hermano Mal Hubo». «¡Bien pensado!», contestó el ministro, mientras el Chambelán se levantaba. El ministro se puso también en pie, en señal de respeto, y le ofreció unos obsequios encareciéndole que los aceptara. Otro tanto hicieron todos los demás, comandadores, grandes del reino y dignatarios, quienes pidieron por el Chambelán y le dijeron: «Acaso tengáis a bien hablarle de nosotros al rey Brillo del Orbe para que nos permita mantener nuestros cargos». Después de asentir a ello, el Chambelán ordenó a sus mozos que se pusieran en marcha, y el ministro Dandán, por su parte, mandó a sus ordenanzas que montasen los pabellones y tiendas, que ahora quedaban bajo la supervisión del Chambelán, a un día de camino de la ciudad. Obedecieron aquellos la orden, y el Chambelán subió a su montura, loco de contento y diciendo para sus adentros: «¡Qué viaje tan bienhadado!». Y lo pensaba por causa de su esposa, a quien ahora apreciaba más que nunca, y del hermano de esta.

Y avanzó a marchas forzadas hasta que llegó a un punto desde donde la ciudad distaba un día de camino, y allí ordenó el alto, para descansar y para prepararle el campamento a su majestad el rey Brillo del Orbe, hijo del malogrado Ómar Ennumán. Él mismo hizo alto un poco más allá, con sus esclavos, y después de desmontar, ordenó a los eunucos que solicitasen permiso de Dicha del Tiempo para visitarla, a lo que accedió gustosa la princesa. Se acercó, pues, el Chambelán al palanquín de su esposa, y allí se reunió con ella y con su hermano, a quienes dio la noticia de la muerte de su padre, añadiendo que los dignatarios lo habían nombrado a él como sucesor de su difunto padre, Ómar Ennumán. De manera que acabó su relato dándole al nuevo

soberano sus parabienes. Los hermanos lloraron la muerte de su padre y preguntaron cuál había sido la causa. El Chambelán les contestó: «Eso debe de saberlo en detalle el ministro Dandán, quien llegará aquí mañana, al frente del ejército. Ahora lo que conviene, majestad –dijo, dirigiéndose a Brillo del Orbe–, es que hagáis lo que ellos os indiquen, puesto que os han elegido señor suyo. De lo contrario, le darán el poder a otro, y vos no debéis fiaros de quien pueda alcanzar el trono que no seáis vos, pues podría acabar matándoos, si es que no lo perdéis ambos a favor de un tercero que se aproveche de la rivalidad». Brillo del Orbe, después de mantener la cabeza gacha unos minutos, dijo: «Acepto». No podía, en realidad, hacer otra cosa, pues estaba claro que el Chambelán había hablado con sensatez. Y añadió: «¿Y qué haré, buen consejero, con mi hermano Mal Hubo?». «Hijo mío –repuso su servidor y cuñado–, vuestro hermano gobernará en Damasco y vos, en Bagdad. Dejad de lado, señor, todas vuestras dudas y aprestaos para encarar el futuro». El joven se avino a la opinión del Chambelán, quien le ofreció uno de los trajes reales que el ministro Dandán había traído consigo, así como la espada *namsha*¹⁴³. Al salir del palanquín indicó el Chambelán, primero, a los ordenanzas que buscasen un lugar elevado y allí montasen una tienda lo bastante amplia para que el rey pudiera reunirse con los comendadores; luego encargó a los cocineros que guisasen y sirviesen un buen banquete, y, por último, ordenó a los aguadores que tuviesen listos los depósitos. Al cabo de un rato volvió a levantarse una polvareda que cerró el horizonte por todas las direcciones. La formaba un ejército tan copioso como las aguas de la mar.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 78, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que los ordenanzas levantaron, por indicación del Chambelán, una tienda de materiales regios y lo bastante amplia para que Brillo del Orbe pudiera reunirse con los comendadores. Acabado que hubieron la labor, se levantó una gran polvareda y, cuando el aire la disipó, quedó a la vista un muy nutrido ejército. Eran las tropas de Bagdad y del Jorasán, que venían encabezadas por el ministro Dandán y demás dignatarios, todos ellos muy satisfechos con que Brillo del Orbe hubiese sucedido a su padre en el trono. El joven llevaba puestas las galas propias de un soberano y ceñida la espada. El Chambelán le ofreció el caballo, Brillo del Orbe montó, y el Chambelán y cuantos había en el campamento caminaron en evidente actitud de servicio hasta que el joven hubo entrado en la «gran cúpula», que era el nombre que se le daba al pabellón del rey, y allí se sentó, con la *namsha* sobre los muslos. El Chambelán se paró ante él, muy solfóico, y los esclavos circasianos de este se distribuyeron estratégicamente por las inmediaciones y el corredor de la tienda, con las espadas desnudas. Llegó entonces el grueso del ejército, y sus jefes pidieron autorización para entrar. El Chambelán se la solicitó a su vez a su

¹⁴³ Es difícil precisar la referencia de este término; podría querer decir espada con la hoja estriada, o bien sable recto, a diferencia de la cimitarra, pero, como esta, con un solo filo cortante. Conviene recordar, por otro lado, que por *nimsha* o *nimcha* se entiende un tipo de cimitarra conocida a partir de la Edad Moderna en el Norte de África, sobre todo en Marruecos, motivos por los que tal arma no resultaría adecuada en este contexto, donde, de cualquier modo, es obvio que indica meramente un arma blanca ceremonial.

majestad, Brillo del Orbe, y este ordenó que entrasen a su presencia de diez en diez. El Chambelán se lo hizo saber a los mandos y estos contestaron: «¡A la orden!». Se pararon todos ante el corredor que daba a la tienda y entraron diez de ellos. El Chambelán los condujo a lo largo del corredor y los llevó a la presencia del rey Brillo del Orbe. Sobrecogidos quedaron todos aquellos grandes dignatarios al ver al joven monarca, quien les prometió todo bien. Ellos le desearon la paz, pidieron por él y le juraron pleitesía. Besaron luego el suelo ante él y se marcharon, dejando sitio a otros diez, que hicieron como los primeros. Y así fueron entrando, de diez en diez, hasta que no quedó más que el ministro Dandán, el cual, por último, entró donde Brillo del Orbe y besó la tierra ante el joven monarca. Este se puso en pie para recibirlo: «¡Bienvenido sea el gran ministro y mentor! Propias sean tus acciones del más preciado de los consejeros, y quiera Dios que las ejecutes con experta y cuidadosa mano». En ese momento salió el Chambelán de la tienda y mandó que tendieran los manteles para todos los jinetes y la soldadesca, quienes al poco, juntos, se hallaban comiendo y bebiendo muy a sus anchas. Dentro de la «gran cúpula», el rey Brillo del Orbe dijo al ministro Dandán: «Manda a la tropa que permanezca estacionada diez días de modo que puedas informarme de las circunstancias del magnicidio y me pongas al corriente de cuanto en la corte ha ocurrido». El ministro repuso: «Así se hará», se acercó al centro del campamento y, ante los hombres que allí se reunieron, transmitió la orden de que habían de permanecer, estacionados, en aquel lugar durante diez días; y añadió que tenían permiso para recrearse a su gusto, con tal que los primeros auxiliares no entraran donde el rey mientras tanto. Todos los allí presentes suplicaron a Dios que prolongase en el tiempo la gloria de Brillo del Orbe. Volvió luego el ministro a la «gran cúpula» e informó a su nuevo señor de su gestión. El joven rey esperó a la noche y fue entonces a ver a su hermana Dicha del Tiempo, a quien preguntó: «¿Sabes algo del asesinato de nuestro padre?». «Nada», contestó la joven, quien mandó que corrieran ante sí una cortina de seda. El rey Brillo del Orbe se sentó al otro lado y mandó llamar al ministro Dandán, quien compareció enseguida. El joven rey dijo: «Quiero que me informes, con todo lujo de detalle, del motivo y circunstancias de la muerte de mi padre, el malogrado rey Ómar Ennumán». El ministro Dandán refirió lo siguiente:

SABED, MAJESTAD¹⁴⁴, que, cuando el difunto rey Ómar Ennumán volvió a la ciudad, después de haber ido a cazar, preguntó por vos y por vuestra hermana, pero no os encontró. Averiguó que habíais partido ambos en peregrinación a La Meca y se llevó un gran disgusto. Durante los seis meses siguientes, fue pasando de la irritación a la angustia. Preguntó a todo el mundo por vosotros, sin que nadie pudiera proporcionarle noticia alguna. Más tarde, transcurrido que hubo un año desde vuestra partida, nos hallábamos un día ante vuestro padre cuando se presentó una anciana en quien eran muy manifiestos los signos de la piedad, la cual venía acompañada de cinco jóvenes damas, núbiles y vírgenes, tales que lunas semejaban, dotadas de tal belleza y donosura como ninguna lengua podría alcanzar a ponderar. Además de ser agraciadas, eran capaces de recitar el sagrado Corán, tenían profundos conocimientos de filosofía y estaban muy versadas en la historia de los antiguos. La anciana pidió la venia del rey para comparecer ante él y la obtuvo. Entró, pues, a su presencia y besó el suelo. Vuestro padre, junto a quien yo me hallaba, viendo en ella a una piadosa mujer consagrada al culto divino, le indicó que se sentara cerca de él. La anciana, tras acomodarse, se dirigió a vuestro difunto padre: «Me acompañan cinco jóvenes como no

¹⁴⁴ Comienza «El rey Ómar Ennumán, la anciana y las cinco doncellas».

las conoce rey alguno, pues a su inteligencia unen belleza y discreción. Recitan de corrido el sagrado texto del Corán, según las distintas recensiones canónicas, son expertas en las más diversas disciplinas, han memorizado las más amenas y provechosas anécdotas, y aquí están, dispuestas a servir a vuestra majestad, rey de nuestra era. Y no hace falta que añada que en la prueba se conoce el valor o bajeza de la persona». Vuestro difunto padre miró a las jóvenes, le agradó lo que vio y les dijo: «Que cada una de vosotras haga uso de la palabra transmitiéndonos alguna historia que conozca y trate de personas de otros tiempos y naciones pretéritas».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 79**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán prosiguió su relato al rey Brillo del Orbe diciendo:

Vuestro difunto padre miró a las jóvenes, le agradaron y les dijo: «Que cada una de vosotras, por turnos, nos transmita noticias que conozca de las gentes del pasado y naciones pretéritas». UNA DE LAS JÓVENES SE ADELANTÓ¹⁴⁵, besó el suelo ante el monarca y dijo lo siguiente:

A vuestra majestad no se le escapa, sin duda, que es propio de quien ha recibido sólida formación y domina los capítulos del *ádab*¹⁴⁶, huir de la indiscreción y de virtudes adornarse, cumplir con los preceptos de la Ley y de los capitales pecados abstenerse; y a esta norma debe el susodicho aplicarse como si en ello le fuere la vida, ya que el fundamento y fin de la instrucción es la excelencia moral. Sabrá también nuestro señor que el principal motivo de que cada cual de nosotros busque su sustento es el común deseo de conservar la vida, dado que la finalidad de la vida no es otra que rendir culto a Dios. Conviene, pues, a quien, desde la más alta posición, se esfuerza por ser probo perfeccionar su natural en el trato con personas de provecho, y no apartarse nunca de tan expedita vía, pues son precisamente las personas de mayores rango y cualidad quienes más necesitadas se ven de sabias determinaciones. Y ello afecta a los reyes en mayor medida que a quienes no ocupan altas magistraturas, ya que estos apenas han de considerar las consecuencias de los actos que emprendan. No deje, pues, nunca el virtuoso de comprometer su vida y capital en la senda de Dios. Al rival es preciso combatirlo con argumentos y mantenerse ante él precavido. EN CUANTO AL AMIGO¹⁴⁷, recuerde vuestra majestad que entre él y su insigne persona no hay otro juez con jurisdicción válida que no sea el dispensarle en todo momento inmejorable trato. Al amigo hay que escogerlo pensando en el bien que pueda ocasionar al alma y después de haberlo probado. El amigo del alma ha de contarse entre lo que algunos llaman «los hermanos para el más allá», en referencia a los vínculos trascendentes, y cumplir, en consecuencia, con lo manifestado de la Ley, y asimismo conocer sus arcanos en la medida de lo posible. En el caso de que el amigo de que se trate se cuente solo entre los «hermanos en este mundo», ha de ser en todo caso libre y sincero, y estar exento de ignorancia y de maldad. Pues del ignorante han de huir hasta sus propios padres, y la mentira y la amistad están en abierta contradicción mutua.

¹⁴⁵ Comienza «La primera joven que venía con la anciana».

¹⁴⁶ Recuérdese que se trata, por abreviar, de las humanidades, entendidas como principios de comportamiento.

¹⁴⁷ Comienza el «Discurso sobre la amistad».

Prueba de ello es que la voz árabe para amigo (*sadiq*), deriva de la palabra para sinceridad (*sidq*), la cual nace en el mismo núcleo del corazón. La mentira, en efecto, y por definición, no puede nunca hallar camino hasta la lengua del sincero. Y considere asimismo vuestra majestad que el seguimiento de la Ley reporta beneficios a quien la adopta como guía y faro de su proceder cotidiano, para lo grande y para lo chico. Ame, pues, nuestro señor a su amigo del alma siempre que reúna las cualidades indicadas y absténgase de romper lazos con él, incluso aunque tenga algún defecto que a vuestra majestad desagrade; pues un amigo no es como una mujer, a quien cabe repudiar y aun recuperarla después, sino como el cristal, que no admite compostura después de quebrarse. Bien lo expresó el poeta:

Al corazón guarda de entuertos;
no es fácil curar de querellas.
Cuando falta amor, es cristal:
compostura no hay si se quiebra.

Los dotados de entendimiento –prosiguió la primera de las cinco jóvenes– afirman que el amigo más apreciable es el que da mejores consejos; la acción preferible, la que da lugar a más loables consecuencias, y la alabanza más envidiable, la que en boca de todos está. También han dicho que al siervo de Dios no se le ha de caer de la boca el agradecimiento y loa de su Señor, en especial, por dos dones, a saber, la salud y el entendimiento. Con mucha razón se han repetido las siguientes máximas: quien aspira a lo alto ha de estar en disposición de poner freno a su concupiscencia cuando sea menester; a quien no se sobrepone a las insignificancias Dios le manda las peores desgracias; quien a la pasión obedece no puede cumplir con lo que debe; quien sabe que otro piensa bien de él debe esforzarse por no defraudarlo; quien lleva al extremo la rivalidad comete pecado, y quien no se abstiene de infligir agravio a la espada se expone.

Y voy, majestad, a concluir recordando algunos PRINCIPIOS PARA LOS JUECES¹⁴⁸. En primer lugar, cabe señalar que una sentencia vale solo tras la comprobación. Conviene, por otro lado, que el juez tenga a todos en la misma consideración, para que los poderosos no quieran abusar ni los débiles desesperen de la justicia. El juez debe someter a prueba al acusador y tomar juramento al acusado. Toda reconciliación es loable entre musulmanes, salvo la que haga lícito lo prohibido y convierta en prohibido lo lícito. Cuando un asunto suscita la duda, conviene examinarlo de nuevo desde el principio con el ánimo sereno y equilibrado talante, con el fin de impartir justicia, pues, si se trata de seguir los dictados del Cielo, siempre es mejor hacer justicia a la segunda que persistir en el error. Debe el juez, por otra parte, cerciorarse de que conoce casos similares y haber captado el contenido de las declaraciones. En todo momento ha de tender a la equidad entre las partes, no fijarse otro objetivo que impartir justicia y ponerse en manos de Dios a la hora de dictar sentencia. El juez debe pedirle pruebas al acusador; si este las presenta, ha de reconocerle lo que le pertenece, y, si no, tomarle juramento al acusado. Tal es lo que el Altísimo manda hacer. El juez debe procurar los testimonios de los buenos musulmanes y recordar que Dios, el Supremo, ha ordenado a quienes imparten justicia que se ocupen de lo manifiesto, pues de lo oculto ya se ocupa Él. Deben los jueces abstenerse de actuar en tiempos de quebranto o de hambre, y tener siempre en mente que el objetivo último de la impartición de justicia entre los siervos de Dios

¹⁴⁸ Comienza «Principios para jueces».

consiste en que estos lleguen a contemplar, en el otro mundo, el bendito Rostro del Altísimo. Las más preclaras mentes, por otra parte, coinciden en que al juez cuya intención es buena y está en paz consigo mismo, no le faltará el concurso de Dios para buscar la paz entre los litigantes. El admirado Zuhri dijo: «Un juez merece la destitución en tres situaciones: si es condescendiente con los viles, si se desvive por los elogios y si no aguanta la idea de ser destituido». Conocido es que el califa omeya Ómar hijo de Abdelaziz destituyó a un juez, y este le preguntó: «¿Por qué me destituye el Comendador de los Fieles?». Ómar repuso: «He oído que tus palabras están por encima de tu condición». Y cuentan los historiadores que Alejandro Magno dijo a su juez: «Te he investido de una dignidad en la que he dejado yo mi alma, mi honor y mi fama; guárdala como cosa preciosa y pon a su servicio lo mejor de tu entendimiento»; a su cocinero: «Ya que tienes mando sobre mi cuerpo, no escatimes en su cuidado lo más preciado de ti», y a su secretario: «Manejo te he dado sobre los frutos de mi razón; guárdame, pues, en cuanto escribas a instancias mías».

Dicho que hubo todo esto, retrocedió la primera joven y dio paso a la segunda.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 80**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el relato que el ministro Dandán le hizo al rey Brillo del Orbe, la primera joven retrocedió para darle paso a la segunda, y esta, después de besar siete veces el suelo ante el difunto Ómar Ennumán, PRONUNCIÓ TAMBIÉN UN DOCTO DISCURSO¹⁴⁹:

El celebrado sabio Luqmán, a quien vuestra majestad de sobra conocerá, dirigió a su hijo las siguientes palabras: «Hay tres tipos de personas a quienes se conoce en situaciones muy determinadas: al mesurado, cuando tiene motivos para irritarse; al valiente, en la guerra, y al verdadero amigo, si pasas necesidad». Y aseveran que el abusador tiene de qué arrepentirse por más que lo alabe la gente, y, por el contrario, que quien ha sufrido abuso está libre de culpa por más que todos lo reprueben. Dios, el Supremo, afirma en el Sagrado Corán: «De ningún modo creas que quienes se regocijan de sus obras y gozan con las alabanzas ajenas por lo que no han hecho están libres del tormento, pues sufrirán un tormento doloroso». Y el profeta Mahoma, con él sean la bendición de Dios y la paz, dijo: «Las acciones han de juzgarse por las intenciones, que todos sin excepción abrigan». Y tenga asimismo vuestra majestad presente que lo más extraordinario en la persona es el corazón, ya que el corazón gobierna todas las decisiones. Así es en efecto: si lo agita la ambición, sucumbe a la avaricia; si lo domina el dolor, se muere de pena; si la ira lo vence, deriva hacia la destrucción; si el buen conformar es su virtud, no conoce arrebatos; si el miedo lo alcanza, de la aflicción no se libra; si la desgracia le afecta, se deja llevar de la angustia; si se vuelca en las ganancias, acaso olvide mentar a su Sustentador; si la miseria lo aflige, se verá cercado por las cuitas, y, si pierde la esperanza, acabará la enfermedad por postrarlo. Pero, sea cual sea la situación, no hay modo de que las cosas sigan su curso sino por la constante mención del santo Nombre de Dios, y por que cada cual se dedique a ganarse el sustento y asegurarse la vida eterna. A cierto sabio le preguntaron: «¿Quién es el más feliz de los seres humanos?». El

¹⁴⁹ Comienza «La segunda joven que venía con la anciana».

sabio repuso: «Aquel cuyo dominio de sí propio le permite vencer a la concupiscencia, cuyos propósitos aspiran a lo más alto, cuyo conocimiento se expande y cuyas disculpas escasean». Muy bien dijo el poeta Qais:

¡Libre del pecador quede la tierra
que solo ve de los demás las faltas!
Uno es lo que su pecho encierra oculto:
riqueza y otras prendas son prestadas.
Es siempre lo crucial dar con la puerta:
no pasa quien no acierta con la entrada.

RECORDARÉ A CONTINUACIÓN¹⁵⁰ –prosiguió la joven dama– anécdotas de ascetas. Dijo Hisham hijo de Bishr: «Le pregunté a Ómar hijo de Obeid en qué consiste la verdadera ascesis. Su respuesta fue: “Bien claro lo dejó el profeta Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz: ‘Asceta es quien nunca olvida la tumba ni la devastación, quien prefiere lo durable a lo efímero, quien no cuenta con el día de mañana porque ya se ve a sí mismo entre los muertos’”». Y afirman que Abu Dharr solía decir: «Preferible es para mí la pobreza a la riqueza, y la enfermedad a la salud»; y, en cierta ocasión, alguien que lo oyó replicó: «¡Dios tenga piedad de Abu Dharr! Yo, por mi parte, creo que quien se pone en manos del Altísimo acepta de buen grado la situación que su Sustentador haya elegido para él, sea cual sea». Y una persona digna de confianza refirió lo siguiente de Abu Aufa: «Una mañana, después de haber cumplido con la oración en nuestra compañía, y desceso de recitamos un pasaje del Sagrado Corán, eligió la azora del Revestido del manto¹⁵¹. Comenzó, pues, por el primer versículo, “Oh tú, el revestido del manto”, y, no bien terminó de recitar el octavo: “cuando suene la trompeta”, cayó muerto, como fulminado». Cuentan asimismo que Thábet lloró una vez con tal intensidad que a punto estuvo de perder los ojos; le trajeron a uno para que lo curara, y este dijo: «Lo curaré siempre que haga lo que yo diga». Thábet preguntó: «¿Sobre qué?». «Sobre no llorar», dijo el médico, y Thábet: «¿Y de qué me sirven los ojos si no puedo llorar?». Un hombre le dijo a Muhámmad, hijo de Abdállah: «Dadme consejo».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 81**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según le contó el ministro Dandán a Brillo del Orbe, la segunda joven le siguió diciendo al malogrado rey Ómar Ennumán:

Un hombre le dijo a Muhámmad hijo de Abdállah: «Dadme consejo». Muhámmad le contestó: «Te aconsejo que en este mundo seas un hombre libre y ascético, y en el otro, un siervo ambicioso». Y, al preguntarle el hombre: «¿Y eso cómo puede ser?», Muhámmad dijo: «Quien es ascético en este mundo se hace dueño de sí en este mundo y en el otro». Gauth hijo de Abdállah dijo: «Un pequeño israelita preguntó a su hermano: “¿Cuál es la cosa más terrible que has hecho?”. El otro respondió: “Pasé un día cerca de un nido, agarré uno de los polluelos y luego lo volví a soltar, pero no entre los

¹⁵⁰ Comienza una serie de «Anécdotas de ascetas».

¹⁵¹ Corán, LXXIV.

mismos polluelos donde estaba antes. Eso es lo más terrible que he hecho. ¿Y tú?». El primero respondió: “Lo más horrible de todo es que, cuando me levanto para orar, temo no estar haciéndolo más que por la recompensa”. El padre de ambos, que estaba oyéndolo todo, exclamó: “¡Dios mío, si es cierto eso que dicen, lleváoslos ya con Vos!”. Sobre esta anécdota comentó una persona de gran entendimiento: “Ambos hermanos se cuentan entre los más virtuosos muchachos”». Safid hijo de Yubeir relató: “Iba yo acompañando a Fadala hijo de Obeid, y le pedí que me diese consejo. Él me dijo: “Memoriza las dos normas siguientes: no pongas a nadie a la altura de Dios, y no perjudiques a ninguna de Sus criaturas”. Y, recitó estos versos:

“Sé como te parezca, pues Dios es generoso,
y por nada te alteres, que en orden está todo.
Solo hacia dos destinos no ha de tender tu ruta:
servir a más de un Dios y herir a Sus criaturas”.

A los que añadió:

“Si acopio de virtud no has hecho en esta vida
y al otro mundo llegas con las manos vacías,
al hallarte ante Dios desprovisto de viático
lamentarás no haberte, como otros, preparado”».

Dicho que hubo todo lo anterior, retrocedió la segunda joven y DIO PASO A LA TERCERA¹⁵², quien comenzó su discurso con las palabras siguientes:

Aunque es muy amplia, majestad, la materia de la ascesis, mencionaré algunos dichos de nuestros más píos predecesores que me vengan a la memoria. Cierta conocedora de la Verdad afirmó: «De la muerte me congratulo, por más que me falte la certidumbre de hallar en ella reposo; sé, con todo, que la muerte se interpone entre el ser humano y sus obras. Lo que con toda mi alma deseo es, pues, que se multipliquen mis buenas acciones y no repetir las malas». Cuando Atá el Sulamí, por su parte, acababa de pronunciar alguna de sus prédicas, se sacudía, se estremecía y se echaba a llorar con gran amargura; en cierta ocasión le preguntaron a qué se debía aquello, y él respondió: «A la gran aspiración que albergo, a saber: pararme ante Dios, el Supremo, habiendo concertado mis obras con mis prédicas». De igual modo sabemos que Ali Zeinelabidín, el hijo de Huséin y nieto de Ali, se echaba a temblar cuando se disponía a cumplir con el precepto de la oración, y, como le preguntaran por ello, repuso a su vez con una pregunta: «¿No sabéis acaso ante Quién me paro, a Quién dirijo mis palabras?». Se cuenta asimismo que Sufián el Thaurí tenía un vecino ciego, quien, en cuanto se iniciaba el mes de ramadán, salía con todos a cumplir con la oración, siempre silencioso y lento en sus andares. Refiriéndose a él, dijo Sufián: «El Día de la resurrección se unirá a las gentes del Corán, y él y quienes son como él recibirán mayor galardón de gloria que los demás». El propio Sufián dijo en otra ocasión: «Si fuésemos como deberíamos, no cabríamos de gozo al recordar el Verge del Eterno, y nos sumiríamos en honda angustia al pensar en el Fuego». Y en otra: «Solo el mirar a la cara del injusto es ya pecar».

¹⁵² Comienza «La tercera joven que venía con la anciana»; la intervención de aquella consiste en un «Discurso sobre la ascesis».

Dicho que hubo todo lo anterior, retrocedió la tercera joven para DARLE PASO A LA CUARTA¹⁵³, que inició su discurso diciendo:

Voy a referir, majestad, las noticias de virtuosos que me vengan a las mientes. Cuentan, así, que Bishr el Descalzo¹⁵⁴ afirmó: «Of a Jáled decir: “Guardaos del paganismo oculto”. Le pregunté: “¿Y qué es el paganismo oculto?”. Repuso: “Prolongar tanto las inclinaciones y prosternaciones durante la oración ritual que acaban entrando ganas de evacuar”». Cierta conocedor de la Verdad afirmó: «Con buenas acciones se expían las malas». Y otro, Ibrahím hijo de Ádham, refirió: «Le pedí a Bishr el Descalzo que me comunicara alguna verdad arcana, y me contestó: “Esta Ciencia, hijito mío, no hemos de comunicársela a cualquiera, sino solo a cinco de cada cien, como hacemos con la plata que entregamos como limosna ritual”. Aquellas palabras –prosiguió Ibrahím– me parecieron muy acertadas. Y en otra ocasión, más adelante, iba yo a cumplir con la oración, cuando vi a Bishr orando. Me coloqué detrás de él en espera de que el almuédano llamara a la oración. Se puso entonces un hombre en pie y dijo: “Precaveos todos de las verdades dañinas, y no os preocupen las mentiras benéficas; de nada sirven las palabras en tiempos de necesidad, del mismo modo que en tiempos de abundancia no hiere el silencio”». El mismo Ibrahím relató también: «Vi que a Bishr se le caía una monedita fraccionaria, un *dāniq*; me levanté, fui hacia él y le di, en su lugar, una moneda de plata, un *dirham*. Bishr dijo: “No lo quiero”. “Pero si lo he obtenido por medios lícitos”, le dije extrañado, a lo que él replicó: “No trocaré los dones del más allá por los bienes de este mundo”». Se cuenta también que la hermana de Bishr el Descalzo fue a ver a Áhmad hijo de Hānbal.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 82, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con el relato que le hizo el ministro Dandán al rey Brillo del Orbe, la cuarta joven le siguió diciendo al difunto rey Ómar Ennumán:

Fue la hermana de Bishr el Descalzo a ver a Áhmad hijo de Hānbal, y le dijo: «Maestro de la Ley, nos pasamos la noche hilando y durante el día salimos a buscarnos el sustento; a veces nos iluminan las teas de los gobernantes cuando estamos en la azotea con nuestra labor. ¿Es lícito lo que hacemos?». El hijo de Hānbal le preguntó: «¿Quién eres, mujer?». Ella repuso: «La hermana de Bishr el Descalzo». Él gran jurista exclamó: «¡Los corazones de vuestra familia son para mí fuente incesante de piedad!». Y cierto conocedor de la Verdad dijo: «Cuando Dios quiere lo mejor para uno de Sus siervos le abre la puerta del trabajo». Se sabe, por otra parte, que siempre que Málík hijo de Dinar pasaba por el mercado y veía algo que le gustaba, se decía: «Refrena, ánimo¹⁵⁵, tus impulsos, que yo no me uno a ellos». Y el mismo Málík, de quien Dios esté satisfecho,

¹⁵³ Comienza «La cuarta joven que venía con la anciana»; su intervención es asimismo un «Discurso sobre virtuosos».

¹⁵⁴ Bishr hijo de Háreth, apodado el Descalzo por su costumbre de caminar sin calzado, fue un célebre asceta que vivió en Bagdad y murió a mediados del siglo IX. Más adelante, en la noche 895, volveremos a encontrar su nombre, en una lista de reputados hombres de fe.

¹⁵⁵ Se refiere, como es frecuente en *Mil y una noches* y en el pensamiento islámico en general, al alma concupiscente o volitiva, fuente de los anhelos terrenales, como se comprueba en el siguiente dicho o asimismo en el poemita atribuido al imām Shāfi‘ que se cita en la noche 84.

afirmó: «La salvación está en llevarle la contraria al alma y la perdición en acomodarse a lo que el alma nos exige». Otro hombre virtuoso, Mansur hijo de Ammar, relató lo siguiente: «Emprendí la peregrinación y me dirigí a La Meca vía Cufa. Una noche lóbrega oí que uno gritaba en medio de las tinieblas: “¡Dios mío, por Vuestra gloria y majestad! Ni he querido ofenderos con mi pecado ni ignoro que sois mi Dios. El que yo incurriese en Vuestra ira estaba ya en Vuestros Designios desde la eternidad. Perdonad, pues, mis graves faltas. Si Os he ofendido, ha sido por mi ignorancia”. Y puso fin a su súplica recitando un versículo del Sagrado Corán: “¡Vosotros, los fieles! Preservaos a vosotros mismos y a vuestras familias de un fuego cuyo combustible son cuerpos humanos y piedras”. Luego oí un brusco golpe, como de algo que caía, pero, como no sabía de qué podía tratarse, me desentendí. A la mañana siguiente, al reemprender el camino, nos topamos con un cortejo fúnebre, a la cola del cual venía una anciana extenuada. Le pregunté quién era el difunto y me respondió: “Es el entierro de un hombre que pasó ayer por donde estábamos, y, cuando mi hijo, que estaba orando, recitó cierto versículo del Libro de Dios, fue a reventársele al hombre la vesícula y cayó muerto”».

Dicho que hubo todo lo anterior, retrocedió la cuarta joven y DIO PASO A LA QUINTA Y ÚLTIMA¹⁵⁶, quien inició su discurso con las palabras siguientes:

Voy a referir las noticias de ascetas y piadosos de otros tiempos que me vengan a la memoria. Máslama hijo de Dinar solía decir: «Una conciencia recta sabe eximir de faltas ligeras y graves, y, si el siervo está resuelto a dejar su vida pecaminosa, se le abren sin duda puertas». Y asimismo: «Todo bien que no sirve para estar más cerca de Dios constituye una ruina», o también: «Muy poco de este mundo puede distraer de mucho del otro, y, en contra, lo mucho que el otro mundo supondrá le permite a cualquiera olvidar que está viviendo con poco en este». Le preguntaron a Abu Házem: «¿Quién es el más venturoso de los hombres?», y respondió: «El que vive pendiente de obedecer a Dios»; le preguntaron luego: «¿Y quién es el más estúpido?», y repuso: «Quien vende su más allá por los bienes terrenales de otros». Y se cuenta que Moisés, con él sea la paz, cuando fue a abreviar a Madián, exclamó: «¡Soy, Señor, mi Sustentador, y en virtud del mismo bien que sobre mí habéis hecho descender, pobre!». De modo que Moisés le pedía a su Sustentador, que no a la gente. Vinieron entonces a él dos mozas y Moisés les dio a ambas de beber sin que hubiesen abrevado los pastores. Al volver a su casa las dos mozas informaron a su padre, Jetró, quien dijo: «Puede que ese hombre tenga hambre», y ordenó a una de ellas: «Vuelve a él y convídalo». Cuando la moza llegó adonde Moisés se tapó el rostro y dijo: «Mi padre os convida para recompensaros por el agua que nos habéis dado». A Moisés le desagradó esto sobremanera y tuvo el impulso de no seguir a la moza. Esta era mujer de generosas caderas, y, como quiera que el viento le agitaba el vestido, se le marcaban bajo este las formas del trasero. Iba por esta razón el profeta con la mirada baja, hasta que se resolvió a decirle a la moza: «Ve detrás de mí». Así lo hizo ella. Cuando llegaron adonde Jetró, la cena estaba ya lista.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

¹⁵⁶ Comienza «La quinta joven que venía con la anciana», quien pronuncia un «Discurso sobre ascetas y piadosos».

Y, cuando ya caía la noche 83, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con el relato que el ministro Dandán hizo a Brillo del Orbe, la quinta joven siguió diciéndole al malogrado rey Ómar Ennumán:

Entró, pues, Moisés donde Jetró cuando ya la cena estaba lista, y Jetró le dijo a Moisés: «Quiero retribuirte por haberles dado de beber». Moisés contestó: «Vengo de una casa, de una familia que, cuando realiza una obra por el más allá, no la vende por todo el oro y la plata de esta tierra». Jetró contestó: «Sin embargo, joven, eres mi huésped, y es costumbre mía, como lo fue de mis ancestros, el honrar al huésped dándole de comer». Moisés tomó entonces asiento y se sentó. Luego Jetró contrató a Moisés para las ocho siguientes peregrinaciones, es decir, para los ocho años siguientes, y le ofreció como retribución la mano de una de sus hijas; de modo que el trabajo de Moisés fuese su modo de acceder al matrimonio, tal como dijo el Altísimo en Su Libro Sagrado, asumiendo la voz de Jetró: «Quiero casarte con una de estas dos hijas mías, a condición de que me sirvas durante ocho peregrinaciones. El que llegues a cumplir las diez, queda a tu arbitrio; no quiero forzarte». Por otra parte, un hombre dijo a uno de sus compañeros, a quien no había visto durante una temporada: «Te he extrañado mucho, ¿hace tanto que no te veo!». «He estado este tiempo muy ocupado con el hijo de Shihab; ¿lo conoces?», dijo el otro, y el primero: «Sí, ha sido vecino mío treinta años, pero nunca he hablado con él». El segundo dijo: «Al olvidar a tu vecino has olvidado a Dios, pues, si amaras a Dios, amarías a tu vecino. ¿Acaso no sabes que los vecinos tienen, sobre uno, los mismos derechos que los parientes?». Y Hudeifa refirió lo siguiente: «Llegué a La Meca en compañía de Ibrahím hijo de Ádham, el mismo año en que peregrinó Shaiq el de Balj. Coincidimos los tres en la ceremonia de circunvalación de la Káaba, durante la cual Ibrahím le dijo a Shaiq: «Háblame de vuestra tierra, de Balj». Shaiq respondió: «Si tenemos qué comer, y, si pasamos hambre, nos aguantamos». Ibrahím dijo: «Eso lo harán también los perros de Balj; nosotros, cuando tenemos qué comer, honramos a Dios, y cuando pasamos hambre, Le damos las gracias». Shaiq entonces se sentó ante Ibrahím y le dijo: «Eres mi maestro». Y Muhámmad hijo de Imrán refirió: «Un hombre le preguntó a Hátem el Sordo: «¿Qué os lleva a abandonaros en Dios?». Hátem repuso: «Dos cosas: el saber que nadie más que yo se comerá mi pan, lo que me tranquiliza, y el saber que fui creado por la Sabiduría de Dios, lo que me lleva a humillarme ante Él».

Dicho que hubo todo lo anterior, retrocedió la quinta joven y dio paso a la propia anciana que las había traído. Esta besó el suelo —según refirió el ministro Dandán— ante el rey Ómar Ennumán nueve veces y dio curso a su propio parlamento con las palabras siguientes:

DESPUÉS DE HABER OÍDO¹⁵⁷, majestad, lo que estas cinco jóvenes han dicho en materia de ascesis, voy yo a seguir por ese o similar camino, refiriendo algunas noticias que conozco de grandes personajes del pasado, y comenzaré recordando a los grandes juristas y teólogos. Cuentan, así, majestad, que el maestro Shaféi dividía la noche en tres: el primer tercio para la Ciencia¹⁵⁸, el segundo para el sueño y el tercero para la devoción. También sabemos que el maestro Abu Hanífa, de manera similar, se pasaba la mitad de la noche en vela, y que, cuando en cierta ocasión, lo señaló por la calle un transeúnte y le dijo a su acompañante: «Ese se pasa la noche entera en

¹⁵⁷ Comienza «El parlamento de la anciana», que se abre con un «Discurso sobre juristas, teólogos y otros personajes píos».

¹⁵⁸ Con mayúscula, porque se refiere a las ciencias sagradas (las relativas al Corán, la Tradición Profética etc.), y no a las ciencias naturales.

vela», Abu Hanifa exclamó: «¡Vergüenza me da ante Dios el que me describan con rasgos que no me corresponden!», y a partir de entonces comenzó, en efecto, a pasarse las noches enteras en blanco, dedicado a sus devociones. El Rabí relató lo siguiente: «El maestro Shafef, de quien Dios esté satisfecho, solía recitar setenta veces el Corán completo durante el mes de ramadán, y solo mientras cumplía con sus oraciones preceptivas. Y al propio maestro Shafef se le atribuye el haber dicho: «Nunca, a lo largo de estos diez últimos años he llegado a hartarme de pan de cebada»¹⁵⁹, porque el hartazgo endurece el corazón, embota la inteligencia y, a más de atraer el sueño, entorpece los movimientos de quien desea levantarse del lecho». Y se sabe, por una cadena de transmisión¹⁶⁰ que parte de Abdállah hijo de Muhámmad el Sukkarí, que este dijo: «No he conocido a nadie más agudo ni mejor conocedor de la lengua árabe que Muhámmad hijo de Idrís, el maestro Shafef. Salió yo un día en compañía de Alháreth hijo de Labib el Calderero, quien era alumno del Muzaní y estaba dotado de una voz admirable; y coincidió que, al recitar este último las palabras de Dios, el Supremo: “El día llegará en que no puedan hablar ni les sea dado el excusarse”, vi cómo al maestro Shafef se le alteraba el semblante, la piel se le erizaba, se conmovía todo él y caía sin sentido al suelo. Cuando volvió en sí exclamó: “¡Quiera Dios que no me cuente ni entre los mentirosos ni entre los negligentes! ¡A Vos, Señor, Dios mío, ante Quien se abajan los corazones de quienes la Verdad conocen, pido que, por Vuestra bondad, dispenséis mis faltas, con Vuestro manto me cubráis y, por la nobleza de Vuestro rostro, perdonéis mis pecados!”. Me levanté luego y me fui». Y una persona digna de confianza relató lo siguiente: «Poco después de llegar a Bagdad, donde se encontraba el maestro Shafef, me senté a orillas del río Tigris, para hacer mis abluciones antes de la oración. Pasó entonces cerca de mí uno que me dijo: “Haz bien tus abluciones, mozo, y Dios te recompensará con bien en este mundo y en el otro”. Me volví a mirar y vi a un hombre a quien seguía un grupo. Terminé de lavarme a toda prisa y eché a andar en pos del hombre, el cual me vio y me preguntó: “¿Te hace falta algo?”. Le respondí: “Sí, enseñadme algo de lo que Dios, el Supremo, os ha enseñado”. Él dijo: “Quien ama sinceramente a Dios se salva; quien se muestra solícito con Su ley se libra de la devastación, y quien se aparta de este mundo se alegrará en el más allá. ¿Quieres que siga?”. Respondí: “Sí”, y él añadió: “Retráete de este mundo y desea el otro con todas tus fuerzas, y sé en todo lo que emprendas sincero; de ese modo te contarás entre quienes se salven”. Dicho esto, se marchó. Yo entonces pregunté por él y me dijeron: “Era el maestro Shafef”». Y el propio Shafef dijo: «Siempre he deseado que los siervos de Dios saquen provecho de esta Ciencia, a condición de que no se me atribuya nada a mí».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 84, dijo Shahrazad:

¹⁵⁹ El pan de cebada se identifica como alimento popular y humilde.

¹⁶⁰ Se refiere a quienes han ido transmitiendo la historia, de modo que su conocimiento se ha hecho extensivo y alcanzado a generaciones posteriores. La mención de personas fiables es, lógicamente, garantía de veracidad; lo cual forma parte del método de escrutinio de autenticidad de las historias y dichos atribuidos al profeta Mahoma, que constituyen el cuerpo textual de la Sunna o Tradición, a partir de la cual, se han elaborado a su vez los saberes islámicos, incluidos los jurídicos.

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, la anciana siguió refiriendo noticias de juristas y otros personajes píos:

El propio maestro Shafef, de quien Dios esté satisfecho, dijo: «Cada vez que he mantenido una polémica con alguien ha sido con la intención de que Dios, el Supremo, le concediese el acceso a la Verdad y lo ayudase a mostrarla; nunca he entablado una disputa sino para hacer la Verdad patente, y, desde luego, nunca me ha importado que la Verdad resplandeciera en mis palabras o en las de mi contrincante dialéctico». Él mismo dijo: «Si temes que te encandile tu propio dominio de la Ciencia, recuerda a Quién deseas satisfacer, a qué Gloria quieres acceder y de qué castigo aspiras a librarte». Y en cierta ocasión le dijeron a Abu Hanifa: «El Comendador de los Fieles y califa, Abu Yáfar Almansur, te ha nombrado juez y asignado un salario de diez mil dírham», pero Abu Hanifa no se quedó contento. Luego, cuando llegó el día en que había de recibir el dinero, Abu Hanifa cumplió con la oración de la mañana, se cubrió con su manto y quedó en silencio. Llegó el emisario del califa con la paga, entró donde Abu Hanifa y le dirigió la palabra, pero él no contestó. El emisario del califa le aseguró: «Es dinero lícito, no lo dudés». Abu Hanifa contestó: «Sé que es dinero lícito, pero quiero evitar que en mi corazón crezca el afecto hacia los poderosos». El emisario dijo: «Podéis acercaros a ellos sin profesarles afecto ninguno», a lo cual replicó Abu Hanifa: «¿Acaso puede uno meterse en el mar sin que se le moje la ropa?». Y al maestro Shafef, de quien Dios esté satisfecho, se atribuyen los versos:

Te conviene, alma mía¹⁶¹, escuchar mi advertencia,
para poder gozar de la Gloria por siempre:
no te dejes llevar de la concupiscencia,
que es la vía segura que conduce a la muerte.

Una de las admoniciones que Sufián dedicó a Ali hijo de Alhuséin el Sulamí fue: «Sé siempre sincero y huye, como del fuego, de la mentira, la traición, la doblez y la presunción, pues para Dios son vanas las buenas acciones que van marcadas por cualquiera de esas lacras. No te instruyan en materia de Ley de Dios sino quienes se muestran resueltos a cumplirla. Busca la compañía de quienes deseen apartarte de este bajo mundo, recuerden en todo momento la muerte y se vuelvan a menudo a Dios para solicitar Su perdón. Pídele a tu Sustentador que te conceda la paz en lo que de vida te reste. Aconseja bien a todo fiel que te consulte en materia de Ley de Dios, pues fallarle a un fiel es como fallarle al Altísimo y a Su enviado. Guárdate de polémicas y pendencias. Deja de lado lo que suscite tus dudas, pues, si te atienes a lo seguro, serás salvo. Promueve el auxilio e impide lo reproable, que Dios te amará. Si tú mejoras tus intimidades, Dios mejorará tus asuntos públicos. Acepta las excusas de quien te las presente, y no odies a musulmán alguno. Procura la cercanía de quien se aleje de ti, perdona a quien te maltrate, y serás compañero de los profetas. Teme a Dios como quien tiene la certeza de que, ya muerto y resucitado, va a comparecer de inmediato ante el Todopoderoso. Recuerda que tu destino es o bien un celestial Huerto o bien un candente Fuego».

Y el ministro Dandán prosiguió el relato que al joven Brillo del Orbe le estaba haciendo sobre las circunstancias en que fue asesinado el rey Ómar Ennumán con las siguientes palabras:

¹⁶¹ Como ya se ha dicho, el término árabe *nafs*, literalmente «alma», ha de entenderse como alma volitiva o concupiscente, o bien, según hemos hecho en otros pasajes, como «ánimo» (si por tal nos referimos al «alma o espíritu, en cuanto principio de la actividad humana», según precisa la RAE, *Diccionario de la lengua española*, 23ª ed., Barcelona: Espasa, 2014, s. v.) o incluso como «instinto».

Acabado que hubo su discurso, se sentó la anciana junto a las cinco jóvenes doncellas. Vuestro difunto padre, por su parte, después de haberlas oído a todas, quedó convencido de que se hallaba ante algunos de los mejores seres de nuestra era; y, reconociendo, para sus adentros, la belleza de las jóvenes, su donosura y cuánto lo habían enriquecido en conocimiento, se acercó a la anciana para agasajarla, y les asignó a todas, para su alojamiento, la misma residencia que había ocupado en vida la princesa Ibriza, hija de Hardub, príncipe de los rumfes. Ordenó, además, que les llevasen cuanto desear pudieran durante su estancia en la corte, que se prolongó, sin mayor novedad, durante diez días. Y, cada vez que el rey Ómar Ennumán, vuestro difunto padre, iba a visitarlas, las hallaba consagradas a sus devociones: rezando de noche y ayunando de día. Tanto era el amor que ya les profesaba que me dijo: «Ministro, esta anciana es mujer de gran virtud, y su santidad ha calado en mi corazón». Luego, al cumplirse el undécimo día, se reunió vuestro padre con la anciana para ver cómo procedería al pago por las doncellas. Ella dijo: «Sabed, majestad, que el precio de estas doncellas no está al alcance de los mortales, pues yo no pido por ellas oro, plata o piedras preciosas, ni en poca ni en mucha cantidad». Estas palabras admiraron sobremanera a vuestro padre, quien preguntó: «¿Cuál es, pues, su precio, señora?». «Solo os las venderé a condición de que guardéis un mes completo de ayuno; habréis de ayunar de día y os mantendréis despierto y en guardia de noche, todo en atención al Rostro del Altísimo. Si lo hacéis, las doncellas serán de vuestra propiedad, permanecerán en vuestro palacio y podréis hacer con ellas lo que os plazca». Tanta virtud, tanta disposición al sacrificio y tanto temor de Dios tenían admirado al monarca, quien, viendo a la anciana con mayor veneración aún, exclamó para sus adentros: «¡Cuánto provecho nos tenía Dios guardado en esta santa mujer!». Y acordó con ella que ayunaría según las condiciones señaladas por la anciana, quien le dijo: «Y yo, por mi parte, quiero ayudaros con las súplicas que elevaré sobre una vasija de agua». Le trajeron, pues, la vasija llena y la anciana recitó y musitó durante una hora y en un idioma que nos resultó incomprensible. Hecho lo cual, cubrió la vasija con una tela, la selló y se la entregó a vuestro padre diciendo: «Después de haber ayunado la primera decena, romped el ayuno la siguiente noche con el contenido de esta vasija, que borrará de vuestro corazón el amor que aún le tenéis a este bajo mundo, y os llenará de luz y de fe. Yo mañana mismo volveré junto a mis hermanos, hombres todos ellos de gran piedad, a quienes tanto echo de menos. Luego, al cabo de esos diez días, volveré». Vuestro padre recibió la vasija y fue al punto a prepararse un lugar de retiro en palacio, donde dejó la vasija y cuya llave se guardó en la faltriquera. A la mañana siguiente inició el rey su ayuno y la anciana emprendió viaje.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 85**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole a Brillo del Orbe:

A la mañana siguiente inició el monarca, vuestro difunto padre, su ayuno mientras que la anciana emprendía su anunciado viaje. Transcurrieron los siguientes días, durante los cuales respetó vuestro padre las condiciones puestas, y la noche en que comenzaba el undécimo destapó la vasija

y se bebió su contenido, el cual le produjo un satisfactorio efecto en el corazón. Durante la segunda decena del mes regresó la anciana, quien consigo traía un dulce envuelto en unas hojas que no se parecían a las de ningún árbol que conociéramos. Entró la anciana donde vuestro padre y lo saludó. Cuando él la vio, se puso en pie de inmediato y le dijo alborozado: «¡Bienvenida sea nuestra bienaventurada santa!», a lo que ella repuso: «Majestad, los virtuosos del mundo de lo desconocido»¹⁶² os envían sus saludos, pues les he hablado mucho de vos, y tan contentos están de vuestra majestad que os envían conmigo este dulce, que del más allá procede. Comédselo para romper el ayuno al final de este día». Muy contento, exclamó vuestro padre: «¡Alabado sea Quien me ha permitido tener amigos entre los hombres de lo desconocido!». Le dio después las gracias a la anciana, le besó las manos y las agasajó a todas, tanto a esta como a las cinco doncellas, con espléndida generosidad. Al vigésimo día acudió a vuestro padre la anciana y le dijo: «Sabed, majestad, que he puesto a mis hermanos del mundo de lo desconocido al corriente de los lazos de afecto que nos unen, y de que os he cedido a las doncellas. Y, al enterarse de que las cinco quedan bajo vuestra protección, se han alegrado mucho mis virtuosos hermanos, que siempre han dirigido, a favor de las doncellas, plegarias no desoídas»¹⁶³. Quisiera ahora llevarlas a la presencia de los hombres de lo desconocido, para que puedan infundirles a ellas el soplo de sus alientos, que es aire del más allá, y de ese modo vuelvan las doncellas a vuestra majestad trayéndoos algún tesoro con el cual, terminado que hayáis vuestro ayuno, podáis vestir las a ellas y cumplir vuestros propios fines». Vuestro difunto padre le dio las gracias y añadió: «Si yo aceptase ese tesoro, sería solo por no llevaros la contraria. Pero decidme, ¿cuándo os las llevaréis?». La anciana repuso: «En la noche vigésima séptima, y las traeré de vuelta cuando, al cumplirse el mes, podáis vos poner fin a vuestro ayuno y ellas se hayan purificado. En ese momento serán vuestras y quedarán a lo que vos dispongáis. Os aseguro que cada una de ellas vale por sí sola mucho más que todo vuestro reino». «Bien lo sé yo, virtuosa y santa señora», dijo vuestro difunto padre, y la anciana: «Sin más remedio habéis de enviar con ellas a una persona de vuestra corte muy querida de vuestra majestad, que disfrute de la compañía de las cinco doncellas y se lleve también la bendición de los hombres de lo desconocido, mis hermanos». El rey dijo: «Tengo una concubina rumí, de nombre Sofía, de quien me han nacido dos hijos, una hembra y un varón, los cuales llevan, por desgracia, dos años desaparecidos; lleváosla con vos para que reciba esa bendición».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 86**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole a Brillo del Orbe las circunstancias del asesinato de su padre con las siguientes palabras:

Después de que la anciana pidiese la venía a vuestro difunto padre para llevarse a las cinco doncellas, él le dijo: «Tengo una concubina rumí, de nombre Sofía, de quien me han nacido dos hijos, una hembra y un varón, los cuales llevan, por desgracia, dos años desaparecidos. Lleváosla con vos, señora, para que también reciba esa bendición. Ojalá vuestros hermanos, los hombres

¹⁶² En esta y similares referencias a esos misteriosos personajes píos hay que ver seguramente un intento paródico de determinadas actitudes religiosas.

¹⁶³ En la religiosidad popular islámica ha estado siempre arraigada la idea de que hay personas que, por su piedad y virtud, consiguen que sus peticiones a la divinidad sean atendidas por esta.

de lo desconocido, pidan por que sus hijos retornen a ella y Dios les conceda el reencontrarse». «¡Muy bien pensado!», exclamó la anciana, quien veía pronto a consumarse su principal designio. Vuestro padre, majestad –continuó Dandán–, siguió adelante con su ayuno y, cuando ya estaba cerca de llevarlo a término, la anciana le dijo: «Ya parto, hijo mío, en busca de los hombres de lo desconocido; haced, pues, que venga Sofía, la concubina». La llamó vuestro padre y al punto acudió la princesa rumí. La anciana la recibió con grandes muestras de consideración y la incorporó al grupo de las jóvenes doncellas. Entró luego la anciana en su alcoba y salió con una copa sellada que entregó al rey diciéndole: «Cuando se cumpla el día trigésimo, id a los baños y, al salir, retiraos a un lugar privado de palacio, bebed el contenido de esta copa y echaos a dormir, pues ya habréis conseguido lo que anheláis. Y con esto me despido de vos». Satisfecho el rey, vuestro padre, como siempre que la oía hablar, le dio las gracias y le besó la mano. «Quedaos con Dios», le dijo la anciana. «¿Cuándo volveré –preguntó vuestro padre– a veros, virtuosa y santa señora? No quisiera por nada del mundo perder vuestro trato». Ella pidió por él y se puso en marcha acompañada de las cinco doncellas y de la princesa Sofía.

Tres días más esperó el rey y, cuando hubieron transcurrido, acudió a los baños y de allí fue derecho a una estancia de palacio donde se retiró después de haber ordenado que nadie lo molestase. Cerró la puerta, se bebió lo que la copa sellada contenía y se quedó dormido. Hasta el final del día esperamos a que saliese de aquel retiro, pero en vano. De modo que nos dijimos: «Puede que el baño lo haya fatigado, tras sus desvelos y ayunos, y se haya sumido en profundo sueño». Seguimos aguardándolo el siguiente día, pero él no salió. Nos paramos junto a la puerta de su retiro y le hablamos en alta voz con la esperanza de que despertara y nos respondiera, pero nada conseguimos. Al cabo forzamos la puerta, entramos en la estancia y allí lo encontramos, con la carne desgarrada y los huesos descajados. Creímos que el mundo se nos caía encima. Tomamos la copa y vimos que en la tapa llevaba una hoja de papel en que podía leerse:

Nadie echa de menos al inicuo. Esta es la justa retribución de quien contra princesas maquina y las corrompe.

Por el presente escrito hacemos público que, cuando Mal Hubo visitó nuestro país nos corrompió a nuestra querida Ibriza, y, no contento con ello, nos la arrebató para traerla consigo a esta vuestra tierra. Luego la forzasteis a huir con un esclavo negro que le quitó la vida. Muerta en medio de un descampado, tirada en el suelo, la encontramos. No es así como han de conducirse los reyes, y la única retribución posible para quien tal hace es la que se ha consumado.

No acuséis a nadie de haber asesinado a vuestro rey, pues su muerte ha sido obra de la astuta, la desenfrenada, la audaz y taimada Calamidades, quien suscribe. Sabed asimismo que conmigo me llevo a Sofía, concubina del rey muerto, para devolvérsela a su padre, Afridín, emperador de Constantinopla.

Y en esto no acabará todo, pues invadiremos vuestros dominios, sembraremos vuestra tierra de muerte y destrucción, nos adueñaremos de vuestras posesiones. Todos pereceréis, del primero al último, y no habrá hogar que se libre de la desolación. Solo respetaremos las vidas y hacienda de quienes se avengan a adorar a la Cruz y al Cingulo.

Comprendimos que la anciana nos había engañado y llevado a buen término lo que contra nosotros había tramado. Gritamos, nos abofeteamos y derramamos copiosas lágrimas que ya eran inútiles. Luego se produjo la controversia entre los soldados, pues, mientras que unos querían a vuestro hermano Mal Hubo como rey, otros os preferían a vos. El enfrentamiento se prolongó un mes entero, al cabo del cual nos juntamos para ir en busca de Mal Hubo, y fue así como os encontramos a vos, majestad. Esta es, pues, la causa de que el rey Ómar Ennumán fuese asesinado.

Cuando el ministro Dandán acabó su larga relación, se echaron a llorar Brillo del Orbe y Dicha del Tiempo, y con ellos, el Chambelán. Luego dijo este a Brillo del Orbe: «De nada os servirá llorar, majestad. Lo que, por el contrario, sí os rendirá beneficios será hacer de tripas corazón, fortalecer vuestro ánimo y apuntalar vuestro señorío. Y pensad que no muere quien un hijo como vos deja en el mundo». Interrumpió, pues, Brillo del Orbe su llanto y ordenó que plantasen el trono fuera de la tienda para que el ejército le rindiese pleitesía. El Chambelán se colocó a su lado, y detrás, los escuderos. Ante él se situó el ministro Dandán, junto con los comendadores y demás dignatarios, cada uno en el lugar que le correspondía. El rey se dirigió al ministro: «Dime cuál es el estado del tesoro de mi padre». «Lo que mandéis», respondió Dandán, quien pasó a darle cuenta de los capitales de su padre, así como de las joyas y demás objetos valiosos. Cuando el rey supo de qué riquezas disponía, distribuyó dinero entre los soldados e hizo espléndidos regalos al ministro Dandán, a quien confirmó en su cargo. El ministro besó el suelo ante su rey y le deseó larga vida. A continuación distribuyó el rey regalos entre los comendadores, y luego se dirigió al Chambelán: «Infórmame de los tributos de Damasco que bajo tu custodia están». El Chambelán le mostró las arcas de caudales y objetos preciosos, y el rey mandó que distribuyesen todo aquello entre los soldados.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 87**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, después que el Chambelán le hubo mostrado al rey, por orden de este, los tributos de Damasco, que venía custodiando, ordenó Brillo del Orbe que todas aquellas riquezas se distribuyeran entre los soldados. Los comendadores besaron el suelo ante él, le desearon larga vida y exclamaron: «¡Jamás se ha visto rey tan espléndido!». Y se retiraron todos a sus tiendas. A la mañana siguiente dio el rey la orden de partida, y al cuarto día de camino alcanzaron las lindes de Bagdad, que hallaron engalanada. Entraron en la ciudad, Brillo del Orbe tomó posesión del palacio de su padre y se sentó en el trono, con los comendadores, el ministro Dandán y el Chambelán de Damasco ante sí. El joven rey mandó entonces al secretario que dirigiese un escrito a su hermano Mal Hubo donde le daba cuenta de lo ocurrido, y acababa con las siguientes palabras: «*Disponlo todo y arma a tu ejército, a la recepción de la presente, para que juntos ataquemos a los infieles, tomemos venganza de ellos y lavemos la afrenta que nos han hecho*». Dobló el pliego, lo selló y le dijo al ministro Dandán: «Tú y nadie más que tú has de llevarle esta carta, poniendo mucho cuidado en dirigirte a él en los mejores términos. Debes decirle: “Si queréis el trono de Bagdad, vuestro es. No tiene vuestro hermano Brillo del Orbe inconveniente en quedar como virrey y delegado vuestro en Damasco”». Salió el ministro y se aprestó para el viaje. Resuelto esto, dio Brillo del Orbe la orden de que instalaran al fagonero en una residencia suntuosa y provista de las mejores alfombras y tapices. Pero ya habrá tiempo de contar la larga historia del fagonero...

Pasados unos días salió Brillo del Orbe de caza y montería, y, al volver a Bagdad, uno de los comendadores le regaló varios excelentes corceles y un grupo de esclavas tan hermosas que no hay modo de describirlas. Y, como al joven rey le gustara una de las jóvenes, se quedó a solas

con ella, tuvieron trato carnal y la esclava quedó esa misma noche encinta. Transcurrido que hubo cierto tiempo, volvió el ministro Dandán de su viaje y le dio al rey noticias de su hermano Mal Hubo, quien venía de camino: «Conviene –terminó diciendo el ministro– que salgamos a recibirlo». «Desde luego», repuso Brillo del Orbe, quien, junto con sus máximos dignatarios, salió de Bagdad. La comitiva hizo el trecho de un día de camino, y allí mandó el joven rey que plantaran las tiendas para esperar a su hermano. A la mañana siguiente llegó Mal Hubo al frente del ejército de Siria, que formaban jinetes intrépidos, fieros leones, luchadores aguerridos. En cuanto asomaron los escuadrones, en nubes de polvo envueltos, y surgieron los turbantes, que al viento tremolaban entre las oriflamas de las divisiones, se pusieron en marcha Brillo del Orbe y su compañía para salir a su encuentro. Cuando el joven monarca distinguió a su hermano, hizo además de descabargar, pero Mal Hubo lo conjuró a que no lo hiciera, y fue él quien desmontó para acercarse a pie a Brillo del Orbe, quien se arrojó en sus brazos. Mal Hubo lo estrechó contra su pecho, y ambos se echaron a llorar, dándose mutuo consuelo. Montaron luego los dos hermanos, emprendieron la marcha al frente del ejército y así llegaron a Bagdad, su destino. Entraron ambos, Brillo del Orbe y Mal Hubo, al recinto del palacio real y allí pasaron la noche sin novedad. A la mañana siguiente dio Brillo del Orbe la orden de que se reuniesen los ejércitos de toda procedencia y se llamase a la invasión y al yihad. Y en Bagdad permanecieron a la espera de que acudiesen las levadas de todas las regiones. A medida que iban llegando, los guerreros del islam renovaban sus pactos con el trono que ahora ocupaba el joven monarca y honraban a este. Un mes entero transcurrió de esta manera, durante el cual fueron llegando compañías de bien armados hombres en sucesivas oleadas. Un día le dijo Mal Hubo a su hermano menor: «Cuéntame, hermano, tu historia». Brillo del Orbe le relató cuanto le había ocurrido, deteniéndose en los favores que del fogonero había recibido. Mal Hubo le preguntó: «¿Y se lo habéis recompensado?». «No en la medida de sus merecimientos, hermano, pero cumpliré con él, si Dios así lo quiere, cuando vuelva de esta campaña».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 88**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mal Hubo le preguntó a su hermano Brillo del Orbe si le había recompensado al fogonero todos sus favores. El joven monarca repuso: «Aún no, hermano, pero a ello me dedicaré, si Dios, el Supremo, así lo quiere, cuando volvamos de esta campaña». Pudo, así, comprobar Mal Hubo que su hermana Dicha del Tiempo le había sido sincera en cuanto le había contado. Ocultó, de cualquier modo, lo que entre ella y él había sucedido, y se limitó a enviarle a la princesa sus saludos por mediación del esposo de esta, el Chambelán. Dicha del Tiempo, en respuesta, le envió asimismo sus saludos, le deseó todo bien y le preguntó por la hija de ambos, Tenfa que Ser. Él le contestó que la niña se hallaba bien, tan saludable y feliz como descarse pudiera, y ella alabó al Altísimo y le dio las gracias a Mal Hubo. El cual fue adonde su hermano, el rey, para preguntarle por el momento de partir. El joven monarca contestó: «Partiremos, hermano, cuando dispongamos de todos nuestros efectivos, incluidos los árabes del desierto», y ordenó que aprestasen abasto y munición. Entró luego Brillo del Orbe a ver a su

esposa, con quien ya llevaba cinco meses casado, y puso bajo su mando a expertos de la pluma y de las cuentas, a quienes asignó pagas y emolumentos. Y, al cumplirse el tercer mes desde la llegada del ejército de Siria, y habiendo acudido los árabes que esperaban, así como las tropas de las diversas regiones, dio el joven soberano orden de partir. Sus huestes se fueron poniendo en marcha en una larga sucesión de mesnadas y regimientos. Al frente del cuartel *dailamí* iba el general Rostam, mientras que el cuartel turco lo mandaba el general Bahram. Brillo del Orbe, por su parte, marchaba en el centro del contingente, con su hermano Mal Hubo a su derecha y su cuñado, el Chambelán, a su izquierda. Un mes entero se prolongó el avance. Cada semana se detenían a descansar durante tres días, pues el número de efectivos era muy alto. Y así siguieron avanzando hasta que llegaron a tierras rumíes. Las gentes de caseríos, aldeas y villorrios, así como los bandoleros, se retiraban a su paso y hufan a Constantinopla.

Cuando Afridún, soberano de todos ellos, tuvo noticia del avance de aquel gran ejército, quiso ver a la anciana Calamidades, quien lo había desencadenado todo, pues, como ha quedado dicho, tras desplazarse a la misma Bagdad, había dado muerte al rey Ómar Ennumán y regresado a su país en compañía de las cinco doncellas que la acompañaron, así como de la princesa Sofía. En aquella coyuntura, cuando la anciana volvió a hallarse en la corte de su hijo, Hardub, el príncipe de Cesarea, y ya a cubierto de cualquier ataque, se dirigió a él con las siguientes palabras: «¡Alégrate! He vengado la muerte de tu hija Ibriza, matado al rey Ómar Ennumán y traído conmigo a la princesa Sofía. Ponte en marcha de inmediato, solicita audiencia con el señor de Constantinopla, devuélvele a su hija Sofía e infórmalo de lo ocurrido para que estemos todos sobre aviso y listos para el combate. Yo viajaré contigo a Constantinopla, pues estoy persuadida de que los musulmanes no nos aguantarán en la lucha». Él le contestó: «Esperad, madre, a que estén más cerca de nuestra tierra y así podamos nosotros prepararnos». Enseguida comenzaron a reunir tropas y a acopiar pertrechos. De modo que, cuando les llegó la noticia de que los musulmanes habían alcanzado sus fronteras, estaban ya listos los rumíes para la guerra y habían reunido a sus ejércitos, a cuya vanguardia se colocó la anciana Calamidades.

Llegaron, pues, a Constantinopla, y el emperador, enterado de la llegada del príncipe Hardub, salió a su encuentro. Cuando estuvieron juntos, Afridún se interesó por la salud y estado del príncipe y le preguntó por el motivo de su llegada. Hardub le contó cómo su madre, doña Calamidades, había trazado un plan que le permitió matar al rey de los musulmanes y arrebatarle a la princesa Sofía. La anciana intervino en este punto: «Los musulmanes han reunido sus tropas y los tenemos cerca; conviene que seamos como una sola mano y les salgamos al paso». Mucho se alegró el emperador Afridún del regreso de su hija y de la muerte de Ómar Ennumán, y, sin perder tiempo, envió mensajes a todas las regiones solicitando su socorro y explicándoles el motivo de que el rey Ómar Ennumán hubiera recibido muerte violenta. Las tropas de los nazarenos se pusieron en marcha a toda prisa, y antes incluso de que hubiesen transcurrido tres meses ya habían reunido a sus huestes. En socorro de Afridún acudieron, en efecto, francos de toda procedencia: Francia, Austria, Ragusa, Zadar, Venecia, Génova y demás ejércitos de los «hijos del Paliduch». Cuando todas las tropas se hubieron juntado, y era tal el número de sus efectivos que la tierra se les quedaba pequeña, el emperador Afridún dio la orden de salir de Constantinopla. Partieron, pues, y marcharon durante diez jornadas hasta llegar a un valle de amplias proporciones, cerca de la mar salada, donde permanecieron tres días. Iban ya, el cuarto, a reemprender la marcha cuando les llegaron noticias de que se acercaban las huestes del islam, los defensores del credo

de la mejor de las criaturas, por lo que los nazarenos decidieron permanecer allí otros tres días. Al cuarto vieron elevarse una polvareda que se extendía por todo el horizonte.

Y no había transcurrido ni una hora de las claras del día cuando la polvareda se desintegró en el aire. Iluminadas las tinieblas por los astros de las lanzas y los fulgores de las blancas espadas, y, volatilizada la polvareda, surgieron las islámicas enseñas, las banderas de Mahoma. Y, cual si las aguas del mar se desbordasen, aparecieron en oleadas los jinetes musulmanes, enfundados en lorigas. Lunas envueltas en nubes se habría dicho que eran... Afrontados los dos ejércitos, eran como sendos océanos a punto de chocar, o como dos mareas de ojos múltiples, en múltiples ojos fijados¹⁶⁴. El primero en salir a la palestra fue el ministro Dandán, a quien seguían los cuarteles sirios, donde se integraban no menos de treinta mil pares de riendas. El ministro contaba, además, con el apoyo de los jefes dailamí y turco, Rostam y Bahram, al frente de otros veinte mil jinetes. Detrás de ellos venían los infantes procedentes del Mar de la Sal, quienes, en sus cotas de mallas envueltos, relucientes plenilunios en noche lóbrega parecían. Los ejércitos de los nazarenos comenzaron a aclamar a Jesús, a María y la cruz ennegrecida, y se lanzaron contra el ministro Dandán y los suyos siguiendo un plan trazado por doña Calamidades, a quien había acudido el emperador, antes de salir, para decirle: «Dime tú, que eres la causa, ¿cuál ha de ser el plan de acción en este difícil trance?». La anciana repuso: «Sepa vuestra grandiosa santidad que tengo un plan que ni el mismo Iblís podría haber ideado, ni aun con la ayuda de toda su banda de demoníacos hociudos».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 89**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el emperador, antes de partir en campaña, fue a consultar a la anciana Calamidades: «Dime cómo habremos de arreglárnoslas, ya que has sido tú quien nos ha puesto en este disparadero». La anciana le contestó: «Sepa su vuestra grandiosa santidad, que tengo ideada una aña gaza tal que ni el mismo Iblís, con la ayuda de toda su cohorte de hociudos, podría ofrecerlos. Habréis, señor, de ordenar que cincuenta mil hombres embarquen y pongan rumbo a Monte del Humo, donde deben permanecer, bajo vuestro mando y sin moverse, hasta que se os aproximen los estandartes del islam. Nosotros entonces le plantaremos cara al enemigo, y las tropas embarcadas lo acometerán por la retaguardia. Ni uno solo de ellos se salvará». Aprobó el emperador Afridún el plan de la anciana y le dijo: «¡Muy bien lo habéis pensado, dama astuta, fuente de turbulentas sediciones!». Poco después de haber pronunciado aquellas palabras, ya tenían encima a los defensores del islam, comenzaba el fuego a abrasar tiendas y las espadas a cebarse en cuerpos. Era la embestida del ejército de Bagdad y el Jorasán, a saber, ciento veinte mil jinetes, al frente de quienes venía cabalgando el rey Brillo del Orbe. Cuando las tropas de los infieles estacionadas a orillas del mar vieron aquello, marcharon en pos del ejército del islam. Fue Brillo del Orbe quien advirtió el movimiento y dio de inmediato la orden: «¡Volveos contra los infieles, mirad que sois baluartes del Profeta elegido! ¡Combatid

¹⁶⁴ Los «ojos» son las aberturas que deja la trama de las lorigas. La imagen es convencional en la poesía árabe clásica.

a quienes no saben sino agredir, acosar y traicionar! ¡Luchad, que os lo manda el Clemente, el Misericordioso!». La orden la obedeció Mal Hubo, quien comandaba otro contingente, integrado también por ciento veinte mil hombres, en tanto que el número de los efectivos infieles rondaba el millón seiscientos mil.

Cuando los musulmanes se hubieron juntado unos con otros, se les fortalecieron los corazones y sus jefes proclamaron: «¡Dios nos ha prometido a nosotros Su socorro y a los infieles el desamparo!». Y, mientras comenzaban a chocar entre sí las espadas y las lanzas de ambos contingentes, cruzó Mal Hubo las líneas y libró, contra millares, un combate tal que a niños de teta les poblara de canas las cabezas. Largo rato estuvo recorriendo el campo enemigo, trabajándolo con su espada tajadora y lanzando al aire la proclama de la grandeza divina: «¡*Allāhu ākbar!*! ¡*Allāhu ākbar!*!¹⁶⁵», hasta que consiguió arrinconar a los enemigos en la costa, con los cuerpos exhaustos. El Altísimo había socorrido a los musulmanes y estos combatieron en estado de embriaguez, pero sin haber tenido que probar el vino. Ese día murieron, de los infieles, cuarenta y cinco mil, frente a los tres mil quinientos caídos musulmanes. El León de la Ley, el príncipe Mal Hubo, no pegó ojo en toda la noche, ni tampoco su hermano Brillo del Orbe durmió, pues ambos se dedicaron a recorrer su campamento, congratulándose con unos y otros, confortando a los heridos, felicitando a todos por el divino socorro recibido, por la resonante victoria, por la recompensa que obtendrían en el más allá.

Lo anterior, por lo que a los musulmanes respecta. En cuanto a Afridún, el emperador de Constantinopla, a Hardub, príncipe rumí de Cesarea, y a la madre de este, la anciana Calamidades, sépase que reunieron a sus generales, y unos a otros se dijeron: «Cerca hemos estado de alcanzar nuestro propósito, pero hemos fracasado por un exceso de confianza en nuestro número». Calamidades los arengó: «Lo único que os valdrá será tener presente al Mesías y aferraros a la fe verdadera. Por el propio Nazareno os aseguro que ha sido ese satán de nombre Mal Hubo quien ha hecho valer a los musulmanes». El emperador Afridún, por su parte, anunció: «Para mañana tengo previsto desplegar nuestras líneas ante los enemigos y que salga a retarlos el célebre caballero Lucas Chamclot, quien dará muerte al príncipe Mal Hubo y, uno tras otro, a los demás guerreros, hasta que de ellos no quede ni uno solo. Y he determinado, además, santificaros esta noche con el sublime “incienso”». Cuando sus hombres oyeron sus palabras, besaron enfervorizados la tierra. El incienso al que se refería el emperador era la mierda del Patriarca Supremo, maestro singular en las artes de la negación y la duda. El tal incienso lo valoraban y apreciaban tanto los nazarenos que sus Patriarcas lo enviaban a todas las regiones de sus dominios, envuelto en retazos de seda y mezclado con almizcle y ámbar gris, y, cuando en cada lugar tenían noticia de la llegada del producto, lo compraban sus virreyes o gobernadores, a razón de mil monedas de oro por dracma, pues lo usaban incluso en las celebraciones de bodas. Los Patriarcas lo mezclaban con su propia mierda, ya que la del Supremo no bastaba para las diez regiones en que se dividía el imperio. Y es costumbre, entre los principales de aquellas tierras, el poner un poco de esa mierda en los colirios que usan, y servirse de ella en el tratamiento de diversos males y dolencias, como las de vientre.

A la siguiente mañana, cuando ya la luz alumbraba, se aprestaron los jinetes a cabalgar...

¹⁶⁵ Esto es: «¡Dios es más grande! ¡Dios es más grande!». Para los aspectos propiciatorios y de sacralización que se atribuyen a la fórmula, véanse las noches 439 y siguientes.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 90, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, a la siguiente mañana, cuando ya la luz alumbraba y se aprestaban los jinetes a cabalgar con sus lanzas en ristre, convocó el emperador Afridún a los patricios y dignidades de su reino, les impuso prendas de honor, les trazó la cruz en las caras y los incensó con la mierda del Supremo Patriarca y Taimado Sacerdote. Después de sahumarlos bien, requirió la presencia de Lucas Chamelot, de todos conocido como Espada del Mesías, y lo aromatizó a él también el emperador con los precitados excrementos patriarcales, lo frotó con ellos, se los dio a oler, se los restregó por la cara y, con lo que quedaba, le untó los bigotes. En tierras rúfies no había nadie más esforzado que el execrable Lucas Chamelot, ni más certero con los proyectiles, ni más contundente con la espada, ni más acometedor con la lanza el día de la batalla. Sus trazas eran tan abominables, a saber: su jeta de asno, sus andares de mono, su aire de víbora, que tan difícil era acercarse a él como alejarse de un ser querido. Tenía de la noche la negrura, la fetidez de quien con su aliento todo lo apesta, de un arco las hechuras y de la infidelidad la marca.

Cumplida la ceremonia de la Sagrada Mierda, Chamelot le besó los pies al emperador y se incorporó. El monarca le dijo: «Quiero que te batas con Mal Hubo, señor de Damasco e hijo de Ómar Ennumán, ¡y así nos veamos libres del mal que, si no lo detienes, de su mano habremos!». «Lo que vuestra majestad ordene», respondió el caballero. El emperador le hizo en la cara la señal de la cruz y le aseguró que contaría con el socorro divino para la victoria. Salió luego de allí el malnacido Lucas y subió a lomos de su caballo palomino. Sus vestiduras eran rojas, se protegía con una loriga de oro y pedrería, y llevaba en ristre una lanza de tres puntas, cual si fuese el infame Iblís en el Día de las Banderías. Así partió Chamelot al frente de su propia bandera de infieles, que marchaban como si al Fuego los condujesen. Entre ellos iba uno diciendo a grandes voces, en árabe: «¡Pueblo de Mahoma, a quien Dios bendiga y dé la paz! ¡No salga de vosotros a la palestra sino aquel a quien llamáis Espada del Islam, el príncipe Mal Hubo, señor de Damasco y la Gran Siria!».

Y no había acabado el nazareno de pronunciar aquellas palabras cuando un gran estruendo resonó por toda la llanura, y las filas de ambos bandos se hubieron de desplazar a toda prisa, como si de una segunda batalla de Hunáin se tratase. Los más viles, aterrorizados, volvieron los cuellos y vieron a no otro que el príncipe Mal Hubo, hijo del difunto monarca, Ómar Ennumán. Su hermano, el joven rey Brillo del Orbe, al ver a Chamelot en medio de la arena y oír el pregón que le hicieron, se dirigió al esforzado guerrero: «¡Te reclaman, hermano!». Mal Hubo repuso: «Si así es, bien que me parece». Cuando los defensores del islam oyeron la voz que gritaba: «¡Que nadie salga a enfrentarse conmigo sino Mal Hubo!», comprendieron que quien lo reclamaba era el malnacido nazareno, quien había jurado vaciar el orbe de musulmanes, aunque le ocasionase la muerte y la perdición eterna. Y, en efecto, Lucas Chamelot era; quien tantos hígados había abrasado, aquel cuyas fechorías tenían las mesnadas de turcos, dailamíes y curdos.

Salió, pues, a batirse con él Mal Hubo, cual furioso león, y a lomos de un corcel que más parecía gacela en fuga, de tanto como corría. Condujo a su caballo hacia donde se hallaba el malnacido Chamelot y, cuando lo tuvo cerca, meneó la lanza, que se agitó cual letal sierpe, y recitó:

«Un corcel palomino, dócil y raudo tengo,
que sabrá, a buen seguro, dejarte satisfecho;
una lanza morena de comprobado temple,
por cuya asta discurre la savia de la muerte,
y un hierro de la India, que, desnudo en mi mano,
dirías que despide luminosos relámpagos».

Lejos de comprender el sentido de estas palabras y el ardor que transmitían los versos, Lucas Chamelot se tocó la cara en señal de veneración a la cruz que llevaba dibujada, se besó la mano y, armado de una jabalina, avanzó a todo galope contra Mal Hubo. Lanzó el proyectil al aire con tal fuerza que los circustantes lo perdieron de vista enseguida, lo recogió luego con la otra mano, a la manera de los malabaristas, y lo arrojó contra Mal Hubo, cual si fuese un fulgurante meteoro. Se oyó una exclamación de todos los musulmanes, temerosos por la suerte de Mal Hubo. Pero, cuando la jabalina del nazareno estaba ya cerca de este, la agarró al vuelo el fiero león dejando atónitos a cuantos lo vieron. La meneó Mal Hubo en el aire sin cambiársela de mano, con tal vehemencia que por poco no la quiebra, y la volvió a lanzar hacia arriba, tan alto que se ocultó de todos, para recogerla en un abrir y cerrar de ojos. Tras la demostración lanzó la siguiente proclama: «¡Juro por Quien las siete capas de la atmósfera creó que dejaré infamado el nombre de este maldito por todo el orbe!», y le lanzó el proyectil. Quiso Chamelot emular el gesto de Mal Hubo, tendió el brazo y capturó la jabalina en el aire, pero el señor de Damasco aprovechó para tirarle un segundo proyectil que alcanzó al nazareno en el mismo centro de la cruz que en la cara llevaba, y Dios lo mandó derecho al Fuego, y no hay peor paradero...

Cuando los infieles vieron muerto a Lucas Chamelot, se abofetearon los rostros, prorrumpieron en ayes y lamentos, y solicitaron el socorro de los patriarcas de los conventos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 91**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, al ver que Lucas Chamelot había caído, los infieles se abofetearon los rostros, alzaron clamores de conmiseración y pidieron el socorro de los patriarcas¹⁶⁶ de los conventos. «¿Dónde quedan las cruces y la santidad de los monjes?», se preguntaban, mientras apretaban filas y, con las espadas enhiestas y las lanzas en ristre, lanzaban un feroz ataque. Chocaron los ejércitos; cayeron pechos bajo cascos de caballos; impulsieron lanzas y espadas su dominio, y flaquearon brazos y muñecas. Y, cuando ya parecía que Dios había creado sin extremidades a los caballos, aún siguió el heraldo de la guerra proclamándola, hasta que, extenuadas las manos, reculó el día y vino la noche con su turbiedad. Se separaron las tropas y no hubo guerrero que no pareciera embriagado por la intensidad del combate. Quedado había la tierra cubierta de cuerpos, y era tan grave el estado de aquellos en quienes aún alentaba la vida que no había modo de distinguir a los muertos de los heridos.

¹⁶⁶ El uso del término «patriarca» en este y otros puntos del texto refleja cierto grado de desconocimiento de las instituciones cristianas en el imperio bizantino.

Se reunió entonces Mal Hubo con su hermano Brillo del Orbe, el Chambelán y Dandán el ministro, y les dijo: «Ciertamente el Altísimo ha abierto la puerta al exterminio de los infieles, ¡alabado sea Dios, Sustentador de los mundos!». Brillo del Orbe repuso: «Alabemos, sí, a Dios por haber librado a árabes y persas de toda oscuridad», y añadió: «No os quepa duda de que todas las generaciones se harán eco, hasta el fin de los tiempos, de lo que has hecho con ese malnacido de Chamelot, falsificador del Mensaje divino; de cómo capturaste el proyectil en vuelo, y a la vista de todos, lo heriste. ¡Malditos sean los enemigos de Dios!». Se dirigió luego Mal Hubo al Chambelán: «Escucha lo que he de decirte, esforzado caballero». El Chambelán repuso: «¡Aquí me tenéis, señor!». Mal Hubo le ordenó: «Ponte al mando, con el ministro Dandán, de veinte mil jinetes y avanzad siete leguas en dirección a la costa; hacedlo a toda prisa y deteneos solo cuando os halléis a dos leguas de los enemigos. Emboscaos en los fosos que la tierra forma y permaneced escondidos hasta que, una vez hayan desembarcado los infieles, oigáis el fragor de la batalla. Entonces, y solo cuando veáis que los nuestros retroceden, vencidos casi, y los infieles repten hacia ellos, tanto desde la costa como desde su campamento, preparaos para entrar en combate. Y en el preciso momento en que veas un estandarte con la leyenda: "Hay un solo Dios y Mahoma es Su enviado", manda alzar la enseña de color verde, grita con toda la fuerza de tu garganta: "¡*Alláhu ákbar!*" y atácalos por su retaguardia impidiéndoles que acometan a los nuestros». «Lo que vos mandéis», fue la respuesta del Chambelán, que se puso al instante en movimiento.

Reunió, pues, junto con el ministro Dandán, a veinte mil jinetes, y, con las primeras luces del alba, montaron todos e iniciaron la marcha, espadas desnudas, lanzas en ristre, proyectiles dispuestos. Y otro tanto hicieron los enemigos, que se dispersaron por alcores y vaguadas. Gritaron los sacerdotes, descubiertas las cabezas, y, valiéndose de las embarcaciones, en cuyos mástiles ondeaban las cruces, se dirigieron en oleadas hacia la costa. Así que tuvieron a todos sus caballos en tierra firme, se aplicaron al tornafuye, y todo fue resplandor de afiladas hojas, tropas al galope, chispas de meteoros contra las lorigas. Las muías de la devastación machacaron a infantes y jinetes por igual. Rodaron de lo alto de los troncos las cabezas, enmudecieron las lenguas y perdieron los ojos su luz. Por obra de las afiladas tajadoras¹⁶⁷, sañían los cráneos despedidos, se tronchaban las muñecas, los caballos se ahogaban en estanques de sangre, se agarraban de las barbas los contendientes. Los defensores del islam aclamaban al señor de la humanidad, Mahoma, con él sea la bendición y la paz, y daban a Dios las gracias por Sus mercedes sin cuento. Las tropas infieles, por su parte, vitorcaban a la Cruz y al Cíngulo, al Zumo y al que lo pisó, a sacerdotes y monjes, a los Ramos y a los obispos.

Mientras tanto, Brillo del Orbe y Mal Hubo se situaron a la retaguardia del Chambelán y el ministro, momento en que comenzaron las heroicas huestes del islam a retirarse, como si, creyéndose derrotadas, no viesen otra salida que huir. Los infieles, creyéndose próximos a la victoria, se aprestaron para la acometida final. Y, mientras los musulmanes recitaban los primeros versículos de «La vaca» («Este es el Libro que no deja lugar a la duda, recta senda para los piadosos...»), se desgañitaba el voceador de los rumfes entre los cadáveres que pisoteaban los caballos: «¡Siervos del Mesías, creyentes de la religión verdadera, servidores del *katholikós*!¹⁶⁸, el triunfo está cerca! ¡Los ejércitos del islam se batan en retirada! ¡No les deis la espalda! ¡Clavades los hierros en las

¹⁶⁷ Es decir, las espadas; es circunloquio frecuente en poesía.

¹⁶⁸ El *katholikós* es el cabeza de algunas Iglesias orientales. Como de costumbre en estas páginas, se ofrecen conocimientos objetivos de instituciones cristianas, junto con parodias y datos confusos.

nucas! ¡No retrocedáis, si sois dignos del Mesías, quien en la cuna habló!». Afridún, el emperador de Constantinopla, estaba persuadido de que sus tropas, las de los infieles, habían recibido el divino socorro, ignorante de que se estaba dejando engañar de una sabia estratagema de los generales musulmanes. Mandó, pues, un mensajero al príncipe de Cesarea, Hardub, anunciándole la victoria. La misiva que le dirigía concluía con las siguientes palabras:

Ha bastado con que la olorosa mierda de nuestro Gran Patriarca exhalara sus potentes efluvios desde las barbas y bigotes de los heroicos siervos de la Cruz, presentes y ausentes, para que venciéramos. Y en esta venturosa hora juro, por la vida y milagros de tu hija Ibriza la Nazarena, quien a Maria consagró su malograda vida, y por las aguas benditas del santo bautismo, que no dejaré a un solo guerrero del yihad sobre la faz de la tierra. ¡Nada conseguiré arredrarme en mis propósitos, que, más pronto que tarde, se cumplirán en la medida toda de su fuerza destructiva!

Partió, pues, el heraldo con su mensaje, mientras los infieles se gritaban unos a otros: «¡Vengamos la muerte de Lucas Chamelot!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 92**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que los infieles comenzaron a gritarse unos a otros: «¡Vengamos la muerte de Lucas!», mientras Hardub, el príncipe de Cesarea, llamaba a vengar a su hija Ibriza. En ese preciso momento se dirigía Brillo del Orbe a los suyos: «¡Embestid a esos tiranos y descreídos con las albas espadas y las morenas lanzas!», y este grito bastó para que los musulmanes se revolvieran contra las huestes de los infieles y pusieran a prueba en ellos los filos de sus hierros. El voceador de los musulmanes los soflamaba: «¡Acabad con vuestros enemigos, vosotros que tanto amáis al Profeta, al Elegido! ¡Este es el momento de agradar al Generoso, Quien perdona a los que salvarse desean el Día más temido! ¡El Vergel Eterno está a la sombra de las espadas!».

Cargaron, pues, Mal Hubo y los suyos contra los descreídos, a quienes cortaron el camino de huida, y el bravo guerrero se paseó entre las filas de aquellos y dio una vuelta entera. Surgió entonces un jinete de agraciadas hechuras, quien, después de abrir un espacio en la masa de los infieles realizó un recorrido circular, durante el cual no cesó de herir a cuantos a su paso iba hallando. El suelo se llenó de cabezas segadas y desmochados troncos. Los infieles, aterrorizados ante tal ferocidad, agacharon los cuellos ante sus golpes y embestidas. Armado iba el jinete de dos espadas: la de su mirar y la de hierro. Y en ristre portaba asimismo dos lanzas: la enhiesta caña y su propia altura, que le bastaba para medirse con buen número de enemigos a la vez. Era, en suma, como dijo el poeta:

Lo hermoso de una melena
es verla partirse al viento
sobre una lanza guerrera
que acomete a un rival fiero.

O, como dijo otro:

A mi vista se ciñe, para luchar, la espada.
«Tenéis más que de soñra -le digo- con los ojos».
«Mis párpados -contesta- de letal pasión mutan,
y el hierro, a quien ignora qué es el placer y el gozo».

Cuando Mal Hubo lo vio, exclamó sin poder contenerse: «¡El Corán y los versículos y señales del Altísimo os protejan! ¡Mostrad vuestro rostro, jinete entre los jinetes! ¿Quién sois? Contento ha de estar con vuestro proceder el Rey, el Buen Pagador de deudas, pues vuestras manos vencen a infieles y tiranos». El jinete le respondió a voces: «¿No eres acaso quien conmigo ayer mismo llegó a un acuerdo? ¡Cuán poco habéis tardado en olvidarme!», y, esto diciendo, se desembozó y dejó al descubierto la irresistible hermosura de su rostro, que en mal lugar dejaba al plenilunio. Y resultó ser Brillo del Orbe, su hermano, el joven señor de Bagdad y del Jorasán. Mucho se alegró al verlo Mal Hubo, aunque al mismo tiempo temió que la lucha cuerpo a cuerpo y el fragor de la batalla pudieran ocasionarle graves perjuicios a su hermano, el rey. Y eso, por dos motivos: primero, porque el monarca, de tan tierna edad, se estaba exponiendo al mal de ojo, y, segundo, por la necesidad que de él tenía el reino, uno de cuyos dos bastiones era precisamente Brillo del Orbe. De modo que le dijo: «Te has puesto en grave peligro, rey de nuestra era. Mejor sería que pegases tu corcel al mío, pues temo que los enemigos puedan herirte. Al general interés importa que no os expongáis a calamidad alguna, pues hemos de contar con certera flecha para vencer a los infieles». Brillo del Orbe repuso: «He querido no desmerecer de ti ni dar un paso atrás en tu presencia».

Cayeron luego los soldados del islam sobre los infieles, a quienes rodearon por completo. Se aplicaron entonces a darles su merecido, y lo hicieron con tal ardor que, a no mucho tardar, les infligieron infamante derrota. Venciéndolos, vencían al descreimiento, a la contumacia, a la perdición. Abatido quedó el emperador Afridún al tener noticia de cuán penoso había sido el sino de los rumes, quienes dieron media vuelta y buscaron la huida en sus embarcaciones. Pero a su zaga venía ya un destacamento que de la costa había zarpado al mando del ministro Dandán, peña contra la cual se estrellaban los más fieros campeones. Este los castigó con la espada y con la lanza, mientras otro tanto hacía el comendador Bahram, señor de Siria, que comandaba una tropa de veinte mil leones. Rodearon, pues, los ejércitos del islam a los rumes, por delante y por detrás, al tiempo que otra sección de los fieles al Dios único ponía a los que habían embarcado en el disparadero de arrojarlos al mar para salvarse. Así murieron más de cien mil cochinos, de los cuales no se salvó bravucón alguno, ni chico ni grande. Los musulmanes, por su parte, se hicieron con todas las embarcaciones, salvo veinte de ellas, y con cuantas riquezas y pertrechos contenían. Los partidarios de Dios ganaron, en ese fasto día, un botín como jamás se había visto, resultado de una batalla de proporciones inauditas. En total, se hicieron con más de cincuenta mil caballos, que, con ser muchos, no eran más que una muestra mínima de los incontables tesoros y valiosos objetos arrebatados. Y aún mayor fue su dicha por el socorro y apoyo con que el Altísimo los había señalado.

Los derrotados volvieron a Constantinopla, por donde había cundido la especie de que el emperador Afridún había vencido a los musulmanes. La anciana Calamidades dijo: «Bien sabía yo que mi hijo, el príncipe de Cesarea, no se contaría entre los derrotados, pues no tiene miedo alguno a las huestes del islam y está llamado a reintegrar al credo del Mesías al orbe todo». Dicho esto, recomendó la fementida anciana que engalanaran la ciudad, por donde no tardó en correr el vino entre la exultante alegría de quienes ignoraban lo que la Providencia les había deparado. Y

en medio de aquel bullicio se hallaban los nazarenos cuando oyeron graznar al cuervo de la tribulación. Fue en el momento en que llegaron a puerto las veinte embarcaciones que venían huyendo con el derrotado príncipe rumí al mando. El emperador se acercó a la costa, para recibirlos, y allí mismo lo pusieron los vencidos al corriente de lo ocurrido. Rompieron en llanto los habitantes todos de la ciudad, y su alegría se tornó de golpe en duelo y angustia. El monarca supo entonces de la suerte adversa que había corrido Lucas Chamelot, a quien había la flecha de la aniquilación alcanzado de lleno. Y el emperador Afridún creyó que le había llegado el día del Juicio, de tan conmovido como lo dejó el saber que los hechos de que le daban noticia no tenían ya enmienda. Los banquetes dieron paso a los funerales, y todo en la urbe fueron lágrimas y desesperación. El príncipe Hardub dio a su señor información detallada sobre la magnitud de la catástrofe; se lo pintó todo de modo que la derrota sufrida a manos de los musulmanes parecía no deberse más que al engaño y la superchería, y concluyó diciendo: «Y no espere vuestra majestad que, de toda la tropa, vuelvan más efectivos que los que conmigo han arribado». Cuando el emperador oyó estas palabras, cayó desvanecido y su orgullosa nariz quedó a la altura de sus pies.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 93**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el emperador Afridún conoció la derrota, cayó desmayado y se dio de bruces contra el suelo. Cuando volvió en sí, exclamó: «¡Esto es que el Mesías está irritado con nuestros soldados y ha permitido que los musulmanes den buena cuenta de ellos!». En ese momento se le acercó el Gran Patriarca, a quien se dirigió el emperador del siguiente modo: «¡El Mesías nos ha castigado, padre!». El Patriarca repuso: «De nada sirve lamentarse ahora y apesadumbrarse. Uno de vosotros ha tenido que pecar contra el Mesías, y el merecido castigo se ha extendido a todos. Conviene ahora que se eleven preces en las iglesias para que podamos derrotar a los cuarteles mahometanos». Poco después acudió la anciana Calamidades, quien se dirigió asimismo al emperador para decirle: «Las huestes de los musulmanes, majestad, son demasiado numerosas para nosotros en la actualidad, de modo que solo nos queda el recurso del engaño y la treta. Y eso es lo que me propongo hacer. Mi intención es ir a tierras de los musulmanes, donde, si todo sale bien, conseguiré acabar con quien al mando de todos está, del mismo modo que me fue dado enviar a su padre a la tumba. Y ya se sabe que muerto el perro se acabó la rabia, pues es su campeón quien les da fuerza a todos los musulmanes. Pretendo servirme de la ayuda de cristianos sirios, que, como bien sabe vuestra majestad, van a menudo a tierras del islam para vender sus mercancías». El emperador repuso: «Se hará como dispongas y cuando a ti te parezca». La anciana dijo que quería contar con la ayuda de cien cristianos de Nachrán de Siria.

Cuando estos se presentaron ante el emperador, les preguntó este: «¿Tenéis noticia de la derrota que hemos sufrido a manos de los musulmanes?». Al responderle ellos que sí, Afridún prosiguió, señalando a doña Calamidades: «Esta dama aquí presente se ha consagrado en cuerpo y alma al servicio del Mesías, y es su intención partir en vuestra compañía, ataviados todos a la usanza de los del Dios único, como ellos se llaman a sí mismos, para poner por obra un engaño

que nos ha de reportar mucho, pues impedirá que los estandartes del islam ondeen sobre nuestro territorio. ¿Estáis dispuestos a comprometeros con la causa del Mesías? De mi propio peculio voy a poner un quintal de oro, que podrán quedarse los que de vosotros sobrevivan. A quienes, por el contrario, perezcan, ya los recompensará el Mesías». Los de Nachrán dijeron: «Sí, nos comprometemos con la causa del Mesías y damos gustosos la vida por vuestra majestad». Doña Calamidades tomó entonces las drogas que le eran menester, las echó en agua e hizo un cocimiento. Enseguida se puso el agua más negra que la pez. Esperó la anciana a que el mejunje se enfriara y en él mojó el extremo de un largo pañuelo. Se puso luego un manto bordado y, pasando las cuentas de un rosario al modo de los musulmanes, entró donde el emperador. Ni este ni ninguno de los presentes la reconoció hasta que se hubo descubierto la cara. Todos la alabaron por su talento para el fraude, y su hijo, Hardub, dijo para sí: «¿No me prive de ella nunca el Mesías!».

Y es que la anciana gozaba, y no sin merecimientos, de gran renombre entre hechiceros y brujas. Pues era maestra en toda clase de ensalmos y extravíos, amén de rastrera, desvergonzada y licenciosa. Entre sus rasgos destacaban el aliento fétido, la rojez de párpados, las mejillas macilentas, el rostro sombrío, los ojos legañosos, la piel infecta, el pelo del color de la ceniza, la espalda gibosa, la enfermiza palidez y los mocos que siempre le colgaban. Aunque eso sí, la maldad se había leído los principales libros islámicos y visitado la sagrada Casa de Dios en La Meca, y ello, con la intención de conocer las disposiciones de la Ley de Dios y tener acceso directo a las milagrosas señales que el Corán contiene. No contenta con ello, había vivido la hechicera dos años enteros en la Casa Sagrada, Jerusalén, haciéndose pasar por judía, con la intención de empaparse bien de todas las malas artes habidas y por haber, que de los hombres y los *yimns* se puedan aprender. Era, en suma, plaga entre las plagas, ruina entre las ruinas, mujer de corrupto credo, descarriada de la senda de la Ley.

Si tenía costumbre de frecuentar a su hijo Hardub, no era más que por las esclavas vírgenes que este poseía, pues la anciana era muy dada a «hacer la tijera», tanto que en cuanto llevaba unos días sin machacárselo bien con otra mujer se creía morir. Cuando la anciana se sentía atraída por alguna doncella, le enseñaba la operación después de restregarle su poquito de azafrán, y era tal el gusto que esto le daba a Calamidades, que perdía el sentido e inconsciente quedaba largo rato. La joven que a ello se prestaba pasaba a contarse entre las protegidas de la vieja dama, que se las arreglaba para que su hijo la descara, mientras que las esclavas que se negaban a darle gusto se exponían a caer bajo las malas artes de la bruja. Así es como había actuado doña Calamidades con Coral, Madreselva y Toronja, las esclavas de la difunta princesa Ibriza, quien en vida aborrecía a la vieja y detestaba que se le metiera en el lecho, pues los sobacos le apestaban, se tiraba unos pedos que oían peor que la carroña y tenía la piel más basta que el estropajo. Quería Calamidades frotarse con ella las partes pudendas, valiéndose de joyas y enseñanzas, pero Ibriza se refugiaba en Quien todo lo sabe y lo conoce, pues, como bien dijo el poeta en situación comparable:

Ante los poderosos te rebajas,
y ante los miserables te envaneeces.
Servidor de la pluta vil, recuerda:
la maldad no corrigen los afeites.

Pero volvamos al relato de sus añagazas y la ruina que a su paso iba siempre la anciana sembrando. La cosa es que, después de haber hecho el cocimiento de las drogas y de haberse disfrazado, se dispuso la anciana a ejecutar su plan. El príncipe Hardub, por su parte, le dijo al emperador: «Ninguna falta nos hacen, como puede ver vuestra majestad, ni el Gran Patriarca ni sus preces. Lo que más nos conviene siempre es actuar según las indicaciones de doña Calamidades, mi madre. Seguro estoy de que pronto tendremos noticias de los devastadores efectos de sus engaños en el campo musulmán. Hemos de reconocer que tenemos a nuestros enemigos muy cerca, y que, con toda su potencia, no han de tardar mucho en ponernos asedio». Al oír estas palabras, a Afridún se le llenó el corazón de pavor, y, sin perder un instante, dictó el siguiente bando, dirigido a todas las regiones de los nazarenos:

Nadie de entre los seguidores de la fe nazarena y la coalición cruzada, y en especial quienes están destacados en torres y fortalezas, debe retroceder, sino, muy por el contrario, acudir todos, combatientes de a pie, jinetes, mujeres y niños, a nosotros, ya que las huestes de los musulmanes han hollado nuestra sagrada tierra. Apresuraos todos, pues, antes de que el miedo os atenace.

Lo anterior, por lo que a ambos mandatarios nazarenos se refiere. En cuanto a la anciana Calamidades, sépase que salió del país acompañada de sus hombres, los de Nachrán, vestidos todos a la usanza de los mercaderes musulmanes. Llevaban consigo una recua de un centenar de mulos, cargados de ricas telas de Antioquía: satenes con entramado de oro, brocados reales y otras semejantes. La anciana se había proveído de un salvoconducto, firmado del puño y letra del emperador Afridún, donde se decía:

Los portadores del presente escrito son mercaderes sirios que han comerciado en nuestros territorios. Nadie debe, pues, cortarles el paso para hacerles daño ni tratar de cobrarles diezmo alguno hasta que lleguen a su país de origen y se hallen a salvo de toda contingencia. El florecimiento de los países se halla en manos de los mercaderes, que no son gentes de guerra y destrucción.

Y la execrable vieja dijo a sus acompañantes: «Ya veréis... Tengo una añagaza urdida que ha de permitirme acabar con los musulmanes». Ellos contestaron: «Mandadnos, señora, lo que queráis, que nosotros obedeceremos, y no os ha de faltar en cuanto emprendáis el auxilio del Mesías». Se puso entonces la vieja unos ropones de fina lana blanca, y luego se frotó la frente hasta hacerse una marca, que cubrió con un ungüento, por ella misma preparado, que le confirió un intenso brillo. Tenía la maldita un cuerpo flaco en extremo y los ojos hundidos en sus órbitas. Se lio, además, la parte baja de las piernas con cuerdas. Y de esta guisa fue caminando hasta el campamento de los musulmanes. En las inmediaciones de este se desató las cuerdas, que le habían dejado profundas marcas; se las untó con una tintura carmín, preparada a base de sangre de drago y ordenó a sus hombres que la golpearan con desnudo y la encerrasen en un arca. Ellos exclamaron: «¿Cómo vamos a golpearos a vos, que sois nuestra señora, doña Calamidades, madre del príncipe Hardub, el del agraciado rostro?». La vieja repuso: «¿No suele decirse “en paz conviene dejar a quien tiene que cagar”? ¿Y no es cierto que, cuando la necesidad aprieta, puede uno saltarse las reglas? Dadme, pues, de palos y metedme luego en un arca que colocaréis entre los ricos fardos que llevamos a lomos de los mulos. Así es como atravesaremos las filas de los musulmanes, y no temáis reproche alguno. Si, como es probable que ocurra, alguno de ellos os cortara el paso, entregadle los mulos con toda su carga, acudid a su rey, Brillo del Orbe,

y acogeos a él diciendo: “Venimos de tierras de infieles, que no solo han respetado nuestras propiedades, sino que nos han dado un escrito firmado por su rey en el que se ordena que nadie se interponga en nuestro camino. Aquí podéis ver el escrito, firmado por el propio emperador de los rumfes”. Y si él os preguntara: “¿Qué habéis sacado en claro de vuestra expedición por esas tierras?”, vosotros decidle: “Hemos conseguido la libertad de un hombre piadoso, que llevaba cosa de quince años encerrado en una mazmorra subterránea sin que nadie viniese en su ayuda. Los infieles lo torturaban día y noche, sin que nosotros tuviésemos de ello noticia, por más que hayamos pasado una buena temporada en Constantinopla. La cosa es que vendimos nuestra mercancía, compramos nuevo género y nos aprestamos para regresar a nuestra tierra. La noche antes de partir conversamos largamente sobre el viaje y, al despertar, vimos que en el muro había un retrato. Nos acercamos para verlo mejor y, para nuestro asombro, el retrato cobró vida y nos dijo: ‘¿Hay entre vosotros, musulmanes, quien quiera hacer un trato con el Señor de los mundos?’ ‘¿Y cómo puede ser eso?’, le preguntamos. El retrato nos contestó: ‘Es el propio Dios quien me ha hecho hablar para fortalecer vuestra convicción, inspiraros la fe y transmitirnos la necesidad de que abandonéis este país de infieles para dirigiros de inmediato al campamento de los musulmanes, donde os encontraréis con la Espada del Clemente y héroe de nuestra edad, el príncipe Mal Hubo, quien está llamado a conquistar Constantinopla y exterminar a los nazarenos. A tres días de camino os topareis con el llamado monasterio de Matruhna, un cenobio al que habéis de dirigiros con la más pura de las intenciones y poniendo en ello vuestra más acendrada resolución, pues en dicho cenobio se halla un asceta de Jerusalén, a quien todos llaman Siervo de Dios, sin más. Es el hombre más piadoso que camina por la faz de la tierra y está dotado de carismas tales que bastarían para acabar con toda duda y confusión. A este santo lo recluyeron unos monjes, valiéndose del engaño, en una mazmorra subterránea, de donde no ha salido en largo tiempo. Pues bien —continuó el retrato—, liberar a ese santo es la mejor labor de yihad que podéis emprender y un medio seguro de satisfacer al Señor de todos los siervos”. Luego —prosiguió la anciana aleccionando a los suyos—, cuando consigáis audiencia con el propio Mal Hubo, y le hayáis relatado lo anterior, habéis de decirle lo siguiente...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya cafa **la noche 94**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la anciana Calamidades prosiguió aleccionando a quienes la acompañaban: «Cuando el propio Mal Hubo os conceda audiencia decidle: “Estas palabras que el retrato nos dirigió nos pusieron sobre aviso del lugar donde se hallaba tan virtuoso y leal siervo de Dios. De modo que iniciamos la marcha y, al cabo de tres días, divisamos, a un lado del camino, el cenobio o monasterio en cuestión y nos desviamos para llegar a él. Acampamos en sus inmediaciones y pasamos las horas comprando y vendiendo, como mercaderes que somos. Y, cuando reculó el día y vino la noche con su turbiedad, nos acercamos al cenobio de la mazmorra subterránea y oímos la voz de alguien que, después de unos versículos coránicos, recitaba el siguiente poema:

'Con el pecho oprimido, la perdición afronto,
 cuando sé que en las aguas del dolor voy a ahogarme.
 Si a la calamidad no le hullo pronto alivio,
 prefiero que la muerte venga a darme remate.
 Relámpago que brillas con la luz del anhelo,
 que acaso has visitado la casa de mis padres,
 dime si la batalla me deja alguna vía,
 luego que se ha cerrado la puerta del rescate.
 A mis seres queridos díles que entre rúfies
 voy a entregar el alma, y mis saludos dales'''

»Así que me hayáis introducido –concluyó la vieja– sirviéndoos de esa añagaza en el campamento de los musulmanes, ya sabré yo cómo arreglármelas para engañarlos y matarlos a todos, desde el primero hasta el último». Cuando los cristianos de Nachrán hubieron oído las palabras de la anciana, le besaron las manos y, después de darle una dolorosa paliza, en estricta obediencia a sus órdenes, la encerraron en un arca y partieron rumbo al campamento de los musulmanes.

Lo anterior, por lo que hace a la execrable Calamidades y los suyos. En cuanto al cuartel de los musulmanes, sepase que, una vez que Dios los socorrió para vencer a sus enemigos y hubieron tomado posesión de los capitales y tesoros que en las naves se guardaban, se sentaron a deliberar. Y el rey Brillo del Orbe dijo a su hermano Mal Hubo: «Ciertamente Dios nos ha prestado Su socorro en razón de la justicia que practicamos y nuestra mutua benevolencia. Por eso conviene, Mal Hubo, que obedezcas mis órdenes en atención a Dios, el Santo, el Excelso». Mal Hubo contestó: «¿De mil amores!», y, tendiendo la mano hacia el rey, añadió: «Cuando tengas un hijo varón le daré por esposa a mi hija Tenfa Que Ser». Muy contento quedó con ello el rey, y siguieron ambos felicitándose por la victoria sobre los enemigos. A los parabienes se sumó el ministro Dandán, quien dijo a los dos hermanos: «Dios nos ha prestado Su socorro puesto que nos hemos entregado a Él, abandonando de buen grado a nuestra gente y nuestro terruño. Mi opinión es que vayamos tras los nazarenos, los asedemos y los combatamos, de modo que el Altísimo nos conceda el erradicar a nuestros enemigos. Si bien os parece, podéis embarcaros y avanzar por mar, que nosotros seguiremos la ruta terrestre y os esperaremos para iniciar el ataque». Esto fue solo el comienzo del parlamento que el ministro Dandán dirigió a los dos jóvenes espoléándolos a la lucha. Con ese mismo fin recitó los siguientes versos:

«¿Lo que da más placer? Matar al enemigo,
 o ir montado a lomos de indómito corcel,
 o una amante que llega sin haberse anunciado,
 o el esperado sí de quien quieres poscer».

Y estos otros:

«La batalla será, si pervivo, mi madre;
 la lanza, hermana mía, y mi padre, el alfanje.
 Con el rostro sonriente, entra en combate el bravo,
 cual si el fencer fuese su logro más buscado».

Cuando el ministro Dandán terminó de recitar los anteriores versos, añadió: «Alabado sea Quien nos ha prestado Su santo auxilio y concedido el ganar un cuantioso botín de plata y oro». A

continuación Brillo del Orbe dio la orden de que el ejército partiese hacia Constantinopla. Avanzaron, pues, las tropas a marchas forzadas, y así llegaron a un espacioso y ameno prado, por donde las bestias corrían a sus anchas y se cruzaban las gacelas. Seis días habían tardado los soldados musulmanes en atravesar desiertos y estepas en que les faltó de beber. De modo que, cuando alcanzaron las lindes de dicho prado y vieron los manantiales de los que no paraba de brotar el agua así como tanto fruto en su sazón, les pareció estar ante un paraíso en pleno ornato y esplendor; a aquella hora en que las ramas de los árboles estaban ya ebrias del néctar del rocío y se cimbreaban a impulsos ora del dulzor de la fuente de Tasnim ora de las suaves brisas que entre las hojas se deslizaba. Anonadados quedaron ante aquella visión, pues era tal y como dijo el poeta:

La superficie del huerto
la cubre una verde capa.
Fijad la vista y veréis
el relumbrar de una charca.
Gloria halláis entre su fronda,
de oriflomas bien poblada.

O bien como decía otro:

Un pómulo es el río que los rayos sonrojan;
entre sauces discurre, que parecen mechones;
cada una de las ramas al agua hace de ajorca
de la más gruesa plata, y lo coronan flores.

Brillo del Orbe, al ver aquel prado de tupidos árboles, radiantes flores y canoras aves, llamó a su hermano Mal Hubo y le dijo: «En todos los dominios de Damasco no hay lugar que a este pueda compararse. Quedémonos aquí tres días y que el reposo dé renovados ánimos y fuerzas a los soldados del islam que a esos despreciables infieles han de poner freno». De pronto oyeron voces lejanas. Preguntó Brillo del Orbe y le dijeron: «Es una caravana de mercaderes sirios, que han acampado en este lugar para descansar; y los soldados que los han visto les han confiscado algunas de sus mercancías por haberlos encontrado en tierras de infieles». Poco después se oyeron las voces de los mentados mercaderes, que pidiendo el auxilio del rey venían. Al darse cuenta de ello, Brillo del Orbe mandó que los trajesen a su presencia, y, cuando los tuvo ante él, le dijeron: «Hemos recorrido, majestad, las tierras de los infieles sin que nadie se atreviese a quitarnos nada. ¿Cómo puede ser que sean nuestros hermanos musulmanes quienes nos despojen de lo nuestro? No bien vimos, señor, a vuestros soldados se nos echaron encima y nos han quitado lo que les ha venido en gana. Eso es lo que queríamos poner en vuestro conocimiento». Dicho esto, sacaron el escrito del rey de Constantinopla. Lo tomó Mal Hubo, lo leyó y les dijo: «Os devolveremos lo que se os ha quitado, pero quede claro que no deberíais haber emprendido mercadeo alguno en tierra de infieles». Le respondieron: «El Altísimo nos ha guiado al país de los descreídos para que pudiésemos alcanzar un logro que no ha alcanzado ningún guerrero de la fe como vos». «¿Y puede saberse –preguntó Mal Hubo, incomodado– qué importante logro es ese?». «Solo os lo declararemos –contestaron– en privado, ya que se trata de algo que, si llegara a propagarse, habría de ocasionarnos grave perjuicio y sería causa de la perdición de todo musulmán que se aventurase por tierras rufes». Brillo del Orbe y Mal Hubo condujeron a los mercaderes, que aún conservaban el arca donde se ocultaba la anciana Calamidades, a un lugar

apartado donde quedaron a solas con ellos. Una vez allí los mercaderes les contaron a los dos hermanos la historia del hombre piadoso, y se echaron a llorar con tal sentimiento que también a Brillo del Orbe y a Mal Hubo se les saltaron las lágrimas.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 95**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando los nazarenos disfrazados de mercaderes musulmanes hubieron quedado a solas con Brillo del Orbe y su hermano Mal Hubo, les contaron a estos la historia del hombre piadoso de Jerusalén y se echaron a llorar con tanta pena que los dos hermanos se unieron a su llanto. Todo, con arreglo a las instrucciones que de la hechicera Calamidades habían recibido. Mucho se conmovió Mal Hubo con la suerte del supuesto asceta. De la compasión pasó luego el guerrero al celo por Dios, el Supremo, y preguntó: «¿Y habéis liberado a ese hombre santo o sigue aún en el monasterio?». Respondieron: «Lo liberamos, y matamos al que lo guardaba, pues temimos por nuestras vidas; y, para evitar males mayores, salimos huyendo de aquel lugar, donde sabemos de buena fuente que hay depositadas ingentes cantidades de oro, plata y gemas». Trajeron luego el arca y sacaron a la maldita vieja, quien más parecía una vaina seca, o una fístula, de tan renegrida y flaca como era, toda ella, además, aherrrojada y trabada. Cuando Brillo del Orbe y los suyos la vieron de aquella guisa, la tuvieron por un auténtico hombre de bien, uno de los señalados siervos de Dios, sobre todo porque la frente le resplandecía con lo que la vieja se había untado. Se echaron Brillo del Orbe y Mal Hubo a llorar con todas sus fuerzas, y, tras ponerse ambos en pie, fueron hacia la vieja y le besaron las manos y los pies. La fermentida bruja les hizo un gesto y les dijo: «Dejad de llorar y oíd mis palabras». Ellos la obedecieron al punto, y la anciana prosiguió: «Regocijado estoy con cuanto mi Señor me depara. Para mí, los sinsabores que vengo sufriendo no son sino una prueba que Dios, el Santo, el Excelso, en Su sabiduría insondable, ha tenido a bien ponerme. Y ciertamente quien no aguanta la desgracia y las adversidades no ha de alcanzar, por más que lo desee, los Jardines de la Gloria. Mucho he añorado mi tierra natal, no porque me resultasen onerosas en demasía las calamidades que he sufrido, sino para poder morir bajo los cascos de los caballos de los *muyahidín*¹⁶⁹, quienes, aun después de que los hayan matado, están vivos y no muertos, según nos enseña el Sagrado Corán». Dicho lo cual, recitó:

«El baluarte es el monte Sinaí,
donde crepita el fuego de la guerra.
La hora de la verdad nos ha llegado:
en ti Moisés renace, el profeta.
Para acabar con tanta iniquidad,
arroja tu cayado con violencia,
y no te importe si en mortales serpientes
acaban convirtiéndose las cuerdas.
Tu espada trazará en los cuellos versos
de tu inmortal y renovada gesta».

¹⁶⁹ Esto es, los que toman parte activa en el yihad.

Tras pronunciar la anciana estas palabras, con impostada voz de hombre, los ojos se le llenaron de lágrimas y la frente pareció relumbrarle por efecto de una luz interior. Mal Hubo volvió a levantarse, fue hacia ella, le besó la mano y le trajo de comer. La vieja se abstuvo de tomar ni un solo bocado: «Si no he roto mi ayuno durante quince años, ¿voy a hacerlo en este momento, a plena luz del sol? Ya que nuestro Señor ha permitido que salga de la cárcel de los infieles y me ha librado de tormentos peores que los del Fuego Eterno, esperaré hasta el ocaso». De modo que, ya la noche caía, vinieron Mal Hubo y Brillo del Orbe y le ofrecieron de nuevo alimentos: «Comed ahora, santo varón». La vieja repuso: «No es este momento de comer, sino de rendirle culto al Rey, al Remunerador», y, esto diciendo, se puso en pie, afrontó la alquibla y estuvo orando hasta el alba. Así siguió tres días enteros, con sus noches, durante los cuales no se sentó más que cuando estaba mandado para cumplir con los movimientos rituales de la oración.

Presenciado que hubo tan acendrada piedad y devoción, Brillo del Orbe quedó persuadido de que la anciana era un santo hombre de Dios, y dijo a su hermano, el bravo Mal Hubo: «Haz que levanten una tienda de pieles para este asceta y ponle un sirviente para él solo». Y, como al cuarto día pidiera la vieja de comer, le sirvieron todos los manjares que el estómago pueda apetecer y los ojos disfrutar, pero ella solo se comió un mendrugo de pan con un poco de sal y volvió a su ayuno. Esa noche se levantó de nuevo para orar, y Mal Hubo dijo a Brillo del Orbe: «De este hombre sí que puede afirmarse que ha dado la espalda a este bajo mundo. Te aseguro que, de no ser porque estamos comprometidos con el yihad, me pondría a su servicio y me consagraría al culto de Dios hasta que, llegada mi hora, pueda estar en Su presencia. Me apetece entrar en su tienda y pasar un rato conversando con él». «A mí también me gustaría –repuso Brillo del Orbe–, y, dado que mañana mismo salimos a la conquista de Constantinopla, no hallaremos mejor ocasión que esta». El ministro Dandán intervino: «También yo quisiera ver a ese hombre de Dios, quien podría pedir por que me llegue pronto la hora, en este yihad, pues estoy harto del mundo y no deseo sino encontrarme con mi Sustentador». De manera que, cuando ya las sombras de la noche comenzaban a envolverlos, entraron en la tienda de la execrable bruja Calamidades, a quien hallaron de pie y orando. Se pusieron cerca de ella, conmovidos, pero la vieja ni paró mientes en sus visitantes hasta que, ya a medianoche, puso fin a su oración y, después de descargarse la paz, se acercó a ellos y les preguntó: «Bienvenidos seáis. ¿Cómo es que os habéis dejado caer por aquí?», a lo que ellos dijeron: «¿Cómo, santo varón? ¿Es que no nos habéis oído llorar a vuestro alrededor?». La vieja repuso: «Quien se planta ante Dios deja de hallarse en el universo, por lo que ni oye ni ve a nadie». «Quisiéramos –le rogaron– que nos contarais cuál fue el motivo de vuestra prisión, y pidáis por nosotros, lo que nos supondrá aún mayor recompensa que la conquista de Constantinopla». La vieja repuso: «Bien sabe Dios que, si no fueseis, como sois, dignos comendadores de los musulmanes, no os contaría yo nada de eso, pues solo tengo costumbre de elevar a Dios mis quejas. Sea, sin embargo, por una vez. Os contaré por qué he estado preso». Y la vieja refirió lo siguiente:

SABED QUE ME HALLABA YO¹⁷⁰ en Jerusalén, en compañía de ciertos *abdal*, como decimos nosotros, o sea, elegidos de Dios, y algunos otros santos místicos, sin que quiera yo, ni mucho menos, ponerme a su altura, porque, si algo me ha concedido Dios, el Santo, el Supremo, ha sido modestia y desapego de toda presunción. Pues bien, el hecho es que me acerqué una noche a la

¹⁷⁰ Comienza «El hombre piadoso de Jerusalén».

orilla del lago y, sin más, me puse a caminar sobre las aguas. No sé muy bien ni cómo ni por qué, pero, muy admirado de mi propia obra, dije para mis adentros: «¿Quién puede caminar sobre las aguas como lo estoy haciendo?». Mucho se me endureció el corazón a partir de aquel momento, y, como Dios quisiera ponerme a prueba, me infundió el vehemente deseo de viajar. Partí, pues, rumbo a tierras rumíes, que estuve recorriendo un año entero, hasta el punto de que no quedó lugar alguno, en aquellas regiones, donde no hubiese yo rendido culto al Dios único. Llegué así a la localidad de que ya tenéis noticia. Subí hasta lo alto del monte en cuya cima se halla el monasterio donde habita un monje llamado Matruhna, y este, no bien me hubo visto, salió a mi encuentro, me besó manos y pies y dijo: «Sé de vuestros pasos por nuestro país, y os aseguro que habéis despertado en mí el deseo de viajar a tierras del islam». Me tomó de la mano, entramos en el monasterio y me condujo a una lóbrega celda, donde me dejó encerrado. Allí me tuvo cuarenta días, privado de bebida y alimento, con la intención de dejarme morir de inanición. Se dio luego la circunstancia de que al monasterio acudió un patricio, de nombre Decianus, a quien acompañaban diez mozos de su servicio, así como una joven llamada Estatuas, de sin par belleza. Una vez en el cenobio, el monje Matruhna les habló de mí, y el patricio dijo: «Sacadlo, que no va a quedar de él carne bastante para alimentar a un gorrión». Abrieron la puerta de aquella lóbrega mazmorra y me hallaron de pie frente a la alquibla, orando, recitando aleyas coránicas, loando al Altísimo, y elevándole preces. Cuando así me vieron, exclamó Matruhna: «¡Este no es más que un hechicero!», palabras que los llevaron a emprenderla a golpes conmigo.

Deseé morir, y, sabedor de que yo era el culpable de lo que me ocurría, dije, dirigiéndome a mi propia alma: «Este es el castigo que merece quien se vanagloria de dones que proceden de su Sustentador y no de sus propias fuerzas. Reconoce, alma, que te dejaste llevar del engreimiento y la vanidad. ¿Acaso no sabes que el engreírse despierta la ira del Sustentador, endurece los corazones y allana el camino que conduce al Fuego?». Me aherrojaron luego y devolvieron a la misma celda subterránea, donde recibía una hogaza de pan y un trago de agua cada tres días. Y un mes sí y otro no, acudía el patricio al monasterio. Su hija fue haciéndose una mujer, y, si solo contaba nueve años de edad la primera vez que la vi, había ya cumplido los veinticuatro cuando me liberaron. Os aseguro que ni en nuestras tierras ni en las de los rumíes hay beldad que comparárasele pueda. Su padre, el patricio Decianus, quería guardarla del emperador, ya que la joven se había consagrado al servicio del Mesías, y, para salir a caballo con su padre, vestía a la usanza de los varones. De modo que, a pesar de su extremada belleza, no sabía quien con ella se topaba que era una doncella. Decianus, el patricio, tenía todas sus riquezas depositadas en aquel monasterio, tal como hacían cuantos por allí poseían capitales y objetos preciosos. No os extrañéis, pues, si afirmo que en el monasterio he tenido ocasión de ver tales cantidades de oro y plata, gemas, vasijas nobles y objetos valiosos como solo el mismo Dios, el Supremo, podría enumerar. Vosotros sois sin duda más dignos de todo ello que esos descreídos. Deberíais, pues, adueñaros de cuanto allí se guarda y repartirlo entre los musulmanes, empezando por quienes se han comprometido con el yihad.

Pues bien, la cosa es que, después que esos mercaderes que os habéis encontrado hubieron vendido su género en Constantinopla, recibieron un mensaje mío, de boca de un retrato que pendía de un muro y cobró vida por una gracia que el Altísimo me concedió. Se dirigieron entonces al cenobio y mataron al monje Matruhna, no sin antes haberlo arrastrado de las barbas, castigo que les valió para que el desalmado les indicase cuál era mi paradero. Me hallaron, me unieron

a su grupo y no tuvieron más remedio que huir para evitar daños mayores. Y sabed, además, que mañana mismo irá la joven Estatuas al monasterio, como tiene por costumbre, acompañada de su padre y los mozos de este, pues Decianus teme por ella. Si queréis estar presentes, llevadme con vosotros, que yo os entregaré los dineros y el depósito que el patricio guarda en aquella montaña. Con mis propios ojos los he visto sacar recipientes de oro y plata, en los que han bebido, así como a una joven que para ellos cantaba en árabe. ¡Qué pena más grande que una voz tan hermosa no se dedique a la recitación del Sagrado Corán! De modo que, si bien os parece, podéis entrar en el monasterio, ocultaros y esperar la llegada de Decianus con su hija, a quien podréis llevaros, pues bien cierto es que la doncella no debe acabar sino con su majestad, el rey Brillo del Orbe, o con su alteza, el noble guerrero de Dios, Mal Hubo.

Muy contentos quedaron todos, salvo el ministro Dandán, a quien no acababa de cuadrarle el relato. Es cierto que también él había mostrado deseos de escuchar a la vieja disfrazada, pero solo por satisfacer a su rey, y ahora había quedado tan desconcertado que en el rostro se le traslucían las señales de la duda. La vieja Calamidades volvió a hacer uso de la palabra: «Hay, sin embargo, algo que me preocupa, y es que el patricio Decianus, aun después de acercarse al monasterio, no se atreve a entrar en este por haber visto vuestras tropas en el prado». Se dio, pues, la orden de que el grueso del ejército se pusiese en marcha rumbo a Constantinopla, y Brillo del Orbe explicó: «Mi intención es que nos dirijamos a la montaña llevando con nosotros a un centenar de jinetes, así como buen número de mulos, en los que poder cargar las riquezas que en el monasterio hay depositadas». Dicho lo cual hizo llamar a su chambelán y a los altos oficiales de los turcos y dailámíes. Cuando ante sí los tuvo, les dio el rey la orden siguiente: «No bien apunte la mañana partid hacia Constantinopla. Tú, chambelán, ocuparás mi lugar a la hora de decidir y determinar, y tú, Rostam, harás las veces de mi hermano en el campo de batalla. Que nadie llegue a saber que no estamos con vosotros. Al cabo de tres días os alcanzaremos». Escogió luego a un centenar de jinetes, de entre los más valerosos guerreros, y con ellos partió, siempre en compañía de su hermano Mal Hubo y el ministro Dandán.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 96, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mal Hubo, su hermano Brillo del Orbe y el ministro Dandán partieron al frente de los cien jinetes hacia el monasterio que les había pintado la execrable Calamidades, con mulos en que cargar las riquezas que esperaban hallar. El Chambelán, por su parte, cuando apuntó el alba, dio la orden de que el grueso del ejército se pusiera en movimiento. La orden se ejecutó sin que nadie sospechara que Brillo del Orbe, Mal Hubo y el ministro Dandán no se hallaban entre los combatientes de la fe, pues nada sabía la tropa del monasterio. Los dos hermanos y el ministro, por su lado, esperaron en las proximidades del monasterio hasta el ocaso. Mientras tanto, los infieles que a sus órdenes tenía doña Calamidades se presentaron en secreto ante ella, le besaron las manos y los pies y le pidieron permiso para partir; la vieja se lo concedió y les dio las instrucciones precisas para darle cumplimiento a su mendaz engaño. Más tarde, cuando ya habían caído las sombras de la noche, se levantó la vieja y

dijo a Brillo del Orbe y los demás: «¡Vamos! Subid conmigo a lo alto del monte, pero tomad con vosotros a muy pocos de vuestros hombres». La obedecieron y dejaron, en la ladera, a cinco jinetes, mientras que los demás quedaban a las órdenes de la vieja. Esta había recobrado la energía gracias a lo bien que su trama se iba desarrollando, y el joven Brillo del Orbe no pudo sino exclamar: «¡Alabado sea Quien le ha dado tantas fuerzas a este santo sin par!». La infame había ya enviado al emperador de Constantinopla, valiéndose de un ave mensajera, un escrito para informarlo de lo ocurrido y darle precisas instrucciones:

Enviadme no menos de diez mil jinetes de entre los más valerosos guerreros de la cristiandad toda. Deben estos avanzar con sumo cuidado por la ladera del monte, para que su presencia no sea advertida por los combatientes del islam.

Cuando alcancen el monasterio, permanezcan ocultos en él hasta que llegue yo, acompañada del rey de los musulmanes y su hermano, a quienes llevaré engañados, junto con su ministro y menos de cien jinetes de guarnición.

Les entregaré los crucifijos que en el lugar se guardan, y no tendré más remedio que matar a Matruhna, el monje, pues solo así podré llevar mi plan a buen término. Si todo sale bien, ninguno de los musulmanes volverá vivo a su país, y de todos ellos no quedará ni hogar ni quien pueda soplar el fuego.

La vida de Matruhna servirá de rescate a cuantos profesan el credo nazareno y forman las prietas filas de la Bandera de la Cruz.

Gracias sean siempre dadas al Mesías.

No bien hubo llegado el mensaje a Constantinopla, lo llevó el guarda del palomar, en el mismo papel donde venía escrito, al emperador Afridún, quien encomendó la misión a sus mejores jinetes. Cada uno de ellos se proveyó de un caballo, un camello, un mulo y su correspondiente provisión.

Lo anterior, por lo que a los rumíes se refiere. En cuanto al rey Brillo del Orbe, su hermano Mal Hubo, el ministro Dandán y los soldados que los acompañaban, sépase que entraron al cenobio, donde enseguida se encontraron con el monje Matruhna, que salía a ver quién llegaba. El supuesto santo varón, o sea, la vieja, dijo a voz en cuello: «¡Matad a ese malnacido!», y, en efecto, de un buen tajo con la espada, le dieron a probar al monje el sabor de la aniquilación. Luego la execrable bruja los guio al lugar de los exvotos, del cual sacaron objetos preciosos en cantidad aún mayor que lo que ella misma les había referido. Lo juntaron todo, lo pusieron en las arcas y cargaron los mulos. La joven Estatuas, por su parte, no había acudido al cenobio, ni ella ni su padre, por miedo a los musulmanes. Brillo del Orbe decidió esperarla, y así permanecieron allí un día y otro más. Hasta que, al tercero, dijo Mal Hubo: «Bien sabe Dios que no puedo dejar de pensar en el ejército del islam, del que nada sabemos». A esto respondió el joven monarca: «Ya que hemos acopiado todas estas riquezas y no es probable que ni la joven Estatuas ni nadie más se acerque al monasterio, dada la derrota que no hace tanto sufrieron los rumíes, lo mejor será que, sin dejarnos llevar de excesiva ambición, nos pongamos ya en marcha, pues acaso el Altísimo nos tiene deparado el entrar, muy pronto, victoriosos en Constantinopla».

Descendieron, pues, de la cima sin que la vieja se atreviese a mostrar su desacuerdo, por no levantar sospechas. Enseguida llegaron a la entrada del desfiladero donde, a resultas de los planes de la bruja, los aguardaban emboscados no menos de diez mil jinetes. En cuanto estos vieron a Brillo del Orbe y los suyos, los rodearon por todas partes, con las lanzas en ristre y las blancas hojas de las espadas desnudas, y, proclamando a voz en grito el espurio credo de los infieles, sacaron a la luz las flechas de la iniquidad. Al verse acosados por aquella ingente tropa

se preguntaron los tres, el rey, su hermano y el ministro: «¿Quién ha advertido a este ejército de nuestra presencia en este lugar?». Mal Hubo dijo: «No es este, hermano, momento adecuado para pronunciar palabras, sino para empuñar la espada y tensar el arco. Apretemos, pues, los dientes y hagamos de tripas corazón. Este desfiladero es como una senda que entre dos muros discurre, y por el señor de los árabes y los extranjeros¹⁷¹, juro que, de no ser tan angosto, ya estaría yo dando buena cuenta de todos esos, aunque sean más de cien mil!». «De haberlo previsto –dijo Brillo del Orbe–, habríamos podido traer a cinco mil jinetes», palabras que apostilló el ministro Dandán diciendo: «Ni aunque llevásemos a diez mil nos servirían de nada en esta estrechez. Pero no dejaré Dios de socorrernos contra nuestros enemigos. Conozco bien este desfiladero y sus angosturas, y sé que son muchos los refugios que ofrece, pues aquí luché junto al rey Ómar Ennumán, cuando el asedio de Constantinopla. En este desfiladero, donde no faltan las aguas, frías como nieve, acampábamos. Pero démonos ahora prisa, salgamos de aquí antes de que los enemigos lleguen a lo alto del monte y nos sepulten con rocas».

Emprendieron, pues, la marcha a la carrera, y el que tenían por santo varón les dijo: «¿A qué viene tanto miedo, siendo así que habéis entregado a Dios vuestras almas y Su camino recorréis? Quince años he pasado yo preso bajo tierra y nunca se me ha ocurrido oponerme a lo que el Altísimo tuviera para mí dispuesto. ¡Combatid en la Senda de Dios, pues quien de vosotros caiga tendrá el Vergel Eterno como último refugio, y quien a un enemigo aniquile verá sus esfuerzos coronados por la gloria!». Estas palabras del santo varón tuvieron la virtud de disipar la ansiedad y la angustia de sus corazones, de modo que permanecieron inmóviles a la espera de que los infieles se precipitaran sobre ellos. Las espadas entonces se lanzaron a los cuellos y comenzaron a circular los cálices de la muerte. Entraron, en efecto, los heroicos musulmanes en encarnizado combate y, en obediencia a los mandatos de Dios, dirigieron contra los perros nazarenos hierros y astas.

Brillo del Orbe comenzó a arremeter contra los enemigos que al paso le salían, y tal fmpetu puso en la labor de derribar campeones que las cabezas las segaba no de una en una, sino de cinco en cinco y luego hasta de diez en diez; de modo que acabó con tantas vidas como ni él mismo pudo calcular. Mientras a esta ardua faena se entregaba, pudo ver que la maldita vieja les hacía, a los enemigos, espada en mano, gestos de aliento; todos los que sentían miedo acudían a ella, y la fermentada los animaba a matar a Mal Hubo¹⁷². A resultas de ello vio el joven rey cómo los infieles iban acometiendo en oleadas a su hermano. Este, incansable, los iba rechazando, pero al punto se le echaban encima otros. Convencido de que su éxito se debía al carisma del supuesto santo, se dijo a sí mismo: «A este bendito lo mira Dios con el Ojo de Su Providencia y gracias a él cuento yo también con el favor del Altísimo para vencer a los infieles. No es por ello de extrañar que les vea dispersarse a todos y que, incapaces de dar conmigo en tierra, no hallen otro camino que el de la retirada». Y luchando continuaron hasta el final de la jornada, y, cuando cayó la noche, después de los muchos embates recibidos y de los daños que las rocas lanzadas les habían causado, se refugiaron en una cueva del desfiladero. Cuarenta y cinco de ellos cayeron ese día en combate.

¹⁷¹ Fórmula de juramento referida al profeta Mahoma, a quien se atribuye la primacía tanto sobre los árabes como sobre extranjeros (en árabe, *šáhid al-árab wal-ayam*).

¹⁷² Hay que entender que el rey no supo interpretar los movimientos de la anciana disfrazada ni cómo respondían a ellos los cristianos.

Después que los supervivientes se hubieron juntado, buscaron al que creían santo asceta, pero no hallaron de él trazas. Muy sorprendidos por ello, se decían unos a otros: «Acaso se cuenta ya entre los mártires». Intervino entonces Mal Hubo: «Con mis propios ojos lo he visto impetrando el Socorro de nuestro Sustentador, y pronunciando sagrados versículos para protegernos». Y en esto se presentó ante ellos la execrable Calamidades, trayendo consigo la cabeza de un caballero patricio, general que había estado al mando de veinte mil combatientes; un temible paladín, un satanás insurrecto, a quien un combatiente turco había mandado derecho al Fuego, de un flechazo. Los infieles, al ver cómo un musulmán acababa con su cabecilla, se lanzaron sobre el cadáver de aquel y lo hicieron trizas con las espadas. Dios lo condujo en ese mismo instante al Paraíso. Acudió entonces la execrable vieja, le cortó la cabeza al patricio, fue adonde se hallaban el monarca, su hermano y su ministro, y la arrojó a los pies de estos.

Al verla llegar, se puso Mal Hubo en pie, de un salto, y exclamó: «¡Gracias a Dios que os vemos, santo asceta combatiente!». El supuesto hombre de Dios repuso: «Sabe, hijo mío, que, buscando el martirio, me he lanzado contra los infieles, por entre cuyas filas me he metido, pero era demasiado el miedo que me temían. Luego, al ver que os retirabais, he tenido celos de vosotros, he acometido a ese caballero patricio, su general, y, aunque era hombre capaz de tener a raya a mil bravos adalides, le he rebanado el cuello de un tajo; los enemigos han sido incapaces de acercárseme, y he vuelto con su cabeza».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 97, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando la malnacida vieja se hizo con la cabeza del patricio, volvió con ella al cuartel del islam y la arrojó a los pies del rey Brillo del Orbe, de su hermano Mal Hubo y del ministro Dandán, diciendo: «Al ver lo que habéis logrado, tuve celos de vuestro proceder y acometí a este gran campeón con mi espada; le corté la cabeza y, sin que ni uno solo de los infieles pudiese ni acercárseme, os la he traído, para que vuestro ánimo se fortalezca ante el yihad y vuestras espadas satisfagan al Sustentador de las criaturas. Mi intención ahora es partir, mientras vosotros seguís plantando cara al enemigo, hacia el grueso de vuestras tropas, así se hallen ya a las puertas mismas de Constantinopla, y traer conmigo a veinte mil jinetes que den buena cuenta de esos descreídos». Mal Hubo preguntó: «¿Y cómo vais, santo varón, a llegar hasta donde los nuestros se hallan, si el terreno está plagado de infieles que ni el menor resquicio dejarán?». La execrable repuso: «Dios me hará invisible a sus ojos, y, si alguno me viera, no osará acometerme, pues, aniquilado en Dios, me habré fundido en Su Omnipotencia, y Él sabrá combatir a Sus enemigos y protegerme a mí». Mal Hubo asintió: «¡Bien decís, santo varón! Yo mismo puedo dar fe de que tal ha ocurrido ya. Y ahora, si vais a partir, lo más conveniente será que lo hagáis durante las primeras horas de la noche». «Me voy —dijo el santo asceta— ahora mismo. Si quieres, puedes acompañarme, pues nadie te verá, y, si tu hermano desea unirse a nosotros, que venga también, pero solo vosotros, queridos, pues la sombra de un santo solo cubre a dos». A esto repuso Mal Hubo: «Yo, por mi parte, no abandonaré a mis compañeros de armas. Pero, si mi hermano prefiere partir, ningún mal habrá en que os acompañe y se libre de

este trance. Él, mi hermano Brillo del Orbe, es el alcázar de los musulmanes, la espada del Amo de los mundos. Que se lleve, si Dios así lo quiere, al ministro Dandán o a quien le venga en gana, y nos envíe a diez mil jinetes para que podamos, con su concurso, aniquilar a esos miserables». Y eso fue lo que acordaron.

Pero entonces dijo la vieja: «Esperad un poco, que pueda yo acercarme antes a ver cómo siguen los infieles, si están dormidos o despiertos». Ellos respondieron: «Solo nos pondremos en marcha todos juntos, y que Dios decida por nosotros...». La vieja insistió: «No queráis impedírmelo, lo mejor es que me concedáis el tiempo bastante para que pueda yo averiguar a qué atenernos». Mal Hubo dijo: «Id, pues, y no tardéis, que os estaremos esperando». Cuando la vieja hechicera se hubo puesto en camino, Mal Hubo se dirigió a su hermano: «Si ese santo varón no estuviese dotado de poderes, no habría podido acabar con ese campeón entre los patricios. Ahí tenemos prueba suficiente de los carismas que Dios ha otorgado a nuestro piadoso benefactor, gracias a cuyo brazo se ha torcido la suerte de los infieles nazarenos, que han perdido a un bravo paladín, a un satán insurrecto». Mientras ellos seguían conversando acerca de la baraca y los milagros del supuesto santo, la maldad vieja se llegó de nuevo adonde los dos hermanos y les auguró una pronta victoria, lo que le agradecieron ellos, sin sospechar que se las habían con un fraude. Luego dijo la execrable vieja: «Quiero hablar con el rey de nuestra era, Brillo del Orbe». El solicitado repuso. «¡Aquí me tenéis!», y la vieja le ordenó: «Venid con vuestro ministro y encaminémonos hacia Constantinopla».

Calamidades había puesto ya al tanto de su nueva treta a los infieles, quienes, muy satisfechos, dijeron: «No descansaremos hasta haber dado muerte al rey de los musulmanes en pago por la muerte del caballero patricio, que era nuestro primer jinete». Y la vieja de mal agüero, después de informarlos de que les llevaría al rey Brillo del Orbe en persona, les anunció: «En cuanto llegue yo con él, partiremos y lo conduciremos a la presencia del emperador». Se puso, pues, en marcha la execrable, en compañía de Brillo del Orbe y el ministro Dandán, que iban poco más atrás. «¡Vamos! Hagamos nuestro camino bajo la protección de Dios», les dijo. Ambos le respondieron con extremada cortesía y avanzaron a su zaga. Las flechas de la Providencia surcaban ya el aire...

Avanzó, pues, la vieja, seguida siempre de los dos jinetes, y así llegaron donde se hallaba el ejército de los rumíes, en pleno desfiladero. Los infieles los observaban sin acometerlos, tal como la execrable les había encarecido. Brillo del Orbe y su ministro se hallaron ante los soldados enemigos, y, al ver que estos no los acometían, a pesar de tenerlos tan cerca, exclamó Dandán: «¡A fe que este santo es capaz de hacer milagros!». El monarca asintió y dijo: «Ciegos parecen los infieles, pues nos miran sin vernos». Y, mientras ambos seguían alabando la santidad de quien los guiaba, recordando los prodigios que le habían visto hacer y haciéndose lenguas de su mucha devoción y ascetismo, se les vinieron encima los nazarenos, que los rodearon y apresaron diciendo: «¿Venís con alguien más?». El ministro Dandán les preguntó: «¿Acaso no veis a ese hombre que va ahí delante?». Los infieles respondieron: «Por el Mesías juramos, así como por los monjes, por el *katholikós* caldeo y por el metropolitano sirio, que no vemos a nadie más que a vosotros dos». Brillo del Orbe reaccionó entonces y exclamó: «¡Esto que nos ocurre ha de ser un castigo de Dios, el Supremo!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 98**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando los infieles hicieron prisioneros al rey Brillo del Orbe y a su ministro, les preguntaron: «¿No viene nadie más con vosotros dos?». El ministro Dandán les preguntó a su vez: «¿Es que no veis a ese tercero que viene guiando?», y los infieles exclamaron: «¡Por el Mesías juramos, y por los monjes, el *katholikós* y el metropolitano, que solamente os vemos a vosotros dos!». Luego los pusieron grillos en los pies y los confiaron a quien podía guardarlos durante la noche. Muy apesadumbrados, se dijeron ellos dos: «La calamidad que nos aflige no puede deberse a otra cosa que al haber incomodado en algo al santo varón».

Lo anterior, por lo que a Brillo del Orbe y el ministro Dandán se refiere. En cuanto al príncipe Mal Hubo, sépase que pasó sin novedad la noche. Con el nuevo día se levantó, cumplió con la primera oración y, sin esperar más, se dispuso, como hicieron los soldados del islam que a sus órdenes habían quedado, para combatir a los infieles. Mal Hubo los sofomó prometiéndoles toda clase de bienes, y la tropa se puso en marcha para afrontar al enemigo. Cuando los infieles los vieron llegar de lejos, les enviaron a un emisario que les dijo: «Musulmanes, hemos apresado a vuestro rey y al ministro en quien radica vuestro orden y concierto. Si no cejáis en vuestro empeño de combatirnos, os mataremos a todos, desde el primero hasta el último. Pero, si os rendís, os llevaremos ante nuestro soberano, quien llegará a un acuerdo de paz con vosotros. Podréis así abandonar nuestro territorio, indemnes, siempre que no nos atacéis. Solo en el caso de que os avengáis a estas condiciones, respetaremos vuestra integridad y podréis consideraros dichosos. Si, por el contrario, os negáis, sabed que vuestro fin cercano está, e ineludible será la muerte. Dicho queda, y es nuestra última palabra».

La noticia de que Brillo del Orbe y el ministro Dandán estaban en poder del enemigo dejó tan impresionado a Mal Hubo que se echó a llorar con el ánimo desfallecido, pues no le cabía duda de que la aniquilación sería inmediata. A sí mismo se preguntó: «¿Cómo puede ser que hayan caído ambos en manos de los infieles? ¿Le habrán faltado al respeto al santo varón o se habrán vuelto contra él? ¿Qué habrá ocurrido?». Con todo, los guerreros del islam se lanzaron al combate contra los infieles y segaron muchas de sus vidas. En aquella jornada se supo quién era cobarde y quién no; hierros de lanza y hojas de espada se cubrieron de rojo. Los infieles cayeron sobre ellos de todas partes, como caen sobre el almíbar las moscas. Pero Mal Hubo y los suyos no desfallecieron ni un instante en la lucha: ni temían la muerte ni dejaban pasar ocasión alguna de matar. Y así estuvieron hasta que el desfiladero se tiñó todo de sangre, y los cadáveres cubrieron por entero la tierra. Cuando cayó la noche, se separaron los ejércitos y cada bando se volvió a su lugar. Los musulmanes, a la cueva donde ya habían reposado el día anterior. Muy mermados habían quedado. Los supervivientes habían resistido gracias al Socorro divino y a la fuerza de sus espadas. Hasta treinta y cinco de los principales campeones cayeron en aquella jornada, si bien habían logrado pasar por el hierro de sus armas a millares de infantes y caballeros nazarenos. Cuando Mal Hubo comprobó los importantes daños que habían sufrido, se llenó de zozobra y preguntó a los suyos: «¿Qué hemos de hacer ahora?». Sus hombres respondieron: «Solo será lo que Dios quiera que sea».

Al día siguiente dijo Mal Hubo a quienes aún seguían con él: «Si salís al combate no sobrevivirá ninguno de vosotros. Ya casi no nos queda agua ni otras provisiones. Mi parecer es que desnudéis vuestras espadas, os paréis a la entrada de esta cueva y rechazéis los intentos de quien quiera penetrar. Mientras, puede que le dé tiempo al santo varón a alcanzar a nuestro ejército, y

regrese con diez mil jinetes que nos ayuden contra los infieles». Los valerosos combatientes que aún seguían con vida respondieron: «Lo que decís es lo más adecuado, no cabe duda». Salieron, pues; se apostaron a ambos lados de la entrada a la cueva, y cada vez que algún infiel se acercaba, lo mataban. De este modo aguantaron hasta que reculó el día y vino la noche con su turbiedad.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 99**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que los soldados musulmanes se apostaron, hasta que cayó la noche, a la entrada de la cueva y rechazaron a cuantos infieles trataron de entrar en ella. No le quedaban al príncipe Mal Hubo sino veinticinco hombres. Los infieles comentaban entre sí: «¿Cuándo llegarán a su fin estos días? ¡Hartos estamos ya de combatir a los musulmanes...!». Uno propuso lo siguiente: «¡Este es el momento de ir contra ellos, pues solo quedan veinticinco! Encendamos una hoguera y los forzaremos a salir. Si se rinden, los haremos prisioneros, y, si no, dejaremos que se consuman en las llamas para escarmiento de otros como ellos... ¡No conozcan sus padres la misericordia del Mesías ni hallen nunca el consuelo que nosotros hemos de hallar!». Y, dicho esto, apilaron los nazarenos leña a la entrada de la cueva y la prendieron. A Mal Hubo y los suyos les cabían pocas dudas de que su fin estaba muy cerca. Mientras tanto, el patricio que a los nazarenos mandaba se volvió hacia quienes no veían la hora de acabar con los bravos musulmanes: «El matarlos le corresponde solo a nuestro señor, al emperador Afridún, quien tiene una herida que curar... Lo que conviene, pues, es que los hagamos prisioneros y los llevemos con nosotros mañana a Constantinopla. Allí se los entregaremos a nuestro soberano para que con ellos haga lo que le venga en gana». «Tenéis mucha razón», le respondieron.

Los nazarenos consiguieron al cabo apresar a Mal Hubo y los suyos, les ataron las manos a la espalda y los pusieron bajo vigilancia, en el mismo lugar donde ya tenían a buen recaudo al rey Brillo del Orbe y a su ministro Dandán. Luego, cuando se hizo la oscuridad, se dejaron llevar los infieles de sus deseos de esparcirse. Comieron a su gusto y bebieron con tales ansias que cayeron rodando por los suelos. Mal Hubo, quien, al igual que Brillo del Orbe y demás guerreros, seguía amarrado, se dirigió a su hermano: «¿Cómo podremos salvarnos?». Brillo del Orbe repuso: «¡Ya me gustaría a mí saberlo! Aves enjauladas parecemos...». Tan furioso estaba Mal Hubo que, de una fuerte sacudida, pudo zafarse, pues se partió la cuerda con que lo tenían sujeto. Una vez desasido, logró llegar hasta el guardián principal, le quitó de la faltriquera la llave de los grillos con que los tenían a todos sujetos y uno a uno liberó a su hermano Brillo del Orbe, al ministro Dandán y a los demás combatientes. Hecho esto, se volvió hacia los dos primeros y les dijo: «Matemos a esos tres guardias y pongámonos sus ropas. Pasaremos así desapercibidos y nos será fácil llegar hasta nuestras tropas». Pero Brillo del Orbe se opuso: «No me parece que ese sea un buen acuerdo. Al matarlos, podría alguien oír sus estertores, y en un instante se nos echaría encima un enjambre de infieles. Lo mejor que podemos hacer es salir, con tanto sigilo como nos sea posible, del desfiladero». Los otros dos asintieron y, antes de que hubiesen avanzado mucho, fuera ya de la estrechura, se encontraron con un nutrido grupo de caballos atados, y a sus jinetes dormidos. Dijo entonces Mal Hubo a su hermano: «Que cada uno de nosotros se haga con una montura».

Y, como eran veinticinco hombres, se hicieron con otros tantos corceles, mientras Dios, en Su inmensa Sabiduría, mantenía en el más profundo de los sueños a los jinetes enemigos, a quienes arrebató Mal Hubo cuantas espadas y lanzas quiso.

Montaron y se pusieron en camino, muy en contra de las previsiones de los infieles, quienes habrían juzgado imposible que Brillo del Orbe, su hermano y los demás se librasen de las ataduras y huyesen. Cuando estos últimos juzgaron que ya no podrían los infieles darles alcance, Mal Hubo se dirigió a sus compañeros de armas: «No temáis, pues el Altísimo nos protege. Sabed que tengo un plan y espero que os parezca adecuado». «¿Y cuál es?», le preguntaron. «Quiero –dijo él– que subáis a lo alto del monte y, después de proclamar, a voz en grito y todos a una, la fórmula de la inalcanzable magnificencia de Dios, “¡*Alláhu ákbar*!”¹⁷³!”, gritéis con todas vuestras fuerzas: “¡Ya tenéis encima, perros, al ejército del islam!”, antes de que volvamos a gritar repetidas veces “¡*Alláhu ákbar*!”. Pensarán que los tenemos rodeados y se dispersarán, cada uno por su lado, incapaces de reaccionar de manera adecuada, a causa de su borrachera, su sueño y su sorpresa. La emprenderán entonces a golpes de espada, unos contra otros, y nosotros aprovecharemos para acabar con ellos valiéndonos de la oscuridad». Brillo del Orbe volvió a oponerse: «No es un buen parecer. Lo mejor será que sigamos hasta donde se halla el grueso de nuestro ejército sin decir palabra alguna, pues, en el momento en que comencemos a gritar “¡*Alláhu ákbar*!”, sabrán dónde estamos, nos acometerán y pereceremos todos». Esta vez Mal Hubo no se conformó: «Ningún mal se seguirá de que sepan dónde estamos. La verdad es que quisiera que os mostraseis todos de acuerdo conmigo, pues sé que llevo la razón y que todo saldrá bien». Estas palabras le valieron el asentimiento de los demás, de modo que subieron todos a lo alto del monte, donde, con todas sus fuerzas, vociferaron la proclama de la absoluta grandeza de Dios: «¡*Alláhu ákbar*!»; grito al que se unieron promontorios, arboledas y rocas, en expresión unánime de su temor de Dios. No bien oyeron esto los infieles, comenzaron a chillar.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 100, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mal Hubo dijo: «Mucho me gustaría que estuviésemos de acuerdo conmigo, pues sé que de mi plan no ha de seguirse sino lo mejor». Asintieron entonces los otros y subieron todos a la cima del monte, donde proclamaron, a voz en cuello: «¡*Alláhu ákbar*!», fórmula que de inmediato repitieron promontorios, arboledas y rocas, dando así expresión sonora al temor y reverencia al Altísimo que los guerreros del islam profesaban. Al oírlo, los nazarenos se armaron a toda prisa y, sin dejar de gritar «¡Nos atacan los infieles!», se dieron muerte unos a otros en número que solo Dios, el Supremo, conoce. Más tarde, como a la luz del nuevo día buscasen a los prisioneros y no los hallaran, sus capitanes dijeron: «Han sido los prisioneros... Salid en su persecución, alcanzadlos y dadles a probar la copa de la muerte sin que os venzan ni el miedo ni la fatiga». Montaron, pues, los nazarenos a lomos de sus caballos y salieron en persecución de los musulmanes. Muy poco tardaron, de hecho, en darles alcance

¹⁷³ Recuérdese: «¡Dios es más grande!».

y tenerlos rodeados. Brillo del Orbe dijo a su hermano: «¡Lo que yo tanto temía ha ocurrido! Ahora no tenemos otra salida que el yihad». Y, mientras Mal Hubo guardaba silencio, echó Brillo del Orbe a galopar, ladera abajo, sin parar de gritar: «¡*Allāhu ākbar!*». Y otro tanto hicieron los demás guerreros, que se lanzaron, sin dudarlos un instante, a entregar sus vidas por la causa del Sustentador de los mundos.

Y en esto se oyeron voces proclamando la unicidad y magnificencia absoluta de Dios, y pidiendo la bendición y la paz para quien tan buenas nuevas y avisos trajo al género humano, nuestro señor Mahoma. Se volvieron Brillo del Orbe y los demás hacia la parte de donde provenían dichas voces, y vieron llegar las tropas de quienes confiesan la unidad de Dios y a Él se someten. Cuando aquellos esforzados héroes advirtieron su inmediata presencia, se fortalecieron en su ánimo y, alabando a Dios a voz en cuello, cargaron contra los infieles. La tierra se conmovió como por efecto de sucesivos temblores y las tropas de los descreídos se dispersaron por los repechos. Los musulmanes los persiguieron, los acometieron con los hierros y les cercenaron las cabezas. Y así, rebanando gaznates de infieles, siguieron Brillo del Orbe y los suyos, hasta que reculó el día y vino la noche con su turbiedad, momento en que los musulmanes se congregaron y se entregaron al sueño con las mejores perspectivas. A la siguiente mañana, cuando ya la luz alumbraba, vieron a Bahram, el general de los dailamíes, y a Rostam, el general de los turcos, que llegaban al frente de veinte mil jinetes, fieros como leones. Cuando estos vieron a Brillo del Orbe, desmontaron, saludaron al monarca y besaron la tierra ante él. El joven rey les dijo: «¡Alegraos de la victoria de los musulmanes y del exterminio de los infieles!». Se dedicaron entonces parabienes unos a otros, prometiéndose las mayores recompensas a la hora de la resurrección.

El motivo de que hubieran acudido a aquel lugar fue el siguiente. Cuando los comandadores Bahram y Rostam y el Gran Chambelán llegaron, al frente de los musulmanes, desplegados los estandartes con el nombre del profeta Mahoma sobre sus cabezas, hasta las lindes de Constantinopla, vieron que los infieles, al conocer la noticia, se refugiaron tras las murallas y se hicieron fuertes en torres y baluartes. Habían oído, en efecto, el chocar de armas y el rumor de voces; divisaron a los musulmanes en su avance y oyeron, por debajo del polvo que estos levantaban, los cascos de sus caballos. Comprendieron que los combatientes de la fe caían sobre ellos cual plaga de langostas, cual tempestuosos nubarrones preñados de lluvia. A sus pusilánimes oídos llegaron asimismo los versículos del Corán que los musulmanes recitaban y las loas que al Altísimo dirigían. Todo se debía a que estaban advertidos por la vieja Calamidades, ¡maldita fuera por todos sus fraudes, su corrupta condición, su indignidad extrema y sus siniestras añagazas! Aquella execrable mujer había conseguido que se reuniese, así, un formidable ejército de nazarenos, proceloso como el piélago, habida cuenta de los infantes y jinetes que lo componían, así como de las mujeres y niños que se habían congregado.

El comandante turco dijo al dailamí: «En grave peligro nos pondremos, comendador, si permanecemos al alcance de los enemigos que tras esos muros se resguardan. Mirad esas torres, mirad ese gentío, que más parece el tumultuoso mar por las olas agitado. Son cien veces más que nosotros. Y no estamos libres de que algún espía los ponga al corriente de nuestra inferioridad en número y de que nos faltan el rey Brillo del Orbe, su hermano, el fiero Mal Hubo, y el honorable ministro Dandán. Si llegan a saberlo, no os quepa duda de que se les abrirán las ganas de acometernos, y, si así lo hacen, tengo por cierto que nos pasarán por el hierro de la espada del primero al último, y ninguno de nosotros saldrá vivo. Os propongo que, al mando de vuestros diez mil jinetes musulfe

y turcos os dirijáis al monasterio de Matruhna y prado de Malujna, y socorráis a nuestros hermanos de fe y compañeros de armas. Si hacéis como digo, seréis motivo de gran alivio, pues bien pueden los infieles tenerlos en un aprieto; si no, nadie podrá dirigirnos reproche alguno. Si, en efecto, partís ahora, conviene que regreséis a toda prisa, pues propio es del diligente el estar precavido». El sudichio comendador asintió a estas palabras y entre ambos escogieron a veinte mil jinetes, que se pusieron de inmediato en camino. Y así se explica el que acudiesen.

En cuanto a la vieja Calamidades, sépase que, después de haber puesto al rey Brillo del Orbe, a su hermano Mal Hubo y al ministro Dandán en manos de los infieles, montó a lomos de un corcel y dijo a los suyos: «Salgo ahora mismo con la intención de alcanzar al ejército de los musulmanes, que se halla en las proximidades de Constantinopla, y acabar con ellos. Voy a hacerles saber que los suyos han perecido todos, lo que bastará para que caigan en el desánimo, rompan su formación y queden desguarnecidos. Hecho esto, iré adonde el emperador Afridún, señor de Constantinopla, y mi hijo Hardub, príncipe de Cesarea, y los pondré al tanto de lo ocurrido. Ellos saldrán con sus ejércitos al encuentro de los musulmanes y sabrán dar de ellos buena cuenta». Partió, pues, la maldadica y cabalgó durante toda la noche. Y, con las primeras luces de la mañana, divisó Calamidades a los hombres de Bahram y Rostam; se metió por la espesura y allí dejó oculto su caballo. Salíó luego andando y diciendo para sus adentros: «Acaso vuelven los musulmanes derrotados de Constantinopla». Pero, al acercarse y comprobar que no traían las enseñas caídas, comprendió que no volvían derrotados ni los dominaba la angustia por la suerte que pudiesen haber corrido su rey y demás correligionarios.

De modo que echó la vieja a correr con todo su ímpetu, cual si fuese un demonio; se plantó ante ellos, con su disfraz de santo varón, y les dijo: «¡A prisa, a prisa, soldados del Dios único! ¡Combatid a Satán!». Cuando Bahram la vio, se acercó a ella, desmontó, besó la tierra ante sus pies y le preguntó: «¿Qué es, amigo de Dios, lo que detrás de vos habéis dejado?». La execrable repuso: «¡No preguntes por los horrores...! Sabe que los nuestros, después de hacerse con los tesoros guardados en el monasterio de Matruhna, y, cuando ya se disponían a salir hacia Constantinopla, fueron sorprendidos por un poderoso ejército de los infieles. Muchos de los nuestros – prosiguió la fermentida vieja, con el designio de infundirles el miedo en los corazones –, qué digo, casi todos, han muerto y ya solo quedan veinticinco hombres». Bahram preguntó: «Decidme, santo varón, ¿cuándo estuvisteis con ellos por última vez?». «Anoche», repuso la vieja. «¡Alabado sea Aquel – exclamó Bahram – que ha plegado la tierra bajo vuestros pies para que pudieseis recorrer tan larga distancia valiéndoos solo de vuestras fuerzas y de esa vara de palma! Ello es que sois uno de los santos amigos del Altísimo, que vuelan a impulsos de la divina inspiración». Dicho esto, montó el general en su corcel, asombrado por lo que acababa de oír de aquella maestra de la mentira y el infundio, y concluyó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios! De nada han valido nuestras fatigas... Sin ánimo nos deja el saber que nuestro rey y los suyos han caído en manos del enemigo».

Partieron luego, y avanzaron día y noche para recorrer el gran trecho que por delante tenían, y, cuando ya rayaba el alba, llegaron a la embocadura del desfiladero. Allí se toparon con Brillo del Orbe y su hermano Mal Hubo, que estaban proclamando la unidad y la grandeza de Dios, y pidiendo la bendición y la paz para quien buenas nuevas y avisos trajo, nuestro señor Mahoma. Visto lo cual, rodearon a los infieles que los acosaban, como rodean, en el desierto, las aguas de los torrentes a los secos promontorios, mientras prorrumpían en gritos tales que llenaban de

pavor a los más aguerridos campeones y conmovían a las mismas montañas. Y a la siguiente mañana, cuando ya la luz alumbraba, la brisa esparció entre ellos el fragante aroma que de Brillo del Orbe emanaba y se reconocieron unos a otros como ya quedó dicho. Besaron la tierra ante el monarca y su hermano, y este puso a los recién llegados al corriente de lo sucedido en la caverna, lo cual los llenó de admiración. Luego se dijeron unos a otros: «¡Salgamos a toda prisa hacia Constantinopla, donde no hemos olvidado que siguen muchos de los nuestros!» Partieron, pues, tras haberse puesto en manos del Sutilísimo, del Experto; y Brillo del Orbe, para infundir ánimo y firmeza en los suyos, recitó:

«A Quien bien nos acoge, elevad vuestras lóas,
a Quien en mis designios Su socorro me otorga.
Más lejos que me encuentre de mi casa y mi patria,
Garante de mi suerte ningún día me falta.
A Dios Le debo el don de este mi señorío,
y del valor la espada Él solo me ha ceñido.
De Su sombra al resguardo descansan Sus esclavos,
a todos quienes llena de mercedes las manos.
Gracias a Vos, Señor, los viles nazarenos
en mantos curmesíes han acabado envueltos¹⁷⁴.
Que me habían vencido fingí y aparenté,
para, cual fiera indómita, volver a aparecer.
Colmados les quedaron a todos, los gazaríes,
mas no de vino añejo, sino de roja sangre.
Ninguna de sus naves consiguieron salvar:
ahora es nuestro el dominio de la tierra y la mar.
Acompañados íbamos del virtuoso asceta,
de cuyas bendiciones se hacen los hombres lenguas.
Si venganza buscamos, es porque no es injusta;
nuestras buenas razones a nadie se le ocultan.
Los mártires cuídos en el Vergel están
donde el rumor del agua fin no conocerá».

Así que terminó Brillo del Orbe de recitar, se dirigió a él su hermano Mal Hubo para expresarle sus parabienes y darle las gracias por cuanto había hecho. Y avanzaron a marchas forzadas...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 101**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que los hermanos Brillo del Orbe y Mal Hubo se congratularon de haber salido con bien, y al frente de su tropa partieron a marchas forzadas. En cuanto a la vieja Calamidades, sépase que, después de su encuentro con el ejército de Bahram y Rostam, volvió a la espesura y recuperó su caballo, que, a todo galopar, la llevó hasta las tropas islámicas que asediaban Constantinopla. Una vez en el campamento, desmontó y, llevando de

¹⁷⁴ Esto es, cubiertos por su propia sangre.

la mano al animal, fue hasta la tienda del Chambelán, quien, al verla, se puso en pie, hizo un expresivo gesto y exclamó: «¡Bienvenido sea el santo varón!». Luego le preguntó a la vieja por lo ocurrido y ella, después de soltarle algunas inquietantes mentiras, añadió: «Y temo por los comendadores Rostam y Bahram. Me los he encontrado en el camino, con sus tropas, y los he enviado con el rey y los suyos. Al mando iban ambos de veinte mil jinetes, pero los infieles los superan con creces. Por eso quisiera que enviases a un destacamento de tus hombres, que impida la aniquilación de turcos y dailamíes. No tengo —concluyó la vieja— más que decir. ¡Ahora daos vosotros prisa!». Al Chambelán y sus combatientes musulmanes se les vino el alma a los pies, y prorrumpieron en llanto. Calamidades los arengó: «Pedid el Socorro de Dios y manteneos firmes frente a la adversidad, que no os falta el ejemplo de quienes forjaron a la comunidad islámica, y no olvidéis que en el Vergel Eterno hay residencias que Dios tiene dispuestas para Sus mártires. La muerte nos alcanza a todos, y no hay muerte más digna que la que el yihad procura». Oídas las palabras de la vieja, el Chambelán llamó al hermano del comendador Bahram, un caballero de nombre Turkash, puso a sus órdenes a diez mil bravos jinetes y le dio la orden de partir. El destacamento avanzó durante lo que quedaba de aquel día y toda su noche.

A la mañana siguiente, cuando ya se hallaban los jinetes cerca del monarca y los suyos, vio Mal Hubo la polvareda que levantaban y, temiendo por la suerte de los musulmanes, dijo: «Ese ejército viene hacia nosotros, y o bien son musulmanes que nos traen el socorro manifiesto de que habla el Libro Sagrado, o bien son infieles, y, en ese caso, habrá que recordar que no hay modo de oponerse a lo que ya está decidido». Se llegó luego a su hermano Brillo del Orbe y le dijo: «No tengas miedo, que yo he de dar mi vida por evitarte a ti la muerte. Si es un ejército islámico, vendrá a acrecentar las mercedes que de Dios hemos ya recibido en abundancia; si, por el contrario, son enemigos, no habrá más remedio que combatirlos. Lo único que deseo es poder hablar, antes de morir, con el santo varón, para que a Dios solicite para mí el martirio». En esto se hicieron visibles las enseñas, en las cuales venía escrito: «Hay un solo Dios y Mahoma es Su enviado». Mal Hubo les preguntó: «¿En qué estado llegan los sumisos al Altísimo?». La respuesta fue: «¡Sanos y salvos! El temor por vuestra situación es lo que nos ha traído». Quien venía al mando desmontó, besó la tierra ante su interlocutor y preguntó: «¿Cómo están el rey, el ministro Dandán, el comendador Rostam y mi hermano Bahram?, ¿se hallan todos bien?». Mal Hubo repuso: «Todos bien. Pero decidme, ¿quién os ha dado noticia de nosotros?». «El santo varón —replicó Turkash—, quien nos ha dicho que los infieles os tenían rodeados y os superaban en número con creces. Veo, sin embargo, que la situación no es tan apurada». Mal Hubo volvió a preguntar: «¿Y cómo ha sido que el santo varón se hallase entre vosotros?». «Vino a pie —fue la respuesta—, recorriendo en una jornada con su noche el trayecto de diez días a caballo y a marchas forzadas». «No cabe duda —dijo Mal Hubo— de que se cuenta entre los santos amigos de Dios. ¿Y dónde está ahora?». Le contestaron: «Lo hemos dejado en el campamento de la fe, arengando a la tropa para que combatan a quienes se aferran al mal».

Mal Hubo dio las gracias a Dios por que tanto los recién llegados como el santo varón estuviesen sanos y salvos, y todos pidieron al Altísimo piedad por los combatientes musulmanes que habían hallado la muerte. «¡Todo está trazado en el Libro!», concluyeron, y reemprendieron la marcha. Y avanzando a buen ritmo iban cuando vieron levantarse una polvareda que, tras cerrar el horizonte por los cuatro puntos cardinales, hacía del día oscura noche. Mal Hubo miró con atención y dijo: «Temo que los infieles hayan dado al traste con el cuartel del islam, pues esa

polvareda ha cerrado el levante y el poniente, el sur y el norte». Luego, de en medio de la polvareda, se alzó una columna, negra cual tenebrosa noche, que no cesaba de avanzar hacia ellos, más temible que el fin del mundo. Caballeros e infantes corrieron a porfía, deseosos de averiguar cuál era la causa de tal portento, y he aquí que se encontraron ante el pretendido asceta, o sea, la vieja Calamidades. Una gran muchedumbre se arremolinó para besarle las manos al amigo de Dios, que se dirigió a todos diciendo: «Sabed, miembros de la comunidad de nuestro señor Mahoma, lámpara que las tinieblas disipa; sabed, digo, que los infieles han hecho valer contra los musulmanes sus felonías, pues los han acometido, cuando creían los nuestros estar seguros en sus tiendas, y les han infligido despiadados tormentos. Partid, pues, a salvar de las manos de los viles infieles a quienes confiesan la unidad absoluta de Dios».

Cuando Mal Hubo oyó estas palabras, sintió que el corazón se le echaba volar, de tanto como le latía, y, muy aturrido, descendió de su caballo y le besó al supuesto santo las manos y los pies. Otro tanto hicieron su hermano Brillo del Orbe y los demás soldados, tanto infantes como caballeros, salvo el ministro Dandán, quien, sin descender de su caballo, dijo: «Bien sabe Dios que este asceta no halla acomodo en mi corazón, pues entre quienes tanto exageran en materia de religión no he hallado sino corruptelas. Dejadlo en paz y salid al encuentro de vuestros compañeros de armas, los musulmanes, pues persuadido estoy de que el Sustentador de los mundos no abrirá para ese la puerta de Su misericordia. Mucho llevo yo guerreado junto al difunto rey Ómar Ennumán, muchos los territorios que llevo hollados...». A esto replicó Mal Hubo: «Dejaos de tan perniciosas ideas. ¿Es que no habéis visto cómo arenga este santo varón a los creyentes para que combatan a los infieles, sin importarle las espadas y las lanzas? No le tengáis celos, que los celos son reprobables y las carnes de los virtuosos están envenenadas... Mirad cómo nos mueve a combatir a nuestros enemigos. Si no fuera porque Dios, el Supremo, lo ama, no le habría plegado largas distancias de terreno después de todos los tormentos que le ha hecho sufrir». Dicho esto, mandó Mal Hubo que aprestaran una mula nubia para el asceta y dijo a este: «Montadla, santo varón». Pero el otro rehusó arguyendo que prefería sacrificar su comodidad en pro del beneficio fin que iba buscando. No sabían que aquel ser indecente, que tanta santidad aparentaba, era como el que describió el poeta:

Para alcanzar sus fines, guarda el ayuno y ora,
mas de todo se olvida cuando sus fines logra.

Y el «beatísimo» siguió moviéndose, a pie, entre los caballos y los infantes, cual el taimado zorro que planea cómo dar muerte a sus víctimas; pero, eso sí, sin cesar ni un instante de recitar el Sagrado Corán y alabar al Clemente. Y el ejército no detuvo su marcha hasta que llegaron donde se hallaban sus hermanos musulmanes, a quienes halló Mal Hubo en la peor de las situaciones. El Chambelán, en efecto, estaba ya a punto de huir tras reconocer la derrota, y los hierros de las espadas seguían segando las cabezas tanto de los pecadores como de los virtuosos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 102**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mal Hubo se encontró con que el Chambelán se disponía casi a huir, reconocida la derrota de los musulmanes, mientras las espadas segaban vidas, tanto de malvados como de virtuosos. La causa de aquel quebranto era que la maldad vieja, Calamidades, aquella acérrima enemiga de la Religión, después de ver cómo Bahrám y Rostam partían al socorro de Mal Hubo y su hermano Brillo del Orbe, había ido al cuartel islámico y allí había hecho que despacharan en misión al comendador Turkash, tal como ya quedó dicho. La intención de la execrable bruja era dividir al cuartel de musulmanes para debilitarlos. Los dejó luego donde estaban, marchó ella a Constantinopla, y, cuando se halló a los pies de sus muros, llamó a voces a los patricios rumfes y les ordenó: «Echadme un cordel al que pueda atar este escrito y llevárselo a nuestro emperador, para que lo lea y puedan así, tanto él como mi hijo, Hardub, el príncipe de Cesarea, disponer lo que sea conveniente». Le dieron un cordel y ella ató el escrito, cuyo contenido era el siguiente:

Misiva remitida por la más siniestra de las desolaciones, doña Calamidades, a su majestad imperial, Afridún de Constantinopla.

Os escribo, mi señor, para poner en vuestro conocimiento que he ejecutado el plan urdido para acabar con los musulmanes, de lo que podéis congratularos. Hice, en primer lugar, prisioneros a sus combatientes, incluidos su rey y su ministro; me dirigí luego a su campamento y, cuando puse a los soldados al corriente de lo sucedido, se les quebró el belicoso ánimo y se debilitaron sus fuerzas; por último, y valiéndome del engaño, conseguí que, del ejército que cercaba Constantinopla, partiesen doce mil jinetes, encabezados por el comendador Turkash, con la misión de ayudar a los cautivos, de modo que son pocos quienes de ellos han permanecido en sus puestos.

Solicito, en consecuencia, de vuestra majestad que, a la recepción de la presente, salgáis a su encuentro, con todos los hombres de que dispongáis, acometáis a los infieles en sus tiendas, y, después de matarlos uno por uno, salgáis de allí todos juntos.

Recordad que el Mesías os está mirando y la Virgen siente afecto por vosotros. Yo, por mi parte, le pido al Mesías que no olvide cuanto he llegado a hacer.

Mucho se alegró al conocer el contenido de la carta el emperador Afridún, quien hizo comparecer al punto al príncipe Hardub, y este, muy satisfecho también, dijo: «Es evidente que las intrigas de mi madre valen más que las espadas, y que su rostro supera los horrores del Día temido». El emperador repuso: «No permita el Mesías que nos falte nunca tu madre ni te veas privado de su astucia y malas artes». Dicho esto, mandó a los generales que diesen la orden de salir de la ciudad. Por toda Constantinopla cundió la noticia de que ya se ponían en marcha las mesnadas nazarenas, la Bandería de la Cruz. Con las espadas desenvainadas, pronunciaron el credo de los descreídos, esa retahíla de infundadas palabras que ofenden al Sustentador de las criaturas.

Cuando el Chambelán tuvo noticia de todo ello, se dijo: «Un ataque furibundo vamos a sufrir por parte de los rumfes, porque saben de la ausencia de nuestro rey y que muchos de nuestros efectivos han ido en su socorro». Y después, en alta voz y dirigiéndose a sus tropas, continuó, preso de la irritación: «¡Oídmе, soldados del islam, defensores de la Religión verdadera! Si ahora salís huyendo, pereceréis. Aguantad en vuestros puestos, si queréis recibir el Socorro divino. No olvidéis que el valor consiste en resistir por un breve lapso de tiempo y que el Altísimo aprieta pero no ahoga... ¡Dios os bendiga y os mire con ojos de misericordia!». No bien oyeron esto, los confesores de la unidad absoluta de Dios proclamaron Su grandeza suprema y pusieron de nuevo en marcha la rueda implacable de la guerra. Y todo fueron cuchilladas y embestidas, pues había sonado la hora de que actuasen los hierros de espadas y lanzas, llenando de sangre llanos y vaguadas. Curas y

monjes quisieron curarse en salud apretándose bien los cíngulos y alzando sus cruces, mientras los musulmanes seguan proclamando la grandeza inalcanzable del Rey, del Remunerador, y recitaban a voz en grito versículos del Corán. Chocaron así los partidarios del Clemente con los secuaces de Satán, y, mientras comenzaban a salir despedidas las cabezas de sus troncos¹⁷⁵, los ángeles benditos volaban por encima de las gentes del profeta elegido, nuestro señor Mahoma. Y no pararon los hierros de ejercer su labor hasta que reculó el día y vino la noche con su turbiedad. Tenían entonces los infieles rodeados a los musulmanes. Los paganos daban por hecho que ellos se librarían del espantable tormento, mientras que los verdaderos creyentes serían aniquilados.

Cuando apenas alumbra el alba del nuevo día, impetró el Chambelán el Socorro divino y puso el pie en el estribo. Sus hombres lo imitaron al punto. Y esa fue la señal para que los pueblos se mezclasen con los pueblos y la guerra se pusiera una vez más en pie. Volaron las testas, resistieron los valientes y recularon, derrotados, los cobardes. El Juez de la Muerte¹⁷⁶ dictaba y mandaba ejecutar sentencias, los jinetes se resistían en vano a caer de sus sillars y el prado fue llenándose de inertes cadáveres. Los musulmanes tuvieron que ceder parte del terreno ocupado. Los rumfes, envalentonados, se adueñaron de un sector completo del campamento contrario. Y los musulmanes se vieron empujados a desfallecer, a aceptar la derrota, a emprender la huida... Y en esto llegó Mal Hubo al frente de las tropas de los creyentes. Venían enarbolando enseñas en que a los cuatro vientos se proclamaba la fe en el Dios único, *Allah*. Y, no más llegar, cargó aquel león del islam contra los infieles, quienes hubieron de recibir, a continuación, las embestidas sucesivas de Brillo del Orbe, primero, luego del ministro Dandán y, por último, de los comandadores Rostam y Bahram. Al ver aquello se pusieron los acosados como locos de contentos, y, en medio de una gran polvareda, se reunieron los soldados de la fe con sus benditos compañeros de armas. Mal Hubo se puso, codo con codo, a la vera del Chambelán y le dio las gracias por su firmeza y su arrojo. Los combatientes de la fe, regocijados y con los corazones fortalecidos, cargaron contra sus rivales, en un ejercicio de lealtad a Dios, propia del buen guerrero que con el yihad se compromete.

Cuando los descreídos vieron las enseñas islámicas, que aireaban la fe inquebrantable en el Dios único, *Allah*, el Supremo, dejaron oír sus ayes y lamentos, solicitaron el auxilio de sus patriarcas y frailes, y elevaron sus voces llamando a Juan, a Marfa y a la deleznable Cruz, mientras iniciaban la retirada. El emperador Afridún se acercó entonces a Hardub, príncipe de Cesarea, y se repartieron las dos alas del ejército, de modo que uno se fue a la izquierda y el otro a la derecha, quedando el centro al cuidado de un célebre caballero de nombre Luya. Y se alinearon para la lucha, por más que por sus filas cundían el miedo y la conmoción. Otro tanto comenzaron a hacer las tropas islámicas. Fue entonces cuando Mal Hubo se dirigió a su hermano Brillo del Orbe: «No hay duda, rey de nuestra era, de que quieren plantarnos cara. Es lo que nosotros

¹⁷⁵ En este pasaje, como en otros muchos, se acumulan las asonancias en *-án*, sobre las que se advirtió al comienzo de la historia, y ello gracias a la sucesión, en árabe, de palabras que así terminan: *ruhban* (monjes), *sulhan* (cruces), *Addaidán* (el Remunerador), *Alqurán* (el Corán), *Arrahmán* (el Clemente), *Ashaitán* (Satán) y *alahán* (los troncos), y obsérvese que la elaboración manierista del pasaje incluye, bajo la coincidencia acústica, una marcada contraposición entre términos: por un lado, los vinculados al islam, y, por otro, los vinculados al cristianismo. El efecto se ha perdido en castellano, lengua en la que una asonancia semejante resultaría acuso chocante, al menos en un texto como el presente.

¹⁷⁶ No está del todo claro cuál sea el referente preciso de esta expresión, «el Juez de la Muerte» (en árabe, *qadi l-maut*), que es de notar, ya que lo usual es que se hable, a lo largo de *Mil y una noches*, del Ángel de la Muerte o que se deje sin nombrar a quien causa el fin de los personajes.

venimos buscando, y mi deseo es ponerme al frente de los soldados de más firme resolución para ejecutar una acción que he ideado. Y es que, como suele decirse, trazar un buen plan es recorrer la mitad del camino». El joven rey lo animó a hablar: «Dime lo que desees, hombre de buen aviso». Mal Hubo repuso: «Quiero situarme frente al corazón del ejército infiel, con el ministro Dandán a mi izquierda, y tú a mi derecha. Los flancos quedarán al cuidado de los comendadores Bahram y Rostam, el primero a la derecha y el segundo a la izquierda. Tú, hermano y egregio rey, cabalgarás bajo los estandartes y enseñas, ya que eres nuestro pilar. De Dios abajo, no tenemos otro sostén que tu persona, y por preservarte de todo mal, estaremos todos dispuestos a dar nuestras vidas». Brillo del Orbe asintió y le agradeció sus palabras. Al cabo de unos instantes quedaban los hierros al descubierto entre un griterío ensordecedor.

De repente, de las filas de los rumfes, se destacó un jinete que avanzó hacia ellos. Cuando lo tuvieron lo bastante cerca, advirtieron que venía a lomos de una mula que avanzaba a paso lento e irregular, cual si a punto de espantarse estuviera. La albarda la trafa de seda blanca y la cubría un tapiz de Cachemira. El jinete era un anciano de blancos cabellos y figura venerable, envuelto en un recio manto de immaculada lana. El animal se las arregló, mal que bien, para llegar hasta la vanguardia del ejército islámico y el anciano dijo: «Soy un enviado que a vosotros se acerca sin otro cometido que transmitir un mensaje. Dadme, pues, vuestro amán, y pueda yo cumplir con mi cometido sin sufrir daño ni temer por mi vida». A esto contestó Mal Hubo: «Contad con ello; ningún arma, ni espada ni lanza, os herirá». Desmontó entonces el anciano y, plantado ante el rey con el acatamiento propio de quien espera una merced, se sacó el crucifijo que al pecho llevaba. Los musulmanes le preguntaron: «¿Qué noticias nos traes?». «Me envía –repuso el anciano– su majestad el emperador Afridún, a quien este humilde servidor ha aconsejado que se abstenga de destruir a todas estas figuras humanas, todos estos templos de la divina misericordia. He querido, en efecto, hacerle ver que lo más adecuado sería evitar un baño de sangre e impedir que el fragor de la batalla acabe con las vidas de tantos caballeros. Él se ha avenido a mi parecer y os dice lo siguiente: “Ofrezco mi propia vida en rescate por mis tropas. Haga lo mismo el rey de los musulmanes y sea su persona prenda de sus hombres. Si él me mata, se retirará el ejército de los infieles. Si, por el contrario, le doy yo muerte, será el ejército de los musulmanes el que abandonará sus posiciones”». Cuando Mal Hubo oyó estas palabras, dijo: «Nos avenimos a ello, monje. Es lo más justo, y nadie se opondrá. Pero seré yo quien con vuestro soberano se bata, por ser, como soy, el campeón de los musulmanes al mismo título que él es el campeón de los infieles. Si me da muerte, habrá conseguido la victoria, y a los musulmanes no les quedará sino huir. Vuelve, pues, monje, y dile al emperador Afridún, de mi parte, lo siguiente: “Quien ha de batirse con vuestra majestad saldrá mañana a la palestra, pues hemos llegado hoy de viaje, estamos exhaustos y a nadie se le debe reprochar el que busque reposo”».

Volvió el monje a los suyos y les dio cuenta de su gestión a Afridún y al príncipe de Cesarea. Muy satisfecho quedó el emperador, y ya libre de la inquietud que había experimentado, se dijo a sí mismo: «Ese Mal Hubo es, a todas luces, el más diestro de los musulmanes con la espada, el más certero con la lanza. Si le doy muerte, se quebrará la resolución de sus hombres y quedarán desprovistos de su energía». Lo cierto es que Calamidades le había escrito al emperador, en su momento y a este propósito: «Mal Hubo es el más caballero de los bravos y el más bravo de los caballeros», palabras con las que trataba de ponerlo en guardia contra aquel fiero combatiente de la fe. Pero también Afridún era un caballero poderoso, probado en todas las formas de combate. Si gran pericia

tenía en el lanzamiento de rocas y de venablos, no era menos experto en el uso de la maza de hierro; lo único que desconocía era el miedo. De modo que, cuando por el monje supo el emperador que Mal Hubo estaba dispuesto a batirse con él en singular combate, se alborozó sobremedida. Tan persuadido estaba de la fuerza de su brazo que no tenía por posible el que nadie lo domesara. No pudieron los infieles reprimir aquella noche su alegría, que festejaron haciendo correr el licor.

Cuando se hizo de nuevo la mañana, acudieron los caballeros con las morenas lanzas en ristre y las blancas hojas de las espadas desnudas. Uno de ellos se adelantó a la palestra a lomos de un corcel entre corceles; noble y enérgico cuadrúpedo era, hecho a la guerra y sus azotes. El jinete traía una resistente coraza, y en el pecho le relucía un espejo de piedras preciosas. Las armas que portaba eran una espada de cortante filo y una lanza en madera de *jalanch*, pieza preciada de artífices francos. El caballero se descubrió el rostro y dijo: «Quien ya me ha conocido harto quedó de conocerme, y quien aún no me conoce a punto está de verme. Afridún soy y la baraca de la hechicera Calamidades me envuelve». Apenas acababa de decir esto, cuando salió a plantarle cara el as de los jinetes musulmanes, el bravo Mal Hubo, a lomos de un caballo alazán que valía más de mil piezas de oro bermejo, y ataviado con prendas de seda y pedería. En la mano traía una espada india de reluciente hoja, habituada a dar buena cuenta de cuellos y superar las mayores dificultades.

El musulmán condujo su montura entre las líneas, mientras no cesaban los jinetes de poner el ojo sobre él, y Afridún le dijo a voz en grito: «¡Échate a temblar, maldito! ¿Acaso crees que soy como los caballeros con quienes hasta ahora te has medido, unos alféiques incapaces de aguantar embestidas en el campo de la verdad?». Y, sin más, cargaron uno contra el otro, cual dos montañas que chocasen o dos mares que se enfrentaran con toda la fuerza de sus aguas. Ora se acercaban, ora tomaban distancia; ora se pegaban uno a otro, ora salía cada uno despedido de su rival. Largo rato duró el singular tornafuye, el encuentro y desencuentro, los golpes de espada y las embestidas con las lanzas, mientras ambos ejércitos permanecían expectantes. A este lado decían: «Mal Hubo dominará», y al otro: «Afridún se saldrá con la suya». Y así siguieron los dos campeones hasta que los comentarios cesaron, se alzó el polvo cubriéndolo todo, reculó el día y el sol se tornó del color de la naranja. Entonces dijo Afridún a su rival: «Por la ley del Mesías y la fe verdadera afirmo que, si bien reconozco en ti al ducho y contumaz combatiente, eres en demasía artero y te falta la impronta de los elegidos. No veo, pues, que tu proceder merezca las desmedidas ni que comparásete pueda con los verdaderos caudillos. Compruebo, además, que los tuyos te consideran poco más que un avezado siervo, ya que te tienen listo un caballo de recambio. Por lo que a mí respecta, te aseguro, y por mi fe podría jurarlo, que ya estoy harto de pelear contigo, de atacarte con la espada y con la lanza embestirte; con todo, te advierto que, si quieres seguir batiéndote conmigo no habrás de cambiar ni de equipo ni de montura. Eso, si es que te importa demostrarles a los caballeros que nos observan tu nobleza y cualidades para el combate».

Cuando Mal Hubo oyó que su enemigo se permitía afirmar que los suyos lo tenían por un esclavo, se llenó de cólera y se volvió hacia su bando para rechazar la montura y el equipo nuevos que hubiesen venido a ofrecerle. Y Afridún aprovechó ese instante para lanzarle su jabalina. Mal Hubo comprobó, sin embargo, que no había nadie tras él con un corcel de refresco, y comprendió que se había dejado engañar por su rival. Volvió hacia este el rostro con celeridad, y justo en ese instante lo alcanzó la jabalina. Se inclinó hasta casi tocar con la cabeza el arzón de su silla, pero el hierro fue a darle en el pecho y le atravesó la piel. El campeón del islam soltó un alarido y perdió la conciencia de sí. Lleno de gozo, Afridún, al entender que había dado muerte a su rival,

se volvió hacia las filas de los infieles gritando de alegría. El bando de la impostura se agitaba jubiloso mientras lloraban los defensores de la verdadera fe. Al ver a su hermano inclinado sobre su montura, y a punto ya de caer, envió Brillo del Orbe en su socorro a los jinetes que lo rodeaban. Porfianon estos por llegar hasta el herido y al punto volvieron con él. Los infieles cargaron entonces contra los musulmanes. Chocaron los ejércitos, las filas se entremezclaron en feroz cuerpo a cuerpo y las espadas yemeníes se emplearon como nunca. El que primero llegó a Mal Hubo fue el ministro Dandán.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 103**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el rey Brillo del Orbe vio que el mal-dito rey nazareno había alcanzado a Mal Hubo con la jabalina, y dándolo por muerto, mandó en su socorro a los caballeros. El primero que al herido llegó fue el ministro Dandán, pero no tardaron en secundarlo el comendador de los turcos y el de los dailámíes, que pudieron impedir que Mal Hubo cayese de su caballo. Volvieron con él adonde su hermano el rey, lo dejaron en manos de los mozos y volvieron los tres a la lucha. Arreciaban en esta de tal modo los golpes, embestidas y cuchilladas que, silenciadas todas las palabras, no había sino sangre vertida y cuellos cercenados. Y, lejos de calmarse el furor de las espadas, continuó el batallar en su plenitud hasta que, transcurrida buena parte de la noche y fatigados ambos bandos de tanta brega, dieron la voz de separarse, y cada ejército volvió a su campamento. Los infieles se congregaron en torno a su soberano, el emperador Afridún, besaron el suelo ante él, y los curas y monjes lo felicitaron por su victoria sobre Mal Hubo. Regresó luego el monarca a Constantinopla y se sentó en el trono de su realeza, donde recibió la visita de Hardub, el príncipe de Cesarea, que le dijo: «Fortalezca el Mesías el brazo de vuestra imperial majestad y sea por siempre su aliado, a más de atender a las plegarias que le dirige mi virtuosa madre, doña Calamidades. Ciertamente no podrán resistir los musulmanes tras la derrota de Mal Hubo». Afridún repuso: «Nos libraremos de ellos mañana mismo, cuando acuda yo de nuevo al campo de batalla, exija la presencia de Brillo del Orbe y le dé muerte a él también. A sus soldados no les quedará otra que volver las espaldas y emprender la huida».

Lo anterior, por lo que a los infieles se refiere. En cuanto al ejército del islam, sépase que, cuando Brillo del Orbe volvió al campamento, no tuvo otra ocupación que su hermano. Entró a verlo y lo halló en el más inquietante estado, por lo que llamó luego a consultas al ministro Dandán y a los comendadores Rostam y Bahram. Todos se mostraron de acuerdo en que se requería la presencia de los médicos para que tratasen al herido, y, entre lágrimas, exclamaron: «Como él no ha concedido otro el Tiempo!». Se quedaron todos a su lado, velándolo, y ya bien entrada la noche se presentó quien para ellos seguía siendo santo varón, asimismo con lágrimas en los ojos. No bien lo vio llegar, se puso en pie Brillo del Orbe, y el recién llegado tocó con su mano al herido mientras recitaba pasajes del Corán y pronunciaba fórmulas sagradas. Y despierto permaneció, junto al lecho de Mal Hubo, hasta que alumbró el alba, momento en que despertó Mal Hubo, abrió los ojos y movió la lengua para musitar algo. Alborozado, exclamó el rey Brillo del

Orbe: «¡Lo ha salvado la baraca del santo!». Mal Hubo dijo: «Gracias doy a Dios por encontrarme a salvo en esta hora, después de haber sufrido la felonía de ese malnacido. De no ser porque he desviado el golpe con la celeridad del rayo, la jabalina me habría alcanzado de lleno en el pecho. Pero, ¡loado sea Dios!, salvo soy... Y dime, ¿cómo están los musulmanes?». Brillo del Orbe replicó: «Llorando todos por tu causa». Mal Hubo: «Yo estoy bien. ¿Y el santo varón?». Brillo del Orbe: «Sentado ahí, a tu cabecera». Se volvió entonces Mal Hubo hacia el santo y le besó la mano. El supuesto asceta dijo: «Debes tener paciencia, hijo mío, y ya verás como Dios te lo recompensa con generosidad. Recuerda que el galardón es mayor cuanto mayor ha sido el sufrimiento». «Rezad por mí», le pidió Mal Hubo, y el santo rezó por él. Más tarde, entrada ya la mañana, cuando la luz alumbraba con intensidad, acudieron los musulmanes al campo de batalla, y, ya aprestados los infieles para embestir y dar tajos, fueron aquellos, los defensores de la verdadera fe, quienes, con las armas desnudas, solicitaron el enfrentamiento general directo. Pero, como quiera que Brillo del Orbe y Afridún expresasen su deseo de batirse, acordaron que la batalla se decidiría en singular combate.

Salió, pues, Brillo del Orbe a la palestra, y lo hizo seguido del ministro Dandán, el Chambelán y el comendador Bahram, quienes a una le dijeron, para que no fuese él quien se lanzara a la lucha: «¡Damos por vos nuestras vidas!». A lo que replicó Brillo del Orbe: «¡Por la Sagrada Casa de La Meca, por el pozo de Zémzem y por la Estación de Abraham juro que no cesaré jamás de combatir a esos bárbaros!». Y avanzó hacia el lugar donde había de batirse, ejecutando tales movimientos de espada y lanza que maravillados dejó a los combatientes de un bando y del otro. Se llegó al flanco derecho y allí mató a dos patricios, y luego al izquierdo con el mismo resultado.

Luego se paró en medio del espacio que entre ambos ejércitos quedaba y preguntó: «¿Dónde está Afridún? Que se adelante, pues quiero darle a probar el tormento de la humillación». Quiso el malnacido infiel retroceder, por guardarse a sí mismo en esta ocasión, y, cuando Hardub, el príncipe de Cesarea, lo vio con tan poco ánimo, juró que no había de ser su emperador quien saliera a batirse y añadió: «Ayer fue vuestra majestad quien salió a luchar, de modo que hoy me corresponde a mí. Indiferente me dejan las bravuconadas de ese infiel». Y, en efecto, salió a la palestra el príncipe Hardub, con la tajadora desnuda en la mano y a lomos de un caballo negro ruano, que bien podría haber emulado a Alábchar, el noble bruto que el árabe Ántara montara. Era, en suma, tal como dijo el poeta:

Gulopaba a porfía el animal,
cual si al Destino adelantar quisiera:
noble bruto, más negro que azabache,
más oscuro que lóbregas tinieblas.
Sus relinchos, que el trueno más sonoros,
en quien los oye la emoción despiertan.
El viento no es capaz de superarlo,
ni puede hacerle sombra una centella.

Cada uno de los dos guerreros cargó, pues, contra su oponente, se resguardaron ambos de las acometidas del otro y mostraron por igual la extraordinaria valía que atesoraban, en un incesante tornafuye que encogía los corazones y en vilo tenía a quienes aguardaban el fallo inapelable del Sino. Hasta que Brillo del Orbe, soltando un alarido, arremetió contra su rival y de un golpe le

rebanó el cuello. Hardub¹⁷⁷ exhaló su último aliento. Cuando los infieles nazarenos vieron aquello, se lanzaron todos contra el campeón del islam, quien los recibió sin retroceder. Se reanudaron así tajos y transfixiones, y volvió la sangre a fluir incontenible. Proclamaron entonces los musulmanes la unicidad y magnificencia supremas de Dios, bendijeron a quien buenas nuevas y avisos trajo, nuestro señor el profeta Mahoma, y se lanzaron a un furioso combate, durante el cual hizo Dios descender Su socorro sobre los fieles al Dios único y la humillación sobre los descreídos.

El ministro Dandán exclamó con toda la potencia de su voz: «¡Tomad venganza del rey Ómar Ennumán y de su hijo Mal Hubo!», y, mientras se descubría la cabeza, dio a los turcos la orden de cargar. A su lado había más de veinte mil jinetes, los cuales, en efecto, arremetieron todos a una, y a los descreídos nos les quedó otra que huir volviendo la espalda. Pero no por ello dejaron de ejercer su cometido los afilados hierros, que aniquilaron a más de cincuenta mil enemigos. Hicieron los musulmanes, además, prisioneros aún en mayor número, mientras otros muchos infieles perdían la vida, al querer huir, en la aglomeración que formaron ante la puerta de la ciudad. Cerraron luego esta los infieles y se subieron a los muros, temerosos de recibir aún peor castigo. Por su parte, el ejército del islam, victorioso gracias al Socorro divino, regresó a su campamento. Una vez en este, Brillo del Orbe entró en la tienda de su hermano, a quien halló muy recuperado. Se prosternó para dar las gracias al Munífico, al Supremo, y luego se acercó a Mal Hubo, a quien dio sus parabienes. Este último dijo refiriéndose al supuesto asceta, que a su cabecera seguía: «La baraca de este santo nos ha favorecido. Si hemos alcanzado la victoria, ha sido porque sus plegarias hallan cumplida respuesta y en este día no ha dejado de rezar ni un instante».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 104, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Brillo del Orbe entró a la tienda de su hermano Mal Hubo, y halló a este sentado y al santo varón a su cabecera. Muy contento por ver tan recuperado al bragado guerrero, se acercó el monarca a él y lo felicitó. Mal Hubo dijo: «Estamos todos bajo la baraca de este santo varón, y la victoria se debe a las plegarias que no ha cesado hoy de elevar por los musulmanes. He vuelto a recuperar mis fuerzas al oír gritar “¡Alláhu ákbar!””, instante en que he tenido la certeza de que vencerías con el divino Socorro. Pero cuéntame, hermano, lo ocurrido». Brillo del Orbe le refirió entonces su enfrentamiento con el malnacido de Hardub y cómo le había dado muerte, para que fuese a reunirse con todos los malditos de Dios. Mal Hubo alabó por ello al joven monarca y le agradeció sus muchos y venturosos esfuerzos. Tuvo así conocimiento la execrable Calamidades, bajo su apariencia de santo varón musulmán, de que su hijo había muerto en combate. Se le mudó la color y las lágrimas le negaron los ojos; pero tuvo la presencia de ánimo suficiente para ocultar lo que sentía, haciéndoles creer a los musulmanes que, si lloraba, era solo de alegría. Pero a sí misma se dijo, sin dejar traslucir nada de lo

¹⁷⁷ Sigo el relato tal como aparece en la recensión de Calcuta, que, como hemos visto (en lo referente al combate entre Mal Hubo y la princesa Ibriza), resulta más fiable. Según la de Bulaq, es el emperador Afridún quien muere tras enfrentarse, ahora, con el rey Brillo del Orbe. El que sea el hijo de la malvada Calamidades quien resulta muerto añade un elemento de justicia retributiva.

que por la mente le pasaba: «¡Bien sabe el Mesías que daré por perdida mi vida si no consigo que el corazón de este perro arda por su hermano Mal Hubo, tal como ha ardido el mío por el pilar del credo nazareno y la Bandería de la Cruz, el príncipe Hardub!».

Y no se separaron, durante todo aquel día, el rey Brillo del Orbe, el ministro Dandán y el Chambelán del lado del herido, hasta haber comprobado que los ungüentos, cataplasmas y pócmas que le procuraran hacían por su benéfico efecto. Al poco lo vieron, pues, restablecido por completo y se regocijaron de ello grandemente. Informaron enseguida a la tropa, y los musulmanes, viendo en la noticia el mejor de los presagios, exclamaron: «¡Mañana mismo estará cabalgando a nuestro lado y reiniciando el asedio!». Mal Hubo les dijo a los antes mentados: «Después de haber combatido hoy hasta la extenuación, conviene que os retiréis a vuestras tiendas y durmáis toda la noche». Se retiraron, pues, los arrojados paladines, y Mal Hubo quedó a solas con unos pocos mozos y Calamidades. Conversó con ella un rato y luego se echó a dormir. Los mozos lo imitaron. La execrable vieja, incapaz de conciliar el sueño, fue la única que siguió despierta en el interior de la tienda. Miró a Mal Hubo y comprobó que estaba profundamente dormido.

La vieja se puso en pie de un salto y, con la apariencia de una osa pelona o serpiente moteada, se sacó de las entretelas un puñal que traía embadurnado en tal letal ponzoña que para fundir una roca bastara. Lo desenvainó, se acercó a la cabecera del lecho donde Mal Hubo dormía y le cortó el cuello de parte a parte, separándole del tronco la cabeza. Luego fue adonde dormían los mozos, y uno a uno los fue degollando a todos para impedir que diesen la voz de alarma. Salió de la tienda y se dirigió al pabellón real, pero, al ver que los guardianes estaban despiertos y alerta, se acercó al que ocupaba el ministro Dandán, quien se hallaba en ese momento leyendo el Sagrado Corán. Advirtió la llegada de su visitante y exclamó: «¡Bienvenido sea el piadoso asceta!». La execrable se estremeció al oír estas palabras y repuso: «El motivo de que hasta aquí haya venido a tan altas horas de la noche es que he oído la voz de uno de los santos amigos del Altísimo, pero ya me iba». Y, sin más, se marchó de allí.

El ministro Dandán se dijo: «Esta noche no voy a quitarle ojo al devoto». Se levantó y salió detrás de la vieja; pero la malnacida percibió sus pisadas, supo que lo tenía a su zaga y, temiendo quedar en evidencia, se dijo: «Algo he de hacer, si no quiero que me descubra». La vieja le dijo entonces al ministro, desde donde estaba: «Voy detrás de ese santo, pues me importa averiguar de quién se trata. Cuando lo haya encontrado, le pediré su venia para que vengas tú también a entrevistarte con él. Quisiera, por encima de todo, evitar que, si te acercas a él sin su permiso, acabe por rechazarme a mí también». Y, como al ministro le diera apuro oponerse al santo varón, se volvió a su tienda y se acostó. Pero le fue imposible conciliar el sueño, agobiado como estaba por una carga tan onerosa como la del mundo entero. Se levantó, pues, del lecho y salió de nuevo de la tienda mientras se decía: «Voy a visitar a Mal Hubo. Me quedaré con él, haciéndole compañía hasta que amanezca». Fue a la tienda del Mal Hubo y, cuando ya estaba cerca, vio el curso de sangre que por el suelo discurría. Entró, vio a los mozos degollados y soltó tal alarido que despertó a cuantos seguían durmiendo en el campamento.

Guerreros en gran número acudieron a las voces y, al ver los canales que la sangre formaba, se echaron todos a llorar. Despertó asimismo el rey Brillo del Orbe, preguntó qué había ocurrido y le dijeron: «Han matado al hermano de vuestra majestad, y a sus mozos todos». El monarca fue a toda prisa a la tienda de Mal Hubo y allí se encontró al ministro Dandán, que seguía gritando ante el cadáver degollado. El rey se desmayó, lo que provocó aún más recio griterío y llanto entre

Que me lo confirmen lo antes posible». Les entregó luego a todos una espléndida recompensa por el servicio que se disponían a prestar. Recibidas todas aquellas instrucciones, partieron sin más tardanza los correos, de quienes se despidieron los soldados. Cuando se hubieron marchado, Brillo del Orbe fue a su ministro Dandán y le encomendó que transmitiera la orden de que se apartaran un poco de la puerta. Así lo hicieron, y, para su sorpresa, comprobaron que no había vigías sobre los muros. Mucho inquietó aquello al joven monarca, que seguía muy triste por verse privado de su hermano, y desconcertado por el proceder traicionero del supuesto asceta. Y así estuvieron tres días, sin advertir la presencia de nadie en la muralla.

Lo anterior, por lo que respecta a los musulmanes. En cuanto a los rumfes y la causa de que no hubiesen acudido a la lucha, sépase que la vieja Calamidades, tras dar muerte a Mal Hubo, se dirigió a toda prisa a la muralla y empezó a darles voces, en la lengua de los rumfes, diciéndoles que le lanzaran una sogá. «¿Quién sois?», le preguntaron. Ella les dijo quién era y, como los guardianes la reconociesen, le lanzaron una sogá a la que se amarró la vieja. Tiraron de ella y así pudo entrar en la ciudad la malnacida. Sin perder un instante fue Calamidades al emperador Afridún y le preguntó: «¿Es cierto lo que he oído de boca de los musulmanes: que mi hijo Hardub ha caído en combate?». Y, comoquiera que el soberano le respondiese que sí, la vieja soltó un gran alarido y se echó a llorar con tanto sentimiento que les arrancó las lágrimas tanto al emperador como a quienes con él se hallaban. Luego, tras haberse recuperado un poco, informó la vieja a Afridún de que había degollado a Mal Hubo y a sus treinta mozos. Muy contento con la noticia, el emperador le agradeció sus desvelos, le besó las manos y pidió por ella, para que mantuviese la presencia de ánimo tras conocer el fallecimiento de su hijo Hardub. La vieja exclamó: «¡Juro por el Mesías que no he de contentarme con la muerte de un solo perro musulmán! Ya sabré yo arreglármelas para aniquilar a su rey, Brillo del Orbe, y, con él, al ministro Dandán, al Chambelán, a los comendadores Rostam y Bahram y a diez mil jinetes del ejército islámico. ¿La cabeza de ese sucio Mal Hubo por la de mi hijo? ¡Quia! ¡Qué despropósito!».

Más tarde añadió, dirigiéndose asimismo al emperador Afridún: «Pongo en conocimiento de vuestra imperial majestad que tengo intención de celebrar solemnes exequias por mi malogrado Hardub, ¡y haré trizas los cíngulos y quebraré las cruces!». El emperador repuso: «Haz lo que mejor te parezca, que yo no he de ponerte inconveniente. Celebra las exequias que consideres oportunas y prolongue tu duelo cuanto sea necesario. Hagan, mientras tanto, lo que quieran los musulmanes. Lo mismo nos da que nos sigan cercando o no, pues, nada van a obtener de nosotros, ni un palmo conseguirán arrebatarnos...». La malnacida entonces, dando por concluida aquella fase de su malhadada e ignominiosa tarea, que dejaba a las claras cuál era su verdadera índole, tomó tinta y papel, y escribió lo siguiente:

De Calamidades a la corte de los musulmanes:

Pongo por la presente en vuestro conocimiento que he estado en vuestra tierra y mi maldad me ha permitido engañar a los más nobles de vuestros dignatarios. Sabed asimismo que fui yo quien dio muerte a vuestro rey Omar Ennumán en su mismo palacio. Después de ello fui causa de que cayeran muchos de vuestros combatientes en las jornadas del desfiladero y la caverna. Por último, y valiéndome de nuevo de mi sinistra astucia, conseguí darles muerte a Mal Hubo y a sus mozos.

Y a buen seguro que, de haber contado con el concurso del Tiempo y de Satán, habría acabado también con las vidas de vuestro rey, Brillo del Orbe, y su ministro, Dandán. Entre vosotros me presenté con las trazas, ademanes y labia de un devoto musulmán, y eso me permitió poner en práctica mis intenciones aviesas.

Ahora, si queréis seguir vivos, no tenéis más que marcharos para nunca más volver. Si, por el contrario, desedís vuestra propia muerte, lo lograréis a poco que sigáis en vuestra actual posición.

Tened la certeza de que, por más años y décadas que persistáis en vuestro empeño, no conseguiréis doblegarnos.

Escrita la misiva, se dedicó la vieja a preparar el duelo por su hijo Hardub, que duró tres días. Al cuarto mandó llamar a un caballero, a quien ordenó que prendiera de una flecha la hoja de papel y la hiciese llegar al campamento de los musulmanes. Entró luego en la iglesia y allí se lamentó y lloró la pérdida de su hijo. Los musulmanes, por su parte, permanecieron tres días en estado de apesadumbrado desconcierto. Al cuarto miraron hacia el lado de la muralla y se sorprendieron al ver a un patricio rumí, que asomaba con una flecha a cuya punta venía prendido un escrito. Esperaron a que lanzasen el proyectil y, una vez que hubieron recibido la misiva, Brillo del Orbe ordenó a su ministro Dandán que se la leyera. Cuando comprendieron el contenido del mensaje, Dandán, con los ojos llenos de lágrimas e indignado ante tan acendrada maldad, exclamó: «¡Nunca halló acomodo en mi corazón...!». El joven rey, por su parte, se preguntó en voz alta: «¿Cómo ha podido esa viciosa engañarnos, no una, sino dos veces? Pero por el Altísimo juro que no he de moverme de este lugar hasta que le llene el coño de cruces de plomo, la meta en una jaula, como pajaraco que es, y la cuelgue por los pelos de la puerta de Constantinopla». Dicho esto, pensó en su hermano y se echó a llorar con gran desconsuelo. Los infieles, mientras tanto, se alegraron sobremanera al comprobar que la vieja Calamidades había vuelto sana y salva, y enterarse del fin de Mal Hubo. Los musulmanes volvieron a la puerta de la ciudad y su rey les prometió que, si la traspasaban, distribuiría a partes iguales entre todos ellos el botín con que se harían. Sin embargo, el joven rey había enflaquecido, con el mucho llorar, de modo que más parecía punzón que hombre. El ministro Dandán entró a verlo y le dijo: «Quede el corazón de vuestra majestad tranquilo y alégrese, pues la muerte del malogrado príncipe Mal Hubo se produjo porque le había llegado su hora. De nada os sirve ahora padecer, mi señor, pues ya lo dijo el poeta:

Lo que nunca ha de ser jamás se cumplirá,
por más que lo queramos con amaños forzar,
y a su tiempo se hará cuanto cumplirse debe.
Dar la espalda a los hechos ni ayuda ni conviene.

»Déjese, pues –prosiguió el ministro–, vuestra majestad de llantos y lamentos, que en nada han de ayudar a quien debe soportar el peso de las armas». Brillo del Orbe repuso: «Apesadumbrado estoy por haber perdido a mi padre y hermano, pero también por estar ausente de mi reino, pues siempre tengo presente a mi grey». Estas palabras tuvieron la virtud de llevar asimismo al llanto al ministro y demás circunstantes. Los musulmanes mantuvieron el asedio de Constantinopla durante un período de tiempo, y un día les llegaron noticias de Bagdad, de mano de cierto comendador:

La esposa de su majestad el rey Brillo del Orbe ha dado a luz a un varón a quien la princesa Dicha del Tiempo, hermana de nuestro soberano, ha impuesto el nombre de Así Fue. Los mejores augurios se han hecho para el recién nacido, habida cuenta de los prodigios que se observaron en torno a su alumbramiento. Se ha dado la orden de que imanes y oradores pidan por él desde los alminbares al concluir cada oración comunitaria en las mezquitas.

Todos los miembros de la familia real así como sus parientes y allegados gozan de buena salud y las lluvias han sido copiosas. Al fogonero de Jerusalén, benefactor en su día de nuestro señor el rey, lo ha colmado

el Altísimo de Sus bendiciones y Su gracia. Tan es así que posee ya un nutrido grupo de eunucos y mozos a su servicio. Se queja, no obstante, de la falta de noticias del rey nuestro señor.

Al conocer el contenido del mensaje exclamó Brillo del Orbe: «¡Bien puedo decir que la noticia de ese alumbramiento, precioso don del Altísimo, que agradezco desde lo más profundo de mi ser, no hace sino fortalecerme en mi resolución!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 106**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, recibida la misiva donde le anunciaban que su esposa había dado a luz a un varón, se alegró Brillo del Orbe sobremanera, se congratuló de ello y se dirigió a su ministro Dandán para decirle: «Quiero, para clausurar el duelo por mi hermano, ofrecer recitaciones del Corán y diversas obras de caridad». «¡Muy buen parecer!», exclamó el ministro. Ordenó entonces el rey que levantasen tiendas en torno a la tumba de su hermano, y, cuando las tuvieron listas, reunieron a aquellos de entre los combatientes que se habían formado en la lectura y recitación del Libro Sagrado, y estos comenzaron de inmediato la salmodia, mientras los demás recordaban los hermosísimos Nombres y Atributos del Altísimo. Y así estuvieron hasta que apuntaron las primeras luces del día, momento en que el rey Brillo del Orbe se acercó al enterramiento de su hermano Mal Hubo y, derramando abundantes lágrimas, dijo:

«Al sacar su cadáver, iban sus portadores
como volvió Moisés de su encuentro en el Monte,
y en la tierra encontraron sus restos el descanso:
ya su espíritu campa donde moran los santos.
No había imaginado, antes de aquel entierro,
que la mayor montaña la movieran los deudos;
ni imaginado había, antes de sus exequias,
que en el suelo pudiera sepultarse una estrella.
La oscura catacumba que le ha dado acomodo
está ya iluminada con la luz de su rostro.
La fama de su nombre la vida le devuelve;
tras haberse apagado, por el mundo se extiende».

No bien hubo pronunciado estas palabras, prorrumpió Brillo del Orbe en amargo llanto, al que se unieron todos los demás. Se acercó luego a la tumba el ministro Dandán, quien se arrojó a ella aturdido, y recitó:

«Lo precario dejaste, y ya estás en lo eterno,
tal como han hecho tantos desde que el mundo ha sido.
Tuviste, a tu pesar, que partir de esta casa,
pero inmensa es la dicha que te aguarda en destino.
Ducho eras en guardarte de las letales flechas
que en la cruenta batalla lanzaba el enemigo.
A alcanzar la Verdad aspiran las criaturas
después de abandonar el vano mundo efímero.

Quiera el Señor del Trono darte lo que mereces
en el Vergel Eterno, privilegiado sitio.
General pesadumbre tu cuido despierta:
Oriente y Occidente te lloran abatidos».

Al concluir estos versos, se dejó llevar de tal desconsuelo que sus ojos vertieron un largo rosario de aceleradas perlas. A continuación se acercó uno de los contertulios habituales de Mal Hubo, que con este había compartido mesa, mantel y animadas veladas. Recordó las muchas prendas que al malogrado campeón adornaban y, después de derramar un sinnúmero de lágrimas, que al mismísimo Golfo superaron, recitó:

«Enterradas sus manos, se acabó la largueza;
y, falto de energía, se consume mi cuerpo.
¿Te gusta lo que ves, guía de las literas¹⁷⁸?
En la cara me trazan las lágrimas mil letras,
que a poco que las mires te dejarán contento.
Juro que tus recuerdos jamás se me despiertan,
juro que nunca ocupas mi ánimo y pensamiento,
sin que me haya abrasado los párpados la pena.
A ti miran mis ojos cuando los vence el sueño,
y, siempre que hace falta, toma el Amor las riendas».

Cuando el buen amigo del difunto hubo recitado estos versos, volvieron a prorrumpir en llanto el rey Brillo del Orbe, el ministro Dandán y cuantos guerreros se habían congregado. Se retiraron después todos a sus tiendas, mientras el joven monarca se quedaba a solas con su ministro para trazar un plan de ataque. Varios días pasaron con sus noches, y Brillo del Orbe, que no había dejado de dolerse de sus muchos pesares, dijo: «Me gustaría oír noticias de otras gentes, relatos de la vida de reyes, historias de enamorados. Acaso con ello quiera Dios aliviarme las penas, y acaben mi llanto y mi duelo».

El ministro Dandán repuso: «Si lo que necesitáis, majestad, para aliviar vuestro pesar es oír relatos de reyes, sucesos peregrinos de tiempos remotos e historias de enamorados y demás, nada más fácil que ello, pues en vida de vuestro difunto padre no tenía yo otra ocupación más continuada que la de contar historias y recitar poemas. De modo que esta noche os voy a referir una historia de amor apasionado». No bien hubo oído Brillo del Orbe estas palabras quedó su corazón pendiente de la promesa, y no pudo ocuparse en otra cosa más que en esperar que se hiciera de noche. Cayeron por fin las sombras y el joven rey, sin apenas creérselo, de lo impaciente que estaba, ordenó que encendieran lámparas y velas, y dispusiesen la comida, la bebida y los pebetesos que la ocasión requería. Todo estuvo listo de inmediato. Mandó entonces llamar al ministro Dandán, quien respondió a la llamada sin demora, y luego a Bahram, Rostam, Turkash y al Gran Chambelán, que acudieron también de inmediato. Y, cuando todos estuvieron en su presencia, Brillo del Orbe dijo al ministro Dandán: «La noche se ha cernido ya sobre nosotros y nos ha cubierto con sus espesos ropajes. Cuéntanos, pues, las prometidas historias». «De mil amores, majestad», replicó el ministro.

¹⁷⁸ Un lugar común en la poesía árabe consiste en que quien ha tomado la palabra se dirija a quien va al frente de la caravana, guiándola.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 107**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, el rey Brillo del Orbe, después de convocar al ministro Dandán, al Gran Chambelán y a los comendadores Rostam y Bahram, se dirigió al primero de los mentados y le dijo: «La noche, ministro, se ha cernido sobre nosotros y nos ha cubierto con sus espesos ropajes. No esperamos, pues, otra cosa que la historia que has prometido contarnos». «De mil amores», repuso el ministro, quien comenzó al punto a relatar lo siguiente:

SON TALES LAS MARAVILLAS Y SINGULARES HECHOS¹⁷⁹, bienaventurado rey, que a mis oídos han llegado en torno a lo ocurrido entre cierta pareja de amantes y quien de recadero les servía que bastarían para entretener y alegrar no solo a vuestra majestad, sino al mismísimo Job, siendo tantas, como fueron, sus penas y aflicciones. Ello es que hubo, hace mucho tiempo, un reino sito más allá de los Montes de Ispahán que llevaba el nombre de Tierra Negra. En ella reinaba Suleimán Shah, soberano muy entregado a la promoción de la seguridad de sus súbditos; justo, benéfico y espléndido, con un corazón tan grande que en el pecho no le cabía. Y eran tantos los viajeros que a su corte acudían, procedentes de los cuatro puntos cardinales, que su fama y prestigio acabaron extendiéndose por toda la faz de la tierra. Permaneció en el trono durante un largo y glorioso período de tiempo, exento de contratiempos graves, si no fuese porque el monarca carecía de hijos y de esposas.

Pues bien, tenía Suleimán Shah un ministro de similares prendas y dotes, a quien mandó llamar un día. Cuando se presentó ante él, le dijo: «Tengo, ministro, el pecho agobiado y he perdido mi serenidad, pues ya no aguanto más el estar falto de esposa e hijos. Bien sé yo que no es este el camino que han de seguir quienes gobiernan por igual sobre altos mandatarios y mendigos, todos los cuales se alegran con razón de tener una abundante descendencia, que asegura la pervivencia de la estirpe y la grandeza de los pueblos. ¿Acaso no dijo el Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz: “Casaos, procread y multiplicaos, que yo me ufano de vosotros ante las demás naciones el día de la resurrección”? Quiero, ministro, saber cuál es tu parecer y que me aconsejes».

Al ministro, al oír esas palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas, que le corrieron por las mejillas mientras decía: «¿Quitad allá, rey de nuestra era! No esperéis que ose yo tratar lo que solo al Clementísimo pertenece. ¿O es que queréis que el Todopoderoso Rey acabe, en Su ira, arrojándome al fuego?». El rey repuso: «Ten en cuenta, ministro, que, cuando un rey se compra una esclava, nada sabe de la valía ni procedencia de esta, por lo cual, si ignora su ignominia, no se apartará de ella a tiempo, y, si desconoce su nobleza, no se acercará a ella como conviene. Se corre, pues, el riesgo de que la esclava quede preñada del soberano y que el hijo que traiga al mundo sea un hombre sin principios, cruel, dado a la injusticia y al derramamiento de sangre. La esclava sería, así, como la tierra salobre, donde nada de lo que se siembra da buen fruto, y su hijo acabaría concitando la ira de su Señor, pues, sobre ser incapaz de hacer lo que está mandado, se empeñaría en lo prohibido. Y no voy a ser yo causa de nada semejante por comprarme una

¹⁷⁹ Comienza «Suleimán Shah y su hijo Corona de Reyes».

esclava. ¡Ni hablar! Lo que quiero es que me busques a una doncella de sangre real, de cuya arraigada estirpe no quepan dudas y de cuya belleza se haga la gente lenguas. Si me procuras a la hija de un rey o príncipe musulmán, que sea, por demás, buena cumplidora de los preceptos de nuestra santa religión, celebraré los correspondientes esponsales y contraeré con ella matrimonio ante los testigos de rigor, para satisfacer con ello al Sustentador de las criaturas».

El ministro repuso: «Dios colme la necesidad de nuestro señor y le permita alcanzar su loable propósito, que no se me antoja irrealizable». El rey preguntó: «¿Y cómo será eso?». El ministro repuso: «Sepa vuestra majestad que a mis oídos ha llegado que el rey Zahr Shah, señor de Tierra Blanca o Costa del Alcanfor, tiene una hija de tan extraordinarias belleza y donosura que no pueden las palabras hacerle justicia. No es de extrañar que no haya encontrado a nadie que a su par esté, pues ciertamente solo cabe calificarla de perfecta: esbelta y garbosa, de ojos más negros que el azabache, largos cabellos, cintura delgada y nalgas generosas. Si cuando se acerca embelesa, cuando se aleja mata. En fin, que tanto los ojos como los corazones cautiva, al modo de aquella a quien cantó el poeta:

Tan esbelta es la joven que su cuerpo
avergüenza a las ramas de moringa.
De miel es su saliva y de licor;
de perlas se compone su sonrisa.
Cual a una huri, la adornan rostro hermoso,
negras miradas y cintura fina.
El camino da miedo que a ella lleva,
pues lo ha sembrado la aflicción de víctimas.
Mientras yo siga vivo, es mi esperanza;
sí no es con ella, no ambiciono vidas».

Después de que el ministro –prosiguió Dandán– acabase de describir a la doncella, le dijo al rey Suleimán Shah: «Lo más adecuado sería que vuestra majestad enviara al padre de la joven a un emisario discreto, sabio y experimentado que se granjee la confianza del soberano para que acceda a conceder la mano de su hija a vuestra majestad. La doncella, lo reitero, no tiene, ni de lejos, igual en el mundo entero. Mi señor podrá gozar con la contemplación de tan bello rostro y, al mismo tiempo, satisfacer al Sustentador de los mundos, ya que, como dijo el Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz, “no hay celibato en el islam”, haciéndose fiel eco de las palabras del Libro Sagrado». Este acuerdo devolvió su alegría al rey Suleimán Shah, quien, aliviado ya de su carga, se olvidó de sus pesares. Poco después de la anterior conversación fue adonde su ministro y le dijo: «Nadie sino tú habrá de ser mi emisario, dados tu cabal entendimiento y completa formación. Ve, pues, a tu casa, resuelve los asuntos que tengas pendientes y prepárate para partir mañana mismo de viaje; comprométe con esa doncella, a quien tan presente has hecho en mi pensamiento, y no vuelvas con una negativa». El ministro contestó: «Como vuestra majestad mande», y se fue a su casa, donde hizo acopio de joyas y otros preciados objetos de liviano peso, así como de caballos árabes, armaduras propias del rey David y arcas de metales preciosos que no acierto a ponderar. Lo que, en suma, conviene regalar a un rey. Lo cargaron todo en mulos y camellos, y partió el ministro al frente de cien esclavos armados, otros tantos de servicio y un centenar más de esclavas. Desplegaron al frente de la comitiva enseñas y estandartes, y el monarca encargó a su ministro que estuviese de vuelta al cabo de unos días, no más.

Después de que la comitiva se hubo puesto en marcha, quedó el rey Suleimán Shah como sobre ascuas de fuego, recreándose día y noche en el amor que ya profesaba hacia la princesa. El ministro, por su parte, avanzó en jornadas completas, diurnas y nocturnas, lo que le permitió cruzar con gran celeridad estepas y desiertos. Y, cuando ya estaba a un solo día de su destino, se detuvo a orillas de un río, donde encargó a uno de sus hombres de confianza que al punto partiese adonde el rey Zahr Shah para comunicarle la inmediata llegada de la comitiva. «Como mandéis», fue la respuesta que obtuvo del emisario, el cual se puso en marcha sin demora. Y, cuando en la ciudad entró, coincidió que el soberano se hallaba en un hermoso huerto, frente a la puerta de la muralla, de modo que vio al emisario forastero y ordenó que lo trajesen a su presencia. Acudió, pues, el heraldo y anunció la pronta llegada del ministro enviado por su excelsa majestad el rey Suleimán Shah, señor de Tierra Negra, Dos Columnas y los Montes de Ispahán.

Muy contento con la noticia, dio el rey Zahr Shah la bienvenida al emisario, lo llevó consigo a palacio, y, una vez allí, le preguntó: «¿Dónde has dejado al ministro?». El emisario repuso: «He partido de su lado al comienzo de la jornada, junto a la orilla del río... —y aquí mencionó el nombre de este—, de manera que mañana mismo lo tendrá en su presencia vuestra majestad, ¡quiera Dios multiplicar los dones que a nuestro señor ha otorgado y tenga de sus ancestros misericordia!». El rey Zahr Shah ordenó entonces a uno de sus ministros que reuniese a la mayor parte de los miembros de su privanza, chambelanes, lugartenientes y altos dignatarios, para que salieran con él al encuentro del ministro, en consideración al rey Suleimán Shah, cuya egregia influencia se extendía por amplios territorios, según queda dicho.

Esto, por lo que al rey Zahr Shah se refiere. En cuanto al ministro, sépase que permaneció donde se hallaba, a orillas del río, hasta bien entrada la noche, cuando se puso en movimiento hacia la ciudad. Y, cuando ya la luz alumbraaba y hubo salido el sol sobre cerros y vaguadas, vio cómo hasta él llegaban el ministro del rey Zahr Shah, sus chambelanes, sus altos dignatarios y los miembros de su privanza, y se juntaban con él a unas leguas de la ciudad. Haciéndose los mejores augurios, el ministro de Suleimán Shah saludó con extremada cortesía a quienes habían salido a su encuentro. Lo guiaron estos hasta el mismo recinto palaciego y, una vez en él, hasta el séptimo patio, al cual no podía ya accederse a lomos de montura alguna, por la proximidad del rey. Descabalgó, pues, el ministro y fue caminando hasta un salón de alta techumbre, y allí, en medio, vio el trono real, el cual, labrado en mármol, y con incrustaciones de perlas y gemas, se alzaba sobre cuatro colmillos de elefante. Un almohadón de raso verde bordado en oro bermejo descansaba sobre el solio, que cubría un palio asimismo ornado de perlas y piedras preciosas. El rey Zahr Shah ocupaba el solio y, cerca de él, estaban de pie, parados y dispuestos a servirlo, los principales del reino. En cuanto el ministro entró en el salón regio y se vio ante el monarca, soltó, sin que el ánimo le desfalleciera, la lengua y, mostrando la facundia propia de los de su cargo, se expresó como el gran orador que era.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 108**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán prosiguió su relato sobre los enamorados con las palabras siguientes:

Una vez que el ministro del rey Suleimán Shah hubo entrado a la presencia de su majestad Zahr Shah, soltó, sin perder la presencia de ánimo, la lengua y se expresó con la elocuencia de los grandes oradores, tal como a un ministro conviene. Dirigió un respetuoso gesto al monarca y, ante él plantado, recitó:

«Envuelto se nos muestra por túnicas de seda
quien otorga favores a personas y tierras.
Nada pueden hacer amuletos o ensalmos,
de su firme mirada por vencer los encantos.
Transmíteles a quienes sin parar me critican
que, mientras yo esté vivo, contará con mi estima.
Mi propio ser, por él, mis empresas traiciona,
y el sueño por su causa mis ojos abandona.
Por más que no seas solo tú, corazón, quien lo amas:
¡permanece a su lado, mayor sea mi nostalgia!
Nada me reconforta, cuando alcanza mi oído,
como de Zahr Shah los muchos panegíricos
La existencia de un hombre vale nada o muy poco,
si es preciso entregarla con tal de verle el rostro.
Gustosos se reúnen musulmanes e infieles,
si sentidas plegarias por su salud se ofrecen.
Quien huyo otro estandarte para luchar se ha puesto,
es que de honra carece, de hombría y de credo».

Cuando el ministro hubo acabado su poema, el rey lo acogió dándole muestras de gran consideración y le indicó que se acercara y se sentase a su lado; le dedicó luego una franca sonrisa y departió con él agradablemente. Y así estuvieron hasta la madrugada, momento en que tendieron los manteles y comió la concurrencia cuanto apeteció. Retiraron luego el servicio y salieron todos del salón del trono salvo los miembros de la privanza real. Al ver la gran sala casi vacía, se puso el ministro en pie, dirigió nuevas loas al monarca, su anfitrión, besó el suelo ante sus pies y dijo: «He acudido a vuestra gloriosa majestad y alto señorío con un cometido del que solo habrán de derivarse prosperidad, rectitud y paz. Ello es que he recibido nombramiento de nunciatura y tercera para solicitar la mano de la honorable y virtuosa hija de vuestra majestad para mi señor, el rey Suleimán Shah, promotor de la justicia y la seguridad de su grey, conocido por favorecer a todos y a los necesitados asistir, egregio señor de la Tierra Negra, Dos Columnas y los Montes de Ispahán; el cual envía a vuestra majestad, no pocos regalos y objetos preciosos como muestra del deseo que alienta de convertirse en yerno de aquel ante cuya magnífica presencia me hallo. ¿Accede mi señor y concuerda con la intención de quien me envía?». Pronunciadas estas palabras, guardó el ministro silencio en espera de la respuesta.

Cuando el rey Zahr Shah hubo oído las anteriores palabras, se puso en pie y besó el suelo con gran modestia. Asombrados o, más aún, atónitos quedaron los concurrentes ante la sumisión que su soberano mostraba ante aquel emisario. Dirigió luego Zahr Shah sus loas al Excelso y Noble, y, sin volver a sentarse, dijo: «Oye, gran ministro y honorable caballero, lo que tengo que decirte. De la grey de su majestad Suleimán Shah formamos parte, lo cual constituye nuestro continuo regocijo y preciada aspiración, y mi hija se cuenta, no podía ser de otro modo, entre las siervas que le pertenecen. No puedo, en consecuencia, sino manifestar que nada podría satisfacerme más que contar con el sostén y concurso de nuestro señor Suleimán Shah». Dicho lo cual,

mandó el rey Zahr Shah llamar a jueces y notarios para dejar ante ellos constancia, primero, de que su majestad Suleimán Shah, señor de Tierra Negra, había dado a su ministro poderes para cerrar contrato de matrimonio, y, segundo, de que su majestad Zahr Shah, señor de Tierra Blanca, daba de buen grado su venia para que dicho enlace se cerrara. Los jueces se encargaron de realizar las formalidades del caso y dieron a ambos sus parabienes, deseándoles a los contrayentes el mayor éxito en sus deseos y empresas.

Se levantó entonces el ministro y mandó que trajesen los valiosos presentes y regalos con que Suleimán Shah quería obsequiar a su suegro, Zahr Shah. El cual, después de recibirlos, ordenó que aprestasen a su hija, y agasajó con gran generosidad al ministro y emisario. Los banquetes que a ello siguieron se abrieron a todos los súbditos de la ciudad, nobles y míseros, y durante dos meses completos se sucedieron celebraciones en las que nada faltaba para deleite tanto del ojo como del corazón. Cuando el ajuar y pertrecho de la novia estuvieron listos, mandó el rey que plantaran las tiendas extramuros. Llenaron las arcas de telas, congregaron a las esclavas rumíes y a las sirvientas turcas, y pusieron a buen recaudo los valiosos tesoros en metal y joyas que habría de llevar consigo la novia. Luego prepararon para esta un palanquín de oro bermejo con incrustaciones de perlas y gemas, a cuyo acarreo destinaron diez mulas. Palanquín que más parecía macsura destinada a una hermosa hurí, en tanto que el gineceo de la princesa semejaba un alcázar del Paraíso¹⁸⁰. Hicieron fardos con todos los preciados objetos y capitales que consigo había de portar la princesa, y los cargaron a lomos de mulos y camellos. Y se puso en marcha la comitiva, a la que se unió el rey Zahr Shah, quien los acompañó por espacio de tres leguas antes de despedirse de su querida hija, así como del ministro y los acompañantes de ambos, y volver a su predio feliz y contento. El ministro, por su parte, asumió la tutela de la princesa y con ella viajó de población en aldea y de estepa en desierto.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 109**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán prosiguió la historia que al rey Brillo del Orbe estaba refiriendo:

Inició, pues, el ministro el viaje de retorno trayendo consigo a la princesa, y, al frente de aquella comitiva, recorrió etapas y atravesó soledades, y ello con gran celeridad, pues marchaban tanto de día como de noche. Y, cuando estaban ya a tres días de su destino, envió a un rápido emisario para que pusiese al rey Suleimán Shah sobre aviso de la próxima llegada de su nueva esposa, cometido con el cual cumplió al punto el portador del mensaje. El monarca, muy satisfecho, obsequió a este una suntuosa tela y ordenó a sus generales que saliesen, en gran cortejo de honor, al encuentro de la novia y quienes con ella venían; para ello, habían de ataviarse con sus mejores galas y llevar desplegados los estandartes. Mientras se cumplía la real orden, el pregone-ro anunció por toda la ciudad: «¡Ni una sola muchacha recatada, honesta mujer libre o proveccta

¹⁸⁰ No acierto a ver con claridad qué es lo que viene a querer decir el original en este punto, que he traducido a la letra. Acaso se trata de una distinción entre el interior y el exterior del palanquín o litera.

anciana deje de salir al encuentro de la nueva esposa de nuestro soberano!». Salieron, pues, todos los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres a darle la bienvenida a la recién llegada, a cuyo servicio se pusieron los notables del lugar, quienes, a la caída de la tarde, la condujeron al palacio real. Los altos dignatarios se habían, por su parte, encargado de adornar el camino por el que la joven había de transitar, y se pararon todos a verla pasar precedida de los eunucos, acompañada de sus doncellas y envuelta en las ricas telas que su padre le había regalado.

Cuando se produjo el encuentro de la comitiva de viajeros con el cortejo de bienvenida, se situó la guardia a ambos lados de la recién llegada, cuyo paso en el palanquín contemplaron todos los súbditos del reino. Y no dejaron de sonar los tambores y trompetas, de subir y bajar las lanzas, de hacer cabriolas los corceles, de exhalar los perfumes sus aromas y de ondear las enseñas hasta que los mozos recibieron el palanquín a las puertas del palacio. Todo el recinto refulgía esplendoroso, no había rincón que no brillase con deslumbrante ornato. Ya caía la noche en el momento en que los eunucos abrieron la puerta y permanecieron de pie junto a ella. Llegó entonces la novia, quien, entre sus esclavas, más parecía la luna entre las estrellas o la cuenta central de un collar valioso; y entró enseguida en la sala donde le habían levantado un solio de mármol con incrustaciones de perlas y gemas, y en él se sentó. Entró entonces en la estancia el rey, en cuyo corazón prendió Dios el fuego del más apasionado amor hacia la recién llegada. Y bastó con que el monarca desvirgara a la doncella para que se disiparan la angustia y abatimiento que lo embargaban. En torno a un mes entero permaneció el rey sin separarse de su nueva esposa, la cual quedó encinta ya en la primera noche. Transcurrido el mes, salió el rey y se sentó en su trono, desde donde impartió justicia entre sus súbditos, y así llegó el día en que a la joven se le cumplió el plazo de la gravidez. Y la última noche del noveno mes, al alba, le vinieron los dolores a la princesa. Se sentó esta en la silla del parto y todo salió, por voluntad de Dios, a pedir de boca. La joven alumbró a un varón en quien eran manifiestos los signos de la buenaventura. Cuando el rey tuvo noticia del recién nacido, se alegró sobremanera, entregó al portador de la nueva una generosa cantidad de dinero y, sin poder contener su gozo, llegó adonde el niño y lo besó entre los ojos. Admirado quedó por su resplandeciente donosura, ya que en él se cumplían las palabras del poeta:

En lo más alto ha puesto Dios un astro,
pues que de ascs el Tiempo estaba falto.
Se congratulan de él tronos y lanzas,
comensales, gacelas y mesnadas.
No lo verás colgado de una teta,
pues el lomo prefiere de una yegua.
Conviene destetarlo cuanto antes;
más dulce que la leche te es la sangre.

Acudieron luego las comadronas, le cortaron al recién nacido el cordón umbilical y le alcoholaron los ojos. El niño recibió el nombre de Corona de Reyes¹⁸¹. Jarán, se amamantó en los senos del cariño y creció en el regazo de la prosperidad. Los días se sucedieron, corrieron los años y el joven príncipe cumplió los siete. Con esa ocasión convocó su padre, el rey Suleimán Shah, a los sabios y doctores, a quienes ordenó que instruyesen a su hijo en materia de escritura,

¹⁸¹ En árabe, *Tach Almuluk*, literalmente, «Corona de Reyes».

sabiduría y letras. Así lo hicieron durante varios años, al cabo de los cuales el muchacho había adquirido los conocimientos necesarios en el grado inicial de la formación. Cuando el soberano tuvo de ello noticia, mandó traer a alfaques y sabios maestros, así como a un experto que pudiese enseñarle las artes de la caballería. La formación del muchacho se prolongó hasta que este, Corona de Reyes, cumplió los catorce años. Y tan diestro se mostraba el joven príncipe a la hora de ejecutar la labor que fuese, que boquiabiertos dejaba a cuantos lo veían.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 110**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán prosiguió su relato con las siguientes palabras:

El príncipe Corona de Reyes Jarán, hijo único y heredero del rey Sulcímán Shah, adquirió, pues, pleno dominio de las artes de la caballería, en que pronto aventajó a todos sus contemporáneos. Y era tal su hermosura que dejaba boquiabiertos a cuantos lo veían, siempre que por algún motivo dejaba el recinto palaciego. Tan agraciado era, en efecto, que más de uno compuso poesías para celebrarlo, y, por su amor, perdían hasta las personas libres la compostura. Razón tenía el poeta que dijo:

Me embriagó, al abrazarlo, con su aroma
el tallo que de brisas se nutría;
no fueron los effluvis del buen vino,
sino el dulce licor de su saliva.
Tiene toda hermosura en él su cárcel,
toda alma de su ser quedó cautiva.
Siempre en él buscaré casa y refugio,
y de mis pasos él será la guía.
Viviré, mientras viva, para amarlo,
y, si muero de amor, ¡qué inmensa dicha!

Cuando el joven cumplió los dieciocho años, se le pobló de oscuro bozo la piel de las rosáceas mejillas, que ya adornaba un lunar cual gota de ámbar gris. Tal era el efecto que sobre la cordura de quienes lo veían tenía su belleza que bien valían para él las palabras del poeta:

Del agraciado José
él es el digno heredero.
A temblar de miedo se echan
quienes lo admiran, al verlo.
Ven, acércate y admira
el lunar por el que muero.
Más negro es que la bandera
que enarbolan en el cielo
los príncipes abusados,
sobrinos del Mensajero.

O, como dijo otro:

Nada he visto más hermoso,
de cuanto he visto en la vida,
que el lunar que te orna el rostro.

Es de un color que equidista
entre el negro de tus ojos
y el carmín de tus mejillas.

O, como dijo otro:

¿Cómo puede ese lunar
pasarse, el infiel, la vida,
adorando sin quemarse
el fuego de tu mejilla¹⁸²?

¿Y cómo es que ese profeta
que tus miradas envían,
aun siendo honrado y sincero,
se sirve de hechicería?

El rostro se te ha poblado,
pero no de florecillas,
sino de la hiel que tienen
tus pretendientes vertida.

O, como dijo otro:

Es de maravillarse que tantos se pregunten
la Fuente de la Vida ¿dónde será que brota?
Mana, de ello estoy cierto, de labios de un antílope,
a los que, cuando Aljáder, el bruno sirvo asoma,
llega, como del cielo, el profeta Moisés,
curioso impertinente, y con él va y se topa¹⁸³.

Y más perfecta aún, si cabía, se hizo la hermosura del príncipe Corona de Reyes cuando alcanzó la edad adulta. Para aquel entonces se había formado alrededor del príncipe un círculo de camaradas e íntimos, si bien hay que reconocer que quienes al príncipe se arrimaban lo hacían con la perspectiva de acceder a alguna encomienda cuando, a la muerte del anciano monarca, lo sucediera el joven Corona de Reyes. Este, por otra parte, se había aficionado de tal modo a la caza y montería que no pensaba en otra cosa ni un instante, a pesar de que su padre, el rey Suleimán Shah, le había manifestado su contrariedad y oposición, por los peligros que el campo abierto y las fieras entrañaban. Pues bien, coincidió que cierto día dijo el príncipe a sus hombres: «Aprestad provisiones para diez días», lo que hicieron ellos sin chistar. Partió, pues, el joven de caza, con su séquito, y avanzaron durante cuatro días por campo abierto. Al quinto llegaron a

¹⁸² Alusión a los zoroastras, adoradores del fuego.

¹⁸³ El referente último de esta compleja serie de alusiones eróticas es un pasaje del Corán, XVIII (La caverna), 60-65, y la consiguiente leyenda a que da lugar: Moisés se encuentra con el misterioso «siervo de Dios» (Aljáder, según la tradición) en un lugar llamado la Junta de las Aguas, junto a la Fuente de la Vida. Véase, al respecto, S. Peña y M. Vega, «The Qur'anic symbol of fish on Hammudid coins: al-Hadir and the holy geography of the Straits of Gibraltar», *Al-Andalus-Magreb* 13 (2006), págs. 269-284.

las lindes de unos verdes prados donde se les ofrecieron a la vista vistosos animales, frondosos árboles y generosos arroyos. Corona de Reyes dijo a los suyos: «Tended las redes en amplio círculo y encontrémonos en la embocadura, allá», y señaló un punto en el espacio abierto. Y, tal como había el príncipe ordenado, tendieron sus hombres las redes trazando un amplio círculo en el que quedaron encerradas gacelas y otras bestias en gran número, las cuales, reaccionando a la presencia de los cazadores, echaron despavoridas a correr delante de los caballos. Soltó entonces el príncipe a los perros, los linces y los halcones, e hicieron los jinetes uso de sus arcos y flechas para alcanzar a las amedrentadas presas. Cuando llegaron a la embocadura del círculo, se habían cobrado un abundante número de piezas, a pesar de que algunos animales habían logrado huir. Volvió luego Corona de Reyes adonde el agua y allí mandó juntar toda la caza, de la que hizo lotes. Reservó las mejores piezas para su padre, Sulcimán Shah, a quien se las envió, y apartó asimismo varios lotes para los altos dignatarios del reino. Concluida esta operación, permaneció el príncipe con los suyos en aquel lugar para pasar la noche.

A la mañana siguiente llegó a las inmediaciones de donde se hallaban una gran caravana, que se detuvo para sacarles partido al agua y al lujuriente verdor. La componían numerosos mercaderes, mozos y esclavos. El príncipe Corona de Reyes dijo a uno de sus hombres: «Vete a ver quiénes son y averigua por qué se han detenido aquí». El emisario conminó a los viajeros: «Decidme ahora mismo quiénes sois y qué hacéis en este lugar». Los de la caravana respondieron: «Somos mercaderes y nos hemos detenido para reposar, pues aún nos falta para alcanzar nuestro destino. Y, si hemos decidido acampar en este paraje, es porque nos sabemos seguros en los territorios del rey Suleimán Shah y su hijo, el príncipe Corona de Reyes, para quien traemos valiosas telas». Volvió el emisario donde el príncipe, le describió cuanto había visto y le transmitió las palabras que había oído. El príncipe dijo: «Si eso es cierto, si traen algo que puede interesarme, no pienso moverme de donde estamos hasta haberle echado antes un vistazo», y, esto diciendo, montó en su caballo y, seguido por sus esclavos armados, se dirigió hacia el grupo de mercaderes. Al verlo estos llegar, se levantaron todos y le desearon «el divino sostén, así como prosperidad, gloria perdurable y profusión de bienes». Plantaron para él una tienda de brocado carmesí, recamado de perlas y gemas, cubrieron el suelo con una alfombra de seda y sobre esta dispusieron un solio regio que cubrieron de un brocado de esmeraldas. Tomó en dicho solio asiento Corona de Reyes, y sus esclavos lo rodearon para servirlo y guardarlo. Hizo entonces venir a los mercaderes y les ordenó que le mostrasen lo mejor de cuanto sus fardos contenían. Los mercaderes le trajeron el género y el joven se reservó lo que mejor le pareció, sin regatear en el precio. Subió luego a lomos de su montura para volver a su campamento; pero, al mirar por última vez hacia quienes venían en la caravana, se fijó en un joven de lozana belleza y vestidos pulcros. Era el tal de ademán donoso, y lo adornaban una frente clara y un rostro como la luna, por más que su hermosura se hallase turbada. El joven, en efecto, mostraba, a quien con atención lo observase, las facciones alteradas de quien se halla, a su pesar, lejos de un ser querido.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 111, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán prosiguió su relato de los hechos que al príncipe Corona de Reyes Jarán ocurrieron con las siguientes palabras:

Miró Corona de Reyes y vio a un donoso joven de pulcros vestidos, si bien llamaba la atención por su extrema palidez. Su hermosura mostraba la turbación propia de quienes se han visto separados de seres queridos. El desconocido joven se lamentó de doloroso modo y, derramando sentidas lágrimas, recitó:

«Mucho se va alargando la aflicción de la ausencia,
y el torrente de lágrimas de mis ojos no cesa.
Mi corazón se fue para siempre aquel día,
y desde entonces vivo sin corazón ni vida.
Acompáñame, amigo, que he de decir adiós
a quien todo mal cura por medio de su voz».

Dichas estas palabras, prorrumpió el joven en sollozos y cayó sin sentido. Todo ello lo vio Corona de Reyes sin salir de su asombro. Volvió luego en sí el joven y, con lastimoso gesto, volvió a recitar:

«¡Atención, que sus ojos se valen de la magia,
e inmune no se sabe de nadie a su mirada!
Más letales resultan sus grandes ojos lánguidos
que de las cimitarras los hierros afilados.
No lleguen a engañaros sus palabras sutiles;
del vino los esluvios a nadie son visibles.
Es tal su morbidéz que se ha podido ver
cómo la seda fina le rasguña la piel.
La base del talón del cuello está más lejos
que la más cara esencia, de su almizclado aliento».

Lanzó un doloroso suspiro y volvió a desmayarse. Intrigado por lo que veía, bajó Corona de Reyes de su montura y fue hacia él. Cuando el joven volvió de su desvanecimiento, vio ante sí, de pie, al príncipe; de modo que se levantó y besó el suelo. Corona de Reyes le preguntó: «¿Cómo es que no nos has enseñado el género que traes?». El melancólico joven repuso: «No hay, señor mío, entre mis mercaderías nada digno de vuestra alteza». El príncipe: «Pues tienes que mostrármelas y, además, contarme lo que te haya pasado, pues te veo con los ojos llorosos y el corazón triste. Si has sido víctima de alguna injusticia, la repararemos, y, si debes dinero, saldaremos tu deuda; pues el corazón se me ha echado a arder por tu causa nada más verte». Dicho esto, mandó Corona de Reyes que les dispusiesen dos asientos; trajeron entonces una silla de marfil y ébano enrejada en oro y seda, y a su lado tendieron una alfombra también de seda. El príncipe se sentó en la silla, indicó al melancólico joven que se acomodase en la alfombra y le dijo: «Muéstrame tu género». El joven repuso: «No me pida eso vuestra alteza, que mi género no es adecuado para persona de tanto mérito y alcurnia». Corona de Reyes insistió: «Haz lo que te he dicho», y ordenó a varios de sus mozos que fuesen a traer las mercancías del joven, lo que hicieron contra la voluntad de este. Y no bien hubo el cuitado mercader visto su propio género, comenzó a lanzar quejidos y lamentos que acompañó de lágrimas y de los siguientes versos:

«Tus ojos melindrosos y alcoholados...,
tu tallo, tan marcado y desenvuelto...,
el licor y las mieles de tu boca...,
tu natural, esquivo o lisonjero...
Más dulce es que el refugio al pusilánime
que me visites en mitad de un sueño».

Abrió luego el donoso joven su fardo y enseñó a Corona de Reyes lo que contenía, pieza por pieza, incluido un manto de brocado de oro que no valdría menos de mil dinares. Al desplegarlo, cayó al suelo un pedazo de lienzo que el joven se apresuró a recoger y se colocó enseguida bajo las caderas. Luego, como si a punto estuviese de perder los cabales, recitó:

«Si más que las Cabrillas os mantenéis lejana,
nunca podrá sanar esta alma atormentada.
El adiós, la nostalgia, la distancia, el dolor...:
entre acusos y largas la vida se me escapa.
Sin matarme, tampoco me estáis dando el aliento;
ni a vos puedo acercarme ni mis ansias acaban.
Ajenas os resultan justicia e indulgencia;
no procuráis la huida ni me dais esperanzas.
Vuestro amor me ha cerrado todo camino abierto.
¡Lo que ha de ser de mí solo Dios lo subrá!».

Atónito quedó al oír tan apasionados versos Corona de Reyes, quien se preguntaba cuál sería la causa de todo ello. Pero, como no le había pasado desapercibido el movimiento del joven con el lienzo, le preguntó qué era lo que acababa de esconder. «De nada –respondió el joven–, puede servir este lienzo a vuestra alteza». «Enséñamelo», le ordenó el príncipe. El joven no quería dar su brazo a torcer: «Si me he resistido a que vuestra alteza vea la mercancía que traigo, ha sido por causa de ese lienzo, que no voy a mostrar a mi señor».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 112**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándoles al rey Brillo del Orbe y a sus acompañantes:

El cuitado joven repuso a Corona de Reyes: «Si me he resistido, mi señor, a enseñaros el género que traigo ha sido porque no quería que vieseis esta tela». El príncipe, cada vez más irritado, siguió insistiendo, por lo que el joven no tuvo más remedio que enseñarle el lienzo, al tiempo que, después de gemir y derramar nuevas lágrimas, recitaba:

«Déjate de reproches, que sin duda hacen daño,
y no hay quien los escuche, por más que sean sensatos.
Mira brillar la Luna, que en su bóveda se alza
sobre el desfíludero que los botones guardan.
Cuando nuestros adioses, comprendí que perdía
una preciada prenda, más cara que la vida.

La mañana del día de la separación,
 al ver nuestra tristeza, con nosotros lloró.
 De la mera disculpa se ha rasgado la túnica,
 pero yo sabré encontrarle cierta compostura.
 Si no puedo parar un instante en mi lecho,
 estoy más que seguro de que él gusta desvelos.
 El Destino movió su larga mano negra
 para que nuestra suerte de pronto se torciera.
 Mas sin duda sabremos apurar bien la copa
 que, hasta los mismos bordes, de acre acibar rebosa».

Después de oír estas palabras de boca del joven, le dijo el príncipe Corona de Reyes: «Veo que tu situación dista de ser la más deseable... Pero dime a qué se debe que la mera visión de ese jirón de tela te haga llorar». Cuando el joven oyó mentar el lienzo, suspiró y dijo: «Extraordinario, mi señor, es lo que me ha acontecido con esa tela y su dueña», y, esto diciendo, desplegó el lienzo, donde podía verse la figura de una gacela bordada en seda y oro, y, frente a ella la de otra, bordada en plata, que llevaba al cuello un collar de oro y tres cánulas de topacio. El bordado era tan vistoso que Corona de Reyes exclamó, haciéndose eco de las palabras coránicas: «¡Alabado sea Quien enseñó al hombre lo que este no sabía!», y, con el corazón pendiente de lo que pudiera decirle el cuitado mercader, le pidió a este el príncipe Corona de Reyes que le contase su historia. Y el joven relató lo siguiente:

PUES SABED¹⁸⁴, mi señor, que soy hijo de un gran mercader que no tuvo más descendencia, y tenía yo una prima que se crio conmigo, en casa de mi padre, ya que el suyo había muerto. Ambos, su padre, antes de fallecer, y el mío, habían acordado que nos casáramos, y juntos permanecimos hasta que ambos alcanzamos la pubertad. Cierta día mi padre le dijo a mi madre: «Este mismo año les daremos acta de matrimonio a Aziz y Aziza». Mi madre mostró su acuerdo y mi padre comenzó con los preparativos de festejos y banquetes. A todo esto, seguíamos mi prima y yo durmiendo juntos en la misma cama, sin saber lo que hacíamos, aunque ella era más despierta que yo y me aventajaba en experiencia y conocimiento. Cuando ya estaba todo listo para la celebración y no quedaba sino levantar el acta y que yo consumase el matrimonio, quiso mi padre que el enlace se formalizara tras la oración comunitaria del viernes. De modo que fue a ver a los mercaderes con quienes más se trataba para informarlos de la fecha escogida, y otro tanto hizo mi madre, quien se encargó de invitar a sus amigos y parientes. El viernes señalado limpiaron a fondo la sala donde se celebraría el festejo; fregaron el mármol, alfombraron todo el piso, cubrieron las paredes con telas recamadas y colocaron los muebles y utensilios del caso. Todos los invitados sabían que debían acudir a nuestra casa después de la oración. Fue luego mi padre a supervisar la confección de los dulces y bandejas de confites, cuando ya solo quedaba levantar el acta, y mi madre me envió a mí a los baños, adonde hizo llegar un suntuoso traje. Después de asearme, me puse aquella ropa, que venía bien aromada. De mi persona emanaba, pues, una poderosa fragancia que, a mi paso, comenzó a extenderse por la calle, en mi camino hacia la mezquita. Pero entonces, al acordarme de cierto amigo mío, di media vuelta para ir en su busca, pues deseaba que asistiera a la formalización del enlace. Para mis adentros dije: «Así

¹⁸⁴ Comienza «Aziz y Aziza»; los nombres de los personajes equivaldrían, en castellano, a «Caro» y «Caru», o «Precioso» y «Preciosa», pero no se traducen en el texto porque, a diferencia de otros, que sí se han vertido, forman parte de la onomástica árabe usual.

me entretendré hasta que llamen a orar». Me metí en un callejón por donde nunca había pasado. Iba yo sudando, por el baño que acababa de tomar y por las telas sin estrenar que me cubrían. El sudor me corría por la piel haciendo aún más perceptible el aroma de mi ropa perfumada. Me paré al comienzo del callejón, para sentarme a descansar en un poyo que allí había y que cubrí con un pañuelo bordado que conmigo llevaba. Cada vez tenía más calor. El sudor que me cubría la frente comenzó a fluirme por todo el rostro. Pero no podía enjugármelo, ya que estaba sentado sobre mi pañuelo. Cuando ya me disponía a secarme con un extremo de la túnica, vi que sobre mí caía un pañuelo blanco. Era este más fino que la suave brisa, y verlo me causó el mismo efecto que al enfermo le ocasiona el curarse. Mientras lo tomaba en mi mano, miré hacia arriba para saber de dónde procedía. En ese instante se posaron mis ojos sobre la dueña de esas gacelas que habéis visto, mi señor.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 113**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, el joven y cuitado mercader siguió contándole al príncipe Corona de Reyes:

Alcé la cabeza para ver de dónde venía el pañuelo, y mis ojos se encontraron con los de la dueña de esas gacelas que habéis visto, quien estaba asomada al vano de una ventana con celosía de cobre. No he visto en mi vida a nadie de pareja belleza; mi lengua es incapaz de dar cuenta de ella. Al ver que la miraba, se puso primero la dama un dedo en la boca, y luego juntó el dedo corazón y el índice y los colocó sobre su pecho, entre ambos senos. Hecho esto, se retiró de la ventana, la cerró y desapareció. El pecho comenzó a arderme, y era una hoguera cuya intensidad crecía por momentos. ¿La causa? Aquella mirada, que habría de acarrearle mil sufrimientos. Y quedé sumido en gran desazón, ya que ni la dama había dicho nada ni yo entendí sus gestos. Volví a mirar hacia la ventana y comprobé que estaba cerrada. Esperé, sin moverme de allí, hasta la puesta del sol, pero ni oí nada ni vi a nadie. Harto ya de mirar hacia arriba, me levanté de donde estaba y recogí el pañuelo que la dama me había lanzado. Al moverlo, despidió tan delicioso aroma a almizcle que me sentí transportado al Vergel Eterno, tal fue la emoción que me embargó. Terminé de desplegarlo y de su interior cayó una hoja de papel. También esta venía perfumada y contenía los versos siguientes:

*Una misiva le mandé con quejas
en la más delicada de las letras.
«¿Por qué trazas –me dicen– tan sutiles
caracteres, que apenas son legibles?».
«Por lo desfallecido –digo– y flaco
que estoy, como cualquier enamorado».*

Después de leerlos, me entretuve, por gusto, en contemplar los detalles del pañuelo, en uno de cuyos márgenes vi que llevaba escrito:

*Dos renglones el bozo, que es versado callígrafo,
en las suaves mejillas le ha trazado con mirto.
La Luna titubea, si él de noche aparece;
las ramas se avergüenzan, cuando ven que se mueve.*

Y en el contrario:

*Con ámbar gris el bozo trazó cabe las perlas
dos líneas de azabache sobre piel de manzana.
Me embriagan sus mejillas, no espirituoso néctar;
la muerte más violenta se esconde en su mirada.*

La lectura de los versos que el pañuelo contenía solo sirvió para avivar las llamas que en mis entrañas ardían e hizo más intensas aún mis sensaciones. Llevando conmigo, cual valiosos tesoros, el pañuelo y la hoja de papel, volví a mi casa sin saber cómo había de procurarme un encuentro con aquella dama, y sintiéndome incapaz –¿cómo habría podido en mi amoroso trance?– de sacar nada en claro de los gestos que le había visto hacer. Al llegar a casa, ya entrada la noche, me encontré a mi prima Aziza, sentada y llorando. Nada más verme, se enjugó las lágrimas y vino hacia mí. Mientras me ayudaba a desvestirme, me preguntó por la razón de mi ausencia. Luego me contó que no había faltado ninguno de los invitados, entre los que se contaban comendadores, grandes mercaderes y demás personas notables; que a su hora habían llegado el juez y los escribanos; que comieron todos y me esperaron con paciencia para poder levantar el acta de matrimonio, hasta que hartos ya y viendo que yo no llegaba, se fueron marchando todos. Y concluyó: «Tu padre se ha puesto furioso y jurado que el enlace no se formalizará hasta dentro de un año, por la gran suma de dinero que se ha gastado en la celebración. Pero dime –continuó mi prima–, ¿qué ha podido ocurrirte en el día de hoy para que hayas tardado tanto y ocasionado tantos sinsabores?». Yo se lo conté todo, sin ahorrarle los detalles de cuanto había ocurrido. Tomó ella entonces la hoja de papel y el pañuelo, y leyó los versos que ambos contenían. Luego, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, recitó lo siguiente:

«Yerran quienes sostienen que la pasión se elige.
Nada de eso, les digo: es cosa ineludible;
y nadie tiene culpa de lo que no decide.
Testimonios hay de ello cientos, qué digo, miles,
que resistir podrían la más severa crítica.

Llamadla, si os parece, disfrutado martirio,
dolores con espasmos, rocío de miel tibio,
gloria que al fin se alcanza, venganza cruel, o arbitrio
donde a hallar viene el alma su rival o su amigo.
Saberlo a ciencia cierta bien que me gustaría...

Mas del amor los días son sin excepción fiestas,
labios que te dedican expresiones sinceras,
céfiro que desprende fragancias que cercenan,
cual si fillos tuviesen, de la vida las penas;
sin que a los depravados les alumbré la vida...».

Cuando acabó, me preguntó mi prima: «¿Y qué es lo que te ha dicho, qué te ha dado a entender?». Contesté: «No ha pronunciado palabra, pero primero se ha metido el índice en la boca

y luego, después de juntarlo con el dedo corazón, se los ha llevado ambos al pecho. Ha mirado luego al suelo y ha retirado la cabeza de la ventana, que ha cerrado sin más, y ya no he vuelto a verla. Como consigo se ha llevado mi corazón, me he quedado allí hasta la puesta del sol, pero no ha salido más. Luego, cuando he perdido la esperanza de verla otra vez, me he decidido a volver a casa. Y eso es todo». Mi prima alzó la cabeza para mirarme y dijo: «Si me pidieras los ojos, primo, me los sacaría. Os ayudaré, a ti y a esa mujer, en vuestra necesidad, pues estoy tan enamorada de ti como tú lo estás de ella». Le pregunté: «¿Y cómo se interpretan los gestos que me ha dirigido?». «El que se haya metido –me contestó mi prima– el dedo en la boca es señal de que eres para ella como el espíritu para el cuerpo, y se aferra con los dientes a la esperanza de que os encontréis. El pañuelo es la señal del saludo que los amantes dirigen a los amados. La hoja de papel indica que su espíritu vive pendiente de ti. Por último, lo de llevarse los dedos al pecho significa: “Ven dentro de dos días para que, viéndote la cara, se me vayan las penas”. Puedes asegurar, primo, que esa mujer te ama y confía en ti. Y eso es todo cuanto puedo sacar en claro de las señales que te ha dirigido. No te quepa duda, primo, de que, si me fuera dado salir y entrar con libertad, os reuniría en muy poco tiempo y os ocultaría de miradas indiscretas». Oído que hube –prosiguió el cuitado joven– esto de su boca, le dí las gracias y pensé: «Esperaré a que pasen los dos días». En casa me quedé, sin salir a ningún sitio, sin probar alimento ni bebida. Me limitaba a descansar con la cabeza apoyada en el regazo de mi prima Aziza, quien me entretenía y me daba consuelo: «Ten coraje, no desfallezcas; serena el ánimo y la mente», me decía.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 114**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con el relato del ministro Dandán, el joven Aziz le siguió contando su historia al príncipe Corona de Reyes:

Al cabo de los dos días me dijo mi prima: «Respira tranquilo y alégrate, ten confianza, vístete para salir y ve a la cita que tienes con ella». Dicho esto, se levantó, me ayudó a cambiarme de ropa, me perfumó y me infundió aliento y energía. Salf, pues, caminé hasta el callejón y me senté en el mismo banco. Pasado un rato se abrió la ventana, miré a la joven y nada más poner sobre ella los ojos caí desmayado al suelo. Al volver en mí, traté de sacar fuerzas de flaqueza y la miré otra vez, pero volví a perder el sentido. Cuando, poco después, recuperé la consciencia, vi que tenía consigo un espejo y un pañuelo rojo, y que, al verme recuperado, se arremangaba, abría los cinco dedos de la mano y se daba, con la palma y los dedos, contra el pecho. Luego alzó las manos y sacó el espejo por el vano de la ventana, empuñó el pañuelo rojo, volvió a desaparecer de mi vista y, tras asomar de nuevo, lo dirigió, sin soltarlo, hacia el callejón, alzándolo y bajándolo; lo retorció después, hizo con él un rollo y agachó la cabeza. Se retiró luego de la ventana y cerró. Se había marchado, pues, sin pronunciar una sola palabra y dejándome tan desconcertado como la vez primera, ya que me resultaban de todo punto incomprensibles aquellos gestos y señales. Permanecí sentado en el mismo sitio hasta mucho después del atardecer, de modo que llegué a mi casa cerca ya de la medianoche. Allí encontré a mi prima con la mejilla apoyada en la mano, derramando abundantes lágrimas y recitando:

«De todas partes llegan consejos y reproches:
 “Olvidar deberías a ese lozano brote”.
 De los ojos que el alma un día me han robado
 no saben escapar estos amores castos.
 Miradas de ojos turcos, mucho más criminales
 que la punta certera de un afilado alfanje...
 ¿Cómo he de soportar de la pasión el peso,
 si hasta el de mi camisa sobrellevar no puedo?
 Sangre me hacen llorar las viperinas lenguas:
 “¿Tanto dolor te causa quien sostienes que aprecias?”.
 Si cual tu talle el cuerpo se me quedó de fino,
 ¿por qué a tu corazón no se parece el mío?
 Tus ojos implacables me aojan, señor príncipe,
 y de tu ceja el arco no ceja de zaherirme.
 Que no hay nadie más bello que el profeta José
 lo dicen solo quienes no te han podido ver.
 Los ojos obstinados de tantos envidiosos
 no harán que yo retire los míos de tu rostro».

Oír aquel poema solo sirvió para ahondar mis cuitas y multiplicar mis pesares, por lo que me dejé caer junto a una pared de la casa. Mi prima se puso en pie, me ayudó a levantarme, me quitó la ropa y me enjugó el sudor con la manga de su vestido. Luego me preguntó lo que había pasado y yo se lo conté todo. Dijo: «La señal que te ha hecho, primo, con la palma de la mano y los dedos significa: “Vuelve dentro de cinco días”; lo del espejo y el sacar la cabeza por el vano de la ventana quiere decir: “Has de esperar en la tienda del tintorero a un emisario mío”». Estas palabras tuvieron la virtud de avivar aún más el fuego que en las entrañas me ardía, y exclamé: «¡Tienes razón, prima, pues en su callejón he visto que hay un tintorero judío!». Sin poder remediarlo, me eché a llorar y mi prima quiso darme ánimos: «Sé fuerte, no desfallezcas, pues, mientras que otros llevan años enamorados, sufriendo los ardores de la pasión, tú estás así desde hace solo una semana. No desesperes». Y, sin dejar de dirigirme palabras de consuelo, me sirvió mi prima de comer, pero yo ni probé lo que me trajo. Incapaz, en efecto, de tomar bebida y alimento, y asimismo de conciliar el sueño, palidecí y se alteró mi apariencia y mi ser todo, pues nunca antes había conocido lo que es la pasión ni experimentado los rigores del amor. Enflaquecí, y conmigo enflaqueció mi prima, quien, para entretenerme, me contaba cada noche historias de enamorados hasta verme dormido. Al despertar, la hallaba siempre a mi lado, en vela, con las lágrimas rodándole por las mejillas. Y así seguimos hasta que, al cumplirse el plazo de los cinco días, me calentó agua mi prima, me lavó, me ayudó a vestirme y me dijo: «Sal ahora, quiera Dios que se cumplan tus deseos y se colme tu necesidad». Salí, pues, a la calle y no paré de caminar hasta que me vi en la entrada del callejón. Era sábado, de modo que la tienda del tintorero estaba cerrada. Me senté a esperar y allí permanecí sin moverme. Llamaron a la oración de la tarde, palideció el sol, llamaron a la oración de la noche, cayó la oscuridad y yo ni había visto trazas de mi amada ni oído voz alguna. Temiendo por mí mismo, pues estaba solo y era de noche, me levanté y eché a andar como quien va borracho. Al entrar en casa vi a mi prima Aziza, con una mano apoyada en una estaca que había en la pared, clavada, y la otra sobre su pecho. Entre lamento y lamento recitaba:

«Del laurel del Hiyaz y la amada moringa,
 se acuerda la beduina, que extraña a su familia;

que el puchero calienta con su sola nostalgia
y le calma la sed al huésped con sus lágrimas.
Mucho más doloroso que el suyo es mi tormento,
por más que a él le parezca que no debo quererlo».

Cuando acabó, se volvió hacia donde yo estaba y me vio. Enjugó primero sus lágrimas y luego las mías con la manga de su túnica, me sonrió y me dijo: «¡Dios te haga gozar de Sus dones! ¿Cómo es que no has pasado la noche con tu amada ni has logrado de ella lo que tanto deseas?». Al oír estas palabras, le propiné un puntapié en el pecho, y mi prima cayó rodando por el suelo de la estancia, yendo a dar contra la estaca, que le desgarró la frente. Me la quedé mirando y vi que de la herida le manaba abundante sangre.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 115**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, según el ministro Dandán, el cuitado mercader siguió contándole al príncipe Corona de Reyes:

Al asestarle yo a mi prima aquel puntapié en el pecho, fue a darse con la estaca en la frente, y de la herida le manó abundante sangre. Pero no se quejó. En total silencio, se levantó, desgarró una tela, se vendó la herida y limpió la sangre que había caído sobre la alfombra. Luego, como si nada hubiese ocurrido, volvió a acercarse a mí, me sonrió y me dijo con gran dulzura: «Bien sabe Dios, querido primo, que no he dicho esas palabras para burlarme de ti o de ella... Disculpa que me haya distraído con este dolorcillo en la frente y con la sangre que ha manchado la alfombra. Pero ya estoy otra vez en lo que estoy. Dime, te lo ruego, cómo te ha ido esta vez». Le conté todo lo ocurrido y, al terminar, me eché a llorar. Pero mi prima dijo: «Alégrate, querido, pues al final conseguirás lo que buscas. La dama te acepta, no te quepa duda. Si hoy no se ha presentado, ha sido solo porque quiere probarte, saber si eres paciente y sincero en el amor que le muestras. Ve a verla mañana y observa bien las señales que te haga, pues se acerca la hora en que podrás alegrarte y olvidar tus pesares». Y con razones similares siguió consolándome de mi angustia y mis temores. Me trajo luego la comida, que yo rechacé volcando, de un puntapié, las escudillas, mientras exclamaba: «¡Todos los enamorados están como poseídos, y ni tienen ganas de comer ni pueden conciliar el sueño!». Mi prima Aziza replicó: «Verdad dices, tales son las señales del amor», y lloró con amargura mientras recogía los tiosos de las escudillas rotas y limpiaba los restos de comida. Hecho lo cual, se sentó a mi lado, mientras yo le pedía a Dios que llegase el nuevo día.

A la siguiente mañana —prosiguió Aziz, el mercader—, cuando ya la luz alumbraba, fui adonde solía, entré corriendo en el callejón y me senté en el banco de siempre. Al cabo de unos instantes se abrió la ventana y mi amada, sonriendo, asomó la cabeza. Volvió a meterse luego, pero se asomó enseguida otra vez. Ahora traía consigo un espejo, una bolsa, un lebrillo lleno de plantas verdes y una lámpara. Metió el espejo en la bolsa, ató esta y la arrojó hacia el interior de la casa; se soltó luego el cabello, de modo que le tapó el rostro; después colocó unos instantes la lámpara sobre las plantas, y, por último, lo recogió todo, se ocultó de mi vista y cerró el postigo. El corazón se me partió al verla desaparecer sin haber entendido nada de lo que quería indicarme,

pues sus señales me resultaban tan indecifrables como de costumbre, y tampoco esta vez había pronunciado una sola palabra. Todo ello no hizo sino acrecentar mis pesares. Volví sobre mis pasos y, con los ojos llorosos y el corazón triste, me encaminé hacia mi casa, donde me encontré a mi prima sentada, mirando hacia la pared y con las entrañas ardiéndole de angustia, pesar y celos. Su mismo amor, sin embargo, le impedía hacerme partícipe de su padecimiento. La miré con atención y vi que llevaba dos vendas en la cabeza, una por la herida que en la frente se hizo y la otra para taparse los ojos, que tenía enfermos de tanto llorar. Seguía tan mal o peor que en días anteriores. Se deshizo una vez más en lágrimas y recitó:

«Que allá donde te encuentres no sufras inquietud;
aunque no estés conmigo, te llevo en las entrañas...
Sea Dios donde anochezcas Quien te libre de males,
te guarde con salud, y dé buena compañía.
Desde que te marchaste, dejándome tan sola,
a mis ojos maltrechos no les faltan las lágrimas.
Desde que te marchaste me faltan tus noticias:
quiénes están contigo, dónde tienes morada.
Ojalá estés bebiendo de las aguas más puras;
la sed yo me la ahito con lágrimas amargas.
Todo puedo aguantarlo, los desvelos incluidos,
con una excepción sola: el mal de la distancia».

Mi prima me miró con lágrimas en los ojos; se las enjugó y vino hacia mí sin poder articular palabra. En silencio permaneció un rato y luego dijo: «Cuéntame, primo, qué te ha pasado con ella esta vez». Se lo conté todo y ella replicó: «Sé paciente, que ya está cerca el momento en que te unirás a ella y conseguirás lo que tanto deseas. Al mostrarte el espejo y luego meterlo en la bolsa te estaba diciendo: “Espera hasta que el sol se oculte”. El que se haya soltado el cabello sobre el rostro significa: “Cuando llegue la noche y las sombras se hayan extendido, ven a verme”. Con el lebrillo de plantas te estaba diciendo: “Entra, venida la hora, por el huerto que da al callejón”. Y, con la lámpara: “Una vez en el huerto, camina hasta que encuentres una lámpara encendida; siéntate debajo y espérame, pues lo que por ti siento me está matando”». Al oír estas explicaciones de mi prima, lancé un sonoro suspiro de desesperación y exclamé: «¡Siempre me prometes mucho, pero luego acudo a ella, y nada...! Todas tus interpretaciones carecen de sentido». Mi prima sonrió entonces y me dijo: «Solo tendrás que esperar a que recule la luz del día y llegue la noche con su turbiedad, para que se cumpla cuanto esperas. Lo que te digo es cierto, ya lo verás». Y recitó:

«Deja que pasen los días
sin que te lleven las cuitas.
Logros ha habido difíciles
que te ha hecho el Tiempo factibles».

Luego se me acercó y trató de reconfortarme con sus dulces palabras, pero no se atrevió a traerme nada de comer, por miedo a mis estallidos de cólera y porque quería, a toda costa, ganarse mi aquiescencia. Y, sin más interés que ese, vino hacia mí, me quitó la ropa y me dijo: «Ven, primo, a mi vera y descansa, que yo te entretendré hasta que la luz del día se disipe, y Dios mediante, no pasará esta noche sin que hayas estado con tu amada». Me senté, pues, a su

lado a esperar la noche, sin dejar un instante de suplicarle al Altísimo que apresurara el paso de las horas. Cuando, por fin, cayeron las sombras, mi prima rompió de nuevo a llorar con gran desconsuelo y luego me entregó un grano de abelmosco: «Ponte, primo, este grano en la boca. Y, así que hayas estado con tu amada y ella te haya permitido acceder adonde tanto deseas, recítale:

“Te ruego que me digas, si tienes experiencia:
¿qué debe hacer quien sufre de la pasión las penas?”».

Me besó luego y me hizo jurarle que repetiría aquellos versos al salir de casa de mi amada, y no antes. Le dije: «Descuida, así lo haré». Salió a la calle cuando llamaban a la oración de la noche, eché a andar y no me detuve hasta que llegué al huerto. La puerta estaba abierta y entré. Vi a lo lejos una luz y hacia ella fui. Hallé una suerte de palacete rematado por una cúpula de marfil y ébano, de cuyo centro pendía una lámpara encendida. El suelo estaba cubierto por un tapiz de seda bordada en oro y plata. Había también, bajo la lámpara, un gran cirio encendido en un candelabro de oro y un surtidor con diversas figuras. Junto a este habían dispuesto un mantel de seda con comida, y, al lado, una gran tinaja, de porcelana, llena de vino, así como un vaso de cristal con incrustaciones de oro, y, poco más allá, una gran bandeja de plata con tapa. La levanté y vi que contenía gran variedad de frutas: higos, granadas, uvas y naranjas, entre las cuales habían colocado flores y plantas odoríferas: rosas, jazmines, mirto, agavanzos, narcisos y otras aromáticas especies. Me paseé en torno al palacete, y tan a gusto estaba que se disiparon todas mis penas, a pesar de que no me había topado, en aquella casa, con ninguna criatura de Dios.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 116**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que según el ministro Dandán, Aziz, el joven mercader, siguió refiriéndole a Corona de Reyes:

Me paseé por los alrededores del palacete, feliz y contento, si bien no había hallado en aquella casa a una sola criatura de Dios. No vi, en efecto, a esclavo o esclava algunos ni a nadie que de cuanto encontré se ocupara. De manera que me senté en el palacete, a esperar la llegada de la prenda de mi corazón, y así transcurrió una hora, y luego otra y otra más, sin que mi amada hiciera acto de presencia. El estómago me dolía de hambre tras el largo tiempo que llevaba en ayunas por mis angustias de enamorado. Miré con atención a mi alrededor y comprendí que mi prima había interpretado con acierto las señales de mi amada. Ante la inminencia de nuestra unión, me entró un gran apetito, que espolearon los olores de los manjares allí dispuestos. De modo que, como mi alma no me pedía otra cosa que comida, me acerqué a la mesa puesta, levanté el tapete que la cubría y vi, en una fuente de porcelana, cuatro pollos asados y especiados, y, a su alrededor, cuatro escudillas. Una con confite de carne, la segunda con granos de granada, la tercera con *baklava* y la cuarta con *kataif*. Una sabia combinación de lo dulce y lo agrio, pues. Comencé hincándoles el diente a los *kataif*, que alterné con trozos de carne. Seguí con la *baklava*, de la que me serví una buena ración. Le tocó luego el turno al confite, del que comencé con una cucharada, a la cual siguieron enseguida otras cuantas. Y, como remate, le hice los honores a uno de los pollos. Con la tripa bien llena, se me aflojaron los miembros y me entró una irresistible

modorra, explicable tras mis largos desvelos de los pasados días. Me lavé las manos y eché la cabeza en uno de los almohadones; no tardó en vencerme el sueño. Y ya no supe qué más pasó hasta que sentí el picor de los ardientes rayos del sol. Al despertar vi que sobre el vientre me habían puesto sal y carbón. Me puse en pie de un salto, me sacudí la ropa y miré a un lado y otro, pero no vi a nadie. Había pasado la noche entera durmiendo sobre el mármol desnudo. Aturdido y apesadumbrado, comencé a llorar con gran desconsuelo, y, sin que me abandonase la lástima que por mí mismo sentía, salí del huerto y me encaminé a mi casa. Al llegar me encontré a mi prima dándose con la mano en el pecho y derramando tal cantidad de lágrimas que más parecía lluviosa nube, al tiempo que recitaba:

«Desde la patria sopla con suavidad el céfiro;
su caricia me aviva los más dulces recuerdos.
Acércate, Levante, refréscanos un rato;
no te olvides, si soplas, de los enamorados.
¡Así fuera posible recuperar las fuerzas
con las que a sus anhelos los amantes se entregan!
Luego de contemplar de Aziz, mi primo,
no permita el Señor que tenga yo más gozos.
¡Y así su corazón, como este pobre mío,
de ardorosa pasión se hubiese derretido!».

Al verme, se levantó presurosa, se enjugó las lágrimas y se dirigió a mí con su particular dulzura: «Benéfico se ha mostrado, primo, Dios con tu pasión, pues la persona a quien amas te ama también a ti, mientras que a mí nadie será capaz de reprobarme el que me pase en llanto y penar tus ausencias. Con todo, ¡que Dios no te pida cuentas por mi causa!». Dicho lo cual, me dedicó una sonrisa amarga y, dando nuevas muestras de ternura, me ayudó a quitarme la ropa. Dijo entonces: «No son estos los olores de quien ha disfrutado de su amada... Dime, primo, qué ha pasado». Cuando se lo hube contado todo, volvió a sonreírme con amargura y dijo: «¡No podría dolerme más el corazón...! Mas no permita Dios que nadie te haga daño a ti. Esa mujer te está costando demasiado, y a fe, primo, que temo por ti. La sal significa que, al quedarte dormido, te has parecido a la comida que por sosa se rechaza; conviene, pues, salarte bien, para que tu pasión no quede en meras apariencias, ya que el sueño les está vedado a los enamorados cabales. En fin, que esa mujer cree que tu amor es falso, pero yo digo que también el que ella finge tenerte es una mentira, pues viéndote dormido no te ha despertado. De ser su amor sincero, no te quepa duda de que lo habría hecho de grado. Y lo del carbón es como decirte: "Ennegrecéate Dios el rostro, lo que aparentas un amor que es falso"; que aún eres —quiere significar— un niño, sin más preocupación que el comer, el beber y el dormir. Tal es la interpretación de sus señales. ¡Librete Dios, el Supremo, de esa mujer!». Al oír sus palabras, me di con la mano en el pecho y asentí: «¡Bien cierto es todo eso, pues me quedé dormido, cuando lo propio de los enamorados es el velar! He atentado contra mí mismo, pues nada podía hacerme más daño que el comer y el dormir. ¿Qué será ahora de mí?». Me eché a llorar, tan desconsolado como nunca lo había estado, y añadí: «Dime, prima, qué puedo hacer ahora. Ten compasión de mí, y así Dios te la muestre a ti, porque, si no, me muero». Lo cierto es que mi prima me tenía un gran amor.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 117**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que según el ministro Dandán, Aziz, el joven mercader, siguió contándole a Corona de Reyes:

De modo que le dije: «Aconséjame qué debo hacer ahora; apiádate de mí, así se apiade Dios de ti». Y mi prima, que me quería muchísimo, respondió: «Lo haré de mil amores. Aunque, como ya te he dicho varias veces, primo, si yo pudiese entrar y salir con libertad de la casa, además de facilitar tu unión con esa mujer, me encargaría de manteneros a salvo de indiscretos. Voy a tratar de ayudarte, para que estés contento, y, Dios mediante, conseguiré que estéis juntos. Pero escucha con atención lo que voy a decirte y sigue todas mis instrucciones, una por una. Vuelve a ese lugar y espera, y, por más que sea la hora de la cena, quédate allí sentado guardándote mucho de no probar bocado, pues el comer trae consigo al sueño. Procura, ante todo, resistir las ganas de dormir, pues ella, de cuya maldad nos guarde Dios, no se acercará antes de que haya transcurrido un cuarto de la noche». Al oír aquellas palabras, renació en mí la esperanza y comencé a rezarle a Dios para que transcurriese el día. Luego, cuando por fin se hizo la noche y ya me disponía a salir, me dijo mi prima: «Cuando te hayas visto con ella, antes de marcharte, recítale los dos versos que te dije». «Descuida», le prometí. Salí y llegué al huerto, donde lo encontré todo preparado como el día anterior: comida, bebida, frutos secos, ramilletes de plantas aromáticas y cuanto es menester para una buena velada. No bien me acomodé en el palacete, percibí el olor de los alimentos; me dieron varias veces ganas de probarlos y otras tantas me resistí hasta que al cabo, sin poder resistirlo más, me acerqué al mantel, levanté el tapete y hallé una bandeja de pollo rodeada por cuatro escudillas, con cuatro comidas diferentes. Después de tomar un bocado de cada una, comí luego un poco de carne y, para terminar, decidí probar la *zarla*, y tan en su punto de dulzor estaba el arroz y tan suavemente azafranado que, cucharada a cucharada, no paré hasta saciarme y quedar con el vientre lleno. Como se me cerraban los ojos, eché mano de un almohadón, que me puse bajo la cabeza diciéndome: «Reposaré un poco sin llegar a amorrarme...». Pero no bien hube cerrado los ojos me quedé dormido y ya solo me despertó el sol que sobre mí brillaba. Sobre mi estómago encontré un astrágalo, de los que se usan para jugar a las tabas, un hueso de dátil y una semilla de algarroba. Del lugar, por otra parte, habían retirado la alfombra y todo lo demás, de modo que nadie habría creído que hacía solo unas horas había allí cuanto yo había visto. Me levanté, me sacudí la ropa, salí del huerto y me encaminé a mi casa, muy contrariado. Allí encontré a mi prima, lamentándose y recitando estos versos:

«Corazón roto, miembros descarnados,
mejillas húmedas de amargo llanto...;
un difícil amor..., mas ya se sabe
que propias del saludo son las sales.
Atormentado me has dejado el pecho,
primo, y los párpados, de llagas llenos».

La reprendí y la insulté, y ella se echó a llorar. Luego se secó las lágrimas, se acercó a mí, me besó y trató de estrecharme contra su pecho. Pero yo, que seguía irritado conmigo mismo, no se lo permití. Al cabo me dijo: «Parece, primo, que te has vuelto a quedar dormido». «Sí —le repuse—, y al despertar he hallado, sobre mi vientre, una taba, un hueso de dátil y una semilla de algarroba, y no tengo la menor idea de lo que querrá la joven decir con ello». Me eché a llorar y

le dije a mi prima: «Ayúdame a descifrar el mensaje». «Lo haré –replicó ella– de mil amores. La taba significa que has acudido con el corazón ausente, como si estuvieras distraído por otras ocupaciones; si se hubiera servido de palabras, te habría dicho: “El amor no consiste en esto; ¿acaso no te cuentas entre los enamorados?”. Con el hueso de dátil quiere indicarte que, si de verdad estuvieses enamorado, tu corazón estaría siempre en llamas y no gustarías el sueño, pues el placer que la pasión procura es como un dátil que en las entrañas prendiese una hoguera. El mensaje que con la semilla de algarroba te transmite es que el corazón del amante está fatigado; debes, pues, entender que te dice: “Has de mostrar, mientras no estemos juntos, la misma paciencia que Job”. Al oír estas interpretaciones, se avivaron las llamas que en mis entrañas ardían y se hizo tan intenso el dolor de mi corazón que exclamé: «¡Dios tiene decretado que me duerma yo una y otra vez, para mi desventura! Por mi vida te lo ruego, prima, piensa algo que me permita estar a su lado». Ella repuso: «Tales y tantas son las ideas, Aziz, primo mío, que en la mente me bullen que no puedo ni articular palabra... En fin, acude esta noche al huerto y procura no quedarte dormido, pues tienes en tu mano el cumplir tus deseos. Eso es lo que tengo que decir». «Esta noche –le aseguré–, Dios mediante, no me dormiré, ya verás». Se levantó entonces mi prima y me sirvió el almuerzo: «Come ahora cuanto quieras para que luego no te entre hambre». Le hice caso, y más tarde, cuando cayó la noche, me trajo mi prima un suntuoso traje, me ayudó a ponérmelo, me hizo jurarle que le recitaría a mi amada el dístico mencionado y volvió a advertirme contra el sueño. Salí luego a la calle y fui a casa de mi amada. Una vez en el huerto, miré repetidas veces a mi alrededor y, cuando las tinieblas se fueron haciendo más espesas, comencé a abrirme los párpados con los dedos y a mover de un lado a otro la cabeza.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 118**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, Aziz, el joven mercader, siguió contándole al príncipe Corona de Reyes:

Me introduje en el huerto, me acomodé en el palacete y, desde allí, miré cuanto a mi alrededor había. De vez en cuando me abría bien los ojos con los dedos y meneaba la cabeza a un lado y otro. A medida que la noche avanzaba me costaba más mantenerme en vela, al tiempo que se me iban haciendo irresistibles los olores de la comida. De modo que, cuando ya no pude aguantar más, me acerqué adonde, como de costumbre, habían tendido el mantel, levanté el tapete y probé un bocado de cada uno de los platos, así como un pedazo de carne. Luego me llegué a la tinaja del vino y me dije: «Tómate una copa, una sola». Y así lo hice. Pero a la primera siguió una segunda, luego una tercera y, cuando quise acordar, ya me había tomado diez. Me dio entonces un aire y caí al suelo, como muerto. Y allí tendido seguí hasta que apuntó el nuevo día y me desperté. Me hallé fuera del huerto. Sobre el vientre me habían dejado una cuchilla afilada y una suerte de moneda de hierro. Echándome a temblar, agarré ambos objetos y volví a mi casa. Allí encontré a mi prima, que estaba hablando sola: «En esta casa soy una desgraciada, siempre triste, sin más ayuda que el llanto». Nada más entrar, me desplomé, desvanecido, y dejé caer la cuchilla y la moneda. Al volver en mí le conté a mi prima lo sucedido y concluí: «Nada, hoy tampoco he conseguido lo que buscaba».

Ella, conmovida por mi llanto y mi pesar, se desahogó: «¿Para qué he tratado de aconsejarte? Te he encarecido una y otra vez que no te durmieras, pero no me has hecho caso. De nada han valido mis consejos...». «Te ruego, por lo más sagrado –le pedí–, que me expliques lo que significan la cuchilla y la moneda». Ella repuso: «La moneda representa su ojo derecho, y es como si la joven te hubiese dicho a la cara: “Por el Sustentador de los mundos y por mi ojo derecho te juro que, si vuelves otra vez y te quedas dormido, te degollaré con esta cuchilla”. No sé, primo, si podrás evitar las malas artes de esa mujer..., y tengo el corazón tan triste que apenas puedo hablar. Si estás seguro de que no volverás a caer dormido, vuelve una vez más, mantente despierto y lograrás lo que tanto anhelas. Si, por el contrario, crees que volverás a dormirte, lo mejor es que no vuelvas, pues a buen seguro cumplirá ella su amenaza y te cortará el cuello». Le pregunté: «¿Y qué debo hacer ahora, prima? Por Dios te pido que me ayudes a salir con bien de esta». Mi prima repuso: «De mil amores. Si oyes mis palabras y me obedeces, todo saldrá a pedir de boca». «Haré lo que tú me digas», le aseguré. «Te lo diré cuando llegue la hora de que te vayas», respondió. Luego me estreché entre sus brazos y me llevó hasta mi lecho. Y no dejó de darme suaves fregamientos hasta que, vencido por el sueño, me quedé dormido. Trajo un abanico y a mi cabecera permaneció, sin parar de refrescarme el aire, hasta el atardecer, cuando me despertó.

Al abrir los ojos la vi a mi lado, con el abanico en la mano y llorando. Tenía el vestido húmedo por las lágrimas. Al verme despierto se las enjugó y me trajo la cena, pero yo me negué a probar bocado. Me preguntó: «¿No hemos quedado en que me obedecerías?». Comí entonces sin rechistar. Ella me fue poniendo bocado tras bocado en los labios y me animaba a masticarlo, y así, hasta que quedé saciado. Me dio zumo de uva con azúcar, me lavó las manos, me las secó con un pañuelo fino y me roció con agua de rosas. Muy recuperado, me quedé con ella mientras pasaba el tiempo. Cuando por fin atardeció, me ayudó a vestirme y me dijo: «Mantente en vela toda la noche, primo, no vayas a dormirte. Ella acudirá de madrugada. Si Dios quiere, esta noche conseguirás lo que tanto deseas, pero no olvides lo que te he encomendado», y, esto diciendo, se echó a llorar. Dolido en el corazón por sus reiterados llantos, le pregunté: «¿Cuál fue el encargo que me hiciste?». Mi prima repuso: «Que, antes de marcharte, le repitas los versos que te recité». Salfé de casa lleno de optimismo, llegué al huerto, me acomodé en el palacete y allí estuve sentado, con el estómago bien lleno y sin mayor problema, durante el primer cuarto de la noche. A partir de entonces las horas se me hicieron largas como años, pero me las arreglé para permanecer despierto hasta que, transcurrido que hubieron tres cuartas partes de la noche, oí cantar a los gallos. La vela me había dado hambre, de modo que me acerqué adonde habían puesto el mantel y comí cuanto me apeteció. Ya me pesaba la cabeza, del sueño que me entró, cuando oí un ruido a lo lejos. Me puse en pie, me lavé las manos y la boca y me espabilé. Unos instantes después compareció la joven, acompañada de diez esclavas, entre las cuales era como la luna entre las estrellas. Traía puesta una túnica de brocado verde bordado en oro bermejo. Era como dijo el poeta:

A los hombres deslumbra, con su túnica verde,
los botones abiertos, la cabellera suelta.
«¿Cómo os llamáis?», pregunto. «Soy quien los corazones
de los hombres abrasa», petulante contesta.
Al corriente la pongo de lo mucho que sufro.
«Nadie ablanda –me dice– con palabras la piedra».
«Como sabéis –contesto–, Dios, cuando fue preciso,
hizo que de un peñasco chorros de agua salieran».

Al verme se echó a reír y me preguntó: «¿Cómo habéis conseguido manteneros despierto esta vez? Por vuestra vela de esta noche sé que estáis enamorado, pues lo natural es que quienes mucho aman pasen las noches en blanco cuando sufren de ausencia». Les hizo una seña a las esclavas y se marcharon todas. Luego se me acercó y me estrechó contra su pecho. Nos besamos. Me sorbió el labio inferior y yo a ella, el superior. Alargué la mano hacia su cintura y se la palpé. Caímos juntos a tierra. Ella se desanudó los zaragüelles y se los bajó hasta las ajorcas. Nos lanzamos así a la amorosa batalla sin saltarnos un paso: los abrazos, el coqueteo, las palabras dulces, los mordiscos, el levantar de piernas, el circunvalar la Casa y sus cuatro esquinas¹⁸⁵... A ella al cabo se le relajaron los miembros y quedó como ida. Aquella fue noche de alegrías para el corazón y de alivio para los ojos, tal como dijo el poeta:

Fue la noche más bella que he vivido,
cuando vencerme no logró la copa.
Separé de mis ojos la modorra,
y le junté la ajorca y el zarcillo.

A la mañana siguiente, cuando ya iba a marcharme, la dama me retuvo, tomándome del brazo. «Espera, tengo algo para ti», me dijo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 119, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, el joven y cuitado mercader siguió contándole su historia al príncipe Corona de Reyes:

Cuando, a la mañana siguiente, me disponía ya a marcharme, ella me retuvo y me dijo: «Espera, que tengo algo para ti». Abrió entonces un pañuelo, sacó de él este trozo de tela, lo desenrolló y me encontré con el bordado de gacelas que ha visto vuestra alteza. «Es obra de mi hermana», me dijo. «¿Y cómo se llama tu hermana?», pregunté. «Luz de la Senda es su nombre. No pierdas esta tela», fue su respuesta. Muy extrañado, me la guardé. Acordamos que yo iría a visitarla todas las noches al huerto y me despedí. Me fui, pues, de su lado, tan contento que olvidé por completo repetirle los dos versos que había memorizado hacía unos días. Eché a andar y ya no me detuve hasta que llegué a mi casa, donde me encontré a mi prima acostada. Al verme, se puso en pie, con los ojos llorosos; se me acercó, me besó y me preguntó: «¿Has cumplido mi encargo, le has recitado los dos versos?». Le repuse: «No, no me he acordado... Me he distraído con esta figura de gacela», y le tendí el lienzo. Ella se sentó, desesperada, y, con los ojos de nuevo anegados en lágrimas, recitó:

«No te marches aún, no corras tanto,
que no dura por siempre la alegría.
Natural en el Tiempo es la perfidia,
y al desamor conducen los abrazos».

¹⁸⁵ Referencia al rito que practican los peregrinos en torno a la Káaba, en La Meca.

Luego añadió: «Regálame, primo, esa tela». Yo se la di de buen grado, ella la tomó entre sus manos, la desplegó y la contempló con atención. A la hora de mi partida me dijo: «Vete en paz y recuerda: antes de dejar a tu amada, repítela el dístico que te recité y que acaso hayas olvidado». «Dímelo otra vez», le pedí. Mi prima me repitió los versos y yo salí, como tenía por costumbre, hacia mi amorosa cita. En el palacete del huerto me encontré con la joven dama, que me estaba esperando. Al verme se puso en pie, me besó e hizo que me sentara en su regazo. Comimos, bebimos e hicimos lo que habíamos ido a hacer. Ya lo he contado antes, de modo que no hay por qué repetirlo. A la mañana siguiente le recité los versos de mi prima:

“Te ruego que me digas, si tienes experiencia:
¿qué debe hacer quien sufre de la pasión las penas?”».

Al oírlos, se le saltaron a mi amada las lágrimas y enseguida recitó:

«En secreto guardar lo mucho que padece
y afrontar cuanto ocurra, si puede, con paciencia».

Me los aprendí de memoria y me puse muy contento al ver que se cumplía con ello el deseo de mi prima, a quien hallé, al volver a mi casa, acostada. A su cabecera estaba sentada mi madre, llorando por verla así. Al entrar en la habitación me dijo mi madre: «¡Mira a quién tenemos aquí! ¿Cómo puedes ser tan desaprensivo, dejar a tu prima en este estado sin preguntar siquiera cómo se halla?». Mi prima, por su parte, al darse cuenta de que estaba yo allí, levantó la cabeza, se incorporó y me preguntó: «¿Le has repetido los versos que te recité?». «Sí —le repuse—, y no más oírlos se ha echado a llorar. Luego me ha recitado otros dos, en respuesta a los tuyos». Mi prima me pidió que se los repitiera. Así lo hice yo. Ella se echó a llorar y añadió otros dos:

«Paciente ya está siendo, sin el menor deslíz,
pero a su corazón le van faltando fuerzas».

Luego dijo: «Cuando vuelvas a estar con ella, recítale los versos que acabas de oír». «Descuida», le repuse yo. Más tarde, llegada la hora, acudí como era mi costumbre al huerto, y entre mi joven amada y yo volvió a haber todo aquello para lo que no es fácil encontrar palabras. Luego, antes de marcharme, le recité los dos últimos versos de mi prima, los que comenzaban diciendo: «Paciente ya está siendo...». Nada más oírlos, mi amada derramó abundantes lágrimas y recitó a su vez:

«Si guardar ya no puede de su amor el secreto,
ir pensando en la muerte supongo que debiera».

Los memoricé y me fui a mi casa, donde hallé a mi prima echada e inconsciente, con mi madre sentada a su cabecera. Al oírme hablar, sin embargo, recobró la consciencia, abrió los ojos y me preguntó: «¿Le has repetido, Aziz, los dos últimos versos que te recité?». Le contesté que sí y que ella, por su parte, después de echarse a llorar, me había recitado otros dos, los que comenzaban diciendo: «Si guardar ya no puede...». Al oír la respuesta de mi amada, volvió mi prima a perder el sentido. Volvió luego en sí y recitó:

«No hay nada más que hablar: me acogeré a la muerte.
Quede en paz quien la unión amorosa impidiera».

Más tarde, de noche ya, salí, como tenía por costumbre, de mi casa camino del huerto, donde hallé a la joven dama esperándome. Nos sentamos, comimos, bebimos, hicimos lo que nos vino en gana y luego dormimos hasta la mañana siguiente. Y, cuando ya me iba a marchar, le recité los dos últimos versos de mi prima. Nada más oírlos soltó un penetrante grito y aseveró: «Ten por seguro que quien ha dicho esos versos no se cuenta ya entre los vivos». Guardó silencio unos instantes, derramó nuevas lágrimas y añadió: «¡Eres un desgraciado! ¿Qué parentesco te une con esa mujer?». «Es mi prima, la hija del hermano de mi padre», repliqué. Mi joven amada exclamó: «¡Mentira! Si fuese tu prima, le tendrías el mismo amor que ella te ha profesado. Tú eres quien la ha matado, no te quepa duda. ¡Así recibas de Dios el mismo trato...! Si yo hubiese sabido que ella era tu prima, no te habría atraído a mí». Le repuse: «Pues fue ella quien me interpretó las señales que me dabas y me indicaba lo que debía hacer. Si he conseguido gozar de tu compañía, ha sido gracias a sus buenos oficios». Preguntó: «¿Y llegó a enterarse de cuanto ha habido entre nosotros?». Como contesté que sí, la joven exclamó: «¡Dios te amargue la juventud tanto como tú se la has amargado a tu prima!», y poco después me ordenó: «¡Ve ahora mismo a verla!». Salí de allí confuso y aturcido, y solo detuve mis pasos al llegar a nuestro callejón. Oí un gran griterío, pregunté la causa y me dijeron: «¡Es Aziza, vuestra prima! ¡La hemos encontrado sin vida, detrás de la puerta!». Entré en la casa y mi madre me salió al encuentro. «Del cuello te pende la culpa de su muerte... ¡No te perdone Dios su sangre!», me dijo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 120, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, el joven mercader siguió refiriéndole a Corona de Reyes:

Entré en la casa y, no más verme, mi madre me dirigió graves reproches: «De tu cuello pende la culpa de su muerte... ¡No ha de perdonarte Dios su sangre! ¿Cómo has podido hacerle eso a una prima tuya!». Vino luego mi padre, preparamos el cadáver, salimos en cortejo fúnebre, la enterramos y nos congregamos en torno a su tumba, tres días seguidos, para escuchar la recitación del Sagrado Corán. Volví a mi casa muy apesadumbrado. Mi madre se me acercó y dijo: «Quiero saber qué fue lo que le hiciste para que acabara reventándole la vesícula. Mil veces le he preguntado a la pobre mía cuál era la causa de su enfermedad, pero ella nunca me la reveló. Por Dios te conjuro: confiesa lo que le hiciste». Repuse: «Yo no he hecho nada». Pero mi madre insistió: «¡Dios te hará pagar por su sangre! Tu prima me lo ocultó todo y nos dejó sin quejarse ni una sola vez de ti. Con todo, durante su último trance, que yo pasé a su lado, abrió los ojos y me dijo: “¡Así exonere Dios, tía, a vuestro hijo de la deuda de mi sangre y no lo castigue por lo que me ha hecho! Nada me ha ocurrido, sino que Dios me traslada de este mundo efímero al otro, que es para siempre”. Le contesté: “Queda en paz, hija, y quede en paz tu juventud”, y seguí preguntándole por la causa de su enfermedad, pero ella se aferró al silencio. Luego sonrió

y dijo: “Cuando vuestro hijo, tía, se disponga a salir hacia donde tan a menudo va, decidle que, al marcharse de allí, diga lo siguiente: ‘Tan hermosa es la lealtad como horrendo el traicionar’. Es la expresión de mi ternura hacia él, pues lo mismo que he sido solícita con mi primo en vida quiero serlo tras mi muerte”. Dicho esto –continuó mi madre–, me dio para ti un objeto y me hizo jurarle que solo te lo entregaría cuando te viese llorar de pena por ella, y eso es lo que haré». Le pedí que me enseñara el objeto, pero ella se negó en redondo. No me importó mucho, pues enseguida estaba yo otra vez pensando en mis placenteros encuentros, y ni volví a acordarme en todo el día de la muerte de mi prima, pues tenía el seso sorbido y no deseaba otra cosa en mi alma sino estar a todas horas a la vera de mi amada.

Cuando por fin cayó la noche me dirigí de nuevo al huerto de mi amada, a quien encontré sobre ascuas, por la larga espera. En cuanto me vio, se vino hacia mí, me abrazó y me preguntó por mi prima. Le contesté: «Murió... Le hicimos el funeral, con varias recitaciones del Sagrado Corán, pero de eso hace ya cinco noches, contando esta». Al oír estas palabras, mi amada lanzó un grito, se echó a llorar y se lamentó: «Ya os dije que le ocasionaríais la muerte. Si yo hubiese sabido de ella a tiempo, le habría devuelto la merced que me hizo al propiciar nuestro primer encuentro. De no ser por ella, jamás hubiésemos estado juntos. Ahora temo que vos caigáis por ello en desgracia». Le repliqué: «Ella me exoneró de todo antes de morir», y le referí cuanto mi madre me había contado. Dijo: «Por lo más sagrado os ruego que, cuando veáis a vuestra madre, averigüéis de qué objeto se trata». Contesté: «Mi madre me ha contado que, antes, de morir, mi prima le dejó dicho que, cuando volviera yo adonde acudo a diario, transmitiese estas palabras: “Tan hermosa es la lealtad como horrendo el traicionar». Mi amada exclamó: «¡Dios, el Supremo, se haya apiadado de ella! Os ha salvado de mí, pues os aseguro que mi intención era haceros daño; pero ya no tenéis nada que temer». Asombrado, le pregunté: «¿Y qué pensabais hacer conmigo, después de todo el afecto que nos profesamos?». Ella repuso: «Sentís pasión por mí, es cierto, pero sois muy joven, os falta doblez y nada sabéis de nuestros engaños y añaegas. Si vuestra prima siguiera viva, os sería de gran ayuda. Reparad en que ha sido ella quien os ha librado de la muerte. Por eso os recomiendo, y os lo encarezco: no converséis, qué digo, ni dirijáis la palabra a ninguna de nosotras, ni joven ni vieja. Cuidaos mucho de ello, pues nada sabéis de la perfidia y malas artes de las mujeres, y quien os podía dar consejo ha pasado a mejor vida. Temo, pues, que, sin vuestra prima, os sobrevenga la desgracia y no halléis quien pueda salvaros».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 121**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el relato del ministro Dandán, el joven Aziz continuó diciéndole a Corona de Reyes:

Mi joven amada me dijo: «Temo que puedas verte en una situación comprometida, de la que nadie logre zafarte, ahora que tu prima ha muerto. ¡Pobre muchacha! Ojalá hubiese yo sabido de ella, estando aún en vida, para pagarle el favor que me hizo. Dios la tenga en Su gloria... Supo guardar su secreto... Deseo que hagas algo por mí». Le pregunté lo que quería y

repuso: «Que me lleves adonde esté enterrada, pues quiero visitar su tumba e inscribirle unos versos». «Mañana, Dios mediante», fue mi respuesta. Dormí a su lado aquella noche, y ella a cada instante exclamaba: «¡Ojalá me hubieras hablado de tu prima antes de su muerte!». Yo le pregunté: «¿Qué significan esas últimas palabras que pronunció: “Tan hermosa es la lealtad como horrendo el traicionar”?». La joven dama guardó silencio. A la mañana siguiente tomó una bolsa de oro y me dijo: «Vamos, llévame a su tumba, que quiero rendirle visita e inscribirle unos versos. Tengo intención asimismo de levantarle un monumento, pedir para ella la misericordia divina y dar este oro a los pobres por el bien de su espíritu». «Lo que tú digas», repuse, y echamos a andar. Iba yo delante, guiando, y la joven detrás de mí, repartiendo limosnas por el camino. Cada vez que entregaba una moneda decía: «Vaya esta limosna por el espíritu de Aziza, quien su secreto guardó y apuró hasta las heces el cáliz de la muerte sin declarar su gran amor». Cuando llegamos al lugar del enterramiento, no quedaba ya nada en la bolsa. La joven dama se arrojó sobre la tumba y se echó a llorar con gran desconsuelo. Sacó luego un punzón de acero y un martillo fino, con los que grabó, sobre el cipo, y en vistosa caligrafía, los siguientes versos:

*Pasé, en un camposanto, por una tumba sola;
sobre su faz crecían, tristes, siete amapolas.
«¿De quién es?», pregunté, y contestó la tierra:
«De un amante esta tumba es morada intermedia»¹⁸⁶.
«Dios te guarde –añadí–, víctima del amor,
y quiera concederte Su mejor galardón.
Sobre los cuerpos yertos que yacen en sus tumbas
el polvo del olvido con desdén se acumula.
Un florido vergel en torno a ti plantara,
tumba, que regaría con mis copiosas lágrimas».*

Hecho esto, se levantó con los ojos llenos de lágrimas y emprendimos el camino de regreso al huerto. Me dijo: «Por lo más sagrado te lo ruego: no te separes nunca de mi lado». «De mil amores», repuse, y seguí frecuentándola como hasta entonces. Y, cada noche que con ella pasaba, después de agasajarme, mi joven amada me pedía que le repitiera las palabras que mi prima Aziza comunicó a mi madre, lo que yo hacía de buen grado. Con el régimen de vida que llevaba, a base de comida y bebida, de arrumacos y abrazos, de vivir entre lujos y molicie, engordé más de lo que debiera, y, como no tenía motivos para preocuparme, acabé olvidándome de mi prima, absorto como estaba en mis placeres. Un año entero pasé así. Al comienzo del siguiente, fui a los baños, me asexé y estrené un lujoso traje. Cuando salí, me tomé un vaso de vino y aspiré con delectación los aromas que despedía mi ropa, que acababan de perfumarme. No podía yo estar más ajeno a la perfidia del Tiempo y las vicisitudes que el vivir entraña. Con el ocaso me entraron, como de costumbre, ganas de ver a mi joven amada. Salí, pues, de mi casa, pero de tan borracho como iba, acabé metiéndome en el que llaman Carril del Capitán. Allí me salió al paso una vieja que venía hacia mí con una vela encendida en una mano y un escrito muy bien enrollado en la otra.

¹⁸⁶ Traduzco como «morada intermedia» el término *bárzaj*, presente en el Sagrado Corán, XXIII (Los fieles), 100, que designa el ámbito que hay entre esta vida y el más allá; en concurrencia con la imagen, igualmente coránica, de «la junta de las aguas», el término ha alcanzado gran trascendencia en la metafísica sufi. Véase Henry Corbin, *Templo y contemplación*, trad. M. Tabuyo y A. López, Madrid: Trotta, 2003, *passim*.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 122**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con el relato del ministro Dandán, Aziz, el joven mercader, siguió refiriéndole al príncipe Corona de Reyes:

Me metí en el Carril del Capitán y me salió al paso una anciana que venía, en sentido contrario al mío, con una vela encendida en una mano y un escrito bien enrollado en la otra. Al acercarme a ella me di cuenta de que traía los ojos llorosos y venía recitando:

«¡Bendito el mensajero que anuncia tu venida!
Imaginar no puedo más dichosas noticias.
Quizá no me lo aceptes, pero yo te regalo
el corazón que al irte dejaste destrozado».

Al verme, me preguntó la anciana: «¿Sabéis leer, hijo?». «Sí, abuela», repuse. Y ella: «Pues leedme este papel», y me entregó el escrito. Lo abrí y leí lo que decía. Era, a todas luces, la carta de alguien ausente que enviaba saludos a sus seres queridos. Así se lo transmití a la anciana, quien, regocijándose de las buenas nuevas, pidió por mí: «¡Dios alivie vuestros pesares como ha aliviado los míos!». Le devolví la carta y la anciana echó a andar de nuevo y se alejó un trecho. Me entraron entonces ganas de orinar y me acurrugué por allí en un sitio apartado, a evacuar líquidos. Me levanté, me compuse y dejé caer los bajos de mi túnica. Cuando ya iba a echar de nuevo a andar, se me acercó la anciana, me besó la mano y dijo: «Dios, el Supremo, adorne vuestra juventud y os evite reveses, señor mío. Os ruego que me acompañéis hasta esa puerta que ahí veis, a dos pasos, pues acabo de transmitir lo que vos habéis dicho, pero no me creen. Venid, hacedme el favor y leedse la vos, que Dios os lo pagará». Pregunté: «¿De quién es la carta?». «Esta carta, joven señor —me explicó la anciana—, es de un hijo mío a quien no he visto desde hace diez años, pues emprendió viaje de negocios, como buen mercader que es, y lleva todo este tiempo en tierras lejanas. Ya habíamos perdido toda esperanza, muerto lo creíamos, cuando nos ha llegado esta carta. Y tiene un hijo una hermana que no ha cesado de llorarlo, día y noche, todos estos años. “Tu hermano está en perfecto estado”, le he dicho; pero ella, incrédula, me ha respondido: “Tenéis que traerme a quien me lea la carta, para que pueda yo quedarme tranquila”. Bien sabéis vos, hijo mío, que quien mucho ama está siempre dispuesto a pensar lo peor. Hacedme, pues, la merced de leer en voz alta la carta, parado ante la cortina que tenemos en el vano de la puerta. La hermana de mi hijo os oirá desde dentro, y de ese modo conseguiréis el galardón que tiene prometido quien ayude en su necesidad a otro musulmán o le alivie sus pesares. Bien sabréis que el Enviado, a quien Dios bendiga y dé la paz, dijo, en efecto: “A quien al apesadumbrado alivie de su pesar lo aligerará Dios de algún pesar en la otra vida”; y que otra tradición profética reza: “A quien en este mundo alivie de un pesar a su hermano lo aligerará Dios de setenta y dos pesares el Día de la Resurrección”. No me decepcionéis, joven señor, pues que a vos me he dirigido». «Lo haré con mucho gusto; id delante de mí», le dije. La vieja me guio pocos pasos más allá y se paró ante la puerta, chapada en cobre, de una gran casa. Me paré allí, la anciana voceó algo en persa y

al punto acudió una muchacha con la ropa levantada hasta más arriba de las rodillas, por lo que pude verle unas piernas que turbaban el ánimo y el pensamiento. Bien dijo el poeta:

La pierna se descubre para que quien la vea,
de lo que sigue oculto tenga cumplida muestra,
y la copa le ofrece a quien por ella muere.
¡Cierto es que vino y piernas encandilan las mentes!

La joven llevaba las piernas, aquellas dos columnas de mármol, adornadas de sendas ajorcas de oro con pedrería; traía también las mangas remangadas hasta las axilas, dejando ver unos brazos blanquísimos donde lucían dos buenos pares de brazaletes; de las orejas le pendían unos zarcillos de perlas y sobre el pecho llevaba un collar de gemas; se tocaba la cabeza de una fina redecilla con valiosos abalorios, y llevaba los faldones de la túnica alzados y sujetos por el cordón de los zaragüelles. Se diría que la habíamos sorprendido en medio de una trabajosa tarea. Al verme, preguntó en la más dulce y pura lengua árabe, tal como no recuerdo haber oído jamás: «¿Es este quien va a leer la carta?». «Sí», repuso la anciana, quien me tendió el escrito desde donde estaba, a cosa de una caña de la puerta. Tendí yo a mi vez la mano para alcanzar la misiva, lo que me obligó a asomar la cabeza y los hombros por el vano de la puerta. La anciana se colocó de repente a mis espaldas y, cuando ya tenía yo la carta entre mis dedos, me asestó tal empuellón que dio conmigo en el suelo del zaguán. Volvió a entrar la anciana, con la celeridad del rayo, y cerró la puerta con cerrojo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 123**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, Aziz, el joven mercader, siguió contándole a Corona de Reyes:

La anciana volvió a entrar, como una centella, en la casa y al punto cerró y aseguró la puerta. Al verme en el interior de la casa, la joven se vino hacia mí, me aferró y derribó. Se montó sobre mí, me apretó el vientre con las manos y me ocasionó tal dolor que perdí el sentido. Me sujetó luego con fuerza y me llevó al interior de la casa. La anciana venía detrás de nosotros, con la vela encendida, y así cruzamos siete salas, pasadas las cuales me vi en un gran salón flanqueado por cuatro galerías porticadas, de tales proporciones que bien habría valido para jugar al polo. Una vez allí me sentó y me dijo: «Abrid bien los ojos». Así hice yo, aún mareado de tanto como me había apretado y retorcido el vientre, y pude ver la admirable fábrica de aquel gran salón, rematado en el mármol más esplendoroso, tapizado de brocado y bien provisto de tarimas y almohadones. Había asimismo un par de reclinatorios de latón y un lecho de oro bermejo, con engastes de perlas y gemas, que bien habría valido para un rey. La joven me preguntó: «Decidme, Aziz, ¿qué preferís, la muerte o la vida?». «La vida», dije, y ella: «Pues, si es vivir lo que queréis, habréis de casaros conmigo». Yo: «Nunca me casaría con alguien como vos». Ella: «Casándoos conmigo podréis libraros de Dalila la Taimada». Yo: «¿Quién es esa?». Ella, entre risas: «¿No la conocéis después de haber sido su asiduo compañero desde hace ya un año y cuatro meses, que hoy mismo

se cumplen? ¡Dios la haga perecer! Nadie ha habido peor que ella, bien lo sabe el Altísimo... Si a tantos les ha ocasionado la muerte, a muchos más les ha hecho toda clase de fechorías. Lo que no comprendo es cómo a vos no os ha matado, cómo ni siquiera os ha perjudicado al cabo de tanto tiempo juntos...». Atónito por estas palabras, le pregunté: «¿Y por quién, señora, sabéis tanto de ella?». Su respuesta fue: «La conozco del mismo modo que el Tiempo conoce a las desgracias que trae consigo... Pero quiero que me contéis cuanto con ella habéis vivido, para averiguar cuál es la causa de que sigáis sano y salvo».

Le conté todo lo ocurrido con Dalila y mi prima Aziza. Mucho se conmovió ella al oírme hablar del final de mi prima. Elevó sus preces al Altísimo pidiéndole que la tuviese en Su seno, derramó copiosas lágrimas, entrecrocó las manos y me dijo: «¡Quiera Dios compensaros por su pérdida, Aziz! Sabed que ella ha tenido que ser la causa de que Dalila la Taimada no os haya causado algún daño irreparable. Más aún, creo que, de no haber sido por vuestra prima, no os contaríais ya entre los vivos. ¡Miedo me dan sus malas artes! Pero no puedo hablar...». «Como os lo he contado ocurrió», aseguré. La dama meneó la cabeza y aseveró: «Nadie hay ya como Aziza...». Yo continué con mi relato: «Y a la hora de la muerte me dejó encargado que repitiese, con exactitud las palabras siguientes: “Tan hermosa es la lealtad como horrendo el traicionar”. No bien hubo oído esto exclamó mi raptora: «¡Eso es, Aziz! No os quepa duda de que esas palabras son las que os han salvado la vida. Vuestra prima os ha hecho grandes mercedes aun después de muerta. Dios es testigo de cuán grande ha sido mi deseo de reunirme con vos, un día al menos; pero solo hoy lo he logrado tendiéndoo esta trampa, que, para mi dicha, ha dado su fruto. Sois joven y nada sabéis de la astucia de las mujeres ni de las calamidades que las viejas traen consigo...». Yo: «¡Razón tenéis!». Ella: «Pero quedaos ahora tranquilo y alegraos, pues, si al muerto le llega la misericordia, no le faltan al vivo los favores. Sois un joven donoso, y yo solo quiero que nos unamos con arreglo a la ley de Dios y la Tradición del Profeta, a quien Dios bendiga y dé la paz. Podréis contar con todo el capital y las telas que se os antoje tener. Yo os lo procuraré todo de inmediato sin pedir os nunca nada a cambio. Conmigo tendréis siempre pan recién sacado del horno y agua en el cántaro. Lo único que os pido es que hagáis la tarca del gallo...». Yo: «¿Y cuál es la tarea del gallo?». Ella comenzó a dar palmadas, y casi se cae, de la risa que le entró. Se recompuso luego y, mientras se acomodaba, dijo: «¿De verdad no sabéis en qué consiste la tarea del gallo?». Yo: «Os lo aseguro, no sé cuál es». Ella: «Pues sencillamente en comer, beber y joder». Avergonzado, volví a preguntarle: «¿Esa es la tarea del gallo?». «Esa misma –dijo la joven– y no otra... Solo os pido que os fajéis bien, que empujéis sin descanso y no dejéis de apretar...». Dicho esto, dio una palmada y una voz: «¡Podéis traerlos, madre!». Y, sin más, entró la anciana en el salón donde nos hallábamos, acompañada de cuatro escribanos, y encendió cuatro velas. Los hombres me saludaron y se sentaron. La dama se puso en pie, se echó un velo por encima y dio poderes a uno de los escribanos para que la representara. La contrayente declaró, mientras los demás tomaban buena nota, haber percibido ya cuantos derechos en compensación le correspondían, tanto en ese momento como tras la consumación del matrimonio, y asimismo que ponía a mi disposición la cantidad de diez mil dírham, que pasaban, por aquel acto, a engrosar mi patrimonio.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 124**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió refiriendo las palabras del joven Aziz:

La joven declaró haber recibido cuantas compensaciones pudieran corresponderle y se comprometía a entregarme la cantidad de diez mil dirhams. Luego se marcharon los escribanos, a quienes satisfizo ella sus honorarios. Acabadas las formalidades, se puso en pie la dama, se despojó de cuanta ropa llevaba encima hasta quedar solo con una fina camisa bordada en oro; se quitó asimismo los zaragüelles y, tomándome de la mano, me condujo al lecho. «¡Nada puede objetarse a lo que la Ley de Dios declara lícito!», exclamó mientras se echaba, boca arriba, y me atraía sobre sí. Soltó un suspiro, al que siguieron insinuantes susurros, y se levantó la camisa hasta por encima de los pechos. Cuando así la vi, no pude resistirme más, y le encajé la verga, después de chuparle los labios. Ella gemía, sumisa, y a mí se entregaba con lágrimas en los ojos. Aquello me recordó las palabras del poeta:

Al retirar la tela que el pubis le cubría,
una raja hallé angosta, como la suerte mía.
Lanzó un hondo suspiro cuando le metí media.
Yo: «¿Por qué esos suspiros?». Ella: «Por lo que queda».

La joven me dijo: «Quedaos a gusto, amor mío, que soy vuestra esclava. Tomadla con vuestra mano y metédmela toda, por mi vida... No, dádme la mejor a mí, que yo sabré clavármela bien y aliviarme las entrañas». Y no dejó de hacerme oír sus gemidos y suspiros, que acompañaron a los besos y estrechos abrazos. Así, hasta el momento en que nuestros gritos llegaron a la calle. Después de haber gozado de nuestra ración de bienaventurada dicha, nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, cuando me disponía a marcharme, vino a mí riéndose y dijo: «¿Acaso creéis que lo mismo que habéis entrado os vais a marchar, como si estuviésteis en los baños? Me tomáis, según parece, por Dalila la Taimada. Guardaos mucho de ello, pues sois mi esposo según el Libro y la Tradición. Si es que estáis embriagado, volved a vuestros cabales, pues esta casa se abre un solo día al año. La puerta es recia, como ya sabréis, pero id a verla y comprobadlo». Me acerqué, pues, a la puerta, que encontré no solo cerrada, sino asegurada con sus buenos clavos. Volví adonde mi esposa y le conté lo que acababa de ver. Ella respondió: «Tenemos provisiones de harina, grano, fruta, granada, azúcar, carne, borregos, pollos... De todo, y en cantidad suficiente para varios años. La puerta volverá a abrirse al cabo de un año contando desde anoche. De manera que no saldréis de la casa antes de esa fecha». «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!», exclamé yo. A lo que ella me replicó: «De nada podéis quejaros, pues vuestra única obligación será cumplir con la tarea del gallo, y ya sabéis cuál es». Se echó a reír, y otro tanto hice yo, conformándome a la idea de permanecer a su lado durante un año. Y eso fue lo que hice, sin otro quehacer que comer, beber y joder, hasta que transcurrieron los doce meses.

Cumplido el año, mi joven esposa, a quien había yo preñado, me dio un hijo, y al día siguiente oí que abrían la puerta, por donde entraron unos hombres con torta, harina y azúcar. Iba ya a marcharme cuando ella me dijo: «Esperad hasta el atardecer, y entonces podréis salir igual que entrasteis». Esperé, pues, hasta que llamaron a la oración de la noche, y ya estaba a punto de salir, tembloroso, cuando aún me dijo: «No permitiré que salgáis sin antes jurarme que volveréis antes de que cierren otra vez la puerta». Le aseguré que así lo haría y se lo juré solemnemente por

el Libro Sagrado, por la espada y por el repudio. Salí, por fin, de aquella casa, me fui derecho al huerto y lo encontré abierto, como solía estar. Aquello me desconcertó. «Después de un año entero sin acudir, vengo de improviso y me lo encuentro abierto como siempre. ¿Seguirá mi joven amada en los mismos términos? Tengo que entrar y averiguarlo antes de ir a ver a mi madre, pues ya anochece...», me dije.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 125**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, el joven Aziz continuó refiriéndole a Corona de Reyes:

Entré en el huerto, llegué hasta el palacete y allí me encontré a Dalila la Taimada. Estaba sentada y se tenía la cabeza con las manos, por encima de sus rodillas. Estaba demudada, con los ojos hundidos en las órbitas. Al verme exclamó: «¡Gracias a Dios que estáis a salvo!», y, al ir a levantarse, cayó desfallecida, de tanta alegría como le dio. Bajé la cabeza avergonzado, me acerqué a ella, la besé y le pregunté: «¿Cómo sabíais que vendría a visitaros este día y a esta hora?». Ella repuso: «Nada sabía yo... Un año entero llevo sin poder conciliar el sueño, velando noche tras noche a la espera de vuestro regreso. Así, desde aquel día en que os marchasteis con el traje nuevo que os acababa de regalar y después de prometerme que volveríais como de costumbre. Os esperé, pero no acudisteis. Ni la primera noche, ni la segunda, ni la tercera... Pero yo no he dejado de esperaros. Así son los enamorados... Ahora quiero que me declaréis cuál ha sido el motivo de que hayáis faltado de mi lado un año entero». Yo se lo conté todo, y ella, al enterarse de que me había casado, empalideció aún más. Luego le dije: «Pasaré con vos la noche, pero me iré antes de que amanezca». Mi joven amada preguntó: «¿Es que no le basta a esa mujer con ser vuestra esposa, con haberos retenido, a la fuerza y con tan malas artes, un año entero? ¿También tenía que haceros jurar por el repudio que volveríais antes del amanecer, de modo que no pudieseis pasar unas horas tranquilo con vuestra madre y conmigo? ¿Ha de salirse con la suya e impedirnos que paséis una sola noche entera fuera de su casa? ¿En qué estado queda quien os conoció antes y os ha estado esperando un año? Pero, eso sí, tenga Dios en Su gloria a vuestra prima Aziza, quien pasó por donde nadie más ha pasado, quien aguantó serena lo que nadie más ha soportado nunca. Recordad que murió humillada por vos; por vos, a quien protegí de mí. Yo pensaba que habíais de volver y os dejé el camino expedito, a pesar de que podría haberos retenido y hasta quitaros la vida cuando me viniese en gana». Luego lloró de rabia y me lanzó una mirada tan llena de ira que me eché a temblar. Tan amedrentado me sentía por su sola su presencia, que más parecía yo paja de habas a la que arrimasen fuego. Y añadió: «De nada me servís ya, ahora que estáis casado y tenéis un hijo. Es la compañía de hombres solteros la que yo busco. Sin embargo, como me habéis dejado por esa ramera, os juro que se lo haré pagar y no seréis ni mío ni suyo». Dicho esto, dio una voz y, antes de que me diese cuenta, tenía sobre mí a diez esclavas que dieron conmigo en el suelo. La joven dama, al verme sujeto por tantas manos, se levantó, agarró un cuchillo y dijo: «Os voy a degollar como se degüella a un macho cabrío. Será el menor castigo que podéis

llevaros por lo que le hicisteis a vuestra prima». Al verme así, sujeto por las esclavas, con la cara llena de tierra y afrontando aquel cuchillo, sabed, mi señor, que me di por muerto.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 126**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con la relación del ministro Dandán, el joven Aziz continuó diciéndole al príncipe Corona de Reyes:

Tal como me hallaba, bajo las esclavas, con las mejillas llenas de tierra y ante el cuchillo que empuñaba quien había sido mi amante, tuve la certeza de que iba a morir de inmediato. Le pedí entonces a la joven que se apiadase de mí, pero solo conseguí que se irritase más. Les mandó a las esclavas que me maniataran. La obedecieron al punto y me dejaron en el suelo, boca arriba. Tenía a unas sentadas en el vientre mientras otras me sujetaban la cabeza; otras dos me tenían agarrado de los dedos de los pies y las dos últimas me inmovilizaban las tibias. Entonces se me acercó ella, Dalila, con dos esclavas más, a quienes ordenó que me golpearan, y así lo hicieron ellas. Primero me falló la voz y luego me desvanecí. Cuando, instantes después, recuperé el sentido me dije a mí mismo: «Preferiría morir degollado antes que recibir estos golpes», y recordé que mi prima me había dicho: «¡Dios te libre de la maldad de esa mujer!». Solté un grito y me eché a llorar. Ronco me quedé. La dama blandió el puñal y les dijo a las esclavas: «¡Descubridle el pecho!». En ese preciso instante se me ocurrió, acaso por inspiración divina, repetirle las últimas palabras de mi prima: «Tan hermosa es la lealtad como horrible el traicionar». En cuanto Dalila me oyó pronunciarlas, dio un grito y exclamó: «¡Dios tenga piedad de ti, Aziza! Del sacrificio de tu juventud ha sabido aprovecharse tu primo, en vida tuya y tras tu muerte», y luego, dirigiéndose a mí: «Bien sabe Dios que solo gracias a esas palabras vais a libraros de la muerte. Pero, eso sí, tengo que dejaros alguna traza que ofenda a la ramera que de mí os ha apartado». Y, volviéndose a sus esclavas, les ordenó que me sujetaran bien fuerte y me atasen los pies con sogas. Cuando lo hubieron hecho, se retiró de mi lado, tomó una sartén de cobre, la puso al fuego y vertió en ella una cantidad de aceite de sésamo en el que derretió un pedazo de queso, mientras yo seguía como ausente. Vino luego hacia mí, me desató la ropa interior, me ató las vergüenzas con un cordel, que tendió a dos de sus esclavas, y les dijo: «Tirad de ella». El dolor que, al hacerlo, me produjeron tuvo la virtud de trasladarme a un mundo distinto de este donde nos hallamos. Alzó luego la mano y me cortó el miembro viril con una cuchilla. Había hecho de mí una mujer. Después, mientras yo seguía inconsciente, me cauterizó la herida con el contenido de la sartén y me la cubrió con unos polvos. Cuando desperté, la hemorragia se había detenido. Me dio un vaso de vino y me dijo: «Ya podéis volver con vuestra esposa del alma, con esa perdida que no podía ni regalarme una noche, ¡una sola noche...! Y bendiga Dios a vuestra prima, a quien debéis el salir vivo de aquí. Tened por seguro que, de no ser por ella y sus palabras, yaceríais ahora en el suelo, degollado y desangrándose. Ea, idos ya con quien os plazca. Yo, por mi parte, tengo, pues os lo he cercenado, lo que de vos deseaba. Nada más anhele ni preciso. ¡Venga! Sacudíos el polvo, alisaos el pelo y salid de una vez. Y no olvidéis bendecir la memoria de vuestra prima». Y, esto diciendo, me dio un puntapié a modo de despedida. Me

levanté y, a duras penas, pues apenas podía caminar, conseguí llegar a la puerta de la casa de mi esposa. Allí me dejé caer, y al punto quedé inconsciente. Salí mi esposa y debió de meterme en la casa, donde por fuerza tuvo que darse cuenta enseguida de que me habían dejado como a una mujer. Yo, de cualquier modo, seguía inconsciente. Al volver en mí, me hallé tirado ante la cancela del huerto.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 127**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, el joven Aziz siguió contándole su historia al príncipe Corona de Reyes:

Al despertar, vi que me habían dejado tirado ante la cancela del huerto. Me puse en pie, afligido y maltrecho, y, mal que bien, conseguí llegar a mi casa, donde encontré a mi madre llorando por mí: «¿Dónde estarás, hijo mío?». Me acerqué a ella y me dejé caer, desfallecido. Ella me miró con atención y no le pasó por alto que algo malo debía de haberme sucedido, por lo demudado de mi rostro. Me acordé en ese instante de mi prima, de lo buena que había sido conmigo, y, al comprender lo grande que fue el amor que me tuvo, me eché a llorar. Lloré también mi madre y luego dijo: «Tu padre ha muerto, hijo mío». Aún fue mayor mi congoja. Me eché a llorar de nuevo y acabé perdiendo el sentido. Al recobrarme, vi el lugar donde solía sentarse mi prima, lo que me llevó a llorar de nuevo, con tal intensidad que volví a desmayarme. Y así seguí, entre llantos y lamentos, hasta la medianoche. Mi madre me dijo: «Hace diez días que murió tu padre». Contesté: «No podré pensar más que en mi prima... Bien merezco cuanto me ha ocurrido por haberla despreciado. ¡Con lo que ella me quería...!». Mi madre me preguntó: «¿Y qué es lo que te ha ocurrido?». Se lo conté. La pobre se echó a llorar y, al cabo de un rato, se levantó y me trajo de comer. Después de tomar algo de alimento y bebida, le conté mi historia entera, sin ahorrarle detalle. Mi madre exclamó: «¡Demos a Dios gracias de que no te degollase esa mujer!». Los días siguientes me dispensó mi madre toda clase de curas y cuidados hasta que me vio restablecido. Entonces me dijo: «Voy a darte lo que tu prima, en su última voluntad, me dejó para ti, después de hacerme jurar que solo te lo entregaría cuando te viese recordarla con pena y hubieses cortado tu relación con cualquier otra mujer. Quiero creer que esas dos condiciones se cumplen ya...». Se levantó, abrió un arca y sacó el lienzo de las gacelas. Al recibirlo me di cuenta de que llevaba escritos estos versos:

*A mi amor en el aire lo tenéis estancado,
mientras que vos gozáis, de apacible descanso;
y, cuando en plena noche gozáis de la inconsciencia,
mis ojos doloridos guardan forzada vela.
A nuestro compromiso me jurasteis lealtad,
que poco os ha costado vilmente traicionar.
Cuando me enamoré, yo era un adolescente;
no queráis provocarme tan pronto injusta muerte.
¿No os impide matar del Supremo el temor
a quien de las estrellas se ha tornado pastor?*

*Ya tengo establecido que en mi lápida escriban:
«Aquí yace quien dio por su pasión la vida»;
y así los caminantes que mal de amores sufren,
al pasar por mi tumba, lo lean y saluden.*

Los leí, me eché a llorar con gran desconsuelo y me abofeteé el rostro. Cuando acabé de desplegar la tela vi que de ella se desprendía una hoja con el siguiente escrito:

Sabe, primo, que te exonero de toda culpa por mi muerte, y al Altísimo Le pido que tengas éxito en tu relación con quien amas. Pero te encarezco que, si algo malo te llegase a suceder con Dalila la Taimada, no vuelvas jamás con ella ni con otra mujer. Si llegase a ocurrir, si sufrieras algún revés, sobrellévalo con entereza, y recuerda que, de no estar tu última hora fijada, hace mucho que habrías muerto. A Dios, alabado sea, agradezco el que mis días hayan acabado antes que los tuyos.

Recibe, pues, mis deseos de paz, y guarda bien el lienzo de las gacelas; no lo pierdas nunca, pues esas figuras me hicieron mucha compañía cuando tanto te echaba en falta...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 128, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el ministro Dandán, el joven Aziz siguió contándole al príncipe Corona de Reyes:

La carta de mi prima seguía diciendo:

... y guarda bien el lienzo de las gacelas, no lo pierdas nunca, pues esas figuras me hicieron mucha compañía cuando tanto te echaba en falta. Pero por el Altísimo te encarezco que, si tus pasos te llevasen a la dama que las bordó, te alejes de ella, no permitas que se te acerque y de ningún modo contraigas con ella matrimonio. Si, por el contrario, no la encontrases nunca, procura no acercarte tampoco a ninguna otra mujer.

Te informo de que la autora de esas figuras borda cada año otras parecidas y las envía a los más distantes lugares, con el fin de que se extienda la fama de su inigualable maestría. Por lo que a tu amada, Dalila la Taimada, se refiere, sabe que, no bien hubo recibido uno de tales lienzos con gacelas, comenzó a enseñárselo a unos y otros, asegurando que es obra de una hermana suya. No te lo creas porque es mentira, ¡déjele Dios de protegerla!

Te hago estas recomendaciones pues bien sé que, tras mi muerte, el mundo se te quedará pequeño y que a buen seguro acabarás en tierras extrañas. Puede así ocurrir que en una de tus giras por esos mundos de Dios oigas hablar de quien borda las gacelas y sientas deseos de trabar con ella conocimiento. Pues bien, pongo en tu conocimiento que la joven artífice de dichas figuras es cierta princesa, y su padre, el soberano de Costa del Alcanfor.

Leíla la misiva y comprendido su contenido, me eché a llorar, y mi madre lloró conmigo. Pasé lo que quedaba del día releýéndola y derramando copiosas lágrimas. Sin mayor novedad transcurrió un año entero, al cabo del cual se aprestaron para emprender viaje unos mercaderes de mi ciudad, que son estos que vuestra alteza ha conocido. Fue mi madre quien me recomendó que me uniese a ellos diciéndome: «Acaso el viajar te disipe las penas. Vete con ellos, permanece fuera uno, dos o tres años, hasta que la caravana regrese, y quiera Dios que vuelvas con el pecho aliviado de pesares». Y tanto me animó con sus dulces palabras que acabé haciendo acopio de género y emprendí este viaje, durante el cual no he dejado un solo día de llorar. Allá donde nos hallemos

despliego ante mis ojos este lienzo y, al ver las figuras de las dos gacelas, me acuerdo de mi prima y me dominan estas congojas que siempre me acompañan, y de que vuestra alteza ha sido insigne testigo. No puedo dejar de llorar, pues quien tan extraordinario amor me profesaba murió humillada por mí, y por mí maltratada, aunque hizo siempre cuanto pudo por satisfacerme y ayudarme. Cuando estos mercaderes regresen de su gira y vuelva yo con ellos, se habrá completado un año entero de ausencia de mi tierra, ausencia que he pasado entre sinsabores. Sabed, además, mi señor, que aún más onerosa se ha hecho mi pena al tener ocasión de visitar, en este mi periplo, Costa del Alcanfor, donde se halla Torre de Cristal. Siete territorios son, alteza, que gobierna un rey llamado Zahr Shah, que tiene una hija llamada Dunia¹⁸⁷. De ella, de la princesa Dunia, me aseguraron que es la artífice de esos lienzos con gacelas. Al tener de ello noticia se apoderó de mí un anhelo tan irresistible que me vi de nuevo sumido en inquieto cavilar. No me era dado, sin embargo, más que llorar mi amargura, pues soy como una mujer, carezco de miembro viril y nada puedo hacer para remediarlo. Desde que partimos de Costa del Alcanfor vivo con los ojos bañados en lágrimas y el corazón ahogado por las penas. Y ahora me pregunto si será ya hora de que vuelva a mi patria y muera al lado de mi madre. Lo cierto es que nada más puede este bajo mundo ofrecerme...». Dicho esto, se echó Aziz a llorar. Miró luego el bordado de las gacelas y, entre lágrimas, recitó:

«Consuelo –me aseguran– no tardará en llegar».
 «¿Y cuándo –les pregunto– llegaré a consolarme?».
 «A no mucho tardar...». «¡Pues qué gran maravilla!
 ¿Y quién me certifica que seguiré con vida?».

El joven y cuitado mercader concluyó: «Y esa es mi historia, alteza».

El relato del joven Aziz no solo despertó la admiración del príncipe Corona de Reyes, sino que la sola mención de la princesa Dunia le había prendido en las entrañas un fuego abrasador...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 129**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole al rey Brillo del Orbe:

No solo quedó Corona de Reyes admirado con el relato del joven Aziz, sino que en sus entrañas comenzaron a arder las llamas que prendió la sola mención de la hermosa princesa Dunia, la bordadora de gacelas. De modo que Corona de Reyes dijo al joven Aziz: «Ciertamente la tuya es una historia sin igual. No debes, sin embargo, cavilar demasiado sobre cuanto te ocurrió, pues, a fin de cuentas, es lo que tu Sustentador te tenía decretado. Pero quiero pedirte un favor». Aziz repuso: «Vuestra alteza dirá». Corona de Reyes dijo: «Cuéntame cómo viste a la princesa de las gacelas». Aziz reanudó entonces el relato de sus desventuras:

Llegué a ella, mi señor, valiéndome de una treta. Ello es que, una vez que nuestra caravana se hubo detenido en el país de la princesa, me dediqué yo a salir y pasearme por unos huertos que allí

¹⁸⁷ En árabe, literalmente, «Mundo».

había, donde crecen frondosos árboles. El guardián de los huertos es un hombre entrado en años a quien pregunté cuando la ocasión se me presentó: «Dime, maestro, ¿a quién pertenecen estos huertos?». Él me contestó: «A la hija del rey, su alteza Dunia, bajo cuyo alcázar nos encontramos. Si queréis, señor, solazaros con las plantas y árboles, abrid la puerta secreta, entrad y pasead a vuestras anchas, de modo que podáis aspirar los reconfortantes aromas de las flores». Viendo que las circunstancias me eran propicias, le pedí al guardés: «Permíteme, maestro, que me siente un rato en el huerto, pues acaso tenga suerte y acierte a ver a la princesa». El bondadoso anciano repuso: «No tengo inconveniente». Le di unos dirhams y añadió: «Ve y compra algo para que comamos los dos». Muy satisfecho con las monedas que le entregué, abrió la puerta, me dejó entrar y me acompañó en el paseo, que nos llevó a un ameno lugar donde me ofreció espléndidas frutas. «Quedaos aquí sentado y esperad hasta que vuelva», me dijo y allí me dejó. Al cabo de un rato volvió con un cordero asado. Comimos hasta hartarnos, mientras crecía en mí el deseo de ver a la princesa Dunia. En esas estábamos cuando se oyó una puerta abrirse. El anciano guardés me dijo: «A prisa, ocultaos». Y apenas me había escondido yo por allí cuando un eunuco negro asomó la cabeza por la puerta y preguntó: «¿Hay alguien con vos, maestro?». «No», repuso el guardés. El eunuco dijo: «Pues cerrad la cancela». Cuando así lo hubo hecho el anciano, salió al huerto, valiéndose de la puerta que daba acceso al alcázar, la princesa Dunia. Pensé que la luna había descendido a la tierra. Aturdido quedé y tan ansioso de ella como del agua lo está el sediento. Al cabo de un rato se marchó por la misma puerta, que quedó cerrada. Salí yo a mi vez del huerto y me dirigí a la posada donde parábamos, sabedor de que jamás accedería a la hermosa joven, habida cuenta de que yo era como una mujer. Para mis adentros me dije: «La dama es, además, hija de rey y yo, un mercader. Ni soñar puedo con tratarla». Transcurridos unos días partimos todos, rumbo a la ciudad de vuestra alteza, y en este camino nos hemos encontrado. Con esto acaba mi historia. Os doy las gracias y os deseo la paz».

El relato le dejó a Corona de Reyes el corazón lleno de amor hacia la hermosa joven, de quien solo había oído hablar. Volvió luego el príncipe a subir a lomos de su corcel y, llevándose consigo al joven Aziz, inició el camino de regreso a la ciudad donde su padre reinaba. Acomodó a su huésped en una residencia que mandó equipar con cuanto el joven pudiera precisar; dejó allí el príncipe Corona de Reyes al cuitado mercader, y él se retiró a palacio. Gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas, pues a veces lo que se oye vale tanto como la vista y el roce. Tal era el estado en que seguía Corona de Reyes cuando su padre, el soberano, entró a verlo, y, como lo hallase tan pálido y demudado, supo que tenía alguna cuita o pesar. De modo que le dijo: «Dime, hijo, lo que te ha pasado y cuál es la causa de que te vea tan cariacontecido». El joven príncipe se lo contó todo, le habló de la princesa Dunia y le confesó que se había enamorado de ella, solo por lo que le habían contado. El padre le aconsejó: «Su padre, hijo mío, es el poderoso señor de vastos y remotos dominios. Déjate de esas ideas y vete a visitar a tu madre en su palacio».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 130**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole al rey Brillo del Orbe:

El soberano aconsejó a su hijo Corona de Reyes: «Esa joven, querido mío, es hija de un poderoso rey que gobierna en un país lejano. Déjate de eso y ve a visitar el palacio de tu madre, donde hallarás a quinientas esclavas como lunas. Quédate con la que más te guste de ellas, y, si ninguna te gustara, haremos por prometerte con alguna joven de sangre real, mejor aún que esa princesa Dunia». Corona de Reyes repuso: «No, padre, no quiero a otra más que a ella, a la bordadora de esas gacelas que he tenido ocasión de ver. Ella tiene que ser, y, si no, saldré a campo abierto y me mataré por ella». El soberano repuso: «Bueno, concédeme al menos un plazo de tiempo razonable para enviarle un emisario a su padre, que le pida la mano de la joven y puedas, así, hacer realidad tu anhelo, como hice yo con tu madre. Si no aceptase, descuida, que haré que su reino entero se conmueva lanzando contra él a un ejército tal que, cuando aún no haya terminado de salir de nuestro territorio, esté ya su vanguardia invadiendo el suyo». Hizo venir luego a Aziz y le preguntó: «Tú, hijo mío, ¿conoces el camino?», y, como el joven respondiese afirmativamente, le dijo el rey: «Quiero que emprendas viaje con mi ministro». «Lo que vuestra majestad disponga», repuso Aziz. El monarca hizo luego comparecer al ministro y le ordenó: «Vas a encargarte de los asuntos de mi hijo, y quiero que en ello pongas toda tu pericia y experiencia. Irás a Costa del Alcanfor y lo prometerás con la hija del rey». El ministro contestó: «Siempre a vuestras órdenes, majestad». Volvió luego Corona de Reyes a su pabellón, donde se redoblaron sus cuitas y desazones, y, tras caer la noche, recitó:

«Caudal de amargas lágrimas en plena oscuridad...,
y, dentro de mi pecho, inextinguibles llamas.
Preguntadle a la noche, que será fiel testigo,
si es cierto que conoce mi corazón desgracias.
A pastorear rebaños de astros con el ocaso,
salgo con las mejillas recubiertas de escarcha.
Al alba el nuevo día sin nadie me sorprende,
y crece que una familia es lo que me hace falta».

Dichas estas palabras, cayó desmayado al suelo, y ya no volvió en sí hasta el amanecer. Con las claras del día vino su padre a verlo y, al encontrárselo de nuevo tan pálido y demudado, lo reconfortó asegurándole que sus deseos se cumplirían. Mandó luego que lo dispusieran todo para el viaje de Aziz y el ministro, y les confió los regalos que habían de entregar en su destino. Partieron, pues, y, tras un largo viaje que se prolongó muchos días con sus noches, llegaron a las lindes de Costa del Alcanfor. A orillas de un río se detuvieron y acamparon, y desde allí mandó el ministro a un heraldo que había de anunciarle al rey la llegada de la delegación. Y no había transcurrido ni media jornada de la partida del emisario cuando vieron que los chambelanes y comedadores del rey venían a recibirlos. Se encontraron con ellos a una distancia de una legua, y sus anfitriones, poniéndose a su servicio, los condujeron hasta el monarca. Le ofrecieron a este sus regalos los visitantes y permanecieron bajo su égida durante cuatro días. Al quinto entró el ministro a la presencia del monarca y, parándose ante él, le dirigió la palabra para explicarle cuál era el motivo de la visita. El rey no sabía qué respuesta darle, ya que su hija no tenía deseos de contraer matrimonio. De modo que bajó la cabeza para meditar. La levantó luego para ordenarle a uno de sus servidores: «Vete a informar a tu señora Dunia de cuanto aquí has oído y del motivo de que haya llegado a nuestro reino este ministro». Se ausentó el servidor un breve lapso de tiempo, transcurrido el cual volvió donde el rey y le dijo: «Majestad, cuando le he comunicado

a mi señora Dunia lo que he oído, se ha irritado tanto que se ha levantado y se ha venido hacia mí con un bastón, para romperme la cabeza. He salido huyendo y ella me ha dicho: "Si mi padre me obliga a casarme, mataré a mi esposo"». El monarca y padre de la princesa Dunia les dijo entonces al ministro y a Aziz: «Transmítid mi saludo de paz a su majestad y hacédle saber que mi hija no desea contraer matrimonio».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 131**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole a Brillo del Orbe:

El rey Zahr Shah les dijo al ministro y a Aziz: «Transmítidle a su majestad lo que habéis oído, a saber, que mi hija no desea casarse». De modo que el ministro y sus acompañantes hubieron de partir sin haber logrado nada. Hicieron el camino de regreso, y una vez en palacio informaron al rey de lo ocurrido. Este ordenó entonces a sus generales que pudiesen al ejército en alerta para emprender una expedición de castigo. El ministro le dijo entonces: «No debe vuestra majestad hacer tal cosa, ya que ninguna culpa tiene el rey Zahr Shah, sino su hija. Fue ella, en efecto, quien, al conocer nuestra proposición, mandó decir en su nombre: "Si mi padre me obliga a casarme, yo le daré muerte a mi esposo y luego me mataré"». Cuando el rey oyó estas palabras, sintió miedo por su hijo Corona de Reyes y pensó en alta voz: «Si le hago la guerra al padre y salgo ganador, su hija no se contentará hasta haber derramado la sangre de mi hijo y hasta la suya propia». Luego fue a informar a su hijo, Corona de Reyes, de la situación. El joven príncipe dijo, cuando estuvo al corriente: «No puedo, padre, vivir sin la princesa Dunia. Yo mismo iré en su busca y haré por entrar en contacto con ella, así me cueste la vida. Y no voy a aceptar ninguna otra solución». El rey le preguntó: «¿Y cómo llegarás hasta ella?». El hijo repuso: «Viajaré como mercader». El padre accedió: «Si no hay más remedio, llévate contigo al ministro y a tu amigo Aziz». Dicho esto, le preparó el rey Zahr Shah, de su propio tesoro, mercancías por un valor de mil dinares, y en eso quedaron. A la caída de la tarde fueron Corona de Reyes y Aziz a la casa de este y allí pasaron la noche. El príncipe, como quien ya no es dueño de su corazón, se negó a comer y a acostarse. Asediado por multitud de pensamientos, acabó ahogándose en el mar de dudas al que lo impulsaban sus ansias. Derramó abundantes lágrimas y recitó:

«¿Volveremos a estar juntos?,
Tal es mi continua queja;
y el alba de mí se aleja,
mientras reposan los mundos».

Enseguida volvió a dejarse llevar del llanto, con tal amargura que Aziz se unió a él, recordando, por su parte, a su prima Aziza. Y así estuvieron hasta que alumbró el alba. Fue entonces Corona de Reyes, vestido ya para el viaje, adonde su madre. Le preguntó esta, y el joven la puso al tanto de todo. La madre le entregó cincuenta mil dinares e hizo votos por su salud y por que acabase reuniéndose con quien amaba. Así se despidieron. Entró luego Corona de Reyes donde

su padre, a quien pidió permiso para partir. Se lo concedió el monarca, le hizo entrega de otros cincuenta mil dinares y ordenó a sus servidores que plantasen para su hijo una gran tienda extramuros. Acamparon durante dos días y al tercero se pusieron en marcha. Corona de Reyes, que había hecho de Aziz su confidente, dijo a este: «Ya no sabría, querido amigo, estar sin ti». Aziz repuso: «Lo mismo me pasa a mí; bien quisiera yo morir a vuestros pies. Sabed, con todo, señor mío y dilecto amigo, que mi corazón vive pendiente de mi madre». La repuesta de Corona de Reyes fue: «Una vez que hayamos alcanzado nuestro objetivo, todo se arreglará y no habrá más que dicha». Y, como el ministro le había aconsejado a Corona de Reyes que se mantuviese firme y sereno, Aziz no dejaba de recitarle poemas y de contarle anécdotas e historias.

Durante dos meses marcharon, de día y de noche. Muy largo se le hizo el camino a Corona de Reyes, quien, cada vez más enamorado, no podía resistir los embates del cuitar y padecer. Tan es así que, cumplido dicho lapso de tiempo, recitó:

«Mucho dura el camino, mucho pesan las penas,
y el pecho enamorado da cobijo a una hoguera.
Jurado tengo, amor, colmo de mi esperanza,
por Quien al hombre creó de viscosa materia,
que por vos sufriría desvelos y extravijs
como no los aguantan las peñas más enhiestas.
Mi bien querida Dunia, señora de mi mundo¹⁸⁸,
ya solo soy un cuerpo donde el soplo no alienta.
Si un hilo de esperanza de veros no quedara,
no habría yo de verme tan lejos de mi tierra».

Después de recitar, se echó a llorar, y con él lloró Aziz, que también tenía el corazón herido. Lleno de compasión por ambos jóvenes, el ministro trató de consolar al príncipe: «Serenad vuestro ánimo, mi señor, quedaos tranquilo y alegraos, pues todo ha de resultar a pedir de boca, estoy seguro», Corona de Reyes repuso: «Demasiado dura ya el viaje, ministro. Dime, ¿cuánto nos falta?». «Muy poco ya», contestó el ministro, pero siguieron atravesando vegas y pedregales, estepas y desiertos. Y una noche soñó Corona de Reyes que se hallaba en compañía de su amada, que la abrazaba y la estrechaba contra su pecho. Despertó sobresaltado y, lleno de inquietud y desconcierto, recitó:

«Mi corazón, amigos, se extravía
y lloro lágrimas de amargo duelo.
Lloro cual madre que perdió a su hijo,
y a la noche cual tórtola me quejo.
De frescura se llenan los parajes
si desde vuestra tierra sopla el viento.
Un saludo os envío con la brisa,
mientras alzan las tórtolas el vuelo».

El ministro se le acercó y le dijo, refiriéndose al sueño: «Los mejores augurios puede sacar vuestra alteza, no me cabe la menor duda. Consolaos, pues, de todas vuestras angustias». Aziz vino también adonde el príncipe y lo consoló recitándole poemas y contándole historias diversas. Otros

¹⁸⁸ Recuérdese que el nombre de la princesa, *Dunia*, significa «mundo» en árabe (o, para mayor precisión, «este mundo», en contraste con el más allá).

dos meses se prolongó su marcha, hasta que un día, al salir el sol, divisaron en la lejanía una mancha tan blanca como el nácar. Corona de Reyes le preguntó a Aziz: «¿Qué es eso?». El joven mercader repuso: «¡Torre Alba, mi señor, o, por otro nombre Torre de Cristal! Es el baluarte que domina la ciudad adonde nos dirigimos. ¡Casi hemos llegado!». Mucho se alegró el príncipe al oír esto. No tardaron, pues, mucho en alcanzar la ciudad donde tenía su corte el rey Shahrimán. Iban ataviados todos a la usanza de los mercaderes. Llegaron de ese modo a un lugar llamado Albergue del Comercio, una gran posada con todas sus dependencias. Corona de Reyes preguntó a Aziz: «¿Es aquí donde paran los mercaderes?». El joven repuso: «Sí, aunque, en mi anterior visita, cuando vine con la caravana, paré en otro lugar. Pero este es mejor, sin duda». Aliviaron de los fardos a los camellos, guardaron el género en los almacenes que para el efecto había en la posada y en esta permanecieron cuatro días, recuperando las fuerzas. Al cabo de ese plazo recomendó el ministro que alquilaran una vivienda, y así hicieron. Encontraron una casa grande, que servía para la celebración de bodas, y allí se instalaron. El ministro y Aziz se pusieron a la labor de elaborar un plan para Corona de Reyes, quien seguía aturrido y sin saber qué acción emprender.

Al ministro se le ocurrió que lo mejor sería abrirle al príncipe una tienda en el mercado de las telas. De modo que se reunió con sus dos jóvenes compañeros y les dijo: «No podemos seguir como hasta ahora, pues nada conseguiremos, de eso no cabe duda. Pero se me ha ocurrido una idea que acaso, y Dios mediante, se convierta en la solución de nuestro problema». Corona de Reyes dijo: «Pues haremos lo que hayas pensado y no otra cosa, ya que los ancianos gozan de la divina baraca, y más aún tú, que has acumulado una larga experiencia en asuntos de todo tipo. Dinos lo que se te haya ocurrido». El ministro replicó: «Lo mejor que podemos hacer es alquilarlos una tienda en el mercado de las telas, de manera que podáis dedicaros a comprar y a vender, pues todos, ya seamos personas principales o insignificantes, necesitamos tela. Si pasáis mucho tiempo en la tienda, os hallaréis, con el concurso del Altísimo, en buena posición para alcanzar vuestra meta, dado que sois un joven tan agraciado. Podréis, además, tener a Aziz como administrador vuestro y mantenerlo en el interior de la tienda para que os vaya pasando las piezas de tela». Corona de Reyes exclamó: «¡Muy bien pensado!». Sacó entonces el príncipe un traje de mercader, se lo puso y salió seguido de sus mozos, a uno de los cuales le dio mil dinares para que atendiese a los gastos que la tienda pudiera requerir.

Llegaron de ese modo al mercado de las telas, y, cuando los mercaderes vieron a Corona de Reyes, que tan hermoso era, quedaron atónitos y comenzaron a preguntarse: «¿Será acaso que el ángel Riduán ha dejado, por descuido, abiertas las puertas del Vergel Eterno, y por ellas ha salido este mancebo tan agraciado?», mientras otros añadían: «¿Y no puede ser él mismo un ángel?». Llegaron el príncipe y los suyos adonde el corrillo de mercaderes y preguntaron a estos dónde quedaba la tienda del decano y síndico del mercado. Se lo indicaron y hacia allá que se fueron. Al aproximarse al local se pusieron en pie, para recibirlos, el decano de los mercaderes y quienes lo acompañaban, quienes colmaron de corteses atenciones al gran ministro, pues no les pasó por alto que, además de ser hombre de edad y tener un venerable e imponente aspecto, venía precediendo a los dos jóvenes. Los mercaderes se dijeron unos a otros: «Ese venerable señor ha de ser el padre de ambos». El ministro les dirigió la palabra: «¿Quién de vosotros es el decano de los comerciantes y síndico del mercado?». «Él», le indicaron. Miró el ministro a la persona señalada y se halló ante un hombre de avanzada edad, en quien resultaban evidentes tanto su alta valía como la autoridad de que gozaba entre sus subalternos y mozos.

El síndico los saludó con calurosa amabilidad, les dio muestras de que eran bien recibidos, los invitó a sentarse junto a él y les preguntó: «¿Hay algo que podamos hacer por tan distinguidos visitantes?». «Sí –repuso el ministro–, os lo agradezco. Soy, como podéis ver, hombre de cierta edad y viajo con estos dos jóvenes, en cuya compañía he recorrido muy diversas tierras y regiones. No ha habido país que visitara donde no me haya quedado un año entero, con la intención de que estos jóvenes lo visitasen y trabasen conocimiento con sus habitantes. Y acabamos de llegar a vuestra ciudad, donde he decidido que nos establezcamos. Os ruego, por ello, que me ayudéis a abrirles una tienda en el mejor local que haya disponible, de manera que puedan instalarse ambos en ella y sea su punto de partida para ir conociendo la ciudad y haciéndose a las costumbres y valores de sus gentes, al tiempo que vayan adquiriendo experiencia en la compraventa y el trueque». «¡Muy bien que me parece!», repuso el síndico del mercado, a quien los dos jóvenes habían agradado tanto, que ya les tenía afecto. Lo cierto es que el síndico y decano, buen apreciador de los deleites de la vista, era más dado a lo ácido, como aquel que dice, y antes prefería un mancebo que una muchacha. Para sus adentros se dijo, recordando las palabras del Sagrado Corán: «¡Alabado sea Quien los creó y formó de una vil gota de líquido!». De inmediato se levantó y se puso al servicio de los recién llegados, como si de un mozo de estos se tratase, y no tardó en procurarles un local en el mismo centro del mercado, uno de los mejores, pues, además de ser espacioso, estaba bien equipado, provisto de estantes en marfil y ébano y adornado con gusto excelente. Le hizo el decano y síndico entrega de las llaves al ministro, que iba también vestido a la usanza de los mercaderes, y le dijo: «¡Dios bendiga a vuestros hijos en su empresa!». El ministro fue con los dos mancebos a tomar posesión de la tienda, y los mozos y esclavos recibieron la orden de depositar en ella el género que habían traído.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 132**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole al rey Brillo del Orbe:

Recibió el ministro las llaves de la tienda y a ella se dirigió acompañado de los dos jóvenes. Dejaron allí sus pertrechos y ordenaron a sus servidores que trasladasen al local todo el género que habían traído, o sea, las telas y demás objetos de valor, cuyo coste total solo podría haber satisfecho un rey con su egregio tesoro. Pasaron la noche en la posada, y, a la mañana siguiente, llevó el ministro a sus acompañantes a los baños, donde ambos mancebos, una vez se hubieron aseado, alcanzaron el esplendor de su deslumbrante hermosura. Fue tal como dijo el poeta en referencia a algún empleado de baños y a su labor de amasar las carnes de sus clientes:

El mundo se regocija
cuando sus manos amasan
un cuerpo a medias parido
por la luz, y por el agua.
El portento se repite
de su industria cotidiana:

de una estatua de alcanfor
píldoras de almizcle saca.

En cuanto el decano de los mercaderes se enteró de que los dos mancebos habían acudido a los baños, fue a sentarse frente a la entrada, con el fin de esperarlos. Salieron ambos del establecimiento, y eran cual dos gacelas con las mejillas rojas, los ojos negros y la piel brillante, o cual dos ramas bien cargadas de fruta, o cual dos radiantes plenilunios. El síndico se dirigió a ellos: «¡Sea vuestro baño fuente de perenne bienestar!». Corona de Reyes le contestó con la voz más dulce: «¡Ojalá nos hubieseis acompañado vos!». Le besaron ambos las manos y echaron a andar, del síndico seguidos, hasta que llegaron a la tienda. Iban delante en señal de respeto hacia su acompañante, dado que era el principal mercader de la ciudad y había tenido el generoso rasgo de cederles el local para la tienda. Cuando el hombre pudo contemplar las formas en movimiento de aquellos traseros gloriosos, se llenó de anhelos, se excitó, resopló y resolvió, incapaz de contenerse. Con los ojos fijos en los jóvenes cuerpos recitó:

«Una sola disciplina
mi ansia de saber despierta,
y he entregado mi ser
a tan ilustre materia.
Que el cuerpo de mi adorado
blandura encierra y dureza
me permiten comprender
mis vislumbres y experiencias.
¿Mas acaso no sabemos
que las celestes esferas
están siempre en movimiento
a pesar de ser inmensas?».

Y asimismo:

«Moverse los ve el ojo por la tierra...
¡Ojalá sobre mi ojo se movieran!».

Cuando ambos jóvenes oyeron al decano y síndico decir aquellos versos, lo invitaron a que entrase con ellos en los baños, adonde deseaban ellos volver. El hombre, sin apenas creérselo, se apresuró a acompañarlos. Entraron, pues, los tres y, al darse cuenta el ministro, que en el establecimiento seguía, de que los jóvenes venían con el síndico, salió de su cubículo, fue al encuentro del visitante y lo invitó a tomar un baño con él, pero el síndico no quiso aceptar. Lo tomaron entonces Corona de Reyes de una mano y Aziz de la otra, y entre ambos lo condujeron a otro cubículo. El desvergonzado anciano se dejó hacer. Corona de Reyes juró que nadie sino él mismo le frotaría el cuerpo al decano, mientras Aziz, por su parte, juraba que nadie más que él vertería sobre el venerable decano las aguas. El ministro intervino: «Son como hijos vuestros...». El anciano repuso: «¡Dios os los preserve! La bendición y la dicha se han instalado en nuestra ciudad a raíz de vuestra llegada, señor, y, cómo no, de quienes os acompañan», y recitó:

«Desde que habéis llegado se han llenado de flores,
de frescor y de pastos nuestras suaves colinas.
Los habitantes todos y la propia comarca
os dispensan, sinceros, su cordial bienvenida».

Corona de Reyes, que seguía dándole fregamientos, y Aziz, que continuaba vertiendo recipientes de agua sobre su cuerpo, le dieron las gracias. El síndico se sentía en el mismo Vergel Eterno. Cuando ambos jóvenes acabaron de servirlo, el anciano pidió por ellos y se sentó junto al ministro, como si estuviese deseoso de charla, aunque lo que quería de verdad era darles a sus ojos el gusto de contemplar a Corona de Reyes y Aziz. Acudieron luego los servidores de los baños con las toallas. Se secaron, se vistieron y salieron a la calle. El ministro le dijo al decano: «Los baños son ciertamente la Gloria de que podemos gozar en este bajo mundo». La respuesta del anciano fue: «Pues quiera Dios que los disfrutéis con salud, siempre que os apetezca y en compañía de esos dos hijos vuestros, a quienes el Altísimo preserve del mal de ojo. Pero decidme, ¿conocéis, jóvenes amigos, algunos versos sobre los baños¹⁸⁹?». Corona de Reyes replicó: «Unos me sé yo:

Por más que te entusiasme ir a los baños,
prolongar no conviene la visita.
Un paraíso son que perjudica,
y un infierno donde entras de buen grado».

Intervino entonces Aziz: «También yo tengo aprendidos unos versos de ese tema». El síndico lo animó: «¡Pues recitádmelos!», y el joven declamó:

«Flores de dura piedra por las estancias median;
tras los muros crepitan vivaces las hogueras.
De infierno tiene solo la engañosa apariencia;
paraíso es, do lucen soles y lunas llenas».

Encantado estaba el síndico con la compañía y facilidad de palabra de ambos jóvenes, a quienes lisonjeó: «¡Mucha gracia y talento tenéis uno y otro para la declamación! Oídmelos ahora a mí», y, engolando la voz, recitó:

«¡Bondades del infierno, tormentos de la Gloria!
Las almas y los cuerpos de la muerte retornan.
Portentosas estancias, donde la carne es fresca,
aunque calor le presten pertinaces hogueras.
Todo el que las visita de gozo en gozo vive,
por más que sea de llanto de lo que han de nutrirse».

Recorrió luego el síndico con los ojos la donosura de los dos mancebos y añadió:

«Ni un solo chambelán de aquella casa
dejó su amable gesto de mostrarme.
Entré en el cielo y visité el infierno;
gracias sean dadas a Riduán y Málek¹⁹⁰».

Admirados quedaron de estos versos sus oyentes. El síndico los invitó a su casa, pero ellos, tras excusarse, se retiraron a descansar de la fatiga que el baño les había producido. Comieron y bebieron no más llegar y pasaron la noche contentos y felices. A la mañana siguiente

¹⁸⁹ La poesía acerca de las casas de baños y la experiencia de estos constituye un subgénero con larga tradición en la literatura árabe clásica, en el que se conjugan, como ocurre en otros, los discursos religioso y crítico, con elementos descriptivos y de razonamiento higiénico.

¹⁹⁰ Son los ángeles guardianes del cielo y del infierno; el segundo, Málek, es identificado como tal por el Sagrado Corán XLIII (El ornato), 77.

se levantaron del sueño, hicieron las abluciones de rigor, cumplieron con la oración establecida y se tomaron su copa matutina. Cuando el día clareó, a la hora en que recobran su actividad las distintas secciones del mercado, salieron los dos mancebos y abrieron su nuevo local, que los criados habían ya limpiado y aderezado de la mejor manera. Habían cubierto el suelo con una alfombra de seda y traído dos estrados, de no menos de cien dinares cada uno; los colocaron junto a las dos paredes laterales y los cubrieron con sendos regios cojines de cuero respunteados en oro. Corona de Reyes se sentó en uno y Aziz en el otro, mientras el ministro se acomodaba en el centro de la tienda y quedaban los mozos de servicio en pie, delante de ellos. La noticia de su llegada había cundido ya, por lo que se formó ante los forasteros un tropel de compradores, a quienes vendieron buena parte de sus telas. La fama de Corona de Reyes se extendió por la ciudad, cuyos habitantes todos tuvieron cumplida noticia de su donosura y gallardía. Durante las sucesivas jornadas no cesó el flujo de clientes. Un día el ministro le encareció a Corona de Reyes que ocultara su verdadero interés y, después de encomendarle a Aziz que no descuidase al joven príncipe, se volvió él a la casa para idear cuál sería ahora la más beneficiosa línea de conducta. Los dos mancebos, por su parte, seguían conversando largamente, y en cierta ocasión le confió el príncipe a su compañero: «Ojalá acudiese a la tienda alguien de parte de la princesa Dunia». Tal era el ánimo que a Corona de Reyes siguió dominando días enteros, con sus noches. El joven príncipe era incapaz de conciliar el sueño, dominado como estaba por la pasión y los pesares que esta traía consigo. Pesares que acabaron por reflejarse en el plenilunio de su rostro, pues, por si no bastase con sus desvelos, había comenzado a privarse de alimento y bebida. Y un día estaba sentado el príncipe en su tienda cuando se presentó una anciana.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 133**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió relatándole la historia de Corona de Reyes al rey Brillo del Orbe:

Y estaba un día sentado el príncipe en su tienda cuando acudió al mercado una anciana a quien seguían dos esclavas. La mujer se acercó y se detuvo ante Corona de Reyes. Y, al ver la cumplida talla y proporción, la hermosura y garbo del mancebo, quedó tan admirada que humedeció sus zaragüelles y exclamó: «¡Alabado sea Quien os creó de una vil gota de líquido!, ¡alabado sea Quien hizo de vos deleite de los mundos!», y luego, sin poder dejar de mirarlo: «¿Humano? ¡Imposible! ¡Ha de ser un ángel!». Se acercó a él y le dirigió el *salam*, el saludo de la paz. El joven príncipe se lo devolvió, se puso en pie y le dedicó una sonrisa, todo ello, por indicación de Aziz. Invitó a la anciana a que se sentara junto a él y no dejó de abanicarla hasta que ella, recobrado el aliento, le preguntó: «Decidme, hijo, hablad, dechado de perfecciones, ¿sois acaso de estos pagos?». Corona de Reyes le respondió en fluido y bien sonante árabe culto: «La verdad, señora mía, es que no había hollado este suelo en toda mi vida, y si ahora me veis aquí, sabed que es solo por afán de conocer nuevas tierras». La anciana exclamó: «¡Pues quiera Dios que no os falten agasajos y acabéis sintiéndooos como en vuestra casa! Y decidme también,

os lo ruego, ¿qué telas habéis traído con vos? Segura estoy de que me mostraréis algo bello y de insuperable calidad, pues no otra cosa puede de vos esperarse...».

Aunque Corona de Reyes no supo al principio captar el sentido de lo que estas palabras implicaban, un gesto subrepticio de Aziz bastó para que le diese un vuelco el corazón. Su respuesta fue: «Dispongo, señora, de género a la altura solo de los reyes más egregios y sus distinguidas hijas. Decidme vos, os lo ruego, para quién es el encargo, de modo que pueda yo sacaros lo que más convenga», palabras con las que pretendía enterarse de lo que había querido decir la anciana. La contestación de esta no disonó en absoluto: «Busco una tela para la princesa Dunia, la hija de su majestad el rey Zahr Shah». Sin apenas tenerse de contento al oír mentar a su amada, ordenó Corona de Reyes a Aziz: «Tráeme el mejor género que tengamos». Aziz sacó un muestrario que puso ante el príncipe. Este dijo a la anciana: «Podéis escoger lo que os plazca, con la seguridad de que todo lo que os ofrezco es exclusivo». «¿Y cuál es el precio de cada pieza?», preguntó la anciana, quien, mientras hablaba con el príncipe, no dejaba de frotarse la entrepierna con el dorso de la mano. El joven repuso: «No seré yo quien inicie un regateo con vos por cosa tan de poca monta... Me limitaré a dar gracias al Altísimo por haberme dado la ocasión de conoceros». La anciana exclamó: «¡Ojalá el Señor del alba tenga a bien resguardar vuestro agraciado rostro, pues tan hermosas son vuestras facciones como vuestras obras! Felicítase quien duerma a vuestro calor, abrazando tan turgentes formas, sobre todo si es tan hermosa como vos». Haciendo denodados esfuerzos por no estallar en risas, Corona de Reyes se dijo para sus adentros: «Sí, bendíganlos a ambos Quien, para colmar las necesidades de sus siervos, se vale de ancianas que ya no saben lo que es el pudor...». La compradora le preguntó: «Decidme, hijo, ¿cuál es vuestro nombre?». El príncipe respondió: «Corona de Reyes me llaman». Con gran acierto observó la anciana: «Pues ese es sin duda nombre adecuado a quien de casta real proviene, y eso que vos vais ataviado a la usanza de los mercaderes...». Intervino entonces Aziz: «El nombre se lo pusieron porque su familia lo recibió como a un rey». La anciana exclamó: «¡Bien decís, mozo!...! Dios os proteja a ambos del mal de los envidiosos, pues os aseguro, si es que aún no lo sabéis, que vuestra hermosura es de las que destrazan corazones».

Dicho lo cual, se hizo la anciana con las telas y se marchó impresionada por la donosura y garbo del príncipe, por su cumplida talla y proporción. De allí se fue derecha a su ama, la princesa Dunia, a quien dijo: «No os podéis ni imaginar, mi señora, las telas tan hermosas que os traigo». La princesa le ordenó: «Enséñamelas». La anciana comenzó a mostrárselas: «Aquí están, señora; mirad y disfrutad». Después de examinarlas, exclamó la princesa: «¡Ay, aya, qué telas tan vistosas! De estas no se ven en nuestra ciudad...». La anciana no perdió la ocasión: «Pues quien me las ha vendido es todavía más hermoso. Cualquiera diría que el ángel Riduán ha dejado, por descuido, abiertas las puertas del Vergel Eterno, y por ellas ha salido ese mercader. Mi deseo sería que esta misma noche lo tuviésemos durmiendo a vuestro lado, niña, con la cabeza entre vuestras tetas... ¡Es un verdadero deleite para los ojos! Y ha llegado a nuestra ciudad con estas telas porque viene conociendo mundo». La princesa Dunia se echó a reír: «¡Dios te castigue, vieja desvergonzada! Chocheas... Pero trae acá las telas, que les eche un buen vistazo». La anciana le entregó la compra, que la princesa examinó con cuidado. Pensó que era poca cantidad para tan alto precio, pero quedó admirada por la calidad del género, tan alta como nunca había tenido ocasión de ver. La anciana insistió: «Si vieseis, mi señora, al joven que me las vende, comprobaríais que no hay nadie más hermoso sobre la faz de la tierra». La princesa Dunia preguntó: «¿Y por

ventura hablasteis de alguna necesidad que tenga ese forastero y nosotros le podamos resolver?». La anciana exclamó, meneando la cabeza: «¡Dios os preserve esa penetración que tenéis! Por supuesto que el joven tiene una necesidad, aunque ¿acaso hay alguien que nada necesite?». La princesa le ordenó: «Pues ve a verlo de nuevo, saludalo y dile: “Habéis honrado nuestra ciudad al estableceros en ella. Contad con nuestra ayuda para lo que necesitéis, sea lo que sea”».

Volvió, pues, la anciana al mercado, y, en cuanto Corona de Reyes la vio, se puso como loco de contento; la recibió poniéndose en pie y, tomándola de la mano, la sentó a su lado. Cuando la anciana hubo recuperado el aliento, le transmitió las palabras de su señora, la princesa Dunia. Apenas capaz de contenerse del gozo, y ya con el pecho libre de todo agobio, dijo el joven príncipe para sus adentros: «¡Sí que voy a ver resuelta, y colmada, mi necesidad!», y, dirigiéndose luego en voz alta a la anciana: «¿Accederíais, abuela, a llevarle un mensaje mío y traerme luego su respuesta?». La anciana contestó: «¡De mil amores, joven señor!». Corona de Reyes ordenó a Aziz: «Tráeme tintero, papel y un cálamo de cobre». Luego, cuando dispuso de todo ello, escribió los versos siguientes:

*Con las presentes líneas os pongo, amada mía,
al cabo de la calle de mis padecimientos.
Uno: que el corazón me lo consumen llamas;
dos: que de los recuerdos, y no más, me sustento.
tres: que así solo sufren quienes de amor se mueren;
cuatro: que de este mundo se me está yendo el cuerpo;
cinco: que me preguntan por vos, tristes, mis ojos,
y seis: que solo en vos mis anhelos cimento.*

Y, a modo de remite, añadió:

Del preso de sus sentimientos, quien encerrado vive en la cárcel de sus aspiraciones; quien, víctima de la inmolación que para el amante representa el desamor, y solo conocerá la libertad cuando unirse pueda a quien sus afectos concita, aunque sea con la sola fuerza de la fantasía.

Dejó caer luego unas lágrimas y volvió a escribir:

*Mientras escribo esta carta,
no dejan de fluir mis lágrimas.
Mas en Dios no desespero:
ha de llegar el encuentro.*

Dobló el escrito, lo selló y se lo entregó a la anciana diciendo: «Llévdselo a vuestra señora, la princesa Dunia». «¡De mil amores!», repuso la anciana, a quien el príncipe entregó la suma de mil dinares, añadiendo: «Aceptad, abuela, este obsequio mío». La anciana recibió el oro y se marchó pidiendo por su joven benefactor. De allí fue derecha adonde su señora, y esta, no bien la hubo visto, le preguntó: «¿Cuál es, aya, la necesidad que tiene ese mercader, para que podamos remediársela?». La anciana repuso: «Me ha entregado, mi señora, un mensaje para vos, cuyo contenido desconozco». Le entregó el escrito, lo leyó la joven, lo entendió, y se preguntó en alta voz: «¿De cuándo a esta parte se cartean conmigo los mercachifles? De no ser —añadió abofeteándose el rostro— por mi temor de Dios, lo mandaría clavar en la puerta de su tienda». La anciana preguntó de inmediato: «¿Y qué puede, niña mía, contener esa carta para heriros de ese

modo el corazón? ¿Es una denuncia ilegítima? ¿Os reclama dinero?». La princesa: «¡Déjate de sandeces! No es nada de eso..., sino palabras de encendida pasión y amorío. Y todo tienes que haberlo respaldado tú, pues, de lo contrario, ¿cómo iba a atreverse ese indigno diablo a dirigirme a mí tal escrito?». La anciana trató de calmarla: «Vos, mi señora, vivís aquí, en este vuestro alto palacio, adonde nadie osa llegar, ni las más poderosas aves en su vuelo. Estáis, pues, más que a salvo de cualquier reproche o acusación. ¡Si ni siquiera los ladridos de los perros os alcanzan! No me echéis en cara, os lo suplico, el que os haya traído un mensaje cuyo contenido ignoro. Lo que, por el contrario, sí conviene es que me enviéis ahora con una respuesta dirigida a ese joven en que lo amenacéis de muerte si no pone término a sus desvaríos. Eso hará que se eche atrás...». La princesa Dunia expresó sus dudas: «Temo que, al escribirle, acabe yo misma dándole alas...». Pero la anciana insistió: «Cuando se vea amenazado, se arredrará sin duda». De manera que la joven pidió que le trajesen tintero, papel y un cálamo de cobre, y, cuando los tuvo a su disposición, escribió:

*Tú, que el amor simulas, con su insomnio y sus penas,
por no hablar ya de celos, de llantos e impacencias:
¿Es que aspiras, iluso, a unirte con la luna?
¿No sabes que no puedes llegar a estas alturas?
Escucha mi consejo: renuncia a tus anhelos,
que tu falta de luces te va a poner en riesgo.
Si a las andadas vuelves, ten la seguridad
de que dentro de poco te lo haré lamentar.
Por Quien al ser humano de una vil gota creó
y las lumbres del ciclo con una Orden prendió,
juro que si reiteras tus insanos dislates,
a un árbol amarrado morirás de sed y hambre.*

Dobló luego el escrito y se lo entregó a la anciana: «Dáselo en mano y dile de mi parte que ni se le ocurra escribirme otra vez». La anciana repuso: «Lo que vos digáis, mi señora». Se guardó la carta y se fue, muy satisfecha, a su casa, donde pasó la noche. A la mañana siguiente fue a la tienda de Corona de Reyes, a quien encontró esperándola. Al verla, estuvo el joven príncipe a punto de perder el juicio, de la alegría que le entró. Se levantó cuando la tuvo cerca y la invitó a sentarse a su lado. La anciana sacó el escrito de respuesta y se lo entregó diciendo: «Mi señora se puso furiosa con vuestro mensaje, pero yo la calmé con buenas palabras, le gasté bromas y le devolví la sonrisa al rostro. Al final se ablandó y ahí tenéis su respuesta». Corona de Reyes le dio las gracias y ordenó a Aziz que le entregase otros mil dinares. Leyó luego la respuesta y, como comprendiese lo que decía, se echó a llorar con gran desconsuelo. La vieja se compadeció y le preguntó: «¿Y qué puede contener, hijo mío, ese escrito, tan grave como para llevaros al llanto?». El príncipe le transmitió el contenido de la misiva: «Me amenaza con darme muerte, con mandarme colgar de un árbol, y me prohíbe que vuelva a enviarle mensaje alguno. Y ciertamente prefiero morirme si no he de saber más de ella». La anciana dijo solemne: «Pues yo por vuestra juventud os juro que he de arriesgar con vos la vida, si es preciso, y conseguiros lo que vais buscando». Corona de Reyes le prometió: «Yo sabré recompensaros por vuestras acciones. No se me escapa que sabéis cómo moveros y tenéis larga experiencia en todo género de manobras. Convencido estoy de que tan cierto como que Dios lo puede todo es que no hay empresa lo bastante ardua para vos». Tomó luego una hoja de papel y trazó en ella los siguientes versos:

*Con matarme me amenaza,
por ser mi preciado anhelo.
Mas la inevitable muerte
me daría a mí consuelo,
ya que estoy enamorado
y vivir es un tormento.
Visitad a quien os ama,
por el Señor os lo ruego.
Mirad que soy vuestro esclavo
y me tenéis prisionero.
Tened compasión de mí,
que amar es mi solo yerro.*

Y, aunque escribir le sirvió para desahogarse, volvió, cuando acabó, a su llanto, con tal desconsuelo que arrastró también a la anciana a las lágrimas. Esta recibió el nuevo mensaje y le dijo: «Quedaos ahora tranquilo y alegraos, que con mi ayuda alcanzaréis vuestra meta».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 134**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole al rey Brillo del Orbe:

Al ver llorar a Corona de Reyes, le dijo la anciana: «Quedaos ahora tranquilo y alegraos, que ya sabré yo llevaros adonde queréis llegar». Dicho esto, se puso la emisaria en pie y se marchó, dejando al desconsolado joven como sobre ascuas, y volvió con su señora, a quien halló con la color demudada, a causa, todavía, de la irritación por la primera carta del príncipe. La anciana le entregó el nuevo escrito y la joven estalló: «¡Bien decía yo que a este le íbamos a dar alas en sus pretensiones!». La anciana dijo: «¿Y cómo puede ese perro tener pretensión ninguna con vuestra alteza?». La princesa Dunia ordenó: «Ve a él y dile: “Si volvéis a dirigirle una misiva, mi ama os cortará el cuello”». La anciana le sugirió: «Ponedlo por escrito y yo le llevaré vuestro mensaje, para que se asuste aún más». La joven tomó una hoja de papel y escribió los siguientes versos:

*Sigues desprevenido de los golpes del Sino:
solo el amor impulsa de tu pecho el latido.
Deja ya de engañarte, no alcanzarás el cielo;
¿crees que la luna llena la tocarán tus dedos?
Un fuego he de mandarte de inextinguibles llamas;
amanecerás muerto por tajadora espada.
Mira lo que te digo: no busques una meta
que te ha de procurar canas en la cabeza.
Sigue mi buen consejo: déjate ya de amores;
no llames a una puerta donde no te responden.*

Dobló luego el papel y se lo entregó a la anciana, quien se fue derecha a la tienda de Corona de Reyes. Cuando este la vio acercarse, se puso en pie y dijo: «No me prive nunca Dios de la bendición de vuestras visitas». La anciana contestó: «Aquí tenéis la respuesta a vuestra carta». Él abrió el papel, lo leyó y, después de derramar desconsoladas lágrimas, dijo: «¡Cuánto me gustaría que alguien me quitara la vida en este preciso instante! Morir a manos de otro me sería más lle-

vadero que seguir en esta mi situación». Tomó luego tintero, cálamo y papel, y escribió un nuevo mensaje que completó con los siguientes versos:

*No sedáis, querida mía, desalmada,
y acerquaos a quien se ahoga de cariño.
Nunca podré vuestra crueldad rendir,
y de vos lejos no podré estar vivo.*

Dobló el papel y se lo entregó a la anciana: «Os estoy fatigando para nada». Ordenó a Aziz que entregase a la mujer otros mil dinares y añadió, dirigiéndose a ella: «Esta misiva, abuela, solo puede tener dos resultados: la consecución de mi anhelo o la más concluyente ruptura». La anciana lo tranquilizó: «Bien sabe Dios, hijo mío, que yo laboro por vuestro bien y solo pretendo que mi señora sea vuestra, pues si vos sois la Luna que refulgentes luces despide, ella es el Sol que con la alborada nace¹⁹¹. Si no consigo uniros, bien podrá decirse que mi existencia ha sido en balde. Sabed que he pasado mis años entre amaños y componendas, y ahora, cuando ya he cumplido los noventa, no voy a fracasar en el empeño de que dos seres den rienda suelta a sus deseos, prohibidos o no». Se despidió luego, recomendándole que serenase su corazón, y se marchó.

De allí fue adonde su señora, la princesa Dunia, en cuya estancia entró con la nota escondida entre los cabellos y, después que se hubo sentado junto a la joven, le dijo: «¿Querriais, señora, airarme el moño, pues hace tiempo que no voy a los baños?». La joven se arremangó hasta los codos y le fue soltando a la anciana las gudejas, de donde cayó la nota. Al verla, preguntó la princesa: «¿Qué es este papel?». La anciana: «¡Ni que hubiese pasado las horas muertas sentada en la tienda de ese mercader...! No sé cómo se me habrá quedado prendido al cabello. Dádmelo para que se lo devuelva». La princesa Dunia desplegó el papel, leyó la misiva, la comprendió, y exclamó: «¡Esta es una de tus tretas! Ten por seguro que, si no me hubiese criado a tus pechos, haría que te arrepintieras. ¡Vaya calamidad me ha mandado Dios con ese mercader! Aunque bien sé yo que todo lo que está ocurriendo es uno de tus tejemanejes. Ni sé de dónde habrá venido el descarado ni cómo se atreve a buscar mis favores. Temo, de cualquier modo, que esta situación degeneren en escándalo, habida cuenta, más que nada, de que no es hombre de mi condición ni se cuenta entre mis pares». La anciana trató de justificar al enamorado: «Mirad, niña, que el doncel expone mucho al dirigirse a vos requiriéndoos de amores... Cualquier otro se habría acobardado ante vos y vuestro padre, su majestad, ¿no os parece? Respondedle, mi ama, que nada malo os va a pasar». La princesa repuso: «¡Pero si es un satanás, aya! ¿Cómo puede osar hablarme de ese modo? ¡Claro que debería tenerle miedo a mi padre! No sé, con todo, cuál será la mejor solución... Ordenar que lo maten no estaría bien, pero, si no hago nada, él llevará aún más lejos su osadía». La anciana le propuso: «Escribidle un nuevo mensaje y acaso se arredre». La princesa pidió papel, tinta y cálamo, y trazó los siguientes versos:

*Bien me tienes probado que el reprochar no sirve;
muchos son ya los versos con que pararte quise.
¡Tu amor no lo divulgues, de tu alma el sentir, cállalo!
Si me desobedeces, no encontrarás amparo.
Ni una más otr quiero de tus muchas sandeces:*

¹⁹¹ En árabe la palabra para sol (*shams*) es femenina y, al contrario, la que hace referencia a la luna (*qamar*), masculina.

*ya estás más que avisado que te ronda la muerte.
¿Quieres que te abandonen a merced de los vientos
y que aves carroñeras te picoteen el cuerpo?
Vuelve a la buena senda, que es como ganar vida;
quien al vicio se aferra perdido habrá sus días.*

La joven plegó el papel y se lo entregó a su emisaria, quien lo llevó de inmediato a Corona de Reyes. Tras la lectura de esta nueva misiva el enamorado quedó convencido de que su amada era mujer de duro corazón y que nunca llegaría a ella. Fue, pues, a exponerle sus quejas al ministro y a pedirle buen consejo. El ministro contestó: «No os queda, joven señor, otra salida que dirigirle una última carta en que pidáis la divina intercesión contra la dama». Corona de Reyes se dirigió entonces a su compañero de fatigas: «Escríbele tú por mí, Aziz, amigo mío, que a ti se te da bien el arte de escanciar versos». Aziz tomó una hoja de papel y escribió:

*Por los Cinco Mayores¹⁹², Señor Dios Os suplico
que me libréis de aquella que me causa suplicio.
Bien sabéis que las llamas de la pasión me cercan
por el amor de aquella que ignora la clemencia;
de aquella a quien no afecta cuanto por ella sufro,
quien tiene mis dolores como fuente de gusto.
Sumido en mis pesares, sin rumbo me debato,
solo, sin el consuelo de un amistoso brazo.
Cada vez que me envuelve con su manto la noche,
reitero mis lamentos, ya en silencio ya a voces;
sin aplacar con ello de este fuego las llamas,
pues donde el Amor reina no hay alivio que valga.
¿Puedo contar al menos –dime, ave del olvido–
con que ella siga libre de la crueldad del Sino?*

Plegó Aziz el papel y se lo entregó a Corona de Reyes, quien lo leyó, quedando tan satisfecho que, sin más, lo selló y se lo dio a la anciana. Volvió esta a su señora, la princesa Dunia, y se lo entregó. Cuando la joven leyó la misiva y comprendió su contenido, se dejó llevar de la cólera y exclamó: «¡Del caletre de esta vieja de mal agüero es de donde todo esto ha salido!». Luego llamó, a voz en cuello, a sus esclavas y eunucos y les dijo: «¡Agarrad a esa vieja artera y dadle una buena paliza con las sandalias!». Los servidores la molieron a golpes. La anciana perdió por ello el sentido y, cuando lo recobró, oyó que su ama le decía: «¡Si no fuese, vieja maldita, por mi temor de Dios, ya te habría mandado matar!». La princesa se dirigió de nuevo a sus esclavas y eunucos: «¡Volved a golpearla!». Y por segunda vez recibió la anciana tal lluvia de palos que perdió de nuevo la consciencia. La princesa Dunia les mandó a los eunucos que la llevasen a ras-tras hasta la puerta y la arrojasen a la calle. Y eso fue lo que hicieron: tiraron de la anciana, que estaba en el suelo, tendida boca abajo, abrieron la puerta y la empujaron fuera. Cuando volvió

¹⁹² No está claro quiénes o qué sean esos Cinco Mayores (o Ancianos). Algunos traductores han creído que los aludidos son los «cinco planetas», opción que choca por su paganismo en el contexto verbal en que se halla. Otra posibilidad sería que se refiera a cinco destacados personajes del islam; bien a los cinco autores de las más reconocidas colecciones de tradiciones proféticas, bien a los cinco primeros califas que estuvieron al frente de la Comunidad islámica antes del advenimiento de los Omeyyas de Damasco (si se incluye a Hasan hijo de Ali en esta breve lista), o bien a algunos santos cuya identidad es difícil concretar.

en sí, la anciana se puso en pie como pudo, y, andando un rato y sentándose un rato a descansar, llegó hasta su casa, donde pasó la noche.

A la mañana siguiente fue al mercado, adonde Corona de Reyes, y lo puso al tanto de lo ocurrido. Tomándose muy a pecho el relato de la anciana, dijo el príncipe: «Mucho lamento, abuela, lo que os ha pasado, pero no olvidéis que todo sucede de acuerdo con la Providencia y Decreto divinos». La anciana contestó: «Vos no os preocupéis, joven señor, pues yo os prometo que no pararé hasta juntaros con esa mala pécora. ¡Bien que me ha hecho calentar a palos la desagradecida!». Corona de Reyes le preguntó: «Decidme, abuela, ¿cuál es el motivo de que vuestra señora aborrezca de ese modo a los hombres?». La anciana repuso: «Todo se debe a un sueño que tuvo». Corona de Reyes volvió a preguntar: «¿Y qué sueño fue ese?». La anciana se lo contó: «Soñó mi ama una noche que un cazador plantaba una red, esparcía alrededor granos de trigo y se sentaba a esperar. Acudieron en tropel aves de todas las clases, entre ellas una pareja de tórtolas, macho y hembra. Y vio luego en su sueño la princesa que al macho se le enganchaba una pata en la red y trataba en vano de soltarse, mientras las demás aves salían huyendo. La hembra, su pareja, sin embargo, volvió a él, quedó a la espera, sobrevolando el lugar, y, en un descuido del cazador, agrandó con el pico el ojo de la red en que había quedado atrapada la pata del tórtolo. Y no paró de tirar la hembra hasta que el macho se soltó y pudieron ambos emprender el vuelo juntos. Volvió luego el cazador, reparó la red y se sentó a esperar, algo más retirado que antes. Al poco volvieron las aves, y fue ahora la hembra quien quedó atrapada. Salieron huyendo todas, incluido el tórtolo, que no regresó para socorrer a su pareja. Vino el cazador, agarró a la tórtola hembra y la degolló. La princesa Dunia despertó aterrorizada por su sueño y dijo: “Así son todos los machos, egostas y desleales, incluidos los humanos varones, quienes nada bueno pueden ofrecer a las mujeres”».

Corona de Reyes rogó a la mediadora: «Quiero, abuela, verla una vez, aunque en ello me vaya la vida. Planead algo». La anciana contestó: «Sabad, joven señor, que la princesa tiene, a los pies de su palacio, un huerto de recreo, adonde sale una vez al mes por una puerta secreta y donde permanece por espacio de diez días, y da la casualidad de que está cercano su período de asueto. Cuando yo me entere de que está a punto de salir al huerto, vendré a vos y os avisaré, de modo que podáis coincidir con ella. Acaso al ver por sí misma vuestra hermosura y garbo, quede su corazón prendado de vos. Tened en cuenta, si es que aún no lo sabéis, que la delectación amorosa es la mayor fuerza que a la unión carnal puede empujar». «Eso es lo que haré», aseguró el príncipe, quien salió de la tienda, y él y Aziz acompañaron a la anciana a la casa de esta. Volviendo de allí dijo el príncipe a su compañero: «Ya no me hace falta la tienda, que ha cumplido su función. Te la regalo con cuanto en ella hay, como compensación por haberme acompañado a tierra extraña». Aceptó Aziz encantado el regalo y estuvieron un rato conversando. Corona de Reyes le preguntó una vez más por sus extrañas circunstancias y Aziz le fue contestando sus preguntas. Fueron luego ambos jóvenes en busca del ministro, a quien hicieron partícipe de la decisión de Corona de Reyes. Este y su compañero le preguntaron luego: «¿Cómo será mejor hacer?». El ministro repuso: «Vayamos todos a ese huerto».

Se pusieron sus mejores galas y, seguidos de tres esclavos armados, se encaminaron hacia el huerto, cuya frondosidad y abundancia en aguas admiraron. A la puerta hallaron al guardés. Le dirigieron el saludo de la paz y el hombre se lo devolvió. El ministro le entregó la suma de cien dinares y le dijo: «Quiero que tomes este dinero y nos compres de comer. Somos forasteros

y quiero que estos dos jóvenes que me acompañan se recreen». El hortelano tomó el oro y los invitó a entrar: «Adelante, mis señores; pasad y disfrutad como si estuviérais en vuestra casa. Sentaos, os lo ruego, que no tardaré en volver con algo para que comáis». Dicho esto, se fue el hombre al mercado, y el ministro, Corona de Reyes y Aziz se internaron en el huerto. Al cabo de un rato volvió el guardés con un cordero asado y un pan más blanco que el algodón. Comieron, se lavaron y no se movieron de donde estaban. El ministro le preguntó al hortelano: «¿Es tuyo el huerto o lo tienes alquilado?». El hombre repuso: «No es mío, señor, sino de la hija del rey, la princesa Dunia». «¿Y cuánto te paga al mes?», preguntó el ministro, a lo que repuso el hortelano: «Un dinar». El ministro miró a su alrededor y vio un pabellón, suntuoso pero ya algo avejentado, y dijo: «Quiero, maestro, hacer algo bueno aquí, de modo que se me recuerde». El hortelano preguntó: «¿Y qué es ello?». El ministro le tendió una bolsa: «Toma estos trescientos dineros». En cuanto el hortelano y guardés oyó mencionar el oro, dijo, obsequioso: «Haced, mi señor, lo que deseáis», y aceptó, desde luego, la gran suma. El ministro insistió: «Dios mediante, haremos algo bueno en este lugar». Dicho esto, salieron los tres y volvieron a su casa, donde pasaron la noche.

Al día siguiente hizo el ministro venir a un blanqueador, a un pintor de frescos y a un orfebre, y se aseguró de que disponían de cuantas herramientas pudiesen precisar. Luego se fue con ellos al huerto y les ordenó que enjalbegasen el palacio y lo decorasen con las más diversas ornamentaciones. Mandó asimismo traer oro y lapislázuli y dijo al pintor: «En este testero quiero que representes a un cazador con una red tendida en la que se vea a una tórtola aprisionada por el cuello». Después que el pintor hubo terminado el encargo del ministro, le dijo este: «Y ahora pinta, a este otro lado, una imagen semejante, en que se vea al cazador a punto de degollarla con el cuchillo. Cuando termines, pinta en aquel testero de allá, a una fiera con un tórtolo entre sus garras». Cumplido que hubo el pintor cuanto le ordenó el ministro, se despidieron todos, los artesanos y los distinguidos huéspedes, del guardés y se marcharon. Ya en su casa se sentaron los tres forasteros a conversar, y Corona de Reyes le dijo a Aziz: «Recítame, querido amigo, algunos versos, a ver si se calma mi ánimo, y mi mente se libra del continuo cavilar, o, al menos, se atenúa el ardor de las llamas que me arden en el corazón». Aziz entonó los siguientes versos:

«Todo el pesar de que hablan quienes de amores sufren
desde el alma a la piel todo mi ser consume.
Y es de mis tristes lágrimas tal la copiosidad
que me traen los pastores sus bestias a abrevar.
Quienes del amor quieran conocer los efectos
se enterarán al punto si me miran el cuerpo».

Y luego, después de derramar abundantes lágrimas:

«Quien, sin haber amado cuellos y ojos, pretende
ser en goces experto, como un bellaco miente.
Algo tiene el amor, un no sé qué que escapa
a quienes sin pasión la vida entera pasan.
A Dios Le doy las gracias por las noches de vela
y por el sufrimiento que el amor me despierta».

Volvió, por último, a modular la voz y declamó:

«El mal de amor se trata, dice un célebre médico,
gozando, al son de música, del calor de otro cuerpo,
sin que falte el buen vino, tras los muros de un huerto.
Busqué, pues, compañía, no me faltó consuelo;
mas vi que contra Amor falta el medicamento,
y hasta el mismo Avicena fracasa con estruendo».

Admirado de la buena dicción y memoria de Aziz, le dijo Corona de Reyes: «Ciertamente ya has conseguido aliviarme de muchos de mis pesares, pero, si aún se te vienen a la mente otros versos del mismo género, no dejes de decírmelos, que la poesía no puede sino hacerme bien». Aziz volvió a modular la voz y recitó:

«Pensaba que podría conquistarte con oro,
¡cuando han caído tantos a los pies de tus ojos!
Ahora sé que contigo no hay ardides que valgan;
me iré con la cabeza metida bajo el ala...».

Lo anterior, por lo que atañe a los tres forasteros. En cuanto a la anciana, sépase que siguió recluida en su casa hasta que la hija del rey acabó acordándose de ella, pues le apetecía ya salir a esparcirse en el huerto, adonde solo iba en compañía de quien había sido su nodriza. Mandó, pues, la princesa a buscarla, hicieron las paces, y la joven dama, después de dedicarle a la anciana bien pensadas lisonjas, le dijo: «Quiero salir al huerto, a recrearme a la sombra de los árboles, y acaso entre las flores se me alivie este pesar que el pecho me oprime». La anciana repuso: «Lo que vos digáis, mi señora. Pero me gustaría ir antes a mi casa para cambiarme de ropa». La princesa: «Está bien, pero no me hagas esperar mucho». La anciana fue adonde Corona de Reyes y le dijo: «Preparaos para salir, ponéos vuestras mejores galas e id al huerto. Saludad allí al guardés y escondeos». «Ahora mismo», repuso el joven príncipe, y acordaron ambos unas discretas señas con que poder entenderse entre ellos cuando fuera menester. La anciana salió a toda prisa para volver sin tardanza con su señora, la princesa Dunia.

En cuanto se marchó la anciana, el ministro y Aziz vistieron a Corona de Reyes con un traje regio, tan suntuoso que no costaría menos de cinco mil dinares, le ciñeron la cintura con un fajín de oro y pedrería, y se pusieron los tres en camino. En la cancela del huerto se encontraron con el guardés allí sentado. Al ver al príncipe, se puso el hombre en pie de inmediato, le dio la bienvenida con grandes muestras de consideración y, sin saber que la hija del rey iba a bajar ese mismo día, lo invitó: «Pasad y disfrutad del huerto». Al poco de haber entrado, sintió Corona de Reyes ruido, se volvió y vio a un grupo de eunucos y esclavas que salían del palacio por la puerta secreta. El guardés fue a Corona de Reyes: «¿Qué haremos, señor mío? La hija del rey, su alteza la princesa Dunia, está a punto de salir». El príncipe lo tranquilizó: «No te preocupes, que yo me esconderé por aquí». El guardés le rogó que lo hiciese con sumo cuidado, para no ser visto de nadie, y lo dejó donde estaba.

Entró poco después la princesa en el huerto con las esclavas de su servicio y la anciana, quien venía diciéndose para sus adentros: «Los eunucos que nos acompañan nos van a impedir cualquier avance». Luego se dirigió, en voz alta, a la hija del rey: «Os voy a decir, mi señora, algo que os serenará el corazón». La princesa contestó: «A ver». La anciana le propuso: «Ninguna falta os hacen, señora, los eunucos, y, mientras sigan con nosotras, no hallaréis el reposo que

venís buscando; decidles, pues, que nos dejen solas». La princesa asintió: «Tienes razón», y les ordenó a los eunucos que volvieran a palacio. Echó luego a andar la joven por el huerto, a la vista, sin saberlo, de Corona de Reyes, quien se quedó con el alma en vilo admirando la mucha belleza y donosura de la princesa Dunia. Tan fue así, que a cada mirada que lanzaba a su amada creía el joven estar a punto de perder el juicio. La anciana siguió dándole conversación a la princesa, para entretenerla, y así la llevó hasta el pabellón que el ministro había hecho restaurar. Entró allí la princesa y contempló con arrobó las pinturas.

Miró con atención las figuras del cazador, las tórtolas y las demás aves, y exclamó: «¡Alabado sea Dios! Ahí está representado lo que vi en sueños». Quedó unos instantes pensativa y añadió: «Mucho he detestado, aya, a los hombres, de quienes nada bueno espero, como sabes. Pero fíjate: mientras el cazador degüella a la tórtola hembra, al macho, que volvía para salvarla, lo alcanza una fiera que lo va a devorar». Siguió luego la anciana distraiendo con sus palabras a la princesa y de ese modo la condujo hasta el lugar donde se ocultaba Corona de Reyes, quien, por indicación de la anciana, se puso a caminar bajo las ventanas del pabellón. Fue entonces cuando la joven princesa lo vio por vez primera y, tras observar la gallardía del mancebo, su cumplida talla y proporción, preguntó: «¿Quién es, aya, ese joven tan apuesto?». La anciana repuso: «No tengo idea, hija, pero debe de ser hijo de algún gran rey, pues su hermosura y prestantia no podían ser mayores ni más admirables». Y la princesa Dunia, anulada ya toda su determinación previa, quedó al punto prendada de él. Se le obnubiló, primero, la mente ante aquel dechado de perfecciones, y luego la invadió el deseo carnal. «¡Qué guapo es ese joven, aya!», exclamó de nuevo. «Mucha razón tenéis, hija», repuso la anciana, quien luego al príncipe otra seña para que se marchase de allí. Y así hizo Corona de Reyes, quien, inflamado de pasión y sufriendo como nunca la arremetida de la pasión, se despidió del guardés y hortelano y emprendió el camino que a su casa lo llevaba. Nada más llegar, hizo saber al ministro y a Aziz que había sido la anciana quien le había indicado que se marchase del huerto en aquel preciso momento y muy a su pesar. Sus dos compañeros lo calmaron: «Tened por seguro que, si no estuviera la anciana convencida de que eso era lo más conveniente, no os lo habría indicado».

Lo anterior, por lo que a Corona de Reyes, el ministro y Aziz respecta. En cuanto a la princesa Dunia, sépase que, luego que la pasión se hubo enseñoreado de ella, comenzó a sufrir los padeceres propios del amor, y sin más dijo a la anciana: «Solo tú puedes conseguir que me reúna a solas con ese joven». La anciana se llevó las manos a la cabeza: «¡Quiera Dios tener lejos de nosotras a Satanás! ¡Pero si vos lo último que deseáis, niña mía, es a un hombre! ¿Cómo ha podido ser que hayáis quedado fascinada por ese joven? Aunque, bien visto, hay que reconocer que, si estaba de Dios que esto ocurriera, nadie sino ese joven podríais hallar que conviniera más a vuestra lozana mocedad...». A esto repuso la joven princesa: «Si me ayudas, aya, a tener con él un encuentro, te entregaré mil monedas de oro y una tela por valor de otras mil. Hazlo, por favor te lo pido, que temo morirme si no puedo pasar con él un rato en la intimidad». La anciana tomó, sin más subterfugio, las riendas del asunto: «Idos vos a vuestro palacio, que ya me encargaré yo de que os juntéis, y sabed que no escatimaré ni mi alma con tal de daros satisfacción a ambos». Se retiró, pues, la princesa Dunia a su residencia, mientras la anciana salía en busca de Corona de Reyes. Cuando este la vio llegar, se puso en pie para recibirla, dándole muestras del gran aprecio en que la tenía, y la invitó a sentarse a su lado. «El plan ha salido como yo tenía previsto», dijo la anciana, que le contó al enamorado cuanto había sucedido. Corona de Reyes le preguntó: «¿Y

cuándo podré estar con ella?». La anciana repuso: «Mañana mismo». El príncipe le entregó mil dinares y una tela que otro tanto valía. La anciana aceptó los obsequios y se marchó adonde su señora, la princesa Dunia. Esta le preguntó: «¿Qué noticias tienes, aya, de mi apuesto desconocido?». La anciana le dijo: «Ya he averiguado dónde para. Mañana mismo os lo traeré». Muy contenta, la princesa le entregó mil dinares así como una tela que otros tantos costaba. La anciana recibió los obsequios y se marchó con ellos a su casa, donde pasó la noche.

A la mañana siguiente fue adonde Corona de Reyes, lo vistió de mujer y le dijo: «Venid detrás de mí, caminad lento, contoneaos un poco y no prestéis atención a quien pueda dirigiros la palabra». Hecha esta recomendación, salieron ambos. Dos mujeres, una detrás de la otra, parecían. Por el camino fue la anciana dándole instrucciones al príncipe para evitarle sobresaltos. Llegaron así al palacio, traspasaron la cancela y, siempre la anciana por delante, fueron cruzando puertas y sus correspondientes corredores, hasta que, al llegar ante la séptima, dijo la anciana al príncipe: «Tened ahora ánimo y, cuando yo os diga: “¡Vamos, muchacha, pasa!”», seguid vos, sin deteneros y a prisa. Pasad al corredor, mirad a vuestra izquierda y allí veréis un patio al que dan varias puertas. Contadlas, y tras la sexta hallaréis a quien deseáis hallar». Corona de Reyes le preguntó: «¿Y a dónde iréis vos?». La anciana contestó: «A ningún sitio, aunque acaso tenga que rezagarme un poco para conversar con el eunuco chambelán». Se adentró, pues, la anciana en el recinto, seguida del joven príncipe, y llegó a la puerta donde se hallaba el mencionado eunuco, a quien enseguida llamó la atención que la anciana llegase acompañada de quien parecía ser una esclava. De manera que le preguntó: «¿Y esa quién es?». La anciana repuso: «Nuestra ama, la princesa Dunia, ha oído hablar tanto de ella, por lo buena que es en todas las labores, que desea comprarla». El eunuco se mostró tajante: «Yo no sé nada de esclavas ni de zarandajas... Aquí no entra nadie sin que yo lo haya que registrado, como me tiene mandado su majestad».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 135**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole a Brillo del Orbe la historia del príncipe Corona de Reyes:

El eunuco que hacía las veces de chambelán le dijo a la anciana: «Nada sé de esclavas ni de esclavos; lo único que sé es que aquí no entra nadie sin mi supervisión, porque así me lo tiene el rey mandado». La anciana contestó haciendo como que comenzaba a incomodarse: «Bien sé que eres persona razonable y de buenos modales; pero, si por alguna razón has cambiado, yo le haré saber a nuestra señora que le has impedido el paso a su esclava. ¡Y tú, esclava —añadió, dirigiéndose a Corona de Reyes— pasa ahora mismo!». El príncipe se internó en el corredor ante el silencio del eunuco, a todas luces derrotado. Contó luego el joven cinco puertas, abrió la sexta y entró en una estancia donde se encontró con la princesa Dunia, quien lo esperaba de pie. No bien lo hubo visto, lo reconoció y lo estrechó contra su pecho. Lo mismo hizo él. Entró luego la anciana en la estancia y se libró de las esclavas. La princesa le ordenó: «Quédate guardando la puerta», y se retiró a un lugar privado con Corona de Reyes, donde no pararon de estrecharse el uno contra el otro, de abrazarse y de rodearse el tronco con las piernas hasta el alba. Con las

primeras luces del día salió ella de la estancia, cerró tras de sí la puerta y pasó a otra sala, donde se sentó, como tenía por costumbre, para recibir a las esclavas, con quienes habló cuanto tenía que hablar, para luego decirles: «Salid todas en este momento pues quiero quedarme a solas». Se marcharon las esclavas, y la anciana les llevó algunos alimentos a los jóvenes amantes. Comieron ambos y volvieron a su amorosa batalla, que duró hasta el alba del día siguiente. Cerró entonces la anciana la puerta del cuarto, como había hecho el día anterior, y así estuvieron un mes entero.

El ministro y Aziz, por su parte, cuando comprobaron que el príncipe permanecía en el recinto real por tan largo período de tiempo, se preguntaron si volvería a salir, e incluso si seguiría vivo. El joven Aziz preguntó al ministro: «¿Qué haréis ahora, señor?». El ministro: «Este es, hijo, asunto espinoso... Lo que tengo por seguro es que, si no volvemos e informamos a su padre, este nos lo reprochará». De manera que se aprestaron a toda prisa y partieron rumbo a Tierra Negra y Dos Columnas, donde tenía su trono el rey Suleimán Shah. Muchos valles, páramos y estepas hubieron de atravesar. De día y de noche avanzaron hasta que llegaron a la presencia del rey Suleimán Shah, a quien comunicaron que nada habían vuelto a saber de su hijo, el príncipe, desde que este se introdujo en el palacio de la princesa Dunia. El mundo entero se le vino encima al atribulado monarca, quien al punto ordenó que se pregonase por todo su reino el inicio de la guerra. El ejército se congregó extramuros y plantó las tiendas, y el rey, muy amado de sus súbditos por su justicia y generosidad, se instaló en su pabellón de campaña a la espera de que acudiesen los efectivos de las provincias. Y, cuando los tuvo consigo a todos, se puso en marcha con el objetivo de salvar a su hijo, Corona de Reyes.

Lo anterior, por lo que al rey Suleimán Shah respecta. En cuanto a su hijo y a la princesa Dunia, sépase que siguieron como estaban durante seis meses, cada día de los cuales se quisieron más que el anterior. Corona de Reyes llegó a hallarse, en efecto, tan llevado de la pasión y el amoroso fuego que no tuvo más remedio que sincerarse con su princesa: «Sabe, prenda de mis entrañas, que cada día que paso a tu lado son mayores mis ansias y mi padecer, dado que aún no he conseguido en su totalidad lo que tanto he deseado». La princesa Dunia le preguntó: «¿Y qué es lo que quieres, luz de mis ojos y fruto de mi ser? Si lo que buscas es ir un paso más allá en la intimidad, en los abrazos y el entrelazar de piernas, te permito que hagas lo que te venga en gana, y sea nuestro testigo el Dios único». Corona de Reyes: «No, no eso lo que quiero, sino informarte de mi verdadera condición, pues has de saber que no soy un mercader, sino príncipe e hijo de rey. Mi padre es el egregio monarca Suleimán Shah, quien envié no hace mucho a su ministro para que pidiese tu mano, a lo que no te aviniste», y le contó luego de principio a fin la historia, que no hay que repetir ahora. Corona de Reyes prosiguió: «De modo que lo que deseo es volver ahora junto a mi padre, para que envíe un emisario al tuyo, quedemos prometidos y podamos vivir tranquilos». Mucho se alegró la joven princesa al oír estas palabras, que se avenían a la perfección con su sentir. De acuerdo, pues, ambos jóvenes en seguir ese proceder, se dispusieron a pasar una noche más en mutua compañía. Y quiso la divina Providencia que en esa precisa noche se dejaran los dos vencer por el sueño y permaneciesen dormidos hasta que el sol estaba ya muy alto en el cielo.

Esa mañana se hallaba el rey Zahr Shah sentado en el solio de su señorío, rodeado de sus comendadores y dignatarios, donde recibió al decano de los orfebres, quien ante el soberano se presentaba con un arca de buenas proporciones. La abrió y de ella sacó una talega cuyo valor no bajaría de los cien mil dinares, habida cuenta de las esmeraldas, rubíes y otras gemas que contenía, todo lo cual estaba al alcance de muy pocos reyes del mundo. Al ver aquello, quedó el

rey muy admirado, y se dirigió al eunuco chambelán, el mismo con quien había tenido la anciana el tira y afloja antes narrado, para decirle: «Alcanfor, llévale esa talega a tu señora, la princesa Dunia». El sirviente se hizo cargo de las joyas y con ellas fue a la alcoba de la princesa. Cerrada encontró la puerta, y a la anciana durmiendo ante ella. El eunuco le preguntó: «¿Dormida aún, a estas horas?». La anciana despertó de repente y, temerosa de lo que viniese a hacer el eunuco, le dijo: «Espera un momento, que ahora mismo te traigo la llave», y salió de allí huyendo. Dándose cuenta el eunuco de la aprensión de la mujer, forzó la puerta, entró en la alcoba y halló a la princesa Dunia abrazada a Corona de Reyes. Seguían durmiendo. Sin saber muy bien qué hacer, se decidió el eunuco por volver adonde el monarca. En ese instante fue a despertar la princesa, quien, con el rostro demudado, dijo: «Bien sabes, Alcanfor, que no debes desvelar lo que Dios mantiene oculto», a lo que el eunuco repuso: «Nada puedo yo ocultarle a mi señor, el rey». Salió, cerró la puerta y volvió al salón del trono. El rey le preguntó: «¿Le has dado la talega a tu señora?». El eunuco repuso: «En manos de mi señor vuelvo a ponerla, aquí está. Y, como nada puedo ocultarle, sepa vuestra majestad que he visto a su alteza la princesa Dunia, durmiendo, en un mismo lecho, con un agraciado joven al que tenía abrazado».

El rey ordenó que los trajesen a ambos de inmediato a su presencia, y, cuando los tuvo ante sí, les preguntó: «¿Qué modo de actuar es este?», y, movido por la cólera, empuñó un arma, y ya se disponía a herir con ella a Corona de Reyes cuando la princesa Dunia se lanzó sobre su amado para protegerlo y dijo a su padre: «¡Matadme a mí antes que a él!». Después de reprobarle a su hija esta reacción, ordenó el soberano que la llevaran a sus estancias y luego se dirigió a Corona de Reyes: «¡Ay de ti! Dime, ¿de dónde vienes?, ¿quién es tu padre?, ¿quién te ha traído hasta mi hija?». «Ordenar mi muerte –repuso Corona de Reyes– sería dar un paso hacia la ruina y la devastación, que tanto vuestra majestad como sus súbditos lamentarían». El rey le preguntó: «¿Y eso por qué?». Corona de Reyes desveló su identidad: «Sepa vuestra majestad que soy hijo del rey Suleimán Shah, quien caería, como el rayo, sobre este reino con toda su caballería y su infantería». Cuando el rey Zahr Shah hubo oído estas palabras, pensó que lo mejor sería aplazar la ejecución del joven, a quien podía encarcelar mientras comprobaba si decía la verdad. Pero, como quiera que su ministro le dijo: «Lo que debe hacer el rey de nuestra era es ordenar la inmediata ejecución de ese colgajo que osa acercarse a las hijas de los reyes», cambió de parecer y ordenó al verdugo: «¡Córtale el cuello por felón!». El verdugo agarró del brazo a Corona de Reyes y, después que lo tuvo amarrado, alzó varias veces la mano para tener la aquiescencia de sus superiores, actitud con la que pretendía aplazar el desenlace. El rey bramó: «¿Cuántas veces vas a pedir permiso? ¡Si vuelves a detenerte serás tú quien pierda la cabeza!». Y tanto alzó entonces el verdugo el brazo, para rebanarle el cuello a Corona de Reyes, que pudieron verse los pelos de la axila.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 136**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole al rey Brillo del Orbe:

El verdugo levantó el brazo hasta todo lo alto, tanto que llegaron a vérselo los pelos de la axila, para rebanarle el cuello al joven príncipe. Y en ese preciso instante llegó al salón del trono ruido de voces y gran bullicio. Eran los habitantes de la ciudad, que así reaccionaban al ver que se cerraban todas las tiendas del mercado. El rey ordenó entonces al verdugo: «¡Espera!», y mandó a uno de sus guardias salir a ver qué ocurría. Volvió el guardia poco después y dijo: «He visto un ejército que más parece el tumultuoso mar por las olas agitado, al galope de cuyos caballos tiembla la tierra, y nada más puedo añadir». Atónito el rey, y temiendo verse despojado de su señorío, se dirigió a su ministro diciéndole: «¿Es que ninguno de nuestros soldados ha salido a plantarles cara?». Y apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando ante él se presentaron sus chambelanes, acompañados de los emisarios del rey que se acercaba. Uno de ellos era el ministro que a Corona de Reyes había acompañado. El alto emisario dirigió el saludo de la paz al rey Zahr Shah, y este se puso en pie para recibir, con el máximo respeto, a los miembros de la delegación, a quienes preguntó por el motivo de su llegada. El ministro se acercó a él y le dijo: «Sepa vuestra majestad que quien a vuestras tierras ha llegado no es un soberano como los que el Tiempo ha visto pasar». El rey Zahr Shah preguntó: «Pues ¿quién es?». El ministro repuso, solemne: «El impulsor de la justicia y la salvaguarda, cuya excelsa ejecutoria han propagado por todas las regiones las caravanas; a saber, su majestad el rey Suleimán Shah, señor de Tierra Negra, Dos Columnas y los Montes de Ispahán. Y él, que ama la justicia y la equidad tanto como aborrece el despotismo y el abuso, os hace saber, señor, que está al tanto de que su hijo, la prenda más querida de su corazón, se halla en este vuestro reino. Pues bien, si su hijo, el príncipe, está sano y salvo y así lo comprueba quien me envía, el rey Suleimán Shah, su majestad os dará las gracias y os dirigirá sus loas por vuestra buena ejecutoria. Si, por el contrario, resultase que algo malo le ha ocurrido al príncipe en estas vuestras tierras, tened por cierto que sobre ellas se abatirán la destrucción y la ruina de modo tal que en todos vuestros dominios no se oirán más que graznidos de cuervos. Tal es el mensaje que he venido a transmitir, señor. Nada más he de añadir».

Estas palabras le alteraron el ánimo al rey Zahr Shah, que vio próximo el fin de su reinado. Llamó a grandes voces a los dignatarios de su reino, ministros, chambelanes y lugartenientes, y cuando los tuvo a todos ante sí les dijo: «¡Ay de vosotros! ¡Id ahora mismo a buscar a ese muchacho!». El cual muchacho, o sea, el príncipe Corona de Reyes, seguía a la sazón en poder del verdugo, y más muerto que vivo, del miedo que había pasado. El ministro de Suleimán Shah de repente, al desviar levemente la mirada, vio al hijo de su rey sobre el cuero de la sangre, lo que indicaba que estaba a punto de ser ejecutado, y, reconociéndolo de inmediato, se lanzó hacia él, igual que hicieron los demás emisarios. Lo libraron al punto de sus ataduras y le besaron pies y manos. Abrió entonces los ojos Corona de Reyes y vio ante sí al ministro de su padre y a su querido amigo Aziz. Tan contento se puso que cayó sin sentido al suelo. El rey Zahr Shah, por su parte, seguía confuso, incapaz de tomar decisión alguna, amén de dominado por el miedo más sobrecogedor ante lo que se les había venido encima. Pero por fin consiguió levantarse del trono, fue adonde Corona de Reyes, lo besó en la cabeza y, con lágrimas en los ojos, le dirigió estas palabras: «Perdóname, hijo mío, perdona a quien tanto daño te ha hecho; ten compasión de mis canas y no quieras asolar mi reino». Corona de Reyes, le besó la mano y contestó: «No tenéis nada que temer, para mí sois como un padre. Pero, ¡cuidado!, nada debe ocurrirle a mi amada Dunia...». «Descuidad, señor, que nada sino alegría habrá mi hija de experimentar», repuso el rey Zahr Shah, quien, después de deshacerse en reiteradas disculpas, trató de ganarse, con buenas

palabras, la voluntad del ministro del rey Suleimán Shah, a quien prometió grandes sumas de dinero si no revelaba a su rey lo que había tenido ocasión de ver.

El soberano ordenó a los principales de su reino que acompañaran a Corona de Reyes a los baños, lo ataviase con la más suntuosa indumentaria regia y volviera con él de inmediato. Y eso fue lo que hicieron, conducirlo a los baños, ayudarlo a ponerse un traje que el rey Zahr Shah le regaló y regresar con él al salón del consejo. Entró el príncipe a la presencia del rey Zahr Shah, se plantó ante él y, junto con los demás notables del reino, se puso al servicio del monarca. Luego se sentó Corona de Reyes a conversar con el ministro de su padre y con Aziz acerca de lo sucedido. El ministro y Aziz le contaron: «Pasado que hubo un tiempo, volvimos adonde vuestro padre y lo informamos de que habíais entrado en el palacio de la princesa, pero no habíais vuelto a salir, por lo que no supimos qué pensar. Al oír nuestras noticias, aprestó vuestro padre sus ejércitos y partimos hacia este reino, donde no hemos hallado sino alivio y alegría». El príncipe les respondió: «Si todo ha salido bien, al principio y al final, ha sido gracias a vuestra ayuda». Mientras esta conversación tenía lugar, entró el rey Zahr Shah en las estancias de su hija, la princesa Dunia, a quien halló llorando por Corona de Reyes. Había clavado una espada en el suelo por la empuñadura y, tras colocar la punta en la embocadura de su corazón, entre sus senos, se inclinó diciendo: «He de morir. No puedo seguir viva ni un instante después de mi amado». Entró, pues, su padre y, al hallarla de aquel modo, exclamó: «¡Princesa eres, hija y nieta de reyes! No te hagas daño, ten compasión de tu padre y las gentes de tu tierra... No le ocasiones – prosiguió, acercándose a ella – a tu padre un mal tan terrible». Le contó lo que acababa de ocurrir y le hizo saber que su amado, el hijo del rey Suleimán Shah, quería desposarla. «El compromiso y la boda –concluyó– tendrán lugar solo si tú los deseas». La princesa Dunia lo reconvino: «¿No os advertí que es hijo de rey? Ahora dejaré que os clave a un tablón que no valga ni dos dirhams». El rey Zahr Shah se humilló: «Por lo más sagrado te pido que tengas compasión de tu padre». «Id a él y traedlo aquí», ordenó la princesa, y el rey repuso: «De mil amores».

Fue, pues, el monarca a toda prisa adonde Corona de Reyes, a quien confió en un aparte las palabras de su hija. Se levantó entonces el joven y se encaminó a las estancias de su amada. Esta, al ver a Corona de Reyes, se le colgó del cuello, a la vista de su padre, lo besó y le dijo: «¡Cuánto os he echado de menos!», y luego, dirigiéndose al monarca: «¿Quién puede exagerar las virtudes de este joven, que, amén de agraciado, es de sangre real?». Salíó en ese instante de la sala el rey Zahr Shah, cerró la puerta para que nadie molestara a los amantes y fue de nuevo adonde el ministro y los demás emisarios del padre de Corona de Reyes. Les ordenó que llevaran al rey Suleimán Shah el mensaje de que su hijo se hallaba en perfecto estado y llevando la vida más placentera que se pudiera imaginar. Hecho lo cual, dispuso el monarca que atendiesen como era debido a los ejércitos del rey Suleimán Shah, con viandas para los hombres y forraje para los caballos. Luego ordenó que sacaran cien corceles, cien camellos, cien siervos aptos para la guerra, cien concubinas cantoras, así como otros doscientos esclavos de servicio, cien varones y cien hembras, que habían de constituir el regalo que el rey Zahr Shah hacía al rey Suleimán. Más tarde, y acompañado de los principales dignatarios de su reino y miembros de su privanza, se dirigió a las afueras de la ciudad. Cuando esto supo el rey Suleimán Shah, avanzó para encontrarse con quien salía a recibirlo. Lo cierto es que ya su ministro y Aziz habían puesto al soberano al tanto de las últimas noticias, y el rey Suleimán no había podido sino exclamar: «¡Alabado sea Dios! ¡Mi hijo ha alcanzado lo que tanto deseaba!».

No tardaron, pues, en juntarse los dos monarcas. El rey Suleimán Shah, el padre de Corona de Reyes, tomó entre sus brazos al rey Zahr Shah y lo sentó en su mismo estrado para conversar con él. Les sirvieron poco después alimentos, y comieron todos cuanto apetecieron. Luego vinieron los postres y dulces, y con ellos, Corona de Reyes, que se había engalanado con el traje y los adornos que como presentes le habían ofrecido. Al verlo llegar, se puso en pie su padre para besarlo. Otro tanto hicieron todos los circunstantes, y entre ellos se sentó el joven príncipe a departir. El rey Suleimán Shah dijo: «Me gustaría que levantásemos acta de matrimonio de mi hijo con la vuestra ante los escribanos preceptivos». «Sea», repuso el rey Zahr Shah, quien mandó llamar al juez y los escribanos. Acudieron estos y se levantó acta, para gran contento del ejército. El rey Zahr Shah dio las instrucciones precisas para que su hija se preparara para la ocasión, y, mientras, dijo Corona de Reyes a su padre: «Aziz es persona honorable que me ha rendido valiosos servicios; se ha tomado toda clase de molestias, ha emprendido viaje en mi compañía y me ha permitido alcanzar mi objetivo, sin impacientarse hasta verme satisfecho. Dos años completos lleva con nosotros, apartado de los suyos. Sería bueno ahora que le arreglásemos unos buenos fardos de género para que comercie con ellos, ya que su tierra no está lejos». El padre repuso: «¡Muy bien pensado!», y mandó que dispusiesen para Aziz cien fardos de las más suntuosas telas. Corona de Reyes fue a ver a su compañero, se despidió de él y le dijo: «Acéptalo, querido amigo, como un obsequio nuestro». Aziz aceptó los fardos de buen grado y besó el suelo ante el príncipe y ante su padre, el rey Suleimán Shah.

Montó luego Corona de Reyes en un corcel y cabalgó con Aziz una distancia de tres millas. Lo conjuró este a que regresara y dijo: «De no ser por mi madre, no podría yo admitir el separarme de vos. Por lo más sagrado os suplico que no dejéis de darme noticias vuestras». Se despidió luego y emprendió camino rumbo a su ciudad. Una vez en esta, supo que su madre le había levantado, en medio de la casa, un monumento fúnebre que visitaba a diario, y, no bien entró el joven en la vivienda, encontró a su madre con el cabello suelto y esparcido por el vacío sepulcro, y derramando abundantes lágrimas, mientras recitaba los siguientes versos:

«¿Que está marchito, tumba, quien yo bien quiero es cierto?
¿Que de existir dejó su tierna donosura?
¿Y cómo es que tú, tumba, sin ser vergel o cielo,
cobijo sabes darme al junco y a la luna?».

Sollozó la mujer con gran desconsuelo y añadió:

«Entro en el cementerio, me detengo y saludo
a quien tanto he querido, que yace en su sepulcro.
Me extraña su silencio. "¿Por qué no me contestas?"
"¿Cómo he de contestarte bajo el polvo y la piedra?"
La tierra mis virtudes en polvo ha convertido
¡y me ha alejado tanto de mis seres queridos...!"».

Volvió a derramar unas lágrimas y añadió:

«Soporto con firmeza lo que pase,
a no ser que se trate de distancia.
Perder a quien bien quieres es mal trago,
y quedar solo, la mayor desgracia».

Mientras la madre acababa de pronunciar estas palabras, entró Aziz donde se hallaba, y, no más verlo, se puso ella en pie, lo abrazó con gran ternura y le preguntó por la causa de su larga ausencia. El joven le contó cuanto le había ocurrido y cómo había recibido de Corona de Reyes una gran suma de dinero así como cien fardos de tela, lo cual alegró mucho a su madre. Y junto a esta permaneció Aziz, afligido por lo que le había hecho Daliá la Taimada, que lo castró.

Lo anterior, por lo que al joven Aziz respecta. En cuanto a Corona de Reyes, sépase que consumó por fin la unión con su amada, a quien desvirgó, después de lo cual el rey Zahr Shah no escatimó esfuerzos ni gastos para preparar a su hija ante el inminente viaje que había de emprender en compañía de su esposo y el padre de este. Hizo, pues, que los proveyesen de cumplidas provisiones, a las que añadió numerosos regalos y objetos de valor. Lo cargaron todo y partieron, y con ellos el rey Zahr Shah, que los acompañó tres días enteros en su marcha, para despedirse a su gusto. El rey Suleimán Shah lo conjuró luego a que se volviese a su ciudad y así hizo el rey Zahr Shah. Por su parte, Corona de Reyes, su padre y su esposa prosiguieron el viaje, avanzando de día y de noche, hasta que felizmente llegaron a su ciudad, que hallaron engalanada en su honor.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 137**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el ministro Dandán siguió contándole al rey Brillo del Orbe:

El rey Suleimán Shah, su hijo y la esposa de este hicieron a toda prisa el viaje de regreso a su ciudad, que hallaron engalanada en su honor. Entraron en ella y, ya en palacio, se sentó el rey Suleimán en el solio de su señorío, con su hijo Corona de Reyes a su lado, y, para celebrar los últimos felices acontecimientos, repartió dinero, hizo generosas donaciones y amnistió a los presos. Celebró además, por segunda vez, la boda de su hijo, y durante un mes entero se prolongaron los banquetes y veladas de canto. Una multitud de peñadoras pululaba en torno a la princesa Dunia, quien no se cansaba de mostrarse, del mismo modo que ellas no se cansaban de admirarla. Corona de Reyes, por su parte, después de haber estado junto a su padre y su madre, entró donde su amada esposa y a partir de entonces vivieron felices y contentos.

Oído que hubo la historia, dijo Brillo del Orbe al ministro Dandán: «Eres uno de esos raros ministros que, además de prestar los más acertados consejos a reyes y príncipes, se convierten en los mejores contenteros que estos puedan tener». Todo esto ocurrió durante el sitio de Constantinopla, que ya se había prolongado cuatro años. Fue entonces cuando se hizo evidente que a la nostalgia del terruño se unía el cansancio tras el largo asedio y la interminable guerra, que no cesaba ni de día ni de noche. Hizo venir, pues, el rey Brillo del Orbe a Bahram, Rostam y Turkash y, en cuanto comparecieron, les dijo: «Llevamos aquí varios años, a cuyo término no podemos afirmar que hayamos alcanzado nuestro objetivo, sino todo lo contrario, pues son más nuestros pesares y padecimientos. Vinimos para tomar venganza de la muerte del rey Ómar Ennumán, mi padre, y ahora también mi hermano Mal Hubo ha pasado a mejor vida. Si antes teníamos un motivo de dolor, ahora tenemos dos; si ya habíamos sufrido una terrible desgracia, ya podemos asegurar que dos son las calamidades que sobre nosotros se han abatido. La causa de todo ello es

esa vieja inmundia, Calamidades. Fue ella quien mató al rey Ómar en la misma sede de su gobierno, de donde, además, raptó a Sofía, la esposa de mi difunto padre. No contenta con ello, siguió la vieja tramando contra nosotros hasta conseguir la muerte de mi hermano, a quien degolló. El más solemne juramento he hecho: no cejaré hasta vengarme. Y vosotros, ¿qué decís? Espero una respuesta». Bajaron la cabeza los tres comendadores y pusieron el asunto en manos del ministro Dandán. Este dio unos pasos hacia el rey Brillo del Orbe y le dijo: «Mi opinión es, rey de nuestra era, que ningún interés se nos sigue ya en mantener nuestra posición. Lo más conveniente es, no lo dudo, que emprendamos el camino de regreso a nuestros hogares, permanezcamos allí una temporada y volvamos más adelante para invadir los territorios de esos adoradores de ídolos». El rey exclamó: «¡Tienes razón! Todos nuestros hombres están deseando volver a ver a los suyos. También yo he de reconocer que me aflige la nostalgia por mi hijo Así Fue y por la hija de mi hermano, Tenía Que Ser, que se halla en Damasco, aunque no sé lo que de ella habrá sido».

Cuando entre las filas de los musulmanes cundió la noticia, se alegraron todos y pidieron por el ministro Dandán. Ordenó, pues, el rey Brillo del Orbe al pregonero que anunciase la retirada al cabo de tres días, y todos comenzaron a aprestarse para el viaje. Y al cuarto día sonaron los tímbrals y se desplegaron las enseñas. El ministro Dandán se puso a la vanguardia de las tropas, mientras el rey se situaba en el corazón del ejército, con el Gran Chambelán a su lado. Empezaron, pues, el regreso, avanzaron a marchas forzadas, día y noche, y así llegaron a Bagdad. Mucho se alegraron con el regreso del ejército los habitantes de esta, que vieron con ello disiparse sus cuitas y sus males. Se retiraron los comendadores, cada uno a su residencia, y el rey subió a palacio, donde fue derecho en busca de su hijo Así Fue, que a la sazón tenía siete años y era ya capaz de ir y venir solo, así como de montar a caballo. Y, después que hubo descansado el rey de las fatigas del viaje, entró en los baños acompañado del pequeño Así Fue. Volvió luego a palacio y tomó asiento en el solio de su señorío, mientras su ministro, Dandán, se plantaba a su lado y otro tanto hacían, frente a él, los comendadores y principales dignatarios, que mostraban así estar al servicio del monarca. Mandó entonces el rey Brillo del Orbe que llamasen a su amigo el fogonero, quien tanto lo había socorrido en los peores momentos de su extrañamiento. Acudió el hombre a la llamada, y, en cuanto el rey lo vio llegar, se puso en pie para recibirlo y lo invitó a que se sentara con él. Noticia tenía ya el ministro de todo el bien que el fogonero había hecho al soberano, porque este se lo había contado, por lo que no es de extrañar que gozase ya el hombre de gran consideración ante el propio ministro y los comendadores en general. Con el tiempo transcurrido se había robustecido el fogonero y engordado, gracias a la buena comida y el mucho reposo, de manera que el cuello se la había puesto como el de un elefante, y como el vientre de un delfín cada mejilla. La mente, por otra parte, se le había aturrido, pues no abandonaba nunca su casa, y por ello no reconoció al rey cuando lo vio.

El monarca se acercó a él, le sonrió abiertamente, le dedicó los más sinceros parabienes y le reprochó: «¡Qué poco has tardado en olvidarme!». El fogonero lo miró y lo remiró, y cuando por fin supo con quién se hallaba, se puso en pie y exclamó: «¡Pero, niño mío...! ¿Quién os ha hecho rey?». Mientras el joven monarca se refa a sus anchas, se acercó al hombre el ministro para explicarle lo ocurrido: «Fue tu amigo y tu compañero del alma y ahora se ha convertido en el rey de la tierra, de donde se sigue que de él has de recibir mucho bien. Y yo te aconsejo que, si te dice: "Dime lo que deseas", le contestes que deseas algo grande, pues te tiene, créeme, en mucha estima». El fogonero repuso: «Temo expresarle mi deseo, pues cabe que no me lo permita o bien

que no pueda concedérmelo». El ministro insistió: «Cualquier cosa que le pidas te la concederá». El fogonero se decidió: «No puedo dejar de solicitarle lo que me ronda la mente y no hay día que no desee». El ministro le dio un nuevo espaldarazo: «Pues quédate ahora tranquilo y alégrate, ya que, aun si le pidieses convertirte en virrey de Damasco, en lugar de su difunto hermano, creo que te lo concedería». En ese instante se puso en pie el fogonero y, como quiera que el rey Brillo del Orbe le indicase que volviera a tomar asiento, dijo el hombre resistiéndose: «¡No lo permita Dios! Cumplidos están los días en que yo podía permanecer sentado en presencia de vuestra majestad». El rey no atendió a sus razones: «¡Nada de eso! Todo sigue igual entre tú yo, puesto que fuiste la causa de que yo siguiera vivo. Y te aseguro que te concederé lo que me pidas, sea lo que sea. Habla, pues, y sea Dios nuestro testigo». El fogonero dijo: «Temo expresar cuál es mi deseo, mi señor, pues cabe que no me lo permitáis o que os resulte imposible». El rey, riéndose de buena gana, repuso: «La mitad de mi reino te daría si me la pidieras. Habla sin miedo». El fogonero repitió: «Lo cierto, majestad, es que temo pedir algo que os resulte imposible cumplir». En este punto comenzó el monarca a irritarse: «¡Pídeme de una vez lo que desees!». El fogonero se explicó por fin: «Lo que deseo es que me deis un documento donde me nombréis maestro y decano de los fogoneros de Jerusalén». El rey soltó una gran carcajada, a la que vinieron a unirse todos los presentes, y ordenó: «Pídeme otra cosa».

El fogonero dijo: «No en balde temía yo pedir algo que no querríais concederme o que estuviese fuera de vuestro alcance». El ministro comenzó a hacerle gestos y señales, y cada vez que el fogonero lo veía decía: «Deseo que me hagáis maestro de los basureros de Jerusalén», o «Bueno, pues de los basureros de Damasco», o algo parecido. Mientras los circunstantes se revolcaban ya de la risa, le asestó el ministro un buen golpe al fogonero, quien reaccionó al punto: «¿Y a qué viene que me golpeéis, si ningún delito he cometido? Vos mismo fuisteis quien me dijo que solicitase algo grande...», para añadir poco después: «Dejad que me vuelva a mi tierra». Comprendió entonces el soberano que el hombre brombaba y, tras esperar unos instantes, le dijo: «Pídeme, querido amigo, algo grande en verdad, digno de mi poder y posición». El fogonero se decidió: «Quiero ser virrey de Damasco, en lugar de vuestro difunto hermano». Firmó el rey los documentos que el caso requería y ordenó al ministro Dandán: «Tú serás quien lo acompañe en el viaje, y, cuando vuelvas, trae contigo a mi sobrina Tenía Que Ser, la hija de mi difunto hermano Mal Hubo». «Lo que vuestra majestad diga», respondió el ministro, quien se llevó consigo al fogonero e inició los preparativos del viaje. Ordenó luego el rey Brillo del Orbe que proveyeran al fogonero de un estrado nuevo, así como del equipo que su nuevo rango requería, e indicó a los comendadores: «Ofrezcan quienes me aprecien valiosos presentes al nuevo virrey de Damasco», y, llegada la hora de concederle al fogonero los títulos honoríficos que su nombramiento requería, lo llamó virrey Burrajos Hubo¹⁹³, con el sobrenombre de Combatiente de la Fe.

Transcurrido un mes entero, cuando ya el virrey Burrajos Hubo dispuso de cuanto le era menester, decidió partir, con el ministro Dandán a su servicio. El rey Brillo del Orbe fue adonde se hallaba, poco antes de emprender viaje, para despedirse de él. El flamante virrey de Damasco se puso en pie para recibirlo, lo abrazó con gran afecto y le recomendó que no dejara de impartir justicia entre sus súbditos y reemprendiese, al cabo de dos años, la guerra santa. Dicho lo cual,

¹⁹³ En obvia alusión a los orígenes humildes del recién nombrado virrey, que, como se recordará, participó en situaciones de cierta comicidad. También se ha visto ya que el oficio de fogonero en una casa de baños exigía el manejo de estiércol seco como combustible de la caldera.

se despidió y se marchó. Y así emprendió viaje el Combatiente de la Fe, Burrajos Hubo, virrey de Damasco, a quien el rey Brillo del Orbe encareció que no descuidara nunca la prosperidad de sus súbditos. Los comandadores habían acordado regalarle *mamluks*¹⁹⁴, o sea, siervos armados, y tan generosos se mostraron que el Combatiente de la Fe reunió así una tropa de cinco mil esclavos, que ante él formaron. A lomos de sus corceles se presentaron asimismo el Gran Chambelán, Bahram, comendador de los dailamíes, Rostam, comendador de los turcos, y Turkash, comendador de los árabes, y todos acompañaron al virrey de Damasco, para despedirse de él, tres días, al cabo de los cuales regresaron a Bagdad.

El virrey Burrajos Hubo y el ministro Dandán, por su parte, siguieron adelante, hacia su destino, la noble Damasco, adonde llegaron sin novedad. A la ciudad los habían precedido, cual trasladadas por alas de aves, noticias de que el rey Brillo del Orbe había concedido el virreinato al comendador Burrajos Hubo, a quien había impuesto el sobrenombre de Combatiente de la Fe. Engalanaron en su honor la ciudad y salieron todos a recibirlo. Llegó así el nuevo virrey a Damasco, subió a la ciudadela y tomó posesión del solio del poder; junto al cual quedó, parado de pie, como muestra de acatamiento, el ministro Dandán, quien lo fue poniendo al tanto de las jerarquías y cometidos de los comandadores, a medida que estos iban entrando al salón del trono para besarle las manos y pedir por él. Burrajos Hubo correspondió a sus homenajes y señales de pleitesía acogiéndolos con muestras de gran consideración y distribuyendo valiosas telas y otros obsequios. Mandó luego el nuevo virrey que le abrieran el tesoro para poder repartir dinero entre los miembros del ejército, tanto los de mayor como los de menor rango, y comenzó a impartir justicia y dictar órdenes. Luego, sin mayor dilación, el virrey Burrajos Hubo lo aprestó todo para que la princesa Tenfa Que Ser, hija del difunto príncipe Mal Hubo, pudiese emprender viaje. Le hizo, así, traer un palanquín tapizado en seda y mandó también que proveyeran al ministro de cuanto este hubiese menester, además de ofrecerle al propio Dandán los recursos dinerarios que quisiera. Pero el ministro se negó a aceptar nada: «Acabáis de recibir el nombramiento de virrey y a buen seguro necesitaréis disponer de capital, y no descartéis que os pidamos dentro de poco dinero para emprender la guerra santa o para cualquier otra empresa». Después, cuando el ministro Dandán estuvo listo para partir, montó el virrey Combatiente de la Fe, para cabalgar junto a él un trecho del camino y poder despedirse. Ordenó asimismo que trajesen a la princesa Tenfa que Ser, a quien invitó a subir al palanquín y a cuyo servicio puso a diez esclavas. Y, una vez examinada la comitiva hacia Bagdad, regresó el Combatiente de la Fe a la sede de su gobierno, y a sus altas tareas se consagró, dedicando muchos de sus esfuerzos a la maquinaria de la guerra, sabedor de que el día llegaría en que el rey Brillo del Orbe requeriría su concurso.

Lo anterior, por lo que al virrey Burrajos Hubo se refiere. En cuanto al ministro Dandán, sépase que siguió avanzando, acompañando a la princesa Tenfa Que Ser, etapa tras etapa, hasta que, al cabo de un mes, llegó a Arrahba. Desde allí siguió hacia Bagdad, y, cuando ya se hallaban

¹⁹⁴ La palabra árabe *mamluk*, cuyo sentido inicial es el de propiedad o posesión, se aplica en los esclavos con cierta formación en el manejo de armas y monturas, y, en *Mil y una noches*, se los suele poner en contraste con los fámulos, a menudo de raza negra, que carecen de dicha formación y sirven en el interior de las casas. La palabra *mamluk* evolucionó en árabe hasta designar a las dinastías que, aun siendo de ese origen, alcanzaron el poder efectivo, singularmente en Egipto, después de que tales esclavos fuesen alcanzando el poder cerca del trono; y, en castellano, dio lugar al término «mameluco», que ha parecido conveniente esquivar aquí en razón de la nueva denotación que ha adquirido en nuestra lengua.

en las inmediaciones de esta, envió emisarios para que anunciasen su pronta llegada al rey Brillo del Orbe. Montó este de inmediato en su corcel y salió a recibir a la comitiva. Cuando se encontraron, quiso el ministro Dandán descabalgar, pero el rey Brillo del Orbe se lo impidió invocando el Nombre de Dios, y cabalgó él mismo hasta ponerse al lado de su ministro a quien preguntó por Burrajos Hubo. El ministro contestó que todo le iba a pedir de boca al virrey y comunicó al soberano que consigo traía a la hija del difunto Mal Hubo, la princesa Tenía Que Ser. Muy contento se puso el rey, quien dijo a su ministro: «Ahora tienes que descansar de las fatigas del viaje al menos tres días, y, al cuarto, ven a verme». «Lo que vuestra majestad diga», repuso Dandán, quien se retiró a su casa, mientras el soberano volvía a su palacio, donde poco después fue adonde su sobrina, Tenía Que Ser, a la sazón niña de solo ocho años de edad. Al verla, se alegró por ella el monarca, pero se entristeció por la suerte del difunto padre de la pequeña, a quien, después de colmarla de joyas como obsequio de bienvenida, ordenó que instalasen en las mismas estancias donde su propio hijo, el príncipe Así Fue, residía.

La chiquilla, Tenía Que Ser, era una de las mejores criaturas de su tiempo: valiente como el que más, capaz de tomar decisiones por sí sola, dotada de cabal raciocinio y conocedora de las consecuencias de sus actos. Por su parte, el príncipe Así Fue era un mozo que, aun apreciando mucho las virtudes morales, no se planteaba nunca cuál pudiera ser el resultado de una acción emprendida. Cuando ambos cumplieron los diez años, la valerosa Tenía Que Ser montaba ya a caballo sin dificultad y salía con su primo Así Fue a campo abierto para practicar con él las artes de la espada y de la lanza. Pasado el tiempo, cuando ambos habían cumplido los doce, dio el rey Brillo del Orbe por concluidos todas las tareas y preparativos necesarios para emprender una nueva acción militar, por lo que mandó llamar al ministro Dandán y le dijo: «He tomado una decisión, de la que quiero informarte y sobre la cual quisiera contar con tu opinión de inmediato». «¿De qué se trata, rey de nuestra era?», preguntó el ministro, y el rey repuso: «Me he resuelto a conceder plenos poderes a mi hijo Así Fue, de modo que pueda yo alegrarme de verlo rey estando yo aún en vida, y combatir a su lado mientras espero que me llegue la hora. Dime, ¿qué opinas?». El ministro Dandán besó el suelo ante el rey Brillo del Orbe y dijo: «Considere vuestra majestad que, siendo la idea de todo punto laudable, como no podía esperarse menos de un rey tan bienaventurado y juicioso, se os ha ocurrido en momento poco conveniente. Y ello, por dos motivos. Primero, que vuestro hijo Así Fue es aún mozo de corta edad, y, segundo, el uso bien asentado y reconocido de que un monarca solo deja el reino en manos de su hijo cuando le queda poco tiempo de vida. Tal es mi respuesta, mi señor». Pero el rey no se avino: «Ten en cuenta, ministro, que le encomendaré la regencia al Gran Chambelán, que ha llegado a ser uno de nosotros. Casado como está con mi hermana, es a todos los efectos hermano mío». El ministro dijo en tono de obediencia: «Actúe vuestra majestad con arreglo a su buen juicio, que nosotros obedeceremos».

El soberano mandó entonces llamar al Gran Chambelán, así como a otros dignatarios de su reino y les comunicó su decisión: «De mi hijo Así Fue sabéis que es el primer jinete de nuestro tiempo y no tiene parangón en todo lo que sea pelear y acometer. Sabed que le doy poder sobre vosotros y se lo encomiendo al Gran Chambelán, que actuará como regente». Este exclamó: «¡Son tantas las mercedes de que me habéis colmado, rey de nuestra era...!». Brillo del Orbe prosiguió: «No se te escapa, chambelán, que mi hijo Así Fue y Tenía Que Ser, la hija de mi difunto hermano, son primos por parte de padre, y, como tales, los uno en matrimonio, siendo todos los presentes testigos de lo que digo». Transfirió luego a su hijo tal cantidad de bienes como no po-

dría lengua alguna enumerar, y de allí fue adonde su hermana Dicha del Tiempo para ponerla al tanto de todo. Muy contenta por la noticia dijo ella: «A ambos los considero hijos míos, y quiera Dios, el Supremo, que siempre te tengan a su lado». Brillo del Orbe repuso: «Querida hermana mía, cumplido que he mi misión en este bajo mundo, lo único que pretendo es asegurar el futuro de mi hijo. Ahora conviene que lo tomes bajo tu cuidado, a él y a su madre». Y en los días sucesivos, con sus noches, siguió el monarca rogándoles a su cuñado, el Gran Chambelán, y a su hermana Dicha del Tiempo que velasen por su hijo y por su esposa, y, cuando tuvo la certeza de que el cáliz de la muerte que le estaba destinado ya se había servido, se retiró a su lecho, mientras el Gran Chambelán comenzó a ocuparse de los intereses de los súbditos.

Transcurrido un año, hizo el rey venir a su hijo Así Fue y al ministro Dandán: «Hijo mío, este ministro será tu padre cuando yo falte, y quiero que sepas que estoy a punto de pasar de la casa efímera a la mansión permanente, toda vez que ya he cumplido mi misión en este mundo. Queda, sin embargo, un pesar en mi corazón, que el Altísimo hará desaparecer por tu mediación». El joven príncipe Así Fue preguntó: «¿Y qué pesar es ese, padre?». El rey contestó: «Que voy a morir, hijo mío, sin haber vengado las muertes de tu abuelo el rey Ómar Ennumán y de tu tío el príncipe Mal Hubo a manos de una vieja a la que llaman Calamidades. De modo que, si Dios te concede Su Socorro, no olvides tomar venganza y lavar la afrenta que los infieles nos infligieron. Pero, eso sí, guárdate mucho de las maquinaciones de esa malnacida y escucha los consejos del ministro Dandán, que ha sido siempre el sostén de nuestro reino». «Lo que vos digáis, padre», dijo el muchacho, de cuyos ojos comenzaron a fluir las lágrimas. La enfermedad de Brillo del Orbe se agravó luego de tal modo que el poder efectivo quedó al poco en manos del Gran Chambelán, que era quien dictaba sentencia, ordenaba y prohibía. En efecto, durante todo el año siguiente no halló Brillo del Orbe modo de ocuparse de otra cosa que su enfermedad. Y aún hubo de padecer males diversos durante cuatro años más, mientras el Gran Chambelán seguía haciéndose cargo de sus responsabilidades en calidad de regente. Muy satisfechos los súbditos con su ejecutoria, no había en el reino quien por este último no pidiese.

Lo anterior, por lo que respecta a Brillo del Orbe y al Gran Chambelán. En cuanto al joven príncipe Así Fue, sépase que no tenía más tarea que practicar la equitación y ejercitarse con la lanza y con el arco, para todo lo cual contaba con la activa presencia de su prima Tenía Que Ser. Juntos salían ambos con la mañana y volvían a la caída del sol. La muchacha volvía con su madre, y lo mismo el muchacho, quien hallaba a la suya llorando en la cabecera del enfermo monarca, a cuyo servicio se ponía el joven Así Fue durante la noche, para volver a salir a campo abierto con su prima a la mañana siguiente. Largos y prolongados fueron los padecimientos del rey Brillo del Orbe, quien en una ocasión recitó los siguientes versos:

«Las fuerzas ya me fallan, mi tiempo se consume,
de lo que fui no queda más que lo que presumes.
El as fui de los míos en mis días de gloria,
quien jamás llegó a ver la faz de la derrota.
Mas gloria y señorío mis manos han perdido,
y he de verme humillado, a un margen del camino.
Vivir solo quisiera para ver a mi vástago
hacer suyos mi solio, mi puesto y mi palacio,
y tomar de enemigos necesaria venganza
a mandobles de espadas, a embestidas de lanzas.

A mi Dios corresponde librarme de mis penas,
alegrarme los días, revocar mi condena....».

Pronunciadas estas palabras, acomodó la cabeza en el almohadón y se quedó dormido. Y en sueños oyó una voz que le decía: «Congratúlate, pues tu hijo reinará y sus súbditos lo obedecerán». Se despertó contento el rey, y al cabo de pocos días entregó el alma. Su muerte fue un durísimo golpe para los habitantes de Bagdad, todos los cuales, tanto los opulentos como los humildes, lloraron su pérdida. Sin embargo, no mucho después, cualquiera habría dicho que nunca existió. Al joven Asf Fue le dieron los bagdadíes la espalda y lo mandaron a vivir, con los suyos, en una casa apartada. Humillada por este nuevo orden de cosas, exclamó la madre del joven heredero: «¡He de ir a ver al Gran Chambelán, y ojalá quiera prestarme Su socorro el Sutilísimo, el Experto!». Y, dicho y hecho, salió de inmediato la atribulada viuda camino de la mansión del ahora regente, que se había hecho con las riendas del poder. Y, como este se hubiera retirado a descansar a su lecho, entró la viuda donde su cuñada, Dicha del Tiempo y le dijo: «Con razón dicen que ningún amigo le queda al muerto... Quiera Dios que nunca, por más años que pasen, os veáis ni tú ni tu marido en estado de necesidad, sino que podáis seguir gobernando con justicia sobre los opulentos y los humildes. Tus oídos y tus ojos han sido testigos de nuestros pasados poderío y gloria, así como del esplendor, lujo y bienestar de que disfrutábamos. Ahora, sin embargo, se han vuelto las tornas, y el Tiempo se nos muestra implacable. Acudo a ti, cuñada, pidiéndote compasión, yo, que tanta he sentido por otros. Pues, cuando el hombre muere, su esposa y sus hijas quedan expuestas a la humillación». Y recitó los versos siguientes:

«La muerte, no lo olvidéis, es causa de prodigios
y nos da a conocer nuestro fin y designio.
Vivir no es otra cosa que recorrer etapas,
cuyos abrevaderos rezuman de asechanzas.
Lo que a mi corazón, con todo, más le duele
es ver que los mejores también sufren y mueren».

Al oír Dicha del Tiempo las razones y versos de su cuñada, tuvo un vívido recuerdo de su hermano Brillo del Orbe y del hijo de este y sobrino suyo, Asf Fue. Acogió a su visitante con sentidas muestras de afecto y le dijo: «Cierto es que yo ahora soy rica, y tú, pobre, pero ten por cierto que, si no hemos tratado de socorrerte, ha sido por temor a herirte el alma, pues podías pensar que nuestra ayuda no era sino limosna, a pesar de que todos los bienes de que disfrutamos os los debemos a ti y a tu difunto esposo. Pero nuestra casa es tu casa, y cuanto nos depare la vida, de bueno y de malo, te afecta a ti igualmente». Y, esto diciendo, se despojó de la túnica con que se cubría, se la entregó a la viuda, junto con otras suntuosas prendas de ropa, y le asignó una estancia en palacio, junto a la suya propia. A partir de ese día la viuda de Brillo del Orbe y su hijo Asf Fue llevaron una regalada vida en el palacio del Gran Chambelán. Dicha del Tiempo regaló al joven príncipe vestiduras regias y les asignó a ambos, al muchacho y a su madre, varias esclavas para que los sirvieran. Poco después le contó Dicha del Tiempo a su esposo la conversación que había mantenido con la viuda de su hermano, Brillo del Orbe. Él se echó a llorar y dijo: «Si queréis saber cómo serán las cosas después de que hayáis muerto, bastará con que veáis en qué situación queda la familia de quien ha pasado a mejor vida. No dejéis, esposa mía, de dispensarle el mejor de los tratos a vuestra huésped».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 138**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Gran Chambelán dijo a su esposa, Dicha del Tiempo: «Si queréis saber cómo será el mundo cuando hayáis muerto, basta con que veáis en qué paran los asuntos de quien haya pasado a mejor vida. No dejéis de dispensarle, esposa mía, el mejor de los tratos a vuestra cuñada y asistidla con generosidad en su pobreza».

Lo anterior, por lo que respecta a Dicha del Tiempo, su esposo, el regente, y la viuda de Brillo del Orbe. En cuanto al joven príncipe Así Fue y a su prima Tenía Que Ser, sépase que crecieron y medraron hasta que, al cumplir los quince años de edad, más parecían sendas ramas de árbol, de frutos en su sazón cargadas, o bien dos lunas en su máximo esplendor. La joven Tenía Que Ser era sin duda una de las más hermosas doncellas que en recato han vivido: rostro agraciado, fino talle, caderas pesadas, saliva cual las dulces aguas que de Salsabil¹⁹⁵ manan, talla esbelta y labios dulces como vino viejo. Bien la describió quien dijo:

De sus labios rezuma mosto puro;
sus gestos de la vid recuerdan pámpanos
y las filas de perlas, a racimos.
¡Sea siempre su Creador de todos loado!

Y es que Dios había reunido en ella los rasgos todos de la belleza: un talle que a las ramas avergonzaba, unas mejillas que a las rosas ponían en entredicho y una saliva que la envidia del más añejo néctar concitaba. Alegraba, pues, por igual al corazón y a los ojos, tal como dijo el poeta:

Su cuerpo y movimientos
están exentos de tachas;
polvos de kohl no precisan
sus negríssimas pestañas,
y más lastiman sus ojos
que Ali, el inam, con su espada.

El joven Así Fue, por su parte, era un mancebo de tan extraordinaria donosura y cabal perfección que difícil, por no decir imposible, resultaba encontrarle parangón, y, por si esto no bastase, en los ojos se le traslucía la bravura que a las almas nobles adorna. No extraña, pues, que los corazones no tardasen en quedar de él prendidos, ni que, cuando asomó el oscuro bozo a sus mejillas, se multiplicaran los poemas que a él aludían, como el de quien dijo:

De culpa me exonera el bozo
que le deja la luz en sombra.
Heridos resultan los ojos
que captan del ciervo las formas.

¹⁹⁵ Un manantial del Paraíso, de cuyas aguas beberán los justos.

O como dijo el otro:

De sus admiradores las almas se han tornado
en un sinfín de hormigas que avanzan por la sangre.
¿Cómo el Fuego es morada de santísimos mártires,
que nunca se desprenden de renegridos mantos¹⁹⁶?

Pues bien, coincidió que un día salió la joven Tenía Que Ser a celebrar cierta festividad religiosa, en compañía de familiares, parientes y esclavas. En su derredor todo era delicia: las rosas le envidiaban el lunar de la mejilla y las margaritas le pedían prestada la sonrisa. El joven Así Fue no paraba de revolotear en torno a ella, de lanzar ardientes miradas a aquella luna esplendorosa, y, llevado de la euforia del momento, no pudo sujetar más su lengua y recitó:

«¿Cuándo de adioses sanará mi pecho?
¿Cuándo la risa borrará el despecho?
Así llegue la noche en que el amigo¹⁹⁷
me corresponda y quiera estar conmigo».

Cuando la bella Tenía Que Ser oyó estos versos, dirigió a su primo toda clase de reproches y regaños, y, no contenta con ello, lo amenazó con someterlo al más doloroso de los castigos. Esto contrarió mucho al joven Así Fue, que se volvió a Bagdad disgustado. Por su parte, la joven Tenía Que Ser, una vez en su palacio, fue a su madre y ante ella se quejó del proceder de su primo. Dicha del Tiempo repuso: «No creo, hija mía, que lo haya hecho por perjudicarte; no olvides que es huérfano... Además, nada ha dicho de ti que puedas considerar ofensivo. Pero, ante todo, no le cuentes nada de esto a nadie, pues podría llegar a los oídos de tu padre, el Gran Chambelán, en cuyas manos está el reino, y quién sabe si no acabaría atentando contra la vida de tu primo, y de este no quedasen sino las meras trazas de un pasado que no volverá». Con todo, la noticia del amor que Así Fue sentía por Tenía Que Ser cundió por toda Bagdad y las mujeres se hicieron lenguas de ello. El ánimo del joven Así Fue se alteró enseguida. La impaciencia lo devoraba, no podía pensar en otra cosa, y, como no conocía el miedo, ardía en deseos de proclamar el origen de las llamas que en el pecho le ardían. Pero, temeroso de cuál pudiese ser la reacción de la joven, se limitaba a recitar:

«Si el Día del Reproche, que tanto temo, llega,
cuando quien no se inmuta se muestre descontenta,
lo aguantaré sin quejas, con la sabia firmeza
de quien cauterizarse por su salud acepta».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

¹⁹⁶ La belleza del muchacho habría llevado a la muerte a sus admiradores, y luego a metamorfosearse en hormigas (el bozo), que caminan sobre las mejillas del doncel, rojas como la sangre de sus víctimas. O bien estas, después de convertirse en minúsculos seres envueltos en telas negras (el bozo) y a pesar de su martirio, han acabado en el infierno que representan las rojas mejillas del muchacho.

¹⁹⁷ El uso del masculino puede responder a un convencionalismo extendido en la poesía árabe, en buena medida debido a la necesidad de no comprometer a la amada, reforzado aquí por el hecho —común en la obra, como se habrá observado— de que los versos que se ponen en boca de los distintos personajes no tienen que hacer referencia directa, sino solo alusiva, a la situación que están viviendo.

Y, cuando ya caía la **noche 139**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Gran Chambelán asumió los plenos poderes del sultán con el nombre de rey Sasán. No mucho después de eso se enteró del amor que Así Fue sentía por su hija, Tenía Que Ser, y se arrepintió de haberlos criado juntos, en un mismo palacio. Acudió, pues, a su esposa, Dicha del Tiempo y le dijo: «Solo quien persigue el riesgo por el riesgo se decide a juntar la estopa y el fuego. Un hombre no estará nunca a salvo de las mujeres mientras existan ojos del color del azabache y cuellos de inigualable suavidad... Vuestro sobrino Así Fue ha alcanzado ya la edad en que un muchacho se hace hombre y es menester vedarle el paso a las damas, y asimismo conviene que apartéis a vuestra hija de todo varón, pues las jóvenes doncellas de su valía han de ocultarse a los ojos de los demás». Dicha del Tiempo le dio la razón: «Verdad decís, juicioso soberano y héroe sin par». De modo que, cuando a la mañana siguiente el joven Así Fue entró donde su tía, como tenía por costumbre, y le dirigió el saludo de la paz, ella, después de contestarle, añadió: «Quisiera no tener que decirte esto, pero no me queda más remedio». El joven Así Fue preguntó: «¿Qué es ello?». Dicha del Tiempo le explicó: «El rey se ha enterado de tu amor por Tenía Que Ser y ha ordenado que se te vede el acceso a ella. Si te hace falta comunicarle algo, yo me encargaré de decirle que venga y hable contigo desde detrás de la puerta, sin que tú la veas». Oídas estas palabras, dio el joven media vuelta y se marchó sin decir ni una palabra. Ya en sus estancias informó a su madre de lo que su tía le había dicho. Su madre le contestó: «Esto es resultado de tu poca medida al hablar. Ya sabía yo que las palabras de amor que a Tenía Que Ser dirigiste las conoce ya todo el mundo. ¿Cómo puedes, hijo mío, comer de lo que ellos nos dan y luego ir diciendo que te has enamorado de su hija?». Así Fue se justificó: «Lo único que quiero es casarme con ella, y, puesto que soy su primo por vía paterna, me asiste sin duda el derecho». La madre se asustó: «¡Calla la boca! No vayan a llegar tus palabras a oídos del rey Sasán y acabes perdiéndote. Esta noche no nos han mandado cena. Si estuviésemos en cualquier otro país, habríamos muerto ya de hambre o tendríamos que pasar por la humillación de pedir». Estas palabras de su madre agudizaron las penas que ya abrumaban el corazón de Así Fue, quien recitó:

«Dejad de reprocharle, que es en vano, a mi pecho
que lo haya derrotado tras largo asedio Amor.
Ni volváis a pedirme que me muestre paciente;
mi paciencia, os lo juro, ha tiempo se agotó.
Lo que yo sin ambages afirmo que pretendo
me lo quiere vedar mi implacable censor.
De su puerta a la fuerza pugnan por alejarme,
como hace quien se libra de un fiero malhechor.
Cuando oyen hablar de ella, se transmutan mis huesos
en bandas de gorriones que persiguen un halcón.
A quienes me critican, de mi parte decidles:
“¡El alma por mi prima con gusto diera yo!”».

Luego dijo a su madre: «Ya no hay sitio para mí bajo el techo de mi tía ni de esta gente. Me voy de palacio, a vivir en los límites de la ciudad, junto a los mendigos». Y eso fue lo que hizo, acompañado de su madre. Esta adoptó la costumbre de acercarse al palacio del rey Sasán, de donde volvía con alimento para sí misma y para su hijo. Un día hizo la joven Tenía Que Ser por quedarse a solas con ella, o sea, con la madre de Así Fue, y le preguntó: «Decidme, tía, ¿cómo está vuestro hijo?». La viuda repuso: «Llorando siempre y con el corazón encogido, pues no halla

medio de librarse de la cárcel de la pasión, de esa red en que el amor que te profesa lo ha hecho caer». Se echó a llorar Tenía Que Ser y dijo: «Bien sabe Dios que, si ha tenido que marcharse, no ha sido porque yo lo aborrezca, sino por miedo al daño que puedan acabar haciéndole sus enemigos. Yo siento por él mucho más afecto que él por mí, y, de no ser por su lengua fácil y por lo insensato de su proceder, no habría optado mi padre por dejar de favorecerlo y prohibirle que se me acerque. Pero los días que el ser humano vive son una rueda en movimiento, y lo mejor en todo caso es mantenerse firme. Acaso Quien ha decretado nuestra separación nos acabe regalando el reencuentro». Y, después de derramar abundantes lágrimas, recitó:

«Lo que tú pasas, primo, lo tengo yo pasado,
mas lo que tú divulgas prefiero yo callarlo».

La madre de Así Fue le dio las gracias a la joven, se marchó y más tarde trasladó a su hijo las palabras de su amada. El joven, sintiendo que su amor por ella se inflamaba aún más, exclamó: «¡Ni por dos millares de hurfes la cambiaría!», y recitó:

«Ni a un mínimo reproche pienso prestar oído,
y juro que estos labios cerrados han seguido.
De mí lado se fue quien yo tanto quería;
los ojos no cerré mientras ella dormía».

Pasaron luego los días y las noches, sin que el joven Así Fue dejase ni un instante de agitar-se sobre las ascuas de la pasión. Cumplió así los diecisiete años, cuando su hermosura alcanzó su esplendor máximo. Había noches en que, insomne, se decía: «¿He de asistir, sin más, a la disolución de mi cuerpo? ¿Habré de aguantar por siempre la imposibilidad de alcanzar lo que pretendo, siendo así que mi único defecto es el carecer de fortuna y señorío? El conseguir la riqueza, con todo, depende solo de Dios. No me queda, pues, otra que extrañarme de esta tierra a la espera de que me llegue la muerte o de que mi alma alcance lo que con tanto empeño desea». Y, tomada ya en firme la decisión de exiliarse, recitó estos versos:

«Galope cuanto quiera por mis venas la sangre,
pero de mí no esperen que me someta a nadie.
He de reconocer que mi alma es una página,
cuyo encabezamiento lo constituyen lágrimas.
Mi prima es una hurf que del Cielo ha hujado
porque quiso Riduán¹⁹⁸ hucernos un regalo.
En grave riesgo incurren todos los que la miran
de caer ante sus ojos tras letal embestida.
Me voy a recorrer esos mundos de Dios,
por ver de darle a mi alma lo que no conocí.
A fieros caballeros venceré en la palestra,
y volveré triunfante, con el alma serena.
Movido por el ansia de ganar buen botín,
lucharé con quien ose plantarme cara a mí».

Salió, pues, Así Fue de su casa a pie, descalzo, vestido solo con una túnica de mangas cortas y tocado de un gorro de fieltro que no tenía menos de siete años. No llevaba más viático que una

¹⁹⁸ El ángel guardián del Paraíso, como ya se ha visto.

hogaza de hacía tres días. Y descalzo se internó en las tinieblas de la noche, camino de la puerta de Bagdad, junto a la cual se detuvo. Al día siguiente, cuando la abrieron, él fue el primero en salir, y pasó toda aquella jornada atravesando valles y estepas. Llegada la noche, lo buscó su madre, pero no lo encontró. El mundo, con toda su grandeza, se le quedó pequeño a la viuda, quien, desde ese momento fue incapaz de disfrutar de ninguno de los deleites terrenales. Esperó un día, luego otro y un tercero, y así contó hasta diez sin recibir noticia alguna. Lloró entonces con gran desconsuelo la afligida madre, y desahogó su angustia exclamando: «Tú también, hijo mío, el único consuelo que me quedaba, ¿habías de contribuir a mis pesares? ¡Dejar tu tierra! ¿Cómo podré llamarte? ¿Qué país te ha acogido?». Sollozó de nuevo y recitó:

«No diré que ignoraba que las ausencias duelen,
que del adiós la flecha casi siempre es certera.
Olvidado me dejan en peligro de muerte,
mientras ellos se internan por caminos de arena.
Una tórtola siento, de su collar ufana,
en mitad de la noche. "¿Por qué —digo— me increpas?
Dado que alhajas gastas y los brazos te tiñes,
será que desconoces qué cosa sea tristeza".
Por completo me falta quien busque mi compañía,
salvo los agoreros, que en su empeño no cesan».

En lo sucesivo dejó de probar alimento y de beber. Se limitaba a llorar y lamentarse y, como quiera que lo hizo ante testigos, fueron numerosos los siervos de Dios que se hicieron lenguas de su padecimiento y se preguntaban: «¿Dónde están vuestros ojos, Brillo del Orbe? ¿Qué ha podido ocurrirle al joven Asf Fue para que haya abandonado su patria, cuando su padre daba de comer a los hambrientos y promovía la justicia y la seguridad?». Y, como no podía ser de otro modo, la noticia de la desaparición de Asf Fue llegó a oídos del rey Sasán.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 140, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el rey Sasán se enteró de lo ocurrido con Asf Fue gracias a sus dignatarios, que no salían de su asombro: «¡El hijo de nuestro rey, descendiente directo de Ómar Ennumán, se ha extrañado de su tierra...!». Estas palabras le ocasionaron un gran sinsabor al rey Sasán, quien recordó las muchas mercedes que había recibido de Brillo del Orbe y cómo este le había encomendado a su hijo poco antes de morir. Pesaroso por la suerte que el muchacho pudiera correr, dijo el rey: «Hay que buscarlo por todas partes», y con ese fin envió al comendador Turkash al frente de cien jinetes. Al cabo de diez días regresó este diciendo: «Nada he sabido de él ni hallado el menor rastro». Mucho se entristeció el rey Sasán al oírlo. La madre del joven, por su parte, pasado que habían ya veinte días desde su desaparición, no podía parar quieta en lugar alguno ni recuperar la calma.

Lo anterior, por lo que a quienes en Bagdad seguían respecta. En cuanto al joven Asf Fue, sépase que, tras abandonar la ciudad, vagó sin saber hacia dónde dirigirse. Tres días estuvo

avanzando por campo abierto en absoluta soledad, sin ver, siquiera de lejos, a jinete ni caminante algunos. El sueño había huido de sus párpados y no podía dejar de pensar en su familia y su tierra. Se alimentaba de las plantas de la tierra, bebía de los cursos de agua que a su paso hallaba y se protegía del calor a la sombra de los árboles. Abandonó el camino que iba siguiendo y tomó otro por el que avanzó tres días más. Al cuarto, o sea, al séptimo desde su partida, llegó a un terreno que la verde yerba alfombraba y donde crecían lozanas las plantas. Terreno que, tras haber bebido hasta ahitarse de las ubres de las nubes, entre zureos de tórtolas y arrullos de palomas, se había llenado de un esplendoroso verdor que los ojos maravillaba. Recordó entonces el joven Así Fue la tierra de su padre y recitó:

«Me fui con la esperanza de volver,
y acaso llegue el día del regreso...
No depende de mí la solución,
por más que me haga daño este destierro».

Se alimentó luego de algunas plantas, hizo sus abluciones y, después de cumplir con la oración preceptiva, se sentó a descansar y no se movió en todo el día de donde estaba. Cuando cayó la tarde, se amodorró y ya no despertó hasta bien entrada la noche, cuando oyó una voz humana que recitaba:

«Vivir es el brillar de una sonrisa
que el rostro de quien amas ilumina
—en las iglesias los obispos rezan
y ante cilia fervorosos se prosternan—,
y mejor es morir que el zaherimiento
de quien se niega a visitarme en sueños.
¡Qué alegre es la velada con amigos
que une al amante y a su ser querido;
y más aún si están en flor los árboles
y el Tiempo favorece a los amantes!
Disfruta, bebedor, de ese clarete
en este huerto que entre acacias crece».

Estos versos le avivaron al joven Así Fue las penas de tal modo que las lágrimas le corrieron raudas por las mejillas mientras los rescoldos de su corazón se tornaban en renovada hoguera. Se levantó a ver quién había dicho el poema, pero en la oscuridad de la noche no pudo distinguir a nadie. Lleno de inquietud, descendió desde donde estaba hasta el fondo del valle, avanzó siguiendo el curso del río y oyó la misma voz, que, después de lanzar varios ayes, recitaba:

«Tú, que en secreto guardas, precavido, tu amor:
llora sin poner trabas el día del adiós.
Sentido no tendría que no echase de menos
a quien supo ganarse mi apasionado afecto.
Ya que mi corazón sólo en Taim se consuela,
el aire me estremece siempre que de Taim llega.
¡Se acuerda, dime, Saud, la dama de la ajorca
de nuestro compromiso, de las felices horas?
Quién sabe si la noche querrá volver a unirnos,
si podremos contarnos cuanto tenemos visto.
"Me dejáis hechizada", me dice, y le pregunto:

“¿No habéis vos hechizado en vuestra vida a muchos?”.
No vuelva yo a gozar de sus muchos encantos,
si este tiempo mis ojos el descanso han probado.
Para sanar de males, no conozco otra triaca
que los néctares dulces que su boca derrama».

Al oír este segundo poema, y a pesar de que no consiguió ver a nadie, tuvo Así Fue la certeza que quien los decía era un enamorado, a quien, como le ocurría a él mismo, le impedían acercarse a su amada. De modo que se dijo: «Si consigo llegar a él, tal vez podamos contarnos el uno al otro las penas y yo tendré a quien me acompañe en la soledad de mi extrañamiento». Carraspeó entonces y dijo en alta voz: «¡Oídme, caminante nocturno! Venid adonde estoy y contadme vuestra historia, y acaso en mí halléis sostén para afrontar vuestra desgracia». El otro respondió: «¡Decidme vos, que habéis oído mis versos! ¿Sois humano o *yinn*? Contestadme a prisa, antes de que la muerte se llegue a vos, pues llevo ya veinte días en estas soledades y ni he visto a nadie ni oído otra voz que la vuestra». Cuando Así Fue oyó estas palabras, se dijo a sí mismo: «La historia de este caminante es como la mía, pues yo también llevo veinte días sin oír voz alguna». El desconocido añadió: «Si sois del orden de los *yinns*, idos en paz; si, por el contrario, sois del orden de los humanos, permaneced donde estáis hasta que alumbre la mañana y retroceda la noche con su turbiedad». De modo que, cuando por fin se hizo de día, tuvo Así Fue ocasión de ver al recitador de versos y se halló ante un árabe del desierto. Se acercó a este el joven extrañado y le dirigió el saludo de la paz, que el beduino devolvió acompañándolo de otras cortesías lisonjas, si bien es cierto que enseguida lo tuvo en menos al reparar tanto en su corta edad como en su miserable aspecto. Le preguntó entonces: «¿Qué tribu es la tuya, chicuelo?, ¿quiénes tus ancestros?, ¿y a qué se debe que camines de noche? Tal conducta es propia solo de los bravos, y bien me acuerdo de que me has dirigido, la pasada noche, palabras que solo son propias de los más aguerridos e intrépidos caballeros. Pero ya ves: ahora estás en mi poder. Aunque, dado que tu corta edad ha despertado mi compasión, te tomaré a mi cargo y me acompañarás en calidad de criado».

Al oír estas palabras, que tanto desprecio rezumaban y tan poco en consonancia estaban con la cortesía que él había mostrado en todo momento, entendió el joven Así Fue que el beduino, engañado por su edad y su apariencia, pretendía sacar provecho de la situación. Le contestó, pues, con moderado acento: «Dejemos a un lado, gala de los árabes puros, si mi edad es cumplida o no, y, sobre todo, eso de que me haya yo de poner a vuestro servicio, e informadme de cuál sea la causa de vuestro nocturno deambular, recitando poesías, por estas estepas. Decidme, ¿qué os ha podido impulsar a ello?». El beduino: «Sabe, pipiolo, que estás ante no otro que Sabah, hijo de Rammah, hijo de Humam, beduino de la Gran Siria, y que tengo una prima por parte de padre, de nombre Estrella, tal que basta verla para tocar la Gloria. Pasó mi padre a mejor vida y quedé yo bajo la égida de mi tío, el padre de Estrella, y este, cuando mi prima creció y crecí yo, la recluyó para que no pudiese yo acercarme a ella en razón de mi menesteroso estado. Sin embargo, gracias a la intervención de los ancianos y jefes de clanes, y sintiendo mi tío vergüenza de ellos, consintió en que me casara yo con mi prima, pero, eso sí, exigiéndome un pago en compensación muy por encima de mis recursos, consistente en cincuenta caballos y otras tantas camellas, diez esclavos varones y otras tantas hembras, así como cincuenta fardos de trigo y otros tantos de cebada. Esa es la razón de que me hayas encontrado, pues voy de Siria a Iraq, y, desde luego, eres el primer ser humano con quien me topo en veinte días. Mi intención es acercarme a Bagdad y estar al acecho de los grandes

y acaudalados mercaderes que de ella puedan salir para asaltarlos, matarlos, robarles los dineros y quedarme con sus monturas y fardos. Y tú, ¿qué puedes decirme de ti mismo?».

El joven Asf Fue repuso: «Mi caso es similar al vuestro, solo que más desesperado, ya que mi prima es princesa y su padre no va a conformarse con lo que vos habéis mencionado ni con mucho más». El beduino Sabah le preguntó sin ningún miramiento: «¿Y no será que desvarías por causa de tus amores? ¿Cómo voy a creerme que eres de sangre regia con esas pintas de mendigo que te gastas?» Asf Fue repuso con tranquilidad: «No debéis extrañaros de ello, pues a tales resultados arrastran las vicisitudes del Tiempo. Con todo, si queréis conocer mi nombre y filiación, sabed que me llaman Asf Fue, y soy hijo del difunto rey Brillo del Orbe y nieto del también difunto rey Ómar Ennumán, señor de Bagdad y del Jorasán. El Tiempo, sin embargo, conspiró contra mí, el poder pasó a manos del rey Sasán, y he tenido que abandonar mi ciudad, Bagdad, y hacerlo, además, a escondidas para no ser visto de nadie. A ello se debe el que lleve ya veinte días caminando por estas soledades, sin haber visto a nadie más que a vos. Mi historia, como veis, es muy similar a la vuestra, y muy parecidos mis intereses». El beduino Sabah exclamó: «¡Grande es mi alegría, pues ya he conseguido lo que andaba buscando! Raro será que encuentre yo mejor ganancia que la que me vas a procurar tú, si es cierto que eres de estirpe de reyes, por más que parezcas un mendigo. No me cabe duda de que, si dices verdad, los tuyos no te abandonarán a tu suerte y se avendrán a pagarme lo que les pida. Date, pues, la vuelta, mozalbeta, que te ate las manos y echa luego a andar delante de mí».

El joven Asf Fue trató de quitarle la idea de la cabeza: «No lo hagáis, pues os aseguro que mi familia no dará por mí ni oro ni plata, que soy hombre pobre de quien nada podréis obtener. Dejaos, pues, de eso, tomadme como compañero y salgamos del territorio de Iraq para recorrer el mundo, y tal vez podamos conseguir la fortuna necesaria para que cada uno de nosotros pueda casarse con su prima y gozar de sus besos y abrazos». Estas palabras tuvieron la virtud de irritar y soliviantar al beduino Sabah, quien exclamó: «¿Cómo! ¿Te atreves a llevarme la contraria? ¿Tú, el más despreciable de los perros? He dicho que te des la vuelta para que te ate las manos, y, como no lo hagas ahora mismo, mucho gusto tendré yo en castigarte...». Sonrió entonces Asf Fue y dijo: «¿Qué es eso de que me dé la vuelta? ¿Acaso desconocéis lo que es actuar con arreglo a justicia? ¿Acaso no teméis la reprobación de vuestros congéneres, los beduinos, cuando sepan que habéis hecho cautivo a un muchacho de manera ignominiosa, sin haberlo probado en el campo de la verdad, sin averiguar si es esforzado y bravo o bien un vil cobarde?». Sabah no pudo menos que echarse a reír: «¡Voto a Dios que hablas como si tuvieses más edad de la que aparentas! Las tuyas son sin duda las palabras propias de un bravo luchador». El joven Asf Fue repuso: «Actuar conforme a justicia, si es que queréis hacerme cautivo, sería que, tras dejar a un lado las armas y aligeraros de ropa, entablarais conmigo lucha cuerpo contra cuerpo, pues quien de ese modo vence a su contrincante se gana el derecho a hacerlo su servidor». Sabah volvió a reírse: «Me parece que tu palabrería se debe a lo cercano que ves tu fin».

El beduino arrojó a un lado sus armas, se levantó los faldones y, no bien se había enzarzado con el joven Asf Fue, notó que el muchacho iba a poder con él, tal como un quintal excede en peso a un dinar, y, al fijarse en cómo su joven contrincante tenía las piernas plantadas en el suelo, las halló más parecidas a dos minaretes de sólidos cimientos o a dos montes bien asentados en la tierra. Comprendiendo que tenía pocos visos de salir vencedor, se arrepintió de haberse lanzado a la lucha cuerpo a cuerpo, y a sí mismo se dijo: «¡Ojalá lo hubiese acometido con las armas!». El joven Asf

Fue hizo presa de su rival, lo dominó y lo zarandó con tal ímpetu que el beduino sintió que las tripas se le retorcan en el vientre, y gritó: «¡Para ya, zagal!». Lejos de arrojarse por ello, Así Fue lo levantó del suelo y se volvió hacia el río. Sabah le preguntó: «¿Qué quieres hacer conmigo, moctón?». Así Fue le contestó: «Arrojaros al agua de este río, que os llevará hasta el Tigris; el Tigris os conducirá al canal que llaman Nahr Isa, y este os permitirá desembocar en el Éufrates, cuyas aguas os dejarán en vuestra tierra; de modo que vuestra amada podrá veros y comprobar hasta donde llega vuestra hombría de bien y la lealtad de vuestro amor». Sabah se desgañitó: «¡Escuchadme, señor de las vaguadas! ¡No hagáis conmigo tal tropelía! ¡Soltadme! Mirad que os lo ruego por vuestra prima, la más hermosa de las doncellas...». El joven Así Fue lo soltó, y el beduino, al verse libre de nuevo, se fue hacia su escudo y su espada considerando si debía acometer a su contrincante con el hierro. Adivinando lo que el beduino consigo mismo debatía, le dijo Así Fue: «Bien sé yo lo que tenéis en mente, ya que vais derecho a por vuestro escudo y vuestra espada. Habéis pensado que, ya que no tenéis muchas posibilidades de vencerme luchando cuerpo contra cuerpo, podríais abatirme valiéndoos de vuestra espada y a lomos de una bestia. Pero, mirad, os voy a proponer algo para que no podáis decir de mí nada malo: dadme vuestro escudo y atacadme vos con la espada. Y sea el combate a muerte: o me matáis vos u os mato yo».

El beduino le lanzó el escudo, desenvainó y se fue sin más hacia el joven príncipe. Este tomó el escudo con la diestra y comenzó a defenderse. Sabah arremetía una y otra vez contra su rival, diciéndose a cada instante: «¡Este es el golpe definitivo!». Pero Así Fue se las arreglaba para esquivar una y otra vez el hierro que lo buscaba, por más que le faltara al joven arma con que contraatacar. El beduino siguió intentando herir al príncipe hasta que el brazo comenzó a fallarle. No tardó Así Fue en entender que las fuerzas se le consumían a su contrincante y perdía arrestos, por lo que se lanzó contra él y lo zarandó con tal ímpetu que lo tiró al suelo, donde lo maniató sirviéndose de las amarras que utilizaba, a modo de tahalí, el propio beduino, a quien arrastró por los pies en dirección al curso de agua. Sabah dijo a voz en cuello: «¿Qué queréis hacer conmigo, flor de los caballeros, as de las batallas?». Así Fue le contestó con una pregunta: «¿No os he dicho ya que quiero enviaros, por vía fluvial, a vuestra gente, de modo que no se inquieten más por vos y no halléis vos más obstáculos que vuestra boda impidan?». Muy alarmado por lo que oía, el beduino se echó a llorar y suplicó: «¡No me hagáis eso, adalid de adalides, dejadme vivir y convertirme en vuestro mozo!», y, sin dejar de derramar abundantes lágrimas, recitó:

«Me extrañé de mi gente, mucho dura mi exilio...
Si he de morir quisiera saber en el destierro.
Me asusta que los míos ignoren que me he muerto,
perdido en la distancia, sin un rostro querido».

Y, como quiera que al príncipe Así Fue le diese pena de él, lo soltó después de arrancarle toda clase de juramentos de que en lo sucesivo lo acompañaría el beduino en su deambular y sería para él una bendición de camarada. Quiso Sabah besarle la mano a Así Fue, pero, como este se lo impidiera, se levantó el beduino, fue a su zurrón, lo abrió y sacó tres panes de cebada. Los puso ante Así Fue y se sentó junto a este, a la orilla del río. Comieron ambos en amor y compañía, hicieron las abluciones, oraron y luego se sentaron a conversar sobre las vicisitudes del Tiempo. El joven príncipe preguntó al beduino: «Y ahora, ¿a dónde piensas dirigirte?». Sabah: «A vuestra tierra, a Bagdad, y allí me quedará hasta que Dios me conceda lo que necesito para casarme». Así

Fue le deseó de corazón: «Pues que el camino te sea propicio». El beduino se despidió de él y partió hacia su destino. Quedó, pues, solo de nuevo el joven príncipe, quien a sí mismo se dirigió las siguientes palabras: «¿Qué sentido tendría ahora volver sobre mis pasos? No he de entrar en Bagdad derrotado. Dios mediante, hallaré el modo de salir con bien de todo esto». Bajó luego al río, hizo las abluciones para cumplir con la oración de rigor; y, al prosternarse y dar con la frente en la tierra, elevó sus preces al Sustentador: «Señor Dios, a Vos que hacéis caer las gotas de la lluvia para dar de beber a los gusanos que en los recovecos de las rocas viven, a Vos, Dios mío, Os pido que, en Vuestra omnipotencia y por Vuestra infinita misericordia, me socorráis en mi necesidad». Puso con ello fin a sus rezos, sin saber muy bien lo que había de hacer.

Y en esas estaba, mirando hacia un lado y otro sin saber qué rumbo le convendría más tomar, cuando acertó a pasar por aquel paraje, a lomos de un corcel, un jinete que cabalgaba con la espalda abombada y las riendas sueltas. El joven Así Fue se incorporó y al poco vio cómo se le acercaba el jinete, quien venía exhalando su último aliento, pues estaba muy mal herido, y derramando lágrimas con tal copiosidad que más parecían los caños de agua que por las bocas echan los odres. El jinete dirigió al joven príncipe la palabra: «¿Queráis, noble árabe, aceptarme como amigo, mientras siga yo vivo? Y tened por cierto que otro mejor que yo no lo hallaréis... Pero dadme, os ruego, de beber, por más que el agua no convenga a las heridas, y menos aún cuando está uno a punto de entregar el alma... Si por virtud llegase yo a salir de esta sano y salvo, os aseguro que, en pago por vuestro favor, os haré salir de la pobreza. Si muero, podréis teneros por bienaventurado en justa retribución por vuestra buena obra...». Quien así hablaba venía a lomos de un caballo, cuya buena estampa dejaba perplejo al más pintado y mudo al más locuaz, con cuatro patas cual columnas de mármol, que lo hacían apto para los tumultuosos días de la guerra. Prendado quedó el joven príncipe del caballo y para sí se dijo: «Pocos animales podrán ponerse a la altura de ese en nuestra era...». Ayudó Así Fue a descabalar al jinete, lo acomodó lo mejor que pudo y le dio a beber unos sorbos de agua. Esperó hasta que el maltrecho jinete hubo descansado un poco y, acercándose a él, le preguntó: «¿Quién os ha hecho esto?». El jinete repuso: «Os voy a decir la verdad. Sabed que soy cuatrero y me he pasado la vida robando caballos bajo el manto de la noche o a plena luz del día. Mi nombre es Gassán, azote de yeguas y sementales. Oí hablar de este caballo no hace mucho. En tierras de los rumíes se hallaba, según me dijeron, y su propietario no era otro que el emperador Afridún, quien le había puesto Mortal por nombre y Poseso por apodo¹⁹⁹. Para conseguirlo, me desplazé a Constantinopla y comencé a vigilarlo. En esas estaba yo cuando de la ciudad se dispuso a salir cierta anciana, de nombre Calamidades, que goza de gran predicamento entre los rumíes, pues la tienen por la más astuta mujer que haya parido madre. Empeñó, pues, viaje la anciana con ese caballo, al exclusivo servicio del cual habían puesto a diez esclavos, ni uno menos. La anciana Calamidades tenía por destino Bagdad y por misión, entrevistarse con el rey Sasán para cerrar un acuerdo de paz. Partí yo también en pos de aquella partida con la única idea de apoderarme del animal. Aunque lo seguía de cerca, no me era posible llegar hasta el caballo por el mucho celo que los esclavos ponían en vigilarlo. Llegaron a este territorio y a mí comenzó a inquietarme la cercanía de Bagdad, a cuyas lindes no tardarían en asomar. Y estaba yo devanándome los sesos por ver cómo me las arreglaría para robar el caballo cuando sobre los viajeros que Calamidades encabezaba se alzó una polvareda

¹⁹⁹ En árabe, «Qutul» y «Machnún», respectivamente.

que ocultó por todas partes el horizonte. La nube de polvo la formaban no menos de cincuenta jinetes, saltadores de caminos por más señas, que atacan las caravanas de los mercaderes. Su cabecilla lleva el nombre de Kahardash, hombre tan fiero como el león, y ante quien, a la hora de luchar, los más bravos campeones quedan en poco más que saltamontes».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 141**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el cuatrero herido siguió contándole al joven príncipe Así Fue su historia: «Kahardash y los suyos salieron al paso de la anciana y los acompañantes de esta, los rodearon, y de poco les sirvió a los viajeros oponer resistencia, pues al poco estaban los diez esclavos y la anciana amarrados y, junto con el caballo, en poder de Kahardash, que se preció mucho de ello. Para mis adentros me dije: “En vano me he fatigado...”, pero esperé a ver en qué paraba la cosa. Pues bien, cuando la anciana se vio cautiva, dirigió a Kahardash la siguiente pregunta entre sollozos: “Bravo jinete, inigualable as, ¿qué haréis con una anciana y unos pocos esclavos, si ya tenéis el corcel que deseabais?”; y no cesó de granjearse su voluntad con engañosas palabras. Un sinfín de caballos y cabezas de ganado, le dijo la anciana, había ella de procurar. Accedió, pues, el bandido a soltarla a ella y a sus servidores, y, tras dejarlos a todos libres, se pusieron los bandidos en marcha hacia esta parte. Yo los seguí, ojo avizor, y, en cuanto me fue posible acercarme al animal, me apoderé de él, lo monté y lo azucé con un látigo que llevaba en el morral. No tardaron, sin embargo, los saltadores en darse cuenta de lo ocurrido; me persiguieron, me rodearon y me atacaron con flechas y jabalinas. Yo me mantenía firme a lomos del corcel, que hizo gala de sus bien dotadas extremidades. Acertó, en efecto, a librarme de mis acosadores, saliendo disparado cual proyectil o rauda centella, si bien había sufrido yo algunas heridas. Siguió luego cabalgando, conmigo a sus lomos, por espacio de tres días, sin parar ni para alimentarse, mientras mis fuerzas se iban debilitando y el mundo se me escapaba. Así he llegado hasta vos, que tan compasivo os habéis mostrado al socorrerme. Me sorprende, he de deciros, el hallaros casi desnudo y demacrado, por más que no es difícil adivinar en vos las trazas de una vida regalada. Pero decidme, ¿cuál es vuestra gracia?».

El joven príncipe repuso: «Así Fue me llaman y soy hijo del rey Brillo del Orbe y nieto del también rey Ómar Ennumán. Mi padre murió siendo yo de corta edad, por lo que crecí huérfano y desamparado, mientras un hombre despreciable se hacía con el trono y ahora reina sobre menesterosos y opulentos», y siguió contándole su historia sin ocultarle nada. El cuatrero le dijo, cuando concluyó: «La noble raigambre se une en vos con el gran mérito, y yo os auguro un brillante porvenir como héroe de nuestra edad. Si pudieseis cargar conmigo y cabalgar a mi grupa, sujetándome, y llevarme de ese modo a mi tierra, os sería dado alcanzar grandes honores en este bajo mundo y cumplido galardón el Día en que unos a otros nos llamaremos. Pues sabed que me faltan las fuerzas para tenerme y gobernarme yo solo. Y si, como bien pudiera ser, llego a morir por el camino, obtendréis la recompensa de este caballo, que vos más que nadie sois digno de montar». El joven Así Fue le aseguró: «Aunque hubiese de llevaros a la espalda, no dejaría de hacerlo, y, si en mi mano estuviera compartir con vos la mitad de los años que me queden en este mundo, no dudaría en entregárosla, sin aspirar a la recompensa de este noble corcel, pues tengo a gala el contarme entre los dadivosos y quienes

de los maltrechos se compadecen. ¿No dicen que el hacer el bien por el Rostro de Dios le cierra a la desgracia setenta puertas?». Dicho esto, y cuando ya se disponía el joven príncipe a subir al malherido a lomos del corcel y emprender la marcha, poniéndose en manos del Sutilísimo, le dijo el desafortunado cuatrero: «Esperad un poco». Cerró el cuatrero los ojos y, abriendo las manos, exclamó: «Doy fe de que hay un solo Dios y Mahoma es Su enviado», y se preparó para morir recitando los siguientes versos:

«A muchos maltraté, corriendo los caminos,
la vida la he pasado trasegando buen vino.
Por capturar caballos me vi con agua al cuello,
mis manos han labrado la ruina de lo ajeno.
Cuantiosas son mis culpas, atroces mis hazañas,
mas de todas ha sido Mortal mi gran ganancia.
Corcel con el que quise conseguir nuevos triunfos,
y a la postre ha quedado mi periplo inconcluso...
La vida la he pasado capturando caballos;
el Creador es ahora Quien me tiene en Sus manos.
Al final ha valido para algo mi existencia:
prestarle auxilio a un huérfano que vive en la miseria».

Y no bien hubo acabado de pronunciar el último verso cuando abrió la boca, exhaló el último suspiro y partió de este mundo. El joven Asf Fue cavó un hoyo y depositó el cadáver en el seno de la tierra. Le acarició luego la frente al caballo y comprobó que el rey Sasán no disponía, en sus cuadras, de bestia que ni de lejos se le pareciera. No mucho después de aquello vino el joven Asf Fue a enterarse, gracias a unos mercaderes, de cuanto en Bagdad había ocurrido de relieve durante su ausencia. Supo, así, que había surgido una grave desavenencia entre el rey Sasán y el ministro Dandán, y que este último había abandonado la obediencia del soberano y tomado bajo su mando a la mitad de los efectivos militares, que se negaban a admitir la legitimidad de otro soberano que no fuese el príncipe Asf Fue. El ministro Dandán les tomó, en efecto, juramento de su concierto y pleitesía, y, al frente de este ejército, invadió los bien regados territorios de la India, así como vastos dominios habitados por bereberes y negros. Y, como quiera que por doquier se les unían nuevos efectivos, logró reunir en tomo a sí un ejército cual el ancho océano, pues era imposible abarcarlo con la mirada. El ministro Dandán estaba resuelto a volver, al frente de sus nutridas mesnadas, a su tierra y dar muerte a todo aquel que se le opusiera. Juró, además, que la espada de la guerra no volvería a envainarse hasta que el príncipe Asf Fue tomara posesión del trono de Bagdad. El rey Sasán, por su parte, al tener noticia de todo esto, se sumió en un mar de dudas y cavilaciones. Mandó abrir el tesoro y se dedicó a distribuir capitales y obsequios entre los altos dignatarios para granjearse su favor, lo cual era precisamente lo que pretendía hacer con el príncipe Asf Fue: atraerse su corazón con lisonjas y favores, y luego darle el mando de las tropas que seguían bajo su obediencia —la del soberano—, de modo que la chispa que lo había encendido al trono volviese a prender.

Pues bien, cuando Asf Fue se hubo enterado de todo gracias a los mercaderes, tomó el camino de Bagdad, a lomos del noble corcel robado por el cuatrero. El animal más parecía volar que galopar. Y, cuando aún seguía el rey Sasán sumido en su desconcierto, supo de la inmediata llegada de Asf Fue. Ordenó entonces que el grueso del ejército y los principales personajes de la corte salieran de la ciudad para darle la bienvenida. Acogieron, pues, los bagdadíes al retor-

nado príncipe y marcharon ante él, en solemne comitiva, acompañándolo hacia el palacio real. Los eunucos corrieron prestos a darle la noticia a la madre del joven, quien salió también a su encuentro y, cuando lo tuvo ante sí, lo besó cariñosa entre los ojos. El joven príncipe le dijo: «Dejad, madre, que vaya ahora mismo a ver a mi tío, el rey Sasán, que, como bien sabéis, me ha colmado de mercedes y favores». Los altos dignatarios, por su parte, no salían de su asombro ante aquel extraordinario corcel, que venía, además, montado por quien nadie habría tenido empacho en calificar de señor de caballeros, y, en efecto, no tardaron en confiar estas ideas al rey Sasán: «¡Jamás hemos visto, majestad, a nadie que compararse pueda con él!». Fue luego el soberano en busca de su sobrino para darle la bienvenida y dirigirle el saludo de la paz, y no bien lo hubo visto Así Fue venir hacia él, se puso en pie, besó las manos y los pies del monarca y le ofreció el caballo como obsequio. El rey Sasán exclamó: «¡Muy bienvenido sea mi hijo Así Fue! Bien sabe Dios que la tierra entera se me quedó tamañita por causa de tu repentina ausencia... Pero dejémonos de eso y demos a Dios gracias por tenerte de nuevo entre nosotros, sano y salvo». Lanzó entonces el monarca una mirada al corcel llamado Mortal y lo reconoció de inmediato, pues ya había tenido ocasión de verlo, hacía años, cuando el ejército del islam, comandado por el difunto rey Brillo del Orbe, padre del joven Así Fue, estaba asediando la ciudad de los siervos de la Cruz y se produjo la violenta muerte del príncipe Mal Hubo.

Y dijo el rey a su sobrino: «Cierto estoy de que tu padre no habría dudado en trocar esa noble bestia por no menos de mil sementales. Acepto, por supuesto, tu obsequio, que me honra, y te doy las gracias, pero ahora soy yo quien te lo ofrece como regalo a ti, pues nadie merece montarlo, más que tú, por ser como eres el señor de los caballeros. De ese modo volverá la gloria a quien nunca debió perderla». Y, dicho esto, ordenó que le trajesen al joven príncipe una suntuosa túnica así como varios corceles. Le cedió el pabellón más espacioso de todo el recinto palaciego, donde habría –le dijo– de vivir en gloria plena y completa dicha, y le hizo donación de un gran capital, amén de ofrecerle otros agasajos y lisonjas. Todo ello, porque el monarca temía las consecuencias de la iniciativa que el ministro Dandán había tomado. Muy contento por el nuevo rumbo que habían tomado los acontecimientos, se vio el joven Así Fue libre de la humillación y abajamiento que había tenido que soportar. Entró en su casa, buscó a su madre y le dijo: «Dadme, madre, noticia de mi prima». La madre repuso, para decepción del príncipe: «A fe, hijo mío, que tu larga ausencia no me ha permitido interesarme por el estado de tu amada». Así Fue le pidió: «Id a verla y rogadle, pues acaso tenga a bien el regalarme aunque sea una sola mirada». La madre dijo: «Ambiciones y anhelos, hijo mío, hacen doblar la cerviz a los hombres. No quiero que vuelvas a hablar de ese modo, pues acabarías lamentándolo, y yo ni iré a ella ni le transmitiré tus deseos». Oído que hubo estas palabras, refirió Así Fue a su madre cómo, según le había contado el cuatrero, la anciana Calamidades había entrado en el país resuelta a llegar hasta Bagdad. «Ella fue –añadió el joven príncipe– quien mató a mi tío y a mi abuelo. A mí me toca tomar venganza y lavar la afrenta».

Dicho esto, salió de donde su madre y se fue en busca de una desvergonzada anciana, astuta y marrullera, de nombre Saadana. Le confió el amor que sentía por su prima Tenía Que Ser y le encargó que fuese a verla e intercediera a su favor. «Dicho y hecho», respondió Saadana, quien salió al punto hacia la residencia de la joven princesa y, tras conseguir que esta la atendiese, le ablandó el corazón sin mayores dificultades. La anciana volvió enseguida e informó al joven Así Fue de que su prima Tenía Que Ser lo saludaba y le prometía encontrarse con él a medianoche.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 142**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la vieja Saadana volvió a Asf Fue y le dijo que su prima Tenfa Que Ser le enviaba el saludo de la paz y le prometía acudir a su encuentro a la medianoche. Con gran alborozo recibió el joven príncipe el mensaje, y, a la hora acordada, acudió en efecto su prima, envuelta en un gran manto negro de seda. Entró donde él, lo despertó, pues lo halló dormido, y le dijo: «¿Cómo puedes pretender amarme, si tan despreocupado estás que te has quedado dormido como un bendito?». Acabó de volver en sí el joven príncipe y respondió: «Te aseguro, afán de mi corazón, que solo me he dormido por deseo de que me visitaras en sueños». Ella le dirigió algunos amables reproches y recitó:

«Si de verdad me amaras, no te habrías dormido.
Afirmas recorrer del amor los caminos,
pero quienes bien quieren ni se amodoran, primo».

Abochornado quedó Asf Fue ante la princesa. Pero enseguida estaban ya ambos el uno en brazos del otro, contándose las quejas de la separación, el mal de amores y la mucha nostalgia, y así siguieron hasta que se mostró el lucero del alba y alumbró la luz del nuevo día. Se echó entonces a llorar el joven Asf Fue con gran desconsuelo y, entre copiosas lágrimas, recitó estos versos:

«Tras sus largos desdenes, un día me visita,
y me enseña las perlas de su clara sonrisa.
Del tallo me la acerco, le doy más de mil besos,
y la noche pasamos, el cuerpo contra el cuerpo.
Hasta que nos sorprende la luz blanca del alba,
cual letal cimitarra que sale de su vaina».

Apenas había terminado el joven de decir estas palabras cuando se despidió de él la princesa Tenfa Que Ser, quien, ya de vuelta en sus recatados aposentos, confió su secreto a varias esclavas suyas. A una de ellas le faltó tiempo para ir con el cuento al rey Sasán. El monarca fue adonde la princesa Tenfa Que Ser, desenvainó la espada y ya se disponía a acometerla cuando entró en la estancia la madre de la joven, Dicha del Tiempo, quien se dirigió a su esposo: «¡Por Dios os conjuro! No le hagáis daño, pues, si algo malo le pasara, cundiría la noticia y nuestra hija quedaría infamada ante todos los reyes de nuestra era. No olvidéis que Asf Fue es hombre cabal y de honor, incapaz de cometer afrenta alguna contra el buen nombre de una doncella. Tened, pues, paciencia, no os precipitéis, pues no hay nadie en palacio, ni aun en todo Bagdad, que no haya oído que el ministro Dandán está al frente de un gran ejército compuesto de hombres de toda procedencia y que su objetivo es poner a Asf Fue en vuestro lugar». El rey Sasán repuso: «No cejaré hasta verlo hundido en la miseria, sin tierra a la que acogerse ni cielo que lo proteja. Si me he granjeado su voluntad y lo he colmado de bienes, ha sido solo por mis súbditos, para que no lo tengan a él en mayor estima que a mí. Pero ya veremos quién ríe el último...». Y, esto dicho, dejó el monarca a su esposa porque había de regir los asuntos de su reino.

Lo anterior, por lo que respecta al rey Sasán. En cuanto al príncipe Asf Fue, sépase que fue a ver a su madre al día siguiente y le dijo: «Madre, me he resuelto a dar golpes de mano, a salir a los caminos en busca de los botines que se ofrezcan, ya sean caballos, dineros o esclavos. Y, cuando haya acumulado riquezas y mejore mi posición, le pediré a mi tío Sasán la mano de su hija Tenfa Que Ser». La madre le advirtió: «Los bienes de la gente, hijo mío, no son como camellas que se dejan libres para que vaguen a su antojo, sino que, para arrebatarlos, hay que afrontar las espadas y las lanzas de hombres hechos a cazar leones y leopardos». «Nada conseguiré arredrarme de luchar por mi anhelo», repuso Asf Fue, quien mandó luego a la vieja Saadana que pusiese a su amada al corriente de su determinación de salir a los caminos para acopiar riquezas, y poder así casarse con ella. «Y has de traerme –le encareció a la anciana– la respuesta de mi prima». «Dicho y hecho», repuso la mediadora, que volvió poco después con un mensaje de la joven: «Te visitaré esta noche». En aquella ocasión, y a causa de la inquietud, permaneció despierto Asf Fue hasta la medianoche, cuando entró adonde él su amada, que le dijo: «Sea mi vida prenda de tus desvelos», a lo que el joven príncipe repuso: «Sea mi vida, afán de mi corazón, prenda de todos los males». Informó luego el joven de su intención a la princesa y esta se echó a llorar. «No llores, prima –la consoló Asf Fue–, que yo le tengo pedido a Quien ha decretado nuestra separación que nos junte de nuevo y muy pronto». Poco tardó el joven príncipe en prepararse para partir; de modo que entró donde su madre y se despidió de ella.

Salió luego del pabellón donde habitaba y, con la espada ceñida, tocado de un turbante y bien embozado, subió a lomos de Mortal y cruzó las calles de Bagdad, por las que avanzó, más esplendoroso que el plenilunio, hasta que llegó a la puerta de la ciudad. De allí fue el príncipe Asf Fue a encontrarse con su camarada, el beduino Sabah, hijo de Rammah. Cuando este vio al joven príncipe, se acercó a su estribo y lo saludó. Asf Fue le devolvió el saludo y el beduino le dijo: «¿Cómo es, querido amigo, que os veo a lomos de tan extraordinario corcel y tan bien provisto de enseres, mientras que yo, igual que cuando nos tratamos, solo poseo mi espada?». El príncipe contestó: «El cazador vuelve siempre con una presa que esté en consonancia con su resolución... Poco rato después de que nos separásemos me llegó la buenaventura. Dime, ¿quieres venir conmigo, ser mi leal compañero en mis correrías por estos territorios?». Sabah repuso: «Por el Sustentador de la Káaba juro que no consentiré en llamarnos más que “mi señor”», y, esto diciendo, se colocó delante del corcel del príncipe, con la espada colgándole de un hombro y el zurrón entre los omoplatos. Y avanzaron por aquellas estepas cuatro días seguidos, alimentándose de las gacelas que cazaban y del agua de los manantiales. Al quinto llegaron a las inmediaciones de un alcor, a cuyos pies divisaron un campamento donde pululaban camellos, ovejas, vacas y caballos, rodeados de sus juguetonas crías. Al ver aquello, se alborozó el príncipe Asf Fue y, lleno de entusiasmo, se decidió a capturar cuantos camellos les fuese posible; de modo que, dirigiéndose a su compañero, el beduino, dijo en animoso tono: «¡Bajemos a apoderarnos de ese cuantioso capital, cuyos dueños tan al descuido tienen, y combatamos con quien quiera impedirnoslo!». Sabah repuso: «Mirad, mi señor, que los dueños de ese ganado son una gran muchedumbre y entre ellos no faltan bravos guerreros de a pie y de a caballo. Tened por seguro que nos pondremos en grave riesgo». El príncipe Asf Fue se echó a reír, recordando la cobardía del beduino. Lo dejó, pues, donde estaba, y bajó él del alto donde se hallaban, resuelto a realizar aquella incursión. Y, mientras descendía, recitó:

«Los hijos de Ennumán son gente que se estima
y tienda siempre plantan en las más altas cimas²⁰⁰.
Y asimismo son gente que sabe plantar cara
cuando arrecian los vientos de las fieras batallas.
Los ojos de los pobres que a su égida se acogen
rien, pues del hambre las fauces atroces desconocen.
A mí solo me cabe procurar el auxilio
del Creador de los mundos, Señor del señorío».

Y contra las bestias cargó el joven príncipe, cual si fuese un camello en celo. Se hizo con ellas e inició el camino de regreso al alto conduciéndolas ante sí. En su persecución salieron los esclavos, con sus pulidas espadas y largas picas, y encabezados por un jinete turco, muy aguerido y buen conocedor de las artes de las morenas lanzas y los pálidos alfanjes. Cargó, pues, el turco contra el príncipe Asf Fue y le dijo: «¡Ay de ti! Si supieses a quién pertenecen esos animales, ni se te habría ocurrido emprender lo que has emprendido. Te informo de que estás tratando de robar bienes de forajidos rumíes y circasianos, entre quienes no hallarás sino fieros guerreros. Un centenar de jinetes que a ningún rey obedecen. Les han robado un corcel único y han jurado no volver hasta haberlo recuperado». Cuando Asf Fue oyó estas palabras, dijo a voz en grito: «¡Este que yo monto es el caballo en debate, el que andáis buscando y por el que habréis de enfrentaros conmigo! ¡Venid a batiros conmigo, todos a la vez si mejor os parece!». Soltó luego un grito entre las orejas de Mortal y los acometió como si de un desaforado *gul* se tratase. Se dirigió primero hacia el jinete turco, lo alanceó y le sacó los riñones; se volvió hacia otro, después hacia un tercero, luego hacia otro más, y a todos los fue matando. Tan asustados vio ya en este putando a los esclavos que el joven príncipe les gritó: «¡Hijos de malas madres! ¡Juntadme ahí las cabezas de ganado y las monturas, si no queréis que mi lanza ahíte su sed en vuestra sangre!». Le hicieron caso y se marcharon. Bajó entonces hasta donde estaba el beduino Sabah, lanzando voces de júbilo. Pero de pronto se alzó ante ellos una polvareda que se extendió por el aire hasta oscurecerlo todo, y al poco resultó que la formaban cien jinetes que más parecían intratables fieras. No bien los hubo visto, Sabah hijo de Rammah hijo de Humam huyó pecho arriba hasta lo alto del cerro y allí se quedó parado, para contemplar el combate, mientras para sus adentros se decía: «La verdad es que solo soy caballero en las bromas y en las chanzas».

Los cien jinetes, mientras tanto, habían rodeado a Asf Fue por todas partes. Uno de ellos se adelantó, y dirigió al joven príncipe las siguientes palabras: «¿A dónde lleváis esos animales?». El príncipe Asf Fue lo retó: «Venid, si queréis saberlo, a luchar conmigo; pero reparad en que frente a vos tenéis al más espantable león, a un as del combate cuya espada hiere certera a cada golpe». El jinete lo miró con fijeza al oír estas palabras y reparó en que se las había, en verdad, con una fiera indómita, sí, pero cuyo rostro más parecía la luna llena en su esplendor. Era aquel caballero el cabecilla de los cien jinetes, el temible Kahardash. Cuando este vio, pues, al príncipe Asf Fue, y pudo apreciar que su cabal destreza de jinete se coronaba con los más extremados rasgos de la donosura, vino a acordarse de la dama por quien suspiraba, su amada Embeleso, a cuyos encantos hacía sin

²⁰⁰ Alusión a la generosidad de los mencionados: si plantan sus tiendas en lugares bien visibles es para que puedan verlos todos los menesterosos. El tópico está muy extendido en la poesía árabe clásica. Abu l-Alá de Maarra (siglo XI) es autor de alguna brillante reelaboración: «Sus esclavos, si llueve, para los caminantes / prenden altas hogueras con madera de palo álce».

duda justicia su nombre²⁰¹. Cuyo rostro no tenía parangón entre todas las mujeres, pues Dios le había concedido tal belleza, tal dechado de perfecciones que no había lengua capaz de hacerle justicia al describirla, ni corazón humano capaz de resistir su fascinante atractivo. Los jinetes de aquella gente se guardaban mucho de ella por su mucho arrojo, y todos ellos, hasta los campeones más osados, la reverenciaban y temían. Jurado tenía la dama Embeleso que solo se casaría con quien fuese capaz de doblegarla, y se daba la circunstancia de que el caballero Kahardash se contaba entre sus pretendientes. Embeleso había advertido a su propio padre: «Que no se me acerque sino quien sea capaz de doblegarme en el campo de la verdad, donde todo se dirime con las armas».

Pues bien, cuando estas palabras llegaron a oídos de Kahardash, temió enfrentarse con una dama, por la humillante vergüenza que ello podría acarrearle. Una persona de su privanza le dijo: «Eres hombre de tan cabal hermosura que, sin más remedio la vencerás con solo plantarte frente a ella, pues, no más vea lo agraciado que eres, caerá ante ti, rendida. Las mujeres, no se te escapa, saben muy bien lo que buscan en los hombres...». Pero Kahardash seguía siendo reactivo a batirse con la dama porque el resultado era incierto. Y en esas estaba cuando tuvieron lugar los sucesos con el príncipe Así Fue que aquí se relatan. Pensó por todo ello el esforzado Kahardash que quien tenía frente a sí no era quien pretendía ser, sino su amada Embeleso en persona, quien a buen seguro se había prendado de él, de Kahardash, al oír hablar de su mucha donosura y valentía. De modo que el caballero se aproximó al príncipe Así Fue y le dijo: «Bien sé, mi señora Embeleso, ¡ay de vos!, que habéis venido para mostrarme hasta dónde llega vuestro arrojo. Descabalgad, os lo ruego, para que podamos entablar conversación, pues habéis de saber que, si he reunido estos rebaños y les he cortado el camino, para asaltarlos, a tantos y tan bravos jinetes y guerreros, ha sido en razón de vuestra extremada belleza y donosura. Casaos, pues, conmigo, que seréis servida de princesas y reinaréis sobre todos estos territorios». Cuando el príncipe Así Fue oyó estas palabras, sintió que se avivaban las llamas de su ira, y exclamó: «¡Oye, tú, perro extranjero, déjate de Embeleso y de zarandajas, y apréstate al toma y daca, que muy pronto estarás tendido en el suelo!», dicho lo cual llevó su corcel a izquierda y derecha, haciendo ver que estaba dispuesto para la lucha. Cuando Kahardash vio todo esto, cayó en la cuenta de que tal vez sí tenía ante sí a un varón, a un fiero paladín por más señas. Y al poco tuvo más firme prueba de que se había equivocado en sus conjeturas, pues alcanzó a ver una patilla de cabello negro, cual macizo de mirto que entre rosadas flores creciera. Se dirigió entonces Kahardash a los suyos para decirles: «Que uno de vosotros lo ataque y le haga conocer lo que es una espada afilada y una penetrante lanza, pues sería ignominioso que un grupo de jinetes se enfrentara con uno solo, por más que este llevase en la punta de la lanza una llama de inextinguible fuego». De modo que al príncipe Así Fue le plantó cara un jinete que iba a lomos de un caballo negro azabache, con las crines blancas y un lucero en la frente que un dírfham parecía, por lo blanco y lo redondo. La noble bestia deslumbraba vista y entendimiento, pues era tal como dijo el poeta:

Firme se lanza el potro a la batalla,
brindándole asiento a cielo y tierra.
La frente le ha golpeado la mañana,
y él los cascos incliniéndole se vengará²⁰².

²⁰¹ En árabe, «*Fatin*», que, más literalmente, quería decir «Encantadora».

²⁰² Alusiones a su condición de cuatralbo y con lucero.

El jinete cargó contra Así Fue, y combatiendo estuvieron un lapso de tiempo, durante el cual se dirigieron golpes que las mentes abrumaban y cegaban las miradas. Pero fue el joven príncipe el primero en asestar a su rival un golpe de invencible campeón que le cortó el turbante y le partió el yelmo. El jinete cayó de su montura con los movimientos de un camello al inclinarse. Luego Así Fue le plantó cara a un segundo rival, y un tercero, y un cuarto, y un quinto, y de todos fue dando cuenta. Y uno tras otro fueron a luchar con él todos los demás, que le iban llegando cada vez más inquietos. El resultado era siempre el mismo: pasados unos instantes los llevaba a toparse con el hierro de su lanza. Al ver cómo se repetía una y otra vez la misma situación, Kahardash tuvo miedo de la muerte, pues ahora había comprobado de cerca que aquel joven superaba con mucho al común de los jinetes. De modo que le dijo al príncipe: «Os perdono la sangre de mis compañeros y la vuestra propia; tomad los animales que os plazcan y marchaos por donde habéis venido, que yo aprecio en mucho vuestro valor, y deseo que sigáis vivo, pues lo merecéis». Así Fue repuso: «Nadie podrá decir que os falta la generosidad de los bien nacidos..., aunque mejor será que os dejéis de parlamentos y os pongáis a salvo sin temer reproche alguno; eso sí: olvidaos de recuperar el botín y tomad la vía más expedita a vuestra salvación». En este punto creció la irritación de Kahardash y surgió en él el impulso que llama a la muerte. Le dijo, pues, al príncipe: «¡Estáis perdido! Si supierais con quién os las habéis no me dirigiríais esas palabras en el campo de la verdad. Preguntad por mí y os dirán que soy el devastador león a quien llaman Kahardash, quien el camino ha cortado a los viajeros, quien ha arrebatado cuantiosos bienes a los mercaderes, quien de sus tesoros ha despojado a los más egregios reyes. Ese corcel en que vais montado es lo que me interesa. Decidme, os lo exijo, cómo os apoderasteis de él».

El príncipe Así Fue respondió: «Este corcel se lo llevaba a mi tío, el rey Sasán, cierta expeditiva anciana, con quien tenemos pendiente el vengar las muertes de mi abuelo el rey Ómar Ennumán, y mi tío el virrey Mal Hubo». Kahardash preguntó: «Y decidme: dando por cierto que madre no habrá que hijo suyo os proclame, ¿quién es vuestro padre?». El joven príncipe repuso: «Así Fue me llaman, y soy hijo de Brillo del Orbe y nieto de Ómar Ennumán». Oído que hubo estas afirmaciones, dijo Kahardash: «Nadie puede negaros que a lo admirable de vuestra apostura habéis allegado la maestría en las artes de la caballería... Podéis marchar seguro, pues vuestro padre era hombre de gran mérito y pareja generosidad». A esto replicó Así Fue: «¡Pues yo no siento respeto alguno por quien, como vos, solo merece mi desdén!». Estas palabras soliviantaron sobremanera a Kahardash, y, sin más, cargaron ambos el uno contra el otro con tal ímpetu que sus monturas aguzaron las orejas y alzaron las colas. El combate se prolongó hasta el punto en que los dos rivales creyeron que el cielo se abría por encima de ellos. Cual dos carneros enzarzados, se dirigieron mutuos golpes con la espada y embestidas de lanza; así, hasta que, habiendo esquivado por poco el joven príncipe un bien dirigido ataque de su contrincante, resultó este alcanzado en el pecho. El hierro de la lanza de Así Fue le atravesó el tronco y le asomó por la espalda. Reunió entonces el príncipe todos los caballos y el resto del copioso botín y gritó a los esclavos: «¡Conducid a las bestias con cuidado!».

En ese momento consideró Sabah prudente el descender adonde Así Fue, a quien dijo: «¡Muy bien hecho, caballero de nuestra edad! He pedido por vos, y el Altísimo ha atendido mis plegarias». Dicho esto, le cortó Sabah la cabeza a Kahardash. Así Fue le dijo entre risas: «¡Bien sabía yo que eres jinete hecho a las más cruentas batallas!». Sabah repuso: «No os olvidéis de vuestro humilde servidor cuando paréis mientes en el botín que habéis ganado, pues esos bienes

podrían ser causa de que yo llegue a casarme con mi prima Estrella». «Tendrás, por supuesto, tu parte en este botín. Ahora ocúpate en guardar las bestias y vigilar a los esclavos», repuso Así Fue, quien emprendió la marcha de regreso a su solar patrio. Y cabalgó día y noche hasta Bagdad, donde no hubo guerrero que no tuviese noticia de su llegada, con el botín ganado, amén de la cabeza de Kahardash, que traía ensartada en la lanza de su escudero Sabah. Los mercaderes reconocieron en la cabeza cercenada los rasgos del temido salteador y se alegraron mucho: «¡Por fin ha librado Dios al género humano de ese azote de los caminos!», y, creyendo apenas lo que veían, pidieron por el héroe que le había dado muerte. Los bagdadíes acudieron todos, cuando cundió la noticia, a ver al príncipe Así Fue, y no hubo varón que no lo admirase ni guerrero que no se sintiera sobrecogido en su presencia. El joven príncipe condujo las bestias que habían ganado hasta la entrada del palacio regio, a cuya puerta clavó la lanza donde traía la cabeza ensartada del fiero salteador, y, allí detenido, regaló caballos y camellos a las gentes reunidas. Ganados por estos gestos, creció en los corazones de los bagdadíes el afecto que por él ya sentían.

Luego, después de proporcionarle al beduino Sabah un cómodo alojamiento, entró el joven donde su madre y le relató lo ocurrido durante su ausencia. La noticia llegó asimismo al rey Sasán, quien, a la sazón en su consejo de gobierno, se quedó a solas con sus más cercanos colaboradores, a quienes dijo: «Quiero haceros partícipes de mis íntimos temores, de mis secretas lucubraciones... Ello es que Así Fue será la causa de que nos desalojen de estos nuestros territorios, por haberle dado muerte a Kahardash, quien contaba con el apoyo de las tribus de curdos y turcos. Habida cuenta de la esperable reacción de unos y otros, nuestro sino no puede ser otro que la inevitable ruina. Ya sabéis, a más de esto, que Dandán, quien fuese mi ministro, insensible a todas las mercedes que le he hecho, ha traicionado mi confianza y congregado en torno a sí un ejército con efectivos de distintos países. Su objetivo es llevar al trono a Así Fue, con el argumento de que, antes que él, ya fueron reyes su padre y su abuelo. Mi sino es, pues, morir a sus manos...». Cuando los favoritos del rey hubieron oído estas palabras, dijeron: «No está ese joven a la altura de tan egregia función... Y tenga, además, vuestra majestad por seguro que, de no haberse criado bajo la égida del rey de nuestra era, ninguno de nosotros le habría dispensado tan cordial trato. Pero descuidad, que a vuestro lado seguimos; podéis contar con nosotros. Si queréis darle muerte, nosotros nos encargaremos; si queréis desterrarlo, veréis vuestro deseo realizado a manos nuestras». El rey sentenció: «Lo mejor será darle muerte... Pero quiero que os comprometáis a ello». Juraron todos entonces que harían cuanto pudiesen por darle muerte al joven Así Fue. El ministro Dandán, fue su razonamiento compartido, tendría enseguida noticia de ello y su posición se debilitaría al quedarse sin objetivo que cumplir. Juraron todos, con gran solemnidad, y el rey, después de agasajarlos con gran esplendor, se retiró a su residencia. Los mandos militares, a todo esto, se habían dispersado, y apenas podía el rey contar con un guerrero de valía dispuesto a cumplir órdenes en tanto no se aclarase el horizonte, pues todos tenían bien presente que una parte sustancial de los efectivos militares se había pasado al bando del ministro Dandán.

No tardó, por su parte, la princesa Tenía Que Ser en tener noticia de lo que ocurría. Llevada de la angustia, se puso en contacto con Saadana, la mediadora que ya le había traído varias veces los recados de su primo. Acudió la anciana y la princesa Tenía Que Ser le encargó que fuese de inmediato a él y lo enterase de todo. Llegó, pues, Saadana adonde el joven Así Fue y le dirigió el saludo de la paz. El joven se alegró de verla y la anciana lo puso al tanto de las novedades. El

príncipe le dijo: «Vuelve donde mi prima, salúdala de mi parte y repítele las palabras del Sagrado Corán: "A Dios, el Santo, el Excelso, pertenece la tierra, y solo Él la deja como heredad a aquel de Sus siervos que solo Él determina". Bien lo expresó el poeta:

¡De Dios es solo el señorío!
Al fin acabará humillándote,
por alto que sea lo que alcances,
y acaso te mande al Abismo.

Si uno cualquiera de nosotros
poseyera del mundo un palmo,
no dirían que es de Dios solo,
sino que ha de partir el Mando».

Volvió, pues, la anciana a la princesa Tenía Que Ser, le transmitió el mensaje de su primo y le confirmó que este tenía previsto permanecer en Bagdad. El rey Sasán, por su parte, había decidido esperar a que el joven príncipe saliese extramuros para enviar tras él a sus sicarios. Y no hubo de esperar mucho, pues poco después de aquello decidió Así Fue salir de caza acompañado de Sabah, quien no se separaba de él ni de día ni de noche. A diez gacelas atrapó el príncipe, entre ellas a una de ojos más negros que el azabache. Una de ellas, no bien cayó en la trampa, se debatió y trató de librarse yendo de un lado a otro, y el joven príncipe la soltó. Sabah le preguntó: «¿Cómo es, mi señor, que habéis soltado a la gacela?». El joven príncipe se rio, soltó a las demás y explicó: «Es propio del hombre cabal el soltar a las gacelas si tienen crías. A la primera la has visto ir de un lado a otro porque tiene crías aún por destetar. Por eso la he soltado, y he soltado a las demás en honor a ella». Sabah: «Pues soltadme a mí también, para que pueda volver con los míos». El joven príncipe se echó de nuevo a reír y le asestó a su escudero, con la contera de la lanza, un golpe tal en el pecho que dio con él en suelo, donde comenzó el beduino a rebullir como una culebra.

En esto se oyó el galopar de caballos y se alzó una polvareda provocada por una partida de valerosos guerreros. La cosa fue que, informado el rey Sasán de que Así Fue había salido de caza y montería, mandó llamar a cierto comendador dailamí, de nombre Yami, y a veinte jinetes que solían ir con él, les pagó una buena suma de dinero y les ordenó que mataran al joven príncipe. Se le acercaron, arremetieron contra él, pero, como quiera que Así Fue se defendió atacando a su vez, fue matando a los sicarios uno por uno. El rey Sasán, que venía cabalgando en pos de la partida, los encontró a todos muertos. Muy extrañado, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso, pero he aquí que unas gentes de la comarca lo capturaron y lo maniataron. Así Fue, por su parte, se alejó de aquel lugar cabalgando en compañía de su escudero, el beduino Sabah, y, cuando ya llevaba un buen trecho recorrido, vio a un joven a la puerta de una casa. Le dirigió el príncipe el saludo de la paz, le respondió el joven y se metió en la casa. Salió de ella poco después con dos grandes escudillas, una de leche cuajada, y otra de caldo con pedazos de carne y una buena capa de grasa. Se las puso delante a Así Fue y le dijo: «Hacednos los honores de comer de nuestras reservas», pero el príncipe declinó la invitación. El joven le preguntó: «¿Cómo es que no queréis comer?». El príncipe Así Fue dijo: «Es una promesa que tengo hecha». El joven se extrañó: «¿Una promesa?». Así Fue explicó: «El rey Sasán me arrebató mi reino de manera harta injusta y sin que yo le hubiese dado motivo, y eso que, antes que yo, mi abuelo y luego mi padre se sentaron en el solio del poder. Pero Sasán, como te digo, me lo arrebató a la muerte de

mi padre aprovechándose de mi corta edad. Hice entonces la promesa de no probar bocado de las reservas de nadie hasta que pudiese yo librar a mi corazón del peso de tamaña ofensa». El joven le dio la noticia: «Alegraos señor, pues Dios acaba de liberaros de vuestra promesa. Sabed que Sasán está preso cerca de aquí, y no creo que dure mucho vivo». Así Fue preguntó: «¿Dónde lo tienen retenido?». El joven señaló: «En aquella alta cúpula». Miró Así Fue hacia donde el otro le indicaba y vio, en efecto, un gran edificio rematado por una cúpula, donde entraba la gente y abofeteaba al rey Sasán, dándole así a probar las primicias de la muerte. Se levantó el joven príncipe y se acercó caminando al edificio. Echó un vistazo a su interior, dio media vuelta, volvió adonde estaba y se sentó a comer.

Después de saciarse y guardar las sobras de carne en su zurrón, volvió a sentarse en el mismo sitio. Y allí siguió, sentado, hasta que se hizo la noche y el joven que lo había acogido se durmió. Se acercó entonces Así Fue al edificio con cúpula donde tenían recluido a Sasán, y alrededor del cual había varios perros, que lo guardaban. Uno de ellos saltó hacia el príncipe, pero este le arrojó uno de los trozos de carne que llevaba en el zurrón, y lo mismo fue haciendo con cuantos canes le salieron al paso, hasta que ganó el interior del edificio. Buscó al rey Sasán y, cuando lo halló, le puso la mano en la cabeza. El rey le preguntó en voz alta: «¿Quién es?». El príncipe repuso: «Soy Así Fue, aquel a quien habéis querido matar, lo que os ha llevado a la perdición. ¿Acaso no tenéis bastante con arrebatarle el poder regio que mi padre y mi abuelo ejercieron? ¿Precisabais también matarme?». Sasán juró entonces, en falso, que jamás había planeado el darle muerte, que estaba equivocado. El príncipe Así Fue se lo perdonó todo y le dijo: «Seguidme». Sasán se quejó: «No puedo dar un solo paso, me fallan las fuerzas». «Nos haremos con dos yeguas y nos pondremos en camino», fue la respuesta de Así Fue. Salieron, pues, y cabalaron toda la noche. A la mañana siguiente cumplieron con la oración preceptiva y reiniciaron la marcha, que no detuvieron hasta llegar a un huerto donde se sentaron a conversar. En un determinado momento se puso Así Fue en pie y preguntó a Sasán: «¿Os queda odio hacia mí en el corazón?», a lo que Sasán repuso: «No, por Dios te lo juro», y acordaron regresar juntos a Bagdad. Sabah, el beduino, propuso: «Yo me adelantaré para dar la buena nueva». Se adelantó, pues, y anunció la llegada del monarca y el príncipe a cuantas mujeres y hombres encontró.

Los habitantes de la ciudad salieron a recibirlos, con panderos y trompetas, y se mostró asimismo la princesa Tenía Que Ser, que más parecía la luna llena brillando en las tinieblas. El joven Así Fue se adelantó hacia ella, y fue aquel el momento de comprobar cuán hondos eran los sentimientos que abrigaban las almas y hasta qué punto habían añorado ambos la imagen del otro. El nombre de Así Fue iba de boca en boca y no hubo guerrero que en él no reconociese al verdadero paladín de aquella edad. «Él es el único –comentaban– que está capacitado para goberarnos. Ha de subir al trono que ocupó su abuelo». De modo que, cuando Sasán entró adonde Dicha del Tiempo, su esposa, esta le dijo: «La gente se hace lenguas de las incomparables virtudes de Así Fue». Sasán repuso: «No es lo mismo hablar de oídas que el estar presente... Yo he tenido ocasión de verlo actuar de cerca y os aseguro que no he descubierto en él los rasgos del hombre cabal. No todo lo que se oye merece repetirse..., y, sin embargo, la gente lo único que hace es imitar la admiración y el cariño que los demás le tienen. Dios ha permitido que sus alabanzas vayan de boca en boca y así se ha ganado los corazones de los bagdadíes. Por si no más faltara, ese fementido traidor de Dandán ha juntado para él un ejército con efectivos de toda procedencia. Muy necios tienen que ser si desean vivir bajo la férula de un gobernante que, amén de huérfano,

carece de las necesarias cualidades...». Dicha del Tiempo le preguntó: «¿Y qué solución le vais a poner?» Sasán volvió a las andadas: «Lo mejor será matarlo, de modo que, al ver el ministro Dandán que su plan ha fracasado, no le quede otra que someterse a mis órdenes, plegarse a mi voluntad y dedicarse a mi servicio». Dicha del Tiempo observó: «Si ya es feo traicionar a los extraños, ¿qué puede decirse de quien traiciona a sus propios parientes? Lo mejor será que Así Fue se case con vuestra hija Tenfa Que Ser. No hay que hacer oídos sordos a lo que siempre se ha dicho:

Si por encima en rango te pone a alguien el Tiempo,
que tiene en realidad menos merecimientos,
según su posición no te importe tratarlo,
que él, para que tú medres, sabrá echarte una mano;
y cuanto de él conozcas por nada lo divulgues,
no vayan a decir que te faltan virtudes.
Bien puede ocurrir que haya doncellas más hermosas,
pero la suerte solo le sonríe a la novia».

Cuando Sasán hubo oído las anteriores razones y comprendido el sentido de los dichos versos, se puso en pie, movido por la ira y dijo: «Si no estuviera yo seguro de que bromeas, desenvainaría ahora mismo mi espada y te dejaría para siempre sin resuello, de un buen tajo». «Si vais a dirigir contra mí vuestra furia, diré de buen grado que estaba bromeando», contestó Dicha del Tiempo, quien, como movida por un resorte, se puso en pie, le besó a su esposo la cabeza y las manos, y añadió: «Lo adecuado es sin duda, mi señor, lo que a vos mejor os parezca. Ya planearemos entre ambos cómo deshacernos de él...». Contento con estas palabras, dijo Sasán: «Pues pensad algo a toda prisa y aliviadme mi pesar, que a mí no se me ocurre ningún otro plan». Dicha del Tiempo, tras pensar unos instantes, exclamó: «¡Ya sé cómo podremos librarnos de él!». «¿De qué modo?», preguntó Sasán, y Dicha del Tiempo le explicó: «Valiéndonos de nuestra esclava Bakún, que es experta en toda clase de marrullerías». Sépase que la mentada esclava era una de las viejas más viles que se han conocido, para quien todo lo que no fuese maldad y deshonra ni siquiera existía. Bakún había intervenido en la crianza de Tenfa Que Ser y de Así Fue, y era tanto el afecto que este, el joven príncipe, le profesaba que aún se quedaba dormido en ocasiones a los pies de la anciana. El rey Sasán contestó a su esposa: «Creo que estáis en lo cierto». Hizo luego llamar a la esclava Bakún, y, cuando la tuvo ante sí, le explicó la situación, le ordenó que idease el modo de darle muerte al joven príncipe y le prometió toda clase de bienes y favores. Bakún repuso: «Haré lo que me mandáis, pero deseo, mi señor, que me facilitéis un puñal bañado en el agua de la muerte, de modo que pueda acabar con el joven cuanto antes». «Nada más fácil», aseguró el rey Sasán, quien entregó a la vieja esclava un puñal tan mortífero que podía casi adelantar el plazo de muerte por el Altísimo decretado. Sépase asimismo que esta vieja esclava había oído multitud de cuentos y poesías, y memorizado un sinfín de fábulas e historias. Guardó Bakún el puñal y salió del regio recinto planeando cómo iba a ejecutar la orden recibida. De allí fue adonde el príncipe Así Fue, a quien halló soñando con las promesas de su amada Tenfa Que Ser. La imagen de esta se le había pintado al joven príncipe con tal viveza que las llamas del amor crepitaban con redoblada intensidad en su pecho. La esclava entró en la estancia del príncipe exclamando: «¡Hora es ya de que se junten quienes han sufrido los males de la distancia!». Al oír esto, preguntó el joven Así Fue: «¿Cómo está mi prima?». La esclava Bakún repuso: «No piensa en otra cosa que en nuestro amor». Se levantó Así Fue, se quitó el suntuoso manto con que se cubría y se

lo puso a la esclava sobre los hombros, al tiempo que le prometía toda clase de bienes y favores. La vieja dijo: «Pasaré la noche aquí, os contaré lo que he oído y os entretendré con historias de enamorados». El príncipe Así Fue se mostró encantado: «Sí, cuéntame alguna historia que me alegre el corazón y disipe mis pesares». «¡De mil amores!», repuso la vieja, quien se sentó a su lado con el puñal escondido entre la ropa y comenzó a referirle lo siguiente:

Sabed, joven señor, que LA MÁS DELEITABLE HISTORIA²⁰³ que a mis oídos ha llegado es la de un hombre tan aficionado a las caras bonitas que llegó a dilapidar en ellas su entera fortuna. Se arruinó, pues, por completo y se vio en la miseria. Desesperado y sin saber qué hacer, vagaba por los mercados en busca de algún alimento que llevarse a la boca. E iba un día caminando, como solía, cuando fue a clavarse un clavo. Miró y vio que de un dedo le manaba sangre, de modo que se sentó, se la secó y se vendó el dedo. Se levantó luego y, dando gritos de dolor, consiguió llegar hasta la casa de baños. Entró, se desvistió, vio que estaba todo muy limpio y se sentó junto a la fuente. Comenzó a echarse agua en la cabeza y no dejó de hacerlo hasta que se sintió muy cansado...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 143**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la esclava Bakún siguió contándole al príncipe Así Fue:

Se sentó el desventurado junto a la fuente y se estuvo echando agua en la cabeza hasta que se cansó. Pasó luego al estanque frío y vio que allí tampoco había nadie, por lo que, sabiéndose solo, se fue a un rincón, sacó un pedazo de hachís y se lo tragó, y, como quiera que no tardó mucho en fundírsele en los sesos, cayó el mujeriego y se revolcó por el mármol que cubría el suelo. El hachís le hizo imaginar entonces que el capataz de los baños le frotaba la piel mientras dos mozos estaban parados a ambos lados de su cabeza, uno con la palangana y el otro con cuantos avíos precisa el bañero. Cuando el joven vio aquello, se dijo para sí: «O estos me han tomado por otra persona o son de los nuestros, de la taifa del hachís». Alargó luego las piernas y se le representó que el bañero le decía: «Es hora ya, mi señor, de que partáis, pues el día de hoy os esperan graves asuntos». Él se echó a reír y se dijo: «¡Qué maravilla! ¡Nada hay como el hachís!», y se incorporó para sentarse, tranquilo y en silencio. El bañero le colocó entonces en la cintura una toalla de seda negra y lo condujo, seguido de los dos mozos, pertrechados de todos los avíos, hasta un cubículo donde encendieron aromático incienso. El desventurado mujeriego vio frutas y ramilletes de plantas aromáticas. Le abrieron una sandía y lo invitaron a sentarse en una silla de ébano. Se le acercó el bañero y lo lavó a conciencia mientras los dos esclavos no cesaban de verter agua sobre él. Concluida esta labor, le dieron sus buenos fregamientos y le dijeron: «¡Tenga un buen día vuestra excelencia!». Salieron luego y cerraron con cuidado la puerta. Se levantó entonces de la silla y, mientras se quitaba la toalla, empezó a reírse a carcajadas, de la satisfacción, hasta casi perder el sentido. Tras un buen rato de regocijadas risas se preguntó a sí

²⁰³ Comienza «El mujeriego arruinado», o, alternativamente, «El comedor de hachís», que es el título usual en las traducciones a lenguas europeas.

mismo: «¿Qué les pasará a estos, que me hablan como a un ministro y me dicen “vuestra excelencia”? Se han tenido que confundir...., Pero eso es ahora; luego se darán cuenta de quién soy, dirán: “¡Este es un muerto de hambre!”, y me hincharán el cogote a papirotazos». Cuando hubo tomado todo el calor que le hacía falta, abrió la puerta y se le representó que entraban donde él un robusto esclavo y un eunuco. El primero sacó, de una talega que traía, tres toallas de seda; le puso la primera en la cabeza, otra sobre los hombros y le ciñó la tercera. El eunuco, por su parte, le acercó unos chanclos de madera y se los calzó. Luego entraron más esclavos y eunucos, que se pusieron también a su servicio. Mientras todo esto ocurría, él no paraba de reírse, y riéndose salió a la sala, que halló cubierta de regias alfombras. Allí acudieron en su ayuda unos mozos que lo acomodaron en un estrado y luego le estuvieron frotando los miembros y limpiándole a fondo la piel hasta que se amodorró. Más dormido que despierto, advirtió que entre los brazos tenía a una muchacha. La besó, la colocó entre sus muslos y adoptó la postura que suelen tomar los hombres cuando yacen con una mujer. Se agarró el miembro, se lo deslizó a la muchacha entre las piernas y comenzó a empujar. En eso oyó una voz que decía: «¡Eh, tú, muerto de hambre, despierta, que ya es mediodía; ¿qué haces ahí tirado, durmiendo?». Abrió el mujeriego los ojos y se halló tumbado en la sala del estanque frío, rodeado de unos que no paraban de reír. Tenía la verga erecta y la toalla se le había desprendido de la cintura. Comprendió que todo había sido una vívida ensoñación, inducida por el hachís. Muy contrariado, se dirigió al joven que había gritado y le dijo: «¡Ya se la iba a meter bien metida...!». Los otros le dijeron: «¿No te da vergüenza, ahí tirado, harto de hachís, dormido y empalmado?», y se liaron a darle de papirotazos hasta dejarle la nuca roja. Él seguía teniendo tanta hambre como siempre en los últimos tiempos, pero, aunque fuese dormido, había podido gustar el sabor de la dicha.

El príncipe Así Fue se rio con el relato hasta desternillarse. Cuando terminó, dijo alborozado: «¡Una historia preciosa, aya! No he oído en mi vida nada parecido... ¿No sabes más?». La anciana Bakún repuso: «Pues claro que sí», y siguió contándole deliciosas y joviales historias hasta que el sueño pudo con él. La esclava no se movió de su lado, y, transcurrido que hubo buena parte de la noche, se dijo a sí misma: «No voy a tener mejor ocasión que esta». Se levantó sigilosa, se sacó el puñal de la entrejeta y ya se disponía a rebanarle el cuello a Así Fue cuando vino a entrar en la estancia la madre de este. Al verla llegar, se puso la vieja en pie y la recibió, pero le entró tal canguelo que le dieron varias sacudidas, cual si estuviese pasando una crisis de calenturas. Horrorizada la madre por encontrarse a la vieja allí, despertó a su hijo, quien se llevó la sorpresa de ver a su madre sentada en su cabecera. La repentina llegada de la esposa del rey se debió a que la princesa Tenía que Ser, avisada del siniestro encargo de su padre, la había alertado. La joven princesa había ido en persona a casa de su amado y dijo a la madre de este: «¡Id, tía, a ver a vuestro hijo, antes de que esa malnacida de Bakún pueda hacerle nada malo», y le contó cuanto sabía. La madre fue al punto adonde su hijo y llegó en el momento preciso en que la vieja se había decidido a degollar al joven. Cuando este despertó, dijo: «¡Llegáis, madre, en momentos felices, pues esta noche ha venido mi nodriza, Bakún, a hacerme compañía». Y luego, dirigiéndose a la anciana: «¿A que no te sabes, aya, ninguna historia mejor que las que me has contado?». «¡Pues claro...! Las que has oído quedarán en nada cuando oigas otra que conozco, que es más deleitable y aún más peregrina. Pero ya habrá ocasión de que te la cuente, hijo», replicó la vieja, quien se puso en pie para marcharse y así salvar su pellejo, pues en su astucia había intuido que la madre sabía lo que se traía entre manos. «Vete con Dios, aya», le dijo Así Fue, y ella, en efecto, se

fue por donde había venido. La madre exclamó: «¡Bendita sea, hijo mío, esta noche en que Dios, el Supremo, te ha librado de esa maldita vieja!». Así Fue preguntó con extrañeza: «¿Y cómo es eso?». Lo informó de todo su madre y él dijo: «Al que, por divino Decreto, ha de vivir no pueden darle muerte antes de que le llegue el plazo. Pero lo más sensato será que nos marchemos de entre estos enemigos, y que Dios haga lo que Él quiera».

A la mañana siguiente salió Así Fue de la ciudad y se unió al ministro Dandán. Poco después tuvieron lugar, entre el rey Sasán y su esposa, Dicha del Tiempo, ciertos hechos que obligaron asimismo a esta a abandonar Bagdad, por lo que se unió a su sobrino y al ministro. Otro tanto hicieron los grandes dignatarios del rey Sasán que se inclinaban por la causa del príncipe Así Fue y el ministro. Celebraron consejo y debatieron si debían emprender una acción de castigo contra los rumíes, con el fin de tomar venganza. Acordaron que sí y se pusieron de inmediato en marcha, pero no tardaron en caer en manos del príncipe Rumzán, quien a la sazón ocupaba un lugar preponderante entre los rumíes, después de una serie de acontecimientos que sería largo de contar, pero que se irán desprendiendo del relato. Al día siguiente, no bien hubieron alumbrado las primeras luces, Rumzán mandó llamar a su presencia a Así Fue, al ministro Dandán y a quienes los acompañaban. Cuando ante sí los tuvo, el príncipe rumí los invitó a sentarse y ordenó que les sirvieran la mesa. Comieron, pues, y bebieron juntos, y mucho fue el alivio de los musulmanes, que habían temido lo peor. Tan es así que unos a otros se habían dicho: «Si nos ha mandado llamar es porque quiere matarnos». Ya, pues, más tranquilos Así Fue y los suyos, les dijo el rumí: «He tenido un sueño, se lo he contado a los monjes y ellos me han dicho que solo podrá interpretármelo el ministro Dandán». Este le preguntó: «¿Y qué ha soñado vuestra alteza? Seguramente algo bueno...». El príncipe Rumzán dijo: «Me he visto, ministro, dentro de una sima, una suerte de pozo oscuro, donde había multitud de personas dispuestas a atormentarme. Yo quería escapar, pero cada vez que saltaba volvía a caer, y no podía salir. De pronto vi un cinturón de oro. Alargué la mano para levantarlo del suelo y, en vez de uno, se convirtió en dos. Me los ceñí ambos y, cuando ya los tenía puestos, volvieron a ser uno solo. Y eso fue todo, ministro».

Dandán repuso: «Vuestro sueño, alteza, significa que tenéis un hermano, un sobrino o alguien de vuestra carne y vuestra sangre, emparentado en todo caso con vos por vía paterna». Cuando el príncipe rumí hubo oído la interpretación, miró a Así Fue, a Dicha del Tiempo, a Tenfa que Ser, al ministro Dandán y a los demás prisioneros y dijo para sus adentros: «Darles a estos muerte será como descabezar a su ejército, y yo podré volver enseguida a mi tierra, de modo que nadie haga movimientos para arrebatarle el señorío». Tomado que hubo esta decisión, mandó llamar al verdugo y le ordenó que le cortase la cabeza a Así Fue sin más demora. En ese momento entró a la presencia de Rumzán el ama de este, que le dirigió las siguientes palabras: «¿Cuál ha sido, alteza, la decisión que acabáis de tomar?». Rumzán repuso: «He resuelto darles muerte a estos prisioneros y arrojarles luego sus cabezas a sus hombres; luego cargaremos contra ellos, y a los que no matemos les haremos sufrir las consecuencias de la derrota. Tras ese decisivo golpe, podré volver de inmediato a mi tierra y evitaré que a lo ya sucedido se unan sucesos desfavorables». El ama se acercó a él y le preguntó en la lengua de los francos: «¿Cómo puede placeros quitarles la vida a vuestro sobrino, vuestra hermana y la hija de esta?». Muy irritado por estas palabras, exclamó el príncipe: «¡Maldita seas! ¿Acaso no sabes que a mi madre la mataron y que mi padre murió envenenado? No puedes haber olvidado que tú misma me entregaste cierto dije

explicándome que había pertenecido a mi padre. ¿Faltas ahora o faltaste entonces a la verdad?». En respuesta a las dudas de su señor, el ama le relató cuanto había sucedido:

«Yo siempre os he dicho la verdad, pero nuestra compartida historia es cosa peregrina y de gran maravilla. Mi nombre, alteza, es Coral y estuve al servicio de la honorable Ibriza, modelo que fue tanto de belleza como de valentía, hasta el punto de ser admirada por los más bravos hombres de armas. Vuestro padre, mi señor, no fue otro que el rey Ómar Ennumán, señor de Bagdad y del Jorasán, y no os quepa de ello el menor asomo de duda. Sabed asimismo que el rey Ómar, o sea, vuestro difunto padre, envió a su hijo, el príncipe Mal Hubo, a cierta expedición militar en compañía del ministro Dandán, aquí presente –y lo señalé–, y no hace falta que os cuente en detalle lo que ocurrió. Lo importante es que vuestro hermano, el príncipe Mal Hubo, se separó de su ejército y fue a parar a la fortaleza de vuestra madre, la princesa Ibriza, cuando buscábamos un lugar donde llevar a cabo un torneo de lucha. Como llegase él, sorprendiéndonos en esa ocupación, luchó Mal Hubo contra vuestra madre, y ella salió vencedora a causa tanto de su deslumbrante belleza como de su arrojo. Vuestra madre luego le ofreció hospitalidad al príncipe, quien permaneció durante cinco días en la fortaleza y monasterio. De esto se enteró el padre de la princesa Ibriza por mediación de la anciana Fatalidad, Madre de la Calamidad, o, por otro nombre, Calamidades. Vuestra madre, a todo esto, había abrazado el islam, a impulso de Mal Hubo, vuestro hermano, quien la llevó consigo, en secreto, a Bagdad.

»Su séquito –prosiguió la esclava Coral– lo formábamos Arrayán, yo misma y otras veinte esclavas, como nosotras, que acabamos todas convirtiéndonos al islam, gracias también a la intervención de Mal Hubo. No bien nos hubimos presentado ante el rey Ómar Ennumán, y vio este a vuestra madre, la princesa Ibriza, cayó rendidamente enamorado de ella. La visitó una noche, yació con ella y la dejó encinta de vos, alteza. Vuestra madre llevaba consigo tres valiosos dijes que regaló a vuestro padre, el rey, y este los distribuyó así: entregó uno a su hija Dicha del Tiempo, otro a vuestro hermano, el rey Brillo del Orbe, y el tercero a vuestro también hermano Mal Hubo, de quien lo recibió la princesa Ibriza, y esta lo guardó para vos. Cuando ya se acercaba la hora de vuestro alumbramiento, vuestra madre echó de menos a su gente y me lo confió a mí en secreto. Me reuní yo entonces con un esclavo negro al que llamaban Resentido; lo puse al tanto de todo, con el mayor de los sigilos, y lo convencí de que emprendiese viaje como guardián de nuestra suerte. El esclavo accedió, se hizo cargo de nosotras y con él salimos huyendo de la ciudad, con vuestra madre a punto de parir. Pues bien, cuando ya acabábamos de entrar en nuestro territorio, y hallándonos en un lugar solitario y apartado, se puso vuestra madre de parto. El esclavo, llevado de sus lascivos impulsos, aprovechó la ocasión para acercarse a vuestra madre y pedirle favores carnales. A esto respondió ella con un grito de indignación, a resultados del cual os parió a vos en aquel mismo instante. Muy poco tardamos en ver que, desde nuestro territorio, se nos aproximaba una gran polvareda que acabó ocultando los cuatro puntos cardinales. Temió entonces el esclavo por su vida y, despedido por el rechazo de vuestra madre, la acometió con la espada y la mató. Montó luego en su caballo y partió a todo galope. Cuando ya el esclavo se había alejado, se dispuso la polvareda lo bastante para desvelar un ejército al frente del cual venía vuestro abuelo, el príncipe Hardub, señor de Cesarea, quien no tardó en ver a su hija tirada en medio de aquel despoblado y ya muerta. Espantado por ello, me preguntó por la causa de su violento fin, así como por el motivo que la había llevado a salir a escondidas de la corte y país de vuestro padre, el rey Ómar Ennumán. Yo le conté, obediente, cuanto había ocurrido, de principio a fin. Y

esta, señor, es la causa de la enemistad entre los rumfes y Bagdad. Recogimos luego el cadáver de vuestra madre y la enterramos en su fortaleza. En cuanto a vos, fui yo, como sabéis, quien asumió la responsabilidad de criaros, y yo quien os puso al cuello el dije que había pertenecido a vuestra madre, la princesa Ibriza. Más tarde, cuando os hicisteis un hombre, ya no pude ponerlos al corriente de los hechos. Acaso, de haberlos conocido, os habríais lanzado sin pensarlo a la guerra. Fue, en realidad, vuestro abuelo quien me exigió guardar silencio, y yo no podía, como bien sabéis, desobedecer una orden de Hardub, príncipe de Cesarea. A eso se debe el que os haya yo ocultado los hechos durante todo este tiempo y no os haya informado antes de que sois hijo del difunto rey Ómar Ennumán, a quien Dios tenga en Su gloria. Más adelante, cuando os hicisteis cargo de vuestro principado, me resolví a daros noticia de todo, pero solo en este instante me ha sido posible, alteza. Sois, pues, ahora, egregio príncipe, conocedor de todo, y a vos corresponde el actuar en consecuencia».

Los prisioneros oyeron todo el parlamento de la esclava Coral, ama del príncipe rumí, y, cuando esta hubo acabado, dejó Dicha del Tiempo oír un penetrante grito y exclamó: «¡El príncipe Rumzán es hermano mío! Tenemos un mismo padre, Ómar Ennumán, y su madre es Ibriza, la malograda hija del rey Hardub, príncipe de Cesarea... Y a esta esclava, a Coral, bien que la conozco yo». Estas palabras operaron un drástico efecto en el príncipe Rumzán, quien, después de unos momentos de desconcierto, llamó ante sí a Dicha del Tiempo. Cuando la tuvo cerca, y la sangre llamó a la sangre, le rogó que le contase cuanto sabía. La dama relató entonces su historia, que punto por punto coincidía con lo que la esclava Coral acababa de revelar. De este modo tuvo el príncipe la certeza de que era de estirpe de iraquíes, sin que de ello cupiese abrigar la más mínima duda, pues era hijo del rey Ómar Ennumán. Se puso el monarca en pie y él mismo desató a su hermana Dicha del Tiempo, quien avanzó hacia él y le besó las manos con los ojos bañados en lágrimas. También lloró el rumí, llevado del calor de la fraternidad, al tiempo que en su corazón nacía el afecto hacia su sobrino, el príncipe Asf Fue. Volvió Rumzán a levantarse de su solio y le quitó al verdugo la espada de las manos, gesto que llenó de inquietud a los prisioneros. Pero el príncipe rumí ordenó que los trajesen a todos ante él, y uno a uno fue cortándoles las ataduras.

Libres todos, ordenó Rumzán a quien fue su ama de cría, que les explicara a los cautivos lo que él ya sabía. Pero Coral le dijo: «Sepa vuestra alteza que este venerable anciano, el ministro Dandán, puede, mejor que nadie, dar fe de que cuanto he referido es la pura verdad», y, mientras esto decía, se acercó al grupo de los cautivos, así como a los diversos príncipes de los rumfes y los francos que presentes estaban, y se lo contó todo, punto por punto. La reina consorte, Dicha del Tiempo, el ministro Dandán y cuantos con ellos se hallaban la creyeron a pies juntillas. Y, cuando ya su relato llegaba a su fin, miró la esclava Coral para un lado y, para su sobresalto, vio con sus propios ojos el tercer dije, o sea, el que acompañaba a los dos que estuvieron en posesión de la princesa Ibriza, pendiendo del cuello del príncipe Asf Fue y lo reconoció en el acto. Soltó entonces un grito que resonó en el aire y dijo al rey: «En este punto y hora, señor, hijo mío, acaba de adquirir aún más peso mi testimonio, ya que el dije que adorna el cuello de ese prisionero es igual que el que yo os colgué del vuestro, y quien lo lleva no es otro que Asf Fue, el hijo de vuestro hermano y, por tanto, sobrino de vuestra alteza». Dicho esto, dirigió la esclava Coral las siguientes palabras al príncipe Asf Fue: «Enseñadme ese dije que al cuello lleváis, alteza». El joven se lo quitó y lo tendió a la esclava, ama que había sido del príncipe Rumzán. Tomó esta el dije y, con él en la mano, le pidió el tercero a Dicha del Tiempo, quien también se lo confió.

Cuando la esclava tuvo en sus manos los dos dijes, se los tendió al príncipe Rumzán, y este no pudo sino reconocer la verdad y fundamento de todo lo dicho, de donde se desprendía, sin asomo de duda, que era tío del príncipe Asf Fue e hijo del difunto rey Ómar Ennumán.

Se puso en pie entonces, como por un resorte movido, y abrazó, primero, al ministro Dandán y luego al príncipe Asf Fue, entre los vítores de alegría de los presentes. Desde allí cundió el alborozo por las maravillosas noticias, y con él, el estruendo de tambores, timbales y trompetas, que amplificaron la euforia del momento. El bullicio de los rumíes llegó a oídos de los ejércitos iraquíes y sirios, y al punto montaron todos en sus caballos, incluido el virrey Burrajos Hubo, quien para sus adentros se preguntó: «¿Cuál será el motivo de tanta algazara entre los francos y rumíes?». Lo cierto es que las tropas iraquíes seguían en formación de combate, listas para entrar en batalla y plantar cara a quienes por delante se les pusieran. Rumzán miró en su dirección y comprobó que, en efecto, un gran ejército avanzaba, dispuesto en formación de combate. Se informó el príncipe sobre dicho ejército y, cuando supo quiénes lo componían, encargó a la princesa Tenía Que Ser, la hija de su hermano Mal Hubo, que se dirigiese, sin pérdida de tiempo, a los mandos de las tropas de Iraq y de Siria, y les hiciese saber que habían llegado a un arreglo, pues resultaba que Rumzán, el príncipe rumí, era tío paterno de Asf Fue. La princesa, libre ya de todos sus males y pesares, fue en persona al puesto del virrey Burrajos Hubo. Le dirigió el saludo de la paz y lo puso al corriente del arreglo al que habían llegado y por qué. Y conviene añadir que, cuando la princesa llegó adonde el virrey, halló a este con los ojos anegados en llanto, tal era el temor que sentía por los príncipes, comandadores y demás notables. La princesa le repitió la historia, y las angustias de las tropas se transformaron, redobladas, en alegrías. Subió entonces el virrey Burrajos Hubo a su caballo, y, junto con los demás jefes, y precedido por la princesa Tenía Que Ser, se dirigió al pabellón de campaña del príncipe Rumzán. A quien hallaron sentado con su sobrino el príncipe Asf Fue y el ministro Dandán, debatiendo qué habían de hacer del virrey Burrajos Hubo. Y acababan de llegar al acuerdo de dejar en sus manos el gobierno de la ciudad de Damasco y la Siria entera, tal como hasta ese momento, mientras que ellos se encargarían de Iraq. Ordenaron, pues, a Burrajos Hubo, que se pusiera en marcha hacia Damasco, y el confirmado virrey partió sin demora, acompañado al inicio de su camino por los demás, que de ese modo le dispensaban solemne despedida.

Volvieron ellos al campamento y dieron a los dos ejércitos orden de salida inmediata hacia Iraq. Los príncipes hablaron entre sí: «No quedarán en paz nuestros corazones ni se calmará nuestra indignación hasta que no hayamos tomado venganza de la vieja Fatalidad, por otro nombre Madre de la Calamidad o Calamidades, y lavado las afrentas que nos infligió. El príncipe Rumzán se puso entonces en marcha, junto con los miembros de su privanza y los altos dignatarios de su señorío, mientras el príncipe Asf Fue, muy contento con su tío, el señor de los rumíes, expresó a la esclava Coral su reconocimiento por su labor de buenos oficios, al desvelarles el parentesco que los unía. Y ya no se detuvieron hasta que llegaron a Bagdad. No tardó en enterarse de ello el Gran Chambelán encumbrado al trono regio, Sasán, quien al punto fue a besarle la mano al príncipe Rumzán. Este le dio en obsequio el suntuoso manto que llevaba puesto. Tomó luego asiento Rumzán y a su lado hizo que se sentara el príncipe Asf Fue. El cual dijo a su tío Rumzán: «Vos, tío, y nadie más que vos, merecéis ocupar el trono de este reino». El príncipe Rumzán exclamó: «¡No digas eso, por Dios! Ni se me ocurriría impedir que accedieras al solio que con toda legitimidad te pertenece». El ministro Dandán les sugirió que podían reinar los dos, turnándose cada día. Y a ambos les pareció bien la propuesta.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 144**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que a ambos les pareció bien la idea de gobernar cada uno un día, alternándose en el trono. Celebraron banquetes y sacrificaron animales, y entre fiestas y alegrías pasaron una larga temporada, durante la cual el rey Asf Fue no dejó de pasar una sola noche con su prima Tenfa Que Ser. Disfrutando estaban, pues, del orden y arreglo al que habían llegado, cuando cierto día se levantó una polvareda que cerró el horizonte por todas partes, y vino a ellos un mercader pidiendo socorro a grandes voces: «¿Cómo puede ser, príncipes de nuestra era, que haya yo gozado de paz y sosiego en tierras de infieles, y que haya sido en este país, la tierra de la justicia y la seguridad, donde me han asaltado?». El rey Rumzán lo miró con atención y le pidió que se explicase. «Me dedico al comercio —contestó el mercader— y suelo estar ausente de mi tierra durante largos períodos. Veinte años he pasado en este país provisto de un salvoconducto emitido en Damasco, que me firmó el difunto virrey Mal Hubo, de quien Dios se haya apiadado, en agradecimiento por la esclava que, en su día, le proporcioné. La cosa es que, viniendo yo de camino, con cien fardos de valiosas mercancías de la India, que traía a Bagdad, vuestro predio y sede, mis señores, donde justicia impartís y seguridad garantizáis, me ha salido al paso una banda de beduinos árabes a los que se han unido curdos de diversas procedencias, han matado a varios hombres de mi servicio y me han robado mis bienes. Eso es lo que me ha pasado». Dicho esto, rompió el hombre en llanto delante del rey Rumzán, y, después de añadir algunas quejas más, concluyó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios...!». Tanto Rumzán como su sobrino Asf Fue se compadecieron del mercader, y ambos soberanos juraron que no dejarían sin castigo a los salteadores.

Y no dejaron de cumplir su palabra, ya que no tardaron en salir al frente de cien jinetes, cada uno de los cuales valía por mil. El mercader iba delante de ellos, mostrándoles el camino. Toda aquella jornada se prolongó su marcha, que no se interrumpió con la llegada de la noche. Al alba llegaron a un valle de caudalosas corrientes de agua y feraces árboles, donde los hombres a quienes iban persiguiendo se habían dispersado, después de repartirse los fardos del mercader. Los rodearon sin dejarles resquicio alguno, lanzaron los dos soberanos a sus hombres contra ellos y, a no mucho tardar, consiguieron los cien jinetes bagdadíes hacer presos a unos trescientos salteadores de entre la canalla de los beduinos. Recuperaron, pues, parte de las propiedades del mercader, maniataron a los salteadores y volvieron con ellos a Bagdad. Una vez en la ciudad, se sentaron ambos soberanos en un mismo estrado, ordenaron que les trajesen a los salteadores y les preguntaron por sus circunstancias y quiénes eran sus superiores. Contestaron: «Solo respondemos ante tres hombres, que nos reunieron en una misma banda a pesar de nuestras distintas procedencias». Los dos soberanos les indicaron que señalasen a sus jefes, y cuando los tuvieron localizados, los apresaron dejando libres a los demás, a quienes habían despojado de cuantos bienes llevaban consigo para devolvérselos al mercader. Examinó este las telas y demás mercancías recuperadas, y comprobó que habría perdido un cuarto de lo que traía, pero le prometieron que lo compensarían por ello. Entonces sacó el hombre dos cartas, una del puño y letra de Mal Hubo

y la otra, de Dicha del Tiempo. Y es que el mercader era el que le había comprado al beduino a Dicha del Tiempo cuando esta aún era virgen. Se recordará que se la ofreció luego al hermano de la joven, Mal Hubo; que este se la compró, y pasó lo que ya sabemos. El rey Así Fue se hizo con ambos escritos, reconoció la letra de su tío Mal Hubo y tuvo noticia, porque se la contaron, de la historia de su tía, Dicha del Tiempo, a quien fue enseguida a visitar, con la carta que ella misma le había escrito al mercader.

Le refirió Así Fue todo lo ocurrido, y Dicha del Tiempo, que reconoció su propia letra, dijo saber quién era el mercader, a quien obsequió con generosidad y recomendó luego a su hermano Rumzán y a su sobrino Así Fue. Estos, y en razón de dicha recomendación, ordenaron que le fuesen entregados al mercader dinero, esclavos de guardia y mozos de servicio. Dicha del Tiempo, por su parte, lo recompensó con cien mil dírham de su peculio privado, así como cincuenta fardos de mercancías. Y, habiéndolo colmado de obsequios, mandó llamarlo. Cuando el mercader se presentó ante ella, Dicha del Tiempo se puso en pie para acogerlo, le dedicó el saludo de la paz y le hizo saber que ella era hija del rey Ómar Ennumán, que su hermano era el rey Rumzán y que su sobrino era el también rey Así Fue. El mercader se congratuló de todo ello y de hallar a la dama en perfecto estado de salud y entre los suyos. Le besó la mano y le dio efusivas gracias: «¡Patente queda que haberos hecho el bien no ha quedado sin recompensa!». Volvió luego ella a su gineceo y el mercader permaneció en el recinto real, como huésped, durante tres días, al cabo de los cuales se despidió de ellos y partió hacia Siria. Poco después los dos soberanos hicieron comparecer a los tres malhechores que habían sido cabecillas de la banda y les preguntaron por su circunstancia. Se adelantó uno de ellos y dijo: «Soy beduino y hace tiempo que salgo a los caminos a raptar a niños pequeños y muchachas vírgenes, que vendo a los tratantes. Un día me tentó Satanás y acordé con estos dos desgraciados juntar a la canalla de los beduinos y a la ralea de las más diversas regiones con el fin de robar y asaltar a los mercaderes por los caminos». Los soberanos le ordenaron: «Cuéntanos lo más extraordinario que hayas visto como raptor de niños y muchachas». El beduino entonces les relató lo siguiente: «Lo más raro que me ha ocurrido, majestades, es que hace veintidós años rapté en Jerusalén a una muchacha que era un dechado de belleza y garbo, aunque era una vulgar sirvienta e iba vestida que daba pena, tocada de un manto de pelo en andrajoso estado. La vi cuando salía de la posada y la rapté sobre la marcha, valiéndome de una treta; la subí en un camello y salí a toda prisa con la intención de alojarla con los míos, en campo abierto, para que me pastoreara los camellos y recogiese boñigas. Pero, como ella no hacía más que llorar, le di una buena paliza y la llevé a Damasco, donde la ví conmigo un mercader que, prendado por la belleza de la muchacha y su dominio del árabe culto, quiso comprármela, y tanto porfió que al final se la vendí por mil dinares. Cuando me desprendí de ella, comprobé, en efecto, que la muchacha tenía un dominio admirable del árabe. Luego me enteré de que el mercader le dio ropa vistosa y se la ofreció al virrey de Damasco, quien le pagó el doble de lo que yo le había sacado al mercader. Esto, reyes de nuestra era, es lo más peregrino que me ha ocurrido. ¡Y no cobré por ella lo que la muchacha valía!».

Mucho admiró a los dos soberanos esta historia. En cuanto a Dicha del Tiempo, a medida que iba oyendo las palabras del beduino, las luces se le fueron tornando sombras en el rostro. De modo que, al final del relato, soltó un grito y dijo a su hermano Rumzán: «Este es el mismo beduino que me raptó en la ciudad santa de Jerusalén, segura estoy», y les contó cuanto con él había pasado en su desdichado extrañamiento: las calamidades, los golpes, el hambre, la humilla-

ción... Y añadió: «Ahora me es dado quitarle la vida», y mientras esto decía se levantó, empuñó la espada y se fue, con la intención de matarlo, hacia el beduino; pero este dijo a voz en grito: «¡No dejen vuestras majestades que me mate, y pueda yo contar las maravillas que me han sucedido!». El rey Así Fue se dirigió a la airada dama: «Dejad, tía, que nos cuente una historia más, y luego podéis hacer con él lo que os venga en gana». El beduino propuso: «Si refiero a los reyes de nuestra era una historia maravillosa, ¿me perdonarían vuestras majestades la vida²⁰⁴?». Los soberanos respondieron al unísono: «¡Sí!». Y el beduino comenzó a narrarles lo más peregrino que le había ocurrido:

SEPAN VUESTRAS MAJESTADES Y ALTEZAS²⁰⁵ que, no hace mucho, pasé una noche de tan terrible insomnio que ya me parecía imposible que amaneciese alguna vez. Cuando, por fin, alumbró la luz del alba, me levanté sin esperar más, me ceñí la espada, monté mi caballo, empuñé mi lanza y salí de caza. En el camino me tropecé con un grupo de hombres que me preguntaron a dónde me dirigía. Se lo dije y ellos replicaron: «¡Pues vamos contigo!». Avanzamos, pues, juntos un trecho y, de repente, vimos un avestruz. Salimos en persecución del animal, que huyó despavorido, con las alas abiertas. El avestruz siguió corriendo, y nosotros en pos suyo, hasta que, al mediodía, fuimos a parar a una estepa donde no había ni vegetación ni agua, y lo único que se oía eran silbido de serpientes, vocerío de *yinns* y aullidos de *guls*. Al cabo de un rato desapareció el avestruz de nuestra vista, sin que pudiéramos saber si había echado a volar por el cielo o se había internado aún más en la estepa. Volvimos las cabezas de nuestros caballos con la intención de salir de allí, pero nos dimos cuenta de que intentar el regreso a aquella hora de extremo calor era gran vesania. El aire se iba haciendo cada vez más tórrido, comenzábamos a tener sed y nuestras monturas se negaban a dar un paso más. La muerte parecía nuestro próximo e inevitable destino.

En esto divisamos a lo lejos un espacioso prado por el que corrían libres las gacelas. En medio había una tienda plantada y, junto a ella, un caballo amarrado y una lanza, cuyo hierro relumbraba con el sol, clavada en el suelo. Reconfortados tras la desesperación, volvimos las cabezas de nuestras monturas en dirección a la tienda y nos dirigimos todos, conmigo a la cabeza, hacia aquel verde prado donde las aguas no faltaban. No tardamos mucho en llegar a sus lindes ni en hallar un manantial del que bebimos nosotros y abrevaron nuestros caballos. Llevado yo entonces del ardor propio de la Edad de la Ignorancia²⁰⁶, me acerqué a la entrada del pabellón y vi a un muchacho de imberbes mejillas y figura tan esbelta como el más fino creciente de la luna. A su lado había una grácil doncella que más parecía rama de ben. No bien la hube visto se rindió mi corazón de amor por ella. Dirigí al joven el saludo de la paz, me lo devolvió él y dije: «Decidme, noble árabe, quién sois y qué relación guardáis con esa doncella que a vuestro lado está». El chico bajó la cabeza, meditabundo, y tras unos instantes la levantó y respondió: «Decidme vos, primero, quién sois y por qué llegáis con esos caballos». «Soy –repuse– Hammad, de la stirpe de los Fazaríes, reputado jinete²⁰⁷, y bien saben los árabes que valgo por otros cincuenta paladi-

²⁰⁴ Una vez más se repite el planteamiento, puesto en boca de uno de los contadores de historias, que se ajusta asimismo a la situación de la propia Shahrazad, quien, recordarse, está contando historias con el propósito de salvar la propia vida.

²⁰⁵ Comienza «Hammad el Fazarí y los dos hermanos».

²⁰⁶ La llamada *yahila* en árabe, el período anterior al advenimiento del islam, cuando aún se ignoraba la Ley de Dios.

²⁰⁷ Alguna edición árabe contemporánea da, en este punto, *fárisi*, esto es, «persa», lo que sería un contrasentido; se trata, pues, sin duda de *fáris*, «jinete», tal como suele recogerse en otras ediciones y, en consecuencia, en las versiones

nes. Hemos salido de nuestro lugar con la fresca, para cazar, se nos ha venido el calor encima y nos ha entrado sed. Por eso me he acercado a la entrada de esta tienda, con la esperanza de que me dieseis un sorbo de agua». Cuando el muchacho hubo oído estas palabras, se volvió hacia la airosa núbil y le dijo: «Tráele a este hombre agua de beber y lo que haya de comida». Se levantó la doncella y se movió arrastrando los faldones de la túnica, mientras le tintineaban en los tobillos las ajorcas de oro, y casi tropezaba con sus propios cabellos. Estuvo ausente unos momentos, al cabo de los cuales volvió con un vaso de plata lleno de agua fría en la mano derecha, y, en la izquierda, una fuente llena de dátiles, leche cuajada y carne de caza. Pero me resultaba imposible probar nada de lo que me había traído, ni agua ni alimento, de tan enamorado de ella como ya estaba. Se me vinieron entonces a la memoria los siguientes versos:

De alheña negra sus dos manos tintas,
a dos cuervos recuerdan en la nieve.
Luna y Sol las facciones le iluminan;
uno se asusta, la otra retrocede.

Luego, cuando hube comido y bebido, le dije al joven: «Ya que os he puesto al corriente de mi situación y estado con toda sinceridad, quisiera, noble árabe, que correspondieseis dándome noticia verdadera sobre vos». El joven repuso: «Sabed que esta doncella es mi hermana». Yo le dije: «Espero que accedáis de grado a dármele por esposa, pues, de lo contrario, tendré que mataros y llevármela a la fuerza». Bajó el chico la cabeza, meditó unos instantes y luego alzó los ojos hacia mí diciendo: «Habéis sido, no me cabe duda, sincero al asegurar que sois un jinete famoso, un reputado hombre de armas, un león del desierto, en suma; pero si me atacáis por sorpresa y valiéndoos de la hospitalidad que os he concedido, y, como un felón, me matáis para llevaros a mi hermana, caerá sobre vosotros la ignominia. De manera que, si en verdad sois todos caballeros de valía, hechos al esfuerzo y a la guerra, sabréis concederme el tiempo preciso para que me ponga la cota de mallas, me cina la espada, empuñe mi lanza y suba a lomos de mi caballo. Me encontraré con vos ahí fuera. Si os puedo, os mataré a todos, uno a uno. Si salgo derrotado y me matáis, esta doncella, mi hermana, será vuestra». Oído que hube estas palabras, le dije: «Eso es lo justo, conformes estamos». Subí a mi montura y, movido por la pasión que me poseía, volví adonde mis compañeros, a quienes hablé de la belleza de la muchacha, así como de la gallardía del joven que la guardaba, de la valentía y arrojo de este, su hermano, quien me había asegurado que no dudaría en enfrentarse no con uno, sino hasta con mil jinetes. Hice también mención de todas las riquezas y objetos preciosos que en la tienda había visto y concluí: «Tened por seguro que si ese mancebo osa permanecer en lugar tan apartado es por su bravura...», y os propongo que aquel de nosotros que consiga darle muerte se quede con la doncella». «Conformes», contestaron mis compañeros, que se apresuraron a ponerse las cotas de mallas, montar y salir hacia el muchacho. Este se hallaba ya a lomos de su corcel y con la armadura puesta. Junto a él estaba su hermana, con el velo humedecido por las lágrimas, agarrada del estribo del muchacho y quejándose de angustia por su hermano. Sus lamentos los remató con los siguientes versos:

«A Dios, nuestro Señor, en mi trance me vuelvo:
¡así quisiera llenarlos de irresistible miedo!

que he consultado.

Quieren, hermano mío, sobre todo, matarte,
aunque no haya razones que lleven al combate.
Campeón que no conozca no ha nacido al jinete,
el más bravo de todos, de levante a poniente.
A tu hermana defiendes, que no ha sido resuelta,
mas al Cielo plegarias por tu victoria eleva.
No dejes que esos viles me ultrajen y me humillen;
que nadie me domine, que nadie me esclavice.
Si no estás a mi lado, no habitaré una tierra,
por más que la más fértil de todas ser pudiera.
Antes que tal ocurra, prefiero segar mi alma
y en el polvo yacer, muerta bajo una lápida».

Cuando el joven oyó estas palabras, se echó a llorar con gran desconsuelo, y, volviendo la cabeza de su caballo hacia su hermana, recitó:

«Párate, hermana, y mira cómo hago maravillas:
cómo a diestro y siniestro voy repartiendo heridas.
Y, si sale a batirse, de ellos, el adalid
—un león de pecho firme, de orgullosa cerviz—,
ya le ahitaré la sed con mi zarpa de Zorro²⁰⁸,
y hasta los pies mi lanza le atravesará el lomo.
Si por tu causa, hermana, no entrara yo en combate,
dense un festín las aves de mis carnes exangües.
Por ti me lanzaré contra los enemigos
y todas nuestras obras pasarán a los libros».

Luego, dirigiéndose a la doncella, dijo: «Oye hermana lo que he de decirte y encomendarte». La doncella contestó: «Tú dirás». El joven le rogó: «Si llevo a morir en este trance, no permitas que nadie se te acerque». La joven se dio una bofetada y exclamó: «¡No permita Dios, hermano mío, que te vea derribado, y luego entregue yo mi cuerpo a los enemigos!».

Le tendió entonces el joven la mano a su hermana. Esta se abrió el velo dejándonos ver un rostro que era cual el sol entre nubes, y él la besó entre los ojos y se despidió de ella. El joven miró luego hacia donde nosotros y nos preguntó: «¿Venís, caballeros, en son de paz y como huéspedes o, por el contrario, buscáis pelea? Si es hospitalidad lo que buscáis, descuidad que sabremos servirlos y regalarlos, mas si es la esplendorosa luna lo que pretendéis, id saliendo de uno en uno, que ya sabré yo plantaros cara en este espacio abierto que será nuestra palestra».

Se adelantó entonces un valiente jinete, uno de mis compañeros, a quien dijo el joven: «Decidme, ¿cuál es vuestro nombre y cuál el nombre de vuestro padre?, pues jurado tengo no batirme con nadie que lleve mi mismo nombre o cuyo padre se llame como el mío, y, si así fuese, os entregaré sin luchar a la doncella».

El jinete repuso: «Me llamo Bilal». El joven le contestó con los siguientes versos:

«¡Tú nombre no es Bilal, fermentido falsario²⁰⁹!
Si cres sensato escucha, pues que a bravos machaco
y el filo de la luna llevo enhiesto en la mano:
espera con certeza salir con un buen tajo».

²⁰⁸ La zarpa sería la espada del joven, en alusión a la tribu a que pertenece, Thálabah, cuyo nombre deriva del árabe *thálab*, zorro.

²⁰⁹ Bien porque *bilal* significa «buenas obras», bien porque *Bilal* era el nombre de un célebre personaje pío de los primeros tiempos del islam.

Cargaron el uno contra el otro y no tardó el joven en ensartar a su rival con la lanza, cuya hoja le atravesó el tronco y le salió por la espalda. Avanzó luego otro guerrero, a quien el joven dedicó estos versos:

«¿Es lo mismo, cabrón, el azófar que el oro?
Al que es fiero, en la lucha morir le importa poco».

Tampoco a este tardó mucho el joven en dejarlo en el charco de su propia sangre, tras lo cual exclamó el mancebo: «¿No hay nadie más que ose batirse conmigo?». Se adelantó un tercer jinete, quien se lanzó contra el hermano de la doncella pronunciando estas palabras:

«Fuego me arde en el pecho mientras a ti me acerco,
y a mi llamada acuden mis fieles compañeros.
A tus manos han muerto varios caudillos árabes;
esta vez te aseguro que no vas a librarte».

Oído que hubo el joven estos versos, respondió con otros:

«Déjate, pobre diablo, de bravatas ridículas;
hoy no vas a probar más que mi jabalina».

Y, no bien hubo acabado de pronunciarlos, embistió a su rival y lo ensartó también con la lanza. Luego volvió a preguntar: «¿Nadie más osa plantarme cara?». Se adelantó un cuarto caballero, quien, a la pregunta de cuál era su nombre, respondió que Hilal²¹⁰. El joven de la tienda recitó:

«Un grave error cometes al lanzarte a mi piélagos
con no mejores armas que tus febles camelos.
Disfruta de mis versos: óyelos mientras puedas,
porque voy a matarte, y antes que te des cuenta».

Cargaron el uno contra el otro, y se sucedieron por ambas partes las acometidas; pero el mancebo se las arregló asimismo para matar a este jinete, y lo mismo hizo con los que fueron saliendo a la palestra. Al ver cómo el muchacho iba dándole muerte a mis compañeros, dije para mis adentros: «Si salgo a pelear con él, tengo por cierto que no resistiré sus embestidas, pero si ahora salgo huyendo quedaré infamado ante todos los árabes». El joven no me dio ocasión de decidirme, ya que tiró de mí con la mano y me hizo caer de la silla. Y ya iba a darme el golpe de gracia con la espada cuando me aferré a los faldones de su túnica. Él entonces me levantó con una mano como si se las hubiera con un pajarillo. La doncella, muy contenta con su hermano, se acercó a él para besarlo entre los ojos. El joven entonces me dejó en manos de ella: «Encárgate de él, y trátalo bien, pues ahora se halla bajo nuestra protección». La doncella me agarró del cuello de la armadura y me condujo como quien lleva a un perro. Ayudó luego a su hermano a desarmararse de su vestimenta de combate y cambiarla por una túnica más holgada, y le montó una silla de marfil donde se sentó el joven. Luego la muchacha lo miró y le dijo: «¡Quiera Dios mantener intacto tu honor y haga de ti refugio en las adversidades!».

²¹⁰ En árabe, literalmente, «Media Luna», y nótese que el nombre, *Hilal*, rimu con el anterior, *Bilal*. En ambos casos se diría que los nombres, asociados a símbolos y valores muy positivos en el islam, desdichan totalmente de quienes los llevan.

«Mi hermana me pregunta, cuando me ve la frente,
que en la lucha reluce más que deslumbra el sol:
"¿Quién que no seas tú mismo vence al León estevario,
que reclusa humillado, tras perder el honor?"
"Que digan -le contesto- los ases si no han visto
despavorido huir a más de un bravucón..."
No hay quien no me conozca por mi feliz estrella,
mis desbordantes fuerzas, mi insuperable ardor.
Te topaste, Hammad, con una fiera brava,
que a serpentina muerte las cancelas te abrió».

Al oír el poema y viéndome cautivo, me sentí empequeñecido, el más vil de los seres. Miré a la doncella, consideré su mucho garbo y hermosura, y dije para mis adentros: «He ahí la causa de mi embeleso», y, más y más admirado ante tal belleza, derramé copiosas lágrimas y recité:

«¡Basta ya, amigo mío, de tus admoniciones!
¿No ves que no me afectan críticas ni reproches?
De una dama pendiente me encuentro, cuyo amor,
cuando ante mí la tuve, vencido me dejó.
Desde ese mismo instante me vigila su hermano,
persona de altas miras y distinguido trato».

La muchacha le trajo de comer a su hermano y este me invitó a acompañarlo, lo que me satisfizo mucho, pues entendí que me había salvado de la muerte. Cuando el joven acabó de comer, trajo ella el servicio del vino, del cual bebió tanto mi anfitrión que acabó con la cabeza casi ida y las mejillas ardientes. Me miró y me dijo: «¡Escúchame, Hammad! Voy a presentarte: me llamo Abbad, y soy hijo de Tamim y descendiente de Tháalaba. Bien puedes decir que Dios te ha regalado la vida y te guarda para tu boda», y me invitó a una copa, luego a otra y a una tercera y a una cuarta, que yo me fui bebiendo, una por una. Se me franqueó luego, como hacen quienes beben con otros, y me hizo jurarle que nunca lo traicionaría. Yo le ofrecí mil quinientas solemnes promesas de que no solo no lo traicionaría jamás, sino que le prestaría siempre mi ayuda. Él entonces le ordenó a su hermana que me ofreciese diez mantos de seda, uno de los cuales es el que llevo puesto, así como una de sus mejores camellas. La doncella me trajo, en efecto, una hermosa camella cargada de objetos preciosos y de víveres. No contento con ello, el joven le ordenó que me trajese también un caballo bayo que tenía. Ella me lo trajo, y él me dijo que me lo regalaba todo. Permanecí con ellos tres días, comiendo y bebiendo cuanto quise. Y todos sus obsequios los guardo conmigo. Al cuarto día me dijo el joven: «Hammad, querido amigo, quiero dormir un poco, para descansar, ahora que sé que puedo fiarme de ti y que mi vida no corre peligro. Si ves caballos cabalgar con ímpetu, no temas; serán jinetes de mi propia tribu, los hijos de Tháalaba, que vienen a luchar contra mí». Dicho esto, se puso la espada, como si de un almohadón se tratase, bajo la cabeza y se quedó dormido. Al verlo sumido en un profundo sueño, me tentó Iblís para que lo matase. Y eso fue lo que hice. Me puse en pie de un salto, le saqué la espada de debajo de la cabeza y le asesté un tajo que le separó del cuerpo la cabeza. La muchacha se dio cuenta enseguida de lo que acababa yo de hacer. Vino tan rápido como pudo, desde el otro lado de la tienda, y se lanzó sobre su hermano. Se rasgó las vestiduras y dijo:

«Transmite a nuestros deudos la más negra noticia
 –nadie ha escapado nunca de lo que el Sabio dicta–.
 Muerto te veo, hermano, yacente, derribado,
 y aún tu rostro a la luna supera cuando brilla.
 Aciago ha sido el día en que los acogimos;
 después de tantos bríos, tu lanza está partida.
 Sin ti no habrá jinete que tranquilo cabalgue,
 ni habrá madre que traiga quien te emule a la vida.
 Traidor a su palabra, fementido, perjuro,
 te ha matado Hammad con el albor del día.
 No le ha importado nada más que satisfacerse;
 a estos límites llega de Satán la perfidia».

Cuando terminó me dijo: «¡Maldita sea toda tu parentela! ¿Por qué lo has matado, si el bendito había hecho cuanto en sus manos estaba para que volviesses a tu tierra colmado de bienes y de víveres, y tenía pensado casaros conmigo a primeros de mes?». Dicho esto, tomó la doncella una espada que tenía guardada, la clavó en el suelo por la empuñadura, se colocó la punta entre los senos y se arrojó encima, de modo que el hierro la atravesó de parte a parte y cayó muerta al suelo. Mucho me entristecí por ella, y, arrepentido cuando ya era demasiado tarde, me eché a llorar. Recorrí luego la tienda para apoderarme de cuanto pesaba poco y valía mucho, y, con todo lo que pude, me marché de allí. Del miedo que tenía y la prisa que me entró, ni me acordé de mis compañeros ni se me ocurrió dar sepultura a la doncella y a su hermano. Esta historia es, sin duda, aún más maravillosa que la que antes conté, la de la joven sirvienta a quien rapté en la ciudad sagrada de Jerusalén.

Cuando Dicha del Tiempo hubo oído esta historia de la boca del propio beduino, se le tornaron las luces sombras...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 145**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que a Dicha del Tiempo, cuando oyó la segunda historia de Hammad, se le tornaron las luces sombras ante los ojos. Desenvainó la espada y le asestó al beduino tan efectivo tajo en el cuello que lo descabezó en el acto. Los allí presentes la inquirieron: «¿Por qué os habéis dado tanta prisa en matarlo?». Ella dijo, a modo de respuesta: «¡Alabado sea Quien me ha dado vida bastante para que pudiese tomarme la venganza por mi propia mano!», y mandó a los esclavos que arrastrasen el cuerpo por los pies y lo arrojasen a los perros. Pasaron luego a ocuparse de los otros dos salteadores. Uno de ellos era un esclavo negro, a quien preguntaron: «¿Tú cómo te llamas? Y no se te ocurra mentir...». Él contestó: «Mi nombre es Resentido», y les contó lo que le había ocurrido con la princesa Ibriza, la hija de Hardub, príncipe de Cesarea, o sea, cómo la había matado, y huido él después. Y aún no había el esclavo terminado su relato cuando el rey Rumzán le rebanó el cuello y exclamó. «¡Alabado sea Quien me ha permitido vivir lo bastante para que pudiese vengar, con mis propias manos, la muerte de mi madre!». Y puso a los demás al tanto de lo que su ama, Coral, le había contado

sobre aquel esclavo. De este pasaron luego al tercer salteador, que no era sino el camellero al que pagaron algunos habitantes de Jerusalén para que llevase al difunto rey Brillo del Orbe al hospital de Damasco. Pero él, aquel camellero metido a salteador, se limitó a llevar al doliente joven hasta un montón de burrajo, junto a unos baños, y a dejarlo allí. También a este tercer jefe de los salteadores le dijeron: «Danos noticia de ti, y ¡cuidado con mentirnos!». El salteador les contó el suceso del rey Brillo del Orbe: cómo se lo confiaron, muy enfermo, en Jerusalén con el encargo de que lo trasladase al hospital de Damasco; cómo los habitantes de Jerusalén le entregaron las correspondientes monedas de plata, y cómo él salió huyendo después de dejar al enfermo entre el estiércol seco. Cuando el camellero concluyó su relato, desenvainó el rey Así Fue su espada y le cortó el cuello diciendo: «¡Alabado sea Quien me ha hecho vivir para hacerle pagar a este felón lo que le hizo a mi padre! Sabed todos que esa misma historia que nos ha contado se la oyó a mi difunto padre».

Luego se dijeron los reyes y príncipes: «Ya solo nos queda la vieja Calamidades, o, por mejor decir, Fatalidad, Madre de la Calamidad, que es la culpable de que hayamos padecido tan grandes desgracias. Ahora bien, ¿quién podrá conducirnos a ella para que nos vengamos y lavemos la afrenta?». Rumzán concluyó: «Hemos de traerla hasta aquí», y redactó y despachó al punto una carta, dirigida a su abuela, la anciana Calamidades, donde le comunicaba que se había apoderado del reino de Damasco, Mosul e Iraq, después de haber derrotado al ejército de los musulmanes y hecho prisioneros a sus mandatarios. La misiva concluía con las siguientes palabras: «*Deseo, y os lo encarezco, que acudáis a mí, acompañada de la princesa Sofía, la hija del emperador Afridún, señor de Constantinopla, y de cuantos dignatarios cristianos, fuera de los mandos militares, que os venga en gana añadir a vuestro séquito. El territorio es seguro, toda vez que está bajo nuestro poder.*». Cuando la vieja Calamidades recibió la carta, la leyó y, como hubiese reconocido la letra del príncipe Rumzán, se llevó una gran alegría, pues daba por buenas las noticias. Comenzó, pues, a aprestarse de inmediato para el viaje, que emprendió en compañía de la princesa Sofía, o sea, la madre de Dicha del Tiempo, y de cuantos se unieron a su séquito, y avanzaron sin apenas detenerse hasta que llegaron a las inmediaciones de Bagdad, desde donde enviaron a un emisario que anunció a los dos soberanos la llegada de los invitados rumfes. El rey Rumzán propuso: «El interés exige que nos vistamos a la usanza franca para recibir a Calamidades, de modo que nos libremos de sus astucias y añagazas». «Dicho y hecho», le contestaron.

Se ataviaron todos, en efecto, al uso de los francos, y, cuando la princesa Tenía Que Ser los vio de esta guisa, exclamó: «¡Si no os conociese a todos, habría jurado por el Sustentador, a Quien todos adoramos, que sois francos de pura cepa!». Se puso Rumzán al frente de todos y salieron a recibir a la anciana con un cortejo de mil jinetes. Cuando los ojos del soberano distinguieron a la vieja, descabalgó Rumzán y se dirigió a pie adonde su abuela, quien, habiéndolo reconocido, desmontó también y lo abrazó. El nieto le apretó a la vieja con las manos las costillas hasta casi quebrárselas. Calamidades preguntó extrañada: «¿Qué es esto?». Y apenas había acabado de decirlo cuando desmontaron y a ella se dirigieron el rey Así Fue y el ministro Dandán, mientras los jinetes asustaron con sus gritos a las esclavas y mozos que acompañaban a la vieja y los condujeron a todos a la ciudad, que estuvo engalanada durante los tres días sucesivos por orden del príncipe Rumzán. Sacaron luego a Fatalidad, Madre de la Calamidad, por otro nombre Calamidades, tocada de un capirote bermejo coronado de boñigas de burro. Delante de ella iba el

pregonero anunciando: «¡Este es el castigo que se lleva quien no sabe cuáles son sus límites a la hora de tratar con reyes e hijos de reyes!». Y la colgaron de un madero a las puertas de Bagdad.

Cuando esto vieron quienes con ella venían, se convirtieron todos, sin que faltara uno, al islam. Admirados quedaron los reyes Así Fue y su tío Rumzán, así como Dicha del Tiempo y el ministro Dandán, al considerar el extraordinario curso que habían seguido los acontecimientos, y ordenaron a los escribas que lo pusiesen todo por escrito para que las futuras generaciones pudieran leerlo. Y siguieron en lo sucesivo disfrutando de la más regalada y serena existencia hasta que les fue llegando a todos el que destruye los gozos y a los amigos separa²¹¹. Y esto –concluyó Shahrazad– es lo que sé de las vicisitudes del rey Ómar Ennumán, sus hijos Mal Hubo y Brillo del Orbe, su nieto Así Fue y las damas Dicha del Tiempo y Tenfa Que Ser.

Entonces dijo el rey Shahriar a Shahrazad:

–Deseo que me cuentes historias de aves.

–De mil amores –repuso Shahrazad.

–Durante todo este tiempo, cinco meses ya –intervino entonces Duniyazad, su hermana–, solo esta noche he visto a nuestro señor rey verdaderamente despreocupado, de modo que hago votos, hermana, para que lo que nos cuentes ahora sea también cosa memorable.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, no quiso seguir adelante.

²¹¹ Recuérdese que esta expresión probablemente aluda al Ángel de la Muerte (véase, más adelante, noches 462-4), o bien, como vimos antes, en la noche 102, dentro de este mismo ciclo, al Juez de la Muerte.

Made in United States
Orlando, FL
26 July 2022



20180184R00317

En español, además de la versión de Cansinos, que ha perdido fuelle en los últimos años por el casticismo un tanto *démodé* de su lenguaje, contamos con la del académico de la Real Academia de la Historia Juan Vernet, que vio la luz en tres volúmenes de la colección «Clásicos Planeta» y ha sido reimpresa varias veces. Pero no había hasta la fecha una traducción que ubicase *Las mil y una noches* en el lugar que le corresponde en el mundo hispanohablante del siglo XXI. Ha correspondido llevar a cabo esa labor al arabista Salvador Peña, profesor de la Universidad de Málaga, que ha realizado una tarea titánica para desentrañar todas las claves del texto original, ahora dispuesto en perfecto estado de revista y lectura para las nuevas generaciones. La de Salvador Peña va a ser, estoy seguro de ello, la traducción definitiva de las *Noches* al castellano hasta el día de hoy, la más precisa, la más fiel y, al mismo tiempo, la más elegante y legible que se haya publicado nunca en la lengua de Cervantes. La he conocido desde el comienzo de su gestación, y me consta su probidad insuperada en todos los aspectos que rodean una versión. Hasta los numerosos versos que jalonan, aquí y allá, el original árabe han sido objeto de una versión métrica en español por parte del Prof. Peña, que no ha vacilado a la hora de entregarse por completo a un trabajo que supone un eslabón importantísimo en la cadena de las traducciones de las *Noches* a nuestra lengua.

La versión de Salvador Peña es, para mí, la consecución de un deseo largamente acariciado y nunca satisfecho del todo antes de su labor. *Las mil y una noches* merecían una versión como la suya, que rinde culto al texto original sin traicionarlo nunca, pero que nos ofrece la posibilidad de acceder a él en un español niquelado y diáfano, de nuestros días y de siempre, pendiente siempre de reflejar la desnuda oralidad del relato árabe y, a la vez, atento al adorno retórico cuando este existe en su modelo. No me queda más que felicitar al brillante arabista andaluz que ha sido capaz de organizar una fiesta lingüística tan hermosa y tan perdurable, y felicitarle por haber tenido la feliz oportunidad de participar en ella activamente con estas breves y entusiastas líneas preliminares.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)

Salvador Peña Salvador Peña Martín es traductor, investigador y profesor en la Universidad de Málaga. Estrecho colaborador de la Escuela de Traductores de Toledo, ha publicado, en el marco de sus programas, versiones de obras de Raúf Músad Basta (Egipto), Rachid Daif (Libano), Abdelmayid Benyellún (Maruecos) y Salim Barakat (Siria). Autor de numerosos artículos y obras sobre filología árabe y el Ándalus, se ha preocupado por la vertiente ética del oficio de traducir. En Verbum hemos publicado recientemente su encomiable traducción de *Chispa de encendedor*, del poeta sirio Abu l-Alá al-Maarri.

I.S.B.N 978-84-9074-392-8



9 788490 743928